



Narrativa completa / Vol. II
H.P. LOVECRAFT

edición de Juan Antonio Molina Foix



Howard Phillips Lovecraft (1890-1937) fue un ave nocturna y un cazador de sueños. Nació en Providence (Nueva Inglaterra), donde vivió la mayor parte de su corta vida, que dedicó a contemplar las estrellas, leer con avidez cuanto caía en sus manos y, sobre todo, escribir (poesía, ensayo, relatos y una ingente correspondencia). Al refugiarse en su hermético mundo onírico, Lovecraft se embarcó en un viaje sin retorno hacia una nueva dimensión: el miedo cósmico, el «terror de los espacios infinitos», que estremecía a Pascal. Lo que caracteriza la ficción lovecraftiana es la utilización de elementos de la tradición gótica reinterpretados en términos científicos. Sus relatos expresan la soledad y la pequeñez de la condición humana en un universo infinito y amoral, azaroso y hostil, carente de significado y angustiosamente ajeno a nuestras preocupaciones y cavilaciones. «Lovecraft fue —como dijo el escritor Fritz Leiber— el Copérnico del relato de horror. Desplazó el foco del temor sobrenatural del hombre y su pequeño mundo y sus dioses, a las estrellas y a los negros e insondables abismos del espacio intergaláctico». En el universo lovecraftiano siempre hay una presencia amenazadora, pero no se sabe bien qué es.

En esta segunda y última entrega de la *Narrativa completa* de Lovecraft, el lector encontrará los relatos escritos entre 1927 y 1937, década fecunda en la que HPL, además de enriquecer sus espantosos Mitos de Cthulhu con cuentos como *La sombra sobre Innsmouth*, *El horror de Dunwich*, *El ser del umbral* o *El Asiduo de las tinieblas*, alumbró sus dos únicas novelas: *El caso de Charles Dexter Ward* y *En las montañas de la locura*. Este volumen completa el periplo interior que Lovecraft emprendió a lo más profundo de sí mismo, a las regiones más subterráneas y sombrías de la psique.



H. P. Lovecraft

Narrativa completa. Volumen II

Edición Juan Antonio Molina Foix

Valdemar: Gótica - 63

ePub r1.1

Titivillus 13.09.2018

H. P. Lovecraft, 2008

Traducción: Francisco Torres Oliver & Juan Antonio Molina Foix

Ilustración de cubierta: Zdzislaw Beksinski, *Sin título* (1980)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





A. Bonazzi 2001



PESIMISTA CÓSMICO

Aunque en muchos de sus aspectos este mundo visible parece concebido con amor, las esferas invisibles se concibieron con miedo.

HERMAN MELVILLE

(*Moby Dick*^[1])

«La vida es algo horrible y, por debajo de los antecedentes que de ella conocemos, asoman indicios demoníacos que a veces la hacen mil veces más horrible». Esta contundente declaración de principios que aparece al comienzo de “Arthur Jermyn”^[2] resume con brutal sinceridad la deprimente opinión que tenía Lovecraft del mundo al que le tocó enfrentarse, un mundo abyecto y sin sentido que le asqueaba profundamente.

Si damos crédito a sus propias declaraciones, a los diecisiete años ya le impresionaba «la futilidad de toda existencia», y a los treinta estaba plenamente convencido de «la transitoriedad y la insignificancia del hombre». Atrás quedaba su decepcionante experiencia neoyorquina, tras abandonar temporalmente su refugio de Providence y la tutela protectora de sus tías. Su primer enfrentamiento indefenso con aquel universo hostil no pudo irle peor, a pesar de que al principio la ciudad sin duda le impactó, como se evidencia en el relato autobiográfico “Él”. Como él bien se temía, «el éxito y la felicidad no iban a llegar tan fácilmente» y poco a poco fue desengañándose. En lugar de «la poesía que había esperado», tan sólo encontró «una vacuidad estremecedora y una inefable soledad». Su rotundo fracaso en la búsqueda de empleo y su fallido matrimonio con Sonia Greene acabaron por minar sus vanas

perspectivas y fueron determinantes de su vuelta al redil: su regreso a Providence.

Mucho se ha escrito acerca de las consecuencias de aquel frustrado periplo neoyorquino. Michel Houellebecq afirma que en Nueva York conoció «el odio, el asco y el miedo» y «sus opiniones racistas se transformarán en una auténtica neurosis racial», como consecuencia de la cual su exasperación «se transforma poco a poco en fobia. Su visión, alimentada por el odio, se eleva hasta una franca paranoia, y va todavía más allá hasta trastornar por completo la mirada, anunciando los desenfrenos verbales de los “grandes textos^[3]”». Acto seguido rebate la observación de su compatriota Francis Lacassin acerca de la «deleitación sádica» con la que Lovecraft describe «las persecuciones de criaturas llegadas de las estrellas a seres humanos castigados por su semejanza con la chusma neoyorquina que le había humillado^[4]», alegando que «la pasión central que anima su obra es de tipo masoquista, más que sádico^[5]». Sin embargo, ese incontestable racismo, que Joshi califica de «monolítico», y del que su obra ofrece indudables muestras, no solamente estaba muy extendido en aquella época, sino que era compartido por casi todos los escritores estadounidenses contemporáneos suyos, como, por citar sólo algunos, Henry Miller (1891-1930), Dashiell Hammett (1894-1961), Francis Scott Fitzgerald (1896-1940), William Faulkner (1897-1962) o Ernst Hemingway (1898-1961). Y en ninguno de ellos fue una referencia determinante en su obra.

Lo que no hay duda es que Lovecraft era fundamentalmente un escéptico radical, absoluto, autodestructivo: un furibundo misántropo, y eso sí que fue, a mi juicio, determinante en todos sus escritos, especialmente los de la última etapa, considerados con toda justicia los más logrados. Pero su odio al género humano y su aversión al trato con los demás, que por otra parte su nutrida correspondencia cuestiona en cierta manera, se basaba más en un pleno convencimiento de la pequeñez e insignificancia del mismo en medio del vasto cosmos, que en un verdadero sentimiento de

arrogancia, menosprecio o discriminación hacia los demás. Su profunda convicción acerca de la carencia de sentido de la vida, de la precariedad de cualquier destino humano, le llevó inexorablemente a identificarse plenamente con la infinitud del cosmos. Su aceptación de la incalculable vastedad del universo, cuyas dimensiones se habían duplicado gracias a mediciones más precisas^[6], le permitió desarrollar un intenso sentimiento cósmico, bastante relevante en la última y mejor parte de su obra.

Él mismo lo reconocerá sin ambages: «Mis experiencias emocionales más intensas son aquellas que se refieren al encanto del espacio insondable, al terror del vacío exterior y a la lucha del ego por trascender el orden establecido y conocido del tiempo^[7]». «Todos mis relatos están basados en la premisa fundamental de que las leyes humanas corrientes y las emociones e intereses no tienen vigencia o importancia en el vasto cosmos en general^[8]». Sin embargo, esa concepción del cosmos, que sustenta la lógica interna de sus relatos de madurez, no era nueva para él, se trataba de algo que ya presentía desde los lejanos días de su precoz infancia en Providence, cuando con sólo doce años empezaba a estudiar astronomía: «Las sensaciones más intensas de mi existencia datan de 1896, cuando descubrí el mundo helénico, y de 1902, cuando descubrí los innumerables soles y mundos del espacio infinito^[9]». Ese factor tan relevante en su obra, y tan esclarecedor de la misma, tenía para él un significado muy concreto: una sensación de «temor por el misterio del cosmos», un «asombro extático ante las inconmensurables extensiones del espacio tenebroso», «asombro, fascinación y terror a lo desconocido^[10]».

La decisiva transición de un monismo haeckeliano^[11] francamente dogmático a un atemperado materialismo mecanicista^[12], influido por el positivismo y los avances de la ciencia del siglo XIX (estudios antropológicos de E. B. Tylor y J. G. Frazer, hipótesis de Laplace sobre la evolución del universo, teoría de Darwin, teoría de los cuantos de Planck, etc.), le condujo en la

última década de su vida a una profundización del concepto de cosmos, mucho más complejo y más en consonancia con la ciencia moderna. «No existe ningún fundamento en la actitud arcaica de preguntarse cómo el cosmos ordenado “surgió de la nada”, ya que ahora nos damos cuenta de que nunca existió o puede existir tal cosa como la nada. El cosmos siempre existió y siempre existirá, siendo su orden una función básica e inseparable de la entidad matemática llamada Espacio-Tiempo. No tiene sentido hablar de la “creación” de algo que nunca necesitó ser “creado^[13]”».

Esta certidumbre trasciende a sus últimos relatos, plagados de frases que más bien parecen aforismos extraídos de una supuesta epistemología estrictamente personal. Así por ejemplo: «El mundo de los hombres y de los dioses humanos es tan sólo una fase infinitesimal de un ser infinitésimo [...] Aunque los hombres la llamen realidad y tilden de irreal la opinión de que existe un universo original multidimensional, a decir verdad es todo lo contrario. Lo que llamamos sustancia y realidad es sombra e ilusión, y lo que llamamos sombra e ilusión es sustancia y realidad». O esta otra — ambas procedentes de “A través de las puertas de la llave de plata”—: «Salvo para las miras estrechas de los seres de dimensiones limitadas, no existen cosas tales como pasado, presente y futuro. Los hombres conciben el tiempo únicamente a causa de lo que llaman cambio, aunque eso también es una ilusión. Todo lo que fue, es y será, existe simultáneamente».

La insignificancia de los seres humanos y la indiferencia del cosmos eran para él un permanente motivo de desespero, imbuido de un abrumador sentido negativo, una constatación de su teoría pesimista de la vida, «en la que la angustia ante la condición humana adquiere una amplitud vertiginosa», en palabras de Juan Eduardo Cirlot^[14]. Aunque eso en principio no parecería tan deprimente: un universo sin Dios, en el que sólo existiesen otras especies, quizás más inteligentes y poderosas que los humanos, pero de la misma naturaleza finita y limitada, por muy extraño que fuera su aspecto físico, un cosmos en el que no hubiera valores

absolutos, garantizaría nuestra independencia, autonomía y libertad para establecer nuestros propios sistemas éticos, exentos de leyes externas impuestas por un dios inclemente. Sin embargo esa sensación de libertad, que para otros podría ser motivo de optimismo, sin duda era demasiado terrible de soportar para HPL, que encontraba más confortable vivir en una Providence pueblerina y en una Inglaterra del siglo XVIII que sólo existía en su mente de soñador. Y en lugar de prescindir de las emociones humanas para tratar de reflejar la belleza de las estrellas o la elegancia de las leyes matemáticas que gobiernan el universo, se decantó por describir minuciosamente el miedo, la ansiedad y el recelo del extraño. Como dice Joshi, fue lo bastante revolucionario para que la ficción popular desconfiara de él, pero no lo suficiente para ser admitido por la vanguardia.

Lovecraft aceptó, pues, con resignación las realidades que mostraba la ciencia: la Tierra y la raza humana ocupaban un lugar infinitesimal e insignificante en el esquema cósmico del universo, no eran más que una cagada de mosca en medio de los vórtices del espacio infinito. Y entre las muchas respuestas posibles a esa moderna cosmología científica escogió la vía del horror, tratando de infundir incertidumbre metafísica y otorgando al conjunto una potente carga emocional, que bordea a veces la histeria. Con ello abandonó definitivamente las florituras de la magia^[15] para adoptar un lenguaje más apropiado a su temperamento: el de la ciencia. Aunque hay quien opina que la estrategia narrativa de HPL es, al menos retóricamente, una defensa de lo sobrenatural y un rechazo de la ciencia, un violento ataque contra el espíritu de la misma como libre intercambio de teorías y comprobaciones mediante tanteos^[16]. Por el contrario, otros piensan que los nuevos monstruos lovecraftianos, que proceden del espacio exterior y de otro tiempo, quedaron plenamente refrendados gracias, precisamente, a los nuevos hallazgos de la ciencia^[17]. En ese sentido debe entenderse la afirmación de Fritz Leiber, Jr., de que Lovecraft fue «el Copérnico del relato de horror. Desplazó el foco del temor sobrenatural del

hombre y su pequeño mundo y sus dioses, a las estrellas y a los negros e insondables abismos del espacio intergaláctico^[18]».

El interés de Lovecraft por las ciencias en general fue bastante prematuro. A los nueve años empezó con la química^[19] y a los doce siguió con la astronomía, que se convertiría en la principal influencia de sus primeros años y, con el tiempo, le conduciría directamente a su filosofía cósmica. En 1902-1903 editó sus propios libros de texto de química y astronomía (escritos a mano) y un periódico científico que circuló entre la familia y sus amistades^[20]. Tras desechar la idea de hacerse astrónomo^[21], en 1906 empezó a colaborar en periódicos locales, como *The Pawtuxet Valley Gleaner*, de Phenix (Rhode Island), o *The Tribune* de Providence, donde aparecieron regularmente columnas suyas sobre astronomía.

Con el paso de los años, gracias a su portentosa voracidad lectora —sobre todo en lo concerniente a temas científicos, históricos y artísticos— y a su asombrosa retentiva, fue ampliando poco a poco su saber enciclopédico, lo que le permitió la posibilidad de trasladar a sus escritos la dualidad entre ciencia y literatura que tanto le acuciaba. Si en sus primeros relatos dejó bien claro su familiaridad con el darwinismo y el psicoanálisis, aunque los rechace más o menos abiertamente, en su obra de madurez queda constancia de que estaba muy al tanto de los nuevos y revolucionarios descubrimientos científicos.

La lista de eximios cultivadores de la ciencia mencionados en la obra de Lovecraft es bastante numerosa y —además de clásicos notorios como Euclides, y otros no tan conocidos, como los químicos Van Helmont, Le Boë, Glauber, Becher o Stahl, los astrónomos Serviss y De Sitter, o los geólogos Taylor y Osborn— incluye a varios sabios modernos como los físicos Planck, Wegener y Heisenberg o el matemático Riemann. Como no podía ser menos, su interés por Albert Einstein no fue inferior al que sintieron otros contemporáneos suyos. En fecha tan temprana como 1920^[22], lo había mencionado ya en una carta a los «Gallomo^[23]», pero sólo tres años más tarde su reacción a la teoría de la relatividad

(mencionada en el relato “Hipno”) fue de horror, desconcierto y estupefacción. El 26 de mayo de 1923 escribió a James F. Morton: «Mi cinismo y mi escepticismo van en aumento y todo ello motivado por algo completamente nuevo: la teoría de Einstein. [...] Todo es casual, fortuito, una efímera ilusión: una mosca puede ser más grande que Arturo [astro principal de la constelación boreal del Boyero] y Durfee Hill puede sobrepasar al monte Everest^[24]». Hay que hacer notar, sin embargo, que no más tarde de 1929, HPL se olvidó por completo de sus ingenuos puntos de vista sobre el científico y admitió que «la relatividad y el espacio curvo son realidades inmutables, sin las cuales sería imposible formarse ningún tipo de concepción verdadera del cosmos^[25]», reconociendo asimismo su valioso apoyo al materialismo, que —en palabras de Joshi— «proscribía la teleología, el monoteísmo, la espiritualidad y otros principios que él creía con toda razón que estaban ya anticuados a la luz de la ciencia del siglo diecinueve^[26]». Y poco después lo identificó como el científico por excelencia entre los «auténticos cerebros del mundo moderno^[27]», mencionándolo a partir de entonces en varios relatos, como “La casa evitada”, *El caso de Charles Dexter Ward*, “El que susurra en la oscuridad”, *En las montañas de la locura*, “Los sueños en la Casa de la Bruja” y “La sombra de otro tiempo”.

En cualquier caso, aunque aceptara plenamente la física espaciotemporal de la relatividad general, no puede decirse lo mismo del reflejo de la misma que ofrece en su obra. Como señaló Sánchez Ron, el espacio-tiempo einsteiniano que aparece en sus relatos está «trascendido, trastocado^[28]». Lo que hace Lovecraft es mezclar esos conceptos y leyes físicas con las extensiones y/o violaciones de ellas que su imaginación producía. Nadie mejor que él mismo para aclararlo: «Mi concepción de la fantasía, como una genuina forma artística, es una extensión más que una negación de la realidad^[29]». En “A través de las puertas de la llave de plata” explica muy bien la idea del tiempo que subyace en su universo particular: «El tiempo [...] es inmóvil y no tiene principio ni fin. Que

tiene movimiento, y es motivo de cambio, es una ilusión. En efecto, en sí mismo es realmente una ilusión, ya que, salvo para las miras estrechas de los seres de dimensiones limitadas, no existen cosas tales como pasado, presente y futuro. Los hombres conciben el tiempo únicamente a causa de lo que llaman cambio, aunque eso también es una ilusión. Todo lo que fue, es y será, existe simultáneamente».

Esa peculiar concepción del tiempo le ofrece una singular posibilidad literaria: viajar hacia atrás y hacia delante. En una carta a Clark Ashton Smith ya había señalado: «Es posible imaginar un *tiempo curvado* que correspondiese al *espacio curvado* einsteiniano, en el que el viajero llevaría a cabo un circuito completo de la dimensión cronológica, alcanzando el futuro extremo yendo más allá del pasado extremo, o viceversa^[30]». Lo cual demuestra que se había dado cuenta de que para viajar en el tiempo no era necesario, en principio, renunciar a los postulados de la relatividad. Atrevida tesis que Gödel^[31] corroboraría en 1949 al desarrollar un modelo cosmológico en el que existían líneas de universo que podían transportar al futuro.

Insistiendo en lo mismo, en “El que susurra en la oscuridad” fue todavía más lejos, haciéndose eco tal vez de lo que afirmaba el protagonista del relato de Frank Belknap Long “The Hounds of Tindalos^[32]”: «¿Qué sabemos, en realidad, del tiempo? Einstein lo considera relativo, y cree que se puede interpretar en función del espacio, del *espacio curvo*. Pero ¿por qué hemos de detenernos ahí. [...] Con mis conocimientos matemáticos creo poder *retroceder a través del tiempo*». Akeley le comenta a Wilmarth con su extraña voz susurrante; «¿Sabe usted que Einstein está equivocado, y que determinados objetos y fuerzas *pueden* desplazarse a una velocidad superior a la de la luz? Con ayuda adecuada, espero ir hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, y *ver* y *tocar* efectivamente la tierra del pasado remoto y de épocas futuras».

Curiosamente, aclara Sánchez Ron^[33], Lovecraft no creía en otros medios más pedestres, como la posibilidad de que los

meteoritos sirviesen como vehículos de transporte para tales desplazamientos. Como para reafirmarse en esa tesis, que no obstante había utilizado con provecho en “El color del espacio exterior” (1927), años más tarde le expondría a su habitual Elizabeth Toldridge: «Es realmente improbable que cualquier materia en la condición que reconocemos como “orgánica” pueda apañárselas para ir de una órbita a otra bajo las arduas condiciones de vuelo de un meteorito^[34]».

No deja de ser chocante que algunas de las curiosas «predicciones-imaginaciones-horrores» que Lovecraft ideó en sus últimos relatos se vieran «realizadas» en la ciencia actual. Sánchez Ron, toda una autoridad en la materia, menciona, entre otras, la teoría de los «agujeros negros, que absorben implacablemente», o los «agujeros blancos, que emiten generosamente», en los que, dice, «Lovecraft podría haber visto una de sus Puertas que relacionan mundos diferentes». O, en otro orden de cosas, la duplicación de yos experimentada por Randolph Carter en “A través de las puertas de la llave de plata”, que recuerda al desdoblamiento de mundos de la mecánica cuántica. A lo que acertadamente apostilla Sánchez Ron: «Si se trata de horrores, ¿qué horror comparable a un futuro que se abre ante cada uno de nosotros como un implacable laberinto, en el que perderemos, aunque conservándola —o mejor dicho, multiplicándola— nuestra identidad^[35]?».

Abundando en esta idea, lo cierto es que Lovecraft fue realmente un pionero en la utilización de recursos hasta entonces inexplorados por las matemáticas y las ciencias físicas, a pesar de que nunca se consideró un escritor de ciencia-ficción. Como Houellebecq nos recuerda, «fue el primero en presentir la fuerza poética de la topología; en estremecerse con los trabajos de Gödel sobre lo incompleto de los sistemas lógicos formales^[36]. [...] Las ciencias, en su gigantesco esfuerzo de descripción *objetiva* de lo real, le proporcionarán esa herramienta de reducción visionaria que necesita. HPL, en efecto, aspira a un terror objetivo. Un terror

liberado de cualquier connotación psicológica o humana^[37]». Obsesionado con el horror de la geometría no euclidiana^[38], se inventó una especie de estilo de informe científico, en el que combina el vocabulario clínico de la fisiología animal, y el más misterioso de algunas ciencias humanas como la paleontología o la antropología^[39]”, con la precisa terminología lingüística.

Si bien el discurso del yo lovecraftiano se caracteriza por una mezcla curiosamente antagonista de descripciones hiperrealistas y de febriles desahogos emocionales, su estructura formal es sin duda impecable y firme. Al igual que los constructores de la excelente arquitectura colonial que tanto admiraba, Lovecraft edifica sobre unos sólidos cimientos y une estilo y función de manera que cada parte pueda participar de un armonioso y útil todo. Con frecuencia se ha afirmado que escribe mal, que su estilo es previsible, exagerado e hiperbólico, que adolece de una cierta tenuidad —hoy en día el terror es más explícito, se suele alegar—, y que, como Poe, se basa más en la atmósfera y el estado de humor que en la trama o en los personajes, por los que muestra escaso interés^[40]. ¿No será más bien que ese exceso constituye lo esencial de la idea que él tiene de la escritura fantástica? ¿No será que esa concepción implica precisamente la utilización de una prosa desmesurada y redundante? ¿Y si su propósito no fuera otro que representar mediante la escritura una «visualización eficaz del objeto fantástico», en palabras de Denis Mellier^[41]?

Parece indudable que HPL creía a pie juntillas en las posibilidades del lenguaje, y seguramente pensaba que los desbordamientos de la escritura atraen más la lectura que los propios efectos empleados en ella. Al afirmar lo indecible, lo que pretendía era remedar la sinrazón mediante abundantes calificativos, determinantes en su misma indeterminación, acompañados de toda una serie de signos y sonidos inauditos. De manera que expone, exhibe, la materia verbal como un límite del efecto fantástico. Los signos, las palabras, se convierten en imágenes. Lo indecible, incesantemente reconducido como figura de

estilo, se troca en un estereotipo abiertamente identificable: las sinuosas construcciones sintácticas y semánticas, las hipérbolas y la sobreadjetivación son como marchamos del proyecto fantástico de esta escritura. La superabundancia y la desproporción revelan inmediatamente el artificio que las pone en práctica y que no tiene otro origen que el estilo. El exceso, la perceptibilidad y la reiteración no son síntomas de un defecto de escritura, sino más bien de una poética.

Al barroquismo y extrema visualidad de los relatos lovecraftianos hay que sumar otro elemento característico: la persistente impresión auditiva que producen. Parecen hechos más para ser escuchados que leídos, o mejor aún declamados. El éxito de los mejores se basa sin duda en la «precisión maníaca» con que HPL organiza su *banda sonora*^[42]». El miedo desencadena el grito porque hay continuidad física entre la oreja y la boca. Lo que entra por la oreja hace resonancia en la boca. En el universo lovecraftiano siempre hay alguna presencia amenazadora, pero no se sabe bien qué es. El grito remite a ella, la exterioriza. «El grito hace ver la presencia sin palabras, lo innombrable de la presencia», su «indiferencia» es «homotética de lo inaudito de la cosa que lo provoca^[43]». Es lo indecible del mundo lo que hace vociferar. La sucesión de sílabas cumple una función idéntica al grito. Las palabras no quieren decir nada, son la adecuada reacción al estado provocado por la comprometedor situación vivida, onomatopeyas que remiten al horror que se avecina. Por eso ha podido decirse que la obra de HPL es una «ópera de gritos y exclamaciones», «un intento de hacer oír lo indecible en lo inaudible^[44]».

Antes de adentrarnos en el fascinante mundo de la mitología que Lovecraft creó casi sin querer, creo conveniente referirme brevemente, como anuncié en el prólogo al primer tomo de esta *Narrativa completa*, al resto de escritores que influyeron en el

solitario de Providence y que en cierta manera le ayudaron a conformar ese variado panteón de entidades hoy tan populares.

Mucho menos conocido que los mencionados Poe, Dunsany, Machen, M. R. James, o Algernon Blackwood, posiblemente debido a su prematura y estúpida muerte días antes de firmarse el armisticio que dio fin a la primera guerra mundial, el británico William Hope Hodgson (1877-1918) —hijo de un clérigo de Essex que, como Conrad, recorrió medio mundo enrolado en la marina mercante británica y, haciendo gala de una envidiable erudición náutica, supo detectar como nadie la sobrecogedora fuerza elemental latente en el mar en su pavoroso enfrentamiento con la pequeñez humana— puede justamente reclamar para sí una influencia similar, si no mayor que la de aquellos, en la obra de madurez de Lovecraft. Es perfectamente comprensible que esa melancólica y angustiosa visión del drama cósmico: el frío infinito de los espacios siderales o el misterio de los últimos momentos de nuestro agonizante planeta —imágenes que, por otra parte, tienen más de un punto de contacto con la experiencia alucinógena— fascinara sobremanera a Lovecraft.

Semejante afinidad de principios estéticos y elementos retóricos podría explicar la innegable similitud de los parámetros estilísticos y conceptuales de los futuros «mitos de Cthulhu» con los de las turbadoras novelas de Hodgson, teniendo en cuenta que, aunque alguno de ellos no sea estrictamente original de Hodgson, sí lo es su conjunción y su integración dentro de un esquema coherente y eficaz, cuya importancia en la mejor literatura fantástica del siglo xx —incluso la cienciaficción— es cada vez más reconocida. Tanto los relatos como las novelas de Hodgson están escritos en primera persona y muchos de ellos parten de un mero pretexto narrativo. Por ejemplo, el apolillado diario encontrado entre ruinas en *La casa en el confín de la Tierra* (1908); o el manuscrito escrito hace dos siglos por un desconocido, en el que se recogen las experiencias de su padre tras el hundimiento de su barco, en *Los botes del «Glen Carrig»* (1907); o, en *The Night Land* (1912), el artificio de emplear

los sueños de un personaje del siglo XVII, cuya mente se funde con su propia encarnación futura y asiste impotente a la caótica destrucción de nuestro sistema solar. Recursos narrativos hábiles y audaces que Lovecraft hará suyos y reutilizará hábilmente en la última parte de su obra de ficción.

La lista de escritores (casi todos ellos nacidos entre la cuarta y la séptima década del siglo XIX) con los que la obra de Lovecraft está en deuda incluye también a sus paisanos Fitz-James O'Brien, Ambrose Bierce —ligado supuestamente con el Abuelo por lejanos vínculos parentales a través de un común antepasado celta apellidado Gwynedd— y Robert Chambers. Llamado el «Poe celta», el irlandés nacionalizado en Estados Unidos Michael James O'Brien (1828-1862), cuyo espíritu aventurero le llevó a alistarse en el ejército de la Unión durante la guerra civil norteamericana, fue un notable poeta de vida bohemia, recordado hoy en día sobre todo por sus relatos escalofriantes, como "The Diamond Lens" (1858) y, en especial, "What Was It?" (1859), sobre un malévolos ser invisible, al que acaban por matar de hambre.

Al cáustico y excéntrico escritor y periodista yanqui, conocido como «Bitter» [acerbo] Bierce (1842-1914), desaparecido en México en plena revolución cuando pretendía unirse a las tropas de Pancho Villa, hay que achacarle la invención de la mítica ciudad de Carcosa —luego convertida en uno de los santuarios místicos de la nueva religión lovecraftiana—, así como la de Hastur el Inefable, pacífica deidad de los pastores trocado en los «mitos de Cthulhu» en Hastur el Innombrable, dios de los espacios estelares, o el piadoso sabio Hali, cuyas enseñanzas sirven de cita introductoria a varios de sus cuentos. En su obra existen además otros elementos que más adelante reelaborarían Lovecraft y su círculo para integrar en los «mitos de Cthulhu». Como, por ejemplo, el tremendo manuscrito que, leído en determinadas «circunstancias adecuadas» —"The Suitable Surroundings" (1891), título del relato en que aparece—, provoca la muerte del osado lector; o la invisible entidad que vaga y

se arrastra por montes y trigales, produciendo espantosas devastaciones, en “The Damned Thing” (1894).

En cuanto a Chambers (1865-1933), frustrado pintor neoyorquinoconvertido más tarde en ilustrador de revistas y escritor, aparte de sus nuevas referencias a Carcosa, Hastur —cuyo culto maldito anuncia su progresiva ferocidad— y Hali —que él convierte en tenebroso lago, tras el que se hundan los soles gemelos—, es también autor de valiosas aportaciones al futuro desarrollo de los «mitos de Cthulhu». Como, por ejemplo, cierto «libro monstruoso y prohibido —llamado, como el conjunto de relatos con él relacionados, *The King in Yellow* (1895)—, cuya lectura provoca terror, locura y tragedia», y antecedente directo del lovecraftiano *Necronomicon*. O el misterioso talismán de ónice, procedente del temible culto a Hastur y en el que hay grabados espantosos jeroglíficos, que luego HPL cita textualmente en “El que susurra en la oscuridad” (1930).

Siguiendo de cerca la pista a otras posibles influencias no hay que olvidar a los británicos M. P. Shiel y E. F. Benson, cuyas aportaciones al universo lovecraftiano ciertamente no carecen de interés. El insólito y «raro» Matthew Phipps Shiel (1865-1947), primer rey sin corona del islote montserratin de Redonda, en el Caribe, es autor de la atrevida novela visionaria *The Purple Cloud* (1901), donde una tremenda maldición en forma de gases letales surge del Ártico para destruir nuestro planeta. Y entre sus numerosos cuentos de horror mágico destaca “La mansión de los ruidos”, «el mejor relato de terror de su generación», según HPL, el cual encomia «su singular delirio de desolaciones árticas, mares titánicos, insensatas torres de bronce, amenazas seculares, frenéticas olas y cataratas, y sobre todo ese insistente SONIDO cósmico, espantoso y paralizante».

Del semiolvidado Edward Frederick Benson (1867-1940), hijo de un arzobispo de Canterbury y hermano de los también escritores Arthur Christopher y Robert Hugh Benson, Lovecraft prefirió siempre sus repugnantes criaturas —las invisibles orugas de “Caterpillars”

(1912), el horrible ser nocturno que vuelve locas a sus víctimas antes de devorarlas en “Negotium Perambulans” (1922), el terrible superviviente semihumano que mora en las remotas cumbres alpinas en “The Horror Horn” (1922), o la sanguijuela gigante pero invisible, dueña del bosque en “And No Birds Sings” (1926)— a los elegantes vampiros que le han dado fama, que aparecen en “La señora Amworth” (1922) o “La habitación en la torre” (1912).

Para acabar, mencionaré a otros dos escritores británicos a los que Lovecraft no se siente demasiado afecto, pero algunos de cuyos hallazgos le debieron ciertamente de impresionar, como lo demuestra el hecho de que, posteriormente, los integrará en su obra. Me refiero al escocés Arthur Conan Doyle (1859-1930), el genial creador de Sherlock Holmes, cuyo relato “The Horror of the Heights” (1913) presenta evidentes concomitancias y prefigura el ciclo de Cthulhu: desde un terrible manuscrito al que han sido arrancadas las dos primeras y la última página y en el que se habla de «morbosas alucinaciones» hasta los monstruosos seres gelatinosos, de viscosos y repugnantes tentáculos, que acechan en las regiones exteriores de la atmósfera. Y al irlandés Bram Stoker (1847-1912), autor del celeberrimo *Drácula* (1895), a quien Lovecraft menosprecia y casi descalifica por su «pobre técnica», pero cuya idea de una gigantesca y prehistórica entidad reptiliana que se oculta en una profunda sima bajo un antiguo castillo —*La madriguera del Gusano Blanco* (1911)— está muy próxima a la temática macheniana, tan querida a HPL, sobre la supervivencia de vestigios del periclitado mundo pagano.

Lo que caracteriza a la ficción lovecraftiana, convirtiéndola en lo que algunos llaman el «mito quintaesencial del siglo xx^[45]», es, como hemos visto, la utilización de elementos de la tradición gótica reinterpretados en términos científicos. Sus relatos expresan la soledad y la pequeñez de la condición humana en un universo infinito y amoral, azaroso y hostil, carente de significado y

angustiosamente ajeno a nuestras preocupaciones y cavilaciones. Pero el miedo ya no lo provoca el morboso encuentro con cadáveres o espíritus, sino la conciencia de nuestra precaria situación en el mundo. La vastedad y extrañeza del universo contrasta con la importancia cada vez menor de los seres humanos dentro del esquema general. Sus relatos implican casi siempre una huida, pero no de ningún monstruo, sino de la vida real.

En la imaginación gótica había una profunda e incompatible escisión entre el género humano y la naturaleza en el sentido romántico, y una trágica división entre lo que queríamos saber y lo que podíamos soportar ver. Pero Lovecraft —que en más de una ocasión dijo que la imaginación requiere un acto de voluntad— seguía siendo temperamentamente un gótico. Su «ciencia» tiene su propia lógica ficticia, pero nunca está orientada al futuro, sino que está dirigida obsesivamente al pasado lejano. En su cosmos alguna trágica conjunción de lo «humano» y lo «inhumano» ha contaminado lo que debería haber sido vida natural; no hay lógica ni motivo para que esto ocurra, como tampoco lo hay para que caiga un rayo. Al igual que en los relatos de Machen o Algernon Blackwood, en los de HPL desempeña un papel primordial lo que Fernando Savater llama «paganismo», término que «debe ser tomado en su sentido más literal, pues en la mayoría de los casos se trata de cultos prohibidos que sobreviven en aldeas olvidadas o marginadas de la civilización industrial urbana^[46]».

Lovecraft debía conocer mejor que nadie los principales cometidos de la mitología, pues estaba bastante familiarizado con ella. De las cuatro funciones que Joseph Campbell considera como imprescindibles^[47], las dos primeras: «reconciliar la conciencia vigil con el *mysterium tremendum et fascinans* del universo tal como es» y «ofrecer una completa imagen interpretativa del mismo», están bien presentes en la obra de HPL; la tercera, «imponer y hacer valer un orden moral», no se menciona para nada; y la cuarta, «promover el acceso del individuo a un estadio de autorrealización, o facilitar el cumplimiento de su potencial innato», tampoco puede decirse que

esté desarrollada. Pero en realidad él nunca se propuso elaborar una verdadera mitología, únicamente hablaba de sus «Yog Sothotherías». Sólo la utiliza como telón de fondo para elaborar, desde el punto de vista de su emergente idealismo, nada menos que toda una historia del universo, que, además de exponer al mundo su verdadera medida humana, reseñe convenientemente sus propias concepciones cósmicas, ambientadas en una singular topografía imaginaria, una Nueva Inglaterra ficticia, de análoga trascendencia para su obra como el condado de Yoknapatawpha para las novelas de Faulkner.

Más que una «espantosa inversión de la temática cristiana^[48]», la seudomitología de Lovecraft parece una versión irónica de la tradicional fe religiosa, la antimitología de un ateo. En ella no puede hablarse propiamente de «dioses», sino más bien de seres extraterrestres desplazados, criaturas procedentes de otros mundos y otras dimensiones, invasores que gobernaron la Tierra en el lejano pasado del planeta, pero fueron vencidos y expulsados por otras fuerzas cósmicas que los reemplazaron, y finalmente cayeron en un sueño de eones. En algunos casos están prisioneros —como Cthulhu, una especie de calamar con alas, que yace soñando en la pesadillesca ciudad sumergida de R'lyeh— o malviven en subterráneos bajo desiertos o casquetes polares. Como afirma Savater, «no son divinidades en el sentido moral del término, sino que precisamente reciben un culto abominable [...] porque representan abrumadoras fuerzas cósmicas que nada tienen que ver con nosotros éticamente hablando: están por completo más allá del bien y del mal. [...] Son alteridades de la más perentoria radicalidad y de aquí su espanto, el indecible espanto de tropezar con una inteligencia que por su extrañeza y tamaño anula cualquier posibilidad de comunicación o pacto^[49]».

Un ingrediente característico de esta difusa galería de criaturas más o menos monstruosas es que se basa en sólidas convicciones científicas de HPL, ciertamente participa de sus creencias acerca de la evolución biológica del universo, y sin duda alguna contiene

acertadas predicciones que hoy en día parecen estar cumpliéndose^[50]. Se trata de un variopinto muestrario de representaciones de la «alteridad» que oscila entre lo sublime y lo grotesco. Aunque parte de un molde netamente dunsaniano (Pegana está muy presente, sobre todo en la terminología), Lovecraft reelabora y moderniza el concepto tradicional de relato maravilloso, describiendo la coexistencia de espacios distintos del nuestro, de mundos paralelos; es decir, hace suya la noción de «exterioridad» o «radical extranjería en la tierra» que puso de moda su contemporáneo Abraham Merritt (1884-1943) con sus novelas sobre civilizaciones perdidas como *The Moon Pool* (1918) y su secuela *The Conquest of the Moon Pool* (1919), *The Metal Monster* (1920), *The Ship of Ishtar* (1924) o *The Face in the Abyss* (1923) y su continuación *The Snake Mother* (1930). En otras palabras, lleva el terror «más allá del *continuum* espacio-temporal a una multitud de universos continuos y discontinuos», dejando constancia de que «la realidad en que vivimos es sólo una pompa de jabón sobre abismos horribles —temporales y espaciales— en los que el hombre puede caer a la menor imprudencia^[51]».

Si en su etapa onírica, bajo el ascendiente de Dunsany, Lovecraft se había limitado a un multiforme bestiario imaginario —monstruos de las altas tierras del sueño, como los noctívagos demacrados, los gules, los gugs, los ghastrs, los buopoths, los gnophkehs, los urhags, los wamps, etc., pobladores de una singular geografía fantástica formada por fabulosas ciudades de ensueño como Kadath, Sarnath, Celephaïs o Ulthar, o desoladas regiones de pesadilla como la Meseta de Leng, metáfora de la desnudez total—, la nueva inspiración aportada por Machen alumbró a otras criaturas del mundo vigil no menos extravagantes y ambiguas: los shoggoths, masas protoplásmicas modeladas a imagen de sus amos, la Gran Raza de Yith, formada por mentes transtemporales, los Mi-Go u hongos de Yuggoth, los hombres-serpiente de Valusia, los gnophkehs, crustáceos peludos de los hielos de Groenlandia, que a veces caminan sobre dos patas y otras sobre cuatro o incluso seis, y sobre

todo los Profundos, anfibios adoradores de Cthulhu, que prefiguran el innegable cariz confesional que en lo sucesivo irá adoptando esta seudomitología, hasta convertirse, muy a pesar de Lovecraft, en verdadera religión del horror cósmico, con sus propios dogmas, profetas, recintos sagrados, cultos e incluso libros canónicos, como el detestable *Necronomicon* del poeta árabe (loco) Abdul Alhazred, los *Manuscritos Pnakóticos* de la Gran Raza de Yith, el anónimo *Texto de R'lyeh*, o los *7 Libros Crípticos de la Tierra o de Hsan*.

En esta nueva etapa la hibridación se acentúa considerablemente: topos antropomorfos de Yaddith, planeta en los confines del cosmos; seres reptilianos de Irem, la Ciudad sin Nombre; entidades lunares con forma de sapo; hombres-serpiente de la fabulosa Valusia; o los monstruosos cangrejos sonrosados con múltiples pares de patas y dos grandes alas dorsales de murciélago que aparecen en “El que susurra en la oscuridad”. Unas y otras criaturas, debidamente racionalizadas y convertidas en extraterrestres o híbridos semihumanos, se integrarían posteriormente en los «mitos de Cthulhu», donde pronto se juntarían a su gran creación, leitmotiv y matriz de todo el ciclo, los Grandes Antiguos, también denominados Ancianos, Primordiales, Primigenios, Malignos o Los-que-Llegan, hasta quedar completamente asimilados en la contradictoria estructura general del mítico ciclo, mezcla de materialismo, racionalismo y falsa religión, y basado —según explicó el mismo Lovecraft— «en la idea central de que antaño nuestro mundo fue poblado por otras razas que, por practicar la magia negra, perdieron sus conquistas y fueron expulsadas, pero viven aún en el Exterior, dispuestas en todo momento a volver a apoderarse de la Tierra».

Enormes masas amorfas, tanto o más monstruosas e incomprensibles que los seres anteriormente descritos, a los que en realidad utilizan en provecho propio, estas criaturas que, sin ser estrictamente espirituales, tampoco son materiales, habitaron la Tierra antes del ciclo biológico nuestro —ése es el fundamento y la tesis central de toda la seudomitología lovecraftiana y sus múltiples

derivaciones—, pero fueron arrojadas a otras dimensiones del espacio o a incomprensibles repliegues del tiempo, desde donde nos acechan, soñando con volver. Estos monstruos superinteligentes, representantes de una civilización altamente tecnificada, cuyos conocimientos, más avanzados que los de los humanos, les permitieron desafiar las leyes naturales y sobrevivir en medios hostiles, aprendieron el secreto de la perduración en el nihilista cosmos lovecraftiano y su leyenda permanece, así como su influencia telepática, siendo todavía adorados por ciertos pueblos primitivos. Ni siquiera son mamíferos, sino que están emparentados con otros órdenes hasta entonces considerados inferiores: reptiles, crustáceos, insectos, etc. En última instancia son la prueba viviente del visceral rechazo de HPL de la visión antropocentrista del cosmos. Distanciándose tanto de la teoría de la evolución como de las tesis bíblicas, el Abuelo cuestiona la posición central del género humano, desarmado ahora frente a las amenazas de esas entidades poderosas que, disponiendo de saberes especiales para controlar el mundo, no se interesan más que en utilizar a los hombres en función de sus malvados designios.

En toda esta retorcida seudomitología, la figura principal, y primer eslabón de la saga, es Cthulhu, el de los múltiples tentáculos, llamado también «El que vendrá de los abismos del Océano» o «El Señor de R'lyeh», ciudad sumergida en la que yace muerto, aunque puede soñar e intervenir, a la manera de los dioses del Olimpo griego, en los acontecimientos de la Tierra. Le sigue en importancia Yog-Sothoth —nótese la terminación en *th*, tomada del hebreo a través de Dunsany—, conocido como «El guardián de la Puerta», «El que viene del Más Allá», «El que acecha en el Umbral», «El que no debe ser nombrado», o «El Todo-en-Uno y el Uno-en-Todo», expulsado y lanzado al Caos en compañía de Azathoth, «Señor de todas las cosas» o «Sultán de los demonios», el cual gobierna, babeante y ciego, desde un trono negro^[52].

El guía y guardián de la Puerta que da acceso a Yog-Sothoth es (Umr At-Tawil, «El más Antiguo» o «Aquel a quien la vida ha sido

prolongada». Mientras que Nyarlathotep, el «Asiduo de las tinieblas», salido directamente de los sueños de HPL y conocido asimismo como «Caos reptante», «El que aúlla en la noche» o «El ciego sin rostro», es el único de todos estos dioses que puede circular libremente por el cosmos en el desempeño de su función de mensajero de los demás. Shub-Niggurath, esposa de Yog-Sothoth, llamada la «Cabra Negra de los Bosques» o la «Cabra Negra de los mil cabritos», representa a la diosa selvática de la fertilidad. Otras divinidades menores o secundarias son: Dagón, dios submarino tomado en préstamo a los filisteos, Ghatanothoa, el Dios-Demonio que yace encarcelado en el continente sumergido de Mu y «no puede ser mirado», o Nug, para algunos el «Abuelo de los gules», y para otros el hermano gemelo de Yeb «El de las rumorosas neblinas».

La originalidad de Lovecraft consiste precisamente en las delirantes descripciones de estos monstruos, que conjugan la hipérbole y la desmesurada multiplicidad de atributos con una especie de indeterminación y descreimiento^[53], lo que da como resultado una turbadora sensación de desasosiego. Al borde siempre del ridículo, no parecen tener por meta causar miedo. El verdadero horror se produce casi exclusivamente por el contagio que nos inocular el asustado narrador, el cual nos predispone con su deformada visión subjetiva, sus tortuosas insinuaciones y sus velados comentarios y alusiones a sensaciones inaprensibles e intransferibles. En definitiva, se trata de una impresión de índole personal enraizada en las honduras del alma humana.

Como es bien sabido, Lovecraft jamás llegó a sistematizar esta singular mitología. De eso se encargó su discípulo predilecto y albacea August Derleth (1909-1971), que no sólo ordenó y completó el creciente y cada vez más complejo cuerpo doctrinal que se fue acumulando todavía en vida de HPL y sobre todo a partir de su muerte (en 1937), gracias al llamado «círculo de Lovecraft» — Robert Bloch (1917-1994), Robert E. Howard (1906-1936), Clark Ashton Smith (1895-1961), Frank Belknap Long (1901-1994),

Howard Wandrei (1909-1956), Seabury Quinn (1889-1969), Abraham Merritt (1884-1943), David Keller (1880-1966), Henry Kuttner (1915-1958) o Forrest J. Ackerman (n. 1916), entre otros—, sino que puso en circulación el término «mitos de Cthulhu» y originó el divertido y frívolo «juego de salón» de sus imitadores posteriores^[54], similar a la todavía fecunda moda de los pastiches de Sherlock Holmes.

Con su invención de los dioses Benignos o Arquetípicos — primeros pobladores de los espacios siderales y rivales de los Grandes Antiguos, encabezados por Nodens, «Señor del gran abismo y de la luz»—, Derleth confirió una significación maniquea a esta mitología, convirtiéndola en una variante más de la eterna lucha entre el Bien y el Mal. Otros émulos del Abuelo completaron el panteón, supliendo sus deficiencias en lo tocante a la representación de los Cuatro Elementos. Así, por ejemplo, el mismo Derleth creó a Cthugha, «Señor del Fuego» exilado en la estrella Fomalhaut^[55], y convirtió a Hastur el Inefable (invención de Ambrose Bierce) en divinidad de los espacios estelares (medio hermano de Cthulhu) y símbolo en cierto modo del elemento Aire, lo mismo que sus vástagos, Ithaqua «El que camina sobre el viento», desterrado a los desiertos árticos, o los gemelos uránicos Lloigor y Zhar, señores del elemento aéreo ligados a aquel por un pacto. Clark Ashton Smith a su vez inventó a Tsathoggua «La Criatura batracio» y a Ubbo-Sathla, el Padre de los Primigenios, creado por los Ancianos, a la par que Azathoth, para ser sus esclavos. Y Henry Kuttner hizo lo propio con Hydra y Nyogtha, masa amorfa engendrada por Tsathoggua o Ubbo-Sathla.

En cualquier caso, tanta exhaustividad alarmaría sin duda al propio Lovecraft, para quien su onírico *descensus ad inferos* más que una coartada estética, de mayor o menor brillantez, para mostrar sus vastos conocimientos humanísticos y científicos, fue una perentoria urgencia de su atormentada mente que no necesita justificación de ningún tipo, ni debe entroncarse más que con su personal e intransferible periplo interior a lo más profundo de sí

mismo, a las regiones más subterráneas y sombrías de la psique. Viaje alucinante que le conduciría a enfrentarse con su propia imagen, haciendo resurgir los monstruos del pasado arquetípico, los cuales poseen las características de lo informe, lo caótico, lo tenebroso, lo abisal y, como escribe Paul Diel a propósito de la mitología griega, simbolizan una función psíquica —la «imaginación errada» y «malsanamente exaltada^[56]», fuente de todo tipo de desórdenes y desgracias— y son como «formas horrorosas de un deseo pervertido» que ha sido transformado convulsivamente en angustia.

JUAN ANTONIO MOLINA FOIX

Narrativa completa

Volumen II



Colección Gótica N° 63

EL CASO DE CHARLES DEXTER WARD^[57]

Puédense preparar y conservar sales esenciales de animales de manera que un hombre ábil puede aver en su apossento una arca de Noé entera, y levantar de sus cenizas, cuando assí le plaze, la hermosa figura de un animal; y por semejante prozedimiento, de las sales esenciales de polbo humano puede un filósofo, sin caer en ninguna nigromancia criminal, llamar la figura de qualquier antepassado, sirviéndose del residuo de su cineración.

BORELLUS^[58]

CAPÍTULO I UN RESULTADO Y UN PRÓLOGO

1

Hace poco desapareció de un sanatorio psiquiátrico próximo a Providence (Rhode Island), una persona extremadamente singular. Se llamaba Charles Dexter Ward^[59], y había sido internado muy contra su voluntad por el afligido padre que había observado cómo su deterioro mental había pasado de la mera excentricidad a una oscura manía con riesgo de desarrollar tendencias homicidas, acompañada de un cambio extraño y profundo del aparente contenido de su conciencia. Los médicos confiesan su total

perplejidad ante este caso, ya que presentaba anomalías generales tanto de carácter fisiológico como psicológico.

En primer lugar, el paciente parecía mucho más viejo de lo que correspondía a sus veintiséis años. Es cierto que las enfermedades mentales ocasionan un envejecimiento prematuro; pero el rostro de este joven había adquirido un matiz sutil que sólo los muy ancianos suelen presentar. En segundo lugar, sus funciones orgánicas mostraban un desequilibrio sin parangón en la experiencia médica. La respiración y la función cardíaca delataban una desconcertante asimetría; había perdido voz al extremo de que sólo le salía un susurro; su digestión era increíblemente lenta y reducida, y sus reacciones nerviosas a estímulos convencionales no tenían precedente en lo registrado hasta hoy, tanto normal como patológico. Tenía la piel morbosamente fría, seca y suelta, con la estructura celular de su tejido exageradamente áspera. Incluso le había desaparecido de la cadera derecha un gran lunar aceitunado que tenía de nacimiento; en cambio le había salido en el pecho una extraña mancha o verruga negruzca de la que antes no había tenido el más pequeño indicio. En general, todos los médicos coinciden en que los procesos metabólicos de Ward se habían retardado a un grado insólito.

Psíquicamente, también, Charles Ward representaba un caso rarísimo. Su demencia carecía de afinidad con ninguna de cuantas recogen los tratados más actuales y exhaustivos, y se asociaba con una fuerza mental que habría hecho de él un genio o un líder, de no haber derivado hacia formas extrañas y grotescas. El doctor Willett, médico de la familia de los Ward, sostiene que la capacidad intelectual del paciente, a juzgar por sus respuestas a preguntas ajenas a la esfera de su enfermedad, había aumentado desde su reclusión. Es verdad que Ward fue siempre un estudioso y un apasionado de las cosas antiguas; pero ni siquiera sus brillantes escritos primerizos habían permitido vislumbrar la prodigiosa penetración y capacidad de comprensión que reveló durante el examen a que le sometieron los alienistas. A decir verdad, fue difícil

decidir el internamiento legal de este joven, tan lúcido y poderoso se revelaba su discernimiento; y sólo por el testimonio de otros, y habida cuenta de las numerosas e insólitas lagunas que presentaba su repertorio de datos cotidianos en comparación con su capacidad, fue finalmente encerrado. Hasta el momento mismo de su desaparición fue un lector omnívoro, y un gran conversador hasta donde le permitía su escasa voz; de manera que los expertos que le tenían bajo observación, lejos de prever su fuga, predecían que no tardaría en quedar libre de toda custodia.

Sólo al doctor Willett —que había traído a Charles Ward al mundo y le había visto desarrollarse física y psíquicamente— parecía asustarle la idea de su posible puesta en libertad. Había tenido una experiencia terrible, y había hecho un terrible descubrimiento que no se atrevía a revelar a sus escépticos colegas. El hecho es que la relación de Willett con el caso constituye un pequeño misterio aparte: fue el último que vio al paciente antes de que huyera, y salió de esa entrevista final con una mezcla de horror y alivio que varios recordaron tres horas después, al saberse la desaparición de Ward. La fuga misma es un misterio no resuelto del sanatorio. Su ventana abierta, situada a una altura de sesenta pies, difícilmente puede explicarla; sin embargo, es innegable que después de esa charla con Willett el joven había desaparecido. El propio Willett proclama públicamente que no tiene ninguna explicación que ofrecer, si bien, extrañamente, parece más tranquilo que antes de la desaparición. En realidad, muchos tienen la impresión de que sería más explícito si estuviese seguro de que le iban a creer. Había estado con Ward en su celda; sin embargo, poco después de marcharse, los celadores llamaron en vano; y cuando abrieron la puerta el paciente no estaba. Lo único que encontraron fue la ventana abierta, por la que entraba una fría brisa de abril, y un remolino de polvo gris azulado que casi les asfixió. Los perros habían estado ladrando poco antes, durante el rato que Willett estuvo presente, aunque sin nada concreto que acosar; y dejaron de hacerlo muy poco después. En seguida telefonearon al padre para

decírselo, pero la noticia pareció causarle más tristeza que sorpresa. Cuando el doctor Waite fue a informarle personalmente, el doctor Willett ya había hablado con él; y los dos negaron saber nada ni tener nada que ver con su fuga. Sólo gracias a unos amigos de confianza de Willett y del señor Ward se han llegado a conocer algunas pistas, aunque estas resultan demasiado fantásticas para que nadie les conceda el menor crédito. Lo único cierto es que hasta ahora no se ha descubierto ninguna pista del loco desaparecido.

Charles Ward fue desde la niñez un apasionado de lo antiguo; pasión que sin duda le inspiró el entorno venerable de la ciudad, así como las reliquias que atestaban los rincones de la vieja mansión paterna de Prospect Street^[60], en lo alto del cerro. Con los años, su devoción por las cosas antiguas fue en aumento; de manera que la historia, la genealogía, el estudio de la arquitectura colonial, del mobiliario y de la artesanía acabaron desalojando de su ámbito de intereses todo lo demás^[61]. Conviene tener presente estos gustos a la hora de considerar su locura; porque aunque no constituyen en absoluto su núcleo, periféricamente tuvieron un papel destacado. Las lagunas de información que los alienistas advertían, afectaban sin excepción al conocimiento del mundo moderno; y él trataba de contrarrestarlas invariablemente con un dominio excesivo del pasado que no obstante intentaba disimular, pero que un hábil interrogatorio puso de manifiesto: de manera que uno habría podido imaginar que el paciente se trasladaba literalmente a épocas pretéritas mediante una especie de oscura autohipnosis. Lo sorprendente era que ahora Ward no hacía ya caso de las antigüedades que tan bien conocía. Parecía que de puro familiares le habían dejado de interesar; y todos sus esfuerzos, hacia el final, se dirigían claramente a dominar esos detalles corrientes de la vida moderna que tan absoluta e inequívocamente se le habían borrado del cerebro. Hacía lo posible por ocultar esta pérdida de memoria de lo habitual; pero era evidente para cualquiera que le observara que tanto sus lecturas como su conversación respondían a un frenético deseo de asimilar cosas de su propia vida y de la realidad cultural y

práctica del siglo xx que debería poseer por el mero hecho de haber nacido en 1902 y haberse educado en una escuela de nuestro tiempo. Los alienistas se preguntan cómo se las arreglará el paciente huido en este complicado mundo de hoy, con esa desconcertante falta de conocimientos cotidianos. La opinión general es que permanecerá escondido en algún ambiente humilde y retirado hasta que su caudal de información sobre la vida moderna se acerque a lo normal.

No hay unanimidad entre los alienistas sobre cuándo empezó la locura de Ward. El doctor Lyman, eminente autoridad de Boston, sitúa su inicio en 1919 o 1920, durante el último año del muchacho en la Moses Brown School^[62], en que de repente cambió el estudio del pasado por el estudio de lo oculto, y se negó a ingresar en la universidad alegando que pretendía llevar a cabo investigaciones personales de mucha más importancia. En apoyo de esta opinión estaba el cambio de hábitos de Ward en esa época; en especial su búsqueda continua en archivos y cementerios de la ciudad de un enterramiento realizado en 1771: la sepultura de un antepasado suyo llamado Joseph Curwen^[63], de quien aseguraba que había encontrado algunos documentos tras el enmaderado de una viejísima casa de Olney Court^[64], en Stampers' Hill, en la que se sabía que había vivido Curwen. Es innegable, hablando en general, que en el invierno de 1919-20 se observó un gran cambio en Ward: de repente dejó de interesarse por el pasado y se lanzó a ahondar desesperadamente en materias ocultas dentro y fuera del país, con la sola variación de esa búsqueda extraña y persistente de la tumba de su antepasado.

El doctor Willett, sin embargo, discrepa sustancialmente de esta opinión, basándose en su constante y atento seguimiento del paciente, y en ciertas investigaciones y descubrimientos horribles que él mismo efectuó hacia el final. Investigaciones y descubrimientos que han dejado huella en él; tanto, que le tiembla la voz cuando habla de ellos, y la mano cuando las refiere por escrito. Willett admite que el cambio de 1919-20 pudo marcar el principio de

un deterioro progresivo que culminó en el horrible y desgraciado enajenamiento de 1928; pero opina, por lo que observó personalmente, que hay que hacer una distinción más sutil. Si bien reconoce que el muchacho fue siempre de temperamento inestable, y demasiado propenso a la susceptibilidad y al entusiasmo en sus reacciones, se niega a admitir que esa temprana alteración marcara el efectivo tránsito de la lucidez a la locura. En cambio da crédito a la pretensión del propio Ward de que había descubierto o redescubierto algo que probablemente iba a tener maravillosos y profundos efectos en el pensamiento humano. La verdadera locura, está convencido, le llegó con un cambio posterior: después de sacar a la luz el retrato de Curwen y los documentos antiguos de este; después de visitar extraños lugares del extranjero, y de entonar terribles invocaciones en insólitas y secretas circunstancias; después de serle significadas claramente ciertas respuestas a esas invocaciones, y de escribir una carta frenética en un estado de angustia inexplicable; después de la oleada de vampirismo, y de las ominosas habladurías de Pawtuxet; y después de que la memoria del paciente empezara a perder imágenes coetáneas a la vez que se iba debilitando su voz, y su aspecto físico experimentara el cambio que tantos advirtieron después.

Sólo entonces, señala Willett con agudeza, afloran en Ward de manera innegable los rasgos de pesadilla; y el doctor asegura con un estremecimiento que hay pruebas sólidas que refuerzan la pretensión del muchacho de que había hecho un descubrimiento trascendental. En primer lugar, están los dos despiertos albañiles que presenciaron el hallazgo de los antiguos papeles de Joseph Curwen. En segundo lugar, el joven le había enseñado esos papeles, así como una página del diario de Curwen, y dichos documentos tenían todo el aspecto de auténticos. El nicho donde Ward afirmaba que los había encontrado es una realidad bien palpable. Además, Willett tuvo ocasión de hojearlos por última vez en un escenario difícilmente creíble cuya existencia quizá no pueda probarse jamás. Por otra parte, estaban los enigmas y coincidencias

de las cartas de Orne y Hutchinson, el asunto de la caligrafía de Curwen, y la información que los detectives recogieron sobre el doctor Allen. A esto hay que añadir el terrible mensaje en minúscula medieval que le apareció a Willett en el bolsillo cuando volvió en sí tras la espantosa experiencia en la que perdió el conocimiento.

Y lo más concluyente de todo: están los dos horribles resultados obtenidos por el doctor con un determinado par de fórmulas durante sus pesquisas finales; resultados que probaron prácticamente la autenticidad de los papeles y sus monstruosas implicaciones, a la vez que los sustrajeron para siempre al conocimiento humano.

2

Hay que considerar la vida de Charles Ward anterior a su enfermedad tan del pasado como las antigüedades que él amaba intensamente. En el otoño de 1918, con una marcada inclinación por la instrucción militar propia de la época, había empezado su penúltimo curso en la Moses Brown School, situada muy cerca de su casa. El viejo edificio principal, construido en 1819, había cautivado siempre su juvenil debilidad por lo antiguo, y el amplio parque en el que se alzaba la academia atraía irresistiblemente su mirada hambrienta de paisaje. Hacía poca vida social; su tiempo lo pasaba en casa, dando largos paseos, asistiendo a clase, haciendo instrucción, o recogiendo información arqueológica y genealógica en el Ayuntamiento, en la Cámara Legislativa, en la Biblioteca Pública, el Ateneo, la Sociedad Histórica, las bibliotecas John Carter Brown y John Hay de la Universidad Brown, y en la recién inaugurada de Benefit Street^[65]. Aún lo podemos imaginar cómo era entonces: alto, delgado, rubio, con la mirada atenta, ligeramente cargado de

espaldas, vestido con cierto descuido, y dando una impresión general de torpeza inofensiva, más que atractiva^[66].

Sus paseos eran siempre inmersiones en el pasado en las que lograba recuperar, merced a la miríada de reliquias de esta ciudad vieja y cautivadora, una imagen viva y consistente de los pasados siglos. Su hogar era una gran mansión georgiana en lo alto de un cerro casi abrupto que se alza junto a la margen este del río; y por las ventanas de atrás de sus alas laberínticas podía dominar, desde una altura de vértigo, y por encima de las apiñadas torres, cúpulas, tejados y cimas de rascacielos de la ciudad, los montes púrpura del otro lado. Aquí había nacido. Por el hermoso pórtico de la fachada de ladrillo lo había sacado al principio su niñera en cochecito: pasaban ante una casita blanca aislada^[67], construida hacía doscientos años, que la ciudad hacía tiempo había absorbido, y seguían hacia los majestuosos edificios de la universidad por una calle suntuosa cuyas antiguas residencias y casas de madera de porche estrecho y pesadas columnas dóricas soñaban, sólidas y opulentas, en el centro de patios y jardines generosos.

Lo había paseado en cochecito también por la soñolienta Congdon Street, un nivel más abajo del empinado cerro, con los edificios del este sobre altas terrazas. Las casas aquí, pequeñas y de madera, tenían más años por término medio, porque la ciudad había ido escalando el cerro a medida que había ido creciendo; y en estos paseos había absorbido algo del color de un pintoresco pueblo colonial. La niñera, entonces, solía sentarse en los bancos de Prospect Terrace^[68] a charlar con los guardias municipales; y uno de los primeros recuerdos del niño era el mar brumoso e inmenso de tejados y cúpulas y campanarios y montes lejanos que vio desde la barandilla de ese gran muro, a poniente, un atardecer de invierno, completamente violeta y místico contra un ocaso apocalíptico y febril de rojos y oros y púrpuras y verdes singulares^[69]. La enorme cúpula de mármol del Parlamento de la Colonia alzaba su imponente silueta, con la estatua de su remate fantásticamente nimbada por el

desgarrón de uno de los pequeños estratos que estriaban el cielo inflamado.

Cuando tuvo unos años empezó sus famosos paseos; al principio tirando con impaciencia de la niñera, y más tarde solo, sumido en soñadora meditación. Fue descendiendo cada vez más por este cerro casi perpendicular, llegando a niveles más viejos y singulares del casco viejo de la ciudad. Bajaba precavidamente por la empinada cuesta de Jenckes Street, con sus fachadas formando talud y sus aguilones coloniales, hasta la sombría esquina de Benefit Street, donde veía alzarse delante un antiguo edificio de madera con un par de entradas flanqueadas por pilastras jónicas, y tenía a su lado un tejado a la holandesa con un pequeño y primitivo corral que aún subsistía, y la casona del juez Durfee^[70] con vestigios de su perdida grandeza georgiana. El lugar se estaba convirtiendo en un barrio sórdido^[71]; pero los olmos inmensos le prestaban una sombra reparadora, y el niño solía vagar hacia el sur, pasadas las largas hileras de casas prerrevolucionarias con sus enormes chimeneas centrales y sus portales clásicos. En el lado oeste se alzaban sobre un basamento que salvaba una escalera de piedra con dos tramos y barandilla; el joven Charles podía imaginarlas cuando la calle era nueva, y los tacones rojos y las pelucas realzaban los frontones pintados cuyos signos de deterioro se hacían ahora visibles.

Al oeste, el cerro descendía casi tan abruptamente como lo descrito más arriba, hasta la vieja Town Street^[72] que los fundadores trazaron junto al río en 1636: en ella desembocaban innumerables callejas de casas torcidas, apretujadas, enormemente antiguas; y aunque le fascinaban, tardó mucho en atreverse a adentrarse en su arcaica verticalidad por temor a que se revelaran un sueño, o un acceso a terrores desconocidos. Encontraba menos temible seguir a lo largo de Benefit Street, asar ante la verja de hierro del recoleto cementerio de St. John^[73], la parte de atrás de la Colony House de 1761^[74], y el ruinoso edificio de la posada La Bola de Oro^[75] donde Washington se detuvo una vez. En Meeting Street —llamada en otro

tiempo Gaol Lane^[76] y King Street—, al mirar hacia arriba en dirección este, veía la escalera arqueada a la que tenía que recurrir la calle para subir la ladera; y hacia abajo, hacia el oeste, divisaba la vieja escuela colonial, de ladrillo, sonriendo desde el otro lado de la calzada al antiguo cartel de La cabeza de Shakespeare, donde se imprimía la *Providence Gazette and Country Journal*^[77] antes de la Revolución. A continuación estaba la exquisita y lujosa Primera Iglesia Baptista^[78] de 1775, con su inigualable aguja Gibbs, y las cúpulas y tejados georgianos alzándose alrededor. Desde aquí, y hacia el sur, el barrio mejoraba, floreciendo finalmente en un grupo de antiguas mansiones. En cambio, las primitivas callejas se precipitaban cuesta abajo hacia el oeste, espectrales a causa de su gastado arcaísmo, y se hundían en un tumulto de sordidez donde el viejo e inmundo barrio portuario evoca sus orgullosos tiempos del tráfico con las Indias Orientales, en medio de la mugre y el vicio políglota, de embarcaderos podridos, legañosos almacenes de efectos navales, y callejones en los que aún perviven nombres como Packet, Bullion, Gold, Silver, Coin, Doublon, Sovereign, Guilder, Dollar, Dime y Cent^[79].

A veces el joven Ward, cuando creció y se volvió más atrevido, se arriesgaba a internarse en este remolino de casas ruinosas, dinteles rotos, peldaños levantados, balaustradas torcidas, rostros cetrinos y olores inmundos; recorría las callejas de South Main a South Street, descubría muelles donde aún amarraban los vapores de la bahía y del estrecho, y regresaba hacia el norte por esa parte baja, cruzando ante los almacenes de tejados puntiagudos de 1816^[80] y atravesando la ancha plaza del Puente Grande donde aún se alza firme el edificio del mercado con sus arcos antiguos. En esa plaza se detenía a saciarse con la belleza desconcertante de la vieja ciudad que se levanta, sobre la escarpa oriental, ornada de torres georgianas^[81] y coronada con la enorme cúpula de la nueva iglesia de la Ciencia Cristiana^[82], igual que corona Londres la de San Pablo. Lo que más le gustaba era llegar a este punto caído ya la tarde, momento en que el sol oblicuo dora el mercado y la cascada

de tejados antiguos, y llena de magia los muelles soñolientos donde en otro tiempo amarraban los barcos de Providence que hacían la ruta de la India. Tras un rato de contemplación, casi se sentía transportado de amor poético por la escena. Seguidamente, mientras oscurecía, escalaba la pendiente camino de casa, pasaba la vieja y blanca iglesia, y subía por las callejas estrechas y empinadas donde empezaban a asomar resplandores amarillentos en las ventanas de cristales pequeños y por los montantes de las puertas en lo alto de escaleras de dos tramos con curiosas barandillas de forja.

Otras veces, en años posteriores, buscaba grandes contrastes; la mitad del recorrido lo hacía por las ruinosas regiones coloniales al noroeste de su casa, donde el cerro desciende hasta la eminencia inferior de Stampers, Hill, con su barrio negro y judío apiñado alrededor de la plaza de donde salía la diligencia de Boston antes de la Revolución, y la otra mitad por el amable reino de la parte sur, por las calles George, Benevolent, Power y Williams, donde la vieja ladera conserva inalterables las elegantes residencias, jardines vallados y empinados y verdes senderos en los que perduran multitud de recuerdos fragantes. Estos vagabundeos, sumados al absorbente estudio con que se alternaban, explican en buena medida los dilatados conocimientos sobre cuestiones antiguas que finalmente desalojaron de su cerebro el mundo moderno, e ilustran el humus espiritual en el que cayeron, en ese aciago invierno de 1919-20, las semillas que tan extraño y terrible fruto produjeron.

El doctor Willett está convencido de que, hasta ese invierno desdichado del primer cambio, la afición de Charles Ward por lo antiguo estuvo exenta de toda connotación morbosa. Los cementerios no tenían para él otro atractivo que el de la singularidad y el valor histórico; en cuanto a su carácter, era lo más opuesto a la violencia y al desabrimiento. Después, de manera solapada, pareció desarrollar una rara patología a consecuencia de uno de sus éxitos genealógicos del año anterior: el descubrimiento entre sus antepasados maternos de cierto personaje asombrosamente

longevo llamado Joseph Curwen, que había llegado de Salem en marzo de 1692^[83], y en torno al cual giraban una serie de historias de lo más singulares e inquietantes.

Welcome Potter, tatarabuelo de Ward, se había casado en 1785 con una tal «Ann Tillinghast, hija de Mrs. Eliza, hija del capitán James Tillinghast», de cuyos padres la familia no había conservado dato alguno. A finales de 1918, examinando unas actas de los archivos originales de la ciudad, el joven genealogista topó con el registro de un cambio legal de nombre, en virtud del cual, en 1772, una tal Mrs. Eliza Curwen, viuda de Joseph Curwen, recobraba, junto con su hija Ann de siete años de edad, su apellido de soltera, Tillinghast, aduciendo «que el nombre de su marido se ha convertido en pública vergüenza a causa de lo que ha salido a la luz después de su fallecimiento, y confirma un antiguo rumor al que su fiel esposa no había dado crédito, hasta que ha quedado probado de manera irrefutable». Esta anotación apareció al separar casualmente dos hojas que habían sido cuidadosamente pegadas y tratadas como si fuesen una sola mediante una laboriosa corrección de la numeración de las páginas.

En seguida se dio cuenta Charles Ward de que, efectivamente, acababa de descubrir a un antepasado suyo hasta ahora desconocido. El descubrimiento le emocionó doblemente porque ya había oído algo y leído alguna referencia sobre este personaje del que había muy poca documentación accesible, aparte de la que pasa a ser de dominio público transcurrido mucho tiempo; de manera que parecía como si alguien se hubiera ocupado de borrar su memoria. Lo aparecido, además, era tan singular e intrigante que no podía dejar de pensar con curiosidad qué era lo que los archiveros de la época colonial habían tenido tanto empeño en ocultar y olvidar, ni de sospechar que dicha supresión obedecía a motivos de bastante peso.

Hasta ahora, Ward se había contentado con dejar volar su fantasía sobre el viejo Joseph Curwen; pero tras descubrir su propio parentesco con este personaje «silenciado», empezó a recopilar y

ordenar cuanto encontraba sobre él. En esta búsqueda ansiosa, finalmente, su éxito fue mucho mayor de lo que le habían hecho concebir sus mayores expectativas; porque las cartas, los diarios y los mazos de memorias inéditas que fue sacando de buhardillas y otros rincones telarañosos de Providence, cuyos autores no se habían molestado en destruir, le proporcionaron multitud de pasajes esclarecedores. Una importante información incidental le llegó de Nueva York, del Museo de Fraunces' Tavern^[84], en el que se guardaba alguna correspondencia de la época colonial. Lo realmente decisivo, sin embargo —y que en opinión del doctor Willett fue origen del desmoronamiento de Ward—, fue el material encontrado en agosto de 1919 detrás del enmaderado de la casa de Olney Court. Eso fue, sin ninguna duda, lo que abrió las negras perspectivas cuyo final se reveló más profundo que el abismo.

CAPÍTULO II UN ANTECEDENTE Y UN HORROR

1

Joseph Curwen, según lo mostraban las difusas leyendas materializadas en lo que Ward oía y descubría, había sido un individuo asombroso, enigmático y oscuramente terrible. Había huido de Salem a Providence —refugio universal de excéntricos, liberales y disidentes^[85]—, al inicio del gran pánico de la brujería, por temor a que le acusaran a causa de sus hábitos solitarios y sus extraños experimentos químicos o alquímicos. Era un hombre de aspecto anodino, de unos treinta años, y no tardaron en juzgarlo con derecho a convertirse en ciudadano libre de Providence. Poco después compró un solar al norte del de Gregory Dexter, al pie de Olney Street. Se construyó la casa de Stampers Hill, al oeste de Town Street, en lo que más tarde se llamó Olney Court; y en 1761 la sustituyó por otra más grande, que levantó en el mismo emplazamiento y todavía sigue en pie.

Ahora bien, lo primero de Joseph Curwen que llamó la atención fue que parecía tener la misma edad que a su llegada. Se dedicó al negocio marítimo, compró un derecho de muelle cerca de la ensenada de Mile End, ayudó a reconstruir el Puente Grande^[86] en 1713, y en 1723 fue uno de los fundadores de la Iglesia Congregacional^[87] de lo alto del cerro; pero siempre conservó el aspecto anodino de hombre de treinta o treinta y cinco años a lo más. Pasadas unas décadas, empezó a causar extrañeza esta

singular peculiaridad; pero Curwen la explicaba diciendo que provenía de una estirpe fuerte, y que llevaba una vida sencilla y descansada. Sus vecinos no se explicaban muy bien cómo podía conciliarse esa sencillez de vida con las enigmáticas idas y venidas del reservado mercader, y con el resplandor de sus ventanas a todas las horas de la noche, y tendían a atribuir su prolongada juventud y longevidad a otras causas. La mayoría afirmaba que las incesantes mixturas y cocciones de sustancias químicas tenían bastante que ver con su estado. Decían que sus barcos le traían extrañas sustancias de Londres y de la India, o las compraba en Newport, Boston y Nueva York; y cuando el viejo doctor Jabez Bowen^[88] llegó de Rehoboth^[89] y abrió su Botica del Unicornio y el Mortero al otro lado del Puente Grande, la gente no paró de hablar de las drogas, ácidos y metales que el taciturno solitario le compraba o le encargaba sin cesar. Convencidas de que Curwen poseía un don prodigioso y secreto para la medicina, muchas personas aquejadas de las enfermedades más diversas acudieron a él para pedirle ayuda; pero aunque las alentaba evasivamente en esta creencia, y les daba brebajes de extraños colores cuando iban a pedirle algún remedio, estos raramente hacían efecto en los demás. Por último, transcurridos cincuenta años desde su llegada sin que su cara ni su aspecto mostraran que hubieran pasado por él más de cinco, los comentarios de la gente se volvieron más sombríos, y todo el mundo empezó a colaborar más que medianamente en el deseo de aislamiento que él siempre había manifestado.

Las cartas y diarios personales de ese periodo revelan asimismo multitud de motivos por los que Joseph Curwen fue admirado, temido, y finalmente evitado como la peste. Era notoria su afición a los cementerios, en los que se le veía a todas horas hiciera el tiempo que hiciera, aunque nadie le sorprendió en ninguna acción que pudiera calificarse de macabra. Tenía una granja en Pawtuxet Road^[90], en la que solía pasar los veranos, y a menudo le veían dirigirse hacia allí a caballo a las horas más raras del día o de la

noche. Sus únicos criados, granjeros y guardas visibles de esta granja eran un matrimonio de indios narragansett^[91]: el marido, mudo y extrañamente marcado de cicatrices, y la mujer con un rostro repulsivo, probablemente debido a mezcla de sangre negra. En el cobertizo de dicha granja, Curwen tenía un laboratorio donde realizaba casi todos sus experimentos químicos. Los mozos y carreteros que descargaban garrafas, sacos y cajas en el postigo de atrás intercambiaban comentarios sobre los fantásticos frascos, crisoles, alambiques y mecheros que veían en esa habitación baja y cubierta de estanterías; y auguraban que el callado «quimista» — querían decir alquimista— no tardaría en dar con la Piedra Filosofal. Los vecinos más cercanos —los Fenner^[92], que vivían a un cuarto de milla— contaban cosas aún más insólitas sobre voces que, insistían, se oían en la granja de Curwen por la noche. Eran gritos, decían, o alaridos prolongados. Tampoco les parecía normal el abundante ganado que tenía en sus pastos; no hacía falta tanto para proveer de carne, leche y lana a un viejo y a tan pocos criados. Por otra parte, el ganado cambiaba de una semana a otra, según compraba a los ganaderos de Kingstown nuevas remesas. Además, había una dependencia grande de piedra, con altas rendijas en lugar de ventanas, cuyo aspecto era de lo más inquietante.

Los ociosos del Puente Grande contaban muchas cosas sobre la casa de Curwen en Olney Street; no de la nueva y elegante construida en 1761, cuando él tenía ya cerca de cien años, sino de la anterior, baja y con tejado a la holandesa, desván sin ventanas y hastiales de ripia; madera que puso especial cuidado en quemar tras la demolición. Aquí había menos misterio, es cierto; pero las horas a las que se encendían las luces, el sigilo de los dos criados mestizos, el parloteo confuso del ama de llaves —una francesa increíblemente vieja—, la insólita cantidad de comida que veían entrar para una casa de cuatro personas, y la calidad de las voces que se oían en amortiguada conversación a altas horas, todo venía a sumarse a lo que se sabía de la granja de Pawtuxet para dar mala fama al lugar.

Tampoco en los círculos más selectos dejaba de hablarse de la casa de Curwen; porque, como el forastero se había ido introduciendo en la iglesia y en la vida empresarial de la ciudad, había hecho lógicamente amistades, de cuya conversación y compañía estaba en condiciones de disfrutar. Se sabía que procedía de buena cuna, porque los Curwen o Carwen de Salem^[93] no necesitaban presentación en Nueva Inglaterra. Se sabía que Joseph Curwen había viajado mucho durante su juventud, había vivido un tiempo en Inglaterra y había hecho al menos dos viajes a Oriente; y su conversación, cuando se dignaba hablar, era la de un inglés culto y educado. Sin embargo, por alguna razón, Curwen se retraía de la vida social; aunque nunca rechazaba una visita, siempre levantaba tal muro de reserva que pocos pensaban o decían nada que no sonara insustancial.

Su actitud parecía encerrar una arrogancia enigmática y sardónica, como si encontrase insulsa a toda la humanidad porque hubiera vivido entre seres más extraños y poderosos. Cuando el doctor Checkley^[94], un prestigioso talento, llegó a Boston en 1733 como rector de la King's Church, no olvidó rendir visita a una persona de la que tanto le habían hablado; pero la visita duró sólo un momento; porque le pareció percibir en el discurso de su anfitrión cierto trasfondo siniestro. Charles Ward le confesó a su padre una noche de invierno, hablando de Curwen, que habría dado lo que fuera por saber qué dijo el misterioso anciano al sagaz sacerdote; pero los diarios personales de esa época sólo recogen la negativa del doctor Checkley a repetir nada de cuanto tuvo que oír en esa ocasión. El buen párroco se había quedado de piedra, y nunca fue capaz de recordar a Joseph Curwen sin perder visiblemente la jovial urbanidad de la que tenía fama.

Más concretas, en cambio, eran las razones por las que otro hombre de buen discernimiento y crianza evitaba a este altivo ermitaño. En 1746 el señor John Merritt, un maduro caballero inglés con aficiones literarias y científicas, se trasladó de la ciudad de Newport a esta otra que la estaba aventajando rápidamente en

categoría, y se construyó una hermosa casa de campo en el istmo, actualmente el centro de la mejor zona residencial. Vivía con gran elegancia y comodidad, fue el primero en tener coche y criados con librea, y estaba orgulloso de poseer un telescopio, un microscopio y una biblioteca bien surtida de libros en inglés y en latín^[95]. Al enterarse de que Curwen era dueño de la mejor biblioteca de Providence, el señor Merritt acudió muy pronto a visitarle, y fue recibido con más cordialidad que la mayoría. Su admiración por las grandes estanterías de su anfitrión —que además de los clásicos griegos, latinos e ingleses estaban abastecidas de una notable batería de obras filosóficas, matemáticas y científicas entre las que se hallaban los nombres de Paracelso, Agrícola, Van Helmont, Silvius, Glauber, Boyle, Boerhaave, Becher y Stahl^[96]— decidió a Curwen a proponerle acercarse a visitar su granja y laboratorio, cosa que no había hecho con nadie; y al punto partieron hacia allá en el coche del señor Merritt.

El señor Merritt siempre reconoció que no vio nada horrible en la granja, aunque afirmaba que los títulos de la biblioteca especializada en temas taumatúrgicos, alquímicos y teológicos que Curwen tenía en un aposento de la parte delantera de la casa bastaron para inspirarle una profunda aversión. Aunque fue, quizá, el semblante del propietario, mientras se los mostraba, lo que más contribuyó a crearle tal prejuicio. Esta rara colección, además de un sinfín de obras clásicas que el señor Merritt no pudo por menos de envidiar, incluía a casi todos los cabalistas, demonólogos y magos conocidos; era una verdadera mina de saber en los dudosos dominios de la alquimia y la astrología: allí estaban *Hermes Trismegisto* en la edición de Mesnard^[97], la *Turba philosophorum*^[98], el *Liber investigationis* de Geber^[99], y *La Llave de la Sabiduría*, de Artefius^[100], apretujados con el cabalista *Zóhar*^[101], la colección Peter Jammy de Alberto Magno^[102], el *Ars magna et ultima* de Ramón Llull en la edición de Zetzner^[103], el *Thesaurus chemicus* de Roger Bacon^[104], el *Clavis alchimiae* de Fludd^[105], el *De lapide*

philosophico de Trithemius^[106]. Profusamente representados se hallaban los árabes y judíos medievales. El señor Merritt palideció cuando, al sacar un espléndido volumen rotulado como *Qanoon-e-Islam*^[107], descubrió que en realidad se trataba del prohibido *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred^[108], del que había oído contar monstruosidades tras descubrirse la práctica de ritos inmundos en el extraño pueblecito pesquero de Kingsport, en la provincia de Massachusetts-Bay.

Pero, por extraño que parezca, el respetable caballero confesaba que lo que más le desasosegó fue un mero detalle: un ejemplar carcomido del libro de Borellus abierto sobre la enorme mesa de caoba, con multitud de anotaciones interlineadas y en los márgenes, con la letra de Curwen. Estaba abierto aproximadamente por la mitad, y uno de los párrafos tenía tales trazos temblorosos a pluma bajo las líneas de misteriosos caracteres que el visitante no pudo resistir la tentación de leerlo. No sabía si fue la naturaleza del pasaje subrayado, o la febril vehemencia de los subrayados, pero una de estas dos cosas le afectó enormemente y de manera especial. El caso es que lo recordó hasta el fin de su vida, lo escribió de memoria en su diario, y una vez intentó recitárselo a su gran amigo el doctor Checkley, hasta que observó la manifiesta inquietud que producía en el amable rector. Decía así:

«Puédense preparar y conservar sales esenciales de animales de manera que un hombre ábil puede aver en su aposento una arca de Noé entera, y levantar de sus cenizas, cuando assí le plaze, la hermosa figura de un animal; y por semejante prozedimiento, de las sales esenciales de polbo humano puede un filósofo, sin caer en ninguna nigromancia criminal, llamar la figura de qualquier antepassado, sirviéndose del rresiduo de su cineración».

Pero era en los alrededores de los muelles, en la parte sur de Town Street, donde circulaban los peores rumores sobre Joseph Curwen:

los marineros son gente supersticiosa; los curtidos lobos de mar que tripulaban las innumerables balandras dedicadas al ron, esclavos y melaza^[109], así como los osados corsarios y los grandes bergantines de los Brown, los Crawford y los Tillinghast^[110], hacían disimulados signos de protección cada vez que veían la figura delgada, engañosamente joven, levemente encorvada, y con el pelo amarillo, entrar en el depósito de Curwen de Doublon Street o hablando con los capitanes y sobrecargos en el largo muelle donde sus barcos cabeceaban inquietos. Sus empleados y capitanes le odiaban y le temían; y todos sus marineros eran mestizos de la Martinica, San Eustaquio, La Habana o Port Royal^[111]. En cierto modo, era la frecuencia con que se reemplazaba a estos marineros lo que hacía más intenso y palpable el miedo que emanaba de este anciano: una tripulación recibía permiso para bajar a tierra cuando estaba en la ciudad, algunos de sus miembros recibían el encargo de hacer un recado aquí o allá, y cuando volvían a reunirse casi indefectiblemente faltaba uno o más hombres. A ninguno le pasaba inadvertido que tales recados tenían siempre relación con la granja de Pawtuxet Road, y que se veía regresar de allí a muy pocos; así que con el tiempo Curwen encontró muy difícil conservar un número suficiente de hombres: en cuanto les llegaba lo que se contaba en los muelles, desertaban en masa; y el mercader veía cómo cada vez se le hacía más difícil reponerlos en las Antillas.

Hacia 1760 Joseph Curwen era prácticamente un excluido de la sociedad, un sospechoso de vagos horrores y alianzas demoníacas, tanto más amenazadoras cuanto que nadie alcanzaba a determinarlas, comprenderlas o probar siquiera su existencia. La gota que colmó el vaso fueron quizá las desapariciones de soldados ocurridas en 1758, cuando en marzo y abril de ese año estuvieron acampados en Providence dos regimientos reales que se dirigían a Nueva Francia, y cuyo número de hombres iba disminuyendo inexplicablemente a un ritmo mucho mayor que el debido a las habituales deserciones^[112]. Corrió la noticia sobre la frecuencia con que se solía ver a Curwen conversando con los soldados británicos;

y al ser notada la desaparición de algunos, la gente pensó en la extraña coincidencia con lo que ocurría con las tripulaciones de Curwen. No se sabe qué habría podido pasar de no haber recibido los regimientos orden de reemprender la marcha.

Entretanto, los negocios mundanos del mercader iban para arriba. Poseía prácticamente el monopolio del salitre, la pimienta negra y la canela en la ciudad, y aventajaba sobradamente al resto de los navieros, salvo a los Brown, en cuanto a importación de añil, algodón, paño de lana, sal, cordelería, hierro, papel, objetos de latón y artículos ingleses de todo género. Comerciantes como James Green, del establecimiento El Elefante, en Cheapside, los Russell de El Águila Dorada, al otro lado del puente, o Clark y Nightingale de La Sartén y el Pescado junto al Nuevo Café^[113], dependían casi enteramente de él para su abastecimiento; por otro lado, sus acuerdos con las destilerías locales, los lecheros, los criadores de caballos de Narragansett y los cereros de Newport, le hicieron uno de los principales exportadores de la Colonia.

Aunque evitado por la sociedad, no carecía de cierto espíritu cívico. Cuando ardió el edificio del Tribunal del Condado^[114], participó generosamente en las loterías que ayudaron a construir uno nuevo de ladrillo —que aún se levanta al fondo de su paseo, en la vieja calle mayor— en 1761. En ese mismo año, también, ayudó a reconstruir el Puente Grande tras la tempestad de octubre. Repuso muchos libros que la biblioteca pública del Ayuntamiento perdió en el incendio, y compró abundante lotería emitida para empedrar el embarrado paseo del mercado y Down Street, siempre llena de roderas, a la que dotaron de una «acera» central. Por esta época, también, construyó la nueva, sencilla pero excelente casa cuyo pórtico es una obra espléndida de piedra tallada. Cuando los partidarios de Whitefield^[115] se desgajaron de la iglesia del doctor Cotton en 1743 y fundaron la del diácono Snow, al otro lado del Puente, Curwen optó por ellos, aunque se le habían enfriado el fervor y la asiduidad. No obstante, ahora volvió a la práctica de la piedad como para ahuyentar la sombra que le había acarreado el

vacío social, que amenazaba con hacer naufragar sus negocios si no ponía rápidamente algún remedio.

2

Era patético, dramático, grotesco ver a este hombre pálido y extraño, con aspecto de haber llegado apenas a la madurez pese a haber cumplido los cien años, pugnando por salir de una nube de pavor y execración demasiado vaga para precisarla o analizarla. Pero es tal el poder del dinero y de los gestos superficiales, que consiguió atemperar un poco el manifiesto rechazo que difundía a su alrededor; sobre todo al cesar de repente las súbitas desapariciones de marineros. Asimismo, debió de emplear un extremo cuidado y sigilo en sus expediciones a los cementerios, porque no se le volvió a sorprender en tales vagabundeos. Al mismo tiempo, disminuyeron los rumores sobre misteriosos ruidos y actividades en su granja de Pawtuxet. El ritmo de consumo de comida y reposición de ganado siguió siendo anormalmente elevado; pero hasta tiempos modernos, en que Charles Ward estudió una serie de cuentas y facturas halladas en la Biblioteca Shepley, no se le ocurrió a nadie —exceptuando, quizá, a un joven resentido— establecer tenebrosas comparaciones entre la gran cantidad de negros que importó de Guinea hasta 1766, y el número alarmantemente reducido de los que pudo presentar auténtica factura de venta tanto a los negreros del Puente Grande como a los plantadores de Narragansett Country^[116]. Evidentemente, la astucia y la ingeniosidad de este detestado personaje no tenían límite cuando se encontraba ante la necesidad de ejercerlas.

Pero el efecto de toda esta tardía rectificación fue irremediablemente escaso. La gente siguió desconfiando de él y evitándolo; a decir verdad, el solo hecho de que pareciese joven a

su edad lo justificaba de sobra. Él se daba cuenta de que al final lo pagaría su fortuna. Sus complicados estudios y experimentos, fueran los que fuesen, requerían grandes ingresos para sufragarlos; y dado que un cambio de escenario le privaría de las ventajas comerciales que había adquirido, no le parecía acertado empezar de nuevo en otra región. La prudencia le exigía restablecer su relación con los ciudadanos de Providence de manera que su aparición no provocara el silencio en las conversaciones, excusas manifiestas para irse, y una atmósfera de tensión y de desazón. Sus empleados, extraídos ahora del residuo de los indigentes y sin techo a quienes nadie emplearía, le ocasionaban numerosos quebraderos de cabeza; en cuanto a los capitanes y oficiales, los conservaba sólo a base de astucia, mediante algún tipo de ascendiente sobre ellos: una hipoteca, un pagaré o una información comprometedor para su bienestar. En muchos casos, consignaban algunos diarios con cierto pavor, Curwen demostró poseer poderes casi sobrenaturales para averiguar secretos de familia a los que daba un uso tenebroso. Durante los cinco últimos años de su vida, dio la impresión de que los datos que con tanta facilidad le afloraban a los labios los obtenía en conversaciones directas con personas largo tiempo desaparecidas.

Por esta época, el taimado erudito recurrió a un último y desesperado expediente para recobrar su puesto en la comunidad. Ermitaño impenitente hasta aquí, decidió ahora contraer matrimonio con alguna dama cuya posición ventajosa hiciese imposible el aislamiento de su casa. Quizá tenía razones más profundas para desear una alianza; razones tan alejadas de la esfera cósmica conocida que sólo los papeles hallados siglo y medio después de su muerte dieron lugar a que alguien las sospechara; aunque nunca podrán saberse con seguridad. Por supuesto, sabía el horror y la indignación que podía despertar cualquier intento de solicitar a una dama, así que buscó a su alrededor alguna joven sobre cuyos padres pudiera ejercer la conveniente presión. Comprobó que no era tarea fácil, dado que exigía que reuniese belleza, cualidades y

posición. Finalmente, su atención se centró en la casa de uno de sus mejores y más antiguos capitanes, un viudo de buena ascendencia y reputación intachable llamado Dutee Tillinghast^[117], cuya hija única, Eliza, si bien carecía de grandes perspectivas como heredera, estaba adornada con todas las virtudes imaginables. El capitán Tillinghast se hallaba totalmente en las garras de Curwen; y, tras una terrible entrevista en su casa de lo alto de Power's Lane, accedió a sancionar tan blasfema unión.

Eliza Tillinghast tenía entonces dieciocho años, y había sido educada todo lo dulcemente que la modesta economía de su padre podía permitir. Asistió a la escuela de Stephen Jackson^[118], al otro lado de la plaza del Palacio de Justicia, y su madre la instruyó con solicitud, hasta su muerte de viruela en 1757, en todas las artes y refinamientos de la vida doméstica. Una labor suya, ejecutada en 1753 a los nueve años, puede contemplarse hoy en las salas de la Sociedad Histórica de Rhode Island. Tras la muerte de su madre tuvo que llevar la casa con la única ayuda de una vieja de color. Las discusiones con su padre sobre la proposición matrimonial de Curwen debieron de ser verdaderamente dolorosas, aunque no hay referencia escrita de ellas. Lo cierto es que rompió su compromiso con el joven Ezra Weeden^[119], segundo oficial del *Enterprise*, y que su unión con Joseph Curwen tuvo lugar el 7 de marzo de 1763, en la iglesia baptista, con asistencia de una de las más distinguidas reuniones de que podía hacer gala la ciudad. La ceremonia la ofició el joven Samuel Winsor^[120]. La *Gazette* sacó una escueta reseña del acontecimiento, que Ward encontró arrancada o eliminada de la mayoría de los ejemplares existentes de esa fecha; sólo halló un ejemplar intacto tras mucho buscar en los archivos de un coleccionista particular; y reparó divertido en la cortés asepsia del lenguaje:

«El pasado lunes por la tarde se desposaron el señor Joseph Curwen, mercader de esta ciudad, y la señorita Eliza Tillinghast, hija del capitán Dutee Tillinghast, joven de excelentes virtudes, a

las que suma la belleza de su persona, que sin duda adornarán el matrimonio y perpetuarán su felicidad^[121]».

La correspondencia Durfee-Arnold descubierta por Charles Ward — poco antes de lo que se considera el inicio de su enajenación— en la colección privada del señor Melville E Peters de George Street, y que comprende esta etapa y un breve periodo anterior, arroja una viva luz sobre el ultraje a la sensibilidad pública que supuso esta infausta unión. Es innegable, no obstante, que los Tillinghast gozaban de gran estima social; así que una vez más Joseph Curwen vio su casa frecuentada por personas a las que jamás habría podido inducir a cruzar el umbral. Su aceptación, sin embargo, distaba mucho de ser completa, y a los ojos de la sociedad su esposa era víctima de esta forzada transacción. Sea como fuere, su absoluto aislamiento se suavizó. En cuanto al trato a su esposa, el recién casado tenía asombrados a todos, ella incluida, ya que hacía gala de una afabilidad y una consideración exquisitas. La nueva casa de Olney Street estaba ahora totalmente libre de manifestaciones perturbadoras; y aunque Curwen visitaba a menudo la granja de Pawtuxet —donde su esposa no puso los pies jamás—, parecía un ciudadano normal más que en ninguna otra etapa —de sus largos años de residencia. Sólo una persona seguía manteniendo una abierta hostilidad hacia él: Ezra Weeden, el joven oficial de barco cuyo compromiso con Eliza Tillinghast había quedado roto de manera tan inesperada, quien había jurado públicamente vengarse; y aunque de carácter tranquilo por lo general, abrigaba ahora un odio obstinado que no auguraba nada bueno al marido usurpador.

El 7 de mayo de 1765 nació el único vástago de Curwen, una hija que fue acristianada por el reverendo John Graves de la King's Church^[122], a la que el marido y la esposa se habían adherido poco después de casarse a fin de adoptar una especie de término medio entre sus respectivas filiaciones congregacional y baptista. El registro de este bautismo, así como el del matrimonio dos años

antes, fue tachado de la mayoría de los libros de la iglesia y de los anales del Ayuntamiento donde deberían figurar. Charles Ward localizó con gran dificultad uno y otro cuando se enteró del cambio de apellido de la viuda, cosa que le llevó al descubrimiento de su propio parentesco, y le inspiró el obsesivo interés que le arrastró a la locura. El registro de ese nacimiento lo encontró curiosamente en la correspondencia del doctor Graves con los herederos, quien se había llevado una copia del archivo cuando dejó la parroquia al estallar la Revolución. Ward consultó esta fuente porque sabía que su tatarabuela, Ann Tillinghast Potter, había sido episcopaliana.

Poco después del nacimiento de su hija, acontecimiento que al parecer acogió con un entusiasmo muy poco acorde con su habitual frialdad, Curwen decidió posar para un retrato. Lo encargó a un escocés de talento llamado Cosmo Alexander^[123], entonces residente en Newport y más tarde famoso por haber sido el primer maestro de Gilbert Stuart. Se decía que el retrato fue ejecutado sobre un panel de la biblioteca de su casa de Olney Court, pero ninguno de los dos viejos diarios que lo mencionaban daban una pista sobre su paradero final. En esta época el errático erudito dio muestras de una inusitada abstracción, y pasaba todo el tiempo que podía en su granja de Pawtuxet Road. Se le notaba en un estado de contenida excitación o de suspenso; como si esperase algo excepcional o estuviese a las puertas de algún descubrimiento trascendental. Al parecer tenía relación con la química o la alquimia, porque trasladó a la granja casi todos los libros sobre estas materias que había en su casa.

Siguió esforzándose en fingir interés cívico, y no perdía ocasión de ayudar a personajes como Stephen Hopkins, Joseph Brown o Benjamin West^[124] en sus esfuerzos por elevar el nivel cultural de la ciudad, que en aquel entonces estaba muy por debajo del de Newport con su patronazgo de las artes liberales. Había ayudado a Daniel Jenckes^[125] a abrir su librería en 1763, de la que fue desde entonces su mejor cliente, y amplió su ayuda a la combativa *Gazette*, que aparecía los miércoles en la enseña de Shakespear's

Head. En política apoyaba fervientemente al gobernador Hopkins contra el partido de Ward^[126], cuya fuerza principal se hallaba en Newport; y su elocuente discurso de 1765 en Hacker's Hall^[127] contra la separación de North Providence como ciudad aparte si la votación se decantaba a favor de Ward en la Asamblea General contribuyó más que ninguna otra cosa a disipar los prejuicios contra él. Pero Ezra Weeden, que le vigilaba estrechamente, sonreía con desprecio ante toda esta aparente actividad, y juraba en voz alta que todo eso no era sino una simulación para ocultar algún tráfico abominable con los más negros abismos del Tártaro. El vengativo joven empezó a espiar sistemáticamente al hombre y sus actividades cada vez que estaba en tierra, y por las noches se pasaba horas enteras con una canoa preparada, en los muelles, cuando veía luces en los depósitos de Curwen, y seguía al pequeño bote que a veces salía sigiloso hacia la bahía. Asimismo, acechaba lo más atentamente que podía la granja de Pawtuxet, y en una ocasión fue mordido gravemente por los perros que le soltó la vieja pareja de indios.

3

En 1766 Joseph Curwen sufrió su cambio final. Fue repentino, y llamó la atención de los curiosos; porque se le cayó como una capa vieja el aire de suspenso y expectación, y en su lugar asomó una mal disimulada exaltación de completo triunfo. Le costaba trabajo contenerse de proclamar públicamente qué había descubierto o aprendido o hecho; pero al parecer la necesidad de mantenerlo en secreto era más grande que el ansia de compartir su júbilo, porque nunca dio ninguna explicación. Después de esta transición, ocurrida a principios de julio, el siniestro erudito empezó a asombrar a los

conocidos demostrando saber de ellos cosas que sólo podían haberle contado familiares fallecidos hacía tiempo.

A pesar de este cambio, no cesó ni mucho menos en sus febriles actividades secretas. Al contrario, más bien tendieron a aumentar; de manera que sus capitanes, a los que ahora tenía sujetos con las ataduras del miedo —tan poderosas como antes habían sido las de la ruina—, se involucraban cada vez más en sus negocios marítimos. Abandonó por completo el comercio de esclavos alegando que sus beneficios no cesaban de disminuir. Pasaba todos los ratos que podía en la granja de Pawtuxet; si bien, de tiempo en tiempo, corría la noticia de su presencia en lugares que, aunque no próximos a los cementerios, estaban tan relacionados con ellos que la gente curiosa se preguntaba hasta dónde había cambiado de costumbres el viejo mercader. Ezra Weeden, cuyas ocasiones para espíarle eran inevitablemente breves y esporádicas a causa de sus viajes, poseía no obstante una tenacidad vindicativa de la que carecía la gente del campo y de la ciudad, y sometía los movimientos de Curwen a un escrutinio como nadie había hecho hasta el momento.

Muchas maniobras insólitas de los barcos de este extraño mercader se atribuían a los tiempos inseguros, en que todos los colonos parecían dispuestos a oponerse a las provisiones de la Ley del Azúcar^[128], que asfixiaba el desarrollo del tráfico marítimo. El contrabando y la evasión estaban a la orden del día en la bahía de Narragansett, y el desembarco de mercancías ilícitas durante la noche era cosa corriente. Pero Weeden, después de seguir una noche tras otra las lanchas y pequeñas balandras que veía salir furtivamente de los depósitos que Curwen tenía en los muelles de Town Street, no tardó en llegar a la conclusión de que no eran sólo los buques armados de Su Majestad lo que el escurridizo personaje tenía interés en evitar. Antes del cambio de 1766, estas embarcaciones transportaban cadenas de negros; los bajaban, cruzaban la bahía y los dejaban en un punto oscuro de la costa al norte de Pawtuxet; de allí los subían por el acantilado y los llevaban,

a campo traviesa, a la granja de Curwen, donde los encerraban en el enorme pabellón de piedra de altas y estrechas rendijas a modo de ventanas. A partir de este cambio, empero, el programa sufrió una completa alteración. Cesó la importación de esclavos, y durante un tiempo Curwen dejó de salir en bote a medianoche. Después, hacia la primavera de 1767, adoptó una nueva táctica: sacó sus lanchas de los muelles oscuros y callados, esta vez para navegar bahía abajo, quizá hasta Punta Namquit^[129], donde se encontraban con extraños buques de considerable calado y aspecto diverso, de los que recogían cierto cargamento. Los marineros de Curwen lo depositaban en el sitio habitual de la costa; y de allí era transportado a la granja; una vez allí lo introducían en el enigmático edificio de piedra que antes había acogido a los negros. Este cargamento consistía casi enteramente en cajas, la mayoría rectangulares, muy pesadas e inquietantemente parecidas a ataúdes.

Weeden vigilaba la granja con perseverancia incansable, visitándola por las noches durante largos periodos; apenas dejaba pasar una semana sin ir a echar una ojeada, salvo cuando el suelo estaba nevado y podían delatarle las huellas. Pero incluso entonces se acercaba todo lo que le permitía el camino transitado o el hielo del río vecino, a fin de observar los rastros que podían haber dejado otros. Como tenía que interrumpir estas vigilias a causa de sus obligaciones, se puso de acuerdo con un compañero de taberna llamado Eleazar Smith para que continuase la vigilancia durante sus ausencias. Y entre los dos podían haber hecho correr rumores extraordinarios. Si no lo hicieron fue porque sabían que tal publicidad habría alertado a la caza y habría sido imposible continuar las pesquisas. En vez de eso querían averiguar algo concreto antes de emprender ninguna acción. Lo que sabían debía de ser algo sin duda alarmante. Charles Ward comentó a menudo a sus padres lo mucho que sentía que Weeden hubiera quemado sus cuadernos. Lo único que se sabe de sus pesquisas es lo que Eleazar Smith dejó escrito de manera no muy coherente, y lo que otros diarios y cartas repetían tímidamente de las declaraciones que

al final hicieron los dos, según las cuales la granja era únicamente la cáscara de una amenaza inmensa y repugnante, demasiado profunda e inasible para poder hacerse de ella algo más que una oscura idea.

Weeden y Smith llegaron pronto al convencimiento de que debajo de la granja había una serie de galerías y catacumbas habitadas por una cantidad considerable de gente, además del viejo indio y su mujer. La casa era una reliquia vieja y puntiaguda de mediados del siglo XVII, con un enorme cañón de chimenea, ventanas con celosía y cristales en rombo, y su laboratorio bajo la vertiente norte del tejado, que bajaba casi hasta el suelo. Este edificio se hallaba alejado del otro; sin embargo, a juzgar por las diferentes voces que se oían en su interior a todas horas, debían de estar comunicados mediante algún pasadizo secreto. Esas voces, antes de 1766, habían sido meros gruñidos y susurros de negros, o gritos frenéticos acompañados de extraños cánticos o invocaciones. Después de esa fecha, sin embargo, adoptaron un cariz singular y terrible, ya que recorrían toda una escala de matices, desde murmullos de sorda aquiescencia hasta explosiones de furia frenética, pasando por conversaciones cavernosas, gemidos de súplica, jadeos de ansia y gritos de protesta. Parecían proferidos en diferentes lenguas, todas conocidas por Curwen, en cuyos ásperos acentos se discernían a menudo réplicas de reprobación o de amenaza. A veces parecía que había en la casa varias personas: Curwen, algunos cautivos y los que custodiaban a estos cautivos. Y sonaban voces de una calidad que ni Weeden ni Smith habían oído nunca, a pesar de haber estado en multitud de puertos extranjeros, junto a otras que les parecía poder identificar como de este o aquel país. Las conversaciones adoptaban siempre una pauta como de catecismo; como si Curwen sacase alguna clase de información a unos prisioneros recalcitrantes o aterrados.

Weeden anotó literalmente en su cuaderno muchos retazos de conversaciones que había logrado discernir, porque a menudo utilizaban el inglés, el francés y el español, lenguas que él conocía;

pero ninguna de estas anotaciones había sobrevivido. Decía, no obstante, que en algunos de estos diálogos, que hacían referencia a asuntos de familias de Providence, las preguntas y las respuestas que lograba entender eran de carácter histórico o científico, a veces sobre lugares y tiempos muy remotos. En una ocasión, por ejemplo, un individuo que se mostraba alternativamente hosco y furioso fue interrogado en francés sobre la muerte del Príncipe Negro^[130] en Limoges, en 1370, como si esta hubiera sido llevada a cabo por alguna razón oculta que el cautivo debía conocer. Curwen preguntó al prisionero —si es que era prisionero— si la orden de esa muerte fue dada a causa del Signo de la Cabra hallado en el ara de una cripta romana que había debajo de la catedral, y si el Hombre Negro del Aquelarre de Haute-Vienne^[131] había pronunciado las Tres Palabras. Al no obtener respuesta, el interrogador por lo visto tuvo que recurrir a medidas extremas, porque sonó un terrible alarido seguido de silencio, y a continuación un gemido y un golpe sordo.

Ninguno de los dos fue nunca testigo ocular de estos coloquios, dado que las ventanas estaban siempre con las cortinas corridas. Una vez, no obstante, durante un discurso en una lengua desconocida, Weeden vio una sombra sobre la cortina que le sobresaltó sobremanera; le recordó a un muñeco de unos títeres que había visto en el otoño de 1764, en Hacher's Hall, cuando un hombre de Germantown, Pensilvania, dio una asombrosa función de marionetas anunciada como «Vista de la famosa ciudad de Jerusalén, en la que están representados la ciudad de Jerusalén, el templo de Salomón, su Trono Real, sus notables Torres y Montes, así como las Angustias de Nuestro Salvador desde el huerto de Getsemaní hasta la Cruz del monte Gólgota; ingeniosa pieza de imaginería, digna de ser vista por los curiosos»^[132]. Fue en esta ocasión cuando Weeden, que se había acercado a la ventana de la habitación delantera de donde salían las voces, dio un respingo que despabiló al viejo matrimonio indio y motivó que soltaran los perros. A partir de entonces no volvieron a oírse más conversaciones en la

casa, y Weeden y Smith concluyeron que Curwen había trasladado su teatro de actividades a regiones inferiores.

Estaba bastante claro, por infinidad de detalles, que tales regiones existían efectivamente. De tiempo en tiempo subían inequívocamente débiles gritos y gemidos de lo que no parecía sino tierra sólida, en lugares alejados de la casa, mientras que detrás, oculta por los arbustos que bordeaban el río, donde el terreno descendía en precipitado declive hacia el valle del Pawtuxet, descubrieron una puerta en arco, de roble, enmarcada en gruesa albañilería; evidentemente, se trataba de un acceso a las cavernas interiores del cerro. Weeden ignoraba cuándo y cómo habían sido construidas estas catacumbas; pero sí señaló a menudo cuán fácilmente podían llegar por el río, sin que nadie les viera, cuadrillas de obreros. ¡Era evidente que Joseph Curwen utilizaba a sus marineros mestizos para las funciones más diversas! Durante las intensas lluvias de la primavera de 1769, los dos espías se dedicaron a estudiar minuciosamente la pendiente por si afloraba del subsuelo algún secreto; y vieron recompensada su búsqueda con el descubrimiento de gran profusión de huesos animales y humanos en lugares donde se habían formado profundas hoyas. Naturalmente, podía explicarse de mil maneras la presencia de tales cosas en la parte trasera de una granja con ganado, y en un paraje donde eran corrientes los cementerios indios. Pero Weeden y Smith sacaron sus propias conclusiones.

Fue en enero de 1770, mientras Weeden y Smith discutían sobre qué determinación tomar, si es que podía tomarse alguna, sobre este enigmático asunto, cuando tuvo lugar el incidente del *Fortaleza*. Irritada por el incendio de la balandra guardacostas *Liberty*, de Newport, durante el verano anterior^[133], la flota aduanera, a las órdenes del almirante Wallace^[134], había extremado la vigilancia respecto a barcos desconocidos; y en esta ocasión la goleta armada *Cygnets* de Su Majestad, bajo el mando del capitán Charles Leslie^[135], apresó una madrugada, tras breve persecución, el paquebote^[136] *Fortaleza* de Barcelona (España), mandado por el

patrón Manuel Arruda^[137], que según su diario de navegación hacía viaje del Gran Cairo (Egipto) a Providence. Al ser registrada en busca de contrabando, se descubrió con asombro que su cargamento consistía en momias egipcias, consignadas al «Marinero A. B. C.», quien pasaría a retirar la mercancía en una lancha frente a Punta Namquit, y cuya identidad el capitán Arruda consideró su deber no revelar. El Tribunal del Vicealmirantazgo de Newport, no sabiendo qué hacer en vista de que por un lado no se consideraba contrabando su cargamento, y por otro había entrado en culpable secreto, por recomendación del jefe de Aduana Robinson, optó por dejar dicha nave en libertad, pero prohibiéndole entrar en aguas de Rhode Island. Más tarde corrieron rumores de que la habían visto fondeada en Boston, aunque no entró abiertamente en puerto.

No dejó de causar sensación en Providence tan extraordinario incidente, y pocos dudaron de que había una conexión entre el cargamento de momias y el siniestro Joseph Curwen. Dado que sus estudios exóticos, sus singulares importaciones de material químico y su afición a los cementerios eran de dominio público, no hacía falta mucha imaginación para relacionarle con un tráfico extravagante que no era concebible que se enviara a nadie más de la ciudad. Consciente, quizá, de esta lógica sospecha, Curwen tuvo buen cuidado de comentar en varias ocasiones, como de pasada, el valor de los bálsamos hallados en las momias, pensando tal vez que así hacía el asunto menos rechazable, aunque sin admitir su participación. Weeden y Smith, naturalmente, no tenían ninguna duda del significado de esto; y se lanzaron a las más descabelladas teorías sobre Curwen y sus monstruosas ocupaciones.

La primavera siguiente, como la anterior, fue bastante lluviosa, y los dos observadores inspeccionaron minuciosamente la margen del río que pasaba por detrás de la granja de Curwen. Habían desaparecido grandes porciones de tierra que habían dejado al descubierto bastantes huesos, pero no había el menor indicio de acceso a cámaras o galerías subterráneas. Algo se dijo, no

obstante, en el pueblo de Pawtuxet, una milla más abajo, donde el río discurre en sucesivas cascadas por una grada rocosa y desemboca en la plácida y cerrada caleta. Allí, donde las pintorescas casitas aisladas se escalonaban cerro arriba desde el puente rústico y los pequeños pesqueros dormitaban amarrados a los muelles, corrió un rumor sobre cuerpos que el río arrastraba, y que salieron brevemente a la superficie al pasar por las cascadas. Desde luego, el Pawtuxet es un río largo que serpea por zonas pobladas donde abundan los cementerios; y, desde luego, las lluvias de primavera habían sido copiosas; pero a los pescadores del puente no les agradó la forma en que miró uno de esos seres al hundirse en las mansas aguas de abajo, ni la especie de alarido que profirió otro, aunque su estado no era el de un ser en condiciones de gritar. Esto hizo que Smith —Weeden se hallaba en uno de sus viajes— acudiese de prisa a la parte de atrás de la granja, donde sin duda se habría producido algún gran socavón. Pero no encontró en el ribazo el menor vestigio de acceso; había habido un pequeño desprendimiento, pero dejó un mero talud de tierra mezclada con arbustos. Smith estuvo cavando aquí y allá, haciendo calas, pero desistió ante la falta de resultado... o quizá por temor a obtenerlo. Sería interesante imaginar que habría hecho el tenaz y vengativo Weeden de haber estado entonces en tierra.

4

En el otoño de 1770 Weeden juzgó que había llegado la hora de participar a otros sus descubrimientos. Porque tenía un montón de datos que ensamblar, y un testigo ocular que refutaría una hipotética acusación de que los celos y los deseos de venganza le habrían disparado la fantasía. Al primero que escogió para confiarle lo que sabía fue al capitán James Mathewson, del *Enterprise*, quien por un

lado le conocía lo bastante para no dudar de su veracidad, y por otro tenía suficiente peso en la ciudad para ser escuchado con respeto. La entrevista tuvo lugar en un reservado de arriba de la taberna de Sabin^[138], vecina a los muelles, con Smith presente, el cual lo confirmó prácticamente todo punto por punto. Pudo verse que el capitán Mathewson estaba enormemente impresionado. Como casi todos los de la ciudad, tenía negras sospechas respecto a Joseph Curwen; por lo que sólo necesitó esta confirmación y ampliación de datos para convencerse del todo. Al concluir estaba muy serio, y pidió a los dos jóvenes que no dijese nada. Él transmitiría la información, por separado, a diez o doce ciudadanos, de los más doctos y destacados de Providence, y escucharía el consejo que pudieran ofrecer. En cualquier caso, era esencial guardar discreción, porque no era este un asunto al que pudieran hacer frente los militares o la policía local; y sobre todo, había que evitar que se enterase la excitable multitud para que no se reprodujera en estos tiempos ya revueltos la espantosa oleada de pánico de Salem, ocurrida hacía menos de un siglo, y que había traído aquí a Curwen.

Las personas idóneas, pensó, eran el doctor Benjamin West, autor de un opúsculo sobre el último tránsito de Venus, hombre erudito y pensador perspicaz; el reverendo James Manning^[139], rector de la universidad recién llegado de Warren, que se alojaba provisionalmente en la nueva escuela de King Street mientras terminaban la residencia de arriba, al final de Presbyterian Lane; el ex gobernador Stephen Hopkins, que había sido miembro de la Sociedad Filosófica de Newport y era persona de gran comprensión; John Carter, editor de la *Gazette*, los cuatro hermanos Brown: John, Joseph, Nicholas y Moses^[140], que eran los magnates de la localidad, de los cuales Joseph era un científico aficionado de talento; el anciano doctor Jabez Bowen^[141], de enorme erudición, el cual estaba al corriente de las extrañas compras de Curwen, y el capitán Abraham Whipple^[142], corsario de gran osadía y energía con el que se podía contar para dirigir la acción que hiciera falta. Si se mostraban conformes, los convocaría para deliberar conjuntamente;

y a ellos incumbiría la responsabilidad de decidir si informar o no al gobernador de la Colonia, Joseph Wanton^[143], de Newport, antes de emprender nada.

La misión del capitán Mathewson superó sus mayores expectativas; porque si bien halló algo escépticos a uno o dos de los confidentes escogidos respecto a la parte macabra de lo que contó Weeden, no hubo ninguno que no juzgara necesario llevar a cabo alguna acción secreta y coordinada. Curwen, estaba claro, constituía para el bienestar de la ciudad y de la Colonia una potencial amenaza que había que suprimir a toda costa. A finales de diciembre de 1770 se reunió un grupo de eminentes ciudadanos en casa de Stephen Hopkins, y debatieron las distintas posibilidades. Se leyeron cuidadosamente las notas que Weeden había entregado al capitán Mathewson, y él y Smith fueron llamados para que aportasen detalles. Una especie de temor se había apoderado de los reunidos antes de que concluyese la asamblea; aunque sobre este temor se impuso la inflexible determinación del capitán Whipple, que expresó de manera radical y con muchos exabruptos. No lo comunicarían al gobernador porque había que actuar de espaldas a la ley. Si Curwen disponía de fuerzas ocultas de no se sabía qué magnitud, no se le podía conminar sin más a que abandonase la ciudad. Podía tomar represalias insospechadas. Y aun en el caso de que el siniestro personaje accediera, su marcha no significaría sino un mero cambio de lugar de esta carga inmundada. Eran tiempos turbulentos, y los que venían burlando a las autoridades aduaneras desde hacía años no iban a quedarse quietos si lo que les motivaba era algo de más envergadura. Había que sorprender a Curwen en su granja de Pawtuxet con una buena partida de hombres avezados en el curso, y brindarle una última oportunidad de explicarse. Si se demostraba que estaba loco y se divertía profiriendo gritos y fingiendo voces, lo llevarían a encerrar como era de rigor. Si aparecía algo más, y se comprobaba que eran efectivamente reales los horrores subterráneos, él y cuantos estuviesen con él debían desaparecer. Podía hacerse con

discreción, sin informar siquiera a su viuda ni al padre de esta de lo que allí aconteciera.

Mientras debatían estas graves medidas ocurrió en la ciudad un incidente tan terrible e inexplicable que durante un tiempo no se habló de otra cosa en varias millas a la redonda. En mitad de una noche de luna del mes de enero, con el suelo cubierto de espesa nieve, resonaron en el río y en el monte una serie de gritos espantosos que hicieron que asomaran cabezas soñolientas en todas las ventanas. Los que vivían en Punta Weybosset vieron cómo un enorme ser blanco corría frenéticamente en el espacio mal despejado frente a la Cabeza del Turco. Sonaron ladridos de perros a lo lejos, pero enmudecieron en cuanto se hizo audible el clamor de la ciudad despertada. Salieron a toda prisa grupos de hombres con linternas y mosquetes a averiguar qué ocurría, pero la batida no dio ningún resultado. A la mañana siguiente, no obstante, descubrieron sobre los trozos de hielo atascados en los pilares del Puente Grande—donde el Muelle Largo se extendía junto a la destilería de Abbot—un cuerpo gigantesco y musculoso, completamente desnudo, cuya identidad suscitó un sinfín de especulaciones. Era tan viejo como los mismos viejos que hablaban de él en voz baja; pero sólo en los más venerables despertó este rostro rígido un atisbo de recuerdo. Y con un estremecimiento, intercambiaron furtivos cuchicheos de miedo y estupefacción. Porque en este rostro petrificado y horrendo veían un parecido tan asombroso que casi se les antojaba una identidad: la de un hombre muerto hacía cincuenta años o más. Ezra Weeden estuvo presente en el descubrimiento; y acordándose de los ladridos de la noche, subió por Weybosset Street, cruzó el puente del Muelle del Barro, y se dirigió al lugar de donde habían provenido. Se sentía dominado por una singular expectación; así que no se sorprendió cuando, al llegar al final del barrio, donde la calle se convertía en el camino de Pawtuxet, topó con unas huellas extrañísimas en la nieve. El gigante desnudo había sido perseguido por varios perros y un nutrido grupo de hombres con botas. Y se veía claramente dónde los perros y sus dueños habían dado media vuelta: habían

abandonado la persecución al llegar a las proximidades de la ciudad. Weeden sonrió torvamente, y siguió las huellas como algo rutinario hasta el punto donde empezaban. Salían de la granja de Joseph Curwen, como ya había supuesto; y hubiera dado lo que fuera por que no hubiesen estado tan confusamente pisoteadas. Pero no quiso demostrar demasiado interés a plena luz del día. El doctor Bowen, al que Weeden fue a informar inmediatamente, practicó la autopsia al extraño cadáver, y descubrió peculiaridades que le dejaron absolutamente confundido. El tracto intestinal de este hombre enorme parecía no haber funcionado jamás, mientras que su piel tenía una textura áspera e inconsistente, imposible de explicar. Impresionado por lo que los viejos comentaban sobre el parecido de este cuerpo con el herrero Daniel Green, fallecido hacía muchísimo, y cuyo bisnieto, Aaron Hoppin, trabajaba de sobrecargo para Curwen, Weeden empezó a hacer preguntas como con despreocupación, hasta que averiguó dónde había sido enterrado Green. Esa noche, un grupo de diez hombres visitó el antiguo Cementerio Norte^[144], al final de Herrenden's Lane, y abrieron la sepultura del herrero. La encontraron vacía tal como se temían.

Entretanto, se habían dado instrucciones a los correos para que interceptaran la correspondencia de Joseph Curwen, de manera que poco antes del incidente del cuerpo desnudo habían descubierto una carta de un tal Jedediah Orne, de Salem^[145], que hizo pensar mucho a los conjurados. Algunos pasajes se conservaron en archivos privados de la familia, donde Ward los encontró. Decían así:

«Me alegra que continúe vra. merced trabajando las viejas materias con su método, pues creo que las cosas no le iban mejor al señor Hutchinson de Salem-Village^[146]. Pues sin duda no fue sino el más vivo espanto lo que H. levantó de lo que solamente avía conseguido una parte. Lo que vra. merced me envió no dio resultado, sea porque algo faltaba, o porque las palabras no fueron rretamente dichas por mí o escritas por vra.

merced. Aquí solo, me siento desorientado. No poseo las artes químicas de vra. merced para seguir a Borellus, y me confieso perplejo con el Libro VII del Necronomicon que vra. merced me recomienda. Me atrevo a recordarle, sin embargo, lo que nos ha sido dicho, de ser precavidos sobre a quién llamamos, pues vra. merced sabe lo que dicen las notas marginales del Sr. Mather en Magnalia ———of ———, y puede juzgar cuán verdaderamente informan de esa espantosa criatura. Y otra vez me atrevo a recordarle que no debe llamar a nadie a quien después no pueda reducir, o sea que pueda volverse contra vra. merced, de manera que no le puedan valer sus más eficaces instrumentos. Antes llame a los menores, no sea que los mayores no quieran responder, sino que se impongan a vra. merced. Me sobrecoge leer en la suya que conoce lo que contiene la caja de évano de Ben Zariatnatmik, porque sé quién se lo ha podido decir. Y nuevamente le ruego que cuando me escriba me ponga Jedediah y no Simón. En esta comunidad nadie tiene asegurado vivir mucho, y vra. merced sabe mi pensamiento de volver como mi hijo. Y muy deseoso estoy que me haga saber lo que el Hombre Negro^[147] aprendió de Sylvanus Cocidius^[148], de esa cripta al pie del muro romano, y le estaré muy agradecido si me presta el manuscrito del que habla».

Otra carta sin firma, de Filadelfia, le hizo pensar mucho también; especial el siguiente párrafo:

«Cumpliré lo que me pide, de enviar las mercancías solamente por sus naves, pero no siempre puede haber seguridad de cuándo esperarlas. Sobre el asunto que me dice, no necesito sino una cosa más. Pero quiero haber la certeza de comprenderle precisamente. Me avierte vra. merced que no ha de faltar parte ninguna si se quieren tener los resultados más acabados. Pero ya sabe lo difícil que es haber la certeza. Parece gran riesgo sacar la caja entera, y si es dentro de la ciudad (o sea, en las

iglesias de san Pedro, san Pablo, santa María y de Cristo^[149]) no hay manera de poderlo hacer. Pero ya sé qué imperfecciones avía en lo que levantamos en octubre pasado, y cuántos individuos vivos tuvo vra. merced de usar hasta dar con el buen camino en 1766. Assí que quiero guiarme por vra. merced en todos los rrespetos. Y espero impaciente la llegada de su bergantín, y todos los días pregunto en el muelle del Sr. Biddle».

Una tercera carta sospechosa estaba escrita en una lengua desconocida, e incluso con un alfabeto desconocido. En el diario de Smith que Charles Ward descubrió hay una combinación simple de caracteres, muy repetida, copiada con torpeza; las autoridades de la Universidad Brown han dictaminado que se trata del alfabeto amhárico o abisinio, aunque no han identificado las palabras. Ninguna de estas epístolas le llegó a Curwen, aunque la desaparición de Jedediah Orne de Salem, registrada poco más tarde, revela que los ciudadanos de Providence tomaron ciertas medidas. En la Sociedad Histórica de Pennsylvania se conserva también una extraña carta recibida por el doctor Shippen^[150] referente a la presencia de un sujeto inmundo en Filadelfia. Pero había en marcha medidas más decisivas, y es en las reuniones secretas, celebradas en los depósitos de los Brown, de marineros probados y juramentados y viejos y leales corsarios, donde hay que buscar los principales resultados de las revelaciones de Weeden. De manera lenta y segura fueron elaborando un plan de campaña que no iba a dejar ni rastro de los malignos misterios de Curwen.

Curwen, a pesar de todas las precauciones, debió de percibir algo en el ambiente, porque ahora empezó a observársele una expresión sumamente preocupada. Su coche era visto a todas horas en la ciudad y en el camino de Pawtuxet; y poco a poco fue dejando el aire de forzada simpatía con que últimamente había tratado de contrarrestar el prejuicio de la ciudad. Los vecinos más próximos a su granja, los Fenner, vieron una noche un gran haz de luz que subía hacia el cielo desde una abertura del tejado de aquel

misterioso edificio de piedra con altas y estrechísimas ventanas; y corrieron inmediatamente a Providence a dar parte a John Brown de esta novedad. El señor Brown se había convertido en el cerebro del grupo decidido a terminar con Curwen, y comunicó a los Fenner que estaban a punto de intervenir. Consideró necesario decírselo, dado que era imposible que no presenciaran el asalto final; y les explicó dicha intervención diciendo que se sabía que Curwen era un espía de los oficiales de la aduana de Newport, contra el que la mano de todo comerciante, armador y granjero de Providence debía levantarse públicamente o en secreto. No es seguro que se creyeran la patraña unos vecinos que habían visto tantas cosas raras; pero el caso es que estaban dispuestos a relacionar cualquier mal con un personaje de hábitos tan sospechosos. El señor Brown les había confiado la labor de vigilar la granja de Curwen, e informarle regularmente de cualquier incidente que allí ocurriera.

5

La probabilidad de que Curwen estuviese prevenido e intentara algo insólito, como parecía sugerir el extraño haz de luz, precipitó finalmente el plan tan cuidadosamente ideado por este grupo de responsables ciudadanos. Según el diario de Smith, el viernes 12 de abril de 1771, a las diez de la noche, se reunieron un centenar de hombres en la sala de la taberna de Thurston del hotel «El León de Oro», en Punta Weybosset, al otro lado del puente. En el grupo de hombres destacados que dirigía este movimiento se hallaba, además de John Brown, que era el jefe, el doctor Bowen con su maletín de instrumentos quirúrgicos, el rector Manning sin su enorme peluca (la más grande de las Colonias) por la que era célebre, el gobernador Hopkins, envuelto en su capa negra y acompañado de su hermano Esek^[151], navegante, al que había

incorporado en el último momento con el permiso de los demás, John Carter, el capitán Mathewson, y el capitán Whipple, que debía encabezar la partida. Conferenciaron aparte en un reservado, después de lo cual salió el capitán Whipple a la sala, tomó juramento a todos y les dio las últimas instrucciones. Eleazar Smith estaba entre los primeros, sentado en el reservado, esperando a que llegara Ezra Weeden, encargado de espiar a Curwen y avisar cuando saliera en su coche hacia la granja.

A eso de las diez y media oyeron un ruido atronador en el Puente Grande y a continuación, en la calle que seguía, el estrépito de un coche; así que no hizo falta esperar a Weeden para saber que el sentenciado personaje había salido para su última noche de impía hechicería. Unos momentos después, cuando ya el coche se alejaba y retumbaba débilmente en el puente del Muelle del Barro, apareció Weeden. Los integrantes de la partida formaron militarmente en la calle, y se echaron al hombro sus fusiles de chispa, escopetas o arpones balleneros que traían consigo. Weeden y Smith estaban con ellos; de los responsables de las deliberaciones estaban presentes también, para intervenir, el capitán Whipple, que iría al mando, el capitán Eseh Hopkins, John Carter, el rector Manning, el capitán Mathewson y el doctor Bowen, además de Moses Brown, que había llegado a las once y se había perdido la sesión preliminar de la taberna. Todos estos hombres libres, con un centenar de marineros, emprendieron la marcha sin demora, ceñudos y algo inquietos cuando dejaron atrás el Muelle del Barro e iniciaron la subida por la suave cuesta de Broad Street hacia el camino de Pawtuxet. Poco más allá de la iglesia de Elder Snow algunos se volvieron para echar una última mirada a Providence, desparramada bajo las primeras estrellas de primavera. Los hastiales y chapiteles se alzaban oscuros y regulares, y la brisa salada soplaba suave desde la ensenada hacia el norte del puente. Vega estaba encima del gran cerro, al otro lado del agua, cuya cresta de árboles interrumpía el tejado del edificio de la Universidad todavía sin terminar^[152]. Al pie de ese cerro, y a lo largo de las estrechas y

empinadas callejas de su ladera, dormía el casco antiguo: la Vieja Providence, por cuya seguridad y cordura estaban a punto de acabar con tan monstruosa y colosal blasfemia.

Una hora y cuarto más tarde los asaltantes llegaron a la casa de los Fenner como habían convenido, donde recibieron una última información sobre su inminente víctima: había llegado a su granja hacía media hora, y poco después volvió a proyectarse hacia el cielo el haz de extraña luz, aunque no había luz en las ventanas. Últimamente venía ocurriendo así. Y mientras escuchaban esta información, otro gran resplandor se elevó hacia el sur; y los de la partida comprendieron que habían llegado al escenario de unos prodigios espantosos y preternaturales. El capitán Whipple dividió ahora a su gente en tres cuerpos; uno de veinte hombres, a las órdenes de Eleazar Smith, se dirigiría a la playa para defender el embarcadero contra cualquier refuerzo que pudiera llegarle a Curwen, hasta que se le mandase acudir con un mensajero si la situación en la granja se volvía desesperada; un segundo grupo de veinte hombres, a las órdenes del capitán Eseh Hopkins, entraría calladamente en la depresión del río, detrás de la granja de Curwen, y echaría abajo con hachas o pólvora la puerta de roble descubierta en el ribazo; en cuanto al tercero, rodearía la casa y los edificios adyacentes. De esta última sección, un tercio lo conduciría el capitán Mathewson al enigmático edificio de piedra y altas y estrechas ventanas, otro seguiría al propio capitán Whipple a la casa principal, y el tercio restante se desplegaría en círculo alrededor del conjunto de edificios hasta que fuera llamado mediante una señal.

El grupo del río debía derribar la puerta del ribazo a una simple señal de silbato, y después permanecería al acecho para apresar a quienquiera que surgiese del interior. Al sonar dos toques de silbato, se adentraría por la abertura para hacer frente al enemigo o unirse a los asaltantes. El grupo del edificio de piedra, al oír ambas señales, actuaría de manera parecida: a la primera forzaría la entrada, y a la segunda bajaría por las galerías que hubiera hasta la más inferior, y

se uniría a la lucha que sin duda se iba a entablar en las cavernas. Una tercera señal, esta de emergencia, consistente en tres toques, haría acudir inmediatamente a la reserva que entretanto permanecería preparada; sus veinte hombres se dividirían en dos grupos, y entrarían en las desconocidas profundidades por la casa y el edificio de piedra. Whipple estaba totalmente convencido de la existencia de esas catacumbas, así que al trazar el plan no tomó en consideración ninguna otra alternativa. Llevaba consigo un silbato de sonido fuerte y estridente, y no temía que nadie confundiera o interpretara mal ninguna de las señales. La última reserva de hombres, la del embarcadero, naturalmente, estaba fuera de alcance, de manera que habría que mandarles un mensajero en caso de necesidad. Moses Brown y John Carter fueron con el capitán Hopkins al ribazo, mientras que el rector Manning acompañó al capitán Mathewson al edificio de piedra. El doctor Bowen, con Ezra Weeden, se quedó con el grupo del capitán Whipple que iba a asaltar la casa. El ataque debía iniciarse en cuanto un mensajero del capitán Hopkins anunciase al capitán Whipple que el grupo del río estaba preparado. El jefe daría entonces la señal de un solo toque, y los varios grupos de vanguardia iniciarían a la vez el ataque en tres puntos. Poco antes de la una de la madrugada, las tres divisiones abandonaron la granja de Fenner: una se dirigió al embarcadero, otra hacia el río, a buscar la puerta del ribazo, y la tercera se subdividió para acudir a los edificios de la granja de Curwen.

Eleazar Smith, que se unió al grupo que iba a custodiar el embarcadero, consigna en su diario una marcha sin percances, y una larga espera en el acantilado de la bahía, rota una vez por lo que pareció el sonido distante de un silbato, y otra por una mezcla confusa de lo que parecían gritos y exclamaciones, y una explosión que les llegó de la misma dirección. Después, un hombre creyó oír detonaciones lejanas, y más tarde el propio Smith sintió el latido de unas palabras atronadoras que resonaron arriba en el aire. Poco antes de amanecer, un mensajero macilento, con los ojos

desencajados y las ropas impregnadas de un olor hediondo, transmitió al destacamento la orden de dispersarse en silencio, regresar cada uno a su casa, y no volver a pensar en lo acontecido esa noche, ni en el que había sido Joseph Curwen. El ademán del mensajero tuvo una fuerza de convicción que sus palabras no habrían logrado transmitir; porque, aunque muchos conocían a este marinero, su alma había perdido o adquirido oscuramente algo que le hacía un ser aparte. La misma impresión les causaron después otros compañeros que habían entrado en esa zona de horror. La mayoría habían perdido o adquirido algo indefinible, indescriptible; habían visto, oído o percibido algo no destinado a humanas criaturas; y ya no lo pudieron olvidar. Jamás salió de ellos un solo comentario, porque incluso para el más común de los instintos hay fronteras terribles. Y de este mensajero los del grupo de la playa recibieron un pavor que casi les selló los labios. Muy poco es lo que salió nunca de ellos, y el diario de Eleazar Smith es el único testimonio escrito que ha sobrevivido de esa expedición que partió del hotel «El León de Oro» bajo las estrellas.

Charles Ward, sin embargo, descubrió cierta información tangencial en unas cartas de Fenner que encontró en New London, donde sabía que había vivido otra rama de la familia. Al parecer, los Fenner, desde cuya casa podía divisarse la granja destruida, habían visto retirarse las columnas de asaltantes; y habían oído con claridad los ladridos furiosos de los perros de Curwen, después de la primera explosión que marcó el inicio del ataque. A esta primera explosión había seguido una repetición del gran haz de luz del edificio de piedra, al que un momento más tarde, tras sonar una segunda señal que ordenaba el ataque general, había sucedido un apagado repiqueteo de mosquetería acompañado de un grito horrible, como un rugido, que Luke Fenner, autor de la carta, transcribió como: «*Waaaahrrrr... R'waaahrrrr*». Este grito, no obstante, poseía una calidad que la escritura es incapaz de expresar; aunque Luke Fenner cuenta que su madre se desmayó al oírlo. Poco después se repitió con menos fuerza, así como nuevos y

más apagados estampidos de mosquetería, y una sonora explosión de pólvora procedente del río. Como una hora después empezaron a ladrar frenéticamente todos los perros, y en el suelo se produjeron unos retumbos tan marcados que los candeleros temblaron en la repisa de la chimenea. Se notó un fuerte olor a azufre; y el padre de Luke Fenner declaró que oyó la tercera señal de silbato, de petición de socorro, aunque los demás no la oyeron. Otra vez hubo amortiguadas descargas de mosquetería, seguidas de un grito horrible menos penetrante, pero sí más horrible que los anteriores; una especie de gorgoteo o tos repugnantemente plástica y gutural cuya semejanza con el grito se debía sin duda más a su prolongación y a la impresión psicológica que a su calidad.

Entonces, en la dirección en que debía de estar la granja de Curwen, irrumpió a la vista un ser ardiendo, en medio de gritos desgarradores y aterrados. Fulguraron y repiquetearon los mosquetes, y el ser envuelto en llamas cayó al suelo. Apareció otro ser ardiendo, y se discernieron claramente una serie de alaridos humanos. Fenner añade que logró exclamar frenéticamente: «¡Dios Todopoderoso, ampara a tu cordero!» Sonaron más disparos, y cayó el segundo ser llameante. Después hubo un silencio como de tres cuartos de hora; al término de este tiempo el pequeño Arthur Fenner, hermano de Luke, dijo que «veía una niebla roja» que ascendía hacia las estrellas desde la execrable granja. Nadie más que el niño pudo testificar esto; pero Luke consigna la significativa coincidencia con el pánico de casi convulsivo terror que en ese mismo instante arqueó el lomo y erizó los pelos de los tres gatos que se hallaban en la habitación.

Cinco minutos más tarde sopló un viento frío, y el aire se impregnó de una insoportable pestilencia que sólo la brisa fresca del mar impidió que el grupo de la playa y las personas que permanecían despiertas en el pueblo de Pawtuxet lo notaran. Ninguno de los Fenner había percibido nunca semejante hedor, lo que hizo que les inspirara una especie de pavor enervante, mucho más intenso que el olor de la tumba o del pudridero. Casi

inmediatamente sonó una voz terrible que ningún desventurado podría olvidar jamás después de haberla oído. Llegó atronadora del cielo como una condenación, y las ventanas tabletearon al apagarse su resonancia. Fue profunda y musical; poderosa como un órgano de bronce, pero maligna como los libros prohibidos de los árabes. Nadie supo qué decía, porque habló en una lengua desconocida; pero esto es lo que Luke Fenner consignó para transcribir sus demoníacas modulaciones: «DEESMEES— JESHET-BONE DOSEFE DUVEMA-ENITEMOSS». Hasta el año 1919, nadie relacionó esta rudimentaria transcripción con nada de cuanto comprende el saber humano; pero Charles Ward palideció al reconocer lo que Mirandola^[153] denunció en su tiempo como el más tremendo conjuro de la magia negra.

Un grito inconfundiblemente humano o chillido múltiple, unísono, pareció responder a este maligno portento desde la granja de Curwen, y a continuación se hizo más densa la misteriosa pestilencia al mezclarse con otra igualmente insoportable. Un lamento claramente distinto del grito se elevó ahora, y se prolongó ululante en paroxismos ascendentes y descendentes. A veces se hacía casi articulado, aunque ninguno de los que lo oyeron pudo identificar una sola sílaba; y llegado a un punto, pareció rayar en los límites de una risa histérica y diabólica. Seguidamente brotó de docenas de gargantas humanas un último chillido de horror y de absoluta locura; un chillido que llegó alto y claro a pesar de la profundidad de donde provenía; después, la oscuridad y el silencio se apoderaron de todo. Hacia el cielo ascendían volutas de humo que iban borrando las estrellas; pero no había llamas, de manera que al día siguiente no apareció ningún edificio calcinado o dañado.

Hacia el amanecer, dos mensajeros asustados, con las ropas impregnadas de olores monstruosos imposibles de identificar, llamaron a la puerta de Fenner y pidieron un barril de ron que pagaron generosamente. Uno de ellos dijo a la familia que Joseph Curwen era un caso concluido, y que no debía hablarse más de lo ocurrido esa noche. Aunque sonaron arrogantes esas palabras, el

aspecto del que lo decía disipaba todo sentimiento de ofensa y les confería una tremenda autoridad; al extremo de que sólo estas cartas de Luke Fenner, en las que pedía a su pariente de Connecticut que las destruyese, quedaron como testimonio de lo que habían visto y oído. El hecho de que ese pariente no cumpliera su ruego, con lo que se salvaron dichas cartas, evitó que el caso se hundiera en un piadoso olvido. Charles Ward tenía un detalle más que añadir, resultado de una larga encuesta entre los vecinos de Pawtuxet sobre tradiciones ancestrales. El viejo Charles Slocum, de este pueblo, dijo que sabía por su bisabuelo que se habló de un cuerpo que había aparecido carbonizado y retorcido en el campo una semana después de que se anunciara la muerte de Joseph Curwen. Lo que mantuvo vivo ese rumor fue la idea de que este cuerpo, hasta donde podía colegirse, dado lo quemado y retorcido que estaba, no era enteramente humano, ni totalmente identificable con ningún animal que la gente de Pawtuxet hubiera visto nunca o del que tuviera noticia.

6

Jamás se pudo inducir a ninguno de los que intervinieron en ese terrible asalto a que contase nada sobre dicha acción, de manera que los vagos y fragmentarios testimonios que subsisten proceden de personas que no tomaron parte en esa limpieza. Hay algo terrible en el empeño con que los asaltantes destruyeron todo vestigio que recordara siquiera remotamente el asunto. Murieron ocho marineros; pero, aunque sus cuerpos no fueron devueltos, sus familias se dieron por satisfechas con la explicación de que había habido un enfrentamiento con el resguardo de la aduana. La misma información justificó los numerosos heridos, a todos los cuales curó y vendó el doctor Jabez Bowen, que había acompañado a la

expedición. Lo más difícil de explicar fue el olor nauseabundo que impregnaba a todos los asaltantes, cosa de la que se estuvo hablando durante semanas. De los que marcharon a la cabeza, los más gravemente heridos fueron el capitán Whipple y Moses Brown, y hay cartas de sus esposas que revelan la perplejidad que les produjo la reticencia y la actitud defensiva que mostraron al preguntárseles sobre sus vendajes. A todos los que habían participado se les veía psicológicamente avejentados, calmados, quebrantados. Por fortuna, eran hombres físicamente fuertes, y de convicciones religiosas simples y ortodoxas; porque, de haber sido más introspectivos y de más complejidad psíquica, les habría ido mucho peor. El rector Manning era el más afectado; pero incluso él logró salir de la negra oscuridad y neutralizar los recuerdos con oraciones. Cada uno de estos cabecillas desempeñó un destacado papel en años posteriores, y quizá fue una suerte que así ocurriera. Poco más de un año después el capitán Whipple dirigió a la multitud que quemó el guardacostas *Gaspée*, acción audaz en la que podemos ver una medida encaminada a borrar esos recuerdos inmundos.

A la viuda de Joseph Curwen le entregaron un ataúd de plomo de raro diseño, sellado, que encontraron allí preparado para cuando hiciera falta, en el que le dijeron que descansaba el cuerpo de su marido. Le explicaron que había muerto en un combate con el resguardo de la aduana del que no era prudente dar detalles. Nadie añadió nunca una palabra más sobre el fin de Joseph Curwen, y Charles Ward sólo pudo contar con una pista para construir una teoría; en realidad consistía en un delgadísimo hilo: el subrayado de un párrafo de la carta confiscada de Jedediah Orne a Curwen, parte de la cual había sido copiada por Ezra Weeden. Esta copia fue hallada en poder de los descendientes de Smith, y no sabemos si Weeden se la dio a su compañero, cuando acabó todo, como una clave muda de la anomalía ocurrida o, lo que es más probable, Smith la tuvo antes, y subrayó lo que había conseguido sacarle a su

amigo con hábiles preguntas y astutas suposiciones. El párrafo subrayado es el siguiente:

«Y otra vez me atrevo a rrecordarle que no debe llamar a nadie a quien después no pueda reducir, o sea que pueda volverse contra vra. merced, de manera que no le puedan valer sus más eficaces istrumentos. Antes llame a los menores, no sea que los mayores no quieran responder, sino que se impongan a vra. merced».

Bien puede ser, a la luz de este pasaje, que Charles Ward se preguntara a qué extraviados e inconcebibles aliados podía tratar de llamar un hombre acorralado y en la más angustiosa extremidad, si es que efectivamente fue un ciudadano de Providence quien mató a Joseph Curwen.

Los cabezas del asalto contribuyeron eficazmente a borrar del mundo y de los anales de Providence toda memoria del muerto. Al principio no les movía ningún radicalismo, por lo que habían dejado que la viuda, así como el padre y la hija de esta, siguieran ignorantes de la verdad de los hechos. Pero el capitán Tillinghast era un hombre sagaz, y no tardó en averiguar circunstancias que le llenaron de horror y le decidieron a pedir a su hija y a su nieta que cambiasen de apellido, quemasen la biblioteca y los documentos que quedaban, y quitasen la inscripción de la losa que cubría la sepultura de Joseph Curwen. Conocía bien al capitán Whipple, y probablemente supo de este rudo marino más detalles sobre el fin del abominable hechicero que de nadie.

Desde ese momento la campaña de eliminación de todo vestigio de Curwen se hizo sistemática, y finalmente, por común acuerdo, la extendieron incluso a los registros de la ciudad y a los archivos de la *Gazette*. Sólo podría compararse, en espíritu, al silencio con que se envolvió el nombre de Oscar Wilde durante una década tras la difamación de que fue objeto; y en alcance, al sino de aquel pecador que fue el rey de Runazar del cuento de lord Dunsany^[154], cuando

los dioses decidieron que dejara no sólo de existir, sino también de haber existido.

La señora Tillinghast, como fue conocida la viuda a partir de 1772, vendió la casa de Olney Court y se mudó a Power's Lane con su padre, con quien vivió hasta su muerte en 1817. La granja de Pawtuxet, evitada por todo ser viviente, se fue desmoronando con el paso de los años, y deteriorándose con increíble rapidez. Hacia 1780 sólo quedaba en pie la obra de piedra y ladrillo, y hacia 1800 incluso esta se había convertido en un montón de escombros. Nadie se atrevió a cruzar los enmarañados matorrales del río, detrás de los cuales podía estar la puerta del ribazo, ni intentó representarse ante los ojos de la imaginación el escenario en el que Joseph Curwen se evadió de los horrores que había creado.

Sólo los que andaban con la oreja tiesa oían murmurar de vez en cuando, para sus adentros, al viejo y robusto capitán Whipple: «La peste se lleve a ese... No sé qué motivos tenía para reírse mientras gritaba. Parecía como si el muy condenado tuviera un as en la manga... Con gusto le quemaría... la casa».

CAPÍTULO III

UNA BÚSQUEDA Y UNA INVOCACIÓN

1

Charles Ward, según hemos visto, se enteró en 1918 de que descendía de Joseph Curwen. No es extraño que sintiera inmediatamente un vehemente interés por cuanto tuviera relación con este misterio del pasado; y cada vaga noticia que le había llegado de Curwen cobró ahora una importancia vital para él, dado que por sus venas corría la sangre de Curwen. Ningún genealogista imaginativo y animoso habría hecho otra cosa que iniciar sin demora una recopilación ávida y sistemática de datos.

Sus primeras pesquisas las hizo sin pensar en absoluto mantenerlas en secreto, de manera que incluso el doctor Lyman duda en datar antes de finales de 1919 la enajenación del joven. Las comentaba abiertamente con su familia —aunque a su madre no le agradaba mucho admitir un antepasado como Curwen— y con los empleados de los museos y las bibliotecas que visitaba. Si acudía a familias particulares en busca de escritos que suponía que poseían, no les ocultaba su propósito, y compartía el divertido escepticismo con que estas se tomaban las anécdotas que contaban los autores de los viejos diarios y cartas. A menudo manifestaba una viva curiosidad por lo que efectivamente ocurrió hacía siglo y medio en esa granja de Pawtuxet cuya situación trataba infructuosamente de localizar, y qué había sido realmente de Joseph Curwen.

Cuando topó con el diario y los archivos de Smith y con la carta de Jedediah Orne, decidió visitar Salem durante las vacaciones de

Pascua de 1919, y averiguar las primitivas actividades y relaciones que Curwen había tenido allí. Fue amablemente recibido en el Instituto Essex^[155], que él conocía por anteriores estancias en la antigua y encantadora ciudad de hastiales ruinosos y apiñadas techumbres holandesas de los puritanos, y desenterró una considerable cantidad de datos sobre Curwen. Descubrió que este antepasado suyo había nacido en Salem-Village, hoy Danvers, a siete millas de la ciudad, el 18 de febrero (según el calendario juliano^[156]) de 1662-63; que embarcó a los quince años, y no se le volvió a ver hasta nueve años después, en que regresó con el habla, los modales y la vestimenta de un inglés nato, y se estableció en la propia Salem. En esa época tuvo poca relación con su familia, y dedicó casi todo su tiempo a estudiar multitud de libros que había traído de Europa, y a experimentar con extrañas sustancias químicas que le llegaban por mar de Inglaterra, Francia y Holanda. Algunas de sus excursiones al campo fueron objeto de gran curiosidad, y la gente las relacionó con ciertos rumores sobre hogueras que se veían en el monte por las noches.

Los únicos amigos de confianza que tuvo Curwen fueron Edward Hutchinson, de Salem-Village, y un tal Simon Orne, de Salem. Con estos hombres se le vio a menudo por el ejido conversando, y no eran raras las visitas entre ellos. Hutchinson tenía una casa en las afueras, camino del bosque, que la gente impresionable miraba con recelo por los ruidos que salían de ella por las noches. Decían que recibía extrañas visitas; las luces que iluminaban sus ventanas, además, no eran siempre del mismo color. Consideraban manifiestamente insano el conocimiento de que hacía gala sobre personas hacía tiempo fallecidas y sucesos olvidados, y cuando se desató el pánico de la brujería desapareció y no volvió a saberse más de él. Joseph Curwen se fue también por entonces, aunque no tardó en llegar la noticia de que se había establecido en Providence. En cuanto a Simon Orne, siguió en Salem hasta 1720, en que empezó a hacerse llamativo el hecho de que no envejeciera; entonces desapareció, y treinta años más tarde apareció su hijo, su

vivo calco y retrato, a reclamar su heredad. Le fue restituida, dado que los documentos que presentó estaban redactados con la conocida letra de Simon Orne; y Jedediah Orne vivió también en Salem hasta 1771, fecha en que ciertas cartas de ciudadanos de Providence al reverendo Thomas Barnard^[157] y a otros personajes hicieron que se fuera calladamente de la ciudad no se supo adónde.

En el Instituto Essex, el Juzgado y el Registro, halló Ward a disposición del público bastantes documentos sobre estos asuntos, unos totalmente corrientes como escrituras de propiedad o facturas de venta, otros eran escritos oscuros de carácter más intrigante. Había cuatro o cinco alusiones inequívocas a ambos personajes en las actas de los procesos por brujería; como cuando un tal Hepzibah Lawson^[158] juró el 10 de julio de 1692, en la Audiencia de lo criminal^[159] presidida por el juez Hathorne^[160], que «cuarenta brujas y el Hombre Negro solían reunirse en el Bosque detrás de la casa del señor Hutchinson»; y una tal Amity How^[161], en un juicio celebrado el 8 de agosto, declaró ante el juez Gedney que «el señor G. B. (George Burroughs^[162]) dicha Noche puso la Marca del Demonio a Bridget S., Jonathan A., *Simon O.*, Deliverance W., *Joseph C.*, Susan P., Mehitable C., y Deborah B.». Además, estaba el catálogo de la pavorosa biblioteca de Hutchinson encontrado tras su desaparición, y un manuscrito inacabado con su letra, redactado en una clave que nadie pudo descifrar. Ward mandó hacer una copia fotostática de este manuscrito, y empezó a trabajar a ratos en él. Después del mes de agosto, su dedicación a la búsqueda de la clave fue más intensa y febril, y hay motivo para creer, por su actitud y modo de hablar, que debió de dar con ella antes de octubre o noviembre. No obstante, nunca reveló si la había descubierto o no.

Pero el material de mayor y más inmediato interés era el de Orne. Ward no tardó en comprobar, por la identidad de la caligrafía, algo que ya había juzgado establecido por el texto de la carta a Curwen; a saber: que Simon Orney y su supuesto hijo eran una y la misma persona. Como decía Orne en ella a su amigo, no era seguro permanecer en Salem mucho tiempo, así que se exilió durante

treinta años, y no regresó a reclamar sus tierras sino como representante de una nueva generación. Orney había tenido buen cuidado de destruir casi toda su correspondencia; pero los ciudadanos que llevaron a cabo la acción de 1771 encontraron y conservaron unas cuantas cartas y papeles que les habían causado asombro. Había fórmulas y diagramas crípticos con letra suya y de otros que ahora Ward copió meticulosamente o mandó fotografiar, y una carta misteriosa en una quirografía que reconoció, por los documentos del Registro, como incuestionablemente de Joseph Curwen.

Esta carta de Curwen, aunque sin fecha, no era evidentemente la que escribió en respuesta a la misiva que le envió Orne y fue a parar a otras manos; y por su contenido, Ward la dató no mucho después de 1750. Quizá no esté de más transcribir el texto entero, como muestra del estilo de alguien de historia oscura y terrible. Se dirige al destinatario llamándole «Simon», nombre que sin embargo aparecía tachado con una raya (Ward no sabía si por Curwen o por Orne).

Al Sr. Simon Orne,
William's-Lane, Salem

Providence, a uno de mayo
(Ut. Vulgo^[163])

Hermano...:

Con la reuerencia debida y feruientes votos al que servimos por vro. poder. Hállome ante el assunto de la postrera estremidad, que sin duda vra. merced sabe, y qué hazer al dicho propósito. Por mis años, no me hallo en condiçión de seguir el ejemplo de vra. merced, de marcharme, quanto más que Providence no usa del rrigor de la baía persiguiendo cossas fuera de lo común y sometiédolas a juycio. Hállome atado por barcos y mercançías, y no puedo hazer lo que vra. merced, aparte que mi

granja de Pawtuxet tiene debajo lo que vra. merced sabe, lo qual no esperarí a que yo volviera como otro.

Pero no me van a coger dessorcivido los tyempos duros que vengán, como ya e dicho a vra. merced, y a mucho que trabajo en la manera de bolver después de la estinción. Anoche di con las palabras que traen a YOGGE-SOTHOTHE^[164], y e visto por primera vez ese rostro del que habla Ibn Schacabao^[165] en el ———, el qual dize que en el Salmo III del Liber Damnatus se halla la llaue: Con el Sol en la casa quinta, Saturno en trino^[166], dibujar el pentagrama de fuego, y dezir el noveno versículo tres bezes. Repítese este versículocada primero de mayo y víspera de Todos los Ssantos; y assí el Ser prospera en los orbes exteriores.

Y de la simiente del Anciano nacerá Uno que mirará atrás, aunque sin saber lo que busca.

Pero nada de esto valdrá si no ay heredero, y si no tiene prestas a mano las sales, o el medio de procurarlas. Y aquí confieso no aver andado los pasos necesarios, ni sacado mucho en claro. El proçeso se está haziendo cuesta arriba de llevar, y rrequiere tal abundancia de ejemplares que hallo muy dificultoso aver suficietes, pese a los marineros que tengo de las Yndias. Y la vezindad se está voluiendo curiosa, aunque puedo tenerla apartada, aunque con los ombres de linaje es peor que con la gente de condición baja, por sser ellos más çircunspetos en lo que haçen, y aver más peso en lo que dizen. Ese sacerdote y el señor Merritt han hablado con algunos, me temo, aunque hasta aquí no a avido peligro. Las sustancias químicas son fáciles de obtener, toda vez que hay dos buenos boticarios en la ciudad, el Dr. Bowen y Sam Carew. Yo sigo lo dicho por Borellus, y cuento además con la ayuda de Abdool Al-Hazred, en su libro VII. Y aré a vra. merced participante de lo que pueda obtener. Y entre tanto, no deje vra. merced de usar las palabras que aquí le envío. Las tengo rretamente puestas, pero si vra. merced quiere probar, haga uso de lo dicho en la Pieza de ——— que adjunto en este

pliego. Recite los versículos todos los días primeros de mayo y vísperas de Todos los Santos; y si su Linaje no se interrumpe, *llegará uno en los años venideros que mirará atrás y hará uso de las sales o materia que vra. merced le deje. Job XIV. XIV.*

Me alegra saber que vra. merced se halla otra vez en Salem, y espero verle pronto. Tengo un buen semental, y pienso comprar un carruaje. Uno hay ya en Prouidence (del Sr. Merritt); aunque los caminos son malos. Si piensa viajar, no deje de visitarme. De Boston puede tomar el camino que pasa por Dedham, Wrentham y Attleborough, villas en las que hay buenas posadas. Haga noche en la del Sr. Balcom, en Wrentham, ya que sus camas son mejores que las del Sr. Hatch, pero coma en casa de este, porque en guisos aventaja aaquel. Entre en Prouidence por las cascadas de Pattucket, por el camino que pasa ante la posada del señor Sayle. Mi casa está frente por frente con la del Sr. Epenetus Olney^[167], pasada Town Street, la primera de la fachada norte de Olney Court. Son como unas XLIV millas de la Piedra de Boston^[168].

Queda de vra. merced umilde servidor y amigo en Almonsin-Metraton^[169],

Josephus C.

Esta carta fue, en realidad, el primer documento que dio a Ward la situación exacta del hogar de Curwen en Providence, ya que ninguno de los encontrados hasta entonces la especificaba. El descubrimiento fue doblemente sorprendente, porque indicaba que la casa de Curwen era nueva: había sido edificada en 1761 en el solar de la anterior; hoy un edificio ruinoso que se alza en Olney Court, y que Ward conocía bien por sus vagabundeos por Stamper's Hill. Se hallaba efectivamente a unas manzanas de su propio hogar en lo alto de la plataforma superior del cerro grande, y ahora la ocupaba una familia negra muy estimada por su trabajo de lavandería, limpieza y mantenimiento de calderas. El hallazgo en la

lejana Salem de esta inesperada prueba del nido familiar impresionó enormemente a Ward; y decidió explorar el lugar tan pronto como regresara. Los pasajes más místicos de la carta, que tomó por una especie de simbolismo extravagante, le desconcertaron decididamente; aunque observó con un estremecimiento de curiosidad que la cita bíblica —Job, XIV, 14— era un versículo familiar: «Si muere un varón, ¿revivirá? Todos los días de mi servicio esperaré hasta que llegue mi relevo».

2

El joven Ward llegó a su casa en un estado de grata excitación, y pasó el sábado siguiente dedicado a una larga y exhaustiva inspección de la casa de Olney Court. Deteriorada por los años, nunca había sido una mansión, sino un modesto edificio urbano de dos plantas y media, de madera, del tipo colonial de Providence, con un sencillo tejado puntiagudo, una gran chimenea central y una puerta artísticamente tallada, con montante en abanico, frontón triangular y elegantes pilastras dóricas. Por fuera había sufrido poco cambio. A Ward le dio la impresión de que contemplaba algo muy cercano a los asuntos siniestros de su investigación.

Conocía a la familia negra que la habitaba actualmente; y el viejo Asa y su robusta mujer, Hannah, le enseñaron el interior con mucho gusto. Aquí había más cambios de los que el exterior hacía sospechar. Ward vio con pesar que había desaparecido toda una mitad de la ornamentación de la chimenea y adornos de la alacena, mientras que gran parte de los paneles y resaltes de moldura estaban rayados, cortados o mellados, y cubiertos enteramente por un empapelado barato. En general, la inspección no fue tan productiva como el joven en cierto modo había esperado; pero al menos fue emocionante encontrarse entre las paredes ancestrales

que habían albergado a un hombre terrible como Joseph Curwen. Descubrió, con un sobresalto, que en una antigua aldaba de latón habían borrado cuidadosamente un monograma que había tenido.

Desde ese momento, hasta que cerraron el instituto por fin de curso, Ward se pasó el tiempo dedicado al estudio de la copia fotostática del texto cifrado de Hutchinson y a la recopilación de datos locales sobre Curwen. La primera tarea siguió siendo infructuosa; pero con la segunda consiguió tanto, y descubrió en otros lugares tantas fuentes, que estuvo dispuesto a realizar un viaje a New London y a Nueva York para consultar viejas cartas cuya existencia en esos lugares encontró indicada. Este viaje fue sumamente fructífero, porque le permitió conocer las cartas de Fenner, con su terrible descripción del asalto a la granja de Pawtuxet, y la correspondencia Nightingale-Talbot gracias a la cual tuvo noticia del retrato pintado en un panel de la biblioteca de Curwen. Este asunto del retrato le interesó lo indecible; porque estaba dispuesto a dar lo que fuese por ver cómo era físicamente Joseph Curwen. Así que decidió efectuar una segunda inspección de la casa de Olney Court para ver si daba con algún vestigio de ese antiguo testimonio bajo el descascarillado de la última capa de pintura o del papel mohoso.

Realizó esta segunda exploración a primeros de agosto, y examinó minuciosamente las paredes de cada pieza lo bastante grande como para haber contenido la biblioteca del maligno constructor. Especial atención dedicó a los paneles grandes, como los sobremantos de las chimeneas que aún subsistían, y se excitó enormemente una hora más tarde al comprobar que en el sobremanto de la chimenea de una habitación de la planta baja, la superficie que apareció debajo de varias capas de pintura era sensiblemente más oscura que ninguna pintura interior y que la madera que servía de soporte. Tras varias catas cuidadosas con un cuchillo fino, comprobó que había dado con un retrato grande al óleo. Prudente como un profesional, el joven no quiso arriesgarse, movido por la impaciencia, a causar ningún daño a la pintura oculta;

así que abandonó la casa dispuesto a conseguir la ayuda de un experto. A los tres días regresó con un artista de larga experiencia, el señor Walter C. Dwight, quien tenía el estudio casi al pie de College Hill. Este experto restaurador de cuadros se puso a trabajar en seguida con la técnica y las sustancias químicas adecuadas. El viejo Asa y su esposa se pusieron lógicamente nerviosos ante las extrañas visitas, por lo que se les compensó esta invasión de su hogar doméstico.

Según avanzaba día tras día el trabajo de restauración, Charles Ward miraba con creciente interés las líneas y sombras que iban surgiendo después de su largo olvido. Dwight había empezado por abajo, así que, como las proporciones del cuadro eran cuatro por tres, el rostro tardó un tiempo en aparecer. Entretanto, se fue haciendo evidente que el retratado era un hombre flaco, bien proporcionado, con una casaca azul marino, chaleco bordado, calzones de raso negro y medias blancas de seda; aparecía sentado en una silla tallada sobre un fondo con una ventana por la que se veían muelles y barcos. Cuando apareció la cabeza, se descubrió que llevaba una cuidada peluca *albemarle*, y que tenía un rostro delgado, tranquilo, anodino, que a Ward y al artista les pareció familiar. Sólo al final, empero, el restaurador y su cliente empezaron a distinguir con asombro los detalles de este rostro flaco y pálido, y a reconocer con cierto pavor la dramática broma que la herencia había gastado. Porque el último baño de aceite y el último raspado del delicado bisturí terminaron de sacar el semblante que había permanecido oculto durante siglos para enfrentar al desconcertado Charles Dexter Ward, amante y huésped del pasado, a sus vivas facciones en el rostro de este terrible tatara-tatarabuelo.

Ward llevó a sus padres a ver la maravilla que había descubierto, y su padre decidió al punto comprar el cuadro pese a que estaba ejecutado en el enmaderado. El parecido con el joven, a pesar del aspecto de madurez, era asombroso; y saltaba a la vista que por algún irónico atavismo los rasgos físicos de Joseph Curwen habían hallado exacta duplicación al cabo de siglo y medio. En cambio el

parecido de la señora Ward con su antepasado no era marcado ni mucho menos, aunque recordaba a parientes con rasgos que compartían su hijo y el difunto Curwen. No le hizo gracia el descubrimiento, así que le dijo a su marido que era mejor quemar el retrato en vez de llevarlo a casa. Había algo malsano, aseguró; no en el retrato mismo, sino en el parecido con Charles. El señor Ward, no obstante, era un hombre pragmático que vivía en el mundo del poder y de los negocios —era un industrial del algodón con grandes fábricas en Riverpoint y en el valle del Pawtuxet—, y no hacía caso de aprensiones femeninas. El retrato le impresionó sobremanera por el parecido con su hijo, y consideró que el chico se lo merecía como regalo. No hace falta decir que Charles compartía de mil amores esta opinión. Unos días más tarde el señor Ward localizó al dueño de la casa —un individuo bajito con cara de roedor y acento gutural—, y consiguió el manto entero de la chimenea, y el sobremanto con el cuadro, a un precio que fijó de manera tajante para evitar el torrente de untuoso regateo que se le venía encima. Ahora faltaba quitar el panel y transportarlo a casa de los Ward, donde se habían hecho los preparativos para restaurar el resto e instalarlo con un simulado fuego eléctrico en el estudio o biblioteca de Charles, en el tercer piso. A Charles le tocó la tarea de dirigir este traslado, y el 28 de agosto acompañó a dos operarios expertos de la empresa de decoración Crooker a la casa de Olney Court, donde desmontaron con gran cuidado y precisión el manto y el sobremanto con el retrato, para cargarlos en el furgón de una empresa de transportes. Quedó al aire un espacio de obra de ladrillo que señalaba la posición de la campana de la chimenea, y aquí observó Ward un pequeño nicho cúbico como de un pie cuadrado, el cual debió de estar situado exactamente detrás de la cabeza del retrato. Intrigado sobre qué podía significar o contener este hueco, el joven se acercó a examinar su interior; encontró, debajo de gruesas capas de polvo y hollín, unas cuantas hojas amarillentas, un cuaderno grueso y unos pocos trozos de tejido mohoso, seguramente una banda que debió de envolver lo demás. Sopló el polvo y las cenizas, cogió el

cuaderno y echó una ojeada a la inscripción de la tapa. Era una letra que había aprendido a reconocer en el Instituto Essex, y titulaba el cuaderno como «*Diario y notas del Sr. Jo. Curwen, de las Plantaciones de Providence, natural del Salem*».

Indeciblemente excitado por el descubrimiento, Ward enseñó el cuaderno a los dos curiosos obreros que tenía allí. El testimonio de ambos es categórico respecto a la naturaleza y autenticidad del hallazgo, y el doctor Willett recurre a él para establecer su teoría de que el joven no estaba loco cuando empezaron sus principales excentricidades. Todos los demás papeles estaban redactados igualmente con la letra de Curwen, y uno de ellos parecía especialmente ominoso, a juzgar por su título: «*Al que ha de venir, y cómo puede viajar más allá del tiempo y de las esferas*». Otro estaba en clave; la misma, esperaba Ward, que la de Hutchinson, que hasta ahora se le resistía. Un tercero —y aquí el joven investigador se llevó una alegría— parecía ser la clave del texto cifrado; en cuanto al cuarto y al quinto, estaban dirigidos respectivamente al «Sr. Edw. Hutchinson» y al «Sr. Jedediah Orne», «o a su heredero o herederos, o a quienes los representen». El sexto y último llevaba por título: «*Joseph Curwen, su vida y viages entre los años 1678 y 1687, adónde viajó, dónde estuvo, a quién visitó y qué aprendió*».

3

Llegamos ahora al momento en el que los alienistas más académicos datan el inicio de la enajenación de Charles Ward. Tras descubrir lo dicho arriba, el joven hojeó unas páginas del cuaderno y de los manuscritos, y vio algo que le impresionó terriblemente. Lo cierto es que, al mostrar los títulos a los trabajadores, puso especial cuidado en que no vieran el texto propiamente dicho, y que le

dominaba un nerviosismo que la importancia histórica y genealógica del hallazgo no alcanzaba a justificar. Al regreso a su casa reveló la noticia a sus padres casi con embarazo, como si deseara dar una idea de su inmensa importancia sin tener que enseñar la prueba misma. Ni siquiera les dejó ver los títulos, sino que les dijo simplemente que había encontrado unos documentos con la letra de Joseph Curwen, «casi todos en clave», que tendría que estudiar con detenimiento a fin de desvelar su significado. Probablemente no se los habría enseñado, de no haber notado en ellos una indisimulada curiosidad. Dadas las circunstancias, seguramente no quiso mostrar una reticencia que les habría dado más motivo para hablar del asunto.

Esa noche la pasó Charles Ward leyendo los papeles y el cuaderno recién descubiertos, y no lo dejó al llegar el día. Le subieron las comidas a vehemente petición suya cuando su madre entró a ver si le pasaba algo. Por la tarde apareció brevemente cuando llegaron los obreros a instalar el retrato de Curwen en el manto de su chimenea. A la noche siguiente durmió a ratos, sin desvestirse, bregando febrilmente con el desciframiento del manuscrito. Por la mañana su madre le encontró trabajando con la copia fotostática de la clave de Hutchinson que él le había enseñado varias veces. Pero en respuesta a sus preguntas, dijo que no podía aplicar la clave de Curwen. Esa tarde abandonó el trabajo y se dedicó a observar fascinado a los operarios mientras terminaban de instalar el cuadro con el enmaderado sobre un fuego de leña eléctrico notablemente efectista; instalaron el fuego simulado y el sobremanto en la pared norte, a manera de una chimenea real, cubriendo los lados con paneles a juego con el de la habitación. Aserraron la tabla frontal y le pusieron bisagras donde iba a ir el cuadro, a fin de dejar detrás una especie de alacena. En cuanto se fueron los obreros trasladó aquí su trabajo y se sentó delante, con los ojos fijos la mitad del tiempo en el texto cifrado, y la otra mitad en el retrato que le devolvía la mirada como un espejo envejecedor y secular.

Sus padres, al evocar su comportamiento en este periodo, dan interesantes detalles sobre la reserva que adoptó. Ante los criados apenas escondía ningún papel que estuviese examinando, ya que suponía, con razón, que la intrincada y arcaica quirografía de Curwen era demasiado enrevesada para ellos. Con sus padres, en cambio, era hermético; y a menos que el manuscrito en cuestión estuviera en clave, o fuera un montón de símbolos e ideogramas crípticos (como parecía ser el titulado «Al que ha de venir, etcétera»), le ponía una hoja encima y no la apartaba hasta que la visita se había ido. Por las noches guardaba los papeles bajo llave en un antiguo armario personal, donde también los dejaba cada vez que se ausentaba. No tardó en volver a su horario y a sus hábitos rutinarios, salvo sus largos paseos y sus intereses fuera de casa, que cesaron por completo. La reapertura del instituto, donde ahora empezó su último curso, le supuso un gran engorro; y a menudo repetía que había decidido renunciar a la universidad. Decía que quería emprender investigaciones especialmente importantes que le abrirían más accesos a la ciencia y a las humanidades de los que ninguna universidad del mundo podía presumir.

Como es natural, sólo el que había sido siempre más o menos estudioso, excéntrico y solitario podía observar esa conducta sin llamar la atención. Ward era un apasionado de los libros y un ermitaño por constitución; de ahí que el riguroso encierro y reserva que adoptó tuviera a sus padres menos sorprendidos que apesadumbrados. Al mismo tiempo, tanto su padre como su madre encontraban extraño que no quisiera enseñarles siquiera un minúsculo testimonio del tesoro que había descubierto, ni les contara de manera coherente los datos que había descifrado. Esta reserva la explicaba diciendo que quería esperar hasta poder anunciar alguna revelación al respecto; pero como pasaban las semanas y no llegaba ninguna explicación más, empezó a surgir entre el joven y su familia una especie de tensión, intensificada en el caso de su madre a causa de su manifiesto desagrado a cualquier indagación sobre Curwen.

En octubre, empezó Ward a visitar otra vez las bibliotecas, aunque ya no movido por intereses históricos como antes. Ahora buceaba en la brujería y la magia, en el ocultismo y la demonología; y cuando las fuentes de Providence se revelaron insuficientes, tomó el tren a Boston y bebió en los veneros de la biblioteca de Copley Square^[170], la Widener de Harvard^[171], o la Biblioteca de Investigaciones Sionistas de Brookline^[172], donde había a disposición del público ciertas obras raras sobre temas bíblicos. Compraba cantidades de libros, y tuvo que añadir unas cuantas estanterías a su estudio para las obras recién adquiridas sobre materias insólitas; durante las vacaciones de Navidad efectuó un recorrido por los alrededores de la ciudad, incluso hizo una excursión a Salem para consultar ciertos documentos en el Instituto Essex.

A mediados de enero de 1920, el semblante de Ward adquirió un aire de triunfo que no se molestó en explicar; y ya no se le volvió a ver trabajando en descifrar los escritos de Hutchinson. En cambio inició una doble tarea de experimentación química e indagación en registros. Para llevar a cabo la primera instaló un laboratorio en el desván^[173]; en cuanto a la segunda, se dedicó a huronear en censos y fuentes estadísticas de población de Providence. Los proveedores de productos químicos y material científico, interrogados más tarde, proporcionaron listas asombrosamente raras e incoherentes de sustancias e instrumentos por él adquiridos; en cambio los funcionarios del Parlamento y del Ayuntamiento y empleados de las diversas bibliotecas coinciden sobre el objeto de su segundo interés: buscaba febril e incansablemente la sepultura de Joseph Curwen, de cuya lápida la generación posterior había borrado el nombre.

Poco a poco, la familia Ward llegó a la convicción de que algo le pasaba. Charles había tenido anteriormente rarezas y pequeños cambios de manías; pero este creciente misterio y embebimiento en extrañas lucubraciones era sorprendente incluso en él. Su aplicación en el instituto se había reducido al mínimo; y, aunque no suspendía

ningún examen, podía verse que había perdido su antiguo estímulo. Ahora tenía otros intereses; y, cuando no estaba en su nuevo laboratorio con una docena de anticuados libros de alquimia, podía encontrarsele revisando viejos registros de defunciones de la ciudad, o absorto en sus tratados de saberes ocultos de su estudio, donde el rostro asombrosamente parecido —casi se diría que cada vez más— de Joseph Curwen le miraba con complacencia desde el gran sobremanto de la pared norte.

A finales de marzo, a sus búsquedas en los archivos sumó Ward una serie de vagabundeos por los antiguos cementerios de la ciudad. Más tarde se supo el motivo, cuando los empleados del Ayuntamiento contaron que probablemente había descubierto una pista importante. Sus indagaciones pasaron de la tumba de Joseph Curwen a la de un tal Naphthali Field; cambio al que se encontró explicación cuando, al hojear los legajos que había estado consultando, los investigadores descubrieron un documento incompleto sobre la inhumación de Curwen que había escapado a la supresión sistemática de toda referencia a él, y que revelaba que el singular ataúd de plomo había sido enterrado «a 10 p. S y 5 p. O de la sepultura de Naphthali Field, en el...» La omisión del lugar concreto del enterramiento en la anotación que había sobrevivido dificultaba enormemente la búsqueda, y la sepultura de Naphthali Field parecía tan elusiva como la de Curwen. Pero dado que no había sido tachado, como en la campaña sistemática seguida con Curwen, era razonable pensar que podía dar con la lápida aunque hubiese desaparecido su registro. De ahí sus exploraciones, de las que excluyó el cementerio de St. John (antes de King's) y el antiguo congregacional, en el centro del cementerio de Swan Point, dado que los registros le habían informado de que el único Naphthali Field (fallecido en 1729) al que podía referirse esa inhumación había sido baptista.

Fue hacia el mes de mayo cuando el doctor Willett, a petición de Ward padre, y pertrechado con los datos que la familia había obtenido de Charles en los días en que contaba abiertamente sus cosas, habló con el joven. La entrevista, sin embargo, valió de poco y no permitió a Willett llegar a ninguna conclusión: notó en todo momento que Charles era dueño de sí y que estaba enfrascado en materias de verdadera importancia; pero al menos obligó al reservado joven a dar una explicación racional de su conducta reciente. De natural pálido e impasible, de manera que no manifestaba fácilmente embarazo, Ward se mostró dispuesto a hablar de sus investigaciones, aunque no a revelar su objeto. Dijo que los papeles de su antepasado contenían ciertos secretos extraordinarios de antiguos conocimientos científicos, la mayor parte en clave, de un alcance comparable a los descubrimientos del fraile Bacon, y que quizá incluso los superaba. No tenían sentido, empero, a menos que se relacionaran con un conjunto de saberes hoy totalmente anticuados, de manera que su inmediata presentación a un mundo abastecido sólo de ciencia moderna los despojaría de su importancia y de su excepcional trascendencia. Para que ocupasen un puesto eficaz en la historia del pensamiento humano, alguien familiarizado con ellos debía ponerlos previamente en correlación con los antecedentes de los que habían emergido; y justamente a esta empresa de correlación estaba él ahora dedicado. Se proponía adquirir lo más de prisa posible esas artes olvidadas de la antigüedad que un auténtico intérprete de los datos de Curwen debía poseer, y esperaba hacer un público anuncio y presentación del mayor interés para la humanidad y para el pensamiento. Ni el propio Einstein podría revolucionar más profundamente la actual concepción del mundo^[174].

En cuanto a sus exploraciones de cementerios, cuyo objeto reconocía abiertamente, aunque no daba detalles de sus progresos, dijo que tenía motivos para creer que la lápida mutilada de Curwen

contenía símbolos místicos —esculpidos conforme a instrucciones que él mismo había dejado en su testamento, y que por ignorancia habían respetado los que habían borrado su nombre— absolutamente esenciales para la resolución definitiva de su sistema de cifrado. Curwen, creía el joven Ward, había querido guardar su secreto; y consiguientemente había distribuido los datos de manera singular. Cuando el doctor Willett le pidió que le enseñara esos documentos místicos, Ward trató de posponerlo sacándole las copias fotostáticas del cifrado de Hutchinson, fórmulas y diagramas de Orne, y cosas así; pero finalmente tuvo que mostrarle algunos hallazgos del propio Curwen: el «*Diario y notas*», el manuscrito cifrado (incluido el título) y el mensaje repleto de fórmulas, «*Al que ha de venir*»... y dejó que echara una mirada a los que estaban escritos en oscuros caracteres.

Abrió también el diario por una página que escogió especialmente por su inocuidad, y dejó que Willett observara la letra trabada de CurWen en inglés. El doctor examinó con atención los enrevesados y tortuosos caracteres, y el aura de siglo xvii que emanaba de su caligrafía y estilo, a pesar de que su autor había vivido en el siglo xviii, y tuvo el inmediato convencimiento de que el documento era auténtico. El texto en sí era relativamente trivial; más tarde, Willett sólo recordaría un trozo:

«Viernes, a 16 de octubre del año 1754. Entra este día mi balandra Wakeful, de Londres, con XX nuevos ombres recibidos en las Yndias: españoles de La Martinica y olandeses de Surinam. Semeja que los olandeses quieren abandonar por aver oído algún mal destas azarasas enpressas, pero yo veré de convencellos que se queden. Para el señor Knight Dexter de la Bahía 120 piezas de camelote, 100 piezas de chalón 20 piezas de muletón azul, 50 piezas de droguete, 300 de açeitunil y otras tantas de paño de algodón. Para el señor Green del Elefante, 50 vasijas de galón, 20 calentadores, 15 vasijas de cocer, 10 pares de tenaças de humera. Para el señor Perrigo, 1 juego de leznas.

Para el señor Nightingale, 50 resmas de papel primera clase. Dije el SABAOTH tres veces anoche pero no apareció nadie. Debo saber más del Sr. H., de Transilvania, aunque se me hace difícil llegar a él, y extraño por demás que no me valga a mí lo que tanto le ha valido a él estos cien años. Simon no a escrito en estas últimas V semanas; pero espero saber de él sin tardanza».

Cuando, llegado a este punto, el doctor Willett volvió la página, Ward le interrumpió rápidamente casi arrebatándole el libro de las manos. Lo único que el doctor tuvo oportunidad de ver de la página siguiente fue un par de frases breves que extrañamente se le quedaron prendidas en la memoria. Decían: «Dado que he dicho el versículo del Liber-Damnatus V días primeros de mayo y IV vísperas de Los Santos, tengo esperanza de que el ser esté prosperando más allá de las esferas. Traerá al que a de venir si puedo hazer que tome realidad, y pensará cosas acaecidas y mirará atrás, a través de todos los años; para lo qual he de aver prestas las sales, o materia con que hazerlas».

Willett no leyó más; pero en cierto modo, esta ojeada fugaz confirió un nuevo y vago terror al semblante pintado de Joseph Curwen que miraba complaciente desde el sobremanto de la chimenea. Después de esto, Willett abrigó una extraña fantasía —su experiencia médica le aseguraba que no podía ser otra cosa—: que los ojos del retrato tenían una especie de propensión, si no una efectiva tendencia, a seguir al joven Charles Ward cuando este deambulaba por la habitación. Antes de irse se detuvo a examinar de cerca el retrato, cuyo parecido con Charles le maravilló no poco, y a grabar en su memoria cada detalle del enigmático y descolorido rostro, incluido el pequeño hoyo o cicatriz que tenía en la frente suave, encima del ojo derecho. Cosmo Alexander, concluyó, era un pintor digno de la Escocia que había dado un Raeburn^[175] y un digno profesor del ilustre Gilbert Stuart.

Convencidos por el doctor de que la salud mental de Ward no corría peligro, y de que por otro lado estaba metido en investigaciones que podían resultar de gran importancia, los Ward fueron más indulgentes de lo que habrían estado dispuestos cuando en el mes de junio el joven se negó categóricamente a ir a la universidad. Dijo que iba a emprender estudios infinitamente más trascendentales, y expresó el deseo de cruzar el Atlántico al año siguiente a fin de acceder a determinadas fuentes que en América no existían. El señor Ward, aunque le negó el permiso para ese viaje porque le parecía absurdo en un muchacho de dieciocho años, consintió en lo referente a la universidad. De manera que, tras acabar no demasiado brillantemente los estudios secundarios en la Moses Brown School, Charles inició un trienio de intensos estudios ocultistas y excursiones a cementerios. Adquirió fama de excéntrico, y los amigos de la familia dejaron de verle por completo, encerrado como vivía en su estudio, y efectuando de tiempo en tiempo algún viaje a otras ciudades para consultar oscuros archivos^[176]. Una vez fue al sur a hablar con un viejo mulato que vivía en un pantano sobre el que un periódico acababa de publicar un singular reportaje. Otra buscó un pueblecito de los Adirondacks, de donde procedían ciertas prácticas ceremoniales. Pero sus padres siguieron oponiéndose a que hiciera el viaje al Viejo Continente que tanto deseaba.

En 1923, llegado a la mayoría de edad, y tras heredar una pequeña asignación de su abuelo materno, Ward decidió emprender por fin el viaje a Europa que hasta ahora le había sido denegado. No dijo nada sobre el itinerario que pensaba realizar, sino que las necesidades de sus estudios le llevarían a multitud de lugares; pero prometió a sus padres escribirles larga y puntualmente. Al ver que era imposible disuadirle, desistieron de seguir oponiéndose y le ayudaron lo mejor que pudieron; de manera que cuando llegó junio el joven embarcó para Liverpool con la bendición de sus padres, que le acompañaron a Boston y le estuvieron diciendo adiós con la mano desde el muelle *White Star* de Charlestown hasta que le perdieron

de vista. No tardaron en recibir noticias en las que hablaba de su llegada sin percance, y de que había conseguido buen alojamiento en Great Russell Street, Londres, donde se proponía fijar residencia, evitando a los amigos de la familia hasta haber agotado los recursos del Museo Británico en determinada dirección. En sus cartas hablaba poco de su vida diaria porque había poco que contar. Los estudios y los experimentos acaparaban todo su tiempo, y hablaba de un laboratorio que había montado en una de sus habitaciones. El hecho de que no hablara de exploraciones arqueológicas por la antigua y encantadora ciudad, con su fascinante silueta de cúpulas y torres y su maraña de avenidas y callejas cuyas místicas circunvoluciones e inesperadas perspectivas subyugan y sorprenden, lo interpretaron sus padres como un buen síntoma del grado al que estos nuevos intereses habían absorbido su espíritu^[177].

En junio de 1924, una breve nota anunciaba su marcha a París, adonde había hecho previamente uno o dos viajes relámpago para consultar material de la Bibliothèque Nationale. Durante los tres meses siguientes les envió sólo tarjetas postales, en las que les daba su dirección en la Rue St. Jacques y les hablaba de una investigación especial sobre raros manuscritos de la biblioteca de un coleccionista particular. Evitaba a las amistades, de manera que los que iban de turismo regresaban sin noticias suyas. Luego vino un periodo de silencio, y en octubre los Ward recibieron una postal de Praga, en la que Charles les decía que había ido a esa antigua ciudad a fin de consultar con un hombre viejísimo que al parecer era la última persona viva que poseía cierta información singular de la época medieval. Daba una dirección en la Neustadt^[178]; y no anunció ningún cambio de domicilio hasta el siguiente mes de enero, en que mandó varias postales desde Viena, informando de su paso por esta ciudad camino de una región más al este, adonde le había invitado uno de sus correspondientes y estudiosos de lo oculto.

La siguiente postal fue de Klausenburg^[179], en Transilvania, y en ella contaba Ward el viaje hacia su lugar de destino. Iba a visitar a un tal barón Ferenczy, cuyas posesiones se hallaban en las montañas al este de Rakus^[180]; y debían escribirle a Rakus, a la dirección de este noble. Otra postal de Rakus, una semana después, en la que contaba que el coche de su anfitrión le había recogido y que abandonaba el pueblo para dirigirse a las montañas, fue la última noticia durante bastante tiempo. Efectivamente, no contestó a las frecuentes cartas de sus padres hasta mayo, en que escribió para desbaratar el plan de su madre de reunirse con él en Londres, París o Roma durante el verano, en que los Ward planeaban visitar Europa. Sus investigaciones, decía, eran de tal naturaleza que no podía abandonar su actual domicilio, y que el enclave del castillo del barón Ferenczy impedía toda visita: estaba en un espolón de las montañas boscosas, y era tan evitado por los campesinos que la gente no podía por menos de sentir desasosiego. Además, probablemente el barón no era un personaje que pudiera caer simpático a unas personas correctas y conservadoras de Nueva Inglaterra; su aspecto y sus modales tenían raras peculiaridades, y su edad era tan avanzada que resultaba inquietante. Era mejor, decía Charles, que esperasen a que él regresara a Providence; fecha que no estaba lejos.

Sin embargo, ese regreso no tuvo lugar hasta mayo de 1926, en que, tras anunciarlo en unas cuantas postales, el joven trotamundos llegó calladamente a Nueva York en el *Homeric* e hizo en autobús las largas millas hasta Providence, embriagándose ansiosamente en las onduladas y verdes colinas, los huertos fragantes y floridos, y los pueblos blancos con sus campanarios del Connecticut vernal: era su primer disfrute de la antigua Nueva Inglaterra desde hacía casi cuatro años^[181]. Cuando el autobús cruzó el Pawcatuck y entró en Rhode Island en medio de la luz dorada de una tarde de finales de primavera, el corazón comenzó a latirle con acelerada violencia, y la entrada en Providence por las avenidas Reservoir y Elmwood fue algo maravilloso que le hizo contener el aliento, pese a los abismos

de saber prohibido en que había estado sumergido. En la plaza alta donde desembocan las calles Broad, Weybosset y Empire, vio ante sí, allá abajo, en el incendio del ocaso, la grata, recordada acumulación de casas y cúpulas y campanarios de iglesia de la vieja ciudad; y la cabeza empezó a darle vueltas cuando el vehículo enfiló hacia la terminal detrás del Biltmore^[182], y descubrió la gran cúpula^[183], el suave verdor salpicado de techumbres de la antigua colina al otro lado del río, y la alta torre colonial de la Primera Iglesia Bautista, sonrosada a la luz mágica del atardecer sobre el fresco verde primavera de su panorama escarpado.

¡La vieja Providence! Este lugar, y las fuerzas misteriosas de su larga e ininterrumpida historia, le habían dado el ser, y le habían transportado a maravillas y secretos del pasado cuyos límites ningún profeta sería capaz de trazar. Aquí se hallaban los arcanos, ya fueran maravillosos o terribles, para los que se había estado preparando durante todos estos años de estudio y de viajes. Un taxi le llevó por la Plaza de Correos con su breve vista del río, el viejo edificio del Mercado, la cabecera de la bahía, y la empinada cuesta en curva de Waterman Street hasta Prospect, donde emitían reflejos hacia el norte la cúpula inmensa y brillante y las columnas jónicas bañadas de sol poniente de la iglesia de la Ciencia Cristiana. Luego, pasadas ocho manzanas, cruzó ante las viejas y hermosas mansiones que sus ojos infantiles habían conocido, y las singulares aceras de ladrillo que pisaron sus pies juveniles. Y por fin, a la derecha, la casita blanca; a la izquierda, el clásico pórtico Adam^[184] y la fachada majestuosa de la gran casona de ladrillo donde había nacido. Estaba anocheciendo; y Charles Dexter Ward había llegado a casa^[185].

Un equipo de alienistas algo menos académicos que el doctor Lyman sitúa el principio de la enajenación de Ward en su viaje a Europa; admitiendo que estaba lúcido en el momento de su marcha, consideran estos doctores que su conducta a su regreso supone un cambio desdichado. Pero ni siquiera esto está dispuesto a conceder el doctor Willett. Insiste en que ocurrió más tarde; y las rarezas del joven en esa época las atribuye a la práctica de ritos aprendidos en el extranjero... bastante extraños, desde luego, aunque no presuponen en absoluto ninguna aberración mental en los celebrantes. El propio Ward, aunque visiblemente envejecido y endurecido, era sin embargo normal en sus reacciones; y en varias entrevistas con el doctor Willett hizo gala de un equilibrio que ningún enfermo mental —ni siquiera en su fase incipiente— habría podido simular de manera sostenida. Lo que hacía pensar, en ese periodo, que Ward sufría un desarreglo eran las voces que se oían a todas horas en su laboratorio, en el que pasaba la mayor parte de su tiempo. Eran cánticos, recitaciones y declamaciones atronadoras con ritmos insólitos; y aunque la voz era siempre la de Ward, había algo en sus inflexiones, y en el acento de las fórmulas que pronunciaba, que no podía por menos de helar la sangre al que lo oía. Y observó que Nig^[186], el venerable y querido gato negro de la casa, se erizaba y arqueaba el lomo cada vez que oía determinados cánticos.

También, los olores que salían del laboratorio eran insólitos por demás. A veces eran pestilentes, aunque por regla general eran fragantes, obsesivos, imposibles de identificar; parecían tener el poder de inspirar imágenes fantásticas. Al aspirarlos, uno propendía a tener visiones momentáneas de enormes perspectivas, con extraños montecillos o avenidas flanqueadas por interminables filas de hipogrifos y esfinges que se perdían en la lejanía. Ward no reanudó sus vagabundeos de otro tiempo, sino que se dedicó con entrega a los extraños libros que había traído a casa y a sus indagaciones igualmente extrañas en su propio alojamiento. Él explicaba que las fuentes europeas habían ensanchado

enormemente las posibilidades de su trabajo, y prometía hacer grandes revelaciones en los próximos años. Su aspecto avejentado hizo que aumentara a un grado alarmante su parecido con el retrato de Curwen que tenía en su biblioteca. El doctor Willett se detenía a menudo ante él, después de cada visita, fascinado ante el asombroso parecido, y pensando que sólo el pequeño hoyo encima del ojo derecho de la pintura diferenciaba al hechicero muerto del joven. Estas visitas, que el doctor Willett efectuaba a petición de los Ward, eran de lo más raras. En ningún momento se negó Ward a recibir al doctor; pero este se daba cuenta de que no acababa de llegar al fondo del alma del joven. A menudo notaba cosas extrañas a su alrededor: grotescas figuritas de cera en repisas y mesas, y restos medio borrados de círculos, triángulos y pentáculos hechos con tiza o carbón en el centro despejado de la gran estancia. Y siempre, por las noches, sonaban atronadores esos ritmos y encantamientos, hasta que se hizo sumamente difícil conservar a los criados, o evitar que murmurasen que Charles había perdido el juicio.

En enero de 1927 ocurrió un incidente singular. Una noche, alrededor de las doce, estaba Charles salmodiando un ritual de horrible cadencia cuyas resonancias llegaban a la parte de abajo de la casa, cuando llegó de repente una ráfaga de viento frío de la bahía, y se produjo un débil, oscuro temblor de tierra que se notó en toda la vecindad. El gato dio impresionantes muestras de terror, al tiempo que, en una milla a la redonda, los perros se pusieron a aullar. Fue el preludio de una violenta tormenta, insólita en esa época del año; empezó con un estallido tal que el señor y la señora Ward creyeron que había alcanzado a la casa. Subieron corriendo a ver el daño que había causado, pero Charles salió a la puerta del desván, pálido, resuelto, ominoso, con una mezcla casi terrible de triunfo y seriedad en el rostro. Les aseguró que la casa no había sufrido daño ninguno, y que pronto pasaría la tormenta. Sus padres vacilaron, miraron por la ventana, y vieron que efectivamente tenía razón; porque los relámpagos fulguraban cada vez más lejos, al

tiempo que los árboles dejaban de doblarse con el extraño viento frío que procedía del agua. Los truenos se fueron reduciendo a una especie de murmullo sordo, y finalmente se perdieron en la lejanía. Salieron las estrellas, y el aire de triunfo del rostro de Charles cristalizó en una expresión realmente singular.

Después de este incidente, durante dos meses o más, Ward permanecía encerrado en su laboratorio menos de lo que solía. Mostraba un curioso interés por el tiempo y hacía extrañas preguntas sobre cuándo empezaba el deshielo de primavera. Una noche de finales de marzo salió de casa después de las doce y no regresó hasta casi el amanecer, cuando su madre, que estaba desvelada, oyó que se detenía un ruido de motor ante la entrada de carruajes. La señora Ward distinguió juramentos apagados; así que se levantó y fue a la ventana; vio cuatro figuras oscuras que, a instrucciones de Charles, descargaban de un camión una caja larga y pesada, y la entraban por la puerta de servicio. Oyó el resuello fatigoso de los hombres, sus pasos pesados en la escalera y finalmente un golpe sordo en el desván; después de lo cual bajaron las pisadas, reaparecieron las cuatro figuras en el exterior, subieron al camión y se fueron.

Al día siguiente, Charles volvió a encerrarse en el ático, bajó las persianas del laboratorio y pareció trabajar con alguna sustancia metálica. No abrió la puerta a nadie y rechazó con firmeza la comida que le subieron. Hacia mediodía sonó un ruido como si arrancaran algo con violencia, seguido de una exclamación terrible, y una caída; pero, cuando la señora Ward llamó a la puerta de su hijo, este contestó débilmente que no pasaba nada; que el hedor indescriptible que salía era totalmente inofensivo, pero que lamentablemente no lo podía evitar. Ahora era esencial que le dejaran solo; después bajaría a cenar. Esa tarde, cuando se apagaron ciertos ruidos extraños y silbantes detrás de la puerta, apareció por fin con aspecto extremadamente macilento; y prohibió que entrara nadie en el laboratorio bajo ningún pretexto. Éste fue, en verdad, el principio de una nueva actitud de retraimiento; porque en

adelante no consintió que nadie visitase el misterioso taller de la buhardilla ni el desván adyacente, que él había limpiado, amueblado con sobriedad, y añadido como dormitorio a sus dominios inviolablemente privados. Aquí vivió, con una selección de libros escogidos de la biblioteca de abajo, hasta que compró un bungalow en Pawtuxet y trasladó a él todos los efectos científicos.

Por la noche Charles se apoderó del periódico y le estropeó una hoja fingiendo un percance. Más tarde el doctor Willett, tras precisar la fecha por las declaraciones de varios miembros de la casa, consultó un ejemplar en la redacción del *Journal* y descubrió que en la hoja destruida había salido una pequeña columna con la siguiente noticia:

INTRUSOS SORPRENDIDOS DE NOCHE EN EL CEMENTERIO NORTE

Robert Hart, vigilante nocturno del Cementerio Norte, ha sorprendido esta madrugada a un grupo de hombres con un furgón en la parte antigua del cementerio, aunque parece que los ahuyentó antes de que llevaran a cabo su propósito.

El hecho ha tenido lugar alrededor de las cuatro, cuando a Hart le llamó la atención un ruido de motor. Salió de su caseta y vio un gran furgón en el paseo principal, a cierta distancia; pero, antes de llegar a su altura, el ruido de sus pisadas en la grava le delató. Los intrusos metieron rápidamente una caja grande en el furgón y se fueron antes de que pudiera darles alcance. Pero dado que las sepulturas estaban intactas, Hart cree que habían ido con intención de enterrar la caja que al final se llevaron.

Los intrusos habían estado cavando bastante rato antes de ser descubiertos, porque Hart encontró una fosa considerable a bastante distancia del paseo, en la sección de Amasa Field, de donde hace tiempo desaparecieron la mayoría de las viejas lápidas. El hoyo, lo bastante grande y hondo para un

enterramiento, estaba vacío; y no coincide con ninguna inhumación consignada en el registro del cementerio.

El sargento Riley de la Segunda Comisaría, que ha inspeccionado el lugar, opina que dicho hoyo es obra de contrabandistas de gusto algo macabro que pretendían procurarse un escondite seguro para su licor. Al ser preguntado, Hart ha dicho que cree que el furgón huyó en dirección a Rochambeau Avenue, aunque no estaba seguro.

Durante los días siguientes, Charles Ward apenas se dejó ver. Tras añadir el dormitorio a sus dominios del ático, se recluyó definitivamente en ellos, y pidió que le dejaran la comida en el umbral, aunque no la recogía hasta que la criada se había ido. La salmodia de fórmulas monótonas y cánticos de ritmos extraños se repetían a intervalos, en tanto que otras veces se oía tintinear de vidrio, siseos de reacciones químicas, correr de agua o rumor de una llama de mechero. En la proximidad de su puerta reinaban a veces unos olores imposibles de identificar, totalmente distintos de los notados hasta ahora; y era tal el aire de tensión que emanaba del joven recluso cada vez que se aventuraba a salir brevemente, que inspiraba las especulaciones más vehementes. Una vez hizo una apresurada excursión al Athenæum en busca de un libro que necesitaba; y en otra ocasión contrató el servicio de un mensajero para que le trajese de Boston un volumen rarísimo. La ansiedad presidía portentosamente la situación, y ni la familia ni el doctor Willett sabían qué hacer o qué pensar.

6

Después, el quince de abril, ocurrió un hecho extraño. Aunque todo seguía aparentemente igual, lo cierto es que había habido un terrible

cambio de grado al que el doctor Willett concede gran significación. Era Viernes Santo, circunstancia a la que los criados dieron mucha importancia, aunque naturalmente otros lo consideran una mera coincidencia. Avanzada la tarde, el joven Ward se puso a repetir cierta fórmula en voz alta, a la vez que quemaba una sustancia cuyo olor pungente se extendió por toda la casa. La recitación de la fórmula era tan audible delante de la puerta que la señora Ward, que escuchaba angustiada, no pudo evitar que se le quedase en la memoria; más tarde, a petición del doctor Willett, fue capaz de escribirla. Decía así —los entendidos en esas materias le han comentado al doctor Willett que una muy parecida se puede hallar en los escritos místicos de Éliphas Lévi^[187], esa alma críptica que logró filtrarse a través de la puerta prohibida y vislumbrar perspectivas sobrecogedoras del vacío exterior—:

«Per Adonai Eloim, Adonai Jehova,
Adonai Sabaoth, Metraton On Agla Mathom,
verbum pythonicum, mysterium salamandræ,
conventus sylvorum, antra gnomorum,
dæmonia Coeli Gad, Almousin, Gibor, Jehosua,
Evam, Zariatnatmik, veni, veni, veni»^[188].

Así estuvo salmodiando dos horas, sin cambio ni interrupción, hasta que los perros de la vecindad empezaron a aullar de manera espantosa. Una idea de la magnitud de este pandemónium la puede dar el espacio que los periódicos le dedicaron al día siguiente, aunque en casa de los Ward quedó relegado a un segundo plano a causa del olor que surgió de repente: una fetidez horrible, penetrante, que nadie de la casa había oído nunca ni nunca ha vuelto a oler. En medio de esta vaharada mefítica se produjo un resplandor como de relámpago, que habría sido impresionante y cegador de no haberse producido en pleno día. Y a continuación sonó *la voz* que nadie de cuantos la oyeron podrá olvidar por su atronadora lejanía, su increíble profundidad y su espantosa

desemejanza con la de Charles Ward. Hizo retemblar la casa al extremo de que dos vecinos al menos la oyeron claramente por encima de los aullidos de los perros. La señora Ward, que escuchaba con desesperada expectación delante del laboratorio de su hijo, se estremeció al comprender lo que podía significar; porque Charles le había hablado de la fama horrible de que gozaba en ciertos libros tenebrosos, y cómo había sonado atronadora sobre la granja de Pawtuxet, según las cartas de Fenner, la noche en que acabaron con Joseph Curwen. No cabía error respecto a esa frase de pesadilla, porque Charles se la había descrito demasiado vívidamente en la época en que hablaba de sus indagaciones sobre Curwen. Sin embargo, fue sólo una frase en una lengua arcaica y olvidada: «DIES MIES JESCHET BOENEDOESEF DOUVEMA ENITEMAUS»^[189].

Inmediato a esta atronadora sentencia se produjo un momentáneo oscurecimiento, aunque aún faltaba mucho para que empezase a anochecer; y a continuación surgió otra vaharada de hedor diferente de la primera, de naturaleza desconocida también, e igual de insoportable. Charles había reanudado su salmodia. Su madre distinguió sílabas, que sonaron más o menos así: «Yi-nash-Yog-Sothoth-he-Igeb-fi-throdog»^[190], para acabar con un «¡Yah!» cuya fuerza maníaca subió en un *crescendo* que parecía que iba a romperle los tímpanos. Un segundo después, todas estas impresiones fueron borradas por un alarido que brotó como una explosión frenética, y cambió gradualmente hasta convertirse en un paroxismo de risa diabólica e histérica. La señora Ward, con esa mezcla de miedo y valor ciego propio de una madre, se acercó a llamar en la tabla que le impedía el acceso, pero no obtuvo ningún signo de haber sido oída. Llamó otra vez, pero se interrumpió sobrecogida al prorrumpir un segundo alarido, ahora con la voz inequívocamente familiar de su hijo, *al mismo tiempo que unas risotadas de la otra voz*. Aquí se desmayó; aunque todavía hoy es incapaz de recordar la causa exacta. La memoria a veces sufre lagunas piadosas.

El señor Ward regresó de su trabajo a las seis y cuarto; y al no encontrar a su esposa abajo le dijo la asustada servidumbre que seguramente esperaba junto a la puerta de Charles, de la que salían voces más extrañas que nunca. Subió en seguida, y descubrió a la señora Ward en el suelo del corredor, delante del laboratorio. Al verla sin conocimiento corrió a traerle un vaso de agua del jarro de la alcoba vecina. Le derramó un poco del frío líquido sobre el rostro; observó con alivio que reaccionaba, y cómo abría los ojos con aturdimiento, cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo amenazando con hundirle en el mismo estado del que estaba emergiendo ella. Porque el silencioso laboratorio no lo estaba tanto como aparentaba, sino que sonaban murmullos de apagada y tensa conversación; el tono era demasiado bajo para entender lo que decían, si bien era de una calidad profundamente inquietante para el alma.

Por supuesto, no constituía ninguna novedad que Charles recitase fórmulas; pero estos susurros eran algo distinto. Se trataba de un diálogo, o una sucesión de inflexiones que sugerían preguntas y respuestas, afirmaciones y réplicas. Una de las voces era desde luego la de Charles; la otra, sin embargo, tenía una profundidad cavernosa que las mejores aptitudes del joven para las imitaciones ceremoniales apenas habrían podido acercarse a ese nivel. Había en ella algo horrendo, blasfemo, anormal. De no ser por el grito de su esposa al recobrarse, que le sacudió la conciencia y le despertó el instinto de conservación, es probable que Theodore Howland Ward no hubiera podido mantener un año más su viejo orgullo de no haberse desmayado jamás. Cogió, pues, a su mujer en brazos y la bajó rápidamente antes de que ella reparase en las voces que tan horriblemente le turbaban a él. Aun así, no lo hizo tan de prisa que no captara algo que le hizo tambalearse peligrosamente con el peso de su esposa. Porque el grito de la señora Ward había sido oído, y acababan de llegarle desde el otro lado de la puerta las primeras palabras discernibles de ese coloquio fingido y terrible. Fueron de mera y excitada advertencia, con la voz de Charles, si bien sus

implicaciones llenaron de un miedo indecible al padre que las oyó. Fue solamente esto: «¡*Chist: escriba!*»

Durante la cena, el señor y la señora Ward deliberaron largamente, y el primero decidió tener esa misma noche una seria y firme entrevista con Charles. No podía consentirle semejante conducta por muy importante que fuera el objeto que perseguía; porque estos últimos sucesos rebasaban todos los límites de lo racional, y constituían una amenaza para el orden y el equilibrio psíquico de la casa entera. Sin duda el joven había perdido completamente el juicio, porque sólo la locura podía hacerle a alguien dar esos alaridos e imitar conversaciones con voces fingidas como había ocurrido ese día. Había que poner fin a todo esto, o la señora Ward acabaría con los nervios deshechos, y sería imposible conservar a los criados.

Al terminar de cenar, se levantó el señor Ward y subió al laboratorio de su hijo. Ya en el tercer piso, no obstante, se detuvo al oír ruidos en la ahora no utilizada biblioteca de su hijo. Alguien arrojaba libros y revolvía papeles violentamente; y al acercarse a la puerta, descubrió dentro al joven seleccionando una cantidad enorme de volúmenes de todos los tamaños y formas. El semblante de Charles estaba tenso y desencajado; y al oír la voz de su padre soltó lo que tenía en las manos con un sobresalto. Este le ordenó que se sentara, y durante un rato escuchó las amonestaciones que se merecía desde hacía tiempo. No hubo discusión. Al final de la reprimenda Charles reconoció a su padre que tenía razón, y que sus voces, salmodias, invocaciones y olores químicos eran efectivamente molestias imperdonables. Prometió observar una conducta más discreta, aunque insistió en prolongar un tiempo más su extremo aislamiento. Gran parte del trabajo que le quedaba por hacer consistiría en consultar libros, dijo; para las invocaciones rituales y cosas así, que aún tendría que ejecutar, procuraría buscarse otro sitio. Lamentaba profundamente haber asustado a su madre al extremo de desmayarse, y explicó que la conversación que se había oído después era parte de un complicado simbolismo

destinado a crear determinada atmósfera espiritual. Su empleo de abstrusos términos químicos confundió un poco al señor Ward; pero la impresión que le dejó cuando se separaron fue la de una inequívoca lucidez y equilibrio, pese a la misteriosa y grave tensión que padecía. La entrevista no aclaró nada; y cuando Charles cogió su montón de libros y abandonó la habitación, el señor Ward se quedó sin saber qué pensar de todo el asunto. Lo encontraba tan misterioso como la muerte del pobre Nig, cuyo cuerpo tieso, con los ojos abiertos y boca contraída de terror, había sido descubierto una hora antes en el sótano.

Movido por un vago instinto de curiosidad, el ofuscado padre echó una ojeada ahora a las estanterías vacías para ver qué libros se había llevado al ático. La biblioteca del joven estaba meticulosamente clasificada y ordenada, de manera que de una simple mirada podía saberse qué libros o al menos qué clase de libros había retirado. En esta ocasión el señor Ward descubrió con asombro que no faltaba ninguno de ocultismo ni de cuestiones antiguas, además de los que se había llevado ya antes. Los que ahora había escogido versaban sobre temas modernos: tratados de historia, ciencia y geografía, manuales de literatura, obras filosóficas, incluso revistas y periódicos contemporáneos. Era muy curioso este último cambio de orientación de sus lecturas, y el padre se quedó en suspenso, presa de un creciente torbellino de perplejidad y una abrumadora sensación de extrañeza. De una extrañeza opresiva, que casi le oprimía el pecho mientras trataba de descubrir qué había de anormal a su alrededor. Porque desde luego algo había, ya fuera material o espiritual. Desde el momento en que había entrado en esta habitación, había notado algo inusual. Finalmente se dio cuenta de qué era.

En la pared norte seguía estando el antiguo sobremanto de la casa de Olney Court; pero la pintura cuarteada y precariamente restaurada del gran retrato de Curwen había sufrido una catástrofe. El tiempo y la calefacción excesiva habían ejercido finalmente su acción, y desde la última vez que limpiaron la habitación había

ocurrido lo peor: desprendiéndose de la tabla, abarquillándose cada vez más, y deshaciéndose en partículas con diabólica rapidez al parecer, el retrato de Joseph Curwen había abandonado para siempre su fija vigilancia sobre el joven que tan extrañamente se le parecía, y ahora yacía esparcido en el suelo en forma de una delgada capa de polvo gris azulado.

CAPÍTULO IV UNA MUTACIÓN Y UNA LOCURA

1

Una semana después de ese memorable Viernes Santo empezó a verse a Charles Ward más a menudo de lo habitual trasladando libros de la biblioteca a su laboratorio del ático. Su ademán era tranquilo y razonable, aunque tenía una expresión huidiza, acosada, que alarmaba a su madre, y había empezado a desarrollar un apetito increíblemente voraz, a juzgar por lo que le pedía a la cocinera. El doctor Willett había sido informado de los ruidos y sucesos de ese viernes, y al martes siguiente tuvo una larga conversación con el joven en la biblioteca, ya no bajo la mirada del retrato. La entrevista, como todas, no aclaró nada; pero aún hoy Willett está dispuesto a jurar que en ese tiempo el joven se encontraba en su sano juicio y era dueño de sí. Prometió hacer muy pronto una revelación, y habló de la necesidad de trasladar el laboratorio a otro lugar. Se le veía muy poco afectado por la pérdida del retrato, lo que no dejaba de sorprender, habida cuenta de lo entusiasmado que había estado con él al principio, y más bien parecía hacerle cierta gracia que se hubiera desintegrado súbitamente.

Un par de semanas después Charles empezó a pasar largos periodos fuera de casa; y un día la vieja negra, la buena Hannah, que había ido a ayudar a la limpieza de primavera, comentó sus frecuentes visitas a la antigua casa de Olney Court, adonde acudía con una gran maleta a efectuar singulares exploraciones en la

bodega. Era siempre muy generoso con ella y con el viejo Asa; pero parecía más preocupado que de costumbre, lo que le apenaba muchísimo, ya que lo había visto crecer desde la cuna.

Otra información de sus actividades llegó de Pawtuxet, donde unos amigos de la familia le vieron de lejos numerosas veces merodeando por el embarcadero y el balneario de Rhodes-on-the-Pawtuxet. Tras lo cual el doctor Willett hizo averiguaciones en dicho pueblo, y se enteró de que su propósito era siempre encontrar un paso en la maleza de la orilla del río, por la que subía en dirección norte, normalmente para no reaparecer hasta bastante rato después.

Avanzado el mes de mayo, se renovaron las voces rituales en el laboratorio del ático. El señor Ward le echó una severa reprimenda a Charles, y este prometió aturulladamente no volver a hacerlo. El hecho ocurrió por la mañana, y fue como un calco del fingido diálogo de aquel tempestuoso Viernes Santo. El joven protestaba o discutía acaloradamente consigo mismo; porque de repente estalló una serie alternada de gritos en tonos perfectamente diferenciables, como de súplicas y negativas, lo que hizo que la señora Ward subiera corriendo a escuchar junto a la puerta. Consiguió oír un fragmento, aunque las únicas palabras que entendió fueron: «Tendrá necesidad de sangre durante tres meses»; pero al llamar a la puerta cesaron inmediatamente las voces. Cuando el padre interrogó a Charles más tarde, este dijo que había ciertos conflictos de esferas de conciencia que sólo podían sortearse con mucha habilidad; pero que trataría de transferirlos a otras regiones.

Hacia mediados de junio acaeció un singular incidente nocturno. A última hora de la tarde había habido ruidos y golpes en el laboratorio; y en el instante en que el señor Ward iba a subir a ver qué era, cesaron de repente. Esa medianoche, después de acostarse la familia, estaba el mayordomo cerrando con llave la puerta de la entrada cuando, según contó después, apareció Charles al pie de la escalera trastabillando, con una maleta enorme, y le hizo señas de que quería salir. No pronunció una palabra; pero el

honrado inglés le vio los ojos enfebrecidos y tembló sin saber por qué. Abrió la puerta, y salió el joven Ward. Pero por la mañana el mayordomo comunicó a la señora Ward que dejaba la casa. Dijo que había algo impío en la mirada que Charles le había dirigido. No era la manera de mirar de un caballero a una persona honrada; y desde luego no podía pasar una noche más. La señora Ward dejó que se fuera, aunque no concedió mucho valor a sus palabras. Imaginar a Charles con el ánimo exacerbado esa noche era completamente ridículo, porque mientras ella había estado despierta había oído débiles ruidos arriba en el laboratorio; como sollozos y pasos, y unos suspiros que sólo podían salir de la más profunda desesperación. La señora Ward se había acostumbrado a estar pendiente de los ruidos de la noche; porque el enigma de su hijo estaba desterrando rápidamente de su espíritu cualquier otra preocupación.

A la tarde siguiente, como había hecho ya otra tarde hacía casi tres meses, Charles Ward se apoderó del periódico muy temprano y extravió accidentalmente la primera página. Nadie hizo cuenta del percance hasta más tarde, cuando el doctor Willett empezó a atar cabos y a relacionar datos aquí y allá. Fue a la redacción del Journal, consultó la página que Charles había extraviado, y marcó dos artículos de posible importancia. Eran los siguientes:

OTRA INTRUSIÓN EN EL CEMENTERIO

Esta madrugada el vigilante nocturno del Cementerio Norte, Robert Hart, ha descubierto una nueva acción de los profanadores en la parte antigua del camposanto. Ha encontrado excavada y vacía la tumba de Ezra Weeden, nacido en 1740 y fallecido en 1824, según indica la lápida arrancada y brutalmente destrozada; hazaña evidentemente llevada a cabo con una azada sustraída de la cercana caseta de herramientas.

Cualquiera que fuese su contenido durante más de un siglo, ha desaparecido, salvo unos cuantos trozos de madera podrida. No había rodadas; pero la policía ha examinado una serie de huellas de pisadas de un único individuo, y las atribuyen al calzado de un hombre elegante.

Hart se inclina a relacionar este incidente con la fosa descubierta el pasado mes de marzo, cuando unos individuos con un furgón huyeron dejando hecha una profunda excavación; sin embargo, el sargento Riley de la Segunda Comisaría descarta esta hipótesis y señala diferencias notables entre ambos casos: en marzo la excavación la efectuaron en un lugar en el que no se sabía que hubiera ninguna tumba; en cambio ahora han saqueado un enterramiento bien señalado y cuidado con toda deliberación y malevolencia, como lo demuestra el destrozo de la lápida, intacta hasta ayer.

Miembros de la familia Weeden, al conocer la noticia del suceso, han expresado su extrañeza y pesar; y no imaginan a nadie con tanta animadversión contra ellos como para profanar la tumba de su antepasado. Hazard Weeden, de Angell Street 598^[191], recuerda una historia familiar según la cual Ezra Weeden estuvo implicado en incidentes extraños, de ningún modo deshonorosos para él, poco antes de la Revolución; pero ignora francamente que nadie haya guardado ningún odio o secreto hereditario. El inspector Cunningham ha tomado el caso en sus manos y espera descubrir en breve alguna pista.

SERENATA PERRUNA EN PAWTUXET

Una fenomenal escandalera de aullidos, al parecer en las proximidades del río, al norte de Rhodes-on-the-Pawtuxet, ha sacado de la cama a los vecinos de Pawtuxet hacia las tres de la madrugada. La clase y potencia de los aullidos eran

absolutamente inusitadas según la mayoría. Fred Lemdin, el sereno de Rhodes, afirma que se oían mezclados con algo así como chillidos de un hombre presa del terror y de una angustia mortal. Una violenta y brevísima tronada, que estalló cerca del río, puso fin al alboroto. La gente asocia lo ocurrido con un olor extraño y desagradable, probablemente procedente de los depósitos de petróleo de la bahía, que sin duda contribuyó a soliviantar a los perros.

El rostro de Charles había adquirido ahora una expresión huraña, acosada. Todos coinciden, al recordarlo en ese periodo, en que quizá habría querido hacer alguna declaración o confesión, pero que un terror insuperable se lo impedía. Las morbosas escuchas de su madre por las noches revelaron que hacía frecuentes salidas al amparo de la oscuridad, y la mayoría de los alienistas académicos le achacan los repugnantes casos de vampirismo que la prensa denunció de manera sensacionalista en esos días, y cuyo autor aún no ha sido descubierto de manera concluyente. En dichos casos, demasiado recientes y conocidos para entrar en detalles, las víctimas eran de todas las clases y edades; y parece que se produjeron en dos lugares: la colina residencial de North End, cerca del hogar de los Ward, y en el barrio periférico del otro lado de la vía de Cranston, cerca de Pawtuxet. Víctimas de esos ataques fueron tanto viandantes tardíos como personas que dormían con la ventana abierta. Los que salvaron la vida hablan unánimemente de un monstruo flaco, ágil, de ojos inflamados que, con los dientes, apresaba a la víctima por el cuello o el hombro y se saciaba ansiosamente.

El doctor Willett, que se niega a datar la locura de Charles Ward incluso en esas fechas, se muestra cauto a la hora de explicar estos horrores. Afirma que tiene su propia teoría, y limita sus aseveraciones a una suerte de negación: «No quiero señalar, dice, quién o qué creo que ha perpetrado esos ataques y asesinatos; pero declaro que Charles Ward es inocente de ellos. Tengo razones para

asegurar que desconocía el sabor de la sangre, como lo prueba de manera más concluyente que ningún argumento su progresiva anemia y palidez. Ward se había involucrado en cosas terribles, y lo ha pagado; pero jamás fue un monstruo ni un malvado. Hoy por hoy, no quiero aventurar ninguna hipótesis; se operó un cambio en su persona, y quiero creer que el primitivo Charles Ward murió en ese momento. O en todo caso su alma; porque esa carne demente que desapareció del hospital de Waite tenía otra».

Willett habla con autoridad porque visitaba asiduamente el hogar de los Ward para atender a la señora Ward, cuyos nervios habían empezado a flaquear a causa de la tensión: las noches en vela escuchando le habían inspirado morbosas alucinaciones que confiaba titubeante al doctor, y este les quitaba importancia delante de ella, aunque cuando estaba solo le sumían en honda preocupación. Estos delirios se relacionaban siempre con los ruidos débiles que imaginaba oír en el laboratorio y el dormitorio del ático, y acentuaban los suspiros y sollozos sofocados que sonaban a horas inverosímiles. A primeros de julio, Willett prescribió a la señora Ward una estancia indefinida de recuperación en Atlantic City, y aconsejó al señor Ward y al consumido y retraído Charles que sólo le escribiesen cartas alentadoras. Y a esa estancia obligada y aceptada a regañadientes debe probablemente la señora Ward su vida y su cordura.

2

No mucho después de que se marchara su madre, Charles Ward empezó a negociar la compra del bungalow de Pawtuxet. Era una construcción pequeña, sucia, de madera, con un garaje de hormigón, encaramada en el ribazo, poco más arriba de Rhodes, con muy pocas casas en la vecindad; pero por alguna extraña

razón, no quería ningún otro. No dio tregua a las agencias inmobiliarias hasta que consiguieron sacárselo, a un precio exorbitante, al renuente propietario. Y en cuanto éste lo hubo desalojado tomó posesión de él al amparo de la oscuridad, transportando en un gran furgón cerrado todo el contenido del laboratorio del ático, incluidos los libros antiguos y modernos que había escogido de su biblioteca. Mandó cargar el furgón antes del alba, y su padre sólo recuerda haber oído en sueños, la noche en que se llevaron los muebles y demás, juramentos y pataleos sofocados. Después, Charles volvió a su habitación del tercer piso y no subió al ático nunca más.

Charles transfirió al bungalow de Pawtuxet la atmósfera de sigilo que había impuesto a sus dominios del ático; salvo que ahora tenía dos personas que compartían sus misterios: un portugués mulato con cara de facineroso^[192], de la parte portuaria de South Main Street, que hacía las veces de criado, y un personaje delgado, con unas gafas negras y una barba cerrada e incipiente que parecía teñida, cuyo aspecto de intelectual evidenciaba que se trataba de un colega. Los vecinos intentaron en vano trabar conversación con estos dos individuos. Gomes, el mulato, hablaba poquísimos inglés; en cuanto al de la barba, que se dio a conocer como doctor Allen, siguió su ejemplo. El propio Ward quiso mostrarse afable, aunque no hizo sino despertar curiosidad con sus peregrinas historias en torno a la investigación química. No tardaron en circular extrañas historias sobre luces que permanecían encendidas toda la noche. Y poco más tarde, cuando cesaron estas luces, corrieron rumores aún más extraños sobre las desproporcionadas cantidades de carne que les enviaba el carnicero, y sobre gritos, declamaciones y cánticos sofocados, y también alaridos, que salían de la profunda bodega que el bungalow tenía debajo. Por todo lo cual la honrada burguesía de los alrededores empezó a exteriorizar claramente su aversión a este extraño personal, y no es sorprendente que se hicieran oscuras insinuaciones en relación con la actual oleada de ataques y asesinatos de carácter vampírico; sobre todo cuando el área donde

ocurrían se circunscribía ahora a Pawtuxet y las calles próximas a Edgewood.

Ward pasaba casi todo su tiempo en el bungalow, aunque a veces regresaba a dormir a casa de su padre, donde aún se le consideraba residente. Dos veces se ausentó de la ciudad durante una semana, aunque no se supo adónde viajó. Cada vez estaba más pálido y delgado, y había perdido algo de su antigua firmeza cuando repetía al doctor Willett su ya gastada historia sobre sus investigaciones vitales y sus futuras revelaciones. Willett lo escrutaba a menudo en casa de su padre; porque el señor Ward estaba hondamente preocupado y desorientado, y quería que se le vigilase hasta donde fuera posible, tratándose de una persona adulta, reservada e independiente. El doctor no se cansa de repetir que el joven estaba lúcido en esas fechas, y aduce en apoyo de tal convicción las múltiples conversaciones que sostuvo con él.

En el mes de septiembre decayó el vampirismo; pero al enero siguiente Ward casi se vio envuelto en un grave asunto. Hacía algún tiempo que la gente no paraba de hablar sobre las idas y venidas de camiones al bungalow de Pawtuxet; y en esta coyuntura, un lance inopinado puso al descubierto la naturaleza de al menos una parte de la carga. En un paraje solitario próximo a Hope Valley^[193], un grupo de salteadores de los que suelen ir a la caza de cargamentos de licor tendieron una emboscada a uno de los camiones. Pero esta vez los ladrones estaban destinados a sufrir un buen sobresalto; porque las cajas largas que se llevaron contenían algo realmente horrible; tan horrible, en realidad, que no pudieron mantenerlo en secreto entre la gente de los bajos fondos. Los ladrones se apresuraron a enterrar lo robado; pero cuando la Policía Estatal se enteró de lo ocurrido puso en marcha una meticulosa investigación. Un vagabundo recién detenido, tras prometersele que no sería acusado de ningún delito adicional, accedió finalmente a guiar al lugar a una patrulla; y allí, en aquel hoyo apresuradamente excavado, descubrieron algo impúdico. Sería faltar al sentido del decoro nacional —e incluso internacional— explicitar aquí lo

descubierto por la sobrecogida patrulla. No había posibilidad de equivocarse, ni siquiera personas alejadas de los libros como estos agentes. Y enviaron con febril rapidez telegramas a Washington.

Las cajas iban consignadas a Charles Ward, a su bungalow de Pawtuxet, así que la policía federal y la estatal le hicieron inmediatamente una muy grave visita. Lo hallaron pálido y preocupado, con sus dos extraños compañeros, y recibieron de él lo que parecía una explicación plausible y una prueba de su inocencia: había necesitado ciertos ejemplares anatómicos como parte de un programa de investigación cuya seriedad y autenticidad podía confirmar cualquiera que le conociese en los últimos diez años, y había solicitado un pedido de ejemplares, de la clase y número necesarios, a las agencias que creía autorizadas para tales transacciones. Sobre la naturaleza de dichos ejemplares no sabía absolutamente nada, y se mostró convincentemente asustado cuando los inspectores le comentaron el monstruoso efecto que este asunto podía tener en la sensibilidad de la gente y en la dignidad nacional. Su declaración fue firmemente apoyada por su barbado colega el doctor Allen, cuya voz cavernosa transmitió más convicción que las nerviosas explicaciones de Ward; de manera que al final los agentes no adoptaron ninguna medida, aunque tomaron buena nota del nombre y dirección en Nueva York de la empresa que Ward les facilitó, para efectuar una investigación que al final no condujo a nada. Hay que añadir, sin embargo, que los ejemplares fueron rápida y discretamente devueltos a su lugar de origen, y que el público general no sabrá jamás de su blasfema perturbación.

El 9 de febrero de 1928, el doctor Willett recibió una carta de Charles Ward que considera de extraordinaria importancia, y a propósito de la cual ha discutido no pocas veces con el doctor Lyman. Este cree que esta nota es prueba palpable de que se trata de un caso de *dementia præcox*, en tanto Willett la ve como la última expresión lúcida del desventurado joven. Y llama especialmente la atención sobre los rasgos normales de la letra,

que, aunque revela cierto nerviosismo, es claramente la suya de siempre. El texto entero dice así:

100 Prospect St.,
Providence, R. I.,
8 de febrero de 1928.

Estimado doctor Willett:

Creo que al fin ha llegado el momento de hacerle las revelaciones que le prometí hace tiempo, y que tantas veces me ha pedido Vd. La paciencia de que ha hecho gala con esta espera, y la confianza que ha demostrado en mi lucidez e integridad, son gestos que jamás dejaré de agradecerle.

Y ahora que me dispongo a hablar, debo reconocer con humildad que nunca será mío el triunfo con el que había soñado. En vez de eso he descubierto el terror, y las palabras que ahora le envío no son de presunción, sino de súplica de ayuda y consejo para salvarme, y para salvar al mundo de un horror que supera todo cuanto el hombre es capaz de imaginar o calcular. Recordará Vd. lo que decían las cartas de Fenner sobre el asalto a la granja de Pawtuxet. Pues bien, hay que hacerlo otra vez, y pronto. De nosotros depende más de lo que las palabras pueden expresar: la civilización, las leyes naturales incluso; quizá el destino del sistema solar y del universo. He traído a la luz una anomalía monstruosa, aunque lo he hecho en nombre del saber. Ahora, en nombre de la vida y de la naturaleza, tiene que ayudarme a devolverla a las tinieblas.

He dejado ese lugar de Pawtuxet para siempre, y tenemos que aniquilar cuanto allí haya vivo o muerto. No volveré a ir; así que si alguna vez oye decir que me han vuelto a ver en ese lugar, no lo crea. Ya le explicaré por qué le digo esto cuando nos veamos. He regresado a casa para siempre; y quiero que pase por aquí en cuanto disponga de cinco o seis horas para escuchar todo lo que tengo que contarle. Es el tiempo que voy a necesitar;

y créame si le digo que nunca habrá tenido un deber profesional más auténtico que este. Mi vida y mi razón son lo de menos peso que hay en juego.

No me atrevo a confiárselo a mi padre, porque no lo comprendería. Pero le he hablado del peligro que corro, y ha puesto cuatro vigilantes de una agencia de detectives a guardar la casa. No sé qué van a poder hacer; porque tienen enfrente fuerzas que ni Vd. mismo podría admitir. Así que no tarde en venir si quiere verme vivo, y saber cómo puede ayudarme a salvar el cosmos de su destrucción.

No le importe la hora; no voy a salir de casa. No telefonee para anunciarme que va a venir, porque no sabemos quién podría intervenir su llamada. Y roguemos a los dioses, cualesquiera que sean, que nada impida este encuentro.

Con el mayor fervor y desesperación,

Charles Dexter Ward

P.D.: Mate al doctor Allen en cuanto lo vea, y *disuelva su cuerpo en ácido. No lo queme.*

El doctor Willett recibió la nota sobre las diez y media de la mañana, e inmediatamente arregló las cosas para estar libre a partir de media tarde para esta entrevista trascendental, y permitir que se prolongase lo que fuera necesario. Decidió ir hacia las cuatro; y hasta que llegó esa hora estuvo tan embebido en especulaciones que atendía a su trabajo de manera maquinal. Aunque para un extraño la carta podía parecer de un psicópata, Willett había visto demasiadas rarezas de Charles Ward para despacharla como un simple delirio. Estaba convencido de que había algo sutil, antiguo y horrible entre líneas, y casi comprendía la alusión al doctor Allen, dadas las cosas que se decían en Pawtuxet sobre el enigmático colega de Ward. Willett no había visto aún a este hombre, pero había oído hablar mucho de su aspecto y demás, y no podía por

menos de preguntarse qué ojos ocultaban esas comentadas gafas negras.

El doctor Willett se presentó en la residencia de los Ward a las cuatro en punto; pero, para contrariedad suya, se encontró con que Charles había faltado a su palabra de no salir. Estaban los vigilantes, pero le dijeron que por lo visto el joven había perdido parte de su timidez. Por la mañana había dado la impresión de estar muy asustado, discutiendo y protestando por teléfono, dijo uno de los detectives, y replicando a alguien desconocido con frases como: «Estoy agotado y necesito descansar»; «no puedo recibir a nadie en estos momentos, tendrá que disculparme»; «por favor, aplace una acción decisiva hasta que podamos ponernos de acuerdo»; o «lo siento mucho, pero necesito no pensar en nada ahora; ya hablaré con usted más adelante». Después, a lo que se veía, había recobrado el valor, se había escabullido tan sigilosamente que nadie le había visto salir, y hacia la una había regresado, entrando sin decir palabra. Había subido, y allí, sin duda, el pánico se había vuelto a apoderar de él; porque nada más entrar en la biblioteca le oyeron proferir unos gritos aterradores, que a continuación se apagaron en una especie de jadeo asfixiado. Sin embargo, cuando el mayordomo fue a preguntarle si le ocurría algo, apareció en la puerta con gran decisión, y le mandó que se fuera con un gesto que le asustó. Seguidamente se había puesto a arreglar estanterías, porque se oyeron golpes, tableteos y crujidos; después de lo cual reapareció y volvió a marcharse inmediatamente. Willett preguntó si había dejado algún mensaje para él, pero le dijeron que no. El mayordomo había notado algo en el ademán y el aspecto de Charles que le preocupaba, y preguntó con ansiedad al doctor si había esperanza de curación para sus nervios trastornados.

El doctor Willett estuvo casi dos horas en la biblioteca esperando en vano a que regresara Charles Ward, mirando las estanterías polvorientas con los grandes huecos que habían dejado los libros retirados, y sonriendo torvamente ante el sobremanto de la pared norte donde el año anterior el semblante suave del viejo Joseph

Curwen miraba con benevolencia desde lo alto. Al cabo de un rato empezó a hacerse notar la oscuridad, y la alegría del crepúsculo fue cediendo terreno al vago y creciente terror que flotaba como una sombra anunciadora de la noche. Finalmente llegó el señor Ward, y manifestó gran sorpresa e irritación al enterarse de la ausencia de su hijo después de todas las molestias que se había tomado para protegerlo. No sabía nada de la cita de Charles, y prometió avisar a Willett cuando regresara. Al despedirse, expresó al doctor su completa perplejidad por el estado de su hijo, y le pidió que hiciera todo lo posible por devolverle el equilibrio. Willett se alegró de abandonar esta biblioteca en la que parecía reinar algo espantoso e impío, como si el desaparecido retrato hubiese dejado tras de sí un legado de malignidad. Nunca le había agradado el cuadro. Incluso ahora, aunque era hombre de nervios templados, le llegaba del panel vacío un influjo que le hacía sentir la necesidad de salir al aire libre cuanto antes.

3

A la mañana siguiente Willett recibió un mensaje de Ward padre en el que le comunicaba que Charles no había vuelto a casa. El señor Ward comentaba que le había telefoneado el doctor Allen para decirle que Charles seguiría en Pawtuxet algún tiempo, y que no debía ser molestado; no tenía más remedio que ser así, porque él mismo había sido reclamado en otro lugar y estaría ausente una temporada, de manera que debía dejar las investigaciones bajo la exclusiva vigilancia de Charles. Este le mandaba saludos, y sentía el trastorno que su brusco cambio de planes podía causar. Con este mensaje, el señor Ward escuchaba por primera vez la voz del doctor Allen, que le removió en la memoria un vago recuerdo que no consiguió precisar, pero que le inquietó sobremanera.

Ante estas noticias contradictorias, el doctor Willett no sabía francamente qué hacer. Era innegable que la nota de Charles estaba escrita con frenética sinceridad; sin embargo, ¿qué podía pensar de la inmediata contravención de lo que acababa de decidir? El joven Ward había dicho que sus estudios se habían vuelto una blasfemia y una amenaza, que había que acabar con ellos a cualquier precio, y también con su barbado colega, y que no volvería nunca más al último escenario de sus experimentos. No obstante, a lo que se veía ahora, había olvidado todo esto y había vuelto al corazón del misterio. El sentido común le aconsejaba dejar al joven con sus rarezas; pero un instinto más profundo impedía que se le disipase la impresión que le había causado esa carta frenética. Willett la leyó otra vez, y no consiguió encontrar su contenido tan vacuo y demente como su pomposa palabrería y su falta de concreción podían hacer esperar. Su terror era demasiado hondo y real, y sumado a lo que el doctor ya sabía, sugería monstruosidades de más allá del tiempo y el espacio, demasiado vividas para ser despachadas con una explicación escéptica. Había horrores desconocidos en el exterior, y por pequeña que fuera la posibilidad de enfrentarse a ellos, uno debía estar preparado para pasar a la acción en cualquier momento.

Durante más de una semana, el doctor Willett le estuvo dando vueltas al dilema que se le había planteado, y cada vez se inclinaba más a llegarse al bungalow de Pawtuxet y hacerle una visita a Charles. Ningún amigo del joven se había atrevido a invadir este retiro prohibido; su propio padre lo conocía sólo por las descripciones que él se había dignado hacerle; pero Willett pensaba que era necesario hablar con su paciente. El señor Ward había estado recibiendo breves y evasivas notas mecanografiadas de su hijo, y dijo que la señora Ward, en su retiro de Atlantic City, no había tenido más amplias noticias de él. Así que finalmente el doctor decidió actuar; y a pesar de la extraña sensación que le inspiraban las viejas historias de Joseph Curwen, y las recientes revelaciones

de Charles Ward, partió decidido hacia el bungalow de lo alto del ribazo.

Willett había visitado anteriormente el lugar por pura curiosidad, aunque por supuesto no había llegado a entrar en la casa ni se había dejado ver; de ahí que supiera exactamente el camino. Conduciendo su pequeño automóvil por Broad Street, una tarde de finales de febrero, pensó en la hosca partida de hombres que había tomado este mismo camino ciento cincuenta y siete años antes, decididos a llevar a cabo una terrible misión que nadie había logrado comprender.

El recorrido por las afueras ruinosas de la ciudad fue corto, y en seguida se abrieron ante él el elegante Edgewood y el soñoliento Pawtuxet. Willett torció a la derecha por Lockwood Street y condujo el coche por ese camino rural hasta donde le fue posible; a continuación se bajó del automóvil y siguió a pie en dirección norte hasta donde se alzaba el ribazo sobre los encantadores meandros del río y, al otro lado, el despliegue de colinas brumosas. Había pocas casas aquí, y no tuvo dificultad en localizar en una eminencia, a la izquierda, el bungalow con su garaje de hormigón. Apretó el paso por un abandonado sendero de grava, llamó a la puerta con puño firme, y habló sin un temblor de voz al portugués que abrió el ancho de una rendija.

Necesitaba ver a Charles Ward inmediatamente, dijo, por un asunto de vital importancia. No aceptaría ninguna excusa; y si se negaba, informaría del asunto a su padre. El mulato, indeciso, empujó la puerta cuando Willett intentó abrirla; pero el doctor alzó la voz y repitió su petición. Entonces brotó del interior un susurro ronco que heló al doctor hasta la médula, no sabía exactamente por qué. «Déjale entrar, Tony —dijo—; lo mismo da hablar ahora que más tarde». Pero, aunque el susurro era turbador, aún le sobrecogió más lo que siguió: el suelo crujió al avanzar y hacerse visible quien había hablado... y Willett descubrió que el dueño de esta voz extraña y resonante no era otro que Charles Dexter Ward.

El detalle con que el doctor Willett recordó y registró su conversación de esa tarde se debe a la importancia que concede a este periodo particular. Porque aquí sí admite un cambio en la mente de Charles Dexter Ward: está convencido de que el joven hablaba ahora con un cerebro irremediablemente ajeno y distinto de aquel cuyo crecimiento y desarrollo había observado a lo largo de veintiséis años. La polémica con el doctor Lyman le ha obligado a ser muy preciso, de manera que data categóricamente el inicio de la locura de Charles Ward en el tiempo en que empezó a recurrir a las notas mecanografiadas para comunicarse con sus padres. Notas que no están redactadas en el estilo normal de Ward; ni siquiera en el estilo de esa última carta frenética que mandó a Willett. Lejos de eso, son extrañas y arcaicas; como si el deterioro de la mente de su autor hubiese liberado una riada de tendencias e impresiones inconscientemente adquiridas en su etapa adolescente de apasionamiento por lo antiguo. Hay en ello un esfuerzo evidente por mostrarse moderno; pero el espíritu y a veces el lenguaje son inequívocamente del pasado. El pasado, además, se hizo evidente en cada palabra y gesto de Ward cuando recibió al doctor en ese sombrío bungalow. Saludó con un movimiento de cabeza, invitó a sentarse a Willett con un gesto, y empezó a hablar en un extraño susurro que trató de explicar desde el principio mismo.

—He contraído la tisis —empezó— a causa del aire de este condenado río. Le ruego me excuse la voz. Supongo que viene a interesarse por mi salud de parte de mi padre, y espero que no le diga nada que pueda alarmarle.

Willett escuchaba con extrema atención el tono rasposo de esta voz, pero estudiaba con más atención aún el rostro del que hablaba. Le daba la impresión de que no era normal; y pensó en lo que la familia le había contado de cómo había amedrentado al mayordomo, inglés de Yorkshire, una noche. Le habría gustado que no estuviera tan oscuro, pero no pidió que levantasen la persiana. Se limitó a preguntarle a Ward por qué le había mandado aquella nota frenética hacía poco más de una semana.

—A eso iba —replicó el anfitrión—: como sabe, me encuentro muy mal de los nervios, y hago y digo cosas que después no consigo explicarme. Como le he dicho muchas veces, estoy al borde de materias de incalculable trascendencia, cuya inmensidad me produce vértigo. Cualquiera se espantaría ante lo que he descubierto; pero eso no me va a hacer desistir. Fui un necio al correr a encerrarme en casa bajo custodia, porque habiendo llegado a donde he llegado, mi sitio está aquí. No soy muy bien visto por mis chismosos vecinos, y tal vez por debilidad he llegado a creer lo que dicen de mí. Pero no hay ningún mal en lo que hago, con tal que lo haga rectamente. Le suplico que espere seis meses, y le mostraré algo que compensará sobradamente su paciencia.

»Sepa que tengo una forma de aprender viejas materias por medios más seguros que los libros. Dejaré que juzgue por sí mismo la importancia de lo que puedo aportar a la historia, la filosofía y las artes gracias a las puertas a las que tengo acceso. Mi antepasado tenía todo esto a su disposición, cuando llegaron esos necios entrometidos y le dieron muerte. Ahora yo lo he vuelto a conseguir; o lo voy a conseguir en parte. Esta vez no ocurrirá nada; y menos aún por estúpidos temores personales. Así que le ruego que olvide lo que le he escrito, y que deseche cualquier temor a esta casa y a cuanto hay en ella. El doctor Allen es una persona de cualidades excelentes, y tengo que disculparme por lo que haya podido decir de él. Hubiera deseado no prescindir de su ayuda; pero había cosas que tenía que hacer en otro lugar. Su celo es tan grande como el mío en esta empresa, y creo que cuando yo temía por mi trabajo, temía también por él como mi más grande colaborador.

Calló Ward, y el doctor no supo qué decir ni qué pensar. Se sentía casi estúpido frente a este sosegado repudio de la carta; sin embargo, no se le escapaba que mientras este discurso resultaba extraño, ajeno e indudablemente absurdo, la nota misma había sido trágica por su espontaneidad y su coherencia con el Charles Ward que él conocía. Willett intentó ahora encauzar la conversación hacia cosas pasadas, y recordarle anécdotas de otro tiempo a fin de

restablecer un clima familiar; pero este intento sólo consiguió un resultado de lo más grotesco. Lo mismo les sucedió más tarde a los alienistas. Importantes contenidos de su conciencia, sobre todo referentes a etapas relativamente recientes de su vida, se le habían borrado de manera inexplicable, mientras que conocimientos sobre cuestiones antiguas que había ido acumulando en su adolescencia le emergían del subconsciente para sepultar lo contemporáneo e individual. Era anormal el íntimo conocimiento que el joven poseía de cuestiones del pasado, y hacía lo posible por ocultarlo. Cada vez que Willett le recordaba algún antiguo tema estudiado por él en su adolescencia con especial predilección, Ward lo desmenuzaba de manera rutinaria con una cercanía inconcebible en una criatura mortal; y el doctor se estremecía ante las insinuaciones que se le escapaban.

No era natural que supiera cómo se le cayó la peluca al gobernador al inclinarse, en la función representada en la Academia Teatral Douglass, de King Street, el 11 de febrero de 1762, que había sido jueves^[194]; o cómo los actores abreviaron de tal manera el texto de Steele, *Los amantes conscientes*^[195], que casi fue una alegría que el concejo, infestado de baptistas, clausurase la sala dos semanas después^[196]. Que la diligencia de Boston, de Thomas Sabin, fuera «condenadamente incómoda» era algo que seguramente se comentaba en la correspondencia de esa época; pero ¿cómo un estudioso de lo antiguo podía afirmar que los chirridos del nuevo cartel de la posada de Epenetus Olney^[197] (la llamativa Corona que había colgado cuando se le ocurrió llamar a su taberna Café La Corona) sonaban igual que las primeras notas de la nueva pieza de jazz que hoy retransmitían todas las radios de Pawtuxet?

Ward, sin embargo, no se dejó manejar mucho rato de este modo. Despachó sumariamente los temas modernos personales, y no tardó en mostrar el más evidente cansancio respecto a los antiguos. Estaba claro que sólo quería dejar a su visitante lo bastante convencido para que no pensara en volver. Con este

propósito ofreció a Willett enseñarle la casa; y al punto procedió a guiar al doctor por todas las habitaciones, desde la bodega hasta el ático. Willett, que se fue fijando en todo, notó que los libros que había a la vista eran demasiado pocos y triviales para haber ocupado los anchos huecos de las estanterías que Ward había dejado en casa de sus padres, y que el pretendido «laboratorio» era un mero simulacro. Estaba claro que ocultaba una biblioteca y un laboratorio en otro lugar, aunque no sabía dónde. Frustrado en su búsqueda de algo que no lograba determinar, Willett regresó a la ciudad antes del anochecer y le contó al señor Ward lo ocurrido. Llegaron a la conclusión de que el joven había perdido el juicio; pero acordaron no adoptar por el momento ninguna medida radical. Sobre todo, debían mantener a la señora Ward lo más al margen que permitieran las extrañas notas mecanografiadas que su hijo le mandaba.

El señor Ward decidió ahora ir a ver él también a su hijo, pero sin avisarle. El doctor Willett le llevó una tarde en su automóvil, le guió hasta que divisaron el bungalow, y esperó pacientemente a que regresara. La entrevista fue larga, y el padre salió muy apenado, a la vez que perplejo. Tuvo una acogida muy parecida a la de Willett, salvo que Charles tardó un rato excesivamente largo en aparecer, después de que su visitante consiguiese llegar al vestíbulo y mandase al portugués con una petición perentoria. Y no percibió en la actitud cambiada del hijo el menor atisbo de cariño filial. Las luces estuvieron todo el tiempo muy bajas; aun así, el joven se quejó de que le molestaban. No alzó la voz en ningún momento y explicó que le dolía la garganta; pero había en su susurro áspero una calidad tan inquietante que el señor Ward no lo pudo apartar de su cabeza.

Decididamente concertados para hacer cuanto estuviese a su alcance por la salvación psíquica del joven, el señor Ward y el doctor Willett se dedicaron ahora a reunir todos los datos que tuvieran relación con el caso. Primero se ocuparon de los rumores que corrían en Pawtuxet, lo que no les costó mucho, dado que los dos tenían amigos en esa área. El doctor Willett fue el que recogió

mayor número de historias porque la gente tendía a hablar con más franqueza con él que con el padre del principal implicado; y de todo lo que oyó pudo extraer que la vida del joven Ward se había vuelto verdaderamente extraña. Las malas lenguas decían que sin duda había alguna relación entre el vampirismo del verano anterior y las personas de su casa; mientras que las idas y venidas nocturnas de camiones habían dado pie a tenebrosas especulaciones. Los tenderos del pueblo hablaban de las extrañas listas de pedidos que les llevaba el hosco mulato, y sobre todo de las exageradas cantidades de carne y sangre fresca que adquiría en las carnicerías de la inmediata vecindad. Para una casa en la que sólo vivían tres, semejantes cantidades eran realmente exageradas.

Después estaban los ruidos de debajo de la tierra. Recoger información sobre eso resultó más difícil; pero todas las alusiones al asunto en cuestión coincidían en ciertos elementos básicos: sonaban voces marcadamente rituales, y se oían a horas en que el bungalow estaba a oscuras. Naturalmente, podían salir de la conocida bodega; pero corrían insistentes rumores de que había criptas más profundas y extensas. Recordando las antiguas historias sobre las catacumbas de Joseph Curwen, y dando por supuesto que había escogido el actual bungalow porque se alzaba sobre el viejo solar de Curwen, como se descubrió en uno de los documentos hallados detrás del cuadro, Willett y el señor Ward dedicaron especial atención a esta parte de la investigación, y buscaron multitud de veces sin éxito la puerta del ribazo que mencionaban los manuscritos. En cuanto al sentir de la gente sobre los moradores del bungalow, pronto quedó claro que odiaba al mulato portugués, temía al barbado doctor Allen, y detestaba al pálido y estudioso joven. Durante la última semana o dos, Ward había cambiado mucho; había dejado de esforzarse en parecer afable, y hablaba en un susurro áspero y especialmente repugnante las pocas veces que se decidía a hacerlo.

Estos eran los trozos y fragmentos recogidos aquí y allá, sobre los que el señor Ward y el doctor Willett celebraban largas y graves

conferencias. Se esforzaban en ejercitar al máximo la deducción, la inducción y la imaginación constructiva, y en relacionar todos los hechos conocidos de la última etapa de la vida de Charles, incluida la carta frenética que el doctor enseñó ahora al padre, con los escasos datos documentales disponibles sobre el viejo Joseph Curwen. Habrían dado lo que fuera por poder echar una ojeada a los papeles que Charles había descubierto; porque, evidentemente, la explicación de la locura del joven estaba en lo que había sabido de las actividades del antiguo hechicero.

4

Sin embargo, no fueron el señor Ward ni el doctor Willett quienes hicieron que este caso singular avanzase un paso más. Tanto el padre como el médico, vencidos y confundidos por una sombra demasiado imprecisa e inasible para combatirla, se habían quedado sin saber qué hacer, en tanto las notas mecanografiadas que el joven mandaba a sus padres se espaciaban cada vez más. Entonces llegó el primero de mes con sus habituales asuntos financieros, y los empleados de ciertos bancos empezaron a menear la cabeza y a telefonearse unos a otros. Los que conocían a Charles Ward de vista fueron al bungalow a preguntarle por qué todos los cheques extendidos por él últimamente estaban torpemente falsificados; y se quedaron muy poco convencidos cuando el joven les explicó con su voz rasposa que recientemente había sufrido un ataque que le había afectado a la mano, de manera que le era imposible escribir con normalidad. No podía escribir sino con grandísimo esfuerzo; cosa que probaba el hecho de que se viera obligado a mecanografiar sus cartas, incluso las que escribía a sus padres, quienes podrían confirmar sus palabras.

Lo que hizo enmudecer de perplejidad a los que habían ido a indagar no fue esta circunstancia, puesto que no era en absoluto inverosímil o especialmente sospechosa; tampoco las historias que se contaban en Pawtuxet, de las que les habían llegado una o dos. Fue el embrollado discurso del joven lo que les produjo estupefacción, dado que suponía una total pérdida de memoria respecto de importantes cuestiones monetarias sobre las que unos meses antes había demostrado conocer al dedillo. Algo ocurría; porque pese a la aparente coherencia y lógica de su discurso, no había una explicación normal para esta mal disimulada laguna en cuestiones de tanta importancia. Además, aunque estas personas no conocían a Ward a fondo, no podían por menos de notar el cambio de lenguaje y de modales. Habían oído decir que era un estudioso de lo antiguo, pero ni aun el más embebido de los eruditos haría uso de expresiones y ademanes tan anticuados. Esta combinación de carraspera, manos paralíticas, pobreza de memoria y cambio de conducta y de habla suponía un grave trastorno o enfermedad que sin duda constituía la raíz de los extraños rumores. Y al marcharse los empleados juzgaron absolutamente imprescindible hablar con el señor Ward.

Así que el 6 de marzo de 1928 hubo una larga y grave conferencia en el despacho del señor Ward, tras la cual el desconcertado padre, sumido en una especie de desamparada resignación, llamó al doctor Willett. Willett examinó las forzadas y torpes firmas de los cheques, y las comparó mentalmente con la letra de aquella nota frenética. Ciertamente, el cambio era radical y profundo; no obstante, había algo horriblemente familiar en esta nueva escritura. Tenía una inclinación y unos trazos arcaicos realmente curiosos; parecían consecuencia de un tipo de rasgueo totalmente distinto del que el joven había usado siempre. Era extraño; pero ¿dónde los había visto? En resumen, era evidente que Charles había perdido el juicio. De eso no había duda. Y dado que no parecía probable que pudiera ocuparse de sus intereses, ni seguir enfrentándose durante mucho tiempo más con el mundo

exterior, había que hacer algo rápidamente en cuanto a su cuidado y posible curación. Fue entonces cuando se llamó a los alienistas, a los doctores Peck y Waite de Providence, y al doctor Lyman de Boston, a quienes el señor Ward y el doctor Willett facilitaron la historia más completa posible del caso; conferenciaron largamente en la biblioteca ahora en desuso sobre el joven paciente, y examinaron los libros y papeles que quedaban por si descubrían algo más sobre su carácter. Tras examinar todo este material y estudiar la nota del joven a Willett, llegaron a la conclusión de que los estudios de Charles Ward eran causa suficiente para desequilibrar o al menos deformar el juicio de una persona corriente, y expresaron el más vivo deseo de poder ver sus libros y documentos más personales. Pero esto último sólo era posible, en todo caso, tras una escena en el mismo bungalow. Willett repasó ahora todo el caso con débil vehemencia; fue por entonces cuando obtuvo el testimonio de los obreros que habían estado presentes en el momento en que Charles descubrió los documentos de Curwen, y cuando verificó los incidentes reseñados en los periódicos destruidos, y los consultó en la redacción del *Journal*.

El jueves, 8 de marzo, los doctores Willett, Peck, Lyman y Waite, acompañados por el señor Ward, efectuaron su trascendental visita al joven, a quien no ocultaron su objeto, e interrogaron con extrema minuciosidad al que ya consideraban su paciente. Charles, aunque tardó lo indecible en salir, y cuando finalmente lo hizo salió impregnado de olores extraños y nocivos, no se mostró refractario, y admitió sin reparo que tan entregada dedicación a estudios abstrusos le había afectado en cierto modo a la memoria y al equilibrio psíquico. No puso la menor objeción cuando le comunicaron que debía trasladarse, e incluso demostró poseer un alto grado de inteligencia, exceptuando la pérdida de memoria. Su actitud habría podido hacer que los médicos se retiraran confundidos, de no ser porque su lenguaje persistentemente arcaico y la inequívoca sustitución en su conciencia de nociones modernas por antiguas mostraban claramente su alejamiento de la realidad

cotidiana. De su trabajo contó al grupo de doctores lo que ya había contado a su familia y al doctor Willett, y la nota frenética del mes anterior la explicó diciendo que era mero producto de los nervios y la histeria. Repitió que en este oscuro bungalow no tenía más biblioteca ni más laboratorio que los que estaban a la vista, y se volvió de lo más abstruso al explicar la ausencia en la casa de los olores que aún impregnaban su ropa. Las historias que corrían en la vecindad las explicó como vulgares invenciones de una curiosidad insatisfecha. Y en cuanto al paradero del doctor Allen, no se consideraba en libertad para dar detalles, pero aseguró que el barbado personaje regresaría en cuanto fuese necesario. Ward no reveló el menor signo de nerviosismo al mandar retirarse al portugués que había resistido impenetrable la batería de preguntas de los visitantes, ni al cerrar la puerta del bungalow que aún parecía guardar tenebrosos secretos. Si acaso, le observaron una propensión a quedarse en suspenso escuchando, como si tratara de captar algún ruido imperceptible. Parecía animado de una sosegada y filosófica resignación, como si su traslado fuese un episodio meramente provisional que le ocasionara una molestia mínima si le ayudaban a mudarse de una vez por todas. Estaba claro que confiaba en su perspicacia, evidentemente intacta, para sortear las situaciones comprometidas en que podían ponerle su memoria dañada, su voz perdida, su escritura rudimentaria y su comportamiento reservado y excéntrico. Acordaron no decir nada de su cambio a la madre, y que se encargase el padre de seguir mandándole cartas a máquina en su nombre. Ward fue trasladado al sanatorio privado que dirigía el doctor Waite, en la tranquila y pintoresca bahía de Conanicut Island^[198], donde fue sometido al más riguroso examen e interrogatorio por todos los médicos que intervinieron en el caso. Fue entonces cuando salieron a la luz algunas peculiaridades físicas: disminución del metabolismo, alteración de la piel y reacciones nerviosas desproporcionadas. El doctor Willett fue el más confundido de los que le examinaron, dado que había atendido a Ward toda su vida y podía evaluar con terrible

precisión el alcance de su desarreglo físico. Incluso le había desaparecido el lunar de la cadera, mientras que en el pecho le había salido una gran mancha o cicatriz que nunca había tenido, y que hizo que Willett se preguntase si no habría recibido una «marca de bruja», de esas que según decían se infligía en el curso de ciertas celebraciones nocturnas en lugares retirados y solitarios a los asistentes. El doctor no pudo por menos de recordar la transcripción de un juicio de brujería celebrado en Salem que Charles le había enseñado antes de adoptar su conocido hermetismo, y que decía: «El Sr. G. B. dicha Noche puso la marca del Demonio a Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C., y Deborah B.». También le inquietaba terriblemente el rostro de Ward; hasta que de repente descubrió por qué. Encima del ojo derecho tenía algo que nunca le había visto: una pequeña cicatriz u hoyo, exactamente igual que el que había observado en el desaparecido retrato del viejo Joseph Curwen, y que testimoniaba quizá alguna horrenda inoculación ritual a la que se habrían sometido los dos en determinado estadio de sus iniciaciones ocultistas.

Mientras personalmente Ward tenía desorientados a los doctores del sanatorio, el señor Ward había mandado interceptar todo el correo que llegara a su nombre o al del doctor Allen, y remitirlo al hogar de la familia. Willett predijo que sacarían muy poco en claro, ya que para cualquier comunicación importante se valdrían de algún mensajero; pero en la segunda mitad de marzo llegó una carta de Praga para el doctor Allen que dio mucho que pensar tanto al padre como al doctor. Aunque se notaba claramente que no la había escrito un extranjero, se trataba de un inglés casi igual de arcaico que el utilizado por el joven Ward. Decía:

Al Sr. J. C.
de Providence

Kleinstrasse 11,
Altstadt, Praga,

a 11 de febrero, 1928

¡Hermano en Almousin-Metraton!:

Recibo este día nuevas de vra. merced acerca de lo levantado con las sales que le envié. Ha sido un yerro, lo que meridianamente significa que las lápidas fueron cambiadas antes que Barnabas me procurase el ejemplar. No es raro que tales cosas acontezcan, como ya sabe vra. merced por lo que obtuvo del çemeterio de King's Chapellen 1769, y también H. del viejo camposanto de la Punta en 1690, lo qual a pique estubo de acabar con él. Eso mismo obtuve yo en Egipto setenta y cinco años ha, de lo que me vino la cicatriz que el muchacho me descubrió aquí en 1924. No llame a nadie, como le aconsejé hace ya tiempo, a quien no pueda reducir; ya sea de sales de muertos o de más allá de los orbes. Tenga prestas en todo momento las palabras de conjuro, y deténgase, si no tiene sseguridad, o abrigue duda sobre a *quién* hace venir. Nuebe de cada diez cemeterios tienen en el presente día las lápidas cambiadas. Con lo que no tendrá seguridad hasta que empiece a preguntar. Este día he recibido nuevas de H., el qual ha tenido dificultad con las guardias. Lamenta que Transilbania haya passado de Ungría a Rumanía^[199]; y que de buen grado cambiaría de morada, si no tuviese el castillo tan lleno de lo que vra. merced y yo sabemos. Pero de todo esto ya le habrá ynformado. En mi próximo recado le llegará algo de un tùmulo del oriente muy de su grado. Entre tanto, ruégole no olvide mi gran desseo de disponer de B. F.^[200], si me lo puede conseguir. Conoce a G., de Filadelfia, mejor que yo. Levántelo vra. merced primero, si le place; pero no lo use al extremo de ponerlo difficultoso, ya que después debo hablar yo con él.

Yogg-Sothoth Neblod Zin^[201]

Simon O.

El señor Ward y el doctor Willett se quedaron anonadados ante esta evidente prueba de absoluta enajenación. Sólo gradualmente fueron discerniendo lo que parecía significar. ¿Así que el ausente doctor Allen, y no Charles Ward, había sido en definitiva el alma rectora de Pawtuxet? Eso explicaba sin duda la arrebatada llamada y condena que el joven expresaba en su última y frenética nota. ¿Y qué significaba ese «al Sr. J. C.» del encabezamiento de la carta? No podía inferirse más que una cosa; pero incluso las posibilidades de lo monstruoso tienen sus límites. ¿Quién era «Simon O.»? ¿El anciano al que Ward había visitado en Praga hacía cuatro años? Tal vez; pero siglos antes había habido otro Simon O.: Simon Orne, también llamado Jedediah, de Salem, que desapareció en 1771, y cuya letra característica el doctor Willett reconoció ahora de manera inequívoca por las copias fotostáticas de las fórmulas de Orne que Charles le enseñó una vez. ¿Qué horrores y misterios, qué contradicciones y transgresiones de la naturaleza, habían vuelto a infestar, al cabo de siglo y medio, la vieja Providence?

El padre y el viejo médico, sin saber exactamente qué hacer o pensar, fueron a ver a Charles al sanatorio, y le interrogaron con todo el tacto de que fueron capaces sobre el doctor Allen, sobre su visita de Praga, sobre lo que había aprendido de Simon o Jedediah Orne y sobre Salem. El joven se mostró cortésmente evasivo frente a todas estas preguntas, limitándose a susurrar con voz rasposa que había descubierto que el doctor Allen poseía un don especial para entrar en relación espiritual con ciertas almas del pasado y que, quienquiera que fuese el corresponsal en Praga del barbado personaje, sin duda poseía ese mismo don. Cuando se fueron, el señor Ward y el doctor Willett se dieron cuenta con disgusto de que habían sido ellos los interrogados, y que sin haberles dicho nada importante, el confinado joven les había sacado el contenido entero de la carta de Praga.

Los doctores Peck, Waite y Lyman no estaban dispuestos a conceder mucha importancia a la extraña correspondencia del compañero del joven Ward, porque sabían la propensión a

asociarse de los que comparten excentricidades y manías, y creían que lo único que había pasado era que Charles o Allen habían dado con un colega expatriado, quizá alguien que había visto la escritura de Orne y la copiaba en un intento de fingirse la reencarnación del desaparecido personaje. El propio Allen era un caso similar; quizá había llegado a convencer al joven de que era un avatar del desaparecido Curwen. Se habían dado ya casos así. Y con este argumento los tercios doctores desecharon la creciente inquietud de Willett respecto a la actual escritura de Charles Ward, que él había estudiado en impremeditadas muestras obtenidas con diversas argucias. Willett creía haber identificado al fin el parecido: le recordaba la del viejo Joseph Curwen. Sin embargo, esto los otros médicos lo consideraron una mera fase imitativa, previsible en una manía de este tipo; así que no le atribuyeron ningún valor favorable ni desfavorable. Ante la prosaica actitud de sus colegas, Willett aconsejó al señor Ward que se guardase la carta dirigida al doctor Allen que llegó de Rakus, Transilvania, el 2 de abril, escrita con una letra enormemente parecida a la cifrada de Hutchinson, y cuyo sello el padre y el médico estuvieron dudando en romper. Decía lo siguiente:

Al Sr. J. Curwen
Providence

Castillo de Ferenczy
a 7 de marzo de 1928

Querido C.:

Un tropel de veinte hombres armados ha venido a indagar sobre lo que dicen los campesinos. Habrá que bajar más ondo a fin que oigan menos. Estos rumanos me causan extremo enojo, por lo entrometidos y reñelosos que son, quando podría comprar un magiar por una escudilla y un vaso. El mes passado M. me procuró el sarcófago de las cinco esfinges de la accrópolis, donde el que yo avía llamado dijo que estaría, y

he tenido tres conversaciones con *el que estaba en él*. Ira inmediatamente a S. O., de Praga; de allí a vra. merced. Es obstinado, pero vra. merced ya conoce el medio de ablandar a estos. Da prueba vra. merced de gran prudencia en eso de tener menos número que antes; porque no es menester conservar guardianes en forma y comiendo insoportablemente, ya que podrían ser descubiertos en cualquier trance, como vra. merced bien sabe. Ahora puede vra. merced mudarse y trabajar en otro lugar sin ningún estorbo para matarlos si hubiera necesidad, aunque espero que ninguno dellos obligue a vra. merced a tan enojoso expediente. Me alegra que no trafique tanto con los del *exterior*, ya que en eso se corre siempre un peligro mortal, y vra. merced sabe lo que pasó cuando vra. merced pidió protección a uno que no tenía inclinación de darla. Vra. merced me aventaja en eso de tener fórmulas que puedan servir con éxito a otro, pero Borellus ya imaginó que sería así si uno daba con las justas palabras. ¿Las usa el muchacho a menudo? Siento mucho que se haya vuelto medroso, como ya recordé cuando lo tuve aquí hace quince meses; pero me semeja que vra. merced sabe cómo manejar el caso. No le puede reducir con la fórmula, pues esta solamente tiene efecto en los levantados de las sales con las otras fórmulas; pero vra. merced tiene aún las manos fuertes, y cuchillo, y no es mucho trabajo hacer un hoyo, o quemarlo con ácido. O. dice que vra. merced le prometió facilitarle a B. F. Después me gustaría tenerlo yo. Pronto le llegará B., y puede ser que le facilite lo que desea de eso oscuro que se halló debajo de Memphis. Sea precavido con lo que llama, y use discreción con el muchacho. En un año habrá alcanzado madurez para levantar legiones de los mundos inferiores, y entonces no habrá detención para las que deberían ser nuestras. Tenga confianza en lo que digo, pues como sabe. O. y yo llevamos ciento y cincuenta años más que vra. merced estudiando estas materias.

Willett y el señor Ward se abstuvieron de enseñar esta carta a los alienistas, pero no de actuar por su cuenta. Ninguna hábil sofistería podía refutar el hecho de que el extraño y barbado doctor Allen, al que la frenética carta de Charles acusaba de ser una amenaza monstruosa, estaba en estrecha y siniestra correspondencia con dos seres inexplicables de quienes Ward afirmaba que eran supervivencias o avatares de los viejos colegas de Curwen en Salem; de que él mismo se consideraba reencarnación de Joseph Curwen, y de que albergaba —o al menos se le aconsejaba que albergase— propósitos homicidas respecto a un «muchacho» que no podía ser otro que Charles Ward. Había un horror organizado; y fuera quien fuese el que lo había puesto en marcha, el ausente Allen estaba detrás de todo. Así que, agradeciendo al Cielo que Charles estuviera ahora a salvo en el sanatorio, el señor Ward contrató detectives para que hiciesen averiguaciones sobre el enigmático y barbado doctor, descubriesen de dónde procedía, qué se sabía de él en Pawtuxet y, a ser posible, averiguasen dónde estaba ahora. Facilitó a estos hombres una de las llaves del bungalow que Charles le había dejado, y les pidió que inspeccionasen la habitación vacía de Allen, identificada cuando recogieron las pertenencias del paciente, y procurasen extraer cuantos datos pudiesen de lo que allí quedara. Habló con los detectives en la vieja biblioteca de su hijo; y estos, cuando salieron al fin, se sintieron no poco aliviados; porque en la estancia parecía flotar una vaga atmósfera de maldad. Quizá era lo que habían oído contar del viejo e infame brujo, cuyo retrato había estado en otro tiempo presidiendo desde la tabla del sobremanto de la falsa chimenea. O quizá era algo distinto y no tenía que ver, pero el caso es que medio percibieron un miasma intangible que se concentraba en ese vestigio de una vieja morada,

y que a veces casi alcanzaba la intensidad de una emanación material.

CAPÍTULO V UNA PESADILLA Y UN CATACLISMO

1

Y ahora, precipitadamente, ocurrió esa experiencia horrible que ha dejado una imborrable huella de terror en el alma de Marinus Bicknell Willett^[203], y ha añadido dos lustros a la edad visible de este hombre que ya había dejado muy atrás su juventud. El doctor Willett y el señor Ward habían deliberado largamente y habían llegado a coincidir en varios asuntos de los que, estaban convencidos, los alienistas se burlarían. Convinieron en que había activo en el mundo un movimiento terrible cuya relación directa con una nigromancia más antigua que la brujería de Salem estaba fuera de duda, y en que estaba asimismo casi indiscutiblemente probado, frente a todas las leyes naturales conocidas, que había al menos dos hombres — había otro en el que no se atrevían a pensar— que poseían un absoluto dominio sobre mentes o personalidades que habían vivido en 1690 o incluso antes. Lo que estos seres horribles —y también Charles Ward— hacían o intentaban hacer, parecía que estaba bastante claro a juzgar por las cartas y por cada nuevo o antiguo rayo de luz que caía sobre el caso: saqueaban tumbas de todas las épocas, en especial de los hombres más sabios y grandes del mundo, con la esperanza de recuperar mediante sus cenizas alguna porción de la conciencia y el saber que en otro tiempo les animó e informó.

Un tráfico horrendo tenía lugar entre estos profanadores de pesadilla, por el que se intercambiaban huesos ilustres con el frío

cálculo de unos escolares cambiándose libros. Y de lo que extraían de este polvo secular esperaban alcanzar un poder y una sabiduría que superaban a todos cuantos el cosmos había visto concentrados en un hombre o un grupo. Habían descubierto procedimientos impíos para conservar vivos sus cerebros en los mismos cuerpos o en cuerpos de otros, y era evidente que habían dado con una forma de drenar la conciencia de los muertos que reunían. Al parecer, algo de razón tenía el viejo y quimérico Borellus cuando consignó el modo de preparar, incluso con los restos más antiguos, ciertas «sales esenciales» de las que se podía levantar el espectro de ese ser muerto hacía tiempo. Había una fórmula para llamar a dicho espectro, y otra para conjurarlo; y las habían perfeccionado de tal manera que ahora podían enseñarlas con éxito. Pero tenían que cerciorarse bien sobre a quién llamaban, porque las inscripciones de las viejas sepulturas no siempre eran fidedignas.

Willett y el señor Ward se estremecían cada vez que pasaban de una conclusión a otra: así pues, era posible traer presencias y voces, tanto de la tumba como de regiones desconocidas; y había que tener precaución en esto. Sin duda Joseph Curwen había llamado a muchos seres equivocados; en cuanto a Charles, ¿qué pensar de él? ¿Qué fuerzas «de más allá de los orbes», de la época de Joseph Curwen, le habían alcanzado, y habían dirigido su mente hacia cosas olvidadas? Le habían guiado para que encontrase determinadas instrucciones y las utilizase: había hablado con el horrendo hombre de Praga, y había vivido una larga temporada con el ser de las montañas de Transilvania. Y debió de encontrar finalmente la tumba de Joseph Curwen. Aquella noticia del periódico y las cosas que su madre había oído por las noches eran demasiado significativas para no tomarlas en consideración. Después, había llamado a alguien, y ese alguien había acudido. La voz poderosa que se oyó en lo alto el Viernes Santo, y el tono *diferente* del laboratorio del ático, grave y cavernoso, ¿a quién parecían pertenecer? ¿No eran acaso una portentosa prefiguración del temido extranjero doctor Allen con su espectral voz de bajo? Sí,

eso era lo que el señor Ward había percibido con vago horror en su única conversación con este hombre —si es que era un hombre— por teléfono.

¿Qué diabólica conciencia o voz, qué morbosa sombra o presencia, había acudido en respuesta a los ritos secretos tras esa puerta cerrada? Esas voces discutiendo que se habían oído —«tendrá necesidad de sangre durante tres meses»—. ¡Dios Santo! ¿No fue justo antes de que estallase la oleada de vampirismo? El saqueo de la antigua tumba de Ezra Weeden, y los gritos, más tarde, en Pawtuxet... ¿la mente de quién había planeado la venganza y había redescubierto las apartadas madrigueras de antiguas blasfemias? Además, estaban el bungalow y el barbado extranjero y las habladuras, y el miedo. Ni el padre ni el doctor acababan de explicarse la locura final de Charles; pero tenían la convicción de que la mente de Joseph Curwen había vuelto a este mundo y proseguía sus antiguas morbosidades. ¿Era verdaderamente posible la posesión diabólica? Allen tenía algo que ver con eso, y los detectives debían averiguar más sobre este individuo cuya existencia amenazaba la vida del joven. Entretanto, puesto que era indiscutible que debajo del bungalow existía una cripta inmensa, había que dar con ella. Willett y el señor Ward, sabedores de la postura escéptica de los alienistas, decidieron en su última deliberación emprender juntos una inspección exhaustiva; y acordaron reunirse en el bungalow a la mañana siguiente, provistos de maleta, herramientas y demás accesorios para estudiar la arquitectura y examinar el subsuelo.

La mañana del 6 de abril amaneció despejada, y a las diez en punto estaban los dos exploradores en el bungalow. El señor Ward tenía la llave; entraron y efectuaron una inspección superficial. Por el desorden que había en la habitación del doctor Allen, era evidente que los detectives habían estado allí; así que esperaban que hubiesen encontrado alguna pista valiosa. Naturalmente, la parte más importante de la misión estaba en la bodega; bajaron, pues, sin entretenerse demasiado, y repitieron el recorrido que uno y otro ya

habían realizado inútilmente en presencia del joven propietario. Durante un rato, todo pareció desconcertante: cada pulgada del suelo de tierra y de pared de piedra tenía un aspecto tan sólido y normal que resultaba imposible imaginar que hubiera allí ninguna abertura. Willett pensó que puesto que la bodega original se había excavado sin saber que hubiera debajo ninguna catacumba, el acceso a ella debía de ser una obra relativamente reciente del joven Ward y sus compinches, quienes habrían hecho sondeos en busca de antiguos sótanos de los que habrían obtenido información por medios inconfesables.

El doctor trató de ponerse en el lugar de Charles para ver por dónde habría empezado, pero este método no le aportó ninguna inspiración. Seguidamente decidió actuar por eliminación, y recorrió las paredes y el suelo del subterráneo estudiando cada pulgada por separado. No tardó en descartar gran parte de la superficie, y finalmente sólo quedó una pequeña plataforma delante de las tinas que ya habían intentado apartar en vano. Ahora, probando en todos los sentidos posibles, y redoblando los esfuerzos, descubrió por fin que la parte superior giraba y se deslizaba horizontalmente sobre un eje situado en un ángulo. Debajo había una superficie bien hecha de hormigón, con una tapa de hierro, a la que corrió inmediatamente con excitado celo el señor Ward. No le costó levantarla; y una vez retirada, Willett le vio hacer algo raro: se tambaleó e inclinó la cabeza como mareado. Y en seguida se dio cuenta de que se debía al aire pestilente que brotaba de la negrura del pozo.

Un momento después el doctor Willett había llevado a su compañero arriba, lo había depositado en el suelo, y se dedicaba a reanimarlo con agua fría. El señor Ward reaccionó débilmente; estaba claro que la pestilencia de la cripta le había afectado seriamente. Como no quería correr riesgos, Willett fue a Broad Street en busca de un taxi, y mandó al señor Ward a casa pese a sus desfallecidas protestas; después sacó una linterna eléctrica, se cubrió la nariz con una venda esterilizada, y bajó otra vez a escrutar las recién descubiertas profundidades. Ahora la fetidez había

disminuido ligeramente, y Willett fue capaz de dirigir el haz de luz hacia el interior del agujero estigio. Vio que un trecho de aproximadamente diez pies lo formaba una pared cilíndrica de hormigón, con una escala de hierro; después parecía continuar un tramo de viejos escalones de piedra que originalmente debieron de llegar arriba, un poco al sur del actual edificio.

2

Willett admite con franqueza que por un momento el recuerdo de las historias sobre el viejo Curwen le contuvieron de bajar solo a este abismo hediondo. No podía dejar de pensar en lo que Luke Fenner había contado sobre esa última noche monstruosa. Después se impuso el deber, y emprendió la bajada con la maleta para recoger los papeles importantes que allí hubiera. Despacio, dada su edad, bajó la escala y llegó a los peldaños resbaladizos de abajo. Comprobó con la linterna que se trataba de una albañilería antigua, cuyas paredes goteantes estaban cubiertas de inmundas excrecencias seculares. La escalera de piedra seguía bajando y bajando, no en espiral, sino en tres ángulos bruscos, y con una estrechez tal que dos hombres habrían descendido con dificultad. Había contado treinta escalones, cuando le llegó muy débilmente un sonido; y ya no tuvo ánimo para seguir contando.

Fue algo impío, uno de esos ultrajes insidiosos y profundos de la naturaleza que no deberían tener lugar. Describirlo sólo como un gemido asfixiado, como una queja de condenado, o como un alarido angustioso de carne herida y despojada de espíritu, sería omitir la quintaesencia de su espanto y de su calidad más sobrecogedora. ¿Fue esto lo que hizo prestar atención a Ward el día que se lo llevaron? Jamás había oído Willett nada tan espeluznante; y siguió sonando en algún lugar indeterminado, en tanto el doctor llegaba al

pie de la escalera y paseaba el haz de luz por las altas paredes del corredor, rematado por una bóveda ciclópea, al que desembocaban innumerables accesos oscuros. El espacio en el que se hallaba tenía quizá una altura de unos catorce pies en el centro de la bóveda, y unos diez a doce pies de anchura. Su pavimento era de grandes losas talladas, y sus paredes y techo, de albañilería revocada. No podía calcular su longitud, ya que se perdía en la negrura. De los accesos, abovedados también, algunos tenían una puerta con seis entrepaños, del tipo colonial; otros carecían de ella.

Sobreponiéndose al pavor que le inspiraban el olor y los alaridos, Willett empezó a explorar estos accesos uno tras otro, descubriendo en cada uno de ellos habitaciones con techo de crucería, de tamaño mediano, y destinadas a extraños usos al parecer; la mayoría tenían un hogar cuyo cañón de chimenea constituía un interesante estudio de ingeniería. Nunca había visto antes, ni vio después, artefactos o remedos de artefactos como los que aquí emergían por todas partes de una capa de polvo y telarañas de siglo y medio de antigüedad, muchos habían sido claramente destrozados, quizá por los antiguos asaltantes. Porque muchas de estas cámaras no parecían haber sido holladas recientemente y debían de corresponder a las más antiguas y obsoletas etapas de experimentación de Joseph Curwen. Finalmente llegó a una pieza moderna, o que al menos había sido ocupada hacía poco. Había estufas de petróleo, estanterías, mesas, sillas y armarios, y un escritorio atestado de papeles antiguos y nuevos. Había candeleros y quinqués en diversos sitios; y al encontrar una caja de fósforos, Willett encendió los que estaban servibles.

Con el aumento de luz, descubrió que este aposento era nada menos que el último cuarto de trabajo o biblioteca de Charles Ward. Muchos de estos libros los había visto el doctor anteriormente, y buena parte de los muebles procedían sin lugar a dudas de la mansión de Prospect Street. Aquí y allá descubría Willert alguno sobradamente conocido; y la sensación de familiaridad se le hizo tan grande que medio olvidó la fetidez y los gemidos, pese a que se

habían vuelto aquí más claros que en la escalera. Lo primero que había que hacer, según había planeado de antemano, era buscar y recoger todos los papeles que pareciesen importantes; especialmente esos siniestros documentos que Charles había encontrado hacía tiempo detrás del retrato, en Olney Court. Mientras registraba, se daba cuenta de la enorme tarea que iba a suponer ordenar todo esto; porque había carpetas y más carpetas repletas de papeles escritos con letras curiosas e ilustrados con dibujos extraños, de manera que harían falta meses y aun años para descifrarlo y ordenarlo todo. Una de las veces encontró grandes paquetes de cartas con matasellos de Praga y de Rakus, con la letra perfectamente reconocible de Orne y de Hutchinson; y los apartó para guardarlos en la maleta.

Por último, en un bargueño de caoba que en otro tiempo había adornado el hogar de los Ward, encontró Willett el mazo de documentos del viejo Curwen; los reconoció porque, de mala gana, Charles se los había dejado ver un momento hacía años. Evidentemente, el joven los había conservado tal como los encontró, ya que estaban todos los títulos que los obreros recordaban, salvo los dirigidos a Orne y a Hutchinson, juntamente con la clave para descifrarlos. Willett los guardó en la maleta y siguió abriendo carpetas. Dado que lo más importante era el estado del joven, examinó con especial atención los asuntos claramente recientes; y en medio de esta multitud de escritos actuales, se dio cuenta de algo que le intrigó: los que estaban con la letra normal de Charles eran pocos y llegaban hasta hacía sólo dos meses. En cambio, había literalmente resmas de hojas repletas de símbolos y fórmulas, apuntes de historia y comentarios filosóficos en una caligrafía enrevesada totalmente idéntica a la antigua escritura de Joseph Curwen, aunque de fecha incuestionablemente moderna. Estaba claro que una parte del programa de los últimos días había sido aprender a imitar la escritura del viejo hechicero, lo que parecía que Charles había conseguido a un grado de perfección asombroso. De una tercera letra, que podría haber sido la de Allen, no había ni

rastró. Si fue efectivamente el jefe, sin duda obligó al joven Ward a hacer de escribano.

En este nuevo material se repetía tanto una fórmula mística, o más bien un par de fórmulas, que a Willett se le quedaron en la memoria bastante antes de concluir la inspección.

Consistían en dos columnas paralelas, la de la izquierda coronada con el símbolo arcaico llamado «Cabeza del Dragón», que se utiliza en los almanaques para iniciar el nodo ascendente, y la de la derecha con el correspondiente signo de «Cola del Dragón», o nodo descendente. El aspecto general era este, y casi inconscientemente el doctor se dio cuenta de que la segunda mitad no era sino la primera escrita al revés, a excepción de los monosílabos finales y el extraño nombre de *Yog-Sothoth*, que había llegado a reconocer con diversas clases de letra por otros escritos que había visto relacionados con este horrible asunto. Las fórmulas eran así —exactamente así, como Willett puede atestiguar [la primera, por cierto, removi6 en su cerebro un recuerdo singular e inquietante, que más tarde reconoci6 al repasar mentalmente los acontecimientos del horrible Viernes Santo del año anterior]—:



Y'AI 'NG'NGAH,
YOG-SOTHOTH
H'EE-L'GEB
F'AI THRODOG
UAAAH



OGTHROD AI'F
GEB'L-EE'H
YOG-SOTHOTH
'NGAH'NG AI'Y
ZHRO

Tan obsesivas eran estas fórmulas, y tan frecuentemente tropezaba Willett con ellas, que sin darse cuenta empezó a repetir las para sus adentros. Finalmente, no obstante, juzgó que había recogido cuantos papeles podía asimilar de momento; así que decidió dejar el resto para cuando trajera al equipo entero de alienistas a fin de efectuar un registro más amplio y sistemático. Aún le faltaba dar con el laboratorio; dejó, pues, la maleta en el aposento iluminado, y volvió al tenebroso y maloliente corredor cuya bóveda difundía el eco incesante de ese gemir apagado y espantoso.

Las siguientes cámaras que inspeccionó estaban todas abandonadas o llenas sólo de cajas deshechas y ataúdes de plomo de aspecto siniestro; pero le impresionó profundamente la magnitud de las antiguas actividades de Joseph Curwen. Pensó en los esclavos y marineros desaparecidos, en las sepulturas profanadas en todo el mundo, y en lo que aquel grupo de asaltantes debió de descubrir, hasta que concluyó que era mejor no pensar. Una gran escalera de piedra subía a su derecha, y dedujo que debía de conducir a una de las dependencias de Curwen —quizá al famoso edificio de piedra de ventanas altas y estrechas—, dado que la que había utilizado para bajar provenía de la casa de techumbre empinada. De repente, las paredes parecieron abrirse ante él, y aumentaron los gemidos y el hedor. Willett descubrió que había llegado a un espacio inmenso, tan grande que su linterna no lograba abarcarlo; y al avanzar encontró gruesos pilares aquí y allá que sostenían los arcos del techo.

Poco después llegó a un círculo de pilares, distribuidos como los monolitos de Stonehenge, con un gran altar cincelado sobre una plataforma de tres escalones en el centro. Y eran tan curiosos los relieves de ese altar que se acercó a examinarlos con la linterna. Pero al verlos retrocedió con un estremecimiento, y no se detuvo a investigar las manchas oscuras que ensuciaban la parte superior y se derramaban por los bordes en delgados regueros ocasionales. En vez de eso, fue hasta la pared de enfrente y siguió su recorrido en un círculo gigantesco perforado de negros accesos y mellado por

un sinfín de celdas someras, cerradas con rejas de hierro, de cuya cóncava pared del fondo colgaban cadenas para manos y pies. Estas celdas estaban vacías, aunque aún persistían el olor espantoso y los lúgubres gemidos, más insistentes ahora; y se alternaban a veces con una especie de golpear sordo y resbalante.

3

Willett no podía abstraerse de ese olor espantoso y ese gemir interminable. Cada vez se hacían más evidentes y horribles en la gran sala de los pilares; daba la sensación de que subían de muy abajo, aun en este mundo inferior de misterio subterráneo. Antes de ponerse a buscar en las distintas entradas una escalera que bajase, el doctor paseó el haz de la linterna por el pavimento del suelo. Las losas estaban sueltas, y a intervalos irregulares había alguna curiosamente taladrada de pequeños orificios sin una pauta concreta. En un lugar, tirada de cualquier manera en el suelo, había una escala larguísima. Parecía especialmente impregnada del olor espantoso que lo invadía todo. Y mientras recorría despacio el lugar, se le ocurrió de repente que se notaban más fuertes los gemidos y el olor encima de las losas perforadas, como si éstas fuesen toscas trampas que daban acceso a una región más profunda de horror. Se arrodilló junto a una de estas losas, tiró de ella con las manos, y comprobó que, con dificultad, podía levantarla. Mientras lo intentaba, los gemidos de abajo se hicieron más fuertes; siguió tirando de la pesada piedra, presa de una enorme agitación. Un hedor abominable emergió ahora de abajo. Y el doctor, con la sensación de que iba a marearse, echó la losa hacia atrás y enfocó la linterna hacia el rectángulo de negrura que había quedado abierto.

Si esperaba descubrir una escalera hacia un abismo de absoluta abominación, Willett no pudo sino quedar decepcionado: porque en medio del hedor y de los gemidos desgarrados discernió tan sólo la parte superior de ladrillo de un pozo de quizá yarda y media de diámetro, sin escala ni medio ninguno de descenso. Al dirigir la luz hacia abajo, los gemidos cambiaron de repente en una serie de chillidos horribles, a la vez que volvía el golpear vano, ciego, resbalante. El explorador se estremeció; no quiso imaginar siquiera qué ser ponzoñoso habitaba en este abismo. Pero un momento después cobró valor suficiente para asomarse por el borde toscamente tallado, tumbado en el suelo, y bajando la linterna todo lo que le daba el brazo para tratar de ver qué había. Durante un segundo sólo consiguió distinguir la pared de ladrillo, cubierta de un limo mucilaginoso, que descendía interminablemente en ese miasma casi tangible de lóbrega fetidez y angustia desesperada; y a continuación vio un bulto oscuro que saltaba torpe y frenético en el fondo del reducido haz, veinte o veinticinco pies más abajo del piso enlosado en el que él se hallaba tendido. Le tembló la linterna, pero volvió a mirar para ver qué clase de ser era el emparedado en las tinieblas de este pozo monstruoso, abandonado al hambre por el joven Ward durante todo un largo mes desde que los doctores se lo habían llevado, y claramente uno de los innumerables encerrados en los pozos cuyas trampas perforadas cubrían profusamente el suelo de la abovedada caverna. Fueran quienes fuesen, no podían acostarse en el suelo de esos exiguos espacios; pero sin duda llevaban gimiendo encogidos, y esperando y saltando desmayadamente, todas esas espantosas semanas, desde que su amo los había abandonado.

Pero Marinus Bicknell Willett lamentó haberse asomado esa otra vez; porque, pese a ser un cirujano curtido en la sala de disección, no ha vuelto a ser el mismo. Es difícil explicar cómo la visión de un ser tangible, de dimensiones mensurables, llega a trastornar y cambiar a un hombre; sólo podemos decir que hay en ciertos contornos y entidades un poder de simbolismo y de sugerencia que

actúa de manera demoledora en la perspectiva de un pensador sensible, e insinúa la existencia de oscuros parentescos cósmicos y realidades inenarrables detrás de las ilusiones protectoras de la visión común. Esa segunda vez, Willett vio dicho contorno o entidad; porque en los instantes que siguieron estuvo con la conciencia tan perdida como cualquier enfermo del sanatorio privado del doctor Waite. Se le escapó la linterna de la mano, vaciada de toda fuerza y coordinación nerviosa, pero no prestó atención a un ruido de dientes trituradores que reveló el destino de esta en el fondo del pozo. Gritó y gritó y gritó con una voz que el pánico le impostaba a tal extremo que ningún amigo suyo la habría reconocido, y aunque no fue capaz de incorporarse, se apartó arrastrándose y rodando desesperadamente por el húmedo enlosado donde docenas de pozos tartáreos exhalaban gemidos y alaridos en respuesta a sus gritos dementes. Se desolló las manos en las losas toscas y sueltas, y chocó de cabeza repetidamente con los pilares, pero siguió retrocediendo. Luego, finalmente, empezó a recobrarse poco a poco, en medio de la total negrura y el hedor, y se tapó los oídos para defenderse del bordoneo de gemidos en que se fueron convirtiendo los chillidos poco a poco. Estaba empapado de sudor, magullado, acobardado, sin medios de procurarse una luz en este abismo de negrura y horror, y anonadado por una imagen que ya nunca podría borrar de su cerebro. Bajo sus pies aún se debatían docenas de esos seres; y uno de los pozos tenía la tapa retirada. Willett sabía que el ser que había visto no podía trepar por la pared resbaladiza; pero se estremeció ante la idea de que pudiera encontrar alguna clase de asidero.

No sabía qué especie de criatura era. Parecía una de las reproducidas en los relieves del diabólico altar, pero viva. Jamás había dado la naturaleza una forma así, ya que estaba demasiado evidentemente *inacabada*. Sus deficiencias no podían ser más asombrosas, ni sus anómalas proporciones más indescriptibles. Willett sólo se atreve a decir que este tipo de ser debía de representar a las entidades que Ward invocaba mediante *sales*

imperfectas, y que conservaba para fines serviles o ritualistas. De no haber tenido una significación determinada, no se habría reproducido su imagen en esa piedra abominable. No era el más horrendo de los retratados en esa piedra... Pero Willett no abrió ningún pozo más. En ese momento, lo primero que le vino al pensamiento fue una frase de las notas del viejo Curwen que había leído hacía tiempo; una frase utilizada por Simon o Jedediah Orne en esa portentosa carta confiscada al desaparecido hechicero:

«Sin duda no fue sino el más vivo espanto lo que H. levantó de lo que solamente avía conseguido una parte».

Entonces, solapándose horriblemente a esta imagen, más que desplazándola, le vino un recuerdo de esas historias persistentes sobre el ser que encontraron quemado y retorcido en el campo una semana después del asalto a la granja de Curwen. Charles Ward había contado una vez al doctor lo que el viejo Slocum dijo de él: no era del todo humano, pero no podía emparentarse con ningún animal que la gente de Pawtuxet hubiese visto o del que tuviera noticia.

Estas palabras resonaban en el cerebro del doctor mientras andaba a gatas de un lado para otro por el nitroso suelo de piedra. A fin de desecharlas, empezó a murmurar un padrenuestro; al cabo de un rato se le fue apagando la voz en una especie de mezcla mnemotécnica como la modernista *Tierra baldía* de T. S. Eliot^[204], volviendo a la repetida doble fórmula que acababa de encontrar en la biblioteca subterránea de Ward: *Y'ai 'ng'ngah*, *Yog-Sothoth*, y así sucesivamente hasta el subrayado final *Zhro*. Esto pareció sosegarle; al cabo de unos momentos se levantó tambaleante; lamentó haber perdido la linterna y buscó con ojos extraviados algún atisbo de claridad en la negrura agobiante del frío ambiente. No quería pensar; pero forzaba la vista en todas direcciones tratando de discernir un reflejo de la luz que había dejado en la biblioteca. Un rato después le pareció adivinar una levísima claridad infinitamente lejana, y se arrastró hacia ella con agónica cautela, a cuatro patas, en medio del hedor y los aullidos, tanteando siempre ante sí para no

chocar con los numerosos pilares que tenía delante, o caer en el pozo abominable que había dejado destapado.

Una de las veces sus dedos tropezaron con algo, se dio cuenta de que debían de ser los peldaños del altar diabólico, y retrocedió con repugnancia. En otro momento topó con la losa perforada que había retirado; aquí la cautela se le hizo casi dolorosa. Pero no había llegado a la terrible abertura para quedarse paralizado: fuera lo que fuese lo que había en el fondo, no se movía ni hacía ruido. Era evidente que no le había sentado bien devorar la linterna. Willett se estremecía cada vez que sus dedos daban con una losa perforada. Su paso por encima provocaba a veces un aumento de los gemidos, aunque en general no tenía efecto alguno porque se movía con gran sigilo. Varias veces, mientras avanzaba, el resplandor disminuyó perceptiblemente; comprendió que se estaban apagando una tras otra las velas y las lámparas que había dejado. La idea de hallarse sin fósforos, perdido en la absoluta oscuridad de este mundo inferior de laberintos pesadillescos, le impulsó a levantarse y echar a correr, cosa que podía hacer ahora que había dejado atrás el pozo abierto; porque sabía que si se quedaba sin luz, su única esperanza de rescate dependería de la ayuda que el señor Ward pudiera enviarle en un plazo limitado. Al poco rato, no obstante, dejó el amplio espacio, se adentró en el estrecho corredor, y vio que la claridad procedía de una puerta de la derecha. Poco más tarde había llegado a ella; entró de nuevo en la biblioteca secreta del joven Ward, temblando de alivio, y observó los chisporroteos de la última lámpara que le había guiado a su salvación.

A los pocos minutos había rellenado las lámparas con una lata de petróleo que antes había visto; y cuando la pieza volvió a estar iluminada miró a su alrededor por si había alguna linterna, dispuesto a proseguir la exploración. Porque, aunque sobrecogido, aún continuaba firmemente empeñado en no dejar piedra por remover para averiguar la horrenda verdad que se escondía detrás de la extraña locura de Charles Ward. No encontró ninguna linterna; así que cogió la lámpara más pequeña, se llenó los bolsillos de velas y fósforos, y cargó con la lata de cuatro litros de petróleo para utilizarla en el laboratorio oculto, si es que lo descubría al otro lado de la terrible sala del altar y los pozos. Volver a atravesar ese espacio requeriría toda su entereza; pero comprendía que debía hacerlo. Por fortuna, ni el terrible altar ni el vecino pozo abierto estaban cerca del muro alveolado de celdas que circundaba la caverna, y cuyas negras y misteriosas entradas iban a ser objeto de su siguiente investigación.

Volvió, pues, a esa sala de los pilares y del hedor y de los gemidos angustiados, y bajó la llama de la lámpara para evitar que el resplandor alumbrase el altar diabólico y el pozo de la losa desplazada junto a él. La mayoría de los accesos que desembocaban en ella conducían a pequeñas cámaras, unas vacías y otras evidentemente utilizadas como almacenes. En varias de estas cámaras vio objetos diversos amontonados de manera singular. Una estaba ocupada con fardos de ropa podrida cubiertos de polvo, y Willett se estremeció al comprobar que eran de hacía siglo y medio. En otra pieza encontró numerosas prendas modernas, como si de tiempo en tiempo hubieran estado proveyendo de ropa a un crecido número de hombres. Pero lo que más repugnancia le produjo fueron unas enormes tinas de cobre que surgían a la vista de vez en cuando; estas, y las siniestras incrustaciones que las cubrían, le agradaron menos que los cuencos de plomo extrañamente labrados, con sedimentos repugnantes, en torno a los cuales reinaba un hedor perceptible por encima incluso de la pestilencia general de la cripta. Cuando ya llevaba

inspeccionada aproximadamente media circunferencia de la pared, descubrió otro corredor como aquel por el cual había entrado, al que se abrían multitud de puertas.

Se puso a inspeccionarlo; y, tras entrar en tres piezas de regulares dimensiones que no contenían nada especial, llegó finalmente a un aposento rectangular cuyos recipientes, mesas, mecheros, instrumentos modernos, algún que otro libro, e interminables estanterías repletas de botes y frascos denunciaban efectivamente el largamente buscado laboratorio de Charles Ward... y sin duda del viejo Joseph Curwen antes que él.

Tras encender tres lámparas que había llenado y preparado, el doctor Willett examinó el lugar y todos sus accesorios con la mayor atención; se dio cuenta, por la relativa cantidad de reactivos de las estanterías, de que el principal interés del joven Ward debió de centrarse en alguna rama de la química orgánica. En general, era poco lo que podía deducirse de toda la instalación —que incluía una espantosa mesa de disección—, de manera que encontró la sala más bien decepcionante. Entre los libros había un ejemplar viejo y destrozado de la obra de Borellus en letra gótica, y Willett descubrió con asombro que Ward había subrayado el mismo párrafo que tanto había turbado al buen señor Merritt en la granja de Curwen hacía más de siglo y medio. Aquel otro ejemplar, naturalmente, debió de perecer con el resto de la biblioteca de Curwen en el asalto final. A este laboratorio se abrían tres accesos en arco, así que el doctor se dispuso a echarles una ojeada. Vio que dos conducían meramente a dos pequeños almacenes; al penetrar en ellos, observó pilas de ataúdes en diverso estado de deterioro; y temblando ostensiblemente, logró descifrar las placas de dos o tres. Había amontonada también gran cantidad de ropa, además de varias cajas nuevas, fuertemente clavadas, que no se entretuvo en abrir. Lo más interesante de todo, quizá, eran algunos chismes que le parecieron del laboratorio del viejo Joseph Curwen. Sin duda los habían estropeado los asaltantes; pero aún eran reconocibles como instrumental químico del periodo georgiano.

El tercer acceso conducía a una cámara bastante amplia, enteramente cubierta de estanterías, con una mesa en el centro en la que había dos lámparas. Willett las encendió, y a su brillante resplandor inspeccionó las interminables estanterías que le rodeaban. Algunas baldas de arriba estaban vacías, pero la mayoría de los espacios se encontraban repletos de pequeños frascos de plomo, de dos clases por lo general: altos y sin asa como el lecito griego^[205], o vaso de aceite; y con un asa y proporcionados como el falero^[206]. Todos tenían tapa de metal y estaban cubiertos con símbolos singulares en bajorrelieve. Un momento después se dio cuenta el doctor de que estaban rigurosamente clasificados; los de tipo lecito a un lado de la habitación con un gran cartel de madera encima donde se leía: «Custodes», y los de tipo falero al otro, con el correspondiente rótulo: «Materia». Cada uno de estos vasos o frascos, salvo algunos de los estantes superiores que según vio estaban vacíos, tenían una etiqueta con una signatura que sin duda remitía a un catálogo. Willett decidió buscarlo más adelante. De momento, sin embargo, le interesaba más la naturaleza de la colección; abrió al azar varios leцитos y faleros para ver de qué se trataba. El resultado fue el mismo. Los dos tipos de frascos contenían una pequeña cantidad de una única clase de sustancia: un polvillo fino muy ligero, de color neutro con infinidad de matices. Respecto a los colores, que constituían la única variación, no había criterio de disposición aparente, ni de distinción entre el contenido de un lecito y el de un falero, de manera que un polvo gris azulado podía estar junto a otro blanco rosado, y un falero podía contener una muestra idéntica a la de un lecito. El rasgo más señalado de estos polvos era su falta de adherencia. Willett se echó un poco en la mano, y al devolverlo a su frasco comprobó que no le quedaba residuo ninguno en la palma.

Le tenían perplejo las leyendas de los dos carteles, y se preguntó por qué todas estas sustancias químicas estaban tan radicalmente apartadas de los frascos de cristal alineados en los estantes del propio laboratorio. *Custodes* y *Materia* eran términos

latinos que significaban «guardianes» y «material» respectivamente. Y entonces le vino a la memoria dónde había leído la palabra «guardianes» en relación con este horrible misterio: había sido en la reciente carta al doctor Allen, que supuestamente procedía del viejo Edward Hutchinson; decía la frase: «No es menester conservar guardianes en forma y comiendo insaciablemente, ya que podrían ser descubiertos en cualquier trance, como *vra. merced* sabe bien». ¿Qué significaba esto? Pero, un momento: ¿no había otra referencia a los «guardianes» en este asunto que no había conseguido recordar al leer la carta de Hutchinson? Mucho antes, Ward, en su época comunicativa, le había comentado que el diario de Eleazar Smith hablaba de la vigilancia que Smith y Weeden mantenían sobre la granja de Curwen; y en esa crónica espantosa había una referencia a conversaciones que oyeron antes de que el viejo hechicero se recluyera enteramente bajo tierra. Smith y Weeden insistían en que circulaban rumores terribles sobre Curwen, sobre ciertos cautivos suyos, y sobre los *guardianes de esos cautivos*. Esos guardianes, según Hutchinson, o su avatar, «comerían insaciablemente»; o sea que el doctor Allen no los tenía ahora *en forma*. Y si no los tenía *en forma*, ¿a qué otra cosa se dedicaba esta banda de hechiceros, sino a convertir en «sales» todos los cuerpos o esqueletos humanos que podía?

Entonces, ¿era ese el contenido de los leцитos, el fruto monstruoso de hazañas y ritos profanos: restos de seres probablemente doblegados y reducidos a la sumisión a fin de que ayudasen, cuando fueran llamados con algún diabólico encantamiento, a defender a algún blasfemo señor, o para ser interrogados si no se mostraban dispuestos? Willett se estremeció al pensar en lo que se había echado en la palma de la mano, y por un instante sintió el impulso a huir despavorido de esta caverna de espantosas estanterías repletas de mudos y quizá vigilantes centinelas. Después pensó en la «Materia», en la miríada de frascos falero de la otra pared. Eran sales también; pero si no eran de «guardianes», entonces ¿de quiénes eran? ¡Dios! ¿Serían restos

mortales de genios del pensamiento de todas las épocas, sustraídos por estos profanadores de las criptas donde el mundo los creía seguros, y sometidos al servicio de unos locos determinados a extraerles su saber para fines más locos aún, y cuyo efecto último afectaría, como el pobre Charles señalaba en su nota frenética, «a toda la civilización, a las leyes de la naturaleza, quizá incluso al destino del sistema solar y del universo»? ¡Y Marinus Bicknell Willett se había echado ese polvo en la palma de la mano!

En ese momento reparó en una puertecita del otro extremo de la habitación, y se serenó lo bastante para acercarse a examinar el tosco cartel tallado encima. Sólo era un símbolo, pero le llenó de una vaga aprensión espiritual. Porque una vez, un amigo suyo que tenía sueños morbosos, se lo había dibujado en un papel y le había explicado las cosas que significaba en los oscuros abismos del mundo onírico. Era el signo de Koth, que los soñadores ven sobre el arco de la entrada de cierta torre negra que se alza solitaria en el crepúsculo... A Willett no le agradaba lo que su amigo Randolph Carter le había contado sobre su poder^[207]. Un momento después, no obstante, se olvidó del signo al reconocer un nuevo olor acre en el aire cargado de hedor: era un olor de naturaleza química, y procedía claramente de la habitación del otro lado de la puerta pequeña. Era, inequívocamente, el mismo que impregnaba las ropas de Charles Ward el día en que los doctores se lo llevaron. Entonces, ¿se encontraba aquí el joven cuando le interrumpió esa última llamada? Había sido más prudente que Joseph Cuwen al no oponer resistencia. Willett, decidido a penetrar cuantos prodigios y pesadillas contuviera este reino inferior, cogió la pequeña lámpara y cruzó el umbral. Una oleada de indecible pavor salió a su encuentro; pero no cedió ante ninguna fantasía, ni se detuvo ante ninguna aprensión. No había ningún ser viviente aquí que pudiera hacerle daño, y no iba a dudar en traspasar la nube horrible que envolvía a su paciente.

La habitación del otro lado era de dimensiones regulares: sólo tenía una mesa, una silla y dos extrañas máquinas con cepos y

ruedas que Willett reconoció, tras observarlas brevemente, como instrumentos medievales de tortura. A un lado de la puerta había una percha con látigos feroces. Encima de ellos se alineaban estantes con copas de plomo vacías con la forma de *kylices*^[208] griegas. Al otro lado estaba la mesa con una potente lámpara Argand^[209], un bloc, un lápiz y dos lecitos de los estantes de fuera como dejados provisionalmente. Willett encendió la lámpara y hojeó el bloc con atención para ver qué anotaciones había estado escribiendo, quizá, el joven Ward cuando le interrumpieron; pero no encontró nada inteligible, salvo unas palabras sueltas en esa caligrafía enrevesada de Curwen que no arrojaban ninguna luz al caso:

«B. no ha m. Ha traspasado el muro y ha hallado aposento abajo».

«He visto al viejo V. recitar el Sabaoth y he aprendido el medio».

«Llamé a Yog-Sothoth tres veces y al día siguiente habló».

«F. quiere borrar todo conocimiento de cómo traer a los de fuera».

El intenso resplandor de la lámpara Argand iluminaba la estancia entera, así que el doctor pudo ver que la pared frente a la puerta, entre los dos grupos de aparatos de tortura de los rincones, estaba cubierta de ganchos de los que colgaban lo que parecían batas informes, de un blanco amarillento apagado. Mucho más interés despertaron en Willett las paredes de los lados, ambas cubiertas con fórmulas y símbolos místicos toscamente tallados en la piedra lisa. El suelo húmedo tenía también cinceladuras; y distinguió sin dificultad un enorme pentáculo en el centro, con un círculo de unos tres pies de diámetro a medio camino entre este y cada rincón. Dentro de uno de estos cuatro círculos, cerca de donde habían arrojado descuidadamente una bata amarillenta, se alzaba un estrecho kylix como los que había en las estanterías sobre la percha

de los látigos; y justo fuera de la periferia había un falero de las estanterías de la otra habitación, etiquetado con el número 118. Estaba destapado; y al cogerlo descubrió que estaba vacío. En cambio vio con un estremecimiento que el kylix no lo estaba. En el reducido interior del círculo, y salvado gracias a que no había corrientes de aire en esta apartada oquedad, había cierta cantidad de un polvo verdoso, eflorescente, que sin duda pertenecía al frasco. Willett casi sintió vértigo al ocurrírsele lo que esto podía implicar, al correlacionar poco a poco los diversos elementos y antecedentes de la escena. Los látigos e instrumentos de tortura, los polvos o sales del frasco de «Materia», los dos lecitos del estante de los «Custodes», las batas, las fórmulas de las paredes, las notas del bloc, las alusiones de las cartas y de las habladurías, y los mil indicios, dudas y suposiciones que habían atormentado a los amigos y a los padres de Charles Ward, todas estas cosas hundieron al doctor en un marasmo de horror cuando vio el polvo verdoso del kylix de plomo vertido en el suelo.

Con un esfuerzo, no obstante, Willett logró serenarse y se puso a estudiar las fórmulas de las paredes. A juzgar por las letras manchadas y sucias, era evidente que fueron talladas en tiempos de Joseph Curwen. Sus textos resultaban vagamente familiares a alguien que había leído bastantes escritos de Curwen y había buceado en la historia de la magia. Uno de ellos lo reconoció el doctor claramente como el que la señora Ward había oído recitar a su hijo el año anterior, aquel nefasto Viernes Santo, y que cierta autoridad le había dicho que se trataba de una terrible invocación dirigida a los secretos dioses exteriores a las esferas normales. No estaba escrita aquí exactamente como la señora Ward la había consignado de memoria, ni tampoco como dicha autoridad se la había mostrado en las páginas prohibidas de Éliphas Lévi; pero era inequívocamente la misma, y palabras como *Sabaoth*, *Metraton*, *Almonsin* y *Zariatnatmik* hicieron estremecer al doctor, que acababa de ver y sentir de cerca tanta abominación cósmica.

Esto en cuanto a la pared de la izquierda según se entraba en la habitación. La de la derecha no estaba menos cubierta de inscripciones, y Willett sufrió un sobresalto cuando reconoció, al acercarse, dos fórmulas que aparecían a menudo en las recientes notas de la biblioteca. Eran las mismas, en términos generales, con los símbolos antiguos de «Cabeza del Dragón» y «Cola del Dragón» coronándolas como en los escritos de Ward. Pero su transcripción difería bastante de la de las versiones modernas, como si el viejo Curwen hubiese utilizado un medio distinto de transcribir el sonido, o como si un estudio posterior hubiera dado variantes más poderosas y perfeccionadas de las invocaciones en cuestión. El doctor trató de conciliar la versión cincelada con la que aún retenía en la memoria; pero no resultaba fácil. Mientras que el texto que él recordaba empezaba «*Y'ai 'ng'ngah, Yogg-Sothoth*», este epitafio empezaba: «*Aye, engengah, Yogge-Sothotha*»; lo que para su entendimiento tropezaba seriamente con el silabeo del segundo vocablo.

Impreso como tenía en el cerebro el último texto, la diferencia le desorientaba; y se descubrió a sí mismo recitando en voz alta la primera fórmula, en un esfuerzo por ajustar el sonido que él imaginaba a las letras que había esculpidas. Su voz sonaba espectral y amenazadora en este abismo de antigua blasfemia; la monótona cadencia de su entonación armonizaba con el pasado y lo desconocido, con el ejemplo infernal de ese gemir apagado e impío de los pozos cuya frialdad inhumana crecía y decrecía rítmicamente a lo lejos en medio del hedor y de las tinieblas.

«¡Y'AI 'NG'NGAH
YOG-SOTHOTH
H'EE-L'GEB
F'AI THRODOG
UAAAH!»

Pero ¿qué era este aire frío que había irrumpido en el instante mismo en que había empezado a recitar? Las lámparas

chisporrotearon agónicamente, y la oscuridad se hizo tan densa que casi se volvieron indiscernibles las letras de la pared. Había surgido humo, también, y un olor acre que casi anulaba el hedor de los lejanos pozos; un olor como el que había notado antes, aunque infinitamente más intenso y pungente. Volvió la espalda a las inscripciones, miró hacia la habitación y su singular contenido, y vio que el *kylix* del suelo, de ominoso polvo eflorescente, desprendía un vapor espeso y negruzco de sorprendente volumen y opacidad. ¡Este polvo... Santo Dios, provenía del estante de «Materia»! ¿Qué pasaba ahora; qué lo había generado? ¿Acaso la fórmula que había estado recitando, la primera de las dos, la de «Cabeza del Dragón» o nodo ascendente? ¡Dios Todopoderoso!... ¿era posible?...

El doctor se tambaleó; por su cabeza cruzaron vertiginosos fragmentos inconexos de todo lo que había visto, oído y leído del espantoso caso de Joseph Curwen y de Charles Dexter Ward. «Y otra vez me atrevo a recordarle que no debe llamar a nadie a quien después no pueda reducir... Tenga prestas en todo momento las palabras de conjuro, y deténgase, si no tiene seguridad, cuando tenga duda sobre a quién... Tres conversaciones con lo que allí había inhumado...» *¡Dios misericordioso!, ¿qué es esa figura que surge del humo que ahora se disipa?*

5

Quitando unos cuantos amigos comprensivos, Marinus Bicknell Willett no espera que nadie crea parte alguna de esta historia; de ahí que no haya intentado contarla fuera del círculo de sus allegados; salvo ellos, muy pocos se la han oído, y de estos la mayoría sonrían y dicen que el doctor empieza a chochar. Le han aconsejado que se tome unas largas vacaciones, y que deje los casos relacionados con trastornos psíquicos. Pero el señor Ward

sabe que lo que cuenta este médico veterano no es sino una horrible verdad. ¿Acaso no había visto él la abertura de la bodega del bungalow? ¿No le mandó Willett a casa, derrotado y enfermo, a las once de esa mañana portentosa? ¿No telefoneó al doctor en vano esa noche, y luego a la mañana siguiente, y no había ido él en coche al bungalow ese día a las doce, y había encontrado a su amigo inconsciente, aunque indemne, en una de las camas de arriba? Su respiración era estertorosa, y abrió lentamente los ojos cuando le dio un poco de coñac que corrió a traer del coche. Entonces se estremeció, y profirió un grito, exclamando: «Esa barba... esos ojos... ¡Dios mío!, ¿quién es usted?»; extraña pregunta para dirigirla a un caballero elegante, de ojos azules y cara afeitada al que conocía desde la adolescencia.

A la luz radiante del mediodía, el bungalow tenía el mismo aspecto que la mañana anterior. La ropa de Willett no mostraba ningún desorden, además de unos cuantos tiznones y algún restregón en las rodillas; y un ligero olor acre que al señor Ward le recordó el que había notado en su hijo el día que se lo llevaron al sanatorio. Faltaba la linterna del doctor; en cambio estaba allí su propia maleta, tan vacía como la había dejado. Antes de iniciar ninguna explicación, y evidentemente con un inmenso esfuerzo, Willett bajó a la bodega e intentó desplazar la fatídica plataforma de delante de las tinas. No consiguió moverla. Cruzó a donde había dejado antes la bolsa de herramientas el día anterior, sacó un cincel e hizo palanca en las porfiadas tablas una tras otra. Debajo se veía el cemento liso, pero no había ni rastro de abertura ni agujero. Nada se abrió esta vez que provocase náuseas al desconcertado padre que había bajado detrás del doctor. Debajo de las tablas sólo había cemento liso: nada de accesos hediondos, mundos de horrores subterráneos, bibliotecas secretas, papeles de Curwen, agujeros con olores, gemidos pesadillescos, laboratorios con paredes cubiertas de fórmulas... Nada de nada. El doctor Willem palideció y se agarró a su compañero, más joven que él. «Ayer —preguntó en voz baja—, lo vio usted... notó el olor, ¿verdad?» Y cuando el señor

Ward, paralizado de miedo y asombro, halló fuerzas para asentir con la cabeza, el médico emitió un sonido mitad suspiro, mitad jadeo, y asintió también. «Entonces se lo contaré», dijo.

Y durante una hora, en la habitación más soleada que encontraron arriba, el médico relató en voz baja su historia espantosa al asombrado padre. No quedaba nada por contar tras la aparición de la forma cuando se dispararon los vapores verdinegros del *kylix*, y Willett estaba demasiado exhausto para preguntarse qué había ocurrido en realidad. Los dos hombres intercambiaron vanos, aturdidos movimientos de cabeza. En determinado momento, el señor Ward se atrevió a murmurar: «¿Cree que serviría de algo excavar?» El doctor se quedó callado; la cuestión parecía irrelevante cuando poderes de esferas desconocidas habían puesto el pie vitalmente en este lado del gran abismo. El señor Ward hizo otra pregunta: «¿Adónde habrá ido? Lo ha traído usted aquí; y como sea, ha sellado la boca de ese agujero». Pero Willett dejó que el silencio contestara por él.

Pero en realidad no fue este el final del asunto. Al ir a sacar el pañuelo, antes de incorporarse, los dedos del doctor se cerraron sobre un papel que antes no tenía en el bolsillo, junto con las velas y los fósforos que había cogido en la desaparecida cripta. Era una hoja corriente arrancada del bloc que había visto en la fabulosa habitación del subsuelo; y las palabras que contenía estaban escritas con un lápiz normal de grafito, seguramente el que había junto al bloc. Estaba cuidadosamente doblado, y además del olor acre de la cámara misteriosa no mostraba ninguna huella ni señal. Pero el texto que contenía era un enigma; porque no era una caligrafía moderna, sino trazos penosos de una oscuridad medieval, apenas inteligibles para los dos profanos que ahora se esforzaban en desentrañarlos, si bien tenía combinaciones de símbolos que les eran vagamente familiares.

Éste era el mensaje brevemente garabateado. Su misterio infundió resolución a los dos hombres, que inmediatamente se dirigieron al coche de Ward y dieron orden de que les llevase

primero a un restaurante tranquilo, y después a la biblioteca John Hay, en la parte alta de la ciudad.

Ἐπισημασθε τὸν ἄνθρωπον τούτον.
Καθάρου αὐτοῦ σώματος ἀπολύωσθαι
ἐν αἰθέρι καὶ κτείνωσθαι.
Ταχεύετε ποτείν.

En la biblioteca les fue fácil encontrar buenos manuales de paleografía; con ellos se estuvieron quebrando la cabeza, hasta que encendieron las luces de la gran araña al anochecer. Al final encontraron lo que necesitaban. Efectivamente, los caracteres no eran ninguna invención fantástica, sino la escritura normal de un periodo muy oscuro. Era la típica cursiva sajona del siglo VIII o IX, y les trajo evocaciones de un tiempo rudo en el que bajo un barniz cristiano reciente se practicaban creencias soterradas y ritos antiguos, y la luna pálida de Britania contemplaba a veces extrañas celebraciones en las ruinas romanas de Cærleon^[210] y Hexham y junto a las torres de la ruinosa muralla de Adriano. Las palabras estaban en el latín que una edad bárbara podía recordar: «*Corvinus necandus est. Cadaver aq(ua) forti dissolvendum, nec aliq(ui)d retinendum. Tace ut potes*». Que traducido decía más o menos: «Curwen debe morir. El cuerpo debe ser disuelto en agua fuerte^[211], y no debe conservarse nada. Guarda silencio lo mejor que puedas».

Willett y el señor Ward estaban mudos y perplejos. Se habían enfrentado a lo desconocido, y ahora se descubrían sin la emoción que vagamente creían que debía suscitarles. Willett, sobre todo, se había quedado prácticamente sin capacidad de reaccionar ante nuevas impresiones aterradoras; y los dos hombres siguieron sentados hasta que el cierre de la biblioteca les obligó a marcharse. Entonces se dirigieron indiferentes a la mansión de Ward en Prospect Street, y no hablaron de hacer nada en toda la noche. El

doctor se retiró hacia la madrugada, pero no se fue a su casa. Aún estaba allí el domingo a mediodía, cuando llegó un mensaje telefónico de los detectives contratados para buscar al doctor Allen.

Contestó a la llamada el señor Ward, que paseaba nervioso en bata, y cuando los hombres le dijeron que tenían el informe casi terminado, les pidió que subieran al día siguiente a primera hora de la mañana. Tanto Willett como él se alegraron de que esta fase del asunto adquiriese forma; porque fuera cual fuese el origen del extraño y minúsculo mensaje, parecía seguro que el «Curwen» que debía ser aniquilado no podía ser otro que el barbado extranjero. Charles temía a este hombre, y había dicho en su nota frenética que había que matarlo y disolverlo en ácido. Allen, por otra parte, había estado recibiendo correspondencia de extraños hechiceros de Europa con el nombre de Cunøven, y estaba claro que se consideraba un avatar del desaparecido nigromante. Y ahora llegaba un mensaje de una fuente nueva y desconocida que decía que había que matar a «Curwen» y disolverlo en ácido. La correlación era demasiado evidente para que fuera artificial; y, además, ¿no planeaba Allen asesinar al joven Ward por consejo del ser llamado Hutchinson? Naturalmente, la carta intervenida no había llegado a manos del barbado extranjero; pero por su contenido era fácil deducir que Allen había hecho ya planes para deshacerse del joven si se volvía demasiado «medroso». No cabía la menor duda de que había que detener a Allen; y, aunque no llevaran a efecto ninguna medida radical, debían encerrarlo donde no pudiera causar ningún daño a Charles Ward.

Esa tarde, esperando contra toda esperanza sacarle alguna clase de información sobre tales misterios al único capaz de proporcionarla, el padre y el doctor bajaron a la bahía y fueron al sanatorio a visitar al joven Charles. El doctor le contó sobria y gravemente lo que había descubierto, y observó cómo le aumentaba la palidez a medida que cada descripción le confirmaba la veracidad de sus palabras. El médico empleó todo el dramatismo de que fue capaz, y estuvo atento al más leve gesto de Charles cuando llegó al

asunto de los pozos y a las híbridas criaturas encerradas en ellos. Ward, sin embargo, no se inmutó. Willett hizo una pausa; y su tono se volvió indignado al hablar de cómo esos seres se estaban muriendo de hambre. Tachó al joven de insensible e inhumano, y se estremeció al obtener una risotada sardónica como respuesta. Porque Charles, dado que ya no podía seguir pretendiendo que la cripta no existía, pareció tomar el asunto como una broma macabra y reírse roncamente de algo que le divertía. A continuación susurró, en un tono que su voz cascada hizo doblemente terrible: «¡Esos malditos comen, a pesar de que no lo necesitan! ¡Es lo raro del caso! ¿Un mes sin comer, dice? ¡Calcula usted muy bajo, señor! ¡Menuda sorpresa se habría llevado el viejo Whipple en su virtuoso asalto! ¿Acabar con todos, quería? ¡Ah!, había tanto tumulto arriba que ni vio los pozos ni oyó lo que brotaba de ellos. ¡Jamás sospechó que existiesen siquiera! ¡Váyase al Diablo! *¡Esos seres llevan aullando ahí abajo desde que mataron a Curwen hace ciento cincuenta y siete años!*»

Willett no pudo sacarle una palabra más. Horrorizado, aunque casi convencido a su pesar, siguió contándole su aventura con la esperanza de que algún detalle sacase a su oyente de su estulticia de psicópata. Mirando el rostro del joven, el doctor no podía por menos de sentir una especie de terror ante los cambios que en los últimos meses había experimentado. Verdaderamente, el muchacho había hecho bajar de los cielos horrores innombrables. Y al hacer referencia a la habitación de las fórmulas y al polvo verdoso, Charles dio una primera muestra de animación. Una expresión burlona iluminó su semblante al oír lo que Willett había leído en el bloc, y se permitió aclarar cortésmente que esas notas eran viejas y no significaban nada para quien no estuviese profundamente iniciado en la historia de la magia. «Pero —añadió— de haber sabido usted las palabras para llamar a lo que yo había dejado en la copa, ahora no estaría aquí contándolo. Era el número 118; imagino el susto que se habría llevado si lo hubiese cotejado en el fichero de

la habitación de al lado. Yo nunca lo he llamado, aunque iba a hacerlo el día que llegaron ustedes para traerme aquí».

Entonces Willett habló de la fórmula que había leído y del humo verdinegro que había empezado a salir. Y mientras hablaba, vio asomar por primera vez auténtico miedo al rostro de Charles Ward. «¡Lo ha traído, y está vivo usted!» Al gruñir Ward estas palabras, su voz casi pareció romper todas las trabas y hundirse en cavernosos abismos de pavorosas resonancias. Willett, movido por una súbita inspiración, se dio cuenta de la situación, e intercaló en su réplica la advertencia que había leído en una carta: «¿El número 118? No hay que olvidar que *el noventa por ciento de las lápidas de los cementerios están cambiadas. ¡Uno nunca está seguro hasta que pregunta!*» Y sin más sacó de repente el pequeño mensaje y se lo puso delante de los ojos. No podía haber esperado una reacción más intensa: porque Charles Ward se desmayó.

Esta entrevista, como es natural, la hacían en el mayor secreto, para que los alienistas del centro no acusasen al padre y al médico de estimular los delirios del enfermo. Sin pedir ayuda, el doctor Willett y el señor Ward levantaron al joven y lo depositaron en la cama. Al volver en sí, el paciente farfulló repetidamente unas palabras que debía hacer llegar sin pérdida de tiempo a Orne y a Hutchinson; así que, cuando recobró del todo la conciencia, el doctor le dijo que de esos extraños individuos, al menos uno era mortal enemigo suyo, ya que había aconsejado al doctor Allen que le matase. Esta revelación no tuvo ningún efecto visible. Pero ya antes los visitantes habían notado en Charles una expresión de hombre acosado. Desde este momento no quiso seguir hablando; así que poco después Willett y el padre se marcharon, no sin advertir antes al joven que se guardase del barbado Allen; a lo que el joven replicó tan sólo que estaba sobradamente a salvo de dicho personaje, y que no podría hacer daño a nadie aunque quisiera. Esto lo dijo con un cloqueo de risa casi perversa que causó en ellos una impresión de lo más penosa. No les preocupaba que Charles pretendiera comunicarse por carta con aquellos dos monstruos de

Europa, ya que sabían que la dirección del sanatorio controlaba todo el correo que salía de la institución y no dejaba pasar ninguna carta desquiciada o extravagante.

Tuvo un curioso epílogo, sin embargo, el asunto de Orne y Hutchinson, si es que efectivamente eran ellos los hechiceros exiliados. Movido por un vago presentimiento, en medio de los horrores de ese periodo, Willett solicitó a una agencia de noticias internacionales información sobre crímenes y accidentes notables acaecidos en Praga y en la Transilvania oriental; y seis meses después tenía dos importantes artículos entre la multitud de noticias que había recibido y traducido. Uno era el hundimiento de una casa, una noche, en el barrio antiguo de Praga; accidente en el que desapareció su único ocupante, un anciano malvado llamado Josef Nadeh, que la habitaba desde tiempo inmemorial. El otro informaba de una explosión gigantesca en las montañas de Transilvania, al este de Rakus, en la que desapareció el Castillo de Ferenczy con todos sus moradores, cuyo señor tenía tan mala fama entre los campesinos y los soldados que en breve habría tenido que comparecer en Bucarest para ser interrogado, si ese accidente no hubiera puesto fin a una carrera tan larga ya que rebasaba la memoria de la gente. Willett sostiene que la mano que había escrito el mensaje medieval era capaz de esgrimir armas más poderosas; y que, si bien le dejó la misión de acabar con Curwen, se consideraba capaz de descubrir y ocuparse de Orne y de Hutchinson. El doctor prefiere no pensar cuál ha podido ser el destino de ambos.

6

A la mañana siguiente el doctor Willett se apresuró a acudir a casa del señor Ward para estar presente cuando llegasen los detectives. Pensaba que había que matar o encerrar a Allen —o a Curwen, si

había que dar crédito a la pretendida reencarnación— costara lo que costase; y se lo dijo al señor Ward mientras esperaban a los hombres. Esta vez se habían sentado abajo. Empezaban a evitar la parte superior de la casa debido a la pestilencia que reinaba allí, que los viejos criados atribuían a una maldición dejada por el desaparecido retrato de Curwen.

Los tres detectives se presentaron a las nueve, e informaron inmediatamente de sus pesquisas. Lamentablemente, no habían logrado dar con el mulato portugués Tony Gomes como pretendían, ni habían averiguado nada sobre el origen y actual paradero del doctor Allen; pero habían conseguido reunir bastantes datos y testimonios locales acerca de este extranjero taciturno. La impresión que Allen había causado en la gente de Pawtuxet era que se trataba de un ser antinatural. Además, la mayoría opinaba que su espesa barba era teñida o postiza; opinión que confirmó el hallazgo de dicha barba, junto con unas gafas negras, en su habitación del bungalow. Su voz —el señor Ward podía corroborarlo por una conversación telefónica que había tenido con él— poseía un tono profundo y cavernoso que no era fácil olvidar; en cuanto a su mirada, parecía maligna aun a través de los cristales ahumados de sus gafas. Un comerciante había tenido ocasión de ver su escritura en una lista de compras, y decía que era muy rara y enrevesada, lo que confirmaban las anotaciones de no muy claro significado halladas en su habitación, e identificadas por el citado comerciante. Respecto a los casos de vampirismo del verano anterior, la mayoría de campesinos creían que el verdadero culpable había sido Allen, no Ward. Asimismo, los detectives habían obtenido información de las autoridades que habían visitado el bungalow tras el desagradable incidente del robo del camión. No les había parecido siniestro el doctor Allen, aunque reconocían que era la figura dominante en esa sombría casa de campo, que por cierto habían encontrado demasiado oscura; al extremo de que no habían podido verle con claridad, aunque lo reconocerían si volvieran a tenerlo delante. Les había chocado la barba, y les pareció que tenía una pequeña

cicatriz encima de la ceja derecha. El registro de su habitación no había dado ningún resultado, salvo el hallazgo de las gafas y la barba, y algunas notas escritas a lápiz con letra enrevesada que Willett comprobó inmediatamente que era idéntica a la de los manuscritos del viejo Curwen y a la del montón de anotaciones recientes del joven Ward encontradas en las espantosas catacumbas desaparecidas.

Un pavor cósmico, sutil, solapado, profundo, se estaba apoderando del doctor Willett y del señor Ward mientras escuchaban todos estos pormenores, y casi se estremecieron ante la desquiciada idea que les llegó al cerebro casi al unísono: la barba postiza y las gafas, la letra enrevesada de Curwen, el viejo retrato con su pequeña cicatriz, *y el cambio del joven en el sanatorio con esa cicatriz*, la voz cavernosa por teléfono... ¿no le vino todo esto a la memoria al señor Ward oyendo hablar a su hijo con esa voz lastimosa a la que ahora afirmaba hallarse reducido? ¿Quién había visto nunca a Charles y a Allen juntos? La policía una vez, sí; pero ¿y después? ¿No fue al desaparecer Allen cuando Charles perdió de repente su terror y se fue a vivir definitivamente al bungalow? Curwen... Allen... Ward... ¿en qué identidad abominable y blasfema se habían fundido dos épocas y dos personas? ¿No había estado ese detestable parecido del cuadro con Charles observando y observando al joven, y siguiéndolo por la habitación con la mirada? ¿Por qué, también, ese empeño de Allen y de Charles en imitar la escritura de Joseph Curwen, incluso cuando estaban solos y absortos en lo suyo? Después estaba la actividad pavorosa de esta gente: la desaparecida cripta de horrores que había envejecido al doctor en una noche, los monstruos hambrientos de los pozos, la fórmula terrible de terribles consecuencias, el mensaje en cursiva medieval hallado en el bolsillo de Willett, los papeles y cartas y alusiones a sepulturas y a «sales» y a descubrimientos... ¿Adónde conducía todo esto? Finalmente, el señor Ward decidió lo más lógico: sin atreverse a pensar por qué lo hacía, dio a los detectives una cartulina para que la mostrasen a los comerciantes de Pawtuxet

que habían tenido algún trato con el siniestro doctor Allen: era una fotografía de su desventurado hijo, al que ahora le había dibujado con tinta unos gruesos lentes y la barba negra y puntiaguda que los detectives le habían traído de la habitación de Allen.

Dos horas esperó, acompañado por el doctor, en la opresiva casa en la que se iban concentrando miedos y miasmas, mientras el vacío del panel de la biblioteca miraba y miraba y miraba con burla. Al fin regresaron los detectives. Sí, *la fotografía retocada se parecía bastante al doctor Allen*. El señor Ward palideció; Willett se enjugó con el pañuelo la frente repentinamente bañada en sudor. Allen-Ward-Cuwven: se estaba volviendo todo demasiado horrible para poder pensar con coherencia. ¿Qué había llamado el muchacho del vacío, y qué había hecho eso con él? ¿Qué había ocurrido en realidad de principio a fin? ¿Quién era ese Allen que pretendía matar a Charles porque era demasiado «medroso», y por qué su víctima predestinada había dicho en la posdata de aquella carta frenética que había que eliminarlo con ácido? ¿Por qué, también, el mensaje en cursiva medieval, cuya procedencia nadie se atrevía a pensar, decía que «Curwen» debía ser eliminado de igual manera? ¿Cuál era el *cambio*, y cuándo había tenido lugar el último paso? Ese día en que escribió la nota frenética... Había estado nervioso toda la mañana, y luego le había sobrevenido el cambio. Había salido sigilosamente sin que lo vieran y había vuelto pasando sin disimulo ante los hombres contratados para protegerlo. Tuvo que ocurrir en ese tiempo: mientras estuvo fuera. Aunque no: ¿no había gritado de terror al entrar en su estudio, en esta misma habitación? ¿A quién encontró aquí? O, un momento: ¿*quién le encontró aquí?* ¿Era ese remedo que entró osadamente sin que nadie le hubiera visto salir una sombra extraña, un horror que venía a suplantar a una persona temblorosa que no había salido? ¿No había hablado el mayordomo de voces extrañas?

Willett tocó la campanilla y apareció el mayordomo; lo interrogó en voz baja. Desde luego, había sido algo desagradable. Había habido un breve alboroto: un grito, jadeos y una especie de pataleo

golpeteo, o algo parecido; y el señorito Charles ya no fue el mismo cuando salió sin decir una palabra. El mayordomo temblaba al contarlo, y olfateaba el aire denso que bajaba de alguna ventana abierta de arriba. El terror se había apoderado definitivamente de la casa, y únicamente los pragmáticos detectives eran incapaces de percibir esa atmósfera en toda su dimensión; pero estaban inquietos, porque en el fondo del caso había elementos nada tranquilizadores. El doctor Willett pensaba con rapidez, y sus pensamientos eran terribles. De vez en cuando, casi prorrumpía en balbuceos, al desfilarse por su cabeza nuevas, sobrecogedoras cadenas de sucesos pesadillescos.

Finalmente el señor Ward hizo seña de que la conferencia había terminado, y todos salvo el doctor y él abandonaron la estancia. Era ahora mediodía, pero las sombras inundaban la mansión fantasmal como si estuviese a punto de anochecer. Willett empezó a hablar con gran seriedad a su anfitrión, y le instó a que le dejase encargarse del resto de la investigación. Vaticinó que habría que hacer frente a cosas que podría soportar mejor un amigo que un padre. Como médico de la familia debía tener las manos libres, y lo primero que necesitaba era estar un rato solo en la abandonada biblioteca de arriba, donde el antiguo sobremanto había generado un aura de horror más intensa que la del rostro de Joseph Curwen cuando miraba con burla desde la tabla pintada.

El señor Ward, abrumado por la cascada de grotescas morbosidades y enloquecedoras sugerencias que le llovían de todas partes, no pudo por menos de acceder. Media hora más tarde, el doctor se había encerrado en la habitación de la tabla de Olney Court. El padre, fuera, le oía andar de un lado para otro y revolver mientras pasaba el tiempo; finalmente sonó un tirón y un crujido, como si abriera la puerta encajada de un armario. A continuación hubo una exclamación ahogada, una especie de resoplido, y un golpazo de la puerta abierta poco antes. Casi en seguida repiqueteó la llave, apareció Willett pálido, desencajado, y pidió leña para la chimenea auténtica, situada en la pared sur de la estancia. La estufa

no era suficiente, dijo, y el fuego de imitación carecía de utilidad. Deseoso de interrogarle, pero sin atreverse, el señor Ward dio las órdenes oportunas; un criado trajo unos cuantos troncos de pino, y se estremeció al entrar en la atmósfera inficionada de la biblioteca para colocarlos en la parrilla. Entretanto, Willett subió al laboratorio desmantelado y bajó unas cuantas cosas que habían quedado después de la mudanza de julio. Las cargó en una cesta tapada, de manera que el señor Ward no vio qué eran.

Acto seguido el doctor se encerró de nuevo en la biblioteca, y por las nubes de humo que bajaban ante las ventanas desde lo alto de la chimenea, se supo que había encendido fuego. Poco después oyeron arrugar periódicos, desencajar y chirriar la puerta, y un golpe sordo que alarmó a cuantos escuchaban fuera. Sonaron ahogadas exclamaciones de Willett, seguidas de un susurro siseante y horrendo. Por último, el humo que bajaba se volvió oscuro y pungente, y todo el mundo deseó que cesara el viento y les ahorrara esta invasión asfixiante y venenosa. El señor Ward sintió que iba a marearse, y los criados se apiñaron para ver el horrible humo negro que descendía. Tras una interminable espera, los vapores perdieron densidad, y empezaron a oírse ruidos apenas identificables, como si Willett rascara, arrastrara algo, o hiciera cosas parecidas al otro lado de la puerta. Finalmente apareció, pálido, demudado, lúgubre, con la cesta cubierta con el paño que había bajado del laboratorio. Había dejado la ventana abierta, y en la habitación antes maldita entraba abundancia de aire puro y saludable que se mezclaba con un nuevo y raro olor a desinfectante. Aún estaba el antiguo sobremanto; pero ahora parecía despojado de toda malignidad, y resaltaba sereno e imponente sobre el blanco revestimiento de la pared como si nunca hubiera tenido el retrato de Joseph Curwen. Estaba anocheciendo; sin embargo, esta vez no había en sus sombras ningún horror latente, sino sólo una sosegada melancolía. El doctor no explicó qué había hecho. Dijo simplemente al señor Ward: «No le puedo contestar; aunque sí quiero decirle que hay distintas clases de

magia. He llevado a cabo una gran purgación, que hará que los de esta casa duerman mejor».

7

La «purgación» que llevó a cabo el doctor Willett supuso para él una ordalía casi tan devastadora como el terrible vagabundeo por la desaparecida cripta, como lo demuestra el hecho de que este médico maduro se sintiera absolutamente exhausto cuando llegó a su casa esa noche. Tres días estuvo sin salir de su habitación, aunque más tarde los criados contaron que el miércoles por la noche, pasadas las doce, le oyeron abrir sigilosamente la puerta, y cerrarla después con todo cuidado. Por fortuna, los criados tienen poca imaginación; porque quizá se les habría disparado ante una noticia que apareció el jueves en el *Evening Bulletin*, que decía:

VUELVEN LOS PROFANADORES DE NORTH END

Tras una calma de diez meses desde el vandálico saqueo de la sepultura de Weeden en el cementerio de North End, su vigilante nocturno Robert Hart ha sorprendido esta madrugada a un intruso. Al mirar casualmente desde la caseta, a eso de las dos, observó el resplandor de un farol o una linterna eléctrica, y al abrir la puerta vio claramente recortada contra la luz la silueta de un hombre con una azada. Corrió hacia allí, pero la figura se dirigió veloz a la entrada principal, llegó a la calle y se perdió en las sombras antes de que pudiera darle alcance.

Como en el caso del profanador del año pasado, el intruso no había tenido tiempo de causar ningún daño. En una parte vacía del terreno de los Ward había signos de una excavación superficial, que no se aproximaba ni con mucho a las

dimensiones de una sepultura. En cuanto a las demás tumbas, estaban todas intactas.

Hart, que sólo puede decir del desconocido que era un individuo bajo, y que probablemente tenía una barba espesa, se inclina a pensar que los tres casos tienen un origen común, aunque la policía de la Segunda Comisaría cree que no, dado el salvajismo del segundo caso, en el que se llevaron un viejo ataúd y destrozaron la lápida.

El primero de estos incidentes, un intento frustrado de enterrar algo según parece, ocurrió el mes de marzo pasado y se atribuyó a contrabandistas que trataban de procurarse un escondrijo. El sargento Riley dice que es posible que este tercer intento obedezca al mismo propósito. La policía de la Segunda Comisaría está poniendo todo su empeño en detener a los causantes de estos desmanes.

El doctor Willett descansó todo el jueves para recuperarse de lo pasado y cobrar fuerzas para lo que iba a venir. Por la noche escribió una nota al señor Ward. Este la recibió a la mañana siguiente, y le sumió en un largo y profundo ensimismamiento. El desventurado padre no había podido trabajar tras los frustrantes informes del lunes y la siniestra «purgación»; pero encontró en cierto modo tranquilizadora la carta del doctor, a pesar de la desesperación que auguraba, y de los nuevos misterios que parecía sugerir.

10 Barnes St.,
Providence, R. I.
12 de abril de 1928

Querido Theodore:

Creo que debo decirle algo antes de hacer lo que me propongo mañana (porque estoy convencido de que una pala no puede llegar a ese lugar monstruoso que Vd. y yo

sabemos), lo cual pondrá fin al terrible asunto que tenemos entre manos; aunque me temo que su espíritu no tendrá descanso a menos que le garantice que va a ser absolutamente definitivo.

Nos conocemos desde que éramos niños, así que confíe en mí si le digo que hay cosas que no conviene explorar ni investigar. Es mejor que no se atormente más especulando sobre lo ocurrido a Charles, y casi imperioso que no le diga a su madre más de lo que ya sospecha. Mañana, cuando yo vaya a verle, Charles se habrá escapado. Es la convicción que debe quedar en todos: estaba enfermo, y se ha escapado. Háblele a su madre poco a poco de su locura cuando deje de escribirle en su nombre. Y le aconsejaría que se reuniese con ella en Atlantic City y se tomase un descanso. Bien sabe Dios que lo necesita después de esta experiencia; yo también: pienso irme al sur a pasar una temporada, a fin de recobrar la paz y el ánimo.

No me pregunte cuando vaya a verle. Podría ser que saliera algo mal. Si eso ocurre se lo diré. Pero no lo creo. Y ya no habrá de qué preocuparse; porque Charles estará muy muy a salvo. Ahora mismo lo está más de lo que Vd. puede imaginar. No tenga miedo de Allen, ni le importe quién pueda ser. Pertenece ya al pasado, tanto como el retrato de Joseph Curwen; así que en el momento en que me oiga llamar a la puerta, tenga la absoluta seguridad de que esa persona habrá dejado de existir. En cuanto al mensaje en cursiva medieval, no tiene por qué inquietarle a Vd. ni a nadie de su casa.

Pero debe fortalecerse para hacer frente a la aflicción, y preparar igualmente a su esposa. Debo decirle con franqueza que la huida de Charles no significa que vayan a recuperarlo. Ha contraído una rara enfermedad, como ha podido darse cuenta por los cambios tanto físicos como psíquicos que ha observado en él, y no debe esperar volver a verle. Le queda un consuelo, sin embargo: jamás ha sido un desalmado, ni

tampoco un loco en términos exactos, sino sólo un muchacho apasionado, estudioso y lleno de curiosidad, y su perdición ha sido su amor al misterio y al pasado. Tropezó con cosas que ningún mortal debería conocer jamás, y retrocedió a épocas a las que nadie debería asomarse. Y de esas épocas salió algo para engullirlo.

Y ahora llego al asunto sobre el que más encarecidamente le pido que me crea. Porque no debemos abrigar ninguna duda sobre el destino de Charles. Dentro, digamos, de un año, podrá dar la explicación que se le ocurra sobre su fin —porque el muchacho ya no estará entre nosotros—, y poner una lápida en su terreno del Cementerio Norte, exactamente diez pies al oeste del padre de Vd., y orientada de la misma manera, con la seguridad de que señalará el lugar exacto donde descansa su hijo. No tenga ningún temor de que pueda reposar ahí ninguna anormalidad ni ninguna provocación. Las cenizas de esa sepultura serán las de su propia sangre, las del verdadero Charles Dexter Ward, cuya formación ha vigilado Vd. desde su infancia; el verdadero Charles con su lunar aceitunado de la cadera, y sin la mancha bruñida del pecho ni el hoyo de la frente. El Charles que jamás hizo daño a nadie, y que pagará con la vida su «medrosidad».

Nada más. Charles se habrá escapado, y dentro de un año puede mandar colocar la lápida. No me pregunte mañana. Y crea que el honor de su antigua familia sigue incólume hoy, como lo estuvo siempre en el pasado.

Con toda mi condolencia, y exhortándole a que tenga fuerzas, serenidad y resignación, queda servidor suyo, su amigo,

Marinus B. Willett

Así pues, la mañana del 13 de abril de 1928, Marinus Bicknell Willett llamó a la habitación de Charles Dexter Ward en el sanatorio privado

del doctor Waite en Conanicut Island. El joven, aunque no hizo nada por evitar al visitante, estaba de mal humor; y no mostró muchas ganas de iniciar la conversación que Willett evidentemente deseaba. El descubrimiento que el doctor había hecho de la cripta y su horrenda experiencia en ella era un nuevo motivo de embarazo; de manera que, tras intercambiar un saludo tenso, los dos se quedaron perceptiblemente indecisos. Luego se hizo presente un nuevo elemento de turbación; porque tras el semblante impasible del doctor, Ward leyó una determinación terrible que nunca había observado en él; el paciente se retrajo, consciente de que desde la última visita había habido un cambio: el solícito médico de la familia había dejado paso a un vengador inexorable.

Ward palideció. El doctor fue el primero en hablar:

—Han aparecido más cosas —dijo—; de modo que vengo a advertirle lealmente que hay que ajustar cuentas.

—¿Ha seguido cavando y ha descubierto nuevas mascotas hambrientas? —fue la irónica réplica. Estaba claro que el joven pretendía aparentar jactancia hasta el final.

—No —replicó Willett despacio—; esta vez no he estado cavando. Hemos mandado unos hombres a buscar al doctor Allen, y han encontrado en el bungalow la barba postiza y las gafas.

—¡Espléndido! —exclamó el desasosegado joven en un esfuerzo por mostrarse hiriente—; ¡espero que fueran más favorecedoras que las tuyas!

—A usted, desde luego —sonó la firme y estudiada respuesta—; *como ha quedado bien probado.*

A la vez que Willett decía esto, casi pareció que pasaba una nube por delante del sol; aunque no cambiaron las sombras del suelo. Entonces aventuró Ward:

—¿Y es eso lo que tan deseoso está de que le explique? ¿Y si a uno le parece conveniente desdoblarse de vez en cuando?

—No —dijo Willett con gravedad—; se equivoca otra vez. Si alguien quiere llevar una doble vida, no es asunto mío; *con tal que*

tenga derecho a existir, y no destruya a quien le hizo venir del espacio.

Ward se estremeció violentamente. «Bien, señor, ¿qué ha descubierto, y qué quiere de mí?».

El doctor demoró un poco la respuesta, como si escogiese las palabras para darle más efectividad.

—He descubierto algo —entonó finalmente— en la alacena de detrás del antiguo sobremanto en el que colgaba el retrato, y he enterrado las cenizas donde debería estar la sepultura de Charles Dexter Ward.

El loco ahogó una exclamación y saltó de la silla en la que estaba sentado:

—Maldito sea, ¿quién se lo ha dicho... pero quién va a creer que era él cuando hace dos meses que estoy yo? ¿Qué se propone?

Willetts, aunque bajo de estatura, adquirió una especie de imparcial solemnidad al contener al paciente con un gesto.

—No se lo he dicho a nadie. Éste no es un caso corriente. Es una locura que escapa al tiempo y un horror de más allá de las esferas que la policía, los abogados, los tribunales o los alienistas no podrían resolver ni comprender. Gracias a Dios, la suerte me ha dejado un destello de imaginación y eso ha evitado que me extraviase pensando en todo esto. *¡No puede engañarme, Joseph Curwen, porque sé que su magia es efectiva!*

»Sé cómo urdió la trampa que ha estado aguardando tendida años y años hasta que ha atrapado a su doble y descendiente; sé cómo lo atrajo al pasado e hizo que le sacara de su odiosa tumba; sé cómo él lo ocultó en su laboratorio mientras estudiaba el mundo moderno y erraba de noche como un vampiro, y cómo más tarde se dejó ver con barba y gafas oscuras para que nadie reparase en su impío parecido con él; sé qué decidió hacer con él cuando se negó a secundarle en su saqueo de tumbas, *y qué planeó después*; y sé también cómo lo ha hecho.

»Abandonó la barba y las gafas y engañó a los que custodiaban la casa. Creyeron que era él quien entraba, y creyeron que era él

cuando salió después de estrangularlo y esconderlo. Pero no ha tenido en cuenta el diferente contenido de las dos conciencias. Ha sido un loco, Curwen, al creer que la mera identidad física era suficiente. ¿Cómo no pensó en el lenguaje, en la voz, en la escritura? A1 final no ha funcionado. Usted sabe mejor que yo quién escribió esa nota en cursiva medieval; pero le advierto que no la ha escrito en vano. Hay abominaciones y blasfemias que deben ser eliminadas, y creo que el autor de esas líneas se ocupará de Orne y de Hutchinson. Uno de esos seres le escribió una vez: “No llame a quien no pueda reducir”. Una vez salió escaldado por eso mismo, y puede que su magia perversa vuelva a jugarle la misma pasada. Curwen, el hombre no puede permitirse manipular la naturaleza más allá de ciertos límites; cada horror que ha urdido se levantará para acabar con usted.

Pero aquí el doctor fue interrumpido por un grito convulso del ser que tenía delante. Desesperadamente acorralado, desarmado, y consciente de que cualquier manifestación de violencia física atraería una docena de enfermeros que vendrían a rescatar al doctor, Joseph Curwen recurrió a su viejo aliado, e inició una serie de movimientos cabalísticos con los dedos índices al tiempo que su voz profunda, hueca, ahora ya no disimulada con una aspereza fingida, bramó las palabras iniciales de una fórmula terrible:

«PER ADONAI ELOIM, ADONAI JEHOVA, ADONAI SABAOTH,
METRATON...»

Pero Willett fue más rápido; y mientras los perros del patio empezaban a aullar, y subía un viento frío y repentino de la bahía, el doctor empezó la solemne y medida salmodia de lo que tenía pensado recitar. ¡Y, ojo por ojo y magia por magia, que el resultado mostrase hasta dónde había aprendido la lección del abismo! Así que, con voz clara, Marinus Bicknell Willett atacó la segunda de esas dos fórmulas —la primera había traído al autor de la nota en

cursiva medieval—: la invocación críptica cuyo encabezamiento era la «Cola del Dragón», signo del *nodo descendente*:

«¡OGTHROD AI'F
GEB'L-EÉH
YOG-SOTHOTH
'NGAH'NG AI'Y
ZHRO!»

A la primera palabra que salió de la boca de Willett, el paciente detuvo en seco su iniciada fórmula. Incapaz de hablar, el monstruo se puso a agitar frenéticamente los brazos hasta que se le paralizaron también. Y en cuanto sonó el nombre espantoso de Yog-Sothoth, empezó a experimentar un cambio. No era meramente una *disolución*, sino más bien una *transformación* o *recapitulación*. Willett cerró los ojos para no desmayarse antes de terminar de recitar lo que quedaba de encantamiento.

No se desmayó. Y ese personaje de siglos impíos y secretos prohibidos no ha vuelto a turbar el mundo. La locura de más allá de los tiempos^[212] se había calmado, y el caso de Charles Dexter Ward había quedado cerrado. Al abrir los ojos, antes de salir tambaleante de esta habitación de horror, el doctor Willett comprobó que lo que había retenido en la memoria había tenido efecto. Como había previsto, no hubo necesidad de ácidos; porque, igual que le había ocurrido a su execrable retrato el año antes, Joseph Curwen yacía ahora esparcido por el suelo en forma de una delgada capa de polvo gris azulado.

EL COLOR DEL ESPACIO EXTERIOR^[213]

Al oeste de Arkham^[214], las colinas se alzan agrestes, y hay valles con espesos bosques que ningún hacha ha talado jamás. Hay sombrías y oscuras cañadas en las que los árboles se inclinan fantásticamente, y por donde discurren estrechos arroyuelos a los que nunca han llegado los destellos de la luz solar. En las laderas más suaves hay alquerías, antiguas y roqueñas, con *cottages* desproporcionadamente bajos, cubiertos de musgo, que rumian permanentemente los viejos secretos de Nueva Inglaterra al abrigo de enormes salientes; pero todas ellas están ahora vacías, las amplias chimeneas se han desmoronado y las paredes cubiertas de ripias se pandean peligrosamente bajo los techos a la holandesa.

Los antiguos moradores se han ido, y a los forasteros no les gusta vivir allí. Los francocanadienses lo han intentado, los italianos también, y los polacos se marcharon nada más llegar. Y no es por algo que se pueda ver, oír o tocar, sino por lo que se imaginan. El lugar no sugiere nada bueno, y no proporciona sueños apacibles por la noche. Debe ser eso lo que mantiene alejados a los forasteros, pues el viejo Ammi Pierce no les ha contado nunca lo que recuerda de aquellos extraños tiempos. Ammi, que ha estado un poco chiflado desde hace varios años, es el único que permanece allí, o que habla de aquellos extraños tiempos; y se atreve a hacerlo porque su casa está muy próxima al campo abierto y a los caminos concurridos que rodean Arkham.

Hace tiempo había un camino en las colinas que, atravesando los valles, conducía directamente hasta donde ahora está el páramo maldito; pero la gente dejó de utilizarlo y se trazó un nuevo camino

que daba un amplio rodeo hacia el sur. Todavía pueden encontrarse vestigios del antiguo camino entre la maleza de la selva en que se ha convertido, y algunos persistirán sin duda aun cuando la mitad de la hondonada quede inundada por el nuevo embalse^[215]. Entonces se talarán los sombríos bosques y el páramo maldito dormitará muy por debajo de las aguas azules cuya superficie reflejará el cielo y se rizará al sol. Y los secretos de aquellos extraños tiempos se fundirán con los secretos de las profundidades; se fundirán con la tradición oculta del viejo océano, y con todo el misterio de la tierra primordial.

Cuando examiné a fondo las colinas y valles para levantar los planos del nuevo embalse, me dijeron que aquel lugar era aciago. Eso me dijeron en Arkham, y como se trata de una ciudad muy antigua llena de leyendas de brujas, pensé que lo de aciago debía ser algo que las abuelas habían susurrado a los niños a través de los siglos. El nombre de «páramo maldito» me pareció muy extraño y teatral, y me pregunté cómo habría llegado a formar parte del folklore de una gente tan puritana. Luego, al ver con mis propios ojos aquel sombrío laberinto de cañadas y laderas, ya no me asombraba nada aparte de su propio misterio ancestral. Aunque las vi por la mañana, la sombra acechaba por todas partes. Los árboles crecían demasiado juntos, y sus troncos eran demasiado grandes para como suelen ser los bosques de Nueva Inglaterra. En los oscuros pasillos que se abrían entre ellos había demasiado silencio, y el suelo estaba demasiado blando debido al frío y húmedo musgo y a los esterales acumulados tras infinidad de años de descomposición.

En los espacios abiertos, principalmente a todo lo largo del antiguo camino, había pequeñas alquerías en las laderas; unas veces, con todas sus edificaciones en pie, otras con sólo una o dos, y en ocasiones con sólo una chimenea o un sótano completamente relleno de cascotes. Las malas hierbas y las zarzas reinaban por doquier, y furtivas criaturas salvajes susurraban en la maleza. En todo el paraje había un tufo de inquietud y opresión; un amago de irrealidad e incongruencia, como si algún elemento vital de la

perspectiva o el claroscuro estuviese mal puesto. No me extrañó que los forasteros no quisieran vivir en ella, pues aquella no era una región para quedarse a dormir. Se parecía demasiado a un paisaje de Salvator Rosa^[216]; a un grabado de un cuento de terror.

Pero nada de todo esto era tan nocivo como el páramo maldito. Lo comprendí en cuanto tropecé con él en el fondo de un espacioso valle; ningún otro nombre podía ser más apropiado para semejante lugar, ni ningún otro lugar se adecuaba mejor a semejante nombre. Era como si el poeta hubiese acuñado la frase después de haber visto aquella zona^[217]. Debe ser, pensé al verla, el resultado de un incendio; pero ¿por qué no había crecido nunca nada sobre aquellos cinco acres [algo más de dos hectáreas] de triste desolación, que se extendían bajo el cielo por los bosques y campos como una gran mancha corroída por el ácido? Está situado en buena parte hacia el norte del trazado del antiguo camino, pero invade un poco el otro lado. Mientras me acercaba sentí una extraña sensación de desconfianza, y si me decidí finalmente a hacerlo fue sólo porque mi ocupación me lo exigía. No había vegetación de ninguna clase en aquella amplia extensión; tan sólo una capa de fino polvo o ceniza gris, que ningún viento parecía haber dispersado nunca. Los árboles más próximos tenían un aspecto raquítrico y estaban atrofiados, y muchos troncos sin vida seguían en pie o se estaban pudriendo en el borde. Mientras andaba a toda prisa vi a mi derecha las piedras y ladrillos caídos de una vieja chimenea y un sótano, y las negras fauces abiertas de un pozo abandonado cuyos estancados vapores gastaban extrañas travesuras con los matices de la luz solar. Incluso el extenso y sombrío bosque que se alzaba más allá parecía agradable por contraste, y ya no me asombraban los asustados susurros de la gente de Arkham. No había en sus inmediaciones ni casas ni ruinas de ninguna clase; incluso en los viejos tiempos, el lugar debió de ser solitario y apartado. Y al anochecer, temiendo pasar de nuevo por aquel ominoso lugar, regresé a la ciudad dando un rodeo por el tortuoso camino del sur.

Por la noche pregunté por el páramo maldito a los ancianos de Arkham, y lo que significaba la frase «extraños días» que a tantos había oído murmurar con evasivas. Sin embargo, no pude obtener ninguna respuesta válida, salvo que el misterio era mucho más reciente de lo que yo me había temido. No se trataba ni mucho menos de una vieja leyenda, sino de algo que había ocurrido en vida de los que hablaban conmigo. Sucedió en los años ochenta, y una familia había desaparecido o fue asesinada. Nadie podía precisar más detalles y, como todos me dijeron que no hiciera caso de las disparatadas historias del viejo Ammi Pierce, a la mañana siguiente fui en su busca, después de enterarme de que vivía solo en un viejo y ruinoso *cottage* que se alzaba donde los árboles empiezan a espesarse. Era un lugar tremendamente antiguo, y había empezado a rezumar ese tenue olor infecto que impregna las casas que han permanecido en pie demasiado tiempo. Tuve que llamar insistentemente para que el anciano se levantara y, cuando salió tímidamente a la puerta arrastrando los pies, pude notar que no se alegraba de verme. No estaba tan débil como yo había esperado; pero los ojos se le cerraban de una forma extraña, y su descuidada vestimenta y su barba blanca le daban un aspecto consumido y deprimente.

No sabiendo cómo hacer para que me hablara de sus historias, fingí que se trataba de un asunto de trabajo; le conté que estaba levantando unos planos, y le hice algunas vagas preguntas acerca de la región. Era un hombre más listo y más educado de lo que yo había supuesto y, antes de que me diese cuenta, comprendió todo el asunto tan bien como cualquiera de los hombres con los que había hablado en Arkham. No era como otros palurdos que había conocido en las zonas donde iban a construirse embalses. No protestó por las millas de bosque antiguo y de tierras de labranza que iban a ocultar, aunque quizá lo habría hecho si su hogar no estuviera situado fuera de los límites del futuro lago. Lo único que mostró fue alivio; alivio por el fatídico destino de los sombríos valles antiguos por los cuales había correteado toda su vida. Estarían

mejor debajo del agua... era lo mejor que podía sucederles desde aquellos extraños días. Y, al decir eso, su ronca voz bajó de tono, mientras su cuerpo se inclinó hacia delante y el dedo índice de su mano derecha empezó a señalar algo con mano temblorosa y de un modo impresionante.

Fue entonces cuando oí la historia y, mientras la inconexa voz seguía chirriando y susurrando, me estremecí una y otra vez a pesar del día veraniego que hacía. A menudo tuve que interrumpir al narrador para que no divagara, completar cuestiones científicas que él sólo conocía a través de los borrosos recuerdos del discurso de los catedráticos, cuyas palabras repetía como un papagayo; o llenar lagunas allí donde fallaba su sentido de la lógica y de la continuidad. Cuando hubo terminado, no me extrañó que su mente le fallase un poco, o que la gente de Arkham no quisiera hablar del páramo maldito. Volví rápidamente a mi hotel antes de la puesta del sol, pues no quería tener las estrellas sobre mi cabeza estando en campo abierto; y al día siguiente regresé a Boston para renunciar a mi empleo. No podía ir de nuevo a aquel tenebroso caos de antiguos bosques y laderas, ni enfrentarme otra vez con aquel triste páramo maldito donde se abría el profundo pozo negro junto a los derrumbados ladrillos y piedras. El embalse iba a ser construido en seguida, y todos aquellos antiguos secretos estarían a salvo para siempre bajo varias brazas de agua. Pero ni siquiera entonces creo que me gustaría visitar aquella región por la noche... al menos, cuando las siniestras estrellas hayan salido; y nada podrá convencerme para que beba el agua de la nueva ciudad de Arkham.

Todo empezó, dijo el viejo Ammi, con el meteorito. Antes de esa fecha no había habido ninguna leyenda descabellada desde los tiempos de los procesos por brujería, e incluso entonces aquellos bosques occidentales no eran ni la mitad de temidos que la pequeña isla del Miskatonic^[218] donde el diablo concedía audiencia junto a un curioso altar de piedra, más antiguo que los propios indios. Aquellos bosques no estaban encantados, y su fantástica oscuridad nunca fue terrible hasta aquellos extraños días. Luego había llegado

aquella blanca nube meridional, aquella sucesión de explosiones en el aire, y aquella columna de humo procedente del valle, lejos en el bosque. Y por la noche, todo Arkham se había enterado de que una gran roca había caído del cielo y se había incrustado en la tierra, junto al pozo de la casa de Nahum Gardner. Aquella era la casa que se había levantado en el lugar que luego ocuparía el páramo maldito... la muy cuidada casa blanca de Nahum Gardner rodeada de fértiles jardines y huertos.

Nahum había ido a la ciudad para contar lo de la piedra, y de camino pasó por casa de Ammi Pierce. Por aquel entonces Ammi tenía cuarenta años, y todas las cosas raras que ocurrían se le grabaron profundamente en el cerebro. Él y su esposa habían acompañado a los tres catedráticos de la Universidad Miskatonic que a la mañana siguiente fueron precipitadamente a ver al extraño visitante procedente del ignoto espacio sideral, y se habían preguntado por qué Nahum había dicho el día anterior que era muy grande. Había encogido, dijo Nahum, señalando el gran montículo pardusco que había encima de la tierra desgarrada y la hierba chamuscada junto al arcaico cigoñal del pozo en el patio delantero; pero los sabios respondieron que las piedras no encogen. Seguía irradiando calor, y Nahum declaró que había brillado débilmente durante la noche. Los catedráticos pusieron a prueba la piedra con un martillo de geólogo y comprobaron que era sorprendentemente blanda. En verdad, era tan blanda que casi parecía de plástico; y arrancaron, más que desportillaron, una muestra para llevársela a la universidad y analizarla. La metieron en un viejo cubo que tomaron a préstamo de la cocina de Nahum, ya que, aunque el trozo era tan pequeño, no llegaba a enfriarse. En su viaje de regreso se detuvieron a descansar en la casa de Ammi, y parecieron quedarse pensativos cuando Mrs. Pierce observó que el fragmento se estaba haciendo más pequeño y estaba quemando el fondo del cubo. Realmente no era muy grande, pero quizás habían cogido menos de lo que pensaban.

Al día siguiente —todo esto ocurría en el mes de junio de 1882—, los catedráticos salieron de nuevo en tropel, muy excitados. Al pasar por la casa de Ammi le contaron las extrañas cosas que le había pasado a la muestra, y cómo se había consumido por completo cuando la pusieron en una cubeta de cristal. La cubeta también había desaparecido, y los sabios hablaron de la extraña afinidad de la piedra con el silicio. Se había comportado de un modo completamente increíble en aquel laboratorio tan bien organizado; no le pasó absolutamente nada ni mostró ningún gas ocluso cuando se calentó al carbón, su reacción al ser tratada con una perla de bórax fue completamente negativa, y resultó ser absolutamente no volátil a cualquier temperatura producible, incluyendo la del soplete oxhídrico. En el yunque parecía muy maleable, y en la oscuridad su luminosidad era muy apreciable. Como se negaba obstinadamente a enfriarse, pronto puso a toda la universidad en un estado de verdadera excitación; y cuando al calentarla en el espectroscopio^[219] mostró unas franjas brillantes de un color distinto a los del espectro normal, hubo intensas discusiones acerca de nuevos elementos, raras propiedades ópticas, y otras cosas que los perplejos hombres de ciencia suelen decir cuando se enfrentan con lo desconocido.

Caliente como estaba, la analizaron en un crisol con todos los reactivos adecuados. El agua no le hizo nada. Lo mismo sucedió con el ácido clorhídrico. El ácido nítrico e incluso el agua regia se limitaron a silbar y esparcirse en gotas sobre su tórrida invulnerabilidad. Ammi tuvo dificultad para recordar todas esas cosas, pero reconoció algunos disolventes a medida que yo se los mencionaba en el habitual orden de utilización. Se utilizó amoníaco y sosa cáustica, alcohol y éter, nauseabundo bisulfito de carbono y una docena más; pero, aunque el peso disminuía sin parar, y el fragmento parecía enfriarse ligeramente, no había ningún cambio en los disolventes que demostrara que habían atacado a la sustancia. Sin embargo, se trataba de un metal sin lugar a dudas. Era magnético, para empezar; y después de su inmersión en los

disolventes ácidos parecían existir leves huellas de las figuras de Widmanstätten^[220] encontradas en el hierro meteórico. Cuando el enfriamiento era ya considerable, continuaron las pruebas en un recipiente de cristal; dejaron en una cubeta de cristal los trocitos desprendidos durante las pruebas del material del que se componía el fragmento original. A la mañana siguiente, los trocitos y la cubeta habían desaparecido sin dejar rastro, y únicamente una mancha chamuscada en el estante de madera señalaba el lugar donde habían estado.

Eso fue lo que los catedráticos le contaron a Ammi cuando se detuvieron a la puerta de su casa, y una vez más fue con ellos a ver el pétreo mensajero de las estrellas, aunque en esta ocasión su esposa no le acompañó. Esta vez la piedra había encogido sin duda alguna, y ni siquiera los catedráticos más sensatos pudieron dudar de lo que veían. Alrededor de la menguante masa pardusca situada junto al pozo había un espacio vacío, excepto donde la tierra se había hundido; y mientras el día anterior tenía un diámetro de más de siete pies, ahora apenas llegaría a cinco. Todavía estaba caliente, y los sabios examinaron su superficie con curiosidad mientras separaban otro fragmento más grande con la ayuda de un martillo y un cincel. Esta vez ahondaron más y, al arrancar un trozo más pequeño, vieron que el núcleo central no era completamente homogéneo.

Habían descubierto lo que parecía ser la cara exterior de un voluminoso glóbulo incrustado en la sustancia. El color, parecido al de algunas de las franjas del extraño espectro del meteoro, era casi imposible de describir; y sólo por analogía se atrevieron a llamarlo color^[221]. Su textura era lustrosa y, al golpearlo ligeramente, parecía augurar que era quebradizo y hueco. Uno de los catedráticos le dio un golpe seco con un martillo, y estalló con un vigoroso y leve chasquido. No desprendió nada, y con la punción el glóbulo desapareció sin dejar rastro. Si bien quedó un espacio esférico vacío de lunas tres pulgadas de diámetro, y todos pensaron que

probablemente descubrirían otros glóbulos a medida que la sustancia encerrada se consumiera.

La conjetura no tenía fundamento; de modo que, después de un vano intento de encontrar más glóbulos mediante perforación, los investigadores se marcharon de nuevo con su nueva muestra... que sin embargo resultó ser en el laboratorio tan desconcertante como su predecesora. Aparte de ser casi plástica, de tener calor, magnetismo y ligera luminosidad, de enfriarse ligeramente al ser sumergida en potentes ácidos, de poseer un espectro desconocido, de desvanecerse en el aire, y de atacar a los compuestos de silicio con mutua destrucción como resultado, no presentaba ninguna otra característica que la identificara; y al término de las pruebas, los científicos de la universidad se vieron obligados a reconocer que no podían clasificarla. No procedía de este planeta, sino que era una muestra del gran espacio exterior; y, como tal, estaba dotada de propiedades exteriores y obedecía a leyes exteriores.

Aquella noche hubo una tormenta y, cuando los catedráticos acudieron a casa de Nahum al día siguiente, se encontraron con una amarga decepción. La piedra, que era magnética, debía tener alguna peculiar propiedad eléctrica; ya que había «atraído al rayo», como dijo Nahum, con una singular persistencia. Seis veces en el espacio de una hora, el granjero vio caer los rayos en el patio delantero, y al cesar la tormenta no quedaba más que un hoyo desigual junto al arcaico cigoñal del pozo, que estaba medio obstruido por la tierra procedente del socavón.

Excavar no dio ningún resultado, y los científicos comprobaron la total desaparición del meteorito. Fue un completo fracaso; de modo que no se podía hacer otra cosa que regresar al laboratorio y analizar de nuevo el evanescente fragmento que habían encerrado cuidadosamente en una caja de plomo. Aquel fragmento duró una semana, al cabo de la cual no se había averiguado nada valioso. Cuando desapareció, no quedó el menor residuo, y con el tiempo los catedráticos no estaban muy seguros de haber visto realmente y no en sueños aquel enigmático vestigio de los insondables abismos

exteriores; aquel único, misterioso mensaje de otros universos y otros reinos de materia, energía, y entidad.

Como era comprensible, los periódicos de Arkham dieron mucha importancia al incidente y enviaron periodistas a entrevistar a Nahum Gardner y a su familia. Al menos un diario de Boston envió también un reportero, y Nahum se convirtió rápidamente en una especie de celebridad local. Era un hombre delgado y afable, de unos cincuenta años, que vivía con su esposa y sus tres hijos en una agradable granja del valle. Él y Ammi se hacían frecuentes visitas, lo mismo que sus esposas; y Ammi sólo tenía frases de elogio para él después de todos aquellos años. Parecía estar un tanto orgulloso de la atención que su casa había despertado, y en las semanas que siguieron habló con frecuencia del meteorito. Aquel año, julio y agosto fueron meses calurosos; y Nahum trabajó de firme para recoger el heno de los diez acres de pastos que tenía en Chapman's Brook^[222]; su traqueteante carreta dejó profundos surcos en los sombríos caminos que los recorrían. Las faenas agrícolas le cansaron más que otros años y le pareció que los años empezaban a afectarle.

Luego llegó la época de la cosecha y recolección de fruta. Las peras y manzanas maduraban despacio, y Nahum juraba que sus huertos habían prosperado más que nunca. La fruta crecía hasta alcanzar un tamaño espectacular y un brillo desacostumbrado, y era tal la abundancia que tuvo que encargarse de más barriles para ocuparse de la futura cosecha. Pero con la maduración llegó una gran decepción; pues de toda aquella espléndida colección de piezas de vistosa exquisitez ni un solo ápice era apropiado para comer. Un amargor nauseabundo se había introducido furtivamente en el excelente sabor de peras y manzanas, de modo que hasta el menor bocado producía una repugnancia duradera. Lo mismo ocurrió con los melones y los tomates, y con gran tristeza Nahum comprendió que toda su cosecha estaba perdida. Rápidamente relacionó los hechos y declaró que el meteorito había emponzoñado el suelo, y

dio gracias al cielo de que la mayor parte de las demás cosechas se encontraban en la parcela elevada que tenía a lo largo del camino.

El invierno llegó muy pronto, y fue muy frío. Ammi veía a Nahum con menos frecuencia que de costumbre, y observó que empezaba a parecer preocupado. También el resto de la familia parecía haberse vuelto taciturna; y fueron espaciando sus visitas a la iglesia y su asistencia a los diversos acontecimientos sociales de la comarca. No pudo encontrarse ningún motivo para aquella reserva o melancolía, aunque todos los habitantes de la casa confesaron de cuando en cuando tener peor salud y una imprecisa sensación de inquietud. El propio Nahum proporcionó una declaración más categórica que la de cualquier otro miembro de su familia al afirmar que le preocupaban ciertas huellas de pasos en la nieve. Se trataba de las habituales huellas invernales de las ardillas rojas, de los conejos blancos y de los zorros, pero el caviloso granjero aseguraba haber visto algo no del todo correcto en la naturaleza y disposición de aquellas huellas. No precisó más, pero parecía creer que no eran tan características de la anatomía y las costumbres de ardillas, conejos y zorros como debieran ser. Ammi no hizo mucho caso de lo que decía hasta una noche en que pasó por delante de la casa de Nahum en su trineo, cuando regresaba de Clark's Corners. Había luna, y un conejo cruzó corriendo el camino, y los saltos de aquel conejo eran más largos de lo que a Ammi y a su caballo les hubiera gustado. La verdad es que este último casi se había desbocado de no habérselo impedido las riendas empuñadas con mano firme. A partir de entonces, Ammi prestó mayor consideración a las historias que contaba Nahum, y se preguntó por qué los perros de Gardner parecían tan acobardados y temblorosos por las mañanas. Pareció incluso que habían perdido el ánimo para ladrar.

En febrero, los chicos de McGregor, de Meadow Hill, salieron a cazar marmotas, y no lejos de las tierras de Gardner atraparon un ejemplar muy especial. Las proporciones de su cuerpo parecían ligeramente alteradas de un modo muy raro, imposible de describir, en tanto que su cara tenía una expresión que hasta entonces nadie

había visto en una marmota. Los chicos se asustaron realmente y soltaron inmediatamente la pieza, de modo que a la gente de los alrededores sólo le llegó la grotesca historia que ellos contaron. Pero el respingo de los caballos cerca de la casa de Nahum había acabado por convertirse en un hecho reconocido, sentando las bases para que rápidamente empezara a tomar cuerpo una leyenda, susurrada en voz baja.

La gente juraba que la nieve se fundía más rápidamente en los alrededores de la casa de Nahum que en cualquier otro sitio, y a principios de marzo se produjo una impresionante discusión en el almacén de Potter, en Clark's Corners. Stephen Rice había pasado aquella mañana por las tierras de Gardner, y se había dado cuenta de que, junto a los bosques que había al otro lado de la carretera, brotaba del cieno dragón fétido^[223]. Nunca hasta entonces se habían visto especímenes de aquel tamaño, y tenían colores tan extraños que era imposible describir con palabras. Sus formas eran monstruosas, y el caballo había resoplado ante un olor tan inaudito que paralizó a Stephen. Aquella misma tarde, varias personas pasaron por allí para ver aquel crecimiento anormal, y todas estuvieron de acuerdo en que plantas de aquella clase no deberían brotar en un mundo saludable. Se habló con franqueza de la mala fruta del otoño anterior, y corrió de boca en boca que las tierras de Nahum estaban emponzoñadas. Por supuesto, se trataba del meteorito; y recordando lo extraño que les había parecido a los hombres de la universidad, varios granjeros hablaron del asunto con ellos.

Un día hicieron una visita a Nahum; pero como no estaban inclinados a dar crédito a las historias descabelladas y al folklore, se mostraron muy prudentes en sus conclusiones. Las plantas eran raras, desde luego, pero el dragón fétido es más o menos raro en cuanto a forma, olor y color. Quizás algún elemento mineral de la piedra había penetrado en el suelo, pero no tardaría en ser arrastrado. Y en cuanto a las huellas en la nieve y a los caballos asustados... se trataba por supuesto de simples habladurías

campesinas que fenómenos como el aerolito con toda seguridad habían puesto en marcha. Ningún hombre serio podía tener en cuenta tales cotilleos absurdos, pues los campesinos supersticiosos dicen y se creen cualquier cosa. De modo que durante aquellos extraños días los catedráticos se mantuvieron desdeñosamente al margen. Sólo uno de ellos, encargado año y medio más tarde de analizar dos redomas de polvo en el curso de una investigación de la policía, recordó que el extraño color de aquel dragón fétido era muy parecido al de una de las anómalas franjas de luz que reveló el fragmento del meteoro en el espectroscopio de la universidad, y al del quebradizo glóbulo que encontraron incrustado en la piedra del abismo. En el análisis, las muestras dejaron al principio las mismas extrañas franjas, aunque más tarde perdieron dicha característica.

Los árboles florecieron prematuramente cerca de la casa de Nahum, y por la noche se mecían al viento ominosamente. El segundo hijo de Nahum, Thaddeus, un muchacho de quince años, juraba que también se bamboleaban cuando no hacía viento; pero ni siquiera los chismosos dieron crédito a eso. No obstante, era indudable que había algo raro en el ambiente. Toda la familia Gardner adquirió la costumbre de escuchar a hurtadillas, aunque no esperaban oír ningún sonido que pudieran identificar deliberadamente. A decir verdad, la escucha era más bien resultado de momentos en los que la conciencia parecía haberse desvanecido. Desgraciadamente, esos momentos fueron en aumento a medida que pasaban las semanas, hasta que se hizo de dominio público que «algo le pasaba a la familia Nahum». Cuando salió la primera saxífraga^[224], tenía también un color muy extraño; no exactamente igual al del dragón fétido, pero claramente relacionado e igualmente desconocido para cualquiera que lo viera. Nahum cogió algunos capullos y se los llevó a Arkham para enseñarlos al director de la *Gazette*, pero aquel dignatario se limitó a escribir un artículo humorístico acerca del tema, en el que ridiculizaba amablemente los sombríos temores de los campesinos. Nahum cometió un error al contarle a un ciudadano tan terco el

comportamiento de las grandes, demasiado crecidas, mariposas antíope^[225] en relación con aquellas saxífragas.

Abril trajo una especie de locura a las gentes de la comarca y empezaron a dejar de utilizar el camino que pasaba por delante de la casa de Nahum, hasta abandonarlo definitivamente. Era por la vegetación. Todos los árboles del huerto florecieron con extraños colores, y por el suelo de piedra del corral y en los pastos adyacentes crecía una extraña vegetación que solamente un botánico podía relacionar con la flora propia de la región. En ningún sitio podía verse un color normal y saludable, excepto en la hierba verde y el follaje; por todas partes aquellas febriles y prismáticas variantes de una tonalidad enfermiza y primaria sin cabida entre los matices conocidos en la tierra. Las dicentras^[226] acabaron por convertirse en una siniestra amenaza, y las sanguinarias del Canadá^[227] crecían con insolencia en su perversión cromática. A Ammi y a los Gardner les parecía que la mayoría de aquellos colores tenían una especie de inquietante familiaridad, y decidieron que les recordaban el glóbulo quebradizo descubierto dentro del meteoro. Nahum labró y sembró los diez acres de pasto y la parcela de la altiplanicie, pero no llegó a tocar los terrenos que rodeaban la casa. Sabía que no serviría de nada y tenía la esperanza de que aquellas extrañas hierbas que crecieron durante el verano extraerían toda la ponzoña del suelo. Estaba ya preparado para cualquier cosa, y se había acostumbrado a la idea de que había algo cerca de él que estaba a punto de oírse. El ver que los vecinos rehuían su casa le afectó, desde luego; pero mucho más a su esposa. Los chicos lo llevaban mucho mejor porque iban a la escuela todos los días; pero no pudieron evitar que las habladurías les asustasen. Thaddeus, un muchacho especialmente sensible, era el que más sufría.

En mayo llegaron los insectos, y la casa de Gardner se convirtió en una pesadilla, llena de zumbidos y hormigueos. La mayoría de aquellas criaturas no parecían tener un aspecto normal y se movían de un modo muy raro, y sus costumbres nocturnas contradecían

cualquier experiencia anterior. Los Gardner empezaron a vigilar por las noches, mirando en todas direcciones al azar en busca de algo... sin saber exactamente qué. Fue entonces cuando reconocieron que Thaddeus tenía razón en lo referente a los árboles. Mistress Gardner fue la primera en comprobarlo una noche mientras contemplaba desde la ventana las hinchadas ramas de un arce que se recortaban contra un cielo iluminado por la luna. Sin duda las ramas se movían, y no corría el menor soplo de viento. Debía ser por efecto de la savia. Todo cuanto crecía lo hacía ahora de una forma extraña. No obstante, el siguiente descubrimiento no lo hizo ningún miembro de la familia de Nahum. Se habían familiarizado tanto con lo anormal que sus facultades mentales se habían ofuscado, y lo que ellos no fueron capaces de ver fue vislumbrado por un asustadizo representante de un aserradero de Bolton^[228], que pasó por allí una noche, ignorante de las leyendas que circulaban por la región. Lo que contó en Arkham dio de sí un breve suelto en la *Gazette*; y fue allí donde lo vieron por primera vez todos los granjeros, incluido Nahum. La noche había sido oscura y los faros de la calesa casi no daban luz, pero alrededor de una granja del valle, que a juzgar por la información todo el mundo dedujo que debía ser la de Nahum, la oscuridad había sido menos densa. Una débil, aunque nítida luminosidad parecía ser inherente a toda la vegetación, tanto la hierba como las hojas y las flores, y en un momento determinado un trozo suelto de aquella fosforescencia dio la impresión de introducirse furtivamente en el corral que había cerca del establo.

De momento la hierba no pareció verse afectada, y las vacas pacían libremente en la parcela cercana a la casa, pero hacia finales de mayo la leche empezó a estropearse. Entonces Nahum llevó a las vacas a las tierras altas, tras lo cual cesó el problema. Poco después el cambio en la hierba y en las hojas empezó a apreciarse a simple vista. Todo el verdor se volvió gris y empezó a adquirir un aspecto quebradizo sumamente raro. Ammi era ahora la única persona que visitaba el lugar, y sus visitas fueron espaciándose

cada vez más. Cuando se acabó el curso escolar, los Gardner quedaron virtualmente aislados del mundo, y a veces dejaban que Ammi les hiciera sus recados en el pueblo. Curiosamente su salud tanto física como mental seguía decayendo, y nadie se sorprendió cuando empezó a circular clandestinamente la noticia de que Mrs. Gardner se había vuelto loca.

Eso ocurrió en junio, más o menos cuando se cumplía el aniversario de la caída del meteoro, y la pobre mujer gritaba que veía cosas en el aire que no podía describir. En su desvarío no pronunciaba ningún sustantivo concreto, sino únicamente verbos y pronombres. Las cosas se movían, se transformaban y revoloteaban, y los oídos le zumbaban debido a estímulos que no eran del todo sonoros. Algo se llevaban... algo la estaba consumiendo... algo se estaba aferrando a ella que no debería estar allí... alguien tenía que alejarla de aquello... nada permanecía quieto por las noches... las paredes y las ventanas se desplazaban. Nahum no la envió al manicomio del condado, sino que dejó que vagara por la casa mientras fuera inofensiva para sí misma y para los demás. Ni siquiera hizo nada cuando le cambió la expresión. Pero cuando los chicos empezaron a tenerle miedo y Thaddeus casi se desmayó al ver las muecas que le hacía, Nahum decidió encerrarla bajo llave en el desván^[229]. En julio había dejado de hablar y se arrastraba a cuatro patas, y antes de terminar el mes, Nahum llegó a tener la insensata impresión de que era ligeramente luminosa en la oscuridad, tal como ya veía a las claras que sucedía con la vegetación de los alrededores de la casa.

Un poco antes de eso, los caballos se habían desbocado. Algo los había despertado durante la noche, y sus relinchos y coces en los establos habían sido algo terribles. Nada parecía poder calmarlos y, cuando Nahum abrió la puerta de la cuadra, todos se largaron como ciervos del bosque asustados. Se tardó una semana en seguir la pista a los cuatro, y cuando los encontraron comprendieron que no servían para nada, que era imposible controlarlos. Algo les había pasado en el cerebro, y hubo que

matarlos a todos por su propio bien. Nahum le pidió prestado un caballo a Ammi para hacer heno, pero comprobó que el animal no quería acercarse al granero. Se asustó, se plantó y relinchó, y al final no pudo hacer más que meterlo en el corral, mientras los hombres empleaban todas sus fuerzas para acercar el pesado carro al henil lo suficiente para arrojar con comodidad el heno. Entre tanto, la vegetación iba tornándose gris y quebradiza. Incluso las flores, cuyos colores habían sido tan extraños, ahora se volvían grises, y la fruta crecía gris, enana e insípida. Las asteráceas y la vara de oro florecieron grises y deformes, y las rosas, las zinnias y las malvarrosas^[230] del patio delantero presentaban un aspecto tan abominable que el hijo mayor de Nahum, Zenas, las cortó todas. Más o menos por entonces fueron muriéndose los insectos, hinchados de una forma extraña, e incluso las abejas, que habían abandonado sus colmenas y se dirigieron hacia el bosque.

En septiembre toda la vegetación se desmenuzó rápidamente hasta convertirse en un polvillo grisáceo, y Nahum temió que los árboles murieran antes de que el veneno hubiera desaparecido del suelo. Su esposa sufría accesos de furia, durante los cuales profería gritos terribles, y Nahum y los chicos vivían en un estado de constante tensión nerviosa. Rehuían a la gente, y cuando la escuela volvió a abrir sus puertas los chicos no acudieron a ella. Pero fue Ammi, en una de sus raras visitas, el primero en darse cuenta de que el agua del pozo ya no era buena. Tenía un sabor horrible, que no era exactamente hediondo ni exactamente salobre, y Ammi aconsejó a su amigo que excavara otro pozo en un terreno más elevado para utilizarlo hasta que el suelo volviera a ser bueno. Sin embargo, Nahum no hizo caso de aquella advertencia, ya que para entonces se había vuelto insensible a las cosas extrañas y desagradables. Él y sus hijos siguieron utilizando las aguas contaminadas del pozo, bebiéndola con la misma indiferencia y tan maquinalmente como comían sus exiguas y mal cocinadas comidas y llevaban a cabo sus ingratos y monótonos quehaceres durante días a la ventura. Había en todos ellos una especie de impasible

resignación, como si en cierto modo anduvieran en otro mundo entre hileras de anónimos guardianes hacia un destino conocido y seguro.

Thaddeus se volvió loco en septiembre, después de una visita al pozo. Había ido con un cubo y regresó con las manos vacías, gritando y agitando los brazos, recurriendo a veces a una especie de risita ahogada o murmurando algo acerca de «los colores que se movían allá abajo». Dos locos en una misma familia era bastante grave, pero Nahum lo afrontó muy bien. Permitted que el muchacho corriera por todas partes durante una semana, hasta que empezó a dar traspies y a lastimarse, y entonces lo encerró en el desván, frente a la habitación que ocupaba su madre. El modo en que se gritaban el uno al otro tras sus puertas cerradas con llave era algo atroz, especialmente para el pequeño Merwin, que imaginaba que hablaban en algún terrible lenguaje que no era de este mundo. Merwin se estaba volviendo tremendamente imaginativo, y su desasosiego empeoró desde que encerraron al hermano que había sido su mejor compañero de juegos.

Casi al mismo tiempo empezó la mortalidad entre el ganado. Las aves de corral adquirieron un color grisáceo y murieron muy rápido, comprobándose al cortarla que su carne estaba seca y olía mal. Los cerdos engordaron desmesuradamente y luego empezaron a experimentar repugnantes cambios que nadie podía explicar. Su carne era inservible, por supuesto, y Nahum no sabía qué hacer. Ningún veterinario rural quiso acercarse a su casa, y el de Arkham quedó francamente desconcertado. Los puercos empezaron a volverse grises y quebradizos, y antes de morir la carne se les caía a pedazos. Aquello resultaba tanto más inexplicable por cuanto aquellos animales nunca habían pastado en la vegetación contaminada. Luego les sucedió algo a las vacas. Ciertas partes, o a veces el cuerpo entero, se ajaban o contraían extrañamente, y eran corrientes los atroces colapsos o desintegraciones. En las últimas fases —cuya consecuencia era siempre la muerte del animal— adquirían un color grisáceo y se volvían quebradizas, como les había sucedido a los cerdos. No podía tratarse de veneno, ya que

todos los casos ocurrieron en un establo cerrado con llave en el que no se produjo la menor alteración. Ninguna mordedura de animales al acecho podía haber inoculado el virus, pues ¿qué bestia terrestre podría traspasar unos obstáculos tan sólidos? Sólo podía ser una enfermedad natural... aunque nadie era capaz de adivinar qué clase de enfermedad podría producir tales resultados. Cuando llegó la época de la siega no quedaba ningún animal vivo en la casa, ya que el ganado y las aves de corral habían muerto y los perros habían huido. Los perros, tres en total, habían desaparecido una noche y nunca volvió a saberse de ellos. Los cinco gatos se habían marchado un poco antes, pero su desaparición apenas fue notada, pues en la casa ya no parecía que hubiera ratones y únicamente Mrs. Gardner mimaba a los gráciles felinos.

El 19 de octubre, Nahum entró haciendo eses en casa de Ammi con espantosas noticias. La muerte había sorprendido al pobre Thaddeus en su habitación del desván, y de un modo imposible de describir. Nahum había excavado una tumba en la parcela vallada que había detrás de la granja y allí había metido lo que encontró en la habitación. Nada podía haber entrado desde fuera, ya que la pequeña ventana enrejada y la cerradura de la puerta estaban intactas; pero era muy parecido a lo que había ocurrido en el establo. Ammi y su esposa consolaron al afligido granjero lo mejor que pudieron, pero sintieron un escalofrío al hacerlo. El terror más absoluto parecía rondar alrededor de los Gardner y de todo cuanto tocaban, y la sola presencia de uno de ellos en la casa era como un torbellino procedente de regiones innominadas e innominables. Ammi acompañó a Nahum a su hogar a regañadientes e hizo lo que pudo para calmar los histéricos sollozos del pequeño Merwin. Zenas no necesitaba que lo calmasen. Últimamente no hacía más que mirar a las musarañas y cumplir lo que su padre le ordenaba; y Ammi pensó que su destino era muy compasivo. De vez en cuando los gritos de Merwin eran contestados débilmente desde el desván y, en respuesta a una mirada inquisitiva, Nahum dijo que su esposa estaba muy débil. Cuando se acercaba la noche, Ammi se las

arregló para marcharse; pues ni siquiera la amistad podía hacerle permanecer en aquel lugar cuando la vegetación empezara a brillar débilmente y los árboles se pusieran a balancear aunque no soplar el viento. Era una verdadera suerte para Ammi no ser una persona más imaginativa. Tal como estaban las cosas, apenas podía concentrarse; pero de haber sido capaz de reflexionar sobre todos aquellos portentos que le rodeaban y de relacionarlos entre sí, forzosamente se habría vuelto loco. Al ponerse el sol regresó apresuradamente a su casa, sintiendo resonar en sus oídos de una forma horrible los gritos de la loca y del irritable niño.

Tres días más tarde Nahum entró dando tumbos en la cocina de Ammi muy temprano, y en ausencia de su anfitrión se puso a balbucear de nuevo una terrible historia, mientras Mrs. Pierce le escuchaba sobrecogida de miedo. Esta vez se trataba del pequeño Merwin. Había desaparecido. Había salido de casa por la noche con un farol y un cubo para traer agua, y no había regresado. Hacía varios días que había perdido el dominio de sí mismo y apenas se daba cuenta de lo que hacía. Chillaba por cualquier cosa. Aquella noche se oyó un grito desesperado en el patio, pero antes de que el padre pudiera llegar a la puerta, el muchacho había desaparecido. No se veía ni rastro de él, ni el farol que se había llevado brillaba en ninguna parte. En aquel momento, Nahum creyó que el farol y el cubo habían desaparecido también; pero al clarear el día y, tras regresar de su penosa búsqueda de toda la noche por campos y bosques, había descubierto unas cosas muy raras cerca del pozo. Se trataba de un amasijo de hierro aplastado y al parecer un poco fundido, que sin duda alguna había sido el farol; y a su lado un asa doblada y unos aros retorcidos de hierro, ambas cosas semifundidas, que parecían corresponder a los restos del cubo. Eso fue todo. Nahum se imaginó lo peor, Mrs. Pierce estaba perpleja y, cuando Ammi llegó a casa y oyó la historia, no sabía qué decir. Merwin había desaparecido, y no tendría sentido decírselo a la gente que vivía en los alrededores, que ya rehuía a todos los Gardner. Tampoco serviría de nada contárselo a los ciudadanos de

Arkham, que se reían de todo. Thad había desaparecido, y ahora Merwin había hecho otro tanto. Algo se acercaba poco a poco sigilosamente, a la espera de ser visto, oído y palpado. Nahum no tardaría en desaparecer, y quería que Ammi cuidase de su esposa y de Zenas, si es que le sobrevivían. Aquello debía ser un especie de castigo divino, aunque Nahum no podía adivinar por qué, pues, que él supiera, siempre había seguido rectamente los caminos del Señor^[231].

Durante más de dos semanas, Ammi no volvió a ver a Nahum; y entonces, preocupado por lo que pudiera haber sucedido, venció sus temores y fue a visitar la casa de los Gardner. No salía humo de la gran chimenea y por un momento el visitante temió lo peor. El aspecto de toda la granja era espantoso: la hierba estaba grisácea y marchita y había hojas por el suelo, las enredaderas se caían a pedazos desde sus arcaicas paredes y gabletes, y los grandes árboles pelados desgarraban el cielo gris de noviembre con una malevolencia premeditada, que Ammi no pudo por menos de pensar que procedía de algún sutil cambio en la inclinación de las ramas. Pero Nahum estaba vivo, después de todo. Se encontraba muy débil y estaba tendido en un sofá en la cocina de techo bajo, pero plenamente consciente y capaz de dar órdenes sencillas a Zenas. Hacía un frío de muerte en la habitación; y como Ammi tiritaba visiblemente, Nahum le gritó a Zenas con voz ronca que trajera más leña. En efecto, la leña era muy necesaria, ya que el cavernoso hogar estaba apagado y vacío, y en él revoloteaba una nube de hollín impulsada por el viento helado que bajaba por el tiro de la chimenea. En seguida, Nahum le preguntó si la leña adicional que había traído su hijo le hacía sentirse más cómodo, y entonces Ammi comprendió lo que había sucedido. El cordón más resistente se había roto por fin, y la mente del desventurado granjero ya no podía soportar más pesares.

Preguntando discretamente, Ammi no logró aclarar la desaparición de Zenas. «En el pozo... vive en el pozo...», fue lo único que dijo el obcecado padre. Luego el súbito recuerdo de la

esposa loca cruzó como un rayo la mente del visitante y cambió de tema. «¿Nabby? ¡Está aquí, cómo no!», fue la sorprendida respuesta del pobre Nahum, y Ammi no tardó en darse cuenta de que tendría que indagar por su cuenta. Dejando en el sofá al inofensivo y balbuceante granjero, cogió las llaves que colgaban de un clavo junto a la puerta y subió las crujientes escaleras que conducían al desván. Allí arriba el aire estaba cargado y olía mal, y no se oía el menor ruido en ninguna dirección. De las cuatro puertas a la vista, sólo una estaba cerrada, y en ella probó Ammi varias llaves del manajo que había cogido. La tercera resultó ser la apropiada y, después de varias tentativas, Ammi abrió de par en par la estrecha puerta pintada de blanco.

El interior estaba completamente a oscuras, ya que la ventana era pequeña y estaba medio oculta por las toscas rejas de hierro; y Ammi no pudo ver absolutamente nada en el entarimado. El hedor era inaguantable y, antes de seguir adelante, tuvo que retroceder a otra habitación y volvió con los pulmones llenos de aire respirable. Cuando entró, observó algo oscuro en un rincón y, al verlo con mayor claridad, gritó abiertamente. Mientras gritaba le pareció que una nube pasajera eclipsaba la ventana, y un segundo después tuvo la impresión de que le rozaba una especie de odiosa corriente de vapor. Unos extraños colores bailaron ante sus ojos; y si el horror que experimentó en aquellos momentos no le hubiera paralizado habría creído que se trataba del glóbulo del meteorito que el martillo de los geólogos había destrozado, y de la malsana vegetación que había brotado en primavera. Con todo, sólo pudo pensar en la abominable monstruosidad que tenía enfrente, y que con toda evidencia había compartido la indecible suerte del joven Thaddeus y del ganado. Pero lo más terrible de aquel horror era que se movía muy lenta y perceptiblemente mientras seguía desmenuzándose.

Ammi no me dio más detalles de aquella escena, pero la figura del rincón no volvió a aparecer en su relato como un objeto móvil. Hay cosas de las que no puede hablarse, y a veces lo que se hace por simple humanidad es cruelmente juzgado por la ley. Deduje que

en aquella habitación del desván no quedó ningún ser que se moviera, y que no dejar allí nada capaz de moverse debió de ser algo tan monstruoso como para condenar al responsable al tormento eterno. Cualquiera que no fuese un impasible granjero se habría desmayado o enloquecido, pero Ammi atravesó deliberadamente el umbral de la estrecha puerta pintada de blanco y cerró con llave tras él aquel execrable secreto. Ahora debía ocuparse de Nahum; tenía que ser alimentado y atendido, y trasladado a algún lugar donde pudieran cuidarlo.

Cuando empezaba a bajar la oscura escalera, Ammi oyó abajo un ruido sordo. Incluso le pareció que era un grito que de pronto se había interrumpido, y recordó nerviosamente el frío y húmedo vapor que le había rozado en aquella espantosa habitación del desván. ¿A qué ser impalpable, pero cercano y perceptible, había sobresaltado su entrada y subsiguiente grito? Un vago temor le hizo detenerse, y siguió oyendo más ruidos abajo. Sin duda estaban arrastrando algo pesado, y se oía un sonido detestablemente tenaz, como el que produciría una especie de succión diabólica e inmunda. Con un sentido asociativo exacerbado hasta un grado desasosegante, pensó incomprensiblemente en lo que había visto en el piso superior. ¡Dios santo! ¿Con qué espeluznante mundo de pesadilla se había topado? No se atrevió a avanzar ni a retroceder, sino que se quedó allí inmóvil, temblando, en la negra curva de la escalera que le cerraba el paso. Cada detalle de la escena se le grabó en el cerebro. Los sonidos, la sensación de que le aguardaba algo pavoroso, la pendiente de los estrechos escalones y, ¡que el cielo se apiade!, la débil pero inconfundible luminosidad de todo el maderamen que tenía delante: peldaños, paneles, listones descubiertos, ¡y hasta vigas!

Entonces se oyó en el exterior el frenético relincho del caballo de Ammi, seguido inmediatamente de un estrépito que ponía de manifiesto su enloquecida huida desbocado. Al cabo de unos instantes, caballo y calesa estaban fuera del alcance del oído, dejando al asustado hombre en la oscura escalera, intentando

adivinar qué los había despachado. Pero aquello no fue todo. Se oyó otro ruido fuera de la casa. Una especie de chapoteo líquido, posiblemente agua... debió de haber sido en el pozo. Ammi había dejado a Hero desatado cerca de allí, y una rueda de la calesa debió de rozar la albardilla, golpeando en una piedra que caería al pozo. Y aquella pálida fosforescencia seguía brillando en aquel maderamen detestablemente antiguo. ¡Dios mío! ¡Qué vejestorio de casa! La mayor parte de ella edificada antes de 1670, y el tejado de cubierta a la holandesa^[232] no más tarde de 1730.

En seguida se oyó perfectamente un débil chirrido en el suelo de la planta baja, y Ammi apretó con fuerza el pesado palo que había cogido a propósito en el desván. Armándose de valor poco a poco, terminó su descenso y se dirigió audazmente a la cocina. Pero no llegó a ella, porque lo que buscaba ya no estaba allí. Había salido a su encuentro, y hasta cierto punto todavía estaba vivo. Si se había arrastrado o le había llevado a rastras alguna fuerza externa, era algo que Ammi no sabría decir; pero la muerte había tomado parte en ello. Todo había ocurrido durante la última media hora, pero el desplome, el color ceniciento y la desintegración estaban bastante avanzados. Se había desmoronado con una facilidad espantosa, y su cuerpo se había descamado en fragmentos secos. Ammi no pudo tocarlo, limitándose a contemplar horrorizado aquella deforme caricatura de lo que había sido un rostro. «¿Qué ocurrió, Nahum... qué ocurrió?», susurró, y los agrietados y tumefactos labios apenas pudieron chasquear una última respuesta.

«Nada... nada... el color... quema... frío y húmedo... pero quema... vive en el pozo... lo he visto... una especie de humo... igual que las flores de la primavera pasada... el pozo brilla por la noche... Thad, y Mernie, y Zenas... todas las cosas vivas... le chupa la vida a todo... en aquella piedra... tuvo que llegar en aquella piedra... maldijo a todo el lugar... no sé lo que pretende... esa cosa redonda que la gente de la universidad sacó de la piedra... la rompieron... era aquel mismo color... el mismo, como las flores y las plantas... tiene que haber más... semillas... semillas...

crecieron... lo vi por vez primera esta semana... tuvo que darle fuerte a Zenas... era un chico grande, lleno de vida... te abate la mente y luego se apodera de ella... te abrasa... en el agua del pozo... tenías razón... agua nociva... Zenas nunca volvió del pozo... no pudo escapar... te atrae... te das cuenta de que algo viene hacia ti, pero es inútil... lo he visto una y otra vez desde que se llevó a Zenas... Ammi, ¿dónde está Nabby?... mi cabeza no está bien... no sé cuánto tiempo hace que no la he alimentado... la conseguirá si no tenemos cuidado... el mismo color... su rostro tiene a veces ese color por las noches... y quema y chupa... viene de algún lugar donde las cosas no son como aquí... uno de los catedráticos lo dijo... tenía razón... cuidado, Ammi, lo volverá a hacer de una forma u otra... chupa la vida...»

Pero eso fue todo. El que había hablado no pudo seguir haciéndolo porque se derrumbó por completo. Ammi cubrió lo que quedó de él con un mantel a cuadros rojos, salió dando tumbos por la puerta trasera y se internó en los campos. Trepó por la ladera hasta los diez acres de pasto y dando traspiés volvió a su casa por el camino del norte que atraviesa los bosques. Fue incapaz de pasar por delante del pozo del que había huido su caballo. Lo había examinado a través de una ventana y se había asegurado de que no faltaba ninguna piedra en el borde. Por consiguiente, después de todo los bandazos de la calesa no habían hecho caer ninguna piedra... el chapoteo se debía a otra cosa... algo que entró en el pozo después de lo que le había hecho al pobre Nahum...

Cuando Ammi llegó a su casa el caballo y la calesa le habían precedido y su mujer era presa de un ataque de nervios. Después de tranquilizarla, partió inmediatamente para Arkham, sin darle ninguna explicación, y notificó a las autoridades que la familia Gardner ya no existía. No entró en detalles, se limitó a comunicar las muertes de Nahum y de Nabby; la de Thaddeus ya era conocida, y dijo que la causa de tales muertes parecía ser la misma extraña dolencia que había acabado con el ganado. También declaró que Merwin y Zenas habían desaparecido. En la comisaría de policía le

interrogaron bastante, y al final Ammi se vio obligado a acompañar a tres agentes a la granja de Gardner, junto con el juez de instrucción, el médico forense y el veterinario que había atendido a los animales enfermos. Fue con ellos de mal grado, ya que la tarde estaba muy avanzada y temía que la noche se les echara encima en aquel lugar maldito, aunque era un alivio saber que le acompañaba tanta gente.

Los seis hombres montaron en un carro^[233], siguiendo a la calesa de Ammi, y llegaron a la granja apestada alrededor de las cuatro. A pesar de que los policías estaban acostumbrados a contemplar espectáculos espantosos, nadie permaneció indiferente ante lo que encontraron en el desván y debajo del mantel a cuadros rojos en la planta baja. El aspecto de la granja con su desolación gris era ya bastante terrible, pero aquellas dos cosas desmenuzadas sobrepasaban todos los límites. Nadie pudo quedarse mirándolos mucho tiempo, e incluso el médico forense admitió que allí había muy poco que reconocer. Podían analizarse unas muestras, desde luego, de modo que él mismo se ocupó de obtenerlas... y es obvio que tuvo unas repercusiones muy curiosas en el laboratorio de la universidad, adonde se llevaron finalmente los dos frascos de polvo. En el espectroscopio ambas muestras emitieron un espectro desconocido, en el que muchas de sus desconcertantes franjas eran exactamente iguales a las que había producido el extraño meteoro al ser examinado el año anterior. La propiedad de emitir aquel espectro desapareció al cabo de un mes, y a partir de entonces el polvo consistía principalmente en fosfatos y carbonatos alcalinos.

Ammi no les habría hablado del pozo a aquellos hombres de haber sabido que pensaban hacer algo inmediatamente. Se aproximaba el ocaso y él estaba deseando alejarse de allí. Pero no pudo evitar lanzar miradas nerviosas al brocal de piedra y al enorme cigoñal y, cuando uno de los policías le interrogó, confesó que Nahum temía que hubiese algo allá abajo... tanto es así que ni siquiera se le ocurrió buscar a Merwin o Zenas en su interior. Después de aquello no tuvieron más remedio que vaciar el pozo y sondearlo inmediatamente, de modo que Ammi tuvo que esperar,

temblando, mientras izaban un cubo tras otro de agua maloliente y los rociaban sobre el empapado suelo de alrededor. El olor de aquel fluido repugnaba tanto a los hombres que al final tuvieron que taparse las narices para protegerse de la hediondez que estaban dejando al descubierto. El trabajo no les llevó tanto tiempo como habían temido, ya que el nivel del agua era increíblemente bajo. No hace falta entrar en detalles acerca de lo que encontraron. Merwin y Zenas estaban ambos allí, en parte, aunque prácticamente no quedaba de ellos más que el esqueleto. Había también un ciervo pequeño y un perro grande en parecido estado, y varios huesos de animales más pequeños. El cieno y el limo del fondo parecían inexplicablemente porosos y burbujeantes, y un hombre que bajó, sujeto por las manos y provisto de una larga pértiga, comprobó que podía hincar la vara de madera en el fango a la profundidad que quisiera sin encontrar ningún obstáculo sólido.

Acababa de ponerse el sol y trajeron faroles de la casa. Entonces, cuando comprendieron que no podían sacar nada más del pozo, fueron todos a la casa y conferenciaron en la antigua sala de estar mientras la intermitente luz de una media luna espectral iluminaba tenuemente la gris desolación del exterior. Los hombres estaban francamente anonadados ante aquel caso y no pudieron encontrar ningún factor convincente que vinculara las extrañas circunstancias que rodeaban a los vegetales, la desconocida enfermedad del ganado y de las personas, y las inexplicables muertes de Merwin y Zenas en el pozo infectado. Es verdad que habían oído el tema corriente de conversación de los campesinos; pero no podían creer que hubiese ocurrido algo contrario a las leyes naturales. Sin duda el meteoro había emponzoñado el suelo, pero la enfermedad de personas y animales que no habían comido nada crecido en aquel suelo, eso era diferente. ¿Se trataba del agua del pozo? Es muy probable. No sería mala idea analizarla. Pero ¿qué singular locura habría llevado a los dos muchachos a tirarse al pozo? Habían actuado de un modo tan parecido... y los fragmentos

demostraban que los dos habían padecido la muerte gris y quebradiza. ¿Por qué era todo tan gris y quebradizo?

Fue el juez de instrucción, sentado junto a una ventana que daba al patio, el primero en darse cuenta del resplandor que había alrededor del pozo. Era noche cerrada, y todos aquellos repugnantes terrenos parecían despedir una débil luminosidad más acusada que la de los intermitentes rayos de luna; pero aquel nuevo resplandor era más definido y nítido, y parecía surgir del negro agujero como el atenuado haz luminoso de un proyector, reflejándose débilmente en los pequeños charcos que el agua había formado en el suelo al vaciar el pozo. Tenía un color muy raro y, mientras todos los hombres se agrupaban alrededor de la ventana, Ammi se sobresaltó de manera furibunda. Pues el extraño destello de aquel mortecino miasma no le resultaba desconocido. Aquel color lo había visto antes, y le asustaba pensar lo que podría significar. Lo había visto hacía dos veranos en aquel desagradable glóbulo quebradizo del aerolito, lo había visto en la decrepita vegetación de la pasada primavera, y había creído verlo por un momento aquella misma mañana contra la pequeña ventana enrejada de aquella terrible habitación del desván donde habían ocurrido cosas indescriptibles. Había centelleado allí durante un segundo, y una viscosa y detestable corriente de vapor le había rozado al pasar... y a continuación el pobre Nahum había caído en manos de aquel color. Lo había dicho en su última hora... dijo que era como el glóbulo y las plantas. A continuación se había producido el desbocamiento del caballo en el patio y el chapoteo en el pozo... y ahora aquel pozo arrojaba en plena noche un pálido e insidioso destello del mismo color diabólico.

Dice mucho a favor de lo despierta que era la mente de Ammi el hecho de que en aquellos momentos de tanta tensión le diera vueltas en la cabeza a una cuestión que era básicamente científica. No pudo evitar asombrarse de haber recibido la misma impresión de una corriente de vapor vislumbrada en pleno día por una ventana abierta al cielo matinal, y de un efluvio nocturno en forma de neblina

fosforescente recortada contra el negro e inhóspito paisaje. No era normal... era contra natura... y recordó aquellas atroces últimas palabras pronunciadas por su acongojado amigo: «Viene de algún lugar donde las cosas no son como aquí... uno de los catedráticos lo dijo...»

Los tres caballos que estaban en el exterior de la casa, atados a un par de pimpollos secos que había junto al camino, empezaron a relinchar y a piafar frenéticamente. El conductor del carro se dirigió hacia la puerta para ver qué pasaba, pero Ammi lo agarró del hombro con mano temblorosa. «No salga», susurró. «Hay más cosas que tampoco sabemos. Nahum dijo que en el pozo vivía algo que chupa la vida. Dijo que debe tratarse de algo surgido de una bola redonda como la que todos vimos dentro del meteorito que cayó aquí en junio hará un año. Dijo que chupa y quema, y que es una nube de color exactamente igual que esa luz de ahí fuera, que apenas puede verse y que nadie sabe lo que es. Nahum creía que se alimentaba de todo lo viviente y que cada vez es más fuerte. Dijo que lo vio la semana pasada. Tiene que ser algo venido de muy lejos del cielo, como el año pasado dijeron los catedráticos de la universidad que era el meteorito. Su forma y su manera de actuar no tienen nada que ver con este mundo de Dios. Es algo que viene del más allá».

De modo que los hombres vacilaron, indecisos, mientras la luz del pozo aumentaba de intensidad y los caballos atados piafaban y relinchaban con creciente frenesí. Realmente fue un momento espantoso; además del terror que reinaba en aquella antigua casa maldita, estaban los cuatro montones de restos monstruosos —dos procedentes de la propia casa y dos del pozo— que había en la leñera de detrás, y aquel rayo de luz de desconocida e infame iridiscencia que surgía de las profundidades fangosas de delante. Ammi había detenido al conductor del carro llevado por un impulso, olvidando que él mismo había salido indemne en la habitación del desván después del roce viscoso de aquel horrible vapor coloreado, pero tal vez fue eso lo mejor que pudo haber hecho. Nadie sabrá

jamás lo que había afuera aquella noche; y aunque la abominación del más allá no había hecho daño de momento a ningún ser humano de mente no pusilánime, es imposible saber lo que podría haber hecho en el último momento, cuando su fuerza aumentase aparentemente y mostrase en seguida sus intenciones bajo el cielo medio nublado iluminado por la luna.

De repente, uno de los policías que estaba en la ventana lanzó un grito agudo. Los demás le miraron, y a continuación siguieron rápidamente la dirección hacia la que había levantado la vista y de repente la había detenido distraídamente. No hacían falta palabras. Lo que habían puesto en duda las habladurías de los campesinos ya no podía discutirse, y si jamás volvió a hablarse en Arkham de aquellos extraños días es porque todos los hombres de aquel grupo se pusieron de acuerdo en guardar el secreto. Es preciso dejar sentado que a aquella hora de la noche no soplaban nada de viento. Poco después se levantó un poco, pero en aquel momento no corría absolutamente ninguno. Ni siquiera las puntas secas del tardío jaramago^[234], grises y marchitas, ni los flecos del techo del carro estacionado se movían. Y, sin embargo, en medio de aquella tensa y atroz calma, las ramas desnudas de las copas de los árboles del patio estaban moviéndose. Temblaban morbosa y espasmódicamente, desgarrando con convulsiva y epiléptica furia las nubes bañadas por la luz de la luna; arañando con impotencia el nocivo aire, como si las sacudiera algún extraño e incorpóreo eslabón de horrores subterráneos que se retorciesen y forcejeasen bajo las negras raíces.

Durante varios segundos los hombres contuvieron la respiración. Luego, una nube todavía más oscura que las demás pasó por delante de la luna, y la silueta de las crispadas ramas se desvaneció momentáneamente. A todo eso se oyó un grito generalizado, amortiguado por el temor, pero ronco y casi idéntico en todas las gargantas. Pues el horror no se había desvanecido con la silueta, y en un espantoso instante de oscuridad más espesa los observadores vieron retorcerse en lo más alto de aquella copa un

millar de diminutos puntos que emitían un tenue e impío resplandor, coronando cada rama como el fuego de San Telmo^[235] o las lenguas de fuego que descendieron sobre las cabezas de los Apóstoles el día de Pentecostés^[236]. Era una monstruosa constelación de luces artificiales, como un saciado enjambre de luciérnagas necrófagas bailando una zarabanda de mil demonios sobre una ciénaga maldita; y su color era el mismo que el de aquella indescriptible intrusión que Ammi había llegado a reconocer y a temer. Entre tanto, la fosforescencia del pozo cada vez brillaba más, proporcionando a los hombres allí agrupados una sensación de sino y anormalidad que superaba con creces cualquier imagen que sus mentes conscientes pudieran concebir. *Ya no brillaba: salía a raudales*; y mientras aquel informe chorro de irreconocible color abandonaba el pozo, parecía desembocar directamente en el cielo.

El veterinario se estremeció y se dirigió a la puerta principal para echar la pesada tranca adicional. Ammi temblaba también y tuvo que esforzarse y señalar con el dedo, por falta de control en la voz, cuando quiso llamar la atención de los demás sobre la creciente luminosidad de los árboles. Los relinchos y el piafar de los caballos se habían vuelto completamente espantosos, pero de todo aquel grupo ni un alma se habría aventurado a salir de la vieja casa por nada del mundo. El brillo de los árboles aumentaba por momentos, mientras sus agitadas ramas parecían estirarse cada vez más hacia la verticalidad. La madera del cigoñal del pozo también brillaba, y acto seguido un policía, sin decir nada, señaló unos cobertizos de madera y unas colmenas que había al oeste, cerca de la tapia de piedra. Estaban empezando a brillar también, aunque de momento los trabados vehículos de los visitantes no parecían verse afectados. Entonces se produjo un atronador tumulto y un ruido de cascos de caballos en el camino, y cuando Ammi apagó la lámpara para ver mejor, se dieron cuenta de que la pareja de frenéticos rucios había roto el pimpollo al que estaban atados y huían con el carro.

La conmoción bastó para desatar varias lenguas y se intercambiaron embarazosos cuchicheos. «Se extiende sobre todas

las cosas orgánicas que hay por aquí», murmuró el médico forense. Nadie contestó, pero el hombre que había bajado al pozo insinuó que su larga pértiga debió de haber avivado algo intangible. «Fue horrible», añadió. «No había fondo en modo alguno. Sólo cieno y burbujas, y la sensación de algo oculto debajo...»

El caballo de Ammi seguía piafando y relinchando ensordecedoramente afuera en el camino, y casi ahogó la temblorosa voz de su dueño mientras mascullaba sus deshilvanadas reflexiones. «Viene de aquella piedra... creció allí abajo... se aprovecha de todas las cosas vivas... se alimenta de ellas, alma y cuerpo... Thad y Merwin, Zenas y Nabby... Nahum fue el último... todos bebieron aquella agua... se hizo más fuerte gracias a ellos... viene del más allá, donde las cosas no son como aquí... ahora vuelve al lugar de donde procede...»

En aquel momento, mientras la columna de color desconocido brillaba de pronto con mayor intensidad y empezaba a urdir esbozos de formas fantásticas que cada espectador describió más tarde de un modo distinto, el pobre Hero profirió un sonido como jamás ningún hombre había oído salir de un caballo. Todos los que se encontraban en aquella sala de estar de techo bajo se taparon los oídos, y Ammi se alejó de la ventana horrorizado y asqueado. No había palabras para expresar lo que vio... cuando miró de nuevo el desventurado animal yacía inerte, acurrucado en el suelo iluminado por la luna, entre las astilladas varas de la calesa. Allí se quedó hasta que lo enterraron al día siguiente. Pero aquel no era el momento adecuado para lamentarse, pues casi en el mismo instante uno de los policías les llamó silenciosamente la atención sobre algo terrible que había en la misma habitación donde se encontraban. A falta de la luz de la lámpara no cabía duda de que una débil fosforescencia había empezado a invadir todo el cuarto. Brillaba en el suelo de tablas y en los raídos jirones de la alfombra, y rielaba en los marcos de las ventanas de cristales pequeños. Subía y bajaba a toda velocidad por los cornijales^[237] al descubierto, centelleaba en el anaquel y en la repisa de la chimenea, y

contaminaba hasta las puertas y muebles. A cada momento adquiría mayor intensidad, y al final estaba claro que los seres vivos todavía sanos debían abandonar aquella casa.

Ammi les mostró la puerta trasera y el camino que conducía a los diez acres de pasto, atravesando los campos. Fueron dando traspiés, como en sueños, y no se atrevieron a mirar hacia atrás hasta encontrarse lejos en terreno alto. Agradecieron aquel sendero, pues no hubieran podido ir por el camino principal debido al pozo. Ya fue bastante tener que pasar por delante de los radiantes cobertizos y del establo, y de aquellos relucientes árboles del huerto con sus nudosos y diabólicos perfiles; aunque, gracias a Dios, las ramas altas eran las más retorcidas. Unos oscuros nubarrones ocultaron la luna cuando el grupo atravesó el rústico puente sobre Chapman's Brook, y tuvieron que andar a tientas desde allí hasta los prados en campo abierto.

Cuando miraron atrás, hacia el valle y la lejana granja de Gardner en el fondo del mismo, contemplaron un horrible espectáculo. Toda la granja brillaba con aquella horrorosa mezcla de colores desconocidos; hasta los árboles, los edificios e incluso la hierba y la vegetación que todavía no se había vuelto quebradiza y gris. Todas las ramas apuntaban hacia el cielo, coronadas con asquerosas lenguas de fuego, y vacilantes rescoldos de aquel mismo monstruoso fuego se deslizaban por las cumbres^[238] de la casa, del establo y de los cobertizos. Era una escena sacada de una visión de Fuseli^[239], y sobre todo el resto reinaba aquel derroche de amorfismo luminoso, aquel extraño y descomunal arco iris de enigmático veneno que brotaba del pozo... borboteando, palpando, chapoteando, extendiéndose, centelleando, deformándose y burbujeando malignamente en medio de aquel irreconocible cromatismo cósmico.

Acto seguido, sin previo aviso, aquella repugnante cosa salió disparada verticalmente hacia el cielo como un cohete o un meteoro, sin dejar tras ella ningún rastro y desapareciendo por un agujero redondo y curiosamente uniforme abierto en las nubes, antes de que

ninguno de los hombres pudiese lanzar un grito ahogado o gritar. Ningún observador podrá olvidar nunca aquel espectáculo, y Ammi se quedó mirando sin comprender nada a las estrellas de la constelación del Cisne, entre las que Deneb^[240] centelleaba por encima de las demás, mientras el desconocido color se confundía en la distancia con la Vía Láctea. Pero un momento después su mirada fue atraída velozmente hacia la tierra por la crepitación que se produjo en el valle. Fue sólo eso, un aserrado y una crepitación de maderas, no una explosión, como juraron muchos otros integrantes del grupo. Pero el resultado fue el mismo, ya que en un caleidoscópico y febril instante brotó de aquella condenada y maldita granja un reluciente cataclismo eruptivo de monstruosas chispas y sustancias, que enturbió la vista de los pocos que lo vieron, y envió hacia el cenit un bombardeante chaparrón de fragmentos tan fantásticos y de tales colores que nuestro universo no tiene más remedio que repudiar. A través de aquellos vapores que rápidamente volvieron a cerrarse, siguieron a aquella gran morbosidad que acababa de desaparecer, y al cabo de un segundo ellos también habían desaparecido. Detrás y debajo de aquellos hombres sólo había una oscuridad a la que no se atrevían a volver, y por todas partes soplaba un viento ascendente que parecía echarse encima en negras y heladas ráfagas procedentes de los espacios interestelares. Bramaba y rugía, y azotaba los campos y los distorsionados bosques en un furioso arrebató cósmico, hasta que el tembloroso grupo pronto se dio cuenta de que sería inútil esperar a que la luna mostrara lo que había quedado de la granja de Nahum.

Demasiado atemorizados incluso para aventurar alguna teoría, aquellos siete hombres regresaron temblorosos a Arkham por el camino del norte, caminando con dificultad. Ammi se encontraba peor que sus compañeros y les suplicó que le acompañasen hasta la cocina de su casa en vez de dirigirse directamente a la ciudad. No quería cruzar solo y cuando hubiera anochecido los bosques azotados por el viento para llegar a su casa por el camino principal.

Pues él había sufrido una conmoción adicional de la que los demás se habían librado, y estaba siempre abatido a causa de un inquietante temor que durante muchos años no se atrevió a mencionar. Mientras el resto de los que observaban desde aquella borrascosa colina habían vuelto sus imperturbables rostros hacia el camino, Ammi había mirado un momento hacia atrás para contemplar el sombrío valle de desolación en el que últimamente se había refugiado su malhadado amigo. Y desde aquel remoto lugar asolado había visto algo que se alzaba débilmente para hundirse de nuevo en el sitio desde el que había salido disparado hacia el cielo aquel gran horror informe. Era sólo un color... pero no era ningún color de nuestra Tierra ni de los cielos. Y como Ammi reconocía aquel color, y sabía que sus últimos y débiles restos debían estar todavía ocultos en el pozo, desde entonces no ha vuelto a estar completamente cuerdo.

Ammi no volvió a acercarse a aquel lugar. Hace más de medio siglo que ocurrió aquel horror, pero desde entonces no ha vuelto por allí y se alegrará cuando el nuevo embalse lo oculte. Yo también me alegraré, pues no me gusta cómo cambió de color la luz del sol cuando pasé cerca de la boca de aquel abandonado pozo. Espero que el agua tenga siempre mucha profundidad, pero aunque así sea nunca beberé de ella. No creo que vuelva a visitar la región de Arkham de ahora en adelante. Tres de los hombres que habían estado con Ammi volvieron a la mañana siguiente para ver las ruinas a la luz del día, pero no había ninguna ruina. Únicamente los ladrillos de la chimenea, las piedras del sótano, algunos residuos minerales y metálicos aquí y allá, y el borde de aquel nefando pozo. A excepción del caballo muerto de Ammi, que remolcaron y enterraron aquella misma mañana, y de la calesa, que en seguida devolvieron a su dueño, todas las cosas que habían tenido alguna vez vida habían desaparecido. Sólo quedaban cinco espeluznantes acres de polvoriento desierto gris, en los que no ha crecido nada desde entonces. Hasta el día de hoy se extiende a cielo abierto como una gran mancha corroída por el ácido en medio de los

bosques y campos, y los pocos que se han atrevido a echarle una ojeada a pesar de las habladurías de los campesinos lo llaman «el páramo maldito».

Las habladurías de los campesinos son muy curiosas. Y podrían ser todavía más curiosas si los hombres de la ciudad y los químicos de la universidad estuvieran lo suficientemente interesados como para analizar el agua de aquel pozo abandonado, o el polvo gris que ningún viento parece poder dispersar. Los botánicos deberían estudiar también la atrofiada flora que crece en los confines de aquel lugar, ya que podrían aclarar la teoría que circula por aquel territorio de que la plaga se está extendiendo... poco a poco, tal vez una pulgada al año. La gente dice que en primavera el color de la vegetación que crece en aquellos alrededores no es el apropiado y que cuando llega el invierno los animales salvajes dejan extrañas huellas en la ligera capa de nieve que la cubre. La nieve no parece tan espesa en el páramo maldito como en otras partes. Los caballos —los pocos que quedan en esta época motorizada— se vuelven asustadizos en el silencioso valle; y los cazadores no pueden fiarse de sus perros en las inmediaciones de la mancha de polvo grisáceo.

Dicen también que su influencia en las mentes de aquellas gentes ha sido muy nociva. Varias personas perdieron la razón en los años siguientes a la captura de Nahum, y siempre les faltó fuerza de voluntad para irse. Los más decididos abandonaron la zona, y sólo los extranjeros intentaron establecerse en aquellas viejas granjas derrumbadas. Pero no pudieron quedarse; y uno a veces se pregunta qué percepción fuera de nuestro alcance les ha proporcionado su absurdo e increíble surtido de magia susurrada. Se quejan de padecer horribles pesadillas por las noches en aquella atroz comarca; y sin duda la mera contemplación de aquel tenebroso dominio basta para excitar las más morbosas fantasías. Ningún viajero ha podido evitar una sensación de extrañeza en aquellas profundas quebradas, y los artistas se estremecen al pintar espesos bosques cuyo misterio es tanto espiritual como visual. Yo mismo siento curiosidad por la sensación que me produjo mi único

paseo solitario por aquellos parajes antes de que Ammi me contara su historia. Cuando anocheció deseé vagamente que se formaran algunas nubes, pues un extraño temor a los profundos espacios celestes me invadió el ánimo.

No me pidan mi opinión. No sé... esto es todo. Ammi era la única persona a quien se podía preguntar; pues la gente de Arkham no quiere hablar de aquellos extraños días, y los tres catedráticos que vieron el aerolito y su glóbulo coloreado están muertos. Había otros glóbulos... no les quepa la menor duda. Uno de ellos debió alimentarse a sí mismo y escapó, y seguramente había otro que llegó demasiado tarde. Sin duda todavía está en el fondo del pozo... creo que le pasaba algo a la luz del sol que vi reflejarse en aquel borde infecto. Los campesinos dicen que la plaga se desliza una pulgada al año, de modo que tal vez siga creciendo o alimentándose de alguna manera, incluso ahora. Pero, cualquiera que sea el demonio incubado que hay allí, debe estar trabado a algo, de lo contrario se extendería rápidamente. ¿Está sujeto a las raíces de aquellos árboles que dan zarpazos al aire? Una de las historias que circulan por Arkham habla de unos robles gruesos que resplandecen y se mueven de noche cuando no deberían hacerlo.

Lo que es, sólo Dios lo sabe. En cuanto a los hechos, supongo que la cosa que Ammi describió podría tratarse de un gas, pero aquel gas obedecía a unas leyes que no son de nuestro cosmos^[241]. No era fruto de los mundos ni de los soles que iluminan los telescopios y las placas fotográficas de nuestros observatorios. No era ningún soplo de los cielos, cuyos movimientos y dimensiones miden nuestros astrónomos o consideran demasiado vastos para medirlos. No era más que un color procedente del espacio exterior... un horrible mensajero de unos informes reinos de extensión ilimitada situados más allá de la Naturaleza que nosotros conocemos; unos reinos cuya mera existencia nubla el cerebro y nos aturde con los negros abismos extracósmicos que abre de par en par ante nuestra extraviada mirada^[242].

Dudo mucho que Ammi me mintiera deliberadamente, y no creo que su historia sea producto de una mente enloquecida, como había advertido la gente de la ciudad. Algo terrible llegó a las colinas y valles en aquel meteoro, y algo terrible —aunque ignoro en qué medida— sigue estando allí. Me alegraré cuando vea llegar el agua. Entretanto, espero que no le suceda nada a Ammi. Averiguó tanto de aquel ser... cuya influencia era tan insidiosa. ¿Por qué no ha sido capaz de alejarse de aquel lugar? Evidentemente recordaba aquellas últimas palabras de Nahum: «... no pudo escapar... te atrae... te das cuenta de que algo viene hacia ti, pero es inútil...» Ammi es tan buena persona... cuando la cuadrilla se ponga a trabajar en el embalse tengo que escribir al ingeniero jefe para que lo someta a una estrecha vigilancia. Lamentaría recordarlo como esa monstruosidad gris, retorcida y quebradiza que se empeña cada vez más en turbarme el sueño.

GENTE MUY ANTIGUA^[243]

Jueves

[3 de noviembre de 1927]

Querido Melmoth:

... ¿Así que estás dedicado a ahondar en el dudoso pasado de Vario Avito Basiano, ese detestable joven asiático? ¡Uf! ¡Hay pocas personas a las que aborrezca más que a esa maldita rata siria!

Mi reciente lectura de la Eneida de James Rhoades —traducción que no había leído hasta ahora, y más fiel a P. Marón^[244] que ninguna otra versión versificada de cuantas he visto, incluida la de mi difunto tío el doctor Clark, que no vio la luz—, me ha retrotraído a los tiempos de Roma. Esta diversión virgiliana, junto con los pensamientos espectrales propios de la víspera de Todos los Santos con sus aquelarres en los montes, me suscitaron la noche del lunes pasado un sueño sobre Roma de una claridad y una intensidad tan supremas, y de tan enormes posibilidades de oculto horror, que pienso en serio utilizarlo algún día en mis escritos de ficción. Soñar con Roma no era raro en mi juventud —no pocas noches seguí al divino Julio por la Galia como tribuno militar^[245]—; pero hacía tanto tiempo que había dejado de hacerlo que el actual sueño me produjo extraordinaria impresión.

Era un inflamado crepúsculo o atardecer en el pueblecito provinciano de Pompelo^[246], al pie de los Pirineos de la Hispania Citerior. Debía de ser uno de los últimos años de la república porque la provincia estaba gobernada aún por un procónsul^[247] senatorial

en vez de un pretor^[248] delegado de Augusto, y el día era el primero antes de las calendas^[249] de noviembre. Los montes se alzaban escarlata y oro al norte del pueblecito, y el sol occidental brillaba místico y rojizo en los edificios nuevos de tosca piedra y yeso del foro polvoriento y en las paredes de madera del circo que se alzaba a poca distancia hacia el este. Ciudadanos de todas las clases — colonos romanos de frente ancha y nativos romanizados de pelo áspero, junto con evidentes mestizos de ambos linajes, vestidos por igual con togas baratas de lana, legionarios con casco y capa tosca, barbados miembros de tribus vasconas del entorno— atestaban el foro y las pocas calles pavimentadas, dominados por un vago y mal definido desasosiego. Yo acababa de apearme de la litera en la que los portadores ilirios me habían traído con cierta premura de Calagurris^[250], al otro lado del Iber^[251] en dirección sur. Al parecer yo era un cuestor^[252] provincial llamado L.^[253] Celio Rufo, y había sido convocado por el procónsul, P. Escribonio Libo, que había llegado de Tarraco^[254] unos días antes. Los soldados formaban la quinta cohorte^[255] de la XII legión, bajo el mando del tribuno militar Sex.^[256] Aselio; y Cn.^[257] Balbutio, legado^[258] de la región entera, había venido también de Calagurris, donde se hallaba el cuartel permanente. El motivo de la conferencia era un horror que acechaba en los montes. Los habitantes del pueblo estaban asustados, y habían suplicado la presencia de una cohorte de Calagurris. Era la estación terrible del otoño, y los ingobernables habitantes de las montañas se preparaban para las ceremonias horribles de las que sólo se hablaba en voz baja en los pueblos. Era una gente antiquísima que habitaba en lo alto de los montes y hablaba una lengua entrecortada que los vascones no entendían. Raramente se les veía; aunque unas pocas veces al año mandaban pequeños emisarios de piel amarilla y ojos bizcos (semejantes a los escitas) a tratar con los mercaderes por medio de gestos; y cada primavera y otoño celebraban en los picos sus ritos infames, cuyos alaridos y fogatas-altares inspiraban terror en las aldeas. Siempre en la víspera de las calendas de mayo y de noviembre. Justo antes de

esas fechas ocurrían desapariciones de personas, y no se volvía a saber de ellas. Y se rumoreaba que los pastores y los campesinos nativos no miraban mal a esta gente antigua, y que más de uno se ausentaba de su cabaña antes de las doce de esos dos espantosos aquelarres. Este año el terror era grande porque la gente sabía que esta gente antigua estaba irritada con el pueblo de Pompelo. Tres meses antes habían bajado de las montañas cinco enviados de ojos bizcos, y tres de ellos habían muerto en una reyerta del mercado. Los otros dos regresaron mudos a las montañas... *y este otoño no hubo ninguna desaparición*. Había amenaza en esta inmunidad. No era propio de la gente antigua prescindir de víctimas en sus aquelarres. Parecía demasiado bueno para que fuera normal, y los habitantes de Pompelo estaban asustados. Durante muchas noches habían estado oyendo un lúgubre batir de tambores en los montes, y finalmente el edil^[259] Tib.^[260] Aneo Estilpo (de sangre mitad nativa) había mandado un emisario a Balbutio, solicitando una cohorte que acabase con el aquelarre de esa noche terrible. Balbutio se negó con indiferencia, alegando que el temor de los ciudadanos carecía de fundamento, y que los ritos horrendos del pueblo de los montes no concernían a Roma, a menos que constituyesen una amenaza para nuestros propios ciudadanos. Yo, sin embargo, que al parecer era amigo íntimo de Balbutio, me había mostrado en desacuerdo con él, le dije que había estudiado el saber tenebroso y prohibido, y creía que esa gente antiquísima podía infligir casi cualquier calamidad al pueblo, que al fin y al cabo era colonia romana y albergaba gran número de ciudadanos; la misma madre del edil solicitante, Helvia, era romana pura, hija de M.^[261] Helvio Cinna, que había llegado con el ejército de Escipión. En consecuencia, yo había enviado un esclavo —un griego bajo y vivaracho llamado Antipateral procónsul con cartas; y Escribonio había escuchado mis ruegos y había ordenado a Balbutio que mandase a Pompelo su quinta cohorte, con Aselio al mando, la víspera de las calendas de noviembre, entrase en los montes al atardecer, acabase con cualquier orgía que encontrase, y llevase a cuantos prisioneros

hiciese a Tarraco para que compareciesen ante el próximo propretor^[262]. Balbutio, no obstante, había protestado, lo que había dado lugar a más correspondencia. Escribí tanto que el procónsul acabó seriamente interesado, y había decidido hacer una investigación personal sobre el horror. Finalmente se había desplazado a Pompelo con sus lictores^[263] y su guardia; allí escuchó la suficiente información como para sentirse bastante impresionado y turbado, y decidirse por ordenar con firmeza la erradicación del aquelarre. Deseoso de consultar con alguien que hubiera estudiado el asunto, me mandó que acompañase a la cohorte de Aselio; Balbutio había acudido también para insistir en su opinión contraria, porque sinceramente creía que una acción militar rigurosa inspiraría un peligroso sentimiento de malestar en los vascones tribales y los establecidos. Así que aquí estábamos todos, en el místico crepúsculo de los montes otoñales: el viejo Escribonio Libo con su toga pretexta^[264], la luz dorada incidiendo en su cabeza calva y reluciente y su arrugado rostro de halcón, Balbutio con su casco y su peto resplandecientes, los labios comprimidos en concienzuda y tenaz oposición, el joven Aselio con sus grebas bruñidas y su sonrisa de superioridad, y una curiosa muchedumbre de ciudadanos, legionarios, gentes tribales, campesinos, lictores, esclavos y escoltas. Yo llevaba una toga corriente, sin ningún distintivo que me identificase de manera especial. Y en todas partes acechaba el horror. Los hombres del pueblo y del campo apenas osaban hablar en voz alta, y los del séquito de Libo, que llevaban allí cerca de una semana, parecían un poco contagiados de ese miedo desconocido. Incluso el viejo Escribonio parecía muy grave, y las voces fuertes de los que llegamos más tarde parecían contener cierta calidad inoportuna; como si estuviésemos en unas honras fúnebres o en el templo del algún dios místico. Entramos en el pretorio^[265], y tuvimos una grave conversación. Balbutio insistió en sus objeciones, y fue apoyado por Aselio, quien despreciaba totalmente a los nativos, aunque consideraba desaconsejable excitarlos. Ambos soldados sostenían que era mejor enfrentarse a

una minoría de colonos y nativos civilizados que a una probable mayoría de gente tribal y campesina al aplastar aquellos ritos espantosos. Yo, por mi parte, renové mi recomendación de actuar, y me brindé a acompañar a la cohorte en cualquier expedición que emprendiese. Señalé que los bárbaros vascones eran turbulentos e imprevisibles a lo más, de manera que tarde o temprano serían inevitables las escaramuzas con ellos, fuera cual fuese nuestra decisión; que hasta ahora no habían demostrado ser adversarios peligrosos para nuestras legiones, y que condecía muy mal con los representantes del pueblo romano consentir que unos bárbaros dañasen unas normas que la justicia y el prestigio de la República exigían. Que, por otro lado, la eficiencia en la administración de una provincia dependía ante todo de la seguridad y buena voluntad del elemento civilizado en cuyas manos estaba la maquinaria local del comercio y la prosperidad, y en cuyas venas circulaba gran parte de nuestra sangre italiana. Estos, aunque fuesen en número una minoría, eran el elemento estable en cuya constancia se podía confiar, y cuya cooperación uniría muy firmemente la provincia al imperio del Senado y al pueblo romano. Era a la vez un deber y una ventaja proporcionarles la protección debida a ciudadanos romanos, aun a costa (aquí lancé una mirada sarcástica a Balbutio y a Aselio) de una pequeña molestia e intervención, y una breve interrupción en las partidas de damas y peleas de gallos del campamento de Calagurris. Que no dudaba, por mis estudios, que el peligro para el pueblo y los habitantes de Pompelo era real. Había leído muchos rollos procedentes de Siria y Egipto, y de los pueblos crípticos de Etruria, y había hablado largamente con el sanguinario sacerdote de Diana Aricina, en el templo que poseía en el bosque que bordeaba el Lacus Nemoensis^[266]. En esos aquelarres había males espantosos que podían ser invocados de los montes; males que no debían existir en los territorios del pueblo romano; y permitir orgías como las que era sabido que se celebraban en los aquelarres, se acordaba muy poco con las costumbres de aquellos cuyos antepasados, cuando A.^[267] Postumio era cónsul, habían ejecutado

tantos ciudadanos romanos por practicar bacanales, asunto que había fijado para siempre en la memoria el senadoconsulto^[268] de las Bacanales, poniéndolo en bronce^[269], y a la vista de todos. Reprimido a tiempo, antes de que el desarrollo de los ritos pudiera traer nada con lo que el hierro de un pilo^[270] no pudiese contender, el aquelarre no representaría demasiado para la fuerza de una simple cohorte. Sólo haría falta prender a los participantes; y si se perdonaba a buena parte de los que eran meros espectadores se lograría reducir considerablemente el rencor de quienquiera que simpatizase con la gente de los montes. En resumen, tanto el principio como la política exigían una intervención severa, y no dudaba que Publio Escribonio, teniendo en cuenta la dignidad y las obligaciones del pueblo romano, abrazaría su plan de despachar la cohorte, a la que me uniría, pese a las objeciones que Balbutio y Aselio —que en realidad hablaban más como provincianos que como romanos— veían conveniente plantear y multiplicar. El sol declinante estaba ahora muy bajo, y el pueblo callado parecía envuelto en un encanto maligno e irreal. Entonces el procónsul P. Escribonio dio su aprobación de mis palabras, me integró en la cohorte con el grado provisional de centurión primo pilo^[271], con la aquiescencia de Balbutio y Aselio, el primero de mejor grado que el segundo. Mientras el crepúsculo se adueñaba de las laderas silvestres y otoñales, un batir espantoso y acompasado de extraños tambores llegaba de lejos con ritmo terrible. Algunos legionarios dieron muestras de atemorizarse, pero una orden tajante los puso en formación, y la cohorte entera no tardó en llegar al llano despejado al este del circo. El propio Libo, al igual que Balbutio, insistió en acompañar a la cohorte; pero hubo dificultades en conseguir un guía nativo que señalase los senderos que subían a la montaña. Finalmente un joven llamado Vercelio, hijo de padres romanos puros, accedió a llevarnos más allá del pie de los montes. Iniciamos la marcha ya oscurecido, con la hoz delgada de una luna joven temblando sobre el bosque, a nuestra izquierda. Lo que más nos inquietaba era *el hecho de que el aquelarre fuera a celebrarse*.

Sin duda habría llegado a los montes la noticia de que se acercaba la cohorte, e incluso la falta de una decisión definitiva no podía hacer el rumor menos alarmante; sin embargo, los siniestros tambores tocaban como en otras ocasiones, como si los celebrantes tuviesen algún motivo concreto para no importarles si las fuerzas del pueblo de Roma marchaban contra ellos o no. El sonido aumentaba a medida que nos adentrábamos en el vacío ascendente entre los montes, se cerraban las laderas de cada lado, y se hacían visibles los troncos curiosamente fantásticos a la luz de nuestras antorchas balanceantes. Todos marchaban a pie salvo Libo, Balbutio Aselio, dos o tres centuriones y yo; finalmente el camino se hizo tan empinado y estrecho que los que íbamos montados tuvimos que dejar los caballos; una escuadra de diez hombres se quedó atrás para guardarlos, aunque no era probable que saliesen partidas de ladrones en semejante noche de terror. De vez en cuando parecía como si vislumbrásemos una forma acechando entre los árboles cercanos, y, tras media hora de ascenso, lo empinado y estrecho del camino hizo que el avance de tan grande número de hombres — más de 300 en total— se volviese penoso y difícil. Entonces, de manera sobrecogedoramente inesperada, oímos algo espantoso abajo. Eran los caballos atados: habían chillado... no relinchado, sino chillado... pero no se veía ninguna luz, ni se oía ningún sonido humano que nos revelase la causa. Al mismo tiempo comenzaron a arder hogueras en los picos de enfrente, de manera que el terror parecía acechar igualmente delante y detrás de nosotros. Buscamos a Vercelio, nuestro guía, y descubrimos un guiñapo empapado en sangre: en la mano tenía una espada corta arrancada del cinto de D. [272] Vibulano, subcenturión [273], y su rostro tenía tal expresión de terror que los más curtidos veteranos palidecieron al verle. Se había dado muerte al oír gritar a los caballos... él, que había nacido y vivido toda la vida en esta región, y sabía lo que se murmuraba acerca de los montes. Las antorchas empezaron ahora a perder intensidad, y los gritos de los legionarios asustados se mezclaron con los chillidos de los caballos atados. El aire se volvió

notablemente frío más repentinamente de lo que suele ser normal en las proximidades de noviembre, y parecía agitado por terribles ondulaciones que no pude por menos de relacionar con un batir de alas enormes. Ahora se detuvo toda la cohorte; y mientras las antorchas se debilitaban cada vez más, distinguí lo que me parecieron sombras fantásticas recortadas en el cielo por la luminosidad espectral de la Vía Láctea a su paso por las constelaciones de Perseo, Casiopea, Cefeo y el Cisne. Luego, de repente, se borraron todas las estrellas, incluso las brillantes Deneb y Vega que habíamos tenido delante, y las solitarias Altair y Fomalhaut^[274], detrás. Cuando las antorchas se apagaron del todo, quedaron sobre la aterrada y frenética cohorte sólo los malignos y horribles fuegos-altares de los picos; infernales y rojizos, recortaron ahora siluetas enormes y enloquecedoras de seres bestiales que saltaban como nunca había contado ningún sacerdote frigio ni ningún anciano venerable de Campania en la más insensata de sus consejas. Y por encima de los chillidos a oscuras de hombres y caballos, el batir de los infernales tambores se elevó a un grado de paroxismo, mientras un viento helado sobrecogedoramente consciente y deliberado descendía de alturas formidables y se enroscaba alrededor de cada hombre, hasta que toda la cohorte se encontró luchando y gritando en la oscuridad, como un remedo de la muerte de Laocoonte y sus hijos. Sólo el viejo Escribonio Libo parecía resignado. Profería unas palabras, en medio de los gritos, que aún resuenan en mis oídos: «*Malitia vetus: malitia vetus est... venit... tandem venit*^[275]...»

Y entonces desperté. Es el sueño más vívido que he tenido en años, inspirado en veneros del subconsciente largo tiempo intactos y olvidados. Del fin de aquella cohorte no hay constancia ninguna; pero al menos se salvó el pueblo. Porque las enciclopedias hablan de Pompelo, que aún existe hoy con el moderno nombre español de Pompelona^[276]...

Tuyo por la Supremacía Gótica,

C · Ivivs · Vervs · Maximivs

HISTORIA DEL *NECRONOMICON*^[277]

Título original: *Al Azif*: *Azif* es el término que los árabes utilizan para designar ese sonido nocturno (producido por los insectos) que suponen que son aullidos de demonios^[278].

Compuesto por Abdul Alhazred^[279], poeta loco de Sanaá, en Yemen, del que se dice que floreció durante el periodo de los califas Omeya, hacia el año 700 d. C., quien visitó las ruinas de Babilonia y los subterráneos secretos de Menfis, y pasó diez años en la soledad del gran desierto del sur de Arabia —el *Rub al-Jali* o «Espacio Vacío» de los antiguos, y el desierto «dahna» o «carmesí» de los árabes modernos—, del que se decía que estaba habitado por espíritus malignos protectores y monstruos de la muerte. De este desierto refieren muchos prodigios extraños e increíbles quienes afirman haberlo penetrado. En sus últimos años Alhazred vivió en Damasco, donde escribió el *Necronomicon (Al Azif)*, y se cuentan cosas terribles y contradictorias sobre su muerte o desaparición (738 d. C.). Dice Ebn Khallikan^[280] (biógrafo del siglo XII) que fue arrebatado por un monstruo invisible en pleno día, y devorado ante gran número de paralizados testigos. De su locura se dicen muchas cosas^[281]. Él afirmaba haber visto la fabulosa Irem, o Ciudad de las Columnas^[282], y haber descubierto bajo las ruinas de cierta ciudad desierta y desconocida los anales temibles y secretos de una raza más antigua que la humanidad. Fue sólo musulmán indiferente, y rendía culto únicamente a dos entidades desconocidas que él llamaba Yog-Sothoth y Cthulhu.

En el año 950 d. C., el *Azif*, que había alcanzado considerable aunque subrepticia circulación entre los filósofos de la época, fue traducido secretamente al griego por Theodorus Philetas^[283] de Constantinopla con el título de *Necronomicon*. Durante un siglo incitó a ciertos experimentadores a terribles ensayos, hasta que fue prohibido y quemado por el patriarca Miguel^[284]. Después de lo cual se habló de él de manera reservada; sin embargo, en la Edad Media (en 1228) Olaus Wormius^[285] hizo una traducción latina; este texto latino fue impreso más tarde dos veces —una en el siglo xv en caracteres góticos (evidentemente en Alemania) y otra en el siglo xvii (probablemente en España)—, las dos sin referencias identificativas, si bien se ha podido dilucidar su época y procedencia gracias al testimonio implícito de la tipografía. Tanto la versión latina como la griega fueron condenadas por el papa Gregorio IX en 1232, al poco tiempo de aparecer en latín, que fue cuando llamó la atención. El original árabe se perdió en tiempos de Olaus Wormius, como indica su nota preliminar; y no se tiene noticia de que haya aparecido ningún ejemplar de la edición griega —que fue impresa en Italia entre 1500 y 1550 desde que ardiera la biblioteca de cierto individuo de Salem en 1692. La traducción inglesa realizada por el doctor Dee^[286] no fue impresa jamás, y de ella sólo existen fragmentos recuperados del manuscrito original. De los textos latinos hoy existentes (s. xv) se sabe que uno se guarda en el Museo Británico bajo llave, y el otro (s. xvii) se encuentra en la Bibliothèque Nationale de París. Hay una edición del siglo xvii en la Biblioteca Widener de Harvard, y en la biblioteca de la Universidad Miskatonic, en Arkham. Otra hay también en la Universidad de Buenos Aires^[287]. Es probable que existan bastantes ejemplares más en secreto, y se dice que uno del siglo xv forma parte de la colección de un célebre millonario americano. Un rumor más vago atribuye la preservación de un texto griego del siglo xvi a la familia Pickman, de Salem; pero de ser efectivamente cierto esto, se perdió con la desaparición del artista R. U. Pickman en 1926. El libro ha

sido rigurosamente prohibido por las autoridades en casi todos los países, y por todas las jerarquías de las diferentes iglesias. Su lectura acarrea terribles consecuencias. Fue de los rumores sobre este libro (del que son relativamente pocos los que tienen conocimiento) de donde se dice que R. W. Chambers sacó la idea de su primera novela, *El rey de amarillo*.

Cronología

Al Azif, escrito hacia 730 d. C. En Damasco, por Abdul Alhazred.
Trad. al griego en 950 d. C. como el *Necronomicon*, por Theodorus Philetas.

Condenado a la hoguera por el patriarca Miguel en 1050 (es decir, el texto griego). El texto árabe perdido entonces.

Olaus Wormius lo traduce del griego al latín en 1228.

1232 edición latina (y griega) condenada por el papa Gregorio IX.

14... impresión en caracteres góticos (Alemania).

15... Se imprime el texto griego en Italia.

16... se reimprime el texto latino en España^[288].

IBID^[289]

(«... como dice Ibid en sus famosas *Vidas de poetas*»
—de una disertación de estudiante^[290].)

Es tan frecuente la idea equivocada de que Ibid es autor de las *Vidas*, incluso entre los que presumen de cierto grado de cultura, que merece la pena corregirla. Debería ser de dominio público que el autor de dicha obra es Cf. Por otro lado, la obra maestra de Ibid es la famosa *Op. cit.*, en la que sintetizó de una vez por todas las distintas tendencias ocultas de expresión grecorromana con admirable penetración, pese a la fecha sorprendentemente tardía en que Ibid la escribe. Hay una falsa teoría —muy comúnmente reproducida en los libros modernos anteriores a la monumental *Geschichte der Ostrogothen in Italien*, de Von Schweinkopf— según la cual Ibid fue un visigodo romanizado de la horda de Ataúlfo que se estableció en Placentia hacia 410 d. C. Nunca estará de más insistir en lo contrario; porque Von Schweinkopf, y posteriormente Littlewit^[291] y Bêtenoir^[292] han demostrado de manera irrefutable que esta figura sorprendentemente aislada fue romana genuina —o al menos todo lo genuina que esa degenerada y mestizada época podía producir—, de la que bien podría decirse lo que Gibbon dijo de Boecio, «que fue el último al que Catón o Tulio habrían reconocido como su compatriota^[293]». Era, igual que Boecio y prácticamente todos los hombres eminentes de su época, de la gran familia Anicia, y su genealogía entroncaba, con gran exactitud y autosatisfacción, con todos los héroes de la república. Su nombre completo —largo y pomposo, de acuerdo con la costumbre de una

época que había perdido la sencillez trinómica de la nomenclatura romana clásica—, tal como lo registra Von Schweinkopf^[294], era Cayo Anicio Magno Furio Camilo Emiliano Cornelio Valerio Pompeyo Julio Ibido; aunque Littlewit^[295] rechaza *Emiliano* y añade *Claudio Derio Juniano*; en tanto Bêtenoir^[296] discrepa radicalmente, dando el nombre completo de Magno Furio Camilo Aurelio Antonino Flavio Anicio Petronio Valentiniano Egido Ibido.

El eminente crítico y biógrafo nació en el año 486, poco después de la extinción de la soberanía romana en la Galia con Clodoveo^[297]. Roma y Ravena se disputan el honor de su cuna, aunque lo cierto es que recibió su formación retórica y filosófica en las escuelas de Atenas, el alcance de cuya supresión por Teodosio^[298] un siglo antes han exagerado crasamente los superficiales. En el año 512, al principio del reinado del ostrogodo Teodorico^[299], le vemos como profesor de retórica en Roma, y en 516 ostentaba el consulado junto con Pompilio Numantino Bombastes Marcelino Deodamnato. A la muerte de Teodorico en 526, Ibido se retiró de la vida pública para componer su célebre obra (cuyo estilo ciceroniano puro representa un notable caso de atavismo clásico, como el verso de Claudio Claudiano^[300], que floreció un siglo antes de Ibido); pero más tarde fue vuelto a llamar a escenarios de pompa para que ejerciese como retórico de corte con Teodato^[301], sobrino de Teodorico.

A la usurpación de Vitiges^[302], Ibido cayó en desgracia y estuvo en prisión durante un tiempo; pero la llegada del ejército romano-bizantino mandado por Belisario le devolvió la libertad y los honores. Durante el asedio de Roma sirvió valerosamente en el ejército de los defensores, y después siguió las águilas de Belisario a Alba, Porto y Centumcellae^[303]. Tras el sitio de los francos a Milán, Ibido fue escogido para acompañar al docto obispo Dacio^[304] a Grecia, y residió con él en Corinto en el año 539. Hacia 541 se trasladó a Constantinopla, donde recibió todas las muestras del favor imperial de Justiniano y de Justino II^[305]. Los emperadores Tiberio y

Mauricio^[306] le honraron conforme a lo proyectado de su edad, y contribuyeron en gran medida a su inmortalidad; especialmente Mauricio, que se placía en remontar su estirpe hasta la vieja Roma a pesar de su nacimiento en Arabissos (Capadocia). Fue Mauricio quien, al cumplir el poeta los 101 años, aseguró la aceptación de su obra como libro de texto en las escuelas del imperio, honor que tuvo un precio fatal en las emociones del anciano retórico, ya que expiró pacíficamente en su casa vecina a la iglesia de Santa Sofía, seis días antes de las calendas de septiembre, 587 d. C., a los 102 años de edad.

Sus restos, pese a la situación turbulenta de Italia, fueron transportados a Ravena para darles sepultura; pero tras ser enterrados en el suburbio de Classe, fueron exhumados y escarnecidos por el lombardo duque de Spoleto, quien llevó su cráneo al rey Autario^[307] para que lo utilizase de ponchera. El cráneo de Ivid pasó orgullosamente de rey a rey de la estirpe lombarda. Tras la captura de Pavía por Carlomagno en 774, le fue arrebatado al decrepito Desiderio^[308], y transportado en el tren del conquistador franco. Fue con este vaso, efectivamente, con el que el papa León administró la unción real que transformó al nómada-héroe en emperador sacrorromano. Carlomagno se llevó el cráneo de Ivid a su corte de Aix, regalándolo poco más tarde a su maestro sajón Alcuino^[309], a cuya muerte en 804 fue enviado a los parientes de Alcuino en Inglaterra.

Guillermo el Conquistador^[310] lo encontró en un nicho de una abadía donde la piadosa familia de Alcuino lo había depositado (creyendo que se trataba del cráneo de un santo^[311] que milagrosamente había aniquilado a los lombardos con sus plegarias), y tributó reverencia a su ósea antigüedad; e incluso los rudos soldados de Cromwell, durante la destrucción de la abadía de Ballylough en Irlanda, en 1650 (adonde fue secretamente transportado por un devoto papista en 1539 tras la disolución de los monasterios ingleses ordenada por Enrique VIII), se abstuvieron de infligir ninguna violencia a tan venerable reliquia.

Se apoderó de él el soldado raso Read-'em-and-Weep [Leedlos y llorad] Hopkins, quien no mucho después se lo cedió a Rest-in-Jehovah [Descanse en Jehovah] Stubbs^[312] a cambio de una mascada de tabaco de Virginia. Stubbs, en el momento de mandar a su hijo Zerubbabel a Nueva Inglaterra en busca de fortuna en 1661 (porque no le agradaba el clima de la Restauración para un piadoso joven soldado), le dio el cráneo de san Ivid —o más bien del hermano Ivid, puesto que detestaba todo lo papista— a modo de talismán. Y Zerubbabel, llegado a Salem, lo guardó en una alacena junto a la chimenea de la modesta casa que se construyó junto a la bomba del pueblo. Sin embargo, no se había librado enteramente de la influencia de la Restauración; y habiéndose vuelto adicto al juego, perdió el cráneo frente a un tal Epenetus Dexter^[313], ciudadano de Providence, que se encontraba de visita.

Estaba en la casa de Dexter, situada en la parte norte de la ciudad próxima a la actual intersección de North Main Street y Onley Street, cuando Canonchet efectuó una incursión, el 30 de marzo de 1676, durante la guerra del rey Felipe^[314]; y el astuto *sachem*^[315], reconociéndolo al punto como un objeto de especial veneración y dignidad, lo envió como símbolo de alianza a una facción pequot^[316] de Connecticut, con la que estaba en negociaciones. El 4 de abril Canonchet fue capturado por los colonialistas y ejecutado poco después; pero la austera cabeza de Ivid continuó sus vagabundeos.

Los pequot, debilitados a causa de una guerra anterior, no pudieron proporcionar ahora ayuda a los derrotados narragansett; y en 1680 un holandés mercader de pieles de Albany llamado Petrus van Schaack se hizo con el cráneo por la modesta suma de dos florines, al reconocer su valor en la borrosa inscripción tallada en minúsculos caracteres lombardos (hay que decir que la paleografía era una de las principales habilidades de los mercaderes de pieles de Nueva Holanda del siglo xvii):

Ἰβιδῶν ἱερωτῶν ῥομανῶν

La reliquia, lamento decir, le fue robada a Van Schaak en 1683 por un mercader francés, Jean Grenier, cuyo celo papista reconoció los rasgos de aquel a quien, en rodillas de su madre, le habían enseñado a venerar como san Ibide. Una noche Grenier, encendido de virtuosa ira al ver tal símbolo sagrado en poder de un protestante, le abrió la cabeza a Van Schaak de un hachazo y huyó al norte con el botín; poco más tarde, no obstante, fue asesinado y robado por el viajero mestizo Michel Savard, el cual se apoderó del cráneo —pese a que su ignorancia le impidió reconocer su valor— para añadirlo a una colección de parecido pero más reciente material.

A su muerte en 1701, su hijo mestizo Pierre lo vendió junto con otros artículos a unos emisarios de los sac y los fox^[317], y una generación más tarde Charles de Langlade, fundador de la factoría de Green Bay (Wisconsin), lo descubrió fuera de la tienda del jefe. De Langlade miró aquel objeto sagrado con la debida veneración, y lo rescató al precio de muchas cuentas de vidrio; sin embargo, a su muerte se encontró en muchas otras manos, pasando por los asentamientos de la cabecera del lago Winnebago, por las tribus vecinas al lago Mendota, yendo a parar finalmente, a principios del siglo XIX, a un tal Solomon Luneau, un francés de la nueva factoría de Milwaukee, junto al río Menominee y a orillas del lago Michigan.

Fue vendido después a otro colono, Jacques Caboche, quien a su vez lo perdió en 1850 en una partida de ajedrez o de póquer frente a un recién llegado llamado Hans Zimmerman; éste lo usó como jarra de cerveza, hasta que un día, bajo los efectos de su contenido, dejó que rodara por los escalones de la entrada de su casa hacia el camino del prado, donde cayó en la madriguera de un

perro de las praderas^[318], y no logró recuperarlo después cuando despertó.

Y así, durante generaciones, el venerable cráneo de Cayo Anicio Magno Furio Camilo Emiliano Cornelio Valerio Pompeyo Julio Ivido, cónsul de Roma, favorito del emperador y santo de la iglesia romana, permaneció oculto bajo el suelo de una ciudad en expansión. Adorado al principio mediante ritos oscuros por los perros de las praderas, que veían en él a una deidad enviada del mundo superior, cayó después en el completo olvido, cuando esta raza de simples y cándidos excavadores sucumbió bajo la depredación de los conquistadores arios. Llegaron las alcantarillas, pero lo pasaron por alto. Se levantaron casas —2.303, o más—; y finalmente, una noche nefasta ocurrió algo enorme. La sutil naturaleza, en un desbordamiento de éxtasis espiritual, como la espuma de la antigua bebida de dicha región, humilló al altivo y exaltó al humilde; y, ¡oh prodigio!, en el rosáceo amanecer, los burgueses de Milwaukee se levantaron para descubrir que lo que antes fuera prado era ahora montaña. Gigantesco y tremendo fue el levantamiento. Y arcanos subterráneos, ocultos durante años, salieron finalmente a la luz. ¡Porque allí, en las quiebras de la calzada, yacía blanqueado y tranquilo, en dulce, santa y consular pompa, el cráneo abovedado de Ivid!

EL HORROR DE DUNWICH^[319]

Las Gorgonas, las Hidras y las Quimeras —horribles leyendas de Celeno y las Harpías^[320]— pueden reproducirse en el cerebro de la gente supersticiosa... pero ya estaban allí desde mucho antes. Son transcripciones, modelos... los arquetipos están dentro de nosotros y son eternos. ¿Cómo, si no, podría llegar a afectarnos el relato de lo que sabemos con toda seguridad que es falso? ¿Será que concebimos naturalmente el terror de tales entes en tanto que pueden infligirnos un daño físico? ¡No, ni mucho menos! *Esos terrores están ahí desde mucho antes*. Se remontan a antes de que existiese el cuerpo humano... sin él, daría lo mismo... El hecho de que el miedo de que tratamos aquí sea puramente espiritual —tan intenso en proporción como sin objeto en la Tierra, y que predomine en el periodo de nuestra impecable infancia— plantea problemas cuya solución puede aportarnos alguna idea verosímil acerca de nuestra condición previa a la creación del mundo y un vistazo, en todo caso, al sombrío territorio de la preexistencia.

Charles Lamb, "Witches and Other Night-Fears"^[321]

I

Cuando el que viaja por el norte de la región central de Massachusetts se equivoca de bifurcación al llegar al cruce de carreteras de peaje a Aylesbury^[322], nada más pasar Dean's Corners, se encuentra con una solitaria y extraña comarca. El terreno va ganando altura y los muros de piedra cubiertos de brezo van encajonando cada vez más la polvorienta y sinuosa carretera llena de baches. Los árboles de las frecuentes zonas boscosas parecen demasiado grandes, y la maleza, las zarzas y la hierba alcanzan una exuberancia que no es corriente encontrar en las

zonas habitadas. Al mismo tiempo los campos cultivados son extraordinariamente escasos y áridos, mientras que las pocas casas dispersas presentan un sorprendente aspecto uniforme de vejez, mugre y deterioro. Sin saber por qué, uno no se atreve a pedir indicaciones a las nudosas y solitarias figuras que de vez en cuando se divisan en umbrales derrumbados o en los escarpados prados salpicados de rocas. Esas figuras son tan silenciosas y solapadas que uno tiene la impresión en alguna medida de enfrentarse a criaturas vedadas con las que más vale no tener nada que ver. Y esa sensación de extraño malestar aumenta cuando una elevación del camino proporciona una vista de las montañas que se alzan por encima de los frondosos bosques. Las cumbres son demasiado redondeadas y simétricas para proporcionar una sensación de bienestar y de naturalidad, y a veces el cielo siluetea con excepcional nitidez los extraños círculos de altas columnas de piedra con que están coronadas la mayoría de ellas^[323].

Desfiladeros y barrancos de dudosa profundidad cortan el camino, y los toscos puentes de madera que los salvan no parecen ofrecer mucha seguridad. Cuando la carretera vuelve a descender, surgen trechos pantanosos que instintivamente producen repugnancia, y a decir verdad hasta miedo cuando, al ponerse el sol, las invisibles chotacabras empiezan a cantar y las luciérnagas salen en anormal profusión para danzar al ritmo estentóreo y espeluznantemente insistente del estridente croar de las ranas toro^[324]. El angosto y brillante curso del tramo superior del Miskatonic^[325] hace pensar en una especie de extraña serpiente que discurre sinuosamente al pie de las redondeadas colinas entre las que nace.

A medida que se acercan las colinas, el viajero presta más atención a sus laderas arboladas que a sus cumbres coronadas de piedras. Las laderas de aquellas colinas se yerguen tan sombrías y cortadas a pico que uno desearía que se mantuvieran a distancia, pero no hay ningún camino que permita librarse de ellas. Pasado un puente cubierto se divisa un pueblecito acurrucado entre la corriente

y la falda vertical de la Round Mountain, y uno se maravilla ante aquel grupo de podridos tejados de cubierta a la holandesa, que denotan un periodo arquitectónico anterior al de la comarca vecina. No resulta tranquilizador, cuando se mira con más detenimiento, el comprender que la mayoría de las casas están desiertas y medio derruidas, y que la iglesia con el campanario roto alberga ahora el único y destartado establecimiento mercantil del villorrio. Horroriza fiarse del tenebroso túnel del puente, pero no hay forma de evitarlo. Una vez atravesado, es difícil evitar, al pasar por la única calle de la aldea, la impresión de un ligero y detestable olor, como de moho y descomposición acumulados a lo largo de siglos. Siempre es un alivio abandonar aquel lugar y, siguiendo la angosta carretera que discurre al pie de las colinas, cruzar el campo raso que se extiende más allá hasta reincorporarse a la carretera de peaje a Aylesbury. Más tarde se entera uno a veces de que ha pasado por Dunwich^[326].

Los forasteros casi nunca visitan Dunwich y, después de los horrores padecidos últimamente, han sido quitadas todas las señales que indicaban cómo llegar hasta allí^[327]. El paisaje es de una belleza poco frecuente, según los cánones estéticos en boga; sin embargo no atrae a artistas ni a veraneantes. Hace dos siglos, cuando la gente no se reía de brujerías, cultos satánicos o extrañas presencias en los bosques, solían darse motivos para evitar el paso por la localidad. En nuestra sensata época —desde que el horror desatado en Dunwich en 1928 fue acallado por los que se tomaban a pecho el bienestar del pueblo y del mundo— la gente lo rehúye sin saber exactamente por qué. Un motivo podría ser —aunque no se pueda aplicar a los forasteros mal informados— que los naturales de Dunwich se han degradado de manera bastante repugnante, habiendo rebasado con creces esa senda de regresión tan frecuente en muchos lugares apartados de Nueva Inglaterra. Han llegado a formar una raza propia, con estigmas físicos y mentales de degeneración y endogamia bien definidos. Su promedio de inteligencia es deplorablemente bajo, mientras que sus anales

rebosan de casos de manifiesta depravación y de asesinatos semientucubiertos, incestos y actos de innominable violencia y perversidad. La vieja nobleza del lugar, representada por las dos o tres familias armígeras^[328] que llegaron de Salem en 1692^[329], se han mantenido algo por encima del nivel general de decadencia, aunque numerosas ramas se han hundido tan a fondo en el sórdido populacho que sólo quedan sus apellidos como explicación del origen de su desgracia. Algunos de los Whateley y de los Bishop^[330] todavía envían a sus primogénitos a Harvard y a Miskatonic, aunque esos hijos casi nunca regresan a los desmoronados tejados de cubierta a la holandesa bajo los que nacieron tanto ellos como sus antepasados.

Nadie, ni siquiera quienes conocen los datos relacionados con el reciente horror, puede decir qué le ocurre a Dunwich, aunque las viejas leyendas dan testimonio de impíos ritos y cónclaves de los indios, en los que invocaban repugnantes figuras sombrías provenientes de las grandes colinas redondeadas, y recitaban desenfrenadas plegarias orgiásticas que eran contestadas por estrepitosos estallidos y estruendos salidos de las entrañas de la tierra. En 1747, el reverendo Abijah Hoadley, recién llegado a la Iglesia Congregacional de Dunwich, predicó un memorable sermón sobre la cercana presencia de Satanás y sus diablillos, en el que dijo:

«Hay que reconocer que la existencia de esos sacrílegos integrantes de un infernal séquito de demonios es un asunto demasiado conocido para intentar negarlo. Las execrables voces de *Azazel* y de *Buzrael*, de *Belcebú* y de *Belial*^[331], han sido ya oídas desde debajo de la tierra por más de una veintena de testigos de toda confianza. Yo mismo, no hará más de quince días, capté una completa disertación acerca de los poderes malignos en la colina que hay detrás de mi casa. Subían de allí unos zumbidos, redobles, gemidos, alaridos y chillidos, que no podía hacerlos ninguna criatura de este mundo, que no tenían

más remedio que proceder de aquellas cavernas que sólo la magia negra puede descubrir y que únicamente el diablo puede abrir».

Míster Hoadley desapareció poco después de haber pronunciado ese sermón; pero el texto, impreso en Springfield, todavía existe. Año tras año se seguía hablando de ruidos en las colinas, y todavía desconciertan a geólogos y fisiógrafos^[332].

Otras tradiciones hablan de fétidos olores en las inmediaciones de los círculos de columnas de piedra que coronan las colinas, y de impetuosos seres etéreos e impalpables cuya presencia puede detectarse difusamente a ciertas horas desde determinados puntos en el fondo de los grandes barrancos; en tanto que otras leyendas tratan de explicar lo que ocurre en Devil's Hop Yard, una desolada ladera maldita en la que no crecen ni árboles, ni matorrales ni una sola brizna de hierba^[333]. Además, a los naturales del lugar les asusta terriblemente en las noches cálidas el ruidoso canto de las numerosas chotacabras. Juran que tales pájaros son *psicopompos* que están al acecho de las almas de los muertos y que sincronizan al unísono sus estremecedores gritos con la apurada respiración de la víctima. Si consiguen atrapar el alma huidiza en el momento de abandonar el cuerpo, inmediatamente se alejan revoloteando y piando entre diabólicas risotadas; pero si no lo consiguen, se sumen poco a poco en un decepcionado silencio^[334].

Esas historias, por supuesto, son obsoletas y ridículas; pues datan de tiempos muy antiguos. La verdad es que Dunwich es absurdamente antiguo, mucho más que cualquier otra población en treinta millas [algo más de cuarenta y ocho kilómetros] a la redonda. Al sur de la aldea todavía es posible avistar las paredes del sótano y la chimenea de la antigua casa de los Bishop, construida antes de 1700, mientras que las ruinas del molino que hay en la cascada, construido en 1806, son las muestras arquitectónicas más modernas que pueden verse. La industria no prosperó aquí y el movimiento fabril del siglo XIX resultó efímero. Lo más antiguo de todo son los

grandes círculos de columnas de piedra toscamente labradas que hay en las cumbres de las colinas, pero por lo general estas se atribuyen más a los indios que a los colonos. Depósitos de cráneos y huesos humanos, hallados en el interior de esos círculos y alrededor de la gran peña en forma de mesa de Sentinel Hill^[335], apoyan la creencia de que tales lugares fueron en tiempos cementerio de los indios pocumtuk^[336], aun cuando numerosos etnólogos, haciendo caso omiso de la disparatada inverosimilitud de dicha teoría, siguen empeñados en creer que se trata de restos caucásicos.

II

Fue en el término municipal de Dunwich, en una granja grande y parcialmente deshabitada levantada sobre una ladera a cuatro millas [unos seis kilómetros y medio] del pueblo y a una milla y media [unos dos kilómetros y medio] de cualquier otra vivienda, donde nació Wilbur Whateley, a las 5 de la mañana, el domingo 2 de febrero de 1913. La fecha se recuerda porque era el día de la Candelaria, que los vecinos de Dunwich curiosamente celebran bajo otro nombre^[337]; y porque se oyeron ruidos en las colinas y todos los perros de la comarca habían ladrado insistentemente durante toda la noche anterior. Menos importante era el hecho de que la madre de Wilbur pertenecía a la rama degradada de los Whateley. Se trataba de una mujer albina de treinta y cinco años de edad, algo deforme y poco atractiva, que vivía con su anciano y medio enloquecido padre, acerca del cual habían circulado durante su juventud los más espantosos rumores sobre actos de brujería. Lavinia Whateley no tenía marido conocido, pero siguiendo la costumbre de aquella zona no hizo nada por repudiar al niño; en cuanto al otro responsable de su ascendencia, la gente podía —y

así lo hizo— especular cuanto quisiera. Por el contrario, aunque parezca extraño parecía orgullosa de aquel niño moreno y de aspecto caprino que tanto contrastaba con su pálido albinismo y su conjuntivitis aguda, y cuentan que se la oyó murmurar multitud de extrañas profecías sobre las excepcionales facultades de que estaba dotado y el extraordinario futuro que le aguardaba.

Lavinia era muy capaz de murmurar tales cosas, ya que era una criatura solitaria propensa a vagar por las colinas en plena tormenta y que procuraba leer los grandes libros malolientes que su padre había heredado a lo largo de dos siglos de Whateleys, y que en seguida se caían a pedazos de puro viejos y apolillados. Nunca había ido a la escuela, pero estaba al corriente de multitud de fragmentos inconexos de antigua sabiduría popular que el viejo Whateley le había enseñado. La apartada granja siempre había sido temida a causa de la reputación del viejo Whateley de practicar la magia negra, y la inexplicable muerte violenta de mistress Whateley cuando Lavinia apenas contaba doce años no contribuyó a hacer popular el lugar. Aislada en medio de extrañas influencias, a Lavinia le gustaba soñar despierta y entregarse a delirantes y grandiosos ensueños, a la vez que a singulares ocupaciones; su tiempo libre ni siquiera estaba ocupado por los quehaceres domésticos en una casa en la que hacía mucho tiempo que había desaparecido cualquier criterio de orden y limpieza.

La noche en que Wilbur nació hubo un espantoso griterío, que retumbó incluso por encima de los ruidos de la colina y de los ladridos de los perros, pero ningún médico ni comadrona estuvieron presentes, que se sepa, en su llegada al mundo. Los vecinos no se enteraron hasta una semana después, cuando el viejo Whateley condujo su trineo por la nieve hasta llegar a Dunwich Village^[338] y conversó de forma incoherente con el grupo de azotacalles reunidos en el almacén de Osborn. Parecía haberse producido un cambio en el anciano —como si se hubiese introducido en su obnubilado cerebro un elemento adicional de sospecha que le hubiera transformado sutilmente de objeto en sujeto de temor—, aunque no

era alguien al que pudiera preocuparle cualquier acontecimiento familiar normal. En medio de todo eso, mostraba una pizca del orgullo posteriormente observado en su hija, y lo que dijo acerca de la paternidad del recién nacido sería recordado años después por muchos de sus oyentes.

—Tráeme sin cuidado lo que la gente cavile... si el chico de Lavinia paréscese a su padre, será muy desemejante de lo que aguardáis. No debéis creer que la sola gente que existe es la que por aquí veis. Lavinia ha leído un poco e ha visto cosas de las que la mayoría de vosotros sólo habéis oído departir. Presumo que su hombre es tan buen esposo como el mejor que encontrarse pueda a este lado de Aylesbury e, si supiérais lo que yo sé acerca destes alcores^[339], no desearíais mejor desposorio por la iglesia queste. Diréos algo: *¡algún día escucharéis todos al chico de Lavinia baladrando^[340] el nombre de su padre en la sumidad^[341] de Sentinel Hill!*

Las únicas personas que vieron a Wilbur durante el primer mes de su vida fueron el viejo Zechariah Whateley, de la rama todavía nodeclinante, y Mamie Bishop, la esposa consuetudinaria de Earl Sawyer. La visita de Mamie fue por simple curiosidad y lo que contó posteriormente hizo justicia a sus observaciones; pero Zechariah fue a llevar un par de vacas Alderney^[342] que el viejo Whateley le había comprado a su hijo Curtis. Aquello marcó el comienzo de una serie de compras de ganado vacuno por parte de la familia del pequeño Wilbur que no finalizaría hasta 1928, cuando tuvo lugar el horror de Dunwich; sin embargo el desvencijado establo de Whateley en ningún momento pareció estar atestado de ganado. Llegó un tiempo en que la gente sintió tanta curiosidad que subía a hurtadillas hasta los pastos, encima de la vieja granja, para contar la manada que pacía precariamente en la empinada ladera y nunca encontraron más de diez o doce ejemplares anémicos y de aspecto exangüe. Según parece, alguna plaga o moquillo, surgida quizás en los malsanos pastos o transmitida por los hongos o maderas afectadas del mugriento establo, produjo una gran mortandad entre los

animales de Whateley. Extrañas heridas o llagas, con aspecto de incisiones, parecían aquejar al ganado que podía verse; y una o dos veces durante los primeros meses de la vida de Wilbur algunos visitantes creyeron percibir llagas similares en las gargantas del anciano canoso y sin afeitar y de su desaseada hija albina de pelo crespo.

En la primavera siguiente al nacimiento de Wilbur, Lavinia reanudó sus acostumbrados paseos por las colinas, llevando en sus desproporcionados brazos a su atezado niño. El interés de la gente por los Whateley remitió después de que la mayoría de los campesinos hubo visto al bebé, y nadie se preocupó de comentar el veloz desarrollo que aquel recién nacido parecía mostrar de un día para otro. La verdad es que el crecimiento de Wilbur era espectacular, pues al cabo de tres meses había alcanzado una talla y fuerza muscular que no es normal encontrar en niños que no han cumplido un año. Sus movimientos y hasta sus sonidos vocales mostraban un comedimiento y una reflexión sumamente raros en un menor de edad, y nadie esperaba realmente que a los siete meses empezara a andar sin ayuda de nadie, con titubeos que bastó un mes para que desaparecieran.

Poco tiempo después —la víspera del Día de Todos los Santos— se vio un fuego a medianoche en la cima de Sentinel Hill, donde se encuentra la antigua piedra con forma de mesa en medio de un túmulo de antiguas osamentas. Comenzaron a circular bastantes habladurías cuando Silas Bishop —de la rama no degradada de los Bishop— mencionó haber visto al chico subiendo a toda prisa y resueltamente aquella colina delante de su madre, alrededor de una hora antes de observarse el fuego. Silas estaba juntando una novilla extraviada^[343], pero casi olvidó su misión cuando divisó fugazmente a las dos figuras a la tenue luz de su farol. Atravesaban la maleza a toda prisa y casi sin hacer ruido, y al asombrado observador le pareció que iban completamente desnudas. Al recordarlo después, no podía asegurarlo en lo que respecta al chico, que posiblemente llevaba una especie de cinturón con flecos y un par de calzones o

pantalones oscuros. Posteriormente a Wilbur no se le volvió a ver, al menos vivo y en estado consciente, sin un atuendo completo y estrictamente abotonado, y cualquier desarreglo en su indumentaria, aunque sólo fuera un amago, siempre parecía enojarlo y asustarlo mucho. En ese aspecto, su contraste con el escuálido aspecto de su madre y de su abuelo era muy notable, hasta que el horror que se abatió sobre Dunwich en 1928 dio a entender la explicación más válida.

El siguiente enero, los chismorreos se interesaron levemente por el hecho de que el «mocosito negro de Lavinia» había comenzado a hablar, y eso que sólo tenía once meses. Su lenguaje era algo extraordinario, tanto porque se diferenciaba de los acentos normales de la región como porque estaba exento del balbuceo infantil del que muchos niños de tres y cuatro años podían perfectamente estar orgullosos. No era un chico locuaz, pero cuando hablaba parecía hacerse eco de algo inaprensible de lo que carecían por completo tanto Dunwich como sus habitantes. La rareza no radicaba en lo que decía, ni siquiera en los ingenuos modismos que utilizaba; sino que parecía estar vagamente relacionado con su entonación o con los órganos internos que producían los sonidos articulados.

Su aspecto facial también era notable por su madurez; pues aunque compartía con su madre y abuelo la falta de mentón, la firme y precozmente formada nariz, unido a la expresión de los ojos — grandes, oscuros, casi latinos—, le daban un viso de casi adulto y de que poseía una inteligencia poco común. Sin embargo, a pesar de su aparente brillantez, era sumamente feo^[344]; había algo casi caprino o de animal en sus abultados labios, en su tez amarillenta y con grandes poros, en su áspero y rizado cabello y en sus orejas curiosamente alargadas. No tardó en concitar una aversión incluso más acusada que su madre y su antepasado, y todas las conjeturas que se hacían acerca de él estaban sazonadas de referencias al pasado de brujo del viejo Whateley y a cómo una vez temblaron las colinas cuando gritó el espantoso nombre de *Yog-Sothoth* en medio de un círculo de piedras y con un gran libro abierto entre sus manos.

Los perros aborrecían al muchacho, y siempre se vio obligado a tomar medidas defensivas contra sus amenazadores ladridos.

III

Mientras tanto, el viejo Whateley seguía comprando ganado sin que se incrementara de manera apreciable el número de su rebaño. También talaba árboles maderables y se puso a reparar las partes que no utilizaba de la casa: una espaciosa edificación de tejado puntiagudo cuya parte posterior estaba completamente empotrada en la rocosa ladera de la colina, y cuyas tres habitaciones de la planta baja, en estado menos ruinoso, siempre le habían bastado a él y a su hija. El anciano debía conservar unas prodigiosas reservas de fuerza para poder llevar a cabo tan ardua tarea; y aunque a veces farfullaba todavía como un loco, su carpintería parecía indicar que sus cálculos eran acertados. Había empezado ya las obras tan pronto como nació Wilbur, cuando de repente puso en orden uno de los numerosos cobertizos donde se guardaban las herramientas, lo revistió con tablillas y le colocó una nueva y resistente cerradura. Al reparar el abandonado piso superior de la casa, demostraba ya que era un artesano no menos concienzudo. Su manía se dejó ver únicamente en su empeño por tapar herméticamente con tablonés todas las ventanas del ala restaurada... aunque muchos declararon que era un disparate tomarse la molestia de repararla. Menos inexplicable era que acondicionase otra habitación en la planta baja para su nuevo nieto, una habitación que varios visitantes tuvieron ocasión de ver, si bien a ninguno le dejaron nunca entrar al piso superior herméticamente cerrado con tablas. Esa habitación la revistió con sólidas estanterías hasta el techo, en las cuales empezó a colocar poco a poco, aparentemente en cuidadoso orden, los antiguos volúmenes apolillados y los fragmentos sueltos de libros

que en sus tiempos habían estado amontonados al azar en cualquier rincón de las diversas habitaciones de la casa.

—Hanme sido de alguna utilidad —decía, mientras trataba de pegar una página de letra gótica arrancada con una cola preparada en el herrumbroso horno de la cocina—, mas el chico capacitado está para sacar más provecho dellos. El arrancharállos^[345] lo mexor que pueda, car todos serviránle para su aprendizaje.

Cuando Wilbur contaba un año y siete meses —en septiembre de 1914— su estatura y sus habilidades resultaban casi alarmantes. Era tan grande como un niño de cuatro años, y hablaba con soltura demostrando poseer una inteligencia increíble. Corría libremente por los campos y colinas, y acompañaba a su madre en todos sus vagabundeos. Cuando estaba en casa, escudriñaba diligentemente los extraños grabados y mapas de los libros de su abuelo, mientras el viejo Whateley le instruía y catequizaba durante las largas y silenciosas tardes. Para entonces había concluido la reparación de la casa, y quienes la vieron se preguntaban por qué habían convertido una de las ventanas del piso superior en una maciza puerta entablada. Era una ventana en la parte posterior del alero oriental, pegada a la colina, y nadie podía figurarse por qué habían construido una pasarela de madera con listones antideslizantes que llegaba hasta el suelo. Cuando se terminó la obra, la gente se dio cuenta de que el antiguo cobertizo de las herramientas, rigurosamente cerrado y con las ventanas cubiertas por tablillas desde el nacimiento de Wilbur, volvió a quedar abandonado. La puerta estaba indistintamente abierta de par en par, y cuando Earl Sawyer penetró un día en su interior, con ocasión de una visita al viejo Whateley para venderle ganado, quedó completamente desconcertado por el raro olor que encontró... un hedor, declaró, como nunca había olido antes excepto en las intermediaciones de los círculos indios de la colina, y que no podía proceder de nada sano ni de este mundo. Pero a la sazón, los hogares y los cobertizos de la gente de Dunwich nunca se habían distinguido precisamente por su impecabilidad olfativa.

En los meses que siguieron no ocurrió ningún suceso manifiesto, salvo que todo el mundo juraba percibir un ligero pero pertinaz aumento de los misteriosos ruidos de la colina. La víspera del Primero de Mayo de 1915 hubo unos temblores de tierras que hasta los vecinos de Aylesbury pudieron percibir, y en la víspera del Día de Todos los Santos de aquel mismo año se produjo un estruendo subterráneo sincronizado de un modo extraño con estallidos de incendios —«actividades bruñeriles de los Whateley»— en la cumbre de Sentinel Hill. Wilbur seguía creciendo extraordinariamente, de modo que al iniciar su cuarto año de vida parecía que tuviera ya diez. Leía ávidamente, sin ayuda alguna, pero hablaba mucho menos que antes. Una taciturnidad permanente le absorbía, y por vez primera la gente empezó a hablar expresamente del incipiente aspecto demoníaco de su rostro caprino. A veces murmuraba en una jerga desconocida y cantaba extrañas melodías que hacían estremecer a quienes las escuchaban, infundiéndoles una sensación de terror inexplicable. La aversión que mostraban hacia él los perros se había convertido en objeto de frecuentes comentarios, y se veía obligado a llevar una pistola para poder atravesar el campo sin peligro alguno. Su ocasional utilización del arma no acrecentó su popularidad entre los dueños de perros guardianes.

Las escasas visitas que acudían a la casa de los Whateley encontraban a menudo a Lavinia sola en la planta baja, en tanto que en el entablado piso superior resonaban extraños gritos y pisadas. Ella nunca decía qué estaban haciendo allá arriba su padre y el chico, aunque en cierta ocasión palideció y mostró un miedo anormal cuando un alegre vendedor ambulante de pescado intentó abrir la puerta cerrada con llave que conducía a la escalera. Aquel vendedor ambulante contó a los ociosos que se reunían en el almacén de Dunwich Village que le pareció oír piafar a un caballo en el piso de arriba. Los tertulianos meditaron y se acordaron de la puerta y la pasarela, y del ganado que tan rápidamente desaparecía. Acto seguido se estremecieron al recordar las historias de juventud del viejo Whateley y los extraños gritos que salen de la

tierra cuando se sacrifica un buey a ciertos dioses paganos en el momento oportuno. Desde hacía algún tiempo se había observado que los perros habían empezado a detestar y a temer a todo el edificio de los Whateley con la misma vehemencia con que habían detestado y temido al joven Wilbur en persona.

En 1917 estalló la guerra, y al *squire*^[346] Sawyer Whateley, como presidente de la junta local de reclutamiento, le costó mucho encontrar un contingente de jóvenes de Dunwich capacitados para ser enviados a un campamento de instrucción. El gobierno, alarmado ante tales síntomas de decadencia en la salud de los habitantes de la comarca, envió varios funcionarios y expertos en medicina para que investigaran las causas, los cuales llevaron a cabo una encuesta que posiblemente todavía recuerden los lectores de periódicos de Nueva Inglaterra. La publicidad que acompañó a esa investigación puso a los periodistas sobre la pista de los Whateley, y llevó a los suplementos dominicales del *Boston Globe* y del *Arkham Advertiser* a publicar rimbombantes artículos sobre la precocidad del joven Wilbur, la magia negra del viejo Whateley, las estanterías repletas de extraños volúmenes, el segundo piso herméticamente cerrado de la antigua granja, el misterio que rodeaba a la comarca entera y los ruidos en la colina. Wilbur tenía entonces cuatro años y medio, pero parecía un muchacho de quince. Su labio superior y sus mejillas estaban cubiertos de una pelusa áspera y oscura, y su voz había empezado a cambiar.

Earl Sawyer fue a la casa de los Whateley acompañado de un grupo de periodistas y fotógrafos, y les llamó la atención acerca del extraño hedor que parecía rezumar de las habitaciones superiores herméticamente cerradas. Era, dijo, exactamente igual que el tufo que había encontrado en el abandonado cobertizo de las herramientas cuando terminaron las obras de reparación de la casa, y similar a los débiles olores que a veces creyó percibir cerca de los círculos de piedra en las montañas. La gente de Dunwich leyó los artículos cuando fueron publicados, y sonrieron abiertamente por los evidentes errores que contenían. Se preguntaron, asimismo, por qué

los periodistas le daban tanta importancia al hecho de que el viejo Whateley pagase siempre el ganado que compraba con monedas de oro sumamente antiguas. Los Whateley habían recibido a sus visitantes con mal disimulado desagrado, aunque no se atrevieron a oponer violenta resistencia o a negarse a hablar para no exponerse a una mayor publicidad.

IV

Durante una década los anales de la familia Whateley se sumieron sin distinción posible en la vida común de una comunidad enfermiza acostumbrada a sus rarezas y a sus orgías de la víspera del Primero de Mayo y de la de Todos los Santos. Dos veces al año los Whateley encendían hogueras en la cumbre de Sentinel Hill, y en tales fechas los estruendos de la montaña se repetían cada vez con mayor violencia; mientras, en cualquier época del año, ocurrían hechos extraños y portentosos en la solitaria granja. Con el paso del tiempo, los visitantes afirmaron oír ruidos en el piso superior herméticamente cerrado, incluso cuando todos los miembros de la familia se encontraban en la planta baja, y se preguntaban con cuánta rapidez o lentitud solían sacrificar los Whateley una vaca o un buey. Se hablaba incluso de presentar una queja a la Sociedad Protectora de Animales; pero quedó en nada, pues a la gente de Dunwich no le preocupaba nada que el mundo exterior reparase en ellos.

Hacia 1923, cuando Wilbur era un chico de diez años, cuya inteligencia, voz, estatura y rostro con barba le daban todo el aspecto de una persona ya madura, tuvo lugar una segunda etapa de obras de carpintería en la vieja casa. Fue en el interior de la planta superior herméticamente cerrada, y por los trozos de madera desechada la gente llegó a la conclusión de que el joven y su abuelo

habían eliminado todos los tabiques e incluso levantado el suelo del desván, dejando sólo un gran espacio abierto entre la planta baja y el tejado puntiagudo. También habían demolido la gran chimenea central y equipado aquella herrumbrosa zona con un endeble tubo de estufa de hojalata con salida al exterior.

En la primavera siguiente a este hecho el viejo Whateley advirtió el creciente número de chotacabras que, procedentes de Cold Spring Glen, acudían por las noches a gorjear bajo su ventana. Whateley pareció atribuir un significado especial a aquella circunstancia y les dijo a los ociosos que se reunían en el almacén de Osborn que creía cercano su fin.

—Ora cantan al compás de mi respiración —dijo—, e figuróme que dispónense a prender mi ánima. Saben que a punto está de dexarme e cuentan con no malbaratar la ocasión. Desde que haya muerto sabréis, mochachos, si lo lograron o no. Si hácenlo, seguirán cantando e riendo hasta el orto. Si no hácenlo, callaránse poco a poco. Con ellas cuento e con las animas que abacorán^[347], car a veces asaz han de pelearse.

En la noche de Lammas^[348] de 1924, el doctor Houghton, de Aylesbury, fue requerido urgentemente por Wilbur Whateley, que había fustigado al único caballo que le quedaba a través de la oscuridad, y telefoneado desde el almacén de Osborn en el pueblo. El doctor Houghton encontró al viejo Whateley en estado muy grave, con un proceso cardíaco y una respiración estertórea que anunciaban un inmediato final. La deforme hija albina y el nieto extrañamente barbudo permanecían junto al lecho mortuario, mientras que de la sima vacía de arriba llegaba la inquietante sensación de una especie de chapoteo u oleaje rítmico, como de las olas en una playa llana. Sin embargo, al doctor le molestaban sobre todo los chillidos de las aves nocturnas fuera de la casa: una legión aparentemente ilimitada de chotacabras que gritaba su interminable mensaje diabólicamente sincronizado con los dificultosos jadeos del moribundo. Era demasiado increíble y monstruoso, pensó el doctor

Houghton, que como la demás gente de la comarca había acudido de muy mala gana en respuesta a aquella llamada urgente.

Hacia la una de la noche el viejo Whateley recobró el conocimiento e interrumpió sus jadeos para susurrar unas cuantas palabras entrecortadas a su nieto.

—Más espacio, Willy, presto necesitará más espacio. Tú cresces... mas eso todavía cresce más de priesa. Pronto dispuesto será a servirte, mochacho. Ábrele las puertas a Yog-Sothoth salmodiando el largo canto que hallarás en la página 751 *de la edición completa*, y luego préndele fuego a la prisión. El fuego de la tierra asurarlo^[349] no puede ya.

Era evidente que el viejo Whateley estaba completamente loco. Tras una pausa, durante la cual la bandada de chotacabras de afuera acomodó sus gritos al ritmo alterado de la respiración del anciano mientras llegaban desde muy lejos indicios de extraños ruidos en la colina, añadió una o dos frases más.

—Susténtalo con método, Willy, e presta cuidado a la cuantía; mas no lo dexes crescer asaz de priesa para el lugar, car si revienta en menuzos o sale antes de que ábrasle la puerta a Yog-Sothoth, acabóse e inútil sería. Sólo los que vienen del más allá hacer pueden que multiplíquese e resultado dé... Sólo ellos, los antiguos que volver quieren...

Pero las palabras cedieron el paso de nuevo a los jadeos, y Lavinia gritó al notar cómo las chotacabras se adaptaban al cambio. Todo siguió igual durante más de una hora, hasta que se oyó el último estertor gutural del moribundo. El doctor Houghton cerró los arrugados párpados sobre los vidriosos ojos grises del anciano, mientras el alboroto de las aves se desvanecía imperceptiblemente hasta enmudecer. Lavinia sollozó, pero Wilbur únicamente se rió entre dientes mientras los ruidos de la colina retumbaban débilmente.

—No han lográdolo —murmuró el anciano con su profunda voz de bajo.

Para entonces, Wilbur era un sabio de una erudición realmente extraordinaria en la única materia que le interesaba, y era discretamente conocido por la correspondencia que mantenía con numerosos bibliotecarios de lugares remotos en donde se guardaban libros raros y prohibidos de épocas pasadas. Cada vez le odiaban y temían más en la comarca de Dunwich por la desaparición de ciertos jóvenes que la desconfianza conducía vagamente hasta la puerta de su casa; pero siempre pudo silenciar las investigaciones valiéndose del miedo o utilizando aquel fondo de antiguas monedas de oro que, como en tiempos de su abuelo, todavía servían con regularidad y cada vez más para la compra de ganado. Su aspecto era ya el de una persona enormemente madura, y su estatura, una vez alcanzado el límite normal en un adulto, parecía que iba a sobrepasar aquella cifra. En 1925, cuando un día le visitó un erudito de la Universidad Miskatonic con el que tenía correspondencia y se marchó pálido y desconcertado, medía por lo menos seis pies y tres cuartos [dos metros y cinco centímetros].

Durante todos aquellos años, Wilbur había tratado a su semideforme y albina madre con creciente desdén, hasta llegar a prohibirle que le acompañara a las colinas en la víspera del Primero de Mayo y en la del Día de Todos los Santos; y en 1926, la pobrecita se quejó a Mamie Bishop de que su hijo le daba miedo.

—Sé d'él má cosas de las que contarte podría, Mamie —le dijo—, y hactualmente ai muchas má que ni llo misma conosco. Juro por Dios que no sé lo que quiere ni lo que d'aser trata.

En la víspera de Todos los Santos de aquel año los ruidos de la colina resonaron más fuerte que nunca, y prendieron hogueras en Sentinel Hill como de costumbre; pero la gente prestó más atención a los rítmicos chillidos de enormes bandadas de chotacabras anormalmente retrasadas para aquella época del año, que parecían congregarse cerca de la granja sin luz de los Whateley. Pasada la medianoche sus estridentes notas prorrumpieron en una especie de risotada pandemoníaca que pudo oírse en la comarca, y hasta el

amanecer no se calmaron de manera definitiva. Luego desaparecieron, dirigiéndose apresuradamente hacia el sur, adonde llegaron con un mes de retraso por lo menos. Nadie supo con certeza lo que aquello significaba hasta mucho después. Al parecer no había muerto ninguno de los habitantes de la comarca... pero jamás volvió a verse a la pobre Lavinia Whateley, la deforme albina.

En el verano de 1917 Wilbur reparó dos cobertizos que había en el corral y empezó a trasladar a ellos sus libros y efectos personales. Poco después, Earl Sawyer contó a los ociosos que se reunían en el almacén de Osborn que iban a hacerse más obras de carpintería en la granja de los Whateley. Wilbur estaba cerrando todas las puertas y ventanas de la planta baja, y parecía estar quitando los tabiques, como su abuelo y él habían hecho en el piso superior cuatro años atrás. Se había instalado en uno de los cobertizos, y Sawyer creía que parecía más preocupado y trémulo que de costumbre. La gente sospechaba que sabía algo acerca de la desaparición de su madre, y muy pocos se acercaban ya a los alrededores. Su estatura había aumentado hasta más de siete pies [dos metros y trece centímetros] y no mostraba indicios de que fuese a dejar de crecer.

V

El invierno siguiente ocurrió un acontecimiento no menos extraño: el primer viaje de Wilbur fuera de la comarca de Dunwich. A pesar de su correspondencia con la Biblioteca Widener de Harvard, la Biblioteca Nacional de París, el Museo Británico, la Universidad de Buenos Aires^[350] y la Biblioteca de la Universidad Miskatonic, en Arkham, no logró que le prestaran un libro que necesitaba urgentemente; de modo que acabó por presentarse en persona, andrajoso, sucio, con barba y hablando aquel rústico dialecto, a

consultar el ejemplar que se conservaba en Miskatonic, que era la biblioteca más cercana a él geográficamente. Con sus casi ocho pies [dos metros y cuarenta y cuatro centímetros] de altura y portando una maleta barata que acababa de comprar en el almacén de Osborn, aquel monstruoso personaje moreno y de rostro caprino apareció un día en Arkham en busca del temible volumen guardado bajo llave en la biblioteca de la universidad: el espantoso *Necronomicon*, del árabe loco Abdul Alhazred, en versión latina de Olaus Wormius, impreso en España en el siglo XVII. Wilbur no había visto nunca una ciudad, pero no tenía más intención que encontrar el camino hasta los jardines de la universidad, donde, a decir verdad, pasó sin hacer caso por delante del perro guardián de la entrada de grandes colmillos blancos, que ladró con un furor y una animadversión fuera de lo normal y tiró frenéticamente de la sólida cadena a la que estaba atado.

Wilbur llevaba consigo el inapreciable, pero incompleto, ejemplar de la versión inglesa del Dr. Dee^[351] que su abuelo le había legado y, tras tener acceso al ejemplar en latín, se puso inmediatamente a cotejar los dos textos con el propósito de descubrir cierto pasaje que debería encontrarse en la página 751 de su propio volumen defectuoso. Por más que lo intentó no pudo contenerse y, por cortesía, se lo contó al bibliotecario, el mismo erudito Henry Armitage^[352] (licenciado en Letras por la Universidad Miskatonic, doctor en Filosofía por la Universidad de Princeton y doctor en Letras por la Universidad John Hopkins) que en cierta ocasión fue a visitarlo a la granja y que ahora cortésmente le acosaba a preguntas. Tuvo que admitir que buscaba una especie de fórmula o conjuro que contuviese el espantoso nombre de *Yog-Sothorh*, y que le desconcertaba descubrir discrepancias, repeticiones y ambigüedades que dificultaban no poco la fijación del texto. Mientras copiaba la fórmula que finalmente eligió, el Dr. Armitage miró involuntariamente por encima del hombro las páginas abiertas; la de la izquierda, en la versión latina, contenía estas escandalosas amenazas contra la paz y la cordura del mundo:

«Tampoco debe pensarse —rezaba el texto que Armitage iba traduciendo mentalmente— que el hombre es el más antiguo o el último de los dueños de la tierra, ni que la usual combinación de vida y sustancia marcha sola. Los Antiguos estuvieron, los Antiguos están y los Antiguos estarán. No en los espacios que conocemos, sino entre ellos. Se pasean serenos y primordiales, sin dimensiones e invisibles para nosotros. *Yog-Sothoth* conoce la puerta. *Yog-Sothoth* es la puerta. *Yog-Sothoth* es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro, todo es uno en *Yog-Sothoth*. Él sabe por dónde se abrieron paso los Antiguos en tiempo inmemorial y por dónde se abrirán paso de nuevo. Él sabe dónde han hollado la Tierra, y dónde siguen hollándola, y por qué nadie puede verlos cuando Lo hacen. Por Su olor los hombres pueden saber a veces que Están cerca, pero ningún ser humano puede ver Su apariencia, *excepto en las facciones de aquellos que han sido engendrados por Ellos como género humano*^[353], y de ellos hay muchas especies, difiriendo en aspecto desde la mismísima imagen del hombre hasta esas figuras invisibles o insustanciales que son *Ellos*. Se pasean sin ser vistos e infectos por los solitarios lugares donde fueron pronunciadas las Palabras y se aclamaron los Ritos a su debido tiempo. El viento farfulla con Sus voces, y la Tierra murmura con Sus conciencias. Doblegan bosques y aplastan ciudades, pero ningún bosque o ciudad ha visto nunca la mano que le golpea. Kadath, la que está en el yermo helado, Los ha conocido, pero ¿quién conoce Kadath^[354]? En el desierto de hielo del Sur y en las islas hundidas del Océano hay piedras en las que está grabado Su sello, pero ¿quién ha visto la helada ciudad de las profundidades o la torre sellada adornada desde hace mucho con algas y percebes? El Gran Cthulhu es Su primo, pero sólo puede divisarlos indistintamente. ¡Iä! ¡*Shub-Niggurath!*^[355] Por su fetidez Los conoceréis^[356]. Su mano está en vuestras gargantas pero vosotros no Los veis; y Su morada incluso forma un todo con el umbral que guardáis. *Yog-Sothoth* es la llave de la puerta, por medio de la cual las esferas

se encuentran. El hombre gobierna ahora donde antes gobernaban Ellos; pronto gobernarán Ellos donde ahora gobierna el hombre. Después del verano llega el invierno, y después del invierno el verano. Ellos aguardan, pacientes y poderosos, ya que volverán a reinar aquí^[357]».

Al asociar lo que estaba leyendo con lo que había oído hablar de Dunwich y de sus amenazadoras presencias, y de Wilbur Whateley y su difusa y horrible aureola, que daba de sí desde un dudoso nacimiento hasta una sospecha de probable matricidio, el Dr. Armitage se sintió invadido por una oleada de temor tan tangible como una corriente de aire frío y pegajoso emanada de una tumba. El encorvado gigante de aspecto caprino que tenía delante parecía un engendro de otro planeta o dimensión; algo sólo parcialmente humano y vinculado a los tenebrosos abismos de esencia y entidad que se extienden, cual titánicos fantasmas, allende las esferas de energía y materia, de espacio y de tiempo. Acto seguido, Wilbur levantó la cabeza y empezó a hablar con aquella voz extraña y resonante que daba a entender unos órganos productores de sonido distintos a los habituales del género humano.

—Míster Armitage —dijo—, creo que tendré que llevarme el libro a casa. En él hay cosas que he de probar baxo ciertas condiciones que no puedo conseguir aquí, y sería un crimen permitir que una norma burocrática impida llevármelo. Dexe que llévemelo, señor, e le xuro que nadie notaráo. No preciso decirle que trataráo con el mayor cuidado. Necesito que este exemplar de Dee me ponga en condiciones de que...

Se interrumpió al ver el firme rechazo en el rostro del bibliotecario, y sus propias facciones caprinas adquirieron un aire de astucia. Cuando ya estaba a punto de decirle que podía sacar copia de los párrafos que le hicieran falta, Armitage pensó de pronto en las posibles consecuencias y se contuvo. Era una responsabilidad demasiado grande dar a semejante criatura la llave de acceso a tan

sacrílegas esferas exteriores. Whateley se dio cuenta de cómo estaban las cosas, y trató de responder indulgentemente.

—Bueno, conforme, si pónese usted así. Quisás en Harvard no sean tan melindrosos como usted.

Y sin decir nada más se levantó y salió a grandes pasos del edificio, teniendo que agacharse ante cada puerta que pasaba.

Armitage escuchó el feroz gañido del gran perro guardián y observó desde la ventana las grandes zancadas gorilesacas de Whateley mientras cruzaba el trozo de campus visible desde la biblioteca. Pensó en las disparatadas historias que había oído y recordó los artículos del suplemento dominical del *Advertiser*; esas cosas y las tradiciones locales que había recogido entre los campesinos y los aldeanos de Dunwich durante su visita a aquella localidad. Hediondas y horribles criaturas desconocidas en la Tierra —o, al menos, en la Tierra tridimensional que conocemos— corrían por las quebradas de Nueva Inglaterra y rondaban repugnantemente por las cumbres de las montañas. Estaba seguro de eso desde hacía mucho tiempo. Ahora le parecía percibir la cercana presencia de alguna terrible porción del horror que les importunaba, y vislumbrar un tremendo avance en el tenebroso dominio de la antigua y en tiempos inerte pesadilla. Con un escalofrío de repugnancia, guardó bajo llave el *Necronomicon*, pero la habitación todavía apestaba a un inidentificable hedor de mil demonios. «Por su fetidez los conoceréis», citó. Sí... aquel olor era el mismo que le había provocado náuseas en la granja de Whateley hacía menos de tres años. Pensó en Wilbur, en sus ominosas facciones de cabra, y rió con sorna al recordar los rumores que corrían por la aldea acerca de su linaje.

—¿Endogamia? —murmuró Armitage para sus adentros casi en voz alta—. ¡Dios mío, serán simplones! ¡Mostradles “El gran dios Pan”, de Arthur Machen, y creerán que se trata de un escándalo normal y corriente como los de DunWich^[358]! Pero ¿qué criatura... qué deforme y maldita criatura, salida o no de esta Tierra tridimensional, fue el padre de Wilbur Whateley? Nació el día de la

Candelaria, nueve meses después de la víspera del Primero de Mayo de 1912, cuando las habladurías sobre extraños ruidos en el interior de la tierra llegaron a Arkham. ¿Quién andaba por las montañas aquella noche de mayo? ¿Qué horror engendrado el día de la invención de la Cruz^[359] se había abatido sobre el mundo en carne y hueso semihumanos?

Durante las semanas siguientes, Armitage se dedicó a recoger toda la información que pudo encontrar sobre Wilbur Whateley y aquellas informes presencias que rondaban Dunwich. Se puso en contacto con el doctor Houghton, de Aylesbury, que había asistido al viejo Whateley en su última enfermedad, y las últimas palabras del abuelo, citadas por el médico, le hicieron reflexionar. Una visita a Dunwich Village no sacó a relucir nada nuevo; pero un minucioso examen del *Necronomicon*, en aquellos pasajes que Wilbur había buscado con tanta avidez, pareció aportar nuevas y terribles pistas sobre la naturaleza, métodos y deseos del extraño ser maligno que tan difusamente amenazaba a este planeta. Las conversaciones sostenidas en Boston con varios estudiosos de saberes arcanos y la correspondencia mantenida con muchos otros de los más variados lugares aumentaron el asombro de Armitage, que pasó gradualmente por varias fases de alarma hasta convertirse en un estado de temor espiritual realmente intenso. A medida que pasaba el verano tenía el vago presentimiento de que debía hacerse algo en relación con los terrores ocultos del valle del curso superior del Miskatonic, y con el monstruoso ser conocido en el mundo de los humanos como Wilbur Whateley.

VI

El verdadero horror de Dunwich se produjo entre el primero de agosto y el equinoccio^[360] de 1928, y el Dr. Armitage se encontraba

entre los que presenciaron su monstruoso prólogo. Entre tanto, había oído hablar del grotesco viaje de Whateley a Cambridge, y de sus frenéticas tentativas para tomar prestado o copiar el ejemplar del *Necronomicon* de la Biblioteca Widener. Aquellos esfuerzos resultaron infructuosos, ya que Armitage había alarmado vehementemente a todos los bibliotecarios que tenían a su cargo el temido volumen. Wilbur se había mostrado increíblemente nervioso en Cambridge; ansioso por conseguir el libro, pero casi lo mismo por regresar a casa, como si temiera las consecuencias de una larga ausencia.

A principios de agosto se produjo el casi esperado acontecimiento, y en la madrugada del tercer día el Dr. Armitage fue despertado bruscamente por los desaforados y furiosos ladridos del feroz perro guardián del campus universitario. Graves y terribles, continuaron los insidiosos gruñidos y ladridos, como si el perro estuviera rabioso, aumentando de volumen cada vez más, aunque con pausas horriblemente significativas. Luego se oyó un chillido procedente de una garganta completamente distinta... un chillido que despertó a la mitad de los que dormían en Arkham y que después les perseguiría siempre en sus sueños... un chillido que no podía proceder de ningún ser nacido en la Tierra o enteramente en ella.

Armitage se apresuró a ponerse algo de ropa y atravesó rápidamente la calle y el césped hasta llegar a los edificios universitarios, pero vio que otros se le habían adelantado, y oyó los estridentes ecos de la alarma antirrobo de la biblioteca que seguía sonando. Una ventana abierta mostraba su oscura silueta a la luz de la luna. Alguien, en efecto, había acabado de entrar, pues los ladridos y gritos, que pronto acabaron por fundirse con una mezcla de gruñidos y gemidos, procedían sin lugar a dudas del interior del edificio. Un sexto sentido advirtió a Armitage de que lo que estaba sucediendo no era algo que pudieran contemplar ojos endebles, de modo que hizo retroceder bruscamente a la multitud con gesto autoritario mientras abría la puerta del vestíbulo. Entre los allí

congregados vio al profesor Warren Rice y al Dr. Francis Morgan, a los que había contado algunas de sus conjeturas y recelos, y les hizo una seña con la mano para que le acompañaran dentro. Los sonidos del interior, salvo el monótono gañido de alerta del perro, para entonces se habían apaciguado por completo; pero Armitage divisó, con un repentino sobresalto, que un ruidoso coro de chotacabras entre la maleza había comenzado a entonar sus terriblemente rítmicos gorjeos, como si marchasen al unísono con los últimos suspiros de un moribundo.

Un espantoso hedor, que el Dr. Armitage conocía muy bien, llenaba todo el edificio, y los tres hombres atravesaron rápidamente el vestíbulo hasta llegar a la salita de lectura de temas genealógicos de donde salían los débiles gemidos. Durante unos segundos nadie se atrevió a encender la luz, luego Armitage se armó de valor y apretó el interruptor. Uno de los tres hombres —cuál, no se tiene la certeza— gritó con todas sus fuerzas ante lo que estaba tendido delante de ellos entre un revoltijo de mesas y sillas volcadas. El profesor Rice afirma que perdió por completo el conocimiento durante unos instantes, aunque no dio ningún traspies ni llegó a caerse.

La criatura que yacía en el suelo medio recostada sobre uno de sus costados en medio de un fétido charco de icor^[361] verdoso-amarillento de una pegajosidad alquitranada medía casi nueve pies [dos metros y setenta y cuatro centímetros] de estatura, y el perro le había arrancado toda la ropa y parte de la piel. No estaba completamente muerta, sino que se retorció en silencio de manera intermitente mientras su pecho subía y bajaba al monstruoso unísono con los furiosos gorjeos de las chotacabras que esperaban afuera. Diseminados por toda la habitación había trozos de piel de zapato y jirones de ropa, y junto a la ventana yacía un saco de lona vacío que debió de tirar. Cerca del pupitre central había un revólver en el suelo, y un cartucho abollado pero descargado que más tarde explicaría por qué no había sido disparado. Sin embargo, en aquel momento la visión de aquella criatura desplazaba cualquier otra

imagen. Sería trivial y no del todo exacto decir que ninguna pluma humana podría describirla, pero también sería adecuado afirmar que no podría visualizarla vívidamente nadie cuyas ideas sobre fisonomía y perfil estuviesen demasiado estrechamente ligadas a las formas de vida corrientes en este planeta y a las tres dimensiones conocidas. Era parcialmente humana, sin lugar a dudas, con manos y cabeza de hombre, y su rostro caprino y sin mentón llevaba estampado el sello de los Whateley. Pero el torso y las extremidades inferiores eran teratológicamente fabulosos, de modo que sólo profusamente vestido podría permitirse pisar la Tierra sin ser detenido o erradicado de su superficie.

De cintura para arriba era casi antropomórfico, aunque el pecho, sobre el que todavía se apoyaban las desgarradoras patas del vigilante perro, tenía el curtido y reticulado pellejo de un cocodrilo o caimán. La espalda estaba moteada de amarillo y negro, y recordaba vagamente la escamosa piel de ciertas serpientes. Sin embargo, lo peor era de cintura para abajo; pues allí acababa cualquier parecido con el cuerpo humano y empezaba la pura fantasía. La piel estaba cubierta de un tupido y áspero pelaje negro, y del abdomen salían flácidamente una serie de largos tentáculos^[362] de color gris-verdoso provistos de unas bocas rojas con ventosas. Su disposición era poco corriente y parecía seguir las simetrías de alguna geometría cósmica desconocida en la Tierra o en el sistema solar. En cada cadera, hundido en una especie de órbita rosácea y ciliada, se alojaba lo que parecía ser un rudimentario ojo; mientras que en lugar de rabo le colgaba una especie de trompa o tentáculo, con marcas anulares de color morado, que evidentemente debía de tratarse de una boca o garganta sin desarrollar. Las piernas, salvo por su pelaje negro, eran más o menos parecidas a las extremidades traseras de los gigantescos saurios que poblaban la Tierra en los tiempos prehistóricos, y terminaban en unas patas surcadas de venas que ni eran pezuñas ni garras. Cuando respiraba, el rabo y los tentáculos cambiaban rítmicamente de color, como si obedecieran a algún

fundamento circulatorio propio de la fisonomía no humana de su ascendencia. En sus tentáculos se observaba una acentuación del color verdoso, mientras que en el rabo era patente una apariencia amarillenta que alternaba con otra de asqueroso color blanco grisáceo, en los espacios que quedaban entre los anillos morados. No había nada de sangre; únicamente el fétido icor verdoso-amarillento que corría por el suelo pintado más allá del círculo pegajoso, y dejaba detrás de él una curiosa decoloración.

La presencia de los tres hombres pareció reanimar al moribundo ser, que empezó a mascullar sin volverse ni levantar la cabeza. El doctor Armitage no tomó nota por escrito de sus vociferaciones, pero afirma categóricamente que no dijo nada en inglés. Al principio las sílabas desafiaban cualquier correlación con algún lenguaje de la Tierra, pero hacia el final surgieron algunos fragmentos inconexos, sacados evidentemente del *Necronomicon*, aquella monstruosa profanación cuya búsqueda le había costado la muerte a aquella criatura. Los fragmentos, tal como los recuerda Armitage, rezaban así poco más o menos: «*N'gai, n'gha'ghaa, bugg-shoggog, y'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth...*». Se desvanecieron en el vacío mientras las chotacabras gritaban en rítmico *crescendo* de perversa anticipación.

Luego, se interrumpieron los jadeos y el perro alzó la cabeza, emitiendo un prolongado y lúgubre aullido. Un cambio le sobrevino al amarillo rostro caprino de aquella criatura postrada, y sus grandes ojos negros se hundieron espantosamente. Al otro lado de la ventana, los chillidos de las chotacabras habían cesado repentinamente y, por encima de los murmullos de la multitud allí reunida, se oyó un aleteo y un revoloteo que produjo pánico. Recortados contra la luna, grandes nubes de observadores cubiertos de plumas alzaron el vuelo y se perdieron de vista, persiguiendo frenéticamente a la presa en busca de la cual habían acudido.

De repente, el perro se sacudió con brusquedad, ladró asustado y saltó con miedo por la ventana por la que había entrado. Un grito

se alzó de la multitud, mientras el doctor Armitage vociferaba a los hombres que esperaban afuera que no debían dejar entrar a nadie hasta que llegase la policía o el forense. Se alegró de que las ventanas estuvieran demasiado altas para permitir asomarse, y echó las oscuras cortinas con cuidado. Para entonces habían llegado dos policías; y el Dr. Morgan, que salió a su encuentro al vestíbulo, les recomendó por su propio bien que no entraran en la hedionda sala de lecturas hasta que llegara el forense y la postrada criatura pudiera cubrirse.

Mientras tanto, tenían lugar espantosos cambios en el suelo. No hace falta describir el *tipo* y el *ritmo* de encogimiento y desintegración que tuvo lugar ante los ojos del doctor Armitage y del profesor Rice; pero puede decirse que, exceptuando la apariencia externa de rostro y manos, la parte verdaderamente humana de Wilbur Whateley era muy escasa. Cuando llegó el forense, sólo quedaba una masa blanquecina y pegajosa sobre el pintado entablado, y el terrible olor casi había desaparecido. Al parecer, Whateley no había tenido cráneo ni esqueleto óseo, al menos tal como nosotros los entendemos. En algo había de parecerse a su desconocido padre.

VII

Sin embargo todo aquello fue únicamente el prólogo al verdadero horror de Dunwich. Los desconcertados funcionarios llevaron a cabo los trámites, ocultando como era de esperar los detalles anómalos a la prensa y al público en general, y se enviaron agentes a Dunwich y a Aylesbury para levantar acta de las propiedades del difunto Wilbur Whateley y notificar a quienes pudieran ser sus herederos. Encontraron a la gente de la comarca muy nerviosa, debido tanto al creciente estruendo que se oía debajo de las redondeadas colinas

como al insólito hedor y los ruidos de oleaje y chapoteo que salían cada vez más del vacío armazón que formaba la granja herméticamente cerrada de los Whateley. Earl Sawyer, que cuidó del caballo y del ganado durante la ausencia de Wilbur, había sufrido una crisis nerviosa sumamente aguda. Los funcionarios inventaron excusas para que nadie entrase en el hediondo y cerrado edificio; y se alegraron de limitar su inspección a una sola visita a las dependencias que habitaba el difunto, es decir, los cobertizos recién acondicionados. Presentaron un laborioso informe en el juzgado de Aylesbury y, según dicen, los pleitos relacionados con la herencia todavía están en curso entre los innumerables Whateley, tanto de la rama degenerada como de la no degenerada, del valle regado por el curso superior del Miskatonic.

Un manuscrito casi interminable, escrito en extraños caracteres en un enorme libro mayor, y que parecía una especie de diario^[363] a causa de su espaciado y de las variaciones de tinta y de caligrafía, dejó perplejos a quienes lo encontraron en el viejo escritorio que servía de mesa de despacho a su propietario. Al cabo de una semana de debates se envió a la Universidad Miskatonic, junto con la colección de libros raros del difunto, para su estudio y posible traducción; pero hasta los mejores lingüistas comprendieron que probablemente no iba a ser fácil descifrarlo. Todavía no se ha encontrado vestigio alguno del antiguo oro con el que Wilbur y el viejo Whateley pagaban siempre sus deudas.

El horror se desató la noche del 9 de septiembre. Los ruidos en la colina habían sido muy fuertes aquella tarde y los perros ladraron frenéticamente durante toda la noche. Quienes madrugaron el día 10 advirtieron un peculiar hedor en la atmósfera. A eso de las siete Luther Brown, el criado a sueldo de la granja de George Corey^[364], situada entre Cold Spring Glen y la aldea, regresó enloquecido del Ten-Acre Meadow [prado de diez acres] adonde había llevado las vacas esa mañana. Estaba casi descompuesto de miedo cuando entró dando traspiés en la cocina; y en el corral de afuera el no menos asustado rebaño pateaba y mugía lastimosamente, habiendo

seguido al chico todo el camino de vuelta tan aterrorizado como él. Entre jadeos, Luther trató de farfullar su relato a Mrs. Corey.

—Asuso, en el camino c'ái má sayá de la cañá, Miz Corey... ¡hargo pasa hayí! Uele ha demonios, y tós los matorrales y harbolillos del camino an sío haplastaos como siun hedifrsio les oviera pasao por hensima. Y heso no es lo pior, ¡quia! Ai ueyas en el camino, Miz Corey... henormes ueyas redondas tan grandes como la tapa d'una tina, y mu undías en la tierra, como si obiera pasao un alefante por ayí, *¡sólo que tié c'averlas echo una nimal de má de cuatro patas!* Miré de serca una o dos antes d'hechá ha correr, y bi que toas hestavan cuiertas de líneas que salían d'un mesmo sitio, en abano, como si fuesen grande sojas de palmera —dos o tres beses más grandes que cualquiera conosía— hincrustás a porrasos en el camino. Y el holor era hespantoso, como el c'ái alderredor del biexo lar del vruxo Whateley...^[365]

Al llegar aquí titubeó, y pareció estremecerse de nuevo por el miedo que le había hecho volver a casa corriendo. Incapaz de sacarle más información, Mrs. Corey se puso a telefonar a los vecinos; así comenzó poco a poco a cundir el pánico, que anunciaba mayores horrores. Cuando llamó a Sally Sawyer, ama de llaves en la granja de Seth Bishop, la más próxima a la de los Whateley, le tocó escuchar en lugar de comunicar; pues el hijo de Sally, Chauncey^[366], que dormía mal, se había levantado al oír unos ruidos extraños y había ido a la colina en dirección a la casa de los Whateley y regresó a toda prisa aterrorizado, tras echar una ojeada a la granja y al pasto donde habían pasado la noche las vacas de Bishop.

—Sí, Miz Corey —dijo Sally con voz trémula a través del hilo telefónico—, Chauncey hacava de bolbé, y casi no podía avlá de lo hasustao qu'hestava. Dise que la casa tóa del viejo Whateley a bolao por lo saires y ai biga sesparsidas por toas partes, como si la oviesen dinamitao desde entro; no quea má que el piso de la planta vaxa, pero está tóo cuuerto por una hespesie de galipote que uele espantosamente y chorrea desde los vordes por el suelo hasta onde

an sío harrastrás la bigas. Y hen el corral ai también unas ueyas hespantosas... henormes ueyas redondas, má grandes c'una pipa, y tóo está pegadiso por el mesmo galipote quien la casa bolá. Chauncey dise que yegan asta los praos, onde una franja de tierra mucho má extensa clun establo está hapelmasá y por cualquier camino que vallas ai tapias de piedra derribás.

»Y él dise, Miz Corey, que, haunque hestava hasustao, se puso a vuscá las bacas de Seth; y la sencontró en los pastos altos, serca de Devilis Hop Yard, en un hestao hespantoso. La mitá dellas abía desaparecido y a casi la mitá de las que quedaban les avían chupao la sangre, y tenían unas yagas como las que le salieron al ganao de Whateley a partir del día en que nació el mocoso negro de Lavinny. Seth a salió lla a ber cómo hestán, ¡aunque xuraría que no s'hasercará mucho a la granja del vruxo Whateley! Chauncey no se paró a mirá aonde yebava la gran franja de tierra hapelmasá después de dexar hatrás el pasto, pero dise que cree que se dirixía asia el camino de la cañá que ba a la aldea.

»Le haseguro, Miz Corey, que ai hargo aí hafuera que no deveria aver, y pienso al menos que el negro Wilbur Whateley, que tubo el desgrasiao fin que se meresía, está detrás de tóo esto. No hera del tóo umano, siempre le digo a tós; y creo qu'él y el viexo Whateley devían hestar criando hargo, en esa casa serrada con clavos, entavía menos umano qu'él. Sempre ha avío creaturas inbisibles — seres bibos— merodeando alderredor de Dunwich, que no son umanas y que no asen ningún vien a losumanos.

»La tierra hestubo avlando anoche, y asia el hamaneser Chauncey holló a las chotacabras harmá tal griterío en Cold Spring Glen que no púo dormir ná. Luego crelló hoír otro ruido débil asia onde hestá la granxa del vruxo Whateley... una hespesie dlaserrado o rotura de maera, como si hestovieran avriendo una gran caja de envalage de maera lejos. Entre unas cosas y otras, no consiguió dormir naa asta la salía del sol y, tan pronto como se lebante esta mañana, piensa pasarse por la granxa de los Whateley ha vé c'ocurre. Pero ya'a bisto má que suficiente, ¡se lo haseguro, Miz

Corey! No haugura ná bueno, y creo que tóa la gente debería horganisar una reunión y aser hargo. Sé que ai hargo hespantoso por haí, y tengo la himpreción de que mi ora s'aserca, aunque sólo Dios save lo que ba a pasá.

»¿Tubo en cuenta Luther aónde condusen esas grandes ueyas? ¿No? Berá usté, Miz Corey, si estavan en el camino de la caña a este lado della y entavía no an yegao a su casa, supongo que deven hadentrarse en la propia caña. ¿Qué otra diresión podrían tomar? Siempre e dicho que Cold Spring Glen no hes un lugar saludavle ni conbiniente. Las chotacabras y las lusiérnagas que ai hayí no hactúan como si fueran creaturas de Dios, y ai quienes disen que puén hoírse estraños vullisios y conbersaciones ayá vaxo si uno se pone en el lugar hadecuaao, entre la cascáa y Bear's Den^[367].

Hacia el mediodía, tres cuartas partes de los hombres y muchachos de Dunwich fueron en grupos por los caminos y prados situados entre las recientes ruinas de la casa de los Whateley y Cold Spring Glen, examinando con horror las enormes y monstruosas huellas, el mutilado ganado de Bishop, la extraña y asquerosa granja en ruinas, y la dañada y apelmazada vegetación de los campos y bordes de caminos. Cualquiera que fuese lo que se había desencadenado sobre el mundo no cabe duda de que había bajado a aquel gran barranco siniestro; pues todos los árboles de sus taludes estaban doblados y tronchados, y se había excavado una gran avenida en la maleza que crecía en el precipicio. Era como si una casa, arrastrada por un alud, se hubiese deslizado por la enmarañada vegetación de la pendiente casi vertical. Desde abajo no llegaba ningún ruido, únicamente se percibía un lejano e indefinible hedor; y no era de extrañar que los hombres prefiriesen quedarse al borde a discutir, en lugar de bajar y desafiar a aquel desconocido horror ciclópeo en su guarida. Tres perros que iban con el grupo habían ladrado furiosamente al principio, pero al acercarse a la cañada parecieron acobardarse y vacilaron. Alguien llamó por teléfono al *Aylesbury Transcript*^[368] para comunicar la noticia, pero el director, acostumbrado a las disparatadas historias procedentes

de Dunwich, se limitó a urdir un suelto humorístico sobre el tema, reproducido poco después por la *Associated Press*^[369].

Aquella noche todos se fueron a casa, y se atrincheraron lo más sólidamente que pudieron en sus granjas o establos. Ni que decir tiene que no quedó ni una sola cabeza de ganado en los pastos. A eso de las dos de la mañana un espantoso hedor y los rabiosos ladridos de los perros despertaron a la familia de Elmer Frye, cuya granja estaba situada en el borde oriental de Cold Spring Glen, y todos estaban de acuerdo en que oyeron una especie de susurro amortiguado o ruido de chapoteo procedente de alguna parte del exterior. Mrs. Frye propuso telefonar a los vecinos, y Elmer estaba a punto de acceder cuando un ruido de madera astillándose interrumpió sus deliberaciones. Procedía, por lo visto, del establo; y fue seguido en seguida por un espantoso griterío y pateo del ganado. Los perros se pusieron a babear y se agazaparon a los pies de los miembros de la familia, paralizados por el miedo. Fry encendió un farol, movido por la fuerza de la costumbre, pero se dio cuenta de que sería muy peligroso salir fuera a aquel oscuro corral. Los niños y las mujeres lloriqueaban, pero se abstuvieron de gritar por algún oscuro y rudimentario instinto de conservación que les decía que sus vidas dependían de que guardasen silencio. Por fin, el ruido del ganado se redujo a unos lastimeros mugidos, seguido de unos chasquidos, estallidos y crujidos. Los Frye, apretados unos contra otros en la sala de estar, no se atrevieron a moverse hasta que los últimos ecos se desvanecieron muy abajo en Cold Spring Glen. Luego, entre los lúgubres mugidos procedentes del establo y los diabólicos gorjeos de las últimas chotacabras en la cañada, Selina Frye se acercó al teléfono tambaleándose y difundió cuanto sabía sobre la segunda fase del horror.

Al día siguiente, el pánico invadió la comarca entera; y grupos de gente acobardada y poco comunicativa iban y venían al lugar donde se había encontrado a aquella criatura diabólica. Dos gigantescas sendas de destrucción se extendían desde la cañada hasta el corral de Frye, monstruosas huellas cubrían los trozos de tierra

desprovistos de vegetación, y un lado del antiguo establo rojo se había derrumbado por completo. Sólo se pudo encontrar e identificar una cuarta parte del ganado. De algunas de aquellas vacas sólo quedaban extraños fragmentos y a todas las que sobrevivieron tuvieron que matarlas a tiros. Earl Sawyer propuso pedir ayuda en Aylesbury o Arkham, pero otros sostuvieron que no serviría de nada. El anciano Zebulon Wfthateley, de una rama de la familia a mitad de camino entre la pureza y la decadencia, sugirió en tono amenazante que debían estar celebrándose insensatos rituales en las cumbres de las colinas. Provenía de un linaje en que la tradición pesaba mucho, y sus recuerdos de cánticos en los grandes círculos de piedra no estaban del todo relacionados con Wilbur y su abuelo.

Cayó la noche sobre una horrorizada comarca demasiado pasiva para organizar una auténtica defensa. En unos cuantos casos, las familias estrechamente emparentadas se unieron bajo un mismo techo para vigilar en la penumbra; pero, en general, volvieron a parapetarse como la noche anterior y se repitieron los fútiles e ineficaces gestos de cargar mosquetes y dejar las horcas al alcance de la mano. Nada ocurrió, sin embargo, salvo algunos ruidos en la colina; y cuando se hizo de día muchos esperaban que el nuevo horror hubiese desaparecido tan rápidamente como había llegado. Hubo incluso individuos audaces que propusieron llevar a cabo una expedición de castigo al fondo de la cañada, aunque no se aventuraron a dar verdadero ejemplo a la reacia mayoría.

Al caer de nuevo la noche volvieron a parapetarse en sus casas, aunque hubo menos agrupamiento de familias. A la mañana siguiente, tanto los familiares de Frye como los de Seth Bishop refirieron que los perros estaban nerviosos y notaron imprecisos sonidos y olores en la lejanía, mientras que los expedicionarios más madrugadores se dieron cuenta con horror de que había una nueva serie de monstruosas huellas en el camino que bordeaba Sentinel Hill. Como antes, los bordes del camino mostraban un aplastamiento que revelaba la tremenda y abominable corpulencia del horror que asolaba la comarca; mientras que la conformación de las huellas

parecía demostrar que había pasado en ambas direcciones, como si una montaña movediza hubiese venido de Cold Spring Glen y posteriormente hubiese regresado por el mismo camino. Al pie de la colina una franja de arbustos y arbolillos aplastados de unos treinta pies de anchura [algo más de nueve metros] señalaba el empinado camino ascendente y los exploradores se quedaron boquiabiertos al ver que ni siquiera las paredes más verticales habían desviado la trayectoria del inexorable sendero. Cualquiera que fuese aquel horror, podía escalar precipicios de roca escarpada y casi completamente vertical; y cuando los expedicionarios ascendieron a la cumbre de la colina por las rutas más seguras, vieron que el sendero terminaba —o más bien se invertía— allí.

Era allí donde los Whateley solían preparar sus infernales hogueras y salmodiar sus no menos infernales rituales junto a la piedra en forma de mesa en las fechas de la víspera del Primero de Mayo y la de Todos los Santos. Ahora, aquella misma piedra constituía el centro de un vasto espacio arrasado por el gigantesco horror, mientras que sobre su superficie ligeramente cóncava había un depósito espeso y fétido del mismo galipote pegajoso observado en el piso de la derruida granja de los Whateley cuando el horror se escapó. Los hombres se miraron unos a otros y empezaron a murmurar. Luego, bajaron la mirada hacia la colina. Al parecer, el horror había descendido por el mismo camino por el que subió. Era inútil especular. La razón, la lógica y las ideas normales que pudieran ocurrírseles acerca de los motivos seguían confundiéndolos. Sólo el anciano Zebulón, que no iba con el grupo, habría podido hacer justicia a la situación o proponer una explicación plausible.

La noche del jueves empezó como las otras, pero tuvo un final menos feliz. Las chotacabras de la cañada habían chirriado con tan desacostumbrada perseverancia que muchos no pudieron dormir, y a eso de las tres de la mañana todos los teléfonos compartidos^[370] se pusieron a sonar impacientemente. Los que descolgaron el auricular oyeron una voz muerta de miedo que gritó: «¡Socorro! ¡Oh,

Dios mío!...», y algunos creyeron escuchar un ruido estrepitoso tras la interrupción de aquella exclamación. No hubo nada más. Nadie se atrevió a hacer algo, y no se supo hasta la mañana siguiente de dónde vino la llamada. Los que la habían escuchado llamaron por teléfono a sus vecinos, y comprobaron que los únicos que no contestaban eran los Frye. La verdad se puso de manifiesto una hora más tarde, cuando un grupo de hombres armados reunidos a toda prisa se dirigió a pie a la granja de los Frye que estaba en la cabecera de la cañada. Era horrible, pero ni mucho menos constituía una sorpresa. Había más franjas aplastadas y más huellas monstruosas, pero ya no había ninguna casa. Se había derrumbado como un cascarón de huevo, y entre las ruinas no pudo encontrarse nada vivo o muerto. Sólo un hedor y un pegajoso galipote. La familia de Elmer Frye había sido borrada de Dunwich.

VIII

A todo eso, en Arkham se había ido desarrollando oscuramente, tras la puerta cerrada de una habitación repleta de estanterías, una fase del horror menos activa aunque más patética desde el punto de vista espiritual. El extraño documento manuscrito o diario de Wilbur Whateley, entregado a la Universidad Miskatonic para su traducción, había causado mucha preocupación y perplejidad entre los especialistas en lenguas antiguas y modernas; su mismo alfabeto, a pesar del parecido en líneas generales con la variante en gran medida degradada de la escritura arábica utilizada en Mesopotamia^[371], resultaba completamente desconocido a las autoridades consultadas. La conclusión final de los lingüistas fue que el texto representaba un alfabeto artificial, que daba la impresión de estar en clave; aunque ninguno de los métodos criptográficos normalmente utilizados pareció proporcionar ninguna

pista para descifrarlo, aun cuando se aplicaron en función de las lenguas que el autor podía haber empleado. Los antiguos libros que se llevaron de la vivienda de los Whateley, si bien mostraban un apasionante interés y en varios casos prometían abrir nuevas y tenebrosas vías de investigación entre los filósofos y los hombres de ciencia, no ayudaron en nada al respecto. Uno de ellos, un pesado volumen con cierre metálico, estaba escrito en otro alfabeto desconocido, aunque de un tipo muy diferente y más parecido al sánscrito que a ningún otro. Finalmente, el viejo libro mayor quedó al cuidado del Dr. Armitage, debido al especial interés que había demostrado en el caso Whateley, así como a sus amplios conocimientos lingüísticos y a su habilidad con las fórmulas místicas de la antigüedad y de la Edad Media.

Armitage tenía idea de que el alfabeto podía haber sido utilizado con fines esotéricos por ciertos cultos prohibidos procedentes de épocas pasadas, que habían heredado numerosas formalidades y tradiciones de los magos del mundo sarraceno. Aquella cuestión, sin embargo, no la consideraba vital; ya que sería inútil conocer el origen de los símbolos si, como él sospechaba, eran utilizados como una clave en una lengua moderna. Estaba convencido de que, teniendo en cuenta la gran cantidad de texto que contenía, era poco probable que el autor se hubiera tomado la molestia de utilizar otra lengua que la suya, salvo quizás en ciertas fórmulas o conjuros especiales. Por consiguiente, acometió el manuscrito partiendo de la base de que la mayor parte del mismo se hallaba en inglés.

El doctor Armitage sabía muy bien, por los repetidos fracasos de sus colegas, que el enigma era complicado y de difícil resolución; y que ni siquiera valía la pena probar ningún método sencillo para descifrarlo. Durante los últimos días de agosto se empapó de conocimientos masivos de criptografía, recurriendo a la completa reserva de su propia biblioteca y adentrándose con dificultad, noche tras noche, en los arcanos de la *Poligrafía* de Trithemius, el *De furtivis literatum notis* de Giambattista Porta, el *Traité des chiffres* de De Vigenère, el *Cryptomenysis Patefacta* de Falconer, los tratados

del siglo XVIII de Davys y Thicknesse, y de otras autoridades como Blair, Von Marten, y Klüber, autor de *Kryptographik*^[372]. Alternó el estudio de estos libros con nuevos intentos de descifrar el manuscrito, y con el tiempo acabó por convencerse de que se enfrentaba a uno de esos criptogramas particularmente sutiles e ingeniosos en los que muchas listas separadas de letras que se corresponden entre sí están dispuestas como la tabla de multiplicar, y el mensaje está elaborado a partir de palabras clave arbitrarias sólo conocidas por los iniciados. Las autoridades más antiguas parecían bastante más útiles que las más recientes, y Armitage dedujo que el código del manuscrito debía tener una gran antigüedad, transmitido sin duda a través de toda una larga serie de investigadores místicos. Varias veces creyó estar cerca de vislumbrar el final, pero algún obstáculo imprevisto le frenó. Entonces, cuando se acercaba septiembre, las nubes empezaron a despejarse. Ciertas letras, utilizadas en determinados pasajes del manuscrito, fueron identificadas de manera definitiva e inconfundible, y resultó evidente que, en efecto, el texto estaba escrito en inglés.

La tarde del 2 de septiembre cedió la última barrera importante, y el doctor Armitage leyó por vez primera un pasaje entero de los anales de Wilbur Whateley. En realidad se trataba de un diario, como todos habían pensado, y estaba redactado en un estilo que mostraba claramente una mezcla de erudición en materia de ocultismo e ignorancia general por parte del extraño ser que lo escribió. Ya el primer pasaje extenso que Armitage descifró, una anotación fechada el 26 de noviembre de 1916, resultó sumamente alarmante y preocupante. Estaba escrito, recordó, por un niño de tres años y medio que parecía un muchacho de doce o trece.

Hoy aprendí el Aklo^[373] para el Sabaot^[374], pero no me gustó, pues se puede responder desde la colina y no desde el aire. Lo del piso de arriba me aventaja más de lo que pensaba y no parece que tenga mucho cerebro terrestre. Maté de un tiro a

Jack, el perro pastor escocés de Elam Hutchins, cuando iba a morderme, y Elam dijo que me mataría si se atreviera. Supongo que no lo hará. Anoche el abuelo siguió diciéndome la fórmula mágica Dho y me pareció ver la ciudad secreta en los dos polos magnéticos. Iré a esos polos cuando la Tierra haya sido arrasada, si no puedo abrirme camino con la fórmula Dho-Hna^[375] cuando me la aprenda. Los del aire me dijeron en el Sabbat que pasarán muchos años antes de que pueda largarme de la Tierra; y supongo que entonces ya habrá muerto el abuelo, de modo que tendré que aprender todos los ángulos de los planos y todas las fórmulas mágicas entre la Yr y Nhhngr^[376]. Los del exterior me ayudarán, pero no pueden tomar forma corpórea sin sangre humana. Lo de arriba parece que tendrá el aspecto apropiado. Puedo verlo un poco cuando hago el signo de Voor^[377] o soplo sobre él los polvos de Ibn Ghazi^[378], y se parece mucho a ellos en la víspera del Primero de Mayo en la Colina. La otra cara parecía algo borrosa. Me pregunto qué aspecto tendré cuando la Tierra sea desalojada y no queden seres humanos sobre ella. El que vino con el Aklo Sabaot dijo que yo podría ser transfigurado, pues hay muchas cosas del exterior que investigar.

La mañana sorprendió al doctor Armitage bañado en un sudor frío por el pánico, y desvelado y fuera de sí por su concentración en la lectura. No había soltado el manuscrito en toda la noche, sino que permaneció sentado ante su escritorio bajo la luz eléctrica pasando página tras página con manos temblorosas a medida que descifraba el críptico texto. Había telefoneado a su esposa para decirle que no iría a dormir y, cuando ella le llevó el desayuno desde su casa, apenas probó bocado. Siguió leyendo durante todo el día, deteniéndose de cuando en cuando de forma exasperante cada vez que se hacía necesario volver a aplicar la intrincada clave. Le llevaron el almuerzo y la cena, pero sólo comió un poco de ambos. A eso de la medianoche del día siguiente se adormeció en su butaca, pero no tardó en despertar de una maraña de pesadillas

casi tan espantosas como las verdades y las amenazas a la humanidad que acababa de descubrir.

La mañana del 4 de septiembre el profesor Rice y el doctor Morgan insistieron en verlo al menos un rato, y salieron de la entrevista temblando y lívidos. Aquella noche se acostó, pero durmió muy mal. Al día siguiente, miércoles, volvió a enfrascarse en la lectura del manuscrito y empezó a tomar abundantes notas, tanto de los pasajes que iba leyendo como de los que ya había descifrado. De madrugada se durmió un poco en un sillón del despacho, pero volvió de nuevo al manuscrito antes de que amaneciera. Poco antes de las doce su médico, el doctor Hartwell, fue a verlo e insistió en que dejara de trabajar. Pero se negó, dando a entender que era de vital importancia para él terminar de leer el diario, y prometiendo una explicación a su debido tiempo.

Aquella tarde, justo al ponerse el sol, acabó su terrible lectura y se arrellanó totalmente agotado. Su esposa, que le llevó la cena, lo encontró en un estado casi comatoso; pero estaba lo bastante consciente como para despedirla con un grito apremiante al ver que sus ojos observaban las notas que había tomado. Levantándose a duras penas, recogió los papeles garabateados y los metió en un gran sobre, que inmediatamente guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Todavía le quedaron fuerzas para llegar a casa, pero era tan evidente que necesitaba asistencia médica que en seguida llamaron al doctor Hartwell. Mientras el médico lo acostaba, sólo pudo murmurar una y otra vez: «*Pero ¿qué demonios podemos hacer?*».

El doctor Armitage se durmió, pero al día siguiente estuvo delirando a ratos. No le dio ninguna explicación al doctor Hartwell, pero en sus momentos de calma habló de la imperiosa necesidad que tenía de mantener una larga entrevista con Rice y Morgan. Sus desvaríos más descabellados eran desde luego alarmantes, e incluían desesperados llamamientos para que se destruyera algo que había en una granja cerrada con tablones, y fantásticas alusiones a un plan para extirpar de la Tierra a toda la especie

humana, y a toda la vida vegetal y animal, que se proponía llevar a cabo una terrible raza de seres más antiguos procedentes de otra dimensión. Gritaba que el mundo estaba en peligro, pues los Seres Mayores^[379] se habían propuesto desmantelarlo y sacarlo a la fuerza del sistema solar y del cosmos de la materia para meterlo en otro plano, o fase sustancial, del que una vez había caído, hacía billones de cuatrillones de cuatrillones de eones^[380]. En otros momentos pedía que le trajera el temible *Necronomicon* y la *Daemonolatreia* de Remigius^[381], en los que parecía tener muchas esperanzas de encontrar alguna fórmula mágica para frenar el peligro que había conjurado.

—¡Detenedlos, detenedlos! —gritaba—. Los Whateley pretenden darles paso, y lo peor de todo todavía está por llegar. Digan a Rice y Morgan que debemos hacer algo; es un asunto en el que andamos a ciegas, pero yo sé cómo preparar los polvos... No ha sido alimentado desde el dos de agosto, cuando Wilbur vino a morir aquí, y de ese modo...

Pero Armitage tenía una buena constitución a pesar de sus setenta y tres años, y aquella noche durmió, sin que se le llegara a manifestar verdadera fiebre, hasta que el trastorno se le pasó. El viernes se levantó tarde, con la cabeza despejada, aunque con el semblante adusto por el miedo que le roía las entrañas y el tremendo sentido de la responsabilidad que le agobiaba. El sábado por la tarde se sintió con fuerzas para ir a la biblioteca y convocar a Rice y Morgan para una reunión, y el resto de aquel día los tres hombres atormentaron sus cerebros con las más descabelladas especulaciones y los más apremiantes debates. Sacaron grandes cantidades de extraños y terribles libros de las estanterías y de los lugares protegidos donde estaban depositados, y copiaron diagramas y fórmulas mágicas con febril presteza y en desconcertante abundancia. No cabía el escepticismo. Los tres habían visto el cadáver de Wilbur Whateley tendido en el suelo en una habitación de aquel mismo edificio, y después de aquello

ninguno de ellos podía sentirse inclinado siquiera un poco a considerar el diario como los desvaríos de un loco.

Las opiniones sobre la conveniencia de avisar a la policía estatal de Massachusetts se dividieron, y finalmente ganó la negativa. Había cosas en todo aquello que sencillamente no podían creérselas quienes no hubieran visto una muestra, como en efecto quedó claro durante ciertas investigaciones posteriores. Entrada la noche, la reunión se disolvió sin que hubieran trazado un plan concreto, pero durante todo el domingo Armitage estuvo ocupado cotejando fórmulas mágicas y combinando productos químicos conseguidos del laboratorio de la universidad. Cuanto más pensaba en aquel infernal diario, más inclinado se sentía a dudar de la eficacia de cualquier agente material para acabar con la entidad que Wilbur Whateley había dejado detrás de él... el amenazador ser, desconocido para él, que iba a aparecer de repente pocas horas después, convirtiéndose en el memorable horror de Dunwich.

El lunes fue para el doctor Armitage una repetición del domingo, pues la tarea que se traía entre manos requería infinidad de investigaciones y experimentos. Nuevas consultas a aquel monstruoso diario ocasionaron varios cambios en el plan originalmente trazado, y se dio cuenta de que incluso al final quedaría una gran cantidad de incertidumbres. Antes del martes ya había planeado una línea de actuación concreta, y creía que antes de una semana podría intentar trasladarse a Dunwich. Entonces, el miércoles llegó la gran sorpresa. Confusamente oculto en una esquina del *Arkham Advertiser*, había un pequeño artículo chistoso procedente de la *Associated Press* en el que se comentaba que el contrabando de whisky en Dunwich había producido un monstruo que batía todos los récords^[382]. Arlonadado, Armitage sólo pudo telefonar a Rice y a Morgan. Hasta muy avanzada la noche estuvieron discutiendo, y al día siguiente se lanzaron los tres en tromba a preparar el viaje. Armitage sabía que tendrían que habérselas con poderes terribles, sin embargo comprendía que no

había otra forma de anular aquella oscura y maligna intromisión que otros antes que él habían llevado a cabo.

IX

El viernes por la mañana, Armitage, Rice y Morgan salieron en automóvil hacia Dunwich, llegando a la aldea a eso de la una de la tarde. Hacía un día espléndido pero, incluso a la brillante luz del sol, una especie de silencioso terror de mal augurio parecía cernirse sobre aquellas colinas de cumbres extrañamente redondeadas y sobre las profundas y sombrías quebradas de aquella asolada región. De vez en cuando podía vislumbrarse en la cumbre de alguna montaña un lúgubre círculo de piedras recortado contra el cielo. Por la atmósfera de silencioso temor que se respiraba en el almacén de Osborn, comprendieron que algo espantoso había ocurrido, y no tardaron en enterarse de la aniquilación de la casa y de la familia de Elmer Frye. Pasaron toda aquella tarde recorriendo los alrededores de Dunwich, preguntando a la gente acerca de lo que había sucedido y contemplando por sí mismos, con crecientes estremecimientos de horror, las deprimentes ruinas de la casa de los Frye con sus persistentes rastros de aquel pegajoso galipote, las abominables huellas en el corral, el ganado herido de Seth Bishop y las enormes franjas de vegetación aplastada en diversos lugares. El sendero que subía y bajaba de Sentinel Hill le pareció a Armitage que tenía un significado casi cataclísmico, y durante un buen rato se quedó mirando la siniestra piedra en forma de altar de la cumbre.

Por fin, los visitantes, informados de que aquella mañana había llegado de Aylesbury un destacamento de la Policía Estatal en respuesta a las primeras llamadas telefónicas comunicando la tragedia de los Frye, decidieron ir en busca de los agentes y comparar sus notas en la medida de lo posible. Sin embargo

comprobaron que era más fácil decirlo que hacerlo; ya que no pudieron encontrar ni rastro de los policías por ninguna parte. Habían venido cinco en un coche, que se encontró vacío cerca de las ruinas del corral de Frye. Los lugareños, que habían estado hablando con los policías, parecían al principio tan perplejos como Armitage y sus compañeros. Luego el viejo Sam Hutchins recordó algo y palideció, dándole un codazo a Fred Farr y señalando la oscura, húmeda y profunda hondonada que se abría cerca de allí.

—¡Dios mío! —dijo con voz entrecortada—. Les dije que no vaxaran a la cañá, y no creí que naide s'hatreviera ha aserlo con esas ueyas y ese holor y las chotacabras gritando a hoscuras en pleno mediodía...

Un frío estremecimiento recorrió a los lugareños y a los visitantes, y todos parecieron aguzar el oído de manera instintiva e inconsciente. Ya que se había topado de verdad con el horror y su monstruosa obra, Armitage tembló ante la responsabilidad que se le venía encima. Pronto caería la noche, y era entonces cuando la enorme profanación iniciaba sus espeluznantes recorridos moviéndose pesadamente. *Negotium perambulans in tenebris*^[383]... El anciano bibliotecario repitió la fórmula mágica que había aprendido de memoria y agarró el papel que contenía la otra fórmula alternativa que no había memorizado. Comprobó que su linterna funcionaba perfectamente. Rice, a su lado, sacó de una valija un pulverizador de metal de esos que se utilizan para combatir los insectos, mientras Morgan desenfundaba el rifle de caza en el que seguía confiando pese a las advertencias de sus colegas de que cualquier arma sería inútil.

Armitage, que había leído el espantoso diario, sabía muy bien qué clase de aparición cabía esperar; pero no quiso asustar más a la gente de Dunwich con nuevos indicios o pistas. Esperaba poder vencerla sin necesidad de revelar al mundo que aquella criatura enorme se había escapado. A medida que iba haciéndose de noche los vecinos de Dunwich comenzaron a dispersarse en dirección a sus casas, ansiosos por atrancarse en su interior a pesar de la

evidencia de que todas las cerraduras y cerrojos humanos eran inútiles ante una fuerza que podía tronchar árboles y aplastar casas cuando le diera la gana. Negaron con la cabeza al enterarse de la intención que tenían los visitantes de permanecer de guardia en las ruinas de la granja de Frye, cerca de la cañada; y cuando se marcharon, tenían pocas esperanzas de volver a verlos.

Aquella noche se oyeron ruidos sordos bajo las colinas, y las chotacabras chirriaron en tono amenazador. De vez en cuando, el viento que subía de Cold Spring Glen traía una pizca de hedor inefable a la ya cargada atmósfera nocturna, un hedor como el que aquellos tres vigilantes habían olido en una anterior ocasión al encontrarse frente a aquella moribunda criatura que durante quince años y medio había pasado por un ser humano. Pero el esperado espanto no apareció. Fuera lo que fuese lo que había allí abajo, esperaba el momento oportuno, y Armitage dijo a sus colegas que sería suicida intentar atacarlo a oscuras.

Llegó la mañana y cesaron los ruidos nocturnos. Era un día gris, desapacible, con ocasionales lloviznas; nubes cada vez más espesas parecían estar amontonándose más allá de las colinas, hacia el noroeste. Los hombres de Arkham no sabían qué hacer. Se pusieron a cubierto del aguacero que arreciaba bajo una de las pocas dependencias no destruidas de la granja de los Frye, en donde discutieron si era prudente seguir esperando, o tomar la ofensiva y bajar al fondo de la cañada en busca de su desconocida y monstruosa presa. El chaparrón era cada vez más fuerte y los truenos retumbaban en la lejanía. Los relámpagos brillaban en el horizonte, y el zigzag de un rayo centelleó muy cerca, como si fuera a caer a la maldita cañada.

El cielo se oscureció bastante, y los vigilantes esperaban que la tormenta, aunque intensa, sería de corta duración y en seguida escamparía. El cielo seguía horriblemente encapotado cuando, ni siquiera una hora después, se oyó un confuso babel de voces en el camino. Un momento después apareció un grupo asustado de más de una docena de hombres que venían corriendo, gritando, e incluso

gimoteando histéricamente. Uno de los que iban a la cabeza empezó a hablar entre sollozos, y los hombres de Arkham se sobresaltaron terriblemente cuando las palabras empezaron a tener sentido.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo la voz con un nudo en la garganta—. ¡Buerbe de nuebo, y *hesta bes en pleno día!* A salío... a salío y en estos momentos biene asia nosotros, ¡y sólo el Señor save cuando no salcansará!

El que hablaba jadeó y luego se calló, pero otro de los hombres continuó su mensaje.

—Ase casi una ora Zeb Whateley holló soná el teléfono, y hera Miz Corey, la mujer de George, el que bibe avaxo junt'al cruse. Dixo que Luther, el criado ha suerdo, abía hido a recoge las bacas de la tormenta al bé el tremendo rallo que calló, cuando bio que lo sárboles de la voca Di gm de la ca —del lao hopuesto a este— se dovlavan y holió el mesmo holor espantoso c'abía holió cuando encontró esas grandes ueyas el lunes pasao por la mañana. Y ella dise que él dise aver hoído un ruido como un crujío o chapoteo, mucho má fuerte quel que podían aser lo sárboles o arvustos al dovlarse, y de repente lo sárboles que abía a lo largo del camino hempesaron a hinclinarse asia un lao, y s'oyeron unas orribles pisadas y un chapoteo en el varro. Pero eso sí, Luther no bio ná, sólo lo sárboles dovlaos y la malesa.

»Luego, mucho masadelante, onde Bishop Brook pasa por devaxo del camino, holló unos espantosos chirríos y unos soníos lexanos en el puente, y dijo que paresía como de maera quiestuviera resquevraxándose. Y tóo el tiempo no bio náa en harsoluto, sólo lo sárboles y los matorrales dovlaos. Y cuando los crujíos hestavan mu lejos —en el camino asia la granja del vruxo Whateley y a Sentinel Hill—, Luther tubo la sagayas de suvir a onde holló los ruidos la primera ves y mirar al suelo. No abía má que hagua y varro, el sielo hestaba hencapotáo y la yubia estava vorrando tóas las ueyas lo más rápido que podía; pero al prinsipio de la voca de la cañada, onde lo sárboles se avían mobío, entavía

quedaban halgunas desas orrivles ueyas grandes como toneles como las que bio el lunes pasao.

En aquel momento, interrumpió excitado el que había hablado en primer lugar.

—Pero heso no es lo malo... heso fue sólo el prinsipio. Zeb yamó ha la gente y tóos estavan hescuchando cuando se cortó una llamá telefónica que asían desde la casa de Seth Bishop. Su muxer, Sally, no paraba de avlá en tono muy acalorao, hacavava de ber lo sárboles dovlaos al vorde del camino, y dise c'avía una hespesie de ruido hesponxoso, como los resoplíos y las pisás de un alefante que se dirixiera asia la casa. Luego se lebantó y de pronto abló de un holor hespantoso, y dixo que su Hixo Chauncey se puso a gritá como si fuera el mismo holor que abía en las ruinas de la granxa de Whateley el lunes por la mañana. Y los perros no dexavan de ladrar y gañir muchísimo.

»Y entonses Sally dejó hescapar un grito terrible y dixo que el covertiso que avía havaxo junt'al camino s'avía derrunvao como si la tormenta lo uviese derrivao, sólo que el biento no hera lo bastante fuerte para aser heso. Tóos hescuchamos y pudimos hoír el xadeo de mucha gente pegá al teléfono. De repente, Sally bolbió ha chiyar y dixo que la balla del corral de delante hacavava de derrunvase, aunque no abía el menor hindisio de quien lo iso. Luego, tóos los que hestavan pegaos al ilo holleron también chiyar a Chauncey y hal biexo Seth Bishop, y Sally gritava que hargo pesao avía golpeao la casa... no un rallo ni ná por el hestilo, sino hargo pesao que dio contra la fachá, y bolbió a lansarse una y otra vez, haunque no se beía ná a través de las ventanas. Y luego... y luego...

El miedo se acentuaba en todos los rostros, y Armitage, aun estando desconcertado, tuvo el aplomo suficiente para incitar al que hablaba a que prosiguiera.

—Y luego... Sally gritó: «¡Socorro! ¡La casa se unde!»... y desde el hotro lao del ilo pudimos hoír un terrible hestrépito, y un multitudinario griterío... como cuando la granxa de Elmer Frye fue ocupá, sólo que pior...

El hombre se detuvo, y otro de los que venía en el grupo siguió hablando.

—Heso fue tó... ni un ruido ni un chiyido má bolbieron a hoírse en el teléfono después deso. Sólo el má completo silencio. Quienes lo hescuchamos sacamos nuestros coches y furgonetas, y nos reunimos en casa de Corey todos lo sombras sanos y fuertes que pudimos hencontrá, y binimos haquí para bé qué piensan hustedes que devemos aser. Lo que llo creo hes que se trata de un castigo del Señor por nuestras hiniquidades, que ningún mortal puede hanular^[384].

Armitage comprendió que había llegado el momento de actuar y habló con resolución al titubeante grupo de asustados campesinos.

—Tenemos que seguirlo, muchachos —dijo tratando de dar a su voz el tono más tranquilizador posible—. Creo que hay una posibilidad de acabar con esto. Todos ustedes saben perfectamente que los Whateley eran brujos... pues bien, esta criatura es un claro caso de brujería, y debemos acabar con ella utilizando los mismos medios. He visto el diario de Wilbur Whateley y he leído algunos de los extraños libros antiguos que él solía leer, y creo conocer la clase de conjuro que hay que recitar para que la criatura se desvanezca. Desde luego, uno no puede tener la seguridad, pero podemos arriesgarnos. Es invisible —sabía que lo sería—, pero en este pulverizador de largo alcance hay unos polvos que pueden hacerlo visible por unos instantes. Después haremos la prueba. Es terrible que esté vivo, pero habría sido peor si Wilbur hubiese vivido más tiempo. Nunca llegará a saberse de qué se libró la humanidad con su muerte. Ahora sólo tenemos que luchar contra un monstruo, y no puede multiplicarse. Sin embargo, puede hacer mucho daño; de modo que no debemos vacilar en librar de él a la comunidad.

»Tenemos que seguirlo... y para empezar debemos ir a la granja que acaba de ser destruida. Que alguien vaya delante... yo no conozco muy bien estos caminos, pero supongo que debe de haber un atajo que atraviese los terrenos. ¿Qué les parece?

Durante unos instantes los hombres se movieron de un lado para otro, y Earl Sawyer habló en voz baja, apuntando con un dedo mugriento por entre la cortina de lluvia que amainaba por momentos.

—Supongo quel camino má corto pa yegá ha la granxa de Seth Bishop es hatrabesar ese prao de aí havaxo, badeá el harrollo por onde es menos profundo, y suví luego por las rastroxeras de Carrier y el vosque c'hay hal otro lao. Sale hal camino alto que pasa serca de la granxa de Seth... hun poco má ayá.

Armitage, Rice y Morgan empezaron a caminar en la dirección indicada; y la mayoría de los aldeanos los siguieron despacio. El cielo se estaba aclarando y daba la impresión de que la tormenta había pasado. Cuando Armitage tomaba sin querer una dirección equivocada, Joe Osborn se lo indicaba y caminaba delante para mostrar el camino. El valor y la confianza de los hombres del grupo iban en aumento, aunque la luz crepuscular de la colina boscosa casi cortada a pico que se extendía al final del atajo, y entre cuyos fantásticos y antiguos árboles tuvieron que trepar cual si subieran una escalera, puso seriamente a prueba aquellas cualidades.

Al final desembocaron en un camino lleno de barro y vieron que salía el sol. Se hallaban algo más allá de la granja de Seth Bishop, pero los árboles tronchados y las inconfundibles y espantosas huellas ponían de manifiesto que el monstruo había pasado por allí. Apenas dedicaron unos momentos a examinar las ruinas nada más doblar el recodo. Fue otra vez lo mismo que ocurrió con los Frye, y nada vivo ni muerto pudo encontrarse entre los derrumbados armazones de lo que habían sido la casa y el establo de los Bishop. Nadie quiso quedarse allí entre aquel hedor y aquel galipote pegajoso; todos se volvieron instintivamente a la fila de horribles huellas que se dirigían hacia la destruida granja de los Whateley y las laderas coronadas de altares de Sentinel Hill.

Al pasar los hombres por delante del solar donde estuvo la morada de Wilbur Whateley se estremecieron visiblemente, y de nuevo pareció que en sus ánimos alternaba la indecisión con el celo.

No tenía ninguna gracia seguirle la pista a algo tan grande como una casa pero que no podía verse, aunque tenía toda la depravada malevolencia de un demonio. Frente al pie de Sentinel Hill las huellas dejaban el camino y podía verse una reciente comba y apelmazado a lo largo de la ancha franja que señalaba la ruta seguida por el monstruo en su anterior subida y descenso de la montaña.

Armitage sacó un telescopio de bolsillo de considerable alcance^[385] y escudriñó las escarpadas laderas verdes de Sentinel Hill. Luego le paso el instrumento a Morgan, cuya vista era más aguda. Tras mirar unos instantes Morgan gritó de pronto, pasándole el catalejo a Earl Sawyer y señalando con el dedo un determinado punto de la ladera. Sawyer, tan torpe como la mayoría de los que no están acostumbrados a utilizar aparatos ópticos, lo manoseó un rato; pero al final enfocó las lentes con la ayuda de Armitage. Al localizar el punto, su grito fue menos comedido que el de Morgan.

—¡Santo Sielo, la ierba y los matorrales se mueben! Está suviendo... despasio... como si reptara... en estos momentos se haserca a la cumbre. ¡Sólo Dios save lo serca qu'está!

El germen del pánico pareció extenderse entre los expedicionarios. Una cosa era perseguir a aquella entidad indescriptible, y otra bien distinta encontrarla. Los conjuros podían salir bien... pero ¿y si fallaban? Varias voces empezaron a preguntarle a Armitage qué sabía del monstruo, pero ninguna respuesta pareció satisfacerles del todo. Todos parecían sentirse muy próximos a fases de la naturaleza y de la existencia totalmente prohibidas, y completamente ajenas a la sensata experiencia del género humano.

Al final, los tres hombres de Arkham —el anciano de blanca barba doctor Armitage, el rechoncho y de pelo entrecano profesor Rice, y el delgado y juvenil doctor Morgan— subieron a la montaña solos. Tras darle muchas y pacientes instrucciones sobre cómo enfocar y utilizar el telescopio, se lo dejaron al asustado grupo que se quedó en el camino; mientras ascendían fueron observados atentamente por los aldeanos que se pasaron el catalejo de mano en mano. La subida era difícil, y Armitage tuvo que ser ayudado en más de una ocasión. Muy por encima del esforzado grupo la gran franja temblaba como si su infernal autor volviera a pasar por ella con cauteloso paso de tortuga. Así que era evidente que los perseguidores ganaban terreno.

Curtis Whateley —de la rama no degenerada de los Whateley— sostenía el telescopio cuando los investigadores de Arkham se desviaron de manera radical de la franja. Le dijo al resto del grupo que los hombres trataban, sin duda, de alcanzar un pico subalterno que dominaba la franja desde un punto considerablemente más avanzado de donde los arbustos se estaban doblando en aquellos momentos. Lo cual, en efecto, resultó ser cierto; y vieron que el grupo subía a una pequeña elevación muy poco después de que la invisible profanación hubiera pasado.

Entonces Wesley Corey, que había cogido el catalejo, gritó que Armitage estaba ajustando el pulverizador que llevaba Rice, y que algo debía estar a punto de ocurrir. Todos los componentes del grupo se removieron inquietos, recordando que se suponía que aquel pulverizador haría visible por unos instantes a aquel horror incorpóreo. Dos o tres hombres cerraron los ojos, pero Curtis Whateley arrebató el telescopio a Wesley y forzó la vista lo más que pudo. Vio que Rice, desde el ventajoso lugar en que se encontraba el grupo, encima y detrás del monstruo, tenía una excelente oportunidad para esparcir los poderosos polvos con estupendo resultado.

Los que no disponían del telescopio sólo vieron el fugaz destello de una nube gris —una nube del tamaño aproximado de un edificio

medianamente alto— cerca de la cumbre de la montaña. Curtis, que había sostenido el instrumento, lo dejó caer al barro del camino que le cubría hasta los tobillos, al tiempo que lanzaba un grito desgarrador. Se tambaleó, y se habría desplomado al suelo si dos o tres compañeros no le hubieran agarrado y sostenido. Lo único que pudo hacer fue lanzar un gemido casi inaudible.

—¡Oh, oh, Dios mío!... eso... eso...

Se organizó un pandemónium^[386] de preguntas, y sólo a Henry Wheeler se le ocurrió recoger el telescopio caído en tierra y limpiarlo de barro. Curtis no dejaba de decir incoherencias y casi no podía dar respuestas aisladas.

—Má grande c'un hestablo... tóo echo de cuerdas retorsías... un ser en forma de uebo de gayina má grande que cualquiera, con dose patas como pipas que medio se sierran al hecharse a handá... nada sólido alderredor... tóo xelatinoso y echo de cuerdas sueltas y retorsías, apretás mú xuntas... grandes hoxos saltones por tóas partes... dies o beinte vocas o trompas que le salen por tóos laos, grandes como tuvos d'estufa, que se rebolben, habriéndose y serrándose..., tóo gris, con una hespesie d'aniyos hasules o moraos... *¡Dios del sielo!... ¡y hesa media cara hensima!...*

Aquel último recuerdo, fuera lo que fuese, resultó ser demasiado para el pobre Curtis; y se desplomó por completo antes de poder decir una sola palabra más. Fred Farr y Will Hutchins lo llevaron a un lado del camino y lo tendieron sobre la hierba húmeda. Henry Wheeler, temblando, volvió el rescatado telescopio hacia la montaña para ver lo que pudiese. A través del objetivo se distinguían tres figuras diminutas, al parecer corriendo hacia la cumbre lo más deprisa que la empinada pendiente les permitía. Sólo eso... nada más. Luego, todos percibieron un ruido extrañamente intempestivo en el profundo valle a sus espaldas, e incluso en la misma maleza de Sentinel Hill. Era el gorjeo de innumerables chotacabras, y en su estridente estribillo parecía esconderse una nota de tensa y funesta expectación.

Earl Sawyer cogió esta vez el telescopio y dijo que las tres figuras estaban en la loma más alta, prácticamente al mismo nivel que el altar de piedra, pero a una considerable distancia de él. Una de las figuras, dijo, parecía levantar los brazos por encima de la cabeza a intervalos rítmicos; y mientras Sawyer mencionaba este detalle sus compañeros creyeron oír a lo lejos un débil sonido casi musical, como si una ruidosa melopea acompañara a sus gestos. La misteriosa silueta en aquel lejano pico debía de ser todo un grotesco e impresionante espectáculo, pero ninguno de los observadores estaba de humor para hacer valoraciones estéticas.

—Me imagino que estará recitando el conjuro —dijo Wheeler en voz baja mientras volvía a agarrar el telescopio.

Las chotacabras chillaban desafortadamente y a un ritmo curiosamente irregular, completamente distinto al del ritual que estaban viendo.

De pronto, la luz del sol pareció reducirse sin la intervención aparente de ninguna nube. Era un fenómeno muy raro, y todos se dieron cuenta perfectamente. Un ruido retumbante parecía estar gestándose debajo de las colinas, mezclado aunque resulte extraño con un estruendo concordante que a todas luces venía del cielo. Un relámpago brilló en lo alto, y el perplejo grupo buscó en vano los presagios de la tormenta. El cántico de los hombres de Arkham era ya inconfundible, y Wheeler vio a través del catalejo que todos ellos levantaban los brazos al compás del conjuro. Desde alguna granja lejana llegaban los frenéticos ladridos de los perros.

Los cambios en las tonalidades de la luz solar se incrementaron y el grupo miró fijamente al horizonte asombrado. Una oscuridad violácea, fruto ni más ni menos que de una espectral intensificación del azul del cielo, se agolpaba sobre las retumbantes colinas. Acto seguido hubo un nuevo relámpago, algo más brillante que el anterior, y todos imaginaron que había aparecido una especie de nebulosidad en torno al altar de piedra en el lejano cerro. No obstante, nadie había estado utilizando el telescopio en aquel momento. Las chotacabras continuaban con su irregular batimiento,

y los hombres de Dunwich se preparaban, en medio de una gran tensión, para enfrentarse con la imponderable amenaza que parecía sobrecargar la atmósfera.

Sin previo aviso llegaron aquellos sonidos vocales profundos, cascados y roncós, que nunca podrían dejar de recordar los integrantes del consternado grupo que los oyó. No podían salir de ninguna garganta humana, ya que los órganos vocales del hombre no pueden producir semejantes distorsiones acústicas. Hubiérase dicho más bien que procedían del propio infierno, si su origen no fuese sin lugar a dudas el altar de piedra de la cumbre. Casi es una equivocación llamarlos *sonidos*, puesto que su timbre, inaguantable, extremadamente bajo, apelaba a oscuros centros cognoscitivos y de terror mucho más sutiles que el oído; sin embargo es preciso hacerlo, puesto que su forma recordaba indiscutiblemente, aunque en términos muy vagos, a las palabras semiarticuladas. Eran estrepitosos —tan estrepitosos como los estruendos de la colina y los truenos por encima de los que resonaban—, pero no procedían de ningún ser visible. Y como la imaginación es capaz de sugerir toda una serie de conjeturas en cuanto a los seres invisibles se refiere, los hombres apiñados al pie de la montaña se apretaron más unos contra otros, y se estremecieron como si esperasen un desastre.

—*Ygnaiih... ygnaiih... thflthkh'ngha... Yog-Sothoth... —sonaba el horripilante gruñido procedente del espacio—. Y'bthnk... h'ehye... n'grkdl'lh...*

Aquel ímpetu parlante pareció quebrarse al llegar a ese punto, como si estuviera librándose una espantosa contienda psíquica. Henry Wheeler aguzó su vista al telescopio, pero únicamente vio las tres figuras humanas grotescamente silueteadas sobre la cumbre, que no dejaban de agitar los brazos frenéticamente, haciendo extraños gestos como si el conjuro se acercase a su culminación. ¿De qué pozos negros de miedo y emoción propios del Aqueronte^[387], de qué insondables abismos de conciencia extracósmica o de oscura herencia desde hace mucho tiempo

latente, procedían aquellos semiarticulados sonidos, medio gruñidos, medio truenos? Acto seguido, empezaron a recobrar renovadas fuerzas y coherencia mientras su frenesí aumentaba de manera absoluta, completa y definitiva.

—*Eh-ya-ya-ya-yahaah... e'hyayayaaaa... ngh'zaaaa... ngh'aaaa... h'yuh... h'yuh ... ¡Socorro! ¡Socorro!... pa... pa... pa... ¡padre! ¡padre! ¡Yog-Sothoth*^[388]!

Pero eso fue todo. Los pálidos aldeanos que aguardaban en el camino, todavía no recuperados del susto por las sílabas *indiscutiblemente inglesas* que habían salido a borbotones con voz pastosa y atronadora del frenético vacío que había junto al aterrador altar de piedra, no volverían a oírlas nunca más. En vez de eso, se sobresaltaron violentamente al oír el terrorífico estampido que pareció remover las colinas; un estruendo ensordecedor y catastrófico, cuyo origen —ya fuese el interior de la tierra o el cielo— ninguno de los que lo oyeron pudo localizar. Cayó un rayo desde el cenit violáceo sobre el altar de piedra y una gran marejada de imperceptible fuerza e indescriptible hedor bajó rápidamente de la colina, barriendo la comarca entera. Árboles, hierba y maleza fueron sacudidos por la furiosa acometida; y la asustada muchedumbre que se encontraba al pie de la montaña, debilitada por el letal hedor que casi pareció asfixiarla, casi fue derribada al suelo. Los perros aullaron a lo lejos, el pasto y el follaje se marchitaron hasta adquirir una extraña y enfermiza tonalidad gris-amarillenta, y los campos y los bosques quedaron salpicados de cadáveres de chotacabras.

El hedor desapareció rápidamente, pero la vegetación nunca volvió a recuperarse. Incluso hoy en día hay algo extraño y nefasto en las plantas que crecen en las inmediaciones de aquella espantosa colina. Curtis Whateley estaba recobrando el conocimiento cuando los hombres de Arkham bajaban despacio de la montaña bajo los rayos de un sol otra vez brillante e inmaculado. Estaban serios y callados, y parecían trastornados por recuerdos y reflexiones aún más terribles que los que habían reducido al grupo de aldeanos a un estado de estremecimiento e intimidación. En

respuesta al montón de preguntas que les hicieron, se limitaron a sacudir la cabeza y a reafirmar un hecho fundamental.

—Esa criatura ha desaparecido para siempre —dijo Armitage—. Ha vuelto a escindirse en las partes que lo componían en un principio y ya no puede volver a existir. Su existencia era imposible en un mundo normal. Sólo en una mínima parte estaba compuesto realmente de materia, en cualquiera de los sentidos que conocemos. Era como su padre... y su mayor parte ha vuelto a él en algún indeterminado reino o dimensión fuera de nuestro universo material; algún abismo indeterminado del que sólo los más detestables ritos de la profanación humana le permitirían salir invocándolo por unos momentos en las colinas.

Hubo un breve silencio, y durante aquella pausa los sentidos dispersos del pobre Curtis Whateley volvieron a soldarse hasta formar una especie de continuidad; de modo que se llevó las manos a la cabeza y se lamentó. La memoria pareció devolverlo a donde le había abandonado, y la horrorosa visión que le había abatido de nuevo se apoderó de él.

—¡Oh, oh, Dios mío!, haqueya media cara... haqueya media cara hensima... haqueya cara de hoxos roxos y pelo risado halbino, y sin mentón, como los Whateley... Hera un pulpo, un siempiés, una hespesie d'haraña, pero tenía una cam medioumana hensima, y se paresía hal vruxo Whateley, sólo que tenía llardas y más llardas d'hancho...

Se detuvo, exhausto, mientras todo el grupo de aldeanos se le quedó mirando fijamente con una perplejidad que no había cristalizado del todo en un nuevo terror. Sólo el viejo Zebulon Whateley, que aunque recordaba incoherentemente hechos antiguos había estado callado hasta entonces, dijo en voz alta:

—Ase quinse haños —divagaba—, le hoí desir al biexo Whateley c'halgún día hoiríamos al ixo de Lavinia yamá a su padre en la sima de Sentinel Hill...

Pero Joe Osborn le interrumpió para preguntar de nuevo a los hombres de Arkham:

—¿*Qu'hera, depué de tóo*, y cómo logró el joben vruxo Whateley yamarlo paque biniera del hespasio?

Armitage escogió cuidadosamente sus palabras.

—Era... bueno, era sobre todo una especie de fuerza que no corresponde a la parte del espacio que habitamos; una especie de fuerza que actúa, crece y se desarrolla según otras leyes distintas a las que rigen nuestra Naturaleza. No tenemos derecho a invocar a tales criaturas de fuera, sólo las gentes y los cultos muy malvados lo han intentado. Algo de eso había en Wilbur Whateley... lo suficiente para hacer de él un demonio y un monstruo precoz, y para convertir su muerte en un espectáculo bastante terrible. Voy a quemar su maldito diario, y si ustedes son sensatos dinamitarán el altar de piedra de allá arriba, y derribarán todos los círculos de monolitos que se levantan en las demás colinas. Cosas así son las que hacen bajar a esos seres que tanto les gustaban a los Whateley... seres a los que iban a permitir el paso de modo palpable para que aniquilaran a la especie humana y arrastraran a nuestro planeta a algún lugar desconocido con un propósito igualmente desconocido.

»Pero en lo que respecta a la criatura que acabamos de devolver a su lugar de origen... los Whateley la criaron para que desempeñara un terrible papel en los hechos que iban a suceder. Creció deprisa y se hizo muy grande por el mismo motivo por el que lo hizo Wilbur... pero le superó porque tenía un componente mayor de *exterioridad*. No hace falta preguntar por qué Wilbur lo llamó para que viniera del espacio. No lo llamó. *Era su hermano gemelo, pero se parecía más al padre que lo engendró.*

EL QUE SUSURRA EN LA OSCURIDAD^[389]

1

Tened presente que a la postre no vi propiamente ningún horror. Decir que lo que inferí era producto de una conmoción —esa última impresión que me hizo salir precipitadamente de la granja solitaria de Akeley, a través de los montes imponentes de Vermont, de noche, en un automóvil que tomé prestado—, es ignorar los hechos más simples de mi experiencia final. Pese a la cantidad de información y especulaciones de las que Henry Akeley me hizo partícipe, a las cosas que vi y oí, y al enorme efecto que tuvieron en mí, no puedo probar siquiera ahora si lo que inferí era cierto o no. Porque en definitiva, la desaparición de Akeley no establece nada. No se ha encontrado en su casa nada fuera de lo normal, aparte de algunos orificios de bala en el exterior, y dentro. Es como si hubiese salido a dar una vuelta y no hubiese vuelto. No había signos de visitantes, ni de que esos horribles cilindros y aparatos que vi almacenados en el despacho. El hecho de que hubiese cogido un miedo tremendo a los apretados montes verdes e innumerables arroyos entre los que había nacido y se había criado no significa nada tampoco; porque son miles las personas que comparten ese temor morboso. Por otra parte, su excentricidad puede explicar fácilmente su extraño comportamiento y sus aprensiones hacia el final.

La cosa empezó, en lo que a mí se refiere, con las famosas riadas del 3 de noviembre de 1927^[390]. Yo era entonces, como

ahora, profesor de literatura de la Universidad Miskatonic de Arkham (Massachussets), y entusiasta aficionado al folclore de Nueva Inglaterra. Poco después de la inundación, entre las diversas noticias sobre daños, desgracias y ayuda organizada que salían en la prensa, aparecieron otras que hacían referencia a extraños cadáveres que arrastraban flotando algunos de los ríos desbordados, a propósito de los cuales varios amigos míos se enzarzaron en singular debate, y acudieron a mí para ver si podía aclarar algo al respecto. Me halagó que tomasen tan en serio mi estudio del folclore, y traté de quitar importancia a las historias disparatadas que procedían claramente de antiguas supersticiones rurales. Me divirtió ver cómo personas con estudios insistían en que bajo esos rumores quizá yacía un estrato de oscura y desvirtuada realidad.

Las noticias que así sometían a mi consideración me las trajeron en forma de recortes de periódico; aunque una tenía origen oral, y se la contaba a un amigo mío su madre en una carta desde Hardwick (Vermont). Todas describían esencialmente el mismo tipo de cadáver, aunque al parecer se trataba de tres casos diferentes: uno en el río Winooski, cerca de Montpelier; otro en el río West, en el condado de Windham, más allá de Newfane, y el tercero localizado en el Passumpsic, en el condado de Caledonia, más arriba de Lyndonville. Además, había alusiones a más cuerpos aparecidos en otros lugares; aunque una vez estudiados se reducían a los tres que acabo de citar. En todos los casos, los lugareños decían haber visto uno o dos cuerpos inquietantes y singulares que bajaban con las aguas torrenciales de los montes apartados, y por lo general tendían a relacionar estas apariciones con una serie de leyendas medio olvidadas que los viejos rememoraron con tal motivo.

Les parecía que no eran exactamente como los seres vivos que ellos estaban acostumbrados a ver. Desde luego, durante esa trágica catástrofe, las aguas bajaban sembradas de cadáveres humanos; pero los que hablaban de esos seres extraños

aseguraban que no eran humanos, a pesar de ciertas similitudes en la forma, el tamaño y algún detalle superficial. Tampoco podía tratarse de ninguna especie animal conocida en Vermont: eran rosados, de unos cinco pies de longitud, con cuerpo de crustáceo, provistos de un par de enormes aletas dorsales, o alas membranosas, varios pares de patas articuladas, y una especie de elipsoide enroscado, cubierto de multitud de pequeñas antenas, en el lugar correspondiente a la cabeza. Era sorprendente lo mucho que coincidían en esto referencias de tan distinta procedencia; aunque no resulta tan asombroso si se tiene en cuenta que las viejas leyendas, en otro tiempo extendidas por toda la región, proporcionaban descripciones morbosamente vívidas que muy bien pudieron colorear la imaginación de los testigos. Mi conclusión fue que esos testigos —todos gente sencilla y atrasada— habían visto bajar, en medio del tumulto de las aguas, cuerpos hinchados y magullados de personas y reses, y habían adornado a esos infelices con atributos fantásticos.

La vieja tradición, aunque brumosa, ambigua y bastante olvidada por las generaciones actuales, era sumamente peculiar, y reflejaba una clara influencia de leyendas indias anteriores. Yo la conocía, aunque no había estado nunca en Vermont, por una rara monografía de Eli Davenport que recoge material oral anterior a 1839, obtenido de la población más vieja del estado. Este material, además, coincidía bastante con las historias que había oído a los viejos montañeses de New Hampshire. Brevemente resumido, hacía alusión a una raza de seres monstruosos que vivía aislada y oculta entre los montes más remotos, en los bosques que cubren los picos más altos, y en los valles oscuros donde discurren arroyos de nacimiento desconocido. Rara vez eran vistos estos seres; pero los que habían osado adentrarse en las estribaciones de las montañas más lejanas, o en las gargantas de paredes inmensas que incluso los lobos evitaban, decían haber topado con pruebas de su existencia.

Había huellas de pies, o garras, en el barro junto a los arroyos y en los parajes sin vegetación, y curiosos círculos de piedras, con la hierba pisoteada alrededor, que no parecían deberse a un capricho de la Naturaleza. Había, también, cuevas de no se sabe qué profundidad en las faldas de los montes, con una roca cerrando la entrada de manera aparentemente intencionada, y una cantidad más que discreta de extrañas huellas que salían y entraban de ellas... hasta donde podía adivinarse por su forma y disposición. Y lo peor de todo, estaban los seres que estos hombres arriesgados habían vislumbrado a la luz dudosa de los valles remotos y de los espesos y empinados bosques que subían más allá del límite de sus escaladas.

Más tranquilizador habría sido que esas historias dispersas no hubiesen coincidido tanto. El caso es que casi todos los rumores tenían varios puntos en común, y afirmaban que dichos seres eran una especie de enormes cangrejos sonrosados con múltiples pares de patas y dos grandes alas dorsales de murciélago. Unas veces caminaban con todas las patas, y otras sólo con el par posterior, utilizando los otros pares para transportar grandes objetos de naturaleza indefinida. En una ocasión fue visto un grupo numeroso, un destacamento que marchaba disciplinadamente en columna de a tres, vadeando un curso de aguas someras del interior del bosque. En otra vieron volar a uno solo. Era de noche; alzó el vuelo con gran aleteo desde lo alto de un cerro pelado, y desapareció en el cielo tras recortarse un instante con sus enormes alas contra la luna llena.

En general, no mostraban el menor interés por los hombres; no los molestaban, aunque a veces se les culpaba de la desaparición de algún atrevido... sobre todo del que llegaba a construirse la casa demasiado cerca de ciertos valles; o demasiado arriba, en ciertas laderas. La gente acabó comprendiendo que había parajes donde no era aconsejable establecerse; norma que subsistía aun mucho después de que hubieran olvidado el motivo; y miraban hacia lo alto de algunos precipicios vecinos con escalofrío, aunque no

recordaban cuantos colonos habían desaparecido, ni cuántas casas habían ardido en la falda de esos adustos y verdes centinelas.

Pero, aunque en las primitivas leyendas esos seres sólo eran hostiles con quienes invadían el ámbito de su retiro, había historias posteriores que hablaban de su curiosidad por los hombres, y de sus intentos de establecer puestos avanzados secretos en el mundo humano. Corrían rumores sobre unas huellas de extrañas garras que se habían descubierto en las ventanas de una casa de campo, una mañana, y sobre periódicas desapariciones en zonas claramente exteriores a los parajes que habitaban. Y rumores, también, sobre voces zumbantes que, imitando el habla humana, hacían asombrosos ofrecimientos a los viajeros solitarios que tomaban los carriles y caminos que atravesaban el bosque, y sobre niños mortalmente asustados porque habían visto u oído algo en la linde, frente a sus casas. En el estrato último de leyendas —anterior al ocaso de la superstición y al abandono de las inmediaciones de los lugares temidos por parte de la gente—, hay alarmantes relatos sobre ermitaños y granjeros solitarios que en determinada etapa de sus vidas habían sufrido un cambio psíquico repugnante, que los vecinos les evitaban, y decían de ellos que se habían vendido a extraños seres. En uno de los condados del nordeste, hacia 1800, era corriente, al parecer, acusar a los excéntricos y a los de vida retraída de ser aliados o representantes de los seres abominables.

En cuanto a qué eran, había explicaciones diversas, como es natural. La gente solía decir «esos» o «los antiguos» para referirse a ellos; aunque hubo otras denominaciones de carácter local que duraron poco. Quizá la mayoría de los colonos puritanos los consideraron sin más familiares del demonio, y los tomaron como base de una aterrada especulación teológica. Los de ascendencia celta —el elemento escocés e irlandés de New Hampshire, y sus parientes asentados en Vermont durante las concesiones coloniales del gobernador Wenmorth^[391]— los relacionaban vagamente con los duendes y trasgos de los pantanos y los altozanos, y se protegían con retahílas encantatorias transmitidas a través de generaciones.

Pero las teorías más fantásticas de todas eran las de los indios. Aunque las leyendas diferían de unas tribus a otras, había gran coincidencia en aspectos esenciales; especialmente unánime era la creencia de que estas criaturas no eran originarias de este planeta.

Los mitos de los pennacook^[392], los más coherentes y pintorescos, enseñaban que los de las Alas venían de la Osa Mayor, y tenían minas en nuestros montes terrestres de las que extraían una clase de piedra que no podían obtener de otros mundos. No vivían aquí, decían los mitos, sino que mantenían puestos avanzados y regresaban con inmensos cargamentos de piedra a sus estrellas del norte. Sólo atacaban a los terrestres que se les acercaban demasiado o les espiaban. Los animales huían de ellos movidos por una aversión instintiva, no porque intentasen cazarlos. No comían carne ni nada de la Tierra, sino que se traían el alimento de las estrellas. Era peligroso acercarse a ellos, y a veces los cazadores jóvenes que se metían en sus montes no regresaban. Peligroso era también escuchar lo que susurraban de noche, en el bosque, con una voz que parecía el zumbido de una abeja intentando remedar la voz humana. Conocían las lenguas de toda clase de hombres —de los pennakooks, de los hurones, de los hombres de las Cinco Naciones—, pero no parecía que hablaran o tuvieran necesidad de hacerlo entre sí. Dialogaban con la cabeza, cambiando de color de diferentes maneras para significar cosas diferentes.

Todas estas leyendas, tanto las de los blancos como las de los indios, se perdieron a lo largo del siglo XIX, salvo ocasionales rebotes atávicos. La vida de los vermonteses se fue estabilizando; y una vez que trazaron sus caminos y construyeron sus casas conforme a un plan preconcebido, olvidaron qué temores y recelos habían condicionado ese plan, e incluso haberlos tenido nunca. La mayoría sabía tan sólo que ciertas regiones montañosas se consideraban sumamente malsanas, improductivas y, en general, muy malas para vivir, y que cuanto más alejados estuviesen de ellas, mejor. Con el tiempo, la rutina de las costumbres y la actividad

económica arraigaron en los distintos lugares, de manera que ya no hubo razón para irse de ellos, y abandonaron por completo los temidos montes, más por falta de interés que por un propósito deliberado. Excepto raras alarmas locales, sólo las abuelas milagreras y los nonagenarios retrospectivos hablaban de cuando en cuando de seres que habitaban esos montes. Pero incluso los mismos que murmuraban tales cosas admitían que ya no había que temerlos, ahora que se habían acostumbrado a la presencia de casas y pueblos, y que los hombres habían dejado definitivamente el territorio de su elección.

Todo esto lo sabía yo por mis lecturas, y por algunas consejas recogidas en New Hampshire. De ahí que cuando empezaron a correr tales rumores durante la inundación, en seguida adiviné qué trasfondo imaginario los había generado. Me esforcé cuanto pude en explicárselo a mis amigos, y me divirtió comprobar que algunos empecinados seguían pensando que podía haber algo de verdad en el fondo. Insistían en que las leyendas primitivas eran significativamente persistentes y uniformes, y que el hecho de que los montes de Vermont estuvieran prácticamente inexplorados aconsejaba no mostrarse demasiado dogmáticos en cuanto a qué podía anidar o no en ellos. Tampoco les hizo callar el argumento de que los mitos tenían un patrón común a los de la mayoría de la humanidad y estaban determinados por fases tempranas de la experiencia imaginaria, que siempre producía el mismo tipo de ilusión.

Fue inútil demostrarles a estos interlocutores que en el fondo los mitos de Vermont diferían muy poco de las leyendas universales en torno a la personificación de los elementos de la naturaleza, que llenaban el mundo antiguo de faunos, dríadas y sátiros, inspiraron los *kallikanzari*^[393] de la Grecia moderna, y dieron a Gales y a Irlanda oscuras referencias a extrañas, pequeñas y terribles razas cavernícolas y habitantes de madrigueras; inútil, también, señalarles la parecida y más alarmante creencia de las tribus de Nepal en los temidos *mi-go*, o «Abominables hombres de las nieves» que

acechan espantosamente en el hielo y las rocas de las cumbres del Himalaya^[394]. Cuando invoqué este argumento, mis oponentes lo volvieron contra mí, afirmando que eso mismo probaba que había cierta efectiva historicidad en las antiguas leyendas que apoyaban la existencia real de una extraña y antiquísima raza terrestre que tuvo que retroceder ante la aparición y el avance de la humanidad, y que era muy probable que hubiese sobrevivido algún grupo reducido hasta tiempos relativamente recientes... incluso, quizá, hasta nuestros días.

Cuanto más me burlaba de tales teorías, más obstinadamente las defendían mis amigos; añadiendo que, aun sin el apoyo de las leyendas, las recientes informaciones eran demasiado claras, coherentes, detalladas y lúcidamente prosaicas en sus explicaciones para no tenerlas en cuenta. Dos o tres obcecados llegaron incluso a insinuar posibles significados de las antiguas historias indias que atribuían un origen extraterreno a esos seres ocultos; y citaron los libros extravagantes de Charles Fort^[395] con sus teorías sobre viajeros de otros mundos y del espacio exterior que han visitado a menudo la Tierra. La mayoría de mis oponentes, no obstante, eran meros románticos que insistían en dar carta de realidad a las historias fantásticas sobre duendes acechadores que popularizaron los espléndidos relatos de horror de Arthur Machen.

II

Como suele ocurrir en estos casos, nuestra acalorada discusión acabó trasladándose a la letra impresa en forma de cartas al *Arkham Advertiser*^[396]; algunas de las cuales fueron reproducidas en la prensa de las regiones de Vermont de las que procedían las noticias de la inundación. *El Rutland Herald*^[397] sacó media página de extractos de cartas con ambas posturas, mientras que el

Brattleboro Reformer^[398] reprodujo entero uno de mis largos resúmenes históricos y mitológicos, con comentarios en la sesuda columna del «Divagador^[399]», que apoyaba y aplaudía mis escépticas conclusiones. En la primavera de 1928, yo me había convertido ya casi en un personaje famoso en Vermont, a pesar de que nunca había puesto los pies en ese estado. Y entonces empezaron a llegarme las retadoras cartas de Henry Akeley^[400] que tan hondamente me impresionaron, y me condujeron por primera y única vez a esa región fascinante llena de verdes precipicios y con arroyos rumorosos entre la espesura.

Casi todo lo que ahora sé de Henry Wentworth Akeley lo he obtenido de la correspondencia con sus vecinos y con su único hijo, después de lo que me ocurrió en su granja aislada. He averiguado que fue el último representante, en su tierra natal, de una larga y conocida estirpe de juristas, administradores y terratenientes. Con él, sin embargo, la familia había derivado de las profesiones prácticas al puro saber especulativo, al extremo de que, siendo estudiante en la Universidad de Vermont, llegó a destacar en matemáticas, astronomía, biología, antropología y folclore. Antes nunca había oído hablar de él; tampoco me dio en sus cartas muchos detalles de su vida. Pero desde el principio me di cuenta de que era un hombre de carácter, culto e inteligente; casi un recluso, y casi exento de afectación.

A pesar de lo increíble de sus afirmaciones, no pude por menos de tomar a Akeley, desde el primer momento, más en serio que a ninguno de los que rebatían mis opiniones. En primer lugar, vivía muy cerca de los fenómenos —visibles y tangibles— sobre los que tan grotescamente especulaba; y en segundo lugar, se mostraba sorprendentemente dispuesto a dejar sus conclusiones en la fase meramente de tanteo, como un verdadero hombre de ciencia. No tenía preferencias personales que proponer, y siempre se guiaba por lo que juzgaba que eran pruebas sólidas. Naturalmente, al principio pensé que estaba equivocado, aunque reconocía que el suyo era un error inteligente; y en ningún momento secundé a esos

amigos suyos que achacaban sus ideas y su miedo a los montes verdes a que estaba loco. Me daba cuenta de que sabía bastante, y que lo que contaba procedía de extrañas circunstancias que merecía la pena investigar, aunque quizá tenían poco que ver con las causas fantásticas que él les atribuía. Más tarde me facilitó pruebas sustanciales que situaron el asunto en un plano diferente y absolutamente insólito.

No puedo hacer nada mejor que transcribir por extenso, hasta donde me sea posible, la larga carta con que Akeley se presentó a mí, y que supuso un punto de inflexión en mi propia historia intelectual. Ya no obra en mi poder, pero aún retengo en la memoria, casi palabra por palabra, ese mensaje portentoso; y nuevamente afirmo mi convicción de que el hombre que la escribió no estaba loco. Éste es el texto; un texto que me llegó en una letra apretada, garabateada en el estilo arcaico de quien no estuvo muy en contacto con el mundo en su tranquila vida de erudito.

R. F. D. # 2
Townshend, Windham Co.,
Vermont
5 de mayo de 1928

Sr. D. Albert N. Wilmarth^[401]
Saltonstall, 118
Arkham (Mass.)

Muy Sr. mío:

He leído con gran interés, en el *Brattleboro Reformer's* (23 de abril de 1928) la reproducción de su carta sobre las noticias de extraños cuerpos que arrastraban nuestros ríos durante las crecidas del pasado otoño, y lo enormemente congruentes que son con ciertas creencias antiguas. Es comprensible que alguien que no es de aquí defienda ese punto de vista, e incluso que el «Divagador» coincida con Vd. Esa es la opinión

de muchas personas cultas dentro y fuera de Vermont, y fue la mía en mi juventud (ahora tengo 57 años), antes de que mis estudios, tanto generales como del libro de Davenport, me incitasen a explorar determinadas zonas de los montes de aquí cerca que no suelen ser visitadas.

Hacia tales estudios me orientaron las extrañas historias que oía contar a los viejos más ignorantes del campo; ahora, sin embargo, desearía haber dejado ese asunto en paz. Puedo decir, sin falsa modestia, que no me es desconocida la antropología ni el folclore. Me dediqué bastante a estas materias en la universidad. Conozco a fondo a la mayoría de las autoridades reconocidas, como Tylor, Lubbock, Frazer, Quatrefages, Murray, Osborn, Keith, Boule, G. Elliot Smith^[402], y otros. No es ninguna novedad para mí que existen historias sobre razas ocultas tan viejas como la humanidad. He leído sus cartas y las de sus adversarios en el *Rutland Herald* y creo que sé en qué punto se encuentra actualmente la controversia.

Quiero decirle que me temo que sus adversarios están más cerca de la verdad que Vd., si bien aparentemente tiene la razón de su parte. Se han acercado a la verdad incluso más de lo que ellos mismos sospechan; porque, naturalmente, se mueven en el terreno de la pura teoría, y no saben lo que yo sé. Si yo supiera tan poco del asunto como ellos, no consideraría justificada la postura que defienden, y estaría totalmente de su lado.

Como puede ver, me está costando llegar al asunto, probablemente porque temo entrar de lleno en él. En fin, el hecho es que *tengo pruebas de que esos seres monstruosos; viven efectivamente en los bosques altos de las montañas que nadie visita*. Yo no he visto ningún ejemplar de los que dice la prensa que bajaban flotando por el río, pero *he visto otros como esos* en circunstancias que prefiero no mencionar. He descubierto huellas de pisadas; y hace poco las he visto cerca de mi casa (vivo en el viejo solar de mi familia, al sur del

pueblo de Townshend, en la ladera de Dark Mountain), más de las que me gustaría admitir. Y también he oído voces en el bosque, en parajes que no quiero indicar ahora por escrito.

En un lugar concretamente se oían tan a menudo que llevé allí un fonógrafo —con dictáfono y cera en blanco—. Intentaré que oiga Vd. la grabación que obtuve^[403]. Se la he hecho oír a algunos viejos de aquí, y una de las voces (como ese zumbido del bosque del que habla Davenport) casi les paralizó de terror, por su parecido con una voz que sus abuelas les contaban e imitaban. Sé lo que piensa todo el mundo de quien dice que «oye voces»; pero antes de que saque ninguna conclusión, le ruego que escuche la grabación, y pregunte a los viejos del campo qué piensan del particular. Si encuentra una explicación normal, la aceptaré; pero es seguro que hay algo detrás de todo esto. Ya sabe: *ex nihilo, nihil fit*^[404].

Mi propósito al escribirle ahora no es intervenir en el debate, sino facilitarle una información que creo que un hombre de sus intereses puede encontrar valiosa. *Pero esta en privado. Públicamente estaré de su parte*; porque ciertas cosas me indican que no es prudente que el asunto trascienda demasiado. Actualmente, mi trabajo es absolutamente particular, y no pienso decir nada que pueda atraer la atención del público e incitarles a visitar los lugares que he explorado. Es cierto —terriblemente cierto— que hay criaturas no humanas que nos vigilan constantemente; que hay espías entre nosotros dedicados a recoger información. Gran parte de lo que sé sobre esto lo he obtenido de un desdichado que, si estaba en sus cabales (como creo que lo estaba), era uno de esos espías. Más tarde se quitó la vida; pero tengo motivos para pensar que hay otros.

Esos seres vienen de otro planeta, pueden vivir en el espacio interestelar, y volar en él merced a unas alas poderosas y rudimentarias, capaces de aguantar en el éter^[405], aunque muy difíciles de controlar para valerse de

ellas en la Tierra. Más adelante le hablaré de esto, si es que no me ha tomado ya por loco, y no ha decidido dejar de hacerme caso. Vienen a extraer metales de minas profundas que se adentran bajo los montes; y *creo que sé cuál es su procedencia*. No nos harán nada mientras los dejemos en paz, pero no se sabe qué puede suceder si nos volvemos demasiado curiosos con ellos. Naturalmente, un ejército bien pertrechado podría terminar con esa colonia minera. Es lo que temen. Pero si ocurriera eso, podrían venir más del *exterior*... no sabemos cuántos. Y podrían conquistar la Tierra sin dificultad; pero hasta ahora no lo han intentado porque no les hace falta. Prefieren seguir así y ahorrarse complicaciones.

Creo que quieren librarse de mí por lo que he descubierto. En el bosque de Round Hill, al este de aquí, encontré una gran piedra negra con jeroglíficos desconocidos; y desde el momento en que me la traje a casa, empezó a cambiar todo. Si concluyen que sospecho demasiado me matarán, *o me llevarán con ellos al lugar de donde vienen*. Suelen secuestrar a personas informadas, de tiempo en tiempo, para conocer la situación del mundo de los hombres.

Esto me trae al segundo motivo de dirigirme a Vd., que es rogarle que procure echar tierra sobre este debate, en vez de avivarlo. *Hay que mantener a la gente alejada de estas montañas*, para lo cual lo mejor es no alimentar su curiosidad. Bastante peligro corremos ya con los promotores y agentes inmobiliarios que acuden a Vermont con hordas de veraneantes para invadir los parajes silvestres y sembrar los montes de casas baratas.

Me encantaría estar en contacto con Vd., e intentaré mandarle por correo expreso la grabación fonográfica y la piedra negra (está tan erosionada que en las fotografías se aprecia muy poca cosa), si le parece bien. Digo «intentaré» porque creo que esos seres tienen algún medio de estar al tanto de todo aquí. Hay un individuo hosco y huidizo llamado

Brown, que vive no lejos del pueblo, que creo que espía para ellos. Poco a poco, me están aislando del mundo porque sé demasiado sobre ellos.

Es asombrosa la manera que tienen de averiguar lo que hago. Puede incluso que esta carta no le llegue a Vd. Creo que voy a tener que abandonar esta parte del país y marcharme a San Diego (California), a vivir con mi hijo, si las cosas empeoran; aunque no es fácil dejar el lugar donde uno ha nacido, y donde mi familia ha vivido ininterrumpidamente durante seis generaciones. Además, no me atrevería a venderle a nadie esta casa, ahora que esos seres se han fijado en ella. Parece que pretenden recuperar la piedra negra y destruir la grabación fonográfica; pero no lo permitiré si puedo. Mis perros policía les contienen porque por ahora son muy pocos, y se mueven con torpeza. Como digo, las alas no les sirven de mucho en vuelos cortos en la Tierra. Estoy a punto de descifrar esa piedra —de una manera terrible—; y dado que Vd. conoce bien el folclore, quizá pueda ayudarme a encajar las piezas que faltan. Supongo que sabe todo lo referente a esos mitos espantosos anteriores a la aparición del hombre en la Tierra, a los ciclos de Yog-Sothoth y de Cthulhu, de los que habla el *Necronomicon*. Yo tuve en mis manos un ejemplar de ese libro, una vez; pero sé que hay uno en la biblioteca de su universidad, guardado bajo llave.

Por último, Sr. Wilmarth, creo que, dados nuestros respectivos estudios, podemos ser de gran ayuda el uno para el otro. No deseo ponerle en ninguna clase de peligro, por lo que me siento obligado a advertirle que la posesión de la piedra y la grabación no está exenta de él; pero estoy convencido de que juzgará que merece la pena correr cualquier riesgo en pro de la ciencia. Me llegaré a Newfane o a Brattleboro en automóvil para enviarle lo que Vd. me autorice, ya que las oficinas de correos de esas localidades son más de fiar. Puede decirse que en la actualidad vivo completamente

solo; ya que no consigo contratar a nadie para que me ayude; no quieren vivir aquí por los seres que intentan rodear la casa de noche, y porque los perros no paran de ladrar a esas horas. Me alivia pensar que no ahondé tanto en este asunto cuando vivía mi esposa, porque se habría vuelto loca.

Esperando no haberle molestado demasiado, y que decida ponerse en contacto conmigo y no arroje esta a la papelera por juzgarla el delirio de un loco,

Queda de Vd. suyo affmo.,

Henry W. Akeley

P.D.: Estoy sacando copias de algunas fotografías que he hecho; creo que ayudarán a probar varios puntos a los que hago referencia. Personas muy ancianas dicen que son monstruosamente reales. Se las mandaré en seguida si me confirma que le interesan. H. W. A.

Es difícil describir mis sentimientos cuando leí por primera vez este extraño documento. En principio, debía haberme reído más de estas extravagancias que de las otras teorías, que eran menos disparatadas; sin embargo, algo en el tono de la carta me hizo tomarla con paradójica seriedad. No es que creyera ni por asomo en la oculta raza de las estrellas de la que hablaba mi corresponsal; sino que, tras serias dudas, acabé convenciéndome de su sinceridad, y de que se había enfrentado con algún fenómeno real, aunque singular y anormal, que no podía explicar más que de esta manera imaginativa. Podía no ser lo que él creía y, pese a todo, valer la pena investigarlo. El hombre estaba sumamente excitado y alarmado por algo, y era difícil pensar que no hubiera una causa. En determinados aspectos, se mostraba muy preciso y lógico; y en definitiva, su historia concordaba asombrosamente con algunos mitos antiguos, incluso con las leyendas indias más absurdas.

Era perfectamente posible que hubiese oído voces turbadoras en el monte, y que hubiese encontrado la piedra negra de la que hablaba, a pesar de las deducciones disparatadas que hacía, deducciones que probablemente le sugirió el hombre que según él era espía de esos seres exteriores, y que más tarde se suicidó. Lo más seguro es que fuera un loco, pero con una vena de lógica perversa, y que convenciera al ingenuo Akeley, dispuesto de antemano a admitir ese tipo de cosas debido a sus estudios. En cuanto a los sucesos recientes, parecía —a juzgar por la imposibilidad de contratar ayuda— que los rústicos vecinos de Akeley estaban convencidos como él de que seres misteriosos sitiaban su casa por las noches. Los perros ladraban de verdad también.

Y luego estaba el asunto de esa grabación fonográfica, que no podía por menos de creer que la había obtenido como decía. Sin duda contenía algo, ya fueran ruidos animales engañosamente parecidos al habla humana, o algarabías de algún ser humano huidizo, cazador nocturno, que habría retrocedido a un nivel inferior. De aquí, mis pensamientos volvieron a la piedra negra con jeroglíficos, y a especulaciones sobre lo que podían significar. ¿Y qué pensar, también, de las fotografías que Akeley pretendía mandarme, y que los viejos habían encontrado tan convincentemente terribles?

Al releer su letra apretada me dio la sensación, inédita hasta ahora, de que mis crédulos oponentes podían andar más acertados de lo que yo había estado dispuesto a conceder. Al fin y al cabo, podía ser que en esos montes remotos hubiera gente marginada, afectada de alguna deformidad rara y hereditaria, aunque no una raza de monstruos nacidos en las estrellas como afirmaba la tradición popular. Si era así, entonces la aparición de cadáveres extraños arrastrados por la riada no se apartaba tanto del límite de lo creíble. ¿Era demasiado presuntuoso suponer que las viejas leyendas y las informaciones recientes tuvieran ese trasfondo de realidad? Pero, aunque abrigaba esas dudas, me daba vergüenza

que me las suscitase una fantasía tan extravagante como la carta de Akeley.

Al final contesté a esa carta, adoptando un tono de amable interés y pidiéndole más información. Su respuesta me llegó casi a vuelta de correo; y contenía, como había prometido, varias fotografías de lugares y objetos que ilustraban lo que decía. Al echarles una ojeada mientras las sacaba del sobre, sentí una rara sensación de sobresalto, y de proximidad a algo prohibido; porque a pesar de que la mayoría habían salido borrosas, tenían un poder de sugerencia que el hecho de ser auténticas hacía más intenso: eran verdaderos eslabones ópticos de lo que retrataban, fruto de un proceso de transmisión impersonal sin prejuicios, falibilidad ni engaño.

Cuanto más las miraba, más me daba cuenta de que no había estado desacertado en tomar en serio a Akeley y su historia. Desde luego, las fotografías eran una prueba clara de que algo había en los montes de Vermont que sobrepasaba con mucho el radio de nuestros normales conocimientos y creencias. La que más me impresionó fue la de una huella de pie: estaba tomada en un lugar donde el sol incidía sobre un barrizal, en un terreno despejado de lo alto. Nada más verla comprendí que no se trataba de ninguna falsificación; porque las hojas de la hierba y los guijarros que aparecían recortados en el campo de visión proporcionaban claramente la escala del tamaño, y no permitían una habilidosa doble exposición. La he llamado «huella de pie», pero sería más apropiado decir «huella de garra». Aun ahora me cuesta describirla; sólo diré que era espantosamente parecida a las de los cangrejos, y que presentaba cierta ambigüedad en cuanto a su dirección. No era profunda ni reciente, pero tenía el tamaño del pie de un hombre de estatura mediana. De un dedo central se proyectaban en direcciones opuestas pares de pinzas dentadas, cuya función se me escapa totalmente, si es que se trataba de un órgano de locomoción.

En otra fotografía —evidentemente tomada con exposición porque estaba en profunda sombra— se veía la entrada de una cueva del interior del bosque, con una gran piedra redondeada obstruyendo la abertura. Delante de una de ellas, en el suelo pelado, se apreciaba un denso entramado de huellas curiosas que, al examinarlas con la lupa, comprobé con alarma que eran iguales a la de la otra fotografía. Una tercera mostraba un círculo de piedras empinadas a manera de los monumentos druidas en la cima de un monte enhiesto^[406]. Alrededor del círculo críptico la hierba estaba machacada o había desaparecido, aunque no descubrí pisadas de ninguna clase con la lupa. La lejanía del lugar se evidenciaba en el mar de montañas desiertas que constituían el fondo y se extendían hacia un horizonte brumoso.

Pero si la más inquietante de estas vistas era la de la huella de pie, la más sugerente era la de la piedra negra^[407] encontrada en el bosque de Round Hill. Akeley la había fotografiado sobre lo que evidentemente era la mesa de su despacho, porque se veían hileras de libros, y un busto de Milton^[408] en el fondo. El objeto, hasta donde podía juzgar, estaba frente a la cámara, hacia la que ofrecía una superficie algo curva de uno por dos pies; pero es casi imposible decir nada concreto sobre esa superficie, o sobre la forma general del objeto. No se me ocurría qué insólitos principios geométricos habían guiado su talla —porque no me cabía duda de que había sido cortada—; y, desde luego, nada me parecía tan extraña e inequívocamente ajeno a nuestro mundo. Sólo pude distinguir unos pocos jeroglíficos en su superficie; uno o dos, sin embargo, me causaron bastante impresión. Naturalmente, podían ser un fraude, porque aparte de mí, había otros que habían leído el abominable *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred. De todos modos, me estremecí al reconocer ciertos ideogramas que en mis estudios había aprendido a relacionar con las blasfemas y estremecedoras historias sobre seres que habían gozado de una especie de insensata semiexistencia antes de la aparición de la Tierra y demás mundos interiores del sistema solar.

De las cinco fotografías restantes, tres eran de parajes pantanosos y montañosos en los que aparecían vestigios de una vida retirada e insana. Otra era de una curiosa marca en el suelo, muy cerca de la casa de Akeley, quien explicaba que la había fotografiado una mañana, tras una noche en que los perros habían ladrado más furiosamente que de costumbre. Era muy borrosa, y en realidad no se podía concluir nada seguro de ella; pero era diabólicamente parecida a las huellas de garras fotografiadas en las tierras altas abandonadas. La última era de la casa de Akeley; un elegante edificio blanco de dos plantas y ático de siglo y cuarto de antigüedad, con un césped cuidado y un camino bordeado de piedras que conducía a un pórtico de piedra tallada de gusto georgiano. En el césped se veían varios perros policía tumbados cerca de un hombre de cara agradable y barba corta y gris que supuse que sería Akeley: su propio fotógrafo, a juzgar por la pera conectada a un tubo que tenía en la mano derecha.

Dejé las fotografías, cogí la voluminosa carta de letra apretada; y durante las tres siguientes horas me sumergí en un abismo de indecible horror. Si antes Akeley me había adelantado una noción general, ahora entraba en detalles; incluyendo transcripciones de frases oídas en el bosque por la noche, largas descripciones de figuras monstruosas y rosadas que atisbaban en la espesura, al anochecer, y un terrible relato cósmico derivado de aplicar sus profundos y variados conocimientos a los interminables discursos que en otro tiempo había soltado el supuesto espía loco que se suicidó. Ante mí tenía nombres y expresiones que había leído en otra parte en los contextos más espantosos —Yuggoth, el Gran Cthulhu, Tsathoggua, Yog-Sothoth, R'lyeth, Nyarlathotep, Azathoth, Hastur, Yian, Leng, el Lago de Hali, Bethmoora, el Signo Amarillo, L'mur-Kathulos, Bran y el Magnum Innominandum^[409]—, y sentí que retrocedía, a través de innumerables eones y dimensiones inconcebibles, a mundos de una entidad exterior y antigua, cuya existencia había adivinado vagamente el loco autor del *Necronomicon*. Me hablaba de pozos de vida primordial y de arroyos

que habían manado de ellos y, finalmente, de un minúsculo regato que derivaba de esos arroyos y que se había enredado con los destinos de nuestra Tierra.

La cabeza me daba vueltas; y donde antes había intentado explicar las cosas, ahora empezaba a creer en los prodigios más inverosímiles y anormales. La interminable serie de pruebas condenadamente abrumadoras, y la actitud fría, científica de Akeley —una actitud lo más alejada de las lucubraciones fanáticas, históricas o dementes que cabe imaginar— tuvieron un efecto tremendo en mi pensamiento y mi juicio. Cuando por fin dejé la espantosa carta, podía entender los miedos que este hombre había llegado a concebir, y estaba dispuesto a ayudar en lo que fuera para que la gente se mantuviese alejada de esos montes infestados y hostiles. Incluso ahora que el tiempo ha desdibujado la impresión y ha hecho que medio me cuestione mi experiencia y mis dudas horribles, hay cosas en la carta de Akeley que no quiero citar, ni poner con palabras en este papel. Casi me alegro de no tener ya la carta, la grabación ni las fotografías; y quisiera, por razones que aclararé más adelante, que no se hubiese descubierto el nuevo planeta que hay más allá de Neptuno^[410].

La lectura de esa carta puso punto final a mi debate público sobre el horror de Vermont. Dejé de responder a los argumentos de mis oponentes, o prometí hacerlo más adelante, y la polémica cayó finalmente en el olvido. Durante los pasados meses de mayo y junio sostuve una constante correspondencia con Akeley; aunque de cuando en cuando se perdía una carta, de manera que teníamos que volver atrás y llevar a cabo una laboriosa reconstrucción. Porque lo que intentábamos hacer era cotejar notas de oscura erudición mitológica y llegar a un nexo más claro entre los horrores de Vermont y el conjunto de leyendas primitivas del mundo.

En primer lugar, concluimos prácticamente que esas anomalías y los infernales mi-go del Himalaya constituían un único orden de pesadillas encarnadas. Había asimismo hipótesis zoológicas absorbentes, que habría querido consultar con el profesor Dexter de

mi universidad, si no llega a ser por la orden imperiosa de Akeley de no hablar de esto con nadie. Si incumplo ahora esa orden, es sólo porque creo que en estos momentos puede contribuir más a la seguridad de las personas esta llamada de advertencia sobre los montes de Vermont —y sobre esos picos del Himalaya, que los intrépidos exploradores están cada día más resueltos a escalar— que el silencio. Una meta concreta que nos habíamos propuesto era descifrar los jeroglíficos de esa infame piedra negra; porque eso nos permitiría entrar en posesión de secretos más profundos y turbadores que ninguno de cuantos había conocido el hombre hasta ahora.

III

Hacia finales de junio me llegó la grabación fonográfica, enviada desde Brattleboro, dado que Akeley no se fiaba del servicio del ramal norte que cubría esa comunicación. Empezaba a tener cada vez más la sensación de que le espiaban; sensación agravada por la pérdida de algunas cartas; y hablaba mucho del equívoco comportamiento de algunas personas, a las que consideraba instrumentos y agentes de los seres ocultos. El más sospechoso para él era el huraño granjero Walter Brown, que vivía solo en una casa ruinoso de la ladera, cerca del espeso bosque, al que se veía a menudo merodear por los alrededores de Brattleboro, Bellows Falls, Newfane y South Londonderry sin rumbo y sin motivo. Akeley estaba convencido de que una de las voces que había oído en cierta ocasión, en una conversación verdaderamente terrible, era la de Brown; y también había descubierto cerca de la casa de este huellas de pies, o de garras, que podían tener un significado de lo más siniestro: junto a ellas aparecían las del propio Brown... en dirección a la casa.

Así pues, me envió la grabación desde Brattleboro, adonde se desplazó en su Ford recorriendo los solitarios caminos vecinales de Vermont. En una nota adjunta confesaba que empezaba a tener miedo de esos caminos, y que ahora no iba a Townshend a comprar comida si no era a plena luz del día. No era bueno saber demasiado, repetía una y otra vez, a menos que uno viviese lejos de esos montes callados y problemáticos. Muy pronto se marcharía a California a vivir con su hijo, aunque le costaba abandonar el lugar donde se concentraban todos sus recuerdos y vivencias familiares.

Antes de intentar reproducir la grabación en un aparato comercial que pedí prestado a la administración de la universidad, releí atentamente lo que Akeley explicaba sobre ella en sus diversas cartas. La había realizado, decía, el 1 de mayo de 1915 a la una de la madrugada, junto a la entrada obstruida de una cueva que había donde arranca la boscosa ladera occidental de Dark Mountain, en Leeis Swamp^[411]. Ese lugar parecía estar siempre lleno de extrañas voces; y ese era el motivo por el que había ido allí con el fonógrafo, el dictáfono y un cilindro en blanco, con la esperanza de grabar algo. Anteriores experiencias le inclinaban a pensar que la víspera del uno de mayo —la espantosa noche del sabbat de las secretas leyendas europeas— sería probablemente la más propicia; y no se equivocó. Aunque hay que decir que nunca más volvió a oír voces en ese lugar.

A diferencia de las voces que había oído en el bosque, el contenido de la grabación era casi ritualista, e incluía una voz claramente humana que Akeley no había logrado identificar. No era la de Brown, sino más bien parecía la de un hombre cultivado. La segunda, en cambio, era un gran misterio; porque era el detestable *zumbido* que no tenía nada de humano, a pesar de que modulaba palabras conforme a la buena gramática inglesa, y en un tono profesoral.

El fonógrafo grabador y el dictáfono no habían funcionado bien de principio a fin; y era una verdadera pena, dado lo lejano y amortiguado del ritual sorprendido; de manera que el resultado era

muy fragmentario. Akeley me enviaba una transcripción de lo que creía que eran las palabras, así que les eché una ojeada otra vez, y me dispuse a poner en marcha el aparato. El texto resultaba oscuramente misterioso, más que claramente horrible; aunque el saber su origen y la forma en que había sido obtenido le confería un horror más grande que el que pudiera transmitir ninguna palabra. Lo consigno aquí tal como lo recuerdo, convencido de ser exacto, no sólo porque leí la transcripción, sino porque escuché la grabación multitud de veces. ¡No es algo que uno olvide con facilidad!

(RUIDOS INDISCERNIBLES)

(VOZ HUMANA MASCULINA, CULTIVADA)

... Es señor de los Bosques, incluso para... y las ofrendas de los hombres de Leng... así de los pozos de la noche a los abismos del espacio, como de los abismos del espacio a los pozos de la noche, sean siempre alabanzas al Gran Cthulhu, a Tsathoggua, al que No debe ser Nombrado. Sean eternas sus alabanzas, y abundancia a la Cabra Negra de los Bosques. ¡lä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con Mil Cabritos!

(UN ZUMBIDO IMITANDO LA VOZ HUMANA)

¡lä! ¡Shub-Niggunath^[412] ¡La Cabra Negra de los bosques, con Mil Cabritos!

(VOZ HUMANA)

Y ocurrió que, estando el Señor de los Bosques... siete y nueve, al pie de la escalinata de ónice... (tri)butos al del Abismo, Azathoth, del que nos has enseñado marav(illas) ... en las alas de la noche más allá del espacio, más allá d... a Aquel de quien Yuggoth es el hijo más pequeño, rodando solo en el éter negro, en el borde mismo...

(VOZ ZUMBANTE)

... Ve entre los hombres, y observa cómo son, a fin de que el del abismo pueda saber. A Nyarlathotep, Mensajero Poderoso, deben ser dichas todas las cosas. Él tomará la semejanza de los hombres, la máscara de cera, el ropaje que oculta, y descenderá del mundo de los Siete Soles para hacerse pasar...

(VOZ HUMANA)

... (Nyarl)athotep, el Gran Mensajero, traedor de extraño gozo a Yuggoth a través del vacío, Padre del Millón de Favorecidos, que camina entre...

(SE INTERRUMPE EL DISCURSO Y FIN DE LA GRABACIÓN)

Ésas eran las palabras que debía escuchar cuando pusiera en marcha el fonógrafo. Sentí un ligero temor y rechazo al accionar la manivela y oír el ruido preliminar de la punta de zafiro rascando, y me alegré de que las primeras palabras, débiles, fragmentarias, fueran de una voz humana, de una voz melodiosa, educada, con acento levemente bostoniano, y no, desde luego, de ningún habitante de los montes de Vermont. Mientras seguía la débil grabación, me daba cuenta de que la transcripción de Akeley era cuidadosamente fiel. En ella, la voz bostoniana entonaba... «¡lä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con Mil Cabritos!...»

Y entonces oí *la otra voz*. Incluso ahora me estremezco al recordar la impresión que me produjo, a pesar de que lo que Akeley me había contado previamente debía haberme preparado. Las personas a las que he hablado de la grabación aseguran que no ven en ella sino una tosca falsificación, o el desvarío de un enajenado; pero *si ellos la hubiesen oído*, o hubiesen leído la correspondencia de Akeley (en especial esa terrible y enciclopédica segunda carta),

sé que pensarían de otra manera. Es una verdadera pena haber hecho caso a Akeley, y no haber puesto a otros la grabación; como lo es, también, que se perdieran todas sus cartas. Para mí, que oía de primera mano los sonidos reales y sabía lo que había detrás, así como las circunstancias que rodeaban la grabación, la voz era algo monstruoso. Sucedió veloz a la voz humana en forma de respuestas rituales, pero para mi imaginación era como un eco morboso que llegaba cruzando indecibles abismos de inimaginables infiernos exteriores. Han pasado ya más de dos años desde la última vez que oí ese blasfemo cilindro de cera; sin embargo en este momento, como en cualquier otro momento, sigo oyendo ese zumbido débil, demoníaco, tal como me llegó la primera vez:

¡lâ! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra Negra de los Bosques con Mil Cabritos!

Pero, aunque tengo esa voz perpetuamente en los oídos, aún no soy capaz de describirla claramente. Era como el zumbido repugnante de un insecto gigantesco, pesadamente modulado en forma de lenguaje de una especie ajena; y estoy seguro de que los órganos que lo producían no tienen nada en común con los órganos vocales del ser humano; ni con los de ninguna clase de mamíferos. Había peculiaridades en el timbre, en la escala, en los tonos altos, que situaban este fenómeno enteramente fuera del ámbito de lo humano y de la vida terrestre. Su súbita irrupción, la primera vez, casi me aturdió, y oí el resto de la grabación como a través de una especie de ofuscamiento. Cuando llegó el pasaje de zumbido más largo, se me agudizó la sensación de blasfema infinitud que me había invadido al oír el otro más corto. Por último, la grabación se interrumpió de repente, en medio de una intervención bastante clara de la voz humana bostoniana; pero continué sentado, mirando estúpidamente, hasta mucho después de que el aparato se hubiese detenido.

No hace falta decir que volví a escucharla muchas veces más, y que hice agotadores intentos de analizarla, y cotejar con ella las notas de Akeley. No serviría de nada, y quizá crearía alarma, repetir

aquí nuestras conclusiones; pero puedo decir que los dos creíamos haber dado con la clave del origen de una de las costumbres más repulsivas y primordiales de las crípticas y remotas religiones de la humanidad. Estaba claro para nosotros, también, que había antiguas y complicadas alianzas entre las ocultas criaturas del exterior y ciertos miembros de la especie humana. No teníamos medios de saber hasta dónde llegaban esas alianzas, ni hasta dónde podía compararse su situación actual con la de etapas anteriores; no obstante, había amplio campo para infinidad de especulaciones horribles. Al parecer, hubo una conexión espantosa e inmemorial en varias etapas concretas entre el hombre y la infinitud innominada. Las blasfemias que aparecieron en la Tierra venían, por lo visto, del planeta oscuro Yuggoth, situado en el borde del sistema solar; pero este era sólo un puesto avanzado de una espantosa raza interestelar cuyo origen último debía de encontrarse muy al exterior incluso del continuo espacio-tiempo einsteiniano o del cosmos más grande conocido.

Entretanto, seguíamos deliberando sobre la piedra negra y la manera de traerla a Arkham. Akeley no juzgaba aconsejable que fuera yo a visitarlo al escenario de sus estudios de pesadilla. Por alguna razón, le daba miedo confiarla a un medio de transporte ordinario o de recorrido previsible. Finalmente optó por llevarla él a Bellows Falls, y mandarla por la línea Boston y Maine, a través de Keene, Winchendon y Fitchburg, si bien esto le obligaría a ir por caminos algo más solitarios y metidos en el bosque que la carretera general a Brattleboro. Dijo que había visto a un hombre merodeando por la oficina de correos de Brattleboro, cuando fue a enviarme la grabación fonográfica, con un comportamiento de lo más inquietante: había estado muy insistente con los empleados, y había cogido el tren en el que salía la grabación. Akeley me confesó que no se había sentido tranquilo del todo hasta que recibió confirmación mía de que había llegado.

Por entonces —era la segunda semana de julio— se perdió otra carta mía, según supe por una atribulada comunicación de Akeley.

Entonces me pidió que no le escribiese más a Townshend, y que le mandase toda la correspondencia a la lista de correos de Brattleboro, adonde haría frecuentes viajes en automóvil, o en el coche de línea que desde hacía poco sustituía al lento ramal del ferrocarril en el transporte de viajeros. Yo le notaba cada vez más nervioso, porque se extendía mucho en detalles como que los perros ladraban más en las noches que no había luna; y a veces, por la mañana, descubría huellas de garras en el camino y en el barro, detrás del corral. Un día me habló de una legión de huellas que formaban una línea frente a otra igualmente espesa y clara hecha por los perros; incluía una fotografía alarmante para probar lo que decía. Fue después de una noche en la que los perros se habían superado a sí mismos en ladridos y aullidos.

El miércoles 18 de julio, por la mañana, recibí un telegrama desde Bellows Falls, en el que Akeley decía que mandaba la piedra negra en el tren núm. 5508 de la B. & M., que tenía la salida de Bellows Falls a la 12.15, hora oficial, y la llegada a la Estación Norte de Boston a las 16.12. Calculé que a Arkham llegaría por lo menos a mediodía; así que estuve toda la mañana del jueves esperando. Pero pasaron las doce sin que hubiera noticias; y cuando telefoneé a la estafeta me informaron que no había llegado nada para mí. El siguiente paso, en medio de mi creciente alarma, fue poner una conferencia al factor de correos de la Estación Norte, de Boston. No me sorprendió oír que no se sabía de ningún envío a mi nombre. El tren nº 5508 había llegado sólo con 35 minutos de retraso el día anterior, pero no había traído nada a mi nombre. No obstante, el factor me prometió investigar lo ocurrido; y acabé el día mandando una carta a Akeley por el correo de la noche, en la que le contaba la situación.

Con loable prontitud, al día siguiente por la tarde recibí noticias de la oficina de Boston: el factor me telefoneó en cuanto supo lo que había pasado. Al parecer, el empleado del expreso nº 5508 recordaba un incidente que podía tener alguna relación con la pérdida del paquete: una discusión con un individuo de voz muy

rara, flaco, de pelo claro, cuando el tren paró en Keene (N. H.) poco después de las trece horas.

El individuo, dijo, estaba muy excitado a propósito de una caja pesada que decía que esperaba; pero no estaba en el tren, ni registrada en los libros de la compañía. Había dado el nombre de Stanley Adams; y su voz era tan ronroneante que, mientras le escuchaba, el empleado sintió que le invadía una especie de mareo o somnolencia. No recordaba cómo había acabado la discusión, aunque se recobró cuando el tren empezó a moverse. El factor de Boston añadió que este empleado era un joven formal y de absoluta confianza; contaba con buenos antecedentes y llevaba ya tiempo en la compañía.

Esa misma tarde fui a Boston a hablar personalmente con el empleado, del que me dieron su nombre y dirección en la oficina. Era un joven abierto y agradable; pero no pudo añadir nada más a lo que ya había contado. Sorprendentemente, no estaba seguro de poder reconocer al interesado si lo volvía a ver. Convencido de que carecía de más información, regresé a Arkham y me pasé la noche entera escribiendo cartas a Akeley, a la compañía de correos, a la comisaría de policía y al factor de la estación de Keene. Me daba la impresión de que el individuo de la voz rara que tanto había afectado al empleado tenía un papel fundamental en todo este ominoso asunto, y esperaba que los empleados de la estación de Keene y los registros de la oficina de telégrafos pudieran aportar alguna información sobre él, y sobre cómo se había enterado de nuestro envío, y cuándo y dónde.

Debo admitir, sin embargo, que mis indagaciones acabaron en punto muerto. El individuo de la voz rara había sido visto por la estación de Keene a primeras horas de la tarde del 18 de julio, y un ocioso lo relacionó vagamente con una caja pesada. Pero era un desconocido, y no se le había visto antes ni después. No había entrado en la oficina de telégrafos, no había recibido ningún mensaje, que se supiera, ni había llegado a la oficina ningún mensaje para nadie anunciando la presencia de la piedra en el tren

nº 5508. Naturalmente, Akeley se unió a mí en estas pesquisas; incluso hizo un viaje a Keene para preguntar a la gente de los alrededores de la estación. Pero en esto era más fatalista que yo. Veía en la desaparición de la piedra un amenazador cumplimiento de tendencias inexorables, y no tenía ninguna esperanza de recuperarla. Hablaba del indudable poder de telepatía e hipnotismo de los seres de los montes y de sus agentes, y en una carta insinuaba que no creía que la piedra estuviese ya en esta Tierra. Por mi parte, me sentía frustrado, porque intuía que los viejos y borrosos jeroglíficos habrían podido proporcionar una posibilidad de saber cosas profundas y asombrosas. El percance me habría dejado en un estado de ánimo exasperado si no llega a ser porque las siguientes cartas de Akeley inauguraron una nueva fase del horrible problema de los montes que en seguida absorbió toda mi atención.

IV

Los seres desconocidos, me contaba Akeley con una letra que se le había vuelto temblorosa, habían empezado a cercarle con una determinación enteramente nueva. Los ladridos nocturnos de los perros, cuando no había luna o la ocultaban las nubes, eran ahora espantosos, y habían intentado molestarle en los caminos solitarios que tenía que recorrer durante el día. El dos de agosto, cuando se dirigía al pueblo en coche, se encontró con un tronco atravesado, en un punto en que la carretera cruzaba un trecho espeso de bosque; los ladridos salvajes de los dos perrazos que llevaba consigo le hicieron saber demasiado bien que los seres acechaban cerca. No se atrevía a imaginar que habría pasado si no hubiera tenido a los perros... pero ahora no salía nunca sin llevar al menos dos de su poderosa jauría. El 5 y el 6 de agosto había sufrido experiencias similares: una fue un disparo que pasó rozando el coche; la otra la

protagonizaron los perros, que con sus ladridos le advirtieron de presencias impías en el bosque.

El 15 de agosto recibí una carta frenética que me inquietó sobremanera, y me hizo desear que Akeley venciese su renuencia de solitario y pidiese ayuda a las autoridades. Habían ocurrido cosas espantosas en la noche del 12 al 15: oyó disparos cerca de la casa, y por la mañana encontró muertos tres de los doce perrazos. En el camino descubrió miles de huellas de garras, entre las que estaban también las de Walter Brown. Akeley intentó llamar a Brattleboro para pedir más perros, pero la comunicación se cortó antes de que le diera tiempo a explicar nada. Después fue a Brattleboro en coche, donde se enteró de que los operarios de teléfonos habían encontrado cortado el cable principal en un tramo que atravesaba los montes desiertos al norte de Newfane. Pero regresó a su casa con cuatro buenos perros más y varias cajas de munición para su rifle de caza. La carta la escribió en la oficina de correos de Brattleboro, y me llegó sin retraso.

Mi actitud ante el asunto, entretanto, iba derivando rápidamente de científica a alarmadamente personal. Estaba intranquilo por Akeley, aislado en su remota casa de campo, y un poco por mí mismo también, por mi clara conexión, ahora, con ese extraño problema de los montes. La cosa se estaba *extendiendo* demasiado. ¿Me succionaría a mí y me tragaría? En la respuesta a su carta le instaba a que buscara ayuda, dándole a entender que de no hacerlo tomaría yo la iniciativa. Le decía que podía ir a Vermont, aunque él no fuera partidario, para ayudarlo a explicar la situación a las autoridades. Pero por toda respuesta recibí un telegrama desde Bellows Falls que decía así:

APRECIO SU ACTITUD PERO NO PUEDO HACER NADA. NO TOME NINGUNA
MEDIDA. SE VOLVERÍA CONTRA AMBOS. ESPERE EXPLICACIÓN. HENRY
AKELY

Pero el asunto se agravaba por momentos. Tras responder al telegrama, recibí una nota temblorosa de Akeley, con la asombrosa noticia de que no sólo no me había enviado ningún telegrama, sino que no había recibido la carta de la que era evidente contestación. Había corrido a indagar en Bellows Falls, y allí le habían dicho que el telegrama lo había expedido un desconocido de pelo claro con una curiosa voz ronroneante; pero no pudo averiguar más. El empleado le enseñó el texto original garabateado a lápiz por el mandante. La letra era totalmente desconocida; llamaba la atención un error cometido en la firma: A-K-E-L-Y, sin la segunda «E». Inevitablemente se le ocurrieron multitud de conjeturas; pero en un momento tan crítico no se detuvo a pensar en ellas.

Contaba que le habían matado más perros pero que los había repuesto; y que se había convertido en cosa habitual el intercambio de disparos por las noches cuando no había luna. Ahora encontraba, en el camino y detrás del corral, huellas de Brown y de al menos otros dos seres humanos calzados. Akeley admitía que el asunto se estaba poniendo muy mal, y que probablemente se iría pronto a California, con su hijo, tanto si vendía la casa como si no. Aunque no era fácil renunciar al único sitio que consideraba verdaderamente su hogar. Intentaría resistir un poco más. Quizá lograra que los intrusos le dejaran en paz; sobre todo si les demostraba abiertamente que había renunciado a intentar hurgar en sus secretos.

Escribí en seguida a Akeley reiterando mi ofrecimiento de ayuda, y hablándole otra vez de visitarle y ayudarle a convencer a las autoridades de su extremo peligro. En su respuesta rechazaba menos firmemente este plan de lo que su actitud anterior hacía prever; pero decía que prefería esperar un poco más, lo suficiente para ordenar las cosas y hacerse a la idea de dejar el solar natal, que adoraba casi morbosamente. La gente miraba con recelo sus estudios y sus especulaciones, así que prefería irse discretamente, sin poner a todos sobre ascuas, y extender la duda sobre su juicio.

Ya había causado bastante ruido, reconocía; ahora quería irse de manera digna si podía ser.

Su carta me llegó el veintiocho de agosto, y le contesté enviándole los mayores alientos. Al parecer, estos alientos dieron resultado; porque cuando respondió a mi nota, tenía menos terrores que contarme. No era muy optimista, empero, y expresaba su creencia de que era la luna, que estaba en la fase llena, lo que mantenía los seres a raya; esperaba que no se nublara el cielo, y apuntaba la posibilidad de ir a hospedarse a Brattleboro cuando menguase la luna. Volví a escribirle para transmitirle nuevos ánimos. Pero el cinco de septiembre me llegó otra comunicación suya, que evidentemente se había cruzado con mi carta. A esta no pude mandarle una respuesta alentadora. Dada su importancia, considero que es mejor que la transcriba en su totalidad... intentando recordar lo más posible de esa escritura vacilante. En esencia decía lo siguiente:

Lunes

Querido Wilmarth:

Una posdata desalentadora a la última que le escribí: anoche estaba tan nublado —aunque sin llover— que la luna no traspasaba las nubes. Las cosas se están poniendo muy feas, y creo que se acerca el final, a pesar de lo que esperábamos. Pasada la medianoche algo se posó en el tejado de la casa, y los perros acudieron a ver qué era. Pude oír sus dentelladas, y cómo saltaban enloquecidos, hasta que uno de ellos consiguió subirse al tejado desde un sotechado bajo que hay adosado a la casa. Hubo una lucha terrible allí arriba, y oí un *zumbido* tremendo que jamás se me olvidará. Luego se extendió un olor espantoso. Casi a la vez, dispararon a la ventana y estuvieron a punto de alcanzarme. Creo que la primera línea de criaturas de los montes se había acercado a la casa mientras los perros estaban divididos por lo del tejado.

Aún no sé qué era, pero me temo que las criaturas están aprendiendo a manejarse en el aire con sus alas espaciales. Apagué la luz, utilicé las ventanas como troneras, y barrí los alrededores de la casa con fuego de rifle a suficiente altura para no herir a los perros. Esto puso punto final al ataque. Pero esta mañana he descubierto grandes charcos de sangre delante de la casa, y otros igual de un líquido viscoso de color verde que desprendía el hedor más repugnante que he oído en mi vida. He subido al tejado y he encontrado más líquido viscoso. Había cinco perros muertos; me temo que yo mismo le di a uno al disparar demasiado bajo, porque tenía la herida en el lomo. Estoy reponiendo los cristales que han roto las balas; y voy a ir a Brattleboro por más perros. Sospecho que los de la perrera piensan que estoy loco. Le enviaré otra nota más tarde. Creo que en un par de semanas habré terminado de preparar las cosas para irme; aunque me da muchísima pena.

Apresuradamente,

AKELEY

Pero no fue esta la única carta que se cruzó con una mía. A la mañana siguiente —del 6 de septiembre— me llegó otra de Akeley. Estaba garabateada con tan frenéticos rasgos que me llenó de desaliento y me dejó sin saber qué decir o hacer. Lo mejor, una vez más, es que cite el texto lo más fielmente que me permita la memoria.

Martes

No se han disipado las nubes, así que no habrá luna... y además está en fase menguante. Yo mandaré traer la electricidad hasta la casa, e instalaré un reflector, si no fuera porque sé que cortarían los cables en cuanto el tendido estuviera terminado.

Creo que voy a volverme loco. Puede que todo lo que le he contado sea sólo un sueño, o una locura. Antes, las cosas ya estaban mal; pero esta vez es demasiado. *Anoche me hablaron*; me hablaron con esa condenada voz zumbante. Dijeron cosas que *no me atrevo a repetir*. Les oí claramente por encima de los ladridos de los perros; y en un momento en que parecía que se embarullaban, *les ayudó una voz humana*. Manténgase al margen de esto, Wilmarth; es peor de lo que sospechábamos usted y yo. *Ya no piensan dejar que me vaya a California; quieren llevarme vivo —o en un estado teórica y psíquicamente equivalente—*; no sólo a Yuggoth, sino más allá, al exterior de la galaxia; *quizá más allá del borde último del espacio curvo*. Les he dicho que no iré a donde quieren, ni siquiera de *la manera terrible en que me pretenden llevar*. Pero creo que no sirve de nada. Esta granja está tan alejada que pueden venir sin tardanza tanto de día como de noche. Han matado seis perros más, y hoy he notado presencias en todos los tramos boscosos del camino cuando me dirigía en coche a Brattleboro.

Ha sido una equivocación por mi parte intentar enviarle la grabación fonográfica y la piedra negra. Es mejor que destruya la grabación antes de que sea demasiado tarde. Mañana le mandaré unas letras si aún no me he ido. Quisiera llevarme mis libros y mis cosas a Brattleboro, y hospedarme allí. Me iría corriendo sin nada, si pudiera; pero algo dentro de mí me retiene. Podría escapar a Brattleboro, donde estaría a salvo, pero allí voy a estar tan prisionero como en casa. Y creo que no iría muy lejos, si lo dejase todo y lo intentase. Es horrible; manténgase al margen.

Atentamente,

AKELEY

No dormí en toda la noche, después de recibir estas nuevas terribles; no sabía cuánta cordura le quedaba a Akeley. Lo que decía

en la nota era totalmente insensato, aunque la vehemencia con que lo decía —considerando lo que había ocurrido antes— tenía un tremendo poder de convicción. No hice intento de escribirle, pensando que era mejor esperar, y darle tiempo a que contestara a mi última carta. Y efectivamente, su respuesta me llegó a la mañana siguiente; aunque su contenido oscurecía todos los puntos de la carta a la que se suponía que contestaba. He aquí lo que recuerdo del texto, garabateado y lleno de borrones como si lo hubiera escrito con una prisa frenética y aturrullada.

Miércoles

W:

Ha llegado su carta; pero no sirve de nada seguir hablando. Estoy resignado. Me asombra comprobar que aún tengo fuerza de voluntad para rechazarlos. No podría escapar aunque decidiera dejarlo todo. Me atraparían.

Ayer tuve una carta de ellos; la trajo un tal R. F. D. mientras yo estaba en Brattleboro. Está escrita a máquina y enviada en Bellows Falls. Dicen qué quieren hacer conmigo... no puedo repetirlo. ¡Sea precavido, usted también! Aplaste la grabación. Sigue nublado por las noches, y la luna está en menguante. Ojalá me atreviera a buscar ayuda —estimularía mi fuerza de voluntad—. Pero todos aquellos a los que podría acudir me juzgarían loco, a no ser que tuvieran una prueba. No puedo decirle a nadie que venga aquí sin un motivo; estoy desconectado de todo el mundo desde hace años.

Pero aún no le he contado lo peor, Wilmarth. Ármese de valor para leer esto, porque le va a conmocionar; aunque lo que le digo es verdad. Es lo siguiente: *he visto y he tocado a uno de esos seres... o parte de uno de esos seres*. ¡Dios mío, muchacho, qué espantoso! Naturalmente, estaba muerto. Lo había matado uno de los perros. Lo he encontrado cerca de la perrera esta mañana. He intentado guardarlo en la leñera,

para convencer a la gente de la verdad de este asunto, pero se ha evaporado a las pocas horas. No ha quedado nada. Como sabe, todos esos cuerpos que arrastraban los ríos fueron vistos sólo la primera mañana de la inundación. Y ahora viene lo más extraordinario. He intentado fotografiarlo para Vd., pero al revelar la película *no ha aparecido nada, salvo la leñera*. ¿De qué estarán hechos? Lo he visto y lo he tocado; además, todos dejan huellas de pisadas. Desde luego, era material; pero ¿de qué clase de materia? En cuanto a su forma, no se puede describir. Era un gran cangrejo con un montón de anillos o nudos carnosos en forma de pirámide, cubiertos de una sustancia espesa y viscosa, y lleno de tentáculos en el sitio que corresponde a la cabeza. Ese fluido verde y viscoso es su sangre, o su jugo. Y sin duda su número aumenta cada minuto en la Tierra.

Walter Brown ha desaparecido: ya no se le ve haraganeando por los pueblos de alrededor. Creo que me lo cargué una de las noches pasadas, al disparar a ciegas; pero parece que las criaturas se llevan siempre a sus muertos y heridos.

Esta tarde he ido a la ciudad sin percance. Pero me temo que empiezan a aflojar su acoso porque me tienen seguro. Le escribo desde la oficina de correos de Brattleboro. Puede que esta sea una despedida. Si lo es, le ruego que escriba a mi hijo George Goodenough Akeley, 174 Pleasant St., San Diego (California). *Pero no venga*. Escriba al chico si no doy señales de vida en el plazo de una semana, y siga las noticias de los periódicos.

Voy a jugar mis dos últimas cartas, si es que aún me quedan fuerzas. La primera va a ser intentar envenenar a esos seres (tengo los productos químicos adecuados, y me he provisto de máscaras para los perros y para mí). Y si eso no da resultado, hablaré con el *sheriff*. Que me encierren en un manicomio si quieren; prefiero eso a lo que las *otras criaturas*

me pueden hacer. Quizá consiga que se fijen en las huellas que hay alrededor de la casa; son débiles, pero se ven todas las mañanas. Aunque supongo que la policía dirá que son una falsificación mía; porque todos piensan que estoy chiflado.

Tengo que hacerlo posible para que un agente de la policía estatal pase una noche aquí y lo vea por sí mismo; aunque seguramente se enterarían las criaturas, y se abstendrían de venir a molestar. Cortan los cables del teléfono cada vez que intento telefonar por la noche; los de la compañía lo encuentran muy raro, y pueden confirmar lo que digo, a menos que les dé por pensar que soy yo quien los corta. Hace más de una semana que no han venido a repararlos.

Podría hacer que algún viejo patán de por aquí confirmase la realidad de esos horrores, pero la gente se ríe de lo que cuentan estos campesinos; y, en todo caso, hace tanto tiempo que evitan acercarse a mi casa que no saben nada de los últimos acontecimientos. No conseguiría que se acercara uno solo, siquiera a una milla de distancia. El cartero oye lo que murmuran, y cuando viene me lo cuenta en tono chistoso. ¡Dios, si me atreviese a decirle que todo es verdad! Le pediría que se fijase en la huellas; pero viene por la tarde, y a esas horas normalmente han desaparecido. Si conservase una poniéndole encima una caja o un cacharro de cocina, seguro que pensaría que es una falsificación, o una broma.

Ojalá no me hubiera convertido en un ermitaño, al extremo de que ya nadie pasa por aquí como antes. Nunca me atreví a enseñar la piedra negra ni las fotografías, ni he hecho escuchar esa grabación a nadie, salvo a viejos ignorantes. Los demás dirían que todo es una falsedad y se burlarían de mí. Pero puedo intentar mostrar las fotos. En ellas aparecen claramente las huellas de garras, aunque los seres que las han dejado no se pueden fotografiar. ¡Qué lástima que nadie haya visto a ese ser esta mañana, antes de que se desvaneciera!

Pero no sé por qué me preocupo. Después de lo que he pasado, un manicomio es tan buen lugar como cualquier otro. Los doctores me ayudarán a decidirme a abandonar esta casa, y eso es lo único que me salvará.

Escriba a mi hijo George si no recibe pronto noticias mías. Adiós. Aplaste la grabación, y manténgase alejado de esto.

Atentamente,

AKELEY

Esta carta me hundió decididamente en el más negro terror. No sabía qué decir ni qué contestar; garabateé unas palabras incoherentes de consejo y aliento, y las envié por correo certificado. Recuerdo que le exhortaba a que se trasladase inmediatamente a Brattleboro, y se pusiese bajo la protección de las autoridades, añadiendo que iría a ese pueblo con la grabación fonográfica y le ayudaría a convencer a los jueces de que estaba en su juicio. Era hora además, creo que le decía, de prevenir a la gente de esta amenaza que se había introducido entre ellos. Se observará que, en esos momentos de tensión, mi creencia en todo lo que Akeley contaba y aseguraba era prácticamente total; aunque estaba convencido de que su fracaso en fotografiar al monstruo muerto se debía, no a ninguna anomalía de la Naturaleza, sino a algún error por su parte.

V

Y entonces, cruzándose al parecer con mi nota atribulada, el sábado por la tarde, 8 de septiembre, me llegó una carta curiosamente distinta, sosegada, pulcra, mecanografiada en una máquina nueva; una extraña carta tranquilizadora, de invitación, que iba a marcar una transición prodigiosa en el drama pesadillesco de los montes

solitarios. Una vez más citaré de memoria —por razones especiales, intento conservar el sabor del estilo—. Traía matasellos de Bellows Falls; la firma, como la carta, estaba mecanografiada. El texto, sin embargo, estaba asombrosamente limpio para ser obra de un principiante; así que concluí que Akeley había debido de utilizar la máquina de escribir en alguna otra época; quizá cuando estaba en la universidad. Para decir la verdad, la carta me produjo alivio; aunque debajo de ese alivio notaba yo un sustrato de desasosiego. Si Akeley estaba en sus cinco sentidos cuando le dominaba el terror, ¿lo estaba ahora que se había librado de él? Y esa «mejor relación» de la que hablaba, ¿en qué consistía? ¡Todo lo que ponía en la carta era exactamente lo inverso a su actitud anterior! Pero he aquí la sustancia del texto, cuidadosamente sacada de mi memoria, de la que me siento más bien orgulloso:

Sr. D. Albert N. Wilmarth
Miskatonic University
Arkham, Massachusetts

Townshend, Vermont
Jueves, a 6 de septiembre de 1928

Querido Wilmerth:

Es una gran alegría para mí poder tranquilizarle respecto a las ridiculeces sobre las que le he venido escribiendo. Al decir «ridiculeces» me refiero a mis miedos y sobresaltos, más que a las descripciones que le he hecho de ciertos fenómenos; esos son reales e importantes; mi error ha estado en adoptar una actitud anómala respecto a ellos.

Creo haberle comentado que mis extraños visitantes empezaban a intentar comunicarse conmigo. Anoche, por fin, fue posible ese intercambio. En respuesta a ciertos signos, dejé entrar en casa a un emisario de los de fuera; un individuo humano, me apresuro a aclarar. Me habló de muchas cosas

que ni Vd. ni yo habíamos sospechado siquiera, y me hizo comprender cuán injusta y equivocadamente hemos juzgado el motivo por el que los Exteriores^[413] mantienen en secreto su colonia en este planeta.

Parece ser que las leyendas malignas sobre lo que han ofrecido a los hombres, y lo que quieren con relación a la Tierra, son enteramente consecuencia de una interpretación equivocada e ignorante del discurso alegórico: discurso, como es natural, modelado por sustratos culturales y hábitos de pensamiento enormemente diferentes de cuanto podemos soñar. Mis propias conjeturas, lo reconozco con franqueza, se alejaban tanto de la realidad como cualquier suposición de los campesinos analfabetos o de los indios salvajes. Lo que yo consideraba morboso, vergonzoso e ignominioso, es en realidad aterrador, dilatador de la mente, incluso *glorioso*; mi apreciación era una mera fase de la eterna tendencia del hombre a odiar y temer y rechazar lo *absolutamente diferente*.

Ahora lamento el daño que he infligido a esos seres extraños e increíbles en nuestras refriegas nocturnas. ¡Ojalá hubiera accedido a hablar pacífica y razonablemente con ellos desde el principio! Pero no me guardan rencor; sus emociones obedecen a una constitución muy distinta de la nuestra. Ha sido una desgracia para ellos haber contado como intermediarios humanos en Vermont con ejemplares muy inferiores, como Walter Brown por ejemplo. A mí me predispuso contra ellos. En realidad, nunca han hecho daño a los hombres deliberadamente, en cambio han sido a menudo cruelmente tratados y espiados por nuestra especie. Hay todo un culto secreto de hombres malvados (una persona con la erudición mística de Vd. me comprenderá cuando los vinculo a Hastur y al Signo Amarillo), dedicados a localizarlos y agredirlos en nombre de poderes de otras dimensiones. Contra esos agresores —no contra el común de la humanidad — apuntan las drásticas medidas de los Exteriores. A

propósito, he sabido que muchas de las cartas que se nos extraviaron fueron robadas, no por los Exteriores, sino por emisarios de ese culto maligno.

Lo único que los Exteriores desean del hombre es paz, que no les importunen, y una mayor relación intelectual. Esto último es absolutamente necesario, ahora que nuestras invenciones y adelantos comienzan a ensanchar nuestro saber y nuestro campo de acción, y se hace cada vez más difícil mantener el secreto de los puestos avanzados que los Exteriores necesitan en este planeta. Los seres ajenos quieren conocer a la humanidad más a fondo, y que los filósofos y científicos más señeros de entre los hombres sepan más de ellos. Un intercambio de esta naturaleza conjurará cualquier peligro, y creará un *modus vivendi* satisfactorio. La idea de cualquier intento de *esclavizar* o *degradar* a la humanidad es sencillamente ridícula.

Para iniciar esta mejora de relaciones, los Exteriores me han escogido —dado lo mucho que ya sé de ellos— como su primer intérprete en la Tierra. Anoche me pusieron al corriente de muchas cosas «de hechos prodigiosos y reveladores—, y dentro de un tiempo se me dará más información, oralmente y por escrito. No me pedirán que haga ningún viaje al *exterior* todavía, aunque probablemente vendrá un momento en que sea yo quien lo *solicite*... para el que utilizan medios especiales que trascienden todo lo que hasta aquí estamos acostumbrados a considerar como experiencia humana. Han dejado de asediar mi casa. Todo ha vuelto a la normalidad, y los perros ya no tienen objeto. En vez de terror, recibo un caudal de conocimientos y aventura intelectual del que pocos mortales han participado jamás.

Los Seres Exteriores son quizá los organismos más maravillosos que existen dentro y fuera de todo espacio y tiempo, miembros de una raza cósmica de la que las demás formas de vida son meras variantes degradadas. Tienen más

de vegetal que de animal, si es que estos términos pueden aplicarse a la clase de materia que los constituye, y su estructura tiene algo de fungoide; aunque la presencia de una sustancia de carácter clorofílico y un aparato nutritivo muy singular los diferencia absolutamente de los verdaderos hongos cormofíticos^[414]. De hecho, el tipo está constituido de una materia totalmente ajena a nuestra región del espacio, ya que sus electrones tienen una frecuencia totalmente diferente. Ésa es la razón de que tales seres no puedan ser captados con películas y placas fotográficas ordinarias de nuestro universo, aunque el ojo humano puede verlos. No obstante, un buen químico con conocimientos apropiados podría conseguir una emulsión fotográfica que registrase sus imágenes.

El género es único en su capacidad de atravesar materialmente el vacío sin aire ni calor del espacio interestelar, aunque algunas de sus variantes no pueden hacerlo sin ayuda mecánica o merced a curiosas transposiciones quirúrgicas. Sólo unas pocas especies poseen las características alas resistentes al éter de la variedad de Vermont. Los que habitan en ciertos picos remotos del Viejo Mundo llegaron de otro modo. Su semejanza externa con la vida animal, y con la clase de estructura que nosotros entendemos como material, se debe a una evolución paralela más que a un estrecho parentesco. Su capacidad cerebral supera a la de las demás formas de vida, aunque los tipos alados de nuestra región montañosa no son en absoluto los más evolucionados. Su medio habitual de comunicación es la telepatía; pero poseen órganos vocales rudimentarios que, con una ligera operación (porque son increíblemente expertos en cirugía y la practican entre ellos a diario), pueden casi duplicar la facultad del habla de los organismos que aún la utilizan.

Su principal morada *inmediata* es un planeta todavía no descubierto y casi oscuro del borde del sistema solar, más allá de Neptuno, y noveno por orden de distancia respecto del Sol.

Es, como ya inferíamos nosotros, el cuerpo celeste que en ciertos textos antiguos y prohibidos se designa místicamente con el nombre de «Yuggoth»; y pronto será escenario de una extraña concentración de pensamiento sobre nuestro mundo, en un esfuerzo por facilitar la relación mental. No me sorprendería que los astrónomos se mostraran sensibles a esos flujos de pensamiento para descubrir Yuggoth cuando los Exteriores decidan. Pero, naturalmente, Yuggoth es sólo un trampolín. La mayoría de los seres habitan abismos extrañamente organizados más allá de los límites alcanzables por la imaginación humana. El glóbulo espacio-tiempo que reconocemos como totalidad de la absoluta entidad cósmica es tan sólo un átomo en la auténtica infinitud del de ellos. *Y al fin se me va a abrir a mí todo lo que el cerebro humano sea capaz de abarcar de esa infinitud, igual que les ha sido concedido a no más de cincuenta hombres desde la aparición de la especie humana.*

Probablemente, Wilmarth, le parecerá a Vd. todo esto un delirio; pero con el tiempo sabrá valorar la inmensa oportunidad con que he tropezado. Deseo compartir todo cuanto pueda con Vd., para lo cual debo ponerle al corriente de mil detalles que no me es posible pasar al papel. En otras ocasiones le aconsejé que no viniese a verme. Ahora que no existe ningún peligro, me complace revocar esa advertencia e invitarle a venir.

¿Podría pasar por aquí antes de que comience el curso? Me daría una gran alegría. Tráigase la grabación fonográfica y todas mis cartas para consultar datos; harán falta para ensamblar todas las piezas de esta historia asombrosa. Podría traer las fotografías también, ya que con toda esta nueva excitación no sé adónde han ido a parar los negativos y las copias que había sacado para mí. ¡Qué abundancia de datos tengo que añadir a ese material titubeante, *y qué espléndido plan tengo diseñado para completar mis contribuciones!*

Decídase; estoy libre de espionajes ahora, y no encontrará nada raro ni fuera de lo normal. Venga; e iré a recogerle a la estación de Brattleboro; puede quedarse todo el tiempo que quiera; dispondremos de multitud de noches para hablar de cosas que escapan a toda conjetura. Naturalmente, no debe comentar con nadie nada de esto, ya que no conviene que se difunda.

El servicio de trenes de Brattleboro no es malo; consiga un horario en Boston. Tome el B. 8€ M. a Greenfield, y haga trasbordo allí para el pequeño tramo restante. Le aconsejo que tome el de las 14.10 —hora local—, de Boston. Tiene llegada a Greenfield a las 19.35, y a las 21.19 sale un tren que llega a Brattleboro alas 22.01. Eso en días laborables. Hágame saber la fecha, para ir a recogerle a la estación.

Disculpe que le escriba a máquina, pero mi letra ha empeorado tanto últimamente, como sabe, que no soy capaz de extenderme mucho a mano. Ayer mismo compré esta nueva «Corona» en Brattleboro, y me va muy bien.

En espera de sus noticias, y confiando en verle pronto con la grabación y todas mis cartas —y con las fotografías—,

Queda de Vd. suyo affmo.,

HENRY W. AKELEY

No me es posible describir cabalmente la complejidad de mis emociones mientras leía, releía, y meditaba esta extraña e inesperada carta. Ya he dicho que me produjo alivio, a la vez que inquietud; pero eso sólo expresa de manera rudimentaria la diversidad de sentimientos subconscientes que había en ese alivio y esa inquietud. Para empezar, lo que decía en la carta estaba en total contradicción con la cadena de horrores que la habían precedido; este cambio de un terror tremendo a una fría complacencia y hasta euforia era de lo más inesperado, fulminante y completo. No acababa de creer que nada hubiera podido alterar tanto, en un día, la perspectiva psicológica del que había escrito la frenética

apelación del miércoles, por muchas revelaciones tranquilizadoras que el día le hubiera aportado. En ciertos momentos, una sensación de irrealidades contradictorias hacía que me preguntase si todo este drama de fuerzas fantásticas tan lejanas no sería una especie de ensueño semiilusorio originado en gran medida dentro de mi cerebro. Luego pensé en la grabación fonográfica, y me sentí más perplejo aún.

¡Esta carta era lo más opuesto a cuanto podía haber esperado! Y al analizar su efecto en mí, me di cuenta de que tenía dos aspectos: primero, que concediendo que Akeley hubiera estado lúcido antes y lo estuviera ahora, el cambio de situación que anunciaba era sumamente repentino e inimaginable. Y segundo, su actitud, su comportamiento y su lenguaje estaban enormemente lejos de ser normales y predecibles. Su personalidad entera parecía haber experimentado una mutación solapada; una mutación tan profunda que casi era imposible conciliar los dos extremos con el supuesto de que ambos eran representativos de su lucidez. La elección de las palabras, la ortografía, todo era sutilmente diferente. Y con mi sensibilidad académica en lo que respecta al estilo de la prosa, percibía una gran divergencia en sus reacciones más corrientes y en el modo de sus respuestas. ¡Indudablemente, el cataclismo emocional o revelación que había ocasionado tan completa inversión debió de ser tremendo! Sin embargo, en otro sentido, la carta parecía muy propia de Akeley, con la misma pasión por la infinitud, el mismo espíritu inquisitivo de investigador. Ni por un momento —o al menos, no más de un momento— admití la idea de que pudiera tratarse de una suplantación espuria o maliciosa. ¿No probaba la invitación —el deseo de que verificase por mí mismo la verdad de lo que decía— su autenticidad?

El sábado por la noche no me acosté, pensando en las sombras y maravillas que habría detrás de la carta que había recibido. Mi cerebro, dolorido por la rápida sucesión de nociones monstruosas que había tenido que afrontar durante los últimos cuatro meses, oscilaba ante este nuevo y alarmante asunto entre la duda y la

aceptación, casi repitiendo el recorrido que había hecho frente a los anteriores prodigios; hasta que, mucho antes de que despuntara el día, un vehemente interés empezó a sustituir al tumulto original de perplejidad y desasosiego. Loco o no, metamorfoseado o simplemente aliviado, estaba dentro de lo posible que Akeley hubiera topado efectivamente, en su arriesgada investigación, con algún cambio formidable de perspectiva; con algún cambio que atenuaba la amenaza —real o ficticia— y abría nuevas e inmensas posibilidades de conocimiento cósmico y sobrehumano. Mi pasión por lo desconocido creció hasta igualar la suya, y me sentí contagiado de ese afán morboso por romper barreras. Librarse de las irritantes y enojosas limitaciones del tiempo y el espacio y las leyes naturales; conectar con el vasto *exterior*; acercarse a los secretos tenebrosos y abismales de lo infinito y de lo último... ¡una cosa así sin duda merecía arriesgar la vida, el alma, y la razón! Y Akeley decía que ya no había peligro; me invitaba a visitarle, en vez de aconsejarme que me alejara, como antes. Me producía hormigueo pensar en lo que podía revelarme. Era una fascinación que casi me paralizaba, imaginarme sentado en esa casa hasta hacía poco asediada, con un hombre que hablaba de verdad con emisarios venidos del espacio exterior; sentado allí, con la terrible grabación y el mazo de cartas en las que Akeley había condensado sus anteriores conclusiones.

Así que el domingo, avanzada la mañana, telegrafíé a Akeley para que fuese a buscarme a Brattleboro el miércoles siguiente —12 de septiembre—, si no había inconveniente por su parte. En una cosa no le hice caso, y fue en coger el tren que decía. No me hacía gracia, francamente, llegar de noche a la peligrosa región de Vermont; así que en vez de hacer lo que me aconsejaba, telefoneé a la estación y lo arreglé de otra manera. Si me levantaba temprano y cogía el de las 8.07 (hora oficial) a Boston, me daría tiempo a coger el de las 9.25 a Greenfield, que llegaba allí a las 12.22. Este empalmaba exactamente con un tren que tenía la llegada a Brattleboro a las 13.08, hora mucho más cómoda que las 22.01 para

reunirme con Akeley, y meternos por entre esos montes cerrados y poblados de secretos.

Le informé de este cambio en el telegrama, y él me contestó con otro que me llegó a primera hora de la noche. Me alegró saber que mi anfitrión estaba de acuerdo. Decía lo siguiente:

CONFORME CON CAMBIO. LE VERÉ TREN MIÉRCOLES 1.08. NO OLVIDE GRABACIÓN, CARTAS Y FOTOS. NO COMENTE VIAJE. ESPERE GRANDES REVELACIONES. AKELEY

La llegada de este mensaje, respuesta inmediata al que le mandé — que tuvo que llevarle el repartidor desde la estación de Townshend, o comunicárselo por teléfono si habían reparado la línea—, dispuso las dudas que podían quedarme en el subconsciente sobre la autoría de la desconcertante carta. Por supuesto, el alivio que sentí fue grande; más grande de lo que podía explicarme en esos momentos; puesto que todas mis dudas habían quedado profundamente enterradas. Pero esa noche dormí bastante, y los dos días siguientes los pasé ocupado en los preparativos.

VI

Salí el miércoles, como le había dicho. En la maleta llevaba lo más necesario, y un montón de documentos científicos, incluidas las cartas de Akeley, las fotografías y la horrenda grabación fonográfica. No dije a nadie adónde me dirigía, como me había pedido, porque comprendía que el asunto requería la mayor reserva por muy bien que se desarrollase. La idea de establecer comunicación mental con unas entidades extrañas, exteriores, me embotaba el cerebro, a pesar de lo que lo ejercitaba, y tenerlo en cierto modo preparado; y si esto me ocurría a mí, ¿qué efecto tendría en las masas ingentes

de profanos? No sé si era miedo o expectación de aventura la emoción que me dominaba cuando cambié de tren en Boston, e inicié el largo trayecto que dejaba atrás las regiones para mí familiares y me adentraba en las menos conocidas de Waltham, Concord, Ayer, Fitchburg, Gardner, Atol...

El tren llegó a Greenfield con siete minutos de retraso, pero el expreso del norte con el que enlazaba había esperado. Trasbordé a toda prisa. Una sensación muy singular, como si me faltara el aire, me dominaba mientras el tren se internaba traqueteando, con el sol de la tarde, en un territorio que conocía por mis lecturas, pero que nunca había visitado. Sabía que entraba en una Nueva Inglaterra más antigua y primitiva que la mecanizada y urbanizada de la costa y de la parte sur, donde había transcurrido mi vida; en una Nueva Inglaterra sin degradar, ancestral, sin los extranjeros, los humos de la industria, el hormigón, y los anuncios de las carreteras de esas zonas estropeadas por la modernidad. Había algún que otro vestigio de continuidad de esa vida nativa cuyas profundas raíces la convierten en auténtica excrecencia del paisaje: la persistente vida nativa que mantiene viva la memoria de cosas extrañas y antiguas, y fertiliza el suelo para creencias sombrías, prodigiosas, de las que casi nunca se habla^[415].

De vez en cuando veía las aguas azules del Connecticut centelleando al sol; y lo cruzamos al pasar Northfield. Delante aparecieron los montes verdes y enigmáticos; y cuando pasó el revisor supe que estaba por fin en Vermont. Me dijo que retrasase el reloj una hora, ya que la región montañosa del norte no tenía relación con los modernos esquemas horarios^[416]. Al hacerlo, me pareció que retrasaba también el calendario un siglo.

El tren corría junto al río; al otro lado, en New Hampshire, observaba cómo se acercaba la ladera del enhiesto Wantastiquet^[417], en torno al cual giraban multitud de viejas leyendas. Después, a mi izquierda, aparecieron las calles; y una isla verde en el río, a la derecha. Los viajeros se levantaron y se

dirigieron en fila hacia la plataforma; les seguí. El tren se detuvo. Y descendí bajo la larga cubierta de la estación de Brattleboro.

Eché una ojeada a la hilera de automóviles estacionados, unos instantes en suspenso, intentando averiguar cuál podía ser el Ford de Akeley. Pero él me descubrió antes de que yo tomase la iniciativa. Pero evidentemente no era Akeley quien se adelantó a saludarme con la mano extendida y una pregunta melifluamente modulada sobre si era el señor Albert N. Wilmarth de Arkham. Este individuo no se parecía en nada al Akeley de barba y pelo gris de la foto, sino que era un hombre más joven, más urbano, bien vestido y con un bigotito oscuro. Su voz cultivada tenía un raro y casi turbador atisbo de vaga familiaridad, aunque no conseguí localizarlo en mi memoria.

Mientras lo observaba, le oía explicar que era amigo de mi anfitrión, que venía de Townshend en su lugar. Akeley, afirmaba, había sufrido un súbito ataque de cierta afección asmática, y no se sentía en condiciones de salir, a causa del aire. Pero no era grave, y no alteraría los planes respecto a mi visita. Yo ignoraba hasta dónde el señor Noyes —como él se presentó— conocía las investigaciones y descubrimientos de Akeley; aunque su actitud desentendida lo catalogaba como relativamente ajeno. Habida cuenta del estilo de vida anacoreta que llevaba Akeley, me sorprendía un poco la presteza con que había recurrido a este amigo; pero esta perplejidad no me disuadió de subir al auto cuando me invitó a hacerlo con un gesto. No era el cochecito anticuado que esperaba, por las descripciones de Akeley, sino un modelo reciente, al parecer de Noyes, con matrícula de Massachussets, con el gracioso emblema del «sagrado bacalao» de ese año. Mi guía, concluí, debía de ser un veraneante de paso por la región de Townshend.

Noyes se sentó a mi lado y arrancó en seguida. Me alegraba de que no se mostrase conversador, porque notaba una especie de tensión en el aire que me quitaba las ganas de hablar. El pueblo parecía muy atractivo con el sol de la tarde mientras subíamos por una cuesta y torcíamos a la derecha para enfilarse la calle mayor;

estaba adormilado como las viejas ciudades de Nueva Inglaterra que uno recuerda de su juventud. Y algo en la disposición de los tejados y campanarios y chimeneas y paredes de ladrillo que componían el paisaje hacía vibrar hondamente las cuerdas de la emoción ancestral. Podría decir que estaba a las puertas de una región semiembrujada por la acumulación ininterrumpida de estratos de tiempo, una región en la que han tenido posibilidad de crecer y perdurar cosas antiguas y extrañas porque nada las ha despertado^[418].

Al salir de Brattleboro me aumentó la sensación opresiva y presagiosa: una vaga calidad en el paisaje de montes apretujados, con sus altas, amenazantes laderas verdes y graníticas, insinuaba oscuros secretos y sobrevivencias inmemoriales que podían ser, o no, hostiles a la humanidad. Durante un rato, nuestro camino siguió un río ancho y somero que bajaba de unos montes desconocidos del norte. Me estremecí al informarme mi compañero que era el río West. En este río, recordaba haber leído en los periódicos, fue visto uno de esos morbosos seres-cangrejo, arrastrado por la crecida.

Gradualmente, a nuestro alrededor, el paisaje se fue volviendo inhóspito y desierto. En las hendiduras entre montañas subsistían, temibles, arcaicos puentes cubiertos del pasado, y la vía medio abandonada del ferrocarril que iba paralela al río parecía exhalar una bruma visible de desolación. Había tramos de valle en los que se alzaban las paredes de altísimos barrancos, donde el granito virgen de Nueva Inglaterra asomaba severo y gris entre el verdor que escalaba hasta las crestas. Había gargantas donde furiosos torrentes saltaban arrastrando hacia el río los secretos inimaginables de mil picos inexplorados. De trecho en trecho, derivaban caminos estrechos y semiocultos que serpeaban por las masas lujuriantes de espesura, entre cuyos árboles viejísimos podía acechar todo un ejército de espíritus elementales. Viendo todo esto, pensaba cómo habían molestado esos agentes ocultos a Akeley en sus viajes a lo largo de este mismo camino, y no me extrañaba que tales cosas ocurrieran.

El curioso y pintoresco pueblo de Newfane, al que se llegaba en menos de una hora, fue nuestro último eslabón con ese mundo que el hombre puede llamar propiamente suyo en virtud de su conquista y completa ocupación. Después, abandonamos todo vasallaje a las cosas inmediatas, tangibles y sensibles al tiempo, y entramos en un mundo fantástico de callada irrealidad en el que un camino estrecho como una cinta subía y bajaba y serpeaba con un capricho casi sensible y deliberado en medio de picos verdes y deshabitados y valles semidesiertos. Excepto el ruido del motor, y la pequeña agitación de alguna granja solitaria que pasábamos de tarde en tarde, lo único que me llegaba al oído era el gorgoteo solapado de extrañas aguas de innumerables manantiales ocultos en el bosque sombrío.

La proximidad e intimidad de los impresionantes montes se hicieron ahora verdaderamente sobrecogedoras. Eran mucho más escarpados y abruptos de lo que había imaginado, y no sugerían nada en común con el mundo prosaico y objetivo que conocemos. El bosque denso de esas laderas inaccesibles parecía albergar seres extraños e increíbles; y las mismas siluetas de los montes daban la impresión de tener un extraño significado, olvidado desde lo más remoto de los tiempos; como si fuesen jeroglíficos dejados por alguna raza de titanes cuyas glorias sólo perviven en raros y profundos ensueños. En la memoria se me agolparon todas las leyendas, y todas las pavorosas atribuciones de las cartas y documentos de Akeley, haciendo más intensa la atmósfera de tensión y de creciente amenaza. El objeto de mi visita, y las terribles anomalías que postulaba, me vinieron de repente con una sensación de escalofrío que casi anuló mi ardor por las indagaciones de lo extraño^[419].

Sin duda mi guía notaba mi desasosiego; porque a medida que el camino se volvía más difícil y desigual, y nuestra marcha más lenta y traqueteante, sus ocasionales comentarios eran más amables, y se iban alargando en monólogos. Hablaba de la belleza y aire preternatural de la región, y daba muestras de tener algún

conocimiento de los estudios sobre el folclore de mi anfitrión. Por sus corteses preguntas, era evidente que sabía que el objeto de mi visita tenía carácter científico, y que traía documentación de alguna importancia; pero nada indicaba que estuviese al corriente de las cosas profundas y terribles que Akeley había logrado averiguar últimamente.

Sus modales eran tan joviales, normales y urbanos que sus comentarios debían haberme tranquilizado. Pero, curiosamente, me sentía cada vez más inquieto conforme nos internábamos tropicando, torciendo en las revueltas y sumergiéndonos en la soledad desconocida de los montes y el bosque. A veces parecía como si me tantease para ver qué sabía yo de los monstruosos secretos del lugar, y en cada uno de sus comentarios me aumentaba la vaga, inquietante, desconcertante sensación de que su voz me era *familiar*; no de una familiaridad sana o normal, a pesar de que sonaba agradable y cultivada; de alguna manera, la relacionaba con olvidadas pesadillas. Y presentía que iba a enloquecer si llegaba a reconocerla. De haber encontrado una buena excusa, habría dado media vuelta y renunciado a la visita. Pero dadas las circunstancias, eso no era posible. Pero suponía que una conversación fría y científica con Akeley, cuando llegase, me devolvería el ánimo.

Además, había un elemento extrañamente sedante de cósmica belleza en el paisaje hipnótico por el que subíamos y nos sumergíamos fantásticamente. Habíamos dejado el tiempo en los laberintos de atrás, y a nuestro alrededor se extendían sólo floridas ondulaciones de magia y de belleza rescatada de siglos desaparecidos: las viejas arboledas, los pastos immaculados, festoneados de animadas flores otoñales y, a trechos considerables, las pequeñas granjas tostadas, agazapadas entre grandes árboles al pie de precipicios verticales cubiertos de hierba y de fragante brezo. Incluso la luz del sol adquiría un esplendor excelso, como si una atmósfera sutil, o exhalación, envolviese la región entera. Yo no había visto nunca nada parecido, salvo en los mágicos paisajes que

servían de fondo a los primitivos italianos^[420]. Sodoma^[421] y Leonardo pintaron paisajes así, aunque en la lejanía, y vistos a través de bóvedas y arcos renacentistas. Ahora nos estábamos adentrando literalmente en el cuadro mismo, y me parecía encontrar en su nigromancia algo que conocía de manera innata o heredada, y que había estado buscando vanamente^[422].

De súbito, al girar bruscamente en lo alto de una cuesta empinada, se detuvo el automóvil. A la izquierda, al otro lado de un espacio de césped cuidado que llegaba hasta el camino, y exhibiendo un borde de piedras encaladas, se alzaba una casa blanca de dos plantas y media, sorprendentemente grande y elegante para la región, con un conjunto de graneros y establos contiguos, o unidos por arcos, y un molino detrás, a la derecha. La reconocí en seguida por la fotografía que me había mandado, y no me sorprendió ver el nombre de Henry Akeley en el buzón de hierro galvanizado junto al camino. Detrás de la casa, a cierta distancia, había una extensión de terreno llano, legamoso, con árboles dispersos; a partir de ahí arrancaba la ladera empinada, espesamente cubierta de bosque, que terminaba en una cresta dentada, foliada.

Noyes bajó del automóvil, sacó mi maleta, y me pidió que aguardase mientras entraba a anunciar a Akeley nuestra llegada. Añadió que él tenía algo importante que hacer en otra parte, y sólo estaría un momento. Se alejó por el sendero con paso rápido, y yo bajé del coche también, a fin de estirar las piernas un poco, antes de que nos sentásemos a hablar. El nerviosismo y la tensión me habían subido al máximo ahora que me encontraba en el escenario real del asedio que tan obsesivamente describían las cartas de Akeley; sinceramente, me daban miedo las inminentes conversaciones que iban a relacionarme con esos mundos ajenos y prohibidos.

El contacto con lo absolutamente extraño infunde a menudo más pavor que ánimo, y no me tranquilizaba pensar que en este mismo trozo de camino polvoriento había encontrado Akeley esas huellas monstruosas y ese líquido fétido y verdoso después de oscuras

noches de terror y de muerte. Observé que ya no tenía perros. ¿Los habría vendido inmediatamente después de hacerlas paces con los Exteriores? Por más que me esforzaba, no acababa de creer en la sinceridad y firmeza de esa paz de la que hablaba la última carta de Akeley, tan diferente. En realidad, era un hombre llano y con poca experiencia de mundo. ¿No habría, quizá, un trasfondo siniestro bajo la superficie de esa nueva alianza?

Guiado por mis pensamientos, volví los ojos hacia el camino polvoriento que había recibido tan horrendos testimonios. Los últimos días habían sido secos; así que, además de los baches y las rodadas, estaba lleno de toda clase de huellas entremezcladas, pese al escaso tránsito de la región. Con vaga curiosidad, empecé a seguir el contorno de algunas de estas impresiones heterogéneas, a la vez que intentaba sofocar los vuelos de macabra fantasía que me sugerían el lugar y sus asociaciones. Había algo amenazador e inquietante en la calma fúnebre, en el rumor apagado y sutil de los arroyos lejanos, y en los apiñados picos verdes y precipicios cubiertos de oscuro bosque que ahogaban el estrecho horizonte.

Y entonces me asaltó la conciencia una imagen que hizo que esas amenazas difusas y esos vuelos de la fantasía pareciesen modestos e insignificantes. Estaba observando, como digo, la mezcolanza de huellas del camino, sumido en una especie de distraída curiosidad, cuando una bocanada de terror me apagó de repente esa curiosidad. Porque, aunque las huellas del polvo estaban en general confusas y desdibujadas, y ninguna llamaba la atención, mi inquieta mirada fue a detenerse en el lugar donde se juntaba el sendero de la casa con el camino, y reconocí, de manera inequívoca, el espantoso significado de esos detalles. No en vano había dedicado horas a examinar las fotografías de huellas de garras de los Exteriores que Akeley me había mandado. Demasiado bien conocía las marcas de aquellas pinzas detestables y el atisbo de ambigua dirección que dejaban los horrores, como no habría podido hacer ningún género de criaturas de este planeta. Ninguna posibilidad había de que fuese un piadoso error. Aquí,

efectivamente, de forma objetiva ante mis ojos, y sin duda impresas no hacía muchas horas, había al menos tres huellas que destacaban de manera blasfema entre la asombrosa mezcolanza de huellas de pies que iban y venían de la casa de Akeley. *Eran huellas diabólicas de hongos vivientes de Yuggoth.*

Me recobré a tiempo de contener un grito. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía esperar, si de verdad era cierto lo que contaba Akeley en sus cartas? Decía que había firmado la paz con los seres. ¿Qué tenía de extraño que algunos hubieran ido a visitarle a su casa? Pero mi alarma era tal que ningún razonamiento me tranquilizaba; ¿podría nadie contemplar impasible, por primera vez, huellas de garras de unos seres venidos de las profundidades exteriores del espacio? En ese momento vi salir a Noyes por la puerta y acercarse con paso rápido. Pensé que debía dominarme, dado que no era probable que este amable amigo supiera hasta dónde habían llegado las asombrosas incursiones de Akeley en lo prohibido.

Noyes se apresuró a informarme que Akeley se alegraba de mi llegada y de verme, si bien un súbito ataque de asma le impediría atenderme como debía durante un día o dos. Cuando le acometían esos ataques se ponía muy mal, porque siempre venían acompañados de fiebre y de un debilitamiento general. No estaba para mucho mientras le duraban: tenía que hablar en susurros, y apenas podía valerse por sí mismo. Además, se le habían hinchado los pies y los tobillos, por lo que los tenía vendados como un viejo gotoso. Hoy no se encontraba bien; así que tendría que arreglármelas solo; aunque estaba deseando hablar conmigo. Se hallaba en su despacho, a la izquierda del recibimiento... la habitación de las persianas bajadas: debía protegerse de la luz del sol cuando se sentía mal porque tenía los ojos muy delicados.

Se despidió Noyes; y mientras él se alejaba en dirección norte en su automóvil, yo me encaminé despacio hacia la casa. La puerta estaba entornada; antes de entrar, sin embargo, eché una ojeada a los alrededores, intentando averiguar qué era lo que me resultaba

tan inasiblemente raro. Los establos y los graneros tenían un aspecto prosaicamente limpio; y descubrí el desvencijado Ford de Akeley en un cobertizo grande y desguarnecido. Y en ese instante di con el secreto de esa sensación de rareza que reinaba: era el completo silencio. Normalmente, en una granja hay un rumor continuo que procede de los animales; aquí, en cambio, no se oía ningún signo de vida. ¿No había, entonces, gallinas ni cerdos? Las vacas, de las que Akeley decía que tenía varias, podían estar fuera, pastando; y quizá los perros los había vendido todos; pero esta ausencia de cacareos y de gruñidos era de lo más singular.

No me entretuve mucho; entré decididamente y cerré la puerta detrás de mí. Me costó un claro esfuerzo; y ahora que estaba dentro me dieron ganas de salir corriendo. No es que el lugar tuviera nada de siniestro; al contrario, el recibimiento era de un precioso estilo tardo-colonial, saludable y de muy buen gusto, y admiré la evidente exquisez del hombre que lo había amueblado. Lo que hacía que me diesen ganas de huir era algo sutil e indefinible; quizá un olor raro que notaba; aunque sabía muy bien que en las casas de campo antiguas, incluso en las mejores, suele ser muy corriente ese olor.

VII

Deseché estas brumosas aprensiones y, siguiendo lo dicho por Noyes, empuje la puerta blanca de seis entrepaños y manivela de latón que había a mi izquierda. La habitación en la que entré estaba a oscuras como ya sabía; el olor raro era aquí más fuerte. También percibí como una cadencia, o vibración, en el aire. Durante unos momentos, las persianas bajadas no me permitieron distinguir casi nada; pero luego, una especie de carraspeo o susurro atrajo mi atención hacia una gran butaca que había en el rincón más oscuro de la pieza. Hundida en sus profundidades, vi la mancha

blanquecina del rostro y las manos de un hombre; al instante crucé la estancia para saludar a la figura que había intentado hablar. Aunque la luz era escasa, me di cuenta de que era efectivamente mi anfitrión. Había estudiado más de una vez su retrato, y era inconfundible su rostro firme y curtido, con la barba corta y gris.

Pero mientras le miraba, a mi reconocimiento se vino a añadir un sentimiento de tristeza y ansiedad. Porque, verdaderamente, era el rostro de un hombre muy enfermo. Daba la impresión de que había algo más que asma detrás de esa expresión extenuada, rígida, inmóvil, y de esa mirada fija y vidriosa. Y comprendí cuán terriblemente habían debido de afectarle sus espantosas experiencias. ¿No eran capaces de quebrantar a un ser humano, incluso a uno más joven que este intrépido explorador de lo prohibido? El extraordinario y repentino cambio de situación, me temía, había llegado demasiado tarde para salvarle de algo así como un desmoronamiento general. Encontraba lastimoso el ademán desfallecido, exánime con que sus manos flacas descansaban en su regazo. Vestía una bata suelta, y se envolvía la cabeza y el cuello con una bufanda amarilla; o quizá era una capucha.

Y entonces me di cuenta de que intentaba decir algo con el mismo susurro carraspeante con que me había saludado. Al principio me fue difícil captar ese susurro, ya que su bigote gris ocultaba los movimientos de los labios, y algo en el timbre de su voz me turbaba bastante. Pero concentrándome, no tardé en poder discernir asombrosamente bien lo que decía. No tenía un acento tosco ni mucho menos, y el lenguaje era aún más educado de lo que su correspondencia me inclinaba a esperar.

—¿El señor Wilmarth, supongo? Perdone que no me levante. No me encuentro bien, como le habrá dicho el señor Noyes. Pero no he podido resistir la tentación de pedirle que viniera. Sobre lo que le adelantaba en mi última carta, tengo muchas cosas que contarle; mañana, cuando me sienta mejor. No sabe lo que me alegro de conocerle personalmente, después de todas nuestras cartas.

Naturalmente, habrá traído los papeles, ¿verdad? ¿Y las fotografías? Noyes ha dejado su maleta en el recibimiento; supongo que la ha visto. Por esta noche, tendrá que arreglárselas solo en casi todo. Su habitación está arriba; es la que hay encima de esta; y verá la puerta del cuarto de baño abierta, junto al remate de la escalera. Hay comida servida para usted en el comedor; saliendo a la derecha; así que puede tomarla cuando le apetezca. Mañana seré mejor anfitrión; hoy la debilidad me tiene inmovilizado.

»Considérese en su casa... Antes de subir la maleta, puede dejar las cartas, las fotografías y la grabación ahí, encima de la mesa. Es aquí donde vamos a hablar de todo eso... El fonógrafo está ahí, en esa estantería del rincón, como puede ver.

»No, gracias... no puede prestarme ninguna ayuda. Estos ataques son viejos conocidos míos. Baje un momento a verme antes de retirarse; luego, acuéstese cuando guste. Yo descansaré aquí mismo; quizá duerma aquí toda la noche como hago a menudo. Por la mañana estaré mucho mejor para abordar todas las cosas de las que quiero hablarle. Naturalmente, se da perfecta cuenta de la prodigiosa naturaleza del asunto que tenemos delante. Para nosotros, como para unos pocos hombres de esta Tierra, se abrirán abismos de tiempo y de espacio y de saber que desbordan todo cuanto han alcanzado la ciencia y la filosofía humanas.

»¿Sabe usted que Einstein está equivocado, y que determinados objetos y fuerzas *pueden* desplazarse a una velocidad superior a la de la luz? Con ayuda adecuada, espero ir hacia atrás y hacia delante en el tiempo, y *ver* y *tocar* efectivamente la Tierra del pasado remoto y de épocas futuras^[423]. No se puede hacer idea de lo que han hecho avanzar la ciencia esos seres. No hay nada que no puedan hacer con la mente y el cuerpo de los organismos vivos. Yo espero visitar otros planetas, incluso otras estrellas y otras galaxias. El primer viaje será a Yuggoth, el mundo más cercano y poblado de seres; es un orbe extraño y oscuro situado en el borde mismo de nuestro sistema solar; todavía desconocido de los astrónomos terrestres. Pero ya le he hablado de esto por carta.

Llegado el momento, los seres de allí mandarán flujos de pensamiento hacia nosotros y harán que lo descubramos... o quizá dejarán que uno de sus aliados humanos lo señale a los científicos.

»Hay ciudades enormes en Yuggoth; grandes hileras de torres en terraza, construidas con piedra negra como la que le mandé; esa vino de Yuggoth. El sol desde allí no es más brillante que una estrella; pero los seres que lo habitan no necesitan luz. Poseen otros sentidos más sutiles; y los grandes edificios y los templos no tienen ventanas. Incluso les hace daño la luz; les estorba y les ofusca, ya que no existe en absoluto en el negro cosmos exterior al tiempo y al espacio, de donde salieron originalmente. Visitar Yuggoth haría enloquecer a un hombre débil; pero yo voy a ir. Los ríos negros de pez bajo esos misteriosos puentes ciclópeos — construidos por una raza anterior extinguida y olvidada antes de que esos seres llegasen a Yuggoth desde los últimos vacíos— bastarían para convertir a cualquier hombre en un Dante o un Poe, si lograrse conservar la razón lo bastante para contar lo que ha visto.

»Pero recuerde: ese mundo oscuro de jardines fungoides y ciudades sin ventanas no es terrible. Sólo nos lo parecería a nosotros. Seguramente nuestro mundo debió de parecerles igual de terrible a esos seres la primera vez que lo explotaron, en la era primordial. Como sabe, estuvieron aquí mucho antes de que la época fabulosa de Cthulhu hubiese concluido, y recuerdan todo lo referente a la sumergida R'lyeh cuando aún reinaba sobre las aguas^[424]. Han estado en el interior de la Tierra, también —hay accesos de los que los seres humanos no saben nada, algunos en estos mismos montes de Vermont—, y en grandes mundos de vida desconocida: K'n-yan, de luz azul; Yoth, de luz roja; y el negro N'kai^[425], que no tiene ninguna. De Nikai salió el espantoso Tsathoggua, el dios-criatura amorfo, con semejanza de sapo, del que hablan los Manuscritos Pnakóticos^[426], el *Necronomicon* y el ciclo de mitos de Commoriom, conservado por el alto sacerdote atlántico Klarkash-Ton^[427].

»Pero ya hablaremos de todo esto más tarde. Deben de ser las cuatro o las cinco. Saque de la maleta lo que ha traído, tome un bocado; luego vuelva y charlaremos cómodamente.

Muy despacio, me puse a hacer lo que sugería mi anfitrión: fui a por la maleta, saqué y deposite los deseados artículos, y después subí a la habitación que me había sido asignada. Con la imagen de esa huella de garra del camino todavía fresca en la memoria, las parrafadas de Akeley me habían dejado una rara impresión; en cuanto a las muestras de familiaridad con ese mundo desconocido de vida fungosa —el prohibido Yuggoth— que había revelado, me espeluznaban más de lo que estaba dispuesto a confesar. Sentía muchísimo la enfermedad de Akeley; pero lo cierto es que el susurro rasposo de su voz tenía una calidad repugnante a la vez que lastimosa. ¡Ojalá no se hubiera *recreado* tanto hablando de Yuggoth y de sus negros secretos!

La habitación resultó ser muy agradable, estaba bien amueblada y exenta del olor a moho y de la molesta sensación de vibración. Dejé rápidamente la maleta, y bajé a saludar otra vez a Akeley y a tomar la comida que me había preparado. El comedor estaba pasado el despacho, y observé que la cocina se hallaba más adentro, en la misma dirección. En la mesa me aguardaban un montón de emparedados, tarta, queso y un termo junto a una taza con su plato, testimonio de que no había olvidado el café caliente^[428]. Después de disfrutar de una succulenta comida, me serví una buena taza de café. Pero aquí descubrí que su nivel culinario había sufrido un bache: al primer sorbo le encontré un sabor ligeramente acre, así que me dejé el resto. Mientras comía, no paraba de pensar en Akeley en la habitación contigua, sentado en silencio en su butaca, a oscuras; así que me levanté y fui a rogarle que compartiéramos la comida. Pero me dijo que no podía comer nada aún. Más tarde, antes de disponerse a dormir, tomaría un vaso de leche con malta; este día no debía tomar nada más.

Después de comer insistí en lavar los platos en el fregadero de la cocina, donde vertí el café que no me había tomado. Luego regresé

a la habitación oscura, y acerqué una silla al rincón donde estaba Akeley, y me dispuse a conversar de lo que él prefiriese. Las cartas, las fotografías y la grabación estaban sobre la gran mesa de centro; pero por el momento no echamos mano de ellas. Al poco rato se me había olvidado el olor singular y la sensación de vibración.

He dicho que había cosas en algunas cartas de Akeley — especialmente en la segunda y más voluminosa— que no me atrevo a citar ni a poner por escrito. Esta aprensión es aplicable con más fuerza aún a cosas que le oí susurrar esa tarde en la habitación oscurecida entre los montes solitarios. No me atrevo a insinuar siquiera la magnitud de los horrores cósmicos que fue desgranando con voz ronca. Él sabía ya de antes cosas espantosas; pero lo que había averiguado desde que había hecho las paces con los Seres Exteriores era casi excesivo para la razón. Incluso ahora me niego a creer en lo que dio a entender sobre la constitución de la infinitud última, la yuxtaposición de dimensiones, y la espantosa situación de nuestro cosmos conocido de espacio y tiempo en la cadena interminable de átomos-cosmos que componen el supracosmos de curvas, ángulos y organización electrónica semimaterial.

Nunca ha estado un hombre lúcido más peligrosamente cerca de los arcanos de la entidad elemental, nunca ha estado un cerebro orgánico más cerca de la total aniquilación en el caos que trasciende la forma y la fuerza y la simetría. Me contó de dónde procedió *primero* Cthulhu, y cómo fulguraron la mitad de los grandes astros temporales de la historia^[429]. Imaginé —por sus alusiones, que incluso le hacían callar un momento con timidez— el secreto que ocultaban las Nubes de Magallanes y las nebulosas globulares, y la negra verdad que velaba la inmemorial alegoría del Tao^[430]. Me reveló claramente la naturaleza de los Doels^[431], y me dijo cuál era la esencia (no el origen) de los Perros de Tíndalos. La leyenda de Yig, Padre de las Serpientes^[432], perdió totalmente su carácter figurativo, y di un respingo de repugnancia cuando habló del monstruoso caos nuclear más allá del espacio angulado que el *Necronomicon* había vestido piadosamente con el nombre de

Azathoth. Era espantoso oír explicitadas en términos concretos las pesadillas más inmundas de los mitos secretos cuya morbosa malignidad sobrepasaba las más osadas alusiones de los místicos antiguos y medievales. Inevitablemente, me indujo a creer que los primeros que transmitieron esas odiosas historias debieron de comunicarse con los Exteriores de Akeley, y que quizá habían conocido las regiones cósmicas exteriores que ahora Akeley se proponía visitar.

Me habló de la piedra negra y de lo que significaba, y me alegré de que no me hubiese llegado. ¡Mis sospechas sobre esos jeroglíficos habían sido correctas! Y sin embargo, Akeley parecía ahora reconciliado con todo el diabólico sistema con el que había tropezado; reconciliado, y deseoso de ahondar aún más en el abismo monstruoso. Yo me preguntaba con qué seres se habría comunicado desde la última carta que me escribió, y si serían tan humanos como ese primer emisario del que había hablado. La tensión de mi cabeza aumentaba de manera insoportable, y me forjaba toda clase de teorías descabelladas sobre el olor raro y persistente y la tenue y casi imperceptible vibración de la habitación oscurecida.

Empezaba a anochecer; y acordándome de lo que Akeley me había contado en sus cartas sobre las primeras noches, me estremecí al pensar que no habría luna. Tampoco me gustaba la situación de la granja, cobijada al socaire de la colosal y boscosa ladera que conducía a la cresta de la inexplorada Dark Mountain. Con el permiso de Akeley, encendí un pequeño quinqué, bajé la llama y lo dejé en una estantería alejada, junto al busto espectral de Milton; aunque después lamenté haberlo hecho, porque daba al rostro cansado e inmóvil y manos exánimes de mi anfitrión un aspecto horriblemente anormal y cadavérico. Parecía incapaz de moverse. Aunque asentía de cuando en cuando con la cabeza.

Después de lo que había contado, no podía imaginar qué secretos más profundos se reservaba para el día siguiente; pero al final aclaró que hablaríamos de su viaje a Yuggoth y más allá... y de

la posibilidad de que yo participase en él. Debió de divertirse el respingo que di al oír la proposición de que le acompañara en su viaje cósmico, porque balanceó la cabeza visiblemente al notar mi horror. A continuación habló muy amablemente de cómo los seres humanos podían realizar —ya lo habían hecho varias veces— un viaje espacial aparentemente imposible a través del vacío interestelar. Al parecer, no se efectuaba con el cuerpo humano completo, sino que la prodigiosa habilidad quirúrgica, biológica, química y mecánica de los Exteriores había hallado una manera de transportar el cerebro humano sin su correspondiente estructura física.

Había una forma inofensiva de extraer un cerebro, y una manera de conservar vivo el residuo orgánico durante su ausencia. Se sumergía la pura, compacta materia cerebral en un fluido contenido en un cilindro hermético —de un metal procedente de las minas de Yuggoth—, que había que rellenar de tiempo en tiempo, al que llegaban ciertos electrodos que se conectaban a voluntad a complicados instrumentos que duplicaban las tres facultades esenciales de la vista, el oído y la palabra. Para los alados seres-hongo, era cosa fácil transportar sin daño cerebros encapsulados a través del espacio. Después, en cada planeta dotado de civilización encontraban abastecimiento suficiente de instrumentos facultativos susceptibles de ser conectados a los cerebros encapsulados, a fin de que, así equipadas dichas inteligencias viajeras, pudiesen disponer de una vida plenamente sensorial y vocal —aunque mecánica y separada del cuerpo— en cada final de etapa de su viaje a través del continuo espacio-tiempo y más allá. Era tan sencillo como llevar una grabación fonográfica, y reproducirla allí donde hubiese un fonógrafo apropiado. No podía haber duda de su éxito. Akeley no tenía ningún miedo a eso. ¿Acaso no se había llevado a cabo brillantemente una y otra vez?

Por primera vez, se alzó por sí misma una mano inerte, consumida, y señaló con rigidez un estante alto del fondo de la habitación. Allí, en ordenada fila, había más de una docena de

cilindros de un metal que nunca había visto: cilindros de alrededor de un pie de alto y algo menos de diámetro, con tres curiosos enchufes dispuestos en forma de triángulo isósceles, delante, en su superficie convexa. Uno tenía dos de sus enchufes conectados a dos aparatos de aspecto singular que había en el fondo. No hizo falta que me explicara cuál era su objeto, y me estremecí como por un escalofrío. Luego la mano apuntó a un rincón más cercano, donde había varios instrumentos complicados, todos juntos, con cables e interruptores; algunos muy parecidos a los dos aparatos de detrás de los cilindros.

—Ahí, Wilmarth, hay cuatro tipos de instrumentos —susurró la voz—. Cuatro tipos, a tres facultades cada uno, suman doce unidades en total. Eso significa que hay cuatro clases diferentes de seres representados en los cilindros de ahí. Tres seres humanos; seis seres fungoides, incapaces de navegar corporalmente en el espacio; dos seres de Neptuno (¡Dios mío, si pudiese ver el cuerpo que tiene ese ejemplar en su propio planeta!); y las entidades restantes son de las cavernas centrales de un astro oscuro, especialmente interesante, que hay más allá de la galaxia. En el puesto base del interior de Round Hill se encuentran de vez en cuando más cilindros y aparatos: cilindros de cerebros extracósmicos con sentidos distintos de los que nosotros conocemos —de aliados y exploradores del último Exterior—, y aparatos especiales para facilitarles impresiones y posibilidad de expresión en los diversos modos, adecuados tanto para ellos como para la comprensión de los diferentes tipos de interlocutores. El de Round Hill, como la mayoría de los puestos base que tienen los seres en los distintos universos, es un lugar muy cosmopolita. Como es natural, sólo me han prestado tipos corrientes para que experimente.

»Haga el favor, coja esos tres aparatos de ahí y colóquelos sobre la mesa. El alto de las dos lentes frontales, luego el de las válvulas y la caja acústica... y ahora el del disco metálico en la parte superior. Ahora traiga el cilindro con la etiqueta «B-67». Súbase a esa silla

para llegar al estante. ¿Pesa? ¡No importa! Compruebe el número: B-67. No toque el cilindro reciente y reluciente conectado a los dos verificadores, el que tiene mi nombre. Coloque el B-67 sobre la mesa, cerca de los aparatos, y procure que los mandos de los diales de los tres estén totalmente a la izquierda.

»Ahora conecte el cordón del aparato de las lentes al enchufe más alto del cilindro... ¡bien! Conecte el de las válvulas al enchufe que hay debajo a la izquierda, y el del disco al enchufe exterior. Ahora gire los mandos de los diales a la derecha, a tope; primero el de las lentes, luego el del disco y por último el de las válvulas. Eso es. Le advierto que es un ser humano... igual que nosotros. Mañana le dejaré que pruebe con otros.

Todavía no sé por qué obedecí tan servilmente aquellos susurros, ni si pensé si Akeley estaba en su sano juicio o no. Después de lo que había pasado podía esperarme cualquier cosa; pero toda esta parafernalia de trastos eléctricos se parecía tanto a las típicas extravagancias de los inventores y sabios chiflados que pulsó en mí una duda que ni siquiera su discurso me había suscitado. Lo que decía el susurrador rebasaba todo lo humanamente creíble; sin embargo, ¿no iba esto otro mucho más allá, y resultaba menos absurdo sólo por su lejanía respecto de todo lo tangible comprobable?

En medio del caos que giraba en mi cabeza, me llegó un rumor chirriante de los tres aparatos que acababa de conectar al cilindro; rumor chirriante que en seguida se fue apagando prácticamente hasta desaparecer. ¿Qué estaba a punto de suceder? ¿Iba a oír una voz? Y si era así, ¿qué prueba tenía de que no se trataba de un aparato de radio hábilmente manipulado por el que hablaba alguien escondido, pero que nos estaba observando? Ni aun ahora soy capaz de asegurar qué es lo que oí, o que fenómeno se produjo delante de mí. Pero, desde luego, algo se produjo.

Dicho brevemente: el aparato de las válvulas y la caja acústica empezó a hablar; y lo hizo con un sentido y una inteligencia que no dejaba duda de que el hablante estaba efectivamente allí

observándonos. La voz era fuerte, metálica, neutra, claramente maquinales en todos sus detalles, sin inflexiones ni expresividad; pero crepitaba y rateaba de forma totalmente precisa y deliberada.

—Señor Wilmarth —dijo—. Espero no asustarle. Soy un ser humano como usted, aunque mi cuerpo descansa ahora protegido por un adecuado tratamiento vitalizante, en el interior de Round Hill, alrededor de una milla y media al este de aquí. Pero yo me encuentro aquí con usted; mi cerebro está en ese cilindro, y veo y oigo y hablo por medio de estos vibradores electrónicos. Dentro de una semana cruzaré el vacío, como he hecho muchas veces, y espero gozar de la compañía del señor Akeley. Me encantaría poder contar también con la suya, ya que le conozco de vista y por su reputación, y he seguido de cerca su correspondencia con nuestro amigo. Soy, por supuesto, uno de los que se han aliado con los seres exteriores que visitan nuestro planeta. Me puse en contacto con ellos en el Himalaya, y los he ayudado en varias ocasiones. En recompensa, me han proporcionado experiencias que pocos hombres han conocido.

»¿Tiene idea de lo que representa haber estado en treinta y siete cuerpos celestes: planetas, estrellas oscuras y objetos menos definibles, incluidos ocho exteriores a nuestra galaxia y dos fuera del cosmos curvo del espacio y el tiempo? ¡Y todo sin detrimento ninguno! Me han extraído el cerebro del cuerpo mediante fisiones tan hábiles que sería burdo llamar a este trabajo operación quirúrgica. Los seres visitantes poseen métodos que hacen que estas extracciones sean sencillas y casi rutinarias. Y el cuerpo no envejece mientras el cerebro esté separado de él. Debo añadir que el cerebro es prácticamente inmortal, sin merma de sus facultades mecánicas, y recibe un cierto alimento que se le proporciona con los cambios periódicos del fluido preservante.

»En resumen, espero sinceramente que se decida a venir con el señor Akeley y conmigo. Los visitantes están deseosos de conocer personas de amplios conocimientos como usted, y de mostrarles los grandes abismos con los que la mayoría hemos soñado en nuestra

caprichosa ignorancia. Al principio puede parecer extraño verlos, pero sé que usted estará por encima de esos prejuicios. Creo que nos va a acompañar también el señor Noyes, el hombre que seguramente le ha traído en su automóvil. Es desde hace años uno de los nuestros; supongo que ha reconocido su voz como una de las que el señor Akeley grabó y le envió.

Al notar mi violento sobresalto, el hablante hizo una pausa antes de concluir:

—Bien, señor Wilmarth; usted decide. Sólo añadiré que un apasionado como usted de lo extraño y de las leyendas inmemoriales no debería desaprovechar una oportunidad como esta. No hay nada que temer. Todas las transiciones son indoloras, y en cambio tiene muchas cosas de las que disfrutar en un estado sensorial enteramente mecanizado. Cuando se desconectan los electrodos, uno se sume simplemente en un sueño de visiones especialmente vividas y fantásticas.

»Y ahora, si no le importa, debemos suspender esta sesión hasta mañana. Buenas noches; gire los tres mandos a la izquierda; da igual el orden, aunque es mejor que gire el de las lentes en último lugar. Buenas noches. ¡Señor Akeley, atienda bien a nuestro invitado! ¿Dispuesto a girar los mandos?

Eso fue todo. Obedecí maquinalmente y accioné los tres interruptores, aunque ofuscado por la duda de lo que acababa de presenciar. Aún me daba vueltas la cabeza mientras oía la voz susurrante de Akeley, que me decía que podía dejar los aparatos encima de la mesa como estaban. No quiso añadir ningún comentario a lo sucedido; y desde luego, ningún comentario habría podido dar claridad a mis facultades desbordadas. Oí que me decía que podía llevarme el quinqué a mi habitación, y supuse que quería quedarse solo a oscuras. Sin duda era hora de que descansase, porque sus discursos de la tarde y de la noche habrían agotado a un hombre sano. Todavía aturdido, di las buenas noches a mi anfitrión y subí con el quinqué, si bien llevaba una linterna en el bolsillo.

Me alegré de abandonar el despacho con su olor raro y su vaga sensación de vibración; aunque, naturalmente, no lograba librarme de un horrible sentimiento de terror, de peligro y de anormalidad cósmica cada vez que pensaba dónde estaba y a qué fuerzas me enfrentaba. La región agreste y aislada, la ladera negra y misteriosa, cubierta de una espesura que se elevaba empinada detrás de la casa, las huellas del camino, el susurrador enfermo e inmóvil de la oscuridad, los horribles cilindros y aparatos; y sobre todo las invitaciones a dejarme intervenir por una extraña cirugía, y a un viaje más extraño, esas cosas, todas nuevas y en tan inesperada sucesión, se agolpaban en mí con una fuerza acumulada que me secaba la voluntad y casi socavaba la energía de mi cuerpo.

Descubrir que mi guía Noyes era el celebrante humano de ese monstruoso ritual sabático que Akeley había grabado había sido para mí una conmoción; aunque previamente había percibido una oscura y repugnante familiaridad en su voz. Otro sobresalto me lo produjo mi propia actitud, cuando me detuve a analizarla, para con mi anfitrión; porque aunque Akeley me había inspirado simpatía en sus cartas, ahora me daba cuenta de que sentía hacia él un claro rechazo. Su enfermedad debía haberme inspirado compasión; sin embargo me producía escalofríos; estaba tan rígido, tan inerte, con aspecto de cadáver... ¡y ese incesante susurrar odiosamente inhumano!

Se me ocurrió que ese susurro era distinto de cuanto había oído en mi vida; que, a pesar de la singular inmovilidad de sus labios, ocultos por el bigote, había en esos cuchicheos una fuerza latente y un poder de elocuencia sorprendentes para venir de un asmático. Le había entendido cuando le escuchaba desde el otro extremo de la habitación, y una o dos veces me había parecido que su tono desfallecido pero penetrante se debía no tanto a una debilidad como a una determinación de contenerse... por algún motivo. Desde el principio había percibido una calidad turbadora en el timbre. Ahora, reflexionando sobre esto, asocié esta impresión con una especie de familiaridad subconsciente como la que me había producido

brumosamente la voz ominosa de Noyes. Pero no lograba recordar cuándo ni dónde la había oído yo antes.

Una cosa sí tenía decidida: no pasaría otra noche en esta casa. La repugnancia y el temor habían ahuyentado todo celo científico, y ahora no sentía más que ganas de escapar de esta red de morbosa y antinatural revelación. Bastante sabía ya. Sin duda era verdad que existían esas extrañas conexiones cósmicas; pero los seres humanos normales no deben inmiscuirse en esas cosas.

Tenía la impresión de estar rodeado de blasfemas influencias que me asfixiaban los sentidos. Comprendí que no podría dormir; así que apague la luz y me tumbé simplemente en la cama, vestido. Quizá era absurdo, pero estaría preparado ante cualquier peligro, con el revólver que me había llevado en la mano derecha, y la linterna en la izquierda. Abajo no se oía un solo ruido, e imaginaba a mi anfitrión sentado con cadavérica rigidez.

De alguna parte de la casa me llegaba un tic-tac de reloj, que sonaba agradable por su nota de normalidad. Me recordaba, no obstante, otra cosa del lugar que me turbaba no poco: la total ausencia de vida animal. Desde luego, no había animales de granja; y ahora me di cuenta de que tampoco se oían los acostumbrados ruidos nocturnos de la vida salvaje. Quitando el rumor lejano de las aguas invisibles, aquella quietud era anómala, interplanetaria; y me pregunté qué plaga intangible, venida del espacio, se cernía sobre esta región. Recordé que según las viejas leyendas, los perros y demás animales odiaban siempre a los Exteriores, y pensé qué podrían significar esas huellas del camino.

VIII

No me preguntéis cuánto me duró el sopor que me venció inesperadamente, ni cuánto de lo que siguió fue puro sueño. Si os

digo que desperté en determinado momento, y os cuento lo que vi y oí, replicaréis que en realidad no me había despertado, y que todo fue un sueño hasta el instante en que salí precipitadamente, corrí al cobertizo, donde había visto el viejo Ford, y lancé el cascado vehículo a una loca carrera a la ventura por aquellos montes infestados, hasta aparecer —después de horas de tumbos y revueltas por laberintos de bosque— en un pueblecito que resultó ser Townshend.

Naturalmente, también rechazaréis el resto de mi informe, y diréis que las fotografías, la grabación, los cilindros, los aparatos y demás pruebas fueron piezas de una farsa de la que me hizo víctima el desaparecido Henry Akeley. Quizá penséis incluso que se había puesto de acuerdo con otros chalados para gastarme una broma estúpida y rebuscada, que fue él quien recogió el envío en Keene, y que tomó de Noyes esa terrible grabación de cera. Sin embargo, es extraño que aún no hayan identificado a ese Noyes; que no le conozcan en ningún pueblo de los alrededores de la casa de Akeley, aunque debió de recorrer a menudo la zona. Quisiera haber memorizado la matrícula de su automóvil... O quizá sea mejor que no lo hiciera. Porque, a pesar de lo que digáis, y a pesar de lo que a veces intento decirme a mí mismo, se que esas repugnantes influencias exteriores acechan ahí, en esos montes semidesconocidos, y que tienen espías y emisarios en el mundo de los hombres. Estar lo más lejos posible de ellas, y de sus emisarios, es lo único que le pido a la vida en el futuro.

Cuando, después de oír mi frenética historia, los hombres del *sheriff* se presentaron en la granja de Akeley, este había desaparecido sin dejar rastro. En el suelo del despacho, cerca de la butaca del rincón, encontraron la bata, la bufanda amarilla y las vendas de los pies; no fue posible averiguar si con él se había desvanecido alguna otra ropa personal. Desde luego, los perros y los animales no estaban; sí encontraron orificios de balas en el exterior de la casa y en algunas paredes de dentro; pero aparte de eso, no descubrieron nada fuera de lo normal. Ni cilindros, ni

aparatos, ni ninguna de las pruebas que yo había llevado en la maleta; ni siquiera el olor raro o la casi imperceptible vibración, ni huellas en el camino, ni ninguna de las cosas enigmáticas que vi fugazmente en los últimos instantes.

Me quedé una semana en Brattleboro, después de mi huida, indagando entre toda clase de gente que había conocido a Akeley; y el resultado me convenció de que el asunto no había sido fruto del sueño o del delirio. Las sorprendentes adquisiciones de perros, munición y productos químicos, los cortes del cable telefónico, son hechos irrefutables; en cuanto a los que le conocían—incluido el hijo, que vivía en California—, admiten que sus ocasionales comentarios sobre extraños estudios guardaban cierta coherencia. Hay ciudadanos con la cabeza bien sentada que creen que estaba loco, y afirman tajantemente que todas las pruebas aducidas son una farsa tramada con insana bellaquería, y quizá instigada por un grupo de chiflados; en cambio, la gente llana del contorno confirma en todos sus términos lo que él decía. Había enseñado sus fotografías y la piedra negra a algunos de estos campesinos, y les había hecho escuchar la grabación; y todos aseguraban que las huellas de pisadas y la voz zumbante eran exactamente como contaban las leyendas antiguas.

Dijeron, además, que las cosas sospechosas que se veían y oían alrededor de la casa de Akeley fueron en aumento desde que encontró la piedra negra, y que ahora todo el mundo evitaba pasar por aquel paraje, salvo el cartero y la gente de espíritu fuerte. Dark Mountain y Round Hill en particular eran conocidos lugares embrujados, y no logré encontrar a nadie que hubiese explorado de cerca ninguno de los dos. La historia de la zona atestiguaba que ocurrían periódicas desapariciones de personas, entre ellas el semivagabundo Walter Brown, del que me había hablado Akeley en sus cartas. Incluso di con un granjero que estaba convencido de haber visto uno de los cuerpos extraños en la crecida del West River; pero lo que contaba era demasiado confuso para que tuviera ningún valor.

Me fui de Brattleboro decidido a no volver a poner los pies en Vermont, y seguro de lo irrevocable de mi resolución. Esos montes inhóspitos son sin duda el puesto avanzado de una espantosa raza cósmica, cosa de la que tengo menos duda desde que me enteré de que se ha descubierto un noveno planeta más allá de Neptuno, tal como esas influencias habían dicho que se descubriría. Los astrónomos, con una precisión sobrecogedora que ni siquiera ellos sospechan, lo han llamado «Plutón», que es nada menos que el oscuro Yuggoth^[433]; y me estremezco cada vez que intento explicarme la verdadera razón por la que sus monstruosos habitantes quieren que se conozca de este modo en estos momentos concretos. En vano intento decirme a mí mismo que esas criaturas demoníacas no están llevando a cabo ninguna estrategia funesta para la Tierra y sus habitantes normales.

Pero aún falta contar el final de esa noche terrible en la granja: como he dicho, un inquieto sopor se apoderó de mí; un sopor en el que veía fugaces atisbos de paisajes monstruosos. Todavía no sé qué es lo que me despertó; pero de lo que sí estoy seguro es de que me desperté en ese momento concreto. Mi primera impresión, confusa, fue un crujido furtivo del entarimado, al otro lado de la puerta, y un manoteo desmañado, apagado, en la manivela. Pero cesó inmediatamente; de manera que mis impresiones realmente claras empiezan con las voces que oí abajo en el despacho. Eran varias, y parecía que discutían.

A los pocos segundos de escuchar me había despabilado del todo; porque las voces eran de naturaleza tal que cualquier propósito de dormir era ridículo. Los tonos eran curiosamente variados, y nadie que hubiera oído la horrenda grabación fonográfica abrigaría ninguna duda sobre la naturaleza de al menos dos de ellas. Aunque la idea era espantosa, sabía que estaba bajo el mismo techo que los seres desconocidos del espacio abismal; porque aquellas dos voces eran inequívocamente los zumbidos blasfemos con que los Seres Exteriores se comunicaban con los hombres. Eran diferentes el uno del otro —en el tono, en el acento y

en el ritmo—; pero, por lo demás, eran de la misma naturaleza detestable.

Una tercera voz procedía sin ninguna duda de un aparato fónico conectado al cerebro separado de un cilindro. Ofrecía tan poca duda como los zumbidos; porque la voz metálica, sonora, inerte de por la tarde, sin inflexiones, inexpresiva, rasposa, chirriante, de impersonal precisión, era absolutamente inolvidable. Durante unos momentos no me pregunté si la inteligencia que había detrás del carraspeo era la misma que había hablado conmigo; pero poco después pensé que *cualquier* cerebro emitiría idénticos sonidos vocales si era conectado al mismo productor de palabras; la única diferencia estaría en el lenguaje, el ritmo, la velocidad y la pronunciación. Dos voces humanas completaban el horrible coloquio: una, ruda y desconocida, pertenecía evidentemente a un campesino; la otra tenía la suave entonación bostoniana de Noyes, el que me había servido de guía.

A la vez que trataba de entender las palabras que el recio piso amortiguaba de manera exasperante, percibía también, en la habitación de abajo, una continua agitación, como de arrastrar de pies, de golpeteos, por lo que no podía evitar la impresión de que estaba llena de seres vivos, muchos más que las voces que había logrado contar. Es enormemente difícil describir la naturaleza exacta de esa agitación, entre otras cosas porque no encuentro con qué compararla. Los que se desplazaban de vez en cuando por la habitación debían de ser entidades conscientes; el ruido de las pisadas era como un repiqueteo suelto, descontrolado, sobre superficie dura, como un entrechocar descoordinado de dos superficies córneas o de caucho duro. Era, para utilizar una comparación más concreta aunque menos precisa, como si unas cuantas personas con zuecos sueltos y rajados anduvieran golpeteando y arrastrando los pies sobre un piso de madera pulimentado. No me atreví a especular sobre la naturaleza y aspecto de los que causaban esos ruidos.

En seguida me di cuenta de que era imposible distinguir con coherencia nada de lo que decían. De vez en cuando me llegaban palabras sueltas —incluidos el nombre de Akeley y el mío—, sobre todo si salían del productor de voz mecánico; pero se me escapaba su verdadero significado por falta de contexto. Hoy prefiero no deducir de ellas nada concreto; incluso su horrible efecto en mí era más *sugestión* que *revelación*. Estaba seguro de que abajo se hallaba reunido un cónclave terrible y anormal, aunque no sabía para qué espantosas deliberaciones. Es curioso cómo me invadía una incontestable sensación de lo maligno y lo blasfemo a pesar de las seguridades que me había dado Akeley sobre la disposición amistosa de los Intrusos.

Escuchando pacientemente, empecé a distinguir las voces, aun cuando no entendía casi nada de lo que decía ninguna de ellas. Me parecía captar cierta emoción característica detrás de los hablantes. Uno de los zumbidos, por ejemplo, revelaba una nota inequívoca de autoridad; mientras que la voz mecánica, a pesar de su artificial sonoridad y uniformidad, parecía contener subordinación y súplica. La voz de Noyes desprendía una especie de hálito conciliador. No intenté interpretar las demás. No oía el susurro familiar de Akeley, aunque sabía que un sonido como el que él emitía no podía traspasar el piso de mi habitación.

Intentaré consignar al unas palabras inconexas otros sonidos que capté, designando a quienes las pronunciaban lo mejor que pueda. Las primeras frases reconocibles que entendí procedían de la máquina parlante:

(LA MÁQUINA PARLANTE^[434])

«... La he traído yo... devuelto las cartas y la grabación... al final... creído... viendo y oyendo... malditos seáis... fuerza impersonal, al fin y al cabo... cilindro reciente y reluciente... buen Dios...»

(PRIMERA VOZ ZUMBANTE^[435])

«... Detuvimos a tiempo... pequeño y humano... Akeley... cerebro... diciendo...»

(SEGUNDA VOZ ZUMBANTE^[436])

«... Nyarlathotep... Wilmarth... grabaciones y las cartas... una farsa grosera...»

(NOYES)

«... (una palabra o nombre impronunciable; posiblemente, *N'gah-Kthun*)... Inofensivo... paz... par de semanas... teatral... os lo había dicho...»

(PRIMERA VOZ ZUMBANTE)

«... Ninguna razón... plan original... efectos... Noyes puede vigilar... Round Hill... el cilindro reciente... el coche de Noyes...»

(VARIAS VOCES A LA VEZ.
NO SE ENTIENDE NADA)

(MULTITUD DE PISADAS, INCLUIDA LA
DESCOORDINADA AGITACIÓN O GOLPETEO PECULIAR)

(EXTRAÑO BATIR DE ALAS)

(RUIDO DE UN AUTOMÓVIL QUE ARRANCA Y SE ALEJA)

(SILENCIO)

Eso es en esencia lo que me llegó mientras estaba acostado, rígido, en aquella extraña cama, en la casa embrujada entre los montes demoníacos... acostado, pero vestido; con el revólver firmemente apretado en la mano derecha y la linterna en la izquierda. Como digo, me había despabilado del todo; una especie de oscura parálisis, empero, me tuvo inmovilizado hasta mucho después de que se hubiera apagado el último ruido. Oí el pausado tic-tac de madera del antiguo reloj Connecticut en algún lugar de abajo, y por último, los ronquidos irregulares de alguien que dormía. Debía de ser Akeley, al que seguramente había vencido el sueño después de la extraña sesión. Pensé que lo necesitaría.

No sabía qué hacer o qué pensar. En realidad, ¿qué había oído, aparte de cosas que la información que poseía me inducía a esperar? ¿No sabía ya que los Exteriores eran bien recibidos en la granja? Seguramente habían ido a ver a Akeley inesperadamente. No obstante, había algo en esos retazos de discursos que me producía escalofríos, me inspiraba las dudas más extravagantes y horribles, y me hacía desear fervientemente poder despertar y comprobar que todo había sido un sueño. Creo que me había llegado al subconsciente algo que mi conciencia aún no había registrado. Pero ¿y qué decir de Akeley? ¿No era mi amigo, y habría protestado si alguien hubiese propuesto actuar contra mí?. Los plácidos ronquidos de abajo parecían mofarse de mis miedos súbitamente intensificados.

¿No podía ser que hubiesen embaucado a Akeley y lo hubiesen utilizado como señuelo para atraerme a los montes con las cartas, las fotografías y la grabación fonográfica? ¿Se proponían estos seres precipitarnos a una común destrucción porque sabíamos demasiado? Nuevamente pensé en lo repentino y falto de lógica que era ese cambio de opinión de Akeley entre la penúltima carta y la última. El instinto me decía que algo terrible pasaba. No todo era como parecía. ¿Había intentado drogarme alguna entidad oculta, desconocida, con ese café agrio que no había querido tomar? Debía hablar con Akeley enseguida, y devolverle el sentido de la lógica. Le

habían encandilado con sus promesas de revelaciones cósmicas; pero ahora debía escuchar a la razón. Había que escapar de esto antes de que fuera demasiado tarde. Si él no tenía suficiente voluntad para romper esas ataduras, yo se la proporcionaría. Y si no lograba convencerle de que nos fuéramos, me iría yo solo; Sin duda me prestaría su Ford; más tarde se lo dejaría en un garaje de Brattleboro. Lo había visto en el cobertizo; la puerta estaba ahora abierta, dado que ya no había peligro al parecer, lo cual me brindaba la posibilidad de utilizarlo inmediatamente. A todo esto, se había disipado por completo la aversión hacia Akeley que me había invadido durante la conversación con él, y después por la noche: se encontraba en una situación muy parecida a la mía, y debíamos estar unidos. Consciente de su postración, me sabía mal despertarle en estos momentos; pero no había más remedio. No podía esperar a que se hiciese de día, dadas las circunstancias.

Por fin me sentí capaz, y me estiré vigorosamente para recuperar el ejercicio de los músculos. Me levanté con una cautela más instintiva que deliberada, encontré el sombrero, me lo puse, cogí la maleta y me dirigí a la escalera alumbrándome con la linterna. Nervioso, seguía apretando el revólver en la mano derecha, con la maleta y la linterna en la izquierda. Tomaba estas precauciones sin saber realmente por qué, dado que iba a despertar al único que quedaba en la casa además de mí.

Bajé casi de puntillas la crujiente escalera hasta el recibimiento, y oí más claro al durmiente; me di cuenta de que debía de estar en la habitación que había a mi izquierda: el cuarto de estar en el que no había entrado. A la derecha se abría la oscuridad del despacho en el que había oído las voces. Empujé la puerta del cuarto de estar, dirigí el haz de la linterna hacia el sitio del que surgían los ronquidos, y finalmente iluminé el rostro del que dormía. Pero aparté instantáneamente la luz e inicié una retirada apresurada y sigilosa hacia el recibimiento. Mi cautela esta vez fue fruto de la razón tanto como del instinto. Porque el que había en el canapé no era Akeley, sino mi anterior guía, Noyes.

No tenía idea de cuál era la situación; pero el sentido común me decía que lo más prudente era averiguar lo más posible antes de despertar a nadie. De nuevo en el recibimiento, cerré en silencio la puerta del cuarto de estar; así habría menos posibilidad de que Noyes se despertase. A continuación entré con mucho sigilo en el despacho a oscuras; donde, dormido o despierto, esperaba encontrar a Akeley en la gran butaca del rincón, que era evidentemente su sitio favorito para descansar. Al avanzar, el haz de la linterna cayó sobre la gran mesa de centro, revelando uno de los infernales cilindros con los aparatos visual y auditivo conectados, y el fónico cerca, preparado para ser conectado también en cualquier momento. Éste, pensé, ha debido de ser el cerebro encapsulado que había intervenido en la espantosa conferencia; y durante un segundo tuve el impulso perverso de conectarlo para ver qué decía.

Sin duda se da cuenta de mi presencia ahora, pensé, ya que los equipos de visión y audición habrán detectado la luz de la linterna y los crujidos de mis pisadas. Pero no me atreví a manipular aquello. Descubrí que era el cilindro reciente y reluciente, con el nombre de Akeley, que por la tarde había visto en el estante, y que mi anfitrión me había dicho que no tocara. Pensándolo ahora, no puedo dejar de lamentar mi timidez, y no haber hecho hablar al aparato. ¡Sabe Dios qué misterios y dudas horribles e interrogantes sobre su identidad no habría podido disiparme! Aunque, bien considerado, quizá fue una suerte que no lo tocara.

De la mesa, dirigí el haz de la linterna hacia el rincón donde suponía que estaba Akeley. Pero, para mi asombro, descubrí que en la gran butaca no había ningún ocupante dormido ni despierto. Entre el asiento y el suelo estaba la bata vieja y enorme que le había visto puesta; y cerca, en el suelo también, la bufanda amarilla y las grandes vendas de los pies que tan extrañas me habían parecido. Me quedé en suspenso, tratando de adivinar dónde estaría Akeley, y por qué se habría quitado tan súbitamente las prendas de enfermo. Observe que habían desaparecido el olor raro y la sensación de vibración. ¿De dónde vendrían? Entonces se me ocurrió que sólo

había notado ambas cosas en presencia de Akeley, que eran más perceptibles donde él estaba sentado, y que en el resto de la casa eran inexistentes. Paseé la luz por todo el despacho, a la vez que me estrujaba el cerebro intentando encontrar una explicación al giro que había tomado la situación.

Ojalá hubiese salido calladamente sin dirigir la linterna de nuevo a la butaca vacía. Pero no fue así, y se me escapó una exclamación sofocada que debió de turbar, aunque no despertar, al que estaba de guardia en la habitación de enfrente. Ese grito, y el ronquido uniforme de Noyes, fueron lo último que oí en esa casa infestada de morbosidad al pie de la ladera boscosa de una montaña embrujada, centro de horror transcósmico en medio de solitarios montes verdes y murmurantes arroyos de una región agreste y espectral.

No me explico cómo no solté la linterna, la maleta y el revólver en mi carrera alocada, pero el caso es que no perdí ninguna de estas cosas. De hecho, me las arreglé para salir de la casa sin más ruido, meterme en el Ford, y arrancar el arcaico vehículo en dirección a algún lugar seguro, en medio de la noche oscura y sin luna. La carrera que siguió fue una escena de delirio sacada de Poe, o de Rimbaud, o de un grabado de Doré; pero finalmente llegué a Townshend. Y eso es todo. Tengo suerte de conservar aún la lucidez. Algunas veces me asusta lo que puedan traer los años venideros; sobre todo desde que han descubierto de manera tan extraña ese nuevo planeta Plutón.

Como digo, después de pasear la luz de la linterna por la habitación, la dirigí impensadamente hacia la butaca vacía. Y entonces reparé, por primera vez, en ciertos objetos que había encima del asiento, entre los dobleces de la bata. Los investigadores no encontraron esos objetos, tres en total, cuando fueron más tarde. Como he dicho al principio, nada había en su aspecto que al verlos inspirase horror. El horror estaba en lo que uno podía inferir. Aun ahora tengo mis momentos de duda, momentos en que medio acepto el escepticismo de los que

atribuyen mi experiencia enteramente al sueño y a los nervios y a la fantasía.

Se trataba de unos chismes condenadamente hábiles, provistos de ingeniosas pinzas metálicas conectadas a apéndices orgánicos de cuya forma no me atrevo a aventurar ninguna suposición. Espero —espero fervientemente— que fueran reproducciones en cera de algún gran artista, a pesar de lo que mis más secretos temores me dicen. ¡Dios mío! ¡Aquel susurrador de la oscuridad, de olor morbosos y vibraciones sutiles! Brujo, emisario, desafiante, extraño... con aquel horrendo zumbido apagado... y la presencia, todo el tiempo, de aquel cilindro reciente, reluciente, del estante... pobre hombre... «prodigiosa habilidad quirúrgica, biológica, química y mecánica»...

Porque las cosas que había en la butaca, perfectas hasta en los últimos y más sutiles detalles de microscópica semejanza —o identidad—, eran el rostro y las manos de Henry Wentworth Akeley.

EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA^[437]

I

Me veo forzado a hablar porque los hombres de ciencia se niegan a seguir mi consejo sin saber por qué. Así que, para oponerme a esa prevista invasión del Antártico —con su vasta búsqueda de fósiles y su sistemática perforación y fusión del casquete glaciario—, hago públicas las razones totalmente contra mi voluntad; tanto más cuanto que quizá no sirva de nada la advertencia. Dudar de los hechos reales, tal como debo revelarlos, es inevitable; sin embargo, si omitiese lo que parece extravagante o increíble no quedaría nada. Las fotografías guardadas hasta aquí, las normales y las aéreas, confirmarán mis palabras; porque son tremendamente elocuentes y gráficas. De todos modos despertarán recelo, dados los asombrosos extremos a que puede llegar una hábil falsificación. Los dibujos a tinta, por supuesto, se van a considerar claras imposturas, pese a contener una técnica que intrigará a los expertos en arte.

En fin, tendré que confiar en el discernimiento y prestigio de los pocos hombres que están a la cabeza de la ciencia, puesto que ellos gozan por un lado de suficiente independencia de pensamiento para valorar el carácter terriblemente convincente que estos datos contienen en sí mismos o a la luz de determinados ciclos de mitos antiguos, y por otro del peso suficiente para disuadir al mundo explorador en general de cualquier programa demasiado temerario o ambicioso en la región de esas montañas de locura^[438]. Es una desgracia que personas relativamente desconocidas como mis

colegas y yo, vinculadas meramente a una modesta universidad, tengamos pocas posibilidades de influir en asuntos de naturaleza tan desquiciada y susceptible de controversia.

En contra nuestra está, además, que no seamos especialistas, estrictamente hablando, en los campos correspondientes. Como geólogo, mi propósito al dirigir la expedición de la Universidad Miskatonic era únicamente obtener muestras de roca y tierra de las capas profundas de diversos sectores del continente antártico con ayuda del extraordinario taladro ideado por el profesor Frank H. Pabodie^[439], de nuestro Departamento de Ingeniería. No tenía el menor deseo de ser pionero en ningún otro campo, aunque sí esperaba que la utilización de este artefacto mecánico en distintos lugares a lo largo de las sendas ya explotadas sacase a la luz materiales de un tipo no logrado hasta aquí con los métodos habituales de extracción. La perforadora de Pabodie, como sabe el público por nuestros comunicados, era excepcional e insustituible por su poco peso, su facilidad de transporte, y su virtud de combinar el principio del taladro artesiano normal y el del pequeño taladro circular para roca, de manera que podía penetrar rápidamente estratos de distinta dureza. El trépano de acero, las barras articuladas, el motor de gasolina, la torre plegable de madera, los accesorios para voladuras, los aparejos de cuerda, la cuchara extractora del escombros, y las cañas de perforación de cinco pulgadas de diámetro y hasta 1.000 pies de profundidad, todo esto, más los repuestos necesarios, suponía una carga no más grande de la que podían transportar tres trineos de siete perros, lo que era posible por la atinada aleación de aluminio con que estaba hecha la mayor parte de los elementos metálicos. Cuatro grandes aeroplanos Dornier^[440], diseñados especialmente para volar a la altura necesaria en la meseta antártica, con calentador de combustible adicional y mecanismo de arranque ideados por Pabodie, transportarían a la expedición entera desde una base situada en el límite de la Gran Barrera de Hielos a diversos puntos convenientes

del interior, a partir de los cuales nos valdríamos de suficiente número de perros.

Planeábamos cubrir la máxima extensión que nos permitiera una estación anual antártica —o más tiempo, si fuera absolutamente necesario—, actuando principalmente en las cordilleras y la meseta al sur del Mar de Ross, regiones exploradas en grado diverso por Shackleton^[441], Amundsen^[442], Scott^[443] y Byrd^[444]. Mediante frecuentes traslados de campamento en aeroplano, y cubriendo distancias lo bastante grandes para que fueran geológicamente significativas, esperábamos sacar a la luz una cantidad de material sin precedentes, sobre todo de los estratos precámbricos, de los que tan escasas muestras antárticas se habían conseguido hasta ahora. Queríamos obtener la mayor variedad de rocas superiores fosilíferas, ya que el ciclo biológico primigenio de esta desolada región de hielo y muerte es de la mayor importancia para nuestro conocimiento del pasado de la Tierra. Es de dominio general que el continente antártico fue en otro tiempo templado, incluso tropical, con abundante vida vegetal y animal de la que los líquenes, la fauna marina, los arácnidos, y los pingüinos del borde norte son únicos supervivientes; y esperábamos ampliar esa información en variedad, exactitud y detalle. Cuando una simple cala revelase signos fosilíferos, ensancharíamos la abertura mediante voladuras a fin de obtener muestras de tamaño y conservación adecuados.

Las calas, de profundidad variable según las expectativas que ofreciera el suelo o la roca de la capa superior, debían limitarse a las superficies de tierra que estuviesen al aire o casi al aire... que eran inevitablemente las laderas y las cimas, dado que un espesor de una o dos millas de sólido hielo cubre las zonas más bajas. No podíamos perder tiempo perforando meros glaciares, fueran los que fuesen, aunque Pabodie había elaborado el plan de hundir electrodos de cobre en grupos de perforaciones y derretir zonas limitadas de hielo con la corriente generada mediante una dínamo de gasolina. Ese es el plan —que una expedición como la nuestra sólo podía llevar a efecto de manera experimental— que la prevista

expedición Starkweather-Moore se propone seguir a pesar de los apercebimientos que he publicado desde que regresamos del Antártico.

La gente está al corriente de la Expedición Miskatonic por los frecuentes reportajes que enviamos por radiotelégrafo al *Arkham Advertiser* y a la *Associated Press*^[445], así como por los posteriores artículos de Pabodie y míos. La formábamos cuatro miembros de la universidad —Pabodie; Lake, del Departamento de Biología; Atwood, del Departamento de Física (también meteorólogo); y yo, que representaba al de Geología e iba nominalmente al mando—, más dieciséis ayudantes: siete graduados de la Miskatonic y nueve mecánicos especialistas. De los dieciséis, doce eran pilotos de aeroplano titulados, todos ellos, menos dos, radiotelegrafistas competentes. Ocho sabían navegación con el compás y el sextante; lo mismo que Pabodie, Atwood y yo. Además, naturalmente, los dos barcos —antiguos balleneros de madera, reforzados para enfrentarse al hielo y dotados de vapor auxiliar— iban con la tripulación completa. La financiación corrió a cargo de la Fundación Nathaniel Derby Pickman, con la ayuda de algunas aportaciones particulares; de manera que los preparativos fueron de lo más minuciosos, pese a la ausencia de gran publicidad. Los perros, los trineos, las máquinas, el material de campaña y las secciones no desmontables de los cinco aviones fueron entregados en Boston, donde se cargaron en los barcos. Estábamos magníficamente equipados para nuestras necesidades concretas; y para todo lo referente a provisiones, régimen de comidas, transporte y construcción de campamentos, aprovechamos el ejemplo reciente de nuestros múltiples y brillantes predecesores. Fue el gran número y la popularidad de estos lo que hizo que nuestra expedición, aunque extensa, despertase muy poco interés en el mundo.

Como contaron los periódicos, zarpamos del puerto de Boston el 2 de septiembre de 1930^[446], y emprendimos un viaje tranquilo costa abajo, cruzamos el canal de Panamá, y tocamos Samoa y Hobart (Tasmania); y en el segundo de estos puertos cargamos

provisiones por última vez^[447]. Nadie del grupo explorador había estado en las regiones polares, así que todos confiábamos en nuestros capitanes —J. B. Douglas, que iba en el bergantín *Arkham* y tenía la responsabilidad del transporte marítimo, y Georg Thorfinnssen, que mandaba el bricbarca *Miskatonic*—, veteranos balleneros los dos de las aguas antárticas. A medida que dejábamos atrás el mundo habitado, el sol iba estando más bajo en el norte, y cada día duraba más tiempo sobre el horizonte. A 62° latitud sur más o menos avistamos los primeros icebergs —témpanos como plataformas de flancos verticales—, y poco antes de alcanzar el Círculo Antártico, que cruzamos el 20 de octubre con las debidas ceremonias originales, empezamos a tener problemas con los bancos de hielo. El descenso de la temperatura me importunó bastante, después de haber cruzado los trópicos; pero procuré conservar el ánimo para afrontar rigores más grandes que aún estaban por venir. Muchas veces me sentí no poco fascinado ante los singulares efectos atmosféricos, entre ellos un espejismo asombrosamente vívido —el primero que presenciaba— en el que los lejanos icebergs se convirtieron en murallas almenadas de castillos cósmicos inimaginables.

Abriéndonos paso entre los hielos, que por fortuna no cubrían mucha extensión ni estaban muy cerrados, volvimos a aguas abiertas a 67° latitud sur, 175° longitud este. En la mañana del 23 de octubre surgió por el sur un firme «atisbo de tierra»^[448], y antes del mediodía experimentamos todos un estremecimiento de emoción al contemplar una inmensa, altísima cadena de montañas cubiertas de nieve que abarcaba el horizonte entero que teníamos a proa. Por fin habíamos dado con un puesto avanzado del continente desconocido y su enigmático mundo de muerte helada. Esos picos eran evidentemente los montes Admiralty, descubiertos por Ross, y nuestra empresa ahora era doblar el cabo Adare y bajar costeando Tierra Victoria hasta nuestra proyectada base en el estrecho de McMurdo, al pie del volcán Erebus, a 77° 9' latitud sur.

La última etapa del viaje fue intensa y excitante para la imaginación, con grandes, pelados picos de misterio surgiendo continuamente por el oeste mientras el sol bajo de mediodía al norte, o el rasante de medianoche al sur, derramaba sus brumosos rayos rojizos sobre la nieve blanca, sobre el hielo azulado, o sobre senderos de agua y negros trozos al descubierto de granítica ladera. Entre las desoladas cimas soplaban intermitentes y furiosas ráfagas del terrible viento antártico, cuya cadencia adoptaba a veces un sonido de flautas, salvaje y semisensible, con notas que abarcaban un amplio registro, y que por alguna razón mnemónica o subconsciente me resultaba inquietante y hasta vagamente terrible. Algo del escenario me recordaba las extrañas y turbadoras pinturas asiáticas de Nicholas Roerich^[449], y las aún más extrañas y turbadoras descripciones de la maligna y fabulosa meseta de Leng^[450] contenidas en el espantoso *Necronomicon*, del árabe loco Abdul Alhazred. Más tarde lamenté bastante haber hojeado ese libro monstruoso en la biblioteca de la universidad.

El siete de noviembre, perdida de vista temporalmente la cordillera occidental, dejamos atrás la isla de Franklin; y al día siguiente avistamos a proa los conos de los montes Erebus y Terror, en la isla de Ross, con la larga fila de las montañas Parry más allá. Ahora se extendió hacia el este la blanca y baja línea de la Gran Barrera de Hielos, que se alzaba perpendicular a una altura de 200 pies, semejante a los acantilados roqueños de Quebec^[451], señalando el fin de la navegación hacia el sur. Por la tarde entramos en el estrecho de McMurdo y navegamos apartados de la costa, a sotavento del humeante Erebus. —Su pico de escoria se recortaba a unos 12.700 pies sobre el cielo oriental, igual que una estampa japonesa del sagrado Fujiyama, en tanto que más allá se elevaba la cima blanca y espectral del monte Terror, de 10.900 pies de altitud, ahora extinguido como volcán—. De cuando en cuando brotaban del Erebus bocanadas de humo, y uno de los ayudantes graduados — un joven brillante llamado Danforth— señaló lo que parecía lava sobre la ladera nevada, comentando que esta montaña, descubierta

en 1840, era sin duda el origen de la imagen de Poe cuando escribió siete años más tarde:

Las lavas que inquietas derraman
sus ríos sulfurosos sobre el Yaanek
en los últimos climas del polo,
que gimen corriendo Yaanek abajo
en las regiones del polo boreal^[452].

Danforth era un gran lector de temas raros, y hablaba mucho de Poe. A mí me fascinaba el escenario antártico del único relato lar o de g Poe: el inquietante y enigmático *Arthur Gordon Pym*. En la costa inhóspita, y en la alta Barrera de Hielos del fondo, miríadas de pingüinos grotescos batían sus aletas, mientras en el agua se veían multitud de gruesas focas nadando, o tumbadas sobre grandes témpanos que se desplazaban lentamente.

Utilizando botes pequeños, efectuamos una difícil atracada en la isla de Ross poco después de medianoche, en la madrugada del 9; llevamos a tierra un cable de cada barco, e hicimos preparativos para descargar los suministros por medio de un aparejo de andarivel. Nuestra emoción al pisar por primera vez suelo antártico fue intensa y compleja, aun cuando en este punto concreto nos habían precedido las expediciones de Scott y de Shackleton. Nuestro campamento en la playa helada al pie del volcán iba a ser sólo provisional; el cuartel general seguiría estando a bordo del *Arkham*. Desembarcamos el taladro, los perros, los trineos^[453], las tiendas, las provisiones, los bidones de gasolina, el aparato experimental para derretir hielo, las cámaras fotográficas normal y aérea, las piezas de los aeroplanos y el resto del material, incluidos tres pequeños aparatos de radio portátiles (además de los de los aviones), capaces de establecer contacto con la gran estación de radio del *Arkham* desde cualquier lugar del continente antártico que decidiéramos visitar. El equipo del barco, que comunicaba con el mundo exterior, debía enviar comunicados a la potente estación del

Arkham Advertiser, en Kingsport Head^[454] (Massachusetts). Esperábamos concluir nuestra campaña en un solo verano antártico^[455]; aunque si veíamos que no podía ser, invernaríamos en el *Arkham*, y mandaríamos el *Miskatonic* al norte, antes del bloqueo de los hielos, por provisiones para otro verano.

No hace falta repetir lo que los periódicos han publicado ya sobre nuestras primeras actividades: la ascensión al monte Erebus; las fructíferas perforaciones en varios puntos de la isla de Ross y la rapidez con que el aparato de Pabodie las efectuó, incluso en estratos de roca viva; las pruebas con el pequeño aparato de fundir hielo; la peligrosa ascensión a la Gran Barrera con trineos y provisiones; y finalmente el ensamblaje de cinco enormes aeroplanos en el campamento, en lo alto de la barrera. La salud del grupo de tierra —20 hombres y 55 perros de Alaska— era admirable; aunque hasta ahora no nos habíamos enfrentado a temperaturas ni ventiscas verdaderamente mortales. El termómetro variaba entre cero y veinte o veinticinco grados bajo cero^[456], y los inviernos de Nueva Inglaterra nos habían acostumbrado a rigores de este género. En la Barrera establecimos un campamento semipermanente, y lo destinamos a almacén de reserva para gasolina, provisiones, dinamita y otros suministros. Sólo hacían falta cuatro aeroplanos para el transporte de material de exploración propiamente dicho; el quinto, con un piloto y dos hombres de los barcos, se quedó en el almacén como medio de llegar a nosotros desde el *Arkham*, en caso de que los aeroplanos de exploración quedaran inutilizados. Más tarde, cuando no los estuviéramos utilizando para el traslado de equipo, dedicaríamos uno o dos al transporte entre este almacén y otra base estable en la gran meseta, entre 600 y 700 millas al sur, más allá del glaciar de Beardmore^[457]. A pesar de las casi unánimes historias sobre tempestades y vientos espantosos que barren esa meseta, decidimos instalar bases intermedias, y arriesgarnos en interés de la economía y la probable eficacia.

Las noticias que transmitimos informaron del impresionante vuelo de cuatro horas sin interrupción de nuestra escuadrilla, el 21 de noviembre, sobre una alta plataforma de hielo, con unos picos inmensos al oeste, y silencios inexplorados que nos devolvían el eco de los motores. El viento nos molestó poco, y los radiocompases nos ayudaron a cruzar un espeso banco de niebla que encontramos. Cuando surgió la inmensa pared delante de nosotros, entre los 83° y 84° de latitud, supimos que habíamos llegado al glaciar de Beardmore, el valle más grande del mundo, y el mar helado daba paso ahora a un litoral severo y montañoso. Por fin entramos verdaderamente en el mundo blanco del último sur, muerto desde hacía millones de años; y a la vez que nos dábamos cuenta, divisamos a lo lejos, hacia el este, el pico del monte Nansen que se alzaba hasta una altura de casi 15.000 pies.

La instalación sin problemas de la base sur en el glaciar, a latitud 86° 7', y longitud este 174° 23', así como las calas y barrenos rápidos y fructíferos en los diversos puntos alcanzados tanto por los trineos en sus recorridos como por los aeroplanos en sus vuelos cortos, son ya historia; como lo es la ardua y triunfal ascensión al monte Nansen llevada a cabo por Pabodie y dos estudiantes graduados —Gedney y Carroll— del 15 al 15 de diciembre. Estábamos a unos 8.500 pies sobre el nivel del mar; y cuando las calas revelaron suelo firme a sólo doce pies de la superficie de nieve y hielo en ciertos lugares, utilizamos bastante el aparato de fusión, e hicimos perforaciones y voladuras para obtener muestras de minerales en puntos donde ningún explorador había pisado anteriormente. Los granitos precámbricos y evidentes areniscas que así obtuvimos confirmaron nuestra creencia de que esta meseta formaba parte de la gran masa del continente al oeste, pero era algo^[458] distinta de las partes del este, situadas debajo de Sudamérica, que hasta entonces creíamos que constituían^[459] un continente independiente y más pequeño, separado del grande por una unión helada de los mares de Ross y de Weddell; aunque Byrd ha refutado después tal hipótesis^[460].

En algunas masas de arenisca, dinamitadas o abiertas a cincel después que los barrenos revelasen su naturaleza, encontramos huellas y fragmentos fósiles de lo más interesantes: helechos, algas, trilobites, crinoideos y moluscos como lingulas^[461] y gasterópodos, todos ellos de verdadera importancia para la historia primigenia de la región. También salió una extraña marca triangular, estriada, como de un pie de diámetro todo lo más, que Lake recompuso con fragmentos de pizarra sacados a la luz de un profundo barreno. Dichos fragmentos procedían de un lugar del oeste cercano a los Montes de la Reina Alexandra; y Lake, como biólogo, encontró de lo más intrigante la curiosa marca, si bien a mis ojos de geólogo no parecía muy distinta de los efectos rizados relativamente corrientes en las rocas sedimentarias. Dado que la pizarra no es más que una formación metamórfica en la que se ha incrustado un estrato a presión, y dado que la presión misma produce efectos deformantes en cualquier señal, no vi motivo para tanto asombro ante esa depresión estriada.

El 6 de enero de 1931, Lake, Pabodie, Daniels, los seis estudiantes, cuatro mecánicos y yo sobrevolamos exactamente el Polo Sur en dos grandes aeroplanos^[462], y nos vimos forzados a aterrizar una vez debido a un súbito ventarrón que por fortuna no se convirtió en la típica tormenta. Este fue, como informaron los periódicos, uno de los varios vuelos de reconocimiento; en otros tratamos de discernir nuevos rasgos topográficos en zonas no alcanzadas por exploradores anteriores. Nuestros primeros vuelos fueron decepcionantes en ese sentido, aunque nos proporcionaron algunos ejemplos espléndidos de espejismos fantásticos y engañosos de las regiones polares, de los que nuestro viaje marítimo nos había adelantado ya breves anticipos. Montañas distantes flotaban en el cielo como ciudades encantadas, y a menudo el mundo blanco entero se disolvía en una tierra oro, plata y escarlata de ensueños dunsanianos y expectación aventurera^[463], bajo la magia de un sol bajo de medianoche. En los días nublados se nos hacía bastante difícil volar debido a que la tierra nevada y el

cielo solían fundirse en un vacío místico opalescente sin horizonte visible que señalase la línea de unión.

Finalmente decidimos llevar a cabo nuestro plan original de volar 500 millas hacia el este con los cuatro aeroplanos y establecer una nueva base secundaria en un punto situado en la porción más pequeña del continente, como la creíamos equivocadamente. Las muestras geológicas allí obtenidas serían importantes a efectos de comparación. Nuestra salud de momento seguía siendo buena: el zumo de lima^[464] compensaba la dieta invariable de carne enlatada o salada, y las temperaturas generalmente cercanas a cero nos permitían desenvolvemos sin gruesas pieles. Era ahora pleno verano, y con presteza y cuidado podríamos concluir la campaña hacia marzo, y evitar el tedioso invernaje durante la larga noche antártica. Varias tormentas violentas se habían abatido sobre nosotros procedentes del oeste, pero salimos sin daño de ellas gracias a la pericia de Atwood en construir rudimentarios cobertizos para los aeroplanos y protecciones con pesados bloques de nieve, y a que reforzamos con nieve las principales construcciones del campamento. Nuestra suerte y eficiencia fueron desde luego casi prodigiosas.

Naturalmente, el mundo exterior sabía de nuestro programa, y se le había informado también de la extraña y tenaz insistencia de Lake en efectuar un viaje de prospección hacia el oeste —o más bien hacia el noroeste— antes de trasladarnos del todo a la nueva base. Al parecer, había meditado mucho —y con una osadía alarmante— sobre esa marca estriada de la pizarra, en la que había leído ciertas contradicciones, en cuanto a naturaleza y periodo geológico, que le habían excitado la curiosidad y lo habían puesto ansioso por practicar más perforaciones y voladuras en la formación que se extendía hacia el oeste, a la que pertenecían los fragmentos exhumados. Estaba convencido de que dicha marca era la huella de algún organismo voluminoso, desconocido, inclasificable y de muy avanzada evolución, a pesar de que la roca que la contenía era de un periodo inmensamente antiguo —del Cámbrico, si no del

Precámbrico—, al extremo de excluir la probable existencia no sólo de cualquier forma de vida altamente evolucionada, sino incluso de cualquier organismo de un estadio superior al unicelular, o al del trilobites como mucho. Estos fragmentos con la extraña marca debían de tener de 500 a 1.000 millones de años.

II

La imaginación popular, a mi entender, respondió activamente a nuestros comunicados radiotelegráficos sobre la salida de Lake en dirección noroeste hacia regiones jamás holladas por el pie del hombre ni penetradas por la humana fantasía; aunque no hicimos mención de sus absurdas esperanzas de revolucionar las ciencias de la biología y de la geología. El preliminar viaje en trineo y las calas que realizó entre el 11 y el 18 de enero, con Pabodie y otros cinco —empañado por la pérdida de dos perros en un vuelco cuando cruzaban una gran cresta de presión del hielo—, habían sacado a la luz más pizarra arqueana^[465]. Incluso yo me sentí interesado por la singular profusión de evidentes huellas fósiles en ese estrato increíblemente antiguo. Dichas huellas pertenecían a formas de vida muy primitivas y no implicaban ninguna gran paradoja, salvo la de que hubiese signos de vida en una roca claramente precámbrica, como parecían indicar; por tanto no veía yo razonable que Lake reclamara un intervalo en nuestro programa que aspiraba a ahorrar tiempo; intervalo en el que habría que utilizar los cuatro aeroplanos, muchos hombres y el equipo mecánico entero de la expedición. Al final di mi consentimiento. Pero decidí no acompañar a la expedición al noroeste, pese a que Lake habría querido contar con mi asesoramiento geológico. Mientras estuvieran ausentes, yo me quedaría en la base con Pabodie y cinco hombres a fin de ultimar las cosas para trasladarnos hacia el este. En

preparación de dicho traslado, uno de los aeroplanos había empezado a transportar gran provisión de gasolina desde el estrecho de McMurdo; pero el cambio debía esperar de momento. Retuve conmigo un trineo y nueve perros, ya que no era prudente quedarme sin un medio de transporte en un mundo totalmente deshabitado y muerto desde hacía eones.

La subexpedición de Lake a lo desconocido, como todo el mundo recuerda, envió sus propios comunicados desde los transmisores de onda corta^[466] de los aeroplanos; llegaban a la vez a la base sur y al *Arkham*, en el estrecho de McMurdo, de donde se retransmitían al mundo exterior en longitudes de onda de hasta cincuenta metros. Partió el 22 de enero a las 4.00 horas; y su primer radiomensaje lo recibimos sólo dos horas después; en él informaba Lake que había tomado tierra y había empezado a derretir hielo y hacer perforaciones a pequeña escala en un lugar situado a unas 300 millas de nosotros. Seis horas después, en un segundo mensaje, contó muy excitado que con un trabajo frenético de castores habían practicado y volado un pozo somero, lo que había culminado con el descubrimiento de fragmentos de pizarra con varias marcas como la que nos había asombrado al principio.

Tres horas más tarde, una breve comunicación nos anunció que reanudaban el vuelo en medio de un viento crudo y cortante; y cuando despaché un mensaje haciéndole saber que no quería que corriese más riesgos, contestó escuetamente que las nuevas muestras hacían que valiera la pena cualquier riesgo. Me di cuenta de que su excitación rayaba en el amotinamiento, y que no podía hacer nada por impedir que pusiera en peligro el éxito de la expedición entera; pero daba pánico pensar que iba a adentrarse más aún en esa traicionera y siniestra inmensidad blanca de tempestades y misterios insondables que se extendía unas 1.500 millas hasta el litoral semiconocido, semiimaginado de la Costa de la Reina María y Costa de Knox.

Luego, como una hora y media después, y desde el aeroplano, llegó el siguiente mensaje doblemente excitado de Lake que casi

invirtió mi opinión y me hizo desear haber acompañado al grupo:

«10.05 noche: En vuelo. Tras tormenta de nieve, avistamos delante cordillera más alta que las vistas hasta aquí. Puede igualar Himalaya^[467] dada altitud meseta. Latitud probable 76° 15', longitud 113° 10' E. Se pierde de vista a derecha e izquierda. Sospecha de dos conos humeantes. Todos los picos negros y exentos de nieve. El viento viene de ellos y dificulta navegación».

Después de esto, Pabodie, los hombres y yo permanecemos pendientes del receptor con el aliento contenido. La idea de esa inmensa muralla de montañas a 700 millas había inflamado nuestro más profundo sentido de la aventura; y nos alegramos de que la hubiese descubierto nuestra expedición, aunque no nosotros personalmente. A la media hora, Lake comunicó otra vez:

«Aeroplano Moulton forzado a aterrizar meseta, estribaciones, pero nadie herido y quizá puede repararse. Pasaremos lo imprescindible a los otros tres para regreso, o para nuevos vuelos si es preciso. Ahora mismo no hace falta vuelo con aeroplanos cargados. Las montañas superan lo imaginable. Efectuaré reconocimiento con el de Carroll, sin carga. No pueden imaginar nada igual. Los picos más altos sobrepasan 35.000 pies. El Everest se queda pequeño. Atwood calculará altitudes con teodolito mientras Carroll y yo subimos. Probablemente nos equivocamos sobre conos, ya que formaciones parecen estratificadas. Posiblemente pizarra precámbrica con mezcla de otros estratos. Extraños efectos en horizonte: perfiles regulares de cubos colgados sobre picos más altos. Todo maravilloso a la luz dorada rojiza del sol bajo. Como un país de misterio en un sueño, o entrada a un mundo prohibido de inexplorada maravilla. Quisiera que estuviesen aquí para verlo».

Aunque en teoría era hora de dormir, ninguno de los que estábamos atentos pensó ni por un momento en echarse a descansar. Lo mismo más o menos debía de ocurrir en el estrecho de McMurdo, donde el almacén de aprovisionamiento y el *Arkham* estaban recibiendo también los mensajes, porque el capitán Douglas envió una felicitación a todos por el importante descubrimiento, y Sherman, el telegrafista del almacén, se sumó a ella. Nosotros, como es natural, sentimos la noticia del aeroplano averiado; pero esperamos que tuviera fácil reparación. Luego, a las 11 de la noche, llegó otro mensaje de Lake:

«Sobrevuelo con Carroll estribaciones superiores. No me atrevo a intentarlo en picos altos con este tiempo. Lo haré más tarde. Terriblemente costoso subir, y difícil avanzar a esta altitud, pero vale la pena. La gran cadena bastante compacta, y no podemos ver otro lado. Cimas principales superan Himalaya, y son muy raras. La cordillera parece de pizarra precámbrica, con signos claros de otros muchos plegamientos. Me equivocaba en lo de los volcanes. Se pierde de vista en ambas direcciones. Sin nieve desde 21.000 pies para arriba. Extrañas formaciones en laderas de montañas más altas. Grandes bloques cuadrados de lados verticales, y aristas rectangulares de murallas bajas, como viejos castillos asiáticos colgados de los montes que pintó Roerich. Impresionantes de lejos. Volamos cerca de algunos. Carroll piensa que están formados por bloques, probablemente debidos a erosión. Casi todos los bordes se ven desgastados por exposición a tormentas y cambios climáticos de millones de años. Algunas partes, sobre todo arriba, parecen roca de color algo más claro que estratos visibles de laderas, por lo que son de origen cristalino. Una pasada a poca distancia nos revela numerosas bocas de cuevas, algunas de perfiles regulares, cuadradas o semicirculares. Deben venir a investigar. Creo haber visto un muro encima de un pico. Altitud de 30.000 a 35.000 pies. Estoy a 21.500, en medio de un frío lacerante. El viento silba y

gime en desfiladeros y dentro y fuera de cuevas, pero no he corrido peligro hasta aquí».

Desde este momento, y durante otra media hora, Lake estuvo emitiendo un fuego graneado de comentarios, y expresó su intención de subir a pie a algunos picos. Contesté que me uniría a él en cuanto me mandase un aeroplano, y que Pabodie y yo pensaríamos el mejor plan respecto a la gasolina: dónde y cómo concentrar los suministros en vista de los cambios habidos en la expedición. Evidentemente, los barrenos de Lake, así como sus actividades aéreas, harían necesario trasladar gran cantidad a la base que debía establecer al pie de las montañas; y cabía la posibilidad de que finalmente no pudiéramos efectuar el vuelo hacia el este en esta estación del año, a propósito de lo cual llamé al capitán Douglas y le pedí que cogiera de los barcos cuanto pudiese y se dirigiera a la barrera con el tiro de perros que le habíamos dejado. Lo que en realidad teníamos que hacer era establecer una ruta directa a través de la región desconocida entre Lake y el estrecho de McMurdo.

Más tarde me llamó Lake para decirme que había decidido dejar montado el campamento donde el aeroplano de Moulton se había visto obligado a aterrizar, y donde ya iban avanzadas las reparaciones. La capa de hielo era muy delgada, con tierra oscura visible aquí y allá, así que haría algunas perforaciones y voladuras en ese punto antes de emprender ninguna escalada ni expedición en trineo. Habló de la inefable majestuosidad del escenario, y de la extraña sensación que producía hallarse al abrigo de los picos inmensos y mudos que se erguían en hilera como una muralla que llegaba hasta el cielo en el borde del mundo. Las observaciones con el teodolito de Atwood situaban la altitud de los cinco picos más altos entre 30.000 y 34.000 pies. La erosión del viento que presentaba el terreno preocupaba a Lake, porque delataba la existencia de enormes vendavales, más violentos que los que habíamos sufrido hasta aquí. Su campamento estaba a poco más

de cinco millas de donde se elevaban abruptamente las estribaciones más altas. Casi pude percibir una nota de subconsciente alarma en sus palabras —transmitidas a través de un vacío glacial de 700 millas— cuando me insistió en que nos diésemos prisa en terminar lo que estuviésemos haciendo y abandonásemos lo antes posible esta región nueva y extraña. Ahora, tras una jornada de continuo trabajo, prisas, fatigas y resultados, se disponía a descansar.

Por la mañana tuve una conversación a tres bandas por radio con Lake y el capitán Douglas, cada uno en su base lejana; y acordamos que uno de los aeroplanos de Lake viniera a mi base a recogernos a Pabodie, a los cinco hombres y a mí, y cargar todo el combustible que pudiera; el restante, pendiente de lo que decidiéramos sobre un viaje hacia el este, esperaría unos días, puesto que Lake tenía suficiente por ahora para la calefacción del campamento y la perforadora. Llegado el momento, habría que reabastecer la primera base, del sur; aunque si aplazábamos el viaje al este no la utilizaríamos hasta el verano siguiente; entretanto, Lake debía enviar un aeroplano a explorar una ruta directa entre sus nuevas montañas y el estrecho de McMurdo.

Pabodie y yo nos dispusimos a cerrar la base durante un tiempo que podía ser corto o largo, ya veríamos. Si invernábamos en la Antártida, probablemente volaríamos directamente de la base de Lake al *Arkham* sin pasar por este lugar. Algunas de las tiendas cónicas las habíamos reforzado ya con bloques de nieve dura; ahora decidimos completar el trabajo construyendo un poblado esquimal permanente. Dada la abundante provisión de tiendas que habíamos traído, Lake tenía cuantas necesitaba, incluso contando con nuestra presencia. Le informe por radio de que Pabodie y yo estaríamos preparados para dirigirnos hacia el noroeste después de un día de trabajo y una noche de descanso.

Nuestros trabajos no fueron, sin embargo, muy tranquilos a partir de las cuatro de la tarde; porque hacia esa hora Lake empezó a mandarnos mensajes de lo más asombrosos y excitados. Había

empezado su jornada con pocas expectativas, dado que un reconocimiento aéreo de las zonas rocosas prácticamente al descubierto reveló una total ausencia de los estratos arqueanos que iba buscando, y que representaban una importante parte de los picos colosales que se alzaban a tentadora distancia del campamento. La mayor parte de las rocas avistadas parecían arenisca jurásica y comanchiense^[468] y esquistos del Pérmico y el Triásico, con afloramientos de color negro brillante que delataban una hulla dura y pizarrosa. Esto desalentó bastante a Lake, cuyos planes se cifraban en desenterrar muestras de más de 500 millones de años. Comprendió que para recuperar la veta de pizarra arqueana en la que había descubierto las extrañas marcas tendría que efectuar un largo recorrido en trineo desde estas estribaciones a las abruptas laderas de los gigantes propiamente dichos.

Decidió, de todos modos, hacer unas cuantas calas allí mismo, conforme al programa general de la expedición. Así que armó la perforadora y puso cinco hombres a trabajar en ella mientras el resto terminaba de instalar el campamento y de reparar el aeroplano averiado. Había escogido la roca más blanda visible —una arenisca como a un cuarto de milla del campamento— para la primera cala; y la perforadora cumplió espléndidamente sin demasiadas voladuras complementarias. Unas tres horas después de la primera voladura realmente fuerte se oyó dar voces a los que trabajaban en el sondeo; y el joven Gedney —que hacía de capataz— llegó corriendo al campamento con la impresionante noticia.

Habían dado con una cavidad. En las primeras calas la arenisca había dejado paso a una veta de caliza comanchiense plagada de minúsculos cefalópodos, corales, equinoideos y espiriféridos fósiles, con vestigios dispersos de esponjas silíceas y huesos de vertebrados marinos, probablemente teleósteos, escualos y ganoideos^[469]. Esto era bastante importante en sí mismo, dado que proporcionaba los primeros fósiles de vertebrados que la expedición obtenía hasta ahora; pero cuando poco después el trépano pasó del estrato a un espacio vacío, una sensación doblemente intensa

embargó a los excavadores. La potente voladura había abierto el secreto subterreno; y ahora, a través del mellado boquete de unos cinco pies de ancho y tres de grosor, reveló ante los atónitos exploradores parte de una cavidad caliza superficial, formada hace más de cincuenta millones de años por el discurrir de aguas subterráneas de un mundo tropical desaparecido.

Este ahuecamiento no tenía más de siete u ocho pies de altura, pero se extendía indefinidamente en todas direcciones, y se notaba en él una leve corriente de aire fresco, lo que indicaba que formaba parte de una extensa red de galerías. El techo y el suelo estaban abundantemente cubiertos de gruesas estalactitas y estalagmitas, algunas de las cuales se juntaban formando columnas; pero lo más importante de todo era el enorme depósito de conchas y huesos, que en algunos sitios casi obstruían el paso. Arrastrados desde desconocidas junglas de hongos y helechos arborescentes del Mesozoico, de selvas de cicadáceas, palmeras y primitivas angiospermas^[470] del Triásico, esta mezcolanza ósea contenía restos de más especies animales del Cretáceo, el Eoceno y otros de las que el más grande paleontólogo habría podido numerar o clasificar en un año: moluscos, exoesqueletos de crustáceos, peces, anfibios, reptiles, aves y primeros mamíferos grandes y pequeños, conocidos y desconocidos. No era extraño que Gedney llegara al campamento dando voces, ni que todos dejaran lo que estaban haciendo y corrieran, en medio de un frío cortante, a donde la torre de sondeo señalaba la entrada a secretos del interior de la tierra y a eones desaparecidos.

Una vez aplacada la primera comezón de curiosidad, Lake garabateó un mensaje en su cuaderno y mandó al joven Molton que fuera corriendo al campamento a expedirlo por radio. Esa fue la primera noticia que me llegó del descubrimiento. Hablaba de la identificación de primitivas conchas, huesos de ganoideos y placodermos, restos de laberintodontes y tecodontes, fragmentos de cráneo de grandes mosasaurios^[471], vértebras y placas de dinosaurios, dientes y huesos de alas de pterodáctilos, deyecciones

de arqueópterix^[472], dientes de escualos del mioceno, cráneos de aves primitivas, y cráneos, vértebras y otros huesos de mamíferos arcaicos tales como paleoterios, xifodontes, dinoceras, eohippus, oreodontes y titanoterios^[473]. No había restos de animales más recientes, de mastodontes, elefantes, camellos verdaderos, ciervos o bóvidos; así que Lake concluyó que las últimas capas se habían depositado durante el Oligoceno, y que la cavidad llevaba lo menos treinta millones de años en su actual estado seco, muerto, inaccesible.

Por otro lado, la abundancia de formas de vida muy tempranas era en extremo singular. Aunque según atestiguaban estos fósiles empotrados como ventriculites^[474], la formación calcárea era decidida e inequívocamente comanchiense, ni una pizca anterior; los fragmentos sueltos que había en la cavidad contenían multitud de organismos que hasta ahora se consideraban característicos de periodos anteriores, incluidos peces rudimentarios, moluscos y corales de periodos tales como el Silúrico y el Urdoviciense. La conclusión inevitable era que en esta región del mundo había habido una continuidad notable y excepcional entre la vida de hace más de 300 millones de años y la de sólo treinta millones. Hasta dónde se había prolongado esa continuidad después del Oligoceno, en que se cerró la caverna, era algo que escapaba a toda especulación. En cualquier caso, la llegada de los terribles hielos del Pleistoceno, hace unos 500.000 años —como quien dice ayer, comparado con el tiempo de esta cavidad—, debió de poner fin a todas las formas primeras que localmente hubiesen conseguido sobrepasar la normal barrera de su tiempo.

Lake no se contentó con el primer mensaje, sino que escribió otro parte y lo hizo llegar a pie al campamento antes de que a Moulton le diera tiempo a volver. Después de lo cual Moulton se quedó en la radio de uno de los aeroplanos para transmitirme a mí —y al *Arkham* para que lo retransmitiese al mundo exterior— las frecuentes posdatas que Lake le iba enviando por sucesivos mensajeros. Quienes siguieron esto a través de los periódicos

recordarán el revuelo que causaron entre los hombres de ciencia las noticias de esa tarde; noticias que finalmente han motivado, después de todos estos años, que se organice esa expedición Starkweather-Moore que tan vehementemente desaconsejo. Será mejor que reproduzca los mensajes tal como Lake me los envió, y como McTighe, radiotelegrafista de nuestra base, los tradujo de sus anotaciones taquigráficas:

«Fowler hace importantísimo descubrimiento en fragmentos arenisca y caliza de sondeos. Varias huellas triangulares estriadas claras como las de pizarra arqueana prueban que su fuente de más de 600 millones de años pervivió hasta tiempos comanchienses con sólo moderados cambios morfológicos y una disminución de su tamaño medio. Las huellas comanchienses parecen más primitivas o decadentes que las más antiguas. Señalen importancia descubrimiento a prensa. Significará para biología lo que Einstein para la matemática y la física. Prolonga mi trabajo anterior y amplía conclusiones. Parece indicar, como yo sospechaba, que hubo en la Tierra ciclo o ciclos enteros de vida orgánica antes del que se inicia con las células arqueozoicas que conocemos. Evolucionó y se especializó hace no menos de mil millones de años, cuando el planeta era joven y hasta hacía poco inhabitable para cualquier forma de vida o estructura protoplásmica normal. La pregunta que plantea es cuándo, dónde y cómo tuvo lugar dicho acontecimiento».

* * * *

«Más tarde. Al examinar fragmentos de esqueletos de grandes saurios marinos y terrestres y mamíferos primitivos, descubro singulares lesiones o daños en tejido óseo no atribuibles a animales depredadores o carnívoros de ningún periodo. De dos clases: agujeros penetrantes, rectos, y aparentes incisiones con instrumento cortante. Uno o dos casos de hueso

cortado limpiamente. No en muchos ejemplares. Mando por linternas eléctricas al campamento. Ampliaré zona subterránea de búsqueda cortando estalactitas».

* * * *

«Más tarde. Encontramos curioso fragmento esteatita seis pulgadas ancho y pulgada y media grueso. Totalmente distinta de formaciones locales visibles. Verdosa, pero sin evidencias que indiquen su periodo. De extraña suavidad y regularidad. En forma de estrella cinco puntas con extremos rotos y signos de excrecencias en ángulos interiores y centro superficie. Hay depresión pequeña, suave, en centro superficie ininterrumpida. Despierta mucha curiosidad sobre su origen y erosión. Es probablemente algún capricho de la acción del agua. Carroll, con la lupa, cree distinguir marcas adicionales de importancia geológica: grupos de puntos minúsculos en pautas regulares. Los perros cada vez más nerviosos mientras trabajamos, parecen tener aversión a esteatita. Averiguaremos si desprende algún olor particular. Volveré a informar en cuanto Mills traiga luz y empecemos con zona subterránea».

* * * *

«10.15 noche. Importante descubrimiento: Orrendorf y Watkins, trabajando bajo tierra con luz, encuentran a las 9.45 fósil monstruoso en forma de barril, de naturaleza desconocida, quizá vegetal, a menos que sea un ejemplar enormemente desarrollado de radiado marino^[475] inclasificable. Tejido evidentemente preservado por sales minerales. Duro como el cuero, pero en algunos sitios conserva asombrosa flexibilidad. Signos de roturas en extremos y lados. Tiene seis pies de extremo a extremo, 3,5 pies de diámetro central, estrechándose hasta un pie en extremos. Como un barril con cinco lomos abultados a modo de duelas. Excrecencias laterales, como tallos finos, en ecuador, en

mitad de lomos. En surcos entre dichos lomos curiosos apéndices, crestas o alas que se abren y cierran en abanico. Todas muy dañadas, salvo una, que extendida mide casi siete pies. Su disposición recuerda a ciertos monstruos de mitos primigenios, a los fabulosos Seres Mayores^[476] del *Necronomicon*. Las alas parecen membranosas, y se despliegan sobre una estructura de tubos glandulares. Aparentes orificios minúsculos en tubos, en puntas de alas. Extremos del cuerpo deteriorados, lo que nos priva de cualquier pista sobre interior y sobre lo desaparecido. Tendré que disecharlo cuando volvamos al campamento. No puedo determinar si es vegetal o animal. Muchos caracteres son de un primitivismo casi increíble. He puesto a todos a cortar estalactitas y buscar más ejemplares. Hemos encontrado más huesos con incisiones, pero tendrán que esperar. Problemas con perros. No soportan la vista de nuevo ejemplar, lo despedazarían seguro si no lo tuviéramos alejado de ellos».

* * * *

«11.30 noche. Atención Dyer, Pabodie, Douglas. Asunto de máxima —trascendental, podría decir— importancia: que el *Arkham* lo retransmita inmediatamente a estación radio de Kingsport: el extraño organismo-barril es el ser arqueano que dejó huellas de rocas. Mills, Boudreau y Fowler han descubierto trece más en lugar subterráneo a cuarenta pies de abertura. Mezclados con fragmentos redondeados y configurados de esteatita, más pequeños que el descubierto anteriormente: forma también estrellada pero sin señales de rotura, salvo puntas. De los ejemplares orgánicos, ocho parecen completos, con todos los apéndices. Sacados superficie después de llevar lejos a los perros. No soportan su presencia. Atención a descripción. Ruego la repitan para confirmación. La prensa debe recibirla con exactitud.

»Los ejemplares miden en total ocho pies. Seis pies torso de cinco lomos, diámetro central 3,5 pies, diámetro de extremos 1 pie. Gris oscuro, flexibles, muy duros. Alas membranosas de siete pies, mismo color, que encontramos plegadas. Se despliegan de surcos entre lomos. Esqueleto de alas tubular o glandular, gris claro, con orificios en puntas de alas. Extendidas, presentan borde aserrado. En ecuador, en cima central de cada lomo vertical en forma de uela, cinco sistemas de brazos flexibles o tentáculos, color gris claro, hallados firmemente plegados al torso pero extensibles hasta una longitud de 3 pies. Son como brazos de crinoideo primitivo: tallos simples de 3 pulgadas de diámetro; a 6 pulgadas de longitud se ramifican en cinco tallos secundarios, y cada uno de estos, a 8 pulgadas, se divide en cinco tentáculos o zarcillos que van perdiendo grosor; dando cada tallo un total de 25 tentáculos.

»Corona el torso un cuello bulboso como gris claro, con indicios como de branquias. Sostiene lo que parece cabeza amarillenta en forma de estrella de mar de cinco puntas cubierta de tiosos cilios de tres pulgadas con diversos colores del prisma. Cabeza gruesa e hinchada de unos 2 pies de un extremo a otro, con tubos flexibles amarillentos que se proyectan desde cada punta. Abertura en centro exacto parte superior, probable ventana respiratoria. En extremo de cada tubo hay un agrandamiento esférico donde una membrana amarillenta se retrae al tocarla revelando un globo vidrioso irisado rojizo, evidentemente un ojo. Cinco tubos rojizos ligeramente más largos arrancan de ángulos interiores de cabeza estrellada y terminan en abultamientos en forma de saco, mismo color, que presionados abren orificios campaniformes diámetro máximo 2 pulgadas bordeados de afiladas proyecciones a manera de dientes. Probables bocas. Todos estos tubos, cilios y puntas de cabeza-estrella hallados fuertemente plegados hacia abajo; tubos y puntas adheridos a cuello y torso. Sorprendente flexibilidad pese a su dureza.

»Debajo torso roscas réplicas de apéndices cabeza, pero con funciones diferentes. Seudocuello bulboso gris claro, sin indicio de branquias, sostiene verdosa conformación estrellada de cinco puntas. Brazos musculosos de 4 pies de largo que se afinan desde 7 pulgadas diámetro en base a 2,5 en extremo. Cada punta tiene terminación triangular membranosa color verde, con cinco venas, de 8 pulgadas de largo y 6 de ancho en el extremo exterior. Es la aleta o pseudopíe que dejó huellas en roca hace de un millón a cincuenta o sesenta millones de años. De ángulos interiores disposición estrellada salen tubos rojizos de dos pies que se afinan de 3 pulgadas diámetro en arranque a 1 en extremo. Extremos con orificio. Todas estas partes son infinitamente duras y correosas, pero muy flexibles. Brazos de cuatro pies longitud con aleta utilizados sin duda para desplazarse, en agua o donde fuera. Al moverlos, aparecen indicios de exagerada musculosidad. En el momento de encontrarlos, todas estas partes salientes fuertemente recogidas en pseudocuello y final del torso, así como duplicados de parte superior.

»Aún no puedo determinar con seguridad si pertenecen al reino animal o vegetal, pero más probabilidades a favor del animal. Quizá representan una evolución increíblemente avanzada de radiados sin pérdida de determinados rasgos primitivos. Semejanzas inequívocas con equinodermos pese a evidencias locales contradictorias. Desconcierta que estén dotados de alas, dado su probable hábitat marino, pero quizá tengan uso para locomoción acuática. Simetría curiosamente vegetal. Recuerda verticalidad de estructura vegetal, más que anteroposterior animal. Periodo de evolución fabulosamente primitivo, anterior incluso a los más simples protozoos conocidos hasta aquí. Frustra toda conjetura sobre su origen.

»Ejemplares completos tan semejantes a seres de mitos primitivos que hace inevitable hipótesis de una antigua existencia antártica exterior. Dyer y Pabodie han leído *Necronomicon* y han

visto pinturas pesadillescas de Clark Ashton Smith^[477] basadas en ese texto, y comprenderán cuando digo que los Seres Mayores crearon supuestamente toda vida terrestre por broma o error. Estudiosos siempre han considerado tal concepción formada a partir de tratamiento morboso e imaginativo de antiquísimos radiados tropicales. También Wilmarth^[478] habla de seres del folclore prehistórico: apéndices del culto a Cthulhu, etcétera.

»Se abre vasto campo de estudio. Yacimientos probablemente del Cretácico tardío o principios del Eoceno, según ejemplares asociados. Enormes estalactitas depositadas sobre ellos. Sumamente arduo extraerlos, pero su dureza evita daños. Estado de conservación milagroso, gracias acción caliza. No más hallazgos hasta ahora, pero reanudaremos búsqueda más tarde. Tarea ahora trasladar catorce grandes ejemplares al campamento sin los perros que ladran furiosamente, y cerca de ellos no están seguros. Con nueve hombres —tres se quedarán para guardar perros— podremos manejar bien trineos, aunque sopla mucho viento. Hay que establecer comunicación aeroplano con estrecho de McMurdo y empezar embarque material. Pero tengo que disecar uno de estos seres antes de cargar restantes. Ojalá tuviera aquí un laboratorio de verdad. Dyer debería avergonzarse de haber intentado impedirme viaje oeste. Primero las montañas más grandes del mundo, luego esto. Si no es logro máximo de expedición, no sé cuál es. Hemos cumplido científicamente. Enhorabuena, Pabodie, por perforadora que ha abierto la cavidad. Ahora, ¿quiere el *Arkham* repetir descripción, por favor?». ».

* * * *

Es casi imposible describir los sentimientos de Pabodie y míos al recibir esta noticia; y nuestros compañeros no se quedaron atrás en entusiasmo. McTighe, que nos había estado traduciendo algunos

pasajes relevantes según brotaban del receptor, transcribió el mensaje entero de su versión taquigráfica en cuanto el operador de Lake terminó la comunicación. Todos comprendimos la importancia trascendental del descubrimiento, y envié mi felicitación a Lake tan pronto como el operador del *Arkham* hubo repetido las partes descriptivas como le pedían. Sherman siguió mi ejemplo desde su estación en el almacén de aprovisionamiento del estrecho de McMurdo, y también el capitán Douglas, del *Arkham*. Más tarde, como jefe de la expedición, añadí algunas observaciones para que las retransmitieran vía el *Arkham* al mundo exterior. Como es natural, la idea de descansar era absurda en medio de esta excitación, y mi único deseo era llegar al campamento de Lake lo antes posible. Me sentí frustrado cuando me mandó aviso de que se estaba levantando una tormenta en la montaña que hacía imposible emprender de inmediato el vuelo hacia allí.

Pero hora y media después el interés había desterrado todo desencanto. Lake enviaba más mensajes, y contaba que habían trasladado sin percance los catorce grandes ejemplares al campamento. Había sido un esfuerzo penoso, ya que aquellos bultos eran asombrosamente pesados; pero entre nueve hombres lo habían hecho bien. Ahora, unos cuantos del grupo estaban construyendo a toda prisa, con nieve, y a prudente distancia del campamento, un corral adonde llevar a los perros para mayor comodidad a la hora de darles de comer. Habían dejado los ejemplares sobre la nieve dura junto al campamento; todos excepto uno, al que Lake estaba intentando practicarle una rudimentaria disección.

Por lo visto esta empresa estaba siendo más difícil de lo esperado; porque pese al calor de la estufa de gasolina en la recién montada tienda laboratorio, los tejidos aparentemente flexibles del ejemplar escogido —fuerte e intacto— no habían perdido un ápice de su más que correosa dureza. Lake no sabía cómo hacerle las imprescindibles incisiones sin recurrir a una violencia que echaría a perder las sutilezas estructurales que buscaba. Es verdad que

contaba con otros siete ejemplares completos; pero eran demasiado pocos para usarlos irreflexivamente, a menos que la cavidad proporcionara más adelante un número ilimitado. Así que retiró este y entró otro que, aunque conservaba restos de la conformación estrellada de los dos extremos, estaba gravemente aplastado y parcialmente reventado a lo largo de uno de los grandes surcos del tronco.

Los resultados, rápidamente transmitidos por radio, fueron realmente desconcertantes e intrigantes. Con un instrumental que a duras penas lograba cortar el anómalo tejido, no fue posible realizar un trabajo delicado o de precisión; pero lo poco conseguido nos dejó perplejos y estupefactos. Había que revisar enteramente la biología actual, porque este organismo no era resultado de ningún desarrollo celular conocido por la ciencia. Apenas había habido sustitución mineral y, pese a que databa quizá de cuarenta millones de años, los órganos internos estaban completamente intactos. La calidad correosa, no deteriorable y casi indestructible, era atributo inherente al tipo de organización del ser, el cual pertenecía a algún ciclo paleógeno^[479] de evolución invertida que escapaba por completo a nuestra capacidad de especulación. Al principio todo lo que Lake había ido encontrando estaba seco; pero cuando el calor de la tienda empezó a producir efecto, una humedad orgánica de olor acre y repugnante empezó a manar del costado dañado de la criatura. No era sangre, sino un fluido espeso, verdoso, oscuro, que parecía cumplir la misma función. Cuando Lake llegó a esta fase del trabajo, habían tenido ya que llevar a los 37 perros al corral sin terminar, no lejos del campamento; y aun a esa distancia estaban armando un furioso pandemónium de ladridos y una verdadera exhibición de desasosiego ante el olor acre y expansivo.

Lejos de ayudar a clasificar a la extraña entidad, esta improvisada disección hizo más profundo su enigma. Todas las suposiciones sobre sus miembros externos habían sido correctas; y dada esta confirmación, no podía dudarse en catalogarla como animal. Pero el examen de su interior reveló tantos rasgos vegetales

que Lake se sentía confundido. Tenía digestión y circulación, y eliminaba la materia residual por los tubos rojizos de la base estrellada. En principio, parecía que su aparato respiratorio trataba el oxígeno más que el dióxido de carbono; y había extrañas evidencias de cámaras de almacenamiento de aire y mecanismos de cambio de respiración por el orificio exterior a, al menos, otros dos sistemas respiratorios completamente desarrollados: branquias y poros. Era claramente anfibio, y sin duda estaba adaptado para soportar también largos periodos de hibernación sin aire. Parecía que había presencia de órganos vocales conectados con el principal sistema respiratorio; pero presentaban anomalías que de momento escapaban a toda explicación. No parecía concebible que estuviera dotado de voz articulada, en el sentido de vocalización silábica, pero era muy probable que tuviera capacidad para emitir una amplia gama de pitidos musicales.

El sistema muscular casi estaba preternaturalmente desarrollado. El sistema nervioso era tan complejo y avanzado que dejó a Lake atónito. Aunque exageradamente primitivo y arcaico en algunos aspectos, el ser poseía una serie de centros ganglionales y conjuntivos que cuestionaban los mismos extremos del desarrollo especializado. Su cerebro pentalobulado era sorprendentemente evolucionado; y había indicios de un aparato sensorial que se valía en parte de los duros cilios de la cabeza, y comportaba elementos ajenos a cualquier organismo terrestre. Sin duda contaba con más de cinco sentidos, así que no era posible predecir sus hábitos por ninguna analogía existente. Lake pensaba que debió de ser una criatura de sensibilidad aguda y funciones delicadamente diferenciadas en su mundo primitivo; muy al estilo de las hormigas y abejas de nuestros días. Se reproducía como las plantas criptógamas, concretamente como las pteridófitas^[480], ya que tenía sacos de esporas en los extremos de las alas; y evidentemente se desarrollaban a partir de un talo o protalo.

Pero no tenía sentido poner un nombre a esa fase. Se parecía a un radiado, aunque desde luego era algo más. En parte era vegetal,

pero poseía tres cuartas partes de elementos vitales de la estructura animal. Su conformación simétrica y determinados caracteres señalaban con seguridad su origen marino; sin embargo, no podía precisarse con exactitud el límite de sus adaptaciones posteriores. Las alas, en fin, eran una firme indicación de su condición aérea. Cómo en una tierra recién nacida pudo desarrollar su tremendamente compleja evolución a tiempo de dejar huellas en la roca arqueana, era algo tan inimaginable que a Lake le sugería los mitos antiguos sobre los Grandes Antiguos que llegaron de las estrellas y fabricaron vida terrestre por broma o error, y las historias descabelladas sobre cósmicos seres montañosos venidos del Exterior, de los que hablaba un colega folclorista del Departamento de Inglés de la Miskatonic^[481].

Por supuesto, pensó en la posibilidad de que las huellas del precámbrico pertenecieran a un antepasado menos evolucionado de estos ejemplares; pero en seguida desechó esta fácil teoría al recordar los avanzados rasgos estructurales de los fósiles más Antiguos. Si acaso, los últimos contornos revelaban cierta decadencia, más que una evolución superior: los seudopiés habían disminuido de tamaño, y la morfología entera parecía haberse vuelto más tosca y simple. Además, los nervios y órganos que acababa de examinar mostraban signos de regresión a partir de formas más complejas. Sorprendentemente, predominaban las partes atrofiadas y degeneradas. En general, podía decirse que había sacado poco en claro. Y Lake recurrió una vez más a la mitología para dar un nombre provisional a sus hallazgos, y los llamó en broma «los Ancianos»^[482].

Hacia las 2.30 de la madrugada, tras decidir aplazar para más tarde nuevas intervenciones y descansar un poco, cubrió el organismo disecado con una tela encerada, salió de la tienda laboratorio y examinó los ejemplares intactos con renovado interés. El persistente sol antártico había empezado a ablandarles los tejidos, de manera que los extremos-cabeza y los tubos de dos o tres mostraban indicios de estar desplegándose; aunque Lake no

creía que corriesen peligro inmediato de descomposición en un ambiente por debajo de cero. De todos modos, juntó los ejemplares no disecados y los cubrió con una tienda de repuesto a fin de evitar que el sol les diese directamente. Esto contribuiría un poco, también, a impedir que el olor llegase a los perros, cuyo hostil desasosiego se estaba volviendo realmente un problema, a pesar de tenerlos a considerable distancia, y de la pared de nieve cada vez más alta que un número aumentado de hombres se apresuraba a levantar alrededor de ellos. Tuvo que sujetar las esquinas de la tela con pesados bloques de nieve para que no se volase con el ventarrón que se estaba levantando; porque las gigantescas montañas parecían a punto de mandar alguna ventada especialmente violenta. Revivió los anteriores temores sobre los súbitos vientos antárticos, y bajo la supervisión de Atwood se tomó la precaución de terraplenar con nieve, por el lado que daba a la montaña, las tiendas, la nueva perrera-correr y los toscos cobertizos de los aeroplanos. Estos, empezados con bloques de nieve a ratos perdidos, no tenían ni mucho menos la altura necesaria; y Lake al final sacó a todos los hombres de las demás tareas y los puso a trabajar en ellos.

Eran pasadas las cuatro cuando Lake se dispuso finalmente a cerrar la transmisión, y nos aconsejó a todos que compartiéramos con ellos el descanso que iba a tomarse su grupo en cuanto hubieran levantado un poco más las paredes de los cobertizos. Sostuvo una jovial charla con Pabodie a través del éter, y elogió nuevamente la fabulosa perforadora que había hecho posible el descubrimiento. Atwood mandó también saludos y elogios. Por mi parte, transmití a Lake mi felicitación, reconociendo que había estado acertado en efectuar esa exploración hacia el oeste; y acordamos todos volver a ponernos en contacto por radio a la mañana siguiente a las diez. Si para entonces había cesado el viento, Lake mandaría un aeroplano para el grupo de mi base. Antes de acostarme despaché un mensaje final al *Arkham* con instrucciones de que suavizase la noticia del día cuando la diese al

mundo exterior, ya que los detalles completos eran lo bastante sensacionales como para levantar una oleada de incredulidad general hasta que se confirmase más tarde.

III

Ninguno de nosotros, creo, durmió mucho ni muy profundamente esa madrugada; la excitación del descubrimiento de Lake y la furia creciente del viento estaban en contra. Tan violento era el ventarrón, incluso donde estábamos, que no podíamos dejar de pensar cómo soplaría en el campamento de Lake, al pie de los inmensos picos desconocidos que lo generaban y lanzaban. A las diez estaba McTighe levantado e intentaba contactar con Lake por radiotelégrafo como habíamos acordado; pero alguna anomalía eléctrica debida al aire revuelto del oeste impedía por lo visto la comunicación. En cambio, sí establecimos contacto con el *Arkham*, y Douglas me dijo que también había estado intentando inútilmente comunicar con Lake. No sabía lo del viento, ya que en el estrecho de McMurdo tenían muy poco a pesar de su furia persistente donde estábamos nosotros.

Estuvimos todo el día ansiosamente a la escucha, tratando de establecer contacto con Lake de cuando en cuando, aunque sin resultado. Hacia mediodía, nos acometió un viento del oeste auténticamente frenético que nos hizo temer por la seguridad de nuestro campamento; finalmente decayó, para volver más moderado a las dos de la tarde. Pasadas las tres se calmó por completo, y redoblamos los esfuerzos para comunicar con Lake. Considerando que tenía cuatro aeroplanos, cada uno provisto de un excelente equipo de onda corta, no se nos ocurría ningún accidente ordinario que pudiera haberle inutilizado los cuatro a la vez. No obstante seguía el silencio mortal; y cuando pensábamos en la fuerza

vesánica que el viento debió de alcanzar en la zona donde él estaba, no podíamos evitar hacer las más horribles conjeturas.

A las seis nuestros temores se habían vuelto enormes y precisos; y tras consultar por radio con Douglas y con Thorfinnssen, decidí hacerlo necesario para averiguar lo ocurrido. El quinto aeroplano, que habíamos dejado en el almacén de aprovisionamiento del estrecho de McMurdo, con Sherman y dos marineros, se hallaba en buen estado y listo para prestar servicio en seguida; y desde luego estábamos ante la contingencia para la que lo habíamos reservado. Llame a Sherman y le pedí que viniera lo antes posible a buscarme a la base sur con el aeroplano y los dos marineros, dado que las condiciones atmosféricas parecían bastante buenas. Luego hablamos de quiénes formarían el grupo que debía ir a investigar; y decidimos incluir a todos, y llevar el trineo y los perros que yo me había reservado. Aunque era una carga considerable, no sería demasiada para uno de los grandes aeroplanos construidos según nuestras instrucciones para el transporte de maquinaria pesada. A intervalos, seguí intentando establecer contacto con Lake, aunque sin resultado.

Sherman, con los marineros Gunnarson y Larsen, despegó a las 7.30, y comunicó desde varios puntos que el vuelo estaba siendo tranquilo. Llegaron a nuestra base a medianoche, y allí mismo deliberamos entre todos cuál debía ser el siguiente paso. Era arriesgado volar en el Antártico con un único aeroplano sin una línea de bases, pero nadie retrocedió ante lo que parecía la más evidente necesidad. A las dos nos retiramos a descansar un rato, después de cargar las primeras cosas en el aeroplano, pero a las cuatro estábamos nuevamente en pie para terminar de cargar y estibar.

A las 7.15 de la mañana del 25 de enero despegamos hacia el noroeste con McTighe de piloto, diez hombres, siete perros, un trineo, una provisión de combustible y comida, además de otros artículos, incluido el equipo de radio del aeroplano. La atmósfera estaba clara, bastante tranquila, y la temperatura era relativamente templada; y preveíamos muy poca dificultad en llegar a la latitud y

longitud que Lake había señalado como la situación de su campamento. Nuestro temor estaba en lo que podíamos encontrar, o no encontrar, al final del viaje; porque todas las llamadas que enviábamos al campamento seguían obteniendo por respuesta el silencio.

Tengo grabado a fuego en la memoria cada detalle de ese vuelo de cuatro horas y media, porque representa un punto crítico en mi vida: marca la pérdida total, a la edad de cincuenta y cuatro años, de esa paz y equilibrio de que goza una mente normal merced a su concepción cotidiana de la Naturaleza externa y de sus leyes. Desde entonces, los diez —pero el estudiante Danforth y yo más que el resto— íbamos a enfrentarnos a un mundo espantosamente dilatado de horrores ocultos que nada puede borrar de nuestra conciencia emocional, y que quisiéramos que la humanidad en general no compartiese. La prensa ha publicado los partes que enviábamos desde el aeroplano durante el viaje, en los que hablábamos de nuestro vuelo directo, de nuestras dos batallas con vendavales traicioneros en las alturas, de la visión fugaz de la superficie hollada donde tres días antes Lake había realizado sus prospecciones de mitad del viaje, y de los extraños y vaporosos cilindros de nieve descritos por Amundsen y Byrd que el viento hacía rodar durante interminables leguas de meseta helada. Llegó un momento, sin embargo, en que no fue posible expresar nuestras emociones con palabras que la prensa pudiera comprender; y un momento, después, en que tuvimos que imponernos una rigurosa censura.

El primero en avistar la línea dentada de conos y picos de aspecto maléfico, delante de nosotros, fue el marinero Larsen; y sus gritos atrajeron a todos a las ventanillas del gran aeroplano. A pesar de la velocidad, fueron adquiriendo nitidez muy lentamente, lo que nos hizo comprender que estaban lejísimos, y que únicamente eran visibles por su altura excepcional. Poco a poco, no obstante, se fueron elevando severos en el cielo de poniente, permitiéndonos distinguir varias cimas peladas, desoladas, negruzcas, y

experimentar la curiosa sensación de fantasía que inspiraban al verlas a la luz rojiza del Antártico sobre un enigmático fondo de nubes de polvo de hielo iridiscente. Había en el espectáculo un atisbo penetrante y persistente de prodigioso misterio y potencial revelación^[483], como si estas cimas desnudas fuesen los pilones de una entrada espantosa a prohibidas esferas de ensueño, a abismos complejos de remoto tiempo y espacio, a la ultradimensionalidad. Tuve la sensación de que eran algo maligno: montañas de locura cuyos flancos tramontanos asomaban a algún abominable abismo final. Aquel fondo hirviente de nubes semiluminosas poseía atisbos de una etérea y vaga *ultraidad* mucho más remota que la terrenalmente espacial, y transmitía impresionantes recordatorios de la absoluta lejanía, aislamiento, desolación y muerte de este mundo austral jamás hollado ni sondado.

Fue el joven Danforth quien nos hizo notar curiosas siluetas regulares en el horizonte de las montañas más altas, siluetas como de fragmentos de cubos colgados, que Lake había mencionado en sus mensajes y que justificaban efectivamente su comparación con los oníricos vestigios de templos ruinosos en las cumbres brumosas de Asia que tan singularmente pintó Roerich. A decir verdad, había algo obsesivamente roerichiano en este continente extraterreno de misterios montañosos. Lo había percibido en octubre al avistar por primera vez Tierra Victoria, y volví a percibirlo ahora. También me asaltó una desasosegada conciencia de semejanzas con mitos arqueanos, de cuán turbadoramente se correspondía este reino letal con la mal afamada meseta de Leng de la que hablan los escritos antiguos. Los mitólogos la sitúan en el Asia Central; pero la memoria de la especie humana —o de sus predecesores— es larga, y bien puede ser que ciertas historias provengan de tierras, montañas y templos de horror más Antiguos que Asia y que ninguno de cuantos mundos humanos conocemos. Algunos místicos osados han atribuido un origen prepleistoceno a los fragmentarios Manuscritos Pnakóticos^[484], y han llegado a sugerir que los devotos de Tsathouggua eran tan extraños al género humano como el propio

Tsathoggua^[485]. Leng, fuera cual fuese su situación en el espacio o el tiempo, no era una región donde yo deseara estar, ni a la que quisiera acercarme; tampoco me hacía gracia la proximidad de un mundo que había llegado a incubar esas monstruosidades ambiguas y arqueanas que hacía poco había mencionado Lake. Ahora sentía haber leído el odioso *Necronomicon*, y haber conversado tantas veces con ese folclorista de la universidad desagradablemente erudito llamado Wilmarth.

Este estado de ánimo contribuyó sin duda a agravar mi reacción ante el singular espejismo que irrumpió ante nosotros desde el cenit cada vez más opalescente cuando nos acercábamos a las montañas y empezaron a distinguirse las ondulaciones acumuladas de las estribaciones. Había visto docenas de espejismos polares en las semanas anteriores, algunos tan extraños y fantásticamente vívidos como el de ahora; pero este tenía una calidad de símbolo amenazador enteramente nueva y oscura; y me estremecí al ver surgir de los turbulentos vapores de hielo, por encima de nuestras cabezas, un laberinto de murallas y torres y minaretes fabulosos.

El efecto era el de una ciudad ciclópea de una arquitectura desconocida por el hombre y por la imaginación humana, con inmensos agregados de negra mampostería que implicaban monstruosas perversiones de las leyes de la geometría y llegaban a los extremos más grotescos de siniestra extravagancia. Había conos truncados, a veces escalonados o estriados, que remataban altos fustes cilíndricos con ensanchamientos bulbosos aquí y allá, y a menudo coronados por gradas de discos finos y ondulados; construcciones extrañas, salientes, tabuladas, que recordaban pilas de losas rectangulares, o placas circulares, o estrellas de cinco puntas, unas encima de otras. Había pirámides y conos compuestos, aislados o sobre cilindros o cubos o pirámides, y conos truncados más aplastados, y de cuando en cuando torres en forma de aguja en curiosos agrupamientos de cinco. Todas estas febriles estructuras se comunicaban entre sí mediante puentes tubulares que cruzaban de uno a otro volumen a alturas de vértigo. Y la escala

que todo esto implicaba era aterradora y opresiva de puro gigantismo. Era un tipo de espejismo no distinto de algunas formas extravagantes observadas y dibujadas por el ballenero ártico Scoresby^[486] en 1820; pero en este momento y lugar, con aquellos picos oscuros e ignotos irguiéndose formidables ante nosotros, con ese anómalo descubrimiento de un mundo anterior en nuestro cerebro, con el velo de un probable desastre envolviendo a la mayor parte de la expedición, nos pareció percibir en él un indicio de latente malignidad y de portento infinitamente maléfico.

Me alegré cuando el espejismo empezó a perder consistencia; aunque, mientras se deshacían los torreones y conos de pesadilla, fueron adoptando formas transitorias muchísimo más horrendas. Cuando la ilusión se hubo disuelto por completo en una agitada opalescencia, empezamos a mirar hacia tierra otra vez, y descubrimos que no teníamos lejos el final del viaje. Las desconocidas montañas se alzaban delante a una altura de vértigo como una temible muralla de gigantes, exhibiendo sus curiosas regularidades con asombrosa claridad incluso sin prismáticos. Estábamos ahora sobre las estribaciones más bajas, y pudimos ver en medio de la nieve, el hielo y los trozos pelados de la meseta principal un par de manchas oscuras que sin duda eran el campamento y el sondeo de Lake. A cinco o seis millas se alzaban las estribaciones más altas, y casi formaban una cordillera aparte de la aterradora serie de picos más que himalayos que se desplegaba detrás. Por último, Ropes —el estudiante que había relevado a McTighe en los mandos— inició el descenso hacia la mancha oscura de la izquierda, cuyo tamaño la señalaba como el campamento. Al mismo tiempo, McTighe mandó el último mensaje no autocensurado que el mundo debía recibir de nuestra expedición.

Naturalmente, todos han leído los breves e insuficientes comunicados del resto de nuestra estancia en el Antártico. Unas horas después de aterrizar enviamos un discreto parte sobre la tragedia que encontramos allí, e informamos con renuencia de la pérdida del grupo entero de Lake causada por el viento espantoso

del día anterior, o de la víspera: once muertos, y el joven Gedney desaparecido. El público perdonó nuestra parquedad en los detalles porque comprendía la fuerte impresión que debió de producirnos este trágico suceso, y nos creyó cuando explicamos que la furia devastadora del viento había destrozado los cuerpos al extremo de hacer imposible su traslado. Sinceramente, me satisface decir que aun en medio del dolor, del absoluto desconcierto y de un horror que encogía el corazón, en ningún momento nos alejamos de la verdad. Lo terriblemente importante estaba en lo que no nos atrevimos a contar; en lo que todavía hoy no quisiera contar, si no fuera por la necesidad de prevenir a otros contra terrores indecibles.

Es cierto que el viento había causado un estrago espantoso. Dudo mucho que hubieran podido sobrevivir, incluso sin lo otro. El vendaval, cargado de partículas de hielo que arrojaba con furor despiadado, debió de ser más de lo que nuestra expedición había soportado hasta aquí. Un cobertizo de aeroplano —al parecer habían quedado todos poco firmes y sin terminar— estaba casi arrasado; y la torre de perforación, no lejos, en el lugar del sondeo, se veía completamente desmantelada. El metal expuesto de los aeroplanos y de la maquinaria había sufrido una abrasión que lo había dejado bruñido; y dos de las pequeñas tiendas estaban aplastadas, a pesar del talud protector de nieve. Las superficies de madera que habían quedado a merced del ventarrón estaban picadas y desnudas de pintura, y en la nieve se había borrado todo vestigio de huellas. Es cierto, también, que no encontramos ningún ejemplar biológico en condiciones de poder rescatarlo entero. Si recogimos en cambio algunos minerales de una enorme pila derrumbada, incluidos varios fragmentos de esteatita verdosa cuya forma de estrella de cinco puntas y curiosos grupos de manchitas suscitaron multitud de dubitativas comparaciones, así como algunos huesos fósiles, entre los que estaban los más característicos de los ejemplares curiosamente dañados.

No había sobrevivido ningún perro, y el corral construido a toda prisa cerca del campamento estaba derruido casi en su totalidad.

Quizá fue obra del viento; pero el destrozo más grande, correspondiente a la pared que miraba al campamento, en el lado opuesto al que recibía el viento, parecía indicar que los animales, frenéticos, debieron de embestirla o destrozarla. Los tres trineos habían desaparecido, y hemos intentado explicar que quizá fueron arrastrados por el viento. La perforadora y el aparato de derretir el hielo, en el terreno de los trabajos, estaban demasiado dañados para pensar en recuperarlos; así que los utilizamos para taponar el inquietante acceso al pasado que Lake había abierto con sus voladuras. Asimismo, dejamos en el campamento los dos aeroplanos más averiados, dado que en nuestro grupo superviviente sólo había cuatro pilotos de verdad —Sherman, Danforth, McTighe y Ropes—, con Danforth en un estado de nervios que lo incapacitaba para pilotar. Recogimos los libros, el material científico y cuanto pudimos encontrar, si bien, inexplicablemente, el viento lo había barrido casi todo. En cuanto a las tiendas y pieles de repuesto, o habían desaparecido o estaban hechas jirones.

Eran más o menos las cuatro de la tarde cuando, tras un amplio recorrido en aeroplano que nos obligó a dar por desaparecido a Gedney, enviamos un cauto mensaje al *Arkham* para que lo retransmitiese; y creo que hicimos bien en redactarlo de la forma más serena e inconcreta posible. Lo más que dijimos sobre el nerviosismo general se refería a los perros, cuyo frenético desasosiego en la proximidad de los ejemplares biológicos nos esperábamos por los comentarios del pobre Lake. No mencionamos, creo, la exhibición que hicieron de ese mismo desasosiego cuando olfatearon las extrañas esteatitas verdosas y otros objetos del lugar devastado, incluidos algunos instrumentos científicos, aeroplanos y maquinaria, tanto en el campamento como en el terreno de los trabajos, cuyas piezas habían aflojado, soltado o estropeado unos vientos que parecían movidos de singular curiosidad y deseo de indagar.

En cuanto a los catorce ejemplares biológicos, se nos debe perdonar que fuéramos poco precisos. Dijimos que los únicos que

descubrimos estaban deteriorados, aunque quedaba lo suficiente de ellos para comprobar que la descripción de Lake era rigurosamente exacta. Nos fue difícil abstraernos de emociones personales, y no hablamos de números ni dijimos cómo encontramos a los que encontramos. Habíamos decidido ya no decir nada que hiciese pensar que la locura se había extendido entre los hombres de Lake; pero, desde luego, parecía cosa de perturbados el cuidadoso enterramiento de seis monstruosidades imperfectas, en posición vertical, en fosas de nieve de nueve pies, bajo túmulos en forma de cinco puntas y salpicados de grupos de hoyitos que componían pautas exactamente iguales a las de las extrañas esteatitas verdosas del periodo Mesozoico o Terciario que habíamos sacado. Los ocho ejemplares intactos a los que Lake había hecho referencia los debió de barrer el viento.

Tuvimos presente, también, la tranquilidad de espíritu del público en general; de ahí que ni Danforth ni yo dijéramos gran cosa sobre el espantoso viaje que hicimos al otro lado de las montañas al día siguiente. El hecho de que sólo un aeroplano aligerado al máximo tuviera posibilidad de salvar una cordillera de semejante altura redujo misericordiosamente la expedición de reconocimiento a nosotros dos. Cuando volvimos, a la una de la madrugada, Danforth estaba al borde del colapso nervioso, aunque aguantó admirablemente. No hubo necesidad de convencerlo para que prometiera no enseñar los dibujos y los objetos que nos llevamos en los bolsillos, no decir a los otros más de lo que habíamos acordado transmitir al exterior, y guardarse las películas de la cámara para revelarlas más tarde; de manera que parte de esta relación será tan nueva para Pabodie, McTighe, Ropes, Sherman y el resto como para el mundo en general. A decir verdad, Danforth es más reservado que yo; porque él vio —o le pareció ver— algo que ni siquiera quiere confiarme a mí.

Como saben todos, nuestro informe incluía una relación de la ardua ascensión que llevamos a cabo; una confirmación de lo que había dicho Lake sobre que los grandes picos eran plegamientos de

pizarra arqueana y otros estratos inalterados del Comanchiense Medio por lo menos; un comentario convencional sobre la regularidad de las formaciones de cubos y murallas; una conclusión de que las bocas de cuevas eran indicativas de vetas calcáreas disueltas; una convicción de que ciertas laderas y pasos permitirían escalar y cruzar la cordillera a unos montañeros avezados; y un comentario sobre que al otro lado misterioso hay una inmensa y altísima supermeseta tan antigua e inmutable como las montañas mismas, de una altitud de 20.000 pies, con grotescas formaciones rocosas sobresaliendo de una delgada capa glacial, y estribaciones bajas y graduales entre el plano general de la meseta y los cortados precipicios de los picos más altos.

Este conjunto de datos es correcto en todos sus extremos, y satisfizo totalmente a los hombres del campamento. Atribuimos nuestra ausencia de dieciséis horas —mucho más tiempo del que dijimos que necesitaríamos para ir, aterrizar, efectuar un reconocimiento y recoger muestras de roca— a la prolongada persistencia de un supuesto viento adverso; y contamos con veracidad nuestro aterrizaje en las estribaciones del otro lado. Por fortuna el cuento sonó lo bastante realista y prosaico como para no tentar a nadie a emular nuestro vuelo. De habérselo propuesto alguien, habría apelado a toda mi capacidad de persuasión para hacerle renunciar... y no sé lo que Danforth habría hecho. Durante nuestra ausencia, Pabodie, Sherman, Ropes, McTighe y Williamson trabajaron como castores en los dos mejores aeroplanos de Lake, poniéndolos otra vez en uso a pesar de las inexplicables manipulaciones que presentaban sus instrumentos.

A la mañana siguiente decidimos cargar los aeroplanos y regresar a la vieja base lo antes posible. Aunque indirecta, era la vía más segura hasta el estrecho de McMurdo; porque volar en línea recta sobre las más ignotas extensiones de continente muerto desde hacía eones comportaba multitud de riesgos adicionales. No podíamos seguir explorando después de la trágica pérdida de hombres y la ruina de la perforadora; y las dudas y horrores que nos

rodeaban —que no revelamos— sólo nos hacían desear escapar lo antes posible de ese mundo austral de desolación y de larvada locura.

Como el público sabe, nuestro regreso al mundo lo hicimos sin sufrir ningún otro desastre. Los aeroplanos llegaron a la vieja base al atardecer del día siguiente —27 de enero—, tras un vuelo ininterrumpido; y el 28 llegamos al estrecho de McMurdo en dos etapas, con una parada intermedia muy breve, ocasionada por un timón que funcionaba mal debido al viento furioso sobre el saliente una vez que dejamos atrás la gran meseta. Cinco días más tarde el *Arkham* y el *Miskatonic*, con todos los hombres y el material a bordo, abandonaban el banco de hielo cada vez más espeso y enfilaban hacia el Mar de Ross, con las montañas burlonas de Tierra Victoria recortándose al oeste sobre un tumultuoso cielo antártico, y el viento ululando en un amplio registro musical que helaba el alma. Menos de una semana después dejamos atrás el último vestigio de tierra polar, y dimos gracias al cielo por encontrarnos lejos de una región encantada y maldita donde la vida y la muerte, y el espacio y el tiempo, habían pactado negras y blasfemas alianzas en las épocas desconocidas en que la materia comenzaba a arrastrarse y a flotar sobre la corteza recién enfriada del planeta.

Desde que volvimos hemos estado desaconsejando constantemente cualquier exploración antártica, guardando silencio sobre ciertas dudas y sospechas con inquebrantable unidad y fidelidad. Ni siquiera el joven Danforth, a pesar de su depresión nerviosa, se ha rendido y ha revelado nada a sus médicos; es verdad, como he dicho, que le pareció ver algo que ni siquiera quiere revelarme a mí, aunque creo que si lo hiciera le ayudaría a mejorar su estado mental. Podría explicar y disipar muchos enigmas. Pero quizá no fue otra cosa que la secuela delirante de una conmoción anterior. Es la impresión que tengo, después de esos raros lapsos de enajenamiento en que me susurra cosas incoherentes, cosas que niega con vehemencia en cuanto vuelve a ser él.

Será difícil disuadir a otros de visitar el gran sur blanco, y puede que nuestros esfuerzos consigan lo contrario de lo que pretendemos al llamar la atención sobre él. Debimos haber tenido en cuenta desde el principio que la curiosidad humana es insaciable, y que los resultados que publicamos iban a incitar a otros a lanzarse a la misma búsqueda de lo desconocido. Los informes de Lake sobre esas monstruosidades biológicas excitaron enormemente a naturalistas y paleontólogos, a pesar de que tuvimos el cuidado de no enseñar las partes seccionadas que trajimos de los ejemplares enterrados, ni las fotografías de los otros tal como los encontramos. También nos abstuvimos de mostrar los enigmáticos huesos con cicatrices y las esteatitas verdosas. Y tanto Danforth como yo hemos guardado escrupulosamente las fotos y los apuntes que tomamos en la supermeseta del otro lado de la cordillera, y las cosas arrugadas que alisamos, estudiamos con terror, y nos llevamos en los bolsillos. Pero ahora están organizando ese grupo Starkwather-Moore con una meticulosidad muy superior a la que podía permitirse nuestro equipo. Si no se los disuade, alcanzarán el núcleo más recóndito del Antártico y derretirán el hielo y perforarán hasta sacar lo que puede poner fin al mundo que conocemos. Así que finalmente debemos vencer toda reserva, incluso sobre el ser último y desconocido de más allá de esas montañas de locura.

IV

Con infinita duda y repugnancia retrocede mi memoria al campamento de Lake y lo que realmente encontramos allí, y a ese ser del otro lado de la inmensa barrera de montañas. A cada instante me siento tentado de obviar los detalles, y dejar que la insinuación sustituya a la verdad y a la deducción inevitable. Creo que he dicho ya lo bastante para que se me permita pasar deprisa

sobre el resto; el resto, quiero decir, del horror en el campamento. He hablado de las tiendas devastadas por el viento, de los cobertizos destruidos, de las máquinas arruinadas, del cambiante desasosiego de los perros, de los trineos y otros artículos desaparecidos, de la muerte de hombres y perros, de la ausencia de Gedney, y de los seis ejemplares biológicos sepultados de manera extravagante, cuyos tejidos se conservaban asombrosamente a pesar de sus lesiones, procedentes de un mundo extinguido hace cuarenta millones de años. No recuerdo si he contado que al examinar los cuerpos de los perros nos dimos cuenta de que faltaba uno. No pensamos mucho en eso hasta más tarde; aunque la verdad es que sólo volvimos a hacerlo Danforth y yo.

Los principales datos sobre los que he estado guardando silencio se refieren a los cuerpos y a determinadas cuestiones que pueden o no proporcionar una explicación espantosa e increíble al aparente caos. En aquellos momentos procuré mantener la atención de nuestros hombres alejada de estas cuestiones; porque era mucho más simple —y mucho más lógico— atribuirlo a un acceso de locura que habrían sufrido algunos del equipo de Lake. A juzgar por cómo había quedado todo, ese viento demoníaco de las montañas era capaz de enloquecer a cualquiera sorprendido en pleno centro del misterio y la desolación terrestres.

La anormalidad que lo culminaba era, desde luego, el estado de los cuerpos: de los hombres y de los perros por igual. Se debieron de enzarzar en alguna especie de lucha terrible, lo que explicaría que se hallaran cruelmente destrozados y mutilados a extremos impensables. La muerte, por lo que podíamos juzgar, había sido causada en todos los casos por estrangulamiento o laceración. Era evidente que el tumulto lo habían empezado los perros, porque el mal construido corral atestiguaba que había sido derribado impetuosamente de dentro afuera. Lo habían levantado algo apartado del campamento por la aversión que se observaba en los animales hacia esos horribles organismos arqueanos; pero al parecer no había servido de nada tal precaución. Una vez sueltos

entre esas paredes endebles y de altura insuficiente, y en medio de un viento monstruoso, no sabemos si el viento mismo, o algún olor sutil cada vez más intenso de esas pesadillas, debió de provocar una espantada. Desde luego, los ejemplares estaban cubiertos con una lona; sin embargo, el bajo sol antártico había estado dándoles de manera persistente, y Lake había comentado que ese calor hacía que los tejidos de los seres se ablandaran y expandieran. Puede que el viento arrancara la lona, y los azotara de tal manera que empezaran a desprender un olor pungente a pesar de su asombrosa antigüedad.

Fuera como fuese, el resultado había sido espantoso. Pero será mejor que deje a un lado toda pusilanimidad y lo cuente todo finalmente... aunque quiero manifestar categóricamente la opinión, basada en observaciones directas y deducciones rigurosas tanto de Danforth como mías, de que el desaparecido Gedney no fue en absoluto responsable del horror que encontramos. He dicho ya que los cuerpos estaban espantosamente mutilados. Ahora debo añadir que algunos los habían cortado y descarnado de la manera más extraña y despiadada. Tanto humanos como de perros. Los más sanos y corpulentos, fueran cuadrúpedos o bípedos, habían sido despojados de sus masas carnosas más gruesas como por un carnicero concienzudo; y a su alrededor había extrañas salpicaduras de sal —cogida de las destrozadas cajas de provisiones de los aeroplanos— que suscitaban las más horribles asociaciones. La tragedia había tenido lugar en uno de los cobertizos rudimentarios del que habían sacado el aeroplano, y el viento había borrado unos rastros que habrían proporcionado una explicación plausible. Los jirones de la ropa arrancada brutalmente de los despojos humanos no aportaban ninguna clave. De nada sirve hablar aquí de las débiles huellas en la nieve, en un rincón resguardado del recinto, porque tales impresiones no tenían parecido con las humanas, sino más bien con las huellas fósiles de las que el infortunado Lake nos había estado hablando durante las semanas anteriores. Había que

tener cuidado con la imaginación al abrigo de esas sombrías montañas de locura.

Como he señalado, al final descubrimos que habían desaparecido Gedney y un perro. Cuando llegamos al terrible cobertizo observamos que faltaban dos perros y dos hombres; pero la relativamente intacta tienda de disección, en la que entramos tras inspeccionar las monstruosas sepulturas, tenía algo que revelar. No estaba como Lake la había dejado, porque los trozos cubiertos de la monstruosidad primigenia habían sido retirados de la improvisada mesa. A decir verdad, ya nos habíamos dado cuenta de que uno de los seis seres incompletos y extravagantemente enterrados que habíamos encontrado —el que desprendía un olor repugnante— debía de ser al que pertenecían las secciones que Lake había intentado disecar. Sobre la mesa de operaciones y a su alrededor había trozos esparcidos; y no tardamos en descubrir que se trataba de partes cuidadosa aunque inexpertamente disecadas de hombre y de perro. Silenciaré la identidad de la persona a fin de no causar dolor a los supervivientes. Los instrumentos quirúrgicos de Lake no estaban, pero había pruebas de que los habían limpiado meticulosamente. Faltaba también la estufa de gasolina, aunque alrededor del lugar que había ocupado encontramos un montón de cerillas esparcidas. Enterramos los restos humanos junto a los otros diez hombres, y los caninos con los 35 perros. Respecto a las manchas extrañas de la mesa de operaciones, y al revoltijo de libros ilustrados hojeados toscamente, estábamos demasiado afectados para especular.

Esto fue lo más macabro del campamento; pero había otras cosas igualmente desconcertantes: la desaparición de Gedney, del perro, de los ocho ejemplares biológicos enteros, los tres trineos, ciertos instrumentos, algunos libros técnicos y científicos ilustrados, material de escritura, linternas y pilas eléctricas, comida y combustible, el aparato de calefacción, tiendas de repuesto, trajes de pieles y demás, escapaban a toda explicación lógica; lo mismo que las franjas de salpicaduras de tinta en algunas hojas de papel, o

las evidencias de vacilantes toqueteos y pruebas en los aeroplanos y otros aparatos mecánicos del campamento y del lugar de los sondeos. Los perros mostraban aversión a las máquinas extrañamente estropeadas. Además, estaba el desorden de la despensa, la desaparición de algunos alimentos básicos, y los montones de latas abiertas, cómicamente ordenadas de maneras inverosímiles y en los lugares más inopinados. La profusión de cerillas esparcidas, intactas, rotas o gastadas, constituía otro pequeño misterio; igual que dos o tres lonas de tienda y ropas de piel que encontramos por el suelo con extraños e insólitos desgarrones, producidos posiblemente al intentar someterlas torpemente a adaptaciones inimaginables. El maltrato de los cuerpos humanos y caninos, y el insólito enterramiento de los ejemplares estropeados, concordaban con esta evidente locura y desintegración. Previendo la posibilidad de que se presentase una situación como la de ahora, fotografiamos cuidadosamente las principales pruebas de este caos desquiciado del campamento; y vamos a utilizar las placas para reforzar nuestro alegato contra la proyectada expedición Starkweather-Moore.

Lo primero que hicimos tras descubrir los cuerpos del cobertizo fue fotografiar y abrir la hilera de sepulturas con montículos de nieve en forma de cinco puntas. Como es lógico, notamos la semejanza de estos montículos cubiertos de grupos de puntos con las descripciones que el infortunado Lake nos había hecho de las esteatitas verdosas; y cuando encontramos algunas en el gran apilamiento de mineral, comprobamos que efectivamente eran muy parecidas. El contorno, debo aclarar, sugería abominablemente la cabeza estrellada de las entidades arqueanas; y estuvimos de acuerdo en que esta asociación debió de causar una impresión tremenda en el cerebro sobreexcitado del grupo de Lake. La primera visión de las entidades enterradas representó para nosotros un momento terrible; a Pabodie y a mí nos hizo pensar en ciertos mitos antiquísimos sobre los que habíamos leído y oído hablar. Todos coincidimos en que la simple presencia, y continuada, de estas

entidades debió de cooperar con la opresiva soledad polar y el viento demoníaco de la montaña en hacer enloquecer al grupo de Lake.

Porque la locura —concentrada en Gedney como posible único superviviente— fue la explicación que primero se le ocurrió a todo el mundo, según manifestaron de palabra; aunque no soy tan ingenuo para negar que cada uno abrigáramos sospechas que la sensatez nos impedía expresar en voz alta. Por la tarde, Sherman, Pabodie y McTighe hicieron un exhaustivo recorrido en aeroplano por la zona circundante, y escrutaron el horizonte con los prismáticos en busca de Gedney y las cosas que faltaban; pero no descubrieron nada. El grupo informó de que la gigantesca barrera se extendía interminablemente a derecha e izquierda sin que disminuyese en altura ni configuración. En algunos picos, no obstante, las formaciones regulares de cubos y murallas eran más marcadas, y tenían fantásticas similitudes con las ruinas de los montes asiáticos pintadas por Roerich. La distribución de las enigmáticas bocas de cuevas de las cimas desnudas de nieve parecía vagamente regular en toda la extensión que alcanzaba la vista.

A pesar de los horrores reinantes, aún nos quedaba suficiente celo científico y espíritu de aventura para preguntarnos sobre el mundo desconocido del otro lado de las montañas misteriosas. Como explicaron nuestros cautos mensajes, nos acostamos a media noche después de un día de terror y desconcierto, aunque no sin haber deliberado antes el plan de efectuar uno o más vuelos de altura, a la mañana siguiente, para tratar de cruzar la cordillera en un aeroplano sin carga, y provisto de cámara aérea y equipo de geólogo. Acordamos intentarlo primero Danforth y yo. Así que nos levantamos a las siete con intención de salir temprano; pero los fuertes vientos —como informamos en el escueto parte que emitimos para el mundo exterior— retrasaron la salida hasta casi las nueve.

He repetido ya la historia evasiva que contamos a los hombres del campamento —y transmitimos al exterior— cuando regresamos

dieciséis horas después. Es ahora mi terrible deber completar esa información rellenando las piadosas lagunas con los detalles de lo que realmente vimos en el oculto mundo tramontano, detalles que han acabado por ocasionar el derrumbamiento nervioso de Danforth. Ojalá añadiese unas palabras con toda franqueza sobre lo que él solo vio —aunque tal vez fue un delirio nervioso—, y representó la gota final que le sumió en el estado en que hoy se encuentra. Pero se sigue resistiendo. Lo único que me cabe es repetir sus balbuceos inconexos sobre lo que le hizo gritar cuando, de vuelta después de la tremenda experiencia real y tangible que compartimos, el aeroplano se elevó por encima de la montaña castigada por los vientos. Ésa será mi última palabra. Si los claros signos de pervivencia de horrores antiquísimos que revelo no son razón suficiente para hacer desistir a otros de ir a escarbar en el Antártico interior —o al menos a escarbar a demasiada profundidad de la superficie de ese desierto último de secretos prohibidos y de inhumana y maldita desolación—, la responsabilidad de males sin nombre y quizá sin número que sobrevengan no será mía.

Danforth y yo habíamos calculado, después de estudiar las notas escritas por Pabodie durante su vuelo de la tarde y de hacer comprobaciones con el sextante, que el paso más bajo accesible de la cordillera quedaba a nuestra derecha; se veía desde el campamento, y estaba a unos 23.000 o 24.000 pies sobre el nivel del mar. Así que enfilamos primero hacia ese punto con el aeroplano aligerado en el que embarcamos para este vuelo de descubrimiento. El campamento mismo, en las estribaciones que arrancaban de una elevada meseta continental, se hallaba a 12.000 pies de altitud; así que la altura suplementaria que necesitábamos ganar no era tan grande como podría parecer. De todos modos, sentíamos intensamente el enrarecimiento del aire^[487] y el frío penetrante a medida que ascendíamos; porque debido a las condiciones de visibilidad teníamos que ir con las ventanillas de la cabina abiertas. Naturalmente, íbamos con las pieles más gruesas.

Al acercarnos a los picos imponentes y oscuros que se erguían por encima de la línea de nieve surcada de grietas y glaciares intersticiales, observamos cada vez más formaciones curiosamente regulares colgadas de las laderas, y volvimos a pensar en las extrañas pinturas orientales de Nicholas Roerich. Los Antiguos estratos rocosos gastados por el viento confirmaban los partes de Lake, y probaban que estas cimas venerables se alzaban exactamente como ahora desde unos tiempos asombrosamente primitivos de la historia de la tierra, quizá desde hace más de cincuenta millones de años. Es imposible calcular cuánto más altas debieron de ser en otro tiempo; pero todo en esta extraña región apuntaba a oscuras influencias atmosféricas contrarias al cambio, y calculadas para retrasar los normales procesos climáticos de desintegración de la roca.

Pero fue el laberinto de cubos, murallas y bocas de cuevas regulares de la ladera lo que más nos fascinó y turbó. Examiné este paisaje con los prismáticos y tomé fotografías aéreas mientras Danforth pilotaba; a veces le relevaba en los mandos —aunque mis conocimientos aeronáuticos son puramente de aficionado— y le pasaba los prismáticos. Podíamos observar fácilmente que la mayoría de estos accidentes eran de cuarcita arqueana de color claro, distinta de cualquier otra formación visible de las extensas zonas de la superficie general, y que su regularidad era asombrosa y extraña; a unos extremos que el pobre Lake apenas había llegado a transmitir.

Como Lake había dicho, las aristas estaban gastadas debido a la erosión implacable durante incontables eones; pero su solidez preternatural y su dureza material habían impedido su desaparición. Muchos elementos, sobre todo los más cercanos a las pendientes, parecían idénticos a la superficie rocosa de alrededor. La disposición entera semejaba las ruinas de Machu Picchu^[488] de los Andes, o los antiquísimos cimientos de Kish^[489], tal como los exhumó la expedición del Oxford-Field Museum en 1929; y Danforth y yo tuvimos la impresión momentánea de gigantescos bloques

separados que Lake había atribuido a su compañero de vuelo Carroll. No me explicaba estas cosas en semejante lugar, y me sentía especialmente humillado como geólogo. A menudo las formaciones ígneas adquieren extrañas regularidades —como es el caso de la famosa Calzada de los Gigantes^[490], de Irlanda—; pero esta impresionante cadena, pese a la sospecha original de Lake de que se trataba de conos humeantes, era, por encima de cualquier otra cosa, de evidente estructura no volcánica.

Las curiosas bocas de cuevas, en cuya vecindad parecían más abundantes las formaciones, planteaban otro enigma, aunque menor: su regularidad de líneas. Solían ser, como había dicho el comunicado de Lake, aproximadamente rectangulares o semicirculares, como si una mano mágica hubiese modificado esas aberturas naturales para darles mayor simetría. Era notable su gran número y su amplia distribución, y hacían pensar que la región entera era una colmena de estratos calizos ahuecados. Las ojeadas que logramos echar no llegaban muy al interior de las cavernas, aunque vimos que estaban libres de estalactitas. Fuera de ellas, la pared de la ladera contigua a las aberturas era invariablemente lisa y regular; y a Danforth le pareció que las grietas ligeras y los hoyos de la erosión tendían a formar pautas insólitas. Afectado como estaba por los horrores y los seres extrañísimos que habíamos visto en el campamento, comentó que los hoyos se parecían vagamente a los enigmáticos grupos de puntos de las esteatitas verdosas, espantosamente duplicados en los montículos de nieve de las seis monstruosidades sepultadas.

Nos habíamos ido elevando gradualmente por encima de las estribaciones más altas en dirección a los pasos relativamente bajos que habíamos escogido. Mientras volábamos, mirábamos de cuando en cuando la nieve y el hielo de abajo, y nos preguntábamos si habríamos podido intentar ese recorrido con el equipo sencillo de otro tiempo. Para nuestra sorpresa, observamos que la ruta no era difícil en medio de todo, y que a pesar de las grietas y otros obstáculos, probablemente no habría hecho desistir a los trineos de

un Scott, un Shackleton o un Amundsen. Algunos glaciares parecían conducir a pasos en los que el viento barría la nieve con inusitada persistencia; y al llegar al que habíamos elegido comprobamos que ocurría lo mismo.

No me es posible describir aquí nuestro estado de tensa expectación cuando nos dispusimos a sortear la cresta y asomarnos a un mundo no hollado, aunque no teníamos motivo para esperar que esa región del otro lado fuera sustancialmente distinta de las que ya habíamos visto y atravesado. Era tan tenue y sutil la atmósfera de maligno misterio que había en esta barrera de montañas, y en el mar de cielo opalescente que se vislumbraba entre sus cimas, que no puede explicarse con palabras. Más bien parecía una cuestión de vago simbolismo psicológico, de asociación estética; algo que tenía que ver con poesías y pinturas exóticas, y con mitos arcaicos conservados en libros prohibidos. Incluso el bordón del viento tenía un acento peculiar de consciente malignidad; y por unos segundos pareció que contenía un extraño silbido o sonido de flauta de amplio registro cuando las ráfagas salían o entraban impetuosas por las omnipresentes y resonantes bocas de cueva. Había una nota brumosa de reminiscente repulsión en este sonido, tan compleja y difícil de identificar como las otras impresiones oscuras.

Estábamos ahora, tras una lenta ascensión, a una altura de 23.570 pies según el aneroide; y habíamos dejado bastante abajo la región de la nieve colgada. Aquí sólo había laderas de roca desnuda y cabeceras de glaciares de fragosas estrías... pero con enigmáticos cubos y murallas y cavernas resonantes que transmitían un presagio de lo antinatural, de lo fantástico y onírico. Recorriendo con la mirada la línea de altos picos, me pareció identificar el que el pobre Lake había mencionado, con una muralla exactamente encima. Parecía medio borrado por una rara neblina antártica; neblina que quizá indujo a Lake a pensar en un primer momento que se trataba de un volcán. El paso apareció directamente ante nosotros, liso y barrido por el viento, entre pilares

mellados y malévolamente amenazadores. Al otro lado había un cielo turbio de remolinos de vapores iluminados por el bajo sol polar: el cielo de un reino lejano y misterioso que, intuíamos, jamás habían contemplado ojos humanos.

Unos pies más arriba, y descubriríamos ese reino. Imposibilitados Danforth y yo para hablar como no fuera a gritos en medio del viento aullante que embocaba por el paso y se sumaba al ruido de los motores sin silenciador, intercambiábamos miradas elocuentes. Y a continuación, tras superar esos últimos pies, pudimos efectivamente asomarnos al otro lado de la trascendental línea divisoria, a los secretos insospechados de una tierra anterior y absolutamente extraña.

V

Creo que proferimos un grito los dos a la vez, dominados por una mezcla de miedo, asombro e incredulidad, cuando finalmente dejamos atrás el paso y descubrimos lo que había al otro lado. Sin duda nuestro cerebro debía de albergar en el fondo alguna teoría natural para mantener serenas nuestras facultades de momento. Probablemente pensamos que todo aquello no eran sino rocas erosionadas como el Jardín de los Dioses^[491], o las rocas talladas con increíble simetría del desierto de Arizona^[492]. Quizá, incluso, medio creímos que se trataba de un espejismo como el que habíamos presenciado la mañana anterior, cuando al principio nos acercamos a estas montañas de locura. Teníamos que recurrir a tales asociaciones normales mientras nuestros ojos recorrían esa meseta ilimitada, castigada por las tempestades, y abarcaban el casi interminable laberinto de masas colosales, regulares, geoméricamente eurítmicas, de rocas que alzaban sus crestas desgastadas y cubiertas de hoyos por encima de una capa glacial

de cuarenta o cincuenta pies de grosor en lo más espeso, con zonas evidentemente más delgadas.

El efecto de la monstruosa visión fue indescriptible, ya que en principio parecía evidenciar alguna diabólica violación de las leyes naturales conocidas. Aquí, sobre una altiplanicie infernalmente antigua de lo menos 20.000 pies de altura, y en un clima inhabitable desde unos tiempos prehumanos que se remontaban a no menos de 500.000 años, se desplegaba hasta donde alcanzaba la vista un ordenado laberinto de piedra que sólo la desesperación de la razón por defenderse podía atribuir a cualquier causa que no fuera consciente y artificial. Previamente habíamos desechado, por lo que al pensamiento racional se refiere, toda idea de que esos cubos y murallas tuvieran otro origen que el natural. ¿Cómo iba a ser de otra manera, cuando el hombre mismo aún no había podido diferenciarse de los grandes simios en la época en que la región sucumbía al actual reino ininterrumpido de muerte glacial?

Pero ahora, incuestionablemente, se tambaleaba el imperio de la razón; porque este laberinto ciclópeo de bloques cuadrados, curvos y angulares tenía características que la privaban de todo refugio confortable. Era, muy claramente, la ciudad blasfema del espejismo en toda su desnuda, objetiva, ineluctable realidad. Ese prodigio detestable tenía en definitiva una base material: debió de formarse un estrato horizontal de polvo de hielo en la parte superior del aire, y esta asombrosa supervivencia de piedra había proyectado su imagen desde el otro lado de las montañas conforme a las simples leyes de la reflexión. Naturalmente, el fantasma se había deformado y exagerado, y había mostrado cosas que su original no tenía; sin embargo, ahora que la veíamos efectivamente, nos pareció más horrenda y amenazadora que su imagen lejana.

Sólo la increíble e inhumana solidez de las inmensas torres y murallas de piedra había preservado este escenario de la total desaparición en los cientos de miles —tal vez millones— de años que había pervivido en medio de los vientos de una altiplanicie desolada. «*Corona Mundi... Techo del Mundo...*»^[493]. Toda suerte

de frases fantásticas acudían a nuestros labios mientras, dominados por el vértigo, contemplábamos el increíble espectáculo de abajo. Me volvieron al pensamiento los horribles mitos primitivos que me asaltaban de continuo desde la primera vez que vi este mundo antártico muerto: la diabólica meseta de Leng, los mi-go o abominables hombres de las nieves del Himalaya^[494], los Manuscritos Pnakóticos con sus implicaciones prehumanas, el culto a Cthulhu, el *Necronomicon* y las leyendas hiperbóreas sobre el amorfo Tsathoggua y la prole estelar asociada a esa semientidad.

El conglomerado de volúmenes se desparramaba en todas direcciones a lo largo de interminables millas sin clarear apenas; efectivamente, siguiéndolo con la mirada a derecha e izquierda junto a las bajas y graduales estribaciones que lo separaban de la montaña propiamente dicha, comprobamos que no disminuía en densidad, salvo cierta interrupción a la izquierda del paso por el que llegamos. Habíamos dado por casualidad con una parte limitada de esta aglomeración incalculable. Las estribaciones estaban más espaciadamente salpicadas de grotescas estructuras de piedra, que unían la terrible ciudad a los ya familiares cubos y murallas que como era evidente constituían sus puestos avanzados en la montaña; y al igual que las extrañas bocas de cueva, eran tan abundantes en la falda anterior como en la posterior de las montañas.

El terrible laberinto de piedra consistía en su mayor parte en muros libres de hielo, de 10 a 150 pies de altura, con un espesor que variaba de cinco a diez pies. Lo formaban bloques prodigiosos —muchos de ellos de 4 × 6 × 8 pies— de pizarra negra, esquisto y arenisca, aunque a veces parecían tallados en un suelo de roca firme e irregular de pizarra precámbrica. Los edificios no eran iguales en tamaño ni mucho menos; había innumerables construcciones enormemente extensas, a manera de panal, así como pequeñas estructuras aisladas. La forma general de todas ellas tendía a ser cónica, piramidal o en terraza; aunque había multitud de cilindros perfectos, cubos perfectos y otras figuras

regulares; y, diseminados, una serie de edificios de ángulos cerrados cuya planta en cinco puntas recordaba vagamente el moderno baluarte. Los constructores habían hecho uso constante y experimentado del principio del arco, y probablemente hubo cúpulas en el periodo de esplendor de la ciudad.

El conjunto estaba monstruosamente erosionado, y la superficie glacial de la que emergían las torres estaba salpicada de sillares caídos y escombros inmemoriales. Donde la glaciación era transparente, podíamos ver la parte inferior de las moles gigantescas, y distinguimos, preservados por el hielo, puentes de piedra que comunicaban las diferentes torres a diversas distancias del suelo. En los muros que estaban al aire descubrimos señales de otros puentes, más altos, del mismo tipo. Un examen más atento nos permitió distinguir innumerables ventanas bastante grandes; algunas cerradas con postigos de un material petrificado, originalmente madera, aunque la mayoría se hallaban abiertas de manera siniestra y amenazadora. Muchas ruinas, naturalmente, estaban sin techumbre, y con los bordes superiores desgastados por el viento, mientras que otras, de modelo más acusadamente cónico o piramidal, o protegidas por estructuras más altas de alrededor, conservaban intactos sus contornos a pesar de los omnipresentes derrumbamientos y desgastes. Con los prismáticos divisamos lo que parecían ornamentos esculpidos en franjas horizontales; ornamentos que incluían los curiosos grupos de puntos cuya presencia en las esteatitas antiguas adquiría ahora una importancia inmensamente mayor.

En muchos lugares los edificios estaban totalmente en ruinas y la capa de hielo tenía profundas hendiduras debidas a diversas causas geológicas. En otros la mampostería se encontraba desgastada hasta el nivel mismo de la glaciación. Una ancha banda que iba desde el interior de la meseta hasta una fractura al pie de las estribaciones, como a una milla a la izquierda del paso que habíamos cruzado, estaba totalmente exenta de edificios; pensamos que probablemente señalaba el curso de un gran río que en los

tiempos terciarios —hace millones de años— habría cruzado la ciudad hacia algún abismo subterráneo y prodigioso de la gran barrera de montañas. Desde luego, esta era sobre todo una región de cuevas, abismos y secretos subterráneos que estaba más allá de la penetración humana.

Al evocar nuestras impresiones, y recordar nuestro aturdimiento mientras contemplábamos esta monstruosa reliquia que considerábamos prehumana, no puedo por menos de admirarme que guardáramos una apariencia de equilibrio como hicimos. Como es natural, sabíamos que algo —la cronología, la teoría científica o nuestra propia conciencia— erraba lamentablemente; sin embargo, conservamos el suficiente aplomo para gobernar el aeroplano, observar detalles, y tomar una serie de cuidadosas fotografías que aún pueden ser de gran utilidad para nosotros y para el mundo. En mi caso, quizá contribuyó el arraigado hábito científico; porque, por encima del desconcierto y sensación de amenaza, me quemaba una imperiosa curiosidad por adentrarme en este antiquísimo secreto... saber qué clase de seres habían construido y habitado este lugar incalculablemente gigantesco, y qué relación con el mundo en general de su tiempo o de otras épocas podía haber tenido tan excepcional concentración de vida.

Porque este lugar no podía ser una ciudad corriente. Debió de constituir el núcleo y centro primario de algún capítulo arcaico e increíble de la historia de la tierra cuyas ramificaciones externas, recordadas sólo brumosamente en los mitos más oscuros y distorsionados, se habían desvanecido por completo en el caos de convulsiones terrestres mucho antes de que ninguna raza humana hoy conocida saliese de la simiedad. Aquí se desplegaba una megalópolis paleógena, comparada con la cual las fabulosas Atlántida y Lemuria, Commoriom y Uzuldaroum, o la Olathöe del país de Lomar^[495], son cosas de hoy, ni siquiera de ayer; una megalópolis que se alineaba con esas blasfemias prehumanas de las que se habla en voz baja, como Valusia, R'lyeh, Ib del País de Mnar, y la Ciudad sin Nombre de Arabia Deserta^[496]. Mientras

sobrevolábamos ese laberinto de severas y titánicas torres, mi imaginación rebasaba a veces todos los límites y vagaba sin rumbo por reinos de asociaciones fantásticas... incluso trenzaba vínculos entre este mundo perdido y algunos de mis sueños más insensatos sobre el vesánico horror del campamento.

Habíamos llenado sólo a medias el depósito de combustible con objeto de ahorrar peso lo más posible; así que ahora debíamos ser precavidos en nuestras exploraciones. Aun así, no obstante, recorrimos una enorme extensión de terreno —o más bien de aire— tras descender a una altura en la que el viento se volvió prácticamente inexistente. Parecían no tener límites la cadena de montañas ni la espantosa ciudad de piedra que rodeaban sus estribaciones. Cincuenta millas de vuelo en cada dirección no reveló ningún cambio significativo en el laberinto de rocas y mampostería que asomaba del hielo eterno como un cadáver. Había, sin embargo, variaciones de lo más asombrosas, como relieves en el cañón donde ese ancho río había cortado en otro tiempo las estribaciones para dirigirse al lugar donde desaparecía al pie de la gran cordillera. Los promontorios que flanqueaban el lecho habían sido tallados en forma de pilones ciclópeos; y algo en su forma de barril, con lomos longitudinales, despertó en Danforth y en mí, de manera singular, vagas y confusas asociaciones.

Dimos asimismo con varios espacios abiertos en forma de estrella, evidentemente plazas públicas, y notamos ondulaciones del terreno. Donde se alzaba un cerro pronunciado, generalmente aparecía este ahuecado y convertido en tortuoso edificio de piedra. Aunque topamos al menos con dos excepciones; en una de estas, el deterioro era demasiado grande para revelar qué hubo en lo alto de la eminencia, mientras que la otra aún conservaba un fantástico monumento cónico esculpido en roca viva que recordaba más o menos cosas tan conocidas como la Tumba de la Serpiente del antiguo valle de Petra^[497].

Volando hacia el interior desde las montañas, descubrimos que la ciudad no tenía una anchura infinita, si bien su longitud parecía

interminable junto a las estribaciones. Tras unas treinta millas de recorrido, los grotescos edificios de piedra empezaron a espaciarse, y diez millas más allá llegamos a un desierto prácticamente ininterrumpido, sin signos de artificio consciente. El curso del río, pasada la ciudad, parecía marcado por una ancha banda deprimida, mientras el terreno se volvía algo más áspero, y se elevaba ligeramente hasta perderse en las brumas del oeste.

Hasta ahora no habíamos efectuado ningún aterrizaje. Pero habría sido impensable salir de la meseta sin examinar alguna de las monstruosas estructuras; así que decidimos buscar un lugar llano cerca del paso accesible, posarnos allí y prepararnos para hacer alguna exploración a pie. Aunque estas laderas graduales estaban parcialmente sembradas de ruinas, volando a baja altura encontramos pronto bastantes sitios donde aterrizar. Escogimos el más cercano al paso, ya que el siguiente vuelo sería para cruzar la gran cordillera de regreso al campamento; y alas 12.30 conseguimos hacer la maniobra en un espacio de nieve dura y lisa totalmente despejada de obstáculos y bastante apta para un rápido despegue más tarde.

No parecía necesario proteger el aeroplano con un terraplén de nieve para tan breve tiempo y con la cómoda ausencia de vientos en esa cota; tan sólo nos ocupamos de que los patines de aterrizaje estuviesen firmes, y de resguardar contra el frío las partes vitales del motor. Para la marcha a pie nos despojamos de las gruesas pieles con que nos habíamos vestido para el vuelo, y nos proveímos de un pequeño equipo consistente en una brújula, la cámara de fotos manual, algunas provisiones, gruesos cuadernos y papel, martillo y cincel de geólogo, bolsas para muestras, rollo de cuerda para escalar y potentes linternas eléctricas con pilas de repuesto, ya que habíamos cargado todo esto en el aeroplano para, si aterrizábamos, tomar fotografías del terreno, hacer bocetos topográficos y coger muestras de las rocas que afloraban a la ladera desnuda, o de alguna cueva de la montaña. Por suerte teníamos provisión extra de papel para hacer trozos, llevarlos en la bolsa de muestras e ir

señalando con ellos nuestro rastro en cualquier laberinto en el que decidiéramos entrar. Esto, en caso de topar con algún sistema de cuevas en el que el aire estuviese lo bastante quieto para permitir semejante método rápido y fácil, en vez de ir marcando el camino con muescas como suele ser habitual.

Mientras caminábamos precavidamente cuesta abajo por la nieve encostrada hacia el grandioso laberinto de piedras que se alzaba sobre el oeste opalescente, teníamos una sensación casi tan intensa de inminentes maravillas como la experimentada cuando nos acercamos al paso inexplorado de las montañas cuatro horas antes. Es verdad que nos habíamos familiarizado visualmente con el increíble secreto que ocultaban los picos de la barrera. Sin embargo, la perspectiva de adentrarnos efectivamente entre muros primigenios levantados por seres conscientes quizá hacía millones de años —antes de que existiese ninguna raza conocida de hombres— era sorprendente y potencialmente terrible por sus implicaciones de cósmica anormalidad. Aunque la sutileza del aire a esta altitud prodigiosa hacía que cualquier esfuerzo resultase más penoso de lo habitual, tanto Danforth como yo nos dábamos cuenta de que aguantábamos bien, y nos sentíamos en condiciones de llevar a cabo casi cualquier empresa que nos tocase afrontar. Tardamos sólo unos pasos en llegar a unas ruinas informes y desgastadas hasta el nivel de la nieve, mientras que diez o quince varas más allá había un enorme baluarte sin cubierta, todavía completo, con su gigantesca silueta de cinco puntas, y alzándose a una altura irregular de diez u once pies. Nos dirigimos a él; y cuando por fin pudimos tocar materialmente sus erosionados sillares, sentimos que habíamos establecido contacto sin precedentes y casi blasfemo con eones olvidados normalmente vedados a nuestra especie.

Este baluarte, trazado en forma de estrella y quizá de unos 300 pies de una punta a otra, estaba construido con sillares de arenisca jurásica de tamaño irregular, con una superficie media de 6 × 8 pies. Había una hilera de troneras o ventanas en arco de unos cuatro pies

de ancho y cinco de alto, simétricamente espaciadas, entre las puntas de la estrella y los ángulos interiores, y a unos cuatro pies del hielo del exterior. Mirando por ellas pudimos observar que la sillería tenía un grosor de lo menos cinco pies, que no quedaban paredes interiores y que en la cara interior de los muros había huellas de franjas esculpidas o bajorrelieves; detalles que habíamos vislumbrado antes, al sobrevolar a baja altura este y otros baluartes parecidos. Aunque originalmente debieron de tener partes que continuaban hacia abajo, ahora estas estaban totalmente ocultas por la espesa capa de hielo y nieve en este punto.

Nos metimos por una ventana y tratamos inútilmente de descifrar las representaciones murales casi borradas; pero no hicimos ningún intento de picar el suelo helado. Los vuelos de orientación nos habían permitido ver que había en la ciudad muchos edificios menos hundidos en el hielo, y quizá podíamos encontrar interiores completamente exentos de él, y llegar al verdadero suelo, si accedíamos a estructuras que aún conservaban la cubierta. Antes de dejar el baluarte lo fotografiamos detenidamente y examinamos con absoluta perplejidad su ciclópea sillería en seco. Habríamos deseado que Pabodie hubiese estado presente, ya que, con sus conocimientos de ingeniería, nos habría explicado cómo habían sido manejados estos sillares titánicos, en una era tan increíblemente remota, para construir la ciudad y alrededores.

La marcha de media milla cuesta abajo hacia la ciudad propiamente dicha, con el viento gimiendo furiosamente arriba, en los picos enhiestos del fondo, es algo que tendré siempre grabado en la memoria hasta en sus más pequeños detalles. Sólo en las pesadillas fantásticas podría ningún ser humano, exceptuándonos a Danforth y a mí, concebir tales efectos ópticos. Entre nosotros y los vapores agitados del oeste se extendía el bosque monstruoso de oscuras torres de piedra; sus formas imposibles y extravagantes nos volvieron a impresionar en cada nuevo ángulo de visión. Era un espejismo en piedra sólida; y de no ser por las fotografías, aún dudaría de su realidad. El tipo general de sillería era idéntico al del

baluarte que habíamos examinado; pero las formas extravagantes que esta albañilería adoptaba en sus manifestaciones urbanas escapan a toda descripción.

Incluso las fotografías ilustran sólo una o dos facetas de su infinita extrañeza, de su inacabable variedad, de su solidez preternatural y exotismo absolutamente extramundano. Había formas geométricas para las que un Euclides^[498] no habría encontrado denominación: conos de todos los grados de irregularidad y truncamiento; terrazas en toda suerte de provocadora desproporción; fustes con abultamientos bulbosos; columnas truncadas en grupos curiosos, y volúmenes en cinco puntas o lomos de disparatada extravagancia. Mientras nos acercábamos podíamos ver a través de la capa de hielo, donde se hacía transparente, puentes tubulares que comunicaban, a alturas diversas, estructuras insensatamente diseminadas. Calles alineadas parecía no haber ninguna, y la única hilera ancha abierta estaba una milla a la izquierda, donde indudablemente había discurrido el antiguo río por el centro de la ciudad, hacia las montañas.

Los prismáticos nos revelaron que eran muy frecuentes las franjas horizontales exteriores de casi borrados relieves y grupos de puntos, y medio imaginamos cuál sería el aspecto de la ciudad en sus tiempos, aun cuando la mayoría de las cubiertas y coronamientos de torres se habían hundido irremediablemente. En conjunto, había sido una compleja maraña de callejones y pasajes tortuosos, todos en forma de profundos cañones, algunos poco más que túneles debido a la albañilería que los flanqueaba o a los puentes que los cruzaban por arriba. Ahora, desplegada debajo de nosotros, asomaba como una soñada fantasía sobre la bruma del oeste, a través de cuyo extremo norte el bajo y rojo sol antártico de la tarde pugnaba por asomar; y cuando, momentáneamente, ese sol encontró un obstáculo más denso y sumió el paisaje en sombras transitorias, el efecto fue, de una manera que no puedo esperar describir, sutilmente amenazador. Incluso el débil aullido y sonos de flauta del viento en los pasos de las grandes montañas, lejos de

nosotros, adquirieron una nota furiosa de decidida malignidad. La última etapa de nuestro descenso a la ciudad fue sobremanera áspera y abrupta; y una roca que emergía en el borde donde la escarpa cambiaba de inclinación nos hizo pensar que allí había existido una terraza artificial. Debajo de la glaciación, pensamos, habría sin duda una escalinata o algo parecido.

Cuando por fin nos adentramos en la ciudad laberíntica, trepando por la albañilería caída y evitando la proximidad opresiva y altura abrumadora de los muros omnipresentes y corroídos, nuestro desasosiego volvió a ser tal que me asombra que conserváramos el dominio de nosotros mismos. Danforth, visiblemente nervioso, empezó a hacer repugnantes e inoportunas especulaciones sobre el horror del campamento que me desagradaban; tanto más cuanto que no podía evitar compartir ciertas conclusiones que nos imponían multitud de detalles de esta morbosa pervivencia de pesadillesca antigüedad; especulaciones que acabaron afectándole también a la imaginación; porque en un lugar —donde un callejón sembrado de escombros torcía bruscamente— insistió en que veía vestigios de huellas en el suelo que no le gustaban; y en otro sitio se detuvo a escuchar un sonido sutil, imaginado, que según él provenía de algún punto indeterminado: una especie de sonido de flautas, sordo, dijo, no muy distinto del que producía el viento en las cuevas de las montañas, aunque, en cierto modo, turbadoramente diferente. La persistencia de la figura de cinco puntas en la arquitectura y los pocos arabescos murales discernibles tenían un siniestro poder de sugestión del que no había posibilidad de sustraerse, y nos transmitía un atisbo de terrible certidumbre subconsciente acerca de las entidades primigenias que habían erigido y habitado este profano lugar.

No obstante, no teníamos muerta del todo nuestra alma de científicos y aventureros, y acometimos maquinalmente nuestro plan de arrancar muestras de los diferentes tipos de roca representados en la sillería. Queríamos reunir una colección completa que nos permitiera conclusiones más precisas sobre la edad del lugar.

Ningún elemento de los grandes muros exteriores parecía posterior a los periodos jurásico y Comanchiense, y ningún trozo de piedra del lugar era posterior al Plioceno. Con toda seguridad, caminábamos en medio de una muerte que llevaba reinando lo menos 500.000 años; probablemente muchos más.

Según avanzábamos por este laberinto de crepúsculo oscurecido por las piedras, nos íbamos deteniendo en cada abertura accesible a examinar el interior o estudiar la posibilidad de entrar. Algunas quedaban a una altura fuera de nuestro alcance, y otras sólo daban acceso a recintos con la techumbre hundida, inundados de hielo y vacíos, como el baluarte del monte. Una de ellas, aunque amplia y tentadora, se abría a un abismo sin fondo, pero sin un medio visible por el que descender. De cuando en cuando teníamos oportunidad de examinar la madera petrificada de una contraventana que había sobrevivido, y nos impresionaba la fabulosa antigüedad que se discernía en su veteado, y su procedencia de gimnospermas y coníferas del Mesozoico^[499] —especialmente de cicadáceas del Cretácico—, miraguanos y primitivas angiospermas de época claramente terciaria. Nada de cuanto encontrábamos era posterior al Plioceno. La instalación de estas contraventanas —cuyos bordes revelaban la antigua presencia de raras y largo tiempo desaparecidas bisagras— parecía ser varia: unas se alojaban en la parte exterior y otras en la interior de los profundos alféizares. Parecían incrustadas, sobreviviendo así al óxido de sus Antiguos y probablemente metálicos elementos de fijación y sujeción.

Un rato después topamos con una hilera de ventanas —en las partes salientes de cinco abultamientos longitudinales que formaban una especie de cono colosal con el vértice intacto— que daban a una estancia enorme y bien conservada, con piso de piedra; pero estaban demasiado altas respecto del enlosado interior para bajar de ellas sin cuerda. Llevábamos una, pero no quisimos entretenernos en un descenso de veinte pies; sobre todo en este aire enrarecido de la meseta donde el funcionamiento del corazón requería grandes cantidades. Esta pieza enorme era probablemente

un salón o alguna especie de vestíbulo; y nuestras linternas eléctricas revelaron una serie de relieves pronunciados, potencialmente sobrecogedores, dispuestos a lo largo de los muros en franjas anchas, horizontales, separados por bandas igualmente anchas de arabescos convencionales. Tomamos meticulosa nota de este lugar con idea de visitarlo, salvo que encontrásemos otro de acceso más fácil.

Finalmente dimos con una abertura que nos resultaba cómoda: un arco de unos seis pies de ancho por diez de alto, que marcaba el final de un antiguo puente aéreo tendido sobre un callejón, a unos cinco pies del actual nivel del hielo. Estos arcos, naturalmente, estaban a nivel con plantas superiores; y en este caso aún existían una y otra planta. El edificio al que podíamos entrar por aquí consistía en una serie de terrazas rectangulares, a nuestra izquierda, que daban hacia el oeste. El del otro lado del callejón, donde se abría el otro arco, era un cilindro ruinoso, sin ventanas, y con un curioso abultamiento a unos diez pies encima de la abertura. El interior estaba totalmente oscuro, y el arco parecía que daba a un pozo de ilimitado vacío.

Un montón de escombros hacía doblemente fácil el acceso al enorme edificio; aunque dudamos unos momentos si aprovechar o no tan ansiada oportunidad. Porque aunque ya nos habíamos adentrado en esta ciudad de misterio arcaico, necesitábamos nuevo acopio de resolución para internarnos en este edificio entero, sobreviviente de un mundo anterior fabuloso cuya naturaleza se nos estaba volviendo cada vez más espantosamente clara. Al final, no obstante, trepamos por los escombros y subimos al vano abierto. El piso, al otro lado, era de grandes losas de pizarra, y parecía ser la salida de un corredor largo y alto con paredes esculpidas.

Al observar los numerosos accesos en arco que se abrían en él, y comprender que probablemente habría numerosos aposentos, decidimos que había que empezar a dejar un rastro. Hasta aquí, la brújula y las frecuentes miradas de referencia a la vasta cordillera entre las torres, a nuestra espalda, nos habían bastado para

orientarnos; a partir de ahora íbamos a necesitar un procedimiento artificial. Así que redujimos a trozos de tamaño conveniente el papel de repuesto que llevábamos, los metimos en una bolsa que debía llevar Danforth, y nos dispusimos a utilizarlos economizando lo más posible. Sin duda este método nos guardaría del peligro de perdersnos, ya que no parecía haber corrientes de aire en el interior de esta construcción antigua. En caso de que surgiesen, o de que se nos agotara el papel, recurriríamos lógicamente al más seguro, aunque más tedioso y dilatorio, de ir haciendo muescas en las paredes con el cincel.

Era imposible calcular la extensión del espacio que se abría ante nosotros. La estrecha y frecuente comunicación entre sí de los distintos edificios hacía probable que pudiéramos cruzar de uno a otro por los puentes sepultados bajo el hielo, salvo donde lo impedía un derrumbamiento o una rotura geológica; porque parecía que había entrado muy poca glaciación en estas construcciones imponentes. Casi todas las zonas de hielo transparente revelaban ventanas sumergidas tan firmemente cerradas como si hubiesen dejado la ciudad en ese estado uniforme hasta que la capa glacial cubrió la parte inferior para siempre. A decir verdad, uno tenía la curiosa impresión de que, más que haber sido sorprendido por una súbita calamidad o haber sufrido un deterioro gradual, el lugar había sido cerrado y abandonado deliberadamente en alguna época oscura y remota. ¿Previó su desconocida población la llegada de los hielos, y evacuó la ciudad en busca de una morada menos expuesta? La dilucidación de las condiciones fisiográficas concretas que acompañaron a la formación de la capa de hielo en este punto tendría que esperar para más adelante. Era evidente que no fue un movimiento repentino. Quizá la causa fue el peso de las nieves acumuladas; y quizá contribuyó al estado en que ahora se observaba alguna crecida del río, o el desbordamiento de algún antiguo glaciar contenido en la gran cordillera. La imaginación podía concebir casi cualquier cosa en relación con este lugar.

VI

Sería tedioso hacer un relato pormenorizado y consecutivo de nuestros vagabundeos por el interior de aquella colmena cavernosa de sillería que llevaba muerta millones de años, de aquella monstruosa madriguera de antiquísimos secretos en la que ahora resonaban por primera vez, después de incontables épocas, los pasos de unos pies humanos. Esto es particularmente cierto porque gran parte del horrible drama y revelación provino de un mero examen de los omnipresentes relieves de los muros. Las fotografías que les hicimos con *flash* confirmarán la verdad de lo que ahora revelamos, y fue una lástima que no lleváramos en esos momentos más película. Así que cuando se nos acabó hicimos bocetos rudimentarios de algunos rasgos sobresalientes en los cuadernos.

El edificio en el que habíamos entrado era enorme y complejo, y nos dio una idea de la impresionante arquitectura de ese desconocido pasado geológico. Las paredes interiores eran menos gruesas que los muros exteriores, pero las de los niveles inferiores se conservaban excelentemente. La complejidad laberíntica, que implicaba diferencias curiosamente irregulares en los niveles del suelo, era general en la construcción; y sin duda nos habríamos perdido desde el principio mismo de no ser por el rastro de papeles que íbamos dejando. Decidimos explorar antes que nada las partes superiores, en peor estado, así que subimos a lo más alto de este dédalo, a unos 100 pies, donde las cámaras en hilera se abrían nevadas y ruinosas al cielo polar. Subimos por las empinadas rampas de piedra adosadas transversalmente, o planos inclinados, que en todas partes hacían las veces de escaleras. Las estancias que encontramos eran de todas las formas y proporciones imaginables, e iban desde la estrella de cinco puntas al triángulo y cubo perfectos. Podría decirse con seguridad que por término medio eran de unos 30 × 30 pies de superficie, y 20 de altura; aunque había piezas mucho más amplias. Tras inspeccionar detenidamente las regiones superiores y el nivel glacial bajamos de planta en planta

a la parte sumergida, donde comprobamos que estábamos efectivamente en un laberinto de cámaras y corredores que conducían a zonas ilimitadas exteriores a este edificio particular. La solidez ciclópea y el gigantismo se iban volviendo extrañamente opresivos a nuestro alrededor; y había algo vaga pero profundamente extrahumano en los contornos, dimensiones, proporciones, decoraciones y detalles de esta albañilería de blasfema antigüedad. No tardamos en darnos cuenta, por lo que mostraban los relieves, de que esta ciudad monstruosa tenía millones de años.

No podemos explicar aún los principios arquitectónicos utilizados en el equilibrio y ajuste de las enormes moles de piedra, aunque estaba claro que se contó con la función del arco. Las estancias que visitamos estaban totalmente desnudas de elementos muebles, circunstancia que apoyaba nuestra creencia en el abandono deliberado de la ciudad. El principal elemento decorativo eran los casi universales relieves de las paredes, que tendían a prolongarse en franjas horizontales, ininterrumpidas, de tres pies de anchura y dispuestas entre el suelo y el techo, alternando con bandas de igual anchura, con arabescos geométricos. Había salvedades a esta norma de disposición, pero su predominio era abrumador. A menudo, no obstante, había empotrados en alguna franja de arabescos cartuchos lisos con grupos de puntos que componían pautas singulares.

La técnica, en seguida nos dimos cuenta, era madura, acabada, y estéticamente había alcanzado el más alto grado de civilizada maestría, si bien era ajena en todos los aspectos a cualquier tradición conocida de la especie humana. Jamás he visto ninguna escultura que se le aproximase en delicadeza y factura. Los más pequeños detalles de complicada vegetación o de vida animal estaban plasmados con asombrosa viveza a pesar de la audaz escala de los relieves, mientras que los dibujos convencionales eran una maravilla de complejidad. Los arabescos denotaban un uso profundo de los principios matemáticos, y consistían en curvas y

ángulos de oscura simetría, tomando como referencia el número cinco. Las franjas figurativas seguían una tradición altamente formalizada, y comportaban un tratamiento peculiar de la perspectiva; pero poseían una fuerza artística que nos impresionó hondamente, a pesar del inmenso abismo de periodos geológicos que mediaba. Su técnica consistía en una singular yuxtaposición de la sección transversal con la silueta bidimensional, y encarnaba una psicología analítica que iba más allá de toda raza antigua conocida. Es inútil comparar ese arte con ninguno de los representados en nuestros museos. Los que vean nuestras fotografías probablemente encontrarán su más cercana analogía en ciertas creaciones grotescas de los más osados futuristas^[500].

La tracería arabesca consistía en una serie de líneas incisas cuya profundidad en las paredes no desgastadas variaba de una a dos pulgadas. Cuando aparecían cartuchos con grupos de puntos —evidentemente, inscripciones en algún lenguaje o alfabeto desconocido y primigenio—, la depresión de la superficie lisa era de pulgada y media, y la de los puntos quizá media pulgada más. Las franjas figurativas estaban en bajorrelieve, con el fondo rebajado unas dos pulgadas respecto de la superficie original de la pared. En algunos casos podían discernirse vestigios de antigua policromía, aunque con el paso de incontables eones se había desintegrado y borrado cualquier pigmento que pudieran haber aplicado. Cuanto más examinaba uno la maravillosa técnica, más admiración le producía. Debajo de su estricto convencionalismo podía captarse la meticulosa y cuidada observación y habilidad gráfica de los artistas; y, a decir verdad, las mismas convenciones servían para simbolizar y acentuar la esencia real o diferenciación vital de cada objeto delineado. Intuíamos, también, que además de estas excelencias reconocibles había otras implícitas que estaban fuera de nuestro alcance. Ciertos rasgos aquí y allá proporcionaban indicios de símbolos y estímulos latentes que otra constitución racional y emocional, o un aparato sensorial más completo, o distinto, podría haber encontrado de profunda e intensa significación para nosotros.

Los motivos de los relieves correspondían claramente a la vida de la desaparecida época de su elaboración, y contenían una parte importante de evidente historia. Esta insólita preocupación de la antigua raza por la historia^[501] —circunstancia fortuita que obraba milagrosamente a nuestro favor— hacía que los relieves fueran enormemente informativos para nosotros, por lo que decidimos que la tarea de fotografiarlos y transcribirlos debía estar por encima de ninguna otra. En algunas estancias la disposición predominante variaba con la presencia de mapas, cartas astronómicas y otros dibujos científicos a escala ampliada... elementos que proporcionaban una ingenua y terrible confirmación de lo que habíamos inferido de los frisos y zócalos figurados. Al referir ahora lo que estos relieves revelaban, mi sola esperanza es que mis palabras no despierten en los que me crean más curiosidad que la que dicta la sana prudencia. Sería trágico que alguien, cautivado por la misma advertencia que pretende disuadirle, se sintiera atraído hacia ese reino de horror y de muerte.

Interrumpiendo estos muros esculpidos había altas ventanas e imponentes puertas de doce pies, de las que se conservaban a veces, petrificadas —minuciosamente talladas y pulidas—, las tablas de las contraventanas y las puertas. Los herrajes habían desaparecido hacía tiempo. Pero algunas puertas seguían en su sitio, y había que apartarlas para pasar de una a otra habitación. Aquí y allá subsistían marcos de ventanas con singulares paneles transparentes —la mayoría elípticos—, aunque no en abundancia. Había también frecuentes hornacinas de gran tamaño, generalmente vacías, si bien algunas las ocupaban extraños objetos tallados en esteatita verde que, o estaban rotos, o quizá los juzgaron de muy poco valor para que mereciera la pena llevárselos. Otras aberturas comunicaban indudablemente con instalaciones mecánicas desaparecidas —calefacción, iluminación y cosas así—, como sugerían multitud de relieves. Los techos solían ser simples; pero a veces estaban adornados con esteatita verde u otra clase de azulejos, la mayoría desprendidos ahora. Los suelos también

estaban pavimentados con esos azulejos, aunque predominaba el enlosado de piedra.

Como he dicho, no había muebles ni objetos de ninguna clase; pero las esculturas daban clara idea de los extraños artilugios que en otro tiempo habían llenado estas estancias resonantes y de aspecto sepulcral. Los suelos que había por encima de la capa glacial estaban generalmente cubiertos de detritos, escombros y suciedad; pero en los de debajo este estado era mucho menos frecuente: en algunas cámaras y corredores' había poco más que polvo arenoso o incrustaciones antiguas, en tanto que en otras zonas reinaba un asombroso aire de limpieza recién hecha. Naturalmente, allí donde se habían producido grietas o derrumbamientos, las plantas inferiores estaban tan sucias como las de arriba. Un patio central —como habíamos visto desde el aire en otras construcciones— salvaba de una total oscuridad a las regiones de dentro; de manera que en las estancias superiores rara vez tuvimos que hacer uso de la linterna, salvo para examinar detalles esculpidos. Debajo de la capa de hielo, sin embargo, el crepúsculo se hacía más denso; y en muchas regiones de la laberíntica planta la oscuridad era casi completa.

Para que uno se haga una ligera idea de nuestros pensamientos y sentimientos al adentrarnos en este laberinto de inhumana albañilería y eterno silencio, debe correlacionar un caos vertiginoso de fugaces recuerdos, impresiones y estados de ánimo. La sobrecogedora antigüedad y mortal desolación del lugar bastaban para anonadar a cualquier persona sensible; pero a estos elementos se sumaba el reciente e inexplicable horror acontecido en el campamento, y las revelaciones que muy pronto descubrimos en los relieves murales a nuestro alrededor. En el instante en que topamos con un tramo de relieve en perfecto estado, en el que no cabía ambigüedad ninguna en la interpretación, un breve examen nos bastó para leer la espantosa verdad; una verdad que sería ingenuo pretender que ni Danforth ni yo, cada uno por nuestra cuenta, habíamos sospechado ya, aunque nos habíamos abstenido

discretamente de exteriorizarla. No cabía ahora ninguna piadosa duda sobre la naturaleza de los seres que habían construido y habitado esta monstruosa ciudad hacía millones de años, cuando los antepasados del hombre eran arcaicos y primitivos mamíferos, y los grandes dinosaurios vagaban por las estepas tropicales de Europa y Asia^[502].

Nos habíamos aferrado hasta ahora a una desesperada alternativa y nos habíamos repetido —en nuestro interior— que la omnipresencia de motivos con cinco puntas sólo significaba alguna exaltación cultural o religiosa del objeto natural arqueano que de manera tan patente materializaba la condición estrellada, del mismo modo que los motivos decorativos de la Creta minoica exaltaban el toro sagrado, los de Egipto el escarabeo, los de Roma el lobo y el águila, y los de algunas tribus salvajes su animal totémico^[503]. Pero ahora nos habíamos quedado sin ese refugio solitario, y nos vimos forzados a aceptar algo que amenazaba el equilibrio de la razón, y que sin duda el lector de estas páginas ha comprendido ya hace mucho. No me siento capaz de consignarlo ni siquiera ahora; aunque tal vez no hace falta.

Los seres que erigieron y habitaron esta tremenda albañilería en la época de los dinosaurios no eran por supuesto dinosaurios, sino algo mucho peor. Los simples dinosaurios eran animales recientes y casi acéfalos... pero los constructores de la ciudad eran sabios y viejos, y habían dejado rastros en unos sillares que ya entonces hacía casi mil millones de años que estaban colocados; sillares colocados antes de que la vida actual de la Tierra hubiese avanzado más allá de los grupos plásticos de células... sillares colocados antes de que la auténtica vida de la Tierra asomara a la existencia. Ellos fueron los hacedores, los esclavizadores de esa vida y, sin la más pequeña duda, los originales de esos mitos diabólicos anteriores a los que hacen referencia documentos como los Manuscritos Pnakóticos o el *Necronomicon*. Eran los Grandes Antiguos que, venidos de las estrellas, se habían infiltrado en la Tierra cuando esta era joven; seres cuya sustancia procedía de una

evolución extraña, y cuyos poderes eran de una índole como este planeta jamás había producido. Y pensar que sólo el día antes Danforth y yo habíamos estado examinando fragmentos de esa sustancia fosilizada hacía milenios... y que el pobre Lake y su grupo habían podido ver sus contornos completos...

Me es imposible relatar ordenadamente las etapas en que fuimos recogiendo lo que sabemos de ese capítulo monstruoso de la vida prehumana. Tras la conmoción que supuso la revelación incontestable, tuvimos que detenernos un rato para recobrarlos; y eran lo menos las tres cuando iniciamos una inspección sistemática. Los relieves del edificio en el que habíamos entrado eran de fecha relativamente tardía —quizá de hacía unos dos millones de años—, según comprobamos por algunos detalles geológicos, biológicos y astronómicos, y reflejaban un arte que habría que calificar de decadente, comparado con el de las muestras que encontramos en edificios más viejos al cruzar algún puente bajo la capa glacial. Un edificio tallado en roca viva parecía remontarse incluso a cincuenta millones de años —al Eoceno Inferior o al Cretácico Superior—, y contenía bajorrelieves de una madurez que superaba cuanto habíamos visto. Con una tremenda particularidad: era, hemos convenido después, la estructura doméstica más antigua que recorrimos.

Si no fuera porque cuento con el apoyo de esas fotos que pronto serán públicas, me abstendría de explicar qué es lo que encontré y a qué conclusiones llegué, no fuera que me encerrasen en un manicomio. Por supuesto, los retazos infinitamente primitivos que componían la historia fraccionada —representando la vida preterrestre de los seres de cabeza estrellada en otros planetas, otras galaxias y otros universos— se pueden interpretar fácilmente como una mitología fantástica de dichos seres; sin embargo, esos retazos incluían a veces dibujos y diagramas tan misteriosamente cercanos a los últimos descubrimientos de la matemática y la astrofísica que no sé qué pensar. Que otros juzguen cuando vean las fotografías que voy a publicar.

Desde luego, ningún conjunto de relieves narraba más de una secuencia de la historia; tampoco empezamos a encontrar las diversas etapas de esa historia en el orden debido. En algunas de las inmensas estancias los relieves contenían episodios independientes; otras veces, en cambio, la crónica se desarrollaba de forma continuada a través de una serie de estancias y corredores. Los planos y diagramas más completos los descubrimos en los muros de un abismo espantoso que se abría incluso debajo del antiguo nivel del suelo: una caverna de quizá 200 pies cuadrados y sesenta de altura, que casi con seguridad había sido centro educativo. Había multitud de fastidiosas repeticiones de elementos en diferentes salas y edificios, dado que ciertos capítulos, y ciertos resúmenes o fases de la historia de la raza, habían sido evidentemente temas predilectos de los distintos decoradores o moradores. A veces, no obstante, alguna variante de un mismo asunto nos sirvió para establecer puntos discutibles o llenar lagunas.

Aún me admira que dedujéramos tantas cosas en el poco tiempo de que dispusimos. A decir verdad, aun ahora tenemos sólo el bosquejo meramente lineal; y en su mayor parte lo obtuvimos más tarde, al examinar las fotografías y bocetos que hicimos. Puede que el origen inmediato de la actual depresión de Danforth esté en ese examen posterior, en la evocación de impresiones y recuerdos, sumada a su hipersensibilidad y a esa supuesta visión final de horror que tuvo y que ni siquiera a mí quiere confiarme. Pero no podía ser de otro modo; porque no podemos hacer pública una advertencia razonable sin facilitar la mayor información posible; y es absolutamente necesario hacerla pública. Ciertas influencias que perviven en ese desconocido mundo antártico de tiempo dislocado y leyes naturales extramundanas hacen desaconsejable otra exploración.

VII

La historia completa, hasta donde la hemos descifrado, aparecerá en breve en una publicación oficial de la Miskatonic University. Aquí expondré solamente los rasgos más sobresalientes sin seguir un orden o esquema. Mito o no, los relieves hablaban de la llegada de esos seres asterocéfalos, procedentes del espacio cósmico a la Tierra recién nacida y sin vida; de su llegada, y de la llegada de muchas otras entidades extrañas que en determinadas épocas emprenden colonizaciones espaciales. Parece ser que eran capaces de cruzar el éter^[504] interestelar con sus inmensas alas membranosas, confirmando así, extrañamente, una curiosa creencia popular que hace tiempo me contó un colega anticuario^[505]. Habían vivido mucho tiempo bajo el mar, donde construyeron fantásticas ciudades y trabaron batallas terroríficas con adversarios innominados en las que se valieron de complicados dispositivos dotados de desconocidas fuentes de energía. Evidentemente, sus conocimientos científicos y mecánicos sobrepasaban a los del hombre actual, aunque sólo utilizaban sus formas más amplias y complicadas cuando se veían obligados^[506]. Algunos relieves sugerían que habían experimentado una etapa de vida mecanizada en otros planetas, pero la habían dejado al no encontrarla emocionalmente satisfactoria en sus efectos^[507]. La preternatural dureza orgánica y simplicidad de necesidades naturales los hacía excepcionalmente capaces de vivir en un plano elevado sin recurrir a los frutos más especializados de la producción artificial, ni siquiera a la ropa, salvo para protegerse en ocasiones contra los elementos.

Fue bajo el mar, al principio para procurarse alimento y después por otros motivos, donde crearon vida terrestre por primera vez, utilizando sustancias accesibles según métodos largo tiempo conocidos. Después de aniquilar a diversos enemigos cósmicos emprendieron experimentos más complicados. Lo mismo habían hecho en otros planetas tras elaborar no sólo alimentos, sino

determinadas masas protoplasmáticas multicelulares capaces de transformar sus propios tejidos, por influjo hipnótico, en toda suerte de órganos temporales, creando así esclavos ideales para ejecutar los trabajos pesados de la comunidad. Estas masas viscosas eran sin duda a las que Abdul Alhazred hace alusión con el nombre de «shoggoths»^[508] en su espantoso *Necronomicon*; aunque no dice este árabe loco que exista ninguno en la Tierra, salvo en los sueños de los que hayan masticado cierta yerba alcaloide. Una vez que los Antiguos asterocéfalos de este planeta hubieron sintetizado las simples sustancias nutrientes y creado suficiente cantidad de «shoggoths», dejaron que otros grupos de células evolucionasen hacia formas de vida animal y vegetal convenientes para distintos fines, eliminando aquellas cuya existencia se convertía en una molestia.

Con ayuda de los shoggoths, cuyas expansiones podían emplearse para levantar pesos prodigiosos, crecieron las pequeñas ciudades bajo el mar hasta convertirse en inmensos e imponentes laberintos de piedra no muy distintos de los que más tarde se alzaron en tierra. A decir verdad, los altamente adaptables Antiguos habían vivido bastante fuera del agua en otras partes del universo, y probablemente conservaban muchas tradiciones de la construcción al aire. Al examinar la arquitectura de estas ciudades paleógenas esculpidas, incluida la que estábamos recorriendo en estos momentos por pasadizos muertos desde hacía millones de años, nos impresionó una curiosa coincidencia que aún no hemos intentado explicar, ni siquiera a nosotros mismos. Los remates de los edificios —que en la ciudad que nos rodeaba ahora la erosión había convertido en informes ruinas hacía milenios— estaban claramente representados en los bajorrelieves, donde se veían bosques enormes de torres rematadas en aguja, delicados pináculos sobre el vértice de algunos conos y pirámides, y gradas formadas por delgados discos horizontales que descansaban sobre fustes cilíndricos: exactamente los detalles del horizonte que habíamos visto en el monstruoso e imponente espejismo,

proyectado por una ciudad muerta de la que habían desaparecido hacía miles y decenas de miles de años, y que surgió ante nuestros ojos ignorantes al otro lado de estas inexploradas montañas de locura cuando nos acercábamos al malhadado campamento de Lake.

Sobre la vida de los Antiguos bajo el mar, y la que llevaron más tarde los que emigraron a la superficie, podrían escribirse volúmenes enteros. Los que habitaban en aguas someras habían seguido haciendo pleno uso de sus ojos, situados en los extremos de los cinco tentáculos principales de la cabeza, y habían practicado el arte de la escultura y el de la escritura de manera totalmente convencional, con un estilo sobre superficies enceradas sumergibles. Los de las profundidades oceánicas, aunque se valían de un curioso órgano fosforescente que les proporcionaba luz, completaban su visión con oscuros sentidos especiales que operaban mediante cilios prismáticos dispuestos en la cabeza; sentidos gracias a los cuales los Antiguos podían prescindir de la luz en caso de urgente necesidad. Su escultura y escritura habían cambiado de manera singular durante la etapa sumergida, incorporando ciertos procesos de recubrimiento evidentemente químicos —sin duda para obtener fosforescencia— que los bajorrelieves no nos pudieron aclarar. Estos seres se desplazaban en el mar en parte nadando —utilizando brazos crinoideos laterales— y en parte agitando la hilera inferior de tentáculos que tenían en los seudopiés. De cuando en cuando realizaban largos descensos con la ayuda auxiliar de dos o más pares de alas plegables en abanico. En tierra se valían de los seudopiés; aunque a veces se elevaban a grandes alturas o cubrían largas distancias con las alas. Los múltiples y delgados tentáculos en que se ramificaban los brazos crinoideos eran infinitamente delicados, flexibles, y de precisa coordinación neuromuscular, lo que les proporcionaba una gran habilidad y destreza en operaciones manuales artísticas y de todo tipo.

La dureza de estos seres era casi increíble. Ni siquiera las terribles presiones del fondo marino más profundo eran capaces de causarles daño. Al parecer morían muy pocos, salvo por violencia, y sus necrópolis eran muy escasas. El hecho de que cubriesen a sus muertos, inhumados verticalmente, con túmulos sobrescritos en forma de cinco puntas nos inspiró pensamientos a Danforth y a mí que hicieron que nos detuviéramos otra vez para recobrarlos, después de lo que revelaban los relieves. Estos seres se multiplicaban por esporas —igual que las plantas pteridófitas, como Lake había sospechado—; pero debido a su prodigiosa dureza y longevidad, y a la poca necesidad de reemplazarse, no se fomentaba la aparición a gran escala de nuevos protalos, salvo cuando decidían colonizar nuevas regiones^[509]. Los jóvenes maduraban deprisa, y se les daba una educación que superaba cuanto podemos imaginar. Su vida estética e intelectual era sumamente evolucionada, y daba lugar a una serie de costumbres e instituciones duraderas que describiré con más detalle en mi próxima monografía; estas variaban ligeramente según que su morada estuviera en el mar o en tierra; aunque su esencia y fundamentos eran los mismos.

Aunque capaces, como los vegetales, de extraer nutrientes de sustancias inorgánicas, preferían mucho más el alimento orgánico, y sobre todo el animal. Bajo el mar comían vida marina cruda; en tierra, sin embargo, guisaban la comida. Cazaban animales y criaban rebaños para carne, sacrificaban con armas afiladas cuyas extrañas marcas en algunos huesos fósiles había notado nuestra expedición. Resistían maravillosamente las temperaturas normales; y en su estado natural podían vivir en el agua hasta el punto de congelación. Cuando llegaron los grandes fríos del Pleistoceno, sin embargo —hace cerca de un millón de años—, los que habitaban en tierra tuvieron que recurrir a medidas especiales, incluido el calor artificial, hasta que finalmente los grandes fríos parece que les obligaron a regresar al mar. Para sus prehistóricos vuelos a través del espacio cósmico, dice la leyenda, absorbían ciertas sustancias

químicas que casi les volvía independientes del alimento, la respiración y las condiciones térmicas. Pero antes de la llegada de los grandes fríos habían perdido ya toda memoria de dicho procedimiento. En cualquier caso, no habrían podido prolongar indefinidamente ese estado artificial.

Dado que su estructura era semivegetal y no necesitaban del apareamiento, los Antiguos carecían de una base biológica para la etapa familiar propia de la vida mamífera, si bien parece que se organizaban en grandes comunidades sobre los principios de espacio útil suficiente, y —según pudimos inferir de las ocupaciones y diversiones de los moradores de una comunidad representada en los relieves— el de la asociación mental compatible. A la hora de amueblar sus moradas, colocaban todos los elementos en el centro de las grandes estancias, dejando libres los espacios junto a los muros para el tratamiento decorativo. La iluminación, en el caso de los que vivían fuera del agua, se la procuraban mediante artefactos probablemente de carácter electroquímico. Tanto en tierra como bajo el mar utilizaban curiosas mesas, sillas y lechos en forma de armazones cilíndricos —porque descansaban y dormían de pie, con los tentáculos plegados—, y anaqueles para los conjuntos de placas engoznadas y cubiertas de puntos que constituían sus libros.

El gobierno era evidentemente complejo, y probablemente socialista^[510], aunque no podía deducirse nada cierto de los relieves que vimos. Había un extenso comercio, tanto local como interurbano; y utilizaban como moneda unas fichas planas, estrelladas y grabadas. Probablemente las pequeñas esteatitas verdosas halladas por nuestra expedición eran piezas de esta especie de dinero. Aunque la cultura era principalmente urbana, habían tenido cierta agricultura y bastante ganadería. También habían practicado la minería y la pequeña industria. Habían viajado muy a menudo, pero debió de ser relativamente rara la migración permanente, salvo en los vastos movimientos colonizadores que servían de expansión de la especie. Para la locomoción individual no se valían de ayuda externa; tanto si se trataba de

desplazamientos aéreos como terrestres o acuáticos, los Antiguos contaban con facultades prodigiosas para la velocidad. Para el transporte, no obstante, utilizaban bestias de carga: shoggoths cuando era bajo el mar, y una extraña variedad de vertebrados primitivos, en los últimos años de su existencia, cuando era en tierra.

Estos vertebrados, al igual que infinidad de formas de vida — animal y vegetal, marina, terrestre y aérea—, eran resultado de una evolución no dirigida que se había operado en células-vida creadas por los Antiguos, pero que habían quedado fuera de su campo de atención. Habían dejado que se desarrollaran sin control, porque no entraban en conflicto con los seres dominantes. Naturalmente, las formas molestas las eliminaban automáticamente. Nos resultó interesante descubrir en algunos de los relieves más recientes y decadentes un mamífero primitivo de marcha vacilante, utilizado por los moradores terrestres unas veces como carne y otras como bufón, en el que se prefiguraban de manera inequívoca rasgos simiescos o humanos. En los edificios de las ciudades terrestres, los encargados de subir los enormes sillares de piedra de las torres eran pterodáctilos de alas inmensas, de una especie hasta ahora desconocida por la paleontología.

La persistencia con que los Antiguos sobrevivieron a las diversas convulsiones y cambios geológicos de la corteza terrestre era poco menos que milagrosa. Aunque parece que casi ninguna de sus primeras ciudades subsistió más allá de la Era Arqueana, no hubo discontinuidad en su civilización ni en la transmisión de sus anales. El lugar original de su llegada al planeta fue el Océano Antártico, y probablemente lo hicieron no mucho después de que la materia que formó la luna se desprendiera del vecino Pacífico Sur^[511]. Según uno de los mapas tallados, el globo entero estuvo una vez cubierto por las aguas, con ciudades de piedra propagándose cada vez más lejos del Antártico a medida que transcurrían los milenios. Otro mapa muestra una inmensa porción de tierra seca alrededor del Polo Sur, donde es evidente que algunos seres crearon

asentamientos experimentales, aunque sus centros principales se trasladaron al fondo oceánico más cercano. Mapas posteriores, que muestran esta masa terrestre escindiéndose y separándose, y desplazando algunas partes separadas hacia el norte, corroboraban de manera sorprendente las teorías de la deriva continental recientemente formuladas por Taylor, Wegener y Joly^[512].

Con el levantamiento de nueva tierra en el Pacífico Sur se originaron tremendos cataclismos. Algunas ciudades marinas quedaron atrasadas irremediablemente; aunque no fue esa la peor desgracia. Otra raza —una raza terrestre de seres parecidos a pulpos, probablemente correspondiente a la fabulosa prole prehumana de Cthulhu^[513]— empezó a llegar procedente de la infinitud cósmica, e inició una guerra monstruosa que durante un tiempo obligó a los Antiguos a refugiarse en el mar; golpe colosal, habida cuenta de los asentamientos terrestres cada vez más numerosos. Más tarde alcanzaron una paz, y las nuevas tierras fueron cedidas a la prole de Cthulhu, en tanto los Antiguos conservaban el mar y las tierras anteriores. Se fundaron nuevas ciudades fuera del agua: las más grandes del Antártico, porque esta región adonde llegaron por primera vez era sagrada. Desde entonces, el Antártico siguió siendo el centro de la civilización de los Antiguos, y todas las ciudades construidas allí por la prole de Cthulhu fueron borradas. Después, de repente, las tierras del Pacífico volvieron a hundirse, llevándose consigo la espantosa ciudad de piedra de R'lyeh con todos los pulpos cósmicos, de manera que los Antiguos volvieron a dominar el planeta, aunque no se libraron del miedo oscuro del que preferían no hablar. En época bastante tardía, sus ciudades salpicaron toda la tierra y los fondos marinos del globo; de ahí la recomendación que pienso hacer en mi próxima monografía de que algún arqueólogo realice calas sistemáticas con el tipo de aparato de Pabodie en ciertas regiones muy separadas.

La tendencia constante a lo largo de las épocas fue salir de las aguas; inclinación que alentaba el surgimiento de nuevas masas de

tierra, aunque nunca abandonaron del todo el océano. Otra causa del movimiento hacia tierra fue la nueva dificultad para criar y domar shoggoths, de los que dependía la vida en el mar. Con el paso del tiempo, como confesaban los relieves con tristeza, se perdió el arte de crear vida a partir de la materia inorgánica, por lo que los Antiguos tuvieron que recurrir al modelado de formas ya existentes. En tierra, los grandes reptiles se revelaron sumamente manejables; pero los shoggoths marinos, que se reproducían por escisión y estaban adquiriendo un peligroso grado de inteligencia occidental, supusieron durante cierto tiempo un problema formidable.

Los Antiguos siempre los habían tenido sometidos por sugestión hipnótica, y habían modelado su dura plasticidad para dotarlos de varios y útiles miembros y órganos temporales; pero ahora ellos mismos ejercitaban a veces esta facultad de automodelarse por su cuenta, imitando diversas formas que anteriormente les habían sido implantadas por sugestión. Parecía que habían desarrollado un cerebro semiestable cuya volición separada y ocasionalmente obstinada era reflejo de la de los Antiguos, a los que no siempre obedecían. Las imágenes esculpidas de estos shoggoths nos llenaron de repugnancia y horror a Danforth y a mí. Eran por regla general entidades informes compuestas de una gelatina viscosa, y semejantes a un conglomerado de burbujas; y cada individuo medía unos quince pies de diámetro cuando adoptaban la forma de esfera. No obstante, cambiaban continuamente de figura y volumen, emitiendo prolongaciones o formando aparentes órganos visuales, orales y auditivos a imitación de sus amos, bien de manera espontánea, o bien sugerida.

Al parecer se volvieron particularmente indóciles hacia mitad del Pérmico, hace quizá 150 millones de años^[514], cuando los Antiguos marinos emprendieron contra ellos una guerra para volverlos a la obediencia. Las imágenes de esta guerra, y la manera como los shoggoths dejaban a sus víctimas, descabezadas y cubiertas de baba, conservaban una elocuencia realmente tremenda a pesar del abismo de incontables edades que mediaban. Los Antiguos

emplearon contra estas entidades rebeldes extrañas armas que causaban una alteración molecular; y al final lograron una completa victoria. Los relieves posteriores mostraban un periodo en el que los shoggoths eran domados y sometidos por los Antiguos, tal como hacían los vaqueros con los caballos salvajes en el oeste americano. Aunque durante la rebelión los shoggoths manifestaron cierta aptitud para vivir fuera del agua, no se les estimuló esta transición, dado que su utilidad en tierra no habría compensado los problemas de su manejo.

Durante el periodo Jurásico los Antiguos se enfrentaron a otra adversidad, en forma de una nueva invasión del espacio exterior^[515]; esta vez de seres semifungosos, semicrustáceos, de un planeta identificable como el remoto y recién descubierto Plutón: los mismos seres indudablemente que aparecían en ciertas leyendas de las montañas del norte, y eran recordados en el Himalaya como los mi-go, o abominables hombres de las nieves. Para hacer frente a estos seres los Antiguos, por primera vez desde su llegada a la Tierra, intentaron salir de nuevo al éter interplanetario; pero a pesar de todos los preparativos tradicionales, descubrieron que ya no eran capaces de abandonar la atmósfera de la Tierra. Fuera cual fuese el antiguo secreto del viaje interestelar, ahora se había perdido para la raza. Al final, los mi-go expulsaron a los Antiguos de las tierras nórdicas, aunque no pudieron inquietar siquiera a los del mar. Y poco a poco la raza más antigua inició la lenta retirada a su hábitat antártico original.

Era curioso observar en las batallas representadas que tanto los seres de la freza de Cthulhu como los mi-go eran de una materia mucho más ajena a la que conocemos que la sustancia de los Antiguos. Eran capaces de transformaciones y reintegraciones imposibles para sus adversarios, y por tanto parecían provenir originalmente de abismos aún más remotos del espacio cósmico. Los Antiguos, salvo su anormal dureza y sus peculiares propiedades vitales, eran estrictamente materiales, y debieron de tener su origen absoluto dentro del continuo espacio-tiempo conocido; mientras que

las fuentes primeras de esos otros seres sólo pueden sugerirse en voz baja. Esto, naturalmente, suponiendo que las vinculaciones y anomalías no terrestres atribuidas a los enemigos invasores no sean puro mito. Es concebible que los Antiguos inventaran un marco cósmico para justificar sus derrotas ocasionales, toda vez que sus rasgos psicológicos más destacados eran evidentemente el interés por la historia y el orgullo. Es significativo que sus anales no hicieran referencia a multitud de razas avanzadas y poderosas de seres cuyas extraordinarias culturas y altísimas ciudades figuran persistentemente en ciertas leyendas oscuras.

El estado cambiante del mundo a lo largo de las eras geológicas aparecía con asombrosa fuerza en muchas escenas y mapas tallados. La ciencia existente requerirá una revisión en algunos casos, si bien en otros se confirman espléndidamente sus osadas deducciones. Como he dicho, la hipótesis de Taylor, Wegener y Joly de que los continentes son fragmentos de una masa de tierra antártica original que se desgajaron como consecuencia de la fuerza centrífuga y se desplazaron sobre una superficie viscosa inferior — hipótesis que sugieren cosas tales como los contornos complementarios de África y Sudamérica, y el tipo de plegamiento de las grandes cordilleras— recibe el sorprendente apoyo de esta insólita fuente.

Los mapas que mostraban el mundo carbonífero de hace cien millones de años o más señalaban importantes grietas y simas llamadas a separar África de los anteriores reinos continuos de Europa (entonces la Valusia de la horrible leyenda), Asia, las Américas y el continente antártico. Otras cartas —y muy especialmente una relacionada con la fundación, hace cincuenta millones de años, de la vasta ciudad muerta que nos rodeaba— mostraban bien diferenciados los continentes actuales. Y en la última que descubrimos —que databa quizá del Plioceno—, aparecía claramente el mundo más o menos como es hoy, pese a la unión de Alaska con Siberia, de América del Norte con Europa mediante Groenlandia, y de América del Sur con el continente

antártico mediante la tierra de Graham. En el mapa del Carbonífero, el globo entero —tanto el suelo oceánico como la masa terrestre escindida— contenía símbolos de inmensas ciudades de piedra de los Antiguos, pero en las cartas posteriores se veía con total claridad su retroceso gradual hacia el Antártico. La última carta del Plioceno no mostraba ciudades terrestres —salvo en el continente antártico y en la punta de América del Sur— ni oceánicas al norte del paralelo cincuenta de latitud sur. El conocimiento del mundo nórdico y su interés por él, salvo un estudio de los litorales probablemente realizado durante largos vuelos de reconocimiento con esas alas membranosas en abanico, habían declinado evidentemente entre los Antiguos hasta desaparecer.

La destrucción de ciudades debido a los plegamientos, a la separación de los continentes, a las convulsiones sísmicas de la Tierra y de los fondos marinos y demás causas naturales, eran asuntos que se registraban puntualmente; y llamaba la atención cómo con el transcurso de los tiempos se iban volviendo cada vez menos frecuentes las reconstrucciones. La vasta megalópolis muerta que se abría a nuestro alrededor fue por lo visto el último centro general de la raza, construido a principios del periodo Cretácico después de que un gigantesco plegamiento borrara una predecesora aún más vasta no muy lejana. Al parecer, esta región era el lugar más sagrado de todos, donde se decía que los primeros Antiguos se habían establecido en un fondo marino primigenio. Se tenía por cierto que en la nueva ciudad —muchos de cuyos rasgos pudimos reconocer en los relieves, pero que se extendía lo menos un centenar de millas a lo largo de la cordillera en una y otra dirección, más allá de los límites que alcanzamos en nuestro reconocimiento aéreo— se habían conservado ciertas piedras sagradas que habían formado parte de la primera ciudad sumergida, y que emergieron a la superficie, tras largas épocas, durante el plegamiento general de los estratos.

VIII

Naturalmente, Danforth y yo estudiamos con especial interés, y una singular sensación de peligro personal, todo cuanto había en la inmediata vecindad. Era abundantísimo aquí el material de esta clase; y en el laberíntico nivel del suelo de la ciudad tuvimos la suerte de encontrar una casa de fecha muy tardía en cuyas paredes, aunque algo dañadas a causa de una fractura cercana, encontramos relieves de un estilo decadente con la historia de la región hasta mucho después del periodo del mapa del Plioceno, de los que obtuvimos una última visión general del mundo prehumano. Éste fue el último lugar que examinamos con detalle; porque lo que encontramos allí nos hizo cambiar de meta inmediata.

Era evidente que estábamos en el rincón más extraño, misterioso y terrible del globo terrestre. De todas las regiones existentes, era la más infinitamente antigua; y cada vez era más firme nuestra convicción de que esta espantosa altiplanicie no podía ser otra que la pesadillesca y fabulosa meseta de Leng, de la que incluso al autor loco del *Necronomicon* le costaba hablar. La gran cadena de montañas era tremendamente larga: se iniciaba como una cordillera baja en la Tierra de Luitpold, en la costa del mar de Weddell, y cruzaba prácticamente el continente entero. La parte verdaderamente alta describía un arco formidable desde 82° latitud E, 115° longitud E más o menos, con la cara cóncava hacia nuestro campamento, y su extremo más cercano al mar en la región de esa costa larga y cerrada por el hielo, cuyas alturas avistaron Wilkes y Mawson^[516] en el Círculo Antártico.

Sin embargo, extremidades más monstruosas de la Naturaleza parecían inquietantemente cercanas. He dicho que estos picos son más altos que los del Himalaya; pero los relieves me impiden decir que sean los más altos de la Tierra: ese terrible honor lo reservan, sin ninguna duda, a algo que la mitad de ellos dudan en registrar, mientras que otros lo representan con repugnancia y temor. Parece que una parte de la tierra antigua —la primera que emergió de las

aguas después que la Tierra se desprendiese de la Luna y que los Antiguos viniesen de las estrellas—, llegó a ser evitada por considerarla vaga y terriblemente maligna. Las ciudades construidas aquí se desmoronaban prematuramente, y fueron evacuadas de repente. Más tarde, cuando el primer gran plegamiento convulsionó la región en el periodo Comanchiense, una pavorosa línea de picos emergió de súbito en medio del más tremendo cataclismo y caos, y la Tierra recibió sus más terribles y altas montañas.

Si la escala de los relieves era correcta, estos montes detestables debían de superar los 40.000 pies, y fueron indeciblemente más altos incluso que las aterradoras montañas de locura que habíamos cruzado. Se extendían, parece ser, de 77° a 70° latitud E, en los 100° de longitud E, y a menos de 300 millas de la ciudad muerta; de manera que habríamos podido avistar sus cumbres temibles en la lejanía del oeste, de no habérselo impedido aquella vaga neblina opalescente. Su extremo norte debía de ser asimismo visible desde el largo litoral del Círculo Polar Antártico en la Tierra de la Reina María.

Algunos Antiguos habían elevado extrañas plegarias a esas montañas en los tiempos de decadencia; pero nadie se acercó jamás a ellas, ni osó imaginar qué había detrás. Ningún ser humano las había visto nunca; y mientras examinaba las emociones plasmadas en los relieves, recé por que nadie más lo hiciera. Hay montes protectores a lo largo de la costa del otro lado, en la Tierra de la Reina María y en la del Kaiser Guillermo, y di gracias al cielo de que nadie hubiera logrado desembarcar y escalarlos. No soy tan escéptico respecto a los viejos temores y consejas como solía; no me río de la idea del escultor prehumano de que los relámpagos se detenían de cuando en cuando en las crestas temibles, y que de una de esas cimas pavorosas surgía un resplandor inexplicable durante toda la larga noche polar. Puede que encierre un significado monstruoso y real lo que se cuenta en los viejos Manuscritos Pnakóticos sobre la Kadath en el Yermo Helado.

Pero el terreno en derredor apenas era menos extraño, aunque sí menos indeciblemente execrable. Poco después de la fundación de la ciudad, la gran cordillera se convirtió en sede de los principales templos, y muchos relieves mostraban qué grotescas y fantásticas torres habían rasgado el cielo donde ahora sólo veíamos murallas y cubos curiosamente colgados. Tiempo después aparecieron las cuevas, y fueron convertidas en dependencias de los templos. En el transcurso de épocas posteriores, las aguas subterráneas disolvieron las vetas calizas de la región, de manera que las montañas, las estribaciones y las llanuras adyacentes se convirtieron en una auténtica red de cavernas y galerías conectadas. Muchos relieves hablaban de exploraciones de esas profundidades del subsuelo, y del descubrimiento final de un mar estigio y sin sol, alojado en las entrañas de la Tierra.

Era indudable que este abismo inmenso y oscuro lo había excavado el gran río que bajaba de las horribles e ignotas montañas del oeste, y que al principio torcía su curso al pie de la cordillera de los Antiguos para seguir junto a esa cadena, hasta el Océano Índico, entre las Tierras de Budd y de Totten, en la Costa de Wilkes. Poco a poco había ido corroyendo la caliza del pie de la montaña en la curva, hasta que al fin su acción socavadora alcanzó las cavernas de las aguas subterráneas y se juntó con estas y abrieron un abismo más profundo. Por último, fue a vaciar su caudal en esa oquedad de los montes, y dejó seco el viejo lecho que se dirigía al océano. Gran parte de la ciudad construida después, como la veíamos nosotros ahora, la habían levantado en ese lecho. Los Antiguos comprendieron lo que había ocurrido y, ejercitando su siempre agudo sentido artístico, habían tallado en forma de pilones ornados esos morros de las estribaciones entre los que la gran corriente iniciaba su descenso hacia las tinieblas eternas.

Este río, en otro tiempo cruzado por docenas de nobles puentes de piedra, era claramente el que habíamos visto seco desde el aeroplano. Su situación en diferentes relieves de la ciudad nos ayudó a hacernos una idea de cómo había sido este escenario en

las diversas etapas de la antiquísima historia de la región, con lo que pudimos trazar un plano apresurado pero preciso de los rasgos más sobresalientes —plazas, edificios importantes y cosas así—, para guiarnos en posteriores exploraciones. Pronto pudimos reconstruir en la imaginación el formidable conjunto tal como fue hace uno o diez o cincuenta millones de años. Porque las esculturas nos decían exactamente cómo habían sido los edificios y las montañas y las plazas y los barrios y el paisaje y la lujuriente vegetación terciaria. Debió de ser de una mística belleza; y absorto en todo esto, casi se me olvidó la sensación de siniestra opresión con que la inhumana vetustez de la metrópoli, y la inmensidad y soledad y lejanía y frío crepuscular, me habían encogido el espíritu. No obstante, según ciertos pasajes de los relieves, los habitantes de esta ciudad habían conocido la zarpa del terror; porque había una escena sombría y recurrente en la que aparecían los Antiguos retrocediendo aterrados ante algo —nunca aparecía definido— que arrastraba el gran río, que lo traía, a través de los ondulantes bosques de cicadáceas cubiertas de enredaderas, de aquellas horribles montañas del oeste.

Sólo en la casa de construcción tardía y relieves decadentes descubrimos cierta prefiguración del desastre final que ocasionó el abandono de la ciudad. Sin duda había en otros lugares multitud de relieves de esa misma época, aun admitiendo las menguadas energías y aspiraciones de un periodo de incertidumbre y de tensión; en efecto, poco después tuvimos pruebas ciertas de que había más. Pero ésta fue la primera y única serie en la que encontramos una referencia directa. Decidimos seguir buscando más tarde. Pero como digo, la situación inmediata nos impuso otro objetivo. Debía de haber una interrupción, no obstante; porque una vez que los Antiguos perdieron la esperanza de seguir habitando el lugar en el futuro, tuvieron que abandonar por completo la decoración mural. El golpe definitivo, por supuesto, fue la llegada de los grandes fríos, que en seguida sometieron casi toda la Tierra a su yugo, y ya no abandonaron los infortunados polos: los grandes fríos

que, en el otro extremo del mundo, pusieron fin a las tierras fabulosas de Lomar y de Hiperbórea.

Sería difícil precisar en años cuándo exactamente se inició esta tendencia en el Antártico. Hoy situamos el principio de las glaciaciones a unos 500.000 años de nosotros; pero en los polos el terrible azote debió de empezar mucho antes. Todos los cálculos cuantitativos no son en realidad sino conjeturas; pero es probable que los relieves decadentes se tallasen hace bastante menos de un millón de años, y que el abandono de la ciudad se completara mucho antes del comienzo aceptado del Pleistoceno —500.000 años— calculado para la superficie terrestre entera.

En los relieves decadentes había signos de una vegetación más rala en todas partes, y de una vida rural disminuida entre los Antiguos. En las casas había aparatos de calefacción, y a los que viajaban en invierno se les representaba enfundados en tejidos protectores. Luego vimos una serie de cartuchos (las franjas continuas se interrumpían a menudo en estos relieves tardíos), en los que se representaba una emigración en constante aumento hacia los refugios más cercanos con clima menos riguroso: unos huían a ciudades bajo el mar, frente a la lejana costa, y otros descendían por una red de cavernas calizas de los montes huecos, hasta el vecino abismo negro de aguas subterráneas.

Al final parece que ese abismo fue el que acogió la más grande colonización. Esto se debió en parte, sin duda, al tradicional carácter sagrado de dicha región; pero quizá la determinó de manera decisiva el hecho de que permitía seguir utilizando los grandes templos de las carcomidas montañas, y conservar la vasta ciudad terrestre como lugar de residencia de verano y base de comunicación con las diversas minas. La conexión entre las antiguas y las nuevas moradas se hizo más efectiva mediante diversas nivelaciones y mejoras de las rutas de enlace, incluida la ejecución de numerosos túneles directos de la antigua metrópoli al negro abismo; túneles que bajaban en brusca pendiente, y cuyas bocas situamos con precisión, de acuerdo con nuestras

estimaciones más minuciosas, en el plano-guía que estábamos compilando. Era evidente que al menos dos de estos túneles se hallaban a una distancia razonable de donde nos encontrábamos, en el extremo de la ciudad que miraba hacia la montaña: uno a menos de un cuarto de milla hacia el antiguo lecho del río, y el otro, quizá al doble de distancia, en dirección opuesta.

El abismo, al parecer, tenía franjas de tierra seca en algunos lugares; pero los Antiguos construyeron su nueva ciudad bajo el agua: sin duda para contar con más seguridad con una temperatura uniforme. La profundidad del mar oculto era por lo visto muy grande, de manera que el calor interior de la tierra garantizaba su habitabilidad. Y no les fue difícil adaptarse a una vida subacuática, ya que no habían dejado que se les atrofiase su sistema de branquias. Muchos relieves mostraban cómo habían visitado con frecuencia a sus parientes submarinos de otras partes, y cómo se habían bañado habitualmente en el caudal profundo de su gran río. Asimismo, la oscuridad de la tierra interior no fue argumento disuasorio para una raza acostumbrada a las largas noches antárticas.

Pese a que el estilo era decadente, estos relieves más recientes adquirían una calidad verdaderamente épica cuando representaban la construcción de la nueva ciudad en el mar de la caverna. Los Antiguos la habían acometido de manera concienzuda; extrayendo rocas insolubles del corazón de las montañas carcomidas, y empleando trabajadores expertos de la ciudad submarina más cercana, a fin de que la obra se ejecutase conforme a los mejores métodos. Estos constructores habían llevado consigo cuanto era necesario para los trabajos de la nueva empresa: tejido-shoggoth para producir levantadores de piedras y bestias de carga necesarias para la ciudad de las cavernas, así como otra materia protoplasmática con que moldear organismos fosforescentes para la iluminación. Por fin, en el fondo de ese mar estigio se alzó una poderosa metrópoli de arquitectura muy parecida a la ciudad de arriba, y cuya fábrica denotaba poca decadencia debido al elemento

de precisa matemática inherente a los trabajos de construcción. Los shoggoths de nueva producción se hicieron de enorme tamaño y singular inteligencia, y se los representaba recibiendo y ejecutando órdenes con asombrosa rapidez. Parece que hablaban con los Antiguos imitando su voz —un sonido aflautado de amplio registro, si los resultados de la disección hecha por el pobre Lake eran correctos—, y actuaban más por órdenes a viva voz que por sugestión hipnótica como en tiempos anteriores. No obstante, se les tenía admirablemente controlados. En cuanto a los organismos fosforescentes, proporcionaban luz con enorme efectividad, y suplían la pérdida de las familiares auroras polares de la noche del mundo exterior.

Practicaban el arte y la decoración, aunque con cierta decadencia como es natural. Los Antiguos se daban cuenta de este declive, y en muchos casos se anticiparon a la política de Constantino el Grande^[517] trasplantando bloques de antigua escultura de la ciudad terrestre; igual que el emperador, en una época similar de ocaso, despojó Grecia y Asia de su arte más hermoso para dar a su nueva capital bizantina un esplendor que su propio pueblo no era capaz de producir. Que el traslado de bloques esculpidos no llegara a ser más general se debió indudablemente a que la ciudad de la superficie no fue completamente evacuada al principio. Cuando al fin quedó vacía —lo que debió de ocurrir antes de que avanzase demasiado el Pleistoceno polar—, los Antiguos ya se habían reconciliado con su arte decadente, o quizá habían dejado de reconocer el mérito superior de la escultura anterior. En cualquier caso, las ruinas mudas que nos rodeaban no habían sufrido un despojo general; aunque las mejores tallas exentas, como otros bienes muebles, habían desaparecido.

Los dados y cartuchos decadentes que contaban esta historia eran, como he dicho, lo más reciente que hallamos en nuestra limitada inspección. Nos dejaron con la imagen de los Antiguos trasladándose a la ciudad terrestre en verano y regresando a la ciudad bajo el mar de la caverna en invierno, y a veces comerciando

con las ciudades submarinas frente a la costa antártica. Hacia esa época debieron de dar por definitivamente perdida la ciudad terrestre. Porque los relieves mostraban multitud de signos del avance letal de los fríos. La vegetación fue decayendo y las nieves terribles del invierno no se deshacían ni siquiera en pleno verano. El ganado saurio sucumbió casi todo, y los mamíferos no resistían. Para seguir con el trabajo del mundo superior fue preciso adaptar para la vida de la superficie ciertos shoggoths amorfos, singularmente resistentes al frío, cosa a la que los Antiguos habían estado poco dispuestos. El gran río se había quedado sin vida, y el mar superior había perdido a la mayoría de sus habitantes, exceptuadas las focas y las ballenas. Todas las aves habían huido, salvo los grandes y grotescos pingüinos.

Sobre lo que ocurrió después sólo pudimos hacer suposiciones. ¿Cuánto tiempo había sobrevivido la nueva ciudad de la caverna marina? ¿Seguía allí, cadáver de piedra sepultado en la eterna negrura? ¿Se habían helado finalmente las aguas subterráneas? ¿A qué destino se habían entregado las ciudades del fondo oceánico del mundo exterior? ¿Se habían desplazado Antiguos hacia el norte del creciente casquete de hielo? La geología existente no revela vestigio ninguno de su presencia. ¿Habían sido los horribles mi-go una amenaza para el mundo terrestre del norte? ¿Cómo estar seguro de lo que podía o no pervivir aún en los abismos oscuros de las aguas más profundas de la Tierra? Esos seres eran capaces de resistir cualquier presión al parecer, y los hombres de mar han pescado a veces criaturas singulares. ¿Y ha conseguido la teoría de las ballenas asesinas explicar las salvajes y misteriosas cicatrices que Borchgrevink^[518] descubrió hace una generación en las focas antárticas?

Los ejemplares encontrados por el infortunado Lake no entraban en estas suposiciones, ya que su marco geológico probaba que habían vivido en lo que debió de ser una época muy temprana de la historia de la ciudad terrestre. Databan desde luego, por su localización, de hacía lo menos treinta millones de años; y

calculamos que en aquel entonces no existía la ciudad bajo el mar de la caverna, y ni siquiera la caverna misma. Habrían recordado un escenario anterior, con abundante vegetación terciaria en todas partes, una ciudad terrestre más joven con artes florecientes entre sus ciudadanos, y un gran río discurriendo en dirección norte, al pie de las formidables montañas, hacia un lejano océano tropical.

Y sin embargo no podíamos dejar de pensar en esos ejemplares; sobre todo en los ocho en perfecto estado que habían desaparecido del campamento de Lake durante el terrible estrago. Había algo anómalo en todo: en los extraños hechos que nos habíamos empeñado en atribuir a la locura de alguien; en los enterramientos extravagantes; en la cantidad y naturaleza del material desaparecido; en Gedney; en la dureza ultraterrena de esas arcaicas monstruosidades; y en las extrañas rarezas vitales que las tallas nos revelaban ahora de esa raza... Habíamos visto bastante Danforth y yo en las últimas horas, y estábamos dispuestos a creer, y a callar, muchos secretos insólitos e increíbles de la Naturaleza primigenia.

IX

He dicho ya que el examen de los relieves decadentes nos hizo cambiar de objetivo inmediato. Naturalmente, tenía que ver con las galerías abiertas a cincel que conducían al tenebroso mundo interior, del que no habíamos tenido noticia, pero que ahora estábamos ansiosos por encontrar y recorrer. De la evidente escala de las representaciones dedujimos que un recorrido de alrededor de una milla cuesta abajo por uno de los túneles vecinos nos llevaría al borde de los acantilados tenebrosos que asomaban al gran abismo, por cuyos flancos descendían senderos que, acondicionados por los Antiguos, llegaban hasta la orilla rocosa del océano oculto y

nocturno. Contemplar ese abismo en su pura realidad fue un reclamo al que no pudimos resistirnos una vez que tuvimos conocimiento de su existencia. Pero comprendíamos que debíamos emprender la marcha en seguida si pensábamos incluir tal excursión en ese vuelo.

Eran ahora las ocho de la noche y no llevábamos pilas de repuesto suficientes para alumbrarnos todo el camino. Habíamos estado tan absortos examinando y copiando bajo el nivel glacial que habíamos gastado cinco horas de energía; y, pese a la fórmula especial de pilas secas, sólo nos quedaban para unas cuatro horas más; aunque si íbamos con la linterna apagada, salvo en los lugares especialmente interesantes o difíciles, podríamos ahorrar energía, y contar con un margen de seguridad. No era posible andar a ciegas por estas catacumbas ciclópeas, así que debíamos renunciar a seguir descifrando las representaciones murales. Desde luego, pensábamos volver a este lugar a fin de dedicarle días y quizá semanas de intenso estudio y fotografía; hacía ya rato que nuestra curiosidad había anulado nuestro horror; pero ahora había que darse prisa. La provisión de papel para el rastro había disminuido considerablemente, y no queríamos aumentarla sacrificando cuadernos de notas o papel de bocetos; aunque nos deshicimos de un grueso cuaderno. Si no había más remedio, haríamos muescas en la pared; y desde luego, si nos perdíamos, siempre tendríamos la posibilidad de salir por alguno de los canales, si contábamos con suficiente tiempo para hacer intentos. De manera que finalmente emprendimos la marcha deprisa en la dirección que nos brindaba el túnel más cercano.

Según los relieves de los que habíamos tomado nuestro plano, la deseada boca del túnel no podía estar a más de un cuarto de milla de donde nos encontrábamos. El trecho hasta ella mostraba edificios de aspecto sólido a los que probablemente se podía acceder incluso desde un nivel subglacial; la entrada propiamente dicha debía de estar en el sótano —en el rincón más cercano a las estribaciones— de una inmensa estructura estrellada de carácter

evidentemente público, y quizá ceremonial, que tratamos de identificar de entre todo lo que habíamos visto en nuestro reconocimiento aéreo de las ruinas. No recordábamos ninguna así, por lo que concluimos que su parte superior estaba enormemente deteriorada, o había quedado deshecha a causa de una fractura del hielo que habíamos observado. Si se trataba de lo segundo, el túnel estaría obstruido, de manera que tendríamos que intentar entrar por el siguiente, que estaba a menos de una milla en dirección norte. El lecho del río nos impedía hacerlo por los túneles que teníamos al sur; y desde luego, si los dos más cercanos estaban cegados, era dudoso que nuestras pilas nos permitieran probar por otro más al norte, que estaba a una milla del segundo.

Mientras caminábamos por el oscuro laberinto con ayuda del plano y la brújula —atravesando estancias y recorriendo pasadizos en todos los grados de ruina o conservación, subiendo rampas, cruzando plantas y puentes para volver a bajar, topando con puertas cegadas y montones de escombros, corriendo a veces por trechos sorprendentemente conservados e inexplicablemente limpios, metiéndonos por sitios equivocados para desandar después lo recorrido (en esos casos recogíamos los papeles que habíamos dejado), y llegando de trecho en trecho a algún tragaluz por el que entraba torrencial o medrosa la claridad exterior—, resistimos la insistente tentación de demorarnos ante los muros esculpidos. Muchos nos habrían revelado episodios de enorme importancia histórica, y sólo el propósito de examinarlos más tarde nos reconciliaba con la necesidad de no detenernos. De todos modos, aflojábamos la marcha a veces y encendíamos la segunda linterna. De haber contado con más película, sin duda habríamos fotografiado algunos bajorrelieves; pero entretenernos en copiarlos a mano era algo que no nos podíamos permitir.

Llego ahora a otro momento en el que siento una fuerte tentación de callar, o de insinuar los hechos, en vez de entrar en ellos. Pero es preciso que revele el resto a fin de justificar este propósito de disuadir de nuevas exploraciones. Habíamos llegado muy cerca del

lugar donde calculábamos que se abría la boca del túnel —después de cruzar por un puente, en el nivel de la segunda planta, a lo que parecía claramente el extremo de un muro apuntado, y de bajar a un corredor ruinoso en el que abundaban complicadas esculturas decadentes y ritualistas de factura tardía—, cuando, hacia las 8.30 de la noche, el fino olfato de Danforth nos advirtió de un indicio de algo inusual. De haber llevado un perro con nosotros, supongo que nos habría avisado antes. Al principio no sabíamos con exactitud qué había de raro en el aire antes de pureza cristalina, pero unos segundos después nuestra memoria reaccionó con total seguridad. Para decirlo sin rodeos, era un olor; un olor vagamente, sutilmente, inequívocamente análogo al que nos había producido náuseas cuando abrimos la extravagante sepultura del horror que el infortunado Lake había disecado.

La identificación no fue tan clara en aquel momento como suena ahora. Había varias explicaciones imaginables, y deliberamos un rato en voz baja, indecisos. Lo importante ante todo era que no debíamos retirarnos sin inspeccionar más; porque, una vez que habíamos llegado hasta aquí, no estábamos dispuestos a que nada nos echara para atrás, salvo la certeza de un desastre. El caso es que lo que sospechábamos era demasiado insensato para darle ningún crédito. Tales cosas no ocurrían en un mundo normal. Probablemente fue el puro instinto irracional lo que nos hizo atenuar la luz de la única linterna que llevábamos encendida —ya no nos tentaban las decadentes y siniestras figuras que nos miraban desde los muros opresivos—, y avanzar de puntillas y trepar por los cada vez más abundantes montones de escombros.

Además del olfato, Danforth demostró tener mejor vista que yo; porque fue él también quien notó primero el singular aspecto de los escombros después de cruzar muchos arcos semicegados que daban acceso a cámaras y corredores en el nivel de la planta baja. No tenían el aspecto que deberían después de tantos miles de años de abandono; y cuando aumentamos precavidamente la luz, vimos que había una especie de pasillo despejado a través de ellos. El

carácter irregular del amontonamiento imposibilitaba cualquier señal definida, pero en los lugares más despejados parecía como si hubieran arrastrado objetos pesados. Una de las veces nos pareció discernir rastros de rodadas paralelas, como de patines. Esto hizo que volviéramos a detenernos.

Fue en esa pausa cuando notamos —los dos a un tiempo esta vez— otro olor que nos llegaba de delante. Era menos espantoso y, paradójicamente, más espantoso; o sea, nada espantoso en sí, pero infinitamente horrible en ese lugar y en semejante situación... Naturalmente, a menos que Gedney... Porque el olor era claramente a gasolina, a gasolina normal y corriente.

Nuestra motivación a partir de ese momento es algo que dejo a los psicólogos. Ahora sabíamos que alguna terrible prolongación de los horrores del campamento debió de llegar hasta este tenebroso cementerio de eones, y por tanto no podía haber ninguna duda ya de la existencia de desconocidas condiciones —actuales, o recientes al menos— allí delante. Sin embargo, al final dejamos que la impaciente curiosidad, o ansiedad, o autohipnosis, o un vago sentimiento de compañerismo hacia Gedney, o lo que fuera, nos guiase. Danforth volvió a hablarme en voz baja de la huella que le parecía haber visto en la vuelta del callejón, en las ruinas de arriba, y de los débiles sonidos aflautados —posiblemente de tremendo significado, a la luz del informe de la disección realizada por Lake, pese al gran parecido con el eco de las cuevas de los picos ventosos— que creyó medio oír poco después, como si subiesen de profundidades desconocidas. Yo, por mi parte, le murmuré que recordara cómo había quedado el campamento, qué había desaparecido, y cómo un solo superviviente, en su locura, había conseguido lo inconseguible: cruzar las monstruosas montañas y descender a la albañilería desconocida y primigenia...

Pero ninguno de los dos logró convencer al otro, ni a sí mismo, de nada concreto. Habíamos apagado la luz del todo, quietos como estábamos, y observamos que una vaga claridad que se filtraba desde arriba impedía que la oscuridad fuera absoluta. Nos pusimos

en marcha maquinalmente, guiándonos con ocasionales destellos de linterna. Los escombros movidos nos producían una impresión que no podíamos reprimir, en tanto el olor a gasolina se iba volviendo más fuerte. Nuestros ojos y nuestros pies tropezaban con más ruinas cada vez, hasta que muy pronto nos dimos cuenta de que estábamos a punto de no poder continuar. Y se confirmó nuestra sospecha sobre la fractura que habíamos divisado desde el aire: el camino por el túnel estaba cortado, y no íbamos a poder llegar siquiera al sótano donde se abría el acceso hacia el abismo.

Iluminando con la linterna los muros grotescamente tallados del corredor, descubrimos varias entradas obstruidas en diverso grado, de una de las cuales provenía inequívocamente el olor a gasolina que anulaba el otro indicio de olor. Miramos con atención y vimos que no hacía mucho habían apartado algunos escombros de esa abertura en particular; de modo que, fuera cual fuese el horror que allí se ocultara, el camino hasta él era evidente. No creo que le extrañe a nadie que nos quedáramos un rato sin dar un paso más.

No obstante, cuando nos arriesgamos a meternos por dicho arco tenebroso, nuestra primera impresión fue de desencanto. Porque en el espacio sembrado de escombros de esta cripta excavada a cincel —un cubo perfecto de unos veinte pies de lado— no había a primera vista nada reciente; así que buscamos instintivamente con la mirada, aunque en vano, alguna puerta al otro lado. Un momento después, empero, la mirada sagaz de Danforth había descubierto un lugar donde habían movido los escombros; y dimos toda la potencia a las linternas. Aunque lo que descubrimos con esta luz era en realidad una simpleza, me cuesta hablar de ella por lo que implicaba. Habían nivelado más o menos los escombros, habían esparcido encima varios objetos pequeños, y en un rincón habían derramado una considerable cantidad de gasolina, dado el fuerte olor incluso en esta altitud extrema de la supermeseta. En otras palabras, no podía tratarse sino de una especie de campamento; de un campamento hecho por seres exploradores que como nosotros

habían tenido que dar media vuelta al encontrar inesperadamente bloqueado el camino al abismo.

Dicho claramente: los objetos esparcidos pertenecían todos al campamento de Lake, y consistían en latas de conserva igual de extrañamente abiertas que las que habíamos visto en el lugar devastado, un montón de fósforos gastados, tres libros ilustrados más o menos curiosamente manchados, un tintero vacío en su estuche con instrucciones, una estilográfica rota, trozos de piel y tela de tienda cortados de forma extraña, una pila eléctrica usada con instrucciones alrededor, un prospecto que venía con el calentador para tiendas de campaña, y multitud de papeles arrugados. Era un mal presagio; pero cuando alisamos los papeles y vimos lo que había en ellos comprendimos que habíamos llegado a lo peor. En el campamento ya habíamos encontrado otras hojas inexplicablemente emborronadas que debían habernos preparado; sin embargo, el impacto al verlos allí, en las criptas prehumanas de una ciudad de pesadilla, casi fue más de lo que podíamos soportar.

Es posible que un Gedney enajenado hiciese los grupos de puntos a imitación de los hallados en las esteatitas verdosas, y en los túmulos estrellados que cubrían las sepulturas; y es concebible también que trazara los rápidos bocetos —unos más detallados que otros— que delineaban la periferia de la ciudad y marcaban el camino desde un lugar representado como un círculo fuera de nuestra ruta anterior —un lugar que identificamos en los relieves como una gran torre cilíndrica, y como un inmenso abismo circular que avistamos durante el reconocimiento aéreo—, hasta la actual estructura estrellada y la boca del túnel que había en ella. Es posible, repito, que hiciera esos bocetos; porque era evidente que estaban tomados, como los nuestros, de relieves del último periodo de alguna parte del laberinto glacial, aunque no de los que nosotros habíamos visto y copiado. Pero lo que ese negado para el arte no habría podido hacer nunca era dibujarlos con una técnica extraña y quizá superior —a pesar de su espontaneidad y sencillez la de las figuras decadentes de las que eran copia: con la técnica

característica e inequívoca de los mismos Antiguos durante el esplendor de la ciudad muerta.

Habría quien diga que estábamos locos de remate, Danforth y yo, al no salir corriendo después de eso, dado que nuestras conclusiones —aunque descabelladas— eran totalmente convincentes, y de una naturaleza que no necesito explicar a los que han leído esta relación hasta aquí. Tal vez lo estábamos; porque ¿no he dicho ya que aquellos picos horribles eran unas montañas de locura? Pero creo que ese mismo espíritu —aunque en forma menos extrema— es el que inspira a los que se dedican a acechar a las fieras mortales de las selvas africanas para fotografiarlas o estudiar su conducta. Aunque medio paralizados de terror, se nos había avivado dentro una llama ardiente de temor y curiosidad que acabó por triunfar.

Naturalmente, no pretendíamos enfrentarnos a lo que —o los que— sabíamos que habían estado allí, sino que intuíamos que se habían ido. A estas horas habrían encontrado el otro acceso que conducía al abismo, y se habrían adentrado en no se sabe qué tenebroso fragmento del pasado que sin duda les aguardaba en ese abismo final... abismo al que jamás se habían asomado. O, si esa abertura estaba bloqueada también, se habrían dirigido hacia el norte en busca de otra. Eran, recordábamos, relativamente independientes de la luz.

Al evocar ese momento, apenas consigo recordar qué forma precisa adoptaron nuestras nuevas emociones, qué cambio de objetivo intensificó ahora nuestro estado de expectación. Desde luego no teníamos pensamiento de enfrentarnos a lo que temíamos, aunque no voy a negar que quizá abrigábamos un deseo inconsciente de poder observar a ciertos seres desde algún lugar oculto. Probablemente tampoco se nos había disipado el afán de echar una ojeada al abismo mismo, aunque se interponía una nueva meta en forma de ese gran espacio circular que mostraban los arrugados bocetos que acabábamos de encontrar. En seguida lo habíamos reconocido como la monstruosa torre cilíndrica que

figuraba en los relieves más antiguos, pese a que aparecía sólo como una prodigiosa abertura circular vista desde arriba. Algo en lo impresionante de su representación, aun en estos rápidos dibujos, nos hizo pensar que sus niveles subglaciales debían de constituir todavía un rasgo de especial importancia. Quizá contenía maravillas arquitectónicas que hasta ahora no habíamos descubierto. Era de una época increíble, según los relieves en los que figuraba; estaba efectivamente entre las primeras construcciones de la ciudad. Sus tallas, si se conservaban, no podían sino ser de una importancia excepcional. Además, sin duda constituiría un sólido eslabón con el mundo superior actual, una ruta más corta que la que con tanto cuidado íbamos señalando, y probablemente el sitio por donde habían descendido esos otros.

En todo caso, lo que hicimos fue estudiar los terribles bocetos — que confirmaban puntualmente los nuestros— y volver en la dirección indicada al espacio circular; trayecto que los desconocidos que nos precedían tuvieron que hacer dos veces antes que nosotros. El otro acceso que conducía al abismo debía de estar algo más lejos. No hace falta que hable del camino —en el que seguimos dejando un indispensable rastro de papeles—, porque resultó ser exactamente igual que el que habíamos recorrido hasta donde había quedado cortado; salvo que tendía a seguir el nivel del suelo, e incluso descendía a corredores subterráneos. De cuando en cuando descubríamos señales desconcertantes en los escombros o en la suciedad que pisaban nuestros pies; y en cuanto quedó atrás el olor a gasolina, volvimos a notar —a ratos— el otro olor espantoso y persistente. Pasado el punto donde arrancaba nuestro anterior camino, empezamos a alumbrar fugazmente con una sola linterna las paredes, en las que descubríamos de manera casi invariable los omnipresentes relieves, que al parecer fueron el principal soporte de expresión estética para los Antiguos.

Hacia las 9.30 de la noche, mientras caminábamos por un corredor abovedado cuyo piso cada vez más helado estaba un poco por debajo del nivel del suelo exterior, y cuya altura se reducía a

medida que avanzábamos, empezamos a vislumbrar una gran claridad, y apagamos la linterna. Sin duda estábamos llegando al vasto espacio circular, y no faltaba mucho para salir al aire libre. El corredor terminó en un arco sorprendentemente bajo para estas ruinas megalíticas; pero incluso antes de salir, pudimos ver bastante a través de él. Más allá se abría un espacio redondo, prodigioso — de lo menos 200 pies de diámetro—, sembrado de escombros, y con muchos arcos cegados que se correspondían con el que estábamos a punto de trasponer. Las paredes —en los espacios disponibles— se hallaban esculpidas en una franja espiral de proporciones heroicas que revelaba, pese a la destructiva erosión sufrida por lo expuesto del lugar, un esplendor artístico muy superior a cuanto habíamos visto hasta aquí. Una espesa capa de hielo cubría el suelo sucio de escombros; y calculamos que su fondo real debía de estar a considerable profundidad.

Pero el elemento destacado del lugar era la titánica rampa de piedra que, evitando las aberturas con un ángulo pronunciado hacia el cielo abierto, ascendía girando en espiral por el interior del formidable muro cilíndrico como un duplicado en espejo de las monstruosas torres o zigurats^[519] de la antigua Babilonia. Sólo la rapidez de nuestro vuelo, y la perspectiva que confundía el descenso con el muro interior de la torre, habían impedido que reparásemos en este detalle desde el aire, e hizo que buscásemos otra vía en un nivel subglacial. Pabodie habría podido decir qué clase de ingeniería la mantenía en su sitio; Danforth y yo sólo podíamos maravillarnos y admirar. Había poderosas ménsulas y pilares de piedra aquí y allá, pero lo que veíamos parecía inadecuado para la función que desempeñaban. El conjunto estaba admirablemente conservado hasta el actual coronamiento de la torre —circunstancia de lo más sorprendente, dado que se hallaba a la intemperie—, y su amparo había contribuido no poco a la conservación de los extraños y turbadores relieves de las paredes con representaciones cósmicas.

Al salir a la claridad semidiurna de este monstruoso fondo de cilindro —de unos cincuenta millones de años; sin duda la estructura más antigua que habían contemplado nuestros ojos— vimos que el plano helicoidal de la rampa subía vertiginosamente hacia una altura de lo menos sesenta pies. Esto, recordamos de nuestra inspección aérea, significaba que la capa de hielo exterior era de unos cuarenta pies, porque el abismo abierto que habíamos visto desde el aeroplano estaba en lo alto de un montículo de albañilería desmoronada de aproximadamente veinte pies, algo protegido en las tres cuartas partes de su circunferencia por los formidables muros curvos de una línea de ruinas altas. Según los relieves, la torre original se había levantado en el centro de una inmensa plaza circular, y había tenido quizá una altura de 500 a 600 pies, con gradas de discos horizontales cerca del coronamiento, y una hilera de espiras en el borde superior. La mayor parte de la albañilería se había derrumbado hacia fuera, circunstancia afortunada, ya que de otro modo habría destruido la rampa y cegado el interior. Con todo, la rampa mostraba un gran deterioro, en tanto el material interior era tal que los accesos del fondo parecían haber sido medio despejados recientemente.

Fue un instante lo que tardamos en concluir que era este efectivamente el camino que habían seguido para bajar los que nos precedían, y el que lógicamente debíamos utilizar nosotros para subir, y olvidarnos del largo rastro de papeles que habíamos ido dejando. La boca de la torre no estaba más lejos de las estribaciones y de nuestro aeroplano que el gran edificio en terraza por el que habíamos entrado, y cualquier otra exploración por debajo de la capa de hielo que quisiéramos hacer en esta excursión tendría que ser en esta zona. Era extraño: aún pensábamos en seguir explorando más adelante, después de lo que habíamos visto y de lo que sospechábamos. Luego, mientras avanzábamos precavidamente por encima de los escombros del amplio piso, surgió a la vista algo que nos borró de momento todas las demás cuestiones.

Eran los trineos ordenados en fila, en el ángulo alejado de la parte más baja y saliente de la rampa, que hasta ahora nos los había ocultado. Allí estaban los tres trineos desaparecidos del campamento de Lake, desvencijados por el trato duro que debió de representar arrastrarlos por grandes trechos de albañilería y cascotes sin nieve, y transportarlos en alto por lugares totalmente intransitables. Estaban cuidadosa e inteligentemente cargados y atados, y contenían artículos harto familiares: la estufa de gasolina, latas de combustible, cajas de herramientas, latas de conserva, bultos de lona encerada claramente repletos de libros, y otros de contenido menos claro; todo procedente del equipo de Lake. Después de lo que habíamos encontrado en aquella otra cámara, estábamos en cierto modo preparados para este hallazgo. La impresión terrible de verdad la sufrimos cuando nos acercamos y desenvolvimos el bulto cuyos contornos nos inquietaron de manera especial. Al parecer otros, además de Lake, se habían ocupado de reunir ejemplares característicos. Porque aquí había dos; los dos rígidamente congelados, perfectamente conservados, con esparadrapos en el cuello donde habían sufrido heridas, y envueltos con evidente cuidado para evitar más daños en ellos. Eran los cuerpos del joven Gedney y del perro desaparecido.

X

Mucha gente nos juzgará insensibles y locos por pensar en el túnel norte y en el abismo tan inmediatamente después de este lúgubre descubrimiento; pero debo decir que no habríamos vuelto a estas cosas tan pronto si no llega a ser por una circunstancia concreta que nos sorprendió y nos suscitó toda una serie de nuevas especulaciones. Habíamos cubierto otra vez al pobre Gedney con la lona impermeable y estábamos sumidos en una especie de mudo

anonadamiento, cuando nos llegaron a la conciencia unos sonidos: los primeros que oíamos desde que bajamos del espacio abierto en el que el viento de las montañas gemía débilmente desde sus alturas ultraterrenas. Aunque conocidos y mundanos, el hecho de oírlos en este escenario de muerte fue para nosotros más inesperado y enervante que si se hubiese tratado de acentos grotescos o fabulosos, ya que hicieron tambalearse otra vez nuestra noción de la armonía del cosmos.

De haber contenido siquiera una nota del extraño sonido de flautas de amplio registro que el informe de Lake sobre la disección practicada nos inclinaba a esperar de los que nos precedían —y que nuestra imaginación sobreexcitada había estado pretendiendo encontrar en cada aullido del viento desde que descubrimos el horror del campamento—, habrían estado en infernal congruencia con esta región muerta desde hacía eones. Donde debe sonar una voz de otra época es en un cementerio de otra época. En cambio, lo que oímos aquí sacudió nuestras ideas profundamente asentadas, nuestra tácita aceptación de que la Antártida interior estaba tan desierta e irremediablemente vacía de cualquier vestigio de vida normal como el disco estéril de la luna^[520]. Porque no fueron los acentos fabulosos de ninguna blasfemia sepultada de la tierra anterior a cuya dureza superna un sol polar repudiado durante millones de años arrancara una respuesta monstruosa. Fue para nosotros, al contrario, algo tan burlescamente normal e inequívocamente familiar a nuestros días de mar frente a Tierra Victoria y a los de campamento en el estrecho de McMurdo, que nos estremecimos al oírlo aquí, en un lugar que no le correspondía. Fue, en una palabra, el ronco graznido de un pingüino.

El sonido, amortiguado, procedía de cavidades subglaciales más o menos opuestas al corredor por el que habíamos llegado, de regiones que estaban claramente en la dirección del túnel que conducía al vasto abismo. La presencia de un ave marina en semejante lugar —en un mundo cuya superficie sufría una uniforme y milenaria carencia de vida— no podía llevarnos sino a una

conclusión; de manera que nuestro primer pensamiento fue esperar a confirmar la realidad objetiva del sonido. Y en efecto, se repitió. Y a veces parecía salir de más de una garganta. Nos internamos por el arco despejado de escombros en busca de su origen, reanudando el rastro de papeles —con una provisión de papel que cogimos con especial repugnancia de uno de los bultos de lona impermeable de los trineos— y nos alejamos de la claridad diurna.

Cuando el piso helado cedió el paso a la suciedad de los escombros, distinguimos claras huellas de objetos arrastrados; y una de las veces Danforth descubrió un rastro cuya descripción sería ahora totalmente superflua. La dirección de los graznidos de pingüino era precisamente la misma en la que el plano y la brújula indicaban que estaba la boca de túnel más al norte, y nos alegró descubrir que se abría una calzada sin puentes en el nivel de la planta baja y el sótano. Según la carta, el túnel debía de arrancar del sótano de una amplia estructura piramidal que creíamos recordar vagamente de nuestro reconocimiento aéreo, y que se hallaba en notable buen estado. Por el camino, la linterna nos reveló una rutinaria profusión de relieves, aunque no nos detuvimos a examinar ninguno.

De repente surgió una voluminosa figura blanca delante de nosotros, y encendimos la segunda linterna. Es curioso cómo esta nueva empresa nos había hecho olvidar nuestros miedos a lo que pudiese estar acechando cerca. Los otros, puesto que habían dejado sus pertrechos en la gran plaza circular, sin duda tenían pensado volver una vez que llegasen al abismo o entrasen en él a explorar; sin embargo, nosotros habíamos abandonado ahora toda cautela respecto a ellos tan completamente como si no existiesen. Esta figura blanca de andar torpe tenía lo menos seis pies de estatura; y en seguida nos dimos cuenta de que no era uno de los otros: según los relieves eran más grandes y oscuros, y su marcha en tierra era rápida y segura, a pesar de estar singularmente provistos de tentáculos de origen marino. Pero decir que aquella criatura blanca no nos dio un susto tremendo sería vanidad. Durante

un instante nos sentimos dominados por un pavor primitivo casi más intenso que el peor de nuestros miedos razonados a los otros. Luego nos sobrevino una súbita decepción, cuando la figura blanca se metió por un arco lateral a nuestra izquierda y fue a reunirse con otras dos de su especie que la llamaban con roncós graznidos. Porque se trataba simplemente de un pingüino, si bien de una especie enorme y desconocida, más grande que los llamados pingüinos rey^[521]: un monstruo en su combinación de albinismo y práctica carencia de ojos.

Cuando, tras internarnos por el arco siguiendo a la criatura, enfocamos las linternas hacia el grupo indiferente de las tres, descubrimos que eran todas albinas y carentes de ojos, de la misma especie gigantesca y desconocida. Su tamaño nos recordaba a algunos pingüinos arcaicos representados en los relieves de los Antiguos; y en seguida concluimos que descendían del mismo linaje. Quizá eran supervivientes que se habían retirado a alguna benigna región interior cuya perpetua oscuridad les había eliminado la pigmentación y les había atrofiado los ojos reduciéndoselos a meras ranuras inservibles. No podía haber la menor duda de que su hábitat actual era el vasto abismo que buscábamos; y este testimonio del continuo calor y habitabilidad de la sima nos llenó de las más curiosas y turbadoras fantasías.

Nos preguntamos también qué habría movido a estas tres aves a aventurarse a salir de su ámbito habitual. El estado y el silencio de la gran ciudad muerta dejaban claro que en ninguna época había sido lugar habitual de reunión de la colonia, en tanto que la manifiesta indiferencia del trío a nuestra presencia hacía inverosímil que los otros los hubieran asustado al pasar. ¿Acaso habían adoptado una actitud agresiva, o habían intentado aumentar su provisión de carne? Dudábamos que el olor acre que tanto había soliviantado a los perros despertase igual aversión en estos pingüinos, dado que sus antepasados habían vivido evidentemente en excelentes términos con los Antiguos, relación amistosa que debió de subsistir en el abismo inferior mientras vivió alguno de

estos. Lamentando —en un súbito movimiento del viejo espíritu de pura ciencia— no poder fotografiar a estas criaturas anómalas, dejamos que siguiesen con sus graznidos, y continuamos avanzando hacia el abismo cuya abertura se nos desvelaba ahora de manera patente, y cuya dirección exacta señalaban las ocasionales huellas de pingüinos.

No mucho rato después, una bajada pronunciada por un corredor largo y bajo, sin puertas, y sorprendentemente exento de relieves, nos indujo a pensar que estábamos llegando por fin a la entrada del túnel. Pasamos junto a otros dos pingüinos, y oímos varios más cerca, delante de nosotros. Luego el corredor desembocó en un prodigioso espacio que nos dejó boquiabiertos: un perfecto hemisferio invertido, hundido en el subsuelo, de lo menos cien pies de diámetro por cincuenta de altura, y circundado de bajos accesos abovedados, excepto uno que se abría cavernoso en forma de un arco de oscuridad que rompía la simetría con su altura de cerca de quince pies. Era la entrada al gran abismo.

En este enorme hemisferio de techo cóncavo impresionantemente tallado como la bóveda celeste primigenia, andaban contoneantes unos cuantos pingüinos albinos, extraños allí, pero indiferentes y ciegos. El negro túnel se abría ante una pronunciada pendiente hacia abajo, y su abertura estaba adornada con jambas y dintel grotescamente tallados. De esa enigmática abertura pareció llegarnos una corriente de aire ligeramente más cálido, y quizá incluso un atisbo de vapor; y nos preguntamos qué entidades vivientes, aparte de los pingüinos, podían ocultar el vacío ilimitado de abajo y las innumerables galerías que horadaban las titánicas montañas. También nos preguntamos si el humo de las cimas que al principio creyó divisar el pobre Lake, y la extraña neblina que nosotros habíamos observado sobre el pico coronado de murallas, no se deberían a la ascensión de ese vapor por tortuosos conductos desde regiones insondables del corazón de la Tierra.

Al entrar en el túnel vimos que su vano —al menos al principio— tenía unos quince pies a una y otra mano; las paredes, el suelo y el techo abovedado eran de la habitual sillería megalítica. Los lados estaban decorados, de trecho en trecho, con cartuchos y trazos convencionales de un estilo tardío y decadente; y toda la albañilería y relieves se hallaban maravillosamente conservados. El suelo estaba totalmente despejado, salvo una ligera capa de detritos que mostraba huellas de pingüinos al salir y huellas de los otros al entrar. Cuanto más avanzábamos, más cálido notábamos el ambiente; de manera que poco después tuvimos que desabrocharnos la gruesa ropa que llevábamos. Nos preguntamos si habría abajo algún tipo de manifestación ígnea, y si las aguas de ese mar sin sol serían cálidas. Al cabo de un breve trecho la albañilería dejó paso a la roca viva, aunque el túnel siguió teniendo las mismas dimensiones y presentando el mismo aspecto de tallada regularidad. De cuando en cuando, su pendiente se volvía tan pronunciada que habían tenido que cincelar acanaladuras en el piso. Pasamos varias entradas de pequeñas galerías laterales no consignadas en nuestros planos; ninguna podía complicarnos el camino de vuelta, y todas nos vendrían bien como posible refugio si teníamos algún encuentro desagradable al volver. El olor innominado de esos seres era muy distinto. Sin duda era una estupidez suicida aventurarse por este túnel en tales circunstancias; pero la atracción de lo insondable es en determinadas personas más fuerte de lo que supone la mayoría; y, desde luego, era justamente esa atracción la que nos había llevado a esta inmensidad polar ultraterrena. Vimos varios pingüinos al pasar, y especulamos sobre la distancia que quedaba por recorrer. Los relieves nos habían llevado a esperar una pronunciada cuesta abajo de alrededor de una milla, hasta el abismo; pero nuestros vagabundeos nos habían hecho ver que no eran muy de fiar en lo que se refería a escala.

Al cabo como de un cuarto de milla, el olor innominado se volvió bastante intenso, así que empezamos a escrutar por precaución las

diversas aberturas ante las que pasábamos. No se veía vapor como en la boca, aunque sin duda se debía a que no había un contraste con aire más frío. La temperatura iba rápidamente en aumento, y no nos sorprendió descubrir un montón de cosas estremecedoramente familiares para nosotros. Eran pieles y lonas de tienda cogidas del campamento de Lake; pero no nos detuvimos a examinar la forma singular en que habían sido desgarradas. Un poco más allá observamos que las galerías laterales aumentaban de forma notable en número y tamaño, y concluimos que habíamos llegado a la región profusamente horadada de las estribaciones más altas. Al olor innominado se mezcló ahora otro casi igual de repugnante. No podíamos determinar su naturaleza. Nos sugería organismos en descomposición, quizá hongos subterrenos. Después llegamos a un impresionante ensanchamiento del túnel del que no nos habían prevenido los relieves, un aumento de amplitud y altura que lo convertían en una altísima caverna elíptica, con el suelo horizontal, de unos 75 pies de largo por 50 de ancho, y multitud de inmensos pasadizos laterales que se perdían en una enigmática oscuridad.

Aunque esta caverna tenía aspecto de natural, un examen con las dos linternas nos reveló que la habían hecho derribando las separaciones de varias cavidades adyacentes. Sus paredes eran ásperas, y la alta bóveda estaba llena de estalactitas; en cambio, el suelo de roca viva lo habían alisado y estaba limpio de escombros, detritos, e incluso de polvo; algo verdaderamente anormal. Salvo la avenida por la que habíamos llegado, el suelo de las grandes galerías que desembocaban en ella estaba igualmente limpio; y era tan excepcional esta circunstancia que en vano le dábamos vueltas en la cabeza. La nueva y extraña fetidez que se sumaba al olor innominado era sumamente acre aquí; tanto que anulaba por completo al anterior. Había algo en este lugar de suelo liso y casi reluciente que nos resultaba más indefinidamente inquietante y horrible que ninguno de los seres monstruosos con que habíamos tropezado hasta ahora.

La regularidad del corredor que teníamos delante, así como la mayor cantidad de excrementos de pingüino, hacían imposible que nos confundiéramos sobre la correcta dirección en este sinfín de bocas de cueva igualmente grandes. De todos modos decidimos seguir señalando nuestro camino con trozos de papel por si surgía alguna otra complicación; porque, desde luego, ya no cabía esperar que quedaran huellas en el polvo. Reanudamos la marcha en línea recta; y al dirigir la luz de la linterna hacia las paredes del túnel, nos detuvimos en seco, asombrados ante el cambio absolutamente radical que mostraban los relieves de esta parte del pasadizo. Reflejaban la gran decadencia que había sufrido la escultura de los Antiguos en el tiempo de la construcción de este túnel. Ya habíamos notado, por supuesto, la inferior calidad de los arabescos en los trechos de atrás. Pero ahora, en esta sección más profunda del otro lado de la caverna, observamos un cambio súbito que escapaba a toda explicación, una diferencia tanto en la naturaleza básica como en la calidad. Implicaba una pérdida tan desastrosa y repentina de la técnica artística que nada en el retroceso gradual hasta aquí observado la habría hecho prever.

Este trabajo nuevo y degenerado era tosco, atrevido y totalmente falto de delicadeza en el detalle. Estaba hecho rebajando exageradamente la superficie, en franjas, en la misma tónica de los cartuchos espaciados de los primeros tramos; pero el bulto de los relieves no alcanzaba el nivel de la superficie general. La teoría de Danforth es que se trataba de un segundo labrado de la piedra: una especie de palimpsesto ejecutado después de borrar el trabajo anterior. Era de carácter enteramente decorativo y convencional, y consistía en rudimentarias espirales y ángulos que seguían toscamente la tradición matemática quintil de los Antiguos, aunque parecía más una parodia que una perpetuación de la tradición. No podíamos quitarnos de la cabeza la idea de que, detrás de la técnica, al sentimiento estético se sumaba un elemento sutil pero profundamente extraño; un elemento extraño que, sospechaba Danforth, explicaba la trabajosa sustitución. Era parecido —aunque

turbadoramente distinto— al que habíamos llegado a reconocer como arte de los Antiguos; y me recordaba a esos seres híbridos que las torpes esculturas de Palmira^[522] habían modelado a la manera romana. Que otros habían examinado recientemente este cinturón de relieves lo indicaba la presencia de una pila gastada de linterna en el suelo, delante de una de las representaciones más llamativas.

Como no podíamos entretenernos mucho examinando, tras una ojeada superficial proseguimos la marcha, aunque dirigiendo de cuando en cuando el haz de la linterna hacia las paredes para ver si aparecían más cambios en la decoración. No observamos nada en este sentido, aunque los relieves se espaciaban bastante en algunos sitios debido a las numerosas bocas de túneles laterales. Veíamos y oíamos menos pingüinos, aunque nos parecía percibir el rumor de un coro infinitamente lejano de una multitud en algún lugar muy profundo. La nueva e inexplicable fetidez era abominablemente intensa, por lo que apenas si se percibía un atisbo del otro olor innominado. Unas bocanadas de vapor, visibles delante de nosotros, delataban un creciente contraste de temperatura y la relativa proximidad del cantil del gran abismo que asomaba al mar sin sol. Y entonces, inesperadamente, descubrimos unos bultos en el suelo pulido —bultos que no parecían en absoluto pingüinos—, y encendimos la segunda linterna para comprobar que no se movían.

XI

Otra vez llego a un punto en el que me cuesta continuar. A estas alturas ya debía haberme curtido; pero hay experiencias e indicios que hieren demasiado hondo para permitir que sane la llaga, y dejan a uno tan sensibilizado que el recuerdo reaviva todo el horror original. Como digo, vimos no lejos, delante de nosotros, varios

bultos en el suelo limpio; y puedo añadir que, casi a la vez, nos llegó al olfato un singular aumento de la extraña fetidez dominante, ahora claramente mezclada con el hedor innominado de los que se nos habían adelantado. Con la luz de la segunda linterna, no hubo duda de qué eran tales bultos; y si nos atrevimos a acercarnos fue sólo porque vimos, incluso a la distancia en que estaban, que eran tan peligrosos como los seis ejemplares que sacamos de las sepulturas monstruosas, de túmulos estrellados, que encontramos en el campamento del infortunado Lake.

Efectivamente, estaban tan mutilados como casi todos los que habíamos desenterrado; pero se hizo evidente, por el espeso charco verde oscuro que tenían alrededor, que sus lesiones eran mucho más recientes. Había sólo cuatro, aunque los mensajes de Lake nos habían hecho pensar que el grupo que nos precedía lo formaban no menos de ocho. No nos esperábamos encontrarlos de esta manera, y nos preguntamos qué clase de lucha monstruosa habría tenido lugar aquí a oscuras.

Los pingüinos, cuando se ataca a una bandada, responden ferozmente con el pico; y el oído nos certificaba ahora la existencia de una colonia más allá. ¿Habrían turbado esos otros el nidal, concitando contra sí una mortal persecución? No parecía verosímil; porque difícilmente el pico de los pingüinos habría podido infligir en el duro tejido de los que Lake había disecado el daño terrible que empezábamos a discernir a medida que nos acercábamos. Además, las aves enormes y ciegas que habíamos visto parecían singularmente pacíficas.

Entonces, ¿habían luchado entre sí esos otros, y los autores eran los que no estaban? Si era así, ¿dónde estaban? ¿Se hallaban cerca y eran una amenaza para nosotros? Miramos ansiosamente en algunas galerías laterales de suelo liso mientras nos acercábamos despacio y con franco temor. Fuera cual fuese la razón del conflicto, estaba claro que era lo que había asustado a los pingüinos y había causado su desbandada. Por tanto debió de acontecer cerca de esa colonia que se oía débilmente, en la

incalculable sima de más allá, puesto que no había signos de que vivieran normalmente aves aquí. Quizá, pensamos, había habido una persecución espantosa; quizá el grupo más débil intentaba llegar a los trineos escondidos cuando sus perseguidores acabaron con ellos. Podíamos imaginar la lucha diabólica entre entidades indeciblemente monstruosas al tiempo que emergían del negro abismo grandes nubes de pingüinos frenéticos graznando y corriendo adelante.

Digo que nos acercamos despacio, con repugnancia, a esos bultos tendidos e incompletos. ¡Ojalá el cielo no lo hubiera consentido, y hubiéramos echado a correr con toda el alma, huyendo de ese túnel blasfemo de suelos resbaladizos y murales degenerados que remedaban a los seres que habían suplantado y se burlaban de ellos!..., ¡ojalá hubiéramos echado a correr, antes de ver lo que vimos, y de que se nos grabara en el cerebro algo que no nos dejará volver a respirar tranquilos!

Enfocamos las dos linternas hacia los seres tendidos en el suelo, y en seguida descubrimos la principal mutilación. Golpeados, estrujados, reventados y retorcidos como estaban, habían sido todos decapitados; a todos les faltaba su cabeza estrellada y tentaculada. Y al acercarnos vimos que, más que cortársela de manera ordinaria, era como si se la hubieran arrancado o succionado horriblemente. Su fétido icor verde oscuro formaba un gran charco desparramado; pero este olor casi borraba la otra pestilencia reciente y extraña, aquí más intensa que en ningún trecho de nuestro camino. Sólo cuando estuvimos junto a los bultos descubrimos el origen de esa segunda fetidez inexplicable; y en ese instante Danforth recordó ciertas esculturas impresionantemente vívidas de la historia de los Antiguos correspondiente al periodo Pérmico, de hacía 150 millones de años, y dejó escapar un alarido histérico que retumbó en el abovedado y arcaico pasadizo de malignos relieves-palimpsesto.

Casi estuve a punto de repetir su grito; porque también yo había visto esos relieves antiquísimos, y había admirado sobrecogido de

qué manera el artista anónimo había sugerido esa baba horrenda sobre algunos Antiguos caídos y destrozados, a los que los espantosos shoggoths habían matado de forma característica, y succionado hasta decapitarlos, en la gran guerra para volverlos al sometimiento. Eran relieves abominables, pesadillescos, aun cuando representaban entidades antiquísimas y desaparecidas. Porque el ser humano no debería ver ni shoggoths, ni obras de shoggoths, ni representación alguna de ellos. El autor loco del *Necronomicon* jura que no fueron generados en este planeta, y que sólo los sueños de la droga habían llegado a concebirlos: protoplasmas amorfos capaces de remedar y reproducir todas las formas y órganos y procesos; aglutinaciones viscosas de células burbujeantes, esferoides gomosos de quince pies infinitamente plásticos y dúctiles; esclavos de la sugestión, constructores de ciudades, cada vez más hoscos, cada vez más inteligentes, cada vez más anfibios, cada vez más dotados para la imitación... ¡Dios mío! ¿Qué locura hizo a esos blasfemos Antiguos desear utilizar y representar a tales seres?

Y ahora, en el momento en que Danforth y yo vimos la baba fresca, reluciente, negra, de reflejos irisados, pegada espesamente a esos cuerpos descabezados que hedían de manera obscena con ese olor nuevo y desconocido cuya causa sólo podía concebir una imaginación enferma... pegada a esos cuerpos, y reluciendo —en menor cantidad— en una parte lisa de la pared execrablemente reesculpida con una serie de conjuntos de puntos, conocimos la naturaleza del pavor cósmico en su más grande profundidad. No era miedo a los cuatro que faltaban, porque demasiado sospechábamos que ya no podrían hacer daño, ¡pobres diablos! Después de todo, no eran seres malignos de su especie. Eran hombres de otra era y de otro orden de seres. La naturaleza les había gastado una broma infernal —como se la gastará a quienes se dejen arrastrar por la locura, la insensibilidad o la crueldad humanas a esa inhóspita inmensidad polar espantosamente muerta o dormida—, y este era su trágico regreso a casa.

Ni siquiera eran salvajes; porque ¿qué habían hecho en realidad? Habían sufrido un espantoso despertar en el frío de una época desconocida, quizá un ataque de cuadrúpedos peludos ladrando frenéticamente, y habrían opuesto una ofuscada defensa a estos y a los igualmente frenéticos simios blancos con sus extrañas envolturas y artefactos... ¡Pobre Lake, pobre Gedney... y pobres Antiguos! Científicos hasta el fin, ¿qué hicieron que no hubiéramos heñlio nosotros en su lugar? ¡Dios, qué inteligencia y perseverancia! ¡Se habían enfrentado a lo increíble, lo mismo que esos congéneres y antepasados de los relieves se habían enfrentado a seres poco menos que increíbles! Radiados, vegetales, monstruos, engendros estrellados... al margen de lo que hubiesen sido, ¡fueron hombres! Habían cruzado las frías cumbres en cuyas laderas salpicadas de templos una vez rindieron culto y vagaron entre helechos arborescentes.

Habían encontrado su ciudad muerta sumida en su maldición, y habían leído la crónica esculpida de sus últimos días igual que la habíamos leído nosotros. Habían intentado llegar junto a sus semejantes, junto a los que vivían en las profundidades fabulosas de una oscuridad que jamás habían visitado: ¿y qué se habían encontrado? Todo esto nos pasó fugazmente por el pensamiento a Danforth y a mí mientras nuestros ojos iban de esas formas descabezadas y cubiertas de baba a los horrendos relieves-palimpsesto y a los grupos de puntos de la pared manchados de baba reciente... Miramos la escena, y comprendimos qué había debido de triunfar y sobrevivir en la ciclópea ciudad sumergida de ese abismo oscuro y orlado de pingüinos, del que incluso ahora empezaba a brotar pálidamente una bruma siniestra y ondulante como en respuesta al alarido histérico de Danforth.

El sobresalto al reconocer esa baba monstruosa y ese descabezamiento nos había dejado petrificados; y sólo después, al intercambiar unas palabras, supimos que habíamos pensado lo mismo a la vez. Nos pareció que llevábamos allí una eternidad, aunque no debieron de transcurrir más de diez o quince segundos.

Aquella bruma pálida y detestable venía ondulante hacia nosotros como exhalada por un cuerpo en movimiento... Y a continuación nos llegó un sonido que trastocó lo último que habíamos decidido, rompió el hechizo y nos permitió echar a correr con todas nuestras fuerzas —atrás quedaron los pingüinos graznando confusamente—, siguiendo nuestro rastro de regreso a la ciudad por corredores megalíticos hundidos en el hielo, hasta el gran círculo abierto, subir por esa rampa arcaica en espiral, y salir disparados al aire exterior y a la luz del día.

Ese sonido nuevo, como digo, alteró de manera radical lo que habíamos decidido; porque era lo que la disección del pobre Lake nos había inducido a atribuir a los que acabábamos de creer muertos. Era justo, me dijo Danforth más tarde, lo que él captó infinitamente amortiguado al pasar aquel recodo de callejón por encima del nivel glacial; y, desde luego, se parecía de manera asombrosa a los aullidos del viento que habíamos oído en las cuevas de las altas montañas. Aun a riesgo de parecer pueril, quiero añadir una cosa más; aunque sólo sea por la sorprendente manera en que la impresión de Danforth coincidió con la mía. Lo que nos predispuso a pensar lo mismo fue nuestra coincidencia de lecturas. Danforth, no obstante, insinúa extrañas ideas sobre fuentes insospechadas y prohibidas alas que Poe pudo tener acceso cuando estaba escribiendo su *Arthur Gordon Pym* hace un siglo. Se recordará que en ese relato fantástico hay un grito de significado misterioso y terrible, relacionado con la Antártida, que emiten eternamente las aves gigantes y espectrales del corazón de esa región maligna: «¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!»^[523]. Eso es exactamente, debo admitir, lo que nos pareció que decía el súbito sonido detrás de la bruma blanca que avanzaba; un sonido insidioso, aflautado, de un registro singularmente amplio.

Antes de que sonasen tres notas o sílabas seguidas estábamos nosotros ya en plena carrera; aunque sabíamos que, dada su celeridad, cualquier Primordial superviviente de la matanza alertado por el grito podía alcanzarnos si se lo proponía. Teníamos la vaga

esperanza, no obstante, de que nuestra actitud no agresiva, y una demostración de que poseíamos una inteligencia afín a la suya, decidieran a tal ser a perdonarnos la vida en caso de apresarnos; aunque sólo fuese por curiosidad científica. Al fin y al cabo, si no tenía nada que temer de nosotros, no tendría motivo para hacernos daño. Como habría sido inútil en este trance escondernos, utilizamos la linterna para echar una ojeada hacia atrás; y vimos que la niebla se estaba deshaciendo. ¿Íbamos a ver, finalmente, a un ejemplar completo y vivo de esos otros? Nuevamente oímos el insidioso sonido aflautado: «¡*Tekeli-li!* ¡*Tekeli-li!*!».

Aquí comprobamos que estábamos ganando distancia a nuestro perseguidor, y se nos ocurrió que quizá el ser iba herido. Pero no había que correr riesgos; porque era evidente que venía detrás de nosotros en respuesta al alarido de Danforth; y no porque huyera de ningún otro ser. La sucesión de ambas cosas había sido demasiado inmediata para que admitiera duda. No sabíamos dónde estaba aquella pesadilla menos concebible y mencionable, aquella montaña fétida y no vislumbrada de protoplasma vomitador de baba cuya raza había conquistado el abismo y enviado colonizadores terrestres a cincelar y reptar por las madrigueras de los montes, y nos dio sincero remordimiento dejar a este Primordial probablemente mutilado —y único superviviente tal vez— en peligro de ser capturado de nuevo y de sufrir un destino atroz.

Gracias a Dios no dejamos de correr. La bruma ondulante había vuelto a hacerse densa, y avanzaba cada vez más mientras, a nuestra espalda, los pingüinos desperdigados graznaban y chillaban y mostraban signos de un pánico verdaderamente asombroso, dada su escasa alarma cuando cruzamos entre ellos. Una vez más nos llegó el sonido aflautado y siniestro de amplio registro: «¡*Tekeli-li!* ¡*Tekeli-li!*!». Habíamos estado equivocados: el ser no iba herido; sino que se había detenido al encontrarse con los cuerpos de sus congéneres y con la infernal inscripción manchada con la baba que habían dejado encima de ellos. No sabíamos cuál podía ser ese mensaje demoníaco; pero los enterramientos del campamento de

Lake atestiguaban la enorme importancia que estos seres daban a sus muertos. Nuestra gastada linterna nos descubrió ahora, delante, una gran caverna abierta en la que convergían varios túneles, y nos alegró dejar los morbosos relieves-palimpsesto —casi los sentíamos, aunque apenas los veíamos— atrás.

Otro pensamiento que nos inspiró la aparición de la caverna fue la posibilidad de burlar a nuestro perseguidor en esta confluencia de grandes galerías. Había varios pingüinos albinos en el espacio abierto, y era evidente que el pánico al ser que se acercaba se les hacía insoportable. Si reducíamos aquí la luz a lo imprescindible para no perdernos, y la dirigíamos sólo hacia delante, los graznidos y la agitación de las aves asustadas en la niebla podrían ahogar nuestras pisadas, ocultar el camino que tomábamos, y tal vez señalar una falsa dirección. En medio de las volutas y espirales de la bruma, el suelo sucio y sembrado de escombros del túnel principal que se abría al otro lado, a diferencia del morbosamente limpio de las otras madrigueras, apenas hacía que destacase nada de manera señalada; ni siquiera, pensamos, a los sentidos especiales de los Antiguos que, aunque de manera parcial e imperfecta, les permitían prescindir de la luz en situaciones de excepción. En realidad teníamos miedo a perdernos con la precipitación; así que decidimos seguir en línea recta hacia la ciudad; porque si nos extraviábamos en ese laberinto de galerías desconocidas del pie de la montaña, las consecuencias eran inimaginables.

El hecho de que consiguiéramos sobrevivir y salir es prueba suficiente de que el ser tomó una galería equivocada y que nosotros dimos providencialmente con la correcta. Los pingüinos solos no nos habrían podido salvar; aunque lo hicieron juntamente con la bruma. Sólo un hado benigno hizo que los vapores ondulantes fueran lo bastante densos en el momento adecuado; porque se desplazaban sin cesar y amenazaban con disiparse. Lo cierto es que levantaron un segundo antes de que desembocáramos del túnel reesculpido a la cueva, por lo que al final tuvimos una única y fugaz visión de la

entidad que se acercaba, al mirar hacia atrás con el alma en vilo, antes de atenuar la luz y meternos entre los pingüinos con la esperanza de despistarla. Pero si el hado que nos ocultó fue benévolo, el que permitió esa visión a medias fue todo lo contrario; porque a ella debo atribuir la mitad del horror que desde entonces nos persigue.

Tal vez lo que nos hizo volver los ojos fue sólo el impulso del perseguido a comprobar la posición del perseguidor; o fue quizá un intento maquinal de responder a una pregunta subconsciente que nos formulaban los sentidos. En medio de la carrera, con todas nuestras facultades concentradas en la huida, no estábamos en situación de analizar motivaciones; aun así, nuestras latentes células cerebrales debieron de asombrarse ante el mensaje que les llegaba del olfato. Después comprendimos cuál era: nuestro alejamiento de la fétida baba que cubría los bultos descabezados, y la proximidad, a la vez, del ser que nos perseguía, no hicieron que cambiara el hedor como la lógica habría hecho suponer. Cerca de los seres tendidos en el suelo reinaba aquella fetidez nueva e inexplicable; pero ahora debía haber vuelto el hedor innominado de esos otros. No era así; sino que, en vez de eso, el olor nuevo y menos soportable dominaba ahora por entero, y se iba haciendo segundo a segundo más venenosamente insistente.

Así que miramos hacia atrás, los dos a la vez al parecer; sin duda el movimiento incipiente del uno debió de incitar al otro a hacer lo mismo. Al mismo tiempo, dirigimos las linternas con toda la potencia hacia la niebla ahora inconsistente, movidos bien por un ansia primitiva de ver, bien por un deseo menos elemental pero igualmente irrazonado de deslumbrar a la entidad antes de reducir la luz y adentrarnos entre los pingüinos del laberinto central que teníamos delante. ¡Movimiento desdichado! Ni Orfeo ni la mujer de Lot pagaron más cara una mirada hacia atrás^[524]. Y otra vez nos llegó el horrible sonido aflautado de amplio registro: «¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!».

Será mejor que cuente con franqueza —aunque no me siento con fuerzas para ser demasiado explícito— lo que vimos, pese a que en aquel momento cada uno pensó no decírselo siquiera al otro. Las palabras que llegan al lector no pueden transmitir el horror de la visión misma. Nos paralizó de tal modo la conciencia que me asombra que nos quedara sentido suficiente para bajar la luz de la linterna como habíamos planeado, y acertar con el túnel que conducía a la ciudad muerta. Debíó de ayudarnos el instinto, y seguro que lo hizo mejor de lo que lo habría hecho la razón. Aunque, si fue así, pagamos un alto precio. Razón desde luego nos quedaba poca. Danforth estaba totalmente trastornado; y lo primero que recuerdo del resto de ese regreso es que le oí salmodiar, delirando, una fórmula histórica en la que sólo yo de toda la humanidad habría podido hallar otra cosa que una sarta de incoherencias. El eco repetía sus falsetes entre los graznidos de los pingüinos; resonaban en las bóvedas que teníamos delante, y en las bóvedas ahora vacías —gracias a Dios— que quedaban atrás. No empezó en seguida; de lo contrario, no habríamos continuado vivos, y corriendo con toda el alma. Me estremezco al pensar en lo que podía habernos acarreado una pequeña diferencia en su reacción nerviosa.

—South Station... Washington... Park Street... Kendall... Central... Harvard...

El infeliz recitaba las familiares estaciones de la línea de metro de Boston a Cambridge^[525] que perforaba nuestro plácido suelo natal de Nueva Inglaterra, a miles de millas de distancia. Para mí esta salmodia no era incoherente, ni fruto de ninguna añoranza. Sólo contenía horror; porque yo sabía la monstruosa, la atroz analogía que lo inspiraba. Al mirar hacia atrás habíamos esperado ver a un ser terrible e increíblemente móvil, si las brumas eran lo bastante tenues; aunque ya nos habíamos hecho clara idea de ese ser. Lo que vimos —porque, en efecto, las brumas se habían vuelto demasiado malignamente inconsistentes— fue algo muy distinto, e indeciblemente más horrendo y abominable. Era la absoluta y

objetiva personificación del «ser que no debería ser» del novelista fantástico; y el término análogo que más se le puede aproximar es un tren subterráneo a toda velocidad cuando lo vemos llegar desde el andén: su gran morro negro surgiendo colosalmente de la infinita distancia subterránea, constelado de extrañas luces de colores, y llenando la prodigiosa madriguera como el pistón llena su cilindro.

Pero no estábamos en el andén. Estábamos en la vía, mientras la plástica columna de negra y fétida iridiscencia avanzaba ocupando el hueco de quince pies, ganando infernal velocidad, y lanzando ante sí otra vez espesas espirales de pálido vapor. Era un ser indescriptible y terrible, mucho más grande que un tren metropolitano, un conglomerado informe de burbujas protoplasmáticas vagamente luminiscentes, con miríadas de ojos temporales que se formaban y se desvanecían como pústulas de luz verdosa en todo el frente que llenaba el túnel y venía hacia nosotros, aplastando a los frenéticos pingüinos y deslizándose sobre el suelo reluciente que él y su especie dejaban limpio de toda suciedad. Otra vez nos llegó el espantoso y burlesco «¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!», y por fin recordamos que los demoníacos shoggoths —a los que los Antiguos dieron vida, pensamiento y plasticidad para modelar órganos, y cuyo único lenguaje eran los grupos de puntos— *no tenían más voz que los acentos que imitaban de sus amos desaparecidos.*

XII

Tanto Danforth como yo tenemos el recuerdo de que salimos al gran hemisferio esculpido, y que regresamos por las ciclópeas estancias y corredores de la ciudad muerta; pero son meros fragmentos de sueños sin volición alguna por nuestra parte, ni tampoco esfuerzo físico. Fue como si flotásemos en un mundo nebuloso o en una

dimensión sin tiempo, causación ni orientación. La penumbra gris del vasto espacio circular nos sosegó un poco; pero no nos acercamos a los trineos escondidos ni volvimos a mirar al desventurado Gedney y al perro: cuentan con un mausoleo gigantesco y extraño, y espero que el fin de este planeta los encuentre aún en paz.

Fue mientras subíamos penosamente por la colosal pendiente en espiral cuando notamos por vez primera el cansancio terrible y la falta de aliento que la carrera en el aire enrarecido de la meseta nos había producido; pero ni siquiera el miedo a caer exhaustos hizo que nos detuviéramos antes de alcanzar el reino normal de sol y cielo exterior. Hubo algo vagamente coherente en nuestra salida de esas épocas sepultadas; porque, mientras subíamos jadeando junto a ese cilindro de sesenta pies de sillería primigenia, desfilaba a nuestro lado un cortejo continuo de relieves heroicos en la técnica primitiva e intacta de la raza desaparecida: una despedida de los Antiguos, escrita hacía cincuenta millones de años.

Finalmente, al llegar arriba descubrimos que estábamos en lo alto de un montón de bloques derrumbados, con la pared curva de sillería al oeste, y los picos severos de las grandes montañas irguiéndose más allá de las construcciones desmoronadas, hacia el este. El bajo sol antártico de medianoche asomaba rojo por el horizonte sur entre las grietas de las ruinas melladas, y la edad terrible y la falta de vida de la pesadillesca ciudad parecían acentuadas por contraste con cosas conocidas y normales como eran los rasgos del paisaje polar. El cielo, arriba, era una masa inquieta y opalescente de tenues vapores, y el frío nos atenazaba el alma. Dejamos en el suelo los sacos del equipo a los que nos habíamos aferrado instintivamente en nuestra huida desesperada, y volvimos a abrocharnos las gruesas prendas antes de bajar a trompicones y emprender el regreso por el antiquísimo laberinto de piedra hacia las estribaciones donde esperaba el aeroplano. No dijimos nada sobre lo que nos había hecho huir de la oscuridad de los abismos secretos y arcaicos de la Tierra.

Menos de un cuarto de hora después habíamos encontrado la pronunciada pendiente hasta las estribaciones —la probable antigua grada— por la que habíamos bajado, y pudimos ver la silueta oscura de nuestro gran aeroplano en medio de las ruinas diseminadas que se alzaban en la ladera de enfrente. A mitad de camino de nuestra meta nos detuvimos un momento a recobrar aliento, y nos dimos la vuelta para contemplar otra vez la fantástica y paleógena maraña de increíbles formas de piedra que teníamos abajo, una vez más recortada místicamente contra el oeste desconocido. Y al hacerlo, vimos que el cielo, más allá, había perdido su bruma matinal; los vapores inquietos del hielo se habían elevado hasta el cenit, donde sus volutas burlescas parecían a punto de concretarse en alguna figura extraña que temieran hacer demasiado definida o concluyente.

Ahora se revelaba en el horizonte blanco final, detrás de la grotesca ciudad, una línea mágica y borrosa de picos violeta cuyas afiladas alturas se recortaban oníricas sobre el espejeante color rosa del cielo del oeste. Hacia este borde trémulo ascendía la antigua meseta que el lecho excavado del río atravesaba como una cinta de sombra irregular. Durante un segundo nos quedamos embobados de admiración ante la belleza cósmica, ultraterrena, del paisaje; y, seguidamente, un horror vago empezó a invadirnos el alma. Porque esta lejana línea violeta no podía ser otra cosa que las terribles montañas de la tierra prohibida: los picos más altos de la Tierra, núcleo del mal de la Tierra, madriguera de horrores sin nombre y de secretos arqueanos; picos evitados y adorados por los que tuvieron miedo de cincelar su significado en los relieves; picos no hollados por ningún ser de la Tierra, visitados por siniestros relámpagos y destellos que cruzaban las llanuras en la noche polar, indudables arquetipos de esa temida Kadath del Yermo Helado de más allá de la abominable Leng, a la que hacen oscura referencia impías leyendas antiguas. Éramos los primeros seres humanos que los contemplaban... y pido a Dios que seamos los últimos.

Si las imágenes y los planos esculpidos de esa ciudad prehumana dicen la verdad, esas enigmáticas montañas violeta estaban a no menos de 300 millas; sin embargo, su mágica y borrosa esencia descollaba abruptamente por encima de aquel borde remoto y nevado como se eleva el canto aserrado de un planeta ajeno y monstruoso en un firmamento insólito. Su altura, pues, superaba tremendamente cualquier término de parangón conocido, y elevaba sus picos a los tenues y atmosféricos estratos poblados de espectros gaseosos de los que hablan con temor los pocos pilotos osados que han sobrevivido a una caída inexplicable^[526]. Mientras las contemplábamos, pensé con inquietud en ciertas alusiones que hacían los relieves a lo que el gran río desaparecido arrastró a la ciudad desde sus laderas malditas, y me pregunté cuánto sentido y cuánta irracionalidad habría en los terrores de esos Antiguos para dejarlos cincelados de manera tan reticente. Pensé cómo el extremo norte de esa cadena se acercaría a la costa por la Tierra de Reina María donde, a menos de mil millas, sin duda trabajaba en esos mismos instantes la expedición de sir Douglas Mawson, e hice votos por que los malos hados no hicieran posible que sir Douglas ni sus hombres vislumbraran siquiera fugazmente lo que hubiese al otro lado de la cordillera protectora de la costa. Reflexiones estas que daban la medida de mi sobreexcitación en aquellos momentos. Danforth se encontraba aún peor.

Sin embargo, antes de pasar las ruinas de figura estrellada y llegar al aeroplano, nuestro temor se orientó hacia la cordillera más baja pero también gigantesca que ahora teníamos que volver a cruzar. Desde estas estribaciones donde estábamos se alzaban al este, severas y espantosas, las laderas negras encostradas de ruinas, evocando una vez más los extraños paisajes orientales de Nicholas Roerich. Y al pensar en las detestables madrigueras del interior, y en las entidades amorfas que quizá se habían abierto paso, con sus contorsiones y su fetidez, incluso hasta los picos más altos, no pudimos afrontar sin pánico la perspectiva de sobrevolar de

nuevo las sugestivas bocas de cuevas abiertas hacia el cielo de las que el viento arrancaba sonidos de flauta que componían una música maligna de amplio registro. Para empeorar las cosas, descubrimos indicios claros de penachos de niebla alrededor de varias cimas —como debió de ocurrirle al pobre Lake, que al principio tomó por nubes volcánicas—, y pensamos con un estremecimiento en esa bruma gemela de la que acabábamos de escapar; en ella, y en el abismo blasfemo, criadero de horrores, del que brotaban tales vapores.

Todo estaba a punto en el aeroplano, así que nos enfundamos torpemente la gruesa ropa de vuelo. Danforth arrancó el motor sin dificultad, e hicimos un despegue limpio sobre la ciudad de pesadilla. Debajo de nosotros se desplegó la ciclópea sillería como cuando la vimos por primera vez —hacía muy poco tiempo, y sin embargo hacía muchísimo—, y empezamos a ascender en círculo para probar el viento y disponernos a cruzar el paso. Muy arriba debía de haber turbulencias, porque las nubes de polvo de nieve formaban en el cenit toda suerte de seres fantásticos; pero a 24.000 pies, la altura que necesitábamos para efectuar la maniobra, encontramos perfectamente practicable la navegación. Al acercarnos a los picos enhiestos empezaron a hacerse audibles otra vez los sonos extraños del viento, como de flautas; y observé que a Danforth le temblaban las manos en los mandos. Aunque soy un mero aficionado, pensé que en ese momento hubiera pilotado mejor que él a la hora de realizar el peligroso cruce entre los picos; y cuando le dije por señas que nos cambiáramos los puestos, no protestó. Hice acopio de toda la capacidad y sangre fría que podía, y concentré mi atención en el sector de cielo rojizo que se veía a lo lejos entre las paredes del paso, rechazando resueltamente prestar atención a los vapores de las cumbres, y deseando haberme taponado con cera los oídos, como los hombres de Ulises frente a la costa de las sirenas^[527], para que los cantos del viento no me llegasen a la conciencia.

Pero Danforth, liberado de los mandos, y presa de un nerviosismo peligroso, no podía estarse quieto. Lo notaba volverse y retorcerse para mirar hacia la terrible ciudad que dejábamos atrás, hacia las cimas acribilladas de cuevas y los picos erizados de cubos que teníamos delante, hacia el mar de estribaciones nevadas y salpicadas de murallas que había a uno y otro lado, y hacia arriba, hacia el cielo hirviente de nubes grotescas. Fue entonces, mientras me concentraba en dirigir el aeroplano a través del paso, cuando sus gritos frenéticos estuvieron a punto de acarreamos el desastre^[528], al hacerme manotear torpemente los mandos durante unos instantes. Un segundo después me sobrepuse, y cruzamos sin percance... Aunque me temo que Danforth no volverá a ser el mismo.

He dicho ya que Danforth no quiere confiarme que último horror le hizo gritar tan desquiciadamente; un horror que, por desgracia, estoy seguro, fue la principal causa de su estado actual. Mientras llegábamos al otro lado de la cordillera e iniciábamos el lento descenso hacia el campamento, intercambiamos varias frases a gritos para hacernos oír por encima de los aullidos del viento y el ruido del motor; aunque casi siempre para reafirmarnos en la promesa que nos habíamos hecho de guardar secreto cuando abandonamos la pesadillesca ciudad. Ciertas cosas, habíamos convenido, no debía saberlas la gente, ni debían tomarse a la ligera... Y yo no hablaría de ellas en este momento si no fuera por la perentoriedad de disuadir de esa expedición y de cualquier otra al precio que sea. Es absolutamente necesario, por la paz y seguridad de los hombres, que no turbemos ciertos rincones oscuros de la tierra y ciertas profundidades no sondadas, no vaya a ser que despierten a una vida renacida anomalías y pesadillas que perviven de manera blasfema, y salgan de sus negras madrigueras, chapoteando o contorsionándose, a emprender nuevas y más vastas conquistas.

Lo único que Danforth ha llegado a murmurar es que el horror final fue un espejismo. Asegura que no fue nada relacionado con los

cubos y las cuevas de las resonantes, vaporosas, acribilladas montañas de locura que atravesamos, sino una visión fugaz, fantástica, demoníaca, entre las agitadas nubes cenitales, de lo que habita tras esas otras montañas violeta del oeste que los Antiguos evitaron y temieron. Es probable que fuera un simple delirio generado por las tensiones que acabábamos de sufrir, y por el espejismo efectivo de la ciudad muerta y tramontana —que no reconocimos— que habíamos presenciado cerca del campamento de Lake el día anterior. Pero para Danforth fue tan real que aún se encuentra bajo su efecto.

De tarde en tarde murmura frases incoherentes sobre «el negro abismo», «el borde tallado», «los protoshoggoths», «los sólidos sin ventanas de cinco dimensiones», «el cilindro innominado», «el faro del anciano»^[529], «Yog-Sothoth», «la blanca gelatina primordial», «el color venido del espacio», «las alas», «los ojos de la oscuridad», «la escala lunar», «lo original, lo eterno, lo que no muere» y otras expresiones excéntricas. Pero cuando es dueño de sí rechaza todo esto y lo atribuye a las raras y macabras lecturas de años anteriores. Se sabe, desde luego, que Danforth es uno de los pocos que se han atrevido a leer de cabo a rabo ese ejemplar carcomido del *Necronomicon* que se guarda bajo llave en la biblioteca de la universidad.

El cielo, cuando cruzamos la cordillera, estaba cubierto de vapores turbulentos; y aunque no llegamos a ver el cenit, puedo imaginar fácilmente que sus remolinos de polvo de hielo adoptarían formas extrañas. Teniendo en cuenta cuán vívidamente llegan a veces a reflejar, refractar y ampliar escenarios distantes esas capas de nubes inquietas, la imaginación quizá debió de añadir el resto... Y, naturalmente, Danforth no dijo una palabra sobre esos horrores concretos hasta que su memoria tuvo ocasión de sacar a la superficie sus pasadas lecturas. No pudo ver tanto con una fugaz mirada.

En aquellos momentos sus gritos se limitaron a repetir una exclamación desquiciada de origen demasiado claro:

—*jTekeli-li! jTekeli-li!*

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH^[530]

I

Durante el invierno de 1927-1928, funcionarios del Gobierno Federal realizaron una extraña investigación secreta sobre ciertas circunstancias del antiguo puerto marítimo de Innsmouth^[531], en Massachusetts. El público no se enteró de ello hasta febrero, cuando tuvo lugar una vasta serie de redadas y arrestos, seguidos del incendio y la voladura deliberados —con las debidas precauciones— de una enorme cantidad de casas a punto de derrumbarse, carcomidas y supuestamente desocupadas, que se alineaban en los muelles abandonados. Los seres poco curiosos dejaron pasar este suceso por considerarlo uno de los principales enfrentamientos de la intermitente guerra contra el licor^[532].

No obstante, los que seguían las noticias de los periódicos con más interés se extrañaron ante el enorme número de arrestos, el descomunal despliegue de fuerza pública utilizado para llevarlos a cabo, y la discreción que rodeó al libramiento de los detenidos. No se informó de ningún juicio, ni de acusaciones concretas; ni tampoco fue visto posteriormente ninguno de los detenidos en las cárceles ordinarias de la nación. Hubo declaraciones imprecisas acerca de enfermedades y campos de concentración, y después sobre la dispersión de los reclusos en varias prisiones navales y militares, pero nunca quedó claro nada definitivo. La misma ciudad de Innsmouth quedó casi despoblada, e incluso ahora sólo empieza a mostrar algunas señales de un lento renacer.

Las quejas formuladas por muchas organizaciones liberales fueron acogidas con largas discusiones confidenciales, y sus representantes se encargaron de visitar ciertos campos y prisiones. Como consecuencia de esas visitas, tales sociedades se volvieron sorprendentemente inactivas y reticentes. Los periodistas fueron más difíciles de manipular, pero al parecer en su mayor parte acabaron por colaborar con el Gobierno. Sólo un periódico —un tabloide a quien nadie hacía caso por su exaltada política— mencionó el submarino capaz de sumergirse a gran profundidad que lanzó varios torpedos al abismo marino, justo detrás de Devil Reef [Arrecife del Diablo]. Esa noticia, recogida por casualidad en un antro de marineros, parecía bastante inverosímil desde luego, ya que dicho arrecife, negro y bajo, queda por lo menos a milla y media [casi dos kilómetros y medio] del puerto de Innsmouth.

La gente de los alrededores y de los pueblos cercanos murmuraba mucho entre sí, pero decía muy poco a los forasteros. Hacía casi un siglo que hablaban entre ellos del moribundo y medio desierto Innsmouth, y nada de lo que sucediese podría ser más descabellado o más espantoso que lo que años antes se había rumoreado o insinuado. Habían ocurrido cosas que les habían enseñado a mostrarse reservados, y ya no hacía falta presionarlos. Además, en realidad sabían muy poco; ya que unas extensas marismas, solitarias y despobladas, mantenían a los vecinos alejados de Innsmouth por la parte que mira hacia tierra.

Pero por fin yo voy a desafiar la prohibición de hablar sobre esa cuestión. Estoy seguro de que los resultados obtenidos son tan cabales que ningún perjuicio público, salvo un sobresalto de repugnancia, podría derivarse de una simple alusión a lo que encontraron los horrorizados policías que hicieron una batida en Innsmouth. Además, lo que se encontró podría tener más de una explicación. No sé exactamente hasta qué punto me han contado toda la verdad, pero tengo muchas razones para no desear investigar más a fondo. Pues mi relación con este asunto ha sido

más directa que la de cualquier otro profano, y me he llevado tales impresiones que me veo obligado a tomar medidas drásticas.

Fui yo quien huyó desesperadamente de Innsmouth a primeras horas de la mañana del 16 de julio de 1927, y fueron mis asustadas súplicas al Gobierno para que abriese una investigación y tomase medidas lo que provocó todo el episodio relatado. Estaba bastante dispuesto a permanecer callado mientras el asunto estuviera reciente y no aclarado; pero ahora que ya ha pasado el tiempo, y el interés y la curiosidad del público han desaparecido, siento un extraño deseo de hablar en voz baja acerca de las espantosas horas que pasé en aquel puerto de mar diabólicamente sombrío y de mala reputación, sobre el que se cernía la muerte y la monstruosidad impía. El mero hecho de contarlo me ayuda a recobrar la confianza en mis propias facultades, a convencerme de que no fui simplemente el primero en sucumbir a una contagiosa alucinación colectiva. Me ayuda también a decidirme acerca de cierto paso terrible que todavía tengo que dar.

Nunca había oído hablar de Innsmouth hasta la víspera del día en que lo vi por primera y —hasta ahora— última vez. Celebraba mi mayoría de edad viajando por Nueva Inglaterra —turismo, antigüedades, interés por la genealogía— y había planeado ir directamente desde la antigua ciudad de Newburyport^[533] a Arkham, de donde procedía la familia de mi madre. No tenía coche y viajaba en tren, en tranvía o en autocar, buscando siempre el itinerario más barato. En Newburyport me dijeron que para ir a Arkham era conveniente tomar el tren de vapor; y fue en la taquilla de la estación donde, al poner reparos al elevado precio del billete, oí hablar por vez primera de Innsmouth. El corpulento y sagaz vendedor de billetes, cuya forma de hablar indicaba que no era de la ciudad, pareció compadecerse de mis esfuerzos por ahorrar y me hizo una sugerencia que ninguno de mis otros informantes me había propuesto.

—Creo que *podría* tomar aquel viejo autobús —dijo con cierta vacilación—, aunque por aquí casi nadie es de esa opinión. Pasa

por Innsmouth —es posible que haya oído hablar de ese pueblo— y eso a la gente no le gusta. Lo conduce un tipo de Innsmouth, Joe Sargent, pero nunca coge clientela de aquí ni de Arkham, me imagino. Lo asombroso es que siga funcionando. Supongo que es bastante barato, pero nunca he visto que lleve más de dos o tres personas... y nadie que no sea de Innsmouth. Sale de la Plaza —frente al almacén de Hammond— a las diez de la mañana y a las siete de la tarde, a menos que hayan cambiado de horario últimamente. Parece un cacharro horrible... nunca he estado dentro.

Ésta fue la primera vez que oí hablar del tenebroso Innsmouth. Cualquier referencia a un pueblo que no apareciese en los mapas usuales o no figurara en las guías turísticas recientes me habría interesado, y el modo extraño de referirse a él del vendedor de billetes suscitó de alguna manera mi curiosidad. Pensé que un pueblo capaz de inspirar tal aversión a sus vecinos debía de ser al menos bastante insólito y digno de atención turística. Si estaba antes de llegar a Arkham, me detendría allí... de modo que pedí al vendedor de billetes que me contase un poco más. Fue muy prudente y habló con aire de saber un poco más de lo que decía.

—¿Innsmouth? Verá usted, es un pueblo bastante raro que está en la desembocadura del Manuxet. Era casi una ciudad —un puerto bastante importante antes de la guerra de 1812^[534]—, pero se ha ido al garete durante los últimos cien años o poco más o menos. Ya no pasa el ferrocarril... B & M.^[535] nunca pasó por allí, y el ramal que lo unía con Rowley hace años que se abandonó.

»Debe de haber más casas vacías que habitantes, supongo, y no hay ningún tipo de negocio en especial, salvo la pesca y la langosta. Todos compran aquí, en Arkham o en Ipswich. Hace tiempo había unas cuantas fábricas, pero ya no queda más que una refinería de oro que funciona muy poco tiempo al año.

»Esa refinería, sin embargo, antes fue un buen negocio, y el viejo Marsh, su dueño, debe de ser más rico que Creso^[536]. Pero era un tipo raro y no salía nunca de casa. Dicen que recientemente ha cogido una enfermedad de la piel^[537] o algún tipo de deformidad

y no se deja ver. Es nieto del capitán Obed Marsh, que fundó el negocio. Parece que su madre era extranjera —dicen que de una isla de los Mares del Sur—, de modo que se armó la de Dios cuando se casó con una chica de Ipswich, hace cincuenta años. Siempre hacen eso con los de Innsmouth, y la gente de aquí y sus alrededores siempre trata de ocultar que por sus venas corre sangre de Innsmouth. Pero, por lo visto, los hijos y los nietos de Marsh se parecen a cualquier otro. Me los han mostrado aquí... aunque, ahora que lo pienso, parece que los hijos mayores no vienen últimamente. Al viejo nunca lo he visto.

»¿Que por qué todos le tienen tanta ojeriza a Innsmouth? Bueno, joven, no hay que hacer demasiado caso de lo que diga la gente de por aquí. Les cuesta arrancar, pero una vez han empezado, ya no paran. Han estado contando chismes de Innsmouth —por lo común en voz baja— durante los últimos cien años y, según parece, están más asustados que otra cosa. Algunas de las historias le harían reír: como que el viejo capitán Marsh tenía tratos con el demonio y sacaba diablillos del infierno para traérselos a vivir a Innsmouth, o que en algún lugar próximo a los muelles se celebraba una especie de culto satánico y sacrificios espantosos, que la gente descubrió casualmente hacia 1845 más o menos... Pero yo soy de Panton^[538] (Vermont), y esa clase de historias no me gustan.

»Aunque tenía usted que oír lo que cuentan algunos ancianos sobre el arrecife negro de la costa... el Arrecife del Diablo lo llaman. Está completamente por encima del agua la mayor parte del tiempo, y nunca muy por debajo, pero no se le puede llamar isla. Cuentan que a veces se ha visto en aquel arrecife una legión entera de demonios, tumbados por ahí, o saliendo y entrando como una flecha de una especie de cuevas que hay cerca de la cumbre. Es una roca escarpada y escabrosa, a bastante más de una milla de la costa, y cuando se disponían a culminar su travesía los marineros solían dar grandes rodeos para evitarla.

»Es decir, los marineros que no procedían de Innsmouth. Una de las cosas que tenían contra el capitán Marsh era que, al parecer, a

veces atracaba allí por la noche, cuando la marea era favorable. Quizás lo hiciera, pues me imagino que la formación rocosa era interesante, y hasta es posible que buscara algún botín pirata y puede que lo encontrara; pero corría el rumor de que era allí donde hacía sus tratos con los demonios. En realidad, yo creo después de todo que fue el capitán quien verdaderamente le dio mala fama al arrecife.

»Eso fue antes de la gran epidemia de 1846, que mató a más de la mitad de la población de Innsmouth. No se llegó a explicar completamente lo que pasó, pero seguramente fue alguna enfermedad foránea, traída por mar de China o de alguna otra parte. Sin duda fue horrible: hubo disturbios por ello, y toda clase de cosas espantosas que no creo que llegaran a saberse fuera del pueblo... y que dejó el lugar en un estado lamentable. No volvió a ocurrir... ahora apenas vivirán allí unas trescientas o cuatrocientas personas».

Pero lo que de verdad se oculta detrás de la actitud de la gente es un simple prejuicio racial... y no censuro a quienes piensan así. Detesto a esa gente de Innsmouth y no me gustaría ir a ese pueblo. Supongo que usted ya sabe —aunque por su forma de hablar veo que viene del oeste— que una gran cantidad de barcos nuestros, de Nueva Inglaterra, tenían tratos con extraños puertos de África, Asia, los Mares del Sur y de cualquier otra parte, y la de gente rara que a veces trajeron consigo. Seguramente habrá oído hablar del hombre de Salem que regresó con una esposa china, y quizás sepa también que todavía quedan un montón de isleños procedentes de Fiyi, cerca de Cape Cod^[539].

»Verá usted, debe de haber algo parecido detrás de la gente de Innsmouth. El lugar siempre estuvo muy aislado del resto del país por marismas y riachuelos, y no podemos estar seguros de los pormenores del asunto; pero está bastante claro que el viejo capitán Marsh debió traerse a casa a unos tipos extraños cuando hizo regresar a los tres barcos que tenía en servicio activo, allá por los años veinte o treinta. Sin duda, hoy en día la gente de Innsmouth

tiene una vena algo extraña... no sé cómo explicarlo, pero es la clase de cosas que te hace sentir un hormigueo. Lo advertirá usted un poco en Sargent, si coge el autobús. Algunos tienen la cabeza estrecha y rara, con la nariz chata y ojos saltones que nunca parecen cerrarse, y su piel no es del todo normal. Aspera y costrosa, y a los lados del cuello está completamente arrugada o plegada. Además, se quedan calvos muy jóvenes. Los más viejos son los que peor aspecto tienen... en realidad creo que no he visto nunca a un tipo de esos que fuera muy viejo. ¡Me figuro que se morirán al mirarse en el espejo! Los animales les tienen aversión... solían tener muchos problemas con los caballos, antes de que se pusiera de moda el automóvil.

»Nadie de por aquí, ni de Arkham ni de Ipswich, quiere saber nada de ellos, y se muestran muy poco sociables cuando vienen al pueblo o cuando alguien intenta pescar en sus caladeros. Es raro que el pescado sea siempre tan abundante en las aguas del puerto de Innsmouth, cuando ya no hay en ningún otro sitio de los alrededores... ¡Pero intente pescar usted allí y verá cómo lo echan! Esa gente solía venir por ferrocarril —caminando y tomando el tren en Rowley cuando se abandonó el ramal—, pero ahora utilizan ese autobús.

»Sí, hay un hotel en Innsmouth —se llama Gilman House^[540]—, pero no creo que valga mucho. No le aconsejo que lo intente. Es mejor que se quede aquí y mañana por la mañana tome el autobús de las diez; luego puede coger allí un autobús para Arkham a las ocho de la tarde. Hubo un inspector de Trabajo que paró en el Gilman hace un par de años, y tuvo un montón de atisbos desagradables acerca del lugar. Parece que tienen allí una pandilla de gente extraña, porque ese individuo oyó voces en las otras habitaciones —aunque estaban vacías— que le hicieron temblar. Creía que se trataba de un idioma extranjero, pero decía que lo peor era una especie de voz que a veces hablaba. Sonaba tan poco natural —como un chapoteo, dijo— que no se atrevió a desnudarse

ni a dormirse. Esperó levantado y se largó a primera hora de la mañana. La conversación siguió durante casi toda la noche.

»Ese tipo —se llamaba Casey^[541]— tenía mucho que decir acerca de cómo le observaba la gente de Innsmouth y parecía estar en guardia. Comprobó que la refinería de Marsh era bastante rara... es una vieja fábrica situada en la desembocadura del Manuxet. Lo que dijo concordaba con lo que yo había oído. Libros en mal estado, y ninguna cuenta clara de ninguna clase de transacción. Verá usted, siempre ha habido cierto misterio sobre dónde consiguen los Marsh el oro que refinan. Parece que nunca hicieron muchas compras de ese género, aunque hace unos años enviaron por barco una enorme cantidad de lingotes.

»Se solía hablar de una extraña clase de joyas extranjeras que los marineros y los empleados de la refinería vendían a veces a hurtadillas, o que les fueron vistas en un par de ocasiones a algunas mujeres de la familia Marsh. La gente reconocía que quizás el capitán Obed las adquirió en algún puerto pagano, sobre todo porque siempre encargaba montones de abalorios y dijes como los que los marineros solían llevar para comerciar con los nativos. Otros creían, y lo siguen creyendo, que había encontrado un antiguo escondrijo de piratas en el Arrecife del Diablo. Pero lo raro es que el viejo capitán había muerto hacía sesenta años, y de Innsmouth no ha salido ningún barco de gran calado desde la guerra civil; aun así me han dicho que los Marsh todavía siguen comprando a los nativos esa clase de artículos, sobre todo baratijas de vidrio y de goma. Quizás a la gente de Innsmouth le gustan para mirarse en ellas... Bien sabe Dios que han estado a punto de caer tan bajo como los caníbales de los Mares del Sur y los salvajes de Guinea.

»La plaga del cuarenta y seis debió de llevarse a los mejores del lugar. En cualquier caso ahora son un grupo sospechoso, y los Marsh y las demás familias ricas son tan malvados como ellos. Como le dije, seguramente no son más de cuatrocientos en todo el pueblo, a pesar de todas las calles que dicen que hay. Me imagino que son lo que en el Sur llaman «escoria blanca»: anárquicos,

sigilosos y con muchas actividades secretas. Cogen mucho pescado y marisco, y lo exportan en camiones. Es extraño que el pescado abunde justo allí y en ninguna otra parte.

»Nadie ha podido nunca enterarse de lo que hace esa gente, y los funcionarios de la escuela pública y los encargados del censo lo tienen tremendamente difícil. Le aseguro que los forasteros fisgones no son bien recibidos en Innsmouth. Yo personalmente he oído de más de un hombre de negocios o del gobierno que ha desaparecido allí^[542], y corre el rumor de que uno se volvió loco y ahora está en Danvers^[543]. Le debieron dar un susto tremendo a ese individuo.

»Por eso, yo en su lugar no iría de noche. Nunca he estado allí y no tengo ningunas ganas de ir, pero me figuro que si lo visita de día no le pasará nada... aunque la gente de los alrededores le aconsejaría que no lo hiciera. Si usted sólo está haciendo turismo y buscando cosas antiguas, Innsmouth es un lugar que le gustará.

De modo que me pasé casi toda la tarde en la Biblioteca Pública de Newburyport^[544], consultando datos sobre Innsmouth. Cuando traté de preguntar a los naturales del lugar en las tiendas, el restaurante, los garajes y el parque de bomberos, comprobé que era más difícil entablar conversación con ellos de lo que había predicho el vendedor de billetes; y comprendí que no podía perder el tiempo para vencer su instintiva reserva. Tenían una especie de extraña suspicacia, como si se tomaran a mal que alguien se interesara demasiado por Innsmouth. En la Y.M.C.A.^[545], donde me alojé, el recepcionista trató de disuadirme de que fuera a un lugar tan triste y decadente; y en la biblioteca la gente mostró más o menos la misma actitud. Evidentemente a los ojos de las personas cultas Innsmouth no era más que un caso exagerado de degeneración cívica.

Las historias del condado de Essex que había en los estantes de la biblioteca decían muy poco, salvo que la ciudad se fundó en 1643, que antes de la Revolución era famosa por sus astilleros, que alcanzó gran prosperidad naval a principios del siglo XIX; y que más tarde se convirtió en centro industrial de escasa importancia, que utilizaba las aguas del Manuxet como fuente de energía. La

epidemia y los disturbios de 1846 apenas eran tratados, como si constituyesen un descrédito para el condado.

Las alusiones a su declive eran escasas, aunque la importancia de este último testimonio era evidente. Después de la guerra civil, toda la actividad industrial quedó reducida a la Marsh Refining Company, y el mercado de lingotes de oro constituía lo único que quedaba de su floreciente comercio, además de la sempiterna pesca. Pero la pesca se pagaba cada día menos, a medida que caía el precio de la mercancía y aumentaba la competencia de las grandes empresas, aunque nunca hubo escasez de pescado en el puerto de Innsmouth. Los forasteros solían establecerse allí y se decía con discreción que cierto número de polacos y portugueses^[546] que lo habían intentado fueron dispersados de forma particularmente drástica.

Lo más interesante de todo era una referencia indirecta a ciertas joyas extrañas vagamente relacionadas con Innsmouth. Por lo visto habían impresionado no poco a toda la región, pues se mencionaban algunas muestras que se hallaban en el Museo de la Universidad Miskatonic, en Arkham, y en la sala de exposiciones de la Newburyport Historical Society^[547]. Las descripciones fragmentarias de esos objetos eran escuetas y prosaicas, pero me dieron a entender un trasfondo de persistente rareza. Había en ellas algo que parecía tan poco corriente y estimulante que no podía dejar de pensar en eso y, a pesar de lo avanzado de la hora, decidí ver la muestra que se conservaba en la ciudad —al parecer un objeto grande, de extrañas proporciones, que servía aparentemente como tiara—, si es que era posible hacerlo.

La bibliotecaria me dio una nota de presentación para la conservadora de la sociedad, miss Anna Tilton^[548], que vivía cerca, y tras una breve explicación, aquella anciana fue tan amable que me condujo al interior del edificio cerrado, pues no era escandalosamente tarde. La colección era ciertamente notable, pero mi estado de ánimo era tal, que no tuve ojos más que para el

curioso objeto que relucía en una vitrina del rincón, iluminado por la luz eléctrica.

No me hizo falta una excesiva sensibilidad estética para quedarme literalmente boquiabierto ante el extraño y misterioso esplendor de aquella opulenta fantasía extranjera que descansaba sobre un cojín de terciopelo de color púrpura. Ni siquiera ahora sabría describir lo que vi, aunque estaba bastante claro que se trataba de una tiara, como decía la descripción. Era alta por delante, y tenía una periferia muy grande y curiosamente irregular, como si hubiera sido diseñada para una cabeza de contorno casi imprevisiblemente elíptico. Parecía ser predominantemente de oro, aunque un misterioso lustre hacía pensar en alguna extraña aleación con otro metal igualmente bello y difícilmente identificable. Su estado de conservación era casi perfecto, y podría haberme pasado varias horas examinando los impresionantes y desconcertantemente nada tradicionales adornos —algunos, simplemente geométricos, y otros, claramente marinos—, cincelados o moldeados con increíble habilidad y elegancia.

Cuanto más lo miraba, más me fascinaba el objeto; y en esa fascinación había algo curiosamente perturbador, difícil de catalogar o explicar. Al principio decidí que lo que me inquietaba era el extraño carácter extramundano de su ejecución. Todos los demás objetos de arte que yo había visto pertenecían a alguna tradición nacional o racial conocida, si no eran deliberados retos modernistas a cualquier tradición reconocida. Aquella tiara no era ninguna de las dos cosas. Correspondía a todas luces a una técnica establecida, de infinita madurez y perfección, aunque totalmente ajena a cualquier otra —oriental u occidental, antigua o moderna— que yo hubiera visto o de la que hubiese tenido noticias. Era como si su factura fuese de otro planeta.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que mi desasosiego se debía a otra causa, tal vez igualmente poderosa, que radicaba en los indicios pictóricos y matemáticos de su extraño diseño. Todos los motivos aludían a remotos secretos e inimaginables abismos de

tiempo y de espacio, y la naturaleza monótonamente acuática de los relieves resultaba casi siniestra. Entre esos relieves había fabulosos monstruos, de carácter detestablemente grotesco y maligno —que hacían pensar en seres mitad ictíneos^[549] y mitad batracios—, que no era posible dissociar de una obsesionante y desagradable sensación de falso recuerdo, como si trajesen a la memoria algunas imágenes de las células y tejidos profundos cuyas funciones retentivas son totalmente primitivas y abrumadoramente ancestrales. A ratos tenía la impresión de que el perfil de aquellos sacrílegos peces-ranas rebosaba de la máxima quintaesencia de una desconocida maldad inhumana.

Curiosamente, el aspecto de la tiara contrastaba con su breve e insulsa historia, según me contó miss Tilton. Un habitante de Innsmouth, borracho, que poco después murió en una reyerta, la había empeñado por una suma ridícula en 1873 en una tienda de State Street. La Newburyport Historical Society la había adquirido directamente del prestamista, e inmediatamente la expuso como se merecía. La clasificó como de probable procedencia de la India oriental o de Indochina, aunque la atribución era francamente provisional.

Comparando todas las hipótesis posibles sobre el origen de la tiara y su presencia en Nueva Inglaterra, miss Tilton se inclinaba a creer que formaba parte del tesoro de algún pirata exótico descubierto por el viejo capitán Obed Marsh. Esa opinión se vio sin duda reforzada por las insistentes ofertas de compra a un elevado precio que los Marsh empezaron a hacer tan pronto como se enteraron del paradero de la joya, y que siguieron repitiendo hasta hoy mismo pese a la invariable determinación de la Sociedad de no vender.

Mientras la amable mujer me acompañaba a la puerta del edificio, me puso de manifiesto que la teoría acerca del origen pirata de la fortuna de los Marsh estaba generalizada entre la intelectualidad de la región. Su propia actitud hacia el tenebroso Innsmouth —que nunca había visitado— era de repugnancia hacia

una comunidad que había caído muy bajo a nivel cultural, y me aseguró que los rumores de que adoraban al diablo estaban en parte justificados por la existencia de un peculiar culto secreto que había ido en aumento hasta tragarse a todas las iglesias ortodoxas.

Se llamaba, dijo, «La Orden Esotérica de Dagón», y se trataba indudablemente de algo degradante y casi pagano importado de Oriente un siglo antes, en una época en que la pesca parecía que escaseaba en Innsmouth. Su persistencia entre aquella gente sencilla era muy comprensible dado que de repente la pesca volvió a ser excelente y abundante, y de forma permanente, y pronto llegó a ser la mayor influencia en la ciudad, reemplazando por completo a la francmasonería^[550] y estableciendo su sede en la antigua logia masónica de New Church Green.

Todo eso, para la piadosa miss Tilton, constituía una excelente razón para rehuir aquella vieja ciudad de decadencia y desolación; pero para mí no era sino otro incentivo más. A la curiosidad arquitectónica e histórica que sentía, se añadía ahora un intenso fervor antropológico, y apenas pude dormir en mi pequeña habitación de la «Y» mientras la noche pasaba lentamente^[551].

II

A la mañana siguiente, poco antes de la diez, estaba con una pequeña maleta ante el almacén de Hammond, en Market Square^[552], esperando el autobús de Innsmouth. Cuando se acercaba la hora de su llegada, observé un desplazamiento general de los ociosos hacia otros lugares de la calle o al Ideal Lunch^[553] al otro lado de la plaza. Desde luego el vendedor de billetes no había exagerado la aversión que sentía la gente del lugar por Innsmouth y sus habitantes. Poco después apareció un pequeño autocar bastante decrépito de color verde sucio, bajó traqueteando por State

Street, dio la vuelta y se paró junto al bordillo donde yo me encontraba. Inmediatamente me di cuenta de que era el que yo esperaba; una suposición que el casi ilegible letrero de encima del parabrisas —«*Arkham-Innsmouth-Newb'port*»— no tardó en verificar.

Sólo venían tres pasajeros —hombres morenos, desaliñados, de rostro malhumorado y aspecto más bien juvenil— y, cuando el vehículo se detuvo, salieron arrastrando los pies torpemente y echaron a andar en silencio State Street arriba, casi de manera furtiva. El conductor también se apeó, y observé que entraba en el almacén para hacer algunas compras. «Éste debe de ser el Joe Sargent que mencionó el vendedor de billetes», pensé; y antes incluso de reparar en ningún detalle, sentí que me embargaba una oleada de aversión espontánea, imposible de reprimir o de explicar. De pronto, me pareció muy natural que la gente del lugar no quisiera subirse a un autobús cuyo propietario y conductor era aquel hombre, ni visitar más a menudo el hábitat de semejante individuo y de su parentela.

Cuando el conductor salió del almacén, lo miré con más atención y traté de determinar el origen de mi mala impresión. Era un hombre delgado, cargado de espaldas, de algo menos de seis pies [un metro ochenta] de estatura, vestido con un raído traje de paisano azul y una deshilachada gorra de golf. Debía de tener unos treinta y cinco años, pero las extrañas y profundas arrugas que le surcaban el cuello a ambos lados le hacían parecer más viejo, si no se observaba su rostro melancólico e inexpresivo. Tenía la cabeza estrecha, ojos saltones de color azul claro que no parecían parpadear, nariz chata, frente huidiza y barbilla hundida, y unas orejas particularmente atrofiadas. Sus labios eran grandes y gruesos, y sus grisáceas mejillas cubiertas de poros parecían casi imberbes, si no fuera por unos pocos pelos amarillos, lacios o rizados, irregularmente repartidos; y en algunos lugares la superficie parecía desigual de un modo extraño, como si padeciese una enfermedad cutánea. Sus manos grandes y surcadas de venas

tenían un color azul-grisáceo muy poco corriente. Los dedos eran sorprendentemente cortos en proporción con las demás partes del cuerpo, y parecían tener tendencia a curvarse hacia dentro de la enorme palma. Mientras caminaba hacia el autobús observé sus peculiares andares bamboleantes y vi que sus pies eran desmesuradamente enormes. Cuanto más los examinaba, más me asombraba que pudiera encontrar zapatos a su medida.

El pringue que llevaba encima aquel individuo aumentó mi aversión hacia él. Sin duda debía de trabajar o gandulear por los muelles pesqueros, y llevaba consigo el característico olor a pescado. Ni siquiera podía adivinar qué tipo de sangre extranjera corría por sus venas. Su rareza no parecía desde luego de origen asiático, polinesio ni levantino^[554], sin embargo pude comprender por qué la gente lo encontraba extraño. Más que en una alienación, yo habría pensado en una degeneración biológica.

Lamenté que no hubiera ningún otro pasajero en el autobús. No sé por qué no me gustaba la idea de viajar solo con aquel conductor. Pero como era obvio que se acercaba la hora de salida, vencí mis escrúpulos y seguí al hombre a bordo, le di un billete de dólar y susurré una sola palabra: «Innsmouth». Me miró con sorpresa durante un segundo mientras me devolvía el cambio de cuarenta centavos, sin decir nada. Tomé asiento bastante detrás de él, pero en el mismo lado del autobús, pues quería observar la costa durante el viaje.

Por fin el decrepito vehículo arrancó de un tirón y dejó atrás, traqueteando ruidosamente, los viejos edificios de State Street, entre una nube de gases procedente del tubo de escape. Al echar una ojeada a la gente que pasaba por la acera, me pareció percibir un curioso empeño en evitar mirar al autobús... o al menos, de evitar que pareciese que lo miraban. Luego giramos a la izquierda y entramos en High Street, donde el camino era más llano; pasamos a toda velocidad por delante de impresionantes mansiones de los primeros tiempos de la República y casas de campo de estilo colonial todavía más antiguas, dejamos atrás el Lower Green y el

Parker River, y finalmente salimos a una larga y monótona zona costera en campo abierto.

El día era caluroso y soleado, pero el paisaje de arena, juncos y arbustos achaparrados fue haciéndose cada vez más desolado a medida que avanzábamos. Por la ventanilla pude ver el agua azul y el contorno arenoso de Plum Island^[555], y al cabo de un rato nos acercamos mucho a la playa, ya que abandonamos la carretera general a Rowley e Ipswich. No se veían casas y, por el estado de la carretera, deduje que el tráfico por allí debía de ser muy escaso. Los pequeños postes del teléfono deteriorados por la intemperie sólo llevaban dos cables. Algunas veces cruzábamos toscos puentes de madera tendidos sobre riachuelos que, cuando la marea estaba alta, serpenteaban tierra adentro, contribuyendo a aislar todavía más la región.

De vez en cuando observé tocones marchitos y cimientos de tapias desmoronadas encima de la arena amontonada, y recordé la antigua tradición, citada en una de las historias que había leído, de que hace tiempo aquélla había sido una comarca fértil y densamente poblada. El cambio, se decía, sobrevino a la vez que la epidemia de Innsmouth en 1846, y la gente sencilla creía que estaba relacionado enigmáticamente con ocultos poderes malignos. En realidad, se debió a la insensata tala de bosques cerca de la costa, que privó al suelo de su mejor protección y abrió el camino a las oleadas de arena llevada por el viento.

Por fin perdimos de vista Plum Island y divisamos la inmensa extensión del Atlántico a nuestra izquierda. Nuestra estrecha ruta empezó a subir una cuesta muy empinada y experimenté una rara sensación de inquietud al ver la solitaria cumbre que se elevaba ante nosotros, donde la calzada, llena de baches, se unía con el cielo. Era como si el autobús fuera a proseguir su ascensión, abandonando del todo la tierra firme y fundiéndose con los ignotos arcanos de la atmósfera superior y el enigmático cielo. El olor del mar adquirió ominosas implicaciones, y la rígida espalda encorvada y la estrecha cabeza del callado conductor me resultaban cada vez

más odiosas. Al mirarle vi que la nuca estaba casi tan desprovista de pelo como la cara, sólo tenía unos cuantos mechones amarillos dispersos en la áspera piel gris.

Entonces llegamos a la cumbre y contemplamos toda la extensión del valle, donde el Manuxet desemboca en el mar, justo al norte de una larga alineación de acantilados que culmina en Kingsport Head y se desvía después hacia Cape Ann^[556]. En el lejano horizonte brumoso pude vislumbrar el descomunal perfil del promontorio, coronado por aquella extraña y antigua casa de la que tantas leyendas se cuentan^[557]; pero por el momento, toda mi atención la acaparó el panorama inmediato que tenía justo a mis pies. Me di cuenta de que me encontraba cara a cara ante el tenebroso Innsmouth, según se rumoreaba.

Era un pueblo muy extenso, repleto de casas, pero con una azarosa escasez de signos de vida. Apenas si salía una voluta de humo de la maraña de chimeneas, y tres elevados campanarios se perfilaban austeros y sin pintar contra el horizonte del mar. Uno de ellos se había derrumbado en la parte alta, y en ese mismo y en otro sólo había grandes agujeros negros donde deberían estar las esferas de sus relojes. El considerable grupo de tejados con cubiertas a la holandesa y afilados gabletes sugerían con insultante claridad un paisaje de deterioro carcomido y, a medida que nos acercábamos por la carretera, que ahora descendía, vi que muchos tejados estaban completamente hundidos. Había también algunas casas grandes y cuadradas de estilo georgiano, con tejados a cuatro aguas, cúpulas y plataformas de observación^[558]. Estas se hallaban en su mayoría lejos del agua, y una o dos parecían conservarse en un estado razonablemente bueno. Extendiéndose hacia el interior vi la oxidada línea del ferrocarril abandonado, invadida de hierba, con los postes del telégrafo inclinados y desprovistos ya de cables, y los rastros casi borrados de los antiguos caminos de carro que iban a Rowley y a Ipswich.

El deterioro era más acusado cerca de los muelles, aunque en su mismo centro pude divisar el blanco campanario de un edificio de

ladrillo muy bien conservado, que parecía una pequeña fábrica. El puerto, cubierto de arena desde hacía mucho tiempo, estaba rodeado por un antiguo rompeolas de piedra, sobre el cual empecé a distinguir las diminutas figuras de unos cuantos pescadores sentados, y en cuyo extremo había lo que parecía los cimientos de un faro del pasado. En el interior de esa barrera se había formado una lengua de arena, y encima de ella vi unas cuantas chozas decrepitas, botes amarrados y nasas diseminadas. El único braceaje^[559] profundo parecía estar donde el río, una vez pasado el edificio del campanario, salía a borbollones y torcía hacia el sur para incorporarse al océano al final del rompeolas.

Por todas partes, desde la costa hasta la otra punta, sobresalían las ruinas de muelles más o menos podridos, siendo los más deteriorados los que se encontraban más al sur. Y allá lejos en el mar, a pesar de la marea alta, vislumbré una línea larga y negra que apenas afloraba del agua y que, sin embargo, producía una extraña impresión de maldad latente. Aquello, me di cuenta, tenía que ser el Arrecife del Diablo. Mientras lo contemplaba, tuve la sutil y curiosa impresión de que me estaban haciendo señas, lo que pareció añadirse a la desagradable repugnancia que ya sentía; y, por extraño que parezca, encontré más inquietante esa connotación que la primera impresión.

No nos cruzamos con nadie por la carretera, pero empezamos a pasar por delante de varias granjas desiertas en diversos estados de ruina. Luego me fijé en unas cuantas casas deshabitadas, con las ventanas rotas rellenas de trapos y conchas y pescado estropeado en los corrales llenos de basura. Una o dos veces vi gente de aspecto apático que trabajaba con aire ausente en jardines yermos o cogía almejas en la playa, en medio de un penetrante olor a pescado, y grupos de niños sucios y con cara de simio jugando en los peldaños de entrada a su casa invadidos por la hierba. Por alguna razón aquella gente parecía más inquietante que los deprimentes edificios, pues casi todos tenían los mismos rasgos faciales y hacían los mismos gestos, que instintivamente me

desagradaron, sin que fuera capaz de definirlos o comprenderlos. Por un momento me pareció que aquella constitución tan característica la había visto en algún cuadro, tal vez en un libro, en circunstancias especialmente horribles o melancólicas; pero ese falso recuerdo fue muy fugaz.

Cuando el autobús llegó a un nivel más bajo empecé a captar el sonido uniforme de una cascada en medio de aquel silencio antinatural. Cada vez había más casas, inclinadas y sin pintar, alineadas a ambos lados de la carretera, y mostraban tendencias más urbanas que las que dejamos atrás. El panorama que teníamos delante se había convertido en una escena callejera, y en algunos sitios vi los restos de un pavimento de adoquines y tramos de acera de ladrillo que antiguamente habían existido. Todas las casas estaban aparentemente desiertas, y había algún que otro boquete donde ruinosas chimeneas y muros de sótano ponían de manifiesto que los edificios se habían derrumbado. Todo estaba impregnado del más nauseabundo olor a pescado que uno se pueda imaginar.

Pronto empezaron a aparecer calles transversales y cruces; las de la izquierda conducían a los mugrientos y deteriorados terrenos costeros sin pavimentar, mientras que las de la derecha mostraban vistas de pasada grandeza. De momento no había visto a nadie en la ciudad, pero inmediatamente surgieron unos pocos signos de habitabilidad: alguna que otra ventana con cortinas, algún automóvil abollado junto al bordillo. El pavimento y las aceras se iban precisando cada vez más y, aunque casi todas las casas eran bastante viejas —construcciones de madera y ladrillo de principios del siglo XIX—, resultaba evidente que todavía eran habitables. Debido a mi afición por las antigüedades, casi olvidé mi repugnancia olfativa y la sensación de amenaza y repulsión que me inspiraba aquella excelente e inmutable supervivencia del pasado.

Pero no iba a llegar a mi destino sin recibir una impresión muy fuerte de carácter bastante desagradable. El autobús había llegado a una especie de explanada abierta o punto radial con iglesias a ambos lados y los restos manchados de barro de un círculo de

césped en el centro, y yo miraba un zaguán con columnas que había enfrente, a la derecha del cruce. La fachada, pintada de blanco en tiempos atrás, estaba ya gris y desconchada, y el letrero negro y dorado del frontis estaba tan borroso que tuve mucha dificultad para descifrar las palabras: «Orden Esotérica de Dagón^[560]». Se trataba, pues, de la antigua logia masónica, consagrada ahora a un culto degradado. Mientras me esforzaba por descifrar aquella inscripción, los estridentes tañidos de una campana cascada^[561] al otro lado de la calle distrajeron mi atención y rápidamente me volví y miré por la ventanilla de mi lado del autocar.

El sonido procedía de una iglesia de piedra con un campanario achaparrado, construida manifiestamente en fecha posterior a la mayoría de las casas, en un tosco estilo gótico, que tenía un sótano desproporcionadamente alto con las contraventanas cerradas. Aunque desde mi posición no podía verlas manecillas del reloj del campanario, comprendí que aquellas roncadas campanadas estaban dando las once. Entonces, de repente, todas mis reflexiones acerca de la hora se borraron ante la impetuosa irrupción de una imagen muy nítida e inexplicablemente horrorosa, que se apoderó de mí antes de que pudiera darme cuenta de lo que era realmente. La puerta del sótano de la iglesia estaba abierta, dejando al descubierto un rectángulo de oscuridad. Y cuando miré, algo cruzó o pareció cruzar aquel rectángulo oscuro, dejando grabada en mi cerebro una impresión pasajera de pesadilla que era todavía más exasperante porque a fin de cuentas no mostraba ni una sola de las características propias de la pesadilla.

Era un ser vivo —el primer ser vivo, además del conductor, que había visto desde que entré en el casco urbano— y, de haber estado yo menos inquieto, no habría encontrado nada aterrador en él. Obviamente, como me di cuenta un momento después, era el pastor, que vestía una extraña indumentaria, sin duda adoptada a partir de que la Orden de Dagón hubiese modificado el ritual de las iglesias locales. Es probable que lo primero que atrajo mi mirada

subconscientemente y me proporcionó aquel extraño acceso de horror fuese la alta tiara que llevaba, un duplicado casi exacto de la que miss Tilton me había mostrado la tarde anterior. Esa coincidencia fue lo que disparó mi imaginación y me hizo ver indescriptibles características siniestras en aquel rostro indefinido y en aquella desgarrada figura con traje talar. En seguida decidí que no había ninguna razón para sentir aquel estremecimiento que parecía evocar algo nefasto. ¿No era natural que un misterioso culto local adoptase como uniforme un tipo único de tocado que resultara familiar a la comunidad de alguna extraña manera... como formar parte, por ejemplo, de un tesoro encontrado?

Un escaso número de jóvenes de aspecto repelente se veían ahora por las aceras, individuos aislados o silenciosos grupos de dos o tres. Las plantas bajas de las casas derrumbadas albergaban a veces pequeñas tiendas de sucios letreros y, mientras proseguíamos la traqueteante marcha, me fijé en uno o dos camiones aparcados. El ruido de agua cayendo se fue haciendo cada vez más nítido, y en seguida vi la profunda garganta del río, por encima de la cual pasaba un puente ancho con pretil de hierro que desembocaba en una gran plaza. Al atravesar el puente con gran estruendo, miré a ambos lados y observé algunas fábricas en el borde cubierto de maleza del risco, así como en la bajada. Allá lejos, por debajo del puente, el agua era muy abundante y vi río arriba, a mi derecha, dos poderosos saltos de agua, y otro por lo menos río abajo, a la izquierda. Desde aquel lugar el ruido era verdaderamente ensordecedor. Luego entramos en la gran plaza semicircular que había al otro lado del río, y nos detuvimos a mano derecha, delante de un edificio alto, coronado por una cúpula, con restos de pintura amarilla y un letrero medio borrado que proclamaba que se trataba de la Gilman House.

Me alegré de salir de aquel autobús, e inmediatamente procedí a depositar mi maleta en el vestíbulo del desvencijado hotel. Sólo había una persona a la vista —un hombre de edad, que no tenía lo que yo había dado en llamar «pinta de Innsmouth»— y, recordando

las cosas raras que se habían visto en aquel hotel, decidí no hacerle ninguna pregunta acerca de lo que me preocupaba. En vez de eso salí a dar un paseo por la plaza, en la que el autobús ya se había ido, y examiné el lugar con todo detalle.

A uno de los lados de aquella explanada adoquinada se extendía el río en línea recta; en el lado contrario había un semicírculo de edificios de ladrillo con tejados inclinados de alrededor de 1800, del que salían varias calles en dirección al sudeste, al sur y al sudoeste. Resultaba deprimente que hubiera tan pocas farolas y tan pequeñas —todas ellas incandescentes y de baja potencia— y, a pesar de que sabía que habría luna, me alegré de que mis planes me obligaran a marcharme antes del anochecer. Todos los edificios estaban en buen estado y posiblemente incluían una docena de tiendas en pleno funcionamiento: una abacería de la cadena First National^[562], un sombrío restaurante, una tienda de comestibles, periódicos y medicamentos, la oficina de un vendedor de pescado al por mayor y, en el extremo oriental de la plaza, no lejos del río, las oficinas de la única industria de la ciudad, la Marsh Refining Company. No se veían más de diez personas, y cuatro o cinco automóviles y camiones diseminados aquí y allá. No hizo falta que nadie me dijera que se trataba de los edificios municipales de Innsmouth. Hacia el este se podían vislumbrar retazos azules del puerto, al lado del cual se alzaban las ruinas de tres antiguos campanarios de época georgiana, muy bellos en su día. Y hacia la costa, en la ribera opuesta del río, vi la torre blanca que coronaba lo que supuse debía ser la refinería Marsh.

Por una u otra razón, decidí hacer mis primeras averiguaciones en la abacería sucursal de la cadena, cuyo personal no era probable que fuera de Innsmouth. Comprobé que el encargado era un muchacho de unos diecisiete años y me pareció observar en él una viveza y afabilidad que prometían abundante información. Parecía estar extraordinariamente deseoso de hablar, y pronto deduje que no le gustaba el lugar, ni su olor a pescado, ni sus furtivos habitantes. Era un alivio para él poder hablar con cualquier

forastero. Era de Arkham, se hospedaba en casa de una familia procedente de Ipswich y regresaba a su casa siempre que tenía un rato libre. A su familia no le gustaba que trabajase en Innsmouth, pero la cadena de tiendas lo había trasladado allí y él no quiso renunciar a su empleo.

Dijo que en Innsmouth no había biblioteca pública ni cámara de comercio, pero que probablemente sabría orientarme. La calle por donde yo había bajado era Federal Street. Al oeste de ella estaban las elegantes calles del antiguo barrio residencial —Broad, Washington, Lafayette y Adams— y al este los suburbios costeros. En esos barrios bajos —a lo largo de Main Street— encontraría las viejas iglesias de estilo georgiano, pero todas ellas estaban completamente abandonadas desde hacía tiempo. Sería conveniente no llamar demasiado la atención en dichos barrios —especialmente al norte del río—, ya que el vecindario era gente huraña y hostil. Algunos forasteros incluso habían desaparecido.

Ciertos lugares eran prácticamente territorio prohibido, según había aprendido a un alto precio. No era aconsejable, por ejemplo, demorarse en los alrededores de la refinería Marsh, ni por las proximidades de cualquiera de las iglesias todavía en uso, ni en torno del edificio con columnas de la Orden de Dagón en New Church Green. Esas iglesias eran muy extrañas, todas ellas habían sido radicalmente desautorizadas por sus respectivas confesiones de otros sitios y, según parece, practicaban las más extrañas ceremonias y utilizaban las más raras vestiduras clericales. Sus credos eran heterodoxos y misteriosos, e implicaban alusiones a ciertas metamorfosis maravillosas, como consecuencia de las cuales se obtenía la inmortalidad corporal —o algo por el estilo— en este mundo. El propio pastor del muchacho —el doctor Wallace de la Asbury M. E. Church^[563] de Arkham— le había exhortado seriamente a que no frecuentara ninguna iglesia de Innsmouth.

En cuanto a los habitantes de Innsmouth, el joven apenas sabía qué pensar de ellos. Eran tan solapados y difíciles de ver como los animales que viven en madrigueras, y resultaba muy difícil

imaginarse en qué empleaban su tiempo, aparte de su esporádica pesca. A juzgar por las cantidades de licor clandestino que consumían, se debían de pasar la mayor parte del día sumidos en un sopor etílico. Parecían tercamente unidos por una especie de camaradería y comprensión, despreciando al resto del mundo como si hubieran accedido a otras esferas de existencia más privilegiadas. Su aspecto —sobre todo aquellos ojos desorbitados que no parpadeaban y que nunca se veían cerrados— era sin duda alguna bastante aterrador; y sus voces eran desagradables. Era espantoso oírles cantar en sus iglesias por la noche, y en especial durante sus principales fiestas o asambleas evangelistas, celebradas dos veces al año, el 30 de abril y el 31 de octubre.

Les gustaba mucho el agua, y nadaban mucho en el río y en el puerto. Las carreras de natación hasta el lejano Arrecife del Diablo eran muy frecuentes y, viéndolos, todos parecían capaces de participar en ese arduo deporte. Ahora que lo pienso, generalmente no se veía en público más que personas bastante jóvenes y, entre estos, los mayores solían ser los que tenían aspecto más corrompido. Cuando se daban excepciones, en su mayor parte eran personas sin ningún indicio de anormalidad, como el viejo recepcionista del hotel. Uno se preguntaba qué ocurría con la mayoría de los viejos, y si la «pinta de Innsmouth» no sería un extraño e insidioso fenómeno patológico cuya influencia aumentaba según pasaban los años.

Naturalmente, sólo una enfermedad muy rara podía provocar cambios anatómicos tan considerables y radicales en un individuo después de haber alcanzado la madurez —cambios que implicaban factores óseos tan básicos como la forma del cráneo—, pero incluso entonces dicho aspecto no era más desconcertante e inaudito que las propias características visibles de la enfermedad en su totalidad. Sería muy difícil, dio a entender el muchacho, sacar alguna conclusión efectiva sobre el asunto, ya que nunca se llegaba a conocer personalmente a los naturales del lugar, por más que uno viviera en Innsmouth.

El joven estaba seguro de que en determinados lugares muchos individuos peores incluso que los peores que se veían por la calle permanecían encerrados en sus casas. La gente oía ruidos la mar de raros. Según decían, los ruinosos cobertizos de los muelles que había al norte del río se comunicaban entre sí mediante túneles secretos, formando así una verdadera madriguera de monstruosidades ocultas. Era imposible saber qué clase de sangre extranjera tenían esos seres, si es que la tenían. A veces mantenían ocultos a los tipos más expresamente repulsivos cuando venían a la ciudad representantes del Gobierno u otros forasteros.

Sería inútil, dijo mi informante, preguntarles nada sobre el lugar. El único que solía hablar era un hombre de avanzada edad pero de aspecto normal que vivía en el asilo para pobres que se encontraba en el extremo norte de la ciudad, el cual pasaba el tiempo paseando o vagando por los alrededores del parque de bomberos. Este venerable personaje, Zadok Allen^[564], tenía noventa y seis años y estaba algo tocado de la cabeza, además de ser el borracho del pueblo^[565]. Era un tipo extraño y solapado que miraba continuamente por encima del hombro como si temiese algo y, cuando estaba sobrio, no había forma de que hablase con desconocidos. Sin embargo, era incapaz de rechazar cualquier invitación a su veneno favorito y, una vez borracho, proporcionaba los más asombrosos fragmentos de recuerdos dichos en voz baja.

Sin embargo, a pesar de todo, pocos datos útiles podían conseguirse de él, ya que sólo contaba historias descabelladas, insinuaciones incompletas de prodigios y horrores imposibles que no podían proceder más que de su propia imaginación trastornada. Nadie le creía, pero a los de Innsmouth no les gustaba que bebiese y hablase con desconocidos; y no siempre era prudente que le vieran a uno haciéndole preguntas. Probablemente, algunos de los más descabellados rumores e ideas delirantes que corrían por ahí procedían de él.

Varios residentes de Innsmouth nacidos en otros lugares habían declarado haber visto monstruosas apariciones de vez en cuando,

pero entre los relatos del viejo Zadok y las malformaciones de los habitantes no era de extrañar que tales delirios fueran habituales. Ningún forastero salía a la calle de noche, pues estaba muy extendida la impresión de que no era sensato hacerlo. Además, las calles estaban fastidiosamente oscuras.

Por lo que se refiere al comercio, la abundancia de pescado era sin duda alguna casi increíble, pero los naturales de Innsmouth cada vez obtenían menos provecho de ella. Es más, los precios estaban bajando y la competencia aumentaba. Desde luego, el verdadero negocio de la ciudad era la refinería, cuyas oficinas estaban en la plaza, sólo unos portales al este de donde nos encontrábamos. El viejo Marsh nunca se dejaba ver, pero a veces iba a la fábrica en un automóvil con las cortinillas echadas.

Corrían toda clase de rumores sobre la pinta que estaba adquiriendo el viejo Marsh. En sus tiempos había sido todo un dandi^[566], y la gente decía que todavía llevaba una elegante levita de la época eduardiana^[567], que curiosamente se la tuvieron que adaptar a determinadas deformidades suyas. Sus hijos habían dirigido antes la oficina de la plaza, pero últimamente apenas se les veía y habían dejado la mayor parte del negocio a la generación más joven. Tanto ellos como sus hermanas habían adquirido una apariencia muy extraña, especialmente los mayores; y se decía que su salud se había debilitado.

Una de las hijas de Marsh tenía un repugnante aspecto de reptil y llevaba una excesiva cantidad de joyas raras, obviamente de la misma tradición exótica a la que pertenecía la extraña tiara. Mi informante la había visto muchas veces, y había oído decir que procedía de algún tesoro escondido por los piratas o los demonios. Los clérigos —o sacerdotes, o como les llamen hoy en día— usaban también ese tipo de ornamento a modo de tocado; pero rara vez se vislumbraban. El joven no había visto otras, aunque se rumoreaba que existían muchas en los alrededores de Innsmouth.

Los Marsh, al igual que las otras tres familias de alta alcurnia — los Waite, los Gilman y los Eliot—, eran muy retraídos. Vivían en

casas inmensas, a lo largo de Washington Street, y se decía que varios de ellos escondían a ciertos parientes cuyo aspecto personal impedía su aparición en público y de cuyo fallecimiento habían dado parte y había sido registrado.

Después de advertirme de que los rótulos de muchas calles se habían caído, el joven me dibujó un plano rudimentario pero minucioso de las más destacadas características de la ciudad. Después de examinarlo un momento, estuve seguro de que me sería de gran ayuda y me lo guardé en el bolsillo, dándole las gracias efusivamente. Como no me gustaba la sordidez del único restaurante que había visto, compré un buen surtido de galletas de queso y barquillos de jengibre^[568] que más adelante me servirían de almuerzo. El plan que me había trazado consistía en recorrer las calles principales, hablar con cualquier forastero que pudiese encontrar, y coger el autocar de las ocho para Arkham. Comprendí que la ciudad constituía un significativo y exagerado ejemplo de decadencia colectiva; pero como no soy sociólogo tendría que limitar mis observaciones al campo de la arquitectura.

Así que empecé mi recorrido sistemático aunque medio desconcertado por las estrechas y ensombrecidas calles de Innsmouth. Crucé el puente, me desvié hacia el estruendo de los saltos de agua que había río abajo y pasé junto a la refinería de los Marsh, de la que curiosamente no parecía salir ningún ruido de actividad. El edificio se alzaba sobre el escarpado risco del río, cerca de un puente y de una confluencia de calles que parecía ser el primitivo centro comercial de la ciudad, desplazado después de la Revolución a la actual Town Square.

Volví a cruzar el desfiladero por el puente de Main Street, y di con un paraje completamente abandonado que no sé por qué me hizo estremecer. Los montones de derrumbados tejados de cubierta a la holandesa formaban una fantástica silueta dentada, por encima de la cual se elevaba la macabra aguja decapitada de una antigua iglesia. Algunas casas a lo largo de Main Street estaban habitadas, pero la mayor parte de ellas tenían sus puertas y ventanas

rigurosamente tapiadas con tablas clavadas. Más abajo, en calles laterales sin pavimentar vi negras ventanas agujereadas de casuchas desiertas, muchas de las cuales se inclinaban formando peligrosos e increíbles ángulos a causa del hundimiento de parte de los cimientos. Esas ventanas saltaban a la vista de forma tan espectral que había que armarse de valor para dirigirse al este en dirección al puerto. Indudablemente, el terror que produce una casa desierta aumenta en progresión geométrica más que aritmética a medida que las casas se multiplican hasta formar una población de absoluta desolación. La visión de aquellas interminables avenidas malolientes de vaciedad y muerte, y el solo pensamiento de aquella infinidad de negros y siniestros compartimientos conectados entre sí, abandonados a las telarañas y al gusano vencedor^[569], provoca rudimentarios temores y aversiones que ni siquiera la filosofía más sólida puede disipar.

Fish Street^[570] estaba tan desierta como Main Street, aunque se diferenciaba de esta en que tenía muchos almacenes de piedra y ladrillo todavía en excelente estado de conservación. Water Street era casi idéntica, salvo que tenía grandes espacios hacia el mar, donde habían estado los muelles. No vi a ningún ser vivo, a excepción de los dispersos pescadores que se hallaban en el lejano rompeolas, y no oí sonido alguno salvo el chapoteo de la marea en el puerto, y el estruendo de las cascadas en el Manuxet. La ciudad me crispaba los nervios cada vez más, y miré hacia atrás sigilosamente mientras buscaba la forma de regresar por el inseguro puente de Water Street. El puente de Fish Street, según el plano, estaba en ruinas.

Al norte de la ciudad había indicios de vida escuálida —activas casas que envasaban pescado, chimeneas humeantes, tejados remendados aquí y allá, algún que otro ruido de origen indeterminado y raras figuras que arrastraban los pies por las sombrías calles y los callejones sin pavimentar—, pero encontré eso todavía más agobiante que el abandono del sur. En primer lugar, la gente era más repelente y anormal que la del centro de la ciudad; de

modo que varias veces me recordaron, malvadamente, algo totalmente fantástico que no pude reconocer exactamente. Sin duda, la herencia extranjera era mayor en la gente de Innsmouth que en la de los pueblos más lejanos tierra adentro, a menos que la «pinta de Innsmouth» fuese realmente una enfermedad más que una cepa de sangre, en cuyo caso esta región debía de albergar los casos más avanzados.

Un detalle que me incomodó fue la *distribución* de los escasos y débiles sonidos que escuché. Lógicamente todos tenían que haber venido de las casas manifiestamente habitadas, pero en realidad muchas veces sonaban más fuertes en el interior de las fachadas atrancadas con mayor firmeza. Se trataba de crujidos, carreras apresuradas y ambiguos ruidos roncós; y pensé alarmado en los túneles ocultos que había mencionado el muchacho de la abacería. De repente me sorprendí a mí mismo preguntándome cómo serían las voces de esos moradores. Hasta entonces no había oído hablar a nadie en aquel barrio, e incomprensiblemente deseaba no tener que hacerlo nunca.

Después de detenerme sólo lo suficiente para contemplar las dos hermosas, aunque ya en ruinas, iglesias antiguas de Main Street y de Church Street, salí a toda prisa de aquel miserable suburbio portuario. Mi próximo objetivo debería haber sido lógicamente New Church Green, pero por una u otra razón no pude pasar otra vez por delante de aquella iglesia, en cuyo sótano había vislumbrado la silueta inexplicablemente aterradora de aquel sacerdote o pastor con tan extraña diadema. Además, el muchacho de la abacería me había dicho que las iglesias, lo mismo que la sede de la Orden de Dagón, no eran lugares aconsejables para forasteros.

Por consiguiente, seguí hacia el norte por Main Street hasta Martin Street, luego di la vuelta hacia tierra adentro, crucé Federal Street sin problemas al norte de Green, y me adentré en el deteriorado barrio aristocrático de Broad Street, Washington Street, Lafayette Street y Adams Street. Aunque estas majestuosas y antiguas avenidas estaban mal pavimentadas y descuidadas, no

habían perdido del todo su primitiva dignidad a la sombra de sus olmos. Una mansión tras otra atrajeron mis miradas, la mayoría de ellas decrepitas y tapiadas con tablas entre jardines descuidados, pero en cada calle una o dos mostraban indicios de estar ocupadas. En Washington Street había una fila de cuatro o cinco en excelente estado con césped y jardines muy cuidados. La más suntuosa de todas —con grandes parterres que se extendían a todo lo largo de la calle hasta Lafayette Street— supuse que era la casa del viejo Marsh, el afligido dueño de la refinería.

En todas esas calles no se veía ningún ser vivo, y me extrañó la completa ausencia de gatos y perros en Innsmouth. Otra cosa que me desconcertó y me preocupó fue que, incluso en las mansiones mejor conservadas, muchas ventanas del tercer piso y del desván tenían los postigos cerrados a cal y canto. El sigilo y la reserva parecían generales en esa silenciosa ciudad de enajenación y muerte, y no pude evitar la sensación de estar siendo observado desde todas partes por unos taimados ojos fijos que nunca se cerraban.

Me estremecí al escuchar las tres campanadas desafinadas de un campanario que había a mi izquierda. Demasiado bien recordaba la iglesia achaparrada de donde procedían aquellos tañidos. Siguiendo por Washington Street hacia el río, fui a dar a una nueva zona de antiguas industrias y comercios; observé más adelante las ruinas de una fábrica y vi otras, con vestigios de una antigua estación del ferrocarril y un puente ferroviario cubierto más allá, en lo alto del barranco, a la derecha de donde yo me encontraba.

En el inestable puente que tenía ante mí había un poste con una señal de prohibido el paso, pero me arriesgué y volví a cruzar a la orilla sur, donde volvieron a aparecer indicios de vida. Sigilosas criaturas que andaban arrastrando los pies miraron enigmáticamente en mi dirección, y rostros más normales me observaron con frialdad y curiosidad. Innsmouth se me estaba haciendo intolerable por momentos y torcí por Paine Street para dirigirme al Square con la esperanza de coger algún vehículo que

me llevara a Arkham antes de la hora de salida, todavía lejana, de aquel siniestro autobús.

Fue entonces cuando vi el ruinoso parque de bomberos a mi izquierda y me fijé en el anciano con la cara colorada, tupida barba, ojos llorosos, cubierto con unos harapos indescritibles, que estaba sentado en un banco delante de la plaza y hablaba con un par de bomberos desaliñados, aunque de aspecto normal. Tenía que ser, por supuesto, Zadok Allen, el nonagenario medio loco y borracho cuyos relatos sobre Innsmouth eran tan espantosos e increíbles.

III

Debió haber sido algún diablillo de la perversidad^[571] —o algún impulso sardónico de oscuro y desconocido origen— lo que me hizo cambiar de planes. Había decidido limitar mis observaciones únicamente a la arquitectura, y aun así me dirigí apresuradamente hacia el Square con el fin de conseguir un rápido medio de transporte que me permitiera marcharme de aquella emponzoñada ciudad de muerte y ruinas; pero el hecho de ver al viejo Zadok Allen despertó en mi mente nuevas orientaciones y me hizo aflojar el paso.

Me habían asegurado que lo único que podía hacer el anciano era insinuar una serie de leyendas absurdas, inconexas e increíbles, y me habían advertido que era peligroso ser visto hablando con él; sin embargo, la idea de aquel testigo de edad avanzada de la decadencia de la ciudad, cargado de recuerdos que se remontaban a los tiempos más remotos en que zarpaban barcos y las fábricas funcionaban, era un aliciente al que por más que lo intentara no podía resistirme. Después de todo, las fábulas más extrañas e insensatas la mayoría de las veces no son más que símbolos y alegorías con un fondo de realidad... y el viejo Zadok debía haber

visto todo lo que pasó en Innsmouth durante los últimos noventa años. La curiosidad me impulsó más allá del sentido común y la cautela, y en mi egotismo juvenil me imaginaba que era capaz de entresacar los elementos indispensables para desentrañar la verdad que podía ocultar el confuso y extravagante desahogo verbal que probablemente le sacaría con ayuda de Whisky peleón.

Comprendí que no podía abordarlo en aquel mismo momento, pues los bomberos se darían cuenta sin duda y se opondrían. En vez de eso, pensé, me las idearía para conseguir un poco de alcohol de contrabando en un sitio donde el chico de la abacería me había dicho que había en abundancia. Después me dejaría caer por el parque de bomberos como por casualidad, y saldría al paso del viejo Zadok en cuanto este iniciara una de sus frecuentes divagaciones. El joven me dijo que no podía estarse quieto, y que muy pocas veces se quedaba en el parque de bomberos más de una o dos horas seguidas.

Obtuve con facilidad, aunque no a bajo precio, una botella de whisky de un cuarto de galón [casi un litro] en la trastienda de un sórdido bazar que había a poca distancia del Square, en Eliot Street. El individuo con pinta de guarro que me atendió tenía una pizca de la llamativa «pinta de Innsmouth», aunque se mostró muy cortés a su modo, tal vez por estar acostumbrado a tratar con los sociables forasteros —camioneros, compradores de oro y otros por el estilo— que estaban de paso en la ciudad.

Al regresar al Square vi que estaba de suerte, pues, saliendo de Paine Street y doblando la esquina de la Gilman House, vislumbré nada menos que la alta, delgada y harapienta figura del anciano Zadok Allen en persona. Conforme a mi plan, atraje su atención blandiendo la botella que acababa de comprar; y no tardé en darme cuenta de que, cuando torcí por Waite Street en busca de una zona más solitaria, había empezado a seguirme arrastrándose melancólicamente.

Me orienté por el plano que me había preparado el chico de la abacería, y me dirigí al tramo completamente abandonado del

muelle meridional que había visitado antes. Las únicas personas que había visto eran los pescadores en el lejano rompeolas; y yendo hacia el sur unas cuantas manzanas podía quedar fuera de su alcance, encontrar un par de asientos en algún muelle abandonado y tener la posibilidad de preguntar libremente al viejo Zadok por tiempo indefinido sin que nadie nos viera. Antes de llegar a Main Street, oí a mis espaldas un débil y jadeante «¡oiga, zeñó!», y acto seguido dejé que el anciano me alcanzase y le diera abundantes tragos a la botella de un cuarto de galón.

Empecé a sondearle mientras caminábamos hacia Water Street y giramos en dirección al sur, en medio de aquella desolación omnipresente y aquellas ruinas peligrosamente inclinadas, pero comprobé que el anciano no soltaba la lengua tan pronto como yo había esperado. Por fin vi en dirección al mar un claro cubierto de hierba, rodeado de unas tapias de ladrillo derrumbadas, más allá del cual sobresalía un muelle de tierra y mampostería lleno de malezas. Montones de rocas cubiertas de musgo cerca del agua ofrecían unos asientos aceptables y un almacén en ruinas que se alzaba al norte resguardaba el lugar de cualquier posible mirada. Me pareció que aquel era el sitio ideal para un largo coloquio confidencial; de modo que guié a mi compañero por la callejuela y elegimos un sitio adecuado para sentarnos entre las musgosas rocas. Aquel ambiente de muerte y de abandono era macabro, y el olor a pescado casi resultaba insufrible; pero estaba resuelto a que nada me desanimara.

Quedaban unas cuatro horas para hablar, si quería coger el autocar de las ocho para Arkham, y empecé a suministrar más alcohol al anciano borrachín, mientras yo tomaba mi frugal almuerzo. Tuve cuidado de no pasarme de la raya en mis dádivas, pues no deseaba que la locuacidad de borracho de Zadok se convirtiera en sopor etílico. Al cabo de una hora, su subrepticia taciturnidad empezó a dar muestras de desaparecer, pero con gran decepción por mi parte seguía soslayando mis preguntas sobre Innsmouth y su tenebroso pasado. Parloteaba sobre temas

corrientes, poniendo de manifiesto un gran conocimiento de los periódicos y una gran tendencia a filosofar a la manera sentenciosa de los aldeanos.

Cuando ya llevábamos casi dos horas de conversación, tuve miedo de que mi cuarto de galón de whisky no bastara para dar resultado, y me pregunté si no sería mejor dejar al viejo Zadok y volver a por más. Sin embargo, justo entonces la casualidad me ofreció la oportunidad que mis preguntas habían sido incapaces de lograr, y las divagaciones del jadeante anciano tomaron un cariz que me hizo inclinarme hacia delante y escuchar atentamente. Yo estaba de espaldas al mar que olía a pescado, pero él estaba de cara y algo le hizo posar su mirada distraída en el lejano contorno bajo del Arrecife del Diablo, que en aquellos momentos aparecía con claridad y casi fascinante por encima de las olas. La visión pareció desagradarle, pues empezó a soltar una serie de maldiciones en voz baja que terminaron en un susurro confidencial y una deliberada mirada de soslayo. Se inclinó hacia mí, me agarró por la solapa de la chaqueta y empezó a mascullar algunas insinuaciones de las que no podía dudarse.

—Ayí es onde tóo empesó... en haquel mardito lugar de mardad onde comiensen la saguas profundas. La puerta del infierno... No ai hescandallo que puea bajá completamente asta er fondo^[572]. Er capitán Obed lo iso... hél fue quien descubrió más de lo que le conbenía en la sislas de los Mares del Sur.

»Ha tóo er mundo le iva mal en haqueyos días. Er comersio disminuía, las fábricas perdían clientela... encluso las nuevas... y nuestros mejores ombres morieron a manos de los corzarios en la guerra de 1812, o se undieron con er vergantín *Elizy* y er paquebote *Ranger*, los dos vendíos por Gilman. Obed Marsh tenía una flota de tres varcos: er vergantín goleta *Columby*, er vergantín *Hetty*, y la corveta *Sumatry Queen*. Hél fue el húnico que siguió comersiando con las Indias Orientales y her Pasífico, manque la goleta *Malay Pride*, de Esdras Martin, entavía iso una venta el año veintiocho.

»Nunca uvo naide como er capitán Obed... ¡mardito vástago de Satanás! ¡Je, je! Entavía me parese berlo hechando pestes y yamando hestúpidos a tóo er mundo por hasistir a reuniones cristianas y sobreymar sus haflisiones con mansedumbre y modestia. Desía que tenían quhescojer dioses mejores, como algunos de las Indias... dioses que nos proporsionarían pescao a canvio de sus sacrificios, y que verdaderamente hatenderían las plegarias de la gente.

»Matt Eliot, su primer ofisial, tanvién avlava mucho, sólo que estava en contra de que la gente hisiera cosas de paganos. Avlava d'una hizla al este de Otaheité^[573], donde avía una gran cantidad de ruinas de piedra, má santiguas de lo que naide a vizto nunca, como las de Ponape, en las Carolinas^[574], pero con unos rostros esculpíos como las grandes hestatuas de la hizla de Pascua. Ayí serca avía tanvién un hizlote bolcánico, onde avía otras ruinas con distintas hesculturas... ruinas completamente desgastás, como si hantes uvieran estao bajo er mar, cubiertas de pinturas de orribles monstruos.

»Berá usted, zeñó, Matt desía que los natibos de por ayí tenían tóo er pescao que querían, y lusían pulseras y vrasaletes, y coronas echas con un hestraño tipo de horo y cubiertas de pinturas de monstruos como los hesculpíos en las ruinas del hizlote... una hespesie de peces con haspecto de ranas o ranas con haspecto de peces que estavan dibujaos en toas las posturas como si fueran seres umanos. Naide podía sacarles ónde conseguían haquellos tesoros, y los demás natibos se preguntavan cómo se las harreglavan páncontrar pescao en havundansia, cuando en las hizlas besinas hescaseava la pesca. Matt tanvién hempesava ha preguntárselo, lo mesmo qu'er capitán Obed. Hademás, Obed oserbó que muchos hapuestos jóvenes desaparesían por las vuenas cada año, y que hapenas se beían biejos. Tanvién le parese que halgunos tipos tenían un haspecto muy hestraño, haun para ser canaquis^[575].

»Le costó ha Obed sacarle la berdá ha esos paganos. No sé cómo lo hiso, pero hemesó comprádoles las cosas de horo que yebavan. Les preguntó de onde prosedían y si podían conseguir más, y finalmente le sonsacaron toa la berdad al biejo jefe... Walalçea le yamaban. Naide más que Obecl avría creío lo que le contó haquel biejo der demonio, pero er capitán leía en las personas como si fueran livros. ¡Je, je! Tampoco a mí me cree naide cuando lo cuento, y creo que usté tampoco... aunque, ahora que me fijo, usté tié la mesma mirada penetrante que tenía Obed.

Los susurros del anciano se hicieron más débiles, y me di cuenta de que me estremecí ante el terrible y sincero mal agüero de su entonación, aun cuando sabía que su relato no podía ser más que una fantasía de borracho.

—Berá usté, zeñó, Obed s'enteró de que ai cosas en este mundo de las que la malloría de la gente nunca holló avlá... ni las creerían si las holleran. Parese que estos canaquis sacrificavan montones de muchachos y donsellas^[576] a una hespesie de dioses que bibían vajo er mar, y a canvio resivían toa clase de faores. Hencontraron a esos seres en el hizlote con hestrañas ruinas, y parese que las orrivles pinturas de mostruosos peses-ranas representavan a esos seres. Quisás fue hasí como hemesaron los cuentos sobre sirenas. Tenían toa clase de ciudades en er fondo del mar, y esa hizla avía salío de hayí. Parese que, cuando el hizlote salió de repente ha la superfisie, entavía bibían halgunos de esos seres en los hedifisios de piedra. Hasí fue como s'enteraron los canaquis de que estaban hayí devajo. En cuanto s'atrebieron, avlaron con ellos por señas, y muy pronto yegaron a un hacuerdo.

»A esos seres les gustaban los sacrificios umanos. Los avían tenío asía mucho, pero perdieron el contacto con er mundo de harriva al cavo de un tiempo. No me toca a mí desir lo que asían con las bíctimas, y me figuro que Obed no s'atrebió a preguntarlo. Pero los paganos hestavan de hacuerdo, porque abían pasao malos tiempos y se desesperavan por tóo. Entregavan con regularidad sierto número de jóbenes a esas criaturas marinas dos beses al

haño: la bíspera del Primero de Mayo y la del Día de Tóos los Santos. Tanvién les davan halgunas de las vujerías tayadas que asían. Las criaturas hacordaron darles ha canvio havundante pescao... y unos cuantos hojetos de oro de bes en cuando.

»En fin, como digo, los natibos se reunían con esos seres en el hizlote bolcánico... hivan en canoas con las bíctimas y demás, y cuando regresaban traían halgunas jollas de oro. Al prinsipio, los seres haquellos no hivan a la hizla prinsipal, pero hal cabo de un tiempo yegaron a querer hir. Parese c'añoravan mesclarse con la gente y festejar con ellos sus días señalaos, la víspera del Primero de mayo y la del Día de Tóos los Santos. Como be, podían bibir tanto dentro como fuera del agua... creo que los llaman hanfibios. Los canaquis les dijeron que los avitantes de otras hizlas podrían querer destruirlos si senteravan de que estaban allí, pero ellos dijeron que no les himportava demasiao, porque ellos podían destruir a toda la prole umana si les molestava... es desir, a todos los que no tubieran siertos signos como los que husavan hantes los desapareíos Antiguos, quienquiera que fuesen. Pero como no querían dar la lata, se quedarían vajo er mar cuando harguien bisitara la hisla.

»Cuando tubieron que c'aparearse con los peses con pinta de sapo, los canaquis se negaron en sierta manera, pero finalmente s'enteraron de hargo que le dava otro caris al asunto. Al pareser, esos umanos tienen sierto parentesco con tales vestias marinas... pues toas las formas de bida han salío del agua y sólo nesesitan un pequeño canvio para bolber a eya otra bes. Las criaturas haqueyas dijeron a los canaquis que si mesclavan sus sangres, naserían niños de hapariensia umana al prinsipio, pero que después s'irían paresiendo cada bes más a ellas, hasta que finalmente ellas regresarían al agua para reunirse con los montones de seres que biben haya avajo. Y ahora viene lo más himportante, jovensito: cuando se combertieran en peces-sapos como ellos y regresaran al agua, *ya no morirían*. Esas criaturas nunca mueren, salbo que las maten de formabiolenta.

»Pues vien, zeñó, parese ser que cuando Obed conosió a los hizleños, ya les corría por las benas mucha sangre de pes, prosedente de las criaturas de las aguas profundas. Cuando se asían biejos y empesava a notárseles, s'escondían asta que les hapetesía bolber al mar y havandonavan la hizla. Algunos tenían más sangre de vestia que otros, y algunos no llegavan a cambiar lo sufisiente para bolber al agua; pero en su malloría se combertían exactamente en lo que haqueyas criaturas desían. Los que nasían más paresidos a ellas canviavan antes, pero los que eran casi umanos a beses se quedavan en la hizla hasta pasaos los setenta años, aunque normalmente vajavan antes hal fondo para aser viajes de prueba. Y los que s'avían ido al agua, generalmente bolbían mucho de bisita, así que solían avlar a menudo con er tataravuelo de su tataravuelo, que abía havandonao la tierra firme sien o dosientos años antes.

»Todos perdieron la costumbre de morir —salbo en guerras de canoas con otros isleños, o en sacrificio a los dioses marinos, o por una mordedura de serpiente, o de peste o por una enfermedad galopante o hargo paresido antes de poder regresar al agua—, simplemente esperavan un canvio que no les paresía tan horrible al cavo de un tiempo. Pensavan que lo que hotendrían les compensaría por tóo a lo que renunsiavan... y supongo que Obed pensaría lo mesmo cuando meditó un poco sobre la iztoria que le avía contao er viejo Walakea. Aunque Walakea hera uno de los pocos que no tenía sangre de pes... era de una heztirpe real que sólo se casava con las heztirpes reales de otras hizlas.

»Walakea enseñó a Obed una gran cantidad de ritos y conjuros que tenían que ber con aqueyas criaturas marinas, y le mostró a algunos de los avitantes de la siudá ciavían canviao vastante su aspecto umano. Pero, por una u otra rasón, nunca le permitió ber a ninguna de las criaturas que salieron directamente del agua. Por último, le dio una rara espesie de cacharro de plomo o argo paresío, que, le dijo, aría salir a las criaturas con forma de pes de cualquier lugar del agua donde tuvieran su madriguera. La cosa consistía en

dejarlo caer al agua y resitar las plegarias hadecuadaas, etsétera. Walakea le reconosió que las criaturas estaban diseminadas por tóo er mundo, así que cualquiera podía encontrar una madriguera y aserlas salir si querían.

»A Matt no le gustó naá el asunto y quería que Obed s'alejara de la isla; pero er capitán era más listo qu'el ambre, y descubrió que podía conseguir aqueyos hojetos de oro tan varatos que le sería rentable espesialisarse en ellos. Las cosas siguieron así durante barios años, y Obed consiguíó la suficiente mercansía de oro para poner en marcha la refinería en la hantigua fábrica de tejidos de Waite que hestaba en ruinas. No vendía las piasas tal eran, porque la gente le avría echo preguntas tóo er tiempo. Aun así, los de su tripulación conseguían de bes en cuando alguna que otra piasa y se desasían diella, aunque avían jurao guardar silencio; y él mesmo dejó que las mujeres de su familia yebaran algunas piasas, pues era tan umano como er que más.

»Pues vien, asia er treinta y ocho —cuando yo tenía siete años^[577]—, Obed descubrió que los hizleños abían sio aniquilaos en los biajes. Parese ser que los demás hizleños siavían enterao de lo qu'estava pasando, y avían tomao cartas en el asunto. Supongo que, después de tóo, devían tener los biejos símbolos mágicos que, como desían las criaturas marinas, eran lo único que les hasustava. Ni que desir tiene que los canaquis se devieron henterar por casualidad cuando surgió del fondo der mar alguna hizla con ruinas más hantiguas qu'er dilubio. Eran tíos debotos... no dejaron ná en pie, ni en la hizla prinsipal ni en el hizlote bolcánico, excepto las ruinas que eran demasiao grandes para derrivarlas. En algunos lugares avía pequeñas piedras desparramás —como amuletosque yebavan gravao ensima hargo paresido a lo que aora llaman esvástica^[578]. Provavlemente eran símbolos de los Antiguos. Toda la gente fue aniquilá, no quedó ni rastro de aqueyos hojetos de oro, y ningún canaqui de los alrededores dijo una sola palabra sobre el hasunto. Ni siquiera hadmitían que en aquella hizla oviera bibido gente alguna bes.

»Aquello naturalmente fue un duro golpe para Obed, pues veía que su negocio iba cada vez peor. También afectó a todo Insmouth, porque en aquella época de viajes por mar lo que beneficiaba al capitán de un barco por regla general beneficiaba a la tripulación proporcionalmente. La mayoría de la gente de por aquí se tomó las cosas con paciencia y resignación, pero su situación era cada vez peor, porque la pesca se estaba agotando y ninguna de las fábricas iba demasiado bien.

»Entonces fue cuando Obed empezó a maldecir a la gente por ser unos estúpidos papanatas que rezaban a un dios cristiano que no les ayudaba en nada. Les contó que había conocido a gente que rezaba a dioses que les daban todo lo que realmente necesitaban, y dijo que si un grupo de hombres estaba dispuesto a ayudarlo, quizás podría conseguir ciertos poderes que les proporcionarían abundante pesca y bastante oro. Por supuesto, los que habían creído en el *Sumatra Queen* y habían visto la historia sabían a qué se refería, y no tenían ninguna ganas de acercarse a las criaturas marinas de las que habían oído hablar; pero los que no sabían de qué iba la cosa se dejaron convencer por lo que Obed había dicho, y empezaron a preguntarle qué debían hacer para adoptar la fe que tan buenos resultados prometía.

Entonces el anciano titubeó, masculló y se sumió en un melancólico y aprensivo silencio; echó un vistazo por encima del hombro con nerviosismo, y luego volvió a mirar fascinado el lejano arrecife negro. Cuando le hablé no me contestó, de modo que me di cuenta de que tendría que dejarle terminar la botella. La descabellada historia que estaba escuchando me interesaba profundamente, pues me imaginaba que en su interior ocultaba una especie de rudimentaria alegoría basada en la rareza de Insmouth y elaborada por una imaginación al mismo tiempo creativa y llena de retazos de leyendas exóticas. Ni por un momento creí que el relato tuviera realmente ningún fundamento sólido; pero, a pesar de todo, contenía una pizca de auténtico terror, aunque sólo fuera por sus referencias a aquellas joyas extrañas a todas luces semejantes a la

perniciosa tiara que había visto en Newburyport. Después de todo, tal vez aquellos adornos procedían de alguna isla desconocida; y probablemente los disparatados cuentos de Zadok eran mentiras del extinto Obed, y no despropósitos de aquel viejo borrachín.

Alargué la botella a Zadok, y él la apuró hasta la última gota. Era curioso que aguantase tanto whisky, pues en su voz aguda y jadeante no había ni siquiera una pizca de pastosidad. Lamió el morro de la botella y se la metió en el bolsillo, y después empezó a mover la cabeza y a susurrar en voz baja para sí mismo. Me incliné para ver si podía entender alguna de las palabras que profería, y me pareció ver una sonrisa sardónica tras sus espesos y sucios bigotes. Sí... estaba diciendo algunas palabras, en efecto, y pude entender una buena parte de ellas:

—Er povre Matt —que siempre estubo en contra d'estotrató de poner a la gente de su parte y tubo largas conbersaciones con los predicaores... fue inútil... isieron correr por toas partes de la ciudad al pastor congregasionista, er metodista se marchó, no bolbimos a ber a Resolved Babcock, er pastor baptista... la ira de Jehová... yo no era más que un chiquiyo, pero hoí lo que hoí, y bi lo que bi... Dagón y Astarot... Belial y Belcebú... er Beserro de Oro y los ídolos de Canaán y de los filisteos... abominaciones de Vavilonia... *Mené, mené, teqel y parsín...*^[579]

Nuevamente se detuvo, y por el aspecto de sus ojos llorosos me temí que después de todo se hallaba muy cerca del sopor etílico. Pero cuando lo zarandeeé suavemente por el hombro, se volvió hacia mí con asombrosa agilidad y espetó unas cuantas frases todavía más crípticas:

—No me cree, ¿eh? ¡Je, je, je!... Entonses dígame, jovensito, ¿por qué er capitán Obed y otras beinte personas s'ivan remando asta el Arresife del Diablo en plena noche, y cantavan tan alto que se les podía oír en toa la siudá cuando er biento era favorable? Dígame, ¿por qué, eh? ¿Y dígame por qué siempre dejavan caer cosas pesás en las aguas profundas al otro lao del arresife donde si usté echa un escandallo tan alto como un acantilao nunca llegará al

fondo? ¿Y me pué desir qué iso con aquel chisme de plomo de forma tan extraña que le dio Walakea? ¡Dígamelo, muchacho! ¿Y qué gritaban tóos ellos en la víspera del Primero de Mayo y en la de Tóos los Santos? ¿Y por qué los nuebos párrocos de las iglesias — c'antes avían sío marineros— yebavan túnicas hestrañas y se cuvrían con esas cosas de oro que Obed avía traío? ¿Eh?

Sus llorosos ojos azules me parecieron entonces casi enfurecidos y frenéticos, y los pelos blancos de su sucia barba se le erizaron como si estuviesen cargados de electricidad. El viejo Zadok debió imaginarse que me echaba para atrás, porque empezó a carcajearse diabólicamente.

—¡Je, je, je, je! Empiesa a entender, ¿verdad? Tal bes le oviera gustao estar en mi peyejo en aquellos días, cuando por las noches beía cosas en er mar, desde lo alto de la cópola de mi casa. ¡Oh, puedo desirle que los niños pequeños se enteran de tóo y yo no me perdía ni palabra de lo que se chismorreava sobre er capitán Obed y la gente del arresife! ¡Je, je, je! ¿Y la noche que cojí er catalejo de mi padre, subí a la cópola y bi el arresife yeno de figuras que se sanvuyían en el agua tan pronto como salía la luna? Obed y los demás estavan en un vote, pero aqueyas figuras se sanvuyeron por el otro lao en las aguas profundas y no bolbieron a salir... ¿No le avría gustao ser un chaval y estar solo en la cópola biendo *aquellas figuras que no eran humanas...*? ¡Je, je, je...!

El anciano se estaba poniendo histérico, y yo empecé a estremecerme presa de un susto indecible. Me puso en el hombro una mano nudosa y me pareció que su temblor no se debía del todo a la hilaridad.

—Suponga que una noche be que tiran argo pesao del vote de Obed más ayá del arresife, y luego s'entera al día siguiente que un joven ha desaparesío de su casa. Naide bolbió a ber a Hiram Gilman. ¿Qué le parese? Y lo mesmo pasó con Nick Pierce, y Luelly Waite, y Adoniram Southwick, y Henry Garrison. Je, je, je... Figuras que avlavan por señas con las manos... eso las que tenían manos de verdad...

»Pues vien, zeñó, fue entonses cuando Obed empesó a levantar cabeza de nuebo. La gente bio que sus tres ijas yebavan objetos de oro que nunca se les avía bisto antes, y empesó a salir umo por la chimenea de la refinería. Otra gente tanvién prosperó... la pesca en er puerto empesó a ser avundante, y sabe Dios cuántos cargamentos se envarcaron para Newburyport, Arkham y Boston. Fue entonses cuando Obed consiguió yebar a cavo el antiguo ramal del ferrocarril. Algunos pescaores de Kingsport s'enteraron de las capturas y binieron en valandras, pero tóos desaparecieron. Naide bolvió a berlos. Y justo entonses nuestra gente organizó la Orden Esotérica de Dagón, y compraron la logia masónica de la Encomienda del Calvario y se establecieron hayí... ¡Je, je, je! Matt Eliot era masón y se opuso ala benta, pero justo entonces desapareció.

»Recuerde, no e dicho que Obed quisiera que pasara lo mesmo que en aqueya hizla de los canaquis. No creo c'al prinsipio pretendiese que los jóbenes mesclaran su sangre con las criaturas marinas, ni que se hecharan al mar y se conbertieran en peses y fueran inmortales. Quería ojetos de oro, y estava dispuesto a pagarlos vien, y me figuro que los *demás* estarían satisfechos durante algún tiempo...

»Entrao el año cuarenta y seis, la siudá empesó a fijarse y a pensar por sí misma. Desaparesía demasiá gente... y en las reuniones de los domingos había demasiaos sermones disparataos... demasiás habladurías aserca del arresife. Supongo que yo ise un poco al contarle al consejal Mowry lo que avía bisto desde la cópola. Una noche un grupo de seguidores de Obed salió en tropel asia el arresife, y hoí disparos entre los votes. Al día siguiente, Obed y treinta y dos más estavan en la cárcel, y tóo er mundo se preguntava qué se estava tramando y de qué se les podría hacusar. Dios mío, si harguien oviera podía prever lo que hiva a pasar... dos semanas más tarde, cuando ná se avía tiraó al mar desde asía mucho tiempo.

Zadok mostraba síntomas de estar asustado y agotado, y dejé que guardara silencio durante un rato, aunque mirando el reloj con recelo. La marea había cambiado y empezaba a subir, y el ruido de las olas pareció despertarlo. Me alegré, pues con la pleamar posiblemente el olor a pescado no sería tan fuerte. De nuevo agucé el oído para captar sus susurros.

—Aquella noche hezpantosa... los bi... Yo estaba arriva en la cópola... eran multitud... enjanvres... por toas partes del arresife y benían nadando asia er puerto, pa” adentrarse en el Manuxet... Dios mío, lo que susedió aquella noche en las calles de Innsmouth... Golpearon nuestra puerta, pero mi padre no quiso avrir... luego salió trepando por la ventana de la cosina con su mosquete para vuscar al consejal Mowry y ber qué se podía aser... Montones de muertos y de moribundos... disparos y gritos... en Old Square, en Town Square, en New Church Green... las puertas de la cárcel s’avrieron de par en par... proclamasi3n... traisi3n... cuando binieron a la siudá y comprobaron que faltava la mitad de la gente, dijeron c’avía sío la peste... no quedavan más que los que se unieron a Obed y a las criaturas o los que se callaron... no bolbí a tener notisias de mi padre...

El anciano jadeaba y sudaba copiosamente. Acentuó todavía más su presión sobre mi hombro.

—A la mañana siguiente avían limpio t3o... pero quedavan ueyas... Obed toma er mando y dise que las cosas ban a canviar... otros rendirán culto con nosotros cuando nos reunamos, y sierras casas tendrán que albergar *ués pedes* ... ellos querían mesclar su sangre, como isieron los canaquis, y al menos él no está dispuesto a impedírsele. Obed ha ido demasio lejos... como si estobiera loco por el asunto. Dise que ellos nos traerán pesca y tesoros, y que tendríamos que darles lo que ansiavan...

»Nada iva a ser diferente en el hexterior, sólo que teníamos que ser cautelosos con los forasteros si savíamos lo que nos conbenía. Todos tubimos que prestar er luramento de Dagón, y después uvo un segundo y un terser juramento, que —prestamos hargunos de

nosotros. Los que isiesen servicios espesiales, resivirían recompensas espesiales: oro y demás. Era hinútil negarse, porque avía millones de ellos ayá avajo. Preferían no tener c'alsarse contra er género humano ni haniquilarlo, pero si les trasionávamos y les ovligávamos a ello, podían aser mucho en ese aspecto. Nosotros no teníamos sus viejos amuletos para vloqucarlos, como la gente de los Mares del Sur, y los canaquis nunca nos rebelarían sus secretos.

»Avía que proporsionarles vastantes sacrificios y vujerías y refugio en la siudá cuando quisieran, y ellos nos dejarían en pas bastante vien. No les importava que algún forastero pudiera ir por aí con avladurías... es desir, siempre que no se entrometieran. Todos los que formavan er grupo de fieles —la Orden de Dagóny sus ijos, nunca morirían, sino que regresarían a la Madre Hydra y al Padre Dagón, de donde todos prosedemos... *lä! lä! Cthulhu fhtag! Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah-nagl fhtagn ...* ^[580]

El viejo Zadok se sumió en el más absoluto desvarío, y yo contuve la respiración. ¡Pobre hombre... a qué lamentables abismos de alucinación había llevado el alcohol, además de su aversión a la decadencia, la alienación y la enfermedad que le rodeaba, a aquella mente fecunda e imaginativa! Empezó a gemir, y las lágrimas surcaron sus mejillas estriadas hasta perderse en su barba.

—¡Dios mío, lo que e bizto desde que tenía quinse años! *Mené, mené, teqel y parsín!*... la gente que a desapareció, y los que se suisidaron... los que contaron cosas en Arkham o Ipswich, o lugares paresíos, y los yamaron locos, como husté me está yamando aora mesmo... pero, Dios mío, la de cosas que e bizto... M'avrían matao ase tiempo por lo que sé, sólo que presté er primero y er segundo juramento delante de Obed, así qu'estava protegío, a menos que un tribunal formao por ellos demostrara que conté cosas a saviendas y deliveradamente... pero no presté er tercer juramento... me moriría antes que prestarlo.

»Fue más o menos cuando la guerra sivil, *cuando los niños nasíos a partir del cuarenta y seis empesaron a aserse mallores ...* es desir, hargunos de eyos. Yo estaba hasustao... no bolbí a fisgar

después d'aqueya orrivle noche, y nunca bi de serca a uno de... *ellos*... en tóa mi vida. Es desir a naide que fuera de pura sangre. Fui a la guerra, y si oviera tenío agayas o un poco de sentío común nunca avría buerto, sino que me avría establesío lejos d'aquí. Pero la gente me escribió disiendo que las cosas no ivan tan mal. Supongo que eso fue porque los funsionarios de reclutamiento del Gobierno estaban en la siudá desde er sesenta y tres. Después de la guerra, bolbió a estar tóo tan mal como antes. La gente empesó a desaparecer... las fábricas y las tiendas serraron, er transporte marítimo se suspendió y er puerto se atascó... se avandonó er ferrocarril... pero *ellos* no dejaron de entrar y salir del río nadando desde aquel mardito arresife de Satanás... y cada bes se ivan tapiando más bentanas en los desbanes, y cada bes slhoían más ruidos en las casas en las que se suponía que no avía naide...

»La gente de fuera cuenta iztorias de nosotros... supongo que usté a hoído muchas, en vista de las preguntas que me ase... iztorias sobre cosas c'an bizto hargunas beses, y sobre aqueyas jollas extrañas qu'entavía yegan de harguna parte y no están fundidas del tóo... pero ná concreto. Naide se cree ná. Creen que los hojetos de oro proseden del votín de hargún pirata y reconocen que las gentes de Innsmouth son de sangre hestranjera o que padesen harguna enfermedá. Además, los que biben aquí haullentan a tantos forasteros como pueden, e insitan al resto a que no curioseen demasiao, espesialmente por la noche. Los animales ebitaban a la gente... los caballos, las mulas no... pero cuando tubieron autos lla no importó.

»En er cuarenta y seis, er capitán Obed bolvió a casarse, pero a su segunda mujer *naide de la siudá l'a bisto nunca*^[581]... hargunos disen qu'él no quería, pero ellos le obligaron... con ella tubo tres ijos: dos desaparecieron jóbenes, pero una chica paresía tan normal como cualquier otra y fue educada en Europa. Finalmente, Obed consiguíó casarla con engaño con un tipo de Arkham que no sospechava ná. Pero ahora naide quie tener ná que ver con gente de Innsmouth. Barnabas Marsh, que se ocupa aora de la refinería,

es nieto de Obed y de su primera mujer... o sea, es hijo de Onesiphorus, el hijo mayor de Obed, *pero su madre es otra de ellas y nunca fue bista de puertas afuera.*

»Barnabas está a punto de sufrir er canvio. Ya no puede serrar los ojos y no tié forma umana. Disen que todavía yeba ropa, pero pronto tendrá que bolber al agua. Puede que lla lo alla intentao... a beses vajan un ratito antes d'irse para siempre. No se le a bizto en público desde ase casi dies años. No sé cómo deve sentirse su pobre mujer... ella es de Ipswich, y los de ayí casi lincharon a Barnabas cuando la cortejava, ase unos cincuenta años. Obed murió en er setenta y ocho, y toda la generasión siguiente lla a desaparesió... los ijos de la primera esposa murieron, y el resto... sabe Dios...

El ruido de la marea ascendente era ya muy insistente, y poco a poco el humor del anciano pareció pasar de una emotividad sensiblera a un temor en estado de alerta. Se callaba de vez en cuando para reanudar sus inquietas miradas por encima del hombro o en dirección al arrecife y, a pesar de lo disparatado y absurdo que resultaba su relato, no tuve más remedio que empezar a compartir su vago recelo. La voz de Zadok era más chillona, y parecía estar tratando de levantarse el ánimo hablando más alto.

—Oiga, ¿por qué no dise ná, eh? ¿Le gustaríaibir en una siudá como esta, onde tóo se está pudriendo y se muere, y ai monstruos escondíos que siarrastran, gimen, rugen y brincan en negros sótanos y desbanes en cualquier direción que uno vaya? ¿Eh? ¿Le gustaría hoír noche tras noche los alaríos que salen de las iglesias y de la sede de la Orden de Dagón, *sabiendo quién los causa en parte?* ¿Le gustaría hoír lo que yega d'ese espantoso arresife la víspera del Primero de Mayo y del Día de Tóos los Santos? ¿Eh? Cree que er biejo está loco, ¿verdad? Pues vien, zeñó, *¡déjeme desirle que eso no es lo peor!*

Zadok estaba gritando a decir verdad, y el loco frenesí de su voz me trastornó más de lo que me gustaría reconocer.

—¡Mardito sea, no me se quede mirando con esos hojos... le aseguro que Obed Marsh está en el infierno, y hayí tendrá que quedarse! ¡Je, je!... ¡en el *infierno* le digo! No podéis hacerme nada. Yo no he hecho ná ni he dicho ná a naide...

»Oiga, jovensito. Er caso es que nunca e dicho ná a naide, pero aora lo voi a desir. Estese quieto y escúcheme, muchacho... esto no se lo he contao nunca a naide: le digo que *después d'aquella noche no bolbí a fisgar...* ¡pera así y tóo, me enteré de cosas!

»¿Quié saver lo que es el verdadero orror, eh? Pues vien: no es lo que esos demonios de peses *han echo, sino ¡lo que ban a aser!* Yeban años suviendo a la siudá cosas que sacan del lugar de onde bienen... lo an estao asiendo durante años y últimamente an haflojao el ritmo. Las casas que ai al norte del río, entre Water Street y Main Street, están yenas d'eyos —de esos demonios y *lo que traen*— y cuando estén preparaos... digo cuando estén preparaos... ¿Ha oído hablar harguna vez de un *shoggoth*^[582]...?

»Eh, ¿es que no me escucha? Le haseguro que yo sé *lo que son esas criaturas... las bi una noche, cuando...* ¡Eh-ahhh-ah! ¡E'yahhh!...

La horrible brusquedad y el inhumano horror del chillido que lanzó el anciano casi me hizo perder el conocimiento. Sus ojos, que habían dejado de mirarme para contemplar el maloliente mar, verdaderamente se le salían de las órbitas; y su rostro era una máscara de temor digna de una tragedia griega. Su garra huesuda se hincó terriblemente en mi hombro, y no hizo ningún movimiento cuando volví la cabeza para mirar lo que él vislumbraba.

No vi nada. Sólo la marea ascendente y quizás una serie de ondas más restringidas que la larga y furibunda fila de olas grandes. Pero entonces Zadok empezó a zarandearme, y me volví para observar la transformación de su rostro, paralizado por el miedo, en un caos de párpados contraídos y encías farfulladoras. Su helado terror dio paso a una tempestad de movimientos nerviosos y expresivos. En seguida recobró la voz... si bien como un tembloroso susurro.

—*¡Fuera d'aquí! ¡Vállase d'aquí! Nos an bizto... ¡Vállase d'aquí, como si en eyo le fuera la vía! No hespere ni un momento... Ila lo saven... Hulla, de priesa... sarga d'esta siudá...*

Otra fuerte ola rompió contra la suelta mampostería del antiguo muelle, y el loco susurro del viejo se convirtió en un grito inhumano que helaba la sangre:

—¡E-yaahhh!... ¡Yhaaaaaaa!...

Antes de que pudiese recuperar el juicio, me había soltado el hombro y se precipitaba desafortadamente tierra adentro hacia la calle, haciendo eses en dirección norte por delante de la pared en ruinas del almacén.

Me volví a echar una ojeada al mar, pero no había nada que ver. Y cuando llegué a Water Street y miré hacia el norte a lo largo de la calle, no quedaba ni rastro de Zadok Allen^[583].

IV

Me cuesta trabajo describir el estado de ánimo en que quedé después de este angustioso episodio... un episodio a la vez insensato y lastimoso, grotesco y aterrador. El chico de la abacería me lo había advertido, pero la realidad me había dejado perplejo y trastornado. Aunque fuera un relato pueril, la insensata seriedad y el pavor del viejo Zadok me habían contagiado una inquietud cada vez mayor que se unió a mi anterior aversión hacia aquella ciudad y su intangible augurio de infortunio.

Más adelante podría examinar cuidadosamente aquella historia, y sacar alguna conclusión acerca de su alegórica verdad; en aquellos momentos sólo deseaba quitármela de la cabeza. Se había hecho tarde de manera peligrosa —mi reloj marcaba las siete y cuarto, y el autobús para Arkham salía de Town Square a las ocho—, de modo que traté de dar a mis pensamientos un enfoque lo más

neutral y práctico posible mientras caminaba con mucha rapidez por las calles desiertas de tejados abiertos y casas inclinadas en dirección al hotel donde había depositado mi maleta y encontraría mi autobús.

Aunque la dorada luz del atardecer daba a los antiguos tejados y decrépitas chimeneas un aire de encanto místico y paz, no pude dejar de echar un vistazo por encima del hombro de vez en cuando. Sin duda me alegraría librarme del maloliente y aciago Innsmouth, y me gustaría que hubiera otro vehículo que no fuera el autobús conducido por aquel individuo de aspecto siniestro apellidado Sargent. Sin embargo, no me apresuré demasiado, pues había detalles arquitectónicos dignos de ver en todas las esquinas silenciosas; y calcule que podría cubrir fácilmente la distancia necesaria en media hora.

Después de estudiar el plano del joven de la abacería y buscar un itinerario que no hubiera recorrido antes, preferí meterme por Marsh Street en lugar de State para dirigirme a Town Square. Cerca de la esquina de Fall Street empecé a ver grupos diseminados de gentes hurañas que cuchicheaban y, cuando por fin llegué a Town Square, vi que casi todos los paseantes ociosos se habían congregado alrededor de la puerta de la Gilman House. Parecía como si muchos ojos saltones, llorosos y que no parpadeaban, me mirasen de un modo extraño cuando pedí mi maleta en el vestíbulo, y esperaba que ninguno de aquellos seres desagradables fuera mi compañero de viaje en el autocar.

Bastante pronto, el autobús llegó traqueteando con tres viajeros un poco antes de las ocho, y un individuo de aspecto siniestro que estaba en la acera murmuró unas palabras indistinguibles al conductor. Sargent dejó caer una saca de correspondencia y un rollo de periódicos, y entró en el hotel, mientras los pasajeros —los mismos hombres a quienes había visto llegar a Newburyport aquella mañana— caminaban hacia la acera con paso poco seguro e intercambiaban algunas palabras guturales casi imperceptibles con un paseante ocioso, en una lengua que podría haber jurado que no

era inglés. Subí al autocar vacío y ocupé el mismo asiento que había ocupado antes, pero nada más sentarme reapareció Sargent y empezó a hablarme entre dientes con un peculiar y repulsivo acento gutural.

Al parecer estaba yo de muy mala suerte. El motor se había averiado, a pesar del excelente tiempo hecho desde Newburyport, y el autobús no podía concluir el viaje hasta Arkham. No, era imposible repararlo aquella noche, y no había otro medio de transporte que saliera de Innsmouth en dirección a Arkham o cualquier otro sitio. Sargent lo sentía mucho, pero yo tenía que parar en el Gilman. Seguramente el recepcionista me haría un buen precio, pero no se podía hacer nada más. Casi aturdido por ese impedimento inesperado, y temiendo extremadamente la caída de la noche en aquella deteriorada y medio apagada ciudad, abandoné el autobús y volví a entrar en el vestíbulo del hotel, donde el recepcionista del turno de noche —un tipo taciturno y de aspecto extraño— me dijo que podía ocupar la habitación 428 en el penúltimo piso —grande, pero sin agua corriente— por un dólar^[584].

A pesar de lo que había oído sobre ese hotel en Newburyport, firmé en el registro, pagué mi dólar, dejé que el recepcionista cogiera mi maleta, y seguí a aquel avinagrado y solitario acompañante, subiendo los tres tramos de crujientes escaleras hasta un pasillo polvoriento que parecía desprovisto por completo de vida. Mi habitación, un deprimente cuartucho trasero con dos ventanas y un mobiliario barato y raído, daba a un sórdido patio, rodeado por bajos edificios de ladrillo abandonados, y dominaba un panorama de tejados decrepitos que se extendían hacia el oeste, más allá del cual se veía un paisaje de marismas. Al final del pasillo había un cuarto de baño... una desalentadora reliquia con una antigua palangana de mármol, una bañera de estaño, luz eléctrica mortecina, y toda una instalación de cañerías entre mohosos paneles de madera.

Como todavía había luz del día, bajé a Town Square y eché una ojeada alrededor a ver si podía cenar cualquier cosa, dándome

cuenta de que los desagradables paseantes ociosos me miraban de una manera muy extraña. Dado que la abacería estaba cerrada, me vi obligado a entrar en el restaurante que antes había rehuido; me atendieron un hombre encorvado de cabeza estrecha y ojos desorbitados que no parpadeaban, y una moza chata con unas manos increíblemente gruesas y torpes. Sólo se podía comer en el mostrador, y me alegró comprobar que la mayor parte de la comida era por lo visto de lata o estaba envasada. Me bastó con un tazón de sopa de verduras con galletas y no tardé en regresar a mi sombría habitación del Gilman, donde el recepcionista de rostro siniestro me proporcionó un periódico de la tarde y una revista con cagaditas de mosca que había en un estante desvencijado, junto al mostrador.

Cuando se hizo más de noche encendí la única bombilla de luz tenue que colgaba sobre la barata cama de armadura de hierro, y traté lo mejor que pude de proseguir la lectura que había empezado. Me pareció conveniente mantener la mente saludablemente ocupada, pues de nada serviría darle más vueltas a las cosas anormales que pasaban en aquella antigua y aciaga ciudad mientras estuviese dentro de sus límites. La descabellada historia que le había oído al anciano borracho no presagiaba sueños muy agradables, y me pareció que debía mantener lo más lejos posible de mi imaginación la imagen de sus exaltados y llorosos ojos.

Además, no debía pensar obsesivamente en lo que el inspector de Trabajo había contado al empleado de la estación sobre la Gilman House, y sobre las voces de sus ocupantes nocturnos... ni en eso, ni en el rostro que vislumbré bajo la tiara en la entrada de la tenebrosa iglesia; el rostro que me causó un horror que mi mente consciente no podía explicar. Quizás habría sido más sencillo apartar mis pensamientos de todos aquellos asuntos inquietantes si mi habitación no hubiese sido tan espantosamente húmeda. Sea como fuere, el olor a humedad se mezclaba horriblemente con el hedor a pescado que era común en toda la ciudad y constantemente evocaba ideas de muerte y de putrefacción.

Otra cosa que me preocupaba era la ausencia de cerrojo en la puerta de mi habitación. Ciertas marcas demostraban a las claras que tuvo uno, pero había indicios de que lo habían quitado recientemente. Sin duda no funcionaba, como tantas otras cosas de aquel decrepito edificio. En mi nerviosismo, eché una mirada alrededor y encontré un cerrojo en el armario ropero que, a juzgar por las marcas, parecía ser del mismo tamaño que el que había antes en la puerta. Para aliviar un poco la tensión general, me ocupé de trasladar esa quincalla al lugar vacío con la ayuda de una práctica herramienta de triple uso que llevaba en el llavero. El cerrojo encajaba perfectamente, y me sentí algo aliviado al ver que podía correrlo cuando me fuera a acostar. No es que creyera realmente que fuera necesario, pero cualquier signo de seguridad era bien recibido en un entorno como aquel. Las dos puertas laterales que comunicaban con las habitaciones contiguas tenían su correspondiente cerrojo, y procedí a cerrarlos.

No me desnudé, pues decidí leer hasta que tuviese sueño y después acostarme sin quitarme más que la chaqueta, el cuello y los zapatos. Tomé una linterna de bolsillo que llevaba en la maleta y la metí en un bolsillo del pantalón, de modo que pudiera consultar el reloj si me despertaba más tarde a oscuras. Sin embargo, la somnolencia no venía; y cuando me paré a analizar mis pensamientos descubrí con preocupación que inconscientemente esperaba oír algo... algo que temía pero no podía precisar. La historia del inspector debió afectar a mi imaginación más de lo que había supuesto. De nuevo intenté leer, pero descubrí que no avanzaba.

Al cabo de un rato me pareció oír que los escalones y los pasillos crujían de vez en cuando, como si hubiese pisadas, y me pregunté si las demás habitaciones estarían empezando a llenarse. Sin embargo, no se oían voces, y me pareció que había algo ligeramente solapado en aquellos crujidos. No me gustó, y estuve deliberando si no sería mejor tratar de no dormirme. En aquella ciudad había alguna gente muy rara, y sin duda había habido varias

desapariciones. ¿Me encontraba en una de esas posadas donde asesinan a los viajeros para robarles? Ciertamente yo no tenía aspecto de excesiva prosperidad. ¿O es que realmente la gente de la ciudad guardaba tanto rencor a los visitantes curiosos? ¿Habría llamado desfavorablemente la atención mi llamativa visita, y mis frecuentes consultas al plano? Se me ocurrió que debía de encontrarme terriblemente nervioso para permitir que unos pocos crujidos fortuitos me hicieran especular de esa manera... pero a pesar de todo lamenté ir desarmado.

Finalmente, sintiendo un cansancio que nada tenía que ver con la somnolencia, eché el cerrojo que acababa de instalar en la puerta de entrada, apagué la luz, y me eché en la dura y desnivelada cama con la chaqueta, el cuello, los zapatos y todo^[585]. En la oscuridad hasta el más débil ruido nocturno parecía amplificado, y me invadió una avalancha de pensamientos todavía más desagradables. Me arrepentí de haber apagado la luz, pero estaba demasiado cansado para levantarme y volver a encenderla. Luego, tras una larga y monótona pausa, y precedido por nuevos crujidos en la escalera y el corredor, oí un sonido suave y terriblemente inconfundible que parecía ser el maligno cumplimiento de todos mis recelos. Sin la menor sombra de duda, alguien trataba de abrir con una llave la puerta de mi habitación, con cautela, sigilosamente, a tientas.

Mis sensaciones al reconocer aquel signo de verdadero peligro tal vez fueron algo menos agitadas a causa de los vagos temores que había experimentado antes. Aunque sin un motivo concreto, había estado instintivamente en guardia... y eso era ventajoso para mí en los nuevos momentos difíciles que me aguardaban, cualesquiera que resultaran ser. De todos modos, la transformación de mis vagos presentimientos en una amenaza real e inmediata me produjo una profunda conmoción, y fue un auténtico golpe para mí. Ni se me ocurrió que el intento de abrir la puerta pudiera ser una mera equivocación. Me figuré que se trataba de alguien con un propósito maligno, y permanecí callado como un muerto, esperando el siguiente movimiento del supuesto intruso.

Al cabo de un rato cesó el cauteloso forcejeo y oí que alguien entraba en la habitación contigua a la mía con una llave maestra. Luego trataron de abrir sin hacer ruido la cerradura de la puerta que comunicaba con mi habitación. El cerrojo resistió, por supuesto, y oí crujir el suelo al abandonar la habitación el merodeador. Al cabo de un momento se oyó otro débil chasquido apagado, y me di cuenta de que alguien entraba en la otra habitación contigua a la mía. De nuevo trataron de abrir sigilosamente el cerrojo de la otra puerta de comunicación, y de nuevo se oyeron crujidos de pasos al retirarse alguien. Esta vez, los crujidos continuaron por el pasillo y las escaleras, y comprendí que el merodeador se había dado cuenta de que las puertas de mi habitación estaban cerradas con cerrojo y renunciaba a su intento durante mayor o menor tiempo, según revelaría el futuro.

La rapidez con que accedí a un plan de acción demuestra que debía haber estado temiéndome subconscientemente alguna amenaza y considerando durante horas las posibles vías de escape. Tuve la impresión desde el principio de que el desconocido que había estado forcejeando para abrir la puerta representaba un peligro con el que no debía enfrentarme, sino que tenía que huir de él lo más deprisa que pudiera. Lo único que tenía que hacer era salir del hotel lo antes posible, y por otro camino distinto de la escalera principal y el vestíbulo.

Me levanté sin hacer ruido y, enfocando el interruptor de la luz con mi linterna, traté de encender la bombilla que había sobre mi cama a fin de coger algunas pertenencias y metérmelas en el bolsillo para poder huir rápidamente sin maleta. Nada sucedió sin embargo, y comprendí que habían cortado la corriente. A todas luces se estaba tramando en secreto algún plan malvado a gran escala... aunque no sabría decir en qué consistía. Mientras seguía reflexionando con la mano en el interruptor que no funcionaba, oí un crujido amortiguado en el piso de abajo, y me pareció distinguir a duras penas unas voces que conversaban. Al cabo de un momento me sentí menos seguro de que aquellos sonidos profundos fuesen

voces, ya que los evidentes rugidos roncós y gruñidos desarticulados se parecían muy poco a cualquier lenguaje humano conocido. Luego pensé con renovado vigor en lo que el inspector de Trabajo había oído una noche en aquel edificio desmoronado y pestilente.

Una vez que me hube llenado los bolsillos con ayuda de la linterna, me puse el sombrero y me fui de puntillas a la ventana para examinar las posibilidades de descenso. A pesar del reglamento de seguridad establecido por la ley, no había escalera de incendios en aquel lado del hotel, y vi que mis ventanas tenían un desnivel vertical de tres pisos hasta el patio adoquinado. A derecha e izquierda, sin embargo, algunos edificios antiguos de ladrillo lindaban con el hotel; sus tejados inclinados estaban a la altura de mi cuarto piso y a una distancia razonable para saltar. Para llegar a cualquiera de aquellos edificios tendría que haberme encontrado en una habitación dos puertas más allá de la mía —en un caso en dirección norte y en el otro en dirección sur— e inmediatamente me puse a calcular las probabilidades que tenía de llevar a cabo el traslado.

Decidí que no podía exponerme a salir al pasillo, donde sin duda mis pasos serían oídos, y donde las dificultades para entrar en la habitación deseada serían insuperables. El traslado, si es que se llevaba a cabo, tendría que ser a través de las puertas, menos sólidas, que comunicaban unas habitaciones con otras, cuyas cerraduras y cerrojos tendría que forzar de manera violenta, utilizando el hombro como ariete, siempre que opusieran resistencia. Me pareció que eso sería posible, debido a que tanto la casa como sus instalaciones fijas estaban desvencijadas; pero me di cuenta de que no podría hacerlo en silencio. Tendría que contar con la rapidez y la posibilidad de llegar a una ventana antes de que cualquier fuerza hostil pudiera coordinarse lo suficiente para abrir la puerta de la habitación a la derecha de la mía con una llave maestra. Reforcé la de mi propia habitación apuntalándola con el escritorio, que arrastré poco a poco para hacer el menor ruido posible.

Comprendía que mis posibilidades eran muy escasas, pero estaba enteramente preparado para afrontar cualquier infortunio. Ni siquiera alcanzando otro tejado resolvería el problema, pues entonces tendría todavía que llegar al suelo y escapar de la ciudad. Una cosa a mi favor era el abandono y el estado ruinoso de los edificios colindantes y la cantidad de negros tragaluces que se abrían en cada hilera.

Como de la consulta del plano del muchacho de la abacería llegué a la conclusión de que el mejor itinerario para salir de la ciudad era en dirección sur, primero eché un vistazo a la puerta de comunicación de aquel lado de mi habitación. Estaba diseñada para abrirse hacia mí, y por lo tanto, después de descorrer el cerrojo y comprobar que tenía otros por fuera, comprendí que no era propicia para forzarla. Por consiguiente, abandone ese posible itinerario y traslade con cautela la cama contra la puerta para impedir cualquier ataque posterior que pudiera proceder de la habitación vecina. La puerta del lado norte se abría en sentido contrario a mí, y comprendí que ese debía de ser mi itinerario, aunque resultó que estaba cerrada con llave o tenía el cerrojo echado por el otro lado. Si podía llegar a los tejados de los edificios de Paine Street, y conseguía bajar hasta el nivel de la calle, quizás podría atravesar rápidamente el patio y los edificios adyacentes o los de enfrente hasta Washington Street o Bates Street... o bien podía salir a Paine Street, dirigirme cautelosamente hacia el sur y meterme por Washington Street. En cualquier caso, mi objetivo sería llegar a Washington Street como fuese, y salir rápidamente de la zona de Town Square. Mi prioridad sería no pasar por Paine Street, ya que el parque de bomberos podía estar abierto toda la noche.

Mientras pensaba en esas cosas miré hacia la sórdida multitud de tejados ruinosos que se extendía a mis pies, iluminados por los rayos de una luna casi llena. A la derecha, el negro tajo de la garganta del río partía el panorama; a sus costados se aferraban como lapas varias fábricas abandonadas y la estación de ferrocarril. A lo lejos se veía la herrumbrosa vía férrea y la carretera de Rowley,

que atravesaban un terreno llano y pantanoso, salpicado de islotes de tierra más elevada y seca cubiertos de maleza. A la izquierda del paisaje surcado de riachuelos, la estrecha carretera de Ipswich brillaba a la luz de la luna. Desde mi lado del hotel no se veía la carretera en dirección sur que iba a Arkham, que yo había decidido tomar.

Estaba especulando indecisamente sobre el momento más oportuno para lanzarme contra la puerta en dirección norte, y en cómo me las arreglaría para que no me oyeran, cuando me fijé en que los imprecisos ruidos de abajo habían dado paso a nuevos crujidos más fuertes en la escalera. Vi el vacilante parpadeo de una luz a través del montante de mi puerta, y las tablas del pasillo empezaron a crujir bajo una pesada carga. Unos ruidos amortiguados de posible origen vocal se acercaban, y por fin unos fuertes golpes sonaron en la puerta de mi habitación que daba al pasillo.

De momento no hice más que contener la respiración y esperar. Pareció transcurrir una eternidad, y de pronto el nauseabundo olor a pescado de mi entorno pareció aumentar espectacularmente. Después se repitieron los golpes, de manera continua y cada vez con mayor insistencia. Comprendí que había llegado el momento de actuar, y en seguida descorrí el cerrojo de la puerta que comunicaba con la habitación en dirección norte y me preparé para echarla abajo. Los golpes eran cada vez más fuertes, y yo esperaba que su volumen taparía el ruido que iba a hacer. Por fin empecé a arremeter una y otra vez contra la delgada chapa con mi hombro izquierdo, haciendo caso omiso del golpe o del dolor. La puerta resistió incluso más de lo que yo había supuesto, pero no me di por vencido. Y mientras tanto, aumentó el clamor en la puerta del pasillo.

Finalmente cedió la puerta, pero con tal estrépito que los del exterior tuvieron que oírlo. Inmediatamente los golpes en el exterior se convirtieron en un violento aporreo, mientras las llaves sonaban ominosamente en las puertas de las habitaciones a ambos lados de

la mía. Atravesando a toda velocidad la habitación que acababa de abrir, conseguí echar el cerrojo a la puerta que daba al pasillo antes de que pudieran dar la vuelta a la llave; pero en cuanto lo hice oí que trataban de abrir con una llave maestra la puerta de la tercera habitación... desde cuya ventana esperaba alcanzar el tejado de abajo.

Por un momento me sentí absolutamente desesperado, ya que al parecer estaba bloqueado en una habitación con ninguna ventana que diera al exterior. Una oleada de horror casi anómalo me invadió, y confirió una terrible pero inexplicable singularidad a las huellas, vislumbradas gracias a mi linterna, que había dejado en el polvo del suelo el intruso que hacía muy poco había tratado de entrar en mi habitación por esa puerta. Después, con un atolondrado automatismo que persistía a pesar de la desesperación, me dirigí a la siguiente puerta de comunicación y llevé a cabo el movimiento reflejo de intentar derribarla a empujones para abrirme paso y — dado que los cerrojos podían estar milagrosamente intactos en esta segunda habitación— corrí el pestillo de la siguiente puerta que daba al pasillo antes de que pudieran abrirla desde fuera.

Una casualidad verdaderamente afortunada me proporcionó un alivio temporal... pues la puerta de comunicación no sólo no tenía echada la llave, sino que de hecho estaba entreabierta. En un momento estaba dentro y apoyé la rodilla derecha y el hombro contra la puerta que daba al pasillo, que visiblemente se estaba abriendo hacia dentro. Mi presión cogió desprevenido al que trataba de abrirla, pues al empujar yo se cerró, de modo que pude correr el cerrojo, como había hecho con la otra puerta. Durante aquel breve respiro, oí que los aporreos contra las otras dos puertas disminuían, mientras llegaba un confuso estrépito de la puerta de comunicación que yo había blindado con la cama. Obviamente, la mayor parte de mis asaltantes habían entrado por la habitación contigua del otro lado y se agrupaban para lanzar un ataque por aquel lado. Pero en aquel mismo momento se oyó cómo introducían una llave maestra

en la siguiente puerta en dirección norte, y comprendí que se acercaba un peligro más inminente.

La puerta de comunicación en dirección norte estaba abierta de par en par, pero no había tiempo para pensar en examinar la cerradura de la que daba al pasillo, que ya estaban abriendo. Lo único que pude hacer fue cerrar y echar el cerrojo de la puerta de comunicación que estaba abierta, así como la del lado opuesto... asegurando una con la cama y la otra con el escritorio, y colocando el palanganero delante de la puerta que daba al pasillo. Me imaginaba que debía confiar en tales barreras improvisadas hasta que pudiera salir por la ventana y subir al tejado del edificio de Paine Street. Pero incluso en aquel momento crucial, mi principal temor no tenía nada que ver con la perentoria fragilidad de mis defensas. Me estremecía porque ninguno de mis perseguidores, a pesar de algunos horribles jadeos, gruñidos y suaves rugidos, pronunciaba ni un solo sonido vocal no amortiguado o que resultara inteligible.

Mientras trasladaba los muebles y me precipitaba hacia las ventanas, oí una tremenda carrera a lo largo del pasillo hacia la habitación situada al norte de la mía, y noté que habían cesado las embestidas en la del lado sur. Estaba claro que la mayoría de mis oponentes estaban a punto de concentrarse ante la débil puerta de comunicación, que sabían que debía dar directamente a mi habitación. Afuera, la luna seguía jugando con la cumbrera del bloque de abajo, y comprendí que el salto sería terriblemente arriesgado, debido a la empinada superficie en la que tenía que aterrizar.

Tras examinar las circunstancias, elegí como vía de escape la más meridional de las dos ventanas, pensando aterrizar en la vertiente interior del tejado y dirigirme hacia la claraboya más próxima. Una vez dentro de uno de aquellos decrepitos edificios de ladrillo, tendría que contar con que me perseguirían; pero esperaba poder descender y esconderme por entre los portales que se abrían a lo largo del tenebroso patio, llegar finalmente a Washington Street, y salir de la ciudad hacia el sur.

El estrépito en la puerta de comunicación septentrional era ya enorme, y vi que el frágil entrepaño empezaba a astillarse. Era obvio que los sitiadores habían traído un objeto pesado y lo empleaban como ariete. Sin embargo, la cama todavía se mantenía firme, de modo que tenía al menos una remota posibilidad de llevar a cabo mi huida. Al abrir la ventana me di cuenta de que estaba flanqueada por pesadas colgaduras de terciopelo, suspendidas de una barra mediante anillas de latón, y también de que en el exterior sobresalía un gancho grande para sujetar los postigos. Viendo que aquello me proporcionaba una posibilidad de evitar un salto peligroso, di un tirón a las colgaduras y las eché abajo con barra y todo; después enganché rápidamente dos anillas en el gancho de la contraventana y eché las colgaduras al exterior. Los pesados pliegues llegaron de sobra al tejado, y comprendí que las anillas y el gancho probablemente soportarían mi peso. Por lo tanto salí trepando de la ventana y me deslicé por la improvisada escala de cuerda, dejando atrás para siempre el malsano y plagado de horrores edificio de la Gilman House.

Aterricé sin contratiempos en las sueltas tejas de pizarra del empinado tejado, y conseguí llegar sin resbalar a una de las negras claraboyas abiertas. Levantando la vista hacia la ventana que acababa de abandonar, observé que todavía estaba a oscuras, aunque más allá de las desmoronadas chimeneas hacia el norte se veían luces que brillaban ominosamente en la logia de la Orden de Dagón, en la iglesia baptista y en la iglesia congregacional, cuyo recuerdo tanto me estremecía. Como me había parecido que no había nadie en el patio, esperaba tener una posibilidad de escapar antes de que cundiera la alarma general. Al enfocar mi linterna al interior de la claraboya, vi que no había escalones para bajar. Sin embargo, la altura era insignificante, de modo que me subí a gatas al borde y me dejé caer, yendo a parar a un suelo polvoriento lleno de cajas deshechas y de barriles.

El lugar ofrecía un aspecto macabro, pero tales impresiones habían dejado de preocuparme y me dirigí inmediatamente hacia la

escalera, que descubrí gracias a la linterna... después de una rápida ojeada al reloj, que indicaba que eran las dos de la mañana. Los peldaños crujían, pero parecían medianamente seguros; y bajé corriendo, dejando atrás una especie de granero en la segunda planta, y llegué a la planta baja. La desolación era completa, y sólo el eco respondió a mis pisadas. Por fin llegué al pasillo inferior, en un extremo del cual vi un débil rectángulo de luz que indicaba el ruinoso portal que daba a Paine Street. Tomando la otra dirección, encontré la puerta trasera igualmente abierta y salí disparado, bajando cinco escalones de piedra hasta el patio adoquinado donde crecía la hierba.

La luz de la luna no llegaba hasta allí, pero se veía el camino sin necesidad de linterna. Algunas de las ventanas laterales de la Gilman House brillaban débilmente, y me pareció oír ruidos confusos en su interior. Mientras caminaba sin hacer ruido hacia el lateral que daba a Washington Street, vi varios portales abiertos y elegí el más próximo como ruta de salida. El pasillo de dentro estaba oscuro y, cuando llegué al otro extremo, vi que la puerta de la calle estaba cerrada y era inamovible. Decidí probar en otro edificio y retrocedí a tientas en dirección al patio, pero me detuve en seco al llegar al portal.

Por una puerta abierta de la Gilman House salía en tropel una gran multitud de tipos sospechosos... balanceando sus linternas en la oscuridad e intercambiando sus horribles voces roncas débiles gritos en un idioma que desde luego no era el inglés. Los tipos se movían con aire vacilante, y me di cuenta con alivio de que no sabían hacia dónde me había ido; pero, a pesar de todo, un escalofrío de horror me recorrió todo el cuerpo. Era imposible distinguir sus facciones, pero sus andares encogidos arrastrando los pies resultaban abominablemente repelentes. Y lo peor de todo, me di cuenta de que uno de los tipos llevaba una extraña vestimenta e iba coronado con una inconfundible tiara elevada con unos dibujos que yo conocía perfectamente. Mientras aquellos tipos se dispersaban por todo el patio, me pareció que mis temores

aumentaban. ¿Y si no encontraba ninguna salida del edificio que diera a la calle? El olor a pescado era detestable, y me extrañaba que pudiera soportarlo sin desmayarme. Andando de nuevo a tientas en dirección a la calle, abrí una puerta del vestíbulo y entré en una habitación vacía cuyas ventanas tenían los postigos cerrados, pero carecían de bastidor. Avanzando a tientas alumbrándome con la linterna pude abrir los postigos; y al cabo de un momento había salido trepando al exterior y cerraba cuidadosamente la abertura, dejándola como la había encontrado.

Me encontraba ya en Washington Street, y por el momento no se veía a ningún ser vivo, ni ninguna luz excepto la de la luna. Sin embargo, desde varias direcciones se oía a lo lejos el sonido de voces roncas, de pasos, y de una curiosa especie de golpeteo que no sonaba exactamente a pisadas. Estaba claro que no tenía tiempo que perder. Sabía orientarme en la oscuridad, y me alegré de que estuvieran apagadas todas las luces de las calles, como se acostumbra a hacer en las poblaciones rurales poco prósperas las noches de luna. Algunos ruidos provenían del sur; no obstante, persistí en mi deseo de escapar en esa dirección. Sabía que encontraría bastantes portales desiertos para refugiarme en caso de tropezarme con alguna persona o grupo que tuviera aspecto de estar persiguiéndome.

Caminaba deprisa, sin hacer ruido, y pegado a las casas en ruinas. Aunque no llevaba sombrero y estaba despeinado tras mi ardua escalada, no parecía llamar especialmente la atención; y tenía muchas posibilidades de pasar inadvertido si por casualidad me tropezaba con algún transeúnte. En Bates Street me metí en un zaguán abierto mientras dos individuos que arrastraban los pies pasaban por delante de mí, pero no tardé en proseguir de nuevo mi camino y acercarme a la explanada donde Eliot Street se cruza oblicuamente con Washington Street en la intersección de South. Aunque nunca había visto aquel lugar, me había parecido peligroso en el plano del muchacho de la abacería, ya que la luz de la luna lo iluminaba de lleno. Era inútil intentar evitarlo, pues cualquier otro

recorrido alternativo implicaría una serie de rodeos que aumentarían las posibilidades de que me vieran y me retrasarían. Lo único que podía hacer era cruzarlo con descaro y abiertamente, imitando lo mejor que podía el típico andar bamboleante de la gente de Innsmouth, y confiando en que nadie —o al menos ninguno de mis perseguidores— pasara por allí.

No podía formarme una idea de cómo habían organizado exactamente la persecución ni desde luego de cuál sería su intención. En la ciudad parecía haber una actividad desacostumbrada, pero estimé que la noticia de mi huida del Gilman todavía no se habría propagado. Naturalmente tenía que alejarme en seguida de Washington Street y tomar alguna otra calle en dirección sur; pues aquel grupo que salió del hotel estaría sin duda buscándome. Seguramente había dejado huellas en el polvo del último edificio, que les revelarían cómo había llegado a la calle.

La explanada estaba, como yo suponía, totalmente iluminada por la luna, y vi los restos de una especie de parque, rodeado de una verja de hierro verde, en el centro. Afortunadamente no había nadie en los alrededores, aunque un curioso zumbido pareció aumentar en dirección a Town Square. South Street era muy ancha y, bajando un suave declive, conducía directamente hacia el puerto, dominándose desde ella una gran perspectiva de mar; y yo esperaba que no hubiera nadie mirando desde lejos cuando la atravesara bajo el resplandor de la luna.

Nada me impidió avanzar, y ningún ruido nuevo me dio a entender que me hubieran espiado. Echando una ojeada a mi alrededor, por un momento aminoré el paso involuntariamente para captar una perspectiva del mar, que lucía esplendoroso al final de la calle bajo la radiante luz de la luna. Allá a lo lejos, pasado el rompeolas, se alzaba la borrosa y sombría silueta del Arrecife del Diablo y, al vislumbrarlo, no pude por menos de pensar en todas aquellas horribles leyendas que había escuchado en las últimas treinta y cuatro horas... leyendas que describían aquella roca

recortada como una verdadera puerta de acceso a regiones de horrores ignotos y monstruosidades inconcebibles.

Entonces, de repente, vi los destellos intermitentes de una luz en el lejano arrecife. Eran claros e inconfundibles, y despertaron en mi mente un horror irracional que sobrepasaba cualquier medida; Mis músculos se tensaron para una huida precipitada, contenidos tan sólo por cierta cautela inconsciente y una fascinación casi hipnótica. Y para empeorar las cosas, desde la elevada cúpula de la Gilman House, que se perfilaba hacia el nordeste detrás de mí, surgieron otros destellos análogos, aunque diferentemente espaciados, que sólo podían ser una señal de respuesta.

Controlando mis músculos y dándome cuenta otra vez de que podían verme perfectamente, reanudé mis fingidos y más ligeros andares bamboleantes, aunque sin apartar los ojos de aquel infernal y ominoso arrecife mientras el comienzo de South Street me proporcionaba una vista del mar. No podía imaginar qué significaba todo aquello; a no ser que implicase algún rito extraño relacionado con el Arrecife del Diablo, o que algún grupo hubiera desembarcado de un navío en aquella roca siniestra. Inmediatamente torcí a la izquierda en torno al ruinoso ejido, sin dejar de mirar hacia el océano que resplandecía bajo la espectral luz de la luna de verano, y observando el misterioso centelleo de aquellos anónimos e inexplicables faros.

Fue entonces cuando sufrí la impresión más horrible de todas las que me había llegado a percatar... la impresión que destruyó mi último vestigio de sangre mía y me hizo echar a correr frenéticamente hacia el sur dejando atrás los profundos portales negros y las grandes y sospechosas ventanas de aquella desierta calle de pesadilla. Pues, al mirar más detenidamente, vi que las aguas iluminadas por la luna entre el arrecife y la costa no estaban vacías ni mucho menos. Estaban llenas de una ingente horda de figuras que nadaban en dirección al pueblo; e incluso, a pesar de que me encontraba a enorme distancia, podría decir, en el único instante de percepción, que aquellas cabezas que se balanceaban y

aquellos brazos que se agitaban eran tan extraños y anómalos que difícilmente se podrían describir o formular conscientemente.

Mi frenética carrera cesó antes de que hubiera recorrido una manzana, pues a mi izquierda empezaron a oírse algo así como el vocerío y los gritos de una persecución en toda regla. Eran pisadas y sonidos guturales, y el zumbido de un motor que resollaba recorriendo Federal Street en dirección sur. En un segundo todos mis planes cambiaron por completo... pues si habían interceptado la carretera sur antes de que yo llegara, debía encontrar otra salida de Innsmouth. Me detuve y entré en un portal abierto, pensando en lo afortunado que era por haber abandonado la explanada iluminada por la luna antes de que mis perseguidores bajaran por la calle paralela.

La segunda reflexión que me hice fue menos alentadora. Dado que los perseguidores bajaban por otra calle, estaba claro que el grupo no me seguía exactamente. No me habían visto, sino que sencillamente obedecían a un plan general que consistía en cortarme la salida. Eso implicaba, sin embargo, que todas las carreteras que partían de Innsmouth se vigilasen por igual, pues los habitantes no podían saber qué ruta me proponía tomar. Si ello era así, tendría que huir a campo traviesa y lejos de cualquier carretera; pero ¿cómo podía hacer eso, dado que toda la región circundante era pantanosa y estaba plagada de riachuelos? Por un momento la cabeza me dio vueltas... debido a la pura desesperación y al rápido aumento del omnipresente olor a pescado.

Entonces me acordé del ferrocarril abandonado de Innsmouth a Rowley, cuya sólida vía sobre un lecho de balasto, cubierto de maleza, se extendía todavía hacia el noroeste, desde la derrumbada estación situada al borde de la garganta del río. Existía la posibilidad de que la gente de la ciudad no se acordara de ella, puesto que el abandono y las numerosas zarzas que la obstruían la hacían casi intransitable, y de todas las avenidas era la que menos probabilidades había de que un fugitivo la eligiera. La había visto con claridad desde la ventana del hotel, y sabía más o menos por

dónde discurría. La mayor parte de sus primeros tramos eran inquietantemente visibles desde la carretera de Rowley y desde cualquier lugar elevado de la ciudad; aunque quizás fuera posible arrastrarse entre la maleza sin llamar la atención. En todo caso, constituía mi única posibilidad de liberación, y no quedaba otra alternativa.

Retirándome hacia el interior del vestíbulo de mi refugio desierto, consulté una vez más el plano con ayuda de la linterna. El problema inmediato era cómo llegar al antiguo ferrocarril; e inmediatamente comprendí que el camino más seguro era dirigirse hacia Babson Street, luego al oeste hasta Lafayette Street —rodeando, aunque no cruzando, una explanada homóloga a la que antes había atravesado— y posteriormente retroceder hacia el norte y al oeste zigzagueando por Lafayette, Bates, Adams y Bank Street —esta última bordea la garganta del río— hasta la abandonada y derruida estación que había visto desde la ventana de mi habitación. El motivo para seguir por Babson Street era que no deseaba cruzar de nuevo la explanada ni comenzar mi camino hacia el oeste por una calle transversal tan ancha como South Street.

Poniéndome otra vez en marcha, crucé a la derecha de la calle para acercarme poco a poco y meterme por Babson Street lo más discretamente posible. Todavía seguían los ruidos en Federal Street y, al mirar hacia atrás, me pareció ver un destello de luz cerca del edificio por el que me había escapado. Ansioso por abandonar Washington Street, empecé a correr a trote lento, confiando en no tropezar con nadie. Cerca de la esquina de Babson Street vi con alarma que una de las casas todavía estaba habitada, como atestiguaban las cortinas de una de las ventanas; aunque no había luces en el interior y pasé por delante sin dificultad.

En Babson Street, que atravesaba Federal Street y por tanto podría ser descubierto por mis perseguidores, me ceñí lo más que pude a los irregulares edificios hundidos, deteniéndome dos veces en un portal cuando aumentaron los ruidos detrás de mí. La amplia y desolada explanada que tenía frente a mí relucía bajo la luna, pero

mi ruta no me obligaba a cruzarla. Durante el momento que estuve parado, empecé a percibir una nueva serie de ruidos imprecisos; y al mirar con cautela fuera de mi escondite vi un automóvil que atravesaba a toda prisa la explanada y se metía por Eliot Street, que cruzaba tanto Babson como Lafayette.

Mientras observaba —sofocado por un repentino aumento del olor a pescado seguido de un breve alivio— vi un grupo de individuos torpes y encogidos que andaban muy deprisa y bamboleándose en la misma dirección; y comprendí que debía de ser el grupo que vigilaba el camino de Ipswich, ya que esa carretera es una prolongación de Eliot Street. Dos de las figuras que vislumbré iban envueltas en túnicas amplísimas, y una llevaba una puntiaguda diadema que relucía pálidamente a la luz de la luna. Los andares de esa última era tan extraños que me produjeron escalofríos... pues me pareció que aquella criatura casi *saltaba*.

Cuando el último integrante del grupo desapareció de mi vista, reanudé la marcha, doblando rápidamente la esquina para meterme por Lafayette Street y cruzando apresuradamente Eliot Street por miedo a que algún rezagado del grupo todavía estuviera en aquella vía pública. Oí un estruendo de ruidos y gruñidos a lo lejos hacia Town Square, pero logré pasar sin ninguna dificultad. Mi mayor temor era tener que cruzar otra vez la ancha South Street iluminada por la luna —desde la que se veía el mar— y tuve que armarme de valor para aquella terrible experiencia. Alguien podría perfectamente estar mirando y, si quedaba algún rezagado en Eliot Street, no dejaría de verme desde cualquiera de aquellos dos lugares. En el último momento decidí que era mejor aflojar el paso y cruzar como antes, con el andar bamboleante de los nativos de Insmouth.

Cuando apareció de nuevo la vista del agua —esta vez a mi derecha—, estaba casi decidido a no mirarla. Sin embargo no pude resistirme, sino que eché una mirada de reojo mientras me esmeraba en fingir que andaba bamboleándome hacia las sombras protectoras que había enfrente. No se veía ningún barco, como esperaba que ocurriría. En cambio, lo primero que me llamó la

atención fue un pequeño bote de remos que se dirigía a los muelles abandonados e iba cargado con un pesado bulto cubierto por una lona alquitranada. Los remeros, aunque se veían vagamente y con escasa nitidez, tenían un aspecto particularmente repugnante. Todavía se distinguían algunos nadadores; mientras, en el lejano arrecife negro pude ver un débil resplandor continuo, distinto de la parpadeante luz de faro que había visto antes, y de un extraño color que me fue imposible identificar exactamente. Por encima de los tejados inclinados y a mano derecha surgía amenazadora la alta cúpula de la Gilman House, completamente oscura. El olor a pescado, que alguna brisa misericordiosa había disipado por un momento, me rodeó de nuevo con una intensidad exasperante.

Todavía no había cruzado la calle cuando oí los murmullos de un grupo que avanzaba a lo largo de Washington Street procedente del norte. Cuando llegaron a la amplia explanada, desde donde yo había vislumbrado por primera vez la inquietante vista del agua iluminada por la luna, pude verlos perfectamente a sólo una manzana de distancia... y me horrorizó la bestial monstruosidad de sus rostros, y la infrahumanidad de sus andares de perro. Uno de los individuos se movía realmente como un simio, rozando frecuentemente el suelo con sus largos brazos; mientras que otro — con túnica y tiara— parecía avanzar prácticamente a saltos. Supuse que ese grupo era el que había visto en el patio de la Gilman House... por lo tanto el que me seguía la pista más de cerca. Cuando algunos se volvieron a mirar en dirección a mí, el miedo me paralizó, aunque me las arreglé para mantener los desenfadados andares bamboleantes que había adoptado. Todavía ignoro si me vieron o no. Si me vieron, mi estratagema debió de engañarlos, porque cruzaron la explanada iluminada por la luna sin desviarse... mientras gruñían y farfullaban en una detestable jerga gutural que no pude identificar.

Protegido de nuevo por las sombras, reanudé mi trote ligero de antes y dejé atrás las decrepitas casas inclinadas que miraban fijamente a la noche sin comprender. Después de cruzar a la otra

acera, doblé la esquina más próxima y me metí por Bates Street, manteniéndome pegado a los edificios. Pasé por delante de dos casas que mostraban señales de estar habitadas, en una de las cuales había luces tenues en las habitaciones del piso superior, pero no encontré ningún obstáculo. Al torcer por Adams Street me sentí relativamente seguro, aunque me sobresalté cuando un hombre salió haciendo eses de un portal oscuro justo delante de mí. Sin embargo, resultó estar demasiado borracho para constituir una amenaza; de modo que llegué sano y salvo a las deprimentes ruinas de los almacenes de Bank Street.

Nadie se movía en aquella calle muerta junto a la garganta del río, y el estruendo de las cataratas ahogaba completamente mis pasos. Había un buen trecho hasta la estación en ruinas, y los muros de ladrillo del gran almacén que me circundaba me parecían no sé por qué más aterradores que las fachadas de las casas particulares. Finalmente llegué a los soportales de la antigua estación —o lo que quedaba de ella— y me dirigí directamente a las vías, que arrancaban en su extremo más alejado.

Los raíles estaban oxidados, pero en su mayor parte intactos, y sólo se habían podrido la mitad de las traviesas. Era muy difícil andar o correr por una superficie así; pero hice lo que pude y en general me desenvolví razonablemente bien. Durante un trecho, la línea férrea seguía a lo largo del borde del río, pero finalmente llegaba al gran puente cubierto, donde cruzaba la sima a una altura de vértigo. El estado de ese puente determinaría mi siguiente etapa. Si era humanamente posible, lo cruzaría; si no, tendría que arriesgarme otra vez a deambular por las calles y tornar el puente más próximo que estuviera intacto.

El viejo puente, tan enorme como un granero, brillaba espectralmente a la luz de la luna, y vi que las traviesas se encontraban en buen estado, al menos en los primeros pies. Al entrar utilicé mi linterna y casi me derribó una nube de murciélagos que pasó aleteando por encima de mí. Casi a la mitad de camino había un peligroso boquete en las traviesas que por un momento

temí que me detendría; pero al final me arriesgué y di un salto desesperado que por fortuna salió bien.

Me alegré de ver de nuevo la luz de la luna cuando salí de aquel macabro túnel. Los viejos raíles cruzaban River Street al mismo nivel, y en seguida cambiaban de dirección para adentrarse en una zona cada vez más rural, en la que poco a poco disminuía el detestable olor a pescado tan generalizado en Innsmouth. Allí la espesa vegetación de maleza y escaramujo me dificultó el paso y me desgarró la ropa atrocemente, pero a pesar de todo me alegré de su presencia, pues podría ocultarme en caso de peligro. No ignoraba que gran parte de mi camino era visible desde la carretera de Rowley.

La región pantanosa empezó poco después. La única vía la atravesaba sobre un terraplén de poca altura cubierto de una vegetación algo menos tupida. Luego venía una especie de isla de terreno más elevado, y la vía pasaba a través de una zanja poco profunda obstruida por arbustos y zarzas. Era muy agradable esa protección parcial, ya que, según había visto desde mi ventana, la carretera de Rowley pasaba inquietantemente cerca de aquel punto. Cruzaba la vía al final de la zanja y se desviaba a una distancia más fiable; pero mientras tanto yo debía ser extremadamente cauteloso. Para entonces, me había asegurado de que, afortunadamente, la vía férrea no estaba vigilada.

Antes de entrar en la zanja eché una ojeada hacia atrás, pero vi que nadie me seguía. Las antiguas agujas y tejados de la deteriorada Innsmouth relucían encantadores y etéreos a la mágica luz amarilla de la luna, y pensé en qué aspecto debieron de tener en los viejos tiempos antes de que la sombra se abatiera sobre la ciudad. Luego, cuando miré a tierra adentro desde la ciudad, me llamó la atención algo menos tranquilizador que me mantuvo inmóvil unos segundos.

Lo que vi —o imaginé que vi— fue un indicio preocupante de un movimiento ondulante allá a lo lejos, hacia el sur; un indicio que me llevó a la conclusión de que una horda muy grande debía estar

saliendo en tropel de la ciudad por la carretera de Ipswich. La distancia era considerable y no pude distinguir nada en detalle; pero no me gustó nada el aspecto de aquella columna en movimiento. Ondulaba demasiado y relucía con demasiada intensidad bajo la luna, que se desplazaba ya hacia el poniente. También me pareció oír ruidos, aunque el viento soplaba en otra dirección... algo así como chirridos y bramidos de bestias, peores todavía que los murmullos de las partidas que había oído por casualidad últimamente.

Me pasaron por la cabeza toda clase de conjeturas desagradables. Pensé en aquellos sujetos tan excepcionales que, según se decía, se ocultaban en las derrumbadas y centenarias madrigueras cercanas al puerto. También me vinieron a la imaginación los indescritibles nadadores que había visto. Teniendo en cuenta las partidas que había vislumbrado hasta el momento, así como las que me imaginaba que estarían recorriendo otras carreteras, el número de mis perseguidores debía de ser insólitamente grande para una ciudad tan despoblada como Innsmouth.

¿De dónde procedía el nutrido personal de una columna como la que acababa de ver? ¿Acaso aquellas antiguas e insondables madrigueras rebosaban de una insospechada y no catalogada vida perversa? ¿O es que realmente había desembarcado una legión de intrusos desconocidos en aquel infernal arrecife? ¿Quiénes eran? ¿Por qué estaban allí? Y si una columna como aquella estaba recorriendo la carretera de Innsmouth, ¿habrían aumentado igualmente las patrullas de las otras carreteras?

Había entrado en la zanja cubierta de maleza y avanzaba penosamente a paso lento cuando aquel detestable olor a pescado volvió a aumentar y a hacerse dominante. ¿Había cambiado el viento al este de repente y soplaba ahora desde el mar por encima de la ciudad? Llegué a la conclusión de que debía de ser así, ya que empezaron a oírse horribles murmullos guturales desde aquella dirección hasta entonces silenciosa. También hubo otro ruido: una

especie de colosal aleteo en masa o golpeteo de pasos ligeros y apresurados que de algún modo traía a la memoria las más detestables imágenes. Me hizo pensar contra toda lógica en aquella desagradable columna ondulante que avanzaba por la remota carretera de Ipswich.

Y entonces el hedor y los ruidos aumentaron, de modo que me detuve, temblando y agradecido por la protección que me brindaba la zanja. Recordé que era allí donde la carretera de Rowley pasaba muy cerca de la antigua vía férrea, antes de cruzar hacia el oeste y alejarse. Algo se acercaba por aquella carretera, y tuve que tumbarme en el suelo hasta que pasara y se perdiera a lo lejos. Gracias a Dios, aquellas criaturas no utilizaban perros para rastrear... aunque tal vez eso habría sido imposible con el omnipresente olor que dominaba en toda la región. Agachado entre los arbustos de aquella hendidura arenosa, me sentía bastante seguro aun cuando sabía que mis perseguidores tendrían que cruzar la vía frente a mí a algo más de cien yardas [casi cien metros] de distancia. Yo podría verlos, pero ellos a mí no, a no ser por un malévolos milagro.

De pronto empecé a temer mirarlos cuando pasaran. Vi el espacio iluminado por la luna por donde saldrían en tropel, y tuve curiosos pensamientos sobre su irremediable contaminación. Tal vez fueran los peores sujetos de todo Innsmouth... algo que nadie querría recordar.

El hedor era cada vez más penetrante, y los ruidos aumentaron hasta convertirse en un bestial babel de gruñidos, aullidos y ladridos, sin el menor indicio de lenguaje humano. ¿Eran esas realmente las voces de mis perseguidores? ¿O llevaban perros después de todo? De momento yo no había visto ningún animal inferior en Innsmouth. Aquel aleteo y ruido de pasos era monstruoso... no podría mirar a las degeneradas criaturas que lo producían. Mantendría los ojos cerrados hasta que los ruidos se alejaran hacia el oeste. La horda estaba ya muy cerca... el aire estaba viciado por sus roncos gruñidos, y el suelo casi temblaba por

el extraño ritmo de sus pisadas. Casi me quedé sin aliento, y concentre toda mi fuerza de voluntad para mantener los párpados apretados.

Ni siquiera hoy podría decir si lo que sucedió a continuación fue una espantosa realidad o sólo una alucinación de pesadilla. La posterior intervención del Gobierno, tras mis desesperadas peticiones, parece confirmar que se trataba de una monstruosa verdad; pero ¿acaso no es posible que una alucinación se repita bajo el hechizo casi hipnótico de aquella antigua ciudad encantada y tenebrosa? Tales lugares tienen extrañas características y el legado de sus insensatas tradiciones podría haber afectado a la mente de más de uno de los que se aventuraron por sus malditas y hediondas calles muertas, con sus montones de tejados carcomidos y sus campanarios derrumbados. ¿No es posible que un germen de una verdadera locura contagiosa aceche en lo más profundo de esa sombra que se cierne sobre Innsmouth? ¿Quién puede asegurarlo con certeza, después de haber oído cosas como el relato de Zadok Allen? Las autoridades gubernamentales jamás encontraron al pobre Zadok, y no quieren hacer ninguna conjetura acerca de lo que fue de él. ¿Dónde acaba la locura y empieza la realidad? ¿Es posible que incluso mis últimos temores no sean más que una pura ilusión?

Pero voy a intentar contar lo que me pareció ver aquella noche, bajo la burlona luna amarilla... lo que me pareció ver surgir en tropel y dando saltos por la carretera de Rowley, mientras estaba agachado entre las zarzas silvestres de aquella desolada zanja del ferrocarril. Los vi con toda claridad pasar por delante de mí. Como es natural, no logré mi propósito de mantener los ojos cerrados. Estaba condenado de antemano al fracaso... pues ¿quién se quedaría agachado con los ojos cerrados mientras una legión de seres de origen desconocido que gruñen y aúllan pasan aleteando asquerosamente a poco más de cien yardas de distancia?

Creí estar preparado para lo peor, y en realidad tendría que haberlo estado, teniendo en cuenta lo que había visto antes. Mis

otros perseguidores eran execrablemente deformes... de modo que ¿no tendría que haber estado preparado para enfrentarme a un *reforzamiento* de esa deformidad, a unos seres que no tenían nada de normal? No abrí los ojos hasta que el estridente clamor llegó con más fuerza todavía desde un lugar situado obviamente justo enfrente. Entonces me di cuenta de que una gran parte de ellos estaba a la vista, pasaba en aquel momento por donde los costados de la zanja se nivelaban y la carretera cruzaba la vía... y no pude negarme por más tiempo a ver lo que la impúdica luna amarilla tenía que mostrarme, por muy horroroso que fuera.

Aquello fue el final, para lo que me quede de vida en la superficie de la tierra, de cualquier vestigio de equilibrio mental y confianza en la integridad de la naturaleza y del espíritu del hombre. Nada de lo que podía haberme imaginado —nada, incluso, de lo que podía haber deducido si hubiese dado crédito al disparatado relato del viejo Zadok en su sentido más literal— sería comparable a la realidad demoníaca y sacrílega que vi... o creí ver. He tratado de dar a entender lo que era para aplazar el horror de describirlo sin rodeos. ¿Es posible que este planeta haya engendrado realmente tales criaturas, y que unos ojos humanos hayan visto de verdad, en carne y hueso, lo que el género humano no ha conocido hasta ahora más que en febriles ensueños y leyendas poco convincentes?

Y sin embargo, las vi en una interminable oleada —aleteando, dando brincos, gruñendo, gimoteando— que surgía inhumanamente a través del espectral claro de luna en una zarabanda grotesca y maligna de pesadilla fantástica. Y algunas llevaban altas tiaras de aquel innominado metal dorado blancuzco... y otras iban extrañamente vestidas... y había una, la que iba en cabeza, que vestía una macabra capa negra que no conseguía ocultar su joroba y unos pantalones a rayas, y llevaba un sombrero de fieltro que le cubría el bulto informe que servía de cabeza...

Casi todas eran de un color verde grisáceo, aunque tenían el vientre blanco. Eran en su mayor parte de piel reluciente y resbaladiza, pero sus dorsos tenían protuberancias escamosas. Sus

figuras recordaban vagamente al antropoide, pero sus cabezas eran de pez, con enormes ojos saltones que nunca se cerraban. A ambos lados del cuello les palpitaban agallas, y sus grandes zarpas eran palmeadas. Brincaban de manera irregular, unas veces erguidas, otras a cuatro patas. No sé por qué me alegré de que no tuvieran más de cuatro extremidades. Sus voces eran una especie de gruñido o aullido, pero indudablemente constituía un lenguaje articulado con todos los enigmáticos matices de expresión que les faltaban a sus llamativos rostros.

Mas, a pesar de su monstruosidad, no me resultaban del todo desconocidas. Demasiado bien sabía lo que debían ser... pues ¿acaso no era todavía reciente el recuerdo de aquella funesta tiara de Newburyport? Eran los sacrílegos peces-rana del indescriptible dibujo —vivos y en todo su horror—, y al verlos también comprendí lo que aquel jorobado sacerdote de la tiara que vi en el negro sótano de la iglesia me había recordado. Su número era imposible de conjeturar. Me pareció que eran ilimitadas multitudes... y sin duda alguna mi momentáneo vislumbre no me había mostrado más que una mínima parte. Un instante después todo desapareció de mi vista gracias a un desfallecimiento misericordioso; el primero que había tenido en toda mi vida.

V

Una suave lluvia matinal me despertó de mi aletargamiento en la zanja del ferrocarril cubierta de maleza, y cuando salí tambaleándome a la carretera no vi rastro alguno de huellas en el barro fresco. El olor a pescado también había desaparecido. Los tejados en ruinas y los campanarios derribados de Innsmouth asomaban amenazadoramente por el sudeste, pero no divisé ningún

ser vivo en toda la desolada marisma salada que me rodeaba. Mi reloj todavía funcionaba, y me indicó que eran más de las doce.

Mi mente recordaba vagamente lo que había sucedido, pero tuve el presentimiento de que algo espantoso se ocultaba en el fondo. Tenía que alejarme de la aciaga y maligna Innsmouth... y por consiguiente empecé a comprobar si podía valerme de mis entumecidos y fatigados medios de locomoción. A pesar de la debilidad, el hambre, el horror y el desconcierto, al cabo de un rato comprobé que podía caminar; de modo que me puse en marcha, con paso lento, por la enfangada carretera de Rowley. Antes de que anocheciera estaba en el pueblo, donde comí y me proveí de ropas presentables. Tomé el tren de la noche para Arkham, y al día siguiente mantuve una larga y sincera conversación con las autoridades locales, proceso que repetí más tarde en Boston. El público ya conoce la principal consecuencia de esos coloquios... y me gustaría, por mor a la normalidad, no tener nada más que añadir. Tal vez la locura se esté apoderando de mí... quizás se esté acercando... un horror todavía mayor... o un prodigio todavía mayor...

Como es fácil de imaginar, renuncié a la mayor parte de mis planes previstos para el resto del viaje: distracciones paisajísticas, arquitectónicas y arqueológicas, de las que tanto había esperado. Tampoco me atreví a buscar aquella extraña joya que, según decían, se guardaba en el Museo de la Universidad Miskatonic. No obstante, aproveché mi estancia en Arkham para recoger algunos apuntes genealógicos que desde hacía mucho quería poseer; datos muy aproximados y apresurados, es cierto, pero que me serían muy útiles más adelante, cuando tuviera tiempo de ordenarlos y codificarlos. El conservador de la sociedad histórica de Arkham, Mr. E. Lapham Peabody, se prestó amablemente a ayudarme y mostró un extraordinario interés cuando le dije que era nieto de Eliza Orne, de Arkham, nacida en 1867 y casada con James Willimnson, de Ohio, a la edad de diecisiete años.

Al parecer, un tío materno mío había estado allí muchos años antes en busca de los mismos datos que a mí me interesaban; y la familia de mi abuela había sido objeto de habladurías en la localidad. Mr. Peabody dijo que había habido bastantes discusiones acerca del matrimonio de su padre, Benjamin Orne, inmediatamente después de la guerra civil, dado que el linaje de la novia era particularmente enigmático. Se creía que esa novia era huérfana de un tal Marsh de New Hampshire —prima de los Marsh del condado de Essex—, pero se había educado en Francia y sabía muy poco de su familia. Su tutor había depositado fondos en un banco de Boston para mantenerla a ella y a su institutriz francesa; pero el nombre del tutor no resultaba familiar a los habitantes de Arkham, y al poco tiempo desapareció, de modo que la institutriz asumió su papel por decisión judicial. La francesa —muerta ya hace mucho— era muy taciturna, y había quienes decían que podía haber contado mucho más de lo que contó.

Pero lo más desconcertante era la incapacidad de todos para reconocer a los supuestos padres de la muchacha —Enoch Marsh y Lydia (Meserve) Marsh— entre las familias conocidas de New Hampshire. Muchos sugirieron que posiblemente fuese hija natural de algún Marsh ilustre... desde luego tenía los mismos ojos de los Marsh. La mayor parte del embrollo surgió después de su prematura muerte, que tuvo lugar al nacer su única hija, mi abuela. Como yo tenía una opinión bastante desagradable en relación con el apellido Marsh, no me alegre al enterarme de que era miembro de mi propio árbol genealógico; tampoco me gustó la insinuación de Mr. Peabody de que yo tenía los ojos típicos de los Marsh. No obstante, le agradecí que me hubiera proporcionado unos datos que sabía que me resultarían valiosos; y tomé abundantes notas y referencias bibliográficas acerca de la familia Orne^[586], de la que había abundante documentación en los archivos.

De Boston regresé directamente a mi casa en Toledo, y después pasé un mes en Maumee, reponiéndome de la dura prueba. En septiembre ingrese en Oberlin^[587] para cursar mi último año, y

desde entonces hasta el siguiente junio estuve muy ocupado con mis estudios y otras actividades saludables, no recordando los horrores pasados más que cuando recibía las visitas ocasionales de las autoridades encargadas de la campaña que pusieron en marcha mis súplicas y mi declaración. Hacia mediados de julio —justo un año después de mi experiencia en Innsmouth— pasé una semana en Cleveland^[588] con la familia de mi difunta madre, cotejando algunos de los datos genealógicos que acababa de obtener con diversas notas, tradiciones y retazos de reliquias de familia que allí existían, para ver si podía encontrar algún tipo de relación.

La tarea no me agradó mucho que digamos, pues el ambiente del hogar de los Williamson siempre me había deprimido. Había en él una cierta tendencia al pesimismo, y cuando yo era pequeño mi madre nunca me había animado a visitar a sus padres, aunque siempre se alegraba cuando su padre venía a Toledo. Mi abuela de Arkham me parecía extraña y me daba muchísimo miedo, y cuando falleció no creo haberlo lamentado. Tenía yo entonces ocho años, y se decía que había muerto de pena tras el suicidio de mi tío Douglas, su hijo mayor. Se había pegado un tiro al regreso de un viaje a Nueva Inglaterra... el mismo viaje sin duda por el que se le recordaba en la Sociedad de Estudios Históricos de Arkham.

Ese tío se parecía mucho a ella, y tampoco me había gustado nunca. Había algo en la expresión de ambos, como si mirasen fijamente, sin parpadear, que me producía un impreciso e inexplicable desasosiego. Mi madre y mi tío Walter no se parecían a ellos. Eran como su padre, aunque el pobrecito primo Lawrence —hijo de Walter— había sido el vivo retrato de su abuela hasta que su estado de salud hizo necesario recluirlo para siempre en un sanatorio de Canton^[589]. Hacía cuatro años que no lo había visto, pero mi tío me dio a entender una vez que su estado, tanto mental como físico, era deplorable. Esa preocupación había sido probablemente la causa principal de la muerte de su madre dos años antes.

Mi abuelo y su hijo viudo Walter componían mi única familia en Cleveland, pero el recuerdo de los viejos tiempos se cernía continuamente sobre ella. Aquel lugar seguía sin gustarme, y procuré llevar a cabo mis investigaciones con la mayor rapidez posible. Mi abuelo me proporcionó abundantes documentos y tradiciones de los Williamson, pero en lo referente a los Orne, tuve que contar con mi tío Walter, que puso a mi disposición el contenido de todos sus archivos, que incluía notas, cartas, recortes, legados, fotografías y miniaturas.

Repasando las cartas y los retratos de los Orne, fue como empecé a contraer una especie de terror hacia mis propios antepasados. Como he dicho, mi abuela y mi tío Douglas siempre me habían inquietado. Años después de haber desaparecido, todavía contemplaba sus rostros en los retratos con un sentimiento de repulsa y extrañeza perceptiblemente acrecentado. Al principio no podía comprender el cambio, pero poco a poco empezó a imponerse en mi subconsciente una especie de *comparación* horrible, a pesar de la firme negativa de mi conciencia a admitir siquiera la más remota posibilidad. No cabía duda de que la expresión característica de aquellos rostros me sugería algo que no me había sugerido antes... algo que me producía un pánico absoluto si pensaba demasiado abiertamente en ello.

Pero el peor sobresalto se produjo cuando mi tío me mostró las joyas que los Orne guardaban en una cámara acorazada del centro de la ciudad. Algunas de ellas eran primorosas y bastante estimulantes, pero había un estuche con extrañas alhajas antiguas, pertenecientes a mi misteriosa bisabuela, que mi tío casi habría preferido no mostrar. Tenían, me dijo, un diseño muy grotesco y casi repulsivo, y nunca, que él supiera, las había llevado en público; aunque mi abuela solía disfrutar contemplándolas a solas. Sobre ellas circulaban imprecisas leyendas que les atribuían mala suerte, y la institutriz francesa de mi bisabuela había dicho que no deberían ponérselas en Nueva Inglaterra, aunque en Europa podrían llevarse sin el menor peligro.

Mientras mi tío empezaba a desenvolver despacio y a regañadientes los objetos, me recomendó que no me dejase impresionar por la rareza y la habitual atrocidad de los diseños. Los artistas y arqueólogos que los habían visto dictaminaron que su ejecución era excepcional y exóticamente exquisita, aunque nadie fue capaz de precisar con qué metal habían sido elaboradas, ni de indicar a qué tradición artística concreta pertenecían. Había dos brazaletes, una tiara y una especie de pectoral; este último tenía ciertas figuras en alto relieve de una extravagancia casi insoportable.

Mientras me hacía esa descripción yo había contenido mis emociones, pero mi cara debió traicionar mis crecientes temores. Mi tío parecía preocupado, y dejó de desenvolver las joyas para estudiar mi semblante. Le indique con un gesto que continuara, lo que hizo con nuevas muestras de mala gana. Parecía temer alguna manifestación mía cuando apareciese la primera pieza —la tiara—, pero dudo mucho que se esperase lo que realmente sucedió. Yo tampoco lo esperaba, pues creía estar totalmente prevenido con respecto a lo que las joyas resultarían ser. Lo que hice fue desmayarme sin decir palabra, lo mismo que había hecho en aquella zanja del ferrocarril atascada de zarzas un año antes.

A partir de aquel día mi vida ha sido una pesadilla de lucubraciones y recelo, y ya no sé cuánto hay de espantosa verdad y cuánto de locura. Mi bisabuela había sido una Marsh de origen desconocido cuyo marido vivía en Arkham... ¿y no dijo el viejo Zadok que la hija que Obed Marsh tuvo con su segunda esposa monstruosa se casó con un individuo de Arkham gracias a un truco? ¿Y no había murmurado el viejo borrachín algo acerca del parecido de mis ojos con los del capitán Obed? También en Arkham me había dicho el conservador del museo que yo tenía los típicos ojos de los Marsh. ¿Fue Obed Marsh mi tatarabuelo? Y entonces, ¿quién —o *qué*— era mi tatarabuela? Pero quizás todo eso no fuera más que desvaríos. Aquellos adornos de oro blancuzco podrían haber sido comprados perfectamente a algún marinero de Insmouth por el

padre de mi bisabuela, quienquiera que fuese. Y aquella expresión de fijeza en los rostros de mi abuela y de mi tío, el que se mató, podía ser una pura fantasía... pura fantasía reforzada por la sombra de Innsmouth, que ha alterado mi imaginación de manera tan amenazadora. Pero ¿por qué se había matado mi tío después de indagar sobre sus antepasados en Nueva Inglaterra?

Durante más de dos años rechacé estas reflexiones con cierto éxito. Mi padre me consiguió un empleo en una compañía de seguros, y me enfrasqué en mi ocupación rutinaria lo más a fondo que pude. Sin embargo, en el invierno de 1930-1931 comenzaron los sueños. Al principio eran muy escasos y solapados, pero se hicieron más frecuentes y más intensos a medida que pasaban las semanas. Grandes espacios acuáticos se abrían ante mí, y yo parecía vagar por titánicos pórticos sumergidos y laberintos de murallas ciclópeas cubiertas de algas, acompañado de peces grotescos. Después empezaron a aparecer *otras figuras* que me llenaban de indescriptible horror al despertar. Pero durante el sueño no me horrorizaban en absoluto... yo era uno de ellos, llevaba sus inhumanos atavíos, andaba por sus acuosos caminos, y rezaba prodigiosamente en sus horribles templos en el fondo del mar.

Al despertar no lograba acordarme de todo, pero incluso lo que recordaba cada mañana sería suficiente para catalogarme de loco, o de genio, si me hubiera atrevido a ponerlo por escrito. Me parecía que alguna tremenda influencia trataba de apartarme poco a poco del mundo cuerdo, de la vida sana y ordinaria que llevaba, y me arrastraba a los innominables abismos de tinieblas y alienación; y el proceso me afectaba en gran medida. Mi salud y aspecto empeoraron de manera continuada, hasta que finalmente me vi obligado a renunciar a mi empleo y a vivir recluido como un inválido. Una extraña enfermedad del sistema nervioso me tenía paralizado, y a veces casi no podía cerrar los ojos.

Fue entonces cuando empecé a observarme en el espejo con creciente alarma. No es agradable contemplar los lentos estragos que produce la enfermedad, pero en mi caso había algo más sutil y

más desconcertante detrás. Mi padre debió notarlo también, porque empezó a mirarme con curiosidad y casi con espanto. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Acaso estaba llegando a parecerme a mi abuela y a mi tío Douglas?

Una noche tuve un sueño espantoso en el que me encontraba con mi abuela bajo el mar. Ella vivía en un palacio fosforescente, con muchas terrazas y jardines de extraños corales escamosos y grotescas floraciones braquiadas, y me daba la bienvenida con una cordialidad que podría considerarse sardónica. Había cambiado — como los que se van al agua para cambiar— y me dijo que no había muerto. En su lugar había pasado a un lugar de cuya existencia se había enterado su hijo muerto, un reino cuyas maravillas — destinadas a él también— había desdeñado con una pistola. Ése iba a ser también mi reino... no podía evitarlo. Nunca moriría, sino que viviría con los que ya existían antes de que el hombre habitara la tierra.

También conocí a la que había sido su abuela. Durante ocho mil años, Pth'thya-l'yi había vivido en Y'ha-nthlei, adonde había regresado después de la muerte de Obed Marsh. Y'ha-nthlei no fue destruida cuando los hombres de la tierra de arriba habían arrojado explosivos al mar. Le hicieron daño, pero no la destruyeron. Los Profundos no podían ser destruidos, aunque la magia paleógena^[590] de los olvidados Ancianos podía a veces detenerlos. Por ahora descansaban; pero algún día, si se acordaban, se levantarían de nuevo para reclamar el tributo que el Gran Cthulhu anhelaba. La próxima vez sería una ciudad más grande que Innsmouth. Habían planeado extenderse, y para ello habían criado a los que les ayudarían, pero de momento deben esperar una vez más. Yo debía sufrir un castigo por haber provocado la muerte de los hombres de la tierra de arriba, pero no sería duro. Ese fue el sueño en que vi por vez primera a un *shoggoth*, y la visión me hizo despertar en medio de gritos frenéticos. Aquella mañana comprobé ante el espejo que había adquirido definitivamente la *pinta de Innsmouth*.

Por ahora no me he pegado un tiro como mi tío Douglas. Me compré un arma automática y estuve a punto de dar ese paso, pero ciertos sueños me disuadieron. Los terribles extremos del horror que me aflige están disminuyendo, y me siento extrañamente atraído por las desconocidas profundidades del mar en lugar de temerlas. Mientras duermo oigo y hago cosas raras, y me despierto con una especie de exaltación en vez de temor. No creo que deba esperar un cambio completo como los demás. Si lo hiciera, mi padre probablemente me encerraría en un sanatorio, como encerraron a mi pobre primo. Allí abajo me aguardan prodigiosos e inauditos esplendores, y no tardaré en ir a buscarlos. *lä-R'lyeh! Cthulhu fhtagn! lä! lä!* No, no me pegaré un tiro... ¡no puedo estar destinado a pegarme un tiro!

Planearé la huida de mi primo de ese manicomio de Canton e iremos juntos a la ciudad de Insmouth de maravilloso agüero. Nadaremos hasta el siniestro arrecife y nos sumergiremos en los negros abismos hasta la ciclópea Y'ha-nthlei, la de las múltiples columnas, y moraremos para siempre en aquella prodigiosa y majestuosa guarida de los Profundos^[591].

LOS SUEÑOS EN LA CASA DE LA BRUJA^[592]

Walter Gilman no sabía si los sueños provocaron la fiebre, o fue la fiebre la que provocó aquellos. Detrás de todo se agazapaba el inquietante y enconado horror de la antigua ciudad y de la impía buhardilla mohosa donde escribía, estudiaba y lidiaba con cifras y fórmulas cuando no se revolvía en la exigua cama de hierro. El oído se le estaba afinando hasta extremos prodigiosos e intolerables, y hacía mucho tiempo que había parado el reloj barato de la repisa de la chimenea, cuyo tictac había llegado a parecerle como un retumbo de artillería. Por la noche, el tenue bullicio de la ciudad a oscuras, las siniestras carreras de las ratas en los carcomidos tabiques y el crujido de recónditas vigas en la centenaria casa bastaban para darle la sensación de estridente pandemónium. La oscuridad rebosaba siempre de sonidos inexplicables... y sin embargo él se estremecía a veces por miedo a que aquellos ruidos se apagaran y le permitieran oír otros más débiles que acechaban detrás de ellos.

Se encontraba en la inmutable ciudad de Arkham, poblada de leyendas, con sus grupos de tejados de cubierta a la holandesa que dominaban y se combaban sobre desvanes donde las brujas se ocultaron de los hombres del Rey en los oscuros tiempos antiguos de la Provincia^[593]. Ningún otro lugar de aquella ciudad estaba más impregnado de recuerdos macabros que el cuarto abuhardillado que le albergaba... pues esa casa y ese cuarto albergaron también a la vieja Keziah Mason, cuya fuga de la cárcel de Salem al final nadie fue capaz de explicar. Fue en 1692: el carcelero había enloquecido y balbuceó que algo peludo, pequeño y de blancos colmillos, había salido corriendo de la celda de Keziah, y ni siquiera Cotton

Mather^[594] pudo explicar las curvas y ángulos embadurnados con algún fluido rojo y pegajoso sobre los muros de piedra gris.

Posiblemente Gilman no tenía que haber estudiado tanto. El cálculo no euclidiano y la física cuántica son suficientes para distorsionar cualquier cerebro, y cuando se mezclan con el folklore y se intenta rastrear unos antecedentes de realidad multidimensional a las sugerencias macabras de los relatos góticos y a los descabellados susurros junto a la chimenea, no es de esperar que uno se encuentre completamente libre de una cierta tensión mental. Gilman era de Haverhill^[595], pero sólo después de matricularse en la Universidad de Arkham empezó a relacionar sus matemáticas con las fantásticas leyendas de la magia antigua. Algo en el ambiente de la vieja ciudad afectaba vagamente a su imaginación. Los profesores de la Universidad Miskatonic le habían recomendado encarecidamente que aflojara el ritmo de estudio y habían acortado voluntariamente su carrera en varias cuestiones. Además, le habían impedido consultar los controvertibles tratados antiguos sobre secretos ocultos que se guardaban bajo llave en un sótano de la biblioteca de la universidad. Pero todas esas precauciones llegaron tarde, de modo que Gilman pudo encontrar algunas terribles pistas en el temido *Necronomicon* de Abdul Alhazred, en el fragmentario *Libro de Eibon*^[596], y en el prohibido *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt^[597], para establecer una correlación con sus fórmulas abstractas sobre las propiedades del espacio y la conexión de dimensiones conocidas y desconocidas.

Yo sabía que su cuarto estaba en la antigua Casa de la Bruja... que, a decir verdad, lo había alquilado por eso. En los archivos del Condado de Essex figuraban numerosos datos acerca del proceso contra Keziah Mason y lo que esta mujer había admitido bajo presión de la Audiencia de lo criminal^[598] fascinó a Gilman más allá de todo lo que es razonable. Ella le había hablado al juez Hathorne^[599] de líneas y curvas que podían trazarse para señalar direcciones que llevaban, a través de los muros del espacio, hacia otros espacios de más allá, y había dado a entender que tales líneas

y curvas eran utilizadas frecuentemente en ciertas reuniones de medianoche celebradas en el enigmático valle de la piedra blanca, situado más allá de Meadow Hill, y en la isla deshabitada del río. También había hablado del Hombre Negro^[600], del juramento que ella había prestado y de su nuevo nombre secreto, Nahab. Luego trazó aquellos dibujos en la pared de su celda y desapareció.

Gilman creía cosas extrañas acerca de Keziah, y sintió una rara emoción al enterarse de que la morada de la anciana seguía en pie después de más de doscientos treinta y cinco años. Cuando oyó lo que se rumoreaba en voz baja en Arkham sobre la persistente presencia de Keziah en aquella vieja casa y en las estrechas calles, sobre las irregulares marcas de dientes humanos observadas en ciertos durmientes de aquella y de otras casas, sobre los gritos infantiles que se oían la víspera del Primero de Mayo y del Día de Todos los Santos^[601], sobre el hedor que se percibía a veces en el altillo de aquella vieja casa precisamente después de esas fechas temidas, y sobre la pequeña y peluda criatura de afilados dientes que rondaba por aquel edificio medio desmoronado y por la ciudad, y que, aunque parezca extraño, hociaba a la gente en las horas aciagas que preceden al amanecer, decidió vivir en aquel lugar a toda costa. Conseguir una habitación resultaba fácil, pues la casa era impopular y difícil de alquilar, y desde hacía tiempo se destinaba a alojamiento barato. Gilman no hubiera podido decir lo que esperaba encontrar allí, pero sabía que quería estar en aquel edificio en el que alguna circunstancia había proporcionado, más o menos repentinamente, a una vulgar anciana del siglo XVII, un profundo conocimiento matemático que sobrepasaba tal vez a los más modernos descubrimientos de Planck, Heisenberg, Einstein y De Sitter^[602].

Estudió las vigas y las paredes de yeso en busca de dibujos crípticos en cualquier lugar accesible donde se hubiera despegado el papel pintado, y al cabo de una semana se las arregló para conseguir la habitación del altillo que daba al este, en donde se creía que Keziah había practicado sus sortilegios. El cuarto había

estado disponible desde el primer momento —pues nadie se había mostrado dispuesto a ocuparlo por mucho tiempo—, pero el patrón polaco desconfiaba de alquilarlo. Sin embargo, nada en absoluto le ocurrió a Gilman hasta que le empezó la fiebre. Ninguna Keziah espectral recorrió los sombríos pasillos o los aposentos, ninguna criatura pequeña y peluda invadió su tétrico nido de águilas para hocicarle, y ninguna mención a los conjuros de la bruja recompensó su constante búsqueda. A veces paseaba por el oscuro laberinto de callejuelas sin pavimentar y que olían a cerrado, donde fantasmagóricas casas marrones de desconocida antigüedad parecían inclinarse hacia él, a punto de desplomarse, y mirarle de soslayo en tono burlón a través de estrechas ventanas de pequeños cristales. Sabía que allí habían ocurrido cosas extrañas hacía tiempo, y había vagos indicios de que en el fondo aquel monstruoso pasado no se había echado a perder del todo... al menos en los callejones más oscuros, más estrechos y más intrincadamente tortuosos. En dos ocasiones fue también en bote hasta la mal considerada isla del río e hizo un bosquejo de los extraños ángulos descritos por las hileras de monolitos grises cubiertos de musgo cuyo origen era tan oscuro e inmemorial.

El cuarto de Gilman era de buen tamaño pero de forma extrañamente irregular; la pared del norte se inclinaba perceptiblemente hacia dentro desde el extremo exterior hasta el interior, mientras que el techo, de poca altura, descendía suavemente en la misma dirección. Además de un agujero practicado sin duda por las ratas y los rastros de otros tapados, no había ningún acceso —ni parecía que hubiera habido ninguna vía de entrada anterior— al espacio que debía de haber existido entre la pared inclinada y el muro exterior vertical de la fachada norte de la casa, aunque desde el exterior se veía una ventana que había sido tapiada en fecha muy remota. El desván situado encima del techo — que debía haber tenido el suelo inclinado— también era inaccesible. Cuando Gilman trepó por una escalera de mano a aquel desván cubierto de telarañas situado encima del altillo, encontró vestigios de

una antigua abertura hermética tapiada con pesados tablones antiguos y asegurada con sólidas estacas de madera, habituales en la carpintería de la época colonial. Sin embargo, por más persuasivo que se mostrara no logró convencer al impasible casero para que le permitiera investigar cualquiera de aquellos dos espacios cerrados.

A medida que pasaba el tiempo, aumentó su ensimismamiento en la pared y el techo de su cuarto; pues empezó a interpretar en aquellos extraños ángulos un significado matemático que parecía ofrecer vagas pistas en relación con su objetivo. La vieja Keziah, pensaba, podía haber tenido excelentes razones para vivir en una habitación con unos ángulos tan extraños; ¿no afirmó haber traspasado los límites del mundo espacial que conocemos a través de ciertos ángulos? Su interés fue alejándose poco a poco de los vacíos insondables situados fuera de las paredes inclinadas, ya que parecía que la finalidad de tales superficies sólo concernía al lado en el que se encontraba.

El amago de fiebre y los sueños comenzaron a principios de febrero. Durante algún tiempo, parece que los extraños ángulos del cuarto de Gilman habían tenido un extraño efecto, casi hipnótico, sobre él; y, a medida que avanzaba el desapacible invierno, se encontró a sí mismo mirando fijamente y cada vez con más atención la esquina en donde el inclinado techo descendente se unía con la inclinada pared interior. Por aquel entonces, su incapacidad para concentrarse en sus metódicos estudios le preocupaba bastante y su temor a los exámenes semestrales era cada vez mayor. Pero su exagerada agudeza auditiva no era menos fastidiosa. La vida se había convertido para él en una insistente y casi insoportable cacofonía, y tenía la constante y aterradora impresión de percibir *otros* sonidos —procedentes tal vez de regiones situadas más allá de la vida— que sonaban al borde mismo de la audibilidad. En cuanto a ruidos concretos, los peores eran los que hacían las ratas en los antiguos tabiques. A veces, sus chirridos no sólo parecían solapados, sino deliberados. Cuando procedían de fuera de la pared inclinada del norte, estaban mezclados con una especie de

rechinamiento seco; y cuando venían del desván situado encima del techo inclinado, cerrado durante siglos, Gilman se preparaba siempre para lo peor, como si esperara algún horror que aguardara el momento oportuno para bajar y rodearlo por completo.

Sus sueños estaban completamente al margen de la cordura, y a Gilman le parecía que debían de ser el resultado conjuntamente de sus estudios de matemáticas y de folklore. Había estado pensando demasiado en las vagas regiones que, según le indicaban sus fórmulas, tenían que existir más allá de las tres dimensiones que conocemos, y en la posibilidad de que la vieja Keziah Mason — guiada por alguna influencia imposible de conjeturar— hubiera encontrado verdaderamente la puerta de acceso a aquellas regiones. Los amarillentos anales del condado que contenían el testimonio de aquella mujer y el de sus acusadores sugerían cosas tan terribles fuera del alcance de la experiencia humana... y las descripciones de la veloz y pequeña cosa peluda que le hacía las veces de demonio familiar eran tan exasperantemente realistas, a pesar de sus increíbles detalles.

Aquella cosa —no mayor que una rata de gran tamaño y a la que la gente del pueblo llamaba pintorescamente «Brown Jenkin»— parecía haber sido fruto de un notable caso de alucinación colectiva, pues en 1692 no menos de doce personas declararon haberla visto. Hubo también rumores más recientes, que coincidían de un modo desconcertante e incomprensible. Los testigos decían que tenía el pelo largo y forma de rata, pero que la cara, con afilados dientes y barba, era diabólicamente humana, mientras que sus zarpas parecían diminutas manos humanas. Llevaba recados de la vieja Keziah al diablo y se alimentaba con la sangre de la bruja... que sorbía como un vampiro. Su voz era una especie de repugnante risita ahogada y podía hablar todos los idiomas. De todas las raras monstruosidades con que soñaba Gilman, ninguna le producía tanto pánico y asco como aquel impío y diminuto híbrido, cuya imagen iba y venía en sus visiones de una forma mil veces más odiosa que

cualquier otra que su mente vigil pudiera haber deducido de los viejos anales y los rumores modernos.

Gilman soñaba sobre todo que caía en abismos ilimitados de inexplicable media luz coloreada y ruidos incomprensiblemente confusos; abismos cuyas propiedades materiales y de gravitación, y cuya relación con su propia entidad, no podía siquiera encontrar palabras para explicar. En sus sueños no caminaba ni trepaba, ni volaba o nadaba, ni andaba a gatas o reptaba; pero siempre experimentaba una sensación de movimiento, en parte voluntario y en parte maquinal. No podía juzgar bien acerca de su propio estado, pues la visión de sus brazos, piernas y torso parecía siempre tapada por algún extraño desajuste de perspectiva; pero tenía la impresión de que su organización física y sus facultades hasta cierto punto se habían transmutado a las mil maravillas y se proyectaban oblicuamente... aunque conservando una cierta relación grotesca con sus proporciones y propiedades normales.

Los abismos no estaban vacíos ni mucho menos, sino atestados de masas indescriptiblemente angulares de una sustancia de extraño colorido, algunas de las cuales parecían orgánicas y otras inorgánicas. Algunos de los entes orgánicos tendían a despertar vagos recuerdos en lo más recóndito de su mente, aunque no podía formarse una idea consciente de lo que burlescamente asemejaban o sugerían. En sueños posteriores empezó a distinguir diferentes categorías en las que los entes parecían dividirse, y que parecían implicar en cada caso un tipo radicalmente distinto de pautas de conducta y de motivación básica. De esas categorías, una le pareció que incluía entes un poco menos ilógicos e irrelevantes en sus movimientos que los pertenecientes a las demás.

Todos los entes —tanto los orgánicos como los inorgánicos— eran completamente imposibles de describir, e incluso de comprender. Gilman comparaba a veces las masas inorgánicas a prismas, laberintos, series de cubos y planos, y edificios ciclópeos; y los entes orgánicos le parecían, según los casos, grupos de burbujas, pulpos, ciempiés, ídolos hindúes vivos e intrincados

arabescos movidos por una especie de animación ofidia. Todo cuanto veía era indeciblemente amenazador y horrible; y cada vez que una de aquellas entidades orgánicas parecía, por sus movimientos, haber reparado en él, sentía un miedo tan espantoso y manifiesto que generalmente se despertaba sobresaltado. De cómo se movían aquellas entidades orgánicas no podía decir más que de cómo se movía él mismo. Con el tiempo observó otro misterio: la tendencia de ciertas entidades a aparecer de pronto procedentes del espacio vacío, o a desaparecer por completo con igual rapidez. La chillona y estruendosa confusión de ruidos que se propagaba por los abismos desafiaba todo análisis en cuanto a tono, timbre o ritmo; pero parecía estar sincronizada con leves cambios visuales de todos los entes indefinidos, tanto orgánicos como inorgánicos. Gilman experimentaba el continuo temor de que aumentase hasta un intolerable grado de intensidad durante una u otra de sus oscuras e implacablemente inevitables fluctuaciones.

Pero no fue en aquellos vórtices completamente extraños cuando vio a Brown Jenkin. Aquel aterrador diablillo estaba reservado para ciertos sueños más ligeros e intensos que le asaltaban inmediatamente antes de caer profundamente dormido. Gilman se acostaba a oscuras, luchando para mantenerse despierto, cuando un tenue resplandor pálido parecía brillar en torno a aquel cuarto secular mostrando en una neblina violácea la convergencia de los planos angulares que tan insidiosamente se habían apoderado de su mente. Aquel horror parecía salir del agujero de las ratas del rincón y corretear hacia él por el entarimado hundido del suelo, con una perversa expectación en su diminuto y barbado rostro humano; pero, afortunadamente, el sueño se desvanecía siempre antes de que aquella criatura se acercara demasiado a él para hocicarlo. Tenía colmillos muy largos y afilados. Gilman trataba de taponar el agujero de las ratas todos los días, pero noche tras noche los verdaderos habitantes de los tabiques roían la obstrucción, cualquiera que fuese. En una ocasión hizo que el casero clavara una lata sobre el orificio, pero a la noche siguiente

las ratas habían roído un nuevo agujero... y al hacerlo habían empujado o arrastrado un curioso trocito de hueso.

Gilman no informó de su fiebre al médico, pues sabía que si le mandaba a la enfermería de la universidad no podría aprobar los exámenes, pues necesitaba todo su tiempo para empollar. Aun así, le suspendieron en cálculo diferencial y en psicología general superior, aunque esperaba poder recuperar el terreno perdido antes de terminar el curso. Fue en marzo cuando un nuevo elemento entró a formar parte de su sueño preliminar más ligero, y la aparición pesadillesca de Brown Jenkin empezó a verse acompañada por una mancha nebulosa que fue asemejándose cada vez más a una vieja encorvada. Aquella novedad le preocupó más de lo que podía explicar, pero finalmente decidió que se parecía a una vieja arpía con la que se había encontrado dos veces en el misterioso laberinto de callejuelas cercanas a los muelles abandonados. En aquellas ocasiones, la mirada maliciosa, sardónica y aparentemente sin motivo de la bruja casi le había hecho estremecer, especialmente la primera vez, cuando una rata enorme, que cruzó como una flecha la boca en sombras de un callejón vecino, le hizo pensar de un modo irracional en Brown Jenkin. Esta vez, pensó, aquellos temores nerviosos se estaban reflejando en sus inquietantes sueños.

No podía negar que la influencia de la vieja casa era perniciosa; pero vestigios de su morboso interés inicial seguían reteniéndolo allí. Argüía que la fiebre era la única responsable de sus fantasías nocturnas, y que cuando el amago remitiera se vería libre de aquellas monstruosas visiones. Sin embargo, aquellas visiones tenían una detestable intensidad y resultaban terriblemente convincentes, y cada vez que se despertaba conservaba una vaga sensación de haber experimentado mucho más de lo que recordaba. Tenía la atroz certidumbre de haber hablado con Brown Jenkin y con la bruja en sueños que no recordaba, y que le habían apremiado para que fuese a alguna parte con ellos a encontrarse con un tercer ser de poderes todavía mayores.

Hacia finales de marzo empezó a recuperarse en matemáticas, aunque las otras asignaturas le preocupaban cada vez más. Estaba adquiriendo una facilidad intuitiva para resolver ecuaciones de Riemann^[603], y asombró al profesor Upham^[604] con su comprensión de la cuarta dimensión y de otros problemas que habían apabullado al resto de la clase. Una tarde hubo una discusión sobre posibles curvaturas extrañas en el espacio y teóricos puntos de aproximación, o incluso de contacto, entre nuestra parte del cosmos y otras varias regiones tan distantes como las estrellas más lejanas o los mismos abismos transgalácticos, e incluso tan fabulosamente remotas como las unidades cósmicas provisionalmente concebibles más allá del continuo tiempo-espacio einsteiniano. La forma en que Gilman trató el tema dejó admirados a todos, aunque algunas de sus ilustraciones hipotéticas provocaron un aumento de los siempre abundantes chismorreos sobre su excentricidad, su timidez y su retraimiento. Lo que hizo que los estudiantes dieran muestras de desaprobación fue su sobria teoría de que un hombre con conocimientos matemáticos más allá de lo que le está permitido adquirir a la mente humana podría pasar deliberadamente de la tierra a cualquier otro cuerpo celeste que se encontrara en uno de los infinitos puntos específicos del modelo cósmico.

Tal paso, dijo, sólo requeriría dos etapas: primero, salir de la esfera tridimensional que conocemos, y segundo, regresar a la esfera de las tres dimensiones en otro punto, que podía estar a una distancia infinita. Que esto se pudiera llevar a cabo sin perder la vida era concebible en muchos casos. Cualquier ser procedente de cualquier parte del espacio tridimensional podría sobrevivir probablemente en la cuarta dimensión; y su supervivencia en la segunda etapa dependería de qué parte extraña del espacio tridimensional eligiera para su reentrada. Los habitantes de algunos planetas podían vivir en otros —incluso en planetas pertenecientes a otras galaxias o a similares fases dimensionales de otro continuo tiempo-espacio— aunque, por supuesto, debía existir un considerable número de ellos mutuamente inhabitables, aun cuando

fueran cuerpos o zonas espaciales matemáticamente yuxtapuestos. También era posible que los habitantes de una esfera dimensional determinada pudieran sobrevivir al acceso a muchas esferas desconocidas e incomprensibles de dimensiones adicionales, o indefinidamente multiplicadas —de dentro o de fuera de determinado continuo tiempo-espacio—, y que lo contrario fuese igualmente cierto. Eran sólo conjeturas, aunque era indudable que el tipo de mutación que supondría pasar de un plano dimensional dado al plano inmediatamente superior no destruiría la integridad biológica tal como la entendemos. Gilman no podía decir claramente las razones que tenía para esta última suposición, pero su vaguedad en ese punto quedaba más que compensada por su claridad en otras cuestiones complejas. Al profesor Upham le gustó de un modo especial su demostración de la afinidad de las matemáticas superiores con ciertas fases de la tradición mágica transmitidas a lo largo de los siglos desde una inefable antigüedad —humana o prehumana— cuyos conocimientos del cosmos y de sus leyes eran mayores que los nuestros.

Alrededor del uno de abril Gilman empezó a preocuparse bastante porque su fiebre tardía no remitía. También le inquietaba lo que algunos de sus compañeros de alojamiento decían acerca de su sonambulismo. Parecía que a menudo se ausentaba de la cama, y que el hombre de la habitación de abajo reparó en los crujidos del suelo a ciertas horas de la noche. Aquel sujeto reveló también que oía pasos de pies calzados durante la noche; pero Gilman estaba seguro de que en esto se equivocaba, ya que sus zapatos así como el resto de la ropa siempre estaban en su sitio exacto por la mañana. En aquella antigua casa tan malsana podían imaginarse todo tipo de alucinaciones auditivas, pues ¿acaso el propio Gilman no estaba seguro de oír, incluso en pleno día, ciertos ruidos, distintos del escarbar de las ratas, procedentes de los negros vacíos al otro lado de la pared inclinada y por encima del techo inclinado? Sus oídos patológicamente sensibles empezaron a escuchar pisadas casi imperceptibles en el desván de encima de su

habitación, cerrado desde tiempos inmemoriales, y a veces la ilusión de tales pasos era terriblemente realista.

Sin embargo, sabía que, en efecto, se había convertido en un sonámbulo; pues en dos ocasiones habían encontrado su habitación vacía durante la noche, aunque con toda la ropa en su sitio. Se lo había asegurado Frank Elwood, el único compañero de estudios cuya pobreza le había obligado a alojarse en aquella sórdida e impopular casa. Elwood había estado estudiando hasta la madrugada, y subió para que Gilman le ayudara a resolver una ecuación diferencial, pero descubrió que no estaba en su cuarto. Había sido lo bastante osado como para abrir la puerta, que no estaba cerrada con llave, después de llamar y no recibir respuesta, pero necesitaba ayuda desesperadamente y pensó que a su compañero de alojamiento no le importaría demasiado que lo despertara con un suave codazo. Pero Gilman no estaba allí en ninguna de las dos ocasiones, y cuando Elwood le contó lo sucedido se preguntó dónde podía haber estado vagando, descalzo y sólo con sus ropas de dormir. Decidió investigar el asunto si continuaban las noticias acerca de su sonambulismo, y pensó en esparcir harina sobre el suelo del pasillo para averiguar adónde se dirigían sus pasos. La puerta era la única salida concebible, ya que fuera de la estrecha ventana no había posible punto de apoyo para sus pies.

Conforme avanzaba el mes de abril, los oídos de Gilman, aguzados por la fiebre, se vieron alterados por las quejumbrosas plegarias de un supersticioso inquilino que reparaba telares llamado Joe Mazurewicz, que tenía una habitación en la planta baja. Mazurewicz había contado interminables e incoherentes historias acerca del fantasma de la vieja Keziah y de aquel ser peludo, hociante, de dientes afilados, y decía que a veces le perseguía de tal manera que únicamente su crucifijo de plata —que le había regalado con ese propósito el padre Iwanicki^[605], de la iglesia de San Estanislao podía proporcionarle alivio—. Ahora rezaba porque se acercaba el aquelarre de las brujas. La víspera del primero de mayo era la Noche de Walpurgis, cuando los más ruines diablos del

infierno vagaban por la tierra y todos los esclavos de Satanás se reunían para celebrar ritos y actos nefandos. Siempre era una fecha aciaga en Arkham, aunque la gente bien de la avenida Miskatonic y de High Street y Saltonstall Street fingía no saber nada acerca de ello. Ocurrirían cosas desagradables... y probablemente desaparecerían uno o dos niños. Joe sabía tales cosas, pues su abuela lo había oído en su país de origen de labios de la suya. Era aconsejable rezar y pasar las cuentas del rosario en esos días. Hacía tres meses que Keziah y Brown Jenkin no se habían acercado a la habitación de Joe, ni a la de Paul Choynski, ni a ningún otro sitio... y no auguraba nada bueno que se mantuvieran a distancia. Debían estar tramando algo.

Gilman pasó por el consultorio del médico el día 16 de aquel mes y se sorprendió al comprobar que su temperatura no era tan elevada como había temido. El médico le interrogó exhaustivamente y le aconsejó que fuese a ver a un especialista en enfermedades nerviosas. Pensándolo bien, se alegró de no haber consultado al médico de la universidad, que era todavía más curioso. El viejo Waldron, que ya anteriormente había restringido sus actividades, le habría hecho tomarse un descanso... cosa imposible ahora que estaba a punto de lograr grandes resultados en sus ecuaciones. Se encontraba sin duda muy cerca del límite entre el universo conocido y la cuarta dimensión, y nadie sabría decir hasta dónde podría llegar.

Pero cuando le asaltaban esos pensamientos se preguntaba por la procedencia de tan extraña confianza. ¿Provenía aquella peligrosa sensación de inminencia de las fórmulas con las que llenaba cuartillas día tras día? Los pasos suaves, sigilosos e imaginarios del desván cerrado le desconcertaban. Y ahora, además, tenía la creciente sensación de que alguien estaba tratando continuamente de persuadirle a que hiciera algo terrible que no debía hacer. ¿Y qué pasaba con su sonambulismo? ¿Adónde iba algunas noches? ¿Qué era aquel leve indicio de sonido que de vez en cuando parecía adivinarse entre la

exasperante confusión de ruidos identificables, incluso a plena luz del día y en completo estado de vigilia? Su ritmo no correspondía a nada terreno, a no ser quizás a la cadencia de alguna indecible melopea de aquelarre, y a veces temía que correspondiera a ciertos atributos de los vagos alaridos o vociferaciones que escuchaba en aquellos abismos completamente extraños de sus sueños.

Mientras tanto los sueños eran cada vez más atroces. En la fase preliminar más ligera la vieja malvada se le aparecía con diabólica claridad, y Gilman se dio cuenta de que era la que le había asustado en los barrios bajos. Su espalda encorvada, su larga nariz y su barbilla arrugada eran inconfundibles, y su informe ropa marrón era como la que él recordaba. Su rostro tenía una expresión de horrible malevolencia y exultación, y cuando Gilman despertaba podía recordar una voz ronca que persuadía y amenazaba. Tenía que ver al Hombre Negro e ir con ellos hasta el trono de Azathoth, en el mismo centro del Caos máximo. Eso era lo que ella le decía. Debía firmar en el libro de Azathoth con su propia sangre y adoptar un nuevo nombre secreto, ahora que había llegado tan lejos en sus descubrimientos. Lo que le impedía ir con ella, y con Brown Jenkin y el otro, al trono del Caos, donde los pífanos suenan despreocupadamente, era el hecho de haber visto el nombre de «Azathoth» en el *Necronomicon*, y sabía que correspondía a un demonio primordial demasiado horrible para ser descrito.

La vieja aparecía siempre cerca del rincón donde se unían la pendiente descendente y la de la parte de dentro. Parecía cristalizarse en un punto más cercano al techo que al suelo, y cada noche se acercaba un poco más y era más visible antes de que el sueño se desvaneciera. Brown Jenkin también estaba siempre un poco más cerca al final, y sus colmillos de un blanco amarillento relucían de manera espantosa en aquella aterradora fosforescencia de color violeta. Su estridente y repulsiva risita ahogada se quedaba grabada cada vez más en la cabeza de Gilman, y por la mañana recordaba cómo había pronunciado las palabras «Azathoth» y «Nyarlathotep».

En los sueños más profundos todas las cosas eran asimismo más visibles, y Gilman tenía la impresión de que los abismos en penumbra que le rodeaban eran los de la cuarta dimensión. Aquellos entes orgánicos, cuyos movimientos parecían de la manera menos flagrante irrelevantes y sin propósito, eran probablemente proyecciones de formas de vida procedentes de nuestro propio planeta, incluidos los seres humanos. Lo que fueran los otros en su propia esfera, o esferas dimensionales, no se atrevía a pensarlo. Dos de las cosas que menos se movían sin venir al caso —un montón^[606] bastante grande de iridiscentes burbujas elipsoidales, y un poliedro mucho más pequeño de colores desconocidos y superficies cuyos ángulos cambiaban rápidamente— parecían prestarle atención y seguirlo de un lado a otro o flotar delante de él a medida que cambiaba de posición entre titánicos prismas, laberintos, grupos de cubos y planos, y cuasiedificios; y todo el tiempo los imprecisos chillidos y vociferaciones se iban haciendo cada vez más fuertes, como si se aproximara algún monstruoso clímax de intensidad completamente insoportable.

Durante la noche del 19 al 20 de abril ocurrió el nuevo cambio. Gilman se desplazaba, medio involuntariamente, por los abismos en penumbra con la masa burbujeante y el pequeño poliedro flotando delante de él, cuando reparó en los ángulos extrañamente regulares que formaban los bordes de algunos gigantescos grupos de prismas cercanos a él. Unos segundos después se encontraba fuera del abismo, temblando de pie en una ladera rocosa bañada por una intensa y difusa luz verde. Estaba descalzo y en ropa de dormir y, cuando trató de caminar, se dio cuenta de que apenas podía levantar los pies. Un turbulento vapor ocultaba todo a la vista salvo el inmediato terreno inclinado, y se estremeció al pensar en los sonidos que podían surgir de aquel vapor.

Entonces vio las dos siluetas que avanzaban lenta y laboriosamente hacia él: la vieja y el pequeño ser peludo. La bruja se puso trabajosamente de rodillas y se las arregló para cruzar los brazos de manera singular, mientras Brown Jenkin señalaba en una

determinada dirección con una pata delantera tremendamente antropoide que levantó con evidente dificultad. Espoleado por un impulso que no emanaba de él, Gilman se arrastró en la dirección determinada por el ángulo que formaban los brazos de la bruja y la pata de la pequeña monstruosidad y, antes de que hubiera dado tres pasos arrastrando los pies, estaba de nuevo en los nebulosos abismos. Figuras geométricas bullían a su alrededor, y cayó vertiginosa e interminablemente. Finalmente despertó en su cama, en la buhardilla peligrosamente inclinada de la vieja casa encantada.

Aquella mañana no estaba en condiciones de hacer nada, y no acudió a ninguna de sus clases. Alguna desconocida atracción dirigía sus ojos en una dirección aparentemente irrelevante, pues no podía dejar de mirar fijamente a cierto lugar vacío del suelo. Según avanzaba el día, el foco de atracción de su mirada perdida cambió de posición, y al mediodía había dominado el impulso de mirar fijamente al vacío. A eso de las dos salió a almorzar y, mientras atravesaba las angostas callejuelas de la ciudad, se dio cuenta de que torcía siempre hacia el sudeste. Haciendo un gran esfuerzo se detuvo en una cafetería de Church Street y, después de comer, sintió el desconocido impulso con mayor intensidad todavía.

Bien pensado, tendría que consultar a un especialista en enfermedades nerviosas —quizás aquello estuviera relacionado con su sonambulismo—, pero mientras tanto podría intentar al menos romper por sí mismo el morboso maleficio. Indudablemente, todavía podía arreglárselas para desentenderse del impulso; de modo que se dirigió con gran determinación en dirección contraria y deliberadamente enfiló hacia el norte por Garrison Street. Cuando llegó al puente sobre el Miskatonic, le corría un sudor frío y se agarró al pretil de hierro mientras contemplaba río arriba la isla de mala fama, cuyas hiladas regulares de viejas piedras a tizón se cernían tercamente a la luz del sol de la tarde.

Entonces se sobresaltó. Pues en aquella desolada isla había un personaje vivo claramente visible, y una segunda mirada le indicó que se trataba sin duda alguna de la extraña vieja cuyo siniestro

aspecto se había introducido tan desastrosamente en sus sueños. La hierba alta que la rodeaba se movía también, como si algún otro ser vivo se estuviera arrastrando por el suelo. Cuando la vieja empezó a volverse hacia él, huyó precipitadamente del puente y se refugió en los laberínticos callejones del muelle. Aunque la isla estaba a bastante distancia, le pareció que la sardónica mirada de aquella vieja figura encorvada vestida de marrón podría depararle una monstruosa e invencible desgracia.

La atracción hacia el sudeste persistía todavía, y sólo su tremenda determinación hizo posible que Gilman se arrastrara hasta la vieja casa y ascendiera las desvencijadas escaleras. Durante varias horas estuvo sentado, en silencio y desorientado, mientras su mirada se iba desplazando paulatinamente hacia el oeste. A eso de las seis, su fino oído oyó las quejumbrosas plegarias de Joe Mazurewicz dos pisos más abajo, y a la desesperada cogió el sombrero y salió a la calle bañada por la luz dorada del ocaso, dejando que el impulso que lo empujaba hacia el sudeste lo llevara a donde quisiera. Una hora más tarde la oscuridad le sorprendió en los campos abiertos que se extendían más allá de Hangman's Brook [Arroyo del Ahorcado], mientras las trémulas estrellas primaverales brillaban delante de él. El impulso de andar se fue transformando paulatinamente en vivo deseo de lanzarse místicamente al espacio, y de pronto se dio cuenta de dónde procedía aquella atracción.

Era del cielo. Un punto definido entre las estrellas reclamaba su atención y lo llamaba. Al parecer era un punto situado en algún lugar entre la Hidra y el Navío Argos^[607], y comprendió que se había sentido impulsado hacia él desde que despertó poco después de amanecer. Por la mañana había estado a sus pies; por la tarde se había elevado hacia el sudeste y ahora se encontraba aproximadamente hacia el sur, pero desplazándose hacia el oeste. ¿Qué significaba aquello? ¿Se estaba volviendo loco? ¿Cuánto duraría? Armándose de nuevo de determinación, Gilman dio la vuelta y una vez más avanzó penosamente hacia la siniestra casa.

Mazurewicz le estaba esperando en la puerta y parecía ansioso y reticente a la vez por susurrarle alguna nueva historia supersticiosa. Era algo sobre la luz de la bruja. Joe había salido para celebrar la noche anterior —era el Día del Patriota en Massachussetts^[608]—, y había regresado a casa después de medianoche. Al mirar hacia arriba antes de entrar en la casa, al principio le pareció que la ventana de Gilman estaba a oscuras; pero luego vio en el interior el tenue resplandor de color violeta. Quería advertir al caballero sobre aquel resplandor, pues en Arkham todos sabían que era la luz de la bruja Keziah que acompañaba a Brown Jenkin y al fantasma de la propia bruja. No lo había mencionado antes, pero ahora tenía que decirlo, porque eso significaba que Keziah y su familiar de largos colmillos estaban persiguiendo al joven caballero. A veces Paul Choynski, el casero Dombrowski y él habían creído ver aquella luz filtrándose por entre las rendijas del cerrado desván, encima de la habitación del joven caballero, pero habían acordado no hablar de eso. Sin embargo, sería mejor que el caballero alquilase otra habitación y le pidiese un crucifijo a algún buen sacerdote como el padre Iwanicki.

Mientras el hombre seguía divagando, Gilman sintió que un pánico indescriptible le atenazaba la garganta. Sabía que Joe debía estar medio borracho cuando regresó a casa la noche anterior, pero la mención de una luz violácea en la ventana de la buhardilla tenía un significado espantoso. Un resplandor vacilante como aquel acompañaba siempre a la vieja y al pequeño ser peludo en los sueños más ligeros y nítidos que precedían a su zambullida en abismos desconocidos, y la idea de que una persona despierta pudiera ver aquella luminosidad soñada era una completa insensatez. Sin embargo, ¿de dónde había sacado aquel individuo tan extraña idea? ¿Acaso le había hablado él mismo sin darse cuenta, igual que andaba por la casa en sueños? No, Joe dijo que no... pero tendría que comprobarlo. Tal vez Frank Elwood pudiera decirle algo, aunque detestaba preguntarle.

Fiebre... sueños descabellados... sonambulismo... ruidos ilusorios... atracción hacia un punto del cielo... y ahora la sospecha de decir en sueños insensateces... Tenía que dejar de estudiar, ver a un especialista en enfermedades nerviosas y ocuparse de sí mismo. Cuando subió al segundo piso se detuvo ante la puerta de Elwood, pero vio que el otro joven había salido. Continuó subiendo de mala gana hasta su habitación en la buhardilla, y se sentó a oscuras. Su mirada continuaba sintiéndose atraída hacia el suroeste, pero también se sorprendió a sí mismo escuchando atentamente por si captaba algún ruido en el desván cerrado de arriba, y medio imaginando que una funesta luz violeta se filtraba a través de una rendija infinitesimal del techo inclinado y bajo.

Aquella noche, mientras Gilman dormía, la luz violeta irrumpió ante él con mayor intensidad, y la bruja y el pequeño ser peludo, acercándose más que nunca, se burlaron de él con chillidos inhumanos y gestos diabólicos. Se alegró de hundirse en los abismos crepusculares que retumbaban ligeramente, aunque la persecución de aquel montón de burbujas iridiscentes y de aquel pequeño poliedro caleidoscópico resultaba amenazadora e irritante. Luego vino el cambio, cuando vastos planos convergentes de una sustancia de aspecto resbaladizo surgieron amenazadoramente encima y debajo de él... un cambio que culminó con un instante de delirio y un resplandor de luz desconocida y extraña, en la que se mezclaban de forma demencial e inextricable los colores amarillo, carmesí e índigo.

Estaba medio tumbado en una alta azotea de fantástica balaustrada que dominaba una ilimitada selva de raros e increíbles picos, planos equilibrados, cúpulas, minaretes, discos horizontales suspendidos sobre pináculos, e innumerables formas todavía más descabelladas —unas de piedra, otras de metal— que relucían espléndidamente en medio de la variopinta y casi abrasadora luz deslumbrante de un cielo polícromo. Mirando hacia arriba vio tres formidables discos de fuego, cada uno de un matiz distinto, y situados a diferente altura por encima de un horizonte curvo,

infinitamente lejano, de bajas montañas. Detrás de él se elevaban filas de terrazas más altas hasta perderse de vista. La ciudad se extendía a sus pies más allá de los límites de su campo visual, y esperaba que ningún sonido brotara de ella.

El suelo del que se levantó fácilmente era de una piedra veteadas y pulida que le fue imposible identificar, y las baldosas estaban talladas formando ángulos extraños, que no le impresionaron tanto por su asimetría como por estar basados en alguna simetría de otro mundo, cuyas leyes era incapaz de entender. La balaustrada le llegaba a la altura del pecho y estaba delicada y fantásticamente labrada, y a lo largo de la barandilla se alineaban, de vez en cuando, figuritas de diseño grotesco y ejecución exquisita. Tanto las figuras como la balaustrada parecían ser de un metal brillante, cuyo color no era posible adivinar en aquel caos de fulgores mezclados, y cuya naturaleza era completamente imposible conjeturar. Representaban algún objeto acanalado en forma de barril, con finos brazos horizontales que irradiaban de un anillo central como radios de una rueda y protuberancias o bulbos verticales que sobresalían de la cabeza y de la base. Cada una de aquellas protuberancias era el eje de un sistema de cinco brazos largos, planos, rematados en triángulos, dispuestos alrededor del mismo, como los brazos de una estrella de mar... casi horizontales, pero ligeramente curvados en sentido opuesto al barril central. La base de la protuberancia más baja estaba unida a la larga barandilla con un punto de contacto tan delicado que varias figuras se habían desprendido y faltaban. Las figuras tenían alrededor de cuatro pulgadas y media [casi once centímetros y medio] de altura, mientras que los brazos puntiagudos tenían un diámetro máximo de unas dos pulgadas y media [casi seis centímetros y medio]^[609].

Cuando Gilman se levantó, notó en sus pies descalzos que las losas estaban calientes. Se encontraba completamente solo, y lo primero que hizo fue acercarse a la balaustrada y contemplar con aire alhelado la interminable y ciclópea ciudad que se extendía a casi dos mil pies [algo más de seiscientos metros] por debajo. Mientras

escuchaba, le pareció que un tumulto rítmico de tenues sonidos musicales que recorrían una amplia escala tonal ascendía desde las angostas calles de abajo, y le habría gustado poder ver a los habitantes de aquel lugar. Al cabo de un rato la visión le produjo vértigo, y habría caído al suelo de no haberse agarrado instintivamente a la reluciente balaustrada. Su mano derecha fue a dar con una de las figuras que sobresalían, y el contacto pareció calmarlo un poco. Sin embargo, la presión era excesiva para la exótica delicadeza de aquel objeto metálico, y la figura puntiaguda se desprendió. Medio aturdido todavía, continuó apretándola mientras con la otra mano se agarraba a un lugar vacío en la lisa balaustrada.

Pero en aquel preciso instante sus oídos hipersensibles captaron algo a sus espaldas, y se volvió y miró al otro lado de la terraza. Vio que se acercaban a él sin hacer ruido, aunque sin aparente sigilo, cinco figuras, dos de las cuales eran la siniestra vieja y el animalillo peludo de colmillos afilados. Las otras tres fueron las que le hicieron perder el sentido, pues eran seres vivos, de unos ocho pies [casi dos metros y medio] de altura, de formas exactamente iguales a las imágenes puntiagudas de la balaustrada, que se propulsaban moviendo como una araña sus brazos inferiores de estrella de mar.

Gilman despertó en la cama, empapado de sudor frío y con una sensación de escozor en la cara, manos y pies. Saltando al suelo, se lavó y vistió con frenética prisa, como si precisara salir de la casa lo más rápidamente posible. No sabía adónde quería ir, pero le pareció que una vez más tendría que sacrificar las clases. La extraña atracción hacia aquel punto en el cielo entre la Hidra y el Navío Argos había disminuido, pero otra fuerza todavía más potente la había sustituido. Se daba cuenta que ahora tenía que dirigirse hacia el norte... infinitamente hacia el norte. Temía cruzar el puente desde el que se veía la isla desierta en medio del Miskatonic, de modo que se dirigió al puente de la Peabody Avenue. Tropezaba a menudo, pues sus ojos y oídos seguían encadenados a un punto sumamente elevado del cielo azul pálido.

Al cabo de una hora aproximadamente, consiguió dominarse mejor y vio que se había alejado mucho de la ciudad. A su alrededor se extendían las desoladas marismas, mientras que el estrecho camino que tenía delante conducía a Innsmouth... aquella antigua ciudad semiabandonada que la gente de Arkham, curiosamente, no quería visitar. Aunque la atracción hacia el norte no había disminuido, la resistió como había resistido a la otra y finalmente descubrió que casi podía contrarrestar una con otra. Andando con paso lento regresó a la ciudad y, después de tomarse un café en un bar, entró a duras penas en la biblioteca pública y estuvo hojeando sin ton ni son unas revistas. Se encontró también con unos amigos que le comentaron lo extrañamente bronceado que estaba por el sol, pero él no les habló de su paseo. A las tres almorzó algo en un restaurante, dándose cuenta entretanto que la atracción había disminuido o se había escindido. Después de eso se metió en un cine barato para matar el tiempo^[610], y estuvo viendo la misma película una y otra vez sin prestarle ninguna atención.

A eso de las nueve de la noche se encaminó a casa y entró dando traspies en la vieja casona. Joe Mazurewicz estaba recitando con voz quejumbrosa oraciones ininteligibles y Gilman subió corriendo a su aposento en la buhardilla sin detenerse a ver si Elwood se encontraba dentro. Fue al encender la débil luz cuando se sobresaltó. Vio inmediatamente que había algo sobre la mesa que estaba fuera de lugar, y una segunda mirada no dejó lugar a dudas. Tumbada sobre un costado —pues no podía tenerse en pie— estaba la exótica figura puntiaguda que en su monstruoso sueño había arrancado de la fantástica balaustrada. No faltaba ningún detalle. El centro acanalado en forma de barril, los finos brazos radiados, las protuberancias en ambos extremos y los brazos planos de estrella de mar, ligeramente curvados hacia fuera, que sobresalían de aquellas: todo estaba allí. A la luz de la bombilla, el color parecía ser una especie de gris iridiscente vetado de verde, y Gilman pudo ver, en medio de su horror y de su perplejidad, que una de las protuberancias acababa en un corte irregular que

correspondía a su anterior punto de fijación con la barandilla soñada.

Sólo su propensión al aturdimiento y al estupor le impidió gritar. Aquella fusión de sueño y realidad resultaba imposible de soportar. Aturdido todavía, agarró el objeto puntiagudo y bajó tambaleándose a las dependencias de Dombrowski, el casero. Las quejumbrosas plegarias del supersticioso que reparaba telares todavía resonaban en los mohosos pasillos, pero Gilman ya no les hizo caso. El casero estaba en sus dependencias y lo recibió amablemente. No, no había visto antes aquel objeto y no sabía nada acerca de él. Pero su esposa le había dicho que encontró un extraño objeto de latón en una de las camas cuando arregló las habitaciones a mediodía, y tal vez fuera aquello. Dombrowski llamó a su mujer y ella entró contoneándose. Sí, era aquel objeto. Lo había encontrado en la cama del señorito... en el lado contiguo a la pared. Le había parecido muy raro, pero, claro, el señorito tenía tantas cosas raras en la habitación: libros, curiosidades, cuadros, matasellos en papel... Por supuesto, ella no sabía nada acerca de aquella figura.

De modo que Gilman volvió a subir las escaleras totalmente confuso, convencido de que todavía estaba soñando o que su sonambulismo había llegado a extremos increíbles, induciéndolo a expoliar en lugares desconocidos. ¿Dónde habría conseguido aquel extravagante objeto? No recordaba haberlo visto en ningún museo de Arkham. Aunque en alguna parte tenía que haber estado; y el verlo mientras lo cogía en sueños debía haber provocado aquella extraña imagen de la terraza con balaustrada. Al día siguiente haría algunas discretas indagaciones... y quizás iría a ver al especialista en enfermedades nerviosas.

Mientras tanto, trataría de vigilar su sonambulismo. Cuando subió al piso de arriba y atravesó el pasillo de la buhardilla, esparció un poco de harina que había pedido prestada al casero, reconociéndole francamente para qué la quería. De camino se había detenido ante la puerta de la habitación de Elwood, pero comprobó que estaba completamente a oscuras. Entró en su cuarto, puso el

objeto puntiagudo sobre la mesa, y se tumbó en la cama, completamente exhausto física y mentalmente, sin ni siquiera desnudarse. En el desván cerrado de encima del techo inclinado le pareció oír unos débiles chirridos y pasos quedos, pero estaba demasiado alterado para prestarles atención. Aquella enigmática atracción hacia el norte volvía a intensificarse de nuevo, aunque ahora parecía venir de un lugar más bajo del cielo.

A la deslumbrante luz violeta del sueño, la vieja y el ser peludo de colmillos afilados volvieron a aparecer, y con mayor claridad que en ninguna ocasión anterior. Esta vez llegaron realmente hasta él, y le pareció que las secas garras de la bruja le agarraban. Le sacaron de la cama y le llevaron al espacio vacío, y durante un momento oyó un rítmico clamor y vio el crepúsculo amorfo de los abismos imprecisos que hervían a su alrededor. Pero aquel momento fue muy breve, pues en seguida se encontró en un pequeño y tosco recinto sin ventanas con vigas y tablones sin desbastar que se elevaban hasta unirse en un punto por encima de él y con el suelo curiosamente inclinado bajo sus pies. Apoyados en aquel suelo había unos cajones de poca altura llenos de libros más o menos antiguos y mejor o peor conservados, y en el centro había una mesa y un banco, al parecer sujetos al suelo. Encima de los cajones había una serie de pequeños objetos de forma e índole desconocidas y, a la flamante luz violeta, Gilman creyó ver un duplicado de la imagen puntiaguda que tan tremendamente le había desconcertado. A la izquierda, el suelo descendía bruscamente dejando una sima negra y triangular de la cual, tras un segundo de chasquidos secos, surgió enseguida la odiosa criaturita peluda de colmillos amarillentos y rostro humano barbado.

La bruja, sin dejar de reír diabólicamente, le tenía todavía agarrado y, al otro lado de la mesa, estaba en pie una figura que Gilman no había visto nunca: un hombre alto y flaco de cutis de color negro mate, aunque sin el menor rasgo negroide en sus facciones, completamente desprovisto de pelo o barba, y que como única indumentaria llevaba una túnica informe de un grueso tejido

negro. No se le distinguían los pies a causa de la mesa y el banco, pero debía de ir calzado, ya que cada vez que cambiaba de posición se oía un taconeo. El hombre no habló, y en su rostro de facciones regulares no había expresión alguna. Únicamente señaló un libro de enorme tamaño que estaba abierto sobre la mesa, mientras la bruja le metía a Gilman en la mano derecha un descomunal cálamo de color gris. En el ambiente se palpaba un miedo tremendamente exasperante, que llegó a su punto culminante cuando la criatura peluda subió corriendo por las ropas del durmiente hasta su hombro, y luego bajó por su brazo izquierdo, mordiéndole bruscamente en la muñeca por último, justo debajo del puño de la camisa. Cuando la sangre chorreó de aquella herida, Gilman se desmayó.

Se despertó el día 22 por la mañana con la muñeca izquierda dolorida y vio que el puño de la camisa estaba manchado de sangre seca. Sus recuerdos eran muy confusos, pero la escena con el hombre negro en aquel lugar desconocido resaltaba vivamente. Las ratas debieron de morderle mientras dormía, provocando el desenlace de aquel espantoso sueño. Abrió la puerta y vio que la harina que había esparcido sobre el suelo del pasillo estaba intacta, exceptuando las enormes pisadas del zafio individuo que se alojaba en el otro extremo de la buhardilla. De modo que esta vez no había andado en sueños. Pero algo habría que hacer para acabar con las ratas. Hablaría de ello con el casero. De nuevo trató de taponar el agujero al pie de la pared inclinada encajando una vela que parecía tener el tamaño adecuado. Le zumbaban los oídos de un modo horrible, como por efecto de los ecos residuales de algún espantoso ruido percibido en sueños.

Mientras se bañaba y se cambiaba de ropa, trató de recordar qué había soñado después de la escena que vio en aquel lugar iluminado de violeta, pero nada concreto cristalizó en su mente. Aquella escena debía haber correspondido al desván cerrado de arriba, que con tanta violencia había empezado a obsesionarle, pero las impresiones posteriores eran débiles y confusas. Tenía una vaga sensación de abismos crepusculares, y de otros más vastos y

oscuros todavía más allá... abismos en los que estaba ausente cualquier indicio concreto de formas. Le habían llevado hasta allí el montón de burbujas y el pequeño poliedro que siempre le perseguía; pero ellos, como él mismo, se habían transformado en lechosos jirones de niebla apenas luminosos en aquel vacío más lejano de oscuridad definitiva. Algo se le había adelantado —un jirón de niebla de mayor tamaño que de cuando en cuando se condensaba en indescriptibles aproximaciones de forma—, y pensó que su avance no se había producido en línea recta, sino más bien siguiendo extrañas curvas y espirales de algún vórtice etéreo que obedecía leyes desconocidas por la física y las matemáticas de cualquier cosmos imaginable. Por último, había habido indicios de sombras enormes que saltaban, de una monstruosa pulsación semiacústica y del débil y monótono sonido de una flauta invisible... pero nada más. Gilman decidió que esta última idea la había sacado de lo que había leído en el *Necronomicon* acerca de la insensata entidad, Azathoth, que controla el tiempo y el espacio desde un trono negro curiosamente rodeado en el centro del Caos.

Cuando se lavó la sangre de la muñeca, la herida resultó ser muy leve y Gilman se puso a cavilar acerca de la posición de los dos diminutos pinchazos. Se dio cuenta de que no había sangre en la colcha de la cama donde se había tendido... lo cual era muy raro, habida cuenta de la gran cantidad que había en su piel y en el puño de la camisa. ¿Habría estado caminando dormido por la habitación y la rata le había mordido cuando se sentó en alguna silla, o se detuvo en algún sitio menos lógico? Examinó todos los rincones buscando manchas de sangre, pero no encontró ninguna. Pensó que más le valía esparcir harina dentro de la habitación además de en el pasillo, aunque, después de todo, no necesitaba más pruebas de su sonambulismo. Sabía que andaba dormido, y lo que había que hacer era impedirlo. Tendría que pedirle ayuda a Frank Elwood. Aquella mañana, las extrañas atracciones procedentes del espacio parecían haber disminuido, aunque las había sustituido otra sensación todavía más inexplicable. Se trataba de un vago,

insistente impulso de escaparse de su actual situación, pero no tenía ninguna pista de en qué dirección concreta quería irse. Al coger la extraña imagen puntiaguda que estaba encima de la mesa, le pareció que la antigua atracción hacia el norte aumentaba un poco; pero aun así, el más reciente y más desconcertante impulso la anulaba por completo.

Bajó la figurita puntiaguda a la habitación de Elwood, haciendo oídos sordos a los quejidos del reparador de telares que subían de la planta baja. Elwood estaba en su habitación, gracias a Dios, y parecía estar animado. No quedaba mucho tiempo para conversar antes de ir a desayunar y a clase, de modo que Gilman le espetó a toda prisa un relato de sus recientes sueños y temores. Su anfitrión se mostró muy comprensivo y estuvo de acuerdo en que había que hacer algo. Le había sorprendido el aspecto cansado y macilento de su invitado, y se fijó en el extraño y anormal bronceado que otros ya habían notado la semana anterior. Sin embargo, era bien poco lo que podía decir. No había visto a Gilman andar en sueños y no tenía ni idea de lo que podía ser aquella curiosa figurita. En cambio, una noche había oído hablar con Mazurewicz al franco-canadiense que vivía debajo de Gilman. Se contaban el uno al otro lo mucho que temían la llegada de la Noche de Walpurgis, para la que faltaban sólo unos pocos días; e intercambiaron comentarios compasivos sobre el pobre y condenado joven. Desrochers, el individuo que vivía en el cuarto debajo del de Gilman, había hablado de pasos nocturnos, con calzado y descalzos, y de la luz violeta que vio una noche en que había subido a hurtadillas, con miedo, a mirar por el ojo de la cerradura de la habitación de Gilman. No se había atrevido a mirar, le contó a Mazurewicz, después de haber vislumbrado aquella luz que se filtraba por las rendijas de la puerta. También había oído hablar en voz baja... y al empezar a describir lo que escuchó, su voz se convirtió en un susurro inaudible.

Elwood no podía imaginar qué había impulsado a aquellos tipos supersticiosos a cotillear, pero suponía que sus figuraciones las había provocado por un lado el hecho de que Gilman se paseaba

dormido a altas horas de la noche y hablaba, y la proximidad de la tradicionalmente temida Noche de Walpurgis, por el otro. Estaba claro que Gilman hablaba dormido, y era evidente que la ilusoria idea de la luz violácea que creía haber visto al escuchar por el ojo de la cerradura la había divulgado Desrochers. Esa gente sencilla estaba siempre dispuesta a imaginar que había visto cualquier cosa extraña de la que hubieran oído hablar. En cuanto a un plan de acción, lo mejor sería que Gilman se bajara a la habitación de Elwood y evitara dormir solo. Elwood lo despertaría, si estaba alerta, cuando empezara a hablar o se levantara dormido. Además, debía ver a un especialista lo antes posible. Mientras tanto llevarían la figurita puntiaguda a varios museos y a ciertos catedráticos para tratar de identificarla, afirmando que la habían encontrado en un cubo de basura. Y Dombrowski también tendría que ocuparse de envenenar a las ratas de las paredes.

Animado por la compañía de Elwood, Gilman asistió a clase aquel día. Extraños impulsos seguían tirando con fuerza de él, pero pudo librarse de ellos con considerable éxito. Durante un descanso mostró la extraña figurita a varios catedráticos que se mostraron profundamente interesados, aunque ninguno de ellos pudo arrojar ninguna luz sobre su naturaleza u origen. Aquella noche durmió en un sofá que Elwood le había pedido al casero que llevara a la habitación de la segunda planta, y por primera vez en varias semanas se vio completamente libre de sueños inquietantes. Pero seguía teniendo fiebre, y los lamentos del reparador de telares le ponían nervioso.

Durante los días siguientes, Gilman se vio casi totalmente libre de síntomas morbosos. Elwood le dijo que no había manifestado ninguna tendencia a hablar o a levantarse dormido; y mientras tanto, el casero estaba poniendo veneno contra las ratas por todas partes. El único elemento perturbador era la charla de los supersticiosos extranjeros, cuya imaginación se había desatado. Mazurewicz insistía en que debía conseguir un crucifijo, y finalmente le obligó a aceptar uno que, le dijo, había sido bendecido por el buen padre

Iwanicki. Desrochers también tenía algo que decir: de hecho insistió en que habían sonado pasos sigilosos en la habitación ahora vacía que quedaba encima de la suya las dos primeras noches que Gilman se había ausentado de ella. Paul Choynski creía oír ruidos en los pasillos y escaleras por la noche, y afirmó que habían tratado de abrir la puerta de su habitación silenciosamente, mientras que Mrs. Dombrowski juraba que había visto a Brown Jenkin por primera vez desde la víspera de Todos los Santos. Pero esos cándidos informes no significaban gran cosa y Gilman, sin darse cuenta, dejó el barato crucifijo de metal colgando del tirador de un cajón de la cómoda de su anfitrión.

Durante tres días, Gilman y Elwood sondearon los museos locales tratando de identificar la extraña imagen puntiaguda, pero siempre sin éxito. Sin embargo, en todas partes el interés que provocaba era enorme; ya que la completa extrañeza del objeto constituía un tremendo desafío para la curiosidad científica. Desprendieron uno de los pequeños brazos radiados y lo sometieron a análisis químico, y todavía se habla del resultado en los círculos universitarios. El profesor Ellery encontró platino, hierro y telurio en la extraña aleación; pero mezclados con ellos había al menos otros tres elementos de elevado peso atómico que la química era absolutamente incapaz de clasificar. No solamente no correspondían a ningún elemento conocido, sino que ni siquiera encajaban en los lugares disponibles que estaban reservados para probables elementos en el sistema periódico. El misterio sigue sin resolverse hasta hoy, aunque la figurita está expuesta en el museo de la Universidad Miskatonic.

En la mañana del 27 de abril apareció un nuevo agujero de rata en la habitación en que se hospedaba Gilman, pero Dombrowski lo estañó durante el día. El raticida no había surtido mucho efecto, ya que los chirridos y las carreras por las paredes casi no habían disminuido. Elwood salió tarde aquella noche y Gilman le esperó levantado. No quería acostarse solo en la habitación... especialmente porque a la media luz del atardecer le había parecido

vislumbrar a la repugnante vieja cuya imagen se había trasladado a sus sueños de manera tan horrible. Se preguntaba quién sería y qué había estado cerca de ella golpeteando una lata en un montón de basura que había a la entrada de un patio mugriento. La bruja parecía haberlo visto y echarle una horrible mirada de soslayo... aunque eso quizás sólo fueran figuraciones suyas.

Al día siguiente, los dos jóvenes estaban muy cansados y comprendieron que dormirían como troncos cuando llegara la noche. Por la tarde hablaron medio dormidos de los estudios matemáticos que habían absorbido a Gilman de un modo tan completo y quizás pernicioso, y especularon acerca de su nexos con la antigua magia y el folklore, lo cual parecía tan amenazadoramente probable. Hablaron de la vieja Keziah Mason, y Elwood reconoció que Gilman tenía buena base científica para pensar que ella podía haber encontrado conocimientos extraños y significativos. Los cultos secretos que practicaban esas brujas a menudo guardaban y transmitían secretos sorprendentes de antiguos, olvidados eones; y de ninguna manera era imposible que Keziah hubiera llegado realmente a ser una experta en el arte de traspasar las puertas a otras dimensiones. La tradición pone de relieve la inutilidad de las barreras materiales para detener los movimientos de una bruja; ¿y quién sabe lo que se oculta tras las antiguas leyendas que hablan de viajes a lomos de una escoba a través de la noche?

Faltaba por ver si un estudiante moderno podía adquirir poderes similares únicamente a base de investigaciones matemáticas. Lograrlo, añadía Gilman, podía conducir a situaciones peligrosas e inimaginables; pues ¿quién podría predecir las condiciones que se darían en una dimensión adyacente pero normalmente inaccesible? Por otra parte, las posibilidades pintorescas eran enormes. El tiempo podía no existir en ciertas zonas del espacio y, al entrar y quedarse en tales zonas, se podría conservar la vida y la edad indefinidamente, sin padecer jamás metabolismo o deterioro orgánico, salvo en cantidades insignificantes, contraído durante las

visitas al propio plano o a otros similares. Por ejemplo, se podría pasar a una dimensión sin tiempo y salir de ella en un periodo remoto de la historia de la tierra tan joven como antes.

Si alguien había logrado hacerlo era difícil conjeturar con cierto conocimiento de causa. Las antiguas leyendas son vagas y ambiguas, y en épocas históricas todos los intentos de atravesar espacios prohibidos parecen implicar extrañas y terribles alianzas con seres y mensajeros del exterior. Existía la figura inmemorial del delegado o mensajero de poderes ocultos y terribles: el «Hombre Negro» del culto de las brujas y el «Nyarlathep» del *Necronomicon*. Existía también el desconcertante problema de los mensajeros de menor categoría o intermediarios: los cuasianimales y los extraños híbridos que la leyenda describe como familiares de las brujas. Cuando Gilman y Elwood se recogieron, demasiado vencidos por el sueño para seguir discutiendo, oyeron entrar en la casa a Joe Mazurewicz tambaleándose, medio borracho, y se estremecieron ante el desesperado desenfreno de sus quejumbrosas plegarias.

Aquella noche Gilman volvió a ver la luz violeta. Oyó en sueños rascar y roer en los tabiques, y le pareció que alguien hurgaba torpemente en el picaporte. Entonces vio a la vieja y al pequeño ser peludo avanzando hacia él por el suelo alfombrado. El rostro de la bruja estaba iluminado por una inhumana exultación y el monstruito de colmillos amarillentos se reía entre dientes burlonamente mientras señalaba la figura de Elwood, profundamente dormido en el otro sofá del extremo opuesto de la habitación. El temor le paralizó y ahogó todos sus intentos de gritar. Como en la otra ocasión anterior, la espantosa bruja agarró a Gilman por los hombros, lo sacó de la cama de un tirón y se lo llevó al espacio vacío. De nuevo, una infinidad de ululantes abismos crepusculares pasaron vertiginosamente ante él, pero al cabo de unos instantes le pareció encontrarse en un callejón oscuro, fangoso, desconocido y hediondo con desmenuzables paredes de casas viejas alzándose a cada lado.

Delante de él estaba el hombre negro de la túnica que había visto en aquel lugar encumbrado de su otro sueño, mientras que desde una distancia menor la vieja le hacía señas y muecas apremiantes. Brown Jenkin se restregaba con una especie de cariño juguetón contra los tobillos del hombre negro, que la profunda capa de barro ocultaba en gran parte. A la derecha había una puerta abierta que el hombre negro señaló en silencio. En eso la gesticulante bruja se puso en movimiento, arrastrando tras ella a Gilman por las mangas del pijama. Había una escalera maloliente que crujía ominosamente, y sobre la cual la vieja parecía irradiar una tenue luz violácea; y finalmente una puerta que comunicaba con un rellano. La bruja forcejeó con el picaporte y abrió la puerta de un empujón, indicó con la mano a Gilman que esperase y desapareció en el interior de la negra abertura.

Los oídos hipersensibles del joven captaron un espantoso grito ahogado, y acto seguido la bruja salió de la habitación llevando una pequeña figura inconsciente que tendió a Gilman como ordenándole que la cogiera. La vista de aquella figura y la expresión de su rostro rompieron el encanto. Demasiado aturdido todavía para gritar, se lanzó imprudentemente por la fétida escalera y llegó a la calle embarrada, deteniéndose únicamente cuando el hombre negro que allí le esperaba lo agarró y le impidió el paso. Mientras perdía el conocimiento, oyó la débil risita chillona del monstruo de colmillos afilados, parecido a una rata.

La mañana del día 29, Gilman se despertó en medio de un maelstrom^[611] de horror. En cuanto abrió los ojos se dio cuenta de que pasaba algo horrible, pues se encontraba de nuevo en su cuarto de la vieja buhardilla de paredes y techo inclinados, tumbado en la cama deshecha. Le dolía el cuello inexplicablemente y, cuando se incorporó para sentarse, vio con espanto cada vez mayor que tenía los pies y los bajos del pijama manchados de barro apelmazado. De momento sus recuerdos eran muy vagos, pero al menos se dio cuenta de que había estado andando en sueños. Elwood debía haber estado demasiado profundamente dormido para oírle y

detenerle. En el suelo había confusas huellas manchadas de barro, pero, por extraño que parezca, no llegaban hasta la puerta. Cuanto más las miraba Gilman, más raras le parecían; pues, además de las que reconoció como suyas, había unas marcas más pequeñas, casi redondas... como las que podían dejar las patas de una silla o de una mesa, sólo que la mayor parte de ellas estaban partidas por la mitad. También había curiosos rastros de barro dejados por ratas que partían de un nuevo agujero y retrocedían hasta él. La perplejidad más absoluta y el miedo a la locura atormentaban a Gilman cuando fue tambaleándose hacia la puerta y vio que afuera no había ninguna huella de barro. Cuanto más recordaba su espantoso sueño, más aterrorizado se sentía, y oír las lúgubres salmodias de Mazurewicz dos pisos más abajo aumentaba su desesperación.

Bajó a la habitación de Elwood, despertó a su anfitrión que aún dormía y empezó a contarle cómo se había encontrado, pero Elwood no pudo formarse ninguna idea de lo que realmente había sucedido. Dónde podía haber estado Gilman, cómo había regresado a su habitación sin dejar huellas en el pasillo, y cómo se habían mezclado las manchas de barro que parecían huellas de muebles con las suyas en el aposento de la buhardilla, era algo completamente imposible de conjeturar. Luego estaban aquellas enigmáticas marcas lívidas del cuello, como si hubiera tratado de ahorcarse. Puso sus manos encima de ellas, pero vio que no se ajustaban ni siquiera aproximadamente. Mientras hablaban, pasó Desrochers para decirle que habían oído un tremendo estrépito en el piso de arriba a altas horas de la noche. No, nadie había estado en las escaleras después de medianoche... aunque poco antes había oído pisadas apenas perceptibles en la buhardilla, y pasos que bajaban por la escalera cautelosamente y que no le gustaron nada. Añadió que era una época del año muy mala para Arkham. Sería mejor que el joven caballero llevara siempre el crucifijo que Joe Mazurewicz le había dado. Ni siquiera durante el día se estaba seguro; pues después del amanecer se habían oído unos ruidos

extraños en la casa... especialmente el débil gemido de un niño, rápidamente sofocado.

Gilman asistió a clase mecánicamente aquella mañana, pero le fue completamente imposible concentrarse en los estudios. Se había apoderado de él un temor y una expectación horrorosos, y parecía estar esperando algún golpe demoledor. A mediodía almorzó en el University Spa, y cogió un periódico del asiento de al lado mientras esperaba el postre. Pero no llegó a comer aquel postre; pues una noticia de la primera página del periódico lo dejó sin fuerzas y con los ojos extraviados, y sólo fue capaz de pagar la cuenta y volver dando tumbos a la habitación de Elwood.

Aquella noche se había producido un extraño secuestro en Ornés Gangway [Pasaje de Orne^[612]] y el niño de dos años, hijo de una palurda trabajadora de una lavandería llamada Anastasia Wolejko, había desaparecido sin dejar rastro^[613]. La madre, al parecer, temía tal acontecimiento desde hacía algún tiempo; pero los motivos a los que atribuía su temor eran tan absurdos que nadie se los tomó en serio. Dijo que desde primeros de marzo había visto a Brown Jenkin rondando su casa de vez en cuando, y que sabía, por sus muecas y risitas ahogadas, que el pequeño Ladislav debía estar señalado para el sacrificio en el atroz aquelarre de la Noche de Walpurgis. Había pedido a su vecina, Mary Czaneck^[614], que durmiera en su cuarto y tratara de proteger al niño, pero Mary no se había atrevido. No podía contárselo a la policía, ya que ellos nunca creerían tales cosas. Todos los años se llevaban a algún niño de esa forma, desde que ella podía recordar. Y su amigo Pete Stowacki no quiso ayudarla, porque quería librarse del niño de un modo u otro.

Pero lo que sumió a Gilman en sudores fríos fue lo que contaron un par de juerguistas que habían pasado caminando por la entrada del pasaje justo después de la medianoche. Admitieron que habían estado bebiendo, pero ambos juraron haber visto a tres personas vestidas de manera extravagante entrando sigilosamente en el oscuro callejón. Según dijeron, se trataba de un negro gigantesco envuelto en una túnica, una viejecita andrajosa y un joven blanco en

ropas de dormir. La vieja arrastraba al joven, mientras que alrededor de los pies del negro una rata domesticada se restregaba y zigzagueaba en el barro marrón.

Gilman permaneció sentado toda la tarde, aturdido, y Elwood — que entre tanto ya había leído los periódicos y había conjeturado cosas terribles por lo que decían— se lo encontró así cuando llegó a casa. Esta vez no cabía la menor duda de que algo horriblemente grave se cerraba en torno a ellos. Entre los fantasmas de las pesadillas y las realidades del mundo objetivo se estaba cristalizando una monstruosa e inconcebible relación, y solamente una formidable vigilancia podría evitar acontecimientos todavía más espantosos. Gilman tendría que ver a un especialista, tarde o temprano, pero no precisamente en aquellos momentos, cuando todos los periódicos se ocupaban de lleno del secuestro.

Lo que en realidad había sucedido estaba muy poco claro, y por el momento tanto Gilman como Elwood intercambiaron en voz baja teorías a cual más disparatada. ¿Había conseguido Gilman sin querer un éxito mayor del que reconocía en sus estudios sobre el espacio y sus dimensiones? ¿Había salido realmente de nuestra esfera hasta llegar a lugares insospechados e inimaginables? ¿Dónde había estado —si es que había estado en algún sitio— aquellas noches de diabólica enajenación? Los estruendosos abismos crepusculares... la verde ladera... la abrasadora terraza... la atracción de las estrellas... el negro torbellino final... el hombre negro... el callejón embarrado y las escaleras... la vieja bruja y la abominación peluda de afilados colmillos... el montón de burbujas y el pequeño poliedro... el extraño bronceado de su piel... la herida de la muñeca... la imagen inexplicada... los pies manchados de barro... las señales en el cuello... las hablaturías y temores de los extranjeros supersticiosos... ¿qué significaba todo aquello? ¿Hasta qué punto podían aplicarse las leyes de la cordura a un caso semejante?

Aquella noche ninguno de ellos pudo pegar ojo, pero al día siguiente faltaron a clase y dormitaron. Eso fue el 30 de abril, y con

el crepúsculo llegaría la infernal hora del aquelarre que todos los extranjeros y los viejos supersticiosos temían. Mazurewicz llegó a casa a las seis de la tarde y dijo que la gente susurraba en el molino que las festividades de Walpurgis tendrían lugar en el oscuro barranco al otro lado de Meadow Hill, donde se levanta la antigua piedra blanca en un paraje extrañamente desprovisto de vegetación. Algunos incluso se lo habían contado a la policía, aconsejándoles que buscaran allí al desaparecido niño de la Wolejko, aunque no creían que se hiciera nada. Joe insistió en que el joven caballero llevara el crucifijo que colgaba de la cadena de níquel, y Gilman se lo puso por debajo de la camisa para complacerlo.

Bien entrada la noche, los dos jóvenes dormitaron sentados en sus sillas, arrullados por los rezos rítmicos del reparador de telares en el piso de abajo. Gilman escuchaba mientras daba cabezadas, y sus oídos, sobrenaturalmente agudizados, parecían esforzarse en captar algún sutil y temido murmullo además de los ruidos de la vieja casa. Recuerdos malsanos de cosas leídas en el Necronomicon y en el Libro Negro acudieron a su mente, y se encontró balanceándose al ritmo indecible propio, según se decía, de las ceremonias más ruines del aquelarre, cuyo origen se remontaba a un tiempo y a un espacio más allá de toda comprensión.

En seguida se dio cuenta de que estaba escuchando los infernales cánticos de los celebrantes en el lejano y siniestro valle. ¿Cómo sabía él tanto acerca de lo que ellos aguardaban? ¿Cómo conocía la hora en que Nahab y su acólito debían llevar el rebotante cuenco que seguiría al gallo negro y al macho cabrío negro? Vio que Elwood se había quedado dormido y trató de llamarlo y despertarlo. Sin embargo, algo le cerró la garganta. No era dueño de sí mismo. ¿Habría firmado en el libro del hombre negro después de todo?

Entonces, su febril y anormal oído captó las lejanas notas traídas por el viento. Llegaron hasta él a través de millas de colinas, de prados y de callejones, pero a pesar de todo las reconoció. Las fogatas debían estar encendidas y los bailarines iniciando el baile.

¿Cómo iba a abstenerse de ir? ¿Qué era lo que le había enredado? Las matemáticas, el folclore, la casa, la vieja Keziah, Brown Jenkin... y en aquel preciso instante vio que había un nuevo agujero de rata en la pared cerca de su sofá. Por encima de los cánticos lejanos y de los rezos más cercanos de Joe Mazurewicz llegaba otro ruido: un sigiloso y resuelto chirrido en los tabiques. Esperaba que no se apagaran las luces eléctricas. Entonces vio la carita con colmillos y barba asomando por el agujero de las ratas —la maldita cara que acabó por darse cuenta de que se parecía terrible y escarnecidamente a la de la vieja Keziah— y oyó que alguien hurgaba en la puerta.

Los estridentes abismos en penumbra aparecieron fugazmente ante él, y se sintió indefenso entre las garras informes del montón de burbujas iridiscentes. Delante corría el pequeño poliedro caleidoscópico y por todo el vacío revuelto iba aumentando y acelerándose la vaga pauta tonal que parecía presagiar un clímax indecible e insoportable. Le pareció saberlo que iba a ocurrir: el monstruoso estallido del ritmo de Walpurgis, en cuyo timbre cósmico se concentrarían todos los hervideros primitivos y más remotos del espacio-tiempo que yacen tras las esferas agrupadas de materia y a veces estallan en reverberaciones acompasadas que penetran ligeramente todas las capas del ser y dan un significado horrible en todos los mundos a ciertas épocas temidas.

Pero todo se desvaneció en un segundo. Se encontraba de nuevo en aquel lugar exiguo, puntiagudo, bañado por una luz violácea, con el suelo inclinado, las cajas de libros antiguos, el banco y la mesa, los objetos extraños y el abismo triangular a cada lado. Sobre la mesa había una figurita blanca —un niño de corta edad desnudo e inconsciente—, mientras que al otro lado estaba la monstruosa vieja que miraba de soslayo con un cuchillo reluciente de grotesco mango en la mano derecha, y en la izquierda un cuenco de metal de color claro y extrañas proporciones, cubierto de curiosos motivos cincelados y delicadas asas laterales. Entonaba con voz ronca alguna especie de cántico ritual en una lengua que

Gilman no pudo entender, pero que se parecía a algo citado con cautela en el *Necronomicon*.

A medida que la escena se aclaraba, vio a la vieja arpia inclinarse hacia adelante y llevar el cuenco vacío al otro lado de la mesa... e incapaz de controlarse, alargó mucho los brazos y, al coger el cuenco con ambas manos, se dio cuenta de lo poco que pesaba. En aquel mismo momento, el repugnante Brown Jenkin trepó sobre el borde del negro abismo triangular de la izquierda. La bruja indicó a Gilman con la mano que mantuviera el cuenco en determinada posición, mientras ella alzaba el enorme y grotesco cuchillo sobre la pequeña víctima blanca hasta donde alcanzaba su mano derecha. La criatura peluda de colmillos afilados empezó a reírse disimuladamente continuando con su desconocido ritual, mientras la bruja murmuraba entre dientes asquerosas respuestas. Gilman sintió una profunda repugnancia que le corroía por dentro y atravesaba de parte a parte su parálisis mental y emotiva, y el liviano cuenco de metal tembló en sus manos. Un segundo más tarde el movimiento descendente del cuchillo rompió por completo el encantamiento y Gilman dejó caer el cuenco con un tremendo estruendo semejante al tañido de una campana, mientras sus dos manos se abalanzaron frenéticamente para impedir el monstruoso acto.

Un momento después subió lentamente por el suelo inclinado hasta el extremo de la mesa, y arrancó el cuchillo de las garras de la vieja, arrojándolo con gran estrépito por el borde del angosto abismo triangular. Sin embargo, al cabo de unos instantes, cambiaron las tornas; pues aquellas garras asesinas se habían cerrado firmemente alrededor de su cuello, mientras el arrugado rostro se retorció en un gesto de furia insensata. Sintió que la cadena del crucifijo barato se le clavaba en el cuello y, al verse en peligro, se preguntó cómo afectaría la visión del objeto a aquella malvada criatura. La fuerza de la bruja era realmente sobrehumana pero, mientras ella seguía apretando, Gilman metió la mano por dentro de la camisa sin

apenas fuerzas y arrancó el símbolo de metal, rompiendo la cadena y tirando de él hasta soltarlo.

Al ver aquel emblema, a la bruja pareció entrarle pánico y aflojó su presa lo suficiente para que Gilman tuviera la oportunidad de zafarse de ella. Se liberó el cuello de las aceradas garras y habría arrastrado a la bruja hasta el borde del abismo si aquellas garras no hubieran recobrado nuevas fuerzas para cerrarse de nuevo. Esta vez Gilman decidió responder de igual manera y alargó sus propias manos para agarrar a la vieja por la garganta. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que él hacía, enrolló la cadena del crucifijo alrededor de su cuello y un momento después había apretado lo suficiente para cortarle la respiración. Cuando la resistencia de la bruja se agotaba, Gilman notó que algo le mordía en el tobillo y vio que Brown Jenkin había acudido a ayudarla. Con un salvaje puntapié lanzó a aquel engendro al interior del abismo y oyó sus quejidos desde mucho más abajo.

No sabía si había matado a la vieja bruja, pero la dejó en el suelo donde había caído. Luego, cuando se volvía, vio algo sobre la mesa que casi dio al traste con lo poco que le quedaba de razón. Brown Jenkin, pletórico de vigor y con cuatro manos diminutas de demoníaca destreza, no había perdido el tiempo mientras la bruja trataba de estrangularlo, y los esfuerzos de Gilman habían sido en vano. Lo que él había evitado que hiciera el cuchillo en el pecho de la víctima, los colmillos amarillentos del engendro peludo lo habían hecho en una muñeca... y el cuenco que acababa de caer al suelo estaba lleno junto al cuerpecito sin vida.

En su delirio soñado, Gilman oyó el infernal cántico de extraño ritmo del aquelarre que le llegaba desde una distancia infinita, y supo que el hombre negro debía estar allí. Recuerdos confusos se mezclaron con sus conocimientos matemáticos, y creyó que su subconsciente seguía acordándose de los ángulos que necesitaba para guiarse en su regreso al mundo normal... solo y sin ayuda, por vez primera. Se sintió seguro de encontrarse en el desván, cerrado desde tiempo inmemorial, de encima de su habitación, pero le

parecía muy dudoso poder escapar a través del suelo inclinado o por la salida cerrada desde hacía tantos años. Además, escapar de un desván soñado, ¿no le llevaría sencillamente a una casa igualmente soñada, a una proyección anómala del mismo lugar que buscaba? Estaba completamente desconcertado en cuanto a la relación entre sueño y realidad de todas sus experiencias.

El paso por aquellos vagos abismos sería terrible, pues el ritmo de Walpurgis sería vibrante, y finalmente tendría que oír el latido cósmico que tanto temía y que hasta entonces había estado velado. Incluso podía percibir una débil sacudida monstruosa cuyo ritmo de sobra sospechaba. En la noche del aquelarre siempre aumentaba y se extendía a través de los mundos para convocar a los iniciados a ritos indescriptibles. La mitad de los cánticos del aquelarre se basaban en aquel latido apenas percibido que ningún oído humano podía soportar en su desvelada plenitud espacial. Gilman se preguntaba también si podía fiarse de sus instintos para volver al lugar del espacio que le convenía. ¿Cómo podía estar seguro de no aterrizar en aquella ladera iluminada de verde de algún planeta lejano, en la terraza teselada sobre la ciudad de los monstruos tentaculados en algún lugar más allá de nuestra galaxia, o en los negros torbellinos en espiral de aquel postrer vacío de Caos, en donde reina Azathoth, el necio sultán de los demonios?

Cuando se disponía a dar el salto, la luz violeta se apagó y él se quedó completamente a oscuras. La bruja... la vieja Keziah... Nahab... aquello debía significar su muerte. Y mezclados con los cánticos lejanos de la noche del aquelarre y con los gimoteos de Brown Jenkin en el abismo inferior, le pareció oír otros gemidos más desaforados que llegaban desde profundidades desconocidas. Joe Mazurewicz... las deprecaciones contra el Caos Reptante, se habían convertido inexplicablemente en un aullido de triunfo... mundos de sardónica realidad que tropezaban con los torbellinos de sueños febriles... ¡ä!, Shub-Niggurah^[615]! La Cabra de los Mil Cabritos...

Encontraron a Gilman en el suelo de su habitación en la vieja buhardilla de ángulos extraños mucho antes de que amaneciera, ya que el terrible grito había hecho acudir inmediatamente a Desrochers, a Choynski, a Dombrowski y a Mazurewicz, e incluso había despertado a Elwood, que dormía profundamente en su sillón. Estaba vivo, con los ojos abiertos y desorbitados, pero parecía medio inconsciente. Tenía en el cuello las señales dejadas por las manos asesinas, y en el tobillo izquierdo un doloroso mordisco de rata. Su ropa estaba muy arrugada y el crucifijo de Joe había desaparecido. Elwood temblaba, sin atreverse siquiera a especular acerca de la nueva forma que había adoptado el sonambulismo de su amigo. Mazurewicz parecía medio aturdido por una «señal» que decía haber recibido en respuesta a sus plegarias, y se persignó frenéticamente cuando sonó el chillido y el gimoteo de una rata al otro lado del tabique inclinado.

Cuando colocaron al soñador en su sofá en la habitación de Elwood, mandaron llamar al Dr. Malkowski —un médico de la vecindad que no iría con chismes que pudieran resultar embarazosos—, y éste le puso dos inyecciones hipodérmicas que le permitieron descansar, proporcionándole una especie de sopor. El paciente recobró el conocimiento varias veces a lo largo del día y le contó a Elwood en voz baja y de forma inconexa su sueño más reciente. Fue un proceso muy penoso, y desde el principio se puso de manifiesto un hecho desconcertante.

Gilman —cuyos oídos habían mostrado últimamente una anormal sensibilidad— se había quedado sordo como una tapia. El Dr. Malkowski, llamado de nuevo sin tardanza, le dijo a Elwood que le habían estallado los dos tímpanos, como por efecto de algún ruido formidable más allá de lo que cualquier ser humano pueda concebir o soportar. Cómo había podido oír semejante ruido en las últimas horas sin despertar a todo el valle del Miskatonic era más de lo que el honrado médico podía decir.

Elwood escribía en un papel su parte de la conversación, y de ese modo pudieron comunicarse bastante fácilmente. Ninguno de

los dos sabía explicar aquel caótico asunto y decidieron que sería mejor pensar en ello lo menos posible. Pero ambos estuvieron de acuerdo en que debían marcharse de aquella antigua y condenada casa tan pronto como pudieran disponerlo. Los periódicos de la tarde hablaron de una redada de la policía persiguiendo a algunos juerguistas curiosos en un barranco al otro lado de Meadow Hill, justo antes del amanecer, y mencionaron que la piedra blanca había suscitado toda clase de supersticiones desde hacía mucho tiempo. No habían detenido a nadie, pero entre los escasos fugitivos habían vislumbrado a un negro enorme. En otra columna se afirmaba que no se había encontrado ningún rastro del niño desaparecido, Ladislav Wolejko.

La culminación del horror llegó aquella misma noche. Elwood jamás lo olvidará, y se vio obligado a no volver a clase durante el resto del curso como consecuencia de la depresión nerviosa que sufrió. Le había parecido oír ratas en los tabiques durante toda la tarde, pero les prestó poca atención. Luego, mucho después de que Gilman y él se hubieran retirado, comenzaron aquellos alaridos atroces. Elwood se levantó de un salto, encendió las luces y fue corriendo hasta el sofá en que dormía su amigo. El ocupante emitía sonidos verdaderamente inhumanos, como si sufriera una tortura indescriptible. Se retorció bajo las sábanas, y una gran mancha roja empezaba a aparecer en las mantas.

Elwood apenas se atrevió a tocarle, pero poco a poco los gritos y los retorcimientos disminuyeron. Para entonces, Dombrowski, Choynski, Desrochers, Mazurewicz y el huésped del piso alto se agolpaban en la puerta, y el casero había enviado a su mujer a telefonar al Dr. Malkowski. Todos gritaron cuando algo que parecía una rata de gran tamaño salió de repente de las ensangrentadas sábanas y huyó por el suelo hasta un nuevo agujero recién abierto en la pared. Cuando llegó el médico y empezó a retirar aquella espantosa ropa de cama, Walter Gilman había muerto.

Sería cruel hacer algo más que sugerir lo que le había causado la muerte a Gilman. Prácticamente habían abierto un túnel a través

de su cuerpo... algo le había roído el corazón. Dombrowski, desesperado por el fracaso de sus continuos esfuerzos para envenenar a las ratas, dejó de lado cualquier consideración sobre su contrato de alquiler y antes de que transcurriera una semana se había trasladado con todos sus antiguos huéspedes a una casa sombría pero menos vieja, situada en Walnut Street. Durante algún tiempo lo peor fue mantener callado a Mazurewicz; pues el caviloso reparador de telares nunca estaba sobrio y no dejaba de gimotear y murmurar acerca de cosas espectrales y terribles.

Parece que aquella última y espantosa noche Joe se había inclinado para ver las huellas rojas que había dejado la rata desde el sofá de Gilman hasta el agujero de la pared. Encima de la alfombra quedaban poco definidas, pero había un trozo de suelo al descubierto desde el borde de la alfombra hasta el zócalo. Allí Mazurewicz encontró algo monstruoso... o creyó encontrarlo, pues nadie estuvo de acuerdo con él a pesar de la indudable extrañeza de aquellas marcas. Las huellas del suelo eran desde luego muy diferentes de las que suele dejar una rata normal, pero ni siquiera Choyński ni Desrochers quisieron reconocer que parecían huellas de cuatro diminutas manos humanas.

La casa nunca se volvió a alquilar. Tan pronto como la dejó Dombrowski, empezó a caer sobre ella el manto de la desolación definitiva, pues la gente la evitaba, tanto por su mala fama como por el nuevo olor fétido que desprendía. Tal vez el veneno contra las ratas que echara el dueño anterior había surtido efecto después de todo, ya que no mucho después de su partida aquel lugar se convirtió en un fastidio para la vecindad. Los funcionarios de Sanidad descubrieron que el olor procedía de los espacios cerrados de encima y al lado de la habitación de la buhardilla del este de la casa, y convinieron en que el número de ratas muertas debía de ser enorme. Sin embargo, decidieron que no merecía la pena abrir un boquete y desinfectar aquellos lugares tanto tiempo cerrados, ya que el hedor desaparecería pronto y el sitio no era de los que concitan criterios exigentes. De hecho, siempre circularon vagos

rumores acerca de hedores inexplicables en la Casa de la Bruja inmediatamente después de la víspera del Primero de Mayo y de Todos los Santos. Los vecinos se conformaron a regañadientes por pura apatía... pero el hedor constituyó a pesar de todo un cargo adicional en contra de aquel lugar. Por último, un inspector del Ministerio de Vivienda declaró la casa inhabitable.

Los sueños de Gilman y las circunstancias concomitantes nunca han sido explicados. Elwood, cuyas ideas sobre todo aquel episodio son a veces casi exasperantes, volvió a la facultad el otoño siguiente y se graduó en junio. Comprobó que los cotilleos en la ciudad acerca de espectros habían disminuido mucho, y desde luego es un hecho que —a pesar de ciertos rumores sobre risas fantasmales en la casa desierta, rumores que duraron casi tanto tiempo como el propio edificio— desde la muerte de Gilman no se ha vuelto a murmurar acerca de las apariciones de la vieja Keziah o de Brown Jenkin. Es una suerte que Elwood no se encontrara en Arkham aquel año posterior en que ciertos sucesos hicieron que se reanudaran repentinamente los rumores acerca de antiguos horrores. Desde luego oyó hablar del asunto más tarde y sufrió los inefables tormentos de funestas y desconcertantes conjeturas; pero mucho peor habría sido que hubiera estado allí y hubiese presenciado ciertas cosas.

En marzo de 1931, un vendaval destrozó el tejado y la gran chimenea de la vacía Casa de la Bruja, de modo que un caos de ladrillos desmoronados, tablillas renegridas cubiertas de moho, tablones y vigas podridas cayó con gran estrépito sobre el desván y, atravesando el suelo, llegó al piso de abajo. Todo el desván quedó obstruido por los escombros, pero nadie se tomó la molestia de tocar aquel revoltijo hasta que inevitablemente a aquella casa decrepita le llegó la hora de la demolición. Aquel último paso ocurrió en diciembre y, cuando unos obreros reacios y recelosos limpiaron la antigua habitación de Gilman, empezaron las habladurías.

Entre los escombros caídos al derrumbarse el antiguo techo inclinado, se encontraron varias cosas que hicieron que los obreros

interrumpieran su trabajo y llamaran a la policía. Posteriormente la policía a su vez llamó al coroner^[616] y a varios catedráticos de la universidad. Había huesos —muy triturados y astillados, pero claramente reconocibles como humanos— cuya datación evidentemente moderna contradecía desconcertantemente la remota fecha en que el único lugar posible del que procedían, el desván bajo de techo inclinado, supuestamente había sido vedado a cualquier acceso humano. El médico forense dictaminó que algunos pertenecían a un niño pequeño, mientras que otros —encontrados mezclados con jirones de tela podrida de color pardusco— pertenecían a una mujer de edad avanzada más bien achaparrada y encorvada. El cuidadoso cernido de los escombros reveló también muchos huesecillos de ratas atrapadas en el derrumbamiento, además de otros huesos de rata más antiguos roídos por unos pequeños colmillos de un modo que de vez en cuando causó tremenda controversia y dio mucho que pensar.

Otros objetos hallados incluían trozos mezclados de muchos libros y papeles, junto con un polvo amarillento producto de la desintegración total de tomos y documentos todavía más antiguos. Todos, sin excepción, parecían tratar sobre magia negra en sus formas más avanzadas y horribles; y la fecha evidentemente reciente de algunos de ellos sigue siendo un misterio tan irresoluble como el de los huesos humanos. Un misterio todavía mayor es la absoluta homogeneidad de la enrevesada y arcaica caligrafía encontrada en una gran variedad de papeles cuyo estado de conservación y filigrana sugieren épocas diferentes separadas al menos por ciento cincuenta o doscientos años. Para algunos, sin embargo, el mayor misterio de todos es la variedad completamente inexplicable de objetos —cuyas formas, materiales, manufactura y finalidad es imposible conjeturar— encontrados esparcidos entre los escombros en diverso estado de deterioro aparentemente. Una de aquellas cosas —que interesó profundamente a varios catedráticos de la Universidad Miskatonic— es una monstruosidad muy estropeada y extraordinariamente parecida a la extraña imagen que

Gilman donó al museo de la facultad, sólo que es de mayor tamaño, está tallada en una rara piedra azulada en lugar de ser de metal, y con un pedestal que forma ángulos singulares y tiene jeroglíficos indescifrables.

Los arqueólogos y los antropólogos todavía están tratando de explicar los curiosos motivos cincelados sobre un cuenco aplastado, de metal ligero, en cuyo interior había unas ominosas manchas parduscas cuando lo encontraron. Los extranjeros y las abuelas crédulas muestran igual verborrea acerca del moderno crucifijo de níquel con la cadena rota hallado entre los escombros y que Joe Mazurewicz identificó temblando como el que le había regalado al pobre Gilman hacía muchos años. Algunos creen que las ratas arrastraron el crucifijo hasta el desván cerrado, mientras que otros piensan que debió haber estado todo el tiempo en el suelo en algún rincón de la antigua habitación de Gilman. Y aun hay otros, incluido el propio Joe, que sostienen teorías demasiado descabelladas y fantásticas para que ninguna persona sensata pueda creerlas.

Cuando se derribó la pared inclinada de la habitación de Gilman, comprobaron que el espacio triangular cerrado que quedaba entre aquel tabique y el muro norte de la casa contenía muchos menos escombros, incluso teniendo en cuenta su tamaño, que el propio cuarto; aunque había una espantosa capa de materiales de mayor antigüedad que paralizó de horror a los que llevaban a cabo la demolición. En suma, el suelo era un verdadero osario de huesos de niños pequeños: algunos bastante recientes, pero otros se remontaban en infinita gradación hasta una época tan remota que su pulverización era casi total. Sobre esa profunda capa de huesos descansaba un cuchillo de gran tamaño, de evidente antigüedad y diseño grotesco, recargado y exótico... sobre el cual se habían acumulado los escombros.

En medio de esos desechos, encajado entre un tablón caído y un montón de ladrillos revestidos de cemento de lo que fuera chimenea, había un objeto destinado a provocar en Arkham más perplejidad, disimulado temor y habladurías francamente

supersticiosas que cualquier otra cosa descubierta en aquel edificio embrujado y maldito. Era el esqueleto, parcialmente aplastado, de una enorme rata enferma cuyas anomalías morfológicas todavía son tema de discusión y motivo de singular reticencia entre los miembros del departamento de anatomía comparada de la Universidad Miskatonic. Es muy poco lo que ha trascendido acerca de ese esqueleto, pero los obreros que lo descubrieron susurran con indignación acerca de los largos cabellos de color pardusco que con él se relacionan.

Los huesos de aquellas diminutas patas, se rumoreaba, daban a entender unas características prensiles más típicas de un mono diminuto que de una rata; en tanto que el pequeño cráneo con sus primitivos colmillos de color amarillo es sumamente anómalo y, visto desde ciertos ángulos, parece una parodia, en miniatura y degradada de manera monstruosa, de una calavera humana. Los obreros se santiguaron aterrados cuando se toparon con aquel engendro, pero más tarde encendieron velas de agradecimiento en la iglesia de San Estanislao porque pensaron que nunca más volverían a oír aquella risita estridente y fantasmal.

A TRAVÉS DE LAS PUERTAS DE LA LLAVE DE PLATA^[617]

I

En un aposento enorme, adornado con tapices de extrañas representaciones y suelo cubierto de alfombras de Bujara^[618] de impresionante antigüedad y ejecución habilidosa, cuatro hombres estaban sentados alrededor de una mesa llena de documentos. De las esquinas opuestas, desde extraños trípodes de hierro forjado que un negro increíblemente viejo de sombría librea reabastecía de vez en cuando, llegaban hipnóticos vapores de olíbano^[619], mientras que en una hornacina profunda a un lado hacía tictac un curioso reloj en forma de ataúd, cuya esfera tenía jeroglíficos incomprensibles y cuyas cuatro manecillas no funcionaban en consonancia con ningún sistema de medir el tiempo conocido en este planeta. Era una estancia extraña e inquietante, pero se ajustaba muy bien al asunto que se llevaba a cabo en aquellos momentos. Pues allí, en el domicilio de Nueva Orleans del mayor místico, matemático y orientalista de este continente, se estaba dirimiendo por fin la testamentaría de otro místico, erudito, escritor y soñador no menos ilustre, que había desaparecido de la faz de la Tierra hacía cuatro años.

Randolph Carter, que durante toda su vida había tratado de librarse del tedio y de las limitaciones de la realidad vigil mediante atractivas visiones de sueños y de fabulosas vías de acceso a otras dimensiones, desapareció de la vista el siete de octubre de 1928, a

la edad de cincuenta y cuatro años. Su carrera había sido extraña y solitaria, y había quienes deducían de sus curiosas novelas muchos episodios todavía más raros que los consignados en su historial. Su relación con Harley Warren, el místico de Carolina del Sur cuyos estudios sobre la primitiva lengua naaca^[620] de los sacerdotes del Himalaya le habían llevado a tan extravagantes conclusiones, había sido muy estrecha. Lo cierto es que fue él quien —una insensata y terrible noche de niebla en un antiguo cementerio— vio descender a Warren a la oscura cripta húmeda y salitrosa de la que nunca salió^[621]. Carter vivía en Boston, pero todos sus antepasados procedían de aquellas agrestes colinas encantadas detrás de la vieja Arkham, condenada por sus brujas. Y fue entre aquellas antiguas colinas, enigmáticamente siniestras, donde en última instancia desapareció.

Su viejo criado Parks —que murió a principios de 1930— había hablado de un estuche de madera, que despedía extraños aromas y estaba cincelado con horrorosas imágenes, que había encontrado en el desván, así como de los pergaminos indescifrables y de la llave de plata con raras figuras labradas que contenía; de todo lo cual Carter había comentado también por escrito a otras personas. Según dijo, Carter le había contado que esa llave procedía de sus ancestros, y que le ayudaría a abrir la puerta de su infancia perdida, y de extrañas dimensiones y ámbitos fantásticos que hasta entonces sólo había visitado en sueños vagos, breves y esquivos. Así que un día Carter cogió el estuche y se fue en su coche para no volver nunca más.

Más tarde encontraron el coche en el arcén de una antigua carretera cubierta de hierba en las colinas que hay detrás de la desmoronada Arkham... las colinas donde los antepasados de Carter habían morado hacía tiempo, y donde el ruinoso sótano de la gran casa familiar todavía está abierto al cielo. Fue en un bosquecillo de olmos altos cerca de allí donde otro Carter había desaparecido misteriosamente en 1781, no lejos del *cottage* medio derruido donde la bruja Goody Fowler había elaborado sus

ominosas pócimas no hace mucho. La región había sido poblada en 1692 por fugitivos de los procesos por brujería de Salem, y hoy todavía tiene fama de que ocurren cosas vagamente ominosas difíciles de creer. Edmund Carter había huido justo a tiempo de la sombra de Gallows Hill^[622], y los rumores sobre sus hechicerías eran abundantes. Ahora, al parecer, su único descendiente se había ido a alguna parte para reunirse con él.

En el coche encontraron el estuche de fragante madera cincelado con horrorosas imágenes y el pergamino que nadie podía descifrar. La llave de plata había desaparecido... presuntamente con Carter. Aparte de eso no había más pistas. Policías de Boston dijeron que las vigas caídas de la 'vieja casa de los Carter parecían extrañamente alteradas, y alguien encontró un pañuelo en la siniestra ladera rocosa poblada de árboles detrás de las ruinas, cerca de la temible cueva llamada «Snake-Den» [«Guarida de la Serpiente»]. Fue entonces cuando las leyendas campesinas acerca de la Guarida de la Serpiente cobraron nueva vitalidad. Los campesinos hablaban en voz baja de las prácticas impías a las que el viejo Edmund Carter, el hechicero, había sometido a aquella horrible gruta, y añadían habladurías posteriores sobre la afición que el propio Randolph Carter había tenido por ella en su infancia. Cuando Carter era niño la venerable casa de techo con cubierta a la holandesa todavía seguía en pie, ocupada por su tío abuelo Christopher. La había visitado a menudo, y había hablado especialmente acerca de la Guarida de la Serpiente. La gente recordaba lo que él había dicho sobre una grieta profunda y una desconocida cueva que había más hacia el interior, y hacía conjeturas acerca del cambio, digno de recordar, que había experimentado después de pasar un día entero en la cueva, cuando tenía nueve años. Fue en octubre también... y desde entonces parecía haber adquirido un don increíble para predecir sucesos futuros.

La noche en que desapareció Carter había llovido a última hora, y nadie pudo rastrear su pista desde que abandonó el coche. El

interior de la Guarida de la Serpiente estaba todo cubierto por un fango líquido y amorfo debido a las copiosas filtraciones. Sólo los campesinos ignorantes cuchicheaban acerca de las huellas que creían haber visto donde los grandes olmos se inclinaban sobre la carretera, y en la siniestra ladera cercana a la Guarida de la Serpiente donde se encontró el pañuelo. ¿Quién iba a prestar atención a rumores que hablaban de huellas pequeñas y gruesas como las que dejaban las botas de puntera cuadrada que usaba Randolph Carter cuando era niño? Era una teoría tan disparatada como aquel otro rumor de... que las huellas de las peculiares botas sin tacones del viejo Benijah Corey iban al encuentro de las huellas pequeñas y gruesas de la carretera. El viejo Benijah Corey había sido jornalero de los Carter cuando Randolph era joven... pero hacía treinta años que había muerto.

Debieron ser esos rumores —además de la propia afirmación de Carter a Parks y a otros de que la llave de plata de extraños arabescos le ayudaría a abrir la puerta de su infancia perdida— los causantes de que un grupo de estudiosos del misticismo declarasen que el desaparecido había vuelto sobre sus pasos en la senda del tiempo y había regresado a través de cuarenta y cinco años a aquel otro día de octubre de 1883 en que, cuando era niño, se había detenido en la Guarida de la Serpiente. Cuando salió aquella noche, alegaban, había conseguido de una forma u otra viajar hasta 1928 y volver... ya que ¿acaso a partir de entonces no sabía las cosas que iban a suceder más tarde? Y sin embargo nunca había comentado nada que fuera a ocurrir después de 1928.

Uno de esos estudiosos —un excéntrico de Providence (Rhode Island) de edad avanzada, que había mantenido una larga y estrecha correspondencia con Carter— tenía una teoría más complicada todavía, y creía que este no sólo había regresado a la infancia, sino que había logrado un mayor grado de liberación, recorriendo a discreción los paisajes prismáticos de sus sueños infantiles. Después de haber tenido una extraña visión, ese hombre publicó un cuento sobre la desaparición de Carter, en el que

insinuaba que el extraviado ahora era rey y ocupaba el trono de ópalo de Ilek-Vad, aquella fabulosa ciudad de torrecillas que se levantaba encima de los acantilados de cristal huecos que dominan el mar crepuscular en el que los gnorri, barbudos y con aletas, edifican sus singulares laberintos.

Fue ese viejo, Ward Phillips^[623], quien más enérgicamente se opuso al reparto de la herencia de Carter entre sus herederos — todos ellos primos lejanos—, aduciendo que este todavía estaba vivo en otra dimensión del tiempo y podría regresar algún día. A este argumento se enfrentó legalmente uno de sus primos de Chicago, Ernest B. Aspinwall, diez años mayor que Carter, pero tan combativo como un joven en todo lo relativo a pleitos. La disputa había proseguido encarnizadamente durante cuatro años, pero al fin llegó el momento del reparto, y aquel enorme y extraño aposento en Nueva Orleans iba a ser el escenario de las disposiciones a acordar.

Era el domicilio del albacea testamentario de Carter en lo concerniente a cuestiones literarias y financieras: el distinguido criollo, investigador de misterios y antigüedades orientales, Étienne-Laurent de Marigny. Carter lo había conocido durante la guerra, cuando ambos sirvieron en la Legión Extranjera francesa, e inmediatamente se hicieron inseparables debido a que tenían similares gustos y puntos de vista. Cuando, durante un memorable permiso conjunto, el docto y joven criollo había llevado al melancólico soñador de Boston a Bayona, en el sur de Francia, y le había mostrado ciertos secretos terribles en las oscuras e inmemoriales criptas excavadas bajo aquella inquietante ciudad cargada de eones, la amistad quedó sellada para siempre. El testamento de Carter nombraba albacea a De Marigny, y en aquel preciso momento ese activo erudito presidía a regañadientes la asignación de la testamentaría. Era un triste deber para él, ya que, como el viejo de Rhode Island, no creía que Carter hubiese muerto. Pero ¿qué importancia tienen los sueños de los místicos frente a la rígida cordura del mundo?

En aquella extraña habitación del viejo barrio francés se sentaban alrededor de la mesa las personas que reclamaban tener algún interés en la transacción. Tal como señala la ley, se habían puesto los acostumbrados anuncios de la reunión en los periódicos de las ciudades en donde se creía que podían vivir los supuestos herederos de Carter, pero allí sólo había cuatro personas, escuchando el irregular tictac de aquel reloj en forma de ataúd que no daba ninguna hora terrestre y el borboteo de la fuente del patio que se divisaba a través de las ventanas con montante en forma de abanico medio cubiertas por cortinas. A medida que pasaban las horas lentamente, las espirales de humo de los trípodes, que derrochaban tanto combustible que ya no parecían necesitar el servicio de aquel negro cada vez más nervioso que se deslizaba silenciosamente, iban medio ocultando los rostros de los cuatro.

Allí estaba el propio Étienne de Marigny: delgado, moreno, apuesto, con bigote y todavía joven^[624]. Aspinwall, representante de los herederos, tenía el cabello canoso, era corpulento y de complexión apoplética, y llevaba patillas. Phillips, el místico de Providence, era enjuto, de pelo cano, nariz larga, rostro lampiño y cargado de espaldas. El cuarto hombre era de edad indefinida, enjuto, de rostro moreno, barbudo, extraordinariamente impasible, de perfil muy regular, tocado con un turbante de brahmán de la casta más alta^[625], y tenía ojos negros como la noche, ardientes, casi sin iris, que parecían mirar desde una enorme distancia por detrás de su semblante. Se había presentado como el *swami*^[626] Chandraputra, un adepto venido de Benarés provisto de importante información; y tanto De Marigny como Phillips —que habían mantenido correspondencia con él— habían reconocido en seguida la autenticidad de sus pretensiones místicas. Su forma de hablar tenía un extraño timbre forzado, apagado, metálico, como si el empleo del inglés pusiera a prueba su aparato vocal; sin embargo, su lenguaje era suelto, correcto e idiomático como el de cualquier anglosajón nativo. Su atavío era el de cualquier civil europeo, pero su ropa holgada le sentaba especialmente mal, mientras que la

tupida barba negra, el turbante oriental y los grandes mitones blancos le daban un aire de exótica excentricidad.

Toqueteando el pergamino hallado en el coche de Carter, De Marigny había tomado la palabra.

—No, no he podido sacar ninguna conclusión del pergamino. Míster Phillips, aquí presente, también se ha dado por vencido. El coronel Churchward declaró que no es naacal, y que no tiene el menor parecido con los jeroglíficos de las mazas de madera de la isla de Pascua^[627]. Las tallas del estuche, en cambio, recuerdan considerablemente a las esculturas de dicha isla. Lo más parecido a estos caracteres del pergamino que puedo recordar —fíjense cómo todas las letras parecen colgar de barras horizontales de palabras— es la escritura de un libro que tenía el pobre Harley Warren. Le llegó de la India mientras Carter y yo fuimos a visitarlo en 1919, y nunca nos contó nada acerca del mismo. Decía que más valdría que no supiéramos nada, y dio a entender que era posible que fuese originario de algún lugar distinto a la Tierra. Se lo llevó consigo aquel día de diciembre^[628] cuando bajó a la cripta de aquel viejo cementerio... pero ni él ni el libro volvieron nunca a la superficie. Hace algún tiempo envié a nuestro amigo aquí presente —el *swami* Chandraputra— el dibujo de memoria de algunas de aquellas letras, y también una copia fotostática del pergamino de Carter. Él cree poder arrojar alguna luz sobre las mismas después de llevar a cabo ciertas consultas.

»En cuanto a la llave... Carter me envió una fotografía de la misma. Sus extraños arabescos no son letras, sino que parecen haber pertenecido a la misma tradición cultural que los jeroglíficos del pergamino. Carter decía siempre que estaba a punto de resolver el misterio, aunque nunca dio detalle alguno. En una ocasión casi se puso poético en relación con todo este asunto. Aquella antigua llave de plata, decía, abriría las sucesivas puertas que impiden nuestro libre tránsito por los enormes corredores del espacio y del tiempo, hasta la misma frontera que ningún hombre ha atravesado desde que Shaddad, echando mano de su tremendo genio, construyó y

ocultó en las arenas de la Arabia Pétreá las prodigiosas cúpulas y los innumerables minaretes de Irem, la de las mil columnas^[629]. Derviches medio muertos de hambre —escribió Carter— y nómadas enloquecidos por la sed han regresado para hablar de aquel pórtico monumental, y de la Mano esculpida encima de la clave del arco, pero nadie que lo haya traspasado ha vuelto para decir que sus huellas en la arena de color granate del interior atestiguan su visita. Carter suponía que era la llave lo que aquella Mano ciclópea trata en vano de apoderarse.

»No sabemos por qué no se llevó Carter el pergamino además de la llave. Tal vez se olvidó... o quizás se abstuvo de hacerlo al acordarse del que se llevó a una cripta un libro con caracteres parecidos y nunca regresó. O tal vez era realmente irrelevante para lo que él deseaba hacer.

Cuando De Marigny hizo una pausa, el anciano míster Phillips habló con voz áspera y chillona.

—Sólo podemos conocer los vagabundeos de Randolph Carter por nuestros propios sueños. Yo he estado en sueños en muchos lugares extraños, y he oído muchas cosas raras y significativas en Ulthar, al otro lado del río Skai. No parece que el pergamino le hiciera falta, pues sin duda alguna Carter volvió a entrar en el mundo de sus sueños infantiles y ahora es rey de Ilek-Vad.

Míster Aspinwall adquirió un aspecto doblemente apoplético mientras farfullaba.

—¿No podría alguien hacer callar a ese viejo loco? Ya hemos oído bastantes bobadas de ese tipo. El problema es el reparto de los bienes, y ya va siendo hora de que nos pongamos a ello.

Por primera vez el *swami* Chandraputra habló con su extraña voz foránea.

—Caballeros, en todo esto hay más de lo que ustedes creen. Míster Aspinwall no hace bien en reírse de la certidumbre de los sueños. Míster Phillips ha tenido una idea incompleta de la cuestión... tal vez porque no ha soñado bastante. Yo mismo he soñado mucho... en la India hacemos siempre eso, igual que todos

los Carter parecen haberlo hecho. Usted, míster Aspinwall, como primo materno, no es por supuesto un Carter. Mis propios sueños, y algunas otras fuentes de información, me han revelado muchas cosas que para ustedes son poco claras todavía. Por ejemplo, Randolph Carter olvidó ese pergamino —que entonces no pudo descifrar—, pero habría sido preferible que se hubiera acordado de llevárselo. Ya ven que en realidad me he enterado prácticamente de lo que le sucedió a Carter después de abandonar su coche con la llave de plata a la caída de la tarde de aquel siete de octubre de hace cuatro años.

Aspinwall se rió sarcásticamente de forma audible, pero los demás se levantaron de sus asientos con acrecentado interés. El humo de los trípodes aumentó y el loco tictac de aquel reloj en forma de ataúd pareció adquirir una extraña pauta como los puntos y rayas de algún extraño e insoluble mensaje telegráfico procedente del espacio exterior. El hindú se reclinó en su asiento, entornó los ojos y prosiguió con aquella voz curiosamente forzada aunque idiomática, mientras que su auditorio empezó a hacerse una idea de lo que le había sucedido a Randolph Carter.

II

Los cerros de detrás de Arkham están llenos de extraña magia... algo, tal vez, que el viejo hechicero Edmund Carter hizo bajar de las estrellas y subir de las criptas del mundo inferior cuando se refugió allí en 1692 procedente de Salem. Tan pronto como Randolph Carter regresó a aquellos parajes se dio cuenta de que se hallaba junto a una de las puertas que unos cuantos hombres audaces, detestados y de espíritu alienado han perforado en las titánicas murallas que separan el mundo y el absoluto exterior. Tenía el presentimiento de que allí, y en aquel día del año, podía llevar a

cabo con éxito el mensaje que había descifrado meses antes a partir de los arabescos de aquella llave de plata deslustrada e increíblemente antigua. Ya sabía cómo debía hacerla girar, cómo tenía que levantarla al sol poniente, y qué palabras ceremoniales debían entonarse en el vacío al dar la novena y última vuelta. En un lugar como aquel tan próximo a una polaridad amenazadora y a la puerta inducida, no podía fallar en su función básica. Sin duda alguna, aquella noche Carter se solazaría en su infancia cuya pérdida nunca había dejado de lamentar.

Salió del coche con la llave en el bolsillo, ascendiendo la pendiente y adentrándose cada vez más en el interior sombrío de aquel inquietante territorio embrujado, por una sinuosa carretera, dejando atrás la tapia de piedra cubierta de enredadera, el bosque tenebroso, el descuidado huerto de ramas retorcidas y la granja abandonada de ventanas abiertas e indescriptible ruina. A la hora del crepúsculo, cuando los lejanos chapiteles de Kingsport brillaban tenuemente con resplandores rojizos, sacó la llave, le dio las vueltas que hacían falta y recitó las invocaciones pertinentes. Sólo más tarde se dio cuenta de lo pronto que el ritual había surtido efecto.

Luego, bien entrado el crepúsculo, oyó una voz procedente del pasado. El viejo Benijah Corey, el jornalero de su tío abuelo. ¿No hacía ya treinta años que el viejo Benijah había muerto? ¿Treinta años desde cuándo? ¿De qué época se trataba? ¿Dónde había estado él? ¿Qué tenía de extraño que Benijah le estuviera llamando este siete de octubre de 1883? ¿No llevaba más tiempo fuera de casa de lo que tía Martha le había dicho? ¿Qué llave era esa que llevaba en el bolsillo de la blusa, en lugar del pequeño catalejo que su padre le había regalado hacía dos meses por su noveno cumpleaños? ¿La había encontrado en el desván de casa? ¿Abriría el pilón místico que su aguda vista había localizado entre las rocas serradas del fondo de aquella caverna interior en la colina de detrás de la Guarida de la Serpiente? Aquel lugar lo relacionaban siempre con el viejo Edmund Carter el hechicero. La gente no iba allí, y nadie salvo él había reparado en la grieta obstruida por raíces ni se había

escurrido por ella hasta la oscura gran cámara interior donde está el pilón. ¿Qué manos habían tallado en la roca viva esa especie de pilón? ¿Las del viejo hechicero Edmund... o las de *otros* que él había invocado y seguían sus órdenes? Aquella noche el pequeño Randolph cenó con tío Chris y tía Martha en el viejo caserón de tejado con cubierta a la holandesa.

A la mañana siguiente se levantó temprano y, atravesando el huerto de manzanos de ramas retorcidas, fue hasta el grupo de árboles de más arriba, donde se escondía la boca de la Guarida de la Serpiente, oscura y amenazadora, entre grotescos robles sobrealimentados. Una indescriptible expectación lo embargaba, y ni siquiera se dio cuenta de la pérdida del pañuelo al hurgar en el bolsillo de la blusa para ver si llevaba la llave de plata. Se deslizó a través del negro orificio con tenso y arriesgado aplomo, alumbrándose el camino con cerillas que había cogido del cuarto de estar. Al cabo de unos instantes se había deslizado por la grieta atascada por las raíces hasta el fondo más lejano, y se encontraba en la enorme y desconocida gruta interior cuya ulterior pared rocosa parecía tallada deliberadamente en forma de monstruoso pilón. Se paró, silencioso y atemorizado, ante aquella pared que rezumaba humedad, encendiendo una cerilla tras otra mientras la contemplaba. ¿Era realmente una gigantesca mano esculpida aquella protuberancia pétrea que había encima de la clave del supuesto arco? Acto seguido sacó la llave de plata y realizó movimientos e invocaciones cuyo origen sólo podía recordar vagamente. ¿Había olvidado algo? Sólo sabía que deseaba cruzar la barrera que le separaba del ilimitado país de sus sueños y de los abismos donde todas las dimensiones se funden en lo absoluto.

Lo que sucedió después difícilmente puede describirse con palabras. Es una serie completa de esas paradojas, contradicciones y anomalías que no tienen cabida en la vida vigil, pero que llenan nuestros sueños más fantásticos y se aceptan como cosa normal hasta que volvemos a nuestro restringido, rígido y objetivo mundo de causalidad limitada y lógica tridimensional. Según proseguía con su relato, el hindú tenía dificultades para evitar lo que parecía — todavía más que la idea de un hombre trasladado a su infancia a través de los años— una especie de trivial y pueril extravagancia. Míster Aspinwall, indignado, dio un resoplido apoplético y prácticamente dejó de escuchar.

Pues el rito de la llave de plata, tal como lo ejecutó Randolph Carter en aquella tenebrosa y embrujada cueva situada dentro de otra, no resultó infructuoso. Desde el primer ademán y la primera palabra se evidenció un aura de extraña e impresionante mutación... una sensación de imprevisible alteración y confusión del tiempo y del espacio, aunque no había el menor atisbo de lo que nosotros conocemos como movimiento y duración. Imperceptiblemente, cosas tales como la edad y la localización dejaron de tener significado alguno. El día anterior, Randolph Carter había salvado milagrosamente un abismo de años. Ya no había diferencia entre niño y hombre. Sólo existía la entidad Randolph Carter, con cierto repertorio de imágenes que habían perdido cualquier relación con las escenas terrestres y las circunstancias de su adquisición. Un momento antes se hallaba en el interior de una cueva en cuya pared más lejana se insinuaba vagamente un arco monstruoso y una gigantesca mano esculpida. Pues bien, ya no había cueva ni ausencia de ella; ni pared o ausencia de la misma. Sólo había una afluencia de impresiones no tanto visuales como cerebrales, en medio de las cuales la entidad que era Randolph Carter percibía o registraba todo lo que le daba vueltas en la cabeza, aunque sin tener una clara conciencia de cómo las recibía.

Cuando el rito hubo concluido, Carter se dio cuenta de que no estaba en ningún lugar que los geógrafos de la Tierra pudieran

identificar, ni en ninguna época que la historia pudiera determinar. A pesar de que lo que estaba sucediendo no le era del todo desconocido. Se aludía a ello en los enigmáticos fragmentos Pnakóticos, y un capítulo entero del *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred había adquirido significado para él cuando hubo descifrado los motivos grabados en la llave de plata. Se había abierto una puerta... no la Última Puerta, sino una que conducía desde la Tierra y el tiempo a aquella extensión de la Tierra situada fuera del tiempo, desde la cual a su vez la Última Puerta conduce tremenda y peligrosamente al Vacío Final que hay más allá de todas las tierras, de todos los universos y de toda la materia^[630].

Sería un Guía... y muy terrible; un Guía que había sido una entidad terrena millones de años antes, cuando el hombre era inimaginable, cuando formas ya olvidadas deambulaban por un planeta humeante edificando extrañas ciudades entre cuyas últimas ruinas desmoronadas iban a retozar los primeros mamíferos. Carter recordaba lo que el monstruoso *Necronomicon* había presagiado de manera vaga y desconcertante en relación con ese Guía. «Y aunque hay quienes se han atrevido —había escrito el árabe loco— a tratar de vislumbrar más allá del Velo, y a aceptarLO como Guía, habrían sido más prudentes si hubieran evitado cualquier trato con ÉL; pues está escrito en el libro de Toth^[631] cuán terrible es el precio de un simple atisbo^[632]. Tampoco pueden volver nunca aquellos que lo atraviesen, pues en la Inmensidad que trasciende a nuestro mundo hay Formas tenebrosas que se apoderan de uno y lo comprometen. La Cosa que se arrastra en la noche, la Maldad que desafía al Signo Mayor, la Chusma que monta guardia en el portal secreto que cada tumba se sabe que tiene, y que prospera a costa de los ocupantes de ellas... todas esas Negruras son menores que EL que guarda la Puerta, EL que guiará al temerario más allá de todos los mundos hasta el Abismo de los Devoradores innominables. Pues ÉL es 'UMR AT-TAWIL, el más Antiguo, que el escriba designó como EL DE VIDA PROLONGADA»^[633].

En medio de aquel caos borboteante, memoria e imaginación dieron forma a imágenes borrosas de contornos inciertos, pero Carter sabía que no eran más que eso. No obstante se daba cuenta de que no era casual que se hubieran formado en su mente, sino que más bien eran producto de alguna realidad abrumadora, inefable y descomunal, que le rodeaba y se esforzaba por traducirse en los únicos símbolos que él era capaz de captar. Pues ninguna mente terrena puede comprender las extensiones de forma que se entremezclan en los abismos colaterales situados fuera del tiempo y de las dimensiones que conocemos.

Ante Carter fluctuó un nebuloso despliegue de figuras y escenas que él relacionó de una forma u otra con el primitivo pasado de la Tierra, olvidado desde hacía eones. Monstruosos seres vivos se movían pausadamente a través de perspectivas de fantástica factura que ningún sueño sensato podría contener nunca, de paisajes de increíble vegetación, de acantilados, de montañas y edificaciones no diseñadas por el hombre. Había ciudades bajo el mar y habitantes de las mismas; y torres en grandes desiertos desde las que globos, cilindros e indescritibles entidades aladas salían disparados al espacio o caían estrepitosamente fuera del mismo. Carter captó todo eso, aunque las imágenes no tenían ninguna relación unas con otras ni con él. Por su parte, él mismo no tenía forma ni posición estables, sino únicamente indicios cambiantes de las mismas que le proporcionaba su trepidante imaginación.

Había querido encontrar las regiones encantadas de sus sueños infantiles, en las que las galeras remontan el río Oukranos, pasados los dorados chapiteles de Thran, y las caravanas de elefantes recorren las junglas perfumadas de Kled, dejando atrás palacios olvidados de columnas de marfil veteado que duermen, bellos e intactos, bajo la luna. Ahora, intoxicado por visiones más amplias, apenas sabía lo que buscaba. Pensamientos de infinita y blasfema osadía surgieron en su mente, y supo que se enfrentaría al temible Guía sin miedo, y le haría monstruosas y terribles preguntas.

De pronto el desfile de impresiones pareció alcanzar una especie de vaga estabilización. Había grandes masas de grandes piedras, con extraños e incomprensibles motivos esculpidos, dispuestos siguiendo las leyes de alguna desconocida geometría contraria. La luz de un cielo de color indeterminado se filtraba, tomaba direcciones desconcertantes y contradictorias, y jugaba casi sensitivamente sobre lo que parecía ser una línea curva de gigantescos pedernales, más hexagonales que otra cosa y cubiertos de jeroglíficos, coronados por unas figuras embozadas y mal definidas.

Había también otra figura que no ocupaba ningún pedestal, sino que parecía planear o flotar sobre el nebuloso nivel inferior que hacía las veces de suelo. No tenía exactamente una silueta fija, sino que transitoriamente sugería algo remotamente anterior o análogo a la forma humana, aunque su tamaño era la mitad del de un hombre corriente. Como las figuras de los pedestales, parecía estar embozado más de la cuenta, con algún tipo de tejido de color neutro; y Carter no logró descubrir ninguna abertura desde donde poder mirar. Probablemente no la necesitaba, ya que parecía pertenecer a una clase de seres de organismo y facultades muy ajenos al mundo meramente físico.

Unos instantes después, Carter se dio cuenta de eso, ya que la figura había hablado a su mente sin utilizar sonidos ni lenguaje. Y aunque el nombre que pronunció era espantoso y terrible, Randolph Carter no retrocedió asustado. En vez de eso le contestó, igualmente sin sonidos ni lenguaje, y le hizo las reverencias que había aprendido del horroroso *Necronomicon*. Pues aquella figura era nada menos que la que el mundo entero había temido desde que Lomar surgió del mar y los de las Alas llegaron a la Tierra para enseñar al hombre el Saber antiguo. Era, sin duda alguna, el espantoso Guía y Guardián de la Puerta: 'Umr at-Tawil, el antiguo, que el escriba designó como El de vida prolongada.

El Guía estaba enterado, ya que lo sabía todo, de la demanda y de la llegada de Carter, y de que este buscador de sueños y

secretos se presentaba ante él sin miedo. Él no irradiaba horror ni malignidad alguna, y Carter se preguntó por un momento si las terroríficas y blasfemas insinuaciones del árabe loco, y los extractos del Libro de Toth, no provendrían quizás de la envidia y el deseo frustrado de hacerlo que estaba a punto de hacerse. O tal vez el Guía reservase su horror y su malignidad para aquellos que le temían. Como la irradiación proseguía, Carter la interpretó mentalmente en forma de palabras.

—Soy, en efecto, ese Más Antiguo —dijo el Guía— que ya conoces. Te estábamos esperando... los Antiguos y yo. Bienvenido seas, aunque hayas tardado tanto. Tienes la llave y has abierto la Primera Puerta. La Última Puerta está lista para que la pongas a prueba. Si tienes miedo, no debes seguir adelante. Todavía puedes regresar indemne por donde viniste. Pero si decides seguir adelante...

Hubo un silencio ominoso, pero la irradiación seguía siendo amistosa. Carter no lo dudó ni por un momento, ya que le empujaba una ardiente curiosidad.

—Seguiré adelante —irradió en respuesta—, y te acepto como Guía.

Al oír esa respuesta, el Guía pareció hacer un signo, a juzgar por ciertos movimientos de su túnica, que podían deberse a que había levantado un brazo o algún otro miembro homólogo. Siguió un segundo signo y, gracias a lo que había aprendido, Carter comprendió que al fin se encontraba muy cerca de la Última Puerta. La luz cambió de color, adquiriendo otro inexplicable, y las figuras de los pedestales casi hexagonales se precisaron con mayor claridad. Al sentarse más erguidos, sus siluetas se parecieron más a las de los hombres, aunque Carter sabía que no podían ser tales. Encima de sus cabezas embozadas ahora parecían llevar altas mitras de colores indeterminados, que recordaban extrañamente a las de ciertas figuras indescriptibles cinceladas en la roca viva por algún escultor olvidado a lo largo de los peñascos escalonados de una elevada montaña prohibida de Tartaria; mientras que sujetos en

ciertos pliegues de sus envolturas asomaban largos cerros cuya parte superior cincelada representaba un misterio grotesco y arcaico.

Carter adivinó lo que eran, de dónde venían y a Quién servían; y asimismo adivinó el precio de su servicio. Pero seguía contento, ya que por una extraordinaria ventura iba a enterarse de todo. Maldición, pensó, no es más que una palabra que manejan aquellos cuya ceguera les lleva a condenar a todos los que pueden ver, aunque sea con un solo ojo. Se asombraba de la enorme presunción de los que habían chismorreado sobre los *malignos* Antiguos, como si Ellos pudieran detener sus sueños eternos para descargar su ira sobre la humanidad. Como si un mamut, pensó, pudiera pararse para infligir un severo castigo a una lombriz. En aquel preciso instante todos los reunidos encima de las columnas vagamente hexagonales le saludaron con un movimiento de aquellos cetros extrañamente tallados e irradiaron un mensaje que él entendió:

—Te saludamos a ti, el Más Antigo, y a ti, Randolph Carter, cuya osadía te ha convertido en uno de los nuestros.

Carter vio entonces que uno de los pedestales estaba vacío, y un gesto del Más Antigo le indicó que le estaba reservado a él. Vio también otro pedestal, más alto que los demás, en el centro de la extraña curva (ni semicírculo, ni elipse, parábola o hipérbola) que formaban todos ellos. Este, supuso, era el trono del propio Guía. Poniéndose en marcha y subiendo de un modo muy difícil de definir, Carter tomó asiento; y al hacerlo vio que el Guía también se había sentado.

Poco a poco y vagamente se fue haciendo patente que el Más Antigo sostenía algo... así algún objeto entre los pliegues abiertos de su túnica, para que quedara a la vista, o al órgano equivalente, de los Compañeros embozados. Era una gran esfera, o algo parecido, de algún metal vagamente iridiscente, y cuando el Guía la mostró, una débil y penetrante sensación de *sonido* empezó a crecer y a menguar a intervalos que parecían seguir un ritmo,

aunque no se trataba de ninguno conocido en la Tierra. Parecía una especie de cántico... o lo que la imaginación humana podría interpretar como tal. Acto seguido la luminosidad de la cuasiesfera comenzó a aumentar y, cuando su brillo se convirtió en una luz fría e intermitente de color indefinible, Carter comprendió que sus parpadeos se ajustaban al extraño ritmo del cántico. Luego, todas las figuras mitradas y con cetros de encima de los pedestales comenzaron a balancearse ligeramente de un modo extraño siguiendo el mismo ritmo inexplicable, en tanto que nimbos de luz imposible de clasificar —parecida a la de la cuasiesfera— jugueteaban con sus cabezas veladas.

El hindú interrumpió su relato y miró con curiosidad el alto reloj en forma de ataúd, con cuatro manecillas y esfera cubierta de jeroglíficos, cuyo loco tictac no seguía ningún ritmo terrestre conocido.

—No necesito decirle a usted, míster De Marigny —dijo de pronto a su docto anfitrión—, cuál era en concreto el extraño ritmo que seguían en sus cánticos y sus balanceos las figuras encapuchadas de encima de los pedestales hexagonales. Es usted el único —en América— que ha tenido un anticipo de la Extensión Exterior. Ese reloj... supongo que se lo envió el yogui del que solía hablar el pobre Harley Warren... el vidente que decía ser el único hombre vivo que había estado en Yian-Ho^[634], el oculto legado de la siniestra Leng, de muchos eones de antigüedad, y se había llevado ciertas cosas de aquella horrible ciudad prohibida. Me pregunto cuántos de sus más sutiles utensilios conoce usted. Si mis sueños y lecturas no me engañan, esa ciudad fue construida por quienes sabían mucho de la Primera Puerta. Pero permita que continúe con mi relato.

Finalmente, prosiguió el *swami*, el balanceo y los aparentes cánticos cesaron, los vacilantes nimbos que aureolaban sus cabezas, ahora caídas e inmóviles, se desvanecieron, en tanto que las embozadas figuras se desplomaron de forma curiosa sobre sus pedestales. No obstante, la cuasiesfera seguía brillando

intermitentemente con una luz inexplicable. Carter pensó que los Antiguos dormían como cuando los vio por primera vez, y se preguntó de qué sueños cósmicos les había sacado su llegada. Poco a poco se infiltró en su mente la convicción de que aquel extraño cántico había sido un ritual de instrucciones, y que el Más Antiguo se lo había salmodiado a los Compañeros para sumirlos en una nueva y peculiar clase de sueño que les permitiera abrir la Última Puerta, que sólo la llave de plata abría. Sabía que en la hondura de aquel sueño profundo contemplaban insondables inmensidades de completa y absoluta Exterioridad con la que la Tierra no tenía nada que ver, y que iban a cumplir lo que su presencia les había exigido.

El Guía no compartía ese sueño, pero parecía seguir dando instrucciones de alguna manera sutil y silenciosa. Por lo visto les inculcaba imágenes de aquello que quería que soñaran los Compañeros; y Carter se dio cuenta de que cuando cada uno de los Antiguos imaginase la idea prescrita, nacería el núcleo de una revelación que podría ver con sus propios ojos terrenos. Cuando los sueños de todas las figuras hubieran alcanzado una unidad, se produciría esa revelación, y todo lo que él deseara se materializaría mediante concentración. Él había visto cosas parecidas en la Tierra: en la India, donde la voluntad combinada y proyectada de un círculo de adeptos puede hacer que un pensamiento adquiriera sustancia tangible, y en la vetusta Atlaanât, de la que pocos se atreven a hablar.

Carter no podía asegurar qué era exactamente la Última Puerta y cómo tenía que atravesarse; pero una sensación de expectación tensa se apoderó de él. Era consciente de que tenía alguna especie de cuerpo, y que sostenía en la mano la fatídica llave de plata. Las imponentes moles de piedra que se alzaban ante él parecían tener la lisura de una pared, hacia el centro de la cual sus ojos se sentían irresistiblemente atraídos. Y entonces le pareció de pronto que la irradiación mental del Más Antiguo había dejado de fluir.

Por primera vez Carter se dio cuenta de lo terrorífico que puede ser el completo silencio, mental y físico. En los primeros momentos siempre había habido algún ritmo perceptible, aunque sólo fuera la débil y enigmática cadencia de la extensión dimensional de la Tierra, pero ahora el silencio del abismo parecía invadirlo todo. A pesar de que intuía tener cuerpo, no podía oír su respiración; y el brillo de la cuasiesfera de 'Umr at-Tawil se había inmovilizado de manera aterradora, perdiendo su intermitencia. Un poderoso nimbo, más brillante que los que habían aureolado las cabezas de las figuras, resplandecía horripilantemente sobre el cráneo tapado del terrible Guía.

Carter tuvo un vahído y su sensación de haber perdido la orientación se multiplicó por mil. Las extrañas luces parecían tener la apariencia de la más impenetrable negrura colmada de oscuridad, mientras que alrededor de los Ancianos, tan cercanos en sus troncos pseudo hexagonales, flotaba una atmósfera de la más pasmosa improbabilidad. Luego se sintió llevado por los aires a profundidades inmensurables, mientras oleadas de un cálido perfume lamían su rostro. Era como si flotara en un mar tórrido y rosado; un mar de vino adulterado con drogas cuyas encrespadas olas rompían en costas de bronce ígneo. Un gran temor le sobrecogió cuando entrevió aquella enorme extensión de mar encrespado que lamía su remota costa. Pero el instante de silencio se rompió: el oleaje le hablaba en un lenguaje que no era de sonidos ni de palabras articuladas.

—El hombre sincero está más allá del bien y del mal —entonaba una voz que no era tal—. El hombre sincero ha ignorado al Todo-es-Uno. El hombre sincero ha aprendido que la Ilusión es la única realidad y que la sustancia es una impostura.

Y entonces, en aquella elevación de mampostería que había atraído tan irresistiblemente su mirada, apareció el perfil de un arco titánico análogo al que creía haber vislumbrado hacía tanto tiempo en aquella cueva dentro de otra, en la lejana e irreal superficie de la Tierra tridimensional. Se dio cuenta de que había estado utilizando

la llave de plata... moviéndola de acuerdo con un ritual instintivo, no aprendido, muy semejante al que había abierto la Puerta Secreta. Se dio cuenta de que aquel embriagador mar rosado que besaba sus mejillas era ni más ni menos que la masa adamantina del sólido muro, que estaba cediendo ante su sortilegio, con la ayuda del torbellino de pensamientos de los Ancianos. Guiado todavía por el instinto y la ciega determinación, siguió flotando hacia delante... y cruzó la Última Puerta.

IV

El avance de Randolph Carter a través de aquella mole ciclópea de mampostería anómala era como una vertiginosa precipitación a través de los inconmensurables abismos interestelares. Desde una gran distancia sentía la presencia de jubilosas olas divinas de mortífera dulzura, y después de eso el frufrú de grandes alas y la sensación de ruidos como gorjeos y murmullos de cosas desconocidas en la Tierra o en el sistema solar. Echando un vistazo hacia atrás vio no una sola puerta, sino una multitud de ellas, en algunas de las cuales vociferaban figuras que procuró no recordar.

Y entonces, de pronto, sintió un terror mayor del que pudiera darle cualquiera de aquellas figuras... un terror que no podía huir ya que estaba relacionado con él mismo. Al traspasar la Primera Puerta había perdido algo de entereza, y ya no estaba seguro acerca de la forma de su cuerpo y su relación con las cosas vagamente definidas que le rodeaban, pero su sensación de unidad no se había alterado. Seguía siendo Randolph Carter, un punto fijo en el hervidero dimensional. Una vez traspasada la Última Puerta, se dio cuenta, en un instante de miedo agotador, de que no era una sola persona, sino muchas.

Se hallaba en muchos lugares al mismo tiempo. En la Tierra, el siete de octubre de 1883, un niño llamado Randolph Carter abandonaba la Guarida de la Serpiente a la mitigada luz de la tarde, bajaba corriendo la ladera rocosa, atravesaba el manzanal de ramas retorcidas y se dirigía a la casa de su tío Christopher, en las colinas más allá de Arkham... no obstante, en aquel mismo momento, que también pertenecía no sabía bien por qué al año de 1928, una vaga sombra que era ni más ni menos que el propio Randolph Carter estaba sentada encima de un pedestal entre los Antiguos, en la extensión transdimensional de la Tierra. Asimismo había un tercer Carter en el ignoto e informe abismo cósmico de más allá de la Última Puerta. Y en otra parte, en un caos de escenas cuya infinita multiplicidad y monstruosa diversidad casi lo llevaron al borde de la locura, había una ilimitada confusión de seres que él sabía que eran él mismo tanto como la manifestación local que se hallaba al otro lado de la Última Puerta.

Había «Carters» en escenarios que pertenecían a cada época conocida o imaginada de la historia de la Tierra, y a épocas más remotas de entidad terrestre que rebasan cualquier conocimiento, conjetura y credibilidad. «Carters» con forma humana y no humana, vertebrada e invertebrada, consciente y sin inteligencia, animal y vegetal. Y aún más, había «Carters» que no tenían nada en común con la vida terrestre, sino que se movían extravagantemente en ambientes de otros planetas, sistemas, galaxias y continuos cósmicos. Esporas de vida eterna que iban a la deriva de mundo en mundo, de universo en universo, aunque todas eran él mismo de igual modo. Algunos de los vislumbres le recordaban sueños —a la vez imprecisos y vívidos, únicos y constantes— que había tenido durante los largos años transcurridos desde que empezó a soñar, y unos pocos tenían una familiaridad inquietante, fascinante y casi horrible que ninguna lógica terrena podía explicar.

Al comprender eso, Randolph Carter vaciló presa del máximo horror... un horror como no había sospechado siquiera que existiera en el clímax de aquella noche espantosa en la que dos hombres se

habían atrevido a entrar en una antigua y abominable necrópolis bajo una luna menguante y sólo uno había salido. Ni la muerte, ni la fatalidad, ni la angustia pueden despertar la indescriptible desesperación que dimana de una pérdida de *identidad*. Fusionarse con la nada equivale al olvido pacífico; pero ser consciente de la existencia y saber no obstante que uno ya no es un ser determinado, distinto de los demás seres —que uno ya no tiene *personalidad*— es la cumbre indecible de la congoja y el pavor.

Sabía que había habido un Randolph Carter de Boston, aunque no estaba del todo seguro de si él —el fragmento o faceta de una entidad terrestre que se hallaba al otro lado de la Última Puerta— había sido ese o algún otro. Su yo había sido aniquilado; y sin embargo era igualmente consciente —si de verdad podía existir, en vista de aquella completa nulidad de existencia individual, algo como *él*— de ser de alguna manera inconcebible una legión de yos. Era como si su cuerpo se hubiera transformado de pronto en una de aquellas efigies con muchos brazos y cabezas esculpidas en los templos de la India, y contemplase el aglomerado en un desconcertante intento de discernir qué era el original y qué los añadidos... si de verdad (pensamiento sumamente monstruoso) *había* algo que fuera original y distinto de las demás encarnaciones.

Acto seguido, en medio de aquellas reflexiones abrumadoras, el fragmento de Carter que se hallaba al otro lado de la puerta fue arrojado desde lo que parecía el nadir del horror a los negros y sobrecogedores abismos de un horror todavía más profundo. Esta vez se trataba en gran medida de algo externo... una fuerza o una personalidad que de inmediato se presentó ante él, rodeándolo y dominándolo, y que además de su presencia particular, parecía también formar parte de él mismo e igualmente coexistir con cualquier tiempo y ser limítrofe con cualquier espacio. No hubo ninguna imagen visual, pero la sensación de entidad y la atroz idea de una combinación de particularismo, identidad e infinidad le provocaron un terror paralizante, superior a todo lo que cualquier

fragmento de Carter había creído hasta entonces que pudiese existir.

Ante aquel atroz prodigio, el cuasi Carter olvidó el horror de la destrucción de la individualidad. Se trataba de un Todo-en-Uno y un Uno-en-Uno de existencia y personalidad ilimitadas... no simplemente algo de un continuo espacio-temporal, sino que estaba ligado a la máxima esencia animada del infinito alcance de la existencia... el último y absoluto alcance que no tiene límites y que supera a la imaginación lo mismo que a las matemáticas. Era quizás aquel que ciertos cultos secretos de la Tierra han llamado en voz baja Yog-Sothoth, y que ha sido una deidad bajo otros nombres; aquel que los crustáceos de Yuggoth veneran como El que está Más Allá de Uno, y que los caprichosos cerebros de las nebulosas espirales reconocen por un Signo intraducible... pero al momento la faceta de Carter se dio cuenta de lo insignificantes e ínfimas que eran estas ideas.

Y entonces aquel SER se dirigió a la faceta de Carter mediante ondas portentosas que golpeaban, abrasaban y retumbaban... una concentración de energía que acibillaba al que la recibía con violencia casi insoportable, y que seguía, con ciertas variaciones precisas, el singular ritmo extraterrestre que llevaban los cánticos y balanceos de los Antiguos, y el parpadeo de las monstruosas luces en aquella desconcertante región situada al otro lado de la Primera Puerta. Era como si los soles, los mundos y los universos hubiesen convergido en un punto cuya propia posición en el espacio hubiesen urdido aniquilar con un impacto de violencia incontenible. Pero en medio de aquel terror tan grande el otro más pequeño disminuía; pues las virulentas ondas parecían aislar en alguna medida al Carter que estaba al otro lado de la puerta de su infinidad de dobles... parecían devolverle, por decirlo así, una cierta esperanza de identidad. Poco después empezó a traducir aquellas ondas a palabras que conocía, y su sensación de horror y de opresión menguó. El miedo se convirtió en puro pavor, y lo que le había

parecido abominablemente anómalo ahora sólo le parecía majestuosamente inefable.

—Randolph Carter —pareció decir AQUELLO—, MIS manifestaciones en la extensión de tu planeta, los Antiguos, te han enviado porque, pudiendo haber regresado últimamente al humilde país del sueño que habías perdido, sin embargo te has elevado con la mayor libertad al de los más grandes y más nobles deseos y curiosidades. Querías remontar el dorado Oukranos, tratar de descubrir las olvidadas ciudades de marfil de Kled, pródigo en orquídeas, y ocupar el trono de ópalo de Ilek-Vad, cuyas fabulosas torres e innumerables cúpulas se alzan imponentes hacia una sola estrella roja que brilla en un firmamento ajeno a tu Tierra y a cualquier materia. Pues bien, después de haber cruzado las dos Puertas, quieres cosas más elevadas. No huirás como un niño de una visión que no te gusta para refugiarte en un sueño querido, sino que te sumirás como un hombre en aquellos últimos secretos más íntimos que yacen detrás de todas las visiones y sueños.

»Lo que quieres, me parece bien; y estoy dispuesto a concederte lo que sólo he concedido once veces a seres de tu planeta... sólo cinco a los que llamas hombres, o a los que se les parecen. Estoy dispuesto a mostrarte el Misterio Máximo, cuya contemplación puede malograr a los débiles de espíritu. No obstante, antes de mirar de frente al primero y último secreto de los secretos, todavía puedes elegir libremente y regresar, si quieres, cruzando las dos Puertas, pues aún no ha sido rasgado el Velo que cubre tus ojos.

V

Una repentina interrupción de las ondas sumió a Carter en un escalofriante e imponente silencio repleto del espíritu de la desolación. Por todas partes le apremiaba la ilimitada inmensidad

del vacío, aunque sabía que el SER todavía se encontraba allí. Al cabo de un momento pensó en palabras cuya enjundia lanzó al abismo:

—Acepto. No retrocederé.

Las ondas volvieron a expandirse, y Carter supo que el SER le había oído. Y entonces de aquella MENTE ilimitada fluyó un torrente de sabiduría y aclaración que le abrió nuevas perspectivas y le preparó para obtener una comprensión del cosmos que jamás había esperado. Le dijeron cuán infantil y limitada es la idea de un mundo tridimensional, y qué infinidad de direcciones hay además de las ya conocidas de arriba-abajo, adelante-atrás, derecha-izquierda. Le fueron mostradas la pequeñez y la vacuidad de relumbrón de los dioses menores de la Tierra, con sus mezquinos intereses humanos y relaciones; sus odios, afanes, amores y vanidades; sus ansias de elogio y sacrificio, y sus exigencias de fe contraria a la razón y a la naturaleza.

Mientras la mayoría de esas impresiones se trasladaban a Carter en forma de palabras, había otras a las que los demás sentidos les daban interpretación. Tal vez con la vista, o quizás con la imaginación, percibía que se encontraba en una región cuyas dimensiones estaban más allá de lo que el ojo y el cerebro humano pueden concebir. En cambio, en las inquietantes sombras de lo que primero había sido un vórtice de poder y luego un vacío infinito, veía un alarde de creación que aturdiría sus sentidos. Desde alguna inconcebible posición ventajosa contemplaba formas prodigiosas cuyas múltiples extensiones trascendían cualquier idea de ser, tamaño y límites que su mente había sido capaz de sostener hasta entonces, a pesar de toda una vida consagrada al estudio de lo oculto. Empezó a entender vagamente por qué podía existir al mismo tiempo el niño llamado Randolph Carter en una alquería de Arkham en 1883, la nebulosa figura sobre la columna vagamente hexagonal al otro lado de la Primera Puerta, el fragmento que en aquellos momentos se hallaba frente a la PRESENCIA en el abismo

sin límites, y todos los demás «Carters» que su imaginación o su sensibilidad concebían.

Acto seguido las ondas se hicieron más intensas y trataron de mejorar su capacidad de comprensión, para que pudiera aceptar a la multiforme entidad de la que su fragmento actual era una parte infinitesimal. Le revelaron que cada figura del espacio no es más que el resultado de la intersección, en un plano, de alguna figura correspondiente que tiene una dimensión más; como un cuadrado es la sección de un cubo, o un círculo la de una esfera. El cubo y la esfera, de tres dimensiones, son pues la sección de figuras correspondientes de cuatro dimensiones que los hombres sólo conocen a través de conjeturas y sueños; y estos a su vez son la sección de figuras de cinco dimensiones, y así sucesivamente hasta las vertiginosas e inalcanzables cimas de infinitud arquetípica. El mundo de los hombres y de los dioses humanos es tan sólo una fase infinitesimal de un ser infinitésimo: la fase tridimensional de esa insignificante totalidad que llega hasta la Primera Puerta, donde 'Umr at-Tawil inspira sueños a los Antiguos. Aunque los hombres la llamen realidad y tilden de irreal la opinión de que existe un universo original multidimensional, a decir verdad es todo lo contrario. Lo que llamamos sustancia y realidad es sombra e ilusión, y lo que llamamos sombra e ilusión es sustancia y realidad.

El tiempo, siguieron diciéndole las ondas, es inmóvil y no tiene principio ni fin. Que tiene movimiento, y es motivo de cambio, es una ilusión. En efecto, en sí mismo es realmente una ilusión, ya que, salvo para las miras estrechas de los seres de dimensiones limitadas, no existen cosas tales como pasado, presente y futuro. Los hombres conciben el tiempo únicamente a causa de lo que llaman cambio, aunque eso también es una ilusión. Todo lo que fue, es y será, existe simultáneamente.

Estas revelaciones le llegaron a Carter con tal solemnidad olímpica que se vio en la imposibilidad de dudar. Aun cuando escapasen a su comprensión, le parecía que debían ser ciertas en vista de esa última realidad cósmica que contradice todas las

perspectivas locales y las intolerantes opiniones parciales; y él estaba bastante familiarizado con las especulaciones profundas para verse libre de la servidumbre de las ideas locales y parciales. ¿No había estado basada toda su búsqueda en la creencia de que lo local y lo parcial eran irreales?

Después de un silencio impresionante las ondas continuaron, diciéndole que lo que los habitantes de las zonas de menos dimensiones llaman cambio no es más que una función de sus conciencias, que contemplan el mundo externo desde varios ángulos cósmicos. Lo mismo que las figuras que se obtienen al seccionar un cono parecen variar según el ángulo elegido —dando círculos, elipses, parábolas o hipérbolas según sea ese ángulo, sin que se produzca ningún cambio en el cono—, también los aspectos locales de una realidad sin cambios y sin fin parecen cambiar con el ángulo cósmico desde el que se mira. Los débiles seres de los mundos inferiores son esclavos de esta diversidad de ángulos de conocimiento, ya que, salvo raras excepciones, son incapaces de aprender a controlarlos. Sólo unos pocos estudiosos de materias prohibidas han conseguido algunos indicios de ese control, y por eso han vencido al tiempo y al cambio. Pero las entidades que habitan en el exterior de las Puertas dominan todos los ángulos, y contemplan a las innumerables partes del cosmos en términos de una perspectiva fragmentaria y sujeta a cambios, o de la totalidad inmutable ajena a cualquier perspectiva, según lo deseen.

Cuando las ondas volvieron a callarse, Carter empezó a comprender vagamente y algo amedrentado el trasfondo definitivo de aquel enigma de la individualidad perdida que tanto le había horrorizado al principio. Su intuición reconstruyó los fragmentos de las revelaciones, y lo acercó cada vez más a la comprensión del secreto. Comprendió que gran parte de aquella espantosa revelación la habría descubierto —fragmentando su ego en innumerables réplicas terrestres— al cruzar la Primera Puerta, de no haberlo impedido la magia de 'Umr at-Tawil a fin de que pudiera utilizar con precisión la llave de plata para abrir la Última Puerta.

Deseando aclarar ideas, emitió ondas mentales, preguntando más detalles acerca de la relación exacta entre sus varias facetas: el fragmento que en aquellos momentos se hallaba al otro lado de la Última Puerta, el que seguía encima del pedestal cuasihexagonal tras cruzar la Primera Puerta, el niño de 1883, el hombre de 1928, los diversos seres ancestrales que fueron sus antepasados y habían moldeado su ego, y los anónimos habitantes de otros eones y otros mundos que aquel primer y espantoso destello de percepción definitiva había identificado consigo mismo. Poco a poco, las ondas del SER salieron en tropel para contestarle, tratando de poner de manifiesto lo que casi estaba fuera del alcance de una mente terrestre.

Todos los descendientes de los seres que habitan dimensiones finitas, prosiguieron las ondas, y todas las fases de desarrollo de cada uno de esos seres, no son más que manifestaciones de un ser arquetípico y eterno en el espacio ajeno a las dimensiones. Cada ser local —hijo, padre, abuelo, y así sucesivamente— y cada etapa del ser individual-infante, niño, muchacho, joven, viejo— no es más que una de las infinitas fases de aquel mismo ser arquetípico y eterno, originada por una variación del ángulo del plano-conciencia que lo secciona. Randolph Carter a cualquier edad; Randolph Carter y todos sus antepasados, tanto humanos como prehumanos, terrestres y preterrestres; todos eran sólo fases de un «Carter» definitivo, eterno, ajeno al espacio y al tiempo: proyecciones fantasmales diferenciadas únicamente por el ángulo con que el plano de la conciencia secciona en cada caso al arquetipo eterno.

Un ligero cambio de ángulo podía convertir al estudioso de hoy en niño de ayer; podía convertir a Randolph Carter en aquel hechicero Edmund Carter que huyó de Salem a las colinas de detrás de Arkham en 1692, o en aquel Pickman Carter que en el año 2169 empleará extraños recursos para rechazar a las hordas mongolas de Australia; podía convertir a un Carter humano en una de esas entidades primitivas que moraron en la primordial Hyperborea y adoraron al negro y moldeable Tsathoggua^[635], después de llegar

volando de Kythanil, el planeta doble que hace tiempo dio vueltas alrededor de Arturo^[636]; podía convertir al Carter terrestre en un remoto ancestro, de forma incierta, que moraba en el propio Kythanil, o en una criatura todavía más remota de la transgaláctica Shonhi, o en una conciencia insustancial y cuatridimensional de un continuo espacio-temporal más antiguo, o en una mente vegetativa del futuro en un enigmático cometa radiactivo de órbita inconcebible... y así sucesivamente, en el interminable ciclo cósmico.

Los arquetipos, vibraron las ondas, son los habitantes del abismo definitivo: informes, inefables, y sólo intuidos por raros soñadores en los mundos de pocas dimensiones. Entre todos ellos destacaba el que le estaba informando, el SER mismo... *que realmente era el arquetipo del propio Carter*. El insaciable celo de Carter y de todos sus antepasados por descubrir los secretos cósmicos prohibidos era consecuencia natural del origen del ARQUETIPO SUPREMO. En cada mundo, todos los grandes hechiceros, todos los grandes pensadores, todos los grandes artistas, son facetas de ÉL.

Casi pasmado de asombro, y con una especie de deleite espantoso, la conciencia de Randolph Carter rindió homenaje a aquella ENTIDAD trascendente de la cual procedía. Cuando las ondas volvieron a callarse, meditó en medio del imponente silencio, pensando en extrañas ofrendas, preguntas más extrañas y solicitudes todavía más extrañas. Curiosas ideas fluían contradictoriamente por un cerebro deslumbrado por panoramas insólitos y revelaciones imprevistas. Se le ocurrió que, si aquellas revelaciones eran literalmente ciertas, podría visitar *en persona* todas aquellas épocas y partes del universo infinitamente lejanas que hasta entonces sólo había conocido en sueños, no tenía más que disponer de la magia para cambiar el ángulo de su plano-conciencia. ¿Acaso no proporcionaba la llave de plata esa magia? ¿No le había cambiado primero de un hombre de 1928 en un muchacho de 1883, y luego en algo completamente ajeno al tiempo

y al espacio? Extrañamente, a pesar de su aparente ausencia de cuerpo, sabía que todavía tenía consigo la llave.

Mientras seguía el silencio, Randolph Carter emitió los pensamientos y preguntas que le asaltaban. Sabía que en ese abismo definitivo equidistaba de cada faceta de su arquetipo: humanas o no humanas, terrestres o extraterrestres, galácticas o transgalácticas; y su curiosidad con respecto a las otras fases de su ser —sobre todo aquellas fases más alejadas en el tiempo y en el espacio del año terrestre de 1928, o que más persistentemente le habían visitado en sueños a lo largo de toda su vida— se estaba convirtiendo en celo febril. Se daba cuenta de que su ENTIDAD arquetípica podía enviarle en persona, si quería, a cualquiera de esas fases de vida pasadas y lejanas, cambiando su plano-conciencia, y a pesar de las maravillas que había experimentado, deseaba ardientemente la nueva maravilla de caminar en persona por aquellos escenarios grotescos e increíbles a los que las visiones nocturnas le habían llevado de forma fragmentaria.

Sin deliberada intención estaba pidiendo a aquella PRESENCIA que le dejase entrar a un mundo remoto y fantástico cuyos cinco soles multicolores, extrañas constelaciones, vertiginosos y funestos despeñaderos, habitantes con garras y hocico de tapir, estrambóticas torres metálicas, túneles inexplicables y enigmáticos cilindros flotantes se habían inmiscuido una y otra vez en sus sueños. Presentía vagamente que aquel mundo era, entre todos los del cosmos concebible, el que estaba más libremente en contacto con otros; y anhelaba explorar los paisajes que sólo había empezado a vislumbrar, y navegar por el espacio rumbo a aquellos mundos todavía más remotos con los que comerciaban los habitantes con garras y hocico. No había lugar para el miedo. Como en todas las crisis de su extraña vida, la pura curiosidad cósmica triunfó sobre todo lo demás.

Cuando las ondas reanudaron su impresionante vibración, Carter supo que le habían concedido aquella terrible petición. El SER le habló de los tenebrosos abismos a través de los cuales tendría que

pasar, de la ignota estrella quíntuple de una insospechada galaxia alrededor de la cual gira aquel mundo extraño, y de los horrores ocultos en madrigueras contra los que la raza de criaturas con garras y hocico luchan permanentemente. También le habló de cómo el ángulo de su personal plano-conciencia, y el ángulo de su plano-conciencia con respecto a los factores espacio-temporales del mundo solicitado, tendrían que inclinarse simultáneamente para devolver a aquel mundo la faceta de Carter que había morado allí.

La PRESENCIA le aconsejó que se asegurase de llevar los símbolos, si quería volver alguna vez de aquel remoto y extraño mundo que había elegido, y él emitió en respuesta una impaciente afirmación, confiando en que la llave de plata, que pensaba que seguía en su poder, y que sabía que había inclinado a la vez el plano del mundo y el suyo cuando lo devolvió a 1883, contuviera esos símbolos aludidos. Y entonces el SER, captando su impaciencia, le indicó Su buena disposición a llevar a cabo la monstruosa precipitación. Las ondas cesaron repentinamente y sobrevino una tensa calma momentánea acompañada de una indecible y espantosa expectación.

Luego, sin previo aviso, se produjo un zumbido y un tamborileo que aumentaron hasta convertirse en un tremendo estruendo. Carter se sintió otra vez el centro de atención de una intensa concentración de energía que golpeaba con violencia, martilleaba y abrasaba insoportablemente con aquel extraño ritmo del espacio exterior ya conocido, y que no podía catalogar como calor explosivo de un cometa ni tampoco como frío paralizante del abismo definitivo. Franjas y rayos de color completamente ajenos a cualquier espectro de nuestro universo se interponían y se entremezclaban ante él, y se dio cuenta de que se movía a una velocidad tremenda. Vislumbró fugazmente una figura sentada *sola* encima de un sombrío trono de forma más bien hexagonal...

VI

Cuando el hindú interrumpió su relato, vio que De Marigny y Phillips le observaban absortos. Aspinwall fingía no hacer caso de la historia, y pomposamente no apartaba los ojos de los papeles que tenía delante. El tictac de extraño ritmo del reloj en forma de ataúd adquirió un nuevo y siniestro significado, mientras que los humos de los trípodes tapados y desatendidos se entrelazaban adoptando configuraciones fantásticas e inexplicables, y formaban inquietantes combinaciones con las grotescas figuras de los tapices agitados por el viento. El viejo negro que los atendía se había marchado... tal vez la tensión creciente le había ahuyentado de la casa. Una vacilación casi de disculpa estorbó al orador cuando prosiguió con su voz extrañamente forzada aunque idiomática.

—Les habrá parecido difícil de creer lo que les he contado del abismo —dijo—, pero les parecerán todavía más increíbles las cosas tangibles y materiales que vienen a continuación. Así son nuestras mentes. Las maravillas son increíbles por partida doble cuando las llevamos de las vagas regiones del sueño posible a nuestro mundo tridimensional. Procuraré no contarles demasiado... eso sería otra historia y muy diferente. Sólo les contaré lo que es preciso que sepan.

Después de aquel vórtice final de ritmo extraño y polícromo, Carter creyó hallarse por un momento en su antiguo sueño recurrente. Como en tantas noches anteriores, caminaba entre muchedumbres de seres con zarpas y hocico por las calles de un laberinto de metal inexplicablemente forjado bajo el resplandor de soles de varios colores; y al mirar hacia abajo vio que su cuerpo era como el de los demás: rugoso, en parte escamoso y curiosamente articulado, de modo que parecía sobre todo un insecto, aunque no dejaba de tener una semejanza caricaturesca con la silueta humana. Todavía así la llave de plata... aunque la sujetaba con una desagradable zarpa.

Al cabo de unos instantes se desvaneció la sensación de estar soñando y le pareció más bien que acababa de despertarse. El abismo definitivo... el SER... una entidad de una absurda raza extranjera llamada «Randolph Carter» de un mundo futuro todavía por nacer... algunas de estas cosas formaban parte de los continuos y recurrentes sueños del mago Zkauba en el planeta Yaddith^[637]. Estos sueños eran tan persistentes que afectaban a sus deberes de tramar sortilegios para mantener en sus madrigueras a los horribles bholes^[638], y llegaban a confundirse con sus recuerdos de los innumerables mundos reales que había visitado con su envoltura de rayo de luz. Y ahora habían llegado a ser casi reales como nunca antes. Aquella pesada y tangible llave de plata que llevaba en su zarpa superior derecha, imagen exacta de una con la que había soñado, no implicaba nada bueno. Debía descansar y reflexionar, y consultar las Tablillas de Nhing para que le asesorasen sobre lo que había que hacer. Subiendo a un muro de metal por un camino alejado de la mayor concurrencia, entró en su cuarto y se acercó al estante de las tablillas.

Siete fracciones de día más tarde Zkauba se sentó en cuclillas en su prisma, atemorizado y medio desesperado, pues la verdad había revelado un nuevo y contradictorio conjunto de recuerdos. Nunca más conocería la paz de ser una entidad única. Para siempre y en cualquier espacio sería dos: Zkauba el Mago de Yaddith, indignado por la idea del repugnante mamífero terrestre llamado Carter que iba a ser y ya había sido, y Randolph Carter, de la terrenal Boston, que se estremecía de miedo ante aquel ser con garras y hocico que una vez fue y en el que se había vuelto a convertir.

Pasaron unidades de tiempo en Yaddith, masculló el *swami* —cuya voz forzada empezaba a dar muestras de fatiga—, habló de cosas que no podían contarse en tan breve espacio. Hubo viajes a Shonhi, y a Mthura, y a Kath, y a otros mundos de las veintiocho galaxias accesibles a las envolturas de rayo de luz de las criaturas de Yaddith, y viajes de acá para allá a través de eones de tiempo

con ayuda de la llave de plata y de muchos otros símbolos que conocían los magos de Yaddith. Hubo atroces combates con los descoloridos y viscosos bholes en el laberinto de túneles primitivos que perforaban aquel planeta. Hubo impresionantes reuniones en bibliotecas donde se concentraba el saber de diez mil mundos vivos o muertos. Hubo tensas conversaciones con otras mentes de Yaddith, incluyendo la del Archiantiguo Buo. Zkauba no contó a nadie lo que le había sucedido a su personalidad, pero cuando la faceta Randolph Carter era predominante investigaba frenéticamente todos los medios posibles para regresar a la Tierra y recuperar la forma humana, y practicaba desesperadamente el habla humana con sus zumbantes y extraños órganos vocales tan mal adaptados para ello.

La faceta-Carter no había tardado en enterarse con horror de que no podía recuperar su forma humana con la llave de plata. Era, como dedujo demasiado tarde por cosas que recordaba, cosas que soñó y cosas que infirió de las enseñanzas de Yaddith, un producto de Hyperborea en la Tierra, y sólo tenía poder sobre los ángulos de conciencia personal de los seres humanos. No obstante, podía cambiar el ángulo planetario y enviar si quería a su usuario a través del tiempo sin cambiar de cuerpo. Existía un sortilegio adicional que le confería poderes ilimitados, de los que de otro modo carecía; pero eso era, también, un descubrimiento humano... característico de una región espacialmente inalcanzable, y no podía ser duplicado por los magos de Yaddith. Había sido escrito en el pergamino indescifrable que acompañaba a la llave de plata en el estuche cincelado con horrorosas imágenes, y Carter sentía terriblemente habérselo olvidado. El ahora inaccesible SER del abismo le había advertido que tuviera cuidado con los símbolos, y sin duda había creído que no le faltaba nada.

A medida que pasaba el tiempo se esforzaba más y más por utilizar el monstruoso saber de Yaddith para encontrar una forma de regresar al abismo y a la ENTIDAD omnipotente. Con sus conocimientos recién adquiridos podía haber conseguido descifrar

en gran parte el enigmático pergamino; pero aquel poder, en las circunstancias actuales, era simplemente irónico. Había veces, sin embargo, en que predominaba la faceta-Zbauka, y en que procuraba borrar los contradictorios recuerdos de Carter que le inquietaban.

Así pasaron largos periodos de tiempo... épocas más largas de lo que el cerebro humano puede concebir, ya que los seres de Yaddith sólo mueren después de prolongados ciclos. Tras muchos centenares de revoluciones, la faceta-Carter pareció ganar terreno a la faceta-Zbauka, y pasó considerables periodos calculando la distancia en espacio y tiempo a Yaddith desde la Tierra humana que había de ser. Las cifras eran sorprendentes —incontables eones de años luz—, pero el saber inmemorial de Yaddith permitió a Carter comprender tales cosas. Ejercitó la capacidad de proyectarse en sueños hacia la Tierra por momentos, y aprendió muchas cosas sobre nuestro planeta que antes nunca había sabido. Pero no pudo soñar la fórmula que necesitaba del pergamino perdido.

Así que por fin concibió un plan descabellado para huir de Yaddith, que empezó cuando descubrió una droga que mantenía siempre inactiva a su faceta-Zkauba, aunque sin anular sus conocimientos y recuerdos. Creía que sus cálculos le permitirían realizar un viaje en una envoltura de onda luminosa como ningún otro ser de Yaddith lo había realizado nunca: un viaje *en persona* a través de indescriptibles eones y de increíbles extensiones galácticas al sistema solar y la Tierra misma. Una vez en la Tierra, aunque con el cuerpo de una criatura con garras y hocico, podría encontrar —y acabar por descifrar— de una forma u otra el pergamino de extraños jeroglíficos que había dejado en el coche en Arkham; y con su ayuda —y la de la llave— recuperar su aspecto terrestre normal.

No ignoraba los peligros de la iniciativa. Sabía que cuando hubiera llevado el ángulo del planeta hasta el eón exacto (algo imposible de hacer mientras se precipitaba a través del espacio), Yaddith sería un mundo muerto dominado por los bholes victoriosos,

y que su huida en la envoltura de onda luminosa sería una cuestión muy poco segura. Asimismo se daba cuenta de que debía lograr la suspensión momentánea de las funciones vitales, a la manera de un adepto, para soportar el vuelo de eones a través de abismos insondables. Sabía también que —en el supuesto de que el viaje saliera bien— debía inmunizarse contra las bacterias y otras circunstancias de la Tierra hostiles a un cuerpo de Yaddith. Además, debía prever algún modo de simular la forma humana de los habitantes de la Tierra hasta que pudiera recobrar y descifrar el pergamino y recuperar de verdad esa forma. De lo contrario, probablemente sería descubierto por la horrorizada gente, que lo mataría por tratarse de una criatura que no debería existir. Y tenía que llevar algo de oro —que por suerte podía conseguirse en Yaddith— para sacarle de un apuro durante ese periodo de búsqueda.

Poco a poco los planes de Carter siguieron adelante. Se proveyó de una envoltura de onda luminosa de dureza anómala, capaz de soportar tanto la enorme transición temporal como el vuelo sin precedente a través del espacio. Comprobó todos sus cálculos, y lanzó de nuevo sus sueños hacia la Tierra, llevándolos hasta lo más cerca posible de 1928. Practicó la suspensión momentánea de las funciones vitales con maravillosos resultados. Descubrió exactamente el agente bacteriano que necesitaba, y calculó la variable fuerza de gravedad a la que debía acostumbrarse. Confeccionó con mucha maña una máscara de cera y un traje holgado que le permitiera pasar entre los hombres como una especie de ser humano, y creó un sortilegio doblemente eficaz para contener a los bholes en el momento de su partida del aciago e inerte Yaddith en un futuro inconcebible. Procuró reunir también una abundante provisión de drogas —imposibles de conseguir en la Tierra— que mantuvieran en suspenso a su faceta Zbauka hasta que pudiera despojarse del cuerpo de Yaddith, sin olvidarse de una pequeña reserva de oro para utilizar en la Tierra.

El día de la partida lo pasó lleno de dudas y temor. Subió a su plataforma-envoltura con el pretexto de marcharse a la triple estrella Nython^[639], y se deslizó en el interior de la funda de brillante metal. Tenía el sitio justo para celebrar el ritual de la llave de plata, y mientras hacía eso su envoltura empezó a levitar poco a poco. Se produjo un atroz borboteo y el día se nubló, y sintió un dolor horroroso. El cosmos pareció dar vueltas de modo irresponsable y las demás constelaciones danzaban en un cielo negro.

De pronto Carter notó un nuevo equilibrio. El frío de los abismos interestelares corroía el exterior de su envoltura y comprendió que flotaba libremente en el espacio: el edificio de metal desde el que había partido se había desmoronado hacía siglos. Debajo de él el suelo estaba plagado de gigantescos bholes; y mientras miraba, uno de ellos se irguió varios centenares de pies y dirigió hacia él una extremidad descolorida y viscosa. Pero sus sortilegios fueron eficaces, y al cabo de unos instantes descendía de Yaddith sano y salvo.

VII

En aquella extraña habitación de Nueva Orleans, de la que el viejo sirviente negro había huido instintivamente, la curiosa voz del *swami* Chandraputra se desgañitó todavía más.

—Caballeros —prosiguió—, no les voy a pedir que crean estas cosas hasta haberles mostrado pruebas concluyentes. Acéptenlas, pues, como si fuera un mito, cuando les hable de los *miles de años luz* —*miles de años de tiempo, e innumerables miles de millones de millas*— que empleó Randolph Carter en atravesar el espacio velozmente como una indescriptible entidad extraterrestre dentro de una delgada envoltura de metal electroactivado. Calculó con el mayor cuidado el tiempo de suspensión momentánea de sus

funciones vitales, contando con que terminaría sólo unos pocos años antes del aterrizaje en la Tierra en, o hacia, 1928.

»Nunca olvidará aquel despertar. Recuerden, caballeros, que antes de aquel sueño que duró muchos eones *había vivido conscientemente durante miles de años terrestres entre las extrañas y horribles maravillas de Yaddith*. El frío produjo una espantosa corrosión, cesaron los amenazadores sueños, y echó una ojeada a través de las planchas oculares de la envoltura. Estrellas, solas y en grupos, nebulosas, por todas partes... *y por fin sus siluetas tenían cierta afinidad con las constelaciones de la Tierra que él conocía*.

»Algún día podrá contarse su descenso al sistema solar. Vio Kynarth y Yuggoth en el borde, pasó cerca de Neptuno y vislumbró los infernales hongos blancos que lo salpican, se enteró de un secreto indecible de las nieblas de Júpiter entrevistas fugazmente, divisó el horror en uno de los satélites, y observó las ruinas ciclópeas que se extienden por encima del disco rojizo de Marte. Cuando se acercó a la Tierra la vio como un fino creciente que aumentaba de tamaño de modo alarmante. Redujo la velocidad, aunque sus sensaciones de estar regresando al hogar le hacían desear no perder ni un instante. No intentaré hablarles de esas sensaciones de las que me he enterado a través del propio Carter.

»En fin, por último Carter se quedó flotando en las capas altas de la atmósfera terrestre hasta que amaneció en el hemisferio occidental. Quería aterrizar en el mismo sitio de donde había partido: cerca de la Guarida de la Serpiente, en las colinas que hay detrás de Arkham. Si alguno de ustedes ha estado ausente durante mucho tiempo —y sé que uno lo ha estado—, le dejo a su criterio que juzgue cuánto debió afectarle la visión de las onduladas colinas de Nueva Inglaterra, y los grandes olmos, y los huertos de árboles nudosos.

»Descendió al alba en el prado de más abajo de la antigua casa de los Carter, y se alegró del silencio y la soledad que allí reinaban. Era otoño, como cuando había partido, y el perfume de las colinas actuó como un bálsamo para su espíritu. Se las arregló para

arrastrar la envoltura metálica por la ladera del bosque hacia arriba hasta la Guarida de la Serpiente, aunque no consiguió pasar al interior de la cueva a través de la grieta obstruida por raíces. Fue allí también donde cubrió su cuerpo de extraterrestre con ropa humana y una máscara de cera que juzgó indispensable. Guardó allí la envoltura durante más de un año, hasta que ciertas circunstancias le obligaron a buscar un nuevo escondrijo.

»Fue caminando a Arkham —ejercitando por cierto su cuerpo para adoptar posturas humanas y habituarse a la gravedad terrestre— y cambió su oro por dinero en un banco. Hizo también algunas investigaciones —haciéndose pasar por un extranjero que no sabía mucho inglés— y descubrió que se encontraba en 1930, sólo dos años después del objetivo que había pretendido.

»Como es natural, su situación era espantosa. Imposibilitado de hacer valer su identidad, obligado a estar en guardia constantemente, con ciertas dificultades para alimentarse, y necesitando ahorrar la extraña droga que mantenía inactiva a su faceta Zkauba, le parecía que debía actuar lo más rápidamente posible. Fue a Boston y tomó una habitación en el ruinoso West End, donde podía vivir con poco dinero y sin llamar la atención, e inmediatamente hizo averiguaciones sobre la fortuna y bienes de Randolph Carter. Fue entonces cuando se enteró de lo deseoso que estaba míster Aspinwall, aquí presente, de repartir la herencia, y con cuánto brío se esforzaban míster De Marigny y míster Phillips por mantenerla intacta.

El hindú hizo una reverencia, aunque no cruzó expresión alguna por su rostro moreno, apacible y cubierto por una poblada barba.

—Indirectamente —prosiguió—, Carter consiguió una copia fiable del pergamino desaparecido y empezó a intentar descifrarlo. Me alegra decir que pude ayudarle a hacerlo; pues recurrió a mi bastante pronto y, a través de mi, entró en contacto con otros místicos repartidos por todo el mundo. Fui a vivir con él a Boston: un lamentable sitio en Chambers Street. En cuanto al pergamino, me complace poder sacar de dudas a míster De Marigny. Déjeme

decirle que la lengua de aquellos jeroglíficos no es naacal sino r'lyehiano, idioma que fue traído a la Tierra por la prole de Cthulhu hace innumerables ciclos^[640]. Se trata, desde luego, de una traducción... hubo un original hyperbóreo, millones de años más antiguo, escrito en la lengua primigenia de Tsath-yo.

»Había más para descifrar de lo que Carter había supuesto, pero en ningún momento perdió la esperanza. A principios de aquel año hizo grandes progresos gracias a un libro que importó de Nepal, y no cabe la menor duda de que lo conseguirá dentro de poco. Sin embargo, por desgracia ha aparecido un obstáculo: se ha agotado la extraña droga que mantiene inactiva a la faceta Zbauka. No obstante, este infortunio no es tan grande como era de temer. La personalidad de Carter se impone en el cuerpo, y cuando predomina Zbauka —durante periodos cada vez más cortos y sólo como consecuencia de alguna emoción desacostumbrada— generalmente está demasiado aturdido para anular la labor de Carter. No puede encontrar la envoltura metálica que lo devolvería a Yaddith, pues aunque una vez estuvo a punto de encontrarla, Carter la escondió de nuevo en un momento en que la faceta Zbauka estaba completamente latente. El único daño que ha causado ha sido asustar a unas cuantas personas y originar ciertos rumores de pesadilla entre los polacos y lituanos del West End de Boston. De momento, no ha estropeado el cuidadoso disfraz preparado por la faceta Carter, aunque a veces se lo quita de modo que algunas partes han tenido que ser reemplazadas. He visto lo que hay debajo... y no es una visión agradable.

»Hace un mes Carter vio el anuncio de esta reunión, y supo que tenía que actuar con rapidez para proteger su fortuna. No podía esperar a descifrar el pergamino y recobrar su forma humana. Por lo tanto ha delegado en mí para que actúe en su nombre, y como tal estoy aquí.

»Caballeros, les digo que Randolph Carter no ha muerto; que está provisionalmente en un estado anómalo, pero que dentro de dos o tres meses como mucho podrá aparecer en su verdadera

forma y exigir la custodia de sus bienes. Estoy dispuesto a presentarles pruebas si es preciso. Por consiguiente, les ruego que aplacen esta reunión por un periodo indefinido.

VIII

De Marigny y Phillips miraron fijamente al hindú como hipnotizados, en tanto que Aspinwall emitía una serie de resoplidos y bramidos. Para entonces la indignación del viejo abogado se había convertido en furia manifiesta, y aporreó la mesa con un puño en el que las venas parecían a punto de estallar. Cuando por fin habló, fue una especie de vociferación.

—¿Cuánto tiempo vamos a soportar estas bobadas? Llevo una hora escuchando a este loco... este impostor^[641]... y ahora tiene la tremenda desfachatez de decir que Randolph Carter está vivo... ¡de pedirnos que aplacemos la transacción sin una buena razón! ¿Por qué no pone de patitas en la calle a ese sinvergüenza, De Marigny? ¿Se propone usted que seamos el blanco de las bromas de un charlatán o un necio?

De Marigny alzó discretamente la mano y habló en voz baja.

—Reflexionemos pausadamente y con tranquilidad. Esa historia ha sido muy extraña, y hay en ella cosas que yo, como místico no del todo ignorante, admito que son bastante posibles. Además, desde 1930 he recibido cartas del *swami* que concuerdan con lo que él ha contado.

Al detenerse De Marigny, el anciano míster Phillips se permitió unas palabras.

—El *swami* Chandraputra habló de pruebas. Yo también reconozco que gran parte de esta historia es bastante significativa, y yo mismo he recibido muchas cartas del *swami* durante los dos últimos años que curiosamente la corroboran; pero algunas de esas

afirmaciones parecen excesivas. ¿No nos podría usted mostrar algo tangible?

Finalmente, con el rostro impasible, el *swami* respondió despacio y con voz ronca, y mientras hablaba sacó un objeto del bolsillo de su holgada chaqueta.

—Aunque ninguno de ustedes haya *visto* nunca la llave de plata, tanto míster De Marigny como míster Phillips han visto fotografías de ella. ¿No les resulta esto familiar?

Puso vacilantemente encima de la mesa, con su mano grande enfundada en blancos mitones, una pesada llave de plata deslustrada... de casi cinco pulgadas [unos doce centímetros y medio] de largo, de hechura desconocida y totalmente exótica, y cubierta de un extremo a otro de jeroglíficos de lo más extraño. De Marigny y Phillips se quedaron boquiabiertos.

—¡Eso es! —exclamó De Marigny—. La cámara no miente. ¡No puedo equivocarme!

Pero Aspenwall ya había lanzado su respuesta.

—¡Necios! ¿Qué prueba eso? Si esa es realmente la llave que perteneció a mi primo, ¡este extranjero —este maldito negro— va a tener que explicar cómo la consiguió! ¿Cómo sabemos que no la robó y le asesinó? Estaba medio chiflado y se relacionaba con gente todavía más chiflada.

»Oye, tú, negro... ¿dónde conseguiste esta llave? ¿Mataste a Randolph Carter?

El rostro del *swami*, excepcionalmente apacible, no sufrió cambio alguno; pero sus extraños ojos negros sin iris resplandecieron peligrosamente y habló con gran dificultad.

—Haga el favor de controlarse, míster Aspinwall. Hay otra clase de prueba que *podría* darle, pero la impresión que les causaría a todos no sería agradable. Seamos razonables. Aquí tengo algunos documentos, escritos por supuesto con posterioridad a 1950, y en el inconfundible estilo de Randolph Carter.

Sacó con torpeza un largo sobre del interior de su holgada chaqueta y se lo dio al farfullante abogado, mientras De Marigny y

Phillips le observaban totalmente confusos y con una incipiente sensación de superno asombro.

—La letra, desde luego, es casi ilegible... pero recuerden que Randolph Carter ya no tiene manos bien adaptadas para la escritura humana.

Aspinwall echó un vistazo a los documentos apresuradamente, y quedó visiblemente perplejo, pero no cambió de modales. En la habitación reinaba una tensa excitación y un pavor indescriptible, y el extraño ritmo del reloj en forma de ataúd le sonaba completamente diabólico a De Marigny y a Phillips... aunque al abogado no parecía afectarle en absoluto. Aspinwall habló de nuevo.

—Estos papeles parecen hábiles falsificaciones. Si no lo son, eso significa que Randolph Carter ha sido sometido al control de gente que no tiene buenas intenciones. Sólo se puede hacer una cosa: hacer que arresten a este impostor. De Marigny, ¿quiere usted telefonar a la policía?

—Esperen un momento —respondió el anfitrión—. No creo que este asunto requiera la intervención de la policía. Tengo una idea. Míster Aspinwall, este caballero es un místico de verdadero talento y dice gozar de la confianza^[642] de Randolph Carter. ¿Se convencería usted si fuese capaz de contestar a ciertas preguntas a las que sólo podría responder alguien que gozase de tal confianza? Conozco a Carter y puedo hacer ese tipo de preguntas. Déjeme buscar un libro que creo servirá perfectamente de prueba.

Se dirigió hacia la puerta para ir a la biblioteca, y Phillips, deslumbrado, le siguió maquinalmente. Aspinwall se quedó donde estaba, estudiando con mucha atención al hindú, que se encontraba frente a él con el rostro anormalmente impasible. De pronto, mientras Chandraputra volvía a meterse la llave de plata en el bolsillo desmañadamente, el abogado emitió un grito gutural que hizo detenerse a De Marigny y a Phillips en su camino a la biblioteca.

—¡Válgame Dios, ya lo tengo! Ese granuja va disfrazado. No creo en modo alguno que sea un indio oriental. Ese rostro... ¡no es un rostro, sino una *máscara*! Supongo que se me ocurrió a partir de su historia, pero es cierto. No lo mueve, y ese turbante y la barba ocultan los bordes. ¡Este individuo es un vulgar timador! Ni siquiera es un extranjero... me he fijado en su forma de hablar. Es un yanqui o algo por el estilo. Y miren esos mitones... sabe que puede dejar sus huellas dactilares. Maldito sea, le voy a quitar esa cosa...

—¡Basta! —la extraña voz ronca del *swami* tenía un tono que iba más allá del simple miedo terrenal—. Ya les dije que existía *otra clase de prueba que podría darles si fuera preciso*, y les advertí que no me obligaran a hacerlo. Este viejo entrometido con la cara encendida de ira tiene razón: a decir verdad no soy un indio oriental. *Este rostro es una máscara, y lo que ella cubre no es humano*. Ustedes lo han adivinado... me di cuenta de eso hace un rato. No sería agradable que me quitase la máscara... déjalo estar, Ernest. Más vale que te diga que *soy Randolph Carter*.

Nadie se movió. Aspinwall resopló e hizo gestos imprecisos. De Marigny y Phillips observaron desde el otro lado de la habitación los efectos de aquella declaración en su rostro congestionado y escrutaron la espalda de la figura con turbante que tenía frente a él. El anómalo tictac del reloj sonaba horrendo, y el humo de los trípodes y el cimbreado tapiz seguían el compás de una danza de la muerte. Medio atorado, el abogado rompió el silencio.

—No, no lo eres, sinvergüenza... ¡no me asustas! Tus razones tendrás para no querer quitarte la máscara. Tal vez porque podríamos reconocerte. Quítatela...

Cuando se le echó encima, el *swami* le agarró la mano con una de las suyas, desmañadamente enfundadas en los mitones, provocándole un extraño grito, mezcla de dolor y sorpresa. De Marigny se lanzó hacia ellos, pero se detuvo desconcertado cuando el grito de protesta del falso hindú se convirtió en un estertor y un zumbido totalmente inexplicables. Aspinwall tenía el rostro encendido de furor y, con su mano libre, arremetió contra la tupida

barba de su oponente. En esa ocasión consiguió agarrarla y, de un frenético tirón, todo el rostro de cera se soltó del turbante y quedó colgando del apoplético puño del abogado.

Cuando ocurrió eso, Aspinwall lanzó un espantoso grito ahogado, y Phillips y De Marigny vieron que su rostro se dislocaba a causa del más salvaje, profundo y espantoso acceso de puro pánico que nunca habían visto en semblante humano alguno. Mientras tanto, el falso *swami* se había soltado la otra mano y se había quedado como aturdido, haciendo ruidos zumbantes de lo más singulares. Acto seguido la figura con turbante se dejó caer de una manera extraña en una postura apenas humana, y empezó a andar arrastrando los pies de una manera extraña, como si estuviera fascinado, hacia el reloj en forma de ataúd que marcaba su anómalo ritmo cósmico. Había vuelto su rostro ya descubierto y De Marigny y Phillips no pudieron ver lo que la maniobra del abogado había revelado. Entonces fijaron su atención en Aspinwall, que había caído pesadamente al suelo. El hechizo se había roto... pero cuando se acercaron el anciano había muerto.

Al volverse de prisa hacia el *swami*, que retrocedía arrastrando los pies, De Marigny vio que uno de los grandes mitones blancos caía lánguidamente de su brazo colgante. Los vapores del olíbano eran espesos, y lo único que podía vislumbrarse de la mano descubierta era algo largo y negro. Antes de que el criollo pudiera alcanzar a la figura que retrocedía, el anciano mister Phillips se lo impidió poniéndole una mano en el hombro.

—¡No! —susurró—. No sabemos a qué vamos a enfrentarnos... la otra faceta, ya sabe... Zkauba, el mago de Yaddith...

La figura del turbante había llegado ya a aquel singular reloj, y ambos observadores pudieron ver a través del denso humo que una confusa garra negra forcejeaba para abrir la puerta alta cubierta de jeroglíficos. El forcejeo produjo un extraño chasquido. Acto seguido la figura entró en la caja del reloj en forma de ataúd y después cerró la puerta de golpe.

Ya no fue posible contener a De Marigny por más tiempo, pero cuando llegó y abrió la puerta, el reloj estaba vacío. El anómalo tictac seguía marcando el enigmático ritmo cósmico que subyace en todas las puertas de acceso místicas. El gran mitón blanco y el hombre muerto con una máscara barbada agarrada en la mano, que quedaron en el suelo, no pudieron revelar nada más.

Ha pasado un año y nada se ha sabido de Randolph Carter. Su herencia está todavía sin resolver. La dirección de Boston desde la que un tal «*swami* Chandraputra» solicitó información a varios místicos en los años 1930, 1931 y 1932 correspondía, en efecto, a un extraño hindú, pero este la abandonó poco antes de la fecha de la reunión en Nueva Orleans y desde entonces no se le volvió a ver nunca más. Según afirman era moreno, inexpresivo y llevaba barba, y su casero cree que la máscara atezada —que le mostraron como cabe esperar— se le parece mucho. Sin embargo, nunca se sospechó que tuviera ninguna relación con las apariciones de pesadilla de las que hablaban en voz baja los esclavos del barrio. Las colinas de detrás de Arkham fueron registradas en busca de la «envoltura metálica», pero no se encontró nada por el estilo. No obstante, un empleado del First National Bank de Arkham recuerda a un extraño hombre con turbante que en octubre de 1930 cobró en efectivo por un poco de oro en lingotes.

De Marigny y Phillips no saben qué pensar del asunto. Después de todo, ¿qué pruebas hay? Todo fue un cuento. Una llave que podía haber sido falsificada a partir de una de las fotografías que Carter había distribuido profusamente en 1928. Algunos documentos... nada concluyente. Un extranjero enmascarado, pero ¿queda alguien vivo que hubiera visto lo que había detrás de la máscara? Entre la tensión y el humo del olíbano aquella desaparición en el interior del reloj podía haber sido perfectamente una doble alucinación. Los hindúes saben mucho de hipnotismo. La lógica revela que el *swami* era un delincuente que planeaba

apropiarse de la herencia de Randolph Carter. Pero la autopsia afirmaba que Aspinwall había muerto de una impresión. ¿Fue sólo la ira lo que la provocó? Y algunas cosas en esa historia...

En una enorme habitación con tapices de extrañas figuras y llena de humo de olíbano, Étienne-Laurent de Marigny se sienta a menudo a escuchar con imprecisas sensaciones el ritmo singular de aquel reloj en forma de ataúd cubierto de jeroglíficos.

EL SER DEL UMBRAL^[643]

I

Es verdad que le he descargado seis tiros en la cabeza a mi mejor amigo; sin embargo, espero demostrar en esta declaración que no soy su asesino. Al principio se me tendrá por loco; más loco que el que maté en su celda del Sanatorio de Arkham. Después, algunos de los que la lean sopesarán cada afirmación, la cotejarán con los hechos conocidos, y se preguntarán si podía haber obrado de otra manera tras enfrentarme a la evidencia de ese horror... de ese ser del umbral.

Hasta ese momento, yo tampoco encontraba otra cosa que locura en las historias disparatadas en las que me he visto involucrado. Todavía hoy me pregunto si no habré caído en un engaño, o si no estoy efectivamente loco. No lo sé; pero hay otros que tienen cosas extrañas que contar de Edward y Asenath Derby, y ni siquiera la estólida policía encuentra una explicación a esa terrible visita final; ha intentado débilmente presentar la teoría de que fue una broma macabra, o una advertencia de los criados despedidos; pero en el fondo saben que la verdad es infinitamente más terrible e increíble.

Por tanto, repito que no he asesinado a Edward Derby. Antes bien, lo he vengado; y al hacerlo he purificado el mundo de un horror cuya sobrevivencia podía haber desatado terrores indecibles sobre la humanidad. Existen zonas de tenebrosa sombra inmediatas a nuestra senda diaria, y de tiempo en tiempo algún alma malvada se

abre paso hasta ellas. Cuando eso ocurre, el que lo sabe debe intervenir, antes de tener que lamentar las consecuencias.

Conocía a Edward Pickman Derby de toda la vida. Ocho años más joven que yo, era tan precoz que compartíamos muchos gustos cuando él tenía ocho años y yo dieciséis^[644]. Era el alumno más extraordinario que he conocido; a los siete años escribía poesías de un humor sombrío, fantástico, casi morboso, que sorprendía a los preceptores. Quizá su educación privada y su reclusión rodeada de mimo tuvieron que ver con su florecimiento prematuro. Hijo único, padecía debilidades orgánicas que alarmaban a sus progenitores, por lo que lo mantenían sujeto a su lado. Jamás lo dejaban salir sin su niñera, y raras veces tenía ocasión de jugar libremente con otros niños. Todo esto fomentaba indudablemente en el niño una vida interior extraña y secreta, con la imaginación como única vía de acceso a la libertad^[645].

Sea como fuese, sus conocimientos juveniles eran prodigiosos y raros; y su fluidez escribiendo era tal que me deslumbraba, a pesar de que casi le doblaba en edad. Por ese tiempo yo tenía inclinación por el arte de carácter grotesco, y encontraba en este chico una rara afinidad. Detrás de nuestro común amor por las sombras y las maravillas estaba, sin duda, la ciudad antigua, ruinosa, temible en la que vivíamos: la embrujada y legendaria Arkham, cuyas techumbres apiñadas y hundidas, y desgastadas balaustradas georgianas aguantaban el paso de los siglos junto al oscuro y susurrante Miskatonic.

Andando el tiempo, me aficioné a la arquitectura y abandone la idea de ilustrar un libro de poemas demoníacos de Edward; aunque no por eso se resintió lo más mínimo nuestra camaradería. El genio singular del joven Derby se desarrolló notablemente, y a los dieciocho años su colección de líricas pesadillas causó verdadera sensación cuando se publicó con el título de *Azathoth y otros horrores*^[646]. Se escribía asiduamente con el célebre poeta baudeleriano Justin Geoffrey^[647], autor de *El pueblo del monolito*,

que murió gritando en un manicomio^[648], en 1926, después de una visita a un pueblo siniestro y mal afamado de Hungría.

En cuanto a confianza en sí mismo y a cuestiones prácticas, sin embargo, Derby andaba muy retrasado debido a su mimada existencia. Su salud había mejorado mucho, pero sus padres, superprotectores, fomentaban en él los hábitos de infantil dependencia; de manera que nunca viajaba solo, nunca tomaba una decisión por sí mismo, y nunca asumía una responsabilidad. Pronto se vio que no estaba capacitado para la lucha en el campo profesional o de los negocios; pero la fortuna familiar era tan holgada que esto no constituía ninguna tragedia^[649]. Cuando llegó a adulto siguió teniendo el mismo aspecto añorado. Rubio, de ojos azules, tenía la piel lozana de un crío, y a duras penas se discernía el bigote que intentaba dejarse^[650]. Su voz era suave y débil, y la vida muelle y la falta de ejercicio le daban una gordura juvenil, más que una tripa de madurez prematura. Era alto, y su rostro bien parecido habría podido hacer de él un galán notable, de no haberle empujado su timidez a una vida recluida y libresca.

Todos los veranos lo llevaban sus padres al extranjero, y en seguida captó los aspectos superficiales de la expresión y el pensamiento europeos. Su talento poético le fue inclinando cada vez más hacia lo decadente, y esta propensión acabó despertando en él otra sensibilidad y otros anhelos. En aquellos días nos enfrascábamos en largos debates. Yo me había graduado en Harvard, había trabajado en el estudio de un arquitecto de Boston, me había casado, y finalmente había regresado a Arkham para ejercer mi profesión, donde me establecí en nuestra casa solariega de Saltonstall Street^[651], ya que mi padre se había ido a vivir a Florida por motivos de salud. Edward solía venir a verme casi a diario, al anochecer; al extremo de que llegué a considerarle un miembro más de la casa. Tenía una manera característica de llamar al timbre, o con la aldaba, que acabó convirtiéndose en una especie de señal convenida; así que después de cenar esperaba siempre oír los tres timbrazos en rápida sucesión seguidos de otros dos tras una

breve pausa. Yo iba a su casa con menos frecuencia, y contemplaba con envidia los oscuros volúmenes de su biblioteca en constante aumento.

Derby se graduó en la Universidad Miskatonic de Arkham, dado que sus padres no consentían que viviese lejos de ellos. Ingresó a los dieciséis años y acabó la carrera en tres, en la especialidad de literaturas inglesa y francesa, obteniendo notas altas en todo menos en matemáticas y ciencias. Tuvo muy poco trato con los demás estudiantes, aunque miraba con envidia a los «osados» y a los «bohemos», cuyo lenguaje superficialmente «original» y pose irónica y vacía imitaba, y cuya dudosa conducta deseaba atreverse a adoptar.

Lo que hizo fue convertirse casi en un fanático devoto del saber mágico y oculto, por el que la biblioteca de la Miskatonic era y es famosa. Habitado a vivir desde siempre en la superficie de la extrañeza y la fantasía, buceaba ahora en las runas y los enigmas dejados por un pasado fabuloso para guía o confusión de la posteridad. Se sumergía en textos como el *Libro de Eibon*, el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, o el prohibido *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred; aunque nada de esto comentaba a sus padres. Edward tenía veinte años cuando nació mi único hijo, y le gustó que le pusiera el nombre de Edward Derby Upton, por él.

A los veinticinco era un hombre prodigiosamente docto y poeta y cultivador de la fantasía relativamente conocido; aunque su falta de contactos y responsabilidades había retardado sus progresos literarios, haciendo sus escritos excesivamente artificiosos y sesudos^[652]. Yo era quizá su más íntimo amigo, y encontraba en él una fuente inagotable de asuntos teóricos vitales, mientras que él acudía a mí en busca de consejo sobre lo que no quería hablar con sus padres. Permanecía soltero —más por timidez, inercia y proteccionismo paterno que por inclinación—, y sus relaciones sociales eran superficiales y sumamente formularias. Cuando estalló la guerra, la salud y la cortedad le retuvieron en casa^[653]. A mí me

mandaron a Plattsburg^[654] para una misión, pero no llegué a salir del país.

Y así pasaban los años. La madre de Edward murió cuando él tenía treinta y cuatro, y durante meses le tuvo incapacitado una singular afección psicológica. Su padre le llevó a Europa, no obstante, y consiguió sacarlo de su trastorno sin consecuencias aparentes. Más tarde experimentó una especie de euforia, como si se hubiese liberado de alguna servidumbre invisible^[655]. Empezó a tratarse con el grupo de universitarios más «adelantados», a pesar de su edad ya madura, y estuvo involucrado en ciertos hechos atroces; en una ocasión pagó un cuantioso chantaje (dinero que me pidió prestado a mí) para que no informasen a su padre de su presencia en determinado asunto. Algunos rumores sobre la camarilla de la Miskatonic eran de lo más singulares. Incluso se hablaba de magia negra y de sucesos totalmente fuera de lo creíble.

II

Edward tenía treinta y ocho años cuando conoció a Asenath Waite. Ella contaba por entonces, creo, veintitrés, y estaba haciendo un curso especializado de metafísica medieval en la Miskatonic. La hija de un amigo mío la conocía de antes —de la Hall School^[656] de Kingsport—, y tendía a evitar su trato debido a su reputación de excéntrica. Era morena, menuda y muy guapa; salvo los ojos, que los tenía demasiado saltones. Había algo en su expresión que echaba para atrás a las personas sensibles. Pero era sobre todo su origen y su conversación lo que la extrañaban de la gente corriente: era una Waite de Innsmouth^[657]; y durante generaciones se habían ido acumulando oscuras leyendas sobre la ruinosa y medio deshabitada Innsmouth y sus habitantes. Hay historias sobre pactos horribles realizados hacia el año 1850, y sobre un extraño elemento

«no completamente humano» en las antiguas familias del ruinoso puerto pesquero, como sólo los yanquis de los viejos tiempos pueden inventar y contar con justo temor.

El caso de Asenath lo agravaba el hecho de ser hija de Ephraim Waite, habida en su vejez con una esposa que nadie conoció y que siempre fue con velo. Ephraim vivía en una mansión medio en ruinas de Washington Street, Innsmouth, y los que habían visto el edificio (los de Arkham evitan ir a Innsmouth si pueden) afirmaban que las ventanas del ático estuvieron siempre condenadas con tablas; y que a veces, al anochecer, salían de allí ruidos extraños. Se sabe que el anciano fue un portentoso conocedor de la magia en su tiempo, y la leyenda afirma que podía originar o aplacar tempestades en el mar a voluntad. Yo lo había visto una o dos veces en mi juventud, cuando acudió a Arkham a consultar obras de acceso restringido en la biblioteca de la universidad, y su cara lobuna, saturnina, con una maraña de barba gris acero, me había producido aversión. Murió loco —en extrañas circunstancias— poco antes de que su hija (en su testamento la confió nominalmente a la tutela del director) ingresara en la Hall School. Pero, ávida discípula de su padre, se parecía a veces diabólicamente a él.

El amigo cuya hija había ido al colegio con Asenath Waite me contó varias anécdotas cuando se supo que tenía relaciones con Edward. Al parecer, Asenath había alardeado en el colegio de tener poderes mágicos; y verdaderamente parecía que era capaz de ejecutar maravillas asombrosas. Aseguraba que podía desatar tormentas, aunque su aparente éxito se atribuía por lo general a una especial habilidad para prever. Los animales manifestaban una marcada aversión hacia ella, y era capaz de hacer que un perro se pusiese a aullar mediante ciertos movimientos con la mano derecha. Había veces en que revelaba retazos de un conocimiento y un lenguaje de lo más singular —y espantoso— en una joven; en que asustaba a sus compañeras con miradas de reojo y guiños que no sabían cómo interpretar, y les parecía encontrar en ellos una ironía obscena y complacida desde su actual situación.

Más extraordinarios, sin embargo, eran los casos confirmados de su influjo sobre otras personas. Poseía, sin la menor duda, el don del hipnotismo: mirando de manera especial a una compañera, hacía que esta experimentase claramente la sensación de *intercambiar con ella la personalidad*; como si la hipnotizada se desplazase momentáneamente al cuerpo de la maga, y viese desde el otro extremo del aula su propio cuerpo, cuyos ojos centelleaban y sobresalían con una expresión ajena. Asenath decía a menudo cosas descabelladas sobre la naturaleza de la conciencia, y su independencia respecto de su soporte físico... o al menos respecto de los procesos vitales de su soporte físico. Pero había una cosa que la enfurecía lo indecible, y era no ser varón; porque pensaba que el cerebro masculino tenía ciertos poderes especiales, de un alcance cósmico. Con un cerebro de varón, afirmaba, no sólo igualaría a su padre en el dominio de fuerzas desconocidas, sino que lo superaría^[658].

Edward conoció a Asenath en una reunión «intelectual» celebrada en la habitación de uno de los estudiantes. Al día siguiente, cuando vino a verme, no fue capaz de hablar de otra cosa. Tenía los mismos intereses y conocimientos que le absorbían a él, aparte de que personalmente le gustaba muchísimo. Yo no conocía a la joven, y sólo recordaba alguna referencia esporádica; pero sabía quién era. De todos modos, me parecía deplorable que Derby estuviese tan colado por ella; aunque no dije nada que sonara a censura, ya que los enamoramientos se encienden aún más cuando topan con alguna oposición. Añadió que no le diría nada a su padre.

Durante las semanas siguientes, Derby sólo me habló de Asenath. La gente se había percatado del otoñal galanteo de Edward, y todos coincidían en que, como no aparentaba la edad que tenía, no desentonaba en absoluto cortejando a su rara divinidad. Apenas tenía barriga, a pesar de su indolencia y su sibaritismo, y su rostro estaba exento de arrugas. En cambio Asenath tenía

prematuras patas de gallo debidas a un intenso ejercicio de concentración.

Por esas fechas vino Edward con la joven para presentármela, y en seguida me di cuenta de que el afecto era mutuo. Ella no cesaba de mirarlo casi como un ave de presa; y comprendí que la intimidad entre ambos era indisoluble. Poco después recibí la visita del viejo señor Derby, por el que siempre sentí respeto y admiración. Había oído rumores acerca de la nueva amistad de su hijo, y había sonsacado al «muchacho» toda la verdad. Edward estaba decidido a casarse con Asenath; incluso había empezado a buscar casa en las afueras. Conociendo mi influencia sobre su hijo, venía a ver si yo podía ayudarle a impedir este paso descaminado; pero sentí mucho tenerle que expresar mis dudas. Esta vez no se trataba de que Edward fuera débil de voluntad, sino que la mujer tenía una voluntad de hierro. El perpetuo adolescente había transferido su dependencia de la figura paterna a otra nueva y más fuerte, y nada se podía hacer en esto.

Un mes más tarde se celebró la boda, oficiada por un juez de paz, como había pedido la novia. El señor Derby, por consejo mío, no puso la más pequeña objeción; y él, mi esposa, mi hijo y yo asistimos a la breve ceremonia; los demás invitados fueron un puñado de universitarios alocados. Asenath había comprado la vieja mansión de Crowninshield, en el campo, al final de High Street, y allí se instalaron tras un corto viaje a Innsmouth, de donde volvieron con tres criados, y algunos libros y enseres. Creo que lo que inclinó a Asenath a escoger Arkham, en vez de volver definitivamente a Innsmouth, fue no tanto una consideración hacia Edward y su padre, como el deseo personal de estar cerca de la universidad, su biblioteca y el puñado de «pretenciosos».

Cuando Edward vino a verme después de la luna de miel lo encontré ligeramente cambiado: Asenath le había convencido de que se afeitase el escaso bigote. Pero había algo más. Lo veía más grave, más pensativo; su mohín habitual de pueril rebeldía se había convertido en un gesto casi de genuina tristeza. No estaba seguro

de si me agradaba o me desagradaba el cambio. Desde luego, de momento me parecía más normalmente adulto que antes. Quizá el matrimonio le había sentado bien. ¿No significaría este *cambio* de dependencia un paso hacia la *neutralización* que podía conducirle finalmente a una independencia responsable? Vino solo, porque Asenath estaba muy atareada: se había traído de Innsmouth (Derby se estremecía cada vez que pronunciaba ese nombre) una enorme cantidad de libros y aparatos, y estaba terminando la restauración de la casa y el parque de Crowninshield.

La casa que ella tenía en... esa ciudad... era un lugar de lo más inquietante; pero había visto allí objetos que le habían permitido saber cosas sorprendentes. Progresaba deprisa en el saber esotérico, ahora que contaba con la dirección de Asenath. Algunos de los experimentos que ella proponía eran muy osados y radicales —no se sentía con libertad para describírmelos—; pero tenía confianza en los poderes e intenciones de ella. Los tres criados eran muy extraños: una pareja increíblemente vieja que había estado con Ephraim y aludía a veces a él y a la muerte de la madre de Asenath de una manera enigmática, y una moza morena de facciones marcadamente anómalas, y que parecía exudar un perpetuo olor a pescado.

III

Durante los dos años siguientes las visitas de Derby se fueron espaciando. Podían pasar dos semanas sin que oyese los consabidos tres pausados toques en la puerta; y cuando venía, o cuando iba yo a verlo —cosa que también se iba volviendo cada vez menos frecuente—, lo encontraba poco dispuesto a hablar de temas importantes. Se había vuelto reservado sobre aquellos estudios ocultos en los que solía explayarse y debatir con detalle, y prefería

abordarlos con su esposa. Ella había envejecido tremendamente desde su matrimonio, al extremo de que ahora parecía mayor que él; su rostro tenía la expresión más concentradamente determinada que había visto yo en mi vida, y su aspecto entero parecía adquirir un carácter vagamente repulsivo imposible de precisar. Mi mujer y mi hijo lo notaron también, y poco a poco dejamos los tres de visitarla; decisión que, comentó Edward con una pueril falta de tacto muy suya, ella agradecía profundamente. De tiempo en tiempo, los Derby emprendían un largo viaje... ostensiblemente a Europa; aunque Edward a veces insinuaba destinos más oscuros.

Pasado el primer año, la gente empezó a hablar del cambio que había dado Edward Derby. Eran comentarios casuales, porque se trataba de algo puramente psicológico, pero ponían de relieve detalles interesantes. De cuando en cuando se observaba que Edward tenía una expresión y hacía cosas totalmente incompatibles con su blandura natural. Por ejemplo, aunque antes jamás había conducido un coche, ahora se le veía entrar y salir del paseo de la vieja Crowninshield con el potente Packard de Asenath, conduciendo como un experto, y metiéndose en el tráfico con una habilidad impensable en él. Al parecer, en esos casos regresaba siempre de un viaje, o lo emprendía no se sabía adónde, aunque casi siempre tomaba la carretera de Innsmouth.

Extrañamente, la metamorfosis no era del todo agradable. La gente decía que en esas ocasiones se parecía demasiado a su mujer, o al propio Ephraim Waite; o quizá, por ser tan raro ese comportamiento en él, parecía antinatural. A veces, horas después de salir en esa dirección, regresaba recostado en el asiento de atrás, con el ademán abandonado, con un chófer o un mecánico obviamente contratado al volante. También, su aspecto más habitual por la calle, en su cada vez más escasa ronda de contactos sociales (incluidas las visitas que me hacía a mí, puedo decir), era el de una persona indecisa, como en sus viejos tiempos; en cuanto a su pueril irresponsabilidad, era más marcada aún que en el pasado. Y mientras el rostro de Asenath envejecía, el de Edward —salvo en

esas ocasiones excepcionales— se relajaba en una especie de exagerada inmadurez; excepto cuando cruzaba por él un asomo de tristeza o de comprensión. Era verdaderamente desconcertante. Entretanto, los Derby se habían apartado casi por completo del alegre círculo de universitarios; no porque no se sintiesen a gusto entre ellos, como nos enteramos, sino porque sus actuales estudios horrorizaban a los más insensibles de ese grupo de decadentes^[659].

Fue al tercer año de casado cuando Edward empezó a hacer claras alusiones a cierto temor y descontento; dejaba caer comentarios sobre que las cosas «estaban yendo demasiado lejos», y hablaba oscuramente de que necesitaba «salvar su identidad». Al principio no hice caso de esas quejas; pero, pasado un tiempo, le pregunté con cautela, al recordar lo que la hija de mi amigo había contado sobre el poder hipnótico que Asenath había ejercido sobre sus compañeras de clase, que creyeron estar en el cuerpo de ella y que se vieron a sí mismas al otro lado de la clase. Mis preguntas parecieron llenarle de alarma a la vez que de agradecimiento; y murmuró que quería tener una seria conversación conmigo más adelante.

Por esas fechas murió el anciano señor Derby, algo de lo que, a la postre, tuve que alegrarme. Fue un golpe para Edward; pero no se desmoronó. Había visto poquísimas veces a su padre desde que se había casado, dado que Asenath acaparaba todo su sentido del afecto para con la familia. Algunos le tildaron de insensible ante esta pérdida; sobre todo cuando empezaron a verlo más a menudo conduciendo de manera jovial y desenvuelta. Ahora quería volver a la vieja mansión de Derby; pero Assenath se empeñaba en seguir viviendo en Crowninshield, a la que ella se había adaptado muy bien.

No mucho después, mi mujer se enteró de algo curioso por una amiga, una de las pocas que no había dejado de tratar a los Derby. Había llegado al final de High Street y se dirigía a visitar a la pareja, cuando vio salir del paseo un coche a toda velocidad, con Edward singularmente dueño de sí, y la cara sonriente por encima del

volante. Al llamar al timbre, la repulsiva criada le dijo que Asenath había salido también. Sin embargo, cuando se iba, alzó los ojos casualmente hacia la casa, y allí, en una ventana de la biblioteca de Edward, vio un rostro que se retiró rápidamente; un rostro cuya expresión de sufrimiento, de derrota, de desilusión, de desesperanza, era indeciblemente conmovedora. Era —lo que parecía increíble, dada su habitual actitud autoritaria— el rostro de Asenath. Y sin embargo, la amiga de mi mujer juraba que la mirada triste y confundida que asomaba por aquellos ojos era la del pobre Edward^[660].

Las visitas de Edward se volvieron ahora algo más frecuentes; y sus alusiones, en ocasiones, más concretas. No era creíble lo que contaba, ni siquiera en la Arkham legendaria y secular; pero se explayaba sobre su saber oscuro con una sinceridad y un convencimiento que me hacían temer por su equilibrio mental. Hablaba de terribles reuniones en lugares solitarios, de ruinas ciclópeas en el corazón del bosque de Maine, de las que descendían inmensas escaleras que descendían a abismos nocturnos y secretos, de ángulos complicados que conducían, a través de muros invisibles, a otras regiones de espacio y tiempo, y de espantosos intercambios de identidades que permitían explorar regiones remotas y prohibidas de otros mundos y de continuos espacio-tiempo diferentes.

De cuando en cuando apoyaba sus absurdas afirmaciones mostrándome objetos que me dejaban absolutamente estupefacto: objetos de un color engañoso y una textura desconcertante como nunca se han visto en la Tierra, cuyas curvas y superficies insensatas no obedecían a ningún propósito concebible ni seguían ninguna geometría imaginable. Estos objetos, decía, venían «del exterior». Y su mujer sabía el modo de obtenerlos. A veces —pero siempre con voz susurrante y temerosa— contaba cosas del viejo Ephraim Waite, al que en otro tiempo había visto en la biblioteca de la universidad. Nunca era claro cuando se refería a él, sino que parecía darle vueltas a una duda horrible sobre si el viejo hechicero

había muerto de verdad... tanto en el sentido espiritual como material.

Había ocasiones en que Derby enmudecía de repente, en mitad de sus revelaciones, y yo me preguntaba si no habría adivinado Asenath a distancia lo que estaba diciendo y le cortaba la palabra con algún mesmerismo telepático, con algún poder del tipo de los que había exhibido en el colegio. Seguro que sospechaba que Derby me contaba cosas; porque conforme pasaban las semanas, hacía más por impedirle que viniera, con palabras y miradas de un poder inexplicable. Sólo venciendo grandes dificultades, conseguía Derby llegar a mi casa; porque aunque pretextaba ir a algún otro sitio, una fuerza invisible trababa sus movimientos o le hacía olvidar momentáneamente adónde iba. Normalmente venía cuando Asenath salía... «en su propio cuerpo», como dijo Edward extrañamente una vez. Pero ella siempre se enteraba después —los criados lo veían salir y regresar—; aunque quizá juzgaba que no era prudente adoptar una medida demasiado radical.

IV

Llevaba Derby casado más de tres años cuando, aquel día de agosto, recibí el telegrama de Maine. Hacía dos meses que no lo veía, aunque había oído que estaba en «viaje de negocios». Supuse que lo acompañaba Asenath, si bien los chismosos que siempre andaban fisgando comentaban que había alguien en el piso de arriba, detrás de una de las ventanas de doble cortina. Incluso se habían fijado en las compras que hacían los criados. Y entonces el jefe de la policía de Chesuncookw^[661] me telegrafió para informarme de que había salido del bosque un perturbado tambaleándose, sucio de barro y presa de un tremendo delirio, llamándome a gritos para

que lo protegiera. Era Edward; había podido recordar su nombre y el mío, y mi dirección.

Chesuncook se encuentra en las proximidades del cinturón de bosque más espeso, salvaje e inexplorado de Maine, y llegar a ese pueblo en coche supone todo un día de dar tumbos por los caminos de un escenario fantástico y formidable. Encontré a Derby en una celda del cuartelillo, fluctuando entre el frenesí y la apatía. Me reconoció en seguida, y prorrumpió en un torrente de incoherencias y explicaciones sin sentido en mi dirección.

—¡Dan; por el amor de Dios! ¡El pozo de los shoggoths^[662]! Abajo, al final de los seis mil peldaños... La abominación de las abominaciones... jamás la habría dejado que me llevara, y de repente descubro que estoy allí... ¡ä! Shub-Niggurath!... La figura se elevó del altar, y 500 aullaron... El Ser encapuchado balaba «¡Kamog! ¡Kamog!», que era el nombre secreto de Ephraim en el aquelarre... Y estaba allí, donde ella había prometido no llevarme... Un minuto antes estaba encerrado en la biblioteca; y de repente me descubro allí, donde ella había ido con mi cuerpo, en ese lugar de absoluta blasfemia, en el pozo impío donde comienza el reino tenebroso, y el vigilante guarda la puerta... He visto un shoggoth; cómo cambiaba de forma... No puedo soportarlo... y no lo voy a soportar: la mataré si vuelve a mandarme allí... mataré a esa entidad... ella, él, lo que sea... ¡y lo haré con mis propias manos!

Tardé una hora en calmarlo; pero finalmente se apaciguó. Al día siguiente le compré ropa decente en el pueblo, y emprendimos el regreso a Arkham. Se le había pasado el acceso de histeria, y ahora iba callado; aunque empezó a murmurar oscuramente para sí cuando el coche atravesó Augusta, como si la visión de la ciudad le despertase recuerdos desagradables. Estaba claro que no quería volver a su casa; y teniendo en cuenta los fantásticos delirios que parecía sufrir con relación a su esposa —delirios seguramente derivados de alguna hipnótica ordalía a la que habría estado sometido—, pensé que era mejor que no lo hiciese; así que decidí que se alojase en la mía durante un tiempo; por mucho que esto

indispusiese a Asenath contra mí. Después le ayudaría a tramitar el divorcio, porque con toda seguridad había factores de tipo psicológico que convertían su matrimonio en una especie de suicidio para él. Cuando salimos a campo abierto otra vez Derby enmudeció; dejé que cabeceara y dormitara un poco a mi lado mientras yo conducía.

Cuando cruzábamos deprisa Portland^[663], en el crepúsculo, empezó a murmurar otra vez, más claramente que antes. Presté atención, y lo que entendí fue una retahíla de insensateces absolutamente desquiciadas sobre Asenath. Era evidente que le había destrozado los nervios, porque había desarrollado toda una serie de alucinaciones en torno a ella. El trance en el que ahora se encontraba, murmuraba entre dientes, no era sino uno más de la larga lista. Estaba tomando posesión de él, y sabía que un día no le soltaría más. Incluso ahora lo dejaba libre probablemente porque no tenía más remedio; porque no podía tenerlo bajo su dominio durante mucho tiempo seguido. Constantemente tomaba el cuerpo de él y acudía a lugares innominados para asistir a ritos innominados, dejándole el suyo propio y encerrándolo en las habitaciones de arriba; pero a veces no podía mantenerlo separado, y de repente Edward volvía a su cuerpo para encontrarse súbitamente en algún lugar lejano, espantoso, desconocido. Algunas veces Asenath lograba apoderarse otra vez de él, otras le era imposible. Y Derby se descubría a menudo perdido en alguna parte, como había ocurrido ahora... Una y otra vez tenía que buscar el camino de regreso desde distancias enormes, y pedir a alguien que condujese el coche por él, cuando lo encontraba.

Lo peor era que Asenath ocupaba cada vez más tiempo su cuerpo. Quería ser hombre, y ser totalmente humana; esa era la razón por la que se apoderaba de él. Había descubierto en Derby la combinación idónea de un cerebro sagaz con una voluntad débil. Un día lo desalojaría de su cuerpo y desaparecía con él; desaparecería para convertirse en un gran mago como su padre, y abandonaría a Derby encerrado en esa cáscara femenina que ni siquiera era del

todo humana. Sí, ahora sabía lo que significaba tener sangre de Innsmouth. Habían traficado con seres del mar; era horrible... El viejo Ephraim había averiguado el secreto; y cuando envejeció, dio un paso espantoso para conservarse vivo... Quería vivir eternamente... Asenath lo lograría: ya había efectuado una prueba con éxito.

Mientras Derby seguía mascullando, me volví a observarlo con atención, para comprobar la huella del cambio que había notado en él al verlo. Paradójicamente, parecía en mejor forma de lo habitual: más fuerte, más desarrollado, y sin rastro de la malsana flacidez ocasionada por sus hábitos indolentes. Era como si hubiese estado realmente activo y hubiese hecho ejercicio por primera vez en su apoltronada vida. Supuse que Asenath, con su energía, le habría obligado a una actividad y una diligencia inusitadas en él. Pero justamente ahora su cerebro se hallaba en un estado lamentable; porque no paraba de mascullar extravagancias sobre su esposa, sobre la magia negra, sobre el viejo Ephraim, y sobre cierta revelación que acabaría convenciéndome incluso a mí. Repetía nombres que yo reconocía de haber hojeado en otro tiempo volúmenes prohibidos, y a veces me estremecía ante un hilo de coherencia mitológica —de convincente coherencia— que recorría sus divagaciones. De cuando en cuando se detenía, como haciendo acopio de valor para una revelación terrible y definitiva. —Dan, Dan, ¿te acuerdas de él, con la mirada feroz y con aquella barba despeluchada que no le encanecía? A mí me miró una vez, y no se me olvidará. Ahora *ella* mira igual. ¡Y sé *por qué!* Descubrió... descubrió la fórmula en el *Necronomicon*. Aún no me atrevo a decirte la página; cuando lo haga, podrás leerla, y comprenderás. Entonces sabrás qué es lo que me ha tragado. Y sigue pasando y pasando... de un cuerpo a otro, y a otro... no piensa morir. Sabe romper el nexo de la llama de la vida... para que siga parpadeando aunque el cuerpo haya muerto. Te apuntaré alguna idea para que extraigas tú la conclusión. Escucha esto: ¿sabes por qué mi mujer se toma tanto trabajo para hacer la letra tumbada a la izquierda?

¿Has visto alguna vez algo escrito por Ephraim? ¿Quieres saber por qué me estremecí al ver unas notas que había garabateado Asenath^[664]?

»Asenath... *¿existe tal persona? ¿Por qué creían que había veneno en el estómago de Ephraim? ¿Por qué los Gilman^[665] bajan la voz al contar que chillaba como una criatura aterrorizada, hasta que enloqueció y Asenath lo tuvo que encerrar en una habitación acolchada del ático, donde la otra... había estado? ¿Era el alma del viejo Ephraim la que estaba encerrada allí? Pero ¿quién encerró a quién? ¿Por qué estuvo buscando durante meses a alguien de mente penetrante y voluntad débil? ¿Por qué maldecía a su hija por no haber sido varón? Dime, Daniel Upton: ¿qué intercambio diabólico se perpetró en esa casa de horrores donde el monstruo blasfemo tuvo a su hija, confiada, indolente y semihumana, a su merced? ¿No le impuso ese intercambio definitivo... como ella acabará imponiéndomelo a mí? Y dime, ¿por qué ese ser que dice llamarse Asenath escribe con letra diferente cuando lo hace impremeditadamente, y le sale idéntica a la de...?»*

Y entonces, ocurrió. La voz de Derby se fue elevando hasta convertirse en un chillido débil, atiplado, desquiciado; y de repente se cortó con un clic casi mecánico. Pensé en esas otras ocasiones en que, estando en mi casa, se interrumpía de pronto en mitad de una confidencia, y casi daba la sensación de que la fuerza mental oscura y telepática de Asenath le había ordenado callar. Con todo, esto fue algo completamente diferente y, me pareció, infinitamente más horrible: el rostro que tenía junto a mí experimentó una convulsión que lo volvió unos momentos irreconocible, a la vez que le recorría el cuerpo una sacudida, como si los huesos, los órganos, los músculos, los nervios y las glándulas se reajustasen para adoptar una disposición diferente, y otra personalidad en general.

Me es imposible decir de dónde procedía el supremo horror. El caso es que me invadió tal oleada de náusea y repulsión; tal sensación de absoluta alienación y anormalidad, que perdí la fuerza con que sujetaba el volante. La figura que estaba a mi lado parecía

menos mi amigo que una monstruosa intrusión del espacio exterior... un foco detestable de malignas y desconocidas fuerzas cósmicas.

Titubeé apenas un instante; y antes de que hubiera transcurrido otro segundo mi compañero había agarrado el volante y me había obligado a cambiar de asiento con él. Se había hecho totalmente de noche, y las luces de Portland quedaban ya muy atrás, de modo que no podía verle la cara. El fulgor de sus ojos, sin embargo, era extraordinario; por lo que comprendí que se hallaba en aquel estado de exaltación —tan opuesto a su habitual manera de ser— que muchas personas habían observado en él. Era asombroso e increíble que el apático Edward Derby —que jamás había sabido imponerse y no sabía conducir— me apartara y se pusiera al volante de mi propio coche; sin embargo, eso era exactamente lo que acababa de ocurrir. Siguió un rato sin hablar; y yo, estupefacto, me alegré de que no lo hiciera.

Al pasar por Biddeford y Saco^[666], las luces me permitieron verle la boca firmemente apretada, y me estremecí ante el centelleo de sus ojos. La gente tenía razón: cuando le sobrevenía ese humor, se parecía horriblemente a su esposa y al viejo Ephraim. No era de extrañar que inspirara aversión; había algo antinatural y diabólico en esa actitud, que yo percibía más siniestra aún por los desquiciados desvaríos que le había estado oyendo. Este hombre, a pesar de que conocía a Edward Pickman Derby de toda la vida, era un desconocido, una especie de intrusión venida de las tinieblas del abismo.

No habló hasta que llegamos a un trecho oscuro de carretera; y cuando lo hizo, su voz sonó completamente desconocida. Era más baja, más firme y más segura que la que yo conocía; en cuanto a su acento y pronunciación, habían cambiado por completo. Sin embargo, vagamente, remotamente, de manera turbadora, me recordaba algo que no acababa de situar. En ese timbre, pensé, había un asomo de profunda y genuina ironía; no de la ficticia y aparente y vacía ironía de joven inexperto y «sofisticado» que Derby

adoptaba por lo general, sino de una ironía feroz, soterrada, penetrante y potencialmente malévola. Me dejó estupefacto lo repentidamente que sus balbuceos de pánico se habían cambiado en frialdad glacial.

—Espero que disculpes el ataque de hace un momento —dijo—. Ya sabes cómo tengo los nervios; y confío en que no hagas caso de esas cosas. Como es natural, te agradezco infinitamente que hayas venido por mí.

»Y quiero que olvides, también, la sarta de disparates que he estado diciendo sobre mi esposa... y sobre todo lo demás. Es lo que ocurre cuando uno se sumerge demasiado en el estudio de un campo como el mío. Mi filosofía está llena de conceptos extraños; y cuando el cerebro llega al agotamiento idea toda suerte de aplicaciones imaginarias. A partir de ahora voy a tomarme un descanso. Probablemente dejarás de verme; pero no le echas la culpa a Asenath.

»Este viaje ha sido un poco raro; pero no tiene nada de particular. Hay restos indios en el bosque del norte, monolitos y demás, que significan mucho para el estudio de las creencias y tradiciones antiguas, y Asenath y yo los estamos investigando. Ha sido un trabajo extenuante; así que supongo que se me ha ido un poco la cabeza. Mandaré a alguien que recoja mi coche cuando llegue a casa. Un mes de descanso me volverá a poner en forma.

No sé qué es lo que dije en esa conversación, porque la extrañeza que envolvía a la persona que tenía a mi lado me acaparaba por completo la conciencia. La sensación de un horror cósmico inasible iba aumentando por momentos; hasta que por último me entraron unas ganas desesperadas de que terminara el viaje. Derby no mostraba ningún deseo de cederme el volante, pero me alegré de que atravesáramos Portsmouth y Newburyport^[667] a gran velocidad.

En el empalme donde la carretera tuerce hacia el interior y evita Innsmouth, casi temí que mi compañero tomara la de la costa desolada que atraviesa ese pueblo detestable. No fue así, sino que

siguió veloz por Rowley e Ipswich^[668] hacia nuestro destino. Llegamos a Arkham antes de la medianoche. Todavía estaban las luces encendidas en la vieja mansión de Crowninshield cuando llegamos. Derby bajó del coche, me dio las gracias otra vez apresuradamente, y regresé a casa, solo, con una singular sensación de alivio. Había sido un viaje terrible —tanto más terrible cuanto que no sabía exactamente por qué—, y no lamentaba nada el anuncio de Derby de que iba a dejar de verlo durante una temporada.

V

Los dos meses siguientes estuvieron repletos de habladurías. La gente comentaba que Derby se dejaba ver cada día más, con una energía nueva en él, y que en cambio a Asenath casi nunca la veían las pocas personas que pretendían visitarla. Edward pasó a verme sólo una vez, en el coche de Asenath —después de que se lo trajeran de Maine, donde lo había dejado—, exclusivamente a recoger unos libros que me había prestado. Noté su nuevo estado, y se entretuvo lo estrictamente necesario para expresar evasivamente unas palabras de cortesía. Estaba claro que no tenía nada que hablar conmigo cuando se hallaba en esa disposición; observé que ni siquiera se había molestado en llamar al timbre con su vieja señal de tres-pausa-dos pulsaciones. Como en aquella noche del viaje de regreso, sentí un horror tenue, pero infinitamente profundo, que no me podía explicar; por lo que su rápida despedida me produjo un alivio enorme.

A mediados de septiembre Derby estuvo fuera una semana, y algunos del grupo universitario decadente comentaron la novedad, insinuando que quizá había ido a encontrarse con un conocido líder de cierto culto, expulsado hacía poco de Inglaterra, que había

establecido su sede en Nueva York^[669]. En cuanto a mí, no se me iba de la cabeza el extraño regreso de Maine. La transformación de la que había sido testigo me tenía hondamente afectado, y me sorprendía a mí mismo intentando una y otra vez encontrarle una explicación; a eso, y al horror que me había inspirado.

Pero lo más extraordinario de todo eran los rumores sobre un llanto que se oía en la vieja casa de Crowninshield. Era una voz de mujer, y la gente más joven decía que sonaba como la de Asenath. Sólo se oía a raros intervalos; y a veces se interrumpía de pronto como sofocada a la fuerza. Corrió la noticia de que iban a abrir una investigación; pero el caso se diluyó al aparecer un día Asenath por la calle, hablando animadamente con numerosas personas conocidas de ella, con las que se disculpó por sus recientes ausencias, comentando de pasada las depresiones y accesos de histeria que había sufrido una invitada de Boston. Nadie llegó a ver a esa invitada; pero el aspecto de Asenath disipaba cualquier duda. Pero luego alguien complicó las cosas, al insinuar que los sollozos, una o dos veces al menos, habían sonado con voz de hombre.

Un atardecer de mediados de octubre oí la familiar llamada de tres-pausa-dos timbrazos en la puerta. Acudí yo mismo a abrir. Encontré a Edward en la escalera, y al instante me di cuenta de que había recobrado su vieja personalidad, con la que no lo había visto desde aquellos frenéticos desvaríos durante el terrible viaje de regreso de Chesuncook. Su cara sufría espasmos con una mezcla de extrañas emociones en la que parecían predominar el miedo y el triunfo. En el instante de cerrar la puerta miró furtivamente hacia atrás, por encima del hombro.

Mientras me seguía desmañadamente al despacho, me pidió un whisky para calmar los nervios. Me abstuve de preguntarle, y esperé a que abordase lo que tuviera que decir. Finalmente se decidió a hablar con voz estrangulada:

—Asenath se ha marchado, Dan. Anoche tuvimos una larga conversación, aprovechando que los criados estaban fuera, y la he obligado a prometerme que no volverá a agobiarme. Naturalmente,

yo contaba con... con ciertas bazas de las que nunca te he hablado. No tuvo más remedio que ceder, pero se enfureció muchísimo. Ha hecho las maletas y se ha ido a Nueva York; ha salido a tiempo de coger el tren de las 8.20 para Boston. Supongo que la gente empezará a hablar, pero me da igual. No digas por ahí que nos hemos peleado. Si acaso, que se ha ido por un tiempo, para realizar un trabajo de investigación.

»Probablemente se quedará con uno de esos horribles grupos de devotos. Espero que se marche al oeste y pida el divorcio; de todos modos le he hecho prometer que no se acercará más a mí y me dejará en paz. Ha sido horrible, Dan; me estaba robando el cuerpo, me estaba desalojando de él, me estaba convirtiendo en su prisionero. Así que he permanecido pasivo, he fingido que la dejaba hacer, pero sin bajar la guardia. Así podría tramar un plan, si procedía con cuidado; porque ella no puede propiamente leer el pensamiento, ni captar los detalles. Lo único que es capaz de percibir es mi disposición general a rebelarme... Pero siempre me ha juzgado inofensivo. Jamás se le ha ocurrido pensar que podría vencerla... pero yo tenía una o dos fórmulas que han funcionado.

Miró por encima del hombro, y tomó otro sorbo de whisky.

—Esta mañana cuando han vuelto esos malditos criados, los he despedido. Les ha sentado fatal, e insistían en saber por qué; pero al final se han ido. Son de su especie, gente de Innsmouth; y estaban muy apegados a ella. Pero por fin se han ido. Espero que me dejen en paz... no me ha gustado nada su risa al marcharse. Volveré a contratar a los antiguos criados de mi padre que pueda. Pienso mudarme a mi casa otra vez.

»Imagino, Dan, que pensarás que estoy loco; pero la historia de Arkham alude a cosas que están en la línea de lo que te he contado... y de lo que voy a contarte. Has presenciado, además, uno de esos cambios... en el coche, mientras te hablaba de Asenath, en el viaje de vuelta de Maine. Fue cuando se apoderó de mí, cuando me desalojó de mi cuerpo. Lo último que recuerdo de ese viaje es que estaba tratando de contarte *la clase de demonio*

que es. Entonces entró en mí, y al instante siguiente me encontraba en mi casa, en la biblioteca, donde esos malditos criados me tenían encerrado, y ocupando el cuerpo de ese maldito demonio que ni siquiera es humano... Porque sabrás que es a ella a quien trajiste de regreso en tu coche... esa loba depredadora, metida en mi cuerpo... ¡Tuviste que notar la diferencia!

Me estremecí mientras Derby hacía una pausa. Por supuesto que *había* notado la diferencia; aun así, ¿podía aceptar una explicación tan descabellada como la que acababa de dar? Pero mi trastornado visitante se estaba poniendo cada vez más alterado.

—Tenía que protegerme, Dan... ¡No podía hacer otra cosa! Se habría apoderado definitivamente de mí en la fiesta de Todos los Santos. Esa gente celebra un aquelarre al otro lado de Chesuncook; y el sacrificio habría supuesto la sanción final. Me habría suplantado definitivamente... Ella habría sido yo, y yo habría sido ella... para siempre... demasiado tarde... Mi cuerpo habría sido suyo para siempre... Y habría sido hombre, y completamente humana, como quería... y supongo que me habría eliminado; habría matado a su antiguo cuerpo conmigo dentro, igual que había *hecho antes*... como ella, o él, o lo que sea, había hecho antes.

El rostro de Edward, en ese momento, se desfiguró atrozmente, se acercó de manera inquietante al mío, al tiempo que su voz se iba debilitando hasta convertirse en un susurro.

—Quiero que sepas lo que iba revelarte en el coche: *que ella no es en absoluto Asenath, sino el mismísimo viejo Ephraim*^[670]. Yo lo sospechaba ya desde hacía año y medio; pero ahora lo sé. Su letra lo delata cuando escribe de manera impensada; unas veces le sale la letra idéntica punto por punto a la de los manuscritos de su padre, otras dice cosas que nadie más que el viejo Ephraim podría saber. Intercambió el cuerpo con ella cuando comprendió que iba a morir; Asenath fue la única persona que pudo encontrar con el tipo exacto de cerebro, y lo bastante débil de voluntad: se quedó con su cuerpo, igual que ahora casi se queda ella con el mío, y a continuación envenenó el viejo cuerpo en el que había metido a su hija. ¿No has

visto docenas de veces fulgurar el alma del viejo Ephraim en el centelleo diabólico de los ojos de ella... y de los míos, cuando ella gobernaba mi cuerpo?

Estaba jadeando; así que calló para recobrar aliento. Yo no dije nada; y cuando reanudó su discurso, su voz sonó más calmada. Está para que lo encierren en un manicomio, pensé; pero no sería yo quien lo mandase allí. Tal vez con el tiempo, y libre de Asenath, volviera a la normalidad. Pero me daba cuenta de que no iba a querer meterse en morbosos ocultismos nunca más.

—Ya te seguiré contando; ahora necesito descansar. Te contaré de los horrores prohibidos a los que me llevaba Asenath; y de los horrores seculares que aún hoy existen enquistados en rincones remotos, con unos pocos sacerdotes monstruosos para mantenerlos vivos. Hay individuos que saben cosas del universo que nadie debería saber, y pueden hacer cosas que nadie debería poder hacer. Yo me había metido hasta el cuello en esas materias; pero se ha acabado. Ahora mismo, si fuese bibliotecario de la Miskatonic, quemaría el maldito *Necronomicon* y todas esas obras.

»Pero Asenath ya no puede nada contra mí; dejaré esa casa maldita, y me instalaré en la mía. Tú me ayudarás, lo sé, si necesito ayuda; con esos criados diabólicos, quiero decir... y en caso de que la gente se vuelva demasiado curiosa a propósito de Asenath. Porque no puedo dar a nadie su dirección... Además, hay ciertos grupos de indagadores (o sea, ciertos cultos) que podrían interpretar mal nuestra ruptura... y algunos tienen ideas y métodos condenadamente singulares. Sé que estarás a mi lado si algo ocurre. Incluso tengo que contarte cosas que pueden escandalizar...

Convencí a Edward de que se quedara esa noche a dormir en una de las habitaciones de huéspedes, y por la mañana pareció más calmado. Charlamos de ciertos arreglos para mudarse otra vez a la mansión de su familia, y esperé que no perdiese tiempo en efectuar la mudanza. La tarde siguiente no vino, pero lo vi con frecuencia en las semanas sucesivas. Aludíamos lo menos posible a cosas extrañas y desagradables; pero hablábamos de la reparación que

había que hacer a la vieja casa de los Derby, y de los viajes que Edward prometía realizar con mi hijo ese verano.

A Asenath casi ni la nombrábamos; porque yo veía que el asunto le afectaba sobremanera. Naturalmente, el chismorreó era general; pero no era el único que corría sobre la extraña pareja de Crowninshield. Hubo una cosa que me inquietó, y fue lo que dejó caer el banquero de Derby en el Club Miskatonic, llevado de un exceso de locuacidad, sobre que Edward mandaba regularmente cheques a un matrimonio, Moses y Abigail Sargent, y a una tal Eunice Babson, los tres de Innsmouth. Parecía como si los criados mal encarados le estuviesen sacando alguna clase de tributo^[671]... aunque él no me había dicho nada del asunto.

Yo estaba deseando que llegase el verano, y las vacaciones de mi hijo en Harvard, para llevar a Edward a Europa. No tardé en darme cuenta de que no se reponía lo deprisa que yo esperaba; porque en sus esporádicas explosiones de alegría había algo de histeria, y sus momentos de miedo y depresión eran demasiado frecuentes. La vieja casa de los Derby quedó totalmente lista en diciembre; pero Edward no cesaba de dar largas al momento de la mudanza; aunque detestaba y le asustaba Crowninshield, parecía que estaba encadenado a esa mansión. No se decidía a recoger las cosas, e inventaba toda clase de excusas para posponer ese trabajo. Cuando se lo hice notar, pareció alarmarse inexplicablemente. Un día el viejo mayordomo de su padre —que estaba allí con el resto de los criados que había vuelto a contratar— me dijo que los ocasionales vagabundeos que efectuaba Edward por la casa, sobre todo por el sótano, eran de lo más extraños, y que no le sentaban nada bien. Le pregunté si no era que Asenath le estaba escribiendo cartas atormentadoras; pero el mayordomo dijo que no llegaba ninguna clase de correo con aspecto de ser de ella.

VI

Una noche, alrededor de Navidad, Derby sufrió una crisis mientras estaba conmigo. Yo había encaminado la conversación hacia los viajes del próximo verano, cuando de repente profirió un grito y se levantó de un salto con una expresión de terror indecible, de un pánico y una repugnancia como sólo podrían causar a una mente sana los abismos inferiores de pesadilla.

—¡Mi cerebro! ¡Mi cerebro! ¡Dios mío, Dan... tiran de él... desde fuera... golpeando... arañando...! Es ella... incluso ahora... Ephraim... ¡Kamog! ¡Kamog! El pozo de los shoggoths... lä! Shub-Niggurath! ¡La Cabra con Mil Cabritos!...

»La llama, la llama... más allá del cuerpo, más allá de la vida... en la Tierra... ¡Oh, Dios!...

Lo volví a sentar en la butaca, y le vertí en la boca un poco de vino al tiempo que su frenesí se apagaba en una estúpida apatía. No se resistió, pero seguía moviendo los labios como si hablara consigo mismo. Un momento después me di cuenta de que intentaba decirme algo; me incliné y acerqué el oído a su boca para captar sus palabras.

—... otra vez, otra vez... está intentando... debí haberlo sabido... nada puede detener esa fuerza; ni la distancia, ni la magia, ni la muerte... viene y viene, casi siempre de noche... no puedo huir... es horrible... ¡Dios mío, Dan, *si supieras lo horrible que es!*...

Cuando se hundió en el estupor le acomodé unas almohadas, y dejé que le venciera el sueño normal. No llamé al médico porque sabía qué iba a decir sobre su salud mental, y quería darle una oportunidad a la naturaleza, si podía ser. Se despertó a media noche, y lo subí a acostarse; pero por la mañana se había ido. Había abandonado la casa sin ruido; y su mayordomo, cuando llamé por teléfono, dijo que estaba allí, paseando inquieto arriba y abajo en la biblioteca.

Después de eso, Edward se vino abajo rápidamente. No volvió a visitarme; pero yo iba a verlo a diario. Siempre lo encontraba

sentado en la biblioteca, mirando al vacío y con una actitud sorprendente de estar *escuchando*. A veces hablaba con coherencia, pero siempre de cosas triviales. Ante cualquier alusión a su estado, a los planes futuros, o a Asenath, reaccionaba de manera frenética. Su mayordomo me dijo que por las noches le acometían unos ataques espantosos durante los cuales corría peligro de atentar contra sí mismo.

Tuve una larga conversación con su médico, su banquero y su abogado, y finalmente llevé al primero con dos colegas especialistas para que lo reconociesen. La agitación que le produjeron las primeras preguntas no pudo ser más violenta y lastimosa; y esa noche un coche cerrado trasladó su desdichado cuerpo, entre forcejeos, al Sanatorio de Arkham. Me nombraron tutor suyo, y empecé a visitarlo dos veces por semana; casi se me saltaban las lágrimas oyendo sus gritos desquiciados, sus cuchicheos sobrecogidos, y la espantosa insistencia con que repetía frases como «tuve que hacerlo, tuve que hacerlo... me arrastrará... me arrastrará... abajo... al hoyo oscuro... ¡Madre, madre! ¡Dan! Salvadme... salvadme...»

Nadie sabía qué posibilidades de recuperación tenía; aunque yo intentaba no perder las esperanzas. Edward debía tener un hogar si salía de todo esto; así que trasladé a su servidumbre a la mansión Derby, ya que sin duda sería el lugar que elegiría en su sano juicio. No sabía qué decidir sobre Crowninshield con sus complejas disposiciones y sus colecciones de objetos absolutamente inexplicables, así que de momento no hice nada; sólo ordené a la doncella de Derby que fuese una vez a la semana a limpiar el polvo de las habitaciones principales, y al calefactor que calentase la casa ese día.

La víspera de la Candelaria llegó la pesadilla final, precedida, con cruel ironía, por un destello de engañosa esperanza. Esa mañana de finales de enero, el sanatorio telefoneó para informarme que Edward había recobrado de repente la razón. Tenía muy deteriorada la memoria continua, dijeron; sin embargo, era evidente

que había vuelto a la lucidez. Por supuesto, debía continuar un tiempo más en observación, pero su recuperación no ofrecía dudas. Si no pasaba nada, podría irse a casa en una semana.

Corrí desbordante de alegría. Pero cuando una enfermera me pasó a la habitación de Edward, me quedé confundido. El paciente se levantó a saludarme y me tendió la mano con amable sonrisa; pero inmediatamente percibí la enérgica personalidad que tan ajena era a él; la competente personalidad que yo había encontrado vagamente horrible, y que el propio Edward me había asegurado que era el alma invasora de su esposa. Tenía la misma mirada intensa —igual que la de Asenath y la del viejo Ephraim— y la misma firmeza de boca. Y cuando habló, pude notar la misma ironía helada y penetrante en la voz, la misma profunda ironía, impregnada de maldad potencial. Esta era la persona que había conducido mi coche en medio de la oscuridad hacía cinco meses —persona a la que no había visto desde aquella breve visita en la que olvidó su vieja forma de llamar, y había removido dentro de mí brumosos temores—; y ahora me llenó de la misma oscura sensación de blasfema extrañeza y de cósmico pavor.

Habló afablemente de las formalidades para abandonar el sanatorio, y no me quedó otra opción que asentir, a pesar de las sorprendentes lagunas que afloraban a su memoria reciente. Yo notaba que allí pasaba algo terrible, algo indeciblemente raro y anormal. Percibía un horror que no se me alcanzaba. Ante mí tenía una persona perfectamente lúcida. Pero ¿era de verdad el Edward Derby que yo conocía? Y, si no, ¿quién era... y *dónde estaba Edward?* ¿Debían dejarlo en libertad, tenerlo encerrado... o eliminarlo de la faz de la Tierra? Había algo abismalmente sardónico en todo lo que este ser decía; sus ojos de Asenath confirieron una burla especial y desconcertante a lo que dijo sobre la «pronta libertad obtenida mediante *un confinamiento especialmente reducido*». Debí de comportarme con torpeza; pero me alegre de batirme en retirada.

Todo ese día y el siguiente los pasé dándole vueltas a la situación. ¿Qué había sucedido? ¿Qué clase de mente asomaba por aquellos ojos ajenos en el rostro de Edward? Era incapaz de pensar en otra cosa que en este enigma brumoso y terrible, así que desistí de ocuparme de mi trabajo. A la mañana siguiente me llamaron del sanatorio para informarme que el paciente no había experimentado ningún retroceso; y al llegar la noche me sentía a punto de sufrir una crisis nerviosa; estado que admito, a riesgo de que digan que eso fue lo que tiñó la experiencia que sufrí después. No tengo nada que decir a eso, salvo que ninguna locura que a mí me afectase podría explicar todas las evidencias.

VII

Por la noche —la noche que siguió a esa segunda tarde—, un absoluto horror estalló sobre mí, anegándome el espíritu en un pánico negro y opresivo del que nunca conseguiré librarme. Empezó con una llamada telefónica poco antes de las doce de la noche. Yo era el único que estaba levantado y, adormilado, cogí el auricular en la biblioteca. Me pareció que no había nadie al otro lado de la línea; y estaba a punto de colgar e irme a la cama, cuando capté un ligerísimo ruido. ¿Estaba alguien haciendo esfuerzos por hablar? Al prestar atención, oí una especie de gorgoteo semilíquido —«*glub... glub... glub*»—, con una serie de separaciones que sugerían palabras o sílabas ininteligibles. Pregunte: «¿Quién es?», pero la única respuesta fue «*glub-glub... glub-glub*»^[672]. Sólo cabía suponer que era un ruido mecánico; pero pensando que quizá el aparato estaba estropeado y era capaz de recibir pero no emitir, añadí: «No le oigo bien. Cuelgue y llame a Información». Acto seguido, oí que colgaban el receptor en el otro extremo.

Eso fue, repito, poco antes de las doce. Cuando más tarde localizaron esa llamada, se descubrió que procedía de la casa de Crowninshield, si bien faltaba media semana para que la doncella tuviese que ir a limpiar. Sólo diré lo que encontraron allí: una remota bodega con el piso levantado, huellas, barro, un armario saqueado con violencia, marcas desconcertantes en el teléfono, material de escritura utilizado con torpeza, y un hedor repugnante que lo invadía todo. La policía, pobres necios, tiene sus cómodas teorías, y todavía anda buscando a esos siniestros criados despedidos que han desaparecido en medio de la actual efervescencia. Hablan de una venganza macabra por cosas que les habían hecho, y dicen que yo estaba incluido por ser el amigo más allegado de Edward y su consejero.

¡Idiotas! ¿Acaso imaginan que esos brutos serían capaces de imitar la letra de nadie? ¿Que podrían haber traído lo que llegó después? ¿Acaso están ciegos a los cambios de ese cuerpo que fue de Edward? En lo que a mí respecta, *ahora creo en toda lo que Edward Derby me contó*. Hay horrores más allá del límite de la vida que ni siquiera sospechamos, y a veces el hombre los introduce en nuestra esfera con su maligna curiosidad. Ephraim, Asenath, evocaron a ese demonio, y engulleron a Edward como me están engullendo a mí.

¿Puedo estar seguro de que no corro peligro? Esos poderes sobreviven a la forma física. Al día siguiente —por la tarde, cuando logré salir de mi postración y fui capaz de caminar y hablar con coherencia— fui al manicomio y lo maté, por Edward y por el mundo; pero ¿puedo estar seguro, mientras no sea incinerado? Conservan el cuerpo para que diversos doctores le practiquen autopsias absurdas; pero repito que deben incinerarlo. *Tienen que incinerar eso que no era Edward cuando lo maté*. Me volveré loco si no lo hacen; porque puede que sea yo el siguiente. Pero no soy débil de voluntad, y no permitiré que me socaven los terrores que bullen alrededor. Una vida ha vivido en Ephraim, en Asenath y en Edward; ¿en quién ahora? No dejaré que me desaloje de mi

cuerpo... ¡*no intercambiaré* el alma con ese cadáver acribillado del manicomio!

Pero dejadme contar ese horror final. No hablaré de lo que la policía persiste en ignorar: los rumores sobre ese ser contrahecho, grotesco y maloliente con el que se cruzaron al menos tres viandantes en Hight Street poco antes de las dos, y la naturaleza de unas huellas de pisadas en ciertos lugares. Sólo diré que hacia las dos me despertaron unas llamadas con la aldaba y con el timbre, alternadas, vacilantes, en una especie de débil desesperación, *cada una intentando imitar la vieja señal de Edward de tres-pausa-dos toques*.

Sacado de la pesadez del sueño, la confusión se apoderó de mi cerebro. ¡Derby estaba en la puerta, y recordaba su antigua señal! Esa nueva personalidad no la había recordado... ¿Había vuelto Edward súbitamente a su propio estado? ¿Por qué venía aquí, con tan evidente nerviosismo y premura? ¿Lo habían dejado en libertad antes de lo previsto, o se había escapado? Quizá, pensé mientras me echaba encima una bata y bajaba a saltos la escalera, al volver a su propio yo había empezado a delirar y a agitarse, habían tratado de reducirlo, y eso le había empujado a una carrera desesperada por la libertad. Fuera lo que fuese, era el buen Edward otra vez, ¡y yo iba a ayudarlo!

Al abrir la puerta a la oscuridad enmarcada por los olmos, una ráfaga de aire insoportablemente fétido estuvo a punto de hacerme perder el conocimiento. Asfixiado por las náuseas, durante un segundo apenas me di cuenta de la figura contrahecha, gibosa, de pie en lo alto de la escalinata. La llamada había sido de Edward, pero ¿quién era esta parodia inmunda y encogida? ¿Dónde se había escondido Edward en tan poco tiempo? Había llamado al timbre tan sólo un segundo antes de que yo abriese.

El recién llegado traía puesto un abrigo de Edward, con el bajo casi rozando el suelo y dobleces en las mangas, aunque le seguían ocultando las manos. En la cabeza llevaba un sombrero flexible bien encasquetado, y una bufanda negra que le ocultaba la cara. Al dar

yo un paso adelante dubitativo, la figura emitió un sonido semilíquido como el que había oído por teléfono —«*glub... glub...*»—, y me tendió una hoja, escrita con letra apretada, pinchada en la punta de un lápiz largo. Todavía mareado por la insufrible fetidez, agarré el papel e intenté leerlo a la luz del portal.

La letra era incuestionablemente de Edward. Pero ¿por qué me mandaba un escrito cuando se había acercado a llamar... y por qué le había salido una letra tan torpe, tan tosca, tan temblona? No lograba leer nada a la luz mortecina, así que retrocedí al recibimiento. La figura enana me siguió maquinalmente, pero se detuvo en el umbral. El olor de este extraño mensajero no podía ser más nauseabundo; y esperé (¡no en vano, gracias a Dios!) que mi mujer no se despertase y lo notara.

Entonces, mientras leía el papel, sentí que se me aflojaban las rodillas y se me nublaba la vista. Cuando recobré la conciencia estaba tendido en el suelo, con el execrable papel sujeto en mi mano derecha, rígida de terror. Ponía lo siguiente:

«Dan: ve al sanatorio y mávalo. Elimínalo. Ya no es Edward Derby. Se ha apoderado de mí; me refiero a Asenath, que *lleva muerta tres meses y medio*. Te mentí cuando te dije que se había ido. La he matado. No tenía más remedio. Fue de repente, mientras ocupaba yo mi propio cuerpo; y estando solos. Cogí un candelero y le descargué un golpe en la cabeza. De lo contrario, el día de Todos los Santos habría tomado posesión de mí definitivamente.

»La enterré en la bodega más alejada, debajo de unas cajas; luego borré las huellas. Por la mañana los criados entraron en sospechas; pero ocultan tales secretos que no se atreven a ir a la policía. Los he despedido; sabe Dios qué harán... ellos y los de su mismo culto.

»Durante un tiempo, pensé que había hecho bien. Después, empecé a sentir que tiraban de mi cerebro. Comprendí lo que significaba; debí haber tenido en cuenta esa eventualidad. Un

alma como la suya —o de Ephraim— vive medio desprendida y subsiste indemne después de la muerte, mientras dura el cuerpo. Se estaba apoderando de mí... forzándome a intercambiar el cuerpo con ella, *tomando posesión de mi cuerpo y metiéndome en su cadáver enterrado en la bodega.*

»Yo sabía lo que vendría; por eso estallé, y tuvieron que encerrarme en el manicomio. Entonces ocurrió: sentí que me asfixiaba en la oscuridad, encerrado en la carcasa podrida de Asenath, en la bodega, debajo de las cajas que yo mismo había puesto encima. Y comprendí que había tomado posesión de mi cuerpo en el sanatorio... para siempre. Porque acababa de pasar el día de Todos los Santos, y el sacrificio surtiría efecto aun sin la presencia de ella en el lugar. Lúcida, estaría a la espera de ser liberada, y convertirse en una amenaza para el mundo. Me sentí desesperado, *y a pesar de todo, me abrí una salida con las uñas.*

»Mi deterioro está demasiado avanzado para hablar. No he logrado telefonearte, pero aún puedo escribir. Me las arreglaré como sea, y te llevaré estas últimas palabras de advertencia. *Mata a ese demonio* si en algo valoras la paz y la tranquilidad del mundo. *Procura que sea incinerado.* Si no lo haces, alargará su vida una y otra vez, pasando interminablemente de un cuerpo a otro, y no sé qué puede llegar a hacer. Aléjate de la magia negra, Dan; es cosa del demonio. Adiós. Has sido un gran amigo. Cuenta a la policía cualquier cosa que no les resulte difícil creer... y siento haberte metido en esto. No tardará en llegarme la paz: esta carroña que me sujeta no va a retenerme mucho tiempo más. Confío en que puedas leer esto... *y que mates a ese ser; mátalo.*

Tu amigo,

Ed.

No leí el final hasta un rato después, ya que al tercer párrafo me había desmayado. Y volví a desmayarme cuando vi y olí lo que

ocupaba el umbral, por el que entraba un aire tibio: el mensajero no se movería nunca más, ni recobraría la conciencia.

El mayordomo, hombre de nervios más firmes que yo, no perdió el aplomo ante lo que encontró por la mañana en el recibimiento. Lejos de eso, telefoneó a la policía. Cuando llegaron, me había subido a la cama; en cuanto al otro... bulto, seguía en el mismo sitio donde se había desplomado por la noche. Los agentes tuvieron que taparse la nariz con el pañuelo.

Lo que finalmente encontraron dentro del lío de ropas de Edward fue un horror semilíquido^[673]. Había huesos también, con el cráneo hundido. Cierta trabajo dental permitió identificar ese cráneo, inequívocamente, como el de Asenath.

EL CLÉRIGO MALVADO^[674]

Un hombre de aspecto circunspecto e inteligente que vestía con sencillez y llevaba una barba entrecana me hizo pasar al aposento del desván y me habló de esta manera:

—Sí, *él* vivió aquí... pero le aconsejo que no toque nada. Su curiosidad le hace a usted ser irresponsable. *Nosotros* nunca venimos aquí de noche, y si lo conservamos así es sólo a causa de su testamento. Ya sabe usted lo que *él* hizo. Aquella abominable sociedad se hizo cargo finalmente, y no sabemos dónde *está* enterrado. No hubo forma de que la ley ni nadie más pudiera ponerse en contacto con esa sociedad.

»Espero que no se quede aquí después de anochecer. Y le ruego que deje en paz aquella cosa que hay encima de la mesa... eso que parece una caja de cerillas. No sabemos lo que es, pero sospechamos que tiene algo que ver con lo que *él* hizo. Incluso evitamos mirarla normalmente.

Al cabo de un rato el hombre me dejó solo en la habitación del desván. Estaba muy sucia y cubierta de polvo, y muy rudimentariamente amueblada, pero tenía una pulcritud que indicaba que no era el alojamiento de un habitante de los barrios bajos. Había estantes llenos de libros de teología y clásicos, y otra estantería contenía tratados de magia: de Paracelso, Alberto Magno, Tritemio, Hermes Trismegisto, Borel^[675] y otros, en extraños alfabetos cuyos títulos no pude descifrar. Los muebles eran muy corrientes. Había una puerta, pero sólo conducía a un gabinete. La única salida era la abertura en el suelo a la que llevaba la tosca y empinada escalera de caracol. Las ventanas eran del modelo ojo de

buey, y las negras vigas de roble denotaban una increíble antigüedad. Estaba claro que aquella casa era del viejo mundo. Me pareció saber dónde me encontraba, aunque no puedo recordar lo que entonces sabía. Indudablemente la ciudad *no* era Londres. Mi impresión es que se trataba de un pequeño puerto de mar.

El pequeño objeto que había encima de la mesa me fascinó sobremanera. Creí saber qué hacer con él, pues saqué de mi bolsillo una linterna eléctrica —o algo que se le parecía— y probé a encenderla tímidamente. La luz no era blanca sino violeta, y parecía menos una verdadera luz que una especie de bombardeo radiactivo. Recuerdo que no la consideré una linterna corriente... a decir verdad, *llevaba* una de esas en otro bolsillo.

Estaba oscureciendo y, afuera, los antiguos tejados y cañones de chimenea parecían muy extraños tras los cristales de las ventanas de ojo de buey. Por último, me armé de valor y apoyé el pequeño objeto que había encima de la mesa en un libro... acto seguido proyecté sobre él los rayos de aquella peculiar luz violeta. La luz pareció asemejarse todavía más a una lluvia o granizada de pequeñas partículas violeta que a un haz luminoso continuo. Al golpear aquellas partículas en el centro de la superficie lisa del extraño artefacto, pareció que producían una crepitación, como el chisporroteo de un tubo vacío a través del cual pasan chispas. La oscura y lisa superficie adquirió una incandescencia rosácea, y en su centro pareció estar tomando forma una imprecisa figura blanca. Entonces me di cuenta de que no estaba solo en la habitación... y volví a meterme en el bolsillo el proyector de rayos.

Pero el recién llegado no habló... ni oí ningún ruido en absoluto durante los momentos que siguieron de inmediato. Todo era una quimérica farsa, como si se viera desde una enorme distancia a través de alguna neblina intermedia... aunque, por otra parte, el recién llegado y todos los que vinieron a continuación aparecían grandes y próximos, como si estuvieran a la vez cerca y lejos, conforme a alguna geometría anómala.

El recién llegado era un hombre delgado y moreno, de estatura media, ataviado con un atuendo clerical de la Iglesia Anglicana. Aparentaba tener unos treinta años, de tez cetrina, aceitunada y rasgos bastante agradables, pero con una frente anormalmente grande. Llevaba su pelo negro bien cortado y pulcramente cepillado, e iba bien afeitado, aunque una espesa barba le azuleaba el mentón. Llevaba gafas sin montura con patillas de acero. Su figura y los rasgos de la parte inferior del rostro eran como los de los demás clérigos que yo había visto, pero tenía una frente enormemente grande, y era más enigmático y parecía más inteligente... aunque también más sutil y secretamente *perverso*. En aquel momento — acababa de encender una tenue lámpara de aceite— parecía nervioso y, antes de que me diera cuenta, arrojó todos sus libros de magia a una chimenea que había al lado de la ventana de la habitación (donde la pared estaba bastante inclinada) en la que no me había fijado antes. Las llamas consumieron los libros con voracidad, brotando con extraños colores y despidiendo un olor indeciblemente repugnante mientras las páginas con extraños jeroglíficos y las apolilladas encuadernaciones sucumbían al ingrediente devastador. De pronto vi que había otras personas en la habitación: hombres de aspecto circunspecto con vestidura clerical, uno de los cuales llevaba alzacuello y calzones de obispo. Aunque no podía oír nada, comprendí que le estaban transmitiendo alguna decisión de enorme importancia al primero que había llegado. Parecía que le detestaban y le temían al mismo tiempo, y él parecía corresponder a esos sentimientos. Su rostro tenía una expresión adusta, pero pude ver que, al tratar de agarrar el respaldo de una silla, le temblaba la mano derecha. El obispo le señaló la vitrina vacía y la chimenea (donde las llamas se habían apagado entre una imprecisa masa carbonizada), y parecía particularmente asqueado. El primero que había llegado sonrió irónicamente y alargó la mano izquierda hacia el pequeño objeto que había encima de la mesa. Acto seguido todos parecieron asustarse. La comitiva de clérigos empezó a bajar en fila la empinada escalera a través de la trampilla

que había en el suelo, volviéndose y haciendo gestos amenazadores al abandonar la habitación. El obispo fue el último en irse.

El primero que había llegado fue hasta una alacena en el fondo de la habitación y sacó un rollo de cuerda. Se subió a una silla, ató un extremo de la cuerda a un gancho que colgaba de la gran viga central de roble negro que estaba al descubierto, y empezó a hacer un nudo corredizo en el otro extremo. Comprendiendo que estaba a punto de ahorcarse, me dirigí hacia él para disuadirle o salvarlo. Él me vio y suspendió los preparativos, mirándome con una especie de *júbilo* que me desconcertó y me preocupó. Poco a poco bajó de la silla y empezó a deslizarse hacia mí mientras su rostro atezado de labios finos esbozaba una mueca verdaderamente lobuna.

No sé por qué presentí que me encontraba en peligro de muerte, y saqué el extraño proyector de rayos para utilizarlo como arma de defensa. Ignoro por qué pensé que podría serme útil. Lo encendí, dándole en pleno rostro, y vi que sus cetrinas facciones brillaban, primero con una luz violeta y luego rosácea. Su exultante expresión lobuna empezó a verse relegada por una mirada de profundo temor... que, sin embargo, no llegó a sustituirla por completo. Se paró en seco... luego, agitando las manos frenéticamente en el aire, empezó a retroceder tambaleándose. Vi que se acercaba al hueco de la escalera que estaba abierto, e intenté gritar para prevenirle, pero no me oyó. Al cabo de unos instantes dio unos bandazos hacia atrás, cayó por la abertura y lo perdí de vista.

Tuve problemas para llegar hasta el hueco de la escalera, pero cuando lo conseguí no encontré ningún cadáver aplastado en el piso de abajo. En cambio había un tumulto de gente que subía con linternas, pues se había roto la racha de silencio fantasmal y una vez más oía ruidos y veía con normalidad figuras tridimensionales. Por lo visto algo había atraído a aquel lugar a una muchedumbre. ¿Había sido un ruido que yo no había oído? Inmediatamente las dos personas (simples aldeanos, al parecer) que iban en cabeza me

vieron... y se quedaron paralizadas. Una de ellas gritó con fuerza y de forma ensordecedora:

—¡Ufff!... ¿Soos tú? ¿Otra vez?

Acto seguido dieron media vuelta y huyeron desesperadamente. Es decir, todos menos uno. Cuando la muchedumbre se hubo ido vi al hombre circunspecto y con barba que me había llevado a aquel lugar, de pie y solo, con una linterna. Me miraba boquiabierto y fascinado, pero no parecía asustado. Entonces empezó a subir por la escalera y se reunió conmigo en el desván. Dijo:

—¡De modo que *no* la dejó en paz! Lo siento. Sé lo que ha pasado. Ya ocurrió una vez antes, pero el hombre se asustó y se pegó un tiro. No tenía que haberle hecho volver. Usted sabe qué es lo que *quiere*. Pero no tenía que haberse asustado como le pasó al otro. Le ha ocurrido a usted algo muy extraño y terrible, aunque no hasta el punto de dañarle la mente y la personalidad. Si mantiene la calma y admite la necesidad de efectuar ciertos reajustes radicales en su vida, podrá seguir disfrutando de la existencia y de los beneficios de su erudición. Pero no puede vivir aquí... y no creo que desee regresar a Londres. Le aconsejo que se vaya a Estados Unidos.

»No debe intentar nada más con esa... cosa. Ya nada puede repetirse. El hacer —o evocar— algo sólo empeoraría las cosas. No le ha ido tan mal como podría haber sido... pero tiene que marcharse de aquí inmediatamente y no volver nunca. Más vale que le dé gracias a Dios de que no haya sido peor.

»Se lo voy a decir lo más francamente posible. Ha habido cierto cambio... en su apariencia personal. *Él* siempre provoca eso. Pero en un país nuevo usted puede acostumbrarse a ello. Hay un espejo en el otro extremo de la habitación, y voy a traérselo. Recibirá una impresión... aunque no verá nada repulsivo.

Me estremecí de miedo y el hombre de la barba casi tuvo que sostenerme mientras cruzábamos la habitación en dirección al espejo, con la tenue lámpara (o sea, la que antes estaba sobre la

mesa, no el farol todavía más tenue que él había traído) en su mano libre. Esto es lo que vi en el espejo:

Un hombre delgado y moreno, de estatura media, ataviado con un atuendo clerical de la Iglesia Anglicana, que aparentaba tener unos treinta años, con unas gafas sin montura y patillas de acero que brillaban bajo una frente cetrina, aceitunada, anormalmente grande.

Era el individuo silencioso que fue el primero en llegar y había quemado sus libros.

¡Durante el resto de mi vida iba a tener la apariencia externa de aquel hombre!

EL LIBRO^[676]

Mis recuerdos son muy confusos. Incluso dudo mucho de cómo empezaron; pues a veces tengo horribles visiones de años que se remontan bastante a mi época, mientras que en otras ocasiones me parece como si el momento actual fuera un punto aislado en una infinidad gris e informe. Ni siquiera estoy seguro de cómo transmito este mensaje. Aunque sepa que estoy hablando, tengo una vaga impresión de que hará falta alguna extraña y quizás terrible mediación para llevar lo que digo a los lugares donde quiero ser oído. Además, mi identidad es increíblemente confusa. Me parece haber sufrido una gran impresión... tal vez como un resultado totalmente monstruoso de las diferentes etapas de mi experiencia única e increíble.

Todas estas etapas de mi experiencia, claro está, son producto de aquel libro apolillado. Recuerdo cuando lo encontré... en un lugar tenuemente iluminado cerca de aquel sucísimo río oleaginoso donde las brumas se arremolinan siempre. Aquel lugar era muy antiguo, y los estantes que llegaban hasta el techo, llenos de volúmenes carcomidos, se extendían interminablemente por habitaciones interiores y nichos sin ventanas. Había, además, grandes montones informes de libros en el suelo y en toscas arcas; y fue en uno de esos montones donde lo encontré. Nunca me enteré de su título, pues faltaban las primeras páginas; pero al caerse se abrió hacia el final, permitiéndome vislumbrar algo que hizo tambalear mis sentidos.

Era una fórmula —una especie de lista de cosas para decir y hacer— que reconocí como algo funesto y prohibido; algo sobre lo

que había leído antes en sigilosos párrafos, mezcla de aversión y fascinación, escritos por aquellos extraños exploradores antiguos de los ocultos secretos del universo en cuyos deteriorados textos me gustaba ensimismarme. Era una llave —una guía— a ciertas puertas y tránsitos con los que han soñado los místicos y de los que han hablado en voz baja desde que la raza era joven, y que conducían a libertades y descubrimientos más allá de las tres dimensiones y a ámbitos de vida y de materia que nos son conocidos. Durante siglos ningún hombre se había acordado de su esencia vital ni sabía dónde encontrarla, pero aquel libro era muy antiguo indudablemente. No estaba impreso, sino que la mano de algún monje medio loco había trazado aquellas ominosas frases latinas con unciales^[677] de abrumadora antigüedad.

Recuerdo cómo el viejo me miró de soslayo y se rió disimuladamente, haciendo un curioso signo con la mano cuando me lo llevé. No quiso cobrarme nada, y sólo mucho después supe por qué. Mientras me apresuraba a volver a casa atravesando aquellas calles portuarias, estrechas, tortuosas, invadidas por la bruma, tuve la espantosa impresión de que me seguían sigilosamente unos suaves pasos amortiguados. Las ruinosas casas centenarias situadas a ambos lados parecían rebosar una nueva y malsana malignidad... como si se hubiera abierto de repente algún conducto hasta entonces cerrado de conocimientos perniciosos. Me parecía que aquellas paredes y gabletes salientes de ladrillo enmohecido y escayolas y vigas fungosas —con ventanas de cristales romboidales como ojos de pez que mirasen de soslayo— difícilmente podían dejar de adelantarse y aplastarme... aunque yo sólo había leído un mínimo fragmento de aquella abominable tuna antes de cerrar el libro y llevármelo.

Recuerdo cómo leí por fin el libro... lívido y encerrado en el desván en el que durante tanto tiempo me había dedicado a hacer extrañas pesquisas. La gran casa estaba muy tranquila, pues yo no había subido hasta pasada la medianoche. Creo que entonces yo tenía una familia —aunque no estoy muy seguro de los detalles— y

sé que había muchos sirvientes. No sabría decir qué año era exactamente; pues desde entonces he conocido muchas épocas y dimensiones, y todos mis conceptos del tiempo se han disipado y rehecho. Leí a la luz de velas —recuerdo el incesante goteo de la cera— y de vez en cuando me llegaban repiques desde lejanos campanarios. Yo parecía seguir de cerca aquellas campanadas con especial aplicación, como si temiese escuchar entre ellas alguna nota intrusa muy lejana.

Entonces escuché el primer chirrido y forcejeo en la ventana de la buhardilla que daba a los demás tejados de la ciudad. Ocurrió mientras recitaba en voz alta el noveno verso de aquella endecha primitiva y, estremecido, supe lo que quería decir. Pues quien traspasa las puertas siempre se granjea un compañero inseparable que le sigue a uno como una sombra, y nunca más podrá estar solo. Yo lo había invocado... y el libro era en efecto lo que yo había sospechado. Aquella noche crucé la puerta a un vórtice de tiempo y visión distorsionados, y cuando la mañana me encontró en la habitación del desván vi las paredes, los estantes y los muebles como nunca los había visto antes.

Después de aquello ya no pude ver el mundo como lo había conocido. Mezclado con la escena presente había siempre un poco del pasado y un poco del futuro, y todos los objetos otrora familiares me parecían extraños bajo la nueva perspectiva que me proporcionaba mi visión más amplia. Desde entonces me acompañó un sueño fantástico de formas desconocidas o sólo conocidas a medias; y cada vez que traspasaba una nueva puerta, con menos claridad podía reconocer las cosas de la reducida esfera a la que durante tanto tiempo había estado ligado. Lo que yo veía nadie más lo veía; y me volví doblemente callado y reservado para que no me creyeran loco. Los perros tenían miedo de mí, pues presentían la sombra ajena que nunca se apartaba de mi lado. Pero aun así leí más —en libros y rollos de pergamino ocultos y olvidados a los que me llevaba mi nueva visión— y pasé por nuevas puertas de espacio,

de existencia y de pautas vitales hacia el núcleo del cosmos desconocido.

Recuerdo la noche en que trace en el suelo los cinco círculos concéntricos de fuego, y permanecí en lo más recóndito salmodiando aquella monstruosa letanía que había traído el mensajero de Tartaria^[678]. Las paredes desaparecieron y me vi arrastrado por un viento negro a través de abismos de un gris impenetrable con cimas de montañas desconocidas en forma de aguja varias millas por debajo de mí. Poco después la oscuridad era completa, y luego apareció la luz de miríadas de estrellas que formaban extrañas constelaciones foráneas. Por último vi una planicie iluminada por una luz verde muy por debajo de mí, y distinguí sobre ella las torres retorcidas de una ciudad construida de un modo como nunca había conocido, leído o soñado. Cuando flotaba más cerca de aquella ciudad vi un gran edificio cuadrado de piedra en un espacio abierto, y sentí que un miedo espantoso me atenazaba. Grité y forcejeé, y tras un breve desconcierto me encontré de nuevo en mi habitación del desván, tumbado de espaldas en el suelo sobre los cinco círculos fosforescentes. En el vagabundeo de aquella noche no hubo más novedades que en la mayoría de los anteriores; pero hubo más terror porque sabía que me encontraba más cerca de aquellos abismos y mundos exteriores de lo que había estado antes. A partir de entonces fui más prudente con mis conjuros, pues no deseaba verme separado de mi cuerpo y de la Tierra en abismos desconocidos de los que nunca podría regresar.

LA SOMBRA DE OTRO TIEMPO^[679]

I

Después de veintidós años de pesadillas y terrores, de las que me ha protegido únicamente la desesperada convicción de que se trataban de impresiones de origen fantasioso, no estoy dispuesto a garantizar la veracidad de lo que creí descubrir en Australia Occidental la noche del 17 al 18 de julio de 1935. Hay motivos para esperar que mi experiencia fue, en su totalidad o al menos parcialmente, una alucinación... para la cual existen, desde luego, abundantes causas. Y sin embargo, la impresión de realidad fue tan horrorosa que a veces me parece imposible abrigar cualquier esperanza. Si tales hechos ocurrieron, la humanidad deberá estar dispuesta a admitir ciertas nociones del cosmos, y del lugar que corresponde al hombre en el agitado torbellino del tiempo, cuya sola mención es aterradora. Deberá también ponerse en guardia contra un peligro específico que le acecha, que si bien nunca engullirá a toda la raza, puede imponer monstruosos e inimaginables horrores a sus miembros más atrevidos. Es por esta última razón por lo que recomiendo, con toda la fuerza de que soy capaz, que se renuncie definitivamente a cualquier intento de desenterrar aquellos fragmentos de desconocida y primordial mampostería que mi expedición se proponía investigar.

En el supuesto de que me encontraba bien despierto y en mi sano juicio, puedo afirmar que la experiencia que tuve aquella noche no le ha acontecido nunca a ningún hombre. Era, además, una

espantosa confirmación de todo lo que había tratado de descartar como pura imaginación y desvarío. Afortunadamente no existe ninguna prueba, pues me asusté tanto que perdí el impresionante objeto que —si realmente lo hubiera sacado de aquel pernicioso abismo— habría constituido una prueba irrefutable. Cuando tropecé con aquel horror me encontraba solo... y hasta ahora no se lo he contado a nadie. No pude impedir que los demás excavaran en su busca, pero la suerte y las arenas movedizas impidieron en buena medida que lo encontrasen. Ahora debo hacer una declaración definitiva, no sólo por mi propio equilibrio mental, sino como advertencia para otros que puedan leerla en serio.

Estas páginas —muchas de las cuales, sobre todo las partes iniciales, resultarán familiares a los lectores asiduos de la prensa general y científica— están escritas en el camarote del barco que me trae de regreso a casa. Se las daré a mi hijo, el profesor Wingate Peaslee, de la Universidad Miskatonic, único miembro de mi familia que me fue fiel después de la extraña amnesia que padecí hace mucho tiempo, y el hombre mejor informado de los pormenores de mi caso. De todas las personas vivas, él será probablemente quien menos se burle de lo que voy a contar sobre aquella noche fatídica.

No le informé verbalmente de nada antes de embarcar, porque pienso que es mejor para él que se lo revele por escrito. Leyendo y releendo estas páginas cuando le venga bien, podrá formarse una idea mucho más convincente que la que yo podría expresarle de palabra con mi confuso lenguaje. Podrá hacer con este relato lo que mejor le parezca: mostrarlo, con el adecuado comentario, en cualquier parte donde pueda ser útil. Para aquellos lectores que no estén al corriente de las primeras fases de mi caso, he presentado a modo de preámbulo la propia revelación con un resumen bastante amplio de los antecedentes.

Me llamo Nathaniel Wingate Peaslee^[680], y quienes recuerden los relatos periodísticos de la generación anterior —o las cartas y artículos de las revistas de psicología de hace seis o siete años— sabrán quién soy. En la prensa aparecieron muchos detalles acerca

de la extraña amnesia que padecí entre 1908 y 1913, que se pensó estaba relacionada en gran parte con las tradiciones de horror, demencia y brujería que persistían en la antigua ciudad de Massachusetts que, entonces como ahora, constituía mi lugar de residencia. Sin embargo, me habría gustado saber si no hubo algún rasgo de locura o algo aciago en mi ascendencia y en los primeros años de mi vida. Se trata de un hecho sumamente importante, en vista de la influencia maligna que se abatió sobre mí procedente del *exterior*. Puede ser que siglos de oscuras cavilaciones hayan hecho a la derruida Arkham, poblada de rumores, particularmente vulnerable en lo concerniente a tales influencias malignas... aunque parece dudoso, a la luz de aquellos otros casos que más tarde tuve ocasión de estudiar. Pero la cuestión principal estriba en que mi propia ascendencia y antecedentes son completamente normales. Lo que se abatió sobre mí venía de *otra parte*... incluso ahora no me decido a afirmar con franqueza de dónde.

Soy hijo de Jonathan Peaslee y de Hannah (Wingate) Peaslee, ambos procedentes de antiguos y sanos linajes de Haverhill. Nací y me crié en Haverhill^[681] —en la vieja mansión de Boardman Street, cerca de Golden Hilly— no fui a Arkham hasta que ingresé en la Universidad Miskatonic a la edad de dieciocho años. Eso fue en 1889. Después de graduarme estudié economía en Harvard y regresé a Miskatonic en 1895 como profesor de economía política. Durante los siguientes trece años mi vida transcurrió sin contratiempos ni problemas. En 1896 me casé con Alice Keezar, natural de Haverhill, y mis tres hijos, Robert K., Wingate y Hannah, nacieron en 1898, 1900 y 1903, respectivamente. En 1898 me convertí en profesor adjunto, y en 1902 en catedrático titular. En ningún momento tuve el menor interés por el ocultismo o la psicología patológica.

Fue un jueves, el 14 de mayo de 1908, cuando me sobrevino la extraña amnesia. El hecho ocurrió de forma completamente inesperada, aunque más tarde me di cuenta de que ciertas visiones breves e inciertas que tuve varias horas antes —visiones caóticas

que me perturbaron enormemente por lo inauditas que eran—debían constituir los síntomas premonitorios. Me dolía la cabeza, y tenía la extraña sensación —totalmente nueva para mí— de que algún otro trataba de apoderarse de mis pensamientos.

El colapso me ocurrió a eso de las diez y veinte de la mañana, mientras estaba dando una clase de economía política —historia y tendencias actuales de la economía— a los estudiantes del penúltimo curso y unos pocos de segundo. Empecé por ver extrañas formas y a sentir que me hallaba en una habitación absurda distinta del aula. Mis pensamientos y mi discurso se apartaron del tema, y los estudiantes comprendieron que pasaba algo grave. Entonces me desplomé en el sillón sin sentido, sumido en un estupor del que nadie pudo sacarme. Durante cinco años, cuatro meses y trece días no recobré mis plenas facultades ni llegué a comprender el mundo normal^[682].

Lo que sigue, por supuesto, lo he sabido a través de otras personas. Durante dieciséis horas y media no di muestras de haber recobrado el conocimiento, aunque me trasladaron a mi casa, en Crane Street^[683] número 27, y me prestaron la mejor asistencia médica. A las tres de la mañana del 15 de mayo abrí los ojos y empecé a hablar, pero al poco tiempo los médicos y mi familia se asustaron verdaderamente por el cambio de mi expresión y mi lenguaje. Estaba claro que no me acordaba de mi identidad ni de mi pasado, aunque por alguna razón parecía deseoso de ocultar esa carencia de conocimientos. Mis ojos miraban con extrañeza a las personas que me rodeaban, y las flexiones de mis músculos faciales eran completamente desconocidas^[684].

Hasta mi habla parecía torpe y foránea. Empleaba mis órganos vocales con torpeza y vacilación, y mi dicción tenía un curioso grado de afectación, como si hubiese aprendido trabajosamente la lengua inglesa en los libros. La pronunciación era inhumanamente extraña, mientras que el lenguaje parecía incluir curiosos trozos de arcaísmos y expresiones totalmente incomprensibles. Entre estas últimas, una en particular fue recordada muy poderosamente —

incluso con terror— por el más joven de los médicos veinte años después. Pues en aquel periodo tardío tal frase empezó a tener general aceptación —primero en Inglaterra y luego en los Estados Unidos— y, a pesar de su enorme complejidad y su indiscutible novedad, reproducía hasta en sus menores detalles las desconcertantes palabras del extraño paciente de Arkham en 1908.

En seguida recobré la fuerza física, aunque necesité una extraordinaria cantidad de reeducación para volver a utilizar coordinadamente mis manos, piernas y demás órganos corporales en general. Debido a ese impedimento y a otros inherentes a mi fallo mnemotécnico, estuve sometido durante algún tiempo a un riguroso cuidado médico. Cuando me di cuenta de que mis intentos por ocultar la falta de memoria habían fracasado, lo admití abiertamente, y empecé a ansiar toda clase de información. En efecto, a los médicos les pareció que yo había perdido interés por mi propia persona en cuanto acepté el caso de amnesia como algo natural. Notaron que mi principal afán consistía en llegar a ser un experto en determinadas cuestiones de la historia, la ciencia, el arte, el lenguaje y el folclore —algunas tremendamente abstrusas y otras de una simpleza pueril— que, en muchos casos, desconocía por completo. Al mismo tiempo se dieron cuenta de que yo dominaba inexplicablemente toda una serie de conocimientos, muchos de ellos casi desconocidos... pero parecía querer ocultar esa aptitud en lugar de exhibirla. A veces aludía sin darme cuenta, y con desenfadada seguridad, a acontecimientos específicos ocurridos en épocas lejanas, fuera del ámbito de los ciclos históricos comúnmente aceptados... pero hacía pasar tales referencias por una broma al ver la sorpresa que producían. Y tenía una forma de referirme al futuro que en dos o tres ocasiones causó verdadero miedo. Esos misteriosos destellos cesaron muy pronto, aunque algunos observadores atribuyeron su desaparición a una solapada reserva por mi parte, más que a cualquier mengua de los extraños conocimientos que se vislumbraban detrás de mis palabras. La verdad es que yo parecía seguir teniendo una anómala avidez por

asimilar el habla, las costumbres y las perspectivas del mundo que me rodeaba; como si fuese un viajero estudioso, llegado de un país remoto y foráneo.

En cuanto me lo permitieron frecuenté a todas horas la biblioteca de la universidad; y en seguida empecé a preparar aquellos viajes extraordinarios y aquellos cursos especiales que di en diversas universidades americanas y europeas, que tantos comentarios provocaron durante los siguientes años. En ningún momento adolecí de falta de contactos eruditos, pues mi caso gozaba de una prestigiosa celebridad entre los psicólogos de aquella época. En varias conferencias fui presentado como un típico ejemplo de personalidad subordinada, aunque de vez en cuando parecía desconcertar a los conferenciantes con algunos síntomas extraños o algún curioso vestigio de burla cuidadosamente disimulada.

Sin embargo, verdadera amistad encontré muy poca. Algo en mi aspecto y en mi manera de hablar parecía suscitar vagos temores y aversión en aquellos con quienes me entrevistaba, como si fuese un ser infinitamente distante de todo lo que es normal y saludable. Esa persistente idea de un funesto horror oculto relacionado con abismos incalculables de una especie de *distancia* estaba singularmente extendida. Ni siquiera mi propia familia constituía una excepción. Desde el primer momento de mi extraño despertar, mi mujer me miró con extremado horror y aversión, jurando que yo era un completo desconocido que usurpaba el cuerpo de su marido. En 1910 obtuvo un divorcio legal, y no consintió en verme ni aun después de mi vuelta a la normalidad en 1913^[685]. Esos sentimientos los compartieron mi hijo mayor y mi hija pequeña, a ninguno de los cuales he vuelto a ver desde entonces.

Sólo mi hijo segundo, Wingate, pareció capaz de vencer el terror y la repugnancia que mi cambio despertaba. Le parecía, no cabe duda, que yo era un desconocido, pero aunque sólo tenía ocho años de edad, mantuvo la firme confianza de que volvería a recobrar mi propia identidad^[686]. Cuando la recobré me buscó, y los tribunales me confiaron su custodia. Durante los años siguientes, me ayudó en

los estudios que emprendí, y hoy, a sus treinta y cinco años, es catedrático de psicología en Miskatonic. Pero no me sorprende el horror que yo provocaba... pues sin duda alguna la mente, la voz y la expresión facial del ser que despertó el 15 de mayo de 1908 no eran las de Nathaniel Wingate Peaslee.

No pretendo contar mucho de mi vida desde 1908 a 1913, ya que los lectores pueden averiguar lo más imprescindible —como yo tuve que hacer en gran medida— consultando las columnas de los periódicos y las revistas científicas de aquella época. Cuando me permitieron hacerme cargo de mis propios fondos, fui gastándomelos despacio y prudentemente después de todo, en viajes y en investigaciones en varios centros de estudio. Sin embargo, mis viajes eran singulares en sumo grado, y requerían dilatadas visitas a lugares remotos y deshabitados. En 1909 pasé un mes en el Himalaya, y en 1911 llamó mucho la atención mi expedición en camello a los desiertos desconocidos de Arabia. Nunca he logrado saber lo que sucedió en aquellos viajes. Durante el verano de 1912 fleté un barco y navegué por al Ártico al norte de Spitzbergen^[687], pero más tarde di muestras de decepción. A finales de aquel mismo año pasé varias semanas solo, rebasando todos los límites explorados antes y después, por el vasto sistema de cavernas calcáreas de Virginia Occidental... unos laberintos tan oscuros y complicados que no cabía pensar en volver sobre mis pasos^[688].

Mis estancias en las universidades se caracterizaron por una asimilación de conocimientos anormalmente rápida, como si mi personalidad subordinada tuviera una inteligencia enormemente superior a la mía. He descubierto también que mi ritmo de lectura y de estudio era espectacular. Era capaz de dominar a fondo cualquier libro con sólo mirarlo por encima pasando las páginas a toda velocidad; mientras que mi habilidad para interpretar figuras complicadas en un instante era verdaderamente impresionante. A veces corrieron rumores bastante desagradables acerca de mi poder para influir en los pensamientos y los actos de los demás,

aunque al parecer yo procuraba reducir al mínimo las demostraciones de esa facultad.

Otros rumores desagradables se referían a mi intimidad con los dirigentes de sectas ocultistas y con eruditos sospechosos de estar en contacto con nefastos grupos de abominables hierofantes^[689] del mundo antiguo. Esos rumores, aunque nunca se confirmaron en su momento, fueron alentados sin duda por el conocido tenor de algunas de mis lecturas... pues la consulta de libros raros en las bibliotecas no se puede llevar a cabo a escondidas. Ha pruebas palpables —mis anotaciones marginales— de que examiné a fondo y con todo detalle libros tales como el *Cultes des Goules* del Conde d'Erlette^[690], *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn^[691], el *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt, los fragmentos que se conservan del enigmático *Libro de Eibon*^[692], y el terrible *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred. Y es innegable, además, que a partir de mi extraña mutación empezó una nueva y perversa racha de actividades en lo referente a cultos clandestinos.

En el verano de 1913 comencé a dar muestras de aburrimiento y de falta de interés, y a insinuar a varios compañeros que era de esperar que pronto me ocurriría un cambio. Les dije que volvían a mí algunos recuerdos de mi vida anterior... pero la mayoría de mis oyentes me juzgaron insincero, puesto que todos los recuerdos que ofrecía eran intrascendentales y me podía haber enterado de ellos a través de mis antiguos documentos personales. Hacia mediados de agosto regresé a Arkham y volví a abrir mi casa de Crane Street, que llevaba cerrada bastante tiempo. Instalé allí un mecanismo de un aspecto de lo más curioso, construido por partes por diferentes fabricantes de aparatos científicos de Europa y América, y evité cuidadosamente que lo viera cualquier persona lo bastante inteligente como para comprender de qué se trataba. Los que lo vieron —un artesano, una sirvienta y la nueva ama de llaves— dijeron que era una extraña mezcla de varillas, ruedas y espejos, aunque sólo medía unos dos pies [sesenta centímetros] de alto, por uno de ancho y otro de largo. El espejo central era redondo y

convexo. Todo ello lo han confirmado los fabricantes de las distintas piezas que se han podido localizar.

La noche del viernes 26 de septiembre despedí al ama de llaves y a la criada hasta el mediodía del día siguiente. Las luces de la casa permanecieron encendidas hasta muy tarde y un hombre flaco, moreno, curiosamente de aspecto extranjero, llegó en un automóvil. A eso de la una fueron vistas las luces por última vez. A las dos y cuarto, un policía observó que el lugar estaba a oscuras, pero el coche del forastero seguía estacionado junto a la acera. Cerca de las cuatro el coche se había ido con toda certeza. Serían las seis cuando una voz vacilante con acento extranjero pidió por teléfono al doctor Wilson que viniese a sacarme de un raro desmayo. Esa llamada —de larga distancia— fue localizada más tarde en una cabina pública de la Estación del Norte de Boston, pero no lograron descubrir el menor rastro del flaco extranjero.

Cuando el doctor llegó a mi casa me encontró inconsciente en el cuarto de estar, sentado en un sillón al que habían acercado una mesa. En su lustrosa superficie había arañazos que indicaban el lugar donde se había apoyado algún objeto pesado. El extraño artefacto había desaparecido y no volvió a saberse nada de él. Sin duda el forastero moreno y flaco se lo había llevado. En la chimenea de la biblioteca había gran cantidad de ceniza que evidentemente era lo que quedaba después de haber quemado un montón de papeles que yo había escrito desde que me vino la amnesia. El doctor Wilson comprobó que mi respiración era muy peculiar, pero después de una inyección hipodérmica volvió a ser normal.

A las once y cuarto de la mañana del día 27 de septiembre experimenté una gran agitación, y mi rostro, hasta entonces parecido a una máscara, empezó a mostrar cierta expresión. El doctor Wilson comentó que aquella expresión no era la de mi personalidad subalterna, sino que se parecía mucho más a la de mi identidad normal. A eso de las once y media murmuré unas cuantas sílabas muy extrañas... unas sílabas que no parecían tener relación alguna con ningún lenguaje humano. Parecía, también, que

estuviese luchando contra algo. Luego, justo después del mediodía —mientras tanto el ama de llaves y la criada habían regresado— empecé a murmurar en inglés:

«... entre los economistas ortodoxos de aquella época, Jevons^[693] representa la tendencia predominante a establecer correlaciones científicas. Su intento de relacionar el ciclo económico de prosperidad y crisis con el ciclo físico de las manchas solares constituye quizás la cúspide de...»

Nathaniel Wingate Peaslee había regresado... en su escala de tiempo estaba todavía en aquella mañana de jueves de 1908, ante sus alumnos de economía que miraban fijamente el estropeado pupitre sobre el estrado.

II

Mi reintegración a la vida normal fue un proceso penoso y difícil. La pérdida de cinco años crea más complicaciones de las que cabe imaginar, y en mi caso había una infinidad de cuestiones que tuve que resolver. Lo que me contaron sobre mis actuaciones a partir de 1908 me asombró y me perturbó, pero traté de considerar el asunto lo más filosóficamente posible. Finalmente, una vez recuperada la tutela de mi segundo hijo Wingate, me instalé con él en la casa de Crane Street y procuré reanudar mis tareas docentes... la Facultad tuvo la gentileza de ofrecermé mi antigua cátedra.

Me incorporé al trabajo en febrero de 1914, en el segundo trimestre del curso, y permanecí allí justo un año. Para entonces me di cuenta de cuán terriblemente había hecho mella en mí la amnesia. Aunque estaba perfectamente cuerdo —así lo creía— y conservaba íntegra mi propia personalidad, no tenía el vigor ni la energía de antaño. Continuamente me atormentaban sueños vagos y extrañas ideas, y cuando el estallido de la guerra mundial desvió

mi atención hacia la historia, me sorprendí pensando en una clase de acontecimientos de un modo de lo más raro. Mi concepción del *tiempo* —mi capacidad para distinguir entre consecuencia y simultaneidad— parecía haberse alterado sutilmente, de suerte que me forjaba quiméricas ideas acerca de vivir en una época determinada y proyectar mi mente por toda la eternidad para conocer las épocas pasadas y futuras.

La guerra me dejó la extraña impresión de poder recordar algunas de sus remotas *consecuencias*... como si supiera cómo iba a terminar, y pudiera mirarla *retrospectivamente* a la luz de las noticias futuras. Todos estos casi recuerdos venían acompañados de mucho esfuerzo, y la sensación de que alguna artificial barrera psicológica se oponía a ellos. Cuando tímidamente insinuaba mis impresiones a los demás, recibía diversas respuestas. Algunas personas me miraban desagradablemente, pero los del departamento de matemáticas mencionaban los últimos progresos de la teoría de la relatividad —de la que por aquel entonces sólo se hablaba en los círculos eruditos— que más tarde llegaría a ser tan famosa. Según decían, el doctor Albert Einstein estaba reduciendo el *tiempo* a la condición de una simple dimensión^[694].

Sin embargo, los sueños y los sentimientos turbadores prevalecieron, de modo que en 1915 tuve que renunciar a mi trabajo habitual. Algunas de mis impresiones fueron tomando una apariencia molesta: tenía la persistente sensación de que mi amnesia había provocado algún tipo infame de cambio; que mi personalidad subalterna era indudablemente una fuerza intrusa procedente de regiones desconocidas, y que mi propia personalidad había sido desplazada. Eso me llevó a sumirme en vagas y espantosas especulaciones acerca del paradero de mi auténtica personalidad durante los años en que otro había ocupado mi cuerpo. Los singulares conocimientos y la extraña conducta del reciente ocupante de mi cuerpo me preocupaban cada vez más a medida que me enteraba de nuevos detalles, a través de otras personas, de periódicos y de revistas. Las rarezas que habían

desconcertado a los demás parecían armonizar terriblemente con ese trasfondo de funestos conocimientos que emponzoñaba los abismos de mi subconsciente. Empecé a buscar febrilmente cualquier fragmento de información referente a los estudios y a los viajes de *aquel otro* durante mis años de oscuridad.

No todas mis inquietudes eran tan abstractas como esa. Estaban los sueños... y estos parecían aumentar en viveza y concreción. Sabiendo cómo los consideraría la mayoría, raras veces los mencionaba a nadie, a excepción de mi hijo o de ciertos psicólogos de confianza, pero con el tiempo comencé un estudio científico de otros casos de amnesia para averiguar hasta qué punto tales visiones podían ser o no características de las víctimas de la amnesia. Los resultados obtenidos, con ayuda de psicólogos, historiadores, antropólogos y especialistas en enfermedades mentales de gran experiencia, y de un estudio exhaustivo que incluía todos los casos de desdoblamiento de personalidad, desde los tiempos de las leyendas sobre posesiones demoníacas hasta la realidad actual desde el punto de vista médico, en principio más que consolarme me preocuparon.

No tardé en comprobar que mis sueños no tenían realmente su equivalente en la inmensa mayoría de los casos auténticos de amnesia. Sin embargo, quedaba una ínfima cantidad de informes que durante años me desconcertaron y sobresaltaron por su paralelismo con mi propia experiencia. Algunos no eran más que fragmentos del antiguo folclore; otros eran casos registrados en los anales de la medicina; en una o dos ocasiones, se trataba de anécdotas ocultas de forma crítica en las historias corrientes. Así que parecía que, aunque mi particular tipo de afección era enormemente raro, se habían dado casos de la misma muy de vez en cuando desde los primeros anales de la historia. Ciertas centurias podían incluir uno, dos o tres casos; otras ninguno... o al menos, ninguno del que quedase constancia.

En esencia, se trataba siempre de lo mismo: una persona muy reflexiva presa de una extraña conducta subalterna que, durante un

periodo más o menos largo, lleva una existencia completamente extraña, caracterizada al principio por dificultades verbales y corporales, y más tarde por la adquisición masiva de conocimientos científicos, históricos, artísticos y antropológicos; una adquisición llevada a cabo con entusiasmo febril y una capacidad de asimilación totalmente anormal. Luego, una repentina recuperación de la legítima conciencia, a partir de entonces atormentada de vez en cuando por vagos sueños irreconocibles, que hacían pensar en fragmentos de algunos recuerdos horribles minuciosamente borrados. Y el gran parecido de aquellas pesadillas con las mías — incluso en sus más pequeños detalles— no dejaba la menor duda acerca de su considerable afinidad. Uno o dos casos resultaban además ligera, sacrílegamente familiares, como si ya hubiese tenido noticia de ellos a través de algún canal cósmico demasiado malsano y horroroso para tomarlo en consideración. En otros tres se mencionaba expresamente un desconocido artefacto como el que había estado en mi casa antes del segundo cambio.

Otra cosa que me preocupó sospechosamente durante la investigación fue que con bastante frecuencia había casos en que los breves y fugaces vislumbres de aquellas pesadillas características los padecían personas no afectadas claramente por la amnesia. Tales personas eran en su mayor parte de mediana o escasa inteligencia... algunas tan primitivas que difícilmente se las podía considerar con capacidad para adquirir unos conocimientos anormales o preternaturales. Por un momento una fuerza ajena las enardecía... acto seguido tenían un lapsus de memoria y sólo les quedaba un ligero recuerdo, pronto desvanecido, de horrores inhumanos.

Había habido al menos tres casos como esos durante el último medio siglo... uno de ellos hace sólo quince años. ¿Algo había estado tanteando *a ciegas a través del tiempo*, desde algún abismo insospechado de la naturaleza? ¿Eran esos monstruosos casos apenas perceptibles una especie de siniestros *experimentos* de alguien que había rebasado por completo la cordura? Tales eran

algunas de mis disformes especulaciones durante mis horas más bajas... fantasías instigadas por los mitos que mis estudios descubrían. Pues no me cabía la menor duda de que ciertas leyendas, persistentes desde la más remota antigüedad, y desconocidas al parecer tanto por las víctimas de los recientes casos de amnesia como por los médicos con ellos relacionados, constituían una asombrosa e impresionante elaboración de unos fallos de memoria como los míos.

Aún sigo teniendo miedo de hablar de la naturaleza de los sueños y las impresiones que tan apremiantemente me asaltaban. Parecían recrearse en la locura, y a veces creía que, en efecto, me estaba volviendo loco. ¿Se trataba de algún tipo de alucinación que afectaba a los que habían sufrido lapsus de memoria? No es inconcebible que el subconsciente, en un esfuerzo por rellenar con falsos recuerdos un vacío que le causa perplejidad, pudiera ocasionar extravagantes caprichos de la imaginación. Ésa era, desde luego, la creencia (aunque a mí finalmente me parecía más plausible la teoría alternativa basada en el folclore) de la mayoría de los alienistas que me ayudaban en mi búsqueda de casos análogos, y que compartían mi desconcierto ante los exactos parecidos que a veces descubríamos. Para ellos mi estado no podía considerarse verdadera locura, sino que más bien lo clasificaban como trastorno neurótico. Apoyaban por completo, conforme a los mejores principios psicológicos, mis intentos de localizarlo y analizarlo, en vez de procurar inútilmente soslayarlo u olvidarlo. Yo apreciaba sobre todo el asesoramiento de los médicos que me habían examinado durante el tiempo que estuve poseído por la otra personalidad.

Mis primeros trastornos no fueron en modo alguno de tipo visual, sino que estaban relacionados con cuestiones más abstractas que ya he mencionado. Se trataba también de una sensación de profundo e inexplicable horror acerca de *mí mismo*. Contraje un extraño temor a contemplar mi propia figura, como si mis ojos fueran a descubrir algo totalmente ajeno e inconcebiblemente abominable.

Cuando miraba hacia abajo y veía la conocida figura humana vestida de gris o de azul sentía siempre un raro alivio, aunque para conseguir ese alivio tenía que vencer un pavor infinito. Evitaba los espejos a toda costa^[695], y siempre me afeitaba en la barbería.

Pasó mucho tiempo hasta que establecí una relación recíproca entre esos sentimientos inquietantes y las fugaces impresiones visuales que empezaron a manifestarse. La primera correlación tuvo que ver con la extraña sensación de una limitación externa y artificial de mi memoria. Tenía la impresión de que los fragmentos de visión que experimentaba tenían un significado profundo y terrible y estaban enormemente relacionados conmigo, pero que alguna influencia deliberada me impedía captar ese significado y esa relación. Luego se produjo esa particularidad sobre la percepción del tiempo, y con ella mis desesperados esfuerzos para situar mis fragmentarias visiones oníricas dentro de unas pautas cronológicas y espaciales.

Las visiones propiamente dichas eran al principio meramente extrañas más que horribles. Me parecía estar en una enorme cámara abovedada cuya elevada crucería de piedra casi se perdía entre las sombras de arriba. Cualquiera que fuese la época o el lugar en que se desarrollaba la escena, los constructores de aquella cámara conocían tan bien el principio del arco y lo aplicaron tanto como los romanos. Había descomunales ventanas redondas, puertas rematadas en arco y pedestales o molduras de la altura de una habitación ordinaria. Enormes estanterías de madera oscura se alineaban por los muros, ocupadas por lo que parecían ser volúmenes de tamaño inmenso con extraños jeroglíficos en los lomos. La cantería al descubierto tenía curiosas tallas, siempre con dibujos curvilíneos de diseño matemático, e inscripciones cinceladas con los mismos caracteres que aparecían en los enormes libros. La mampostería, de granito oscuro, era de unas monstruosas proporciones megalíticas, con hileras de bloques con la cara superior convexa que encajaban en las hiladas de cara inferior cóncava que descansaban encima. No había sillas, pero la parte

superior de los inmensos pedestales estaba cubierta de libros, papeles, y lo que parecía ser material de escritorio: vasijas de metal purpúreo adornadas con extrañas figuras, y barras con la punta manchada. A pesar de la gran altura de aquellos pedestales, a veces me parecía que podía verlos desde arriba. Algunos de ellos tenían encima grandes globos de cristal luminoso que servían de lámparas, y artefactos incomprensibles contruidos con tubos de vidrio y varillas de metal. Las ventanas estaban acristaladas y protegidas por un enrejado de aspecto sólido. Aunque no me atreví a acercarme y asomarme por ellas, desde donde me encontraba podía divisar las puntas ondulantes de una singular vegetación parecida a los helechos. El suelo era de enormes baldosas octogonales, pero no había alfombras ni cortinajes.

Más adelante tuve visiones en las que recorría ciclópeos corredores de piedra, y subía y bajaba por gigantescos planos inclinados de idéntica mampostería monstruosa. No había escaleras en ninguna parte, ni pasillo de menos de treinta pies [algo más de nueve metros] de ancho. Algunas de las construcciones a través de las cuales flotaba debían de elevarse a miles de pies de altura. Por debajo había varios niveles de sótanos oscuros, y trampillas nunca abiertas, precintadas con argollas metálicas, que sugerían vagamente algún peligro especial. Me parecía hallarme prisionero, y un siniestro horror se cernía sobre todo lo que veía. Tenía la impresión de que los burlescos jeroglíficos curvilíneos de los muros me habrían arrancado el alma si una compasiva ignorancia no me hubiera evitado caer en la cuenta de lo que significaban.

Más tarde, sin embargo, mis sueños incluyeron perspectivas desde las grandes ventanas redondas, y desde la titánica azotea, de curiosos jardines, y una amplia extensión yerma, con un alto parapeto festoneado, ala que conducía el plano inclinado más alto. Una serie casi interminable de edificios gigantescos, cada uno con su jardín, se alineaba a lo largo de vías pavimentadas de por lo menos doscientos pies [unos sesenta metros] de anchura. Dichos edificios eran de aspecto muy variado, pero casi ninguno de ellos

tenía una superficie de menos de quinientos pies cuadrados [casi cincuenta metros cuadrados] y una altura de mil pies [poco más de trescientos metros]. Muchos de ellos parecían tan ilimitados que debían tener una fachada de varios millares de pies de altura, mientras que algunos se elevaban a enormes alturas, perdiéndose en los cielos grises y vaporosos. Parecían ser fundamentalmente de piedra o de hormigón, y la mayor parte de ellos incorporaba el mismo tipo de mampostería de extrañas formas curvilíneas del edificio en donde me encontraba. En lugar de tejados había azoteas, cubiertas de jardines y rodeadas casi todas de antepechos festoneados. A veces las terrazas eran escalonadas y con amplios espacios abiertos entre los jardines. Las grandes vías mostraban indicios de movimiento, pero en mis primeras visiones no pude precisar esa impresión.

En ciertos lugares vi enormes y enigmáticas torres cilíndricas, que se elevaban muy por encima de las demás construcciones. Parecían completamente distintas y mostraban indicios de ser prodigiosamente antiguas y estar en ruinas. Estaban construidas con bloques a escuadra de un curioso tipo de basalto, y se estrechaban ligeramente en sus remates redondeados. Por ninguna parte se veía el menor rastro de ventanas u otras aberturas salvo sus enormes puertas. Me fijé también en otros edificios más bajos —todos ellos derrumbados por el desgaste del transcurso de los eones—, que se parecían básicamente a las enigmáticas torres cilíndricas. En torno a todo aquel anómalo montón de edificios de bloques a escuadra se cernía una inexplicable aura de amenaza y temor, como la que generaban las trampillas selladas.

Los omnipresentes jardines eran tan extraños que casi aterrorizaban, con extraños y desconocidos tipos de vegetación que se balanceaban por encima de anchos senderos bordeados por monolitos curiosamente esculpidos. Predominaba una vegetación anormalmente desarrollada parecida a los helechos; unos verdes y otros de una palidez mortecina, fungosa. Entre ellos se alzaban unas plantas grandes y espectrales que parecían calamites^[696], y

cuyos troncos, parecidos al del bambú, alcanzaban alturas fabulosas. Había además otras formas empenachadas, como cicas^[697] fabulosas, y arbustos grotescos de color verde oscuro, y árboles con aspecto de coníferas. Las flores eran pequeñas, descoloridas e irreconocibles, y florecían tanto en arriates geométricos como sueltas entre el follaje. En unas cuantas terrazas y jardines en tejados eran más grandes y de colores más vivos con formas casi ofensivas, que parecían dar a entender que eran producto de cultivo artificial. Hongos de tamaños, formas y colores inconcebibles moteaban el paisaje siguiendo un patrón que indicaba la existencia de una desconocida pero arraigada tradición hortícola. En los jardines sobre el terreno, más grandes, parecía que hubiesen intentado conservar las irregularidades de la naturaleza, pero en las azoteas los cultivos eran más selectivos y era patente el arte de recortar los arbustos en formas diversas.

Los cielos estaban casi siempre húmedos y encapotados, y a veces presencié lluvias tremendas. Sin embargo de cuando en cuando podía verse fugazmente el sol —que parecía anormalmente grande— y la luna, cuyas manchas eran algo distintas de lo normal, aunque nunca llegué a explicarme del todo por qué. De noche, las pocas veces que el cielo estaba lo suficientemente despejado, podía contemplar unas constelaciones casi irreconocibles. Sus contornos se aproximaban a veces a los de las nuestras, pero raramente eran iguales; y a juzgar por la posición de unos pocos grupos que pude reconocer, debía hallarme en el hemisferio sur de la Tierra, cerca del Trópico de Capricornio. El horizonte se veía siempre empañado, borroso, pero pude darme cuenta de que, más allá de la ciudad, se extendían grandes selvas de desconocidos helechos arborescentes, calamites, lepidodendron y sigilarias^[698], cuyas fantásticas frondas se agitaban con sorna entre los vapores cambiantes. Algunas veces había indicios de movimiento en el cielo, pero mis primeras visiones nunca me lo confirmaron.

En el otoño de 1914 empecé a tener sueños poco frecuentes en los que flotaba extrañamente por encima de la ciudad y comarcas

circundantes^[699]. Vi interminables carreteras que atravesaban bosques de árboles espantosos con troncos jaspeados, acanalados y rayados, y pasé por otras ciudades tan extrañas como la que continuamente me obsesionaba. Vi monstruosas construcciones de piedra negra o iridiscente en los claros de los bosques donde reinaba un perpetuo crepúsculo, y recorrí largas calzadas empedradas que atravesaban pantanos tan oscuros que sólo puedo dar fe de su vegetación húmeda e imponente. Una vez vi una extensión de incontables millas salpicada de ruinas basálticas, erosionadas por el tiempo, cuya arquitectura se parecía a la de las torres de remates redondeados y sin ventanas de la ciudad que me obsesionaba. Y en otra ocasión vi el mar: una extensión ilimitada y húmeda más allá de los colosales espigones de piedra de una enorme ciudad de cúpulas y arcos. Grandes sombras informes se movían por encima de ellos y de cuando en cuando su superficie se agitaba con anómalas trombas.

III

Como ya he dicho, esas visiones extravagantes no empezaron inmediatamente a tener ese tono aterrador. Indudablemente, muchas personas han soñado intrínsecamente cosas aún más extrañas... cosas que se componen de trozos inconexos de detalles de la vida cotidiana, de cuadros y lecturas, ordenados de una forma fantásticamente nueva por los desenfrenados caprichos del sueño. Durante algún tiempo acepté esas visiones como cosa natural, a pesar de que nunca había tenido aquel tipo de sueños extravagantes. Muchas de aquellas imprecisas anomalías, argüía, tenían su origen en cosas triviales, demasiado numerosas para poder localizarlas; mientras que otras parecían reflejar un conocimiento elemental sobre la flora y otras circunstancias del

mundo primitivo de hace ciento cincuenta millones de años, o sea el periodo Pérmico o el Triásico^[700]. Sin embargo, en el curso de algunos meses la componente terrorífica fue tomando pujanza poco a poco. Eso fue cuando los sueños empezaron de manera tan indefectible a tener el aspecto de *recuerdos*, y mi mente los empezó a relacionar con mis crecientes preocupaciones abstractas: la impresión de limitación mnemotécnica, mis curiosas figuraciones acerca del *tiempo*, la sensación del odioso cambio de personalidad que padecí entre 1908 y 1913, y bastante más tarde el inexplicable asco que me producía mi propia persona.

A medida que ciertos detalles concretos empezaron a aparecer en mis sueños, su horror se multiplicó por mil... hasta que en octubre de 1915 me pareció que debía hacer algo. Fue entonces cuando emprendí el estudio intensivo de otros casos de amnesia y visiones, pensando que así podría objetivar mi problema y librarme de su traba emocional. Sin embargo, como antes he mencionado, el resultado fue al principio casi diametralmente opuesto a lo que esperaba. Me preocupó enormemente comprobar que mis sueños eran tan parecidos; sobre todo porque algunos de esos informes se remontaban a épocas demasiado antiguas para admitir cualquier tipo de conocimiento geológico —y por consiguiente, cualquier idea sobre el paisaje de las edades prehistóricas— por parte de los sujetos. Y lo que es más, muchos de esos informes proporcionaban detalles y explicaciones muy horribles acerca de visiones de grandes edificios, jardines selváticos... y otras cosas. Mis propias visiones y vagas impresiones eran ya bastante fatales, pero lo que insinuaban o afirmaban algunos otros soñadores olía a locura y blasfemia. Lo peor de todo era que mi propia seudomemoria me suscitaba nuevos sueños, todavía más descabellados, e indicios de próximas revelaciones. Y sin embargo la mayoría de los médicos consideraron que mi opción era, después de todo, la más conveniente.

Estudí psicología sistemáticamente y animé a mi hijo Wingate a que hiciera lo mismo: sus estudios le llevaron finalmente a su actual

cátedra. En 1917 y 1918 seguí unos cursos especiales en Miskatonic. Mientras tanto seguí examinando incansablemente infinidad de documentos médicos, históricos y antropológicos, lo cual implicaba viajar a bibliotecas lejanas, y finalmente incluso la lectura de espantosos libros sobre ciencias ocultas y prohibidas, en los cuales estaba tan inquietantemente interesada mi personalidad subalterna. Algunos de esos libros eran los mismos que había consultado durante mi periodo amnésico, y me inquietaron enormemente ciertas anotaciones marginales y *correcciones* ostensibles en el texto, escritas con una letra y en un idioma que, en cierto modo, parecían extrañamente inhumanos.

Dichas notas estaban redactadas en su mayor parte en las lenguas respectivas de los diferentes libros, que el autor parecía conocer con igual facilidad, aunque obviamente académica. Sin embargo, una nota añadida al *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt era alarmantemente distinta a las demás. Consistía en unos jeroglíficos curvilíneos, trazados con la misma tinta que las correcciones en alemán, pero en ellos no se reconocía ningún alfabeto humano. Y esos jeroglíficos eran rotunda e inequívocamente similares a los caracteres que constantemente encontraba en mis sueños... caracteres cuyo significado a veces me imaginaba por un momento o estaba a punto de recordar. Para completar mi aciaga confusión mis bibliotecarios me aseguraron que, teniendo en cuenta mis anteriores indagaciones y las fechas de consulta de los volúmenes en cuestión, era más que probable que todas esas notas las hubiese hecho yo durante mi estado subalterno. Eso pese al hecho de que yo ignoraba, y todavía ignoro, tres de aquellos idiomas.

Juntando los datos dispersos, antiguos y modernos, antropológicos y médicos, me encontré con una mezcla bastante coherente de mitos y alucinaciones, cuyo alcance y extravagancia me dejaron completamente aturdido. Sólo una cosa me consolaba: el hecho de que tales mitos existieran desde hacía tanto tiempo. No podía siquiera imaginar qué ciencia olvidada había sido capaz de

introducir en aquellas fábulas primitivas imágenes de paisajes paleozoicos o mesozoicos^[701], pero el caso es que allí estaban. Así que existía una base real para la elaboración de un tipo fijo de alucinaciones. Los casos de amnesia crearon sin duda un modelo general de mitos, pero después las acreciones^[702] imaginarias de los mitos debieron influir en las víctimas de amnesia y embellecer sus seudorecuerdos. Yo mismo había leído y oído todas aquellas leyendas primitivas durante mi fallo de memoria, como ha confirmado suficientemente mi investigación. ¿No era natural, pues, que mis sueños e impresiones emocionales posteriores llegaran a ser embellecidos y moldeados por lo que mi memoria había asimilado sutilmente durante mi estado subalterno? Algunos de estos mitos estaban vinculados significativamente con otras leyendas nebulosas sobre la existencia de un mundo prehumano, particularmente las de origen hindú relacionadas con pasmosos abismos de tiempo que forman parte del saber de los teósofos modernos^[703].

Los mitos primitivos y las modernas alucinaciones coincidían en suponer que el género humano es sólo una —quizás la más insignificante— de las razas altamente evolucionadas que dominaron en el largo y en gran parte desconocido ciclo de este planeta. Daban a entender que seres de forma inconcebible habían levantado torres hasta el cielo y ahondado en los secretos de la naturaleza, antes de que el primer antepasado anfibio del hombre saliese arrastrándose de las cálidas aguas del mar, hace trescientos millones de años. Algunos de ellos habían llegado de las estrellas^[704]; unos pocos eran tan viejos como el propio cosmos; otros se desarrollaron rápidamente a partir de gérmenes de la tierra, tan a la zaga de los primeros orígenes de nuestro ciclo vital como estos de nosotros mismos. En tales mitos se hablaba francamente de periodos de miles de millones de años, y de conexiones con otras galaxias y otros universos. Indudablemente, no existía tal cosa como el tiempo en el sentido en que el hombre lo concibe.

Pero la mayor parte de esas leyendas y esas impresiones se refería a una raza relativamente tardía, de aspecto raro e intrincado, sin parecido con ninguna forma de vida conocida por la ciencia, que había vivido hasta sólo cincuenta millones de años antes de la venida del hombre. Fue, según ellos, la raza más avanzada de todas, porque únicamente ella había conquistado el secreto del tiempo. Sabían todo lo conocido o *por conocer* en esta tierra, gracias a la facultad de sus mentes más aguzadas de proyectarse en el pasado y en el futuro, salvando incluso abismos de millones de años, y estudiar el saber de cada época. De los logros de esta raza surgieron todas las leyendas de *profetas*, incluidas las de la mitología humana.

En sus enormes bibliotecas había gran cantidad de textos e imágenes y grabados que contenían todos los anales de la Tierra: la historia y la descripción de todas las especies que existieron o llegarían a existir, con mención completa de sus artes, sus realizaciones, sus idiomas y su psicología. Gracias a ese saber que abarcaba eones, la Gran Raza escogía de cada era y de cada forma de vida las ideas, las artes y los procedimientos que más convenían a su propia naturaleza y circunstancias. El conocimiento del pasado, conseguido mediante una especie de proyección mental completamente al margen de los sentidos que conocemos, era más difícil de conseguir que el del futuro.

En el último caso, el procedimiento era más sencillo y más material. Con adecuada ayuda mecánica, la mente se proyectaba hacia adelante en el tiempo, tanteando indistintamente su camino por medios extrasensoriales, hasta entrar en contacto con el periodo deseado. Luego, después de varios ensayos preliminares, se apoderaba del mejor representante que podía descubrir de entre las más elevadas formas de vida de aquel periodo; se introducía en el cerebro del organismo en cuestión y establecía sus propias vibraciones, en tanto que la mente desplazada retrocedía hasta la época del suplantador, permaneciendo en su cuerpo hasta que se restablecía el proceso inverso. Entonces, la mente proyectada en el

cuerpo del organismo del futuro se hacía pasar por un miembro de la raza cuya forma externa utilizaba, y aprendía lo más pronto posible todo cuanto cabía aprender de la época elegida y su cúmulo de conocimientos y técnicas.

Entre tanto, la mente desplazada, retrotraída a la época y al cuerpo del suplantador, era cuidadosamente vigilada. Se impedía que dañase el cuerpo que ocupaba, y se le extraían todos sus conocimientos por medio de interrogadores cualificados. Muchas veces era interrogada en su propia lengua, cuando en anteriores exploraciones del futuro habían conseguido suficiente información sobre ella. Si la mente ocupada provenía de un cuerpo cuyo idioma no podía reproducir la Gran Raza por falta de órganos adecuados, se construían ingeniosas máquinas, en las cuales era posible reproducir cualquier lengua extraña como en un instrumento musical. Los miembros de la Gran Raza eran enormes conos rugosos de diez pies de altura [unos tres metros], con la cabeza y los demás órganos adheridos a unas gruesas patas extensibles que desplegaban desde el mismo vértice. Se comunicaban entre sí por medio de chasquidos y chirridos de sus enormes zarpas o garras en que terminaban dos de sus cuatro miembros, y avanzaban dilatando y contrayendo un revestimiento viscoso unido a sus inmensas bases de diez pies de diámetro [poco más de tres metros].

Una vez disipados el asombro y el resentimiento de la mente cautiva, y perdido el miedo a su extraña forma provisional (suponiendo que viniese de un cuerpo muy distinto a los de la Gran Raza), se le permitía examinar su nuevo entorno y experimentar una sorprendente sabiduría similar a la de su suplantador. Con las debidas precauciones, y a cambio de adecuados servicios, se le permitía vagar por aquel mundo habitable en aeronaves titánicas o en enormes vehículos parecidos a barcos propulsados a energía atómica que recorrían las grandes carreteras, y escudriñar libremente en las bibliotecas que guardaban los anales del pasado y el futuro del planeta. Eso reconciliaba a muchas mentes cautivas con su destino; ya que nadie tenía mente más aguda, y para ellos el

descubrimiento de los misterios secretos de la Tierra —capítulos concluidos de un pasado inconcebiblemente remoto y vórtices vertiginosos del tiempo futuro que incluye los años anteriores a su propia época— constituye siempre, a pesar de los horrores abismales a menudo revelados, la suprema experiencia de la vida.

De vez en cuando, a algunos cautivos se les permitía reunirse con otras mentes cautivas secuestradas del futuro... para cambiar impresiones con otros seres inteligentes de cien, mil o un millón de años antes o después de sus propias épocas. Y a todos se les instaba a escribir, en su propio idioma, detallados informes sobre sí mismos y sus respectivos periodos, los cuales se depositaban en los grandes archivos centrales.

Cabe añadir que lamentablemente había una clase especial de cautivos cuyos privilegios eran mucho mayores que los de la mayoría. Eran los desterrados *permanentes* en vías de desaparición, cuyos cuerpos habían arrebatado del futuro los miembros de la Gran Raza de mente más aguda, y que, enfrentados a la muerte, trataban de eludir la extinción de sus inteligencias. Tales desterrados melancólicos no eran tan corrientes como cabía esperar, ya que la longevidad de la Gran Raza reducía su apego a la vida, sobre todo entre las mentes superiores capaces de proyectarse. De esos casos de proyección permanente de mentes antiguas surgieron muchos de aquellos duraderos cambios de personalidad recogidos en la historia más reciente, incluso la del género humano.

En cuanto a los casos ordinarios de exploración, cuando la mente desplazada había aprendido en el futuro lo que deseaba, construía un aparato como el que le había ayudado a emprender su viaje por el tiempo, e invertía el proceso de proyección. Otra vez podía regresar a su cuerpo y a su época, mientras la mente recientemente capturada volvía a su cuerpo orgánico del futuro que era el que le correspondía. Sólo cuando uno u otro de los cuerpos fallecía durante el cambio era imposible esa restitución. En tales casos, naturalmente, la mente exploradora —como los que se

habían librado de la muerte— se veía obligada a vivir en el futuro dentro de un cuerpo ajeno; o bien la mente cautiva —como la de los desterrados permanentes en vías de desaparición— tenía que terminar sus días bajo la forma y en la época pretérita de la Gran Raza.

Ese destino era menos horrible cuando la mente cautiva pertenecía también a la Gran Raza, lo cual no era raro, puesto que en todas sus épocas aquella raza estaba profundamente interesada en su propio futuro. El número de desterrados permanentes en vías de desaparición de la Gran Raza era muy pequeño, debido en gran medida a los tremendos castigos aplicados a los moribundos que pretendían desplazar a una mente del futuro de su propia estirpe. Por medio de la proyección, se acordaba infligir dichos castigos a las mentes infractoras en sus nuevos cuerpos del futuro, y a veces se llevaban a cabo nuevos cambios forzados. Se habían conocido casos complicados de desplazamiento de mentes exploradoras o ya cautivas por otras procedentes de diversas épocas del pasado, que fueron corregidos cuidadosamente. Desde el descubrimiento de la proyección mental, en cada época una parte ínfima pero reconocible de la población consistía en mentes de la Gran Raza de edades pretéritas, que residían en cuerpos prestados durante un tiempo más o menos largo.

Cuando una mente cautiva de origen ajeno retornaba a su propio cuerpo en el futuro, la depuraban mediante una intrincada hipnosis mecánica de todo cuanto hubiera aprendido en la época de la Gran Raza... eso a causa de ciertas consecuencias molestas inherentes a la transferencia de conocimientos en grandes cantidades. Los escasos ejemplos de transmisión que se conocen habían causado, y causarían en tiempos futuros por conocer, grandes desastres. Y fue en gran medida a consecuencia de dos casos de ese tipo (según los mitos antiguos) por lo que la humanidad pudo conocer lo que sabía acerca de la Gran Raza. De todo lo que sobrevivió *material y directamente* de aquel mundo de hace tantísimo tiempo sólo quedaban algunas ruinas ciclópeas en lugares remotos y bajo el

mar, y los textos fragmentarios de los horribles Manuscritos Pnakóticos.

De esa forma, la mente liberada regresaba a su propia época con una visión muy vaga y muy fragmentaria de lo que había experimentado durante su secuestro. Le extirpaban todos los recuerdos que podían, de manera que en la mayoría de los casos sólo conservaba un vacío de sueños nebulosos desde el momento del primer cambio. Algunas mentes recordaban más que otras, y la posibilidad de unir recuerdos en raras ocasiones proporcionaba indicios sobre el pasado prohibido a las épocas futuras. Probablemente en ninguna época ha dejado de haber grupos o cultos que conservasen en secreto algunos de esos indicios. En el *Necronomicon* se sugiere la presencia de uno de esos cultos entre los seres humanos... un culto que a veces prestó ayuda a mentes que viajaron a través de los eones desde los tiempos de la Gran Raza.

Y mientras tanto, la propia Gran Raza cada vez era más omnisciente y empezó a intercambiar sus mentes con las de otros planetas, y a explorar sus pasados y sus futuros. Igualmente trataron de rastrear los años pasados y el origen de aquel orbe negro del lejano espacio, muerto hacía eones, de donde les había llegado su propia herencia mental... pues la mente de la Gran Raza era más antigua que su forma corporal. Los seres de un antiquísimo mundo agonizante, al tanto de los secretos esenciales, habían buscado en el futuro un mundo nuevo y unas especies que les permitieran una larga vida; y enviaron sus mentes en masa al interior de aquella raza del futuro mejor adaptada para albergarlos: esas criaturas con forma de cono que poblaron nuestra Tierra hace mil millones de años. Así llegó a existir la Gran Raza, en tanto que a las innumerables mentes desplazadas las dejaron morir recluidas en horribles formas extrañas. Más tarde la raza tendría que enfrentarse de nuevo con la muerte, pero lograría sobrevivir gracias a otra migración al futuro de sus mejores mentes para ocupar los cuerpos de otros seres que tenían una mayor esperanza de vida.

Tal fue el origen de las leyendas y alucinaciones interrelacionadas. Cuando, hacia 1920, puse a punto los resultados de mi investigación, sentí una ligera disminución de la tensión que había ido en aumento durante las primeras fases. Después de todo, y a pesar de los desvaríos suscitados por insensatas emociones, ¿no era fácilmente explicable lo que me pasaba en su mayor parte? Cualquier casualidad pudo haberme llevado a interesarme por las ciencias ocultas durante mi estado de amnesia, y entonces leí todas esas terribles leyendas y entré en contacto con miembros de cultos antiguos y mal considerados. Obviamente eso me proporcionó los ingredientes para los sueños y los trastornos emocionales que experimenté cuando recobré la memoria. En cuanto a esas notas marginales, escritas en jeroglíficos imaginados y lenguas desconocidas para mí, que los bibliotecarios me atribuían... pude perfectamente haber aprendido unas ligeras nociones de esas lenguas durante mi amnesia, mientras que los jeroglíficos sin duda los había creado mi fantasía a partir de descripciones leídas en antiguas leyendas, con las que *más tarde* urdí mis sueños. Traté de confirmar algunos aspectos por medio de conversaciones con dirigentes de cultos conocidos, pero nunca logré establecer relaciones adecuadas con ellos.

A veces, el paralelismo existente entre tantos casos de épocas tan distintas continuaba preocupándome como al principio, pero por otra parte pensé que el folklore fascinante indudablemente estaba más extendido en el pasado que en el presente. Probablemente todas las demás víctimas de crisis como la mía estaban familiarizadas desde hacía mucho tiempo con los relatos que no llegaron a mi conocimiento hasta que padecí mi estado subalterno. Cuando esas víctimas perdieron la memoria se tomaron a sí mismas por los personajes de sus mitos familiares —los fabulosos invasores que se creía que suplantaban las mentes de los hombres— y así emprendieron la búsqueda de unos conocimientos que pensaban que podría devolverlas a un imaginario pasado no humano. Luego, cuando recobraban la memoria, invertían el mismo proceso

asociativo y, en lugar de como suplantadoras, se contemplaban a sí mismas como mentes cautivas. De ahí que los sueños y los seudorecuerdos se ajustasen al modelo mitológico clásico.

A pesar del aparente impedimento de esas explicaciones, finalmente llegaron a desbancar en mi cerebro a todas las demás... en gran medida a causa de la mayor endeblez de cualquier otra teoría contraria. Y un considerable número de psicólogos y antropólogos eminentes paulatinamente estuvieron de acuerdo conmigo. Cuanto más reflexionaba, más convincente me parecía mi razonamiento; hasta que al fin dispuse de un baluarte realmente eficaz contra las visiones y las impresiones que seguían asaltándome. ¿Que veía cosas extrañas durante la noche? No eran más que el resultado de lo que había oído y leído. ¿Que sentía raras aversiones y tenía visiones y seudorecuerdos? No eran, también, más que ecos de los mitos que había asimilado durante mi estado subalterno. Ninguno de mis posibles sueños, ninguna de mis posibles sensaciones, podían tener significado real.

Fortalecido por esa filosofía mi equilibrio nervioso mejoró considerablemente, aun cuando las visiones (más que las impresiones abstractas) se fueron haciendo cada vez más frecuentes y más inquietantemente detalladas. En 1922 me sentí capaz de reanudar mis actividades habituales y saqué partido de los conocimientos últimamente adquiridos aceptando un empleo de profesor auxiliar de psicología en la universidad. Hacía bastante tiempo que mi antigua cátedra de economía política había sido cubierta; además, los métodos de enseñanza de esa disciplina habían cambiado enormemente desde mis tiempos. Por entonces mi hijo acababa de iniciar sus estudios para posgraduados, con vistas a conseguir su actual cátedra, y trabajamos mucho juntos.

Sin embargo, continué anotando cuidadosamente los sueños extravagantes que me desbordaban tan copiosa y gráficamente. Tales anotaciones, argüí, tenían un gran valor como documento psicológico. Mis visiones seguían pareciendo *recuerdos*, aunque yo rechazaba esa impresión con un considerable grado de éxito. En mis escritos trataba a los fantasmas como si fueran reales; pero en cualquier otra circunstancia, hacía caso omiso de ellos como si se tratasen de tenues figuraciones nocturnas. Nunca he mencionado tales asuntos en mis conversaciones normales; aunque se habían filtrado noticias —como suele suceder en tales casos— que habían suscitado diversos rumores acerca de mi salud mental. Lo gracioso es que esos rumores circulaban únicamente en círculos profanos, nunca entre médicos o psicólogos.

De las visiones que tuve a partir de 1914 sólo mencionaré unas pocas, ya que existen actas e informes más detallados a disposición de los que deseen consultarlos. Es evidente que, con el tiempo, mis inhibiciones disminuyeron un poco, ya que el ámbito de mis visiones aumentó enormemente. Aunque nunca dejaron de ser otra cosa que fragmentos inconexos, aparentemente sin claras motivaciones. En mis sueños me pareció que iba adquiriendo paulatinamente una mayor libertad de movimientos. Flotaba a través de muchos y extraños edificios de piedra, yendo de unos a otros por unos pasadizos subterráneos descomunales que parecían constituir los caminos de paso usuales. A veces, en los niveles más bajos, me tropezaba con aquellas gigantescas trampillas selladas, impregnadas de un aura de temor e intimidación. Veía enormes estanques de mosaico, y habitaciones con curiosos e inexplicables utensilios de mil clases diferentes. Había cavernas colosales con intrincadas maquinarias, cuyas siluetas y utilidad me resultaban completamente desconocidas y que producían un *ruido* que sólo llegué a percibir después de soñar con ellas durante muchos años. Permítaseme mencionar aquí que la vista y el oído son los únicos sentidos que he utilizado en ese mundo de quimeras.

El verdadero horror comenzó en mayo de 1915, cuando vi por primera vez a esos *seres vivos*. Eso sucedió antes de que mis estudios pusieran de manifiesto lo que cabía esperar de aquella mezcla de mitos y de historiales clínicos. Cuando las barreras mentales se menoscabaron, contemple grandes masas de fino vapor en varias partes del edificio y en las calles de abajo. Dichas masas no dejaron de hacerse más densas y nítidas, hasta que por fin pude descubrir sus monstruosos perfiles con inquietante facilidad. Parecían ser unos enormes conos iridiscentes, de unos diez pies [tres metros] de altura y otros tantos de ancho en sus bases, hechos de alguna sustancia estriada, escamosa y semielástica. De sus vértices sobresalían cuatro tentáculos cilíndricos, flexibles, de un pie [unos treinta centímetros] de espesor cada uno, y de una sustancia estriada parecida a la de los propios conos. Esos tentáculos se retraían a veces hasta casi desaparecer, y otras veces se extendían hasta una distancia de más de diez pies. Dos de ellos terminaban en enormes garras o pinzas. En el extremo del tercero había cuatro apéndices rojos parecidos a trompetas. El cuarto terminaba en un irregular globo amarillento de unos dos pies de diámetro, provisto de tres grandes ojos negros que bordeaban su circunferencia central. Coronaban esa cabeza cuatro pedúnculos delgados de color gris, provistos de unos apéndices que parecían flores, mientras que de su parte inferior colgaban ocho antenas o tentáculos verdosos. La gran base del cono central estaba bordeada por una sustancia gris, elástica, que al contraerse y expandirse permitía moverse a aquel organismo.

Sus movimientos, aunque inofensivos, me horrorizaban aún más que su aspecto... pues no es saludable ver unos objetos monstruosos haciendo lo que uno sabe que sólo los seres humanos pueden hacer. Esas criaturas se movían con inteligencia por las grandes habitaciones, cogían libros de las estanterías y los llevaban a las grandes mesas, o viceversa, y a veces escribían diligentemente con una rara varilla que empuñaban con los tentáculos verdosos de su cabeza. Sus enormes pinzas les servían

para llevar los libros y para comunicarse: su lenguaje consistía en una especie de chasquidos y chirridos. Esas cosas no iban vestidas, pero llevaban burjacas o talegas colgando de la parte superior del tronco cónico. Normalmente llevaban la cabeza y el miembro que la soportaba a la altura del vértice del cono, aunque con frecuencia la levantaban o la bajaban. Los tres grandes miembros restantes, cuando no los utilizaban, solían posarse a los lados del cono boca abajo, contraídos unos cinco pies cada uno. Por el ritmo con que leían, escribían y manejaban sus máquinas (las que había encima de las mesas parecían relacionarse de una forma u otra con el pensamiento), llegué a la conclusión de que su inteligencia era inmensamente superior a la del hombre.

Después las veía por todas partes; pululaban en todos los grandes aposentos y corredores, manejaban sus máquinas en las criptas abovedadas, recorrían las enormes carreteras a bordo de gigantescos vehículos en forma de barcos. Dejé de tenerles miedo, pues parecían formar parte de su entorno de la manera más natural. Las diferencias entre los distintos individuos empezaron a ser evidentes, y unos cuantos, parecían padecer algún tipo de impedimento. Aunque no mostraban ninguna variación física, sus ademanes y hábitos los diferenciaban, no sólo de la mayoría, sino en gran parte a unos de otros. Escribían mucho en lo que a mi nebulosa visión le parecía una gran variedad de caracteres, aunque nunca los típicos jeroglíficos curvilíneos de la mayoría. Tuve la impresión de que unos pocos utilizaban nuestro propio alfabeto. La mayor parte de ellos trabajaba mucho más lentamente que el conjunto de sus congéneres.

Durante todo el tiempo *mi propio papel* en los sueños parecía ser el de una conciencia incorpórea con un campo visual más amplio de lo normal, que flotaba libremente, aunque limitada a los habituales caminos y velocidades de circulación de aquel mundo. Hasta agosto de 1915 no me empezó a agobiar ninguna sugerencia acerca de mi existencia corporal. Y digo *agobiar* porque la primera fase fue una asociación puramente abstracta aunque infinitamente terrible de mi

repugnancia, anteriormente señalada, a contemplar mi propio cuerpo con las escenas de mis visiones. Durante algún tiempo mi principal preocupación durante los sueños fue evitar mirarme a mí mismo, y recuerdo lo agradecido que estaba por la total ausencia de espejos grandes en aquellas extrañas habitaciones. Pero me sentía tremendamente turbado por el hecho de que siempre veía las grandes mesas —cuya altura no sería inferior a diez pies [tres metros]— como si mis ojos se encontrasen al mismo nivel, por lo menos, que su superficie.

Y entonces comencé a sentir cada vez más la morbosa tentación de contemplarme a mí mismo, hasta que una noche no pude resistirla. Al principio mi mirada descendente no me reveló absolutamente nada. Un momento después me di cuenta de que era porque mi cabeza estaba situada al final de un cuello flexible de enorme longitud. Encogiendo este cuello y mirando repentinamente hacia abajo, vi la masa escamosa, rugosa e iridiscente de un enorme cono de diez pies de altura y otros tantos de diámetro en la base. Fue entonces cuando desperté a medio Arkham con mi alarido, al salir precipitadamente como un loco de los abismos del sueño.

Sólo después de varias semanas de repetición del mismo sueño horroroso, conseguí resignarme a aquella visión de mí mismo con aquella monstruosa forma. A partir de entonces en mis sueños me movía en masa con los demás seres desconocidos, leía los terribles libros de aquellas estanterías interminables, y escribía durante horas enteras en las grandes mesas con un estilete manejado por los tentáculos verdes que me colgaban de la cabeza. En mi memoria quedan fragmentos de lo que leí y escribí entonces. Se trataba de los horribles anales de otros mundos y otros universos, y de las vidas sin forma que se agitan más allá de todos los universos. Había historias de extrañas clases de seres que habían poblado el mundo en tiempos olvidados, y espantosas crónicas de inteligencias con cuerpos grotescos que lo poblarán millones de años después de que muera el último ser humano. Y me enteré de capítulos de la historia

del hombre de cuya existencia jamás ha sospechado ningún erudito de nuestros días. La mayoría de esos textos estaban escritos en los caracteres jeroglíficos que estudié de un modo raro con ayuda de máquinas zumbadoras, y que formaban evidentemente un lenguaje aglutinante de raíz completamente distinta a la de todos los idiomas humanos que se conocen. Otros volúmenes estaban escritos en otros idiomas desconocidos, que aprendí del mismo modo tan raro. Unos pocos estaban escritos en lenguas que yo conocía. Las sumamente habilidosas ilustraciones, unas veces intercaladas en los textos y otras encuadradas en volúmenes aparte, me ayudaron enormemente. Y todo el tiempo me pareció que estuve poniendo por escrito una crónica en inglés de mi propia época. Al despertar sólo podía recordar fragmentos mínimos y sin sentido de los idiomas desconocidos que durante mi sueño había dominado, aunque quedaban en mi memoria frases enteras de la historia.

Me enteré —aun antes de que mi personalidad vigil hubiera estudiado los casos semejantes al mío o los viejos mitos de los que sin duda procedían los sueños— de que los seres que me rodeaban pertenecían a la raza más grande del mundo, que había conquistado el tiempo y había enviado mentes exploradoras a todas las épocas. Sabía también que me habían arrebatado de mi época, mientras *otro* ocupaba mi cuerpo, y que algunas de las demás figuras extrañas alojaban mentes capturadas de manera similar. Me parecía que me comunicaba, en algún extraño lenguaje mediante el chasquido de mis pinzas, con las inteligencias exiliadas de todos los rincones del sistema solar.

Había una mente procedente del planeta que llamamos Venus, que vivirá en incalculables épocas venideras, y otra llegada de uno de los satélites de Júpiter hace seis millones de años^[705]. Entre las mentes procedentes de la Tierra había algunas de la raza alada, medio vegetal, de cabeza estrellada, de la Antártida paleógena^[706]; una perteneciente al pueblo reptil de la fabulosa Valusia^[707]; tres de los hiperbóreos peludos adoradores de Tsathoggua^[708], anteriores al género humano; una de los completamente abominables Tcho-

Tchos^[709]; dos de los arácnidos moradores de la última era de la Tierra; cinco de las resistentes especies de coleópteros que sucederán inmediatamente al género humano, a las cuales la Gran Raza algún día transferirá en masa sus mentes más agudas ante el horrible peligro de desaparecer; y varios de diferentes ramas de la humanidad.

Hablé con la mente de Yiang-Li, un filósofo del cruel imperio de Tsan-Chan^[710], que ha de llegar el año 5000 de nuestra era; con la de un general de cierto pueblo cobrizo de grandes cabezas, que dominó África del Sur 50.000 años antes de Cristo; con la de un monje florentino del siglo XII, llamado Bartolomeo Corsi^[711]; con la de un rey de Lomar, que había gobernado aquel terrible país polar cien mil años antes de que los achaparrados inutos de piel amarilla^[712] viniesen del Oeste a destruirlo; con la de Nug-Soth, un mago de los conquistadores negros del año 16000 de nuestra era; con la de un romano llamado Tito Sempronio Bleso, que había sido cuestor en tiempos de Sila^[713]; con la de un egipcio de la decimocuarta dinastía llamado Kefnes^[714], que me reveló el horrible secreto de Nyarlathotep; con la de un sacerdote del reino medio de la Atlántida^[715]; con la de James Woodville, un gentilhombre de Suffolk en tiempos de Cromwell; con la de un astrónomo de corte del Perú preincaico; con la de un médico australiano, Nevil KingstonBrown, que morirá en el año 2518 de nuestra era; con la de un archimago de la desaparecida Yhe^[716] del Pacífico; con la de Teodótides, oficial greco-bactriano^[717] del año 200 a. C.; con la de un anciano francés del tiempo de Luis XIII^[718] llamado Pierre-Louis Montmagny; con la de Crom-Ya, caudillo cimero^[719] del año 15000 a. C.; y con tantas otras, cuyos aterradores secretos, así como las vertiginosas maravillas que me revelaron, mi cerebro no puede retener.

Todas las mañanas me despertaba con fiebre, y a veces trataba desesperadamente de verificar o desacreditar los datos que no rebasaban el ámbito de los modernos conocimientos humanos. Los

hechos tradicionales adquirirían nuevos y dudosos aspectos, y yo me maravillaba ante aquellas fantasías oníricas que podían inventar tan sorprendentes aditamentos a la historia y a la ciencia. Me estremecía ante los misterios que el pasado puede ocultar, y temblaba ante las amenazas que el futuro podía depararnos. Lo que aquellos seres posthumanos insinuaban en sus discursos acerca del destino final de nuestra especie me producía tal impresión que no lo expondré aquí. Después del hombre vendría la poderosa civilización de escarabajos, de cuyos cuerpos se apoderaría la flor y nata de la Gran Raza, cuando la horrenda catástrofe se abatiera sobre aquel viejo mundo. Después, al concluir el ciclo de la Tierra, las mentes transferidas emigrarían de nuevo a través del tiempo y el espacio... a otro paradero y se alojarían en los cuerpos de las bulbosas criaturas vegetales de Mercurio. Pero después de ellos vendrán otras razas, que se aferrarán patéticamente al frío planeta, y excavarán hasta llegar a su horroroso centro, antes del fin absoluto.

Entre tanto, en mis sueños, seguía escribiendo sin parar la historia de mi propia época que estaba preparando —en parte por voluntad propia, y en parte por las promesas de mayores oportunidades de visitar la biblioteca y de viajar— para los archivos centrales de la Gran Raza. Los archivos estaban en un colosal edificio subterráneo, cerca del centro de la ciudad, que llegué a conocer perfectamente gracias a mis frecuentes esfuerzos y consultas. Concebido para durar tanto como la propia raza, y para resistir las más violentas convulsiones de la Tierra, ese titánico repositorio sobrepasaba a todos los demás edificios por la imponente solidez de su construcción.

Los documentos, escritos o impresos en grandes hojas de una especie de celulosa increíblemente tenaz, estaban encuadernados en volúmenes que se abrían por arriba y se guardaban en estuches individuales de un extraño metal inoxidable y extremadamente ligero de color grisáceo, decorado con motivos matemáticos, que llevaba el título grabado en los jeroglíficos curvilíneos de la Gran Raza. Esos estuches se almacenaban a diferentes niveles en sótanos

rectangulares —como estanterías cerradas con llave—, fabricados con el mismo metal inoxidable, con un complicado sistema de cerraduras de varias vueltas. Mi propia historia tenía asignado un lugar específico en los sótanos del nivel más bajo, reservado a los vertebrados, en la sección dedicada a las civilizaciones de la humanidad y de las razas peludas y reptilianas que le habían precedido inmediatamente en la dominación de la Tierra.

Pero ningún sueño me proporcionó nunca un cuadro completo de la vida cotidiana de aquel mundo. Todo eran fragmentos de lo más vago e inconexo, que además no aparecían en el orden que les correspondía. Tengo, por ejemplo, una idea muy imprecisa de la forma en que se desarrollaba mi propia vida en el mundo de los sueños; aunque me parece que disponía de una gran habitación de piedra para mí solo. Mis limitaciones como prisionero fueron desapareciendo poco a poco, de manera que algunas de mis visiones llegaron a incluir pintorescos viajes por los extraordinarios caminos de la selva, estancias en ciudades extrañas y exploraciones de algunas de las ruinas de las enormes torres negras sin ventanas ante las que la Gran Raza retrocedía con un curioso temor. También hice largas travesías marítimas en enormes barcos de muchas cubiertas e increíble rapidez, y vuelos por regiones salvajes en dirigibles cerrados en forma de proyectil impulsados por repulsión eléctrica^[720]. Más allá del vasto y cálido océano se alzaban otras ciudades de la Gran Raza, y en un lejano continente vi las toscas aldeas de las criaturas aladas de negro hocico, que evolucionarían como estirpe dominante después de que la Gran Raza hubiese enviado al futuro a sus mentes más destacadas para escapar del horror progresivo que las amenazaba. La monotonía y la verde exuberancia de la vida vegetal eran siempre la tónica de aquellos escenarios. Las colinas eran bajas y escasas y por lo general se observaban huellas de actividad volcánica.

Podría escribir libros enteros sobre los animales que vi. Todos eran salvajes, ya que la cultura mecanizada de la Gran Raza había

suprimido desde hacía ya tiempo los animales domésticos y la alimentación era enteramente vegetal o sintética. Torpes reptiles de gran tamaño se revolcaban en pantanos vaporosos, revoloteaban en el aire pesado, o salían a borbotones de mares y lagos; y entre ellos, me pareció reconocer vagamente prototipos arcaicos y menores de diversas especies —dinosaurios, pterodáctilos, ictiosaurios, laberintodontos, ranforrincos, plesiosaurios^[721], y otros por el estilo— con las que nos ha familiarizado la paleontología. No pude apreciar ni aves ni mamíferos.

La tierra y las ciénagas rebosaban de serpientes, lagartos y cocodrilos, mientras que los insectos zumbaban incesantemente entre la lujuriente vegetación. Allá a lo lejos en el mar unos desconocidos monstruos nunca vistos lanzaban monumentales columnas de espuma al cielo vaporoso. En una ocasión me llevaron al fondo del océano en un gigantesco navío submarino, provisto de proyectores, y vislumbré unas horribles criaturas de impresionante magnitud. También vi las ruinas de increíbles ciudades sumergidas, y una profusión de crinoideos, braquiópodos^[722], corales y peces que abundaban por todas partes.

Sobre la fisiología, psicología, costumbres e historia detallada de la Gran Raza conservé muy poca información al despertar, y muchos de los datos dispersos que estoy consignando aquí los he deducido de mis estudios de antiguas leyendas y de otros casos, más que de mis propios sueños. Pues con el tiempo, desde luego, mis lecturas e investigaciones me pusieron al corriente de todo y rebasaron mis sueños en muchos aspectos; de manera que ciertos fragmentos de lo que soñaba los conocía por adelantado, y venían a corroborar lo que había aprendido. Ello vino a consolidar de manera reconfortante mi convicción de que similares lecturas e investigaciones, llevadas a cabo por mi personalidad subalterna, habían sido el origen de aquel terrible entramado de falsos recuerdos.

La época en que se situaban mis sueños correspondía, por lo visto, a algo menos de ciento cincuenta millones de años, cuando la

Era paleozoica estaba dando paso a la mesozoica. Los cuerpos ocupados por la Gran Raza no correspondían a ningún estadio superviviente —o al menos conocido por la ciencia— de la evolución terrestre, sino que pertenecían a un peculiar tipo orgánico muy homogéneo y altamente especializado, a mitad de camino entre el vegetal y el animal. Su actividad celular era incomparable, pues casi excluía la fatiga y eliminaba por completo la necesidad de dormir. El alimento, ingerido mediante los apéndices rojos en forma de trompeta de sus grandes miembros flexibles, era siempre semifluido y en muchos aspectos completamente diferente a la comida de los animales existentes. Aquellos seres sólo tenían dos de los sentidos que nosotros conocemos: la vista y el oído, este último ejercitado a través de unos apéndices que llevaban en el extremo de los pedúnculos grises que les crecían en lo alto de la cabeza. Pero poseían muchos otros sentidos incomprensibles que, sin embargo, no sabían utilizar correctamente las mentes cautivas que habitaban sus cuerpos. Sus tres ojos estaban colocados de tal modo que les proporcionaba un campo visual mucho más amplio que el normal. Su sangre era una especie de icor verdoso oscuro muy espeso. Carecían de sexo, se reproducían por medio de semillas o esporas que se arracimaban en sus pies, y que sólo podían germinar bajo el agua. Utilizaban grandes depósitos de poca profundidad para el desarrollo de sus crías, que, sin embargo, eran poco numerosas debido a la longevidad de esa raza; su ciclo vital normal era de cuatro o cinco mil años.

Se deshacían discretamente de los individuos notoriamente defectuosos nada más reparar en sus defectos. La enfermedad y la proximidad de la muerte, en ausencia del sentido del tacto o de dolores físicos, las reconocían por sus síntomas puramente visuales. Los muertos se incineraban en medio de solemnes ceremonias. De cuando en cuando, como ya mencioné, una mente aguda evitaba la muerte proyectándose hacia adelante en el tiempo; pero tales casos no eran numerosos. Cuando ocurría uno, la mente

exilada del futuro era tratada con suma amabilidad hasta la disolución de su desconocida morada.

La Gran Raza parecía constituir una sola nación o liga poco unida, con instituciones principales en común, aunque había cuatro provincias definidas. El sistema político y económico de cada una de estas unidades era una especie de socialismo fascista, en el que la mayoría de los recursos estaban distribuidos racionalmente, y el poder se delegaba en una pequeña junta de gobierno elegida por los votos de los ciudadanos capaces de superar ciertas pruebas educativas y psicológicas^[723]. No se insistía demasiado en la organización familiar, aunque se reconocían los vínculos entre los individuos de igual descendencia, y los jóvenes eran criados generalmente por sus padres.

Los parecidos con las actitudes e instituciones humanas eran, por supuesto, más apreciables en aquellos terrenos relacionados, por un lado, con factores muy abstractos o, por el otro, en los que había un predominio de los impulsos básicos no especializados comunes a todas las formas de vida orgánica. Unas cuantas semejanzas adicionales se concretaban en la adopción consciente de ciertos elementos, ya que la Gran Raza exploraba el futuro e imitaba lo que le gustaba. La industria, altamente mecanizada, exigía muy poco tiempo de cada ciudadano, y el abundante ocio se ocupaba en actividades intelectuales y estéticas de todas clases^[724]. Las ciencias habían alcanzado un nivel increíble, y el arte era una parte esencial de la vida, aunque en el periodo de mis sueños había sobrepasado ya su cenit. La tecnología se hallaba enormemente estimulada por la constante lucha por la supervivencia, y para preservar los edificios de las grandes ciudades de los prodigiosos cataclismos geológicos de aquellos tiempos prístinos.

El crimen era sorprendentemente escaso, y se controlaba mediante una vigilancia sumamente eficaz. Los castigos oscilaban entre la pérdida de los privilegios y la pena de muerte o los principales suplicios físicos, y nunca se administraban sin estudiar minuciosamente los motivos del criminal. Las guerras eran poco

frecuentes, aunque tremendamente devastadoras. Durante los últimos milenios fueron sobre todo civiles, aunque a veces las libraron contra los invasores reptilianos con forma de pulpo^[725], o contra los Ancianos, alados y de cabeza estrellada, que se concentraban en la Antártida. Un enorme ejército, pertrechado con unas armas parecidas a cámaras fotográficas que ocasionaban tremendos efectos eléctricos, se mantenía en reserva con objetivos muy pocas veces mencionados, pero evidentemente relacionados con el temor incesante a las antiguas ruinas de las torres negras sin ventanas y a las grandes trampillas precintadas de los niveles subterráneos.

Ese temor a las ruinas de basalto y a las trampillas era un asunto que daba lugar en gran medida a tácticas insinuaciones... o, a lo sumo, a cuchicheos solapados. Era significativo que no se encontrara ninguna referencia concreta a ese temor en los libros de las estanterías públicas. Era la única cosa declarada tabú para la Gran Raza, y parecía estar relacionada tanto con las horribles luchas del pasado como con ese peligro futuro que un día obligaría a la raza a enviar en masa al futuro a sus mentes más agudas. Por muy incompletas y fragmentarias que fueran las demás visiones que aparecían en mis sueños o en las leyendas, ese asunto era todavía más desconcertantemente misterioso. Los imprecisos mitos antiguos lo eludían... o quizás se había suprimido, por alguna razón, cualquier alusión al mismo. Y tanto en mis sueños como en los de los demás, las pistas eran particularmente escasas. Los miembros de la Gran Raza nunca se referían deliberadamente al asunto, y lo único que podía averiguarse era lo que contaban algunas mentes cautivas más observadoras.

Según esas escasas informaciones, el origen de aquel temor era una horrible raza antigua de seres completamente extraños, parecidos a los pólipos, que habían llegado a través del espacio desde universos inconmensurablemente distantes, y que habían dominado la Tierra y otros tres planetas más del sistema solar hace seiscientos millones de años. Tenían una constitución sólo

parcialmente material —según lo que nosotros entendemos por materia— y su tipo de conciencia y sus medios de percepción diferían totalmente de los de cualquier organismo terrestre. Por ejemplo, sus sentidos no incluían el de la vista; su mundo mental era una muestra de extrañas impresiones no visuales. Sin embargo, eran lo bastante corpóreos para utilizar utensilios materiales cuando se hallaban en aquellas zonas cósmicas donde los había; y necesitaban alojamientos... si bien de un tipo muy peculiar. Aunque sus *sentidos* podían atravesar todas las barreras materiales, su *sustancia* era incapaz de hacerlo; y determinados tipos de energía eléctrica podían destruirlos por completo. Podían desplazarse por el aire, a pesar de carecer de alas o de cualquier otros medios visibles de levitación^[726]. Sus mentes eran de tal índole que los miembros de la Gran Raza no podían efectuar con ellas ningún intercambio.

Cuando esas criaturas llegaron a la Tierra construyeron poderosas ciudades de basalto con torres sin ventanas, y se alimentaron de una forma horrible de todos los seres vivos que encontraron. Fue entonces cuando las mentes de la Gran Raza atravesaron el vacío a toda prisa desde aquel oscuro mundo transgaláctico conocido como Yith en los inquietantes y discutibles Tiestos de Eltdown^[727]. Gracias a los instrumentos que crearon, a los recién llegados les resultó fácil someter a las rapaces criaturas y bajarlas a las cavernas subterráneas que habían incorporado a sus moradas y empezaban a habitar. Luego sellaron las entradas y, abandonándolas a su suerte, ocuparon después la mayoría de sus grandes ciudades, conservando algunos de sus edificios principales más por temor supersticioso que por indiferencia, osadía o afán científico o histórico.

Pero con el transcurso de los eones, aparecieron ciertos signos ominosos de que los Seres Mayores^[728] crecían en fortaleza y número en su mundo subterráneo. Hubo esporádicas irrupciones de un carácter especialmente horrible en ciertas ciudades remotas de la Gran Raza, y en ciertos pueblos antiguos abandonados que no habían llegado a habitar... lugares en los que las entradas a los

abismos inferiores no habían sido selladas adecuadamente o no estaban vigiladas. Después adoptaron mayores precauciones y cerraron definitivamente muchos accesos a los subterráneos, aunque dejaron unos cuantos con trampillas selladas para utilizarlas estratégicamente en su lucha contra los Seres Mayores, si salían por algún lugar inesperado; nuevas brechas causadas por aquella misma mutación geológica que había obstruido algunas de las entradas y había reducido poco a poco el número de edificios del mundo exterior y de ruinas que quedaban de las conquistas de aquellas criaturas.

Las irrupciones de los Seres Mayores debieron de ser aterradoras e indescritibles, pues habían alterado de forma permanente la psicología de la Gran Raza. Era tal el clima de horror que imperaba que se dejó de mencionar el propio *aspecto* de dichas criaturas... nunca pude conseguir una pista evidente de lo que parecían. Se aludía de forma velada a su monstruosa *plasticidad*, y a sus lapsos temporales de *visibilidad*, mientras que otros rumores fragmentarios se referían a su control de los *grandes vientos* y su utilización con fines bélicos. Parece ser que con esos seres se asociaban también raros ruidos *sibilantes* y enormes pisadas de pies de cinco dedos que dejaban huellas circulares^[729].

Era evidente que la futura catástrofe tan desesperadamente temida por la Gran Raza —la catástrofe que un día iba a enviar a millones de mentes agudas a través del abismo del tiempo a los cuerpos extraños más dignos de confianza del futuro— tenía que ver con una afortunada irrupción final de los Seres Mayores. Las proyecciones mentales a través de las épocas habían pronosticado claramente semejante horror, y la Gran Raza había decidido que nadie que pudiera escapar debía afrontarlo. Que los saqueos serían más una cuestión de venganza que un intento de volver a ocupar el mundo exterior lo sabían por la historia posterior del planeta, pues sus proyecciones en el futuro dejaban ver las idas y venidas de razas consecutivas que no serían molestadas por aquellas monstruosas criaturas. Quizás esos seres habían llegado a preferir

los abismos interiores de la Tierra a la superficie variable, siempre asolada por las tempestades, ya que la luz nada significaba para ellos. Quizá, también, se fueron debilitando poco a poco con el transcurso de los eones. Lo cierto es que era sabido que habrían desaparecido por completo en la época de la raza posthumana de los escarabajos, en cuyos cuerpos se alojarían las mentes efímeras. Mientras tanto, la Gran Raza mantenía una prudente vigilancia, con sus potentes armas siempre a punto, a pesar de haber desterrado el horrendo asunto de las conversaciones normales y de los documentos visibles. Y siempre la sombra de un temor innominado se cernía en torno a las trampillas selladas y las antiquísimas y enigmáticas torres sin ventanas.

V

Ése es el mundo del que, cada noche, mis sueños me traían vagos ecos intermitentes. No cuento con poder dar una idea exacta del horror y el espanto que contenían tales imágenes, pues esos sentimientos dependían sobre todo de algo completamente intangible: la intensa impresión de que eran seudorecuerdos. Como ya he dicho, mis estudios me fueron protegiendo gradualmente contra esos sentimientos, a base de explicaciones psicológicas racionales; y esa influencia atenuante fue en aumento gracias al sutil toque de la habituación que llega con el paso del tiempo. A pesar de todo, el vago terror progresivo me volvía momentáneamente de cuando en cuando. Sin embargo, no me envolvía como antes; y a partir de 1922 inicié una vida normal de trabajo y esparcimiento.

Con el paso de los años empecé a pensar que mi experiencia — junto con los casos similares y las leyendas relacionadas con el tema— debería resumirse y publicarse en beneficio de la ciencia;

por lo tanto preparé una serie de artículos que referían brevemente todo el asunto, y los ilustré con toscos esbozos de algunas de las formas, escenas, motivos ornamentales y jeroglíficos que recordaba de mis sueños. Esos artículos aparecieron periódicamente, durante los años 1928 y 1929, en el *Journal of the American Psychological Society*^[730], pero apenas despertaron interés. Mientras tanto seguí anotando mis sueños con gran esmero, aun cuando el material que se me iba amontonando cada vez más alcanzaba enormes dimensiones verdaderamente problemáticas.

El 10 de julio de 1934, la *Psychological Society* me envió una carta que inició la fase culminante y más horrible de esta dura prueba completamente insensata. Llevaba el matasellos de Pilbarra (Australia Occidental), y la firmaba una persona que resultó ser, según averigüé al solicitar información, un ingeniero de minas bastante destacado. El sobre incluía unas instantáneas muy curiosas. Reproduciré el texto íntegramente para que todos los lectores puedan comprender el tremendo efecto que me produjeron tanto él como las fotografías.

Durante un rato me quedé pasmado sin dar crédito a lo que leía y veía; pues aunque había pensado muchas veces que ciertas partes de las leyendas que habían amenizado mis sueños debían de tener alguna base real en que apoyarse, no estaba preparado a pesar de todo para enfrentarme nada menos que con un vestigio tangible de aquel inimaginable mundo perdido en la noche de los tiempos. Lo más apabullante de todo eran las fotografías... pues allí, con frío e incontrovertible realismo, se destacaban sobre un fondo arenoso unos bloques de piedra, desgastados, acanalados por el agua, erosionados por las tormentas, cuyas caras superiores ligeramente convexas y las inferiores ligeramente cóncavas revelaban su propia historia. Y cuando las examine con una lupa, pude ver claramente, entre los desperfectos y los hoyos, los vestigios de aquellos enormes dibujos curvilíneos y aquellos jeroglíficos ocasionales, cuyo significado había llegado a ser tan horroroso para mí. Pero he aquí la carta, que habla por sí sola:

Prof. N. W. Peaslee
c/o American Psychological Society
41 St. E, nº 30
Nueva York (EE. UU.)

18 de mayo, 1934
Dampier^[731] St., nº 49
Pilbarra (Australia Occidental)

Muy señor mío:

Una reciente conversación con el Dr. E. M. Boyle de Perth, y algunos periódicos que él acaba de enviarme con los artículos publicados por usted, me aconsejan informarle de ciertas cosas que he visto en el Gran Desierto Arenoso, situado al este de nuestros yacimientos de oro. Al parecer, según las peculiares leyendas acerca de ciudades antiguas construidas con sillares enormes y los extraños dibujos y jeroglíficos que usted describe, debo haber encontrado algo muy importante.

Los negros australianos^[732] siempre han hablado mucho de unas «grandes piedras con marcas», y parecen tenerles un miedo terrible. Las relacionan de algún modo con sus leyendas acerca de Buddai, el gigantesco anciano que yace dormido bajo tierra desde hace mucho tiempo, con la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos, y que algún día despertará y devorará el mundo^[733]. Hay algunos relatos muy antiguos y casi olvidados sobre enormes habitáculos subterráneos, construidos con grandes piedras, cuyos pasadizos conducen cada vez más abajo, y en los que han sucedido cosas horribles. Los negros australianos afirman que, en una ocasión, algunos guerreros que huían de una batalla bajaron por uno de esos pasadizos y nunca regresaron, pero que unos vientos tremendos empezaron a soplar desde aquel lugar después de que bajaran. Sin embargo, por lo general esos nativos no dicen nada más.

Lo que yo tengo que decirle es mucho más que eso. Hace dos años, cuando estaba realizando prospecciones en el desierto a unas quinientas millas [algo más de ochocientos kilómetros] al este, encontré una serie de trozos de piedra labrada de un tamaño aproximado de $3 \times 2 \times 2$ pies [$91,5 \times 61 \times 61$ centímetros], muy erosionados y llenos de hoyitos. Al principio no pude encontrar ninguna de las marcas de las que hablaban los negros australianos, pero al examinarlos con más atención, pude distinguir unas líneas profundamente cinceladas, todavía visibles a pesar de la erosión. Eran unas curvas peculiares, exactamente como las que los negros habían tratado de describir. Creo que debía haber unos treinta o cuarenta bloques, algunos casi totalmente enterrados en la arena, y todos ellos en un área de tal vez un cuarto de milla [unos cuatrocientos metros] a la redonda.

Cuando los vi, eché un vistazo alrededor con detenimiento por si había más, y efectué un cuidadoso cálculo aproximado del lugar con mis instrumentos. Asimismo saqué varias fotografías de los diez o doce bloques que me parecieron más característicos, que le incluyo en la carta para que las vea. Entregué mi información y las fotos a las autoridades de Perth, pero no han hecho nada con todo ello. Luego conocí al Dr. Boyle, quien había leído sus artículos en el *Journal of The American Psychological Society* y, en un momento dado, mencioné por casualidad las piedras. Se mostró sumamente interesado y, cuando le enseñé las fotos, se entusiasmó y me dijo que las piedras y las marcas eran exactamente iguales a las de la mampostería que usted había soñado y había visto descritas en leyendas. Pensó escribirle a usted, pero lo fue demorando. Mientras tanto, me envió la mayoría de las revistas en donde aparecieron sus artículos y, al ver sus dibujos y descripciones, inmediatamente comprendí que mis piedras son, sin duda alguna, del mismo tipo al que usted

alude. Podrá apreciarlo en las fotos que le envió. Más adelante se lo ratificará el Dr. Boyle en persona.

Ahora comprendo lo importante que es todo esto para usted. Sin duda nos hallamos ante los vestigios de una civilización desconocida más antigua de lo que cabe imaginar, y que ha servido de base a las leyendas que usted menciona. Como ingeniero de minas tengo algunos conocimientos de geología y puedo asegurarle que esos bloques son tan antiguos que me asusta sólo pensarlos. En su mayor parte son de arenisca y granito, aunque uno de ellos está formado, casi con toda seguridad, por una rara especie de *cemento* u *hormigón*. Todos ellos muestran señales de la acción del agua, como si esta parte del mundo hubiese estado sumergida y hubiera emergido de nuevo al cabo de mucho tiempo... todo desde que esos bloques fueron labrados y utilizados. Se trata de cientos de miles de años... o sabe Dios cuánto más. No quiero ni pensarlos.

En vista de su concienzudo trabajo para averiguar el origen de las leyendas y todo lo relacionado con ellas, no dudo que querrá dirigir una expedición al desierto para realizar algunas excavaciones arqueológicas. Tanto el Dr. Boyle como yo estamos dispuestos a colaborar en esa tarea si usted —o alguna organización que conozca— puede proporcionar los fondos necesarios. Puedo reunir una docena de mineros para llevar a cabo las excavaciones más pesadas, pues los negros no servirían para nada, ya que he descubierto que sienten un temor casi maníaco hacia ese lugar en concreto. Boyle y yo no hemos dicho nada a nadie, ya que consideramos que es a usted, por supuesto, a quien corresponde la prioridad de cualquier descubrimiento u honor.

Desde Pilbarra podemos llegar a la zona de las excavaciones en unos cuatro días en tractor, pues lo necesitaremos para transportar nuestros aparatos. El lugar se encuentra algo al suroeste de la pista trazada en 1873 por

Warburton^[734], y a cien millas [unos ciento sesenta kilómetros] al sudeste de Joanna Spring. Podríamos embarcar el equipo y remontar el curso del río De Grey, en lugar de partir de Pilbarra... pero todo eso se puede discutir más adelante. Las piedras están situadas, aproximadamente, a 22° 3' 14" latitud Sur, y 125° 0' 39" longitud Este. El clima es tropical y las condiciones de vida en el desierto son muy duras. Lo mejor es que la expedición se lleve a cabo en invierno: junio, julio o agosto. Recibiré con agrado cualquier correspondencia suya sobre este tema, y estoy verdaderamente deseoso de participar en cualquier proyecto que pueda usted concebir. Después de haber examinado sus artículos me siento hondamente impresionado por la gran importancia de todo este asunto. El Dr. Boyle le escribirá más adelante. Si deseara usted comunicarse conmigo rápidamente, puede cablegrafiar a Perth y su cable me lo transmitirán por radio.

Quedo a la espera de sus prontas noticias.

Reciba mi más atento saludo,

Robert B. F. Mackenzie

La prensa informó de gran parte de las repercusiones inmediatas de esta carta. Tuve mucha suerte al conseguir el apoyo de la Universidad Miskatonic, y resultó inestimable la ayuda de Mr. Mackenzie y del Dr. Boyle para resolver todos los problemas que surgieron en la lejana Australia. No quisimos dar demasiadas explicaciones públicas sobre nuestros propósitos, ya que todo el asunto se habría prestado a un tratamiento jocoso por parte de la prensa sensacionalista. Por consiguiente, los reportajes impresos fueron escasos, aunque apareció lo suficiente para anunciar que buscábamos ciertas ruinas australianas y hacer la crónica de nuestros diversos preparativos.

Me acompañaron los catedráticos William Dyer, del departamento de Geología de la universidad (que había sido jefe de

la expedición a la Antártida, organizada por nuestra universidad en 1930-1931^[735]), Ferdinand C. Ashley, del departamento de Historia Antigua, y Tyler M. Freeborn, del departamento de Antropología, junto con mi hijo Wingate. Mi corresponsal Mackenzie vino a Arkham a principios de 1935, y colaboró en nuestros últimos preparativos. Resultó ser un hombre de unos cincuenta años, enormemente competente y afable, con una cultura digna de admiración, y muy acostumbrado a viajar por Australia. Había dejado varios tractores esperándonos en Pilbarra, y fletamos un buque de carga a vapor de poco calado para remontar el río hasta aquel lugar. Estábamos preparados para excavar de un modo metódico y con sumo cuidado, cribando cada partícula de arena, sin alterar la posición original de ninguno de los objetos que pudiéramos descubrir.

Zarpamos de Boston a bordo del resollante *Lexington*, el 28 de marzo de 1935, y tuvimos un viaje relajado, atravesando el Atlántico y el Mediterráneo, pasando por el Canal de Suez hacia el Mar Rojo, y cruzando el Océano Índico hasta llegar a nuestro objetivo. Huelga decir hasta qué punto me deprimió la vista de la costa baja y arenosa de Australia Occidental, y cómo detesté la rudimentaria población y los inhóspitos yacimientos de oro donde cargamos los tractores. El Dr. Boyle, que nos recibió, resultó ser bastante mayor, agradable e inteligente... y sus conocimientos de psicología le llevaron a entablar largas discusiones con mi hijo y conmigo.

Cuando nuestro grupo de dieciocho personas emprendió por fin la traqueteante marcha por las áridas leguas de arena y rocas, la mayoría de nosotros sentíamos una extraña mezcla de incomodidad y expectación. El viernes, 31 de mayo, vadeamos un afluente del río De Grey y nos adentramos en el reino de la desolación absoluta. Un auténtico terror se fue apoderando de mí a medida que avanzábamos hacia aquel verdadero escenario del mundo ancestral de mis leyendas... un terror inspirado, por supuesto, por el hecho de que mis perturbadores sueños y seudorecuerdos me seguían acosando cada vez con más fuerza.

Fue el lunes, 3 de junio, cuando vimos por primera vez los bloques medio enterrados. No puedo describir la emoción con que toqué con mis manos un fragmento de aquella mampostería ciclópea, igual en todos los sentidos a los bloques de los muros de los edificios de mis sueños. En su superficie había huellas evidentes de haber sido esculpida, y mis manos temblaron al reconocer parte del diseño decorativo curvilíneo para mí tan horrible, después de tantos años de atormentadas pesadillas e investigaciones desconcertantes.

Un mes de excavaciones nos proporcionó 1.250 bloques, en diversos estados de deterioro y desintegración. En su mayoría se trataba de megalitos esculpidos, curvados por arriba y por abajo. Una minoría eran de menor tamaño, más planos y de superficie lisa, tallados en forma cuadrada u octogonal —como los de los suelos y pavimentos de mis sueños—, mientras que unos pocos eran extraordinariamente pesados y estaban curvados o inclinados de tal manera que hacía pensar en que podían haberse utilizado en la construcción de bóvedas o crucerías, o formando parte de arcos o de marcos de ventanas redondas. Cuanto más profundo excavábamos —más hacia el norte y el este—, encontrábamos más bloques; aunque seguíamos sin descubrir ningún indicio de conformidad entre ellos. El profesor Dyer estaba asombrado por la inconmensurable edad de aquellos fragmentos, y Freeborn halló vestigios de símbolos que se ajustaban enigmáticamente a algunas leyendas papúes y polinesias de una antigüedad infinita. El estado en que se hallaban los bloques y lo enormemente esparcidos que estaban ponía de manifiesto vertiginosos ciclos de tiempo y levantamientos geológicos de violencia cósmica.

Disponíamos de una avioneta y a menudo mi hijo Wingate subía a diferentes alturas para explorar el desierto de roca y arena, en busca de borrosas siluetas en gran escala: desniveles de terreno o rastros de bloques dispersos. Sus resultados fueron prácticamente negativos; pues cada vez que creía haber vislumbrado alguna señal significativa, en el siguiente viaje comprobaba que había sido

reemplazada por otra igual de inconsistente, a consecuencia de los desplazamientos de la arena arrastrada por el viento. Sin embargo, una o dos de esas indicaciones efímeras me afectaron de un modo extraño y desagradable. Parecían, en cierto modo, encajar horriblemente con algo que yo había soñado o leído, pero que ya no podía recordar. Daban una tremenda sensación de *seudofamiliaridad*, que no sé por qué me hizo echar un vistazo sigilosamente y con temor a aquel abominable terreno estéril situado hacia el norte y el nordeste.

Alrededor de la primera semana de julio empecé a sentir una inexplicable mezcla de emociones acerca de aquella zona del nordeste. Sentía horror y a la vez curiosidad... pero más que eso: era como una ilusión persistente y desconcertante de que todo aquello lo *recordaba*. Probé toda clase de recursos psicológicos para quitarme esas ideas de la cabeza, pero no tuve éxito. Además empecé a padecer de insomnio, pero casi me alegre de ello, porque así acortaba mis periodos de sueño. Adquirí la costumbre de dar largos paseos, yo solo, por el desierto a altas horas de la noche: por lo general hacia el norte o el nordeste, adonde mis extraños y nuevos impulsos parecían empujarme sutilmente.

A veces, en esos paseos, me tropezaba con fragmentos casi enterrados de mampostería antigua. Aunque se veían menos bloques allí que en el lugar donde habíamos empezado a excavar, estaba seguro de que debían abundar bajo la superficie. El terreno estaba a menos altura que nuestro campamento, y los fuertes vientos predominantes amontonaban la arena formando fantásticos montecillos, dejando al descubierto algunos vestigios de rocas antiguas y cubriendo otros. Yo estaba deseoso, de un modo extraño, de extender las excavaciones a aquella zona y, al mismo tiempo, temía lo que pudieran revelar. Por supuesto me estaba poniendo bastante mal... peor todavía porque no podía explicar el porqué.

Como muestra del pésimo estado de mis nervios podría mencionar mi reacción ante el extraño descubrimiento que hice en uno de mis paseos nocturnos. Fue la noche del 11 de julio, cuando

la luz de una luna gibosa inundaba los misteriosos montículos con una extraña palidez. Desviándome un poco más allá de mis límites habituales, me tropecé con una piedra grande, que parecía muy distinta a cuantas habíamos encontrado hasta entonces. Estaba casi completamente cubierta, pero me agaché y quité la arena con las manos; luego la examine cuidadosamente a la luz de la luna con la ayuda de mi linterna eléctrica. A diferencia de las otras rocas grandes, esta estaba tallada perfectamente a escuadra, sin superficies cóncavas ni convexas. Parecía, también, ser de un tipo de basalto negro, completamente distinto al granito, a la arenisca y al esporádico hormigón de los fragmentos que ya conocíamos.

De pronto me puse de pie, di la vuelta y eché a correr a toda velocidad hacia el campamento. Fue una huida completamente inconsciente e irracional, y sólo cuando estuve cerca de mi tienda me di cuenta de por qué había huido. Entonces se me ocurrió. Aquella extraña piedra negra era algo que había soñado y sobre lo que había leído, y estaba relacionado con los más espantosos horrores de las leyendas de hace tantos eones. Era uno de los bloques de aquella antiquísima mampostería basáltica que tanto temor inspiraba a la fabulosa Gran Raza; formaba parte de las ruinas de las altas torres sin ventanas que construyeron aquellas siniestras y malignas criaturas semimateriales, que pululaban en los abismos inferiores de la Tierra, y contra cuyos poderes invisibles y parecidos al viento fueron selladas las trampillas y apostaron centinelas día y noche.

Permanecí despierto toda la noche, pero al amanecer me di cuenta de lo necio que había sido al dejar que me afectara la sombra de un mito. En lugar de asustarme debería haber sentido entusiasmo ante mi descubrimiento. A la mañana siguiente conté a los demás mi hallazgo, y Dyer, Freeborn, Boyle, mi hijo y yo salimos a ver aquel bloque anómalo. Sin embargo, fracasamos. Yo no tenía una idea muy clara acerca de la situación de la piedra, y el viento había alterado por completo los montículos de arena.

VI

Llego ahora a la parte crucial y más difícil de mi relato... tanto más difícil cuanto que no estoy completamente seguro de que sea cierta. A veces siento la inquietante convicción de que no fue un sueño o una ilusión; y es esa impresión —considerando las formidables implicaciones que provocaría mi experiencia si fuese cierta— la que me impulsa a dar este testimonio. Mi hijo —experto psicólogo, que conoce mi caso mejor que nadie y se muestra favorable al mismo— será el primero en juzgar lo que tengo que decir.

En primer lugar, permítaseme esbozar el aspecto externo del asunto, que mis compañeros de expedición ya conocen. En la noche del 17 al 18 de julio, después de un día ventoso, me retiré temprano, pero no pude dormir. Me levanté un poco antes de las once y, aquejado como de costumbre por aquella extraña sensación con respecto al terreno situado hacia el nordeste, salí a dar uno de mis característicos paseos nocturnos y, cuando abandonaba los alrededores del campamento, vi y saludé a una sola persona: un australiano llamado Tupper^[736]. La luna, que acababa de entrar en cuarto menguante, brillaba en el cielo despejado y bañaba aquellas arenas ancestrales con un fulgor pálido, leproso, que no sé por qué me parecía infinitamente nefasto. Ya no hacía viento, ni volvió a soplar durante casi cinco horas, como pueden atestiguar suficientemente Tupper y los otros, que no durmieron en toda la noche. El australiano me vio caminar a toda prisa a través de los pálidos montículos, guardianes de secretos, hacia el nordeste.

A eso de las tres y media de la mañana empezó a soplar con fuerza el viento, que despertó a todo el campamento y derribó tres tiendas. No había nubes en el cielo, y el desierto brillaba todavía bajo aquel leproso claro de luna. Cuando el grupo de expedicionarios fue a reconocer las tiendas, notaron mi ausencia, pero habida cuenta de mis anteriores paseos aquella circunstancia no alarmó a nadie. Y sin embargo, no menos de tres hombres — todos ellos australianos— parecieron notar algo siniestro en el

ambiente. Mackenzie le explicó al profesor Freeborn que aquel temor estaba relacionado con el folklore de los negros australianos: los nativos habían urdido una curiosa serie de mitos malignos acerca de los fuertes vientos que, muy de vez en cuando, barrían las arenas bajo un cielo despejado. Se rumoreaba que tales vientos soplaban desde grandes habitáculos de piedra bajo tierra, donde habían sucedido cosas terribles, y que nunca se dejaban notar más que cerca de los lugares donde estaban diseminadas las grandes piedras marcadas. Cerca de las cuatro cesó el vendaval tan repentinamente como había empezado, dejando unos montoncitos de arena de nuevas y desconocidas formas.

Eran ya más de las cinco, y la luna, turgente y fungosa, se ocultaba en el poniente, cuando entré en el campamento tambaleándome, sin sombrero, con la ropa hecha jirones, el rostro rasguñado y ensangrentado, y sin mi linterna eléctrica. La mayoría de los hombres se habían vuelto a acostar, pero el profesor Dyer estaba fumando en pipa delante de su tienda. Al verme en aquel estado, jadeante y casi enloquecido, llamó al Dr. Boyle, y entre los dos me metieron en mi cama de campaña y me pusieron cómodo. Mi hijo, despertado por el revuelo, pronto se unió a ellos, y entre todos me obligaron a permanecer echado y a que intentara dormir.

Pero no me pude dormir. Me hallaba en un estado de excitación extraordinario, distinto a cuanto había padecido anteriormente. Al cabo de un rato insistí en hablar... y expliqué con nerviosismo y detalladamente mi estado. Les conté que me había sentido cansado y me había tumbado en la arena para descabezar un sueño. Tuve unos sueños, les dije, todavía más espantosos que de costumbre y, cuando me despertó el repentino vendaval, mis nervios sobreexcitados estallaron. Huí, preso de pánico, tropezando con las piedras medio enterradas, y de ese modo adquirí ese aspecto andrajoso y desaliñado. Debí quedarme dormido durante mucho tiempo; de ahí las largas horas de ausencia.

De todas las cosas extrañas que había visto o padecido no insinué absolutamente nada, ejercitando en cuanto a eso el mayor

dominio de mí mismo. Pero hablé de un cambio de parecer con respecto al plan de la expedición, y pedí encarecidamente la interrupción de todas las excavaciones en dirección nordeste. Las razones que aduje eran a todas luces poco convincentes: pues mencioné la carestía de bloques, el deseo de no ofender a los mineros supersticiosos, una posible escasez de fondos de la universidad, y otras falsedades o improcedencias. Como es natural, nadie prestó la menor atención a mis nuevos deseos... ni siquiera mi hijo, cuya preocupación por mi salud era evidente.

Al día siguiente me levanté y estuve dando vueltas por el campamento, pero no tomé parte en las excavaciones. Viendo que no podía detener las obras, decidí regresar a casa lo antes posible, dado el estado de mis nervios, y le hice prometer a mi hijo que me llevaría en la avioneta a Perth —a mil millas [unos mil seiscientos kilómetros] al sudoeste— en cuanto hubiera inspeccionado la zona que yo quería que dejaran en paz. Pensaba que, si lo que yo había visto estaba todavía a la vista, podía intentar que les sirviera de advertencia a mis compañeros, aun a costa de hacer el ridículo. Cabía la posibilidad de que los mineros, conocedores de las leyendas locales, me apoyaran. Accediendo a mis deseos, mi hijo hizo su reconocimiento aquella misma tarde, sobrevolando todo el terreno que yo podía haber recorrido en mi paseo. Sin embargo, nada de lo que yo había descubierto permanecía a la vista. Se trataba de nuevo de lo mismo que había ocurrido con el bloque de basalto anómalo: la arena arrastrada por el viento había borrado cualquier rastro. Por un momento casi lamenté haber perdido cierto objeto pavoroso en mi resuelta huida... pero ahora sé que dicha pérdida fue una suerte para mí. Todavía puedo seguir creyendo que toda mi experiencia fue una simple ilusión, sobre todo si, como espero fervientemente, jamás descubren ese abismo infernal.

Wingate me llevó a Perth el 20 de julio, aunque se negó a abandonar la expedición y volver a casa. Permaneció conmigo hasta el 25 de julio, día en que el vapor zarpó rumbo a Liverpool. En estos momentos, en el camarote del *Empress*, después de reflexionar

mucho y desesperadamente sobre todo el asunto, he decidido que al menos mi hijo debe ser informado. De él dependerá si se le da más amplia difusión. Para salir al paso de cualquier eventualidad, he preparado este resumen de mis antecedentes —que los demás ya conocen de modo intermitente— y a continuación contaré, lo más brevemente posible, lo que pareció ocurrir durante mi ausencia del campamento aquella espantosa noche.

Con los nervios de punta, y arrebatado por una especie de anhelo perverso por aquel inexplicable, pavoroso y seudomnemotécnico impulso hacia el nordeste, seguí caminando con dificultad bajo la malévola y ardiente luna. Por todas partes vi, medio ocultos por la arena, aquellos prístinos bloques ciclópeos abandonados desde hacía indecibles y olvidados eones. La edad incalculable y el inquietante horror de aquel yermo monstruoso empezaron a oprimirme como nunca, y no pude evitar recordar mis exasperantes sueños, las espantosas leyendas en que se basaban, y el actual temor de los nativos y los mineros en relación con el desierto y sus piedras esculpidas.

Y sin embargo, seguí caminando penosamente como si acudiese a una cita inquietante, cada vez más abrumado por desconcertantes fantasías, impulsos y seudorecuerdos. Pensé en algunos de los posibles contornos de las filas de piedras que mi hijo había visto desde la avioneta, y me pregunté por qué razón me parecían al mismo tiempo tan ominosas y tan familiares. Algo estaba tratando de descerrajar la puerta de mi memoria, mientras otra fuerza desconocida procuraba mantenerla atrancada.

Era una noche sin viento, y la arena pálida se combaba hacia arriba y hacia abajo como las heladas olas del mar. No llevaba rumbo fijo, pero no sé por qué caminaba inexorablemente como si me guiara el destino. Mis sueños inundaban el mundo vigil, de manera que cada megalito hincado en la arena se me antojaba que formaba parte de las infinitas habitaciones y pasillos de mampostería prehumana, cubiertos de bajorrelieves, jeroglíficos y símbolos, que conocía de sobra por los años que fui mente cautiva

de la Gran Raza. Por momentos me parecía ver aquellos horrorosos seres cónicos, omniscientes, yendo y viniendo en sus faenas habituales, y temía bajar la mirada por miedo a verme a mí mismo convertido en uno de ellos. Sin embargo, todo el tiempo veía los bloques cubiertos por la arena tan bien como las habitaciones y los pasillos; la malévola y ardiente luna tan bien como las lámparas de luminoso cristal; el interminable desierto tan bien como los helechos y las cicas ondulantes de más allá de las ventanas. Estaba despierto y soñando al mismo tiempo.

No sé durante cuánto tiempo o hasta dónde —o realmente en qué dirección exacta— había caminado, cuando divisé por primera vez el montón de piedras descubiertas por el viento diurno. Nunca había visto un grupo tan grande de piedras en un solo lugar, y eso me impresionó tanto, que de pronto se desvanecieron todas las visiones de tantos fabulosos eones. Otra vez no había más que el desierto, la luna malévola y los tiestos de un pasado insospechado. Me acerqué y me detuve, y proyecté la luz de mi linterna eléctrica sobre el montón de piedras derrumbadas. El viento se había llevado el montículo, dejando al descubierto una cantidad de megalitos pequeños y redondeados de manera irregular, y fragmentos algo menores de unos cuarenta pies [doce metros] de diámetro y entre dos y ocho pies [sesenta centímetros y casi dos metros y medio] de altura.

Desde el primer momento me di cuenta de que había algo completamente sin precedentes en aquellas piedras. No sólo era su número, absolutamente inaudito, sino que había algo en los trazos del dibujo desgastados por la arena que me detuvo cuando las escudriñaba bajo la luz de la luna reforzada por mi linterna. No se trataba de que fueran básicamente distintos de las primeras muestras que había encontrado. Era algo mucho más sutil que eso. No tuve esa impresión cuando miré cada bloque aislado, solamente cuando recorrí con la vista varios de ellos simultáneamente. Entonces, por fin caí en la cuenta de la verdad. Los dibujos curvilíneos de muchos de aquellos bloques estaban *estrechamente*

relacionados, formaban parte de un mismo motivo ornamental. Por primera vez había tropezado en aquel desierto sacudido por el paso de los eones con una gran cantidad de mampostería que conservaba su emplazamiento original... derrumbada y fragmentada, es cierto, pero a pesar de todo subsistía sin duda alguna.

Subiéndome a un lugar bajo, trepé penosamente por el montón de piedras, quitando la arena con las manos de cuando en cuando, y procurando en todo momento interpretar las variaciones de tamaño, forma, estilo y relaciones mutuas de los dibujos. Al cabo de un rato pude adivinar vagamente la índole de aquella construcción del pasado, y de los dibujos que un día cubrieron las vastas superficies de la mampostería primitiva. La perfecta identidad del conjunto con algunas de mis visiones en sueños me horrorizó y me desconcertó. Aquello fue hace tiempo un corredor ciclópeo de treinta pies [algo más de nueve metros] de alto, pavimentado con losas octogonales y sólidamente abovedado por arriba. A la derecha se abrían las habitaciones, y en su extremo más alejado uno de aquellos extraños planos inclinados descendería hasta profundidades todavía mayores.

Sufrí un violento sobresalto al ocurrírseme aquella idea, ya que no podía habérmela proporcionado únicamente la visión de aquellos bloques. ¿Cómo sabía yo que ese corredor debía haber estado bajo tierra? ¿Cómo sabía que la rampa de subida tenía que haber estado detrás de mí? ¿Cómo sabía que el largo pasillo subterráneo que conducía a la Plaza de las Columnas debería estar situado a mi izquierda, un piso por encima de mí? ¿Cómo sabía yo que la sala de máquinas y el túnel hacia la derecha que llevaba hasta los archivos centrales debieron estar situados dos plantas más abajo? ¿Cómo sabía que habría una de aquellas horribles trampillas selladas al final del mismo, cuatro plantas más abajo? Desconcertado por aquella irrupción del mundo de mis sueños, me di cuenta de que estaba temblando y bañado en un sudor frío.

Luego, como último detalle intolerable, sentí que una débil e insidiosa corriente de aire frío ascendía desde una depresión cercana al centro del montón de rocas. Inmediatamente, como antes, mis visiones se desvanecieron y de nuevo sólo veía el maléfico claro de luna, el inquietante desierto y el extenso túmulo de mampostería paleógena. Me enfrentaba a algo real y tangible, aunque cargado de infinitas sugerencias de oscuro misterio. Pues aquella corriente de aire sólo podía indicar una cosa: que debajo de los desordenados bloques de la superficie había un abismo oculto de gran tamaño.

Lo primero que me vino a la cabeza fueron las siniestras leyendas de los negros australianos acerca de enormes habitáculos subterráneos entre los megalitos, en donde suceden cosas horrorosas y nacen los vendavales. Luego me vinieron a la memoria mis propios sueños y sentí que sombríos seudorecuerdos se agolpaban en mi mente. ¿Qué clase de lugar había debajo de mí? ¿Qué prístina e inconcebible fuente de ciclos mitológicos seculares y de obsesionantes pesadillas estaba a punto de descubrir? Sólo vacilé un momento, pues me movía algo más que la curiosidad y el celo científico, oponiéndose a mi creciente terror.

Me pareció que me movía casi automáticamente, como si estuviera en las garras de una especie de apremiante destino. Metiéndome la linterna en el bolsillo y, con una fuerza que no creía poseer, arranqué un fragmento enorme de roca, y luego otro, hasta que brotó una fuerte corriente cuya humedad contrastaba curiosamente con el aire seco del desierto. Una grieta oscura comenzó a abrirse y, finalmente, una vez apartados los pequeños fragmentos que pude mover, el leproso claro de luna reveló una abertura lo bastante ancha para dejarme entrar.

Saqué mi linterna y proyecté su brillante haz luminoso en la abertura. Debajo de mí había un caos de mampostería derrumbada que descendía bruscamente hacia el norte formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, que por lo visto era consecuencia de algún derrumbamiento del pasado. Entre su superficie y el nivel del

suelo se abría un abismo de impenetrable oscuridad, en cuyo borde superior había huellas de una gigantesca bóveda. Al parecer, en aquel punto las arenas del desierto descansaban directamente sobre una de las plantas de un edificio titánico, construido en los albores de la Tierra... cómo se conservaba con el paso de los eones después de tantas convulsiones geológicas es algo que ni siquiera entonces —ni ahora tampoco— logré imaginar.

En retrospectiva, la sola idea de bajar de pronto, yo solo, a aquel abismo incierto —cuando ni un alma conocía mi paradero— parece el colmo de la locura. Quizá lo fuese... sin embargo aquella noche emprendí sin vacilar semejante descenso. De nuevo se manifestó aquella atracción e impulso fatal que parecía haber dirigido mis pasos desde el primer momento. Encendiendo la linterna a ratos para ahorrar la pila, empecé aquel descabellado y dificultoso descenso por la siniestra y ciclópea pendiente por debajo de la abertura... avanzando de frente unas veces cuando encontraba buen punto de sujeción para pies y manos, y otras volviéndome de cara al montón de megalitos mientras me agarraba y buscaba a tientas más precariamente. A ambos lados de mí aparecían amenazadores, iluminados por el continuo haz de mi linterna, los lejanos muros de la derrumbada mampostería esculpida. Delante de mí, en cambio, sólo había oscuridad ininterrumpida.

Durante mi difícil descenso perdí la noción del tiempo. Mi mente bullía con tantas insinuaciones e imágenes desconcertantes que la realidad objetiva parecía haberse alejado a una distancia incalculable. No experimentaba ninguna sensación física, e incluso el miedo no era más que una aparición, como una gárgola inerte que impotentemente me mirase de soslayo. Finalmente llegué al suelo sembrado de bloques caídos, fragmentos informes de piedra, arena y detritos de todo género. A ambos lados —separados unos treinta pies [algo más de nueve metros]— se alzaban los muros macizos que culminaban en enormes crucerías. Pude discernir que estaban esculpidas, pero me fue imposible adivinar lo que representaban. Lo que más me impresionó fue la bóveda de arriba.

La luz de mi linterna no llegaba hasta el techo, pero las partes inferiores de aquellos monstruosos arcos se destacaban claramente. Y su parecido con lo que había visto en innumerables sueños del mundo antiguo era tan absoluto que por primera vez me puse a temblar en serio.

Detrás y por encima, en la abertura, una débil salpicadura de luz ponía de manifiesto el lejano mundo exterior iluminado por la luna. Una imprecisa pizca de cautela me aconsejaba no perderla de vista, por si no disponía de otra guía para mi regreso. Entonces avancé hacia el muro a mi izquierda, donde los vestigios del tallado eran más evidentes. Era casi tan difícil atravesar aquel suelo cubierto como lo había sido la pila descendente, pero conseguí abrirme paso. En determinado momento aparté a un lado algunos bloques, desplazé con el pie los detritos para ver cómo era el pavimento, y me estremecí al comprobar la fatídica familiaridad de aquellas grandes losas octogonales, cuya combada superficie todavía se mantenía más o menos unida.

Al llegar a una distancia conveniente del muro, proyecté lenta y cuidadosamente la luz de la linterna sobre los desgastados remanentes del tallado. La afluencia de agua en el pasado parecía haber actuado sobre la superficie de la arenisca, pero había unas raras incrustaciones que no podía explicar. En algunos sitios la mampostería estaba muy suelta y deformada, y me preguntaba durante cuántos eones más podría conservar aquel prístino y recóndito edificio los restantes vestigios de forma, soportando los desplazamientos laterales de la tierra.

Pero lo que más me entusiasmó fueron las propias esculturas. A pesar de su avanzado estado de desmenuzamiento debido al paso del tiempo, era relativamente fácil identificarlas de cerca; y el ver lo familiares que me resultaban todos sus detalles casi me dejó estupefacto. Que los principales atributos de aquella vieja mampostería me resultaran familiares no era tan inverosímil. Debieron impresionar profundamente a los forjadores de ciertos mitos, y así se incorporarían al flujo de las ciencias ocultas y, de

alguna manera, llegaron a mi conocimiento durante mi periodo de amnesia, evocando imágenes muy vivas en mi subconsciente. Pero ¿cómo explicar la exactitud y minuciosidad con que cada línea y cada espiral de aquellos extraños dibujos concordaba con lo que había soñado durante más de una veintena de años? ¿Qué oscura y olvidada iconografía podía haber reproducido cada sutil degradación de color y cada matiz de las visiones que de forma tan persistente, precisa e invariable asediaban mis sueños noche tras noche?

No se trataba, pues, de ninguna casualidad, ni de un remoto parecido. Categórica, terminantemente, el milenario corredor, oculto durante tantos eones, en el que me encontraba era el mismo que yo había conocido en sueños tan íntimamente como conocía mi propia casa de Crane Street, en Arkham. Es cierto que mis sueños mostraban aquel lugar en su estado original, aún no deteriorado; pero no por ello era menos real la identidad. En aquel lugar podía orientarme con tremenda facilidad. Aquel edificio concreto en el que me encontraba me era conocido. Y conocía asimismo el lugar que ocupaba en aquella terrible ciudad antigua de mis sueños. Me daba cuenta con espantosa e instintiva certidumbre de que podía dirigirme infaliblemente a cualquier punto de aquel edificio o de aquella ciudad que había rehuido los cambios y las devastaciones de incalculables épocas. ¿Qué demonios significaba todo aquello? ¿Cómo había llegado yo a saber lo que sabía? ¿Qué tremenda realidad se ocultaba tras aquellos antiguos relatos de seres que habían vivido en ese laberinto de prístinas piedras?

Las palabras sólo pueden expresar mínimamente la mezcla de pavor y perplejidad que me consumía por dentro. Conocía ese lugar. Sabía lo que había debajo de mí, y lo que se levantaba por encima de mi cabeza antes de que los innumerables pisos elevados se derrumbaran y quedaran reducidos a polvo, escombros y desierto. Ya no necesitaba, pensé con un escalofrío, no perder de vista aquella débil salpicadura de luz lunar. Me debatía entre el ansia de huir y una mezcla febril de ardiente curiosidad e impetuosa fatalidad. ¿Qué había sucedido en esa monstruosa megalópolis de decrepitud

durante los millones de años transcurridos desde la época de mis sueños? De todos los laberintos subterráneos que había debajo de la ciudad y comunicaban entre sí las torres titánicas, ¿cuántos habían sobrevivido a las conmociones de la corteza terrestre?

¿Había tropezado con todo un mundo terriblemente arcaico, enterrado bajo las arenas? ¿Sería capaz todavía de encontrar la casa del maestro escribano y la torre donde S'gg'ha, la mente cautiva de los carnívoros vegetales de cabeza estrellada de la Antártida, había esculpido ciertas representaciones en los entrepaños vacíos de los muros? ¿Estaría todavía despejado y transitable el corredor del segundo sótano que daba acceso a la sala de las mentes extranjeras? En aquella sala, la mente cautiva de un ser increíble —el habitante semiplástico del hueco interior de un desconocido planeta transplutoniano de dentro de dieciocho millones de años— guardaba cierto objeto que había modelado con arcilla.

Cerré los ojos y me llevé la mano a la cabeza en un vano y lastimoso esfuerzo por apartar de mi mente aquellos insensatos sueños fragmentarios. Entonces, por vez primera, percibí perfectamente el frescor, el movimiento y la humedad del aire circundante. Con un escalofrío, me di cuenta de una considerable sucesión de negros abismos muertos desde hacía eones que, sin duda alguna, se abrían por debajo de mí en alguna parte más allá de donde me encontraba. Pensé en las tremendas cámaras, corredores y pendientes que recordaba de mis sueños. ¿Estaría todavía abierto el camino a los archivos centrales? De nuevo aquella dinámica fatalidad tiraba insistentemente de mi cerebro cuando recordaba los impresionantes documentos que una vez estuvieron guardados en aquellas cámaras acorazadas rectangulares de metal inoxidable.

Según los sueños y las leyendas, allí se había depositado toda la historia pasada y futura del continuo espacio-temporal del cosmos, escrita por mentes cautivas de todo el orbe y todas las épocas del sistema solar. Una auténtica locura, desde luego; pero ¿acaso no

acababa de entrar casualmente en un mundo obcecado, tan loco como yo? Pensé en las estanterías metálicas cerradas con llave, y en sus curiosos tiradores que había que girar para abrirlas. La mía propia me vino a la memoria de manera muy vívida. ¡Cuántas veces había pasado por aquella complicada rutina de giros y presiones, en la sección del piso más abajo, dedicado a los vertebrados terrestres! Cada detalle me resultaba reciente y familiar. Si existía tal cámara acorazada como yo había soñado, podría abrirla en un momento. Fue entonces cuando aquella locura se apoderó de mí por completo. Un instante más tarde, estaba saltando y dando traspiés por encima de los escombros rocosos, en dirección a la pendiente que —lo recordaba muy bien— conducía a las profundidades de abajo.

VII

A partir de aquel momento mis impresiones son apenas fiables... la verdad es que todavía tengo la apremiante esperanza decisiva de que todo forme parte de algún sueño demoníaco, o una ilusión provocada por el delirio. La fiebre hizo estragos en mi cerebro, y todo lo veía como a través de una especie de neblina... a veces, sólo a ratos. Los rayos de mi linterna se proyectaban débilmente en la oscuridad que me rodeaba, revelando fantasmales resquicios, espantosamente familiares, de muros y esculturas completamente arruinados por el deterioro del tiempo. En un lugar se había derrumbado una tremenda porción de bóveda, de manera que hube de trepar por encima de un enorme montón de piedras, que casi llegaba hasta el mellado techo, del que colgaban grotescas estalactitas. Era el ápice definitivo de mi pesadilla, agravado por aquel blasfemo tira y afloja de seudorecuerdos. Una sola cosa me resultaba extraña, y era mi propio tamaño en relación con la monstruosa mampostería. Me sentía oprimido por una insólita

sensación de pequeñez, como si la visión de aquellos muros elevados desde un simple cuerpo humano fuese algo completamente nuevo y anormal. Una y otra vez recorrí mi cuerpo con la mirada, vagamente preocupado por mi forma humana.

Seguí hacia adelante a través de la oscuridad, saltando, hundiéndome y tambaleándome... cayéndome muchas veces y magullándome, y en una ocasión casi hice añicos la linterna. Cada piedra y cada rincón de aquel endemoniado abismo me resultaban conocidos, y en muchos puntos me detuve para proyectar el haz de luz de la linterna a través de aquellas arcadas que, aunque obstruidas y derrumbadas, seguían siéndome familiares. Algunas habitaciones se habían desplomado por completo; otras estaban vacías o llenas de escombros. En unas cuantas vi masas de metal —unas bastante intactas, otras rotas, y algunas aplastadas o abolladas— en las que reconocí los colosales pedestales o mesas de mis sueños. Lo que podían haber sido en realidad, no me atrevo a suponerlo.

Encontré la pendiente hacia abajo y empecé a descender... aunque al cabo de un rato me detuve ante una sima abierta, mellada, cuya parte más estrecha no tendría menos de cuatro pies [algo más de un metro]. En aquel punto la construcción de piedra se había venido abajo, revelando las oscuras e incalculables profundidades de abajo. Yo sabía que había dos sótanos más en aquel edificio gigantesco, y me estremecí con renovado pánico al recordar las trampillas sujetas con abrazaderas de metal del más profundo de ellos. Ya no había guardianes que las vigilaran... pues lo que acechaba debajo hacía ya mucho tiempo que había llevado a cabo su espantosa labor, y había caído en su larga decadencia. Cuando llegase la era de los escarabajos posthumanos, estaría completamente muerto. Y sin embargo, al recordar las leyendas nativas, de nuevo me estremecí.

Me costó un terrible esfuerzo saltar por encima de aquella profunda sima, ya que el suelo cubierto de escombros me impedía tomar carrerilla, pero la locura me movía a seguir adelante. Escogí

un punto cercano al muro de la izquierda —donde la grieta era más estrecha y el lugar de aterrizaje estaba más o menos libre de peligrosos escombros— y tras unos instantes de inquietud alcancé el otro lado sin ningún percance. Por último llegué a la planta inferior y seguí avanzando dando traspiés, dejando atrás las arcadas de la sala de máquinas, donde había un fantástico montón de chatarra, medio enterrada bajo las bóvedas derrumbadas. Todo estaba donde yo sabía que debía estar y, lleno de confianza, trepé por encima de los montones que obstruían la entrada de un enorme corredor transversal. En seguida me di cuenta de que el corredor me llevaría, por debajo de la ciudad, a los archivos centrales.

Una infinidad de épocas pareció desplegarse ante mí a medida que avanzaba, tropezando, saltando y trepando por encima de aquel corredor lleno de escombros. De vez en cuando vislumbraba esculturas en los muros maculados por el paso del tiempo: unas, familiares; otras, añadidas aparentemente en un periodo posterior a mis sueños. Como se trataba de un camino real subterráneo que comunicaba entre sí las casas, no había arcadas salvo cuando pasaba por los pisos inferiores de varios edificios. En algunos de esos cruces me hice a un lado el tiempo suficiente para recorrer con la mirada e inspeccionar los corredores y las habitaciones que tan bien conocía. Dos veces solamente encontré cambios radicales con respecto a lo que había soñado... y en una de ellas pude localizar los contornos de la arcada tapiada que recordaba.

A medida que avanzaba apresuradamente y de mala gana por la cripta de una de aquellas grandes torres ruinosas, sin ventanas, cuya extraña mampostería de basalto indicaba que era cierto el espantoso origen que se rumoreaba, temblé bruscamente y sentí que me invadía una rara debilidad paralizante. Aquel sótano primitivo era circular y tenía un diámetro de por lo menos doscientos pies [unos sesenta metros], sin ninguna talla en su sillería de color oscuro. El suelo no tenía más que polvo y arena, y vi las aberturas que conducían hacia arriba y hacia abajo. No había escaleras ni rampas... la verdad es que yo sabía por mis sueños que aquellas

torres negras nunca habían sido habitadas por la fabulosa Gran Raza. Quienes las habían construido no necesitaban escaleras ni rampas. En mis sueños la abertura descendente estaba rigurosamente sellada y tímidamente vigilada. En aquellos momentos estaba abierta, negra y profunda, y emitía una corriente de aire frío y húmedo. No quise ni pensar de que ilimitadas cavernas de noche eterna podía salir.

Después, abriéndome paso por una parte del corredor que estaba muy obstruida por los montones de cascotes, llegué a un lugar donde el techo se había derrumbado completamente. Los escombros se elevaban como una montaña, y trepé por encima de ellos, pasando por un enorme espacio vacío, en el que la luz de mi linterna no descubrió ni muros ni bóvedas. Ese debe de ser, pensé, el sótano de la casa de los proveedores de metal, que daba a la tercera plaza, no lejos de los archivos. Lo que había sucedido allí no podía imaginarlo.

Volví a encontrar el corredor al otro lado de la montaña de detritos y piedras, pero un poco más allá el camino estaba completamente obstruido, pues el montón de cascotes procedentes de la caída de la bóveda casi tocaba el techo, peligrosamente hundido. No sé cómo me las arreglé para arrancar y echar a un lado los suficientes bloques para abrirme paso, ni cómo me atreví a mover aquellos fragmentos encajados firmemente, cuando la menor variación del equilibrio podía haber provocado el derrumbe de todas aquellas toneladas de mampostería superpuesta, aplastándome sin remedio. Era pura locura lo que me empujaba y me guiaba... si es que aquella aventura subterránea no fue —como espero— una alucinación infernal o una fase del sueño. Pero abrí un paso —o soñé que lo hacía— por el que podía arrastrarme. A medida que me contoneaba por encima del montículo de escombros —con la linterna encendida metida en la boca— sentía que me desgarraban las fantásticas estalactitas del mellado techo por encima de mi cabeza.

Me encontraba ya cerca del gran recinto subterráneo de los archivos, que parecía ser mi objetivo. Deslizándome y bajando a gatas por el lado opuesto de la barrera, y avanzando con tiento a lo largo del tramo restante del corredor, con la linterna encendida sólo a ratos, llegué por fin a una cripta baja, circular, con arcos —todavía en un maravilloso estado de conservación— que se abrían en todas direcciones. Los muros, o al menos hasta donde alcanzaba la luz de mi linterna, estaban cubiertos profusamente de jeroglíficos y cincelados con los característicos símbolos curvilíneos, algunos de los cuales habían sido añadidos después del periodo de mis sueños.

Aquél era, me di cuenta, mi destino fatídico, y torcí inmediatamente a la izquierda, por una arcada que me resultaba familiar. Por extraño que parezca, tenía pocas dudas de poder encontrar el paso libre a las rampas de subida y bajada a los pisos que habían sobrevivido. Aquella enorme mole subterránea, que albergaba los anales de todo el sistema solar, había sido construida con suprema habilidad y solidez para durar tanto como el propio sistema. Bloques de formidable tamaño, equilibrados con exactitud matemática y ligados con cemento de increíble dureza, formaban una masa tan firme como el núcleo rocoso del planeta. Después de una eternidad más ingente de lo que yo podía concebir sensatamente, aquella mole enterrada conservaba intactos sus contornos esenciales; sus enormes pavimentos cubiertos de montones de polvo apenas estaban salpicados de desechos, tan abundantes en otras partes.

La relativa facilidad con que pude caminar a partir de aquel lugar, se me subió curiosamente a la cabeza. Toda la frenética ansiedad, contenida hasta entonces por los obstáculos, salió a relucir en una especie de prisa febril, y literalmente eché a correr por los pasillos de techo bajo, al otro lado de la arcada, que recordaba de manera tan extraordinaria. Había dejado de asombrarme la familiaridad de lo que veía. A ambos lados asomaban monstruosamente las grandes puertas de las estanterías metálicas, cubiertas de jeroglíficos; unas todavía en su sitio, otras forzadas, y algunas dobladas y combadas

por fuerzas geológicas del pasado, sin la suficiente fuerza para destruir la titánica mampostería. Por todas partes los montones de polvo, al pie de los estantes abiertos y vacíos, parecían indicar el lugar donde habían caído los estuches, derribados por los temblores de tierras. En algún que otro pilar había grabados grandes símbolos y letras que indicaban el tipo de volúmenes allí clasificados.

En una ocasión me detuve ante una de las cámaras acorazadas abiertas, donde vi algunos de los acostumbrados estuches de metal, todavía en su sitio entre el omnipresente polvo arenoso. Estirando el brazo, saqué con alguna dificultad uno de los ejemplares de menor grosor y lo puse en el suelo para examinarlo. El título estaba escrito en los habituales jeroglíficos curvilíneos, aunque había algo en la ordenación de los caracteres que parecía sutilmente insólito. El extraño mecanismo de cierre, en forma de broche, me era perfectamente conocido, y levanté la tapa, todavía sin oxidar y manejable, sacando el libro de su interior. Como esperaba, tenía veinte por quince pulgadas [unos cincuenta por treinta y ocho centímetros] de superficie, y dos [unos cinco centímetros] de grosor; las finas tapas de metal se abrían por arriba. Sus resistentes páginas de celulosa no parecían afectadas por los innumerables ciclos de tiempo que habían sobrevivido, y examine el texto, escrito con unas letras extrañamente pigmentadas, dibujadas con pincel — símbolos completamente diferentes a los acostumbrados jeroglíficos curvilíneos o a cualquier alfabeto conocido por el saber humano—, que me evocaban obsesionantes recuerdos que afloraban sólo a medias. Se me ocurrió que era el lenguaje empleado por una mente cautiva que había conocido un poco en mis sueños: una mente procedente de un gran asteroide en el que había sobrevivido gran parte de la vida arcaica y del saber del planeta primitivo del que era fragmento. Al mismo tiempo recordé que aquel nivel de los archivos estaba dedicado a los volúmenes que se ocupaban de los planetas no terrestres.

Cuando dejé de examinar detenidamente aquel documento increíble vi que la luz de mi linterna empezaba a fallar, de modo que

le introduje rápidamente la pila de repuesto que siempre llevaba conmigo. Entonces, provisto de una luz más potente, reanudé mi carrera febril por la interminable maraña de pasadizos y corredores, reconociendo de vez en cuando alguna estantería familiar, y vagamente molesto por las condiciones acústicas de aquellas catacumbas durante tantos eones sumidas en la muerte y el silencio que hacían resonar mis pisadas de un modo incongruente. Las huellas de mis propios zapatos en el polvo no hollado durante milenios me hicieron estremecer. Nunca antes, si mis descabellados sueños contenían algo de verdad, habían pisado pies humanos aquellos pavimentos inmemoriales. Mi mente consciente no tenía la menor idea de cuál era el objetivo concreto de mi insensata carrera. Sin embargo, había alguna fuerza demoníaca que tiraba de mi voluntad aturdida y de mis recuerdos soterrados, de modo que presentía vagamente que no corría al azar.

Llegué a una rampa descendente y la seguí hasta el abismo más profundo. Los diferentes pisos desfilaban vertiginosamente ante mí mientras corría, pero no me detuve para explorarlos. En mi vertiginoso cerebro había empezado a latir un pulso rítmico que hizo temblar mi mano derecha al unísono. Quería abrir algo y me parecía que conocía todas las complicadas vueltas y presiones necesarias para hacerlo. Era como una moderna caja fuerte con cerradura de combinación. Sueño o no, yo había sabido antes esa combinación, y todavía la sabía. No intenté explicarme cómo podía haber aprendido un detalle tan nimio, tan complicado y tan complejo en un sueño... o en un trozo de leyenda inconscientemente asimilada. Cualquier pensamiento coherente estaba fuera de mi alcance. Pues, ¿acaso toda aquella experiencia —aquella espantosa familiaridad con una serie de ruinas desconocidas, y aquella identidad monstruosamente exacta de todo lo que tenía ante mis ojos con lo que sólo los sueños y los fragmentos de mitos podían haber sugerido— no era un horror que rebasaba todos los límites de la razón? Probablemente estaba convencido entonces —como ahora, en mis momentos de cordura—

de que todo era un sueño, y de que la ciudad enterrada no era más que un fragmento de una alucinación febril.

Finalmente llegué al piso más bajo y enfilé ala derecha de la rampa. Por alguna oscura razón traté de amortiguar mis pasos, aunque avanzaba más despacio por ello. En aquella última planta subterránea había un espacio que temía cruzar, y a medida que me acercaba recordé cuál era la causa de mi temor. Se trataba simplemente de una de aquellas trampillas atrancadas con barras de metal y celosamente vigiladas. En aquellos momentos no había ningún centinela, y por ello temblaba y caminaba de puntillas, como había hecho al atravesar las negras bóvedas de basalto, donde se abría una trampilla similar. Volví a notar una corriente de aire frío como en aquella ocasión, y deseaba que mi camino me llevase en otra dirección. Pero no sabía por qué tenía que seguir precisamente aquel camino.

Al llegar a aquel espacio vi que la trampilla estaba completamente abierta. Un poco más adelante comenzaban de nuevo las estanterías, y vislumbré en el suelo, ante una de ellas, un montón apenas cubierto por una fina capa de polvo: eran varios estuches que habían caído recientemente. En aquel mismo momento me invadió una nueva oleada de pánico, aunque durante algún tiempo no pude descubrir por qué. Los montones de estuches caídos no eran raros, pues con el paso de los eones, aquel oscuro laberinto había sido sacudido por los levantamientos de tierras, y de vez en cuando debió de resonar con un estrépito ensordecedor al venirse abajo. Hasta casi haber atravesado aquel espacio no me di cuenta de por qué me estremecía tan terriblemente.

Lo que me inquietaba no era el montón de estuches, sino algo que había en el polvo del suelo. A la luz de la linterna parecía que aquella capa de polvo no era tan uniforme como debiera: en algunos sitios parecía más fina, como si la hubieran removido pocos meses antes. No podía asegurarle, pues incluso en los sitios donde era aparentemente más fina había bastante polvo; sin embargo la mera sospecha de que en aquella desigualdad pudiera haber cierta

regularidad era sumamente inquietante. Al acercar la linterna a uno de aquellos sitios raros, no me gustó lo que vi: la apariencia de regularidad era todavía mayor. Era como si hubiera filas regulares de huellas, agrupadas de tres en tres, cada una de las cuales tenía un poco más de un pie cuadrado [nueve centímetros cuadrados], y consistía en cinco marcas casi circulares de unas tres pulgadas [más de siete centímetros y medio], una de las cuales estaba adelantada en relación con las otras cuatro.

Aquellas supuestas filas de pisadas parecían dirigirse en dos direcciones, como si algo hubiera ido a alguna parte y hubiese regresado. Desde luego eran muy débiles y podía tratarse de una ilusión, o una simple casualidad; pero en el trayecto que me parecía que seguían había algo que sugería un oscuro y vago horror. Pues en uno de los extremos del mismo estaba el montón de estuches, que deberían haber caído no hacía mucho, mientras que en el otro extremo se hallaba la ominosa trampilla siniestra que despedía un aire húmedo y frío, abierta sin ninguna protección a los abismos inimaginables.

VIII

Tenía la extraña sensación de que una fuerza irresistible me impulsaba a seguir adelante, como lo demuestra el hecho de que superase mi temor. Ninguna motivación racional podría haberme incitado a seguir adelante después de aquella horrenda sospecha de las huellas y los progresivos recuerdos que la misma había despertado en mi mente. Sin embargo, aun temblando de miedo, mi mano derecha seguía moviéndose rítmicamente en su impaciencia por abrir la cerradura que esperaba encontrar. Antes de darme cuenta de lo que hacía, dejé atrás el montón de estuches recientemente caídos y eché a correr de puntillas por los pasadizos

cubiertos de polvo completamente intacto hacia un punto que parecía conocer morbosamente bien. Mi mente se hacía preguntas cuyo origen y pertinencia apenas empezaba a adivinar. ¿Podría llegar un cuerpo humano a la estantería? ¿Podría mi mano humana superar todos los movimientos, recordados desde hacía eones, necesarios para abrir la cerradura? ¿Estaría la cerradura en buen estado y funcionaría? ¿Qué haría yo —qué me atrevería a hacer— con lo que (ahora empezaba a darme cuenta) esperaba y a la vez temía encontrar? ¿Hallaría la prueba de que todo era abrumadora y enloquecedoramente cierto, de que existía algo que rebasaba los límites de la razón, o descubriría que no era más que un sueño?

Cuando me quise dar cuenta había dejado de correr de puntillas y estaba de pie, inmóvil, mirando fijamente una fila de estanterías con los consabidos jeroglíficos exasperantes. Estaban en un estado de conservación casi perfecto, y solamente tres de las puertas en las inmediaciones habían sido abiertas de golpe. La impresión que me produjeron aquellas estanterías es imposible de describir... tan insistente era la sensación de que las conocía de mucho antes. Miré hacia arriba, a una fila próxima al techo y completamente fuera de mi alcance, y pensé cuál sería la mejor manera de subir hasta allí. Una puerta a cuatro baldas del suelo que estaba abierta podría servirme de ayuda, y las cerraduras de las puertas cerradas brindaban posibles apoyos para manos y pies. Sostendría la linterna entre los dientes, como había hecho ya en otros lugares, cuando necesitara ambas manos. Sobre todo no debía hacer ruido. Lo más difícil sería bajar el objeto que quería trasladar, pero probablemente podría engancharlo por el cierre al cuello de mi chaqueta, y echármelo a la espalda como si fuera una mochila. De nuevo me pregunté si la cerradura estaría estropeada. No tenía la menor duda de que podría repetir cada uno de los movimientos necesarios, que me eran tan familiares. Pero esperaba que no chirriara o crujiera, y que mi mano pudiera proceder adecuadamente.

Mientras pensaba en todas esas cosas me había metido la linterna en la boca y había empezado a trepar. Los salientes de las cerraduras me ofrecieron pocos apoyos; pero como había esperado, el estante abierto me sirvió de mucha ayuda. Utilice en mi ascenso tanto la puerta de vaivén como el canto de la rendija, y me las arregle para no hacer ningún ruido fuerte. Manteniéndome en equilibrio sobre el borde superior de la puerta, e inclinándome mucho a la derecha, pude alcanzar la cerradura que buscaba. Mis dedos, medio entumecidos por el ascenso, eran muy torpes al principio; pero pronto me di cuenta de que eran anatómicamente adecuados. Y que recordaban bastante bien. Desde ignotos abismos de tiempo, los complicados y secretos movimientos de algún modo habían llegado correctamente a mi cerebro con todo detalle... pues en menos de cinco minutos sonó un chasquido cuya familiaridad me resultó todavía más impresionante porque no lo había previsto deliberadamente. Un instante después la puerta de metal se abrió de par en par, lentamente, con un ligero ruido chirriante.

Miré deslumbrado la fila grisácea de estuches puestos de canto, y sentí una tremenda oleada de una especie de emoción totalmente inexplicable. Justo al alcance de mi mano derecha había un estuche cuyos jeroglíficos curvos me estremecieron con una angustia infinitamente más compleja que el mero temor. Temblando todavía, conseguí sacarlo entre un aluvión de desconchones arenosos, y atraerlo hacia mí sin hacer mucho ruido. Igual que el otro estuche que había tocado, medía algo más de veinte por quince pulgadas [cincuenta y uno por treinta y ocho centímetros], y estaba cubierto de dibujos matemáticos curvos en bajorrelieve. Su espesor superaba un poco las tres pulgadas [casi ocho centímetros]. Encajándolo burdamente entre mi pecho y la superficie por la que trepaba, forcejeé para abrir el pasador y finalmente solté el gancho. Levante la tapa, me eché el pesado objeto a la espalda y sujeté el gancho al cuello de mi chaqueta. Una vez que tuve las manos libres,

bajé gateando torpemente hasta el polvoriento suelo y me dispuse a examinar mi botín.

Arrodillándome en el polvo arenoso, cambié el estuche de posición y lo coloqué frente a mí. Me temblaban las manos, y temía sacar el libro de dentro casi tanto como deseaba... me sentía impulsado a hacerlo. Paulatinamente había caído en la cuenta de lo que iba a encontrar, y esa percepción casi paralizó mis facultades. Si aquella criatura estaba allí —si yo no estaba soñando—, las implicaciones rebasarían por completo todo lo que el espíritu humano puede soportar. Lo que más me atormentaba era mi momentánea incapacidad para darme cuenta de que todo lo que me rodeaba era un sueño. La sensación de realidad era tremenda... y cuando recuerdo la escena de nuevo me lo parece.

Finalmente, saqué temblando el libro de su envase y miré fascinado los jeroglíficos de la cubierta que tan bien conocía. Parecía estar en excelente estado, y las letras curvilíneas del título me tenían casi tan hipnotizado como si pudiera leerlas. La verdad es que no puedo jurar que no las leí realmente en algún transitorio y terrible acceso de memoria anormal. No sé el tiempo que pasó antes de atreverme a levantar aquella fina cubierta de metal. Trate de ganar tiempo y me di mil pretextos. Me quité la linterna de la boca y la apague para ahorrar batería. Luego, a oscuras, me armé de valor... y finalmente levanté la tapa sin encender la luz. Por último proyecté la luz de la linterna sobre la página expuesta... cobrando ánimo por anticipado para reprimir cualquier exclamación ante lo que pudiera encontrar.

Miré por un momento, luego casi me derrumbé. Apretando los dientes, sin embargo, guardé silencio. Me tumbé completamente en el suelo y me llevé la mano a la frente en medio de la oscuridad circundante. Lo que temía y esperaba estaba allí. O estaba soñando, o el tiempo y el espacio se habían convertido en una farsa. Debía de estar soñando... pero tenía que comprobar aquel horror llevándome ese libro para enseñárselo a mi hijo si, efectivamente, era real. La cabeza me daba vueltas tremendamente, a pesar de

que en la penumbra reinante no había ningún objeto visible que se arremolinara a mi alrededor. Ideas e imágenes del más puro terror —provocadas por las perspectivas que mi vislumbre había revelado — comenzaron a afluir a mi mente nublando mis sentidos.

Me acordé de aquellas presuntas huellas en el polvo y, al hacerlo, temblé al escuchar mi propia respiración. Una vez más encendí la luz y miré la página del libro, como la víctima de una serpiente mira los ojos y los colmillos de su destructor. Luego, en plena oscuridad, cerré el libro con manos torpes, lo metí en su estuche y cerré de golpe la tapa con el curioso pasador en forma de gancho. Tenía que llevármelo al mundo exterior, si es que de verdad existía... si el abismo entero existía realmente... si yo, y el mismo mundo, verdaderamente existíamos.

No puedo estar seguro de cuándo me puse en pie tambaleándome y comencé mi regreso. Es extraño —e indicativo de la sensación que tenía de estar alejado del mundo normal— que no mirase el reloj ni una sola vez durante aquellas horas espantosas que pasé en el subterráneo. Linterna en mano, y con el ominoso estuche bajo el brazo, Finalmente me vi andando de puntillas con una especie de pánico mudo por delante de la sima que despedía una corriente de aire y de aquellas vagas trazas de huellas. Disminuí mis precauciones a medida que subía por las interminables rampas, pero no podía librarme de una pizca de recelo que no había sentido durante la bajada.

Me horrorizaba tener que volver a pasar por aquella cripta de basalto negro, que era más antigua que la propia ciudad, donde brotaban frías corrientes de las profundidades desguarnecidas. Pensé en lo que le causaba temor a la Gran Raza, y en lo que todavía podía estar al acecho —aunque débil y agonizante— allá abajo. Pensé en aquellas posibles cinco huellas circulares, y en lo que mis sueños me habían revelado acerca de ellas... y en los extraños vientos y sonidos sibilantes con ellas asociados. Y recordé los relatos de los nativos, en los que se insistía en el horror de los grandes vientos y de las indescritibles ruinas subterráneas.

Un signo grabado en el muro me indicó el piso apropiado para entrar y finalmente llegué —después de pasar junto al otro libro que ya había examinado— al gran espacio circular donde se abrían varias arcadas. Inmediatamente reconocí, a mi derecha, el arco por donde había llegado. Me interné por él, sabiendo que el resto de mi trayecto sería más difícil debido al estado ruinoso de la mampostería fuera del edificio de los archivos. Mi carga metálica me pesaba, y cada vez me resultaba más difícil no hacer ruido mientras caminaba a tropezones entre escombros y toda clase de fragmentos.

Acto seguido llegué al montón de escombros que llegaba hasta el techo a través del cual había abierto un estrecho paso. Al deslizarme de nuevo por él, sentí muchísimo miedo; pues la primera vez había hecho algo de ruido, y en aquel momento —después de ver aquellas posibles huellas— temía ante todo meter ruido. Además, el estuche duplicaba el problema de atravesar la estrecha grieta. Pero subí a gatas aquella barrera lo mejor que pude, y empujé el estuche por la abertura que tenía ante mí. Luego, con la linterna en la boca, me abrí paso con dificultad desgarrándome la espalda con las estalactitas, como me había ocurrido antes. Al intentar sujetar el estuche de nuevo, se me cayó por la pendiente de los escombros un poco más allá de donde me encontraba, produciendo un inquietante estrépito que resonó por todo el recinto y me provocó un sudor frío. Me lancé inmediatamente tras él y lo recuperé sin hacer más ruido... pero unos momentos después los resbaladizos bloques bajo mis pies provocaron un súbito e inaudito estruendo.

Aquel estruendo fue mi perdición. Pues, equivocadamente o no, me pareció oír una terrible respuesta muy detrás de mí. Creí oír un sonido estridente, sibilante, distinto de cualquier otro de este mundo, para el que no hay palabras adecuadas con que describirlo. Es posible que no fuera más que imaginación mía. Si es así, lo que ocurrió a continuación fue como una siniestra ironía, ya que, si no fuese por el pánico que me produjo, el segundo hecho podría no haber sucedido nunca.

Sea como fuere, enloquecí por completo. Cogiendo con una mano la linterna y agarrando sin fuerzas el estuche con la otra, salté y me lancé frenéticamente hacia adelante, sin otra idea en la cabeza más que un loco deseo de salir corriendo de aquellas ruinas de pesadilla, al mundo vigil del desierto iluminado por la luna que se hallaba tan lejos por encima de mí. Apenas si lo reconocí cuando llegué al montón de escombros que se elevaba en la inmensa oscuridad más allá del techo derrumbado, y me magullé y me lastimé repetidas veces al trepar por la empinada pendiente de bloques y fragmentos recortados. Entonces sucedió el gran desastre. Justo cuando cruzaba a ciegas la cumbre del montículo, me cogió desprevenido la inesperada pendiente y mis pies resbalaron, y me encontré envuelto en un alud de piedras y cascotes que se deslizaban, cuyo estrepitoso fragor retumbó por toda la negra caverna en una serie de ecos que hicieron temblar la tierra.

No recuerdo cómo salí de aquel caos, pero en un momento pasajero de lucidez me vi precipitándome, tropezando y gateando por el corredor en medio de aquel estruendo... llevando todavía conmigo el estuche y la linterna. Luego, justo en el momento de acercarme a aquella prístina cripta de basalto que tanto temía, la locura completa se apoderó de mí. Pues, cuando se apagaban los ecos del alud, volvió a oírse aquel silbido espantoso, extraño, que creí haber oído antes. Esta vez no cabía la menor duda... y, lo que era peor, procedía de un punto que no se hallaba detrás, sino *delante de mí*.

Seguramente proferí un alarido. Tengo un vago recuerdo de que atravesé a toda velocidad aquella infernal bóveda de basalto de los Seres Mayores, y que oí aquel detestable sonido extraño que brotaba de la desguarnecida puerta abierta de aquellas ilimitadas tinieblas inferiores. Hacía viento también... no una mera corriente de aire frío y húmedo, sino una ráfaga violenta, deliberada, que vomitaba ferozmente aquel abominable abismo de donde procedía el siniestro silbido.

Recuerdo vagamente haber saltado y dado bandazos por encima de toda clase de obstáculos, perseguido por aquel viento torrencial y aquel estridente silbido que crecía por momentos y parecía encrespase y arrollarse deliberadamente a mi alrededor como si arremetiese cruelmente contra mí por detrás y por debajo. Aunque soplaba a mis espaldas, daba la extraña impresión de que aquel viento me ponía trabas en lugar de ayudarme a avanzar; como si me hubieran echado un nudo corredizo o lazo. Sin preocuparme ya del ruido que hacía, salté estrepitosamente una gran barrera de bloques y me encontré de nuevo en el edificio que conducía a la superficie. Recuerdo que vislumbré la arcada de entrada a la sala de máquinas, y a punto estuve de gritar al ver la rampa que descendía a donde una de aquellas trampillas impías debía de abrirse dos pisos más abajo. Pero en vez de gritar comencé a decirme entre dientes, una y otra vez, que todo era un sueño del que pronto despertaría. Quizás me encontraba en el campamento... quizás estaba en mi casa de Arkham. Esa posibilidad reafirmó mi cordura, y empecé a subir por la rampa que conducía al piso superior.

Sabía, desde luego, que tenía que volver a atravesar la grieta de cuatro pies [poco más de un metro y veinte centímetros] de anchura; sin embargo me atormentaban demasiado otros temores para darme perfecta cuenta de aquel horror hasta que llegué ante él. En mi descenso, el salto me había resultado fácil... pero ¿podría salvar aquella brecha tan fácilmente yendo cuesta arriba, entorpecido por el miedo, el agotamiento, el peso del estuche metálico, y el anómalo tirón hacia atrás de aquel demonio de viento? Pensé en todo eso en el último momento, y también pensé en aquellos seres indescritibles que podían estar al acecho en los negros abismos del fondo de aquella sima.

La vacilante luz de mi linterna era cada vez más tenue, pero gracias a un vago recuerdo supe que había llegado al borde de la grieta. Las gélidas ráfagas de viento y los repugnantes silbidos que sonaban a mis espaldas fueron por el momento como un narcótico compasivo que embotó mi imaginación ante el horror de aquel

abismo que se abría ante mí. Y entonces llegué a tener conciencia de nuevas ráfagas y del silbido *delante de mí...* oleadas de abominación que, a través de la misma grieta, ascendían vertiginosamente desde profundidades inimaginables.

Entonces fue cuando la pura esencia de la pesadilla realmente se apoderó de mí. Perdí el juicio... e ignorando todo excepto el impulso animal de huir, simplemente hice un esfuerzo y me lancé a trepar por los escombros de la pendiente, como si no hubiera existido ningún abismo. Entonces vi el borde de la sima, salté frenéticamente, con todas las fuerzas que todavía poseía, e inmediatamente me rodeó un torbellino diabólico de ruidos repulsivos y de completa oscuridad materialmente tangible.

Que yo recuerde, ese es el final de mi aventura. Todas mis impresiones ulteriores caen de lleno en los dominios del delirio y la fantasmagoría. Los sueños, la locura y los recuerdos se fundieron desenfadadamente en una serie de alucinaciones fantásticas y fragmentarias que no pueden tener ninguna relación con nada real. Hubo una horrible caída a través de incalculables leguas de tinieblas viscosas y sensibles, y un babel de ruidos completamente ajenos a cuanto conocemos de la Tierra y de su vida orgánica. Latentes, rudimentarios sentidos parecieron cobrar vitalidad dentro de mí, revelando fosas y vacíos poblados de horrores flotantes que conducían a precipicios y océanos sin sol y a abundantes ciudades de torres basálticas sin ventanas en las que nunca brilló luz alguna.

Los misterios de nuestro primitivo planeta y de su pasado inmemorial cruzaron por mi mente sin ayuda de la vista ni del oído, y comprendí cosas que ni siquiera el más descabellado de mis sueños anteriores había llegado a sugerir. Y durante todo ese tiempo los dedos blancos y fríos de un vapor húmedo se aferraban a mí y aquellos espeluznantes y detestables silbidos seguían sonando terriblemente por encima de todas las alternancias de babel y silencio en la vorágine de tinieblas que me rodeaba.

Después tuve visiones de la ciudad ciclópea de mis sueños... no en ruinas, sino tal como la había soñado. Me encontraba de nuevo

en mi cuerpo cónico, no humano, mezclado con multitudes de la Gran Raza y de mentes cautivas que llevaban libros de arriba abajo por los altos corredores y las enormes rampas. Acto seguido, superponiéndose a esas imágenes, tuve espantosos destellos fugaces de percepciones no visuales, que involucraban esfuerzos desesperados y contorsiones para librarme de los aferradores tentáculos del viento zumbante, un insensato vuelo como de murciélago a través de una atmósfera densa, un forcejeo febril por abrirme paso a través de la oscuridad azotada por el ciclón, y un frenético tropezar y trepar por encima de la mampostería caída.

En una ocasión tuve un curioso e indiscreto destello de una visión a medias: un tenue y difuso atisbo de un resplandor azulado a lo lejos por encima de mí. Luego soñé que, perseguido por el viento, trepaba y me arrastraba... me introducía con dificultad en un espacio bañado por el resplandor sardónico de la luna, a través de un revoltijo de escombros que se deslizaban y se derrumbaban detrás de mí en medio de un mórbido huracán. Fue el nocivo y monótono azote de aquella exasperante luz lunar lo que me anunció que, al fin, había regresado a lo que una vez había conocido como el mundo objetivo y vigil.

Me hallaba boca abajo, arañando las arenas del desierto australiano, y alrededor de mí aullaba un viento huracanado, como nunca había conocido en la superficie de nuestro planeta. Mi ropa estaba hecha jirones, y todo mi cuerpo estaba cubierto de magulladuras y arañazos. Recobré el conocimiento muy despacio, y en ningún momento pude saber cuándo se acabaron mis verdaderos recuerdos y empezó mi sueño delirante. Todo parecía haber sido un montículo de bloques titánicos, un abismo debajo de ellos, una monstruosa revelación del pasado, y al final una horrorosa pesadilla... pero ¿cuánto había de cierto en todo aquello? Mi linterna había desaparecido, e igualmente el estuche metálico que pude haber descubierto. Pero ¿había existido en realidad tal estuche... o los abismos... o aquel montículo? Levanté la cabeza,

miré hacia atrás, y sólo vi las estériles y ondulantes arenas del desierto.

El viento demoníaco había amainado, y la hinchada y fungosa luna descendía por el oeste tiñéndolo de rojo. Me puse de pie con dificultad y empecé a andar, tambaleante, en dirección al campamento. ¿Qué me había ocurrido en realidad? ¿Me había derrumbado en el desierto simplemente y había arrastrado mi cuerpo atormentado por los sueños durante millas de arena y bloques enterrados? De no ser así, ¿cómo podría soportar seguir viviendo? Pues, ante aquella nueva incertidumbre, toda mi confianza en que mis visiones no eran reales sino que se basaban en mitos se disipó una vez más y surgieron de nuevo las horribles dudas de antes. Si aquel abismo era real, entonces la Gran Raza también lo era... y sus impíos logros y secuestros en el vórtice cósmico del tiempo no eran mitos ni pesadillas, sino una terrible y pasmosa realidad.

¿Había vuelto atrás, en horrorosa realidad, al mundo prehumano de hace ciento cincuenta millones de años en aquellos misteriosos y desconcertantes días de amnesia? ¿Había sido mi cuerpo actual vehículo de una conciencia espantosamente ajena, surgida de los abismos paleógenos del tiempo? ¿Había conocido, en efecto, como mente cautiva de aquellos seres que arrastraban los pies, aquella maldita ciudad de piedra en su apogeo primordial, y había descendido sinuosamente por aquellos corredores, en la repugnante forma de mi propio captor? ¿Eran aquellos sueños que me habían atormentado durante más de veinticinco años el resultado de recuerdos completamente monstruosos? ¿Había conversado verdaderamente con mentes procedentes de los rincones más inalcanzables del tiempo y del espacio? ¿Llegué a conocer los secretos pasados y futuros del universo, y a redactar los anales de mi propio mundo con destino a los estuches metálicos de aquellos archivos titánicos? ¿Constituían en verdad aquellas otras criaturas—aquellos espantosos Seres Mayores que controlaban los vientos fortísimos y emitían demoníacos sonidos sibilantes— una amenaza

constante y oculta, que aguardaba y se debilitaba poco a poco en los negros abismos mientras las distintas formas de vida proseguían su evolución multimilenaria en la superficie del planeta castigada por el paso del tiempo?

No lo sé. Si aquel abismo y lo que contenía era real, no hay esperanza. Entonces, verdaderamente, se cierne sobre este mundo humano una irrisoria e increíble sombra, procedente de otro tiempo. Pero afortunadamente no hay ninguna prueba de que todo eso no haya sido más que una serie de nuevos episodios de mis sueños basados en mitos legendarios. El hecho de que no me trajera el estuche metálico sería prueba de ello, y hasta ahora no se han encontrado esos corredores subterráneos. Si las leyes del universo son favorables nadie los encontrará jamás. Pero yo debo contarle a mi hijo lo que vi, o creí ver, y dejarle que, como psicólogo que es, juzgue la realidad de mi experiencia, y comunique a otros este informe.

Ya he dicho que la atroz veracidad de mis atormentados años de sueños depende totalmente de la realidad de lo que creí ver en aquellas ciclópeas ruinas enterradas. Me ha costado realmente poner por escrito esta revelación crucial, como cualquier lector puede suponer. Por supuesto me refiero a aquel libro guardado en un estuche metálico... el estuche que yo saqué de su cubil olvidado en medio del polvo inalterado de un millón de siglos. Ningún ojo ha visto^[737], ninguna mano ha tocado ese libro, desde el advenimiento del hombre a este planeta. Y sin embargo, cuando enfoqué la linterna sobre él en aquel espantoso abismo megalítico, vi que las letras de extraños colores que cubrían las quebradizas páginas de celulosa amarilleadas por el paso de los eones, no eran realmente jeroglíficos desconocidos de los albores de la Tierra. Eran, al contrario, letras de nuestro alfabeto corriente, que formaban palabras en lengua inglesa, escritas por mi propia mano.

EL ASIDUO DE LAS TINIEBLAS^[738]

(Dedicado a Robert Bloch^[739])

Yo he visto abrirse el tenebroso universo
donde giran sin rumbo los negros planetas,
donde giran en su horror ignorado
sin orden, sin brillo, sin nombre.

Némesis^[740]

Los investigadores precavidos dudarán antes de poner en tela de juicio la extendida opinión de que a Robert Blake le mató un rayo, o un shock nervioso producido por una descarga eléctrica. Es cierto que la ventana ante la cual se encontraba permanecía intacta, pero la naturaleza se ha manifestado a menudo capaz de hazañas aún más caprichosas. Es muy posible que la expresión de su rostro fuera ocasionada por contracciones musculares sin relación alguna con lo que tuviera ante sus ojos; en cuanto a las anotaciones de su diario, no cabe duda de que son producto de una imaginación fantástica, excitada por ciertas supersticiones locales y ciertos descubrimientos llevados a cabo por él. En lo que respecta a las extrañas circunstancias que concurrían en la abandonada iglesia de Federal Hill^[741], el investigador sagaz no tardará en atribuir las al charlatanismo consciente o inconsciente de Blake, quien estuvo relacionado secretamente con determinados círculos esotéricos.

Porque, después de todo, la víctima era un escritor y pintor consagrado por entero al campo de la mitología, de los sueños, del terror y de la superstición, ávido en buscar escenarios y efectos extraños y espectrales. Su primera estancia en Providence —con

objeto de visitar a un viejo extravagante, tan profundamente entregado a las ciencias ocultas como él— había acabado en muerte y llamas. Sin duda fue algún instinto morboso lo que le indujo a abandonar nuevamente su casa de Milwaukee para venir a Providence, o tal vez conocía de antemano las viejas leyendas, a pesar de negarlo en su diario, en cuyo caso su muerte malogró probablemente una formidable superchería destinada a preparar un éxito literario.

No obstante, entre los que han examinado y contrastado todas las circunstancias del asunto, hay quienes se adhieren a teorías menos racionales y comunes. Estos se inclinan a dar crédito a lo constatado en el diario de Blake y señalan la importancia significativa de hechos, tales como la indudable autenticidad del documento hallado en la vieja iglesia, la existencia real de una secta heterodoxa llamada Sabiduría de las Estrellas, antes de 1877, la desaparición en 1893 de cierto periodista demasiado curioso llamado Edwin M. Lillibridge y —sobre todo— el miedo monstruoso y transfigurador que reflejaba el rostro del joven escritor en el momento de morir. Fue uno de estos el que, movido por un extremado fanatismo, arrojó a la bahía la piedra de ángulos extraños, en su estuche metálico de singulares adornos, hallada en el chapitel de la iglesia, en el negro chapitel sin ventanas ni aberturas^[742], y no en la torre, como afirma el diario. Aunque criticado oficial y públicamente, este individuo —hombre intachable, con cierta afición a las tradiciones raras— dijo que acababa de liberar al mundo de algo demasiado peligroso para dejarlo al alcance de cualquiera.

El lector puede escoger por sí mismo entre estas dos opiniones diversas. Los periódicos han expuesto los detalles más palpables desde el punto de vista escéptico, dejando que otros reconstruyan la escena tal como Robert Blake la vio, o creyó verla, o pretendió haberla visto. Ahora, después de estudiar su diario detenidamente, sin apasionamientos ni prisa alguna, nos hallamos en condiciones

de resumir la oscura cadena de hechos desde el punto de vista de su protagonista.

El joven Blake volvió a Providence en el invierno de 1934-35, y alquiló el piso de una venerable residencia situada frente a una plaza cubierta de césped, cerca de College Street, en lo alto de la gran colina —College Hill— mediata al campus de la Universidad Brown, a espaldas de la biblioteca John Hay^[743]. Era un sitio cómodo y fascinante, con un jardín remansado, lleno de gatos lustrosos que tomaban el sol pacíficamente. El edificio era de estilo georgiano: tenía mirador, portal clásico con escalinatas laterales, vidrieras con trazado de rombos, y todas las demás características de principios del siglo XIX^[744]. En el interior había puertas de seis cuerpos, grandes entarimados, una escalera colonial de amplia curva, blancas chimeneas del periodo Adam^[745], y una serie de habitaciones traseras situadas unos tres peldaños por debajo del resto del edificio.

El estudio de Blake era una pieza espaciosa que daba por un lado a la pared delantera del jardín; por el otro, sus ventanas —ante una de las cuales había instalado su escritorio— miraban a occidente, hacia la cresta de la colina. Desde allí se dominaba una vista espléndida de tejados pintorescos y místicos crepúsculos. En el lejano horizonte se extendían las violáceas laderas campestres. Contra ellas, a unos tres kilómetros, se recortaba la joroba espectral de Federal Hill, erizada de tejados y campanarios que se arracimaban en lejanos perfiles y adoptaban siluetas fantásticas cuando los envolvía el humo de la ciudad. Blake tenía la curiosa sensación de asomarse a un mundo desconocido y etéreo, capaz de desvanecerse como un sueño si intentara ir en su busca para penetrar en él.

Después de haber traído de su casa la mayor parte de sus libros, Blake compró algunos muebles antiguos, en consonancia con su vivienda, y la arregló para dedicarse a escribir y pintar. Vivía solo y se hacía él mismo las sencillas faenas domésticas. Instaló su estudio en una habitación del ático orientada al norte, y muy bien

iluminada por un amplio mirador. Durante el primer invierno que pasó allí, escribió cinco de sus relatos más conocidos —“The Burrowers Beneath” (Los socavadores), “The Stairs in the Crypt” (La escalera de la cripta), “Shaggai”, “In the Vale of Pnath” (En el valle de Pnath) y “The Feaster from the Stars” (El devorador de las estrellas)^[746]—, y pintó siete telas sobre los temas de monstruos infrahumanos y paisajes extraterrestres profundamente extraños.

Cuando llegaba el atardecer, se sentaba a su mesa y contemplaba soñadoramente el panorama de poniente: las torres sombrías de Memorial Hall^[747], que se alzaban al pie de la colina donde vivía, el torreón del Palacio de Justicia^[748], las elevadas agujas del barrio céntrico de la población y, sobre todo, la distante silueta de Federal Hill, cuyas cúpulas resplandecientes, puntiagudas buhardillas y calles ignoradas excitaban tanto su fantasía. Por las pocas personas que conocía en la localidad se enteró de que en dicha colina había un barrio italiano, aunque la mayoría de los edificios databan de los viejos tiempos de los yanquis y los irlandeses. De cuando en cuando paseaba sus prismáticos por aquel mundo espectral, inalcanzable tras la neblina vaporosa; a veces los detenía en un tejado, o en una chimenea, o en un campanario, y divagaba sobre los extraños misterios que podía albergar. A pesar de los prismáticos, Federal Hill le seguía pareciendo un mundo extraño y fabuloso que encajaba asombrosamente con lo que él describía en sus cuentos y pintaba en sus cuadros. Esta sensación persistía mucho después de que el cerro se hubiera difuminado en un atardecer azul salpicado de lucecitas y se encendieran los proyectores del Palacio de justicia y el faro rojo del Trust Industrial^[749], dándole efectos grotescos a la noche.

De todos los lejanos edificios de Federal Hill, el que más fascinaba a Blake era una iglesia sombría y enorme que se distinguía con especial claridad a determinadas horas del día. Al atardecer, la gran torre rematada en un afilado chapitel se recortaba tremenda contra un cielo incendiado. La iglesia estaba construida

sin duda sobre alguna elevación del terreno, ya que su fachada sucia y la vertiente del tejado, así como sus grandes ventanales ojivales, descollaban por encima de la maraña de tejados y chimeneas que la rodeaban. Era un edificio melancólico y severo, construido con sillares de piedra, muy maltratados, al parecer, por el humo y las inclemencias del tiempo. Su estilo, según se podía apreciar con los prismáticos, correspondía a los primeros intentos de reinstauración del gótico, y debía de datar, por tanto, de 1810 o 1815.

A medida que pasaban los meses, Blake contemplaba aquel edificio lejano y prohibido con creciente interés. Nunca veía iluminados los inmensos ventanales, por lo que dedujo que el edificio debía de estar abandonado. Cuanto más lo contemplaba, más vueltas le daba a la imaginación y más cosas raras se figuraba. Llegó a parecerle que se cernía sobre él un aura de desolación y que incluso las palomas y las golondrinas evitaban sus aleros. Con los prismáticos distinguía grandes bandadas de pájaros en torno a las demás torres y campanarios, pero allí no se detenían jamás. Al menos, así lo creyó él y así lo consignó en su diario. Más de una vez preguntó a sus amigos, pero ninguno había estado nunca en Federal Hill, ni tenía la más remota idea de lo que esa iglesia pudiera ser.

En primavera, Blake se sintió dominado por un vivo desasosiego. Había comenzado una novela larga basada en la supuesta supervivencia de unos cultos paganos en Maine, pero, incomprensiblemente, se había atascado y su trabajo no progresaba. Cada vez pasaba más tiempo sentado ante la ventana de poniente, contemplando el cerro distante y el negro campanario que los pájaros evitaban. Cuando las delicadas hojas vistieron los ramajes del jardín, el mundo se colmó de una belleza nueva, pero las inquietudes de Blake aumentaron más aún. Entonces se le ocurrió por primera vez atravesar la ciudad y subir por aquella ladera fabulosa que conducía al brumoso mundo de ensueños.

A últimos de abril, poco antes de la fecha sombría de Walpurgis, Blake hizo su primera incursión al reino desconocido. Después de recorrer un sinfín de calles y avenidas de la parte baja, y de plazas ruinosas y desiertas que bordeaban el pie del cerro, llegó por último a una calle en cuesta, flanqueada por gastadas escalinatas, de torcidos porches dóricos y cúpulas de cristales empañados. Aquella calle parecía conducir hasta un mundo inalcanzable más allá de la neblina. Los deteriorados letreros con los nombres de las calles no le decían nada. Luego reparó en los rostros atezados y extraños de los transeúntes, en los anuncios en idiomas extranjeros que campeaban en las tiendas abiertas al pie de añosos edificios. En parte alguna pudo encontrar los rincones y detalles que había visto con los prismáticos, de modo que una vez más imaginó que la Federal Hill que él contemplaba desde sus ventanas era un mundo de ensueño que nunca será hollado por seres humanos de esta vida^[750].

De cuando en cuando, descubría la fachada derruida de alguna iglesia o algún desmoronado chapitel, pero nunca la ennegrecida mole que buscaba. Al preguntarle a un tendero por la gran iglesia de piedra, el hombre sonrió y negó con la cabeza, a pesar de que hablaba correctamente el inglés. A medida que Blake se internaba en el laberinto de callejones sombríos y amenazadores, el paraje resultaba más y más extraño. Cruzó dos o tres avenidas, y una de las veces le pareció vislumbrar una torre conocida. De nuevo preguntó a un comerciante por la iglesia de piedra, y esta vez habría jurado que fingía ignorancia, porque su rostro moreno reflejó un temor que trató de ocultar en vano. Al despedirse, Blake le sorprendió haciendo un signo extraño con la mano derecha^[751].

Poco después, vio súbitamente, a su izquierda, una aguja negra que destacaba sobre el cielo nuboso, por encima de las filas de tejados marrones que se alineaban hacia el sur en el laberinto de callejones^[752]. Blake lo reconoció inmediatamente y se adentró por sórdidas callejuelas que subían desde la avenida. Dos veces se perdió, pero, por alguna razón, no se atrevió a preguntar a los

venerables ancianos y obesas matronas que charlaban sentados en los soportales de sus casas, ni a los chiquillos que alborotaban jugando en el barro de los oscuros callejones.

Por último, descubrió la torre junto a una inmensa mole de piedra que se alzaba al final de la calle. Él se encontraba en ese momento en una plaza empedrada de forma singular, en cuyo extremo se alzaba una enorme plataforma rematada por un muro de piedra y rodeada por una valla de hierro. Allí finalizó su búsqueda, porque en el centro de la plataforma, en aquel pequeño mundo elevado sobre el nivel de las calles adyacentes, se erguía, rodeada de maleza, una masa titánica y lúgubre sobre cuya identidad, aun viéndola de cerca, no podía equivocarse.

La iglesia se encontraba en avanzado estado de ruina. Algunos de sus contrafuertes se habían derrumbado y varios de sus delicados pináculos se veían esparcidos por entre la hierba. Las ennegrecidas ventanas ojivales estaban intactas en su mayoría, aunque en muchas faltaba el ajimez de piedra. Lo que más le sorprendió fue que las vidrieras no estuviesen rotas, habida cuenta de las destructoras costumbres de la chiquillería. Las sólidas puertas permanecían firmemente cerradas. La verja que rodeaba la plataforma tenía una cancela —cerrada con candado— a la que se llegaba desde la plaza por un tramo de escalera, y desde ella hasta el pórtico se extendía un sendero enteramente cubierto de maleza. La desolación y la ruina envolvían el lugar como una mortaja; y en los aleros sin pájaros y en los muros desnudos de hiedra, veía Blake un toque siniestro imposible de definir.

Había muy poca gente en la plaza. Blake vio en un extremo a un guardia municipal, y se dirigió a él con el fin de hacerle unas preguntas sobre la iglesia. Para asombro suyo, aquel irlandés fuerte y sano se limitó a santiguarse y a murmurar entre dientes que la gente no mentaba jamás aquel edificio. Al insistirle, contestó atropelladamente que los sacerdotes italianos prevenían a todo el mundo contra dicho templo, y afirmaban que una maldad monstruosa había habitado allí en tiempos y había dejado su huella

indeleble. Él mismo había oído algunas oscuras insinuaciones por boca de su padre, quien recordaba ciertos rumores que circularon en la época de su niñez.

Se había albergado allí, en aquellos tiempos, una secta que invocaba a seres que procedían de los abismos ignorados de la noche. Fue necesaria la valentía de un buen sacerdote para exorcizar la iglesia, pero hubo quienes afirmaron después que para ello habría bastado simplemente la luz. Si el padre O'Malley viviera, podría aclararnos muchos misterios de este templo. Pero, ahora, lo mejor era dejarlo en paz. A nadie hacía daño ahora, y sus antiguos moradores habían muerto o desaparecido. Huyeron como ratas, a la desbandada, en el año 1877, cuando las autoridades empezaron a inquietarse por la forma en que desaparecían los vecinos y hablaron de intervenir. Algún día, a falta de herederos, el Municipio tomaría posesión del viejo templo, pero más valdría dejarlo en paz y esperar a que se viniera abajo por sí solo, no fuera que despertase ciertas cosas que debían descansar eternamente en los negros abismos de la noche.

Después de marcharse el guardia, Blake permaneció allí, contemplando la tétrica aguja del campanario. El hecho de que el edificio resultara tan siniestro para los demás como para él, le llenó de una extraña excitación. ¿Qué habría de verdad en las viejas patrañas que acababa de contarle el policía? Seguramente no eran más que fábulas suscitadas por el lúgubre aspecto del templo. Pero aun así, era como si cobrase vida uno de sus propios relatos.

El sol de la tarde salió sin fuerza de entre las nubes para iluminar los sucios, los tiznados muros de la vieja iglesia. Era extraño que el verde jugoso de la primavera no se hubiese extendido por su patio, que aún conservaba una vegetación seca y agostada. Blake se dio cuenta de que había ido acercándose y de que observaba el muro y su verja herrumbrosa con idea de entrar. En efecto, de aquel edificio parecía desprenderse un influjo terrible al que no había forma de resistirse. La cancela estaba cerrada, pero en la parte norte de la verja faltaban algunos barrotes. Subió los escalones y avanzó por el

estrecho reborde exterior hasta llegar al boquete. Si era verdad que la gente miraba con tanta aversión el lugar, no tropezaría con dificultades.

Recorrió el reborde de piedra. Antes de que nadie hubiera reparado en él, se encontraba ante el boquete. Entonces miró atrás y vio que las pocas personas de la plaza se alejaban recelosas y hacían con la mano el mismo signo que el comerciante de la avenida. Varias ventanas se cerraron de golpe, y una mujer gorda salió disparada a la calle, recogió a unos cuantos niños que había por allí, y los hizo entrar en un portal desconchado y miserable. El boquete era bastante ancho y Blake no tardó en hallarse en medio de la maleza podrida y enmarañada del patio desierto. A juzgar por algunas lápidas que asomaban erosionadas entre la hierba, debió de servir de cementerio en otro tiempo. Vista de cerca, la enhiesta mole de piedra resultaba opresiva. Sin embargo, venció su aprensión y probó a abrir las tres grandes puertas de la fachada. Estaban firmemente cerradas las tres, así que comenzó a dar la vuelta al edificio en busca de alguna abertura más accesible. Ni aun entonces estaba seguro de querer entrar en aquella madriguera de sombras y desolación, aunque se sentía arrastrado como por un hechizo insoslayable.

En la parte posterior encontró un tragaluz abierto y sin rejas que proporcionaba el acceso necesario. Blake se asomó y vio que correspondía a un sótano lleno de telarañas y polvo, apenas iluminado por los rayos del sol poniente. Escombros, barriles viejos, cajones rotos, muebles... de todo había allí; y encima descansaba un sudario de polvo que suavizaba los ángulos de sus siluetas. Los restos enmohecidos de una caldera de calefacción mostraban que el edificio había sido utilizado y mantenido por lo menos hasta finales del siglo pasado.

Obedeciendo a un impulso casi inconsciente, Blake se introdujo por el tragaluz y se dejó caer sobre la capa de polvo y los escombros esparcidos por el suelo. Era un sótano abovedado, inmenso, sin tabiques. A lo lejos, en un rincón, y sumido en una

densa oscuridad, descubrió un arco que evidentemente conducía arriba. Una extraña sensación de ahogo le invadió al saberse dentro de este templo espectral, pero lo desechó y siguió explorando minuciosamente el lugar. Encontró un barril intacto aún, en medio del polvo, y lo rodó hasta colocarlo al pie del tragaluz para cuando tuviera que salir. Luego, haciendo acopio de valor, cruzó el amplio sótano plagado de telarañas y se dirigió al arco del otro extremo. Medio sofocado por el polvo omnipresente y cubierto de suciedad, empezó a subir los gastados peldaños que se perdían en la negrura. No llevaba luz alguna, por lo que avanzaba a tientas, con mucha precaución. Después de un recodo repentino, notó ante sí una puerta cerrada; inmediatamente descubrió un viejo picaporte. Al abrirlo, vio ante sí un corredor iluminado débilmente, revestido de madera corroída por la carcoma.

Una vez en la planta baja, Blake comenzó a inspeccionar rápidamente. Ninguna de las puertas interiores estaba cerrada con llave, de modo que podía pasar libremente de una estancia a otra. La nave central era de enormes proporciones y sobrecogía por las montañas de polvo acumulado sobre los bancos, el púlpito y el órgano, y las inmensas colgaduras de telarañas que se desplegaban entre los apuntados arcos del triforio. Sobre esta muda desolación se derramaba una desagradable luz plomiza que provenía de las vidrieras ennegrecidas del ábside, sobre las cuales incidían los rayos del sol agonizante.

Aquellas vidrieras estaban tan sucias de hollín que a Blake le costó gran esfuerzo descifrar lo que representaban. Y lo poco que distinguió no le gustó en absoluto. Los dibujos eran emblemáticos, y sus conocimientos sobre simbolismos esotéricos le permitieron interpretar ciertos signos que aparecían en ellos. En cambio, había escasez de santos, y los pocos representados mostraban además expresiones abiertamente censurables. Una de las vidrieras representaba únicamente, al parecer, un fondo oscuro sembrado de espirales luminosas. Al alejarse de los ventanales observó que la

cruz que coronaba el altar mayor era nada menos que la antiquísima ankh o *crux ansata*^[753] del antiguo Egipto.

En una sacristía posterior, contigua al ábside, encontró Blake un escritorio deteriorado y unas estanterías repletas de libros mohosos, casi desintegrados. Aquí sufrió por primera vez un sobresalto de verdadero horror, ya que los títulos de aquellos libros eran suficientemente elocuentes para él. Todos ellos trataban de materias atroces y prohibidas, de las que el mundo no había oído hablar jamás, a no ser a través de veladas alusiones. Aquellos volúmenes eran terribles recopilaciones de secretos y fórmulas inmemoriales que el tiempo ha ido sedimentando desde los albores de la humanidad, y aun desde los oscuros días que precedieron a la aparición del hombre. El propio Blake había leído algunos de ellos; una versión latina del execrable *Necronomicon*, el siniestro *Liber Ivonis*, el abominable *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, y el infernal tratado *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn^[754]. Había otros muchos, además; unos los conocía de oídas y otros le eran totalmente desconocidos, como los Manuscritos Pnakóticos, el *Libro de Dzyan*^[755], y un tomo escrito en caracteres completamente incomprensibles, que contenía, sin embargo, ciertos símbolos y diagramas de claro sentido para todo aquel que estuviera versado en las ciencias ocultas. No cabía duda de que los rumores del pueblo no mentían. Este lugar había sido foco de un Mal más antiguo que el hombre y más vasto que el universo conocido.

Sobre la desvencijada mesa de escritorio había un cuaderno de piel lleno de anotaciones tomadas a mano en un curioso lenguaje cifrado. Este lenguaje estaba compuesto de símbolos tradicionales empleados hoy corrientemente en astronomía y en alquimia, en astrología y en otras artes equívocas de la antigüedad —símbolos del Sol, de la Luna, de los planetas, aspectos de los astros y signos del Zodíaco—, y aparecían agrupados en frases y apartes como nuestros párrafos, lo que daba la impresión de que cada símbolo correspondía a una letra de nuestro alfabeto.

Con la esperanza de descifrar más adelante el criptograma, Blake se metió el libro en el bolsillo. Muchos de aquellos enormes volúmenes que se hacinaban en los estantes le atraían irresistiblemente. Se sentía tentado de llevárselos. No se explicaba cómo habían estado aquí durante tanto tiempo sin que nadie echara mano de ellos. ¿Acaso era él el primero en superar aquel miedo que había defendido a este lugar abandonado durante más de sesenta años contra toda intrusión?

Una vez explorada toda la planta baja, Blake atravesó de nuevo la nave hasta llegar al vestíbulo donde había visto antes una puerta y una escalera que probablemente conduciría a la torre del campanario, tan familiar para él desde lejos. La subida fue muy trabajosa; la capa de polvo era aquí más espesa, y las arañas habían tejido redes aún más tupidas en este angosto lugar. Se trataba de una escalera de caracol con unos escalones de madera altos y estrechos. De cuando en cuando, Blake pasaba por delante de unas ventanas desde las que se contemplaba un panorama vertiginoso. Aunque hasta el momento no había visto ninguna cuerda, pensó que sin duda habría campanas en lo alto de aquella torre, cuyas puntiagudas ventanas superiores, protegidas por densas celosías, había examinado tan a menudo con sus prismáticos. Pero le esperaba una decepción: la escalera desembocaba en una cámara desprovista de campanas y dedicada, según todas las trazas, a fines totalmente diversos.

La estancia era espaciosa y estaba iluminada por una luz apagada que provenía de cuatro ventanas ojivales, una en cada pared, protegidas por unas celosías muy estropeadas. Después las debieron de reforzar con sólidas pantallas que, sin embargo, presentaban ahora un estado lamentable. En el centro del recinto, cubierta de polvo, se alzaba una columna de metro y medio de altura y como medio de grosor. Este pilar estaba cubierto de extraños jeroglíficos toscamente tallados, y en su cara superior, como en un altar, había una caja metálica de forma asimétrica con la tapa abierta. En su interior, cubierto de polvo, había un objeto ovoide

de unos diez centímetros de largo. Formando un círculo alrededor del pilar central, había siete sitiales góticos de alto respaldo, todavía en buen estado, y tras ellos, siete imágenes colosales de escayola pintada de negro casi enteramente destrozadas. Estas imágenes tenían un singular parecido con los enigmáticos megalitos esculpidos de la misteriosa isla de Pascua^[756]. En un rincón de la cámara había una escala de hierro adosada al muro, que subía hasta el techo, donde se veía una trampa cerrada que daba acceso al chapitel desprovisto de ventanas.

Una vez acostumbrado a la escasa luz del interior, Blake se dio cuenta de que aquella caja de metal amarillento estaba cubierta de extraños bajorrelieves. Se acercó, le quitó el polvo con las manos y el pañuelo, y descubrió que las figurillas representaban unas criaturas monstruosas que parecían no tener relación alguna con las formas de vida conocidas en nuestro planeta. El objeto ovoide en su interior resultó ser un poliedro casi negro, surcado de estrías rojas, que presentaba numerosas caras, todas ellas irregulares. Quizá se tratase de un cuerpo de cristalización desconocida o tal vez de algún raro mineral, tallado y pulido artificialmente. No tocaba el fondo de la caja, sino que estaba sostenido por una especie de aro metálico fijo mediante siete soportes horizontales —curiosamente diseñados— a los ángulos interiores del estuche, cerca de la abertura. Esta piedra, una vez limpia, ejerció sobre Blake un hechizo alarmante. No podía apartar los ojos de ella, y al contemplar sus caras resplandecientes, casi parecía translúcida, y que en su interior tomaban cuerpo unos mundos prodigiosos. En su mente flotaron imágenes de paisajes exóticos y grandes torres de piedra, y titánicas montañas sin vestigio de vida alguna, y espacios aún más remotos, donde sólo una agitación entre tinieblas indistintas delataba la presencia de una conciencia y una voluntad.

Al desviar la mirada reparó en un sorprendente montón de polvo que había en un rincón, al pie de la escalera de hierro. No sabía bien por qué le resultaba sorprendente, pero el caso es que sus contornos le sugerían algo que no lograba determinar. Se dirigió a él

apartando a manotadas las telarañas que obstaculizaban su paso y, en efecto, lo que allí había le causó una honda impresión. Una vez más echó mano del pañuelo, y no tardó en poner al descubierto la verdad: Blake abrió la boca sobrecogido por la emoción. Era un esqueleto humano, y debía de estar allí desde hacía muchísimo tiempo. Las ropas estaban deshechas; a juzgar por algunos botones y trozos de tela, se trataba de un traje gris de caballero. También había otros indicios: zapatos, broches de metal, gemelos de camisa, un alfiler de corbata, una insignia de periodista con el nombre del extinguido *Providence Telegram*^[757], y una cartera de piel muy estropeada. Blake examinó la cartera con atención. En ella encontró varios billetes antiguos, un pequeño calendario de anuncio correspondiente al año 1893, algunas tarjetas con el nombre de Edwin E. Lillibridge y una cuartilla llena de anotaciones.

Esta cuartilla era sumamente enigmática. Blake la leyó con atención, acercándose a la ventana para aprovechar los últimos rayos del sol. Decía así:

El Prof. Enoch Bowen regresa de Egipto, mayo 1844. Compra vieja iglesia Federal Hill en julio. Muy conocido por sus trabajos arqueológicos y estudios esotéricos.

El Dr. Drowe, anabaptista, exhorta contra la «Sabiduría de las Estrellas» en el sermón del 29 de diciembre de 1844.

97 fieles a finales de 1845.

1846: 3 desapariciones; primera mención del Trapezoedro Resplandeciente^[758].

7 desapariciones en 1848. Comienzo de rumores sobre sacrificios de sangre.

La investigación de 1853 no conduce a nada; sólo ruidos sospechosos.

El padre O'Malley habla del culto al demonio mediante caja hallada en las ruinas egipcias. Afirma invocan algo que no puede soportar la luz. Rehúye la luz suave y desaparece ante una luz fuerte. En este caso, tiene que ser invocado otra vez. Probablemente lo sabe por la confesión de Francis X. Feeney^[759] en

su lecho de muerte, que ingresó en la «Sabiduría de las Estrellas» en 1849. Esta gente afirma que el Trapezoedro Resplandeciente les muestra el cielo y los demás mundos, y que el Asiduo de las tinieblas les revela ciertos secretos.

Relato de Orrin B. Eddy^[760], 1857: Invocan mirando al cristal y tienen un lenguaje secreto particular.

Reun. de 200 o más en 1863, sin contar a los que han marchado al frente.

Muchachos irlandeses atacan la iglesia en 1869, después de la desaparición de Patrick Regan.

Artículo velado en J. el 14 de marzo de 1872; pero pasa inadvertido.

6 desapariciones en 1876: la junta secreta recurre al alcalde Doyle^[761].

Febrero 1877: se toman medidas, y se cierra la iglesia en abril.

En mayo, una banda de chicos de Federal Hill amenaza al Dr... y demás miembros.

181 personas huyen de la ciudad antes de finalizar el año 1877. No se citan nombres.

Historias sobre fantasmas comienzan alrededor de 1880. Indagar si es verdad que ningún ser humano ha penetrado en la iglesia desde 1877.

Pedir a Lanigan fotografía de iglesia tomada en 1851...

Guardó el papel en la cartera y se la metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego se inclinó a examinar el esqueleto que yacía en el polvo. El significado de aquellas anotaciones estaba claro. No cabía duda de que este hombre había venido al edificio abandonado, cincuenta años atrás, en busca de una noticia sensacional, cosa que nadie se había atrevido a intentar. Quizá no había dado a conocer a nadie sus propósitos. ¡Quién sabe! De todos modos, lo cierto es que no volvió más a su periódico. ¿Se había visto sorprendido por un terror insuperable y repentino que le ocasionó un fallo del corazón? Blake se agachó y observó el peculiar estado de los huesos. Unos estaban esparcidos en

desorden, otros parecían como *desintegrados* en sus extremos y otros habían adquirido el extraño matiz amarillento de hueso calcinado o quemado. Algunos jirones de ropa estaban chamuscados también. El cráneo se encontraba en un estado verdaderamente singular: manchado del mismo color amarillento y con una abertura de bordes carbonizados en su parte superior, como si un ácido poderoso hubiese corroído el espesor del hueso. A Blake no se le ocurrió qué podía haberle pasado al esqueleto aquel durante sus cuarenta años de reposo entre el polvo y el silencio.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se puso a mirar la piedra otra vez, permitiendo que su influjo suscitase imágenes confusas en su mente. Vio cortejos de evanescentes figuras encapuchadas cuyas siluetas no eran humanas, y contempló inmensos desiertos en los que se alineaban filas interminables de monolitos que parecían llegar hasta el cielo. Y vio torres y murallas en las tenebrosas regiones submarinas, y vórtices del espacio en donde flotaban jirones de bruma negra sobre un fondo de púrpura y helada neblina. Y a una distancia incalculable, detrás de todo, percibió un abismo infinito de tinieblas en cuyo seno se adivinaban, por sus etéreas agitaciones, unas presencias inmensas, tal vez consistentes o semisólidas. Una urdimbre de fuerzas oscuras parecía imponer un orden en aquel caos, ofreciendo a un tiempo la clave de todas las paradojas y arcanos de los mundos que conocemos.

Luego, de pronto, su hechizo se resolvió en un acceso de terror pánico. Blake sintió que se ahogaba y se apartó de la piedra, consciente de una presencia extraña y sin forma que le vigilaba intensamente. Se sintió acechado por algo que no fluía de la piedra, pero que le había mirado a través de ella; algo que le seguiría y le espiaría intensamente, pese a carecer de un sentido físico a la vista. Pero pensó que, sencillamente, el lugar le estaba poniendo nervioso, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta su macabro descubrimiento. La luz se estaba yendo además, y puesto que no había traído linterna, decidió marcharse enseguida.

Fue entonces, en la agonía del crepúsculo, cuando creyó distinguir una vaga luminosidad en la desconcertante piedra de extraños ángulos. Intentó apartar la mirada, pero era como si una fuerza oculta le obligara a clavar los ojos en ella. ¿Sería fosforescente o radiactiva? ¿No aludían las anotaciones del periodista a cierto *Trapezoedro Resplandeciente*? ¿Qué cósmica malignidad había tenido lugar en este templo? ¿Y qué podía acechar aún en estas ruinas sombrías que los pájaros evitaban? En ese mismo instante notó que muy cerca de él acababa de desprenderse una ligera tufarada de fétido olor, aunque no logró determinar de dónde procedía. Blake cogió la tapa de la caja y la cerró de golpe sobre la piedra, que en ese momento relucía de manera inequívoca.

A continuación le pareció notar un movimiento blando, como de algo que se agitara en la eterna negrura del chapitel, al que daba acceso la trampa del techo. Ratas, seguramente, porque hasta ahora habían sido las únicas criaturas que se habían atrevido a manifestar su presencia en este edificio condenado. Y no obstante, aquella agitación de arriba le sobrecogió hasta tal extremo que se arrojó precipitadamente escaleras abajo, cruzó la horrible nave, el sótano, la plaza oscura y desierta, y atravesó los inquietantes callejones de Federal Hill hasta desembocar en las tranquilas calles del centro que conducían al barrio universitario donde habitaba.

Durante los días siguientes, Blake no habló a nadie de su expedición y se dedicó a leer detenidamente ciertos libros, a revisar periódicos atrasados en la hemeroteca local y a intentar traducir el criptograma que había encontrado en la sacristía. No tardó en darse cuenta de que la clave no era sencilla ni mucho menos. La lengua que ocultaban aquellos signos no era inglés, latín, griego, francés, español, italiano ni alemán. No tendría más remedio que echar mano de todos sus conocimientos sobre las ciencias ocultas.

Por las tardes, como siempre, sentía la necesidad de sentarse a contemplar el paisaje de poniente y la negra aguja que sobresalía entre las erizadas techumbres de aquel mundo distante y casi

fabuloso. Pero ahora se añadía una nota de horror. Blake sabía ya que allí se ocultaban secretos prohibidos. Además, la vista empezaba a jugarle malas pasadas. Los pájaros de la primavera habían regresado y, al contemplar sus vuelos en el atardecer, le pareció que evitaban más que antes la aguja negra y afilada. Cuando una bandada de aves se acercaba a ella, le parecía que daba la vuelta y cada una de ellas se escabullía despavorida, en completa confusión... y aun adivinaba los chillidos aterrados que no podía percibir en la distancia.

Fue en el mes de julio cuando Blake, según declara él mismo en su diario, logró descifrar el criptograma. El texto estaba en aklo^[762], oscuro lenguaje empleado en ciertos cultos diabólicos de la antigüedad, y que él conocía muy someramente por sus estudios anteriores. Sobre el contenido de ese texto, el propio Blake se muestra muy reservado, aunque es evidente que le debió de causar un horror sin límites. El diario alude a cierto Asiduo de las tinieblas, que despierta cuando alguien contempla fijamente el Trapezoedro Resplandeciente, y aventura una serie de hipótesis descabelladas sobre los negros abismos del caos de donde procede aquel. Cuando se refiere a este ser, presupone que es omnisciente y que exige sacrificios monstruosos. Algunas anotaciones de Blake revelan un miedo atroz a que esa criatura, invocada acaso por haber mirado la piedra sin saberlo, irrumpa en nuestro mundo. Sin embargo, añade que la simple iluminación de las calles constituye una barrera infranqueable para ella.

En cambio se refiere con frecuencia al Trapezoedro Resplandeciente, al que califica de ventana abierta al tiempo y al espacio, y esboza su historia en líneas generales desde los días en que fue tallado en el enigmático Yoggoth, muchísimo antes de que los Primordiales lo trajeran a la Tierra. Al parecer, fue colocado en aquella extraña caja por los seres crinoideos de la Antártida, quienes lo custodiaron celosamente; fue salvado de las ruinas de este imperio por los hombres-serpiente de Valusia^[763], y millones de años más tarde fue descubierto por los primeros seres humanos. A

partir de entonces recorrió tierras exóticas y extraños mares y se hundió con la Atlántida, antes de que un pescador de Minos lo atrapara en su red y lo vendiera a los cobrizos mercaderes del tenebroso país de Khem^[764]. El faraón Nefrén-Ka^[765] edificó un templo con una cripta sin ventanas donde adorar la piedra, y cometió tales horrores que su nombre fue borrado de todas las crónicas y monumentos. Luego la joya descansó entre las ruinas de aquel templo maligno, que fue destruido por los sacerdotes y el nuevo faraón. Más tarde, la azada del excavador la devolvió al mundo para maldición del género humano.

A primeros de julio, los periódicos locales publicaron ciertas noticias que, según escribe Blake, justificaban plenamente sus temores. Sin embargo, aparecieron de una manera tan breve y casual que sólo él debió de captar su significado. En sí, parecían bastante triviales: por Federal Hill se había extendido una nueva ola de temor con motivo de haber penetrado un desconocido en la iglesia maldita. Los italianos afirmaban que en la aguja sin ventanas se oían ruidos extraños, golpes y movimientos sordos, y habían acudido a sus sacerdotes para que ahuyentasen a ese ser monstruoso que convertía sus sueños en pesadillas insoportables. Asimismo hablaban de una puerta, tras la cual había algo que acechaba constantemente en espera de que la oscuridad se hiciese lo bastante densa para permitirle salir al exterior. Los periodistas se limitaban a comentar la tenaz persistencia de las supersticiones locales, pero no pasaban de ahí. Era evidente que los jóvenes periodistas de nuestros días no sentían el menor entusiasmo por los antecedentes históricos del asunto. Al referir todas estas cosas en su diario, Blake expresa un curioso remordimiento y habla del imperioso deber de enterrar el Trapezoedro Resplandeciente y de ahuyentar al ser demoníaco que había sido invocado, permitiendo que la luz del día penetrase en el enhiesto chapitel. Al mismo tiempo, no obstante, pone de relieve la magnitud de su fascinación al confesar que aun en sueños sentía un morboso deseo de visitar

la torre maldita para asomarse nuevamente a los secretos cósmicos de la piedra luminosa.

En la mañana del 17 de julio, el *Journal*^[766] publicó un artículo que causó a Blake una verdadera crisis de horror. Se trataba simplemente de una de las muchas reseñas de los sucesos de Federal Hill. Como todas, estaba escrita en un tono bastante jocoso, aunque a Blake no le hizo ninguna gracia. Por la noche se había desencadenado una tormenta que había dejado a la ciudad sin luz durante más de una hora. En el tiempo que duró la avería, los italianos casi enloquecieron de terror. Los vecinos de la iglesia maldita juraban que la bestia de la aguja se había aprovechado de la ausencia de iluminación en las calles para bajar a la nave de la iglesia, donde se habían oído torpes aleteos, como de un cuerpo inmenso y viscoso. Poco antes de volver la luz, había ascendido de nuevo a la torre, donde se oyeron ruidos de cristales rotos. Podía moverse hasta donde alcanzaban las tinieblas, pero la luz le obligaba invariablemente a retirarse.

Cuando volvieron a iluminarse todas las calles, hubo una espantosa conmoción en la torre, ya que el menor resplandor que se filtrara por las ennegrecidas ventanas y las rotas celosías era excesivo para aquella bestia que había huido a su refugio tenebroso. Efectivamente, una larga exposición a la luz la habría devuelto a los abismos de donde el desconocido visitante la había hecho salir. Durante la hora que duró el apagón las multitudes se apiñaron alrededor de la iglesia a orar bajo la lluvia, con velas y lámparas encendidas que protegían con paraguas y papeles formando una barrera de luz que protegiese a la ciudad de la pesadilla que acechaba en las tinieblas. Los que se encontraban más cerca de la iglesia declararon que hubo un momento en que oyeron crujir la puerta exterior.

Y lo peor no era esto. Aquella noche leyó Blake en el *Bulletin*^[767] lo que los periodistas habían descubierto. Percatados al fin del gran valor periodístico del suceso, dos de ellos habían decidido desafiar a la muchedumbre de italianos enloquecidos y se habían introducido

en el templo por el tragaluz, después de haber intentado inútilmente abrir las puertas. En el polvo del vestíbulo y la nave espectral observaron señales muy extrañas. El suelo estaba cubierto de viejos cojines deshechos y fundas de bancos, todo esparcido en desorden. Reinaba un olor desagradable, y de cuando en cuando encontraron manchas amarillentas parecidas a quemaduras y restos de objetos carbonizados. Abrieron la puerta de la torre y se detuvieron un momento a escuchar, porque les pareció haber oído como si arañasen arriba. Al subir, observaron que la escalera estaba aventada y barrida.

La cámara de la torre estaba igual que la escalera. En su reseña, los periodistas hablaban de la columna heptagonal, los sitiales góticos y las extrañas figuras de yeso. En cambio, cosa extraordinaria, no citaban para nada la caja metálica ni el esqueleto mutilado. Lo que más inquietó a Blake —aparte de las alusiones a las manchas, chamuscaduras y malos olores— fue el detalle final que explicaba la rotura de los cristales. Eran los de las estrechas ventanas ojivales. En dos de ellas habían saltado en pedazos al ser taponadas precipitadamente a base de remeter fundas de bancos y crin de relleno de los cojines en las rendijas de las celosías. Había trozos de raso y montones de crin esparcidos por el suelo barrido, como si alguien hubiera interrumpido súbitamente su tarea de restablecer en la torre la absoluta oscuridad de que gozó en otro tiempo.

Las mismas quemaduras y manchas amarillentas se encontraban en la escala de hierro que subía al chapitel de la torre. Por allí trepó uno de los periodistas y abrió la trampa, deslizándola horizontalmente; pero al alumbrar con su linterna el fétido y negro recinto no apareció más que un montón informe de detritus cerca de la abertura. Todo se reducía, pues, a pura charlatanería. Alguien había gastado una broma a los supersticiosos habitantes del barrio. También pudo ser que algún fanático hubiera intentado tapar todo aquello en beneficio del vecindario, o que algunos estudiantes hubieran montado esta farsa para atraer la atención de los

periodistas. La aventura tuvo un epílogo muy divertido, cuando el comisario de policía quiso enviar a un agente para comprobar las declaraciones de los periódicos. Tres hombres, uno tras otro, encontraron la manera de soslayar la misión que se les quería encomendar; el cuarto fue de muy mala gana, y volvió casi inmediatamente sin cosa alguna que añadir al informe de los periodistas.

A partir de aquí, el diario de Blake revela un creciente temor y aprensión. Continuamente se reprocha a sí mismo su pasividad y se hace mil reflexiones fantásticas sobre las consecuencias que podría acarrear otro corte de luz. Se ha comprobado que en tres ocasiones —durante las tormentas— telefoneó a la compañía eléctrica con los nervios deshechos y suplicó desesperadamente que tomasen todas las medidas posibles para evitar un nuevo corte. De cuando en cuando, sus anotaciones hacen referencia al hecho de no haber hallado los periodistas la caja de metal ni el esqueleto mutilado, cuando registraron la cámara de la torre. Vagamente presentía quién o qué había intervenido en su desaparición. Pero lo que más le horrorizaba era cierta especie de diabólica relación psíquica que parecía haberse establecido entre él y aquel horror que se agitaba en la aguja distante, aquella bestia monstruosa de la noche que su temeridad había hecho surgir de los tenebrosos abismos del caos. Sentía él como una fuerza que absorbía constantemente su voluntad, y los que le visitaron en esa época recuerdan cómo se pasaba el tiempo sentado ante la ventana, contemplando absorto la silueta de la colina que se elevaba a lo lejos, por encima del humo de la ciudad. En su diario refiere continuamente las pesadillas que sufría por esas fechas y señala que el influjo de ese extraño ser de la torre aumentaba notablemente durante el sueño. Cuenta que una noche se despertó en la calle, completamente vestido, y caminando automáticamente hacia Federal Hill. Insiste una y otra vez en que aquella criatura sabía dónde encontrarle.

En la semana que siguió al 30 de julio, Blake sufrió su primera crisis depresiva. Pasó varios días sin salir de casa ni vestirse,

encargando la comida por teléfono. Sus amistades observaron que tenía varias cuerdas junto a la cama, y él explicó que padecía sonambulismo, y que se había visto obligado a atarse los tobillos durante la noche.

En su diario refiere la terrible experiencia que le provocó la crisis. La noche del 30 de julio, después de acostarse, se encontró de pronto caminando por un sitio casi completamente oscuro. Sólo distinguía en las tinieblas unas rayas horizontales y tenues de luz azulada. Notó también una insoportable fetidez y oyó, por encima de él, unos ruidos blandos y furtivos. En cuanto se movía, tropezaba con algo, y cada vez que hacía ruido, le respondía arriba un rebullir confuso, al que se mezclaba como un roce cauteloso de una madera sobre otra.

Llegó un momento en que sus manos tropezaron con una columna de piedra, sobre la que no había nada. Un instante después, se agarraba a los barrotes de una escala de hierro y comenzaba a ascender hacia un punto donde el hedor se hacía aún más intenso. De pronto sintió un soplo de aire caliente y reseco. Ante sus ojos desfilaron imágenes calidoscópicas y fantasmales que se diluían en el cuadro de un vasto abismo de insondable negrura, en donde giraban astros y mundos aún más tenebrosos. Pensó en las antiguas leyendas sobre el Caos Máximo, en cuyo centro habita un dios ciego e idiota —Azathoth, Señor de Todas las Cosas—, circundado por una horda de danzantes amorfos y estúpidos, arrullado por el silbo monótono de una flauta manejada por dedos demoníacos.

Entonces, un vivo estímulo del mundo exterior le despertó del estupor que lo embargaba y le reveló su espantosa situación. Jamás llegó a saber qué había sido. Tal vez el estampido de los fuegos artificiales que durante todo el verano disparaban los vecinos de Federal Hill en honor de los santos patronos de sus pueblos natales de Italia. Sea como fuere, dejó escapar un grito, se soltó de la escala loco de pavor, yendo a parar a una estancia sumida en la más negra oscuridad.

En el acto se dio cuenta de dónde estaba. Se arrojó por la angosta escalera de caracol, chocando y tropezando a cada paso. Fue como una pesadilla: huyó a través de la nave invadida de inmensas telarañas, flanqueada de altísimos arcos que se perdían en las sombras del techo. Atravesó a ciegas el sótano, trepó por el tragaluz, salió al exterior y echó a correr por las calles silenciosas, entre las negras torres y las casas dormidas, hasta el portal de su propio domicilio.

Al recobrar el conocimiento, a la mañana siguiente, se vio caído en el suelo de su cuarto de estudio, completamente vestido. Estaba cubierto de suciedad y telarañas, y le dolía el cuerpo, tremendamente magullado. Al mirarse en el espejo, observó que tenía el pelo chamuscado. Y notó además que su ropa exterior estaba impregnada de un olor desagradable. Entonces le sobrevino un ataque de nervios. Después, vencido por el agotamiento, se encerró en casa, envuelto en una bata, y se limitó a mirar por la ventana. Así pasó varios días, temblando siempre que amenazaba tormenta y haciendo anotaciones en su diario.

La gran tempestad se desencadenó el 18 de agosto, poco antes de la medianoche. Cayeron numerosos rayos en toda la ciudad, dos de ellos excepcionalmente aparatosos. La lluvia era torrencial, y la continua sucesión de truenos impidió dormir a casi todos los habitantes. Blake, completamente loco de terror ante la posibilidad de que hubiera restricciones, trató de telefonar a la compañía a eso de la una, pero la línea estaba cortada temporalmente como medida de seguridad. Todo lo fue anotando en su diario. Su caligrafía grande, nerviosa y a menudo indescifrable, refleja en esos pasajes el frenesí y la desesperación que le iban dominando de manera incontenible.

Tenía que mantener la casa a oscuras para poder ver por la ventana, y parece que debió de pasar la mayor parte del tiempo sentado ante su mesa escudriñando ansiosamente —a través de la lluvia y por encima de los relucientes tejados del centro— la lejana constelación de luces de Federal Hill. De vez en cuando

garabateaba torpemente algunas frases: «No deben apagarse las luces»... «Sabe dónde estoy»... «Debo destruirlo»... «Me está llamando, pero esta vez no me hará daño»... Hay dos páginas de su diario que llenó de frases así.

Por último, a las 2.12 exactamente, según los registros de la compañía de electricidad, las luces se apagaron en toda la ciudad. El diario de Blake no consigna la hora en que esto sucedió. Sólo figura esta anotación; «Las luces se han apagado. Dios tenga piedad de mí». En Federal Hill había también muchas personas tan expectantes y angustiadas como él; en la plaza y en los callejones vecinos al templo maligno, se fueron congregando numerosos grupos de hombres, empapados por la lluvia, portadores de velas encendidas bajo sus paraguas, linternas, lámparas de petróleo, crucifijos y toda clase de amuletos habituales en el sur de Italia. Bendecían cada relámpago, y hacían enigmáticos signos de temor con la mano derecha cada vez que el aparato eléctrico de la tormenta parecía disminuir. Finalmente cesaron los relámpagos y se levantó un fuerte viento que les apagó la mayoría de las velas, de forma que las calles quedaron amenazadoramente a oscuras. Alguien avisó al padre Merluzzo de la iglesia del Spirito Santo^[768], el cual se presentó inmediatamente en la plaza y pronunció las palabras de aliento que le vinieron a la cabeza. Era imposible seguir dudando de que en la torre se oían ruidos extraños.

Sobre lo que aconteció a las 2.35, tenemos numerosos testimonios: el del propio sacerdote, que es joven, inteligente y culto; el del policía de servicio, William J. Monahan, de la Comisaría Central, hombre de toda confianza, que se había detenido durante su ronda para vigilar a la multitud, y el de la mayoría de los setenta y ocho italianos que se habían reunido cerca del muro que ciñe la plataforma donde se levanta la iglesia, muy especialmente el de aquellos que estaban frente a la fachada oriental. Desde luego, lo que sucedió puede explicarse por causas naturales. Nunca se sabe con certeza qué procesos químicos pueden producirse en un edificio enorme, antiguo, mal aireado y abandonado tanto tiempo:

exhalaciones pestilentes, combustiones espontáneas, explosión de los gases desprendidos por la putrefacción..., cualquiera de estas causas puede explicar el hecho. Tampoco cabe excluir un elemento mayor o menor de charlatanismo consciente. En sí, el fenómeno no tuvo nada de extraordinario. Apenas duró más de tres minutos. El padre Merluzzo, siempre minucioso y detallista, consultó su reloj varias veces.

Empezó con un marcado aumento del torpe rebullir que se oía en el interior de la torre. Ya habían notado que de la iglesia emanaba un olor desagradable, pero entonces se hizo más denso y penetrante. Por último, se oyó un estampido de maderas astilladas, y un objeto grande y pesado fue a estrellarse en el patio de la iglesia, al pie de su fachada oriental. No se veía la torre en la oscuridad, pero la gente se dio cuenta de que lo que había caído era la celosía de la ventana.

Inmediatamente después, de las invisibles alturas descendió un hedor tan insoportable que muchas de las personas que rodeaban la iglesia se sintieron mal y algunas estuvieron a punto de marearse. Al mismo tiempo, el aire se estremeció como en un batir de alas inmensas, y se levantó un viento fuerte y repentino con más violencia que antes, arrancando los sombreros y paraguas chorreantes de la multitud. Nada concreto llegó a distinguirse en las tinieblas, aunque algunos creyeron ver desparramada por el cielo una enorme sombra aún más negra que la noche, una nube informe de humo que desapareció hacia el este a una velocidad meteórica.

Eso fue todo. Los espectadores, medio paralizados de horror y malestar, no sabían qué hacer, ni si había que hacer algo en realidad. Ignorantes de lo sucedido, no abandonaron su vigilancia; y un momento después elevaban una jaculatoria en acción de gracias por el fogonazo de un relámpago tardío que, seguido de un estampido ensordecedor, desgarró la bóveda del cielo. Media hora más tarde escampó, y al cabo de quince minutos se encendieron de nuevo las luces de la calle. Los hombres se retiraron a sus casas cansados y sucios, pero considerablemente aliviados.

Los periódicos del día siguiente, al informar sobre la tormenta, concedieron escasa importancia a estos incidentes. Parece ser que el último relámpago y la explosión ensordecedora que le siguió habían sido aún más tremendos por el este que en Federal Hill. El fenómeno se manifestó con mayor intensidad en el barrio, donde también notaron una tufarada de insoportable fetidez. El estallido del trueno despertó al vecindario, lo que dio lugar a que más tarde se expresaran las opiniones más diversas. Las pocas personas que estaban despiertas a esas horas vieron una llamarada irregular en la cumbre de College Hill y notaron la inexplicable manga de viento que casi dejó los árboles despojados de hojas y marchitas las plantas de los jardines. Estas personas opinaban que aquel último rayo imprevisto había caído en algún lugar del barrio, aunque no pudieron hallar después sus efectos. A un joven de la fraternidad^[769] Tau Omega le pareció ver en el aire una masa de humo grotesca y espantosa, justamente cuando estalló el fogonazo; pero su observación no ha sido comprobada. Los escasos testigos coinciden, no obstante, en que la violenta ráfaga de viento procedía del oeste. Por otra parte, todos notaron el insoportable hedor que se extendió justo antes del trueno rezagado. Igualmente estaban de acuerdo sobre cierto olor a quemado que se percibió después en el aire.

Todos estos detalles se tomaron en cuenta por su posible relación con la muerte de Robert Blake. Los estudiantes del club Psi Delta, cuyas ventanas traseras daban enfrente del estudio de Blake^[770], observaron en la mañana del día nueve su rostro asomado a la ventana occidental, intensamente pálido y con una expresión muy rara. Cuando por la tarde volvieron a ver el rostro en la misma posición, empezaron a preocuparse y esperaron a ver si se encendían las luces de su apartamento. Más tarde, como el piso permanecía a oscuras, llamaron al timbre y, finalmente, avisaron a la policía para que forzara la puerta.

El cuerpo estaba sentado muy tieso ante la mesa de su escritorio, junto a la ventana. Cuando vieron sus ojos vidriosos y

desorbitados y la expresión de loco terror del semblante, los policías apartaron la vista horrorizados. Poco después, el médico forense examinó el cadáver, y a pesar de estar intacta la ventana, declaró que había muerto a consecuencia de una descarga eléctrica o por el shock nervioso provocado por dicha descarga. Apenas prestó atención a la horrible expresión; se limitó a decir que sin duda se debía al profundo shock que experimentó una persona tan imaginativa y desequilibrada como era la víctima. Dedujo todo esto de los libros, pinturas y manuscritos que hallaron en el apartamento, y de las anotaciones garabateadas a ciegas en su diario. Blake había seguido escribiendo frenéticamente hasta el final. Su mano derecha aún empuñaba rígidamente el lápiz, cuya punta se había debido de romper en una última contracción espasmódica.

Las anotaciones efectuadas después del apagón apenas resultaban legibles. Ciertos investigadores han sacado, sin embargo, conclusiones que difieren radicalmente del veredicto oficial, pero no es probable que el público dé crédito a tales especulaciones. La hipótesis de estos teóricos no se ha visto favorecida precisamente con la intervención del supersticioso doctor Dexter, que arrojó al canal más profundo de la bahía de Narragansett la extraña caja y la piedra resplandeciente que encontraron en el oscuro recinto del chapitel. La excesiva imaginación y el desequilibrio nervioso de Blake, agravados por su descubrimiento de un culto satánico ya desaparecido, son sin duda las causas del delirio que turbó sus últimos momentos. He aquí sus anotaciones postreras, o al menos, lo que de ellas se ha podido descifrar:

La luz todavía no ha vuelto... deben de haber pasado cinco minutos. Todo depende de los relámpagos. ¡Ojalá Yaddith^[771] haga que continúen! A pesar de ello, noto el influjo maligno... La lluvia y los truenos son ensordecedores... Ya se está apoderando de mi mente.

Trastornos de la memoria. Recuerdo cosas que no he visto nunca: otros mundos, otras galaxias... Oscuridad... Los relámpagos me parecen tinieblas y las tinieblas, luz...

A pesar de la oscuridad total, veo la colina y la iglesia, pero no puede ser verdad. Debe de ser una impresión de la retina, por el deslumbramiento de los relámpagos. ¡Quiera Dios que los italianos salgan con sus cirios, si paran los relámpagos!

¿De qué tengo miedo? ¿No es acaso una encarnación de Nyarlathotep, que en el antiguo y misterioso Khem tomó incluso forma de hombre? Recuerdo Yuggoth, y Shaggai, aún más lejos, y un vacío de planetas negros al final.

Largo vuelo a través del vacío... imposible cruzar el universo de luz... recreado por los pensamientos apresados en el Trapezoedro Resplandeciente... enviados a través de horribles abismos de luz...

Soy Blake: Robert Harrison Blake, del 620 de East Knapp Street, Milwaukee (Wisconsin)^[772]. Soy de este planeta...

¡Azathoth, ten piedad!... Ya no relampaguea... horrible... puedo verlo todo con un sentido monstruoso que no es la vista... la luz es tiniebla y la tiniebla es luz... esas gentes de la colina... vigilancia... cirios y amuletos... sus sacerdotes...

Pierdo la noción de la distancia... lo lejano está cerca y lo cercano lejos. No hay luz... ni cristal... veo la aguja... aquella torre... la ventana... puedo oír... Roderick Usher^[773]... estoy loco o me estoy volviendo loco... ya se agita y aletea en la torre... somos uno... quiero salir... debo salir y unificar mis fuerzas. Sabe dónde estoy...

Soy Robert Blake, pero veo la torre en la oscuridad. Hay un olor terrible... sentidos transfigurados... saltan las tablas de la torre y se abre paso... lä... ngai... ygg...

Lo veo... viene hacia acá... viento infernal... sombra titánica... negras alas... Yog-Sothoth, sálvame... tú, ojo ardiente de tres lóbulos...



HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT (Providence-Rhode Island 1890 - 1937) fue un escritor estadounidense, creador de los «mitos de Cthulhu».

Fue un niño enfermizo y solitario que pasaba horas en la biblioteca de su abuelo, leyendo libros de astronomía, historia de Grecia y Roma, cuentos de hadas, *Las mil y una noches*, y novela gótica y policíaca. A los 12 años escribió su primer poema, dedicado al dios Pan, y tres años más tarde su primer cuento, *La bestia en la cueva*. Sin embargo, su primera obra impresa fue el cuento *El alquimista (The alchemist)*, publicado en 1908 en *The United Amateur*, aunque hasta 1923 no publicaría ninguno de los relatos que le darían cierto renombre como autor de cuentos de terror: *Dagon*, publicado en *Weird Tales*.

Pasó duros momentos económicos, sobre todo tras la muerte de su madre en 1921, lo que le llevó a trabajar como crítico y revisor de

estilo. En esas fechas conoció a Sonia Greene, con quien contrajo matrimonio en 1924, trasladándose a Nueva York; convivieron durante poco tiempo, y en 1926 acordaron un divorcio que no llegaría a materializarse.

Lovecraft regresó a Providence, donde vivió con sus tías. Empezó a publicar con mayor asiduidad en revistas *pulp* y dio comienzo la que se considera la época de su mayor brillantez literaria. El número de sus admiradores aumenta, y sus relatos son reconocidos por algunos críticos del género. Así, O'Brien otorgó tres estrellas en su famosa sección anual de los mejores relatos a *El color surgido del espacio* (*The colour out of space*) y *El horror de Dunwich* (*The Dunwich Horror*); Christine Campbell Thomson reeditó su obra en Inglaterra; Dashiell Hammett hizo una antología en Estados Unidos; y el editor William Crawford publicó en 1936 *La sombra sobre Innsmouth* (*The shadow over Innsmouth*). La narrativa de Lovecraft se encontraba en *Weird Tales*, *Amazing Stories*, *Tales of Magic and Mystery* y *Astounding Stories*. Pese a ello, siguió siendo un autor desconocido para el público en general.

En la casa de sus tías pasó Lovecraft sus últimos años, escribiendo el resto de su obra y manteniendo una abundante correspondencia con admiradores y escritores miembros de su círculo literario, entre ellos Clark Ashton Smith, Robert Bloch y August Derleth.

Murió el 15 de marzo de 1937 de cáncer intestinal y nefritis crónica.

Notas

[1] Capítulo 42: La blancura de la ballena. <<

[2] Véase el primer tomo de esta Narrativa completa, pág. 205 <<

[3] *H.P. Lovecraft Contre le monde, contre le vie*, Éditions J'ai lu, Paris, 1999, págs. 128-129. <<

[4] Francis Lacassin, Prefacio a *H. P. Lovecraft, Lettres I*, traducción de Jacques Parsons, Christian Bourgeois, París, 1973, pág. 15. <<

[5] *Op. cit.*, págs. 134-155. <<

[6] Si Einstein reinterpreto el convencional entendimiento del tiempo y demostró su relatividad dando origen a una cuarta dimensión, el físico teórico argentino Juan Maldacena (nacido en 1968) explica en un artículo reciente ["The Illusion of Gravity", *Scientific American* 293, 5, noviembre de 2005, págs. 56-63] que las últimas teorías de la física predicen que una de las tres dimensiones del espacio pudiera ser una ilusión, al igual que la gravedad y, por tanto, que el número de dimensiones sería una cuestión de perspectiva. <<

[7] Carta a Clark Ashton Smith del 17 de octubre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), Arkham House, 1971, pág. 197. <<

[⁸] Carta a Farnsworth Wright [director de *Weird Tales*] del 5 de julio de 1927, en *Selected Letters II*, 1925-1929, Arkham House, 1968, pág. 150. <<

[9] “A Confession of Unfaith”, en *Miscellaneous Writings*, Arkham House, 1995, pág. 536. Se trata de un ensayo filosófico, escrito probablemente a finales de 1921 y publicado en febrero de 1922 en el periódico aficionado *The Liberal*, en el que cuenta su rechazo del cristianismo ortodoxo, sus coqueteos con el Islam y el paganismo clásico, y su inclinación por un materialismo ateo. Su hostilidad hacia la religión, manifestada desde muy tempranas fechas —«la mitología judeocristiana NO ES AUTÉNTICA», le escribió a Maurice W. Moe el 15 de mayo de 1918 [*Selected Letters I*, 1911-1924, Arkham House, 1964, pág. 60]—, corría parejas con su acérrimo agnosticismo. <<

[¹⁰] Carta a Frank Belknap Long del 5 de mayo de 1922, en *Selected Letters I*, 1911-1924, pág. 172. <<

[¹¹] Ernst Haeckel (1834-1919) era un naturalista y filósofo alemán que estableció las leyes biogenéticas fundamentales, defendió el monismo y popularizó la teoría de la evolución. La traducción inglesa (*The Riddle of the Universe*, 1900) de su obra *Die Welträthsel* (1399), en la que preconiza el materialismo, influyó mucho en HPL, que además había leído a algunos atomistas, como Demócrito, Epicuro («Epicuro de lo terrible» lo llama S. T. Joshi) y Lucrecio, hasta llegar al atomismo lógico del Círculo de Viena y de Bertrand Russell, inspirado en Wittgenstein. <<

[12] Inspirado en Hugh Elliott (1881-1930), el más popular defensor de esa doctrina y uno de los pensadores, junto a Haeckel, Huxley, Bertrand Russell, Einstein, Schopenhauer o Nietzsche, que más influyeron en la filosofía lovecraftiana. Su *Modern Science and Materialism* (1919), que trata temas como la falibilidad de los sentidos, la existencia de colores que el ojo humano no puede ver, o el hecho de que la materia se compone sobre todo de espacio vacío, fue lectura favorita de HPL. <<

[13] Carta a Elizabeth Toldridge del 20 de diciembre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), pág. 238. El físico teórico e historiador de la ciencia español José Manuel Sánchez Ron (nacido en 1949) comentó a este respecto que «el modelo del *big bang*, con el gran estallido inicial, lleva asociado la posibilidad de una horrorosa nada anterior». Y aunque también reconoció que «en 1948 tres físicos, Thomas Gold, Hermann Bondi y Fred Hoyle [...] propusieron un modelo de Universo, denominado del Estado Estable, en el que el cosmos, tal y como Lovecraft quería, “siempre existió y siempre existirá”», acabó admitiendo que «este modelo quedó desacreditado en los años sesenta con el descubrimiento de la radiación de fondo de 3 grados Kelvin» [véase “Lovecraft, la ciencia y los terrores espacio-temporales”, en *Revista de Occidente* nº 115, diciembre de 1990, pág. 68]. <<

[14] “El pensamiento de Lovecraft”, en *Horizonte*, nº 4, Barcelona, 1969, pág. 148. <<

[15] El lenguaje esotérico le parecía «insípido, infantil, pomposo y poco convincente» [véase HPL 8€ Willis Conover, *Lovecraft at Last*, Carrollton-Clark, Arlington (Virginia), 1975, pág. 32]. <<

[16] Véase Franz Rottensteiner, "Lovecraft as Philosopher", en *Science Fiction Studies*, nº 57, vol. 19, la Parte, marzo de 1992. Según él, cosas como «saber secreto», «conocimientos que no deben estar al alcance del hombre», «libros prohibidos», etc., no caben en la ciencia. «En ella no hay lugar para el mito fáustico del hombre que sobrepasa sus límites, para la idea de que el conocimiento es dañino y debería ser suprimido». «Las emociones, no el intelecto, son el combustible de la literatura de terror, y HPL las ha injertado simplemente en la ciencia en una horrorosa parodia del verdadero empeño científico». <<

[17] Véase M. Sánchez Ron, "Lovecraft, la ciencia y los terrores espacio-temporales", pág. 64. <<

[18] "A Literary Copernicus", en T. S. Joshi (ed.), H. P. Lovecraft: *Four Decades of Criticism*, Ohio University Press, Athens, 1980, pág. 57.

<<

[19] En “El color del espacio exterior” describe con todo detalle varias pruebas químicas y espectroscópicas. <<

[20] El primer número de ese periódico, *The Scientific Gazette*, fechado el 4 de marzo de 1899, constaba de una sola hoja, que todavía se conserva, y estaba dedicado exclusivamente a la química. Al principio era diario, aunque pronto pasó a ser semanal y, con intermitencias, duró hasta 1909, llegando a sacar 36 números [véase H. P. Lovecraft: *A Life*, Necronomicon Press, 1996, págs. 37 y 53]. En 1903 comenzó a sacar otro periódico, *The Rhode Island Journal of Astronomy*, cuya publicación se prolongó hasta 1909, alcanzando un total de 69 números. <<

[21] «Deseé ser astrónomo cuando era niño, pero me di cuenta de que era una tontería —dada mi mentalidad y mi temperamento— cuando ya tenía más de diez años», le confesaría más tarde a Elizabeth Toldridge [carta del 20 de diciembre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), pág. 241]. Según Joshi [*op. cit.*, pág. 80], lo que le impidió hacerse astrónomo fue su fracaso con las matemáticas, sobre todo el álgebra, y eso le provocó la depresión nerviosa de 1908, que le hizo abandonar la *School* sin graduarse, imposibilitando a su vez que acudiese a la Universidad Brown. <<

[22] Véase S. T. Joshi y David E. Schultz (eds.), *Letters to Alfred Galpin*, Hippocampus Press, Nueva York, 2003, págs. 75-77. <<

[23] Grupo fijo de corresponsales [Galpin, Lovecraft, Moe], claro precedente de los grupos de contacto del correo electrónico. <<

[24] Véase *Selected Letters I*, 1911-1924, pág. 231. <<

[25] Carta a E. Toldridge del 20 de diciembre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), pág. 242. <<

[26] Véase *H. P. Lovecraft: A Life*, pág. 320, donde Joshi da cuenta pormenorizada de la historia de la aceptación de esta teoría y el eco que tuvo en Lovecraft. <<

[27] Carta a E. Toldridge del 20 de diciembre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), pág. 242. <<

[28] Op. cit., pág. 63. <<

[29] Carta del 17 de octubre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), pág. 185. <<

[30] Carta a Clark Ashton Smith del 18 de noviembre de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931), pág. 213. <<

[31] Kurt Gödel (1906-1978), matemático estadounidense de origen alemán que definió por primera vez las funciones recursivas, probó la consistencia de la lógica y la aritmética clásica respecto de la intuicionista, se ocupó de la cosmología relativista y encontró soluciones sorprendentes a las ecuaciones del campo gravitatorio de la relatividad general. <<

[32] Publicado en *Weird Tales* en marzo de 1929. Véase su traducción al castellano por Francisco Torres Oliver, “Los perros de Tíndalos”, en *Cthulhu. Una celebración de los mitos*, Valdemar, Madrid, 2001, págs. 93-106. <<

[33] Op. cit., pág. 75. <<

[³⁴] Carta del 1 de abril de 1930, en *Selected Letters III* (1929-1931),
pág. 136. <<

[35] Op. cit., pág. 73. <<

[36] En 1930 Gödel demostró, en su célebre Teorema de lo Incompleto, que las matemáticas no pueden alcanzar un final y, por tanto, la descripción física total siempre estará incompleta. Según él, existen problemas en principio «insolubles» en la lógica de enunciación, afirmaciones verdaderas que no pueden ser probadas dentro de un sistema formal. En suma: que todo sistema formal es incompleto. <<

[37] Op. cit., págs. 85-86 y 88. <<

[38] Presentía otras dimensiones en las que la suma de los tres ángulos de un triángulo excedía o no llegaba a 180° , y a menudo escribió sobre ángulos no euclidianos que torturaban la vista y dañaban la mente. En “Los sueños en la Casa de la Bruja”, por ejemplo, los extraños ángulos del cuarto de Gilman, a través de los cuales la vieja Keziah afirmaba haber traspasado los límites del mundo espacial que conocemos, ejercen un extraño efecto, casi hipnótico, sobre el protagonista. <<

[39] En sus relatos abundan las citas de antropólogos, como Quatrefages, Tylor, Boule o Keith, y paleontólogos, como Elliot Smith, Woodward y el mencionado Sir Arthur Keith. <<

[40] Según Vernon Shea, a Lovecraft le parecía abominable utilizar en sus obras sus experiencias vitales, y «esa noble reluctancia a inmiscuirse en la privacidad de los demás actuó en contra de sus caracterizaciones de personajes», por los que no siente compasión, sólo son «víctimas con un destino ya marcado» [“H. P. Lovecraft: The House and the Shadows”, en *Magazine of Fantasy and Science Fiction*, 30, nº 5, mayo de 1966, pág. 88]. <<

[41] “Le rhéteur et le pornographe”, en Gilles Ménégaldo y Jean Marigny (eds.), *H. P. Lovecraft: Fantastique, Mythe et Modernité*, Actes du Colloque de Cerisy-la-Salle “Lovecraft et ses contemporains”, agosto de 1995, Éditions Dervy, Cahiers de l’Hermétisme, París, 2002. <<

[42] M. Houellebecq, op. cit., pág. 78. <<

[43] Alain Chareyre-Méjan, “Le timbre du silence”, en *H. P. Lovecraft: Fantastique, Mythe et Modernité*. <<

[44] *Ibíd.* <<

[45] Joseph F. Morales, "H. P. Lovecraft and the Myth of the 20th Century", *Psychozoan*, vol. 1, nº 1, otoño de 1997. <<

[46] Fernando Savater, “¿Qué significa temblar?”, en *La infancia recuperada*, Taurus, Madrid, 1983, pág. 167. <<

[47] Véase *Creative Mythologie*, vol. 4 de *The Masks of God*, Viking Press, Nueva York, 1968. <<

[48] Houellebecq, op. cit., pág. 139. <<

[49] “Los dioses de Lovecraft”, en *El País*, suplemento de Libros, 26 de agosto de 1990, pág. 4. Este artículo es un extracto de la conferencia “Los dioses del terror”, que inauguró el *Seminario Lovecraft: Terrores y obsesiones*, dirigido por el propio Savater en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, del 27 al 31 de agosto de 1990, en el que también participaron el mencionado J. M. Sánchez Ron, el pintor Frederic Amat, los profesores universitarios Rafael Argullol y Tomás Pollán, la psicoanalista Carmen Galiano y el autor de este prólogo. <<

[50] En una carta a James F. Morton, Jr., HPL parece augurar el calentamiento global de la Tierra cuando afirma: «Alguna revulsión climática nos eliminará algún día de la faz de la tierra, como ocurrió con los dinosaurios» [*Selected Letters III* (1929-1931), pág. 43]. <<

[51] Cirlot, op. cit., págs. 148 y 149. <<

[52] La descripción de Lovecraft utiliza nuestra imagen infantil de un dios al cuidado de todas las cosas, pero la subvierte al investirlo con el atributo más esencial del materialismo mecanicista: una ausencia total de propósito consciente. <<

[53] Lovecraft nunca creyó en sus monstruos, de los que a menudo se burla en su correspondencia, llena de graciosos chistes sobre ellos. <<

[54] La expresión «parlor game» es de Maurice Lévy en *Lovecraft ou Du fantastique*, Union Générale d'Éditions, Collection 10h8, París, 1972. <<

[55] Fomalhaut es la estrella más brillante de la constelación del Pez Austral y la número 18 de todo el firmamento en orden de brillantez. Situada a 22 años luz de la tierra, su luminosidad es trece veces la del sol. <<

[56] *Le symbolisme dans la mythologie grecque*, Éditions Payot, Paris, 1966, págs. 23 y 27. <<

[57] Título original: *The Case of Charles Dexter Ward*, traducida por Francisco Torres Oliver. Escrita entre finales de enero y el 1 de marzo de 1927. Publicada por vez primera (condensada y titulada *The Madness Out of Time*) en mayo y julio de 1941 en *Weird Tales*, vol. 35, nºs 9 y 10, y completa en 1943 en *Beyond the Wall of Sleep*, Arkham House, Sauk City (Wisconsin), edición de August Derleth y Donald Wandrei. La traducción sigue el texto corregido por S.T. Joshi incluido en *At the Mountains of Madness and Other Novels* (Arkham House, 1964), basado en el manuscrito autógrafo del autor que se conserva en la John Hay Library.

La idea central de esta novela corta pudo haberla concebido Lovecraft en 1925, cuando anotó en su *Commonplace Book* (entrada 87, véase *Miscellaneous Writings*, pág. 92) la cita de Borellus que sirve de epígrafe. En agosto de 1925, mientras vivía en Brooklyn, estaba ya considerando la idea de escribir una novela sobre Salem, pero la lectura en la New York Public Library del libro de Gertrude Selwyn Kimball *Providence in Colonial Times* (1912) le hizo desistir momentáneamente. A su regreso a Providence en abril de 1926, retomó la idea, pero decidió conciliarla con otro proyecto sobre su ciudad natal. Así nació *El caso de Charles Dexter Ward*, cuyo título evoca evidentemente “La verdad sobre el caso de M. Valdemar” de Poe, y uno de cuyos temas centrales es la reencarnación, concepto muy querido por los teosofistas, que no era la primera vez que aparecía en su narrativa.

Aunque en el retrato que hace HPL del protagonista hay, sin duda, muchos rasgos autobiográficos, Joshi asegura que también incorpora otros detalles sacados de un personaje real: William Lippitt Mauran (nacido en 1910), que vivía en la mansión de Thomas Lloyd Halsey, un soberbio edificio georgiano construido hacia 1800, que sirvió de modelo para la residencia de Charles Dexter Ward, influido sin duda por la anécdota que su tía Lillian le había contado (se decía

que estaba habitada por el fantasma de un pianista y que en el piso había una mancha de sangre imborrable). «¡De modo que la casa de Halsey está encantada! ¡Puf! Allí fue donde el feroz Tom Halsey guardaba tortugas acuáticas en el sótano... quizás eran sus fantasmas. ¡En cualquier caso, es una magnífica mansión antigua, & honra a una magnífica ciudad antigua!» [carta de HPL a Lillian D. Clark, del 24 de agosto de 1925, conservada en la John Hay Library].

En cualquier caso, Lovecraft no quedó muy contento de su *nouvelle*, en la que se aprecia la influencia de la novela de Walter de la Mare *The Return* (1910), que leyó en el verano de aquel mismo año, así como del relato de M. R. James “El conde Magnus” (de «verdadera *Golconda de tensión y evocación*» lo calificó HPL en *Supernatural Horror in Literature*), y ni siquiera se tomó el trabajo de mecanografiarla ni de promover su publicación, aunque en aquella época los directores de las revistas en las que solía colaborar estaban más interesados en novelas que en relatos suyos. En 1940, después de su muerte, Derleth y Wandrei se encargaron de pasarla a máquina y la ofrecieron a *Weird Tales*.

En 1956 Reginald Le Borg rodó la primera adaptación (muy libre y no acreditada) de esta novela, titulada *The Black Sleep*, con Bela Lugosi, Basil Rathbone, John Carradine y Lon Chaney, Jr. Otras versiones supuestamente inspiradas en este texto fueron *La marea del muerto* (1960), del cineasta mexicano Fernando Méndez, y *The Haunted Palace* (*El palacio encantado* o *El palacio de los espíritus*, 1963), de Roger Corman, que como da a entender su título formaba parte de alguna manera de su célebre ciclo Poe, fotografiado por Floyd Crosby, escrito por Charles Beaumont y protagonizado por Vincent Price, con dirección artística de Daniel Haller. En 1992 Dan O'Bannon, que luego dirigiría *El regreso de los muertos vivientes* (1995), ofreció una versión más fidedigna aunque nada memorable, *The Resurrected* (1992, conocida también como *Shatterbrain*, en Argentina: *Resucitado*). El primer episodio de *The Necronamicon*,

Book of the Dead (1994), de Brian Yuzna, titulado “The Drowned” y dirigido por Christophe Gans, mezcla este relato con “Las ratas en las paredes” y “Los sueños en la Casa de la Bruja”. *The House on Dame Street* (2000) es un corto de animación (5') del irlandés Ruairi Robinson, basado también en esta novela.

Asimismo existe un videojuego, “Necronomicon: The Dawning of Darkness”, que es una adaptación del texto con los nombres y el final cambiados. <<

[58] La cita es una paráfrasis, extraída del apéndice (“Pietas in Patriam”) al Libro II de *Magnalia Christi Americana* (1702) de Cotton Mather, de una obra del médico y naturalista francés Petrus (Pierre) Borel (1620-1689), posiblemente su *Historiarum, et Observationum Medicophysicarum Centuriæ* (1653-1656) [véase Barton L. St. Armand, “The Source for Lovecraft’s Knowledge of Borellus in The Case of Charles Dexter Ward”, en *Nyctalops* 2, nº 6, mayo de 1977, págs. 16-17]. Como se indicó en la nota 7 de “La lámina de la casa”, Lovecraft poseía una primera edición de 1702 de esta detallada historia de la Iglesia en Nueva Inglaterra, que es la principal obra de Cotton Mather (1622-1728), el más destacado teólogo puritano de su época en Estados Unidos. <<

[59] Tanto Ward como Dexter son apellidos ilustres en la historia colonial de Rhode Island y Providence, respectivamente. El nombre pudo sugerírsele el escritor Charles Dexter Cleveland, del que Lovecraft tenía varias antologías. <<

[60] La mansión de Thomas Lloyd Halsey ocupaba realmente el nº 140 de Prospect Street. <<

[61] Unos cuantos meses después de escribir este texto (el 28 de agosto de 1927), HPL escribió a Zealia Brown Reed (Bishop) a propósito de la evolución de sus gustos: «¡Y ahora, a los treinta y siete años, mi interés se dirige poco a poco hacia las antigüedades y la arquitectura, y se aleja del todo de la literatura!» [*Selected Letters II*, 1925-1929, pág. 160]. <<

[62] Fundada en 1819, bajo los auspicios de los cuáqueros, en un solar donado por Moses Brown, esta escuela ocupaba el número 250 de Lloyd Avenue, a sólo tres manzanas de distancia del número 10 de Barnes Street donde Lovecraft escribió esta novela. <<

[63] El nombre parece una variación de un conocido personaje de la primitiva historia de Salem: el comerciante Jonathan Corwin (1640-1718), que alcanzó celebridad como juez encargado junto a su colega John Hathorne (1641-1717; antepasado del escritor Nathaniel Hawthorne) de los famosos procesos por brujería celebrados en dicha ciudad en 1692. Por esa razón, el enorme edificio que había comprado en 1675 se conocería en adelante como Witch House (La casa de la Bruja), siendo el único que se conserva de aquella época. Su descendiente Samuel Curwen (1715-1802), juez del Tribunal del Almirantazgo antes de la Revolución, que huyó a Inglaterra en 1775 por ser legitimista, fue el único que alteró la ortografía del apellido. <<

[64] Era una extensión de Olney Street, al oeste de North Main Street, que ya no existe hoy en día. <<

[65] El Ayuntamiento (City Hall), situado al extremo sudoeste de Exchange Place en pleno centro de la ciudad, fue diseñado por Samuel E. Thayer y se inauguró en 1878.

La Cámara Legislativa (State House), construida enteramente con mármol blanco de Georgia e inaugurada oficialmente el 1 de enero de 1901, presume de tener la cuarta cúpula sin sujeción más grande del mundo.

La Biblioteca Pública de Providence, esquina a Washington y Empire Streets, se terminó de construir en 1900.

El Ateneo, una biblioteca privada en la esquina de College Street y Benefit Street, diseñada por William Strickland en 1831 y abierta al público en 1838, fue frecuentada por Poe cuando cortejaba a la poetisa de Providence Sarah Helen Whitman (1848-1849) y en ella pidió prestados Lovecraft multitud de libros.

La Rhode Island Historical Society fue fundada en 1822. En 1844 se construyó en el número 68 de Waterman Street un edificio para alojar su biblioteca. Hoy en día la sociedad está ubicada en la John Brown House (en el número 52 de Power Street) y la biblioteca en el número 121 de Hope Street.

La John Carter Brown Library, en el principal recinto universitario de la Brown University, fue diseñada por Shepley, Ruten & Coolidge y se inauguró en 1904. La John Hay Library, en College y Prospect Streets, fue diseñada por Shepley, Ruten & Coolidge y se terminó en 1910. En su época, y durante muchos años después, fue la principal biblioteca de los estudiantes de la Universidad Brown. En la actualidad alberga una importante colección de libros raros y, entre otras muchas cosas, los H. P. Lovecraft Papers.

La biblioteca privada del Coronel George L. Shepley se instaló en el número 292 de Benefit Street, en un edificio levantado en 1921. HPL

la visitó en 1923 [véase carta a Maurice W. Moe del 24 de noviembre de 1923, *Selected Letters I*, 1911-1924, pág. 268], pero hoy en día ya no existe. <<

[66] La descripción se ajusta bastante fielmente al propio Lovecraft, que medía cinco pies y once pulgadas [un metro ochenta], era muy delgado [su peso ideal era ciento cuarenta libras: sesenta y tres kilos y medio] y andaba encorvado. <<

[67] Se refiere a la casa Jenckes-Pratt (ca. 1775), situada en el número 133 de Prospect Street (esquina con Barnes Street), cerca de donde vivía HPL (en el número 10 de esta última calle) y de la mansión Halsey. <<

[68] Pequeño parque situado al extremo sur de Congdon Street, ya en las colinas, que proporciona una excelente vista del centro de Providence, presidida por la estatua de Roger Williams, fundador de la ciudad. A Lovecraft le encantaba escribir allí sus postales. <<

[69] Se trata de un auténtico recuerdo de infancia del propio HPL, aunque no ocurrió en Providence sino en Auburndale (Massachusetts), a finales de 1892 o comienzos de 1893 [véase *Selected Letters III (1929-1931)*, pág. 100]. <<

[70] Job Durfee (1790-1847) era un congresista que más tarde fue nombrado presidente del Tribunal Supremo de Rhode Island. Vivía en el número 49 de Benefit Street, en una casa edificada entre 1790 y 1798, y restaurada en 1866. <<

[71] En tiempos de Lovecraft las antiguas casas coloniales de Benefit Street estaban en estado ruinoso. La restauración del barrio no se emprendió hasta los años cincuenta del siglo pasado. <<

[72] En la actualidad North & South Main Street. <<

[73] Lovecraft se refiere al camposanto de la iglesia episcopal de St. John, construida en 1809 en el número 271 de North Main Street, en el mismo solar donde se encontraba la primitiva King's Church (fundada en 1723), designación que conservó hasta la Revolución americana. En 1929 se convirtió en la catedral de St. John. En esa iglesia estuvo en más de una ocasión Poe con Sarah Helen Whitman, cuya casa, en Benefit Street número 88, lindaba con ella. Como ya se indicó en la nota 3 de "La casa evitada", Lovecraft apreciaba mucho el camposanto adyacente a la iglesia y solía mostrárselo a los amigos que le visitaban. En agosto de 1936 lo recorrió en compañía de R. H. Barlow y Adolphe de Castro y escribieron poemas acrósticos con el nombre de Edgar Allan Poe. Sobre el propio cementerio escribió HPL al comienzo del citado relato: «Su paseo favorito [de Poe] era en dirección norte... hasta el domicilio de Mrs. Whitman y el vecino camposanto de la iglesia de St. John en la ladera, cuya escondida extensión de lápidas del siglo dieciocho ejercía sobre él una fascinación especial». <<

[74] Colony House, antigua sede del Tribunal del Condado, se quemó en 1758. En 1761 se construyó otra nueva que dominaba North Main Street y que todavía se conserva. <<

[75] The Golden Ball Inn fue erigida en 1784 por Henry Rice en el número 159 de Benefit Street. Sólo se conserva una parte del antiguo edificio. <<

[76] Se llamaba Callejón de la Cárcel porque en él se construyó una prisión en 1733, cerca de la County Court House (Colony House).

<<

[77] Lovecraft leyó en su juventud la colección completa de la *Providence Gazette and Country Journal* (1762-1825) en la Providence Public Library [véase *Selected Letters V (1934-1937)*, Arkham House, 1976, pág. 208]. El edificio “Shakespeare’s Head”, construido en 1772, en el número 21 de Meeting Street, todavía se conserva. Actualmente alberga la Providence Preservation Society.

<<

[78] En realidad la Primera Iglesia Bautista de Providence la fundó Roger Williams en 1638. El edificio actual, en el número 75 de North Main Street, fue diseñado por Joseph Brown (1733-1825) y se terminó en 1779, y se llamaba realmente First Baptist Meeting-House [Primer Templo Bautista]. En “La llamada de Cthulhu” HPL afirma que dicha iglesia tenía «el más hermoso campanario georgiano de América». La aguja estaba basada en un diseño alternativo para la iglesia de St. Martin’s-in-the-Fields de Londres, original del arquitecto escocés James Gibbs (1682-1754), discípulo de Sir Christopher Wren (1652-1723). Cuando Lovecraft visitó este templo en 1925, comentó a Samuel Loveman: «Ésta es la ancestral iglesia de mi madre, pero desde 1895 no he estado en la nave central, ni en el edificio desde 1907, cuando di una conferencia sobre astronomía en la sacristía» [carta del 5 de enero de 1924, *Selected Letters 1911-1924*, pág. 277]. <<

[79] Diner, Lingote, Oro, Plata, Moneda, Doblón, Soberano, Florín, Dólar, Diez Centavos y Centavo. Estos callejones, que salían de South Water Street, bordeando el Providence River, desaparecieron en los años sesenta del siglo pasado para dar paso a una nueva urbanización comercial. <<

[80] A Lovecraft le encantaban esas construcciones utilitarias de South Water Street, conocidas como «Brick Row» [Hilera de Ladrillo], pero a finales de la década de los veinte las autoridades municipales decidieron demolerlas alegando su avanzado estado de deterioro. HPL emprendió una campaña pública para salvarlas, escribiendo cartas al *Providence Journal* y animando a sus amigos a hacer lo mismo. Pero fueron derribadas a finales de 1929, inspirándole el poema “The East India Brick Row”, publicado el 8 de enero de 1930 en el *Providence Journal*. <<

[81] Se refiere al campanario del Primer Templo Baptista y al de la Primera Iglesia Unitaria, construida en 1816 en el número 301 de Benefit Street. <<

[82] La Christian Science Church, construida entre 1906 y 1913, está en Prospect Street, esquina con Meeting Street. <<

[83] La fecha está elegida a propósito para coincidir con el inicio de la caza de brujas de Salem, cuyos primeros interrogatorios tuvieron lugar el día uno de marzo de aquel año. <<

[84] Fraunces' Tavern fue edificada en 1719 en el número 54 de Pearl Street. Durante la mayor parte de finales del siglo XVIII fue regentada por un afroamericano llamado Samuel Fraunces, y servía de lugar de encuentro de muchos políticos y personajes prominentes de la época colonial. En 1904 la compraron los Sons of the Revolution of New York y se convirtió en museo. <<

[85] Referencia a Roger Williams (1604-1684), protestante inglés nacido en Londres que emigró a Nueva Inglaterra y fue ministro en Massachusetts, donde entró en conflicto con las autoridades puritanas por afirmar que el poder civil no tiene jurisdicción sobre la conciencia de los individuos. Su actitud le valió el destierro y en 1636 fundó en Rhode Island la primera colonia establecida sobre la entonces novísima base de la completa tolerancia religiosa. En esta colonia encontraron también refugio otros dos disidentes religiosos, Samuel Gorton (1592-1677), cismático inglés fundador de la secta de los Gortonistas, y Anne Hutchinson (1591-1643), predicadora inglesa excomulgada en Boston en 1638 por disentir de la ortodoxia puritana, y sobre todo los perseguidos por razones de conciencia.

<<

[86] Tendido sobre el Providence River, este puente, uno de los más grandes del mundo antes de su reciente traslado parcial, fue construido entre 1711 y 1713 en sustitución de otro primitivo que databa de 1660, y facilitaba el transporte desde el East Side a lo que hoy es el centro de Providence. <<

[87] La primera iglesia congregacional de Providence se construyó en 1723 en la esquina de Benefit Street con College Street, pero ya no existe. <<

[88] El doctor Jabez Bowen (1696-1770), a quien la Providence Gazette describe como «una eminencia en la práctica de la medicina y la cirugía», llegó a Providence procedente de Rehoboth a comienzos de la segunda década del siglo XVIII y vivió al final de Bowen Street. Era hijo del Dr. Richard Bowen (1658-1736) de Seekonk (Massachusetts) [véase Gertrude Selwyn Kimball *Providence in Colonial Times*, Houghton Mifflin, Boston, 1912, pág. 344]. <<

[89] Como ya se dijo en la nota 8 de “La casa evitada”, Rehoboth es una pequeña ciudad de Massachusetts a la que Lovecraft y sus amigos de la infancia solían ir en bicicleta. <<

[90] La familia Mauran tenía una granja en Pawtuxet, población asentada alrededor de la Pawtuxet Cove [Cala de Pawtuxet], que hoy en día está integrada en el municipio de Cranston, suburbio occidental de Providence. Es otro detalle que confirma lo dicho en la nota 1. <<

[91] Una de las varias tribus indias (del grupo lingüístico algonquino) de Rhode Island. Aunque en 1637 se mantuvieron neutrales en la guerra entre los pequot (otra tribu del mismo grupo lingüístico que habitaba al nordeste de Connecticut) y los ingleses por sus buenas relaciones con estos últimos, fueron casi aniquilados durante la llamada guerra del Rey Felipe (1674-1676), que enfrentó a las tribus que habitaban el sudeste de Nueva Inglaterra (cuyo jefe, Metacomet, Metacom o Pometacom, era conocido por los ingleses como «Rey Felipe») con las tropas británicas y algunos aliados indios. La mayor parte de los supervivientes fueron hacinados en una reserva cerca de Charleston, al sur del estado. En 1950 obtuvieron el derecho al voto en las elecciones estatales. <<

[92] La granja de Arthur Fenner fue construida probablemente en 1655 y, aunque la destruyeron en 1675 durante la guerra del Rey Felipe y fue nuevamente demolida en 1895 tras la reconstrucción, se conserva todavía en el actual suburbio de Cranston [Kimball, *Providence in Colonial Times*, págs. 80 y 113]. <<

[93] Véase la nota 7. <<

[94] El Dr. John Checkley (1680-1754) nació en Boston y estudió en la Universidad de Oxford (Inglaterra), donde obtuvo un doctorado en teología. Después de predicar en Attleboro, Warwick y Taunton, llegó a Providence, donde en 1738 fue ordenado sacerdote en la iglesia King's Church y ejerció de pastor anglicano y de misionero entre los indios [véase Anthony Pearsall, *The Lovecraft Lexicon: A Reader's Guide to Parsons, Places and Things in the Tales of HP Lovecraft*, New Falcon Publications, 2005, pág. 215]. <<

[95] Muchas de las frases utilizadas por Lovecraft para describir a Merritt están tomadas directamente del mencionado libro de Gertrude Selwyn Kimball. <<

[96] Paracelso era el seudónimo de Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim (1493-1541), médico, alquimista y filósofo germano-suizo que introdujo fármacos de origen químico en medicina (cinc, calomelanos, flor de azufre y arsénico en la terapia de la sífilis) y escribió tratados médicos y obras teosófico-místicas, además de dedicarse a la astronomía y la alquimia. Considerado el padre de la medicina hermética, fue un precursor de la homeopatía.

Georgius Agricola (Georg Bauer) (1494-1555) fue un naturalista alemán fundador de la nueva mineralogía y la metalurgia. Autor de *De natura fossilium* (1546), en su obra póstuma *De re metallica* (1556) describió los nuevos métodos mineros y de elaboración de metales.

Johan Baptist Van Helmont (1579-1644) fue un químico y filósofo belga (flamenco) conocido sobre todo por haber introducido el concepto de «gas» y por ser el primero en reconocer que el aire se compone de una mezcla de gases. Aplicó métodos químicos para fabricar medicinas.

Franciscus de Le Boë (1614-1672), más conocido como Sylvius, fue un médico y químico holandés que originó cierta controversia al afirmar que todos los fenómenos biológicos tienen una base química. Fue el primero en describir los tubérculos y otras partes del cerebro y uno de los primeros defensores de las teorías de Harvey sobre la circulación de la sangre, que él consideraba que se purifica en el bazo, subrayando exageradamente la función de este órgano.

Johann Rudolf Glauber (1604-1668) fue un químico y farmacéutico holandés que trabajó en la obtención de ácidos minerales y sales, como la glauberita (sulfato sódico extraído a partir del ácido clorhídrico).

Robert Boyle (1627-1691) fue un físico y químico inglés de origen irlandés, cofundador de la Royal Society de Londres. Definió el concepto de «elemento químico» y estableció la ley sobre la expansión de los gases que más tarde formuló Mariott y hoy en día se conoce como Ley de Boyle-Mariott. Autor de *The Sceptical Chymist* (1661).

Johann Joachim Becher (1635-1682) fue un médico holandés que enseñaba además química y botánica. Su principal contribución a la ciencia fue la codificación de la mayor parte de los conocimientos médicos de su tiempo.

Georg Ernst Stahl (1660-1734) fue un galeno y químico alemán, discípulo de Becher, elegido por el emperador Federico Guillermo I como médico de cabecera. Partidario del animismo, fue el fundador de la teoría del flogisto (un elemento inmaterial que según él existe en todas las sustancias y que al abandonarlas producía su combustión), fundamental en los procesos de las quemaduras. Fue la primera teoría con aspecto científico en la historia de la química, en la que dominó durante medio siglo. <<

[97] Louis Mesnard editó en francés en 1868 bajo el título *Hermes Trismégiste* una serie de obras alquimistas y ocultistas escritas en griego y latín desde el siglo I al III y atribuidas a ese autor hermético. Difícilmente podía estar en posesión de Curwen en 1746, como afirma Lovecraft en el relato.

Sobre este personaje mítico y la tradición hermética en general puede consultarse la reciente monografía de Florian Ebeling *Das Geheimnis des Hermes Trismegistos*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 2005 [*The Secret History of Hermes Trismegisto. Hermeticism from Ancient to Modern Times*, traducción al inglés de David Lorton, Cornell University Press, Ithaca (NY), 2007]. <<

[98] Obra alquímica atribuida al filósofo y médico calvinista de Bergamo Guglielmo Grataroli (1516-1568) y publicada por vez primera en 1613. Se cree que es una traducción al latín de un texto clásico árabe escrito probablemente en el siglo IX. La primera traducción al inglés la llevó a cabo Arthur Edward Waite en 1914. <<

[99] Geber es un personaje desconocido del siglo XIII o XIV, autor de varias obras alquímicas: *Liber secretissimus secretorum Geberis de ordine in projectione aggregationis omnium corporum liquibilium purgatorum, etc.*; *leber [Geber] perfecti magisterii hec dicta sufficiant...*; *Explicit liber leber [Geber] perfectionis in arte, Incipiunt excepta libri leber [Geber] quem fecit ad filium et dicitur liber regni quia regum spondet...*; *Explicit liber regis leber [Geber] quem abbreviavit ad filium suum solum*; *Summa perfectionis*; *Liber de inventione perfectionis*. El libro aludido por Lovecraft se trata probablemente de *De investigationis perfecti magisterii*, uno de los libros contenidos en *De alchimia libri tres* (1531). <<

[¹⁰⁰] Artefius fue un alquimista del que se conserva una obra titulada *Artafii Clavis majoris sapientiae* (París, 1609). Se le atribuyen varios textos alquímicos y mágicos, algunos de ellos con antecedentes árabes. Las primeras alusiones a él se remontan al siglo XIII (Roger Bacon), pero se cree que vivió en el siglo XI. Según una tradición renacentista habría nacido en el siglo I o II y murió en el XII, gracias a haber descubierto un elixir para prolongar la vida. En su *Secret Book*, Artefius afirma tener más de mil años. A veces se le identifica con Apolonio de Tiana o con Orfeo, tal vez porque se cree que ambos eran capaces de convertirse en pájaros. <<

[¹⁰¹] El *Zóhar* (ca. 1285) o *Sohar*, fuente inagotable de enseñanzas de una originalidad inigualada y verdadero compendio de la teosofía cabalística, llamado con justicia la «Biblia» de los cabalistas, es el principal tesoro de la tradición esotérica hebrea. Fue escrito en arameo y en hebreo por el rabino Simón (o Simeón) ben Yochai, célebre maestro que vivió en el siglo II en Palestina, donde estableció una Academia en Tiberiades y fue amoraín (amoraita, intérprete) de la *Mishná* (Ley Oral). Según Moisés de León, el libro fue una revelación divina hecha en el siglo II d. C. por el profeta Elías. Su núcleo principal adopta la forma de un comentario sobre el Pentateuco de acuerdo con su división más moderna en cincuenta y dos lecciones semanales. El título *Zóhar* (en idioma hebreo «luz, resplandor») proviene de las palabras del *Génesis* 1, 3 («Que haya luz»), con las cuales comienza. <<

[102] Se trata de la primera edición de las obras completas en 21 volúmenes, *Opera* (1651), del Doctor de la Iglesia Alberto Magno (1193-1280), dominico alemán que fue profesor de Santo Tomás de Aquino y no sólo dominaba todos los conocimientos de filosofía y ciencias naturales de su tiempo, sino que estaba al tanto de los estudios de los nuevos aristotélicos, los hebraicos y los árabes. <<

[103] Ramon Llull o Raimundo Lulio (1232-1316) fue un filósofo (neoplatónico), poeta, místico, teólogo y misionero (laico, aunque próximo a los franciscanos y pudo haber pertenecido a la Orden Tercera de los frailes Menores) mallorquín del siglo XIII, que compuso unas 250 obras (la mayoría en catalán y en latín, pero también en árabe aunque ninguna de ellas ha sobrevivido): de carácter enciclopédico, científicas, filosóficas, teológicas y apologéticas, místicas, pedagógicas, literarias, rimadas... Su *Ars magna* ("Gran arte"), escrita en 1306, se conoce hoy en día como *Ars magna et ultima* o *Ars generalis ultima* ("Última arte general"), para diferenciarla del *Ars magna primitiva*, *Art major* o *Ars magna et maior*, la primera que escribió (entre 1269 y 1283), llamada también *L'Art abreujada d'atrobare veritat*, o *Ars compendiosa inveniendi veritate*. Junto con el *Ars universalis*, el *Ars magna* constituye la base de la corriente filosófica conocida como lulismo. Se trata de una obra de apologética cristiana, cuyo mecanismo lógico-matemático está al servicio de una finalidad doctrinal, un sistema unificado para todas las ramas del conocimiento, que ha ejercido una gran influencia sobre los trabajos de Giovanni Pico della Mirandola, Francisco Ximenes de Cisneros, Cornelio Agrippa von Nettesheim, Giordano Bruno, Gottfried Wilhelm Leibniz y John Dee, entre otros. Su texto latino se publicó por vez primera en 1721. Lazarus Zetzner publicó en 1598 una parte de la *Opera* de Llull. <<

[104] Obra alquímica atribuida a Roger Bacon, que se publicó en Fráncfort en 1620. El naturalista, filólogo y filósofo inglés Roger Bacon (1220?-1292?), llamado Doctor Mirabilis, fue uno de los grandes cerebros de la Edad Media, se ocupó de la física (magnetismo), química y astronomía. Señaló los defectos del calendario juliano, descubrió la falsa datación del año de nacimiento de Jesucristo y construyó algunos aparatos ópticos. Su *Opus majus* es una verdadera enciclopedia científica que abarca estudios de gramática, lógica, matemáticas, física y filosofía. La principal obra sobre alquimia atribuida a Bacon (aunque probablemente no es suya) es *Speculum alchemiæ* (1541), traducida al inglés como *The Mirror of Alchemy* (1593). La existencia del *Thesaurus chemicus* nunca ha sido verificada. <<

[105] Robert Fludd (1574-1637) fue un médico y sericultor inglés, además de místico y ocultista. Partidario de Paracelso, trató de unificar la física y la teosofía. Su *Clavis philosophiæ et alchimix* fue publicada por vez primera en 1633. <<

[106] Johannes Trithemius o Juan Tritemio, nombre latinizado de Johann Heidenberg (1462-1516), fue un monje alemán nacido en Trittenheim, cerca de Tréveris, en lo que hoy es el estado alemán de Rheinland (Pfalz en 1462), fundador de la sociedad secreta Sodalitas Celtica (Cofradía Céltica) dedicada al estudio de las lenguas, las matemáticas, la astrología y la magia de los números, además de alquimista y mago, maestro de Cornelio Agrippa y de Paracelso. A los 22 años llegó a ser abad del monasterio benedictino de Sponheim, cerca de Fráncfort, en el que se había refugiado huyendo de una tormenta de nieve. Su pasión por el conocimiento le impulsó a adquirir los libros más importantes de la ciencia de la época. A lo largo de 23 años la biblioteca del monasterio pasó de 55 a 2.000 volúmenes, convirtiéndolo en una de las referencias más importantes de la cultura de entonces. El *Tractatus de lapide philosophorum* fue publicado por vez primera en 1611. <<

[107] *Qanoon-e-Islam: Qanoon-e-Islam or the Customs of the Moosulmans of India*, publicado in 1832 (Parbury, Allen & Co, Londres), fue escrito en colaboración por el cirujano civil de Madrás, Dr. G. A. Herklots, y un nativo musulmán «instruido» que él conocía, Jaffur Shurreef [Ja'far Sharif]. Se trata de un informe «etnográfico» sobre las costumbres de los musulmanes en el Decán [nombre con que se designa la parte meridional de la península del Indostán]. En 1863 se publicó una segunda edición con ligeros cambios, que se reimprimió en 1895. En 1921 lo revisó drásticamente el etnógrafo William Crooke. Por su fecha de publicación es evidente que el libro no podía estar en la biblioteca de Curwen, pero al parecer Lovecraft tomó la referencia del artículo sobre «Magia» de la *Enciclopedia Británica*, que no menciona dicha fecha. <<

[108] Como ya se dijo en la nota 7 de “El sabueso”, según George T. Wetzel [en *Howard Phillips Lovecraft: Memoirs, Critiques, and Bibliographies*, SSR Publications, North Tonawanda (N.Y.), 1955], el título procede probablemente del *Astronomicon* del poeta didáctico latino del siglo I d. C. Marco Manilio, libro y autor frecuentemente citados por HPL en sus columnas sobre astronomía en el *Evening News* de Providence (1914-1918). El conocimiento de Lovecraft acerca de la etimología griega era muy rudimentario y la derivación que él ofrece de *Necronomicon* [en *Selected Letters V: 1934-1937*, pág. 418] es bastante fallida: «Imagen de la Ley de los Muertos» (de *necro* [νεκρός] = muerto, *nomos* [νόμος] = ley, y *eikôn* [εἰκών] = imagen). Según Joshi [en *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories*, Penguin, Londres, 2002, pág. 380] significa sencillamente «Estudio o Clasificación de los Muertos» (de *necro* = muerto, *nemo* [νεμο] = estudiar o clasificar, e *ikon* [ἰκόν]=sufijo neutro). Véase además la nota 2 de “Historia del *Necronomicon*”, pág. 840. <<

[109] Lovecraft alude al llamado «comercio triangular», en el que se enviaban a África desde Inglaterra ron y otras mercancías para permutarlas por esclavos, que eran llevados a las Indias Occidentales, donde les daban a cambio azúcar, melaza y otros artículos que, de vuelta a la metrópoli, se convertían en ron y el proceso comenzaba de nuevo. Este lucrativo negocio del siglo XVIII era uno de los preferidos de los magnates navieros de Rhode Island. <<

[110] Tres de las principales familias de Providence dedicadas al «comercio triangular». <<

[¹¹¹] La isla de la Martinica estuvo controlada por los franceses hasta 1762, en que pasó a manos de los ingleses. La isla de San Eustaquio es una de las Pequeñas Antillas holandesas. La Habana es la capital de Cuba, entonces «perla de la corona española». Port Royal era un puerto en la costa sur de Jamaica, que en aquellos tiempos pertenecía a los ingleses. <<

[112] Las tropas reales (británicas) se dirigían a Nueva Francia a combatir en la guerra de los Siete Años (1756-1763), que enfrentó a los ingleses y sus colonias americanas con los franceses y las suyas. <<

[113] Todos estos comerciantes se mencionan en el libro de Kimball [véase la nota 32], los dos primeros en la pág. 326 y el tercero en la 321. <<

[114] El incendio tuvo lugar en 1758 y el nuevo edificio, que todavía se conserva, se erigió en 1761, dominando North Main Street. <<

[¹¹⁵] George Whitefield (1714-1770) fue un teólogo protestante inglés que llegó a América en 1739, donde se convirtió, junto a los hermanos John y Charles Wesley (pastores anglicanos), en una de las principales figuras del renacimiento evangélico que tuvo lugar en las colonias inglesas a finales del siglo XIII. Al cabo del tiempo se separó de ellos porque, siendo él calvinista, discrepaba de la teología arminiana que aquellos defendían. El incidente que cuenta Lovecraft está también sacado del libro de Kimball: Josiah Cotton se había convertido en pastor de la iglesia congregacional de Providence en 1742 y un año después un grupo de descontentos se desgajó y «estableció una asamblea separada, donde se atendieron las exhortaciones de un hermano lego» llamado Joseph Snow, Jr. [*Providence in Colonial Times*, pág. 196]. <<

[¹¹⁶] Cuando Lovecraft visitó el sudeste de Rhode Island en julio de 1933 comentó: «Éste era el histórico “South County” o “Narragansett Country” al oeste de la bahía, donde antes de la Revolución existía un sistema de grandes plantaciones de esclavos negros comparable al del Sur» [carta a Robert H. Barlow, del 13 de julio de 1933, que se conserva en la John Hay Library]. <<

[¹¹⁷] Dutee Tillinghast y su hija Eliza son personajes imaginarios, aunque existió una familia con tal apellido. <<

[¹¹⁸] La escuela estaba en Town Street, y Stephen Jackson se ocupó de ella desde 1754 hasta por lo menos 1763. Según Joshi, HPL reproduce este texto casi literalmente del libro de Welcome Arnold Greene *The Providence Plantations for Two Hundred and Fifty Years* [J. A. & R. A. Reid, Providence, 1886, págs. 53-54], que tenía en su biblioteca. <<

[¹¹⁹] El apellido Weeden aparece esporádicamente en la historia de Providence en el siglo XVIII, como un tal Joseph Weeden, un militar con el grado de teniente que luchó contra los franceses en la década de 1740, o John Weeden, un carnicero. Este personaje iba a llamarse al principio Ezra Bowen. <<

[120] Samuel Winsor, Sr., fue pastor de la Primera Iglesia Baptista desde 1733 a 1758. Le sucedió su hijo Samuel Winsor, Jr., entre 1759 y 1771. <<

[121] Se trata de la adaptación de una reseña de boda publicada el 26 de mayo de 1786 en la *Providence Gazette*, reproducida por Kimball en su libro [págs. 317-318]. <<

[¹²²] Fundada por Gabriel Bernon en 1723, la King's Church es ahora la iglesia episcopal de St. John [véase la nota 17]. John Graves fue pastor de la King's Church desde 1754 hasta por lo menos 1782, aunque a partir de 1776 no pudo officiar debido a sus simpatías legitimistas. Sin embargo, nunca abandonó Rhode Island y murió en Providence en 1785. <<

[123] Las fechas no parecen encajar. El pintor retratista y viajero escocés Cosmo Alexander (1724-1772) no llegó a América hasta 1768. Pasó mucho tiempo en Newport, donde descubrió el talento pictórico del joven Gilbert Stuart (1755-1828), de quien fue preceptor en 1769. En 1770 se lo llevó a Inglaterra, muriendo poco después.

<<

[¹²⁴] Stephen Hopkins (1707-1785) estuvo involucrado en la política de Rhode Island desde 1735. Fue gobernador en los años 1755-1757, 1758-1762, 1763-1765 y 1767-1768, y uno de los firmantes de la Declaración de Independencia. Joseph Brown (1733-1785) fue un miembro de la familia de navieros Brown [véase la nota 54], además de ingeniero y arquitecto de Rhode Island que diseñó en 1775 el Primer Templo Baptista [véase la nota 22]. Benjamin West (1730-1813) fue un astrónomo y fabricante de almanaques, autor del panfleto *An Account of the Observation of Venus upon the Sun the Third Day of June 1769*, al que más adelante volverá a referirse Lovecraft [véase pág. 68]. <<

[125] Daniel Jenckes fue el primer librero de Providence, y fundó su librería en 1763. <<

[126] Stephen Hopkins y Samuel Ward sostuvieron una implacable enemistad personal y política desde que el primero fue elegido gobernador en 1755. Mientras Hopkins era partidario de la supremacía económica y política de Providence, Ward lo era de la de Newport. <<

[¹²⁷] Situado en el número 220 de South Main Street, Hacker's Hall, propiedad de Joshua Hacker, fue un popular lugar de reunión a partir de la década de 1760. Fue destruido por el fuego en 1801 y en el mismo solar Joseph Peck erigió su mansión en 1805. <<

[¹²⁸] En el siglo XVIII hubo varias Sugar Acts [Leyes del Azúcar], pero Lovecraft se refiere a la de 1764, que pretendía reducir el contrabando de azúcar en las colonias y lo único que consiguió fue un verdadero monopolio de los plantadores de azúcar británicos sobre el mercado americano. <<

[¹²⁹] Namquit Point, a seis millas [poco más de nueve kilómetros y medio] al sur de Providence, se llama ahora Gaspee Point. Fue allí donde el 10 de junio de 1772 se fue a pique la goleta británica *Gaspée*, que patrullaba la bahía de Narragansett al acecho de contrabandistas, antes de ser incendiada por un grupo de lugareños a las órdenes de Abraham Whipple. Como ya se dijo en la nota 7 de “La casa evitada”, el capitán Abraham Whipple (1773-1819) fue un antepasado de Lovecraft. Algunos comentaristas consideran que su destrucción de la goleta británica constituyó el primer episodio armado de la Revolución americana. <<

[¹³⁰] Se refiere al Príncipe de Gales Eduardo (1330-1376), hijo mayor de Eduardo III de Inglaterra. El epíteto (probablemente a título póstumo) hacía alusión a su armadura negra. Durante la guerra de los Cien Años participó en la célebre batalla de Crécy (1346) y capturó al rey francés Felipe IV en Poitiers (1356). Gobernó Aquitania entre 1360 y 1371. Durante la sublevación que acabó por destituirlo, saqueó Limoges en 1370 y masacró a tres mil de sus habitantes. En 1367 invadió Castilla y volvió a poner en el trono al depuesto rey Pedro 1 el Cruel (1334-1369). <<

[131] Departamento francés en el que se encuentra Limoges. <<

[132] Esta anécdota está tomada directamente de una reseña aparecida en la *Providence Gazette*, citada por Kimball [págs. 310-311]. <<

[133] Incidente real que ocurrió el 9 de julio de 1769. <<

[¹³⁴] El almirante británico Sir James Wallace (1731-1803) fue, en efecto, comandante de varios barcos en América del Norte y las Indias Occidentales a partir de 1762, aunque no consta que estuviera al mando de ninguna flota aduanera. <<

[135] La corbeta *Cygnét*, a las órdenes de Sir Charles Leslie, había estado anclada en el puerto de Newport desde por lo menos 1764. Ese mismo año estalló un motín como consecuencia de la Stamp Act [Ley del Timbre] y los rebeldes concibieron un plan para capturar una balandra con un cargamento de melaza, que estaba bajo el control de la *Cygnét*, aunque luego desistieron. No se sabe a ciencia cierta cuánto tiempo más permaneció la corbeta en aguas de Rhode Island. <<

[136] Buque parecido al bergantín, del que se diferencia porque su vela mayor es redonda y lleva mesana en lugar de cangreja. <<

[137] Portugués que vendía frutas a domicilio y exponía sus mercancías en College Hill cuando HPL vivía en Barnes Street. Véase M. Eileen McNamara y S. T. Joshi, “Who Was the Real Charles Dexter Ward?”, en *Lovecraft Studies*, nos 19 y 20, otoño de 1989, págs. 40-41 y 48. <<

[138] Situada en la esquina nordeste de South Main Street y Plain Street, fue construida en 1763 y James Sabin la regentó desde 1765 hasta 1773. Allí fue donde se planeó el incendio de la *Gaspée* [véase la nota 73]. Fue derribada en 1891, aunque la sala donde tuvo lugar la reunión para conspirar contra la goleta se incorporó a la casa del número 209 de Williams Street. <<

[139] El reverendo James Manning (1738-1791), clérigo baptista, ayudó a fundar el Rhode Island College (más tarde Brown University) en 1764 y se convirtió en su primer rector, reteniendo el cargo hasta su muerte. <<

[¹⁴⁰] John Brown (1736-1803), magnate naviero, suministró ropa y municiones al Continental Army [Ejército continental] y más tarde (1799-1801) fue diputado por Rhode Island en el congreso de EE.UU. Nicholas Brown (1729-1791), el mayor de los hermanos, era sobre todo comerciante y se cree que contribuyó a persuadir a Rhode Island para que aceptase la Constitución norteamericana (fue la última de las trece colonias en hacerlo). Moses Brown (1738-1836), industrial, se hizo cuáquero en 1774 e inmediatamente después se puso al frente del movimiento para abolir la esclavitud en Rhode Island. También ayudó a fundar la Moses Brown School [véase la nota 6]. Sobre Joseph Brown, véase la nota 68. <<

[¹⁴¹] Sobre este personaje véase la nota 32. Dado que murió en agosto de 1770, no pudo haber formado parte de la facción anti-Curwen que se reunió en otoño de aquel mismo año. <<

[¹⁴²] Abraham Whipple (1733-1819), corsario y oficial naval, dirigió el grupo que incendió el guardacostas Gaspée en 1772 [véase la nota 82]. Lovecraft estaba emparentado con él colateralmente a través de su tatarabuela Esther Whipple (1767-1848). <<

[143] Joseph Wanton (1705-1780), nacido en una distinguida familia de Newport, fue gobernador de Rhode Island desde 1769 a 1775.

<<

[¹⁴⁴] El North Burying Ground (actualmente North Burial Ground) es un inmenso cementerio en el cruce de North Main Street y Branch Avenue. Fue el primero que se construyó en Providence y data de 1700. <<

[145] Sobre esta importante y antigua familia de Salem véase la nota 7 de “La extraña casa elevada entre la niebla” [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 822]. <<

[146] Como ya se dijo en la nota 9 de “El modelo de Pickman”, Salem-Village era el primitivo nombre de la ciudad de Danvers, separada de Salem por el río homónimo. Fundada en 1636 por colonos procedentes de aquella ciudad, fue el escenario de los procesos por brujería de 1692. <<

[¹⁴⁷] Así llamaban las brujas al Diablo en Europa Occidental, como atestigua ampliamente Margaret A. Murray en el capítulo II de su tratado clásico *The Witch-Cult in Western Europe* (1921), del que Lovecraft tomó el dato. Publicado en 1921 por la Oxford University Press [existe una traducción al castellano de Beatriz Constante y Antonio Pigrau: *El culto de la brujería en Europa Occidental*, Editorial Labor, Barcelona, 1978], este original texto de la doctora Murray, catedrático de antropología del University College de Londres, es el primer estudio serio y documentado que aborda con gran rigor científico el tema de la brujería dándole un tratamiento antropológico. <<

[148] El nombre de este estudioso europeo renacentista, autor de un libro que poseía Joseph Curwen en el siglo XVIII, es en realidad un guiño al dios britano-romano Silvanus Cocidius (el Rey del Bosque), que era otra forma diferente de nombrar al antiguo dios celta Cernunnos o «el divino astado», o bien se trataba de una deidad derivada del mismo que había recibido un nombre romanizado y que los romanos asociaban tanto a Silvano como a Marte. Hay que recordar que Silvano era una divinidad romana que presidía los bosques, difícil de diferenciar de Fauno, antiquísimo dios protector de rebaños y pastores, y que en el panteón romano helenizado fue identificada rápidamente con el dios arcadio Pan. <<

[149] Se trata de las principales iglesias de Filadelfia en la época colonial: St. Peter's Protestant Episcopal Church, fundada en 1758, en el cruce de Third Street y Pine Street; St. Pauls Protestant Episcopal Church, fundada en 1761, en el número 217 de South Third Street; St. Mary's Church (católica romana), fundada en 1763 en el número 224-250 de South Fourth Street; y Christ Church, fundada en 1754, en el cruce de Second Street con Market Street.

<<

[150] William Shippen (1736-1808) fue un médico de Filadelfia, catedrático de cirugía y anatomía en el College of Philadelphia, primer centro dedicado a la enseñanza de la medicina que se estableció en EE.UU. <<

[¹⁵¹] Esek Hopkins estaba al mando del bergantín goleta *Providence* en 1758, equipó el bergantín *Sally* para un viaje a África en 1764, y más adelante se convirtió en el primer comandante en jefe de la Continental Navy [Armada continental] de 1775 a 1777. <<

[152] El edificio se terminó en 1770 y durante muchos años fue el único que había en el campus. Ahora está ocupado por el centro administrativo de la Universidad Brown, y es conocido como el «College Edifice». <<

[153] Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), humanista y filósofo italiano, interesado por la Cábala y autor de una refutación teológica de la magia y la astrología titulada *Disputationes adversus astrologos*. Uno de los filósofos más populares del Renacimiento italiano, inspiró a Castiglioni la figura principal de *El cortesano*. Llamado el «Princeps Concordiae», su intento de reconciliar la base religiosa del cristianismo, el islamismo y el mundo antiguo (conocido como «sincretismo») le ganó la desaprobación del papa Alejandro VI. <<

[154] Se refiere a Althazar, rey de Runazar, protagonista del cuento “The King That Was Not”, incluido en *Time and the Gods* (1906). <<

[¹⁵⁵] Fundado en 1821, el Essex Institute ocupó a partir de 1848 el edificio construido para él en el número 132 de Essex Street de Salem. Contiene una de las bibliotecas más extensas sobre historia local de EE.UU. <<

[¹⁵⁶] Lovecraft utiliza el acrónimo O.S. que en este caso significa «Old Style», aludiendo a que tanto Inglaterra como sus colonias americanas no adoptaron la revisión del calendario juliano (elaborado por el astrónomo griego Sosígenes de Alejandría, aunque fue Julio César —de ahí el nombre— el que lo difundió por todo el Imperio romano en el año 46 a. C.) que el papa Gregorio XIII llevó a cabo en 1582 y siguieron utilizándolo hasta 1752. <<

[¹⁵⁷] Thomas Barnard, Sr. (1716-1776) fue pastor de la First Church de Salem desde 1755 hasta su muerte. <<

[158] Invención de Lovecraft, aunque un pastor llamado Deodat Lawson habló de brujería en Salem el 24 de marzo de 1692 en un sermón titulado “A Brief and True Narrative of Some Remarkable Passages”, que luego fue publicado como *Christ’s Fidelity the Only Shield Against Satan’s Malignity* (1693). <<

[159] En el original «Court of Oyer and Terminer», tribunal de la más alta jurisdicción criminal en algunos estados norteamericanos, herencia de los antiguos tribunales ingleses que se reunían dos veces al año en cada condado. La expresión deriva del término legal normando-francés «oyer et terminer» (oír y determinar). <<

[¹⁶⁰] John Hathorne (1641-1717), ciudadano de Salem y antepasado del escritor Nathaniel Hawthorne, fue uno de los más conspicuos jueces del tristemente célebre proceso por brujería de dicha ciudad, formando parte del tribunal Oyer and Terminer junto a los también jueces William Stoughton y Stephen Sewall, y al capitán John Higginson. <<

[¹⁶¹] Invención de Lovecraft, aunque varios miembros de la familia How se vieron envueltos en los procesos por brujería, sobre todo Elizabeth How, que fue ahorcada el 19 de julio de 1692, acusada de bruja. <<

[162] El pastor de la Iglesia Congregacional de Village-Salem, reverendo George Burroughs (1650-1692), una de las principales víctimas de la caza de brujas, fue el primer clérigo acusado de brujería. Fue ahorcado el 19 de agosto de 1692. <<

[163] *Ut vulgo* es una expresión latina que significa «como comúnmente», lo que parece indicar que Curwen y sus seguidores tenían algún otro sistema de fechar. <<

[164] Primera mención a esta deidad que desempeña un importante papel en “El horror de Dunwich” y vuelve a mencionarse en “El que susurra en la oscuridad” y en “A través de las puertas de la llave de plata”. Parece compartir el gobierno del universo con Azathoth (ambos fueron expulsados y lanzados al Caos) y hasta cierto punto puede oponerse a Nodens, Señor del Gran Abismo. Conocido también como «El que viene del Más Allá», «El que acecha en el Umbral» o «El Todo-en-Uno y el Uno-en-Todo». Lovecraft confesó a Clark Ashton Smith que se trata de uno de los varios «ingredientes del ciclo mítico del Miskatonic Valley» [carta del 11 de noviembre de 1930, cuyo manuscrito está en una colección particular]. Más adelante afirmó que el nombre tiene cierta apariencia árabe porque, aunque se trata de una entidad extraterrestre, se cita por vez primera en el *Necronomicon* [véase *Selected Letters IV* (1932-1934), Arkham House, 1976, pág. 387]. <<

[165] Como ya se dijo en la nota 15 de “El ceremonial”, este nombre no es propiamente árabe y se ha especulado mucho sobre su procedencia. Unos dicen que sería Ibn ShaykAbo1, «Hijo del Jeque Abol». Otros prefieren la etimología Ibn Mushacab, «Hijo del Morador» (de shacab = habitar, morar, y el prefijo *mu* para personalizar). Y hay quien lo deriva del vocablo hebreo *shakhabh*, «bestialidad». <<

[¹⁶⁶] Término astrológico referido al aspecto planetario [ángulo que forman entre sí dos o más astros en el círculo zodiacal]. Dos o más planetas se encuentran en aspecto trino (o trígono) cuando están separados por tres casas celestes vacías. Lovecraft rechazaba enérgicamente la astrología y en 1914 ridiculizó despiadadamente en el *Providence Evening News* al astrólogo local F. Hartmann [véanse dos de estos artículos en *Miscellaneous Writings*, págs. 500-505]. <<

[167] Epenetus Olney (1633-1698) fue uno de los primeros pobladores de Providence, que en 1646 consiguió una parcela de veinticinco acres [algo más de diez hectáreas]. Kimball lo califica de «posadero próspero». Sin embargo, es posible que Lovecraft lo confundiese con Richard Olney, propietario de la Crown Colfe House [véase nota 141]. <<

[168] La *Boston Stone* era un bloque de granito, actualmente empotrado en el muro trasero de un edificio en Hanover Street que hace esquina con Marshall Street en el North End de Boston. <<

[¹⁶⁹] Sic: error de Lovecraft, arrastrado de Eliphas Lévi [véase la nota 131], con el término del misticismo hebreo *Metatron* (en latín: *Metator*), que designa a un arcángel, que según se dice fue el ser supremo de la creación. El *Zóhar* llama a Metatron «el Joven», y lo identifica como el ángel que guió al pueblo de Israel en el desierto, luego del éxodo desde Egipto, y lo describe como un sacerdote celestial. <<

[170] Es decir, la Boston Public Library. El edificio en Copley Square se abrió al público en 1895, pero no se terminó hasta 1912. <<

[171] La Widener Library, construida entre 1913 y 1915, era en 1928 la principal librería de la Universidad de Harvard y donde se depositaban los libros raros (hoy en día están en la Houghton Library). <<

[172] A pesar de su denominación, la Zion Research Library, situada en Brookline (suburbio de Boston) en el número 120 de Seaver Street, está especializada en el estudio de la Biblia y de historia de la Iglesia. <<

[173] Lovecraft se interesó muy pronto por la química (a los ocho años). «Sobre todo me atraían los instrumentos químicos, y decidí [...] tener un laboratorio. Como era un “niño consentido” no tuve más que pedirlo y me lo concedieron. Me dejaron una habitación en el sótano bastante grande y mi tía Lillian (que había estudiado química en el internado) me proporcionó algunos aparatos sencillos y un ejemplar de *The Young Chemist*, un manual para principiantes de John Howard Appleton, catedrático de la Universidad Brown y amigo de la familia» [carta a Alfred Galpin, del 29 de agosto de 1918, en *Selected Letters I, 1911-1924*, pág. 74]. <<

[174] Sobre la reacción inicial de Lovecraft a la teoría de la relatividad de Albert Einstein (1879-1955) véase el prólogo, pág. 17. <<

[175] Sir Henry Raeburn (1756-1823), célebre pintor escocés muy influido por Reynolds, que retrató a las principales personalidades de la época dorada de Edimburgo (la Atenas del Norte). En 1822, durante su celebrada visita de estado a esa ciudad, Jorge IV le concedió el título de caballero y le nombró pintor del rey para Escocia. <<

[176] Esto se parece bastante a los cinco años de reclusión del propio HPL (de 1909 a 1914) a raíz de su abandono definitivo de la escuela secundaria en 1908 sin diplomarse. Un amigo suyo de aquella época, Harold W. Munro, afirmó más tarde: «Después de Hope Street [dirección de la escuela secundaria] no volví a hablar con Lovecraft, pero lo vi varias veces. Introverso en grado sumo, siempre iba con prisas como un detective, encorvado, llevando siempre libros o papeles bajo el brazo, mirando de frente, sin reconocer a nadie» [véase "Lovecraft, My Childhood Friend", en Peter Cannon (ed.), *Lovecraft Remembered*, Arkham House, 1998, pág. 71]. <<

[177] Anglófilo recalcitrante, Lovecraft deseaba visitar Inglaterra, pero nunca pudo hacerlo por falta de recursos. El 24 de febrero de 1923 le escribió a James F. Morton: «Sinceramente, si viese algún día sus venerables robles y abadías, sus casas solariegas y rosaledas, sus caminos rurales y setos, sus praderas y pueblos medievales, nunca más podría regresar a América» [*Selected Letters I, 1911-1924*, pág. 210]. <<

[178] La llamada Ciudad Nueva (Nové Mesto en checo) es la parte de Praga que se encuentra a la orilla derecha del río Moldava. La denominación data del siglo XIV. <<

[179] Nombre alemán de la ciudad checa de Cluj, capital de Transilvania hasta 1920 [véase la nota 143]. Conocida actualmente como Cluj-Napoca, su población en 1923 era de ciento diez mil habitantes. En la actualidad ronda los trescientos mil. Es muy probable que Lovecraft eligiese esta región como un homenaje a Bram Stoker, que en *Drácula* (1897) la había identificado como la tierra natal de su vampiro. <<

[180] No está muy claro a qué se refiere Lovecraft. Existe en Transilvania una población llamada Râcâstie (Rákosd en húngaro) a unas ocho millas [casi trece kilómetros] al sudoeste de Cluj. <<

[181] Debía decir en realidad «desde hacía poco más de tres años»
(de abril de 1923 a mayo de 1926). <<

[182] Se refiere al Biltmore Hotel, en el centro de Providence (Dorrance Street número 11), construido en 1920-1922. <<

[183] De la State House [véase la nota 9]. <<

[184] Robert Adam (1728-1792), arquitecto escocés, creador, junto a su hermano James, de un estilo peculiar, muy influido por el austero clasicismo romano y el renacentismo italiano, que insistía en el uso de las formas curvilíneas sencillas. Sus decoraciones de interiores y sus diseños de muebles armoniosamente concebidos también forman parte del llamado «estilo Adam». <<

[185] Este pasaje evoca el regreso del propio Lovecraft a su ciudad natal el 17 de abril de 1926, tras pasar dos años horribles en Nueva York [véase *Lord of a Visible World: An Autobiography in Letters*, Ohio University Press, Athens, 2000, págs. 190-191]. <<

[186] Cuando era niño, Lovecraft tuvo un gato llamado Nigger-Man, nombre que también utilizó en “Las ratas de las paredes”. <<

[187] Éliphas Lévi es el seudónimo de Alphonse-Louis Constant (1810-1875), mago y ocultista francés, acérrimo seguidor de las doctrinas de Saint-Simon y de Fourier. Hijo de un zapatero, huyó del seminario de Saint Sulpice antes de ser ordenado sacerdote. Fue amigo de la socialista Flora Tristán (futura abuela del pintor Paul Gauguin), a quien editó su primer manuscrito, así como de los escritores Catulle Mendès o Victor Hugo, y a veces se le presenta como la reencarnación de Rabelais. Autor de numerosos libros sobre magia y espiritismo, como *Le Dogme et le Rituel de la Haute Magie* (1854, *Dogma y ritual de la alta magia*, Humanitas, Barcelona), *La Clavicule universelle des clavicules de Salomon ou le Grimoire des Grimoires* (1854, *Las clavículas de Salomón*, Edaf, Madrid, 1992), *Histoire de la magie* (1859, *Historia de la magia*, Humanitas), *La Clef des grands mystères suivant Hénoch, Abraham, Hermes Trismégiste et Salomon* (1859, *La clave de los misterios*, Humanitas, 2000), *Les Mystères de la Kabbale ou l'Harmonie occulte des deux testaments* (1861, *Los misterios de la Kabbala*, Humanitas), *Fables et symboles avec leur explication* (1862, *Fábulas y símbolos*, Humanitas), *La Science des esprits* (1865, *La ciencia de los espíritus*, Edicomunicación, Barcelona, 2002), *Le Grand Arcane ou l'Occultisme dévoilé* (1868-1869, *El Gran Arcano del Ocultismo revelado*, Kier, Buenos Aires) o *Le Livre des sages* (1869-1870, *El libro de los sabios*, Humanitas). <<

[188] Esta extraña mezcla de hebreo (de la Cábala) y latín medieval es, en efecto, un conjuro sacado literalmente de *The Mysteries of Magic*, un compendio de escritos de Éliphas Lévi seleccionado y traducido por Arthur Edward Waite [ed. revisada, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co., Londres, 1897, pág. 217]. Como ya se ha dicho [véase la nota 113], Lovecraft repite el error de Lévi de poner «Metraton» en lugar de «Metatron». En otro libro de Lévi, traducido igualmente por A. E. Waite, *Transcendental Magic*, aparece una traducción del conjuro: «Por Adonái Elohim, por Adonái Jehováh, por Adonái Sabaot, por Metatron, por On, por Agla, por Mathom, por la palabra del adivino, por el misterio de la salamandra, por la asamblea de las sílfides, por la gruta de los gnomos, por los demonios del Cielo de Gad, por Almousin, por Gibor, por Jehosua, por Evan, por Zariatnatmik, ¡venid, venid, venid!» [ed. revisada, 1923, pág. 391]. Como se explica en la nota 17 de “El horror de Red Hook”, Adonái es una palabra hebrea para designar a Yahvé, utilizada con frecuencia porque estaba prohibido el uso del verdadero nombre del dios; Elohim es un término hebreo para la divinidad en su sentido menos tribal y más generalizado; Jehováh es la moderna pronunciación del hebreo Yahvé, que significa el supremo e impresionante dios tribal, cuyo nombre era demasiado terrible para ser pronunciado excepto una vez al año por un sumo sacerdote; Sabaot es el calificativo de Yahvé como Señor de los Ejércitos; y Agla es una palabra frecuente entre los ocultistas, formada por las primeras letras de las palabras hebreas que componen la frase «Eres Siempre un Dios Todopoderoso», y a menudo aparece grabada en las varitas y cuchillos de los magos. Adonái Elohim significa «Mi Señor Dios». Adonái Jehováh significa «Mi Señor que vive». Adonái Sabaot significa «Mi Señor de las Huestes». Sobre Metatron véase la susodicha nota 113. On es el nombre de un ángel. Mathon es otro nombre de ángel. Gad

(«Fortuna») es una divinidad semítica de la que se sabe poco, que debió ser objeto de una gran veneración en Canaán. Almousin o Almouzin es un nombre de Dios según el *Grimorium Honorii Magni* (*Gran Grimorio del Papa Honorio*). Gibor es posiblemente Elohim Gibor, un nombre de Dios según *Las clavículas de Salomón*. Jehosua es una palabra hebrea que designa al Dios Salvador (Jesús). Evan es un sobrenombre de Baco, tomado del grito de las bacantes («evan, evan») o de la hiedra que le estaba consagrada [Virgilio, *Eneida*, 6; Ovidio, *Metamorfosis*, 4]. Zariatnatmik es otro nombre de Dios, según el *Gran Grimorio*. <<

[189] Inmediatamente después del conjuro anteriormente citado, Lévi atribuye esta invocación a Agrippa. Henry Cornelius Agrippa de Nettesheim (1486-1533), discípulo de Tritemio, fue doctor en derecho y medicina y teólogo. Apasionado de la Cábala y la magia, escribió *De occulta philosophia*, escrito de 1509 a 1510 y no publicado hasta después de su muerte (1535), quizás el libro más influyente en la historia del ocultismo occidental. Según Grillot de Givry, el conjuro pertenece a la *Opera omnia* de Agrippa (vol. II, capítulo XXI), que hoy en día se atribuye a Pietro d'Abano (1250-1316), más conocido como autor de *Heptameron*, un grimorio para invocar a los ángeles asociados con cada día de la semana. Pero lo cierto es que no aparece hasta más tarde en la edición de S. Liddell MacGregor Mathers del grimorio *The Key of Solomon the King* (*Clavicula Salomonis*, 1976), conocido también como *The Greater Key of Solomon*. La invocación, que no parece estar relacionada con la necromancia sino con la coscinomancia [prácticas de adivinación mediante un cedazo o una criba], y es utilizada para detectar la identidad de un ladrón, aparece siempre al comienzo de cada conjuro, pero Mathers no ofrece ninguna traducción. <<

[190] Transcripción fonética del conjuro «Cabeza del Dragón», descubierto por Willett en el bungalow de Pawtuxet (página 148). <<

[191] En esa misma dirección vivió Lovecraft entre 1904 y 1924. <<

[192] Como ya se dijo en la nota 3 de “El viejo terrible”, los tres principales grupos étnicos no anglosajones que había en aquella época en Rhode Island eran italianos, polacos y portugueses. <<

[193] Hope Valley es un valle al sudoeste de Rhode Island, conocido sobre todo por sus molinos (el primero data de 1770) y sus fábricas.

<<

[194] La anécdota está tomada de Kimball [pág. 308], pero la «Histrionic Academy», cuyo director y principal actor era David Douglass, no llegó a Providence hasta el verano de aquel mismo año. Lovecraft añadió el detalle de la peluca del *sheriff*. <<

[195] *The Conscious Lovers* (1722) era una comedia de Sir Richard Steele, seudónimo del escritor y político irlandés Isaac Bickerstaff (1672-1729). <<

[196] Cuando se marcharon de Providence el 24 de agosto de 1762, un mes y medio después de su llegada, la compañía fue acusada de inmoralidad. <<

[197] Según Kimball [pág 325], el propietario de la Crown Coffe House no era Epenetus Olney sino su hermano Richard. <<

[198] Isla en el extremo sur de la bahía de Narragansett, a unas quince millas [unos veinticuatro kilómetros] al sur de Providence, cuya principal ciudad es Jamestown. En realidad no hay en ella ningún hospital privado. <<

[199] A la caída del Imperio Austro-Húngaro, Transilvania pasó a formar parte de Rumania gracias al Tratado de Trianon, firmado el 4 de junio de 1920. <<

[200] Iniciales de Benjamin Franklin. Simon Orne desea disponer de los restos del impresor, periodista, escritor, político y naturalista norteamericano (1706-1790), famoso por haber inventado el pararrayos. <<

[201] Citados por vez primera en el poema “To a Dreamer” (1920), incluido en *The Ancient Track*, Lovecraft menciona varias veces en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath” esos «impíos sótanos de Zin», que parecían ser una invención suya. Lo que posiblemente ignoraba era que en la Biblia aparece varias veces el topónimo Zin (Sin en la traducción castellana), un desierto en la parte meridional de Canaán, entre el puerto de los Escorpiones y Qades-Bernea [*Números* 34, 4; *Josué* 15, 3]. <<

[202] En “El extraño” ya se mencionaron «las catacumbas de Nefrén-Ka, en el ignoto valle cerrado de Hadoth». Nefrén-Ka fue un poderoso hechicero procedente de Iram, la Ciudad de las Columnas, convertido en visir por el faraón Zoser, a quien sucedió a su muerte. Siendo ya faraón, el último de la Tercera Dinastía, restauró el culto de un dios antiguo llamado el Faraón Negro, con el que pronto la gente lo identificó. Hadoth es un valle cerrado junto al Nilo, entre las montañas de Neb, al este de Tell el-Amarna, la ciudad del faraón hereje Akenatón (1364-1345 a. C.). En este valle estaban las catacumbas de Nefrén-Ka, conocidas también como el Laberinto de Kish, donde practicaba su magia. Snefru acabó con su poder y una vez convertido en faraón, el primero de la Cuarta Dinastía, ordenó borrar todas las huellas de su reinado y prohibió su culto, hasta que en la Sexta Dinastía lo restauró la reina Nitocris. <<

[203] Bicknell es un prominente apellido de Providence. El historiador Thomas W. Bicknell escribió una *History of the State of Rhode Island and Providence Plantations* (1920) en cinco volúmenes. Según Joshi, el nombre completo podría estar sacado del libro publicado en Providence en 1917 *Westminster Street, as It Was About 1824* (From Drawings Made By Francis Read and Lately Presented by His Daughter, Mrs. Marinus Willett Gardner, to the Rhode Island Historical Society). <<

[204] Lovecraft reaccionó con hostilidad cuando apareció *Waste Land* de T. S. Eliot (publicado por primera vez en EE.UU. en noviembre de 1923, en *Dial*). En un editorial, “Rudis Indigesta que Moles” (*Conservative*, marzo de 1935), HPL comentó que el poema era «una colección de frases, alusiones cultas, citas, argot y recortes en general, prácticamente sin sentido, ofrecida al público (sea o no una broma) como algo justificado por nuestra mente moderna con su reciente comprensión de su propia trivialidad y caótica desorganización» [*Miscellaneous Writings*, pág. 233]. También escribió una parodia titulada “Waste Paper: A Poem of Profound Insignificance” (¿1923?) [véase *The Ancient Track: Complete Poetical Works*, Night Shade Books, San Francisco, 2001, págs. 252-255]. <<

[205] Λήχυθος: vasija cilíndrica, de forma esbelta y con asa, destinada a contener aceite, perfumes y pomadas. <<

[206] Φάληρον: Vaso originario de Falero, uno de los tres puertos de la antigua Atenas, de gran actividad durante los siglos VII y VI a. C., que cayó en desuso al construirse el del Pireo (siglo V a. C.) <<

[207] En un pasaje de “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath», Randolph Carter y los tres gules que le acompañan, tras «salir del bosque de monolitos y entrar en las oscuras y fétidas calles de aquella espantosa ciudad, cuyas torres circulares de piedra ciclópea se elevaban hasta perderse de vista», llegan «a una especie de espacio abierto, delante de una torre aún más enorme que las demás, encima de cuya colosal puerta había un monstruoso símbolo en bajorrelieve que hacía a uno estremecerse aun sin conocer su significado. Era la torre central que ostentaba el signo de Koth» [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 661]. <<

[208] Χύλιξ: vasija de cuello alargado y fino y asas horizontales o curvadas, equivalentes a nuestras copas. <<

[209] Lámpara de aceite inventada por el físico y químico suizo Aimé Argand (1750-1803), quien añadió un tubo de cristal para el tiro, creando el quinqué. <<

[210] Caerleon-on-Usk, al sudeste de Gales, patria chica de su admirado Arthur Machen, era antiguamente la ciudad romana de Isca Silurum, en la que estuvo estacionada la segunda legión de Augusto durante la conquista de Britania. En Hexham, ciudad del condado de Northumberland, no hubo ninguna colonia romana, aunque se encuentra a cuatro millas [casi seis kilómetros y medio] al este de la antigua Corstopitum (actualmente Corbridge). La abuela paterna de Lovecraft Helen Allgood procedía «de una familia de Nunwick, cerca de Hexham» [carta a Frank Belknap Long, de noviembre de 1927, en *Selected Letters II*, 1925-1929, pág. 179]. <<

[211] Ácido nítrico diluido en cierta cantidad de agua. <<

[212] Según le contó a Frank Belknap Long, el primer título que barajó Lovecraft para esta novela fue *The Madness Out of Time* [carta de febrero de 1927, en *Selected Letters II*, 1925-1929, pág. 100] y, como se dice en la nota 1, fue el que *Weird Tales* utilizó para la primera edición (condensada) <<

[213] Título original: “The Color Out of Space”, traducido por A. Molina Foix. Escrito en marzo de 1927. Publicado por vez primera en septiembre de 1927 en *Amazing Stories* [la primera revista dedicada exclusivamente a la ciencia-ficción, fundada en 1926 por Hugo Gernsback, el inventor del término, a quien HPL se refería siempre como «Hugo el Rata» por sus turbios manejos], vol. 2, nº 6, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido incluido en *The Dunwich Horror and Others*, basado en una copia mecanografiada (pero no por Lovecraft) que se conserva en la John Hay Library.

Lovecraft se quejó siempre de que Gernsback sólo le pagó 25 dólares por el relato, que él consideraba su mejor obra, y eso después de tres cartas de apremio. Se trata de un relato al mismo tiempo lírico y perturbador. Lovecraft parece atrapado por una especie de monodía desconsolada en la que la suerte de los Gardner, por muy horrible que sea, es menos apremiante que la descripción que él hace de lo que le sucede a la tierra. Más que una inquietante ficción naturalista, parece una alegoría del funesto destino que le espera a la humanidad, una especie de amenaza cósmica similar a la descrita por Algernon Blackwood en “The Willows” (1907). Además de profetizar un inexorable desastre ecológico de enormes proporciones, es de destacar que, en el fondo, supone un rotundo y taxativo repudio del típico optimismo trascendentalista que pregonaban los grandes visionarios estadounidenses como Henry David Thoreau (1817-1862), Ralph Waldo Emerson (1803-1882) o Walt Whitman (1819-1892).

En 1965 fue llevado al cine por Daniel Haller, autor de los decorados de la célebre «serie Poe» de Roger Corman, en su primera incursión como realizador. Protagonizada por Boris Karloff, la película se llamó *Die, Monster, Die* (otros títulos alternativos: *Monster of Terror* y *The House at the End of the World*; en España: *El monstruo del*

terror) y tiene poco que ver con el relato. En 1987 el actor David Keith (*Oficial y caballero*) debutó en la dirección con *The Curse* (*Granja maldita*), otra adaptación más fiel al original aunque escasamente lograda, aunque tuvo dos secuelas *Curse II: The Bite* (1988) y *Curse III: Blood Sacrifice* (1991), sin relación alguna con el texto lovecraftiano. <<

[214] Como ya se dijo en la nota 4 de “La lámina de la casa”, la localización de esta mítica ciudad inventada por Lovecraft ha generado bastante debate. Aunque Will Murray, sugirió que debía estar situada en el centro del estado de Massachusetts, Robert D. Marten es partidario de ubicarla más bien en la costa este, como Salem [véase “Arkham Country: In Rescue of the Lost Searchers”, en *Lovecraft Studies*, nº 59, verano de 1998, pág. 14]. Para el primero el nombre de Arkham proviene de Oakham, ciudad situada en el centro de Massachusetts, mientras que para el segundo deriva de Arkwright, un pueblo de Rhode Island (hoy en día asimilado a Fiskville). <<

[215] Ese embalse es real: el Quabbin Reservoir, cuyo proyecto se anunció en 1926, aunque no se llevó a cabo hasta 1939. No obstante, Lovecraft declaró en una carta posterior a Richard Ely Morse [del 13 de octubre de 1935, conservada en la John Hay Library] que el embalse que le inspiró el cuento fue el Scituate Reservoir de Rhode Island, construido en 1926, que visitó a finales de octubre de aquel año, de camino a Foster. <<

[216] Pintor, aguafuertista, poeta, actor y músico italiano (1615-1675), muy popular en Inglaterra en el siglo XVIII y sobre todo el XIX, pues su imagen concordaba perfectamente con la idea que se tenía entonces del artista romántico. Lovecraft había visto varios cuadros suyos en el Metropolitan Museum de Nueva York. <<

[217] Puede referirse a Shakespeare, que utiliza el término «páramo maldito» en *Macbeth* (Acto I, Escena III, v. 77-78): «¿Por qué nos cerráis el paso en este páramo maldito / con tan profética salutación?» O también a este otro paraje de *El Paraíso perdido* de Milton (la Parte, v. 612-615): «Como los robles del bosque o los pinos de la montaña, / chamuscados por el fuego del Cielo, / pero cuyos majestuosos troncos, aunque desprovistos de corteza, / aguantan en pie sobre el páramo maldito». <<

[218] Como ya se dijo en la nota 2 de “La lámina de la casa”, el término Miskatonic deriva probablemente de Housatonic, un río que recorre el centro del estado de Massachusetts y atraviesa Connecticut, y de otros nombres indios. Según Will Murray, es de raíz algonkina y significa aproximadamente «lugar de la montaña roja» [véase “In Search of Arkham County”, en *Lovecraft Studies*, nº 13, febrero de 1986, pág. 56]. <<

[219] En su juventud Lovecraft practicó mucho con el espectroscopio. «Una fase de la química por la que me interesé fue el análisis espectral, y todavía conservo mi espectroscopio... un instrumento de difracción bastante barato que me costó 15 dólares. También tengo un espectroscopio de bolsillo todavía más barato, que era la delicia de mis compañeros de estudios en la H[ope] S[treet] H[igh] S[chool]» [carta a Alfred Galpin, del 29 de agosto de 1918, conservada en la John Hay Library]. <<

[220] El dibujo que se obtiene en las láminas corroídas de los meteoritos férricos, producido por el lento enfriamiento en el espacio de la masa principal del asteroide, se llama figuras de Widmanstätten, por el nombre del científico que las descubrió, Aloys von Widmanstätten (1754-1849). La profesora de Geoquímica Soledad Fernández Santín, de la Facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense de Madrid, relaciona estas figuras con el tamaño del cuerpo padre del meteorito. <<

[221] Compárese con el párrafo final del relato de Ambrose Bierce “The Damned Thing” (1894): «En cada extremo del espectro solar el químico puede detectar la presencia de los llamados rayos “actínicos”. Representan colores —colores integrales en la composición de la luz— que somos incapaces de discernir. El ojo humano es un instrumento imperfecto; su alcance no pasa de unas pocas octavas de la verdadera “escala cromática”. No estoy loco: hay colores que no podemos ver». <<

[222] «Arroyo de Chapman». En “Herbert West, reanimador” aparece una «granja deshabitada de Chapman, más allá de Meadow Hill» [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 321]. <<

[223] *Symplocarpus foetidus*, planta silvestre típica de Connecticut, propia de bosques y zonas pantanosas que florece entre febrero y abril y tiene un olor parecido a la mofeta. Sus apéndices florales, calentados mediante un mecanismo especial, emiten moléculas olorosas que atraen a los insectos que ayudan a fertilizar sus flores. Se utiliza como antiespasmódico, sudorífico, expectorante, sedante nervioso y narcótico. <<

[224] Género de plantas dicotiledóneas de hojas alternas y flores blancas, a veces amarillas o purpúreas. Son hierbas por lo general vivaces, propias de los lugares rocosos de las montañas, de las que se conocen unas trescientas especies. <<

[225] *Nymphalis antiopa*, mariposa de la familia de los Ninfálidos, abundante en Europa y América del Norte. También conocida como «manto de luto» por el volante pálido que ribetea el borde de su ala, a la manera de un vestido, que sobresale por debajo de un manto oscuro. Se alimenta de sauces, abedules y olmos, y sobrevuela en los bosques abiertos y en los terrenos de maleza desde junio a agosto y después de la hibernación en marzo y abril. <<

[226] *Dicentra cucullaria*, planta dicotiledónea herbácea, de la familia de las fumariáceas, con flores de simetría doble dispuestas en racimos simples. Abunda en Asia y América del Norte, y se cultiva en jardines por sus bellas flores colgantes. Entre los indios menomini (algonquinos) esta planta se utilizaba como filtro amoroso: los jóvenes masticaban la raíz y echaban el aliento a las doncellas para que les siguieran. Los iroqueses preparaban infusiones con su raíz, que usaban como linimento. <<

[227] *Sanguinaria canadensis*, planta papaverácea vivaz, trepadora y nudosa, de flor blanca y hoja larga, redondeada, verde, negruzca por encima y pálida por debajo, que abunda en las regiones boreales de América, pero también se cultiva en nuestros jardines.

<<

[228] Como ya se dijo en la nota 6 de “Herbert West, reanimador”, Bolton es en realidad un pueblo de Massachusetts, una pequeña comunidad rural que no se corresponde para nada con la descripción de Lovecraft, por lo que algunos estudiosos han sugerido que se trata de una invención del autor, que debía desconocer su existencia real [véase Robert D. Marten, op. cit., pág. 15]. <<

[229] Como le ocurre a Rhody Harris en “La casa evitada” [véase el primer tomo de esta Narrativa completa, pág. 458], que, al quedarse viuda y morir poco después su primogénita Elkanah, perdió la razón. Lovecraft le comentó por carta a Bernard Austin Dwyer pocos meses después de escribir este relato [junio de 1927, en *Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 159]: «En la Nueva Inglaterra rural existen o al menos han existido literalmente seres vivos —por lo general los miembros de la familia dementes o idiotas— ocultos en buhardillas o cuartos secretos de los caserones. Alguien me contó que hace algunos años se alojó en una granja solitaria y se llevó un susto casi mortal al abrirse un panel deslizante y ver aparecer en la abertura el rostro más horrible, mugriento y de barba más enmarañada que jamás imaginó que pudiera existir». El sobrecogedor relato de Charlotte Perkins Gilman “El papel amarillo”, uno de los favoritos de Lovecraft, está basado en una situación de este estilo [véase su traducción por José Luis López Muñoz en la antología de Juan Antonio Molina Foix (ed.), *El horror según Lovecraft*, Siruela, Libros del Tiempo, Madrid, 2003, págs. 101-121]. <<

[230] Las asteráceas son plantas herbáceas del género Aster (término griego que significa «estrella», en referencia a la forma de la cabeza floral), vivaces, de hojas simples y alternas; las flores del disco son amarillas y las marginales, blancas, rosáceas o violáceas. El género incluye alrededor de 600 especies, la mayoría americanas y muchas de ellas utilizadas en jardinería por sus vistosas flores. La vara de oro, del género *Solidago*, crece en bosques sobre brezales, aunque existe una variedad de jardín (*Solidago canadensis*); sus flores son amarillas y están dispuestas en cabezuelas. Las zinnias son plantas herbáceas originarias de América, pertenecientes también a la familia de las Asteráceas. Alguna de sus especies, como la *Zinnia elegans* o rascamoño, se cultiva en jardines por la belleza de sus flósculos purpúreos y aterciopelados. La malvarrosa (*Althaea rosea*), conocida también como malva real, malva loca o altea, es una planta herbácea perenne de origen chino, que florece en verano y puede cultivarse con fines ornamentales en forma de ejemplares aislados. Sus flores tienen la corola rosada o púrpura, aunque también existen variedades blancas o amarillas. <<

[231] En la Biblia aparece varias veces la expresión «caminar rectamente», como en el Salmo 84, versículo 12: «Porque Yahvé Dios es almena y escudo, / Él da gracia y gloria; / Yahvé no rehúsa ningún bien / a los que caminan rectamente». <<

[232] Llamada también cubierta «a la Mansard» o mansarda, tejado con vertientes quebradas, siendo la parte inferior más empinada que la superior. <<

[233] En inglés «democrat wagon», una especie de carro ligero, de dos o más asientos, tirado por dos caballos, que se utilizaba en las granjas y ranchos. <<

[234] Planta silvestre de la familia de las Crucíferas *Sisymbrium officinale*), cuyas flores, de vistoso color amarillo limón, se utilizan en cocimientos e infusiones como antiinflamatorio de la garganta (las aplicaciones internas se combinan con los enjuagues bucales y gargarismos como eficaz remedio para la afonía, laringitis, congestión de las cuerdas vocales y bronquitis crónica). Conocida también como sisimbrio, erísimo, hierba de San Antonio o hierba de los cantores (muy utilizada por los juglares en Francia durante la Edad Media), es muy parecida a la mostaza en cuanto a su sabor, composición y aspecto. <<

[235] Luz azulada que suele verse en algunos objetos metálicos y principalmente en la arboladura de los barcos, sobre todo después de una tempestad. Causada por una acumulación de carga positiva resultante de la carga negativa de las nubes, lleva el nombre del patrón de los marineros, San Telmo, llamado también Elmo o Gundisalvo (Pedro González, 1190-1249). <<

[236] Fiesta hebrea de la cosecha, que se celebraba el quincuagésimo (del griego *pentekoste*) día después de la Pascua, en la que se ofrecían las primicias del trigo como sacrificio. En el primer Pentecostés después de la muerte de Jesucristo, los apóstoles se reunieron en Jerusalén y fueron embargados por el Espíritu Santo en forma de «lenguas divididas, como de fuego, posándose sobre cada uno de ellos» [*Hechos de los Apóstoles* 2, 3].

<<

[237] Pie derecho en ángulo del armazón de madera de una casa. <<

[238] Arista o coronación del tejado. <<

[239] Como ya se dijo en la nota 4 de “El modelo de Pickman”, Johann Heinrich Füssli (1741-1825) fue un pintor, dibujante, poeta y escritor suizo, que residió en Inglaterra y cambió su nombre por Henry Fuseli. Su primer gran éxito, *La pesadilla* (1781), lo consagró como el adalid del terror romántico. Sus obras se caracterizan por su extravagante captación del movimiento y los gestos, sus distorsiones y estilizaciones formales, y su explicitación del miedo y el horror que se esconden en las capas más recónditas de nuestra imaginación. Son famosas sus ilustraciones para la Biblia, Dante, Shakespeare y Milton, que influyeron en William Blake. Autor de *Lectures on Painting* (1801). <<

[240] El Cisne es una de las principales constelaciones boreales de la Vía Láctea, situada entre Cefeo y el Águila, cuyas cinco estrellas más brillantes forman una gran cruz. Su principal astro, Deneb o α -*Cygni*, llamado *dana-al-da^{yá}ya* («cola de la gallina») por los árabes, es una estrella supergigante que forma la parte alta de la gran cruz y cuya luminosidad es 10.000 veces superior a la del Sol.

<<

[241] Compárese con el comentario filosófico de Lovecraft en una carta a los «Kleicomolo» [Kleiner, Cole, Moe y HPL] fechada el 8 de agosto de 1916 [*Selected Letters 1911-1924*, pág. 24]: «¿Cómo sabemos que esa forma de mecanismo atómico y molecular llamada “vida” es la forma más elevada? Tal vez la criatura dominante... el más racional y divino de todos los seres... ¡es un gas invisible!» [citado en la nota 3 de “Celephaïs”, en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 778]. <<

[²⁴²] Como ha visto muy bien Joyce Carol Oates [en la introducción a su edición de Tales of H.P. Lovecraft, Ecco Press, Hopewell (Nueva Jersey), 1998, pág. VIII], con este final más bien elegíaco, que rehúye deliberadamente cualquier melodramatismo, Lovecraft da un inesperado quiebro al relato. <<

[243] Título original: “The Very Old Folk”, traducido por Francisco Torres Oliver. Escrito el 3 de noviembre de 1927. Publicado por vez primera (en esta forma) en el verano de 1940 en *Scienti-Snaps*, III, 3. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi incluido en *Miscellaneous Writings*.

En realidad se trata del relato detallado, en una carta a Donald Wandrei, de un sueño «romano» que tuvo Lovecraft la noche de Halloween de 1927, inspirado por su lectura de la *Eneida* de Virgilio, en la traducción de James Rhoades (1921). Posteriormente volvió a contarlo con ligeras variantes a Frank Belknap Long y a Bernard Austin Dwyer [carta fechada en noviembre de 1927 (la más detallada de las tres), en *Selected Letters II, 1925-1929*, págs. 189-197]. Aunque mencionó varias veces que iba a utilizar este sueño como base para escribir un relato, lo cierto es que nunca lo hizo, y en 1929 Frank Belknap Long obtuvo su permiso para utilizarlo casi literalmente en su novela *The Horror from the Hills* (*Weird Tales*, febrero-marzo de 1931), donde ocupa la parte central del capítulo cinco.

Según HPL, el sueño se refiere a sucesos que debieron pasar «a finales de la República», es decir, antes del comienzo del reinado de Augusto (coronado emperador de Roma el año 27 a. C.).

Existe un cortometraje reciente (de 13 minutos de duración y hablado en francés y latín) titulado *Le peuple ancien* (2001), de Julien Lacombe y Pascal Sid, que recrea este sueño de manera bastante convincente. <<

[244] Se refiere evidentemente al autor de la *Eneida* Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.). P. es abreviatura de Publio. <<

[245] Después del general, el mando de las legiones correspondía a seis tribunos militares, que se alternaban de dos en dos. <<

[246] Se trata en realidad de Pompaelo, la actual Pamplona, llamada así porque la fundó Cneo Pompeyo el año 74 a. C. <<

[247] Gobernador romano de una provincia, con jurisdicción consular.

<<

[248] Magistrado romano que ejercía jurisdicción en Roma o en sus provincias. <<

[249] Se llamaba calendas al primer día de cada mes. Por tanto el primer día antes de las calendas de noviembre era la Víspera de Todos los Santos o Noche de Halloween. <<

[250] La actual Calahorra, provincia de Logroño. La antigua Calagurris Julia Nassica, mencionada ya con ocasión de las luchas entre romanos y celtíberos (188-187 a. C.), se hizo célebre durante las guerras sertorianas por la resistencia que opuso a Pompeyo y posteriormente obtuvo la ciudadanía romana. <<

[251] El río Ebro. <<

[252] Magistrado romano encargado de diversas funciones civiles y militares, sobre todo de carácter fiscal. <<

[253] Abreviatura de Lucio. <<

[254] La actual Tarragona. Antigua ciudad ibera ocupada temporalmente por Aníbal, el año 218 a. C. quedó bajo la dominación romana con la entrada de los Escipiones, que la convirtieron en base de sus operaciones militares. Posteriormente fue capital de la Hispania Citerior (Tarraconensis) y una de las ciudades romanas más importantes de Hispania. <<

[255] Cada legión constaba de diez cohortes, cada cohorte de diez manípulos, y cada manípulo de dos centurias. <<

[256] Abreviatura de Sexto. <<

[257] Abreviatura de Cneo. <<

[258] Socio que el procónsul llevaba en su compañía a las provincias como asesor y consejero, que en caso de necesidad le reemplazaba. <<

[259] Magistrado romano a cuyo cargo estaba la inspección de las obras públicas. <<

[260] Abreviatura de Tiberio. <<

[261] Abreviatura de Marco o Mario. <<

[262] Pretor que, acabado el tiempo de su pretura, pasaba a gobernar una provincia pretorial. <<

[263] Ministro de justicia que precedía con las fasces [insignia del cónsul, que se componía de un hacha grande (segur) rodeada de un haz de varas] a los cónsules y a otros magistrados. <<

[264] Toga orlada por abajo con una lista o tira de púrpura, que usaban los magistrados, además de los mancebos y doncellas nobles. <<

[265] Palacio donde vivían los pretores romanos y en los que juzgaban las causas. <<

[266] A Diana, la diosa romana de los bosques identificada con Ártemis, la llamaban también Aricina porque era venerada en el santuario de Aricia, a orillas del lago Nemi (Lacus Nemorensis), cerca de Roma. <<

[267] Abreviatura de Aulo. <<

[268] El senadoconsulto (en latín: *Senatusconsultum*), decreto o determinación del senado, era una de las fuentes del derecho romano. En la época republicana consistía en un parecer u opinión de carácter consultivo y no vinculante dado por el Senado a un magistrado. El senadoconsulto toma el nombre del cónsul que lo proponía y en algunos casos del tema tratado. Se imponía como norma a través del *imperium* de los magistrados. El pretor los aplicaba igual que las leyes y plebiscitos. <<

[269] Se conserva una pieza de bronce descubierta en Calabria en el siglo XVII con el texto completo del *Senatusconsultum de Bacchanalibus* del año 186 a. C. El senador que abrió la investigación fue Espurio Postumio Albino, no su hermano Aulo [véase Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, Libro XXXIX 12, 4; 14, 6; 15, 6; 16, 10; 18, 8; 19, 3]. <<

[270] Antigua arma arrojadiza, a modo de lanza o venablo. <<

[271] Los centuriones eran los oficiales más importantes del ejército romano pues, aunque no eran los de mayor graduación, eran soldados de carrera y normalmente mandaban una centuria (100 hombres). El más importante de todos ellos era el primo pilo o primera lanza (primipilus): centurión de la 1ª centuria, del 100 manípulo de la 1ª cohorte de la legión, y se encargaba de asesorar al comandante en cómo se debía dirigir la batalla. Cada cohorte estaba comandada por el primero de sus seis centuriones, excepto la primera cohorte, que sólo tenía cinco. <<

[272] Abreviatura de Décimo. <<

[273] Cada centurión elegía entre la tropa a su lugarteniente al que llamaban subcenturión. <<

[274] Perseo es una constelación boreal rodeada de las de la Jirafa, Andrómeda, Triángulo, el Carnero, el Toro y el Cochero, y atravesada por la Vía Láctea. Cefeo es otra constelación boreal situada cerca de la Osa Menor, entre las de Casiopea y del Dragón. Sobre el Cisne véase la nota 28 de “El color del espacio exterior”, págs. 835-836. Vega es la estrella alfa de la constelación de la Lira, la más brillante del cielo boreal. Altair es la estrella más brillante de la constelación del Águila. Como ya se dijo en la nota 2 de “Polaris”, Casiopea es una constelación del hemisferio boreal, situada entre las de Cefeo, la Jirafa, Perseo y el Lagarto, y formada por 150 estrellas perceptibles a simple vista, entre las cuales hay cuatro de 2^a magnitud y dos de 3^a, formando el conjunto la letra W. Sobre Formalhaut véase la nota 55 del prólogo, pág. 33. <<

[275] «El mal antiguo: es el mal antiguo... llega... llega por fin». <<

[276] Véase la nota 4 (246). <<

[277] Título original: “History of the *Necronomicon*”, traducido por Francisco Torres Oliver. Escrito en el otoño de 1927 [véase la carta a Clark Ashton Smith del 27 de noviembre de 1927 en *Selected Letters II, 1925-1929*, págs. 201-202]. Publicado por vez primera en 1938 por Wilson H. Shepherd [editor y poeta, director de la revista semiprofesional *Fanciful Tales*, que en otoño de 1936 publicó una versión plagada de erratas del relato de Lovecraft “La ciudad sin nombre”] en forma de folleto (Rebel Press, Oakman [Alabama], edición conmemorativa y limitada: 38 ejemplares), y reimpresa en 1943 en *Beyond the Wall of Sleep*, con el título ampliado de “History and Chronology of the *Necronomicon*”. August Derleth lo incluyó también en *H.P.L.: A Memory*, Ben Abrahamson, Nueva York, 1945. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi que se incluye en *Miscellaneous Writings*. Lovecraft no tenía intención de publicarlo, se limitó a enviarlo en privado a sus amigos y correspondientes poco después de escribirlo. <<

[278] Según algunos, ese chirrido o zumbido de los insectos vendría a ser algo así como el cuchicheo de secretos de los demonios (en realidad yinns) a los oídos del poeta loco, o sea, equivaldría a «revelaciones de los yinns». <<

[279] Como se explicó en la nota 2 de “La ciudad sin nombre”, Lovecraft le confesó por carta a su amigo Frank Belknap Long [*Selected Letters 1911-1924*, pág. 122] que este personaje ficticio era un seudónimo que se inventó cuando tenía cinco años y, tras descubrir con arrobó una edición juvenil de *Las mil y una noches*, se pasaba horas jugando a ser árabe. Sobre el origen de tal nombre el propio HPL confesó más tarde [16 de enero de 1932] a Robert E. Howard: «No me acuerdo muy bien de dónde lo saqué. Tengo un vago recuerdo que lo asocia al anciano abogado de mi familia [Albert A. Baker], pero no puedo acordarme si le pedí que se inventara un nombre árabe para mí, o si por el contrario sólo le pregunté qué le parecía el que yo me había inventado» [citado en S. T. Joshi, *H. P. Lovecraft: A Life*, Necronomicon Press, West Warwick, 1996, pág. 19]. Según Sprague de Camp [op. cit., pág. 19], Alhazred se deriva probablemente de Hazard, apellido de una antigua familia de Rhode Island emparentada con los Phillips. Otra curiosa interpretación del origen del apellido, que desde luego no parece muy árabe que digamos, apunta a que se trata de un juego de palabras con la frase inglesa «all has read» o «has read all» [«todo lo que ha leído» o «ha leído todo»]. También se ha sugerido que sería un término yemení que podría traducirse como «el que ve lo que no debería ser visto». Un testimonio inapreciable de las andanzas de este singular personaje, que parece haber pasado inadvertido a su biógrafo Ibn Jallikân, lo escribió el discípulo de aquel al-Rasî (siglo VIII), y se dispone de una traducción al inglés: *The Life of the Master, Etchings & Odysseys*, nº 5, 1984 [texto incluido en Robert M. Price (ed.), *The Necronomicon: Short Stories and Essays Concerning the Blasphemous Tome of the Mad Arab*, Chaosium, Hayward (California), 1996, págs. 416-433], llevada a cabo por David T. St. Albans (seudónimo de David Pudelwitts). <<

[280] Se trata de Ibn Abi Bakr Ibn Jallikân (1211-1282), historiador sirio, nacido en Irbil, que vivió también en Egipto. Ejerció de cadí [juez que entiende en las causas civiles] en Damasco. Compiló un repertorio biográfico, *Wafayât al-A'yân*, el primero de su género, que tardó veinte años en completar. <<

[281] Sobre su presunta locura véase “Why Abdul Al Hazred Went Mad”, de D. R. Smith, en *The Nekromantikon*, vol. 1, nº 3, otoño de 1950 [incluido también en Robert M. Price (ed.), *The Necronomicon*, págs. 351-356]. Por otra parte, Richard Bell y W. Montgomery Watt aducen [en *Introduction to the Qur’an*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1963] que en la lengua árabe «pot-rta», «adivino» y «loco» vienen a ser términos sinónimos, a todos ellos se les aplica el apelativo de «majnum», que significa «afectado por los yinns» [genios arábigos de *Las mil y una noches*]. <<

[282] Como ya se dijo en la nota 10 de “La ciudad sin nombre”, esta mítica ciudad, conocida también como Iram, se menciona en el Corán y en la *Rubaiyyat* de Omar Khayyan, y en el *Necronomicon* Abdul Alhazred pretende haberla visto. Sir Richard Burton afirma [en “The City of Many-Columned Iram and Abdullah son of Abi Kilabah”, *Arabian Nights*, vol. IV] que sus palacios estaban hechos «de oro y plata» con incrustaciones de «piedras preciosas, jacintos, crisólitos, rubíes y perlas». Recientemente sus restos parecen haber sido descubiertos gracias a imágenes captadas por el satélite Challenger en 1984. Para documentarse sobre esta mítica ciudad Lovecraft utilizó en buena medida la entrada «Arabia» de la *Enciclopedia Británica* (en su novena edición, que era la que él poseía), gran parte de la cual copió literalmente en su libro de citas [*Miscellaneous Writings*, pág. 90]. <<

[283] Personaje ficticio. <<

[284] Miguel I Cerulario (mercader de cera) (ca. 1000-1059). Patriarca de Constantinopla de 1043 a 1058. Elegido el 25 de marzo de 1043, su patriarcado coincidirá con el pontificado de León IX, y juntos protagonizarán el Cisma de la Iglesia Oriental. El enfrentamiento con Roma se inicia en 1051 al acusar Cerulario a la Iglesia occidental de herejía judaica por utilizar pan ácimo en la Eucaristía, y amenazar con el cierre de las iglesias latinas de Constantinopla que no adoptasen el rito griego. El papa León IX que, amenazado por los normandos, buscaba una alianza con Bizancio mandó, en 1054, una embajada a Constantinopla encabezada por su colaborador, el cardenal Humberto de Silva Candida, y formada por los arzobispos Federico de Lorena y Pedro de Amalfi. Los legados papales negaron, a su llegada a Constantinopla, el título de ecuménico al patriarca, el segundo puesto en la jerarquía eclesiástica de Constantinopla y, además, pusieron en duda la legitimidad de la elevación de Cerulario al patriarcado. El patriarca se negó entonces a recibir a los legados, y Humberto respondió publicando su “Diálogo entre un romano y un constantinopolitano”, en el que se burlaba de las costumbres griegas, y excomulgando a Cerulario mediante una bula que depositó el 16 de julio de 1054 sobre el altar de Santa Sofía; tras lo cual abandonó la ciudad. El 24 de julio de ese mismo año, Cerulario respondió excomulgando al cardenal y a su séquito, con lo que se inició el Cisma. <<

[285] Como se explicó en la nota 11 de “El ceremonial”, Olaus Wormius es el nombre latino del médico y anticuario danés Ole Worm (1588-1654), autor de la cronología danesa *Fasti Danici*, (1626), la compilación o transcripción de textos rúnicos *Runir; seu, Danica Literatura Antiquissima, vulgo Gothica Dicta Luci Reddita* (1636), y el tratado clásico sobre la piedra filosofal, *Liber Aureus Philosophorum* (1625). Lovecraft se equivoca, pues, al situarlo en el siglo XIII, error que Joshi atribuye a una mala interpretación de una mención suya en un pasaje del libro de Hugh Blair (1718-1800) *A Critical Dissertation on the Poems of Ossian, the Son of Fingal* (1763), que contiene una sección dedicada a la poesía rúnica o gótica [véase “Lovecraft, Regner Lodbrog, and Olaus Wormius”, en *Crypt of Cthulhu*, nº 89, Pascua de 1995, págs. 3-7]. <<

[286] La traducción del *Necronomicon* que HPL le atribuye es, en realidad, una invención de Frank Belknap Long en su relato "The Space Eaters" (*Weird Tales*, julio de 1928) [ver su traducción al castellano por Francisco Torres Oliver, "Los devoradores del espacio", en *Relatos de los mitos de Cthulhu / 1*, Bruguera, Barcelona, 1977, págs. 163-209], cuyo manuscrito aquel debió de leer antes de enero de 1928 [véase la carta a Bernard Austin Dwyer con esa fecha en *Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 217]. John Dee (1527-1608) era un matemático y criptógrafo inglés que durante un tiempo fue astrólogo de la reina Isabel I. Además de sus actividades como cabalista y necromante, afirmaba haber descubierto la Piedra Filosofal y ser capaz de comunicarse con los ángeles, dos de los cuales, Rafael y Gabriel, le dieron la Piedra Angelical (obsidiana negra) que hoy en día se conserva en el Museo Británico, que él utilizaba para practicar la adivinación. Se cree que, durante su estancia en Praga, Dee dio con el manuscrito en la biblioteca del rey Rodolfo II (otra versión afirma que se lo compró al cabalista Jacob Eliezer). Fragmentos de la supuesta traducción del Dr. Dee (en un manuscrito cifrado, hallado, según Colin Wilson, en el British Museum y descifrado por ordenador) se incluyen en *The Necronomicon: The Book of Dead Names* [edición de George Hay, Neville Spearman, Londres, 1978, págs. 109-139]. Otros fragmentos, comentados por Lin Carter, aparecieron en *Crypt of Cthulhu*, nº 70 (1990), publicación en la que ya había visto la luz anteriormente (en el número 35, 1985) *The Sussex Manuscript*, traducción de un tal Fred L. Pelton, de Lincoln (Nebraska), de un manuscrito fechado en 1598 que parece explicar con más detalle los mitos cthulhianos [incluido asimismo en Robert M. Price (ed.), *The Necronomicon*, págs. 501-550]. Con todo, la versión más conocida es el llamado *Simon Necronomicon* (o *Simonomicon*), porque la introducción y la traducción (parte de un manuscrito griego del siglo

ix) la firma un tal “Simon” (seudónimo de algún componente de la comunidad ocultista de Nueva York), en la que la mitología de HPL se equipara a la de Aleister Crowley y a los mitos sumerios. Schlangekrat la publicó en 1977 en una edición limitada (666 ejemplares) encuadernada en piel. Más adelante apareció otra edición de 3.333 ejemplares y finalmente Avon la sacó en rústica. <<

[287] Sobre la Widener Library véase la nota 115 de *El caso de Charles Dexter Ward* [pág 822]. La biblioteca de la Universidad Nacional de Buenos Aires (tal es su exacta denominación) no se distinguía especialmente en aquellas fechas, siendo mucho más importante la Biblioteca Nacional de la República Argentina, creada en 1810 (entonces se llamaba Biblioteca Pública de Buenos Aires), de la que Jorge Luis Borges llegó a ser director desde 1955 hasta 1973. <<

[288] Joan C. Stanley afirma que, mientras estaba cautivo en Argelia, Miguel de Cervantes lo tradujo al castellano en 1576-1579 con el título de *El libro de los nombres de los perdidos* [*Ex Lihris Miskatonici: A Catalogue of Selected Items from the Special Collections in the Miskatonic University Library*, Necronomicon Press, West Warwick [Richmond], 1993]. Según el doctor Carlos Sorentino de la Macquarie University, Johannes Hispalensis, también conocido como Avendath, un judío converso que era médico y miembro de la Escuela de traductores de Toledo, adquirió en 1164 la biblioteca del médico andalusí Ibn Yulyul, que en la segunda mitad del siglo x estuvo al servicio de Hisâm II, y encontró en ella un ejemplar de *Al Azif*. Johannes regaló el libro al erudito Abd-Al-Kadir Guilânî, que en seguida se dio cuenta de su carácter blasfemo y se lo confió para que se lo guardase a Abdel Haqq, secretario del Califa de Córdoba. Poco después Guilânî entraba en coma y moría en 1166. El libro debió permanecer en Córdoba hasta que la ciudad fue reconquistada por los cristianos en 1236, Y Alonso de Ojeda se llevó a Salamanca la biblioteca de la Mezquita. En el siglo xvi, León de Sagredo, un converso natural de Tarrega, lo tradujo al castellano con el título de *El Libro de los Antiguos Demonios*, escrito por el árabe Abdul Hazred, según un catálogo de la época, «Impreso a la gloria de Sancta Catherina, gloriosa Virgen Patrona de la Universidad de Salamanca, por Cornelio Bonardo. Año del Señor de 1512». En 1559, el Índice de la Santa Inquisición incluyó esta traducción en su lista de libros heréticos, y en 1623 el Tribunal de Toledo, a petición del Santo Oficio, ordenó que se quemara y, aunque no queda constancia de que se llevara a cabo la orden, no volvió a aparecer en el catálogo de la biblioteca de la universidad. En 1952, la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, en su antiguo «Anexo» de la Avenida de Santa Fe número 1851, tuvo un ejemplar de la traducción, catalogado como «Sagredo, León. El

Libro de los Antiguos Demonios, escrito por el árabe Abdul Hazred, Salamanca, 1612». El «Anexo» se cerró en 1978 cuando el inmueble fue declarado insalubre y condenado a la demolición. Sus fondos se transfirieron a la biblioteca del Servicio Geológico Nacional, en el segundo piso de la Secretaría de Industria, Comercio y Minería, en la Avenida de Julio A. Roca número 651. Sin embargo, el catálogo moderno no menciona el libro en cuestión. <<

[289] Título original: "Ibid", traducido por Francisco Torres Oliver. Escrito probablemente en el verano de 1928. Publicado por vez primera en enero de 1938 en el periódico aficionado *O-Wash-Ta-Nong* que dirigía su amigo George W. Macauley, reimpresso en *Phantagraph*, junio de 1940, y posteriormente recogido en *Uncollected Prose and Poetry*, H, ed. de S. T. Joshi y Marc A. Michaud, Necronomicon Press, 1980. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi que se incluye en *Miscellaneous Writings*.

Se trata de la tercera sátira de HPL, tras "Una semblanza del Doctor Johnson" y "La dulce Ermengarde", y más que mofarse de los desatinos de los estudiantes de segunda enseñanza, en ella pone en solfa la pomposidad de la erudición académica, aprovechando la ocasión para inventarse libros y autores que alterna con otros reales y con personajes históricos. <<

[290] El 3 de agosto de 1928 Lovecraft adjuntó este miniensayo a una carta que envió a Maurice W. Moe, quien no sólo lo mecanografió sino que le sugirió que lo revisara ligeramente con vistas a su publicación en la celebrada revista de H. L. Mencken *American Mercury* (1924-1928). Pero HPL no lo tomó en consideración y años después Moe le devolvió el texto mecanografiado, que «tendría que contentarse con una difusión privada» [carta del 29 de enero de 1931, que se conserva en la John Hay Library]. Según Joshi, es probable que entonces incluyera este epígrafe, que estaría realmente extraído de un artículo de un alumno suyo [véase *An H. P. Lovecraft Encyclopedia*, Hippocampus Press, Nueva York, 2001, pág. 122]. <<

[291] *Rome and Byzantium: A Study in Survival*, Waukesha, 1869, vol. xx, pág. 598. [Nota de HPL] <<

[292] *Influences Romains dans le Moyen Age*, Fond du Lac, 1877, vol. xv, pág. 720. [Nota de HPL] <<

[293] Edward Gibbon, *The Decline and Fall of Roman Empire*, vol. V, capítulo XXXIX, pág. 21. <<

[294] Siguiendo a Procopio, Goth., x.y.z. [Nota de HPL] <<

[295] Siguiendo a Jornandes, Codex Murat, xxi, 4144. [Nota de HPL]

<<

[296] Según Pagi, 50-50. [Nota de HPL] <<

[297] Rey de los francos a la muerte de su padre Childerico I en 481, que estableció la capital del nuevo reino unificado en París. Convertido al cristianismo gracias a su esposa Clotilde, Clodoveo fomentó el posterior desarrollo del sistema feudal al crear el cargo de conde, establecer la herencia real, confirmar las competencias reales en el nombramiento de los obispos y su derecho sobre las propiedades de la Iglesia o imponer las normas del derecho sálico. A su muerte en 511 dividió su reino entre sus cuatro hijos en partes iguales. <<

[298] Emperador romano, llamado el Grande (346-395). Hijo de uno de los generales de Valentiniano, protegió el cristianismo y con sus victorias sobre los hunos y los visigodos retrasó la caída del imperio. A su muerte, sus dos hijos Arcadio y Honorio se convirtieron en emperadores de cada una de las partes del Imperio. <<

[299] Rey de los ostrogodos apellidado el Grande (454-526), fundador de una monarquía en la península Itálica que fue el mayor de los reinos bárbaros creados sobre los restos del Imperio romano. Se propuso armonizar las relaciones entre romanos y bárbaros rodeándose de consejeros de origen latino e incluso permitiendo la coexistencia de la Iglesia romana, a pesar de profesar el arrianismo.

<<

[300] Poeta latino del siglo IV, nacido en Alejandría. Griego de origen, abandonó su lengua nativa por el latín al trasladarse a Roma en 395. Escribió poemas de carácter histórico (*De bello Getico*, sobre la guerra contra los godos de su protector Estilicón) y mitológicos (*De raptu Proserpinæ libri III*), epístolas, epigramas, etc. <<

[301] A la muerte del joven rey ostrogodo Atalarico, antes de alcanzar la mayoría de edad, su madre Amalasunta se casó con su primo Teodato y le hizo proclamar rey de los ostrogodos (552-550), favor que él le pagó poco después mandándola estrangular. <<

[302] Al conocer Justiniano la noticia de la muerte de Amalásunta, se apresuró a enviar al general Belisario contra Teodato. Belisario pasó a Italia y llegó a Nápoles sin encontrar apenas resistencia. Teodato se vio obligado a huir a Ravena, pero sus hombres lo asesinaron y nombraron rey a Vitiges, que había sido ministro de Amalásunta. <<

[303] Actual Civitavecchia. <<

[304] Obispo de Milán durante 22 años. Elevado a los altares, su onomástica se celebra el 14 de enero, pues murió tal día del año 522. <<

[305] Emperador bizantino (565-578) sucesor de Justiniano, de quien era sobrino. <<

[306] Emperadores bizantinos. Tiberio II sucedió a Justino II en 578. Cuatro años más tarde, al sentirse moribundo, casó a Mauricio con su hija Constantina y lo nombró heredero. Murió ese mismo año y Mauricio se convirtió en el nuevo emperador (582-602). <<

[³⁰⁷] Rey de los lombardos (584-590), que luchó contra los bizantinos y los francos, y murió envenenado en Pavía. <<

[308] Último rey de los lombardos (756-774). En 773 el papa Adriano I, ante la amenaza de Desiderio de marchar contra Roma, solicitó la intervención del rey de los francos Carlomagno. Pavía capituló en junio de 774 y Desiderio murió en el exilio. <<

[309] Alcuino de York (735-804), monje, teólogo, filósofo, escritor y musicólogo, discípulo de Beda el Venerable. A instancias de Carlomagno se trasladó a su corte en Aquisgrán, donde fundó la Escuela Palatina y se convirtió en el máximo renovador de la cultura carolingia. <<

[310] Duque de Normandía (1027-1087), llamado también el Bastardo, hijo ilegítimo de Roberto el Diablo, y rey de Inglaterra a partir de 1066. <<

[311] Hasta la aparición de la obra de Von Schweinkopf en 1797 no fue identificado adecuadamente como retórico en lugar de santo.
[Nota de HPL] <<

[312] Ese mismo apellido lo utilizó ya Lovecraft para el contrabandista de licores y su bella y rubia hija que protagoniza “La dulce Ermengarde”. <<

[313] Tanto Epenetus como Dexter son nombre y apellido muy comunes en Providence. <<

[³¹⁴] Canonchet era el jefe de los indios narragansett. Sobre estos indios y la llamada «guerra del rey Felipe» véase la nota 35 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 807. <<

[315] Según el capitán John Smith, que explotó Nueva Inglaterra en 1614, las tribus indias de Massachusetts llamaban a sus jefes «sachem». <<

[316] Como ya se dijo en la nota 35 de El caso de Charles Dexter Ward, los pequot eran otra tribu algonquina de Connecticut. <<

[317] Los sac o sauk eran unos indios algonquinos originarios de Michigan que en el siglo XVIII emigraron a Wisconsin, donde se unieron a los fox, otra tribu algonquina conocida originariamente como mesquaki («gente de la tierra roja») hasta que los franceses empezaron a llamarlos *fox* (zorro) porque observaron que tenían un clan de ese animal. <<

[318] Mamíferos roedores propios de EE.UU. (género *Cynomys*), de aspecto parecido a las marmotas aunque de menor tamaño, que excavan madrigueras muy profundas. <<

[319] Título original: “The Dunwich Horror”, traducido por]. A. Molina Foix. Escrito entre junio y agosto de 1928. Publicado por vez primera en abril de 1929 en *Weird Tales*, vol. 13, nº 4, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi incluido en *The Dunwich Horror and Others*, basado en una copia mecanografiada que se conserva en la John Hay Library.

Lovecraft cobró 240 dólares por el relato, la mayor suma obtenida hasta entonces. A pesar de incurrir en algún que otro exceso en su ya de por sí bastante férvida prosa, el relato horroriza a causa de los pacientes y minuciosos detalles que poco a poco va ofreciendo del mundo en que se desenvuelve el monstruo. Lovecraft no sólo explica el origen del peligro que se cierne, sino que consigue a todas luces que esa amenaza sea arquetípica.

Se ha afirmado que el relato contiene elementos autobiográficos. Pero más que en cuanto a personajes —a menos que aceptemos la tesis de Peter Cannon [expuesta en “Call Me Wizard Whateley: Echoes of *Moby Dick* in “The Dunwich Horror”, *Crypt of Cthulhu*, nº 49, agosto de 1987, págs. 21-23] de que Wilbur Whateley, su madre Lavinia y el viejo Whateley representan versiones distorsionadas del propio HPL, su madre y su abuelo— en lo referente a la topografía descrita, que incorpora detalles específicos de sus viajes por la parte central del estado de Massachusetts.

La gran popularidad que ha alcanzado con el paso del tiempo se ha visto refrendada por su repetida inclusión en antologías del género, llegando a ser llevado al cine en 1970 (tras un fallido intento en 1963 del cineasta italiano Mario Bava) por Daniel Haller, aunque con peores resultados todavía que su anterior adaptación lovecraftiana. Producida igualmente por la firma norteamericana independiente AIP, especialista del género, *The Dunwich Horror* (en España: *Terror*

en Dunwich) fue otro fiasco, debido en parte a su desafortunada pareja protagonista, formada por Dean Stockwell y Sandra Dee, aunque en el reparto intervinieron actores secundarios del calibre de Sam Jaffe o Ed Begley y debutó, por cierto, Talia Coppola (luego Shire), hermana del más tarde célebre director de *El Padrino*, saga en la que ella interpretó a la hija del mafioso. En 1996 la productora independiente australiana Onara Films rodó la película *Cthulhu*, dirigida por Damian Heffernan, basándose en una mezcla de los relatos “La llamada de Cthulhu”, “El horror de Dunwich” y “El ser del umbral”. En 2003 se estrenó en un teatro de Seattle (Washington) una función titulada *The Horror in the Theater: an H.P. Lovecraft Triptych of Terror*, en tres actos, cada uno con su propio director y basado en un relato distinto. El tercero era una versión de “El horror de Dunwich”, adaptada y dirigida por Ron Sandahl. Y sin duda no es casual que en *Paura nella città dei morti viventi* (*Miedo en la ciudad de los muertos vivientes*, 1980), de Lucio Fulci, la ciudad en cuestión se llame precisamente Dunwich. <<

[320] Celeno era el nombre de una de las Harpías, genios alados que raptaban niños y almas. Las otras dos eran Aelo, llamada también Nicótoe, y Ocípete. Sus nombres revelan su naturaleza: significan, respectivamente, Oscura, Borrasca y Vuela-rápido. <<

[321] Incluido en *The Essays of Elia* (1823). Lovecraft tenía en su biblioteca una edición de 1874 de las *Complete Works in Prose and Verse* de este escritor inglés (1775-1834). Las cursivas son de HPL.

<<

[322] Nombre ficticio, aunque Lovecraft lo vuelve a mencionar en dos sonetos de *Fungi from Yuggoth*: el VII (“Zaman’s Hill”) y el XXVI (“The Familiars”). Según Joshi [en *An H. P. Lovecraft Encyclopedia*, pág. 13], el nombre deriva de Amesbury, ciudad en la esquina noreste del estado, cerca de Haverhill y Newbury, por donde Lovecraft pasó en varias ocasiones, la última en agosto de 1927. <<

[323] En Nueva Inglaterra es corriente este tipo de emplazamientos megalíticos, cuyo ejemplo más conocido es Mystery Hill en North Salem (New Hampshire). Andrew E. Rothovius asegura [en su artículo “Lovecraft and the New England Megaliths”, incluido en HPL y otros, *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, Arkham House, Sauk City, 1966] que HPL estaba familiarizado con estos lugares, pero no hay ninguna evidencia de que los conociera antes de escribir este relato, aunque pudo visitarlos más tarde según cuenta H. Warner Munn. <<

[324] Este pasaje es muy parecido a una descripción que Lovecraft le hizo a Zealia Brown Reed (Bishop) de los alrededores de Wilbraham, que visitó en el verano de 1928 [carta del 28 de julio de 1928, en *Selected Letters II, 1925-1929*, págs. 244-246]. Durante ese viaje nuestro escritor vio un «despliegue de luciérnagas absolutamente maravilloso [...] Los campos rasos y los claros de bosques rebosaban de luces saltarinas, de modo que toda la noche parecía una agitada constelación de fuegos brujescos [...] Danzaban tumultuosamente en la hondonada pantanosa, & presidían aquellarres de brujas debajo de los antiguos y nudosos árboles del huerto» [carta a Lillian D. Clark, del 1 de julio de 1928, cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library, citada por Joshi en *The Thing on the Doorstep and Other Weird Stories*, Penguin, Londres, 2001, pág. 410]. En cuanto a la rana toro (*Rana catesbeiana*), se trata de un batracio anuro de gran tamaño, originario del este de América del Norte, que en fase adulta puede superar los 20 cm de longitud y pesar cerca de un kilo. Especie oportunista que caza al acecho, está bastante ligada al agua, por lo que se encuentra en las cercanías de charcas, estanques, ríos, lagos, lagunas y barrancos. Su canto, parecido al mugir del toro, se oye desde muy lejos. <<

[325] Véase la nota 6 de “El color del espacio exterior”, pág. 831. <<

[326] Se ha especulado mucho con el origen de esta denominación. Lovecraft debía conocer la existencia de la antigua población inglesa del mismo nombre en el mar del Norte (en East Anglia, hoy Suffolk), de la que habla (sin citarla) Charles Swinburne en su poema “By the North Sea”, incluido en una edición de 1919 de sus *Poems* que HPL conservaba en su biblioteca, y que también se menciona en la novela corta de Arthur Machen *The Terror* (1917), que igualmente se sabe que el Abuelo había leído [véase su traducción al castellano por Luis Loayza, *El terror*, Alianza Editorial, Madrid, 1985]. En el relato se localiza expresamente en el «norte de la región central de Massachusetts» y algunos escenarios utilizados, como Bear’s Den, se ubican sin duda en esa zona. Sin embargo, posteriormente Lovecraft reconoció que es «un vago eco de la decadente comarca de Massachusetts que circunda a Springfield: es decir, Wilbraham, Monson y Hampden» (al sureste de la región central de Massachusetts) [véase *Selected Letters II, 1925-1929*, págs. 432-435] y es evidente que la topografía y ciertos detalles folclóricos (por ejemplo, las chotacabras como *psicopompos* o conductores de las almas de los muertos) provienen de esa comarca, que HPL visitó con su amiga Edith Miniter [autora de la novela *Our Natupski Neighbors*] en el verano de 1928 (del 29 de junio al 7 de julio) [véase la nota 6]. Para más detalles sobre la ciudad, véase *H.P Lovecraft’s Dunwich: Return to the Forgotten Village* de Keith Herber, Chaosium, 2002. <<

[327] En el poema “The Ancient Track” puede leerse: «Había mojones que yo conocí / “Dos millas a Dunwich”; ahora se empezaban / a ver lejanos chapiteles y tejados / avanzando diez pasos más adelante...» [véase S. T. Joshi (ed.), *The Ancient Track: Complete Poetical Works of H. P. Lovecraft*, Night Shade Books, San Francisco, 2001, pág. 63]. <<

[328] Armígero es un adjetivo poético: dicese del que viste o lleva armas. <<

[329] Como ya se dijo en la nota 8 de “El modelo de Pickman”, en aquel año se inició en esa población de la puritana colonia de Nueva Inglaterra un proceso por brujería cuando dos jóvenes, la hija (de nueve años) y la sobrina (de once) del reverendo Samuel Parris, empezaron a sufrir ataques de llanto y convulsiones incontroladas, por lo que fueron acusadas de estar poseídas por el demonio. Pronto se unieron a ellas como chivos expiatorios, acusadas de cómplices de brujería, las personas que más antipatía despertaban en la ciudad: una esclava negra, una mendiga que fumaba en pipa, una tullida varias veces casada y una madre soltera cuyo hijo era además mestizo. El proceso duró más de un año y el tribunal condenó a muerte a veinticinco mujeres y seis hombres, de los que fueron ahorcados un total de diecinueve. <<

[330] En el mencionado soneto XXVI de *Fungi from Yuggoth* aparece un tal John Whateley. Según señala Donald R. Burleson [en “Humour Beneath Horror: Some Sources for ‘The Dunwich Horror’ and ‘The Whisperer in Darkness’”, *Lovecraft Studies*, nº 2, primavera de 1980, págs. 5-15], Bishop es un apellido procedente de Salem (como Frye), que se estableció en Athol y alcanzó cierta prominencia. <<

[331] Azazel es un demonio del desierto mencionado varias veces en el Viejo Testamento [*Levítico* 16, 8; 16, 10 y 16, 26]. En el *Apocalipsis de Henok* es el nombre del jefe de los ángeles rebeldes. Buzrael es pura invención de HPL. Belcebú (en hebreo, *Baal Zabut*, que significa literalmente «El Señor de las Moscas») es otra denominación empleada en el Nuevo Testamento [por ejemplo: *Mateo* 12, 24-27] para designar a Satanás. Originariamente era el nombre de una deidad filistea adorada en épocas bíblicas en la ciudad de Ekron. Como se explicó en la nota 10 de “El sabueso”, Belial es una transcripción griega del hebreo «beliya'al», que significa «sin utilidad». Mencionado en los Rollos del Mar Muerto como el cabecilla de los hijos de las tinieblas que combaten a los hijos de la luz, en el Viejo Testamento hay varias referencias a él como símbolo de los poderes del caos, la enfermedad y la muerte, y en el Nuevo Testamento aparece como sinónimo de Satanás. Los «hijos de Belial» mencionados en la Biblia [*Deuteronomio* 13, 14; *Jueces* 19, 22; *Reyes* 2 21, 10-13; *Corintios II* 6, 1]) serían, pues, unos inútiles (la expresión hebraica *bene-beliya'al* significa literalmente «hijo de la inutilidad»). Tanto Azazel como Belcebú y Belial aparecen citados en *El paraíso perdido* de Milton [Libro 1]. <<

[332] Lovecraft estaba enterado de unos fenómenos similares, ocurridos en Moodus (Connecticut), por el libro de Charles M. Skinner *Myths and Legends of Our Own Land*, del que poseía un ejemplar, editado por J. B. Lippincot, Filadelfia, 1896. Estos ruidos, parecidos a explosiones, se suelen atribuir a causas sísmicas. <<

[333] En el capítulo titulado “Haddam Enchantments” del mencionado libro *Myths and Legends of Our Own Land*, Skinner cuenta la presencia de brujas en ciertos parajes de Haddam (Connecticut) como Devil’s Hop Yard [Campo de lúpulo del Diablo], Witch Woods [Bosque de la Bruja], Witch Meadows [Prados de la Bruja], Giant’s Chair [Silla del Gigante], Devil’s Footprint [Pisada del Diablo] y Dragon’s Rock [Peña del Dragón). En Devil’s Hop Yard había «un imponente roble que nunca tenía hojas ni bellotas, pues estaba encantado desde que una bruja, en forma de cuervo, se encaramó a la rama más alta, miró en todas las direcciones y emprendió el vuelo. Aquella noche las hojas cayeron, las ramas se marchitaron, la sabia dejó de manar y el musgo empezó a revestir las nervaduras de sus limbos» [op. cit., págs. 47-48]. <<

[334] En su artículo “Mrs. Minit: Estimates and Recollections” (1934), Lovecraft cuenta que vio «la ruinoso y desierto casa del viejo Randolph Beebe en la que las chotacabras se agrupan de manera anormal, y me enteré de que esos pájaros son temidos por los campesinos por creer que son demonios *psicopompos*. Corre el rumor de que se rezagan y revolotean alrededor de las casas en las que alguien está a punto de morir, con la esperanza de atrapar el alma del difunto cuando abandone el cuerpo» [*Miscellaneous Writings*, pág. 477]. Con anterioridad había escrito un largo poema titulado precisamente “Psychopompos” (1918), pero se trata en realidad de una leyenda sobre hombres lobo ambientada en Francia (Auvergne). <<

[335] En Athol (Massachusetts) existe una granja llamada Sentinel Elm Farm, de donde es probable que HPL sacara el nombre. Pero la topografía descrita en el relato parece más bien coincidir, según Joshi [op. cit., pág. 412] con Wilbraham Mountain en Wilbraham (Massachusetts). <<

[336] Una de las siete tribus aborígenes de Massachusetts, que ocuparon todo el valle del río Connecticut (en su lengua algonquina «Quinnitukqut» quiere decir «río largo»), aunque su principal asentamiento estuvo cerca de la actual Deerfield, al norte de la región central de Massachusetts. En 1600 eran unos cinco mil, pero la población decayó rápidamente por efecto de las epidemias y las guerras entre los iroqueses y los ingleses, siendo destruidos en su mayor parte entre 1675 y 1676. <<

[337] Fiesta del calendario cristiano en la que se conmemora la Purificación de la Virgen María, cuarenta días después de la Navidad. El nombre se deriva de la ceremonia de bendición de las velas (candelas) que se llevan en procesión para recordar la venida de Cristo como «Luz que ilumina a los gentiles». La fecha coincide no obstante con la primera de las cuatro celebraciones del aquelarre de las brujas (las otras tres son: el 30 de abril o Noche de Walpurgis, el 1 de agosto o Día de Lammás y el 31 de octubre o Noche de Halloween [víspera del Día de Todos los Santos], equivalentes respectivamente a las fiestas de origen celta Beltane [«Fuego de Bel», Primero de mayo], Lughnasad [«Fiesta de Lug»] y Samhuin [«Final del verano»], prolongación de la antigua festividad druídica de Imbolc o Imbolg, dedicada a la diosa celta del fuego Brigid). Según Pierre de Lancre (1553-1631), famoso estudioso francés de la brujería que mandó a la hoguera a más de seiscientas brujas en su calidad de juez de Burdeos, las candelas blancas eran un atributo del Diablo y las negras distintivos de sus siervas predilectas. <<

[338] Obsérvese el paralelismo con Salem Village (hoy en día Danvers) [véase la nota 90 (146) de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 818]. <<

[339] Colinas. <<

[340] Gritando. <<

[341] Cumbre. <<

[342] Raza de vacas lecheras británicas, pequeñas y de color pardo claro, que antaño fueron famosas por su deliciosa leche y su nata amarilla. Procedían de las islas del canal de la Mancha (las llamadas Islas Normandas) Jersey, Guernsey y Alderney. La raza tomó el nombre de Alderney porque desde esta isla (la más septentrional) se embarcaban rumbo a Inglaterra y al resto de destinos, aunque en ella no llegó a criarse más del 4% del total durante los siglos XVIII y XIX. A partir de 1840 empezaron a exportarse a Estados Unidos. <<

[³⁴³] Según contó a Lillian D. Clark, HPL tuvo una experiencia parecida cuando estuvo en Vermont con su amigo Vrest Orton en junio de 1928: «He aprendido a preparar un fuego de leña y he ayudado a los chicos de los vecinos a juntar una vaca extraviada» [carta del 12 de junio de 1928, cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library, citada por Joshi, op. cit., pág. 413]. <<

[344] Como apunta William Schnabel [en “La gemellité et le doublé monstrueux du moi: deux exemples du double lovecraftien”, *H.P. Lovecraft. Fantastique, mythe et modernité* (Actes du Colloque de Cerisy-la-Salle, 3-10 agosto de 1995), Éditions Dervy, París, 2002, págs. 237-257], Wilbur es «Lovecraft de joven», parece una «ficción teratológica del autor». Además de compartir una extraordinaria precocidad en todo (a los diez años parecía un adulto cuya erudición confundía), otro rasgo característico de ambos era su extrema fealdad. Recuérdese que la madre de HPL «decía constantemente de su hijo que eran tan feo que se ocultaba y no le gustaba salir a la calle donde la gente pudiera verlo» [Kenneth F. Faig, *The Parents of Howard Phillips Lovecraft*, Necronomicon Press, 1990, pág. 52]. <<

[345] Los ordenará. <<

[346] En la Inglaterra de la Edad Media *squire* o *esquire* designaba lo que nosotros llamábamos escudero, o sea, el que por su sangre es noble y distinguido, o también el paje o sirviente que le lleva el escudo a un caballero. A partir del siglo xvii el término se aplica al principal terrateniente de una comarca, pero también al juez de paz de la misma. <<

[347] Persiguen. <<

[³⁴⁸] Primero de Agosto en la antigüedad. Actualmente, el 28 de ese mismo mes. En Escocia, uno de los cuatro comienzos de trimestre [los otros son: la Candelaria (28 de febrero, antes 2), Domingo de Pentecostés (28 de mayo, antes 15) y el Día de San Martín (28 de noviembre, antes 11)] y en Inglaterra, el día en que se consagraba el pan hecho con los primeros granos maduros o fiesta de la cosecha.

<<

[349] Quemarlo o abrasarlo. <<

[350] Véase la nota 11 (287) de “Historia del Necronomicon”, pág. 844. <<

[351] Véase la nota 10 (286) de “Historia del Necronomicon”, págs. 843-844. <<

[352] Este personaje desempeña un papel parecido al de Marinus Bicknell Willett en *El caso de Charles Dexter Ward*. <<

[353] Compárese con este párrafo de “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath”: «Es sabido que los más jóvenes de los Grandes a menudo se casan, disfrazados, con las hijas de los hombres, de modo que cerca de las lindes del yermo helado, donde se encuentra Kadath, los campesinos deben llevar su sangre. Siendo esto así, la forma de encontrar aquel yermo donde se encuentra Kadath debe de ser ir a ver el rostro de piedra de Ngranek y fijarse bien en sus rasgos; y después de haber tomado cuidadosa nota de ellos, buscar tales rasgos entre los seres vivos» [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 625]. <<

[³⁵⁴] Robert M. Price aduce [en *The Necronomicon*, Chaosium, 1996, pág. 397] que Kadath es una variante de Cadés (Kadesh), el desierto por el que los hijos de Israel vagaron siguiendo a Moisés [*Números* 10 a 36, y *Deuteronomio* 9, 25]. <<

[355] Idéntica expresión aparece en “The Last Test”, relato de Adolphe de Castro escrito en 1927 que Lovecraft revisó a fondo y finalmente fue publicado en noviembre de 1928 en *Weird Tales*, vol. 12, nº 5 [hay traducción castellana de Antonio-Prometeo Moya: “La última Prueba”, en *Muerte con alas y otras colaboraciones*, Caralt, Barcelona, 1978, págs. 138-191]. No está muy claro cuál es la verdadera naturaleza de esta diosa del panteón cthulhiano ni su función exacta ni sus atributos. Cuando aparece citada en otros relatos nunca se especifica de qué se trata. Se supone que es una especie de diosa de la fertilidad y por tanto una deidad terrestre (en “The Mound” se la califica de «Astarté sofisticada»). Sin embargo el propio Lovecraft sugiere enigmáticamente algo bien distinto: «La esposa de Yog-Sothoth es la nebulosa entidad infernal Shub-Niggurath, la Cabra de los mil cabritos [reminiscencia tal vez de la concepción medieval de Satanás como un sátiro negro con cabeza de macho cabrío], en cuyo honor se celebran nefandos cultos» [*Selected Letters V (1934-1937)*, pág. 303]. El nombre se lo inspiró probablemente lord Dunsany, que menciona a un dios llamado Sheol Nugganoth («a quien los hombres de la selva han abandonado desde hace mucho») en “Días de ocio en el País del Yann”. Curiosamente, en el juego de rol “Call of Cthulhu” el último adversario al que ha de enfrentarse el jugador es precisamente Shub-Niggurath. <<

[356] Parodia de las palabras de Jesucristo en el Sermón de la Montaña según los Evangelios: «Por sus frutos los conoceréis» [*Mateo* 7, 20]. <<

[357] Éste es el segundo fragmento del *Necronomicon* que aparece en la obra de Lovecraft [el primero se cita al final de “El ceremonial”, véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 449-450, y el tercero en “A través de las puertas de la llave de plata”, pág. 618 de este volumen). <<

[358] “El gran dios Pan” es el más conocido cuento de Machen, escritor predilecto de Lovecraft, al que consideraba como uno de los cuatro maestros modernos del género [ver su traducción al castellano por J. A. Molina Foix en la antología *El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural*, Valdemar, Madrid, 1999, págs. 15-62]. «El encanto de este relato —comenta HPL en *Supernatural Horror in Literature [Dagon and Other Macabre Tales*, pág. 423]— reside en su eficacia. Nadie podría describir el suspense acumulado y el horror consumado que abundan en cada párrafo sin seguir cabalmente el orden preciso con que Machen va exponiendo sus graduales alusiones y revelaciones». Es curiosa la referencia, que, más que un homenaje a un autor favorito, parece indicar un sincero reconocimiento de que se trata de una de las fuentes principales del relato. Sobre la influencia de Machen en el Abuelo véase “Obstinado soñador”, prólogo al primer tomo de esta *Narrativa completa* [págs. 23-25]. Resulta curioso comprobar, por otra parte, la fijación de HPL por el mito griego de Pan. Como apunta Elsa Grasso, es como si deseara inspirar a los que se enfrentan a sus variopintas criaturas cósmicas los mismos sentimientos de «veneración y de miedo» y esa «actitud de escucha impresionada» de la que habla a propósito de Machen. Como si en tales casos el pánico fuese la única conducta posible: la «huida ante la realidad inaudita del mundo» [“Mythe et métamorphose”, en *H.P. Lovecraft. Fantastique, mythe et modernité*, págs. 195-215]. <<

[359] El 3 de mayo, fecha en que la Iglesia Católica celebra el descubrimiento de la verdadera Cruz en Jerusalén, llevado a cabo por Santa Elena, madre del emperador Constantino el Grande, hacia el año 326. <<

[360] Del 22 al 23 de septiembre, cuando los días son iguales a las noches por hallarse el sol sobre el Ecuador. <<

[361] Como ya se explicó en la nota 3 de “El testimonio de Randolph Carter”, icor es una antigua denominación en cirugía de un líquido seroso que supuran ciertas úlceras malignas. <<

[362] Este pasaje tiene para Schnabel una indiscutible significación psicoanalítica: experimenta la necesidad de tentáculos para compensar su ausencia de sexualidad, y para superar al mismo tiempo la castración materna. <<

[363] Recurso tomado en préstamo del relato de Machen “The White People” (1906) [véase su traducción al castellano por J. A. Molina Foix, “El pueblo blanco”, en la citada antología *El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural*, págs. 139-174], en el que una joven anónima recoge en un diario, *El libro verde*, los cuentos que le contaba su niñera y lo que ella denomina «los secretos de los secretos». <<

[364] Joshi opina que este apellido debió tomarlo HPL de la obra teatral de Mary E. Wilkins-Freeman *Giles Corey, Yeoman* (1893), sobre las brujas de Salem, que leyó en 1924, según confesó a su tía Lillian Clark [carta del 4-5 de noviembre de 1924, en *Selected Letters 1911-1924*, pág. 360]. De esta escritora realista de Nueva Inglaterra Lovecraft alaba en *Supernatural Horror in Literature* su volumen de relatos fantásticos *The Wind in the Rosebud* (1903), y en especial el titulado "The Shadows on the Wall". <<

[365] El original está escrito en un dialecto rústico de Nueva Inglaterra, que posteriormente Lovecraft volverá a utilizar en “La sombra sobre Innsmouth”. Según Jason C. Eckhardt [véase “The Cosmic Yankee”, en David E. Schultz y S. T. Joshi (eds.), *An Epicure in the Terrible: A Centennial Anthology of Essays in Honor of H. P. Lovecraft*, Fairleigh Dickinson University Press, Rutherford (Nueva Jersey), 1991, págs. 89-90], este dialecto lo tomó HPL de la serie de poemas de James Russell Lowell titulada *The Biglow Papers* (1848-1862). Para descifrarlo me ha sido de gran utilidad el libro de Robert Hendrickson *Yankee Talk. A Dictionary of New England Expressions* (Facts On File, Nueva York, 1996) y en especial la docta ayuda de Carola Aikin. Pido disculpas al lector si no es de su agrado la equivalencia al castellano que he elegido, en la que he evitado expresamente cualquier asimilación con algún dialecto local de nuestro país o de otros de habla hispana. El significado de los términos «asuso» y «abano» es «arriba» y «abanico», respectivamente. <<

[366] La escritora Edith Minitier y su prima Evanore Beebe tenían en su casa de Wilbraham (Massachusetts) un criado a sueldo que se llamaba igual [véase el mencionado artículo “Mrs. Minitier: Estimates and Recollections”, en *Miscellaneous Writings*, pág. 479]. <<

[³⁶⁷] La Guarida del Oso. Existe una cueva de ese nombre cerca de North New Salem (Massachusetts), al sudoeste de Athol, que Lovecraft visitó el 28 de junio de 1928 con H. Warner Munn y W. Paul Cook, y que días después describió por carta a su tía Lillian D. Clark [véase la nota 6]. El paraje fue redescubierto posteriormente por Donald R. Burleson [véase el artículo citado en la nota 12]. <<

[368] Invención de Lovecraft, inspirándose seguramente en el *Athol Transcript*, periódico en el que escribía su amigo W. Paul Cook, o en el *Boston Transcript*, uno de los más conocidos diarios de Nueva Inglaterra en aquella época. <<

[369] Agencia de noticias norteamericana, hoy en día la mayor del mundo, fundada en 1846. Fue la primera en utilizar la telegrafía sin hilos, inventada por Marconi en 1899, e introdujo el teletipo en 1914.

<<

[370] Según John Brooks, en 1928 apenas un dieciséis por ciento de la población estadounidense tenía teléfono. En las áreas rurales (y en las zonas obreras de las grandes ciudades) casi todos eran compartidos: dos o más aparatos conectados a una misma línea [*Telephone: The First Hundred Years*, Harper 86 Row, Nueva York, 1976, pág. 267]. <<

[371] La escritura árabe actual data del siglo IV y recibe el nombre de nasj para diferenciarla de la primitiva más redondeada llamada cúfica, por la ciudad de Kufa, centro intelectual de Arabia en el siglo IX. La nasj es fluida y redonda; la cúfica era rígida y angulosa, con letras sobrias y rectas, mayúsculas y de gran tamaño; se usa todavía en los documentos oficiales. <<

[372] En contra de lo que algunos piensan estos libros no son una invención de Lovecraft, la lista está tomada del artículo sobre «Criptografía» de la novena edición de la *Enciclopedia Británica*, firmado por John Eglinton Bailey, en el que aparecen en el mismo orden.

La *Poligraphia* del abad benedictino Tritemio [véase la nota 50 (106) de *El caso de Charles Dexter Ward*, págs. 81 1-812] se publicó en latín en 1518. Fue el primer libro impreso sobre criptografía, en el que, siguiendo las enseñanzas astrológicas contenidas en el Picatrix del pseudo Abdul-Casim Maslama ben Ahmad al-Magriti [el madrileño], inventó la cifra esteganográfica.

De furtivis literarum notis, vulgo de ziferis de Giovanni Battista (Giambattista) della Porta (1538-1615), matemático, naturalista, filósofo y ocultista italiano, se publicó en 1563 y presenta un método esteganográfico basado en tablas de letras.

Traité des chiffres où seerètes manières d'écrire, del matemático francés Blaise de Vigenère (1523-1596), se publicó en 1586. Se trata de una obra esteganográfica de clara influencia luliana en la que desarrolla un sistema de sustitución que lleva su nombre.

Cryptomenysis Patefacta; or, The Art of Secret Information Disclosed Without a Key, del inglés John Falconer, pariente lejano de David Hume, se publicó en 1685 e incluía una sección sobre semiología, que él define como «métodos de información secreta a través de señales y gestos».

John Davys (1678-1724) publicó en 1737 *An Essay on the Art of Decyphering: in which is inserted a Discourse of Dr Wallis*.

Philip Thicknesse (1719-1792) publicó en 1772 *A Treatise on the Art of Decyphering and of Writing in Cypher*.

El criptógrafo inglés Dr. William Blair escribió hacia 1807 un extenso artículo sobre «Cypher», que años más tarde incluyó en la *Cyclopædia* de Abraham Rees (1817), en donde Poe lo leyó para documentarse antes de escribir “El escarabajo de oro” (1843).

G. von Marten publicó *Cours diplomatique* en 1801.

El mejor libro moderno sobre el tema fue *Kryptographik* del alemán Johan Ludwig Klüber (1762-1837), publicado en Tubinga en 1809, que estableció una útil clasificación de los diferentes métodos criptográficos.

Sobre los conocimientos de HPL acerca de este tema véase el artículo de Donald R. Burleson “Lovecraft and the World as Cryptogram”, en *Lovecraft Studies*, nº 16, primavera de 1988, págs. 14-18. <<

[373] Mítico lenguaje secreto, posiblemente en clave, utilizado por una raza no humana (los hombres-serpiente de Valusia) para sus textos prohibidos y sus rituales diabólicos. La invención se atribuye a Arthur Machen, que lo cita en su relato “El pueblo blanco” (1889) [véase *El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural*, pág. 147], pero en *Remarks upon Alchemy and the Alchemists* [The Banton Press, Isle of Arran (Escocia), 1857] el rosacruciano norteamericano Ethan Allen Hitchcock (1798-1870) hace referencia a las «ahora inaccesibles tablillas en caracteres Aldo». Después de Lovecraft, que volverá a darle protagonismo en “El asiduo de las tinieblas”, Alan Moore lo ha utilizado recientemente en su cuento y cómic *The Courtyard* (2003). <<

[374] Calificativo de Yahvé como «Señor de los Ejércitos», palabra hebrea aplicada luego en la Biblia como sinónimo de las potencias celestes [*Isaías* 6, 3; *Rom* 9, 29 y *Sant.*, 5, 4]. Más tarde se consideró erróneamente como una variante de «Sabbat», palabra hebrea para designar el séptimo día, que por hostilidad a los judíos posteriormente se asimiló al aquelarre de las brujas. Lovecraft la utiliza aquí en el sentido de día reservado a un ritual religioso y por tanto el «Aklo para el Sabaot» se trata de una fórmula en ese lenguaje, destinada a invocar a seres extradimensionales, que sólo es efectiva en noches despejadas cuando la luna está en fase creciente y exclusivamente para aquellos espíritus a los que «se puede responder desde la colina». <<

[375] La repetición de la fórmula Dho proporciona al adivino una vista del lugar deseado (con el peligro de atraer a los sabuesos de Tindalos) y la porción Hna le da el poder de viajar a tal lugar. Véase el conjuro en *The Neeronomicon: The Book of Dead Names* [edición de George Hay, pág. 1381. <<

[376] Fórmulas utilizadas para traer a esta dimensión seres de más allá de Kadath y devolverlos a su lugar de origen. <<

[377] El reino de Voor es otra invención de Arthur Machen, mencionada en “El pueblo blanco” [véase *El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural*, pág. 150]. Está situado más allá de los confines del mundo, donde, según *El libro verde* [véase la nota 45], «va la luz cuando se apaga y fluye el agua cuando el sol desaparece». En *The Necronomicon* [edición de George Hay, pág. 117] puede verse el signo de Voor: se hace con la mano izquierda, estirando los dedos índice y meñique y encogiendo el corazón y el anular, con el pulgar ligeramente metido hacia dentro. <<

[378] Polvos místicos de la materialización (tomados de la tumba en la que el cadáver haya yacido por lo menos doscientos años) que permiten observar la etérea manifestación de los espíritus. Véase la manera de fabricarlos en *The Necronomicon*, pág. 121. Inventado por Robert Turner en *The R'lyeh Text (Hidden Leaves from the Necronomicon)* [Skoob Books, Londres, 1995], Ibn Ghazi era un mago árabe que una vez vislumbró el fin de la humanidad, pero los dioses le negaron cualquier conocimiento de lo que vio. <<

[379] También conocidos por su otra denominación más frecuente de «Ancianos». <<

[380] El término inglés «vigintillion» no tiene equivalencia en castellano: se expresa por la unidad seguida de 64 ceros. Como un billón es la unidad seguida de 12 ceros, y un cuatrillón la unidad seguida de 24 ceros, un «vigintillion» sería un billón de cuatrillones de cuatrillones. Como ya se indicaba en la nota 5 de “Al otro lado de la barrera del sueño”, un eón es un periodo de tiempo que abarca mil millones de años. <<

[381] Como se explicó en la nota 10 de “El ceremonial”, esta guía para la persecución de brujas, publicada en Lyon en 1595, que junto a la *Démonomanie des sorciers* (1580) de Jean Bodin llegó a sustituir hasta cierto punto al célebre *Malleus Maleficarum* (1486), de los dominicos alemanes Jakob Sprenger y Heinrich Kramer, como autoridad máxima en la lucha contra la magia negra, fue escrita por el clásico demonólogo francés Nicolas Rémy (1530-1612), fiscal del Tribunal Supremo de Lorena que se jactaba de haber quemado en la hoguera a 900 personas entre 1581 y 1591. Es probable que Lovecraft sólo conociera el libro por referencias, aunque años más tarde pudo adquirir la célebre traducción al inglés de Montague Summers: *Demonolatry*, J. Rodker, Londres, 1930. <<

[382] Como ya se dijo en la nota 5 de “La tumba”, es bien conocida la abstinencia de Lovecraft a lo largo de toda su vida y su obsesión por el tema, que le llevó incluso a escribir varios poemas condenando el consumo de alcohol: “The Power of Wine: A Satire” (*Evening News*, 1915), “Temperance Song” (*Dixie Booster*, 1916), “Monody on the Late King Alcohol” (*The Tryout*, 1919), etc. <<

[383] Otra cita bíblica: «La pestilencia que vaga en las tinieblas» [Salmos 91, 6]. “Negotium perambulans” es también el título de un célebre relato de E. F. Benson (1867-1940) que Lovecraft destaca especialmente entre todos los suyos en *Supernatural Horror in Literature* [pág. 416]. <<

[384] Compárese con esta frase de “El color del espacio exterior”:
«Aquello debía ser una especie de castigo divino, aunque Nahum no
podía adivinar por qué, pues, que él supiera, siempre había seguido
rectamente los caminos del Señor». <<

[385] Lovecraft tenía varios telescopios, entre ellos un Bardon de tres pulgadas que compró en 1906 por cincuenta dólares. En la bolsa esmaltada negra que solía llevar en sus viajes nunca faltaba un telescopio de bolsillo [ver carta a su tía Lillian D. Clark, del 13-14 de mayo de 1929, cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library, citada por Joshi en *The Thing on the Doorstep and Other Weird Stories*, pág. 419]. <<

[386] En este caso HPL utiliza el sentido figurado y familiar de esta palabra: «tumulto, batahola diabólica», después de haberla usado en “El modelo de Pickman” en su significado habitual; «capital imaginaria del reino infernal, o lugar de reunión de los demonios».

<<

[387] Aqueronte es el río subterráneo de la mitología griega que han de atravesar las almas para llegar al reino de los muertos. <<

[388] Esta llamada desesperada es para Michel Houellebecq [*HP Lovecraft Contre le monde, contre le vie*, págs. 139-140] «un fiel eco del “Elí, Elí, lama sabactani”» [últimas palabras de Cristo en la cruz, traducidas generalmente como: «¡Dios mío!, ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?», aunque recientes interpretaciones prefieren: «¡Dios mío!, ¡Dios mío! ¡Mi destino se ha cumplido!»]. Curiosamente, esta «repugnante parodia de la Pasión» es, para el escritor francés, una prueba irrefutable del «obsesivo racismo» de Lovecraft, ya que para él «el horror absoluto, más todavía que las otras razas, es el mestizaje». Según eso, como alega con razón Luc Sante, «el mito cristiano de la Inmaculada Concepción sería también una violación del orden natural, lo cual sin duda alguna es bastante estimulante» [véase “The Heroic Nerd”, en *The New York Review*, 19 de octubre de 2006, pág. 40]. <<

Notas

[389] Título original: “The Whisperer in Darkness”, traducido por Francisco Torres Oliver. Escrito entre el 24 de febrero y el 26 de septiembre de 1930. Publicado por vez primera en agosto de 1931 en *Weird Tales*, vol. 18, nº 1, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi incluido en *The Dunwich Horror and Others*, basado en una copia mecanografiada que se conserva en la John Hay Library.

Lovecraft cobró 350 dólares por el relato, la mayor suma que conseguiría en toda su vida, superando con creces la cifra obtenida por “El horror de Dunwich”. En principio iba a aparecer en dos entregas sucesivas, pero como *Weird Tales* pasó a ser bimensual durante la mayor parte de 1931, finalmente se publicó en el número de agosto de aquel año.

Las inundaciones de Vermont en 1927 probablemente estimularían la imaginación de Lovecraft, y las visitas a ese estado, fronterizo con Canadá, aquel mismo año y el siguiente, alojado en casa de su amigo Vrest Orton [véase la nota 25 de “El horror de Dunwich”, pág. 855], reforzarían la idea de ubicar un relato en tal marco. Luego utilizaría pasajes enteros del ensayo que escribió a raíz de tales visitas, “Vermont – A First Impression” (publicado en *Drifwind*, en marzo de 1928 y recogido posteriormente en *Miscellaneous Writings*, págs. 293-296), aunque convenientemente modificados para acentuar el terror y la fascinación de aquellos rústicos paisajes.

Hay numerosos detalles autobiográficos en este relato, cuya génesis ha estudiado pormenorizadamente Steven J. Mariconda [“Tightening the Coil: The Revision of ‘The Whisperer in Darkness’”, *Lovecraft Studies*, nº 32, primavera de 1995, págs. 12-17].

En el manuscrito HPL afirma que lo terminó «provisionalmente» en Charleston (Carolina del Sur) el 7 de mayo de 1930, pero como confirman una carta suya a Derleth del 7 de junio de aquel mismo

año, que se conserva en Madison (en la State Historical Society of Wisconsin), y una reseña de Frank Belknap Long ["Some Random Memories of H.P.L.", incluida en *Marginalia*, edición de August Derleth y Donald Wandrei, Arkham House, Sauk City, 1944, pág. 336], el texto lo revisó bastante, después de habérselo dado a leer a Long en Nueva York y posteriormente a Bernard Austin Dwyer en Kingston.

En 1968, poco antes de morir, Boris Karloff intervino en escenas de la última de sus cuatro películas rodadas en Los Ángeles para el productor mexicano Enrique Vergara. Tras muchas vicisitudes, el film resultante, que pretendía estar basado en este relato de Lovecraft, se estrenó en 1971 con el título de *Invasión Siniestra* (conocida también como *Alien Terror*, *The Incredible Invasion* o *Sinister Invasion*), firmado por Jack Hill y Juan Ibáñez, pero no conserva apenas nada que recuerde al maestro de Providence. Por el contrario, en *Phantasm* (1979), de Don Coscarelli, hay bastante del espíritu de este relato. La idea de encoger cadáveres robados de un cementerio y enviarlos al espacio enlatados después de devolverles la vida es similar en muchos aspectos a lo que descubre Wilmarth en la granja de Akeley. Más fiel al original era el corto mudo en super 8 *The Whisperer in Darkness* (1975), rodado en Ohio, escrito y dirigido por David C. Smith, con la participación del amigo y corresponsal de HPL J. Vernon Shea, y el tercer episodio de *The Necronomicon, Book of the Dead* (1994), de Brian Yuzna, titulado convenientemente *Whispers*. <<

[³⁹⁰] Una tormenta tropical provocó una inundación general los días y 4 de noviembre de 1927, en la que murieron 84 personas. Lovecraft había visitado Vermont aquel mismo verano y siguió el desarrollo de las inundaciones a través de la prensa. El 12 de enero de 1928 le escribió a su amigo galés Arthur Harris, editor de *Interesting Items*, el más duradero periódico aficionado (de 1904 a 1956), en el que había publicado varios poemas y el ensayo "The Crime of Crimes" (en julio de 1915): «El pasado noviembre hubo graves inundaciones sin precedentes en Nueva Inglaterra, que no afectaron a Providence, pero asolaron gran parte del territorio que recorrí este verano» [carta que se conserva en la John Hay Library]. <<

[391] Benning Wentworth (1696-1770) fue gobernador real de New Hampshire entre 1741 y 1767, y cuando el consejo privado de Londres decretó que aquella región pertenecía a Nueva York, otorgó grandes concesiones de tierras al oeste del río Connecticut, en lo que ahora es Vermont, que nunca fue colonia británica y sólo se convirtió en estado después de la revolución. <<

[392] Tribu india («lugar retorcido», en lengua algonquina) que habitaba New Hampshire, Vermont, el nordeste de Massachusetts y el sudoeste de Maine. Durante la Guerra del rey Felipe se dividieron: mientras unos apoyaron al «Rey Felipe» (Metacomet, Metacom o Pometacom) en su enfrentamiento con los blancos, otros se declararon neutrales siguiendo a su jefe Passakonawa. Hacia 1700 fueron expulsados de sus tierras y se dispersaron por Canadá, uniéndose a los abnakis («los que viven donde sale el sol», en lengua algonquina). Según Donald R. Burleson, «aunque no existe material escrito sobre los mitos de los pennacook, que fueron arrasados por una plaga en los primeros años del siglo XVII, se sabe que compartieron con los abnakis un mito acerca de una “espantosa criatura alada llamada *bmola*”» [en William C. Sturtevant (ed.), *Handbook of North American Indians*, Smithsonian Institution, Washington, 1978, tomo XV, pág. 159]. Otros nombres alternativos: Pamola, Pomola o P-mol-a. Conocida también como «Wind Bird» (Ave del Viento), se trata de una gigantesca ave que provocaba tormentas y tiempo frío. <<

[393] En realidad *kallikanzaroi*. En el antiguo folklore griego, los niños nacidos en Navidad no eran realmente humanos, sino espíritus que los habían sustituido, y causaban estragos durante los 12 días que duran las Navidades. <<

[394] El Abominable hombre de las nieves es un monstruo que se dice que habita en el Himalaya. Mi-Gö (hombre salvaje) es el término tibetano, mientras que en la lengua parbatia del Nepal (dialecto del sánscrito) se llama *yeti*. <<

[395] Como ya se dijo en la nota 7 de “El descendiente”, Charles Hoy Port (1874-1932) fue un coleccionista de conchas, minerales y pájaros, taxidermista, periodista y escritor, que dedicó gran parte de su vida a recopilar hechos anómalos que él denominaba «condenados» (hoy en día se conocen como «fenómenos forteanos»), sucesos sin sentido ni explicación lógica que escapan al pensamiento científico y desmoronan, de ser ciertos, todo nuestro actual sistema de medida. Intentando buscar un sentido global al caos de este mundo, leía incansablemente periódicos y revistas científicas en las bibliotecas de Nueva York en busca de información, que acumulaba en fichas ordenadas (en más de 1.300 cajas de zapatos), y más tarde consignó en su célebre *Book of the Damned* (*Libro de los Hechos Condenados*, 1919), en donde elaboró una teoría del mundo como «realismo fantástico». De las diez novelas que escribió sólo publicó *The Outcast Manufacturers* (1906), el resto de manuscritos los quemó, dedicándose a partir de entonces a la investigación de todos los fenómenos inexplicables. Fue el inventor del término «teleportation» para denotar las extrañas apariciones y desapariciones de personas que según sus hipótesis eran secuestradas (abducidas) por extraterrestres (aliens). <<

[396] Periódico ficticio que aparecía en “El horror de Dunwich” y volverá a citarse en *En las montañas de la locura*. <<

[397] En realidad *Rutland Daily Herald*, periódico fundado en 1861.

<<

[398] En realidad *Brattleboro Daily Reformer*. <<

[399] «The Pendrifter» era el seudónimo de Charles Crane, que dirigía la columna «Pen-Drift» del periódico. Vrest Orton participó con un artículo sobre Lovecraft, titulado “A Weird Writer Is in Our Midst”, en la columna del 16 de junio de 1928. HPL y Crane se conocieron en junio de ese mismo año. <<

[400] El nombre, y ciertas facetas del personaje, están inspirados en el pintor Bert G. Akley, que vivía aislado en una cabaña a las afueras de Brattleboro, a quien Lovecraft conoció en el verano de 1928. «Akeley [sic] —que vive solo en la antigua granja que se muestra en esta postal— resultó ser un extraordinario genio rústico. Sus pinturas —que abarcan todos los géneros, aunque su especialidad es el paisaje local— son excelentes, aunque nunca fue a clase en toda su vida» [postal de HPL a su tía Lillian D. Clark (ca. 24 de junio de 1928) que se conserva en la John Hay Library]. <<

[401] Apellido prominente de Rhode Island. Nelson Wilmarth Aldrich (1841-1915), importante político republicano, fue senador por Rhode Island entre 1881 y 1911. <<

[402] Sir Edward Burnett Tylor (1832-1917), antropólogo británico autor de *Primitive Culture* (1871), un hito en el estudio del folclore y las religiones antiguas.

Sir John Lubbock, primer Barón Avebury (1834-1913), naturalista inglés hijo de un banquero, cuya labor divulgativa de la Prehistoria en libros como *Prehistoric Times, as Illustrated by Ancient Remains, and the Manners and Customs of Modern Savage*; (1865), o *The Origin of Civilization and the Primitive Condition of Man* (*Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre*, 1870) marcó toda una época.

Sir James George Frazer (1854-1941), filósofo e historiador de las religiones irlandés, cuya monumental obra en doce volúmenes *The Golden Bough* (*La rama dorada*, 1890-1915), uno de los primeros intentos de sistematizar el mundo de la magia, constituye un insuperable estudio comparativo de los rituales religiosos antiguos y modernos y una de las exposiciones más claras y completas que se hayan publicado acerca de las costumbres y el folclore de todo el mundo. Lovecraft ya había citado el libro en “La llamada de Cthulhu”.

Jean Louis Armand de Quatrefages de Bréau (1810-1892), médico y antropólogo francés que realizó una clasificación de los fósiles humanos y elaboró una teoría antievolucionista. En 1836 fundó el *Journal de médecine et de chirurgie* de Toulouse, diario científico en el que publicó numerosos trabajos de Zoología. A partir de entonces su actividad científica en ese campo fue frenética, publicando en veinte años casi un centenar de trabajos, que combinó con viajes científicos por Francia y Sicilia, acompañado de otros dos célebres naturalistas: Milne-Edwards y Émile Blanchard. El resultado de ello fueron los dos volúmenes de *Sourvenirs d'un naturaliste*, publicados en 1854. Quatrefages vulgarizó el nombre de antropología a partir

de 1855. Cuando Broca fundó la Sociedad de Antropología de París cuatro años después, esta ciencia comenzó un asombroso despliegue, al que pronto se adhirió Quatrefages, conjuntamente con otro miembro de dicha Sociedad y discípulo suyo en el Museo, E. T. Hamy. En 1867 escribió para la Exposición de París *Rapport sur les progres de l'anthropologie*, y en 1882, en colaboración con Hamy, *Crania ethnica*. Defendió la unidad de la especie humana, es decir, el monogenismo, en oposición a otros antropólogos franceses poligenistas, como Broca o Topinard, en su obra *L'unité de l'espèce humaine*, publicada en 1861. También asumió una posición antievolucionista, publicando varias obras críticas sobre Darwin: *Darwin et ses précurseurs français* (1870) y *Les émules de Darwin* (1894).

Sobre Margaret Murray véase la nota 91 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 818.

Henry Fairfield Osborn (1857-1935), geólogo y paleontólogo estadounidense. Presidente del Museo Americano de Historia Natural desde 1908 hasta 1935, periodo en el que acumuló una de las colecciones de fósiles más notables del mundo. Dirigió varias expediciones de búsqueda de fósiles en el sudoeste de Estados Unidos. Describió y nombró al Ornitholestes en 1903, al *Tyrannosaurus rex* en 1905, al *Pentaceratops* en 1923, y al Velociraptor en 1924. Autor de *The Origin and Evolution of Life* (1917) y *The Age of Mammals* (1910).

Sir Arthur Keith (1866-1955), anatomista y antropólogo escocés, destacada figura en el estudio de los fósiles humanos. Su nombre se vio involucrado en el fraude del supuesto «hombre de Piltdown» encontrado por Charles Dawson (*Eanthropos Dawsoni*), que se creía era el eslabón perdido entre el *Homo sapiens* y las más antiguas especies. La mistificación se perpetró en 1908, cuando apareció cerca de Piltdown (Sussex) el cráneo fosilizado de un hombre parecido a los actuales humanos junto a una quijada de mono, y no fue refutada hasta 1953, pero se seguía sospechando

de su intervención en el fraude, aunque recientemente se ha demostrado sin ningún género de dudas que no tuvo nada que ver. Sus principales obras son *Ancient Types of Man* (1911), *The Antiquity of Man* (1915), *Concerning Mans Origins* (1927) y *A New Theory of Human Evolution* (1948).

Pierre Marcelin Boule (1861-1942), geólogo y antropólogo francés, una autoridad en morfología fósil y destacado adepto del evolucionismo. Profesor de paleontología, responsable de la reconstitución del Hombre de Neanderthal, su obra principal es *Hommes fossiles* (1921).

Sir Grafton Elliot Smith (1871-1937) fue un anatomista australiano, especialista en la evolución del cerebro de los primates. Emigrado a Inglaterra, se convirtió en uno de los tres paleontólogos más importantes junto a Sir Arthur Smith Woodward y al mencionado Sir Arthur Keith y el más radical de los difusionistas, paladín del llamado hiperdifusionismo británico. Además de ser el primer investigador en aplicar los rayos X a una momia, es conocido sobre todo por su teoría hiperdifusionista de la prehistoria, que reclamó exclusivamente para el Antiguo Egipto el origen de todas las civilizaciones, incluidas las americanas (*difusionismo monocéntrico*). Entre sus obras destacan *The Ancient Egyptians and the Origin of Civilization* (1911), *Catalogue of the Royal Mummies in the Museum of Cairo* (1912), *On the Significance of the Geographical Distribution of Mummification – A Study of the Migrations of Peoples and the Spread of Certain Customs and Beliefs* (1916), *The Evolution of Man: Essays* (1924, 2ª edición 1927), *Human History* (1930) y *The Diffusion of Culture* (1933). <<

[403] Lovecraft tuvo un gramófono «Edison del tipo primitivo, con grabadora y cintas vírgenes», con el que grabó «muchos discos vocales a imitación de los cantantes del cilindro de cera» [carta a los «Kleicomolo» (Kleiner, Cole, Moe 8€ HPL) del 17 de abril de 1917, en *Selected Letters I, 1911-1924*, pág. 44]. <<

[404] «Nada proviene de la nada», aforismo sacado de un verso de las *Sátiras* (III, 84) de Aulo Persio Flaco (34-62 d. C.), tomado a su vez del poema de Tito Lucrecio Caro (95-55 a. C.) *De rerum natura* (I, 155). <<

[405] El éter es un concepto de la física anterior a Einstein: un fluido imponderable que «llena todo el espacio» [Ernst Haeckel, *The Riddle of the Universe*, Harper & Brothers, Nueva York, 1900, pág. 225] al que los físicos tuvieron que recurrir para explicar cómo se transmite la luz, el calor y otras formas de energía. <<

[406] Estos megalitos, mencionados ya en “El horror de Dunwich” [véase la nota 5, pág. 850], están dispersos por toda Nueva Inglaterra y la mayoría de ellos debieron ser obra de los indios. <<

[407] Tomado sin duda de “La novela del Sello Negro”, un capítulo de la novela de Arthur Machen *Los tres impostores* (1896) [véase su traducción al castellano por J. A. Molina Foix en *El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural*, págs. 89-122]. <<

[408] Lovecraft tenía un busto del escritor, como puede comprobarse en una fotografía de su estudio reproducida en el libro *Marginalia*, frente a la página 214. <<

[409] Impagable catálogo de personajes y lugares misteriosos, algunos inventados por Lovecraft y el resto por sus predecesores o su círculo de colaboradores:

El planeta Yuggoth, «pasados los vacíos estelares», aparece por vez primera en el soneto IV “Recognition” de *Fungi from Yuggoth*.

Tsathoggua es una deidad inventada por Clark Ashton Smith en el relato “The Tale of Satampra Zeiros” (escrito en 1929 y publicado en *Weird Tales* en noviembre de 1931), que transcurre en el mítico reino de Hyperborea. «Yace [...] en los suburbios invadidos por la jungla de Commorion, la hace ya mucho tiempo abandonada capital de los soberanos hiperbóreos. [...] Aunque ya no es adorado por los hombres, ante sus altares de fresno se han visto a veces, dice la gente, rendir homenaje y aullar o gañir sus rezos inarticulados a las furtivas y feroces bestias de la jungla, el mono, el gigantesco perezoso y el tigre de largos dientes. [...] Era muy achaparrado y barrigudo, su cabeza se parecía más a la de un monstruoso sapo que ala de una deidad, y todo su cuerpo estaba cubierto con una especie de pelo artificial que hasta cierto punto le daba una apariencia a la vez de murciélago y de perezoso».

Yog-Sothoth es una deidad que aparece por vez primera en *El caso de Charles Dexter Ward* y desempeña un importante papel en “El horror de Dunwich”, volviendo a mencionarse, además de en este relato, en “A través de las puertas de la llave de plata”. Parece compartir el gobierno del universo con Azathoth (ambos fueron expulsados y lanzados al Caos) y hasta cierto punto puede oponerse a Nodens, Señor del Gran Abismo. Conocido también como «El que viene del Más Allá», «El que acecha en el Umbral» o «El Todo-en-Uno y el Uno-en-Todo». Lovecraft confesó a Clark Ashton Smith que se trata de uno de los varios «ingredientes del ciclo mítico del Miskatonic Valley» [carta del 11 de noviembre de

1930, cuyo manuscrito se encuentra en una colección particular]. Más adelante afirmó que el nombre tiene cierta apariencia árabe porque, aunque se trata de una entidad extraterrestre, se cita por vez primera en el *Necronomicon* [véase *Selected Letters IV (1932-1934)*, pág. 337].

R'lyeth es la ciudad sumergida en el Pacífico que Cthulhu edificó hace millones de años [véase “La llamada de Cthulhu”]. Como ya se dijo en la nota 15 de ese mismo relato, Lovecraft le contó a su tía Lillian [carta del 14-19 de noviembre de 1925, que se conserva en la John Hay Library] que el primitivo nombre que pensaba utilizar era L'yeh.

Como se comentó en las notas 2 y 3 del relato homónimo, Nyarlathotep está basado, según Will Murray [en “Behind the Mask of Nyarlathotep”, *Lovecraft Studies*, nº 25, otoño de 1991, págs. 25-29], en el excéntrico físico e inventor estadounidense de origen croata Nicola Tesla (1856-1945) —«exhibicionista itinerante» lo llama él—, que patentó el motor eléctrico y construyó el transformador que lleva su nombre, y cuyos extraños experimentos eléctricos causaron sensación a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Para Fritz Leiber Jr., este faraón-charlatán expresa «la mofa de un universo que el hombre nunca puede entender o dominar» y representa «la intelectualidad autodestructiva del hombre, su atroz habilidad para ver el universo por lo que es y a causa de ello acabar con todos los sueños ingenuos y hermosos» [véase “A Literary Copernicus”, en *Essays Lovecraftian*, T-K Graphics, Baltimore, 1976, ed. de Darrell Schweitzer, pág. 9]. Lovecraft afirma que este peculiar nombre le vino en un sueño y que el primer párrafo del poema en prosa lo escribió «antes de estar completamente despierto» [véase la carta a Rheinhardt Kleiner del 14 de diciembre de 1920, en *Selected Letters 1911-1924*, pág. 160], pero cabría suponer que tiene algo que ver con algunos personajes dunsanianos, como el dios menor Mynarthitep, mencionado fugazmente en “The Sorrow of Search” (*Time and the Gods*, 1906), o el profeta Alhireth-Hotep de

The Gods of Pegana (1905), que «conoce Todas las Cosas» y «pasó a formar parte de las Cosas que Fueron». Para el círculo de Lovecraft, Nyarlathotep ha sido venerado en todo el mundo bajo diferentes apariencias. Los supervivientes de la civilización destruida por los lemures que formaron el reino de Estigia llevaron a Egipto el infame culto de este dios, a quien ellos llamaban Nyarlat. Durante el reinado del legendario Nefrén-Ka, último faraón de la Tercera Dinastía conocido como el Faraón Negro, el sufijo «h0tep», que significa «satisfecho» y cuyo jeroglífico representa la figura de una «mesa de ofrendas», fue añadido al nombre del dios. Sobre este curioso personaje véase también el soneto XXI de *Fungi from Yuggoth* (1929-1930) y el prólogo a este segundo tomo, pág. 32.

Como se explicó en la nota 1 del relato del mismo título, Azathoth, el «desmedido sultán de los demonios», es un personaje que aparece en varios relatos y en el soneto homónimo (XXII) de *Fungi from Yuggoth* (1929-1930). Algunos estudiosos han visto un paralelismo entre Azathoth y la gnóstica Achamoth (la Sofía de abajo o terrestre), madre del Demiurgo (o Artesano) que creó el universo, o una semejanza con el culto egipcio de Atón (el disco solar).

Hastur es el benévolo «dios de los pastores» inventado por Ambrose Bierce en “Haïta the Shepherd” (incluido en *Tales of Soldiers and Civilians*, 1891) [véase su traducción al castellano por José Luis Moreno-Ruiz, “Haïta, el pastor”, en *¿Pueden suceder tales cosas?*, Valdemar, Madrid, 2005, págs. 311-317], que Robert W. Chambers (1859-1933) convierte en una constelación en *The King in Yellow* (1895).

Yian es una mítica ciudad mencionada por Robert W. Chambers en “The Makers of Moons” (1896) [véase su traducción al castellano por Rubén Maser, “El hacedor de lunas”, en *El rey de amarillo*, Ediciones Teorema, Barcelona, 1984, págs. 127-184]. En “A través de las puertas de la llave de plata” Lovecraft cita de pasada una metrópoli desierta de incierta localización llamada Yian-Ho, que no parece tener nada que ver.

Leng es descrita por HPL como una «gélida y desértica meseta» en “Celephaïs” [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 230] y en “El sabueso” [ibíd., pág. 375] la localiza en Asia Central. Posteriormente desempeña un papel importante en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath”.

Además de un profeta inventado por Ambrose Bierce en “An Inhabitant of Carcosa” (1886, incluido en *Tales of Soldiers and Civilians*) [véase su traducción al castellano por Javier Sánchez García-Gutiérrez, “*Un habitante de Carcosa*”, en *¿Pueden suceder tales cosas?*, Valdemar, Madrid, 2005, págs. 351-354] y vuelto a mencionar en “The Death of Halpin Frayser” (1891, incluido en *Can Such Things Be?*, 1893) [véase su traducción al castellano por J. A. Molina Foix, “La muerte de Halpin Frayser”, en su antología *El horror según Lovecraft*, Siruela, Madrid, 2003, págs. 125-144], Hali es un lago, próximo a la ciudad de Carcosa, que constituye la última morada de Hastur.

Bethmoora es una legendaria ciudad oriental inventada por Lord Dunsany en el relato homónimo (incluido en *Cuentos de un soñador*, 1910), que es destruida misteriosamente.

El Signo Amarillo, un «curioso símbolo que no pertenece a ningún tipo de escritura humana», es una invención de Robert W. Chambers en el mencionado *The King in Yellow*, que está relacionado con un peligroso libro que se ha «propagado como una enfermedad infecciosa».

L'mur-Kathulos es una adaptación del personaje de Kathulos, una antigua entidad egipcia que aparece en “Skull-Face” de Robert E. Howard (publicado en *Weird Tales* en octubre-diciembre de 1929).

Bran es otro claro homenaje a su amigo Howard: se trata sin duda de Bran Mak Morn, rey de los pictos en su guerra contra los romanos invasores de Britania, que protagoniza una serie de cuatro relatos incluidos en *Worms of the Earth* (1933) [véase su traducción al castellano por Santiago García, *Los gusanos de la Tierra y otros*

relatos de horror sobrenatural, Valdemar, Madrid, 2001, págs. 169-198].

Magnum Innominandum: El Gran Innominable, una «deidad ignota e innominable» a la que ofrece sacrificios humanos la extraña tribu de las montañas de Hispania citada en otro «sueño romano» de Lovecraft, que en realidad es una versión mucho más amplia del que dio lugar al relato “Gente muy antigua” [véase la carta a Bernard Austin Dwyer fechada en noviembre de 1927, en *Selected Letters II, 1925-1929*, págs. 188-197]. <<

[410] Se refiere a Plutón, descubierto el 18 de febrero de 1930 [véase la nota 45], que él identifica con Yuggoth, inventado un año antes en el soneto IV de *Fungi from Yuggoth* (1929-1930) [véase la nota 21].

<<

[411] Homenaje a los vecinos de Vrest Orton, Charley Lee y sus tres hijos, a quienes Lovecraft vio con frecuencia durante su estancia en Vermont en 1928. En *Miscellaneous Writings* [pág 306] se reproduce una fotografía de ellos. <<

[412] Véase la nota 37 de “El horror de Dunwich”, págs. 856-357. <<

[413] Otra denominación de los Mi-go u hongos de Yuggoth. <<

[414] Hongos cuyos tallos tienen una parte subterránea, basal y generalmente redondeada (corno), que almacena alimento. <<

[415] Este párrafo es una refundición del primer párrafo de “Vermont – A First Impression” [pág 293, véase la nota 1]. <<

[416] El adelanto de hora para mejor aprovechar la luz solar y ahorrar energía se empezó a utilizar en Estados Unidos a finales de la primera guerra mundial, pero se revocó en 1919 sobre todo a instancias de los granjeros y hasta 1967 no volvió a generalizarse.

<<

[⁴¹⁷] Monte de 1.335 pies de altura [unos 406 metros] al sudoeste de Chesterfield County (New Hampshire). <<

[418] Este párrafo es una refundición del segundo párrafo de “Vermont – A First Impression” [págs. 293-294]. <<

[419] Estos dos párrafos son una refundición del cuarto párrafo de “Vermont – A First Impression” [pág. 295]. <<

[420] Término anticuado que se aplicó a los pintores de los siglos XIII a XIV, desde Giotto hasta Rafael, y que no tiene relación alguna con la visión ingenua de los primitivos americanos o del Aduanero Rousseau. <<

[421] Giovanni Antonio Bazzi, llamado «Il Sodoma» (1477-1549), fue uno de los pintores sieneses más famosos de principios del siglo XVI. Influenciado por Leonardo da Vinci (1452-1519), y posteriormente por Rafael (1483-1520), Sodoma pintó parte del techo de la Stanza della Segnatura del Vaticano (que más tarde terminaría Rafael) y unos celebrados frescos en la Villa Farnesina de Roma. <<

[422] Este párrafo es otra refundición del cuarto párrafo de “Vermont – A First Impression” [pág 295]. <<

[423] Este comentario podría estar inspirado en lo que afirma el protagonista del relato de Frank Belknap Long “The Hounds of Tindalos” (publicado en *Weird Tales* en marzo de 1929) sobre el tiempo y el *espacio curvo*. Véase el prólogo, pág. 19. <<

[424] En las montañas de la locura [pág. 440] sitúa, sin embargo, el advenimiento de los hongos a la Tierra «durante el periodo Jurásico». <<

[425] Estos mundos fueron inventados por Lovecraft en su revisión del relato de Zealia Bishop “The Mound” (escrito en 1929-1930 y no publicado hasta noviembre de 1940, en *Weird Tales*). El pueblo de K’nyan, que «habitaba en la inmensa y altísima ciudad de Tsath, del otro lado de las montañas», había vivido al principio bajo tierra en alguna parte de Oklahoma. La ciudad en ruinas de Yoth se encontraba en una región más abajo todavía, y por debajo de ella estaba el abismo de N’kai. <<

[426] Este libro, citado por vez primera en “Polaris”, fue el primero que se inventó Lovecraft, y en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath” se afirma que «en Ulthar, al otro lado del río Skai, todavía se conservaba el último ejemplar [...], hecho por hombres del mundo vigil en olvidados reinos boreales, y llevado al país de los sueños cuando los caníbales peludos llamados gnophkehs conquistaron Olathoë, la de los muchos templos, y mataron a todos los héroes del país de Lomar». <<

[427] Commoriom es la capital, hace ya mucho tiempo abandonada, de los soberanos hiperbóreos, citada en varios relatos de Clark Ashton Smith, a quien Lovecraft apodaba en sus cartas «Klarkash-Ton» e incluso escribió un poema titulado “To Klarkash-Ton, Lord of Averaigne” (1956). <<

[428] A excepción de los emparedados, por los que no sentía especial preferencia, esta podría ser una típica comida de Lovecraft, a quien le encantaban los dulces, el queso y el café excesivamente azucarado. <<

[429] De uno de esos astros temporales, descubierto «el 22 de febrero de 1901 [...] *muy cerca de Algol*», trata precisamente su relato primerizo “Al otro lado de la barrera del sueño” (1919). <<

[430] El Tao (dao), término que en las diferentes lenguas europeas se ha traducido por «Camino», «Vía», «Método», «Procedimiento», «Doctrina», «Enseñanza», «Sentido», «Razón», «Verdad», «Palabra»... es el principio básico de la metafísica del Libro del Tao (*Lao zi* o *Tao te king*), elaborada por el filósofo chino Lao Tsé en el siglo VI a. C., aunque es dudoso que tal personaje (cuyo nombre significa «antiguo filósofo») llegara a existir realmente. <<

[431] Criaturas inventadas por Frank Belknap Long en “The Hounds of Tindalos” (1929), que no deben confundirse con los dôls mencionados en el relato de Machen “The White People” (1906), posiblemente su fuente de inspiración, ni con los bholes de “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath”. <<

[432] Yig, «el principio de la vida simbolizado como Padre de todas las Serpientes», es una creación del propio Lovecraft para el relato escrito en colaboración con Zealia Bishop “The Curse of Yig” (1925) y es mencionado profusamente en “The Mound” (1929-1930) [véase la nota 37]. <<

[433] Plutón, el planeta conocido más alejado del Sol, fue descubierto en 1930 gracias a un afortunado accidente. Unos cálculos que después resultaron ser erróneos predecían la existencia de un planeta más allá de Neptuno, basándose en el movimiento de Urano y Neptuno. El 18 de febrero de 1930 Clyde W. Tombaugh descubrió en el Observatorio Lowell de Arizona un posible objeto móvil en unas placas fotográficas tomadas el 23 y el 29 de enero de aquel mismo año. Tras una minuciosa inspección del cielo, nuevas fotografías confirmaron el descubrimiento, que fue comunicado por telégrafo al Observatorio del Harvard College el 13 de marzo. Al día siguiente, tres semanas después de que Lovecraft hubiese empezado a escribir este relato, la primera plana de *The New York Times* anunció el hallazgo a bombo y platillo, coincidiendo con el 147 aniversario del descubrimiento de Urano. Un día después del anuncio, HPL escribió a James F. Morton: «¿Qué le parece el NUEVO PLANETA? ¡¡¡FENOMENAL!!! Seguramente es Yuggoth» [carta del 15 de marzo de 1930, cuyo manuscrito se encuentra en una colección particular, citada por Joshi, op. cit., pág 410]. <<

[434] La voz de esta máquina procede, al parecer, del cerebro de Akeley. <<

[435] Esta voz corresponde al falso Akeley, que algunos sugieren que es el propio Nyarlathotep [véase *An H.P. Lovecraft Encyclopedia*, pág. 298]. <<

[436] Uno de los hongos de Yuggoth. <<

[437] Título original: *At the Mountains of Madness*, traducida por Francisco Torres Oliver. Escrita entre el 24 de febrero y el 22 de marzo de 1931. Publicada por vez primera en *Astounding Stories* [una de las primeras revistas *pulp* dedicadas a la ciencia ficción, que más tarde pasó a llamarse *Astounding Science Fiction*] en tres entregas (febrero, marzo y abril de 1936) y recogida posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi incluido en *At the Mountains of Madness and Others Novels*, Arkham House, 1995, basado en el manuscrito autógrafo y en los ejemplares de la edición de *Astounding Stories* corregidos a mano (aunque no exhaustivamente) por el propio HPL, que se conservan en la John Hay Library, cotejados con una copia mecanografiada, que restituye la omisión de dos pequeños pasajes al principio.

Esta novela, que resume la fascinación por la Antártida que sintió el autor durante toda su vida [de niño escribió *Wilkes's Explorations* (1902), *The Voyages of Capt. Ross, R. N.* (1902) y *Antartic Atlas* (1903),) cuya existencia sólo se conoce por referencias en sendas cartas del autor a Maurice W. Moe y a Marion F. Bonner, *Selected Letters IV (1932-1934)*, pág. 67, y *Selected Letters V (1934-1937)*, pág. 237, respectivamente], y de la que aproximadamente un tercio puede considerarse pura etnografía, estaba pensada como un serial en dos entregas para *Weird Tales*. Pero la revista la rechazó en junio de 1931, con gran disgusto de HPL, que comentó indignado a su tía Lillian D. Clark: «¡Maldito sea Wright, por rechazarme este relato que casi me mata al mecanografiarlo» [carta del 22 de junio de 1931, en *Selected Letters III (1929-1931)*, pág. 395]. En el otoño de 1935 el joven Julius Schwartz (1915-2004), más tarde director de *Fantasy Magazine*, actuando como agente, ofreció el manuscrito a F. Orlin Tremaine, que inmediatamente lo aceptó, al parecer sin leerlo, para su revista *Astounding Stories*. Lovecraft cobró 315

dólares, tras deducir el diez por ciento de Schwartz de los 350 de la venta.

La novela ha sido calificada de secuela de *Narrative of Arthur Gordon Pym* de Poe, publicada también por entregas en 1837 en la revista de Richmond *Southern Literary Messenger*, pero no puede considerarse como tal, al menos argumentalmente. A excepción de la mención del grito «Tekeli-li», cuyo significado tampoco desvela, y la alusión al monte Erebus, que él identifica con el monte Yaanek [véase la nota 16], apenas hay coincidencias textuales, y más bien podría hablarse de un indudable paralelismo de ambos textos.

Como ha demostrado Jason C. Eckhardt [en “Behind the Mountains of Madness: Lovecraft and the Antarctic in 1930”, *Lovecraft Studies*, nº 14, primavera de 1987, págs. 31-38], los primeros capítulos de la novela deben mucho a las diferentes expediciones de la Época a la Antártida, en especial la del almirante Byrd en 1928-1950 [véase la nota 8]. Es probable que HPL también tuviera en cuenta la novela *The Purple Cloud* (1901), que relata una expedición al Ártico [véase su traducción al castellano por Soledad Silió, *La nube púrpura*, Seix Barral, Barcelona, 1986], ya que en *Supernatural Horror in Literature* alaba a su autor, Matthew Phips Shiel (1865-1947), Y destaca su «destreza y maestría rayanas en lo majestuoso» [*Dagon and Other Macabre Tales*, pág. 414].

Además del hecho francamente chocante de que, no tolerando las bajas temperaturas, haya elegido el lugar más frío de la tierra, una de las peculiaridades del texto es que, en lugar de propiciar un inmediato enfrentamiento decisivo con alguna de las amenazadoras criaturas descritas, el autor prefiere dilatarse con la presentación de su civilización: historia, tecnología, organización social e incluso cultura.

A pesar del convencimiento de Lovecraft de que el rechazo del texto por *Weird Tales* ponía fin a su carrera literaria, lo cierto es que no sólo siguió escribiendo varias obras más de gran calidad, sino que

hoy en día esta novela goza de una excelente consideración, a pesar de lo cual nunca ha sido llevada al cine, aunque en la actualidad existen dos ambiciosos proyectos. En especial es de destacar el del excelente cineasta mexicano Guillermo del Toro, que ya a lo largo de su carrera ha demostrado con creces su adoración por el maestro de Providence. Al parecer existe ya un guión escrito a medias con Matthew Robbins y uno de los intérpretes será su actor fetiche Ron Perlman, el inolvidable protagonista de *Hellboy* (2004). <<

[438] Paráfrasis de una frase de “The Hashish Man” (incluido en *Cuentos de un soñador*) de Lord Dunsany: «Llegamos al fin a esos montes de marfil que se llaman las Montañas de la locura» [*At the Edge of the World*, Ballantine Books, Nueva York, 1970, pág. 125].

<<

[439] Sobre el origen de este nombre el propio HPL escribió: «Permítame decirle —aunque no conozco personalmente a nadie con este patronímico— que, pese a no ser lo bastante corriente para parecer convencional o manido, lo elegí como un nombre típico de una antigua familia de Nueva Inglaterra» [*Selected Letters V, 1934-1937*, pág. 228]. <<

[440] Se refiere a los aviones Dornier Do-J «Wal», un monoplano bimotor utilizado sobre todo para el servicio de pasajeros. <<

[441] Sir Ernest Henry Shackleton (1874-1922) fue un explorador anglo-irlandés, principalmente recordado por su expedición a la Antártida de 1914-1916 en el barco *Endurance*. A su regreso a Inglaterra el 29 de mayo de 1917, en plena primera guerra mundial, guerra de la que ellos no habían tenido ninguna noticia, Shackleton y sus hombres fueron recibidos como héroes. Anteriormente Shackleton había participado en la *National Antarctic Expedition*, la llamada «Expedición del Discovery» por el nombre del barco empleado para el viaje, organizada por la Royal Geographical Society en 1901 y liderada por Robert Falcon Scott. Esta expedición fue la primera en llegar al Mar de Ross y alcanzar la Barrera de Hielo de Ross. Shackleton, junto a Scott y el Dr. Edward Wilson, se dirigió a pie hacia el sur a través del Polo Sur en 1902. Durante el viaje de vuelta, Shackleton enfermó de escorbuto y el Dr. Wilson sufrió intervalos de ceguera causados por la nieve. Shackleton organizó y lideró también la *British Antarctic Expedition* (1907-1909) a la Antártida. Entre los éxitos de dicha expedición destacan la primera ascensión al Monte Erebus, un volcán activo en la Isla de Ross, la localización del Polo Sur Magnético por Douglas Mawson, Edgeworth David y MackKay el 16 de enero de 1909, y la localización de un paso en el Glaciar Beardmore. Aunque los expedicionarios no alcanzaron el Polo, Shackleton, Adams, Marshall y Wild no sólo fueron los primeros humanos en atravesar la Cordillera Transantártica, sino los primeros que pisaron la Meseta del Polo Sur.

<<

[442] Roald Engelbregt Gravning Amundsen (1872-1928) fue un explorador noruego. Su primera estancia en el Ártico data de 1897, durante la expedición del belga Adrien de Gerlache en la que consiguió el puesto de timonel. En 1903 descubrió el paso del Noroeste y bordeó la costa norte de Canadá a bordo del velero *Gjøa*. Su propósito principal era la conquista del Polo Norte, pero cuando preparaba la expedición para alcanzar este objetivo, tuvo noticias de que el estadounidense Robert Peary se le había adelantado. Hombre de gran flexibilidad, modificó sobre la marcha sus planes y se dirigió hacia la Antártida, con la intención de ser el primero en llegar al Polo Sur. Gracias a la preparación física y técnica de la expedición, basada en el uso de trineos tirados por perros y la participación de esquiadores experimentados, así como en amplios conocimientos del terreno, consiguió ser el primero en alcanzar el Polo Sur, el 14 de diciembre de 1911, e izó allí la bandera noruega. De esta manera superó por escaso margen a la desgraciada expedición del capitán Scott, que llegó al mismo lugar pocas semanas después. Sus restantes expediciones, que efectuó una vez finalizada la primera guerra mundial, tuvieron por objetivo alcanzar el Polo Norte, su gran sueño, que nunca vería cumplido. En 1925, con tres aviones, estuvo más cerca del Polo de lo que nadie había estado antes, a excepción de Peary. <<

[443] Robert Falcon Scott (1868-1912), capitán de la Royal Navy y explorador que dirigió dos expediciones a la Antártida. La primera emprendida entre 1900 y 1904, la realizó a bordo del *Discovery* y le permitió descubrir en el Mar de Ross la región que bautizó con el nombre de Tierra del rey Eduardo VII. La segunda, comenzada en 1910, la llevó a cabo a bordo del *Terra Nova* y en ella alcanzó el Polo Sur el 12 de enero de 1912, un mes después que el explorador noruego Roald Amundsen. Scott y sus cuatro compañeros perecieron durante una tormenta cuando realizaban el camino de vuelta. Sus cadáveres y el diario de la expedición fueron encontrados el 12 de noviembre de 1912. <<

[444] Richard Evelyn Byrd (1888-1957) fue un destacado explorador polar, aviador y marino de la armada de EE.UU., conocido como el «hombre de la Antártida». Fue pionero en desarrollar la técnica de los amerizajes nocturnos sin referencias visuales de tierra, así como los instrumentos de navegación necesarios para el vuelo sobre el mar. Durante la última parte de la primera guerra mundial, mandó las fuerzas aéreas de su país en Canadá. En 1925 dirigió la escuadrilla de aviación naval que acompañó a la expedición polar de Donald Mac Millan a Groenlandia y llevó a cabo las primeras exploraciones de la aviación norteamericana por tierras situadas más allá del Círculo Polar Ártico. En 1926 junto a *Floyd Bennet* y a bordo del avión Fokker trimotor, *Josephine Ford*, alcanzó el Polo Norte. En 1927, atravesó el Atlántico sin escalas llegando a Francia. En 1928, volviendo su atención a la Antártida, dirigió la primera de sus expediciones al Polo Sur. El 29 de noviembre del año siguiente, a bordo del avión Ford trimotor, *Floyd Bennet*, Byrd sobrevoló el Polo Sur. Realizó luego vuelos de reconocimiento hacia el este, donde descubrió las montañas de Rockefeller y Edsel Ford y levantó los planos de las costas de la Tierra de María Byrd. Hallándose todavía en las regiones del Antártico, fue promovido al grado de contralmirante en situación de retirado. Una segunda expedición hacia la Antártida (1933-35) lo llevó a Little America, desde donde realizó en avión otros importantes descubrimientos, como los de las montañas Horlick, Hald Flood y Sidley. En 1934, permaneció solo durante el largo invierno de marzo a agosto en el primer puesto meteorológico establecido en tierra firme de la Antártida. <<

[445] Véase la nota 51 de “El horror de Dunwich”, pág. 859. <<

[446] La expedición de Byrd partió del puerto de Nueva York el 25 de agosto de 1928, atravesó el Canal de Panamá e hizo escala en Dunedin (Nueva Zelanda) para avituallarse. <<

[447] Tasmania era antiguamente obligado lugar de paso para repostar o reabastecerse cuando se iba o se volvía de la Antártida: John Briscoe (1831), Sir James Clark Ross (1839), Charles Wilkes (1841), Sir Douglas Mawson (1911) y otros hicieron escala en esa gran isla situada al sureste de Australia. <<

[448] En inglés «land blink», resplandor amarillento del horizonte que en las regiones árticas indica la presencia de tierra cubierta de nieve. <<

[449] Se refiere a los paisajes hindúes y tibetanos de vívidos colores y atisbos cósmicos del pintor y escenógrafo ruso Nikolai Roerich (1874-1947), que Lovecraft contempló impresionado en 1930 durante su visita a Nueva York, en compañía de su amigo Frank Belknap Long. En una carta del 21-22 de mayo de 1930 dirigida a su tía Lillian Clark hizo constar con su típica elocuencia lo fascinado que se sentía: «Posiblemente te he mencionado en varias ocasiones mi admiración por la obra de Nicholas Roerich —el artista místico ruso que ha dedicado su vida al estudio y representación de las desconocidas mesetas de Asia Central—, con sus vagas sugerencias de maravilla y terror cósmicos. [...] Ni Belknap ni yo habíamos estado allí antes; y cuando vimos la naturaleza extravagante y esotérica de sus contenidos, recorrimos frenéticamente las imaginativas vistas expuestas. Seguramente Roerich es una de esas raras almas fantasiosas que han vislumbrado los secretos grotescos, terribles, de más allá del espacio y el tiempo, y han retenido alguna habilidad para insinuar los prodigios que han visto».

Roerich fundó la sociedad teosófica Agni Yoga, junto con su esposa Helena, que escribió un libro sobre budismo y tradujo al ruso la *Doctrina secreta* de Madame Blavatsky. En 1923 el matrimonio emprendió el ansiado viaje a la India y en 1928 se instalaron en el valle de Kullu, un paraje impresionante a los pies del Himalaya, a 2.000 m sobre el nivel del mar. Allí establecieron la sede del autodenominado Instituto Urusvati de Investigación del Himalaya, dedicado al estudio de las plantas medicinales, las lenguas y los yacimientos arqueológicos locales bajo la dirección de la segunda generación de los Roerich, los jóvenes George (más conocido como Yuri Roerich, más tarde prestigioso tibetólogo) y Svetoslav (artista). Al año siguiente los Roerich volvieron temporalmente a Nueva York para la inauguración de su propio museo en Riverside Drive esquina

con la 103 Street (actualmente su dirección es 319 West 107th Street), que HPL tuvo ocasión de visitar. <<

[450] Véase la nota 21 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 874.

<<

[451] Lovecraft visitó Quebec en septiembre de 1930, sólo unos meses antes de comenzar esta novela, y durante ese año y el siguiente escribió “A Description of the Town of Quebeck” [sic], publicado por vez primera en *To Quebec and the Stars*, edición de L. Sprague de Camp, Donald M. Grant, West Kingston [Richmond], 1976, y posteriormente en *Collected Essays*, edición de S. T. Joshi, Hippocampus Press, vol. 4, 2006 [hay traducción castellana de Paco Arellano, *Descripción de la ciudad de Quebec*, Páginas de Espuma, Madrid, 2005]. <<

[452] “Ulalume – A Ballad” (1847), II, 6-10. Durante mucho tiempo los lectores se habían sentido confundidos en cuanto a la identidad del monte Yaanek «en las regiones del polo boreal», y Lovecraft parece resolver el misterio al identificarlo con el volcán Erebus de la Antártida. Para más detalles véase Thomas Ollide Mabbott, “Lovecraft as a Student of Poe”, en *Fresco*, VIII, nº 3, primavera de 1958, págs. 37 y ss. <<

[453] Amundsen fue el primero en utilizar trineos arrastrados por perros [véase la nota 6]. El experimento de utilizar ponis y tractores que llevó a cabo Scott en su expedición de 1911-1912 fue un completo fracaso y le costó la vida [véase la nota 7]. <<

[454] Como se dijo en la nota 2 de “El viejo terrible”, la mítica ciudad de Kingsport, situada en alguna parte de Nueva Inglaterra, que también aparece en “El ceremonial” y en “La extraña casa elevada entre la niebla”, la inventó HPL basándose en Marblehead, ciudad portuaria del estado de Massachusetts. <<

[455] O sea, de noviembre a marzo. <<

[456] La temperatura media en la Antártida durante el verano oscila entre 32° Farenheit [0° Centígrados] en la costa y -30° F [-34,44° C] en el interior, y durante el invierno entre -4° F [-20° C] en la costa y -94° F [-70° C] en el interior. <<

[457] Situado al sudeste de Ross Ice Shelf [Plataforma de hielo de Ross], cerca del monte Kirkpatrick, a 14.856 pies sobre el nivel del mar [4531 m], es uno de los puntos más elevados de todo el Continente Antártico. <<

[458] En su primera redacción decía: «totalmente». <<

[459] En su primera redacción decía: «que es muy probable que constituyan...» <<

[460] La idea de que el Continente Antártico estaba formado por dos masas de tierra separadas era una opinión minoritaria hasta el final del siglo XIX. Lovecraft se equivoca al pensar que fue Byrd quien refutó esta hipótesis. Fueron Lincoln Ellsworth y Herbert Hollick Kenyon quienes lo hicieron cuando, a bordo de un avión, atravesaron por vez primera el continente desde el mar de Weddell al de Ross en noviembre de 1935. <<

[461] Lovecraft llama erróneamente «linguellæ» (en lugar de «lingulella», que es el apropiado término latino) a estos braquiópodos inarticulados de concha bivalva que han existido sin cambios desde hace 400 millones de años. <<

[462] El primer vuelo en aeroplano al Polo Sur lo hizo Byrd el 28 de noviembre de 1929. Véase Richard E. Byrd, *Little America*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1930, págs. 326-345. <<

[463] Esta expresión, que Lovecraft utiliza a menudo, constituye un elemento fundamental de su estética de la imaginación. «Lo que ha atormentado mis sueños durante casi cuarenta años es una *extraña sensación de expectación aventurera relacionada con el paisaje, la arquitectura y las impresiones del cielo*. [...] Me gustaría trasladar la idea al papel: la sensación de asombro y liberación oculta en recónditas dimensiones y difícilmente accesible en raros momentos gracias a vistas de calles antiguas, a través de leguas de extraños países montañosos, o encima de interminables tramos de escalera de mármol que conducen a hileras superpuestas de terrazas con balaustrada» [*Selected Letters III (1929-1931)*, pág. 100]. <<

[464] Como se ve, Lovecraft estaba al corriente de que las anteriores expediciones a la Antártida habían fracasado a causa del escorbuto y otras enfermedades surgidas por la falta de cítricos. Aunque James Cook ya había demostrado en 1772 que los cítricos, sobre todo limas y limones, evitaban el escorbuto, varias expediciones posteriores dejaron de abastecerse de estos esenciales productos alimenticios. <<

[465] Arqueana es el nombre que se le da a la edad que comenzó con la formación de la Tierra, hace unos 4.800 millones de años. Corresponde a los inicios del Precámbrico. <<

[466] El primer explorador que utilizó la onda corta fue el australiano Mawson [véase la nota 80] en su viaje a la Antártida en 1911-1912. Durante la primera expedición de Byrd un periodista envió mensajes diariamente al *New York Times*, y el propio Byrd se comunicó frecuentemente por radio con el público. <<

[467] En realidad el punto más alto de la Antártida, el Vinson, monte de la Meseta de Ellsworth (cuyo ascenso realizó en 1966 una expedición estadounidense dirigida por N. Clinch), apenas sobrepasa los cinco mil metros mientras que la mayor altura del Himalaya, el Everest (escalado por vez primera en 1953 por Sir Edmund Hillary y el *sherpa* nepalés Tensing Butia), tiene más de ocho mil. <<

[468] «Comanchiam o «Comanchean», antigua denominación estadounidense (ya arcaica en 1930) de un periodo geológico entre el Jurásico y el Cretácico, hace aproximadamente de 135 a 96 millones de años. <<

[469] Cefalópodos son moluscos marinos de cuerpo alargado u ovoideo, repliegues natatorios en la piel, cabeza grande, ojos redondos y boca parecida al pico de un ave de rapiña, rodeada de tentáculos (pulpos, calamares, sepias, argonautas, nautilus, etc.).

Equinoideos es el nombre vulgar de los erizos de mar.

Espiriféridos son moluscos braquiópodos ya extintos, articulados y caracterizados por tener su aparato braquial en espiral.

Teleósteos son peces que tienen completo su tejido óseo.

Ganoideos son peces, ya extintos, que tienen escamas esmaltadas o estriadas, o placas óseas. <<

[470] Cicadáceas son plantas fanerógamas [los órganos sexuales se distinguen a simple vista] gimnospermas [semillas al descubierto] muy afines a las coníferas, muy abundantes en otras épocas geológicas.

Angiospermas son plantas fanerógamas que tienen las semillas rodeadas de pericarpio. <<

[471] Placodermos son peces ganoideos fósiles, propios de la Era paleozoica (periodo Devónico).

Laberintodontes son anfibios fósiles de cuerpo alargado, con o sin extremidades, grandes placas osificadas, propios de la Era paleozoica (periodo Pérmico).

Tecodontes son reptiles primitivos con dientes en alveolos, propios de la Era mesozoica (periodos Pérmico Triásico), probables antepasados de los dinosaurios, pterosaurios y cocodrilos.

Mosasaurios son reptiles fósiles de cuerpo muy alargado, con patas dispuestas para la natación, propios de la Era mesozoica (periodo Cretácico). <<

[472] Ave fósil, poco menor que una gallina, con dientes, ojos muy grandes y larga cola vertebrada. Es la más antigua que se conoce y se considera como una forma de transición entre las aves los reptiles. <<

[473] Paleoterio es un género de mamíferos placentarios ungulados, perisodáctilos, de la familia de los équidos, caracterizados por su cráneo con grandes huesos nasales triangulares y muy salientes. Se considera que estos animales fósiles, propios de la Era Terciaria o cenozoica (periodo Eoceno) en Europa, son antepasados del caballo actual.

Xifodonte es un género de mamíferos ungulados fósiles, herbívoros y rumiantes de miembros delgados y muy largos, propios de la Era Terciaria o cenozoica (periodos Eoceno y Oligoceno) en Europa.

Dinoceras es un género de mamíferos ungulados de la familia de los dinocerátidos, animales de la talla de un rinoceronte y aun mayores, con la cabeza provista de grandes protuberancias y crestas óseas.

Eohippus (el tipo de caballo más antiguo que se conoce) es un género de mamíferos perisodáctilos de la familia de los équidos. Comprende varias especies, todas ellas del Eoceno inferior de América del Norte.

Oreodonte es un género de mamíferos artiodáctilos, fósiles, propios de la Era Terciaria o cenozoica (periodos Oligoceno y Mioceno) en América del Norte.

Titanoterio es un género extinto de mamíferos ungulados parecidos al rinoceronte, propios de la Era Terciaria o cenozoica (periodos Eoceno y Oligoceno). <<

[474] Género de espongiarios fósiles, de forma cónica, que se fijaban al fondo de los mares. Se encuentran en el Cretácico. <<

[475] Invertebrados cuyos cuerpos tienen simetría radial, como la estrella, el erizo o la anémona de mar. <<

[476] También conocidos por su otra denominación más frecuente de «Ancianos». <<

[477] Ashton Smith era también un prolífico pintor, sobre todo acuarelista y dibujante al pastel, además de escultor. Lovecraft contempló sus pinturas por primera vez en 1922 cuando fue a Cleveland a visitar a su amigo Samuel Loveman. En la primavera de 1926 vio varias más y, cuando iba a mandárselas a Frank Belknap Long, le comentó: «¡DIOS MÍO! ¡QUÉ COLORES!! La locura del opio suelta... ¡pero espera a verlas! [carta del 1 de mayo de 1926, en *Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 45]. <<

[478] Albert N. Wilmarth, catedrático de literatura de la Universidad Miskatonic, es el narrador de “El que susurra en la oscuridad”. <<

[479] Subdivisión del periodo Terciario que comprende los estratos más antiguos de esa época geológica de la historia de la Tierra. <<

[480] Plantas criptógamas son las que carecen de flores o no tienen órganos sexuales visibles a simple vista.

Las pteridófitas, como los helechos y las colas de caballo, están provistas de haces vasculares leñosos y de tallos subterráneos (en lugar de aéreos). En su ciclo vital se suceden dos generaciones distintas: sexuada y asexuada. <<

[481] Se trata evidentemente de Albert N. Wilmarth, narrador de “El que susurra en la oscuridad”. <<

[482] En inglés «Elder Ones». Lovecraft utiliza el término en varios relatos, pero parece referirse a diferentes entidades. En “La extraña casa elevada entre la niebla” y en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath” son pequeños dioses terrestres que rigen el mundo de los sueños, que he traducido por «Mayores». En este caso parece tratarse de los creadores del universo, y los he traducido por «Ancianos», aunque algunos comentaristas opinan que coinciden con los «Antiguos». <<

[483] Parece un mandala según Angela Carter [“Lovecraft and Lanscape”, apéndice C a *The Necronomicon, or The Book of Dead Names*, edición de George Hay, Neville Spearman, Jersey, 1978, pág. 180]. <<

[484] Sobre los Manuscritos Pnakóticos véase la nota 38 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 876. El comentario sobre el origen prepleistoceno de este texto supone que fue escrito antes de la presunta evolución de los homínidos para convertirse en los primitivos seres humanos, hace unos dos millones de años. <<

[485] Véase la nota 21 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 871.

<<

[486] William Scoresby (1789-1857) era hijo de un capitán inglés y estudió filosofía y química en la Universidad de Edimburgo antes de tomar el mando del ballenero *Resolution* en 1811. Entre 1803 y 1822 realizó viajes anuales a Groenlandia y escribió varios libros de viajes, ilustrados con sus propios dibujos, entre los que destaca *An Account of the Arctic Regions and Northern Whale Fishery* (1820).

<<

[487] A partir de 25.000 pies [7.625 m] el ser humano necesita un aporte de oxígeno. <<

[488] Antigua ciudad de los incas en los Andes centrales del Perú, construida (se calcula que entre 1000 y 1400 d. C.) sobre una elevación a 2.800 metros sobre el nivel del mar, rodeada por el cañón del río Urubamba que discurre 600 metros más abajo. Fue redescubierta en 1911 por el explorador norteamericano Hiram Bingham (1875-1956), miembro de la Universidad de Yale y posteriormente gobernador de Connecticut y senador de EE.UU. Véase su libro *Lost City of the Incas: The Story of Machu Picchu and Its Builders*, Duell, Sloan & Pearce, 1948 [hay traducción al castellano de María Romero: *Machu Picchu, la ciudad perdida de los incas*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1950]. <<

[489] Antigua ciudad sumeria, próxima a Babilonia, que floreció en el tercer milenio a. C. Enterrada durante varios siglos bajo las arenas del desierto, fue sacada de nuevo a la luz gracias a las excavaciones de la misión arqueológica de la Universidad de Oxford y el Field Museum de Chicago (1923-1926). En su antiguo emplazamiento se levanta hoy la aldea de Tal-el-Akhimer. <<

[490] Como se explica en la nota 13 de “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath», se conoce con el nombre de Giants’ Causeway a una formación geológica en la costa septentrional de Irlanda del Norte, consistente en un torrente de lava que, al enfriarse, ha producido una serie de columnas hexagonales, extrañamente regulares, de veinte pies de altura. <<

[491] Parque al noroeste de Colorado Springs que muestra formaciones de arenisca roja y blanca, de origen paleozoico, producidas por la erosión del viento y el agua. <<

[492] Probable referencia al Gran Cañón del Colorado. <<

[493] Se refiere a Pamir, región montañosa del Asia central, situada entre la República de Tayikistán, Afganistán, Pakistán occidental y China. Es una meseta de unos setenta mil kilómetros cuadrados de extensión y ocho mil metros de altitud media, llamada por los geógrafos «el techo del mundo». <<

[494] Véase la nota 6 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 867.

<<

[495] Lovecraft consideraba que la Atlántida era un mito y en una de sus últimas cartas [*Selected Letters V: 1934-1937*, Arkham House, Sauk City, 1976, págs. 267-269] discute las diferentes menciones a la misma en la literatura griega.

Lemuria es un continente que había existido, según se creía, en el Océano Índico. El zoólogo inglés Philip Sclater (1829-1913) propuso en 1864 que Madagascar, Ceilán y Sumatra estuvieron unidas en el pasado formando dicho continente, a quien Ernst Haeckel (1834-1919), naturalista y filósofo alemán que estableció las leyes biogenéticas fundamentales y defendió el monismo y la teoría de la evolución, bautizó como Lemuria por la abundancia de lemures en dichos países. Más tarde Madame Blavatsky (1831-1891) afirmó en *The Secret Doctrine* (1888) que estuvo habitado por una civilización avanzada. No obstante, los conocimientos de Lovecraft sobre este continente provienen sobre todo del libro de William Scott-Elliot (1873-1943) *The Story of Atlantis and the Lost Lemuria* (1925), reimpresión en un solo volumen de dos obras sueltas de ese teósofo inglés publicadas por la Theosophical Publishing Company en 1896 y 1904, que ya se mencionó en “La llamada de Cthulhu” [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 556].

Commoriom y Uzuldaroum son ciudades del país de Hyperborea, inventado por Clark Ashton Smith en el ya mencionado relato “The Tale of Satampra Zeiros”.

Olathöe, la ciudad de mármol «en la meseta de Sarkis, entre los picos Noton y Kadiphonek», y el país de Lomar aparecen en el relato “Polaris”, y este último se vuelve a mencionar en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath”. <<

[496] Valusia es un reino de la prehistoria de Europa inventado por Robert E. Howard (1906-1936) en el que gobierna el Rey Kull, cuyas crónicas se narran en toda una serie de relatos que comenzaron con “The Shadow Kingdom” (*Weird Tales*, agosto de 1929).

R’lyeh es la ciudad sumergida (en la que «Cthulhu muerto aguarda soñando») que aparece por vez primera en “La llamada de Cthulhu” [véase también la nota 21 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 872].

Ib en el país de Mnar es la ciudad de piedra gris destruida por Sarnath en “La maldición que cayó sobre Sarnath”.

La ciudad sin nombre, perdida en el desierto de Arabia, «desmoronada y desarticulada, casi cubiertas sus bajas murallas por las arenas de innumerables siglos», se menciona en el relato homónimo. <<

[497] Petra es el nombre griego (roca) de la antigua capital de los nabateos hasta 106 d. C. en que fue conquistada por los romanos. Fundada por los idumeos en el segundo milenio a. C., dio nombre a la Arabia Pétrea y se cree que era la ciudad bíblica de Sela. Estaba rodeada de templos y tumbas rupestres, de estilos variados que recuerdan a Palmira. Gran número de sus construcciones monumentales, de dos o tres pisos, están excavadas en plena roca calcárea y muestran influencias helénicas y romanas. En la actualidad no es más que un conjunto de ruinas en el desierto de la actual Jordania, cuya excavación se inició en los años cuarenta del siglo pasado. La Tumba de la Serpiente, construida por los nabateos, está excavada en una montaña y coronada por la figura de una serpiente enroscada. <<

[498] Matemático griego, formado en Atenas, posiblemente en la Academia de Platón, que vivió entre los años 330 y 275 a. C. Fue el primer director de la, por así decirlo, «Facultad de Matemáticas» del Museum, templo de las Musas fundado por los Ptolomeos tras la muerte de Alejandro Magno, cuya «joya de la corona» fue su biblioteca, maravilla del mundo antiguo. Su gran obra es *Elementos*, cuadro sistemático de toda la geometría y de la teoría de los números de la Grecia clásica, que ha desempeñado un papel decisivo en el desarrollo de las matemáticas durante más de dos mil años. HPL se refiere con frecuencia en sus escritos a la geometría «no euclidiana». <<

[499] Las gimnospermas son plantas fanerógamas de tallos leñosos, y óvulos y semillas desnudos, que carecen de verdaderas flores. Las coníferas son una familia de las mismas. <<

[500] Movimiento estético de efímera vida (de 1909 a 1915), fundado por el poeta y publicista italiano Filippo Marinetti (1876-1944), cuya mayor aspiración residía en la representación del dinamismo universal en forma de sensaciones y figuras dinámicas. Sus obsesiones (el movimiento, la velocidad, las máquinas, el escándalo y la destrucción) fueron incorporadas en parte por los dadaístas y los vorticistas. Lovecraft satirizó el movimiento en su poema "Futurist Art" (1917). <<

[501] Esta concepción del arte como medio para describir la historia de otras especies ya la había utilizado Lovecraft en “La ciudad sin nombre”: «No pude por menos de pensar que su historia representada era alegórica, mostrando quizás el progreso de la raza que les tendía culto. [...] creí poder descubrir en líneas generales [...] la historia de una poderosa metrópoli costera que gobernó el mundo antes de que África surgiera de las olas» [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 269]. <<

[502] Los dinosaurios se originaron hace unos 200 millones de años y dominaron la Tierra durante otros 140 (Jurásico y Cretácico). Los primeros mamíferos, pequeños, ponedores de huevos, y con dientes parecidos a los roedores (como el ornitorrinco), aparecieron hace aproximadamente 190 millones de años. <<

[503] Compárese con este otro pasaje de “La ciudad sin nombre”:
«Aquellas criaturas, me dije, debieron de ser para los habitantes de la ciudad sin nombre lo que la loba para Roma, o algún animal totémico para una tribu de indios» [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 269]. <<

[504] En el siglo XIX la ciencia todavía creía en la existencia del éter, fluido imponderable y elástico que llenaba todo el espacio, penetraba todos los cuerpos y, por su movimiento vibratorio, producía los fenómenos luminosos, caloríficos y eléctricos [véase la nota 17 de “El que susurra en la oscuridad”, págs. 870-871]. La teoría de la relatividad de Einstein asestó un golpe mortal a esta teoría de inspiración aristotélica. Sin embargo en 1936 Lovecraft asistió a una conferencia [véase *Selected Letters V (1934-1937)*, pág. 255] del físico y astrónomo Dayton C. Miller (1866-1941), que negaba la teoría de la relatividad y seguía asegurando la existencia del éter [véase “The Ether-Drift Experiment and the Determination of the Absolute Motion of the Earth”, en *Review of Modern Physics*, nº 5, julio de 1933, págs. 203-242]. La idea de que los Antiguos cruzaban el éter con «sus inmensas alas membranosas» puede parecer ridícula, pero HPL ya la había utilizado en “El que susurra en la oscuridad” para explicar el desplazamiento de los hongos de Yuggoth. <<

[505] Se trata evidentemente del narrador de “El que susurra en la oscuridad”, Albert N. Wilmarth, profesor de literatura de la Universidad Miskatonic. <<

[506] Atributo común de todas las especies extraterrestres de la mitología lovecraftiana, como se vio en “El que susurra en la oscuridad” y se verá más adelante en “La sombra de otro tiempo”.

<<

[507] Este aserto indica una honda preocupación filosófica que embargó a Lovecraft en sus últimos años de vida: las consecuencias psicológicas y culturales de la mecanización en los seres humanos. En 1929 comentó a Elizabeth Toldridge en una larga carta: «El maquinismo, para bien o para mal, ha alterado permanentemente la relación del género humano con su marco & con las fuerzas de la naturaleza en líneas generales; & ha empezado a producir inevitablemente un nuevo tipo de organización entre sus propios grupos como consecuencia de los cambios en la vivienda, el transporte, la fabricación, la agricultura, el comercio & el ajuste económico» [*Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 280]. <<

[508] La primera aparición de estos seres tuvo lugar en el soneto xx “Night-Gaunts” de *Fungi from Yuggoth*: «Y descienden por los abismos inferiores hasta ese lago asqueroso / donde los hinchados shoggoths chapotean en un vago sueño» [*The Ancient Track: Complete Poetical Works*, pág. 72]. <<

[509] Como la Gran Raza en “La sombra de otro tiempo”. <<

[510] Esto parece indicar que Lovecraft había evolucionado hasta convertirse en un socialista moderado, no marxista. En julio de 1931, comentando las consecuencias del «desempleo tecnológico» producido por la sistemática sustitución de la mano de obra por las máquinas en muchas ocupaciones, HPL aprueba las medidas emprendidas por los socialistas ingleses, como el seguro de desempleo (el llamado «subsidio de paro») y las pensiones de vejez [*Selected Letters III (1929-1931)*, págs. 386-387]. <<

[511] Esta teoría sobre el origen de la luna estaba muy extendida en tiempos de Lovecraft, aunque paradójicamente la teoría de la deriva continental, que como veremos unas líneas más adelante, nuestro autor también aceptaba, la ponía seriamente en duda. Hoy en día, sin embargo, se considera bastante improbable, al menos tal como la expresa HPL. Actualmente se cree que hará unos cuatro mil millones de años la colisión con la Tierra de algún cuerpo planetario de un tamaño aproximado al de Marte provocó una nube de fragmentos que finalmente se fundieron y formaron la luna. <<

[512] Ya en 1620, el filósofo inglés Francis Bacon se había fijado en la similitud que presentan las formas de la costa occidental de África y la oriental de Sudamérica, aunque no sugirió que los dos continentes hubiesen estado unidos antes. La propuesta de que los continentes podrían moverse la hizo por primera vez en 1858 el geógrafo francés Antonio Snider-Pellegrini. En 1908 el geógrafo y geólogo aficionado estadounidense Frank Bursley Taylor (1860-1938) propuso el concepto a la *Geological Society of America* y en junio de 1910 publicó en el boletín de dicha institución un artículo esbozando la teoría. Pero fue el geofísico y meteorólogo alemán Alfred Lothar Wegener (1880-1930) el que desarrolló por su cuenta esta teoría en el libro *Die Entstehung der Kontinente und Ozeane (El origen de los continentes y océanos, 1915)*, y el primero en utilizar el término «deriva continental» (en alemán «die Verschiebung der Kontinente»). Esta teoría fue rechazada durante años —como la propia Atlántida— y retomada en la segunda mitad del siglo xx con el calificativo de «gran revelación» de las ciencias geológicas. Según esta teoría, los continentes de la Tierra habían estado unidos en algún momento en un único «supercontinente» paleozoico, al que Wegener llamó Pangea, cuyos fragmentos fueron alejándose lentamente de sus posiciones de partida hasta alcanzar las que ocupan actualmente. Al principio, pocos le creyeron. Pero en 1925 el geólogo y físico irlandés, pionero de la terapia por radiación, John Joly (1857-1933), la incluyó en su tratado *The Surface History of the Earth*. Hasta que en 1961 R. S. Dietz propuso un nuevo concepto de la evolución de los continentes y los fondos oceánicos, formulando la hipótesis de la expansión de estos últimos que él suponía que se creaban en las crestas oceánicas, se extendían hacia las fosas oceánicas y luego se introducían debajo de ellas hasta el manto [véase “Continent and Ocean Basin Evolution by Spreading of the Sea Floor”, *Nature*, 190, 1961, págs. 854-857]. Los continentes eran

transportados en el mismo proceso, que era originado por las corrientes de convección del manto (proceso supuesto anteriormente por Holmes y Fisher). El antiguo escepticismo sobre la deriva continental se desvaneció rápidamente, sobre todo a causa de los hallazgos del paleomagnetismo y los nuevos análisis tectónicos. Una de las objeciones principales a la hipótesis de Wegener sobre la deriva continental era la imposibilidad física de que un continente «navegase como un barco» a través del sima [lecho de rocas más densas, ricas en silicatos de magnesio, hierro y calcio, que hay debajo del sial]; y en ninguna parte hay una deformación del fondo marino que provoque un movimiento del continente. La expansión del fondo del mar obvia esta dificultad, ya que los continentes no se mueven nunca a través del sima sino que, o bien se mueven con él, o bien permanecen quietos un tiempo mientras el sima se mueve debajo de ellos. <<

[513] Se refiere sin duda a los Grandes Antiguos, aunque no está nada claro cuándo llegaron a la tierra. En “La llamada de Cthulhu” se afirma únicamente que «eran muy anteriores a la aparición del hombre» [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 568].

<<

[514] Actualmente se cree que el Pérmico se extendió desde hace 290 a 240 millones de años. La cifra que indica Lovecraft hoy en día correspondería más bien al Jurásico superior. <<

[515] Aparentemente Lovecraft se contradice, ya que en “El que susurra en la oscuridad” afirma que «estuvieron aquí mucho antes de que la época fabulosa de Cthulhu hubiese concluido, y recuerdan todo lo referente a la sumergida R’lyeh cuando aún reinaba sobre las aguas». <<

[516] Charles Wilkes (1798-1877), marino y explorador estadounidense del Polo Sur. Dirigió una expedición científica al Pacífico Sur (1838-1842), la llamada «Expedición Wilkes», que incluía naturalistas, botánicos, mineralogistas, taxidermistas, artistas y filólogos. En el curso de la misma descubrió (1840) una franja litoral de 2.000 kilómetros de longitud en la Antártida, bautizada en su honor con el nombre de Tierra de Wilkes. En 1844 publicó *Narrative of the United States Exploring Expedition* (5 volúmenes y un atlas). Su comportamiento obsesivo y su severo código de disciplina a bordo han llevado a algunos historiadores a pensar que Herman Melville se inspiró en él para su caracterización del capitán Ahab en *Moby-Dick*. Lovecraft escribió sobre él un artículo juvenil que no se conserva: *Wilkes's Explorations* (ca. 1902).

Douglas Mawson (1882-1958), geólogo y explorador australiano. En 1909, participando de la expedición de Shackleton, logra la hazaña de alcanzar por primera vez el Polo Sur Magnético y escalar el Monte Erebus, el único volcán antártico activo, que le fascinó con los rojizos colores de su lava serpenteando entre la nieve. Entre 1912 a 1913, recorrió miles de kilómetros de costas inexploradas en lo que hoy se conoce como Adelie Land, Queen Mary Land y King George V Land (Tierra de Jorge V), siendo en realidad el único sobreviviente de un grupo de exploradores. Su diario, escrito con hielo, sangre y fuego, al que luego confirió una estructura narrativa Lennard Bickel, confirma los tintes heroicos que irradió la expedición, de un heroísmo quizá superior al viaje de Scott y su grupo, que pereció trágicamente en el continente blanco. El valor científico de la exploración de Mawson tuvo también mayor relevancia. Pero no trascendió en la historia. <<

[517] Constantino I (Flavio Valerio Constantino), emperador de Roma desde 306 a 337 ci. C., fundó Constantinopla («la ciudad de Constantino», hoy en día Estambul) el año 324 en lo que fue la antigua ciudad griega de Bizancio. Más tarde se convertiría en la capital del imperio bizantino. <<

[518] Carsten Egeberg Borchgrevink (o Borchgrevink) (1864-1934), explorador noruego. En 1888 emigró a Australia, donde trabajó como agrónomo y posteriormente enseñó ciencias naturales e idiomas en el Coorivell College. Su pasión por la aventura y la exploración le llevó a embarcarse en un ballenero que navegó por las regiones antárticas. Tras exponer sus observaciones en el VI Congreso Internacional de Geografía, consiguió organizar una expedición al Antártico, donde realizó interesantes estudios geográficos, zoológicos y botánicos, además del descubrimiento de alguna isla y la fijación del Polo Sur Magnético. A fines de 1898 Borchgrevink lidera el primer intento de afincar una base estable en el sector oriental del continente helado, sobrevive con un grupo de 10 hombres y es recogido al año siguiente por su buque de apoyo *Southern Cross* desde Nueva Zelanda. La experiencia la contó en su libro *First on The Antarctic Continent, Being an Account of the British Antarctic Expedition 1898-1900* (Londres 1901). Lovecraft confiesa en una carta a Reinhardt Kleiner que «hacia 1900 empezó a interesarse por la geografía e historia y se convirtió en un fanático de las exploraciones de la Antártida gracias a la expedición de Borchgrevink» [*Selected Letters 1911-1924*, pág. 37]. El episodio de las cicatrices de focas antárticas lo cuenta Karl Fricker en *The Antarctic Regions* (Swan Sonnenschein, Londres, 1900), libro que tenía Lovecraft. <<

[519] Pirámides escalonadas de cinco o siete pisos, planta rectangular o cuadrada, con escaleras de acceso en ambos casos, o rampas sólo en el segundo, en cuya terraza superior se levanta un templo. Las más antiguas se remontan a finales del cuarto milenio a. C. El más famoso de esos zigurats fue sin duda La Torre de Babel (nombre de Babilonia en el Antiguo Testamento). <<

[520] Para Angela Carter, «la Antártida de Lovecraft es el más terrible de todos sus paisajes. Este desolado reino de hielo y muerte [...] es, al mismo tiempo, una versión realzada de la Antártida real, y una visión de la aborrecible meseta de Leng, el techo del mundo, y de la laberíntica ciudad de los Seres Mayores». Y del mismo modo que, antes de empezar *The Rime of the Ancient Mariner* (1798), Coleridge planeó un «poema sobre el delirio», Lovecraft «aportó sus propios miedos: tenía horror y alergia a cualquier temperatura inferior a veinte grados y, a menudo, hacia el final de su vida, por debajo de los treinta grados» [“Lovecraft and Landscape”, págs. 179-180]. <<

[521] El pingüino rey o pájaro bobo real (*Aptenodytes patagonicus*) tiene casi un metro de alto y pesa unos quince kilos. Es curioso que Lovecraft no mencione el pingüino emperador (*Aptenodytes forsteri*), que sólo se encuentra en la Antártida y es un poco más grande: sobrepasa el metro de altura y puede pesar hasta cuarenta y cinco kilos, aunque su peso promedio es de treinta. <<

[522] Antigua ciudad de Siria, situada en un oasis del desierto, una de las poblaciones más importantes de la antigüedad por el favor que le otorgaron varios emperadores romanos. Fue destruida por el emperador Aureliano en 273. Hoy se llama Tadmor (ciudad de las palmeras) y no es más que una aldea. Sus maravillosas ruinas, descubiertas a finales del siglo XVI, son una amalgama de estilos: grecorromano y de Oriente Medio. <<

[523] Lovecraft utiliza el grito fatídico «*jTekeli-li!*» de la novela de Poe Arthur Gordon Pym, cuyo significado él tampoco explica, aunque según parece deriva de Teqel una de las palabras en arameo, *Mené, mené, teqel y parsín...*, misteriosamente escritas en la pared de la sala donde Baltasar, último rey de Babilonia, daba un festejo sacrílego. El significado era incomprendible para los sabios de Babilonia, pero Daniel logró descifrarla: anunciaba la caída de Babilonia en el año 539 a. C. Más tarde HPL cita explícitamente este episodio bíblico en “La sombra sobre Innsmouth”, pág. 522. Véase la nota 50 de este relato, pág. 909, donde se da la traducción literal según la Biblia. <<

[524] El músico y poeta tracio Orfeo, hijo de la musa Calíope, se casó con la dríade [ninfa de los árboles] Eurídice, pero su vida conyugal fue muy efímera. Aristeo intentó violar a Eurídice y, al huir, esta pisó una serpiente, como consecuencia de cuya mordedura falleció. Orfeo descendió al Hades para rescatarla. Con su música deleitó a los dioses infernales y le fue concedido lo que pedía: Eurídice podía regresar a la tierra con él, con la condición de que él no volviera la cabeza para mirarla hasta que hubieran salido del Hades. Mas, al no oír los pasos de ella a sus espaldas, Orfeo miró hacia atrás y Eurídice desapareció. La versión más completa del mito la cuenta Virgilio en el Libro IV de sus *Geórgicas*.

Lot, sobrino de Abraham, fue el único justo que se salvó, con su familia, de la destrucción de Sodoma, advertido por los ángeles. Pero durante la huida, su mujer se volvió a mirar hacia atrás y fue transformada en una estatua de sal como castigo a su incredulidad y a su curiosidad [*Génesis* 19, 1-26]. <<

[525] Esa misma línea de metro, inaugurada el 3 de diciembre de 1916, funciona todavía, formando parte de la Red Line a Harvard, y Lovecraft sin duda la utilizó en varias ocasiones. <<

[526] Probable alusión al relato de Arthur Conan Doyle “The Horror of the Heights” (incluido en *Danger! and Other Stories*, 1918, y más tarde en *Tales of Terror and Mystery*, 1922). Lovecraft le contó a su tía Lillian D. que había leído los relatos de terror de Conan Doyle cuando fue a visitar a su amigo Clark W. Paul Cook en el verano de 1928 [carta citada por Joshi, que se conserva en la John Hay Library]. <<

[527] El episodio forma parte de la Odisea de Homero [12, 142-200], aunque Lovecraft confesó haber leído esta historia en 1921 en la adaptación escrita por Edward Lucas White, *The Song of the Sirens and Other Stories* (1919). <<

[528] En sus notas a la novela, Lovecraft ha escrito: «Danf. Grita por lo que ve en el cielo... unos metros por encima... ¿GORJEOS? ¿VAPORES?» Y en 1931 le contó a August Derleth: «en mi cuento los shoggoth proporcionan un clímax concreto y tangible... ¿SC lo que yo deseaba añadir era simplemente un vago indicio adicional de horror espiritual» [carta del 16 de mayo de 1931, citada por Joshi, cuyo manuscrito se conserva en la State Historical Society de Wisconsin]. <<

[529] Título del soneto XXVII de *Fungi from Yuggoth*, que habla de un «faro en una torre de piedra / donde el último Anciano vive solo / hablando al Caos con redobles de tambores». <<

[530] Título original: “The Shadow over Innsmouth”, traducido por J. A. Molina Foix. Escrito en noviembre y diciembre de 1931. Publicado por vez primera en forma de libro en 1936 (Visionary Press, Everett) y en enero de 1942 en *Weird Tales*, vol. 36, nº 3. Recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido incluido en *The Dunwich Horror and Others*, basado en el manuscrito autógrafo y en una copia mecanografiada, preparada por el propio Lovecraft, que se conservan en la John Hay Library de la Universidad Brown.

Insatisfecho de los resultados obtenidos, Lovecraft se negó a publicarlo. «No creo —le escribió a Derleth— que el experimento sea gran cosa. [...] Tiene todos los defectos que deploro» [carta a August Derleth del 10 de diciembre de 1931, que se conserva en la State Historical Society of Wisconsin de Madison]. A principios de 1933 Derleth envió a *Weird Tales*, sin permiso de Lovecraft, la copia mecanografiada que este le había enviado a regañadientes. Farnsworth Wright, director de la publicación, lo rechazó tajantemente por no poder serializarlo convenientemente sin destrozar la unidad del relato. Finalmente fue publicado en 1936 en forma de libro [el único en vida de HPL] por Visionary Press, la editorial que William L. Crawford, director de las revistas *Unusual Stories* y *Marvel Tales*, regentaba en Everett (Pensilvania). Se imprimieron 400 ejemplares (con 4 ilustraciones de Frank Utpate, amigo de Derleth, y tantos errores tipográficos que hubo que incluir una fe de erratas) de los que sólo se encuadernaron 200 y no se vendieron más de 150. Lovecraft se indignó al descubrir nuevos errores no recogidos en la fe de erratas y sobre todo al enterarse de que Crawford ofrecía una edición encuadernada en piel por dos dólares y medio [la edición corriente costaba un dólar]: «¡Cualquiera que pague tanto por tal desastre de libro fatalmente impreso es un imbécil!» [James Russell, “20th Century Gothic”, Part five, 1998,

fortunecity.com]. En enero de 1942 *Weird Tales* sacó finalmente una versión corregida, pero notablemente abreviada. En 1994 Necronomicon Press publicó una edición anotada por Joshi y Schultz con ilustraciones de Jason Eckhardt.

En cuanto a influencias literarias es probable que el texto esté en deuda con los relatos “Fishhead” (1913), del escritor de Kentucky In/in S. Cobb [algunas de cuyas historias llevó a la pantalla John Ford, como *Judge Priest* (1934) y *The Sun Shines Bright* (1953)], y “The Harbor-Master” de Robert W. Chambers, incluido en su novela en episodios *In Search of the Unknown* (1904). Y en especial con el relato de Algernon Blackwood “Ancient Sorceries”, que forma parte del volumen *John Silence-Physician Extraordinary* (1908), en el que en un pequeño pueblo francés todos los habitantes parecen convertirse en gatos por la noche [véase su traducción al castellano por F. Torres Oliver, “Antiguas brujerías”, en *John Silence, investigador de lo oculto*, Valdemar, Madrid, 2002, págs. 75-126].

Después de más de 15 años intentándolo, en 2001 Stuart Gordon filmó una aceptable versión del relato titulada *Dagon (La secta del mar)*, que traslada la acción a las costas gallegas, cambiando el nombre del pueblo de Nueva Inglaterra habitado por una extraña raza de hombres anfibios por Imboca. Otras adaptaciones, más o menos fieles, son los medimétrajes *Return to Innsmouth* (26') de Aaron Vanek (1999) o *Innsmouth Legacy* (10') de Edward Martin III (2004) y la versión televisiva japonesa *Innsmouth Wo Oou Kage* (57') de Nasuda Jun (1992). <<

[531] El nombre lo inventó Lovecraft en el relato “Celephais” (1920) [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 225-232] y volvió a aparecer en dos sonetos de *Fungi from Yuggoth* (1929-1930): “The Port” y “The Bells”, donde aun sin especificarlo parece estar localizado en Nueva Inglaterra. El sufijo *-mouth* hace referencia indudablemente a una población marítima en la desembocadura de un río. En el manuscrito autógrafo de este relato, que se conserva en la John Hay Library de la Universidad Brown, aparece (en el verso de la página 14) un mapa de Insmouth dibujado a lápiz por el propio HPL a medida que escribía el relato, según le contó posteriormente a Robert Bloch [carta de finales de junio de 1933, en *Letters to Robert Bloch*, edición de David E. Schultz y S. T. Joshi, Necronomicon Press, West Warwick, 1993, pág. 24]. <<

[532] La ley seca (1919-1933) todavía estaba vigente. <<

[533] Población al noreste de Massachusetts, en la desembocadura del río Merrimack. Fundada en 1635, no se convirtió en ciudad hasta 1835, siendo famosa antaño su construcción naval. Lovecraft la visitó por primera vez en abril de 1923 con su joven amigo Edgar J. Davis. En octubre de 1931 volvió a visitarla con W Paul Cook. Según le refirió a Clark Ashton Smith, la «antigüedad y desolación» de Newburyport fue lo que le dio la idea de escribir este relato [*Selected Letters III (1929-1931)*, pág. 435]. Véase una extensa descripción de Newburyport en la carta a Samuel Loveman del 29 de abril de 1923 [*Letters to Samuel Loveman and Vincent Starrett*, Necronomicon Press, West Warwick, 1994, págs. 20-22]. <<

[534] Se refiere a la segunda guerra de Independencia de Estados Unidos (denominada por los británicos guerra americana de 1812 para distinguirla de la entablada contra Napoleón), conflicto que los enfrentó a Gran Bretaña entre 1812 y 1815 como consecuencia del bloqueo napoleónico que obligó a la flota británica a utilizar marineros estadounidenses. Aunque las tropas británicas tomaron Washington y quemaron el Capitolio y la Casa Blanca en 1814, la victoria final de los estadounidenses al mando del general Andrew Jackson en la batalla de Nueva Orleans (en 1815) consolidó su independencia y cimentó la unidad nacional. <<

[535] Se refiere a la Boston & Maine Railroad, línea ferroviaria que se constituyó en 1835 para unir las ciudades de Boston y Portland (Maine) y que, en efecto, se bifurcaba con ramales a Rowley e Ipswich. <<

[536] Antiguo rey de Lidia (ca. 560-546 a. C.) famoso por su riqueza y magnanimidad. <<

[537] Al parecer, Lovecraft padecía una enfermedad de la piel, que bien podría ser poiquilodermia, una especie de dermatosis, poco frecuente, que se caracteriza por una dilatación de los vasos capilares, alteraciones pigmentarias y pequeñas manchas de color rojizo en la piel. Lo que sí era con toda seguridad es poiquiloterma, es decir, como todos los animales (excepto las aves y los mamíferos), no podía regular la temperatura de su cuerpo, por lo que esta variaba de acuerdo con la temperatura ambiental. <<

[538] Pueblo en la costa este del lago Champlain, fundado hacia 1770. En 1937 tenía 506 habitantes. <<

[539] Véase la carta de Lovecraft a su tía Lillian del 15-16 de agosto de 1930 [cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library, citada por Joshi en su versión anotada, publicada por Necronomicon Press, pág. 35]: «En nuestro viaje a Onset [en Cape Cod] no hubo ningún incidente... aunque fue interesante que [Frank] Belknap [Long] nos señalara una colonia de isleños de Fiji». <<

[540] En Gloucester, ciudad marítima de Nueva Inglaterra que Lovecraft visitó en agosto de 1927, existía una Gilman House, que ahora se llama Sargent-Murray-Gilman-Hough House. Construida en 1763, al principio fue una residencia privada que ocupó sucesivamente el reverendo John Murray (1741-1815), antiguo metodista inglés fundador del universalismo (secta cristiana nacida en Nueva Inglaterra), y el reverendo Samuel Gilman (1791-1858), natural de Gloucester y durante cuarenta años pastor unitarista (otra secta protestante de origen europeo) en Charleston (Carolina del Sur). Hoy en día es un museo que HPL no dejó de recorrer en su visita a la ciudad [véase la carta a Frank Belknap Long del 6 de septiembre de 1927, en *Selected Letters 1925-1929*, pág. 163] y que, según Will Murray en su artículo “I Found Innsmouth!” (*Crypt of Cthulhu*, nº 57, 1988), le inspiró el nombre del hotel. Joshi, por el contrario, alega que podría tratarse de un simple juego de palabras: *gill man* (hombre-agalla) [véase *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories*, Penguin, 1999, Nueva York, pág. 398]. <<

[541] En 1928 Lovecraft descubrió en el *Genealogical Dictionary of Rhode Island* (1887) de John Osborne Austin que tenía un antepasado irlandés llamado Casey [véase la carta a Wilfred Blanch Talman del 19 de marzo de 1929, en *Selected Letters II, 1925-1929*, págs. 322-324]. <<

[542] En un primer esbozo, que se conserva también en la John Hay Library y está incluido en la mencionada edición de Necronomicon Press, este personaje episódico se llamaba George Cole, lo que podría ser, en opinión de Joshi, un homenaje de Lovecraft a su amigo periodista Edward H. Cole, director de *The Olympian*, que en 1940 dedicó un número especial de la revista a HPL, en el que él mismo escribió un extenso obituario titulado “Ave atque Vale!” A otro de los personajes eliminados, el Padre Iwanicki, lo rescató más tarde para “Los sueños en la Casa de la Bruja”. <<

[543] Población a unas 5 millas de Salem, que antaño fue un suburbio de la misma. Lovecraft se refiere al manicomio State Hospital for the Insane, construido en 1874. <<

[544] Construida en 1864-1865, se inauguró el 1 de enero de 1866.

<<

[545] Young Men's Christian Association [Asociación Cristiana de Jóvenes], organización cristiana que ofrece una gran variedad de actividades sociales y deportivas a los jóvenes de todas las razas y religiones. Fundada en Gran Bretaña en 1844, hoy en día funciona en varios países, siendo especialmente conocida por proporcionar comida y alojamiento baratos. Lovecraft la utilizó con frecuencia en sus viajes. <<

[546] Tanto los emigrantes polacos como los portugueses eran minorías étnicas importantes en Nueva Inglaterra, y sobre todo los segundos tuvieron mucha influencia en la primitiva industria pesquera de Gloucester. La novela *Our Natupski Neighbors* (1916), de la escritora y poetisa Edith Miniter, amiga de HPL [véase la nota 8 de “El horror de Dunwich”, pág. 851], trataba sobre emigrantes polacos en Massachusetts. Recuérdese que en “El viejo terrible” dos de los tres ladrones, Joe Czanek y Manuel Silva, eran respectivamente polaco y portugués. <<

[547] Sociedad de Estudios Históricos de Newburyport, llamada oficialmente Historical Society of Old Newburyport, que Lovecraft visitó en 1927 [véase la carta a su tía Lillian de agosto de 1927, cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library, citada por Joshi en su versión anotada, pág. 39]. <<

[548] El apellido puede haberlo tomado de Helen E. Tilton, directora de la Biblioteca Pública de Newburyport en 1905, según cuenta John C. Currier en su *History of Newburyport* (1906). <<

[549] Semejantes a peces. <<

[550] El abuelo de Lovecraft Whipple Van Buren Phillips (1833-1904) fue francmasón y fundó en 1869 la logia masónica de Foster. <<

[551] En el primer esbozo ya mencionado el narrador en lugar de la Newburyport Historical Society visita las oficinas del comercio minorista de los Marsh. <<

[552] En Providence existe también Market Square, al pie de College Hill y cerca de la llamada Market House, construcción que data de 1773. <<

[553] En 1927 Lovecraft comió varias veces en un restaurante de Boston llamado Excellent Lunch, que posiblemente formaba parte de una cadena [véase la carta a Donald Wandrei del 26 de agosto de 1927, cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library, citada por Joshi en su versión anotada, pág. 42]. <<

[554] Eufemismo arcaizante de Lovecraft para referirse a los pueblos semitas. El término «Levante» designaba antaño a los países del Mediterráneo oriental, o sea: la Turquía asiática, Siria, Líbano e Israel. <<

[555] Isla estrecha y larga en la costa de Massachusetts frente a Newburyport. <<

[556] Se conoce por Cape Ann al extremo nordeste de la península en la que están situadas Gloucester y Rockport. En Rockport existe un Cape Head, que sin duda Lovecraft tuvo en mente cuando se inventó Kingsport Head [promontorio de Kingsport]. <<

[557] Véase “La extraña casa elevada entre la niebla” [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 605-615]. Lovecraft le confesó a August Derleth que «si tenía en mente algún promontorio cuando escribí ese relato fue la punta llamada “Mother Ann”, aunque esta no tiene la misma relación con la ciudad que mi misterioso acantilado tiene con “Kingsport”» [carta del 6 de noviembre de 1931, en *Selected Letters 1929-1931*, pág. 433]. Mother Ann es un saliente próximo a Cape Ann que parece la cabeza y el cuerpo de una mujer. <<

[558] En inglés «widow's walk»: especie de plataforma de observación con barandilla que se construía encima del tejado en las viviendas costeras para mirar al mar y obtener vistas despejadas. El nombre [«paseo de viuda»] deriva de su utilización preferente por las viudas de los marinos, aunque a veces lo utilizaran ellos mismos, por lo que también se conocían como «captain's walk». <<

[559] Profundidad del mar en determinado paraje, medida en brazas con la sonda vertical que lleva el mismo nombre. <<

[560] La descripción de este escenario se ajusta bastante al de una zona de Gloucester conocida como Legion Square, en el cruce de las calles Washington Street y Middle Street. Según Will Murray [op. cit., pág. 14], el edificio de la logia masónica corresponde a lo que hoy es el American Legion Hall, construido en 1844-1845, que fue sede del ayuntamiento hasta 1867 y donde a partir de entonces estuvo la Forbes School hasta 1919 en que se instaló la American Legion. La fachada conserva todavía las columnas (que datan de 1920) y el letrero negro y dorado, como puede comprobarse en la foto que aparece en la *Guide to Lovecraftian Sites in Massachusetts* (<http://www.hplovecraft.com/creation/sites/mass.asp>). <<

[561] Recuerda al penúltimo verso del soneto XXV de *Fungi from Yuggoth* (1929-1930), que dice: «¡Cuidado con el carillón cascado de St. Toad!» <<

[562] Cadena de tiendas de venta al por menor de ultramarinos (aceite, vinagre, legumbres secas, bacalao, etc.) muy extendida por toda Nueva Inglaterra y todavía existente. Fue fundada en 1900 por dos irlandeses que recibieron un préstamo del First National Bank de Boston, de donde le viene el nombre. A partir de 1970 pasó a llamarse Finast y la mayoría de las tiendas fueron compradas por otras cadenas. Hasta mediada la década de 1980 hubo una de estas tiendas en Gloucester cerca de la estación del ferrocarril. <<

[563] Iglesia Metodista Episcopal Asbury. <<

[564] Este personaje muestra bastantes analogías con Humphrey Lathrop, el viejo doctor que es una fuente de conocimientos acerca de los pueblos de Leominster y Marlborough, donde transcurre la acción de la novela de Herbert Gorman *The Place Called Dagon* (1927), que Lovecraft leyó en 1928. Según Joshi [véase *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories*, pág. 311], la vida de este personaje coincide exactamente con la del amigo de HPL, el poeta y periodista aficionado Jonathan E. Hoag (1831-1927), cuyas descripciones sobre la región de Castkill Mountains utilizó aquel para la ambientación topográfica de “Más allá de la barrera del sueño” y “El miedo que acecha”. En el Viejo Testamento, Zadok (Sadoc, transcrito al castellano) es un sacerdote de los tiempos de David y Salomón, cuyos descendientes, según Ezequiel, eran los únicos sacerdotes legales de Israel. <<

[565] En la película de Stuart Gordon *Dagon* (2001), rodada en Combarro, típico pueblo marinero pontevedrés transmutado en el literario Imboca, el papel de borracho lo interpretó Francisco Rabal en su última aparición en la pantalla. <<

[566] Lovecraft describía así a Oscar Wilde: «A pesar de sus modales elegantes que implicaban una apariencia exterior de compostura y decoro ornamental, estaba tan corrompido y era tan despreciable como puede ocurrirle a cualquier ser humano. [...] Resulta irónico que él, que durante un tiempo logró ser el príncipe de los dandis, nunca fuera en sentido estricto lo que se llama un *caballero*» [carta a August Derleth del 20 de enero de 1927, en *Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 98]. Lovecraft parece sugerir que la homosexualidad de Wilde era igual de aberrante que el mestizaje de Obed Marsh. <<

[567] Se refiere al reinado del monarca inglés Edward VII (1901-1910). <<

[568] Lovecraft tomaba muy a menudo ambos tipos de comestibles, tanto por su afición al queso y a las golosinas como por su bajo precio. Sobre sus gustos culinarios véase la nota 40 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 876. <<

[569] La carcoma. Referencia al poema de Poe "The Conqueror Worm", incluido en el relato "Ligeia" (1838). <<

[570] En Gloucester existe una Fish Street. <<

[571] En inglés «imp of the perverse», expresión que, sin lugar a dudas, es otra referencia a Poe, concretamente a su relato “The Imp of Perversity” (1845). Según Katharine Briggs [*Dictionary of Fairies*, Penguin, Londres, 1977, pág. 252], antiguamente «imp» significaba esqueje o vástago. Un «imp» era un árbol injertado o que había crecido de un esqueje, y existía la creencia de que había algo mágico en ello. Por extensión, en los antiguos cuentos de hadas un «imp» equivalía a un diablillo, un vástago de Satanás. <<

[572] Compárese con los dos últimos versos del soneto XI (“The Well”) de *Fungi from Yuggoth*: «Pues el agujero nos parecía demasiado profundo / para que ningún escandallo pudiera sondearlo». <<

[573] Antigua denominación de la isla de Tahití, la «isla sabia» (en expresión de Stevenson) al sur del Océano Pacífico, descubierta el 23 de junio de 1767 por el capitán inglés Samuel Wallis, en el curso de su circunvalación del planeta. El capitán Cook fue quien le puso el nombre de Otaheité, pero el que mejor la ha descrito fue sin duda Louis-Antoine de Bougainville (en su *Voyage autour du monde*, 1771), que la visitó en abril de 1768 y tomó posesión de la misma en nombre de Francia, bautizándola como La Nouvelle Cythère por la inmoralidad de sus costumbres. <<

[574] Islas volcánicas al sur del Pacífico, con manglares y atolones coralinos. En 1979 lograron su independencia de Estados Unidos, de los que formaron parte en fideicomiso desde el final de la segunda guerra mundial, convirtiéndose en los Estados Federados de Micronesia. Ponape es una de las islas orientales, próxima a donde estuvo la importante base naval japonesa de Palikir. <<

[575] Canacos. Como se explicó en la nota 18 de “La llamada de Cthulhu”, este término lo utilizan los blancos en la Polinesia para designar a los indígenas de aquellas islas del Pacífico (la palabra hawaiana *kanaka* quiere decir «hombre»). <<

[576] La leyenda de Minos relata que este rey de Creta, que vivió tres generaciones antes de la guerra de Troya, ofrecía todos los años siete jóvenes y otras tantas doncellas al Minotauro, monstruo con cabeza humana y cuerpo de toro, fruto de sus amores contra natura con Pasífae, que tenía encerrado en el Laberinto. Lovecraft leyó de niño esta leyenda en *The Age of Fable* (1855) de Bulfinch y en *Tanglewood Tales* (1853) de Nathaniel Hawthorne, que sin duda le inspiró este pasaje. <<

[577] Eso quiere decir que Zadok nació en 1831, el mismo año que el anciano amigo de Lovecraft Jonathan E. Hoag [véase la nota 35 de este mismo relato]. <<

[578] Símbolo sagrado formado por una cruz con cuatro brazos iguales cuyos extremos se prolongan en ángulo recto (llamada gamada, por su similitud con la letra gamma del abecedario griego), que aparece en casi todas las culturas primitivas, tanto en Asia como en Europa y en la América precolombina. Su nombre proviene del sánscrito (swasti = bienestar) y generalmente se ha interpretado como representación de la rueda solar y el movimiento de rotación cósmico, pero también del dios supremo (Edad de Hierro) o de Thor (mitología nórdica), y como símbolo de los cuatro puntos cardinales (China), de felicidad y salvación (hinduismo), o como llave del paraíso (budismo), y para el hinduismo está relacionada con los cuatro elementos y con la divinidad de Brahma y Siva. Lovecraft sin duda conocía que en la Alemania de entreguerras la adoptaron varios grupos de extrema derecha, vinculándola a las leyendas germánicas. Pero cuando escribía este cuento ignoraba que Hitler iba a elegirla como símbolo de la Alemania nazi, y que en 1935 se convertiría en emblema y estandarte del Tercer Reich. <<

[579] Secuencia profética de palabras en arameo que, según la Biblia, fue misteriosamente escrita en la pared de la sala donde Baltasar, último rey de Babilonia, daba un festejo sacrílego. El significado era incomprensible para los sabios de Babilonia, pero Daniel logró descifrarla: anunciaba la caída de Babilonia en el año 539 a. C. La traducción literal es «medido, pesado y dividido», y la interpretación que dio Daniel: «Dios ha *medido* tu reino y le ha puesto término; has sido *pesado* en la balanza y hallado falto de peso; tu reino será *dividido* y entregado a los medos y a los persas» [Daniel 5, 25-28]. <<

[580] Repetición de la horrenda fórmula ritual de “La llamada de Cthulhu”, cuya traducción es: «En su morada de R’lyeh, Cthulhu muerto aguarda soñando» [en el primer tomo de esta Narrativa completa, pág. 565]. <<

[581] Recuérdese que en “Arthur Jermyn” Sir Wade mantiene recluida a su esposa, hija de un comerciante portugués, a la que «nadie había visto nunca de cerca, ni siquiera los criados», y al final resulta ser una simia [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 206]. <<

[582] Lovecraft los describe como monstruos protoplásmicos creados por los Antiguos como mano de obra esclava que derrocan su civilización en la Antártida [«masas protoplasmáticas multicelulares capaces de transformar sus propios tejidos, por influjo hipnótico, en toda suerte de órganos temporales, creando así esclavos ideales para ejecutar los trabajos pesados de la comunidad» [*En las montañas de la locura*, págs. 433-434]. Según el ocultista inglés Kenneth Grant, el nombre de estos seres estaría relacionado con la palabra caldea «shaggathai», que significa «fornicación». Para más información sobre ellos véase Will Murray, “The Trouble With Shoggoths”, *Crypt of Cthulhu*, nº 32, 1981, págs. 35-38 y 41. <<

[583] Se le ha reprochado a Lovecraft este largo monólogo en jergonza, no obstante su innegable efectividad para suministrar un adecuado telón de fondo al cuento y crear una insidiosa atmósfera terrorífica. Joshi opina [en su edición anotada de Necronomicon Press, págs. 20-21] que HPL tuvo sin duda en mente al escribirlo los largos diálogos en dialecto escocés de la novela de John Buchan *Witch Wood* (1927), que tanto encomió en su *Supernatural Horror in Literature*, o el relato de Stevenson “Thrawn Janet” (“Janet la Torcida”, 1881) escrito enteramente en gaélico. <<

[584] Ese precio era normal en los hoteles baratos de aquella época. Cuenta Joshi que en su viaje a Florida en el verano de 1931, Lovecraft pagó sólo cuatro dólares por una semana de alojamiento en el hotel Río Vista de St. Augustine [véase *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories*, pág. 415]. <<

[585] En “El que susurra en la oscuridad”, el catedrático de la Universidad Miskatonic Albert N. Wilmarth hace lo mismo al final del capítulo VII cuando «tiene la impresión de estar rodeado de blasfemas influencias que le asfixiaban los sentidos». <<

[586] Véase la nota 89 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 818.

<<

[587] Oberlin College es una pequeña y selectiva universidad especializada en humanidades y sede de un prestigioso conservatorio de música. Fundada en 1833 en Oberlin, ciudad del condado de Lorain al nordeste de Ohio, fue el primer centro universitario que admitió estudiantes de color (en 1835) y también la más antigua institución norteamericana que implantó la enseñanza mixta. <<

[588] Lovecraft había visitado esa ciudad en agosto de 1922 en compañía de Alfred Galpin y Samuel Loveman. <<

[589] Canton es una ciudad del condado de Stark, al nordeste de Ohio. A unas 5 millas de distancia, en Massilon, se encuentra el Massilon State Hospital, un manicomio fundado en 1899. <<

[590] Véase la nota 43 de *En las montañas de la locura*, pág. 892. <<

[591] La frase final parece una parodia del Salmo bíblico 23, 6: «Y moraré para siempre en la casa del Señor». <<

[592] Título original: “The Dreams in the Witch House” [título provisional: “The Dreams of Walter Gilman”], traducido por J. A. Molina Foix. Escrito en febrero de 1932. Publicado por vez primera en julio de 1933 en *Weird Tales*, vol. 22, nº 1, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto incluido en *At the Mountains of Madness*, corregido por Joshi y Schultz basándose en el manuscrito autógrafo del autor [mecanografiado al parecer por Derleth, según sugiere el propio HPL en *Selected Letters IV (1932-1934)*, Arkham House, Sauk City, 1976, pág. 146].

Lovecraft no quería enviarlo a *Weird Tales*, escocido por el rechazo de su director Farnsworth Wright a *En las montañas de la locura* el verano anterior. Pero August Derleth le envió el manuscrito sin su permiso ni su conocimiento, y Wright lo aceptó inmediatamente. Le pagó 140 dólares.

Como apuntó Fritz Leiber, escritor de fantasía y ciencia-ficción que en los años treinta interpretó algunos papeles en Hollywood como secundario, este relato, escrito a lápiz de manera frenética (como luego “El ser del umbral”), es uno de los primeros que utilizó el concepto matemático de hiperespacio [véase “Through Hyperspace with Brown Jenkin: Lovecraft’s Contribution to Speculative Fiction”, en *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, reproducido también en S. T. Joshi (ed.), *H.P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Ohio State University Press, Athens, 1980, y en Peter Cannon (ed.), *Lovecraft Remembered*, 1998]. Se trata de una sagaz combinación de la vieja magia negra con los descubrimientos modernos en matemáticas, geometría y física cuántica. Parece sugerir que los avances de la física recapitularán los poderes descubiertos por la brujería. Gran audacia la de Lovecraft al intentar tan formidable síntesis de la magia negra con la física de Einstein. Los personajes, que de alguna manera son representativos de las viejas leyendas de

Nueva Inglaterra, se convierten en emisarios de un continuo espacio-temporal de cuatro dimensiones. El desenlace se resuelve en una secuencia de episodios oníricos en los que esta cuarta dimensión vulnera el mundo actual.

En 1968 Vernon Sewell filmó una adaptación del relato (no acreditada) titulada *The Curse of the Crimson Altar* (*La maldición del altar rojo*), protagonizada por Christopher Lee, Boris Karloff y Barbara Steele. En 2003 Ivan Zucco rodó *La casa sfuggita* (*La casa maldita* en Argentina), cuya acción mezcla desordenadamente y con escasa pericia este relato con “La casa evitada” y “La música de Erich Zann”. Como ya se ha señalado, el primer episodio de *The Necronomicon, Book of the Dead* (1994), de Brian Yuzna, titulado “The Drowned” y dirigido por Christophe Gans, combina este relato con “Las ratas en las paredes” y *El caso de Charles Dexter Ward*. En 2005, formando parte de la serie televisiva para Showtime Networks “Masters of Horror”, Stuart Gordon rodó una nueva versión, *Dreams in the Witch-House* (55'), escrita al alimón con Dennis Paoli y ambientada en época actual. <<

[593] Se refiere a la época colonial en que Nueva Inglaterra era una provincia del imperio británico. Los gobernadores reales tenían su sede oficial en Boston, en la célebre Province House, edificio de tres plantas coronadas por una cúpula rematada por una veleta dorada que representaba un indio con su arco y su flecha en ristre. <<

[594] Cotton Mather (1622-1728) fue el más destacado teólogo puritano de su época en Estados Unidos y, si bien se ha exagerado su papel en los procesos por brujería de Salem, no es menos cierto que en obras como *Memorable Providences Relating to Witchcrafts and Possessions* (1689) o *Wonders of the Invisible World* (1693) defiende la creencia en las brujas. <<

[595] Lovecraft visitó a menudo Haverhill (Massachusetts), donde vivía su amigo Charles W. («Tryout») Smith (1852-1948), eminente editor desde 1888 que a partir de 1914 publicó la revista aficionada *The Tryout*. A pesar de colaborar en ella casi desde el principio (dos años después de su aparición en 1914), HPL no lo llegó a conocer hasta 1920 (en una carta a Clark Ashton Smith del 20 de septiembre de 1925 [*Selected Letters 1925-1929*, pág. 26] lo calificó de «viejo interesante»), y a partir de entonces se volvieron a ver en varias ocasiones. Una de esas visitas (el 9 de junio de 1921), en compañía de su amiga y corresponsal Myrta Alice Little (1888-1967), la cuenta en “The Haverhill Convention” (*Tryout*, julio de 1921), y en agosto de ese mismo año exploró en New Hampshire, acompañado igualmente de Little, la Haverhill Historical Society. <<

[596] Eibon es un personaje creado por Clark Ashton Smith en su relato “The Door to Saturn” (*Strange Tales of Mystery and Terror*, enero de 1932), al que luego él mismo atribuyó el llamado *Libro de Eibon* o *Liber Ivonis* (también conocido como *Livre d’Ivon*) en su posterior relato “Ubbo-Sathla” (*Weird Tales*, julio de 1933) [véase su traducción al castellano por Francisco Torres Oliver, en *Cthulhu. Una celebración de los mitos*, págs. 63-71]. Para más detalles véase Lin Carter, “History and Chronology of the Book of Eibon” (1984) y “The Life of Eibon according to Cyron of Varaad” (1988), incluidos en Robert M. Price, *The Book of Eibon*, Chaosium Books, Hayward (California), 2002. <<

[597] En el relato de Robert E. Howard “The Children of the Night” (*Weird Tales*, abril-mayo de 1931) [véase su traducción al castellano por Santiago García en *Los gusanos de la Tierra y otros relatos de horror sobrenatural*, págs. 49-63] aparece en una estantería, junto al *Castillo de Otranto* de Horace Walpole, un libro titulado *Nameless Cults*, que el autor atribuye a un tal Von Juntz. Posteriormente, tras muchas discusiones con Lovecraft y otros componentes de su círculo, August Derleth lo retituló en alemán, aunque algo incorrectamente (debería ser *Unaussprechliche Kulten* o en todo caso *Die Unaussprechlichen Kulten*). Más tarde HPL proporcionó a Von Juntz un nombre compuesto: Friedrich Wilhelm. <<

[598] Véase la nota 103 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 820. <<

[599] Véase la nota 104 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 820. <<

[600] Véase la nota 91 de *El caso de Charles Dexter Ward* pág. 818.

<<

[601] Las dos celebraciones más importantes del aquelarre de las brujas [véase la nota 19 de “El horror de Dunwich”, pág. 854]. <<

[602] Max Planck (1858-1947) fue un físico alemán, especialista en termodinámica, que obtuvo el premio Nobel en 1918. Como se dijo en la nota 17 de “La casa evitada”, HPL aceptó a regañadientes, aunque sin darse cuenta de su verdadera importancia, su teoría cuántica, propuesta en 1900, que sostenía que la acción de ciertas partículas subatómicas era intrínsecamente aleatoria [véase *Selected Letters 1929-1931*, pág. 228].

El físico alemán Werner Karl Heisenberg (1901-1976) fue uno de los fundadores de la mecánica cuántica que, basándose en las teorías de Einstein y Planck, estableció en 1927 el principio de incertidumbre o indeterminación que lleva su nombre, por el que recibió el premio Nobel de Física en 1932. Durante la segunda guerra mundial participó en las investigaciones alemanas sobre energía nuclear, orientadas hacia su posible aplicación bélica.

Sobre Einstein véase lo dicho en el prólogo, págs. 16-19.

Willem de Sitter (1872-1934) fue un astrónomo holandés que contribuyó a introducir la teoría de la relatividad en el mundo de habla inglesa a través de una serie de artículos aparecidos en 1916-1917, pero posteriormente elaboró un modelo cosmológico del universo en expansión (mundo de Sitter) completamente distinto del concebido por Einstein. Lovecraft asistió a una conferencia que dio en Providence el 9 de noviembre de 1931 [véase *Selected Letters 1929-1931*, pág. 437]. <<

[603] Georg Friedrich Bernhard Riemann (1826-1866) fue un matemático alemán, pionero en las investigaciones sobre teoría de funciones a las que aplicó métodos geométricos (superficie de Riemann). Su trabajo póstumo fue las *Ecuaciones diferenciales parciales y su aplicación en cuestiones de física* (1869), en las que, desarrollando las teorías del físico y astrónomo alemán Karl Friedrich Gauss (1777-1855), sentó las bases de la geometría diferencial de los espacios de más de tres dimensiones, que rechaza varios principios fundamentales de la geometría euclidiana.

<<

[604] Posible homenaje a su amigo de la infancia Ronald Upham a quien HPL menciona en una carta a los Gallomo [Galpin/Lovecraft/Moe], con ocasión de un viaje en el Ford camuflado de otro compañero de la infancia, Harold Bateman Munroe, para visitar el Great Meadow Hill Country Clubhouse en Rehoboth (Massachusetts) [véase *Selected Letters 1911-1924*, pág. 150]. <<

[605] Este personaje, «supersticioso y de una cándida credulidad», fue creado inicialmente para el relato “La sombra sobre Innsmouth”, pero a última hora Lovecraft suprimió el párrafo en que intervenía [véase *Miscellaneous Writings*, pág. 65]. <<

[606] Lovecraft utiliza el término «congeries», en el sentido de acumulación, amontonamiento, cúmulo o montón de cosas. En castellano existe un término similar, pero ha quedado completamente en desuso y sólo se utiliza en retórica para designar la acumulación de palabras o frases cuyos significados guardan entre sí cierta relación de sinonimia. <<

[607] Hidra y el Navío Argos eran unas antiguas constelaciones identificadas por Ptolomeo en el hemisferio austral. En la actualidad los astrónomos no las reconocen como tal. La primera la dividen en Hidra Hembra, situada entre Leo, Virgo, Centauro y la Brújula, e Hidra Macho, situada entre Eridano, la Mesa, el Octante y el Tucán. El Navío Argos, situada por Ptolomeo en el hemisferio austral, cerca y al oeste del Centauro y debajo del Gran Can, hoy en día los astrónomos la dividen en tres: Carena, Popa y Vela. <<

[608] El 19 de abril. En tal fecha se conmemoran las batallas de Lexington y Concord, unánimemente consideradas como el comienzo de la guerra de independencia de Estados Unidos, que tuvieron lugar el 19 de abril de 1775, cuando setenta *minutemen* [miembros de la milicia colonial, así llamados porque presumían de estar listos para intervenir un minuto después de ser avisados] detuvieron el avance de setecientos soldados regulares británicos.

<<

[609] Estas figuras representan a los Ancianos, extraterrestres en forma de barril de *En las montañas de la locura*. <<

[610] De joven, Lovecraft fue un gran aficionado al cine mudo, sobre todo entre 1908 y 1913. Los primeros locales que se abrieron en Providence comenzaron a funcionar en marzo de 1906, según contó por carta el propio HPL a Vernon Shea, añadiendo que asistió a las primeras funciones «con el mismo espíritu con el que había leído a Nick Carter, Old King Brady 86 Frank Reade», los populares héroes de las *dime novels*, folletines en fascículos de diversos géneros (*western*, policíaco, de aventuras o fantástico), que se vendían a diez centavos (un *dime*), indudable antecedente de las revistas *pulp* [carta del 4 de febrero de 1934 en *Selected Letters IV (1932-1934)*, pág. 355]. Sus actores favoritos eran Douglas Fairbanks, Mary Pickford y en especial Chaplin, a quien dedicó un poema en octosílabos titulado “To Charlie of the Comics”, publicado en el *Providence Amateur* en febrero de 1916. Entre las películas que se sabe a ciencia cierta que vio, destacan, además de todos los cortos de Charlot, *El nacimiento de una nación* (1915) y *El lirio roto* o *La culpa ajena* (*Broken Blossoms*, 1919), de David W. Griffith. Posteriormente, arrastrado un poco por su esposa Sonia H. Greene y su amigo Frank Belknap Long, que no habían perdido todavía el interés por el cine como le pasaba un poco a él, vio, entre otras, *El ladrón de Bagdad* (1924), de Raoul Walsh, cuyos fabulosos decorados de William Cameron Menzies debieron fascinarle, *El fantasma de la ópera* (1925), la gran creación del genio del disfraz y la máscara Lon Chaney, y *El mundo perdido* (1925), adaptación de la novela de Conan Doyle, que constituyó un verdadero hito en la utilización de los efectos especiales. Pero a su regreso a Providence tras el divorcio, su afición de antes, ya bastante mitigada, parece que acabó por extinguirse, aunque todavía tuvo ocasión de contemplar las primeras muestras del cine sonoro. Tanto *Frankenstein* como *Drácula*, ambas de 1931, le aburrieron soberanamente, a pesar de que trataban un tema que le era

bastante afín, y de la segunda incluso abandonó la proyección. Como se refiere en la nota 1 de “La sombra de otro tiempo”, sólo gozó de su agrado, que se sepa, la película de Frank Lloyd *La Plaza de Berkeley* (1933).

Si hoy viviera, es probable que no aprobase la extraña peculiaridad de la actual sala cinematográfica de su ciudad natal, Cable Car Cinema (en el número 204 de South Main Street), que, además de ofrecer una selecta programación para cinéfilos, compuesta principalmente por cine independiente americano y películas extranjeras, presume de ser la más original del mundo: su parte central está ocupada por sofás de dos plazas. <<

[611] Lovecraft utiliza este término tan querido de Poe, que designa un peligroso remolino que forman las aguas junto a las costas de Noruega, en el sentido de cualquier fuerza o influencia poderosa que trae la ruina y la desgracia. <<

[612] Como ya se dijo en la nota 7 de “La extraña casa elevada entre la niebla”, los Orne eran una importante y antigua familia de Salem, descendiente del colonizador inglés Deacon John Horne (1602-1684). La familia Orne o alguno de sus miembros aparecen en otros relatos de HPL. <<

[613] En “Herbert West, reanimador” ocurre algo parecido: una mujer italiana se pone histérica por la desaparición de su hijo, un «chiquillo de cinco años» que «padecía del corazón» [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 336]. <<

[614] Uno de los ladrones que intentan robarle el tesoro al Viejo Terrible en el relato de igual título se llama Joe Czanek [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 175-178]. <<

[615] Véase la nota 37 de “El horror de Dunwich”, págs. 856-857. <<

[616] Oficial de justicia que investiga los casos de muerte violenta, repentina o sospechosa y de accidentes en general [una especie de juez de primera instancia]. <<

[617] Título original: “Through the Gates of the Silver Key”, traducido por J. A. Molina Foix. Escrito entre octubre de 1932 y abril de 1933 a partir de un texto de E. Hoffmann Price titulado “The Lord of Illusion”. Publicado por vez primera en julio de 1934 en *Weird Tales*, vol. 24, nº 1, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto incluido en *At the Mountains of Madness*, corregido por Joshi y Schultz basándose en el manuscrito autógrafo del autor y eliminando la mayoría de los cambios introducidos por Price cuando preparó la copia mecanografiada para la edición de *Weird Tales* (sólo conservaron los que ambos autores decidieron de mutuo acuerdo).

Lovecraft había conocido a E(dgar) Hoffmann Price (1898-1989), prolífico escritor de revistas *pulp* que se declaraba teosofista y budista y a veces hacía horóscopos, en junio de 1952, cuando lo visitó en su casa de Nueva Orleans. Según cuenta en “The Man Who Was Lovecraft” [*Cats*, 1948, pág. 281; reproducido en August Derleth (ed.), *The Shuttered Room and Other Pieces*, Arkham House, Sauk City, 1959, y en Peter Cannon (ed.), *Lovecraft Remembered*, Arkham House, 1998], Price le sugirió proseguir con las aventuras de Randolph Carter y escribir una secuela de “La llave de plata”, relato que apreciaba especialmente, aunque HPL le puso serios reparos. No obstante, Price escribió un borrador en agosto por propia iniciativa y se lo mandó a finales de septiembre de aquel mismo año con la idea de que el Abuelo lo revisara para publicarlo como una colaboración entre los dos. Tras negarse tajantemente al principio, finalmente Lovecraft aceptó y el 6 de abril de 1933 le devolvió el manuscrito corregido y retitulado, acompañado de una carta elogiosa en la que afirmaba que «no creo que se venda». Unos días más tarde le confesaba a Derleth que «Price parecía tan deseoso de seguir adelante que la negativa habría sido cruel» [carta del 14 de abril de 1933, en *Selected Letters IV 1932-1934*]. Price

introdujo algunos cambios y envió el relato a *Weird Tales*, que inicialmente lo rechazó. Tras un viaje de Price a Chicago, Wright aceptó por fin el relato y pagó por él 140 dólares. A pesar de que Price reconoció [en “The Man Who Was Lovecraft”, pág. 282] que HPL dejó menos de cincuenta palabras de su texto original, si se cotejan ambos [“The Lord of Illusion” fue publicado en *Crypt of Cthulhu*, nº 10, 1982, págs. 47-56, y está reproducido en Robert M. Price (ed.), *Tales of the Lovecraft Mythos*, Fedogan & Bremer, Mineápolis, 1992, págs. 137-152] se observa que la versión definitiva no es tan distinta como podía suponerse. Las citas del *Necronomicon* proceden en su mayor parte del original de Price, aunque HPL las corrigió un tanto.

La única adaptación cinematográfica de este relato hasta la fecha, un mediometraje de una hora de duración titulado *Testament of Randolph Carter* (1987), escrito y dirigido por Andrew Leman, es más bien una recreación de las aventuras oníricas del personaje central, y se basa preferentemente en “El testimonio de Randolph Carter”, aunque incluye bastantes elementos de “A través de las puertas de la llave de plata”. <<

[618] Antiguo *janato* [sistema de gobierno equivalente, en el mundo turco y musulmán, a sultanato, califato o emirato] del Turkestán, que actualmente forma parte de la República de Uzbekistán. Su capital, de igual nombre, conserva todavía la ciudadela, antiguo núcleo de la ciudad feudal, capital de los Sasánidas y residencia de los *janes*, e importantes monumentos (más de cincuenta mezquitas y cien madrasas), vestigios de su pasado esplendor. <<

[619] Incienso aromático que se prende en las ceremonias religiosas.

<<

[620] Presunto idioma sagrado de los sacerdotes del continente perdido de Mu, que según se cree sirvió de base para la escritura jeroglífica de los mayas. James Churchward (1852-1936), coronel británico que había servido en los legendarios Lanceros de Bengala, conoció a un *rishi*, o sumo sacerdote hindú, que le llevó a una cueva de la India (o el Tíbet) que contenía una serie de tablillas de piedra escritas en esa lengua nativa de Mu, que contaban la historia de aquel continente hundido en el Pacífico. Según la teoría de Churchward, fundada en las tablillas naacal y en las tradiciones orales de las islas del Pacífico y de partes de América Central y del Sur, los primeros seres humanos tuvieron su origen en Mu, hace unos 200 millones de años. Lovecraft no llegó a leer ninguno de los cinco libros sobre este tema que escribió Churchward —entre ellos *The Lost Continent* (1926) y *The Children of Mu* (1931)—, pero sí «reseñas bastante indicativas» [carta a E. Hoffmann Price del 15 de febrero de 1933, citada por Joshi, cuyo manuscrito se conserva en la John Hay Library]. Otras referencias escritas sobre Mu se presume que existen todavía en ciertos monasterios de las altas montañas de Asia Central. <<

[621] Véase “El testimonio de Randolph Carter” [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 167-174]. <<

[622] Cerro del Patíbulo, lugar de Salem donde quemaban a las brujas en los tristemente célebres procesos de 1692. «Era un sitio —cuenta Charles W. Upham en *Salem Witchcraft* (Boston, 1867)— desde donde podía presenciarse el espectáculo por todas partes del territorio circundante, y estaba en la cima del más elevado promontorio en las inmediaciones de la ciudad». El lugar exacto en que se levantaba el Cadalso sigue siendo un misterio. <<

[623] Uno de los seudónimos que utilizó Lovecraft cuando publicó algunos poemas en la prensa aficionada entre 1918 y 1921. <<

[624] La descripción parece indicar que se trata de un sosias de Price, a quien Lovecraft describió como «moreno, ¿SC apuesto de tipo, no muy alto, 86 con un pequeño bigote negro» [*Selected Letters IV (1932-1934)*, pág. 87]. <<

[625] En teoría hay sólo cuatro castas: *brahmana* (brahmán o brahmín), que son los sacerdotes y maestros religiosos; *ksatriya*, que está compuesta por reyes, militares y aristócratas; *vaizia*, integrada por hombres de negocios, profesionales, comerciantes, ganaderos y agricultores; y *zudra*, a la que pertenecen labradores, artesanos y obreros. <<

[626] Vocablo que se utiliza como signo de respeto y se aplica a los maestros espirituales de diversas tradiciones y filosofías, escuelas u órdenes de diferentes religiones, en especial dentro del hinduismo. En el contexto de las corrientes religiosas y espirituales de la India, el vocablo *swami*, literalmente «maestro de sí mismo», significa también «señor» o «dueño». <<

[627] Lovecraft cita la isla de Pascua en varios relatos (anteriormente en “La sombra sobre Innsmouth” y más tarde en “El asiduo de las tinieblas”), siempre como un lugar misterioso. Esta isla de origen volcánico, llamada también Rapa Nui, nombre de uno de sus volcanes, se encuentra en pleno Océano Pacífico (27° 10' de latitud Sur y 109° 26' de longitud Oeste) a 3.700 kilómetros de las costas chilenas. El primer europeo que la visitó fue el almirante holandés Roggeveen (1722) y en 1774 desembarcó en ella el capitán James Cook. <<

[628] La fecha de la desaparición de Harley Warren en diciembre de 1919 concuerda con la del sueño que inspiró el relato “El testimonio de Randolph Carter”, sueño que Lovecraft contó por carta a sus amigos Alfred Galpin y Maurice W. Moss el 11 de diciembre de aquel mismo año [véase *Selected Letters 1911-1924*, págs. 94-97]. En el relato no se menciona ninguna fecha exacta. <<

[629] Como ya se dijo en la nota 10 de “La ciudad sin nombre”, para documentarse sobre esta mítica ciudad Lovecraft utilizó en buena medida la entrada «Arabia» de la *Enciclopedia Británica* (en su novena edición, que era la que él poseía), gran parte de la cual copió literalmente en su libro de citas, en cuya entrada 47 anotó: «Irem, la Ciudad de las Columnas [...] se cree que fue erigida por Shedad, el último déspota de Ad, en las regiones de Hudramaut, y sin embargo, después de que sus ocupantes fueran aniquilados, se conserva intacta, según dicen los árabes, invisible a los ojos de cualquiera, pero muy de vez en cuando se manifiesta a algún viajero favorecido por el cielo» [*Miscellaneous Writings*, pág. 90]. <<

[630] Se trata de una evidente alusión al «horror al vacío», concepto formulado por Aristóteles, que tanto preocupó a Descartes o a Newton, y que la historia posterior de la Física apenas ha modificado. <<

[631] Uno de los libros legendarios de los egipcios al que se atribuye una antigüedad de entre 10.000 y 30.000 años. La leyenda afirma que Toth, un escriba egipcio, alcanzó tal sabiduría que rivalizaba con los dioses y llegó a convertirse en uno de ellos. Dicho personaje pertenece realmente a la mitología egipcia, donde se le representa como un hombre con cabeza de Ibis. Los griegos lo identificaron con Hermes Trismegisto [«el tres veces grande Hermes»]. Este libro contenía fórmulas mágicas e indicaciones para asimilar el lenguaje de los animales, resucitar a los muertos, obrar y enviar pensamientos a distancia y controlar los fenómenos de la Tierra, el cielo, el mar y las estrellas. Las leyendas dicen que el faraón Ramsés II poseía una copia del Libro de Toth y que ese era el origen de su poder. La primera alusión a este tratado hermético aparece en el papiro de Turin, descifrado y publicado en París en 1868, donde se cuenta que fue quemado como consecuencia de una conspiración mágica que pretendía aniquilar a un faraón. El libro reaparece en una estela, descubierta en 1828 y que data del año 360 a. C., que Mohamed Alí Bajá regaló a Metternich. Se trata pues de un documento relativamente moderno. Entre principios del siglo I a. C. y finales del II d. C. se encuentran referencias a él en ciertos pasajes de una serie de escritos ocultistas conocidos como *Corpus Hermeticum*, pero ninguno lo cita directamente ni da pistas concretas. El ocultista Aleister Crowley, que creía encarnar la Gran Bestia del Apocalipsis, publicó en 1944 un libro con ese mismo título, pero en realidad se trata de un breve ensayo sobre el Tarot de los egipcios, acompañado de un mazo de cartas diseñadas por él mismo y con dibujos de Frieda Harris. <<

[632] Según Robert M. Price [*The Necronomicon*, págs. 403-404], se trata de una alusión a la leyenda del Patriarca Atal y su compañero Barzai el Sabio mencionada en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath” [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 623 y 624], que a su vez parece ser una versión tardía de la historia talmúdica de los «cuatro que entraron en el Paraíso», Rabbis Akiba, Ben Azai (nombre del que Barzai parece una corrupción), Ben Zoma y Aher [véase Gershom Scholem, *Jewish Gnosticism, Merkabash Mysticism and Talmudic Tradition*, Jewish Theological Seminary of America, Nueva York, 1965]. <<

[633] Price aduce [ibíd.] que el significado de 'Umr At-Tawil no es «el más Antigo» sino «el narrador de interpretaciones alegóricas», lo que parece ser más bien una descripción del escriba mencionado en el texto, por lo que 'Umr At-Tawil sería el nombre de tal escriba y no el del Guardián de la Puerta, y la denominación «el de vida prolongada» equivaldría realmente a «el más Antigo». <<

[634] Véase lo dicho a propósito de Yian en la nota 21 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 873. <<

[635] Sobre esta deidad véase la nota 21 de “El que susurra en la oscuridad”, pág. 871. Acerca del origen de su nombre, el propio HPL comenta a August Derleth en una carta del 25 de Diciembre de 1930: «Mientras lo veo apoyado sardónicamente en su pedestal, la sensación de haber oído algo en sueños cobra más fuerza cada mañana. Las sílabas que permanecen en mi memoria son: “... gha... g’wah...”, creo que pueden formar parte de un terrible nombre cósmico: ese que los mohosos manuscritos de Commoriom, confirmados por los innombrables *Manuscritos Pnakóticos* dan, más o menos literalmente, como Tsathoggua o Sath-og-gwah. Hay unas curiosas especulaciones en los papeles póstumos de Randolph Carter, respecto a la relación etimológica entre el “Sath” de Sath-og-gwah y el “Soth” del pavoroso e indescriptible Yog-Soth-oth, que Alhazred menciona con manifiesta repugnancia en el *Necronomicon*» [*Selected Letters III (1929-1931)*, pág. 245]. A Lovecraft le gustaba tanto ese «hediondo, hirsuto y somnoliento batracio de allende las estrellas» (en palabras de Óscar Mariscal) que volvió a citarlo en varios relatos suyos, como “La sombra de otro tiempo” y “El asiduo de las tinieblas” (ambos de 1935), además de en “The Mound” (1929-1950), escrito en colaboración con Zealia Bishop. <<

[636] Como ya se dijo en la nota 3 de “Polaris”, Arturo es el astro principal de la constelación boreal del Boyero, situada entre las de la Osa Mayor, la Corona Boreal, Virgo y los Perros de Caza. Se trata de una estrella supergigante roja y es una de las cuatro más brillantes del hemisferio boreal, sólo superada por Sirio, Casiopea y Alfa Centauro. <<

[637] En el soneto XXXII de *Fungi from Yuggoth*, titulado “Alienation”, se menciona por vez primera este planeta: «Había visto Yaddith y sin embargo conservaba el juicio». Véanse también los relatos de Lin Carter “Zoth-Ommog” [en Edward P. Berglund (ed.), *The Disciples of Cthulhu*, Daw Books, Nueva York, 1976], “Dreams in the House of Weir”, (*Weird Tales*, vol. 48, nº 1, primavera de 1981 y *Visions from Yaddith*, Charnel House, Nueva York, 1988). <<

[638] No confundir estos seres, que ya aparecían en “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath” [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, págs. 652, 653 y 707], con los doels, mencionados en “El que susurra en la oscuridad” [véase la nota 43 de dicho relato, pág. 877], ni con los dôls del relato de Machen “The White People” (1906), posiblemente su fuente de inspiración. <<

[639] En el soneto XIV de *Fungi from Yuggoth*, titulado “Star-Winds”, Lovecraft menciona los continentes de Nithon, «llenos de perfumes de flores de varios colores que no brotan en nuestros pobres jardines terrestres», pero no parece que dicho mundo tenga nada que ver con Nython, que según algunas fuentes sería una de las lunas de Yuggoth, planeta situado más allá de Neptuno y que Lovecraft identifica con Plutón. <<

[640] «La gran ciudad de piedra de R'lyeh, con sus monolitos y sepulcros», hundida bajo el Océano Pacífico, y en cuyo interior está atrapado Cthulhu, aparece por vez primera en “La llamada de Cthulhu” [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 571]. Las únicas muestras conocidas de esta lengua aparecen en el R7yeh Text, escrito originariamente por la propia prole de Cthulhu en grandes tablillas que todavía existían en la época hiperbórea. Hoy en día sólo se conservan copias del mismo en pergaminos guardados en alguna parte de China. El mencionado *Simon Necronomicon* (o *Simonomicon*) incluye la traducción de dicho texto.

<<

[641] Aspinwall utiliza el término «faker» (impostor) para hacer un juego de palabras con «fakir» (faquir: santón musulmán de la India, muy austero, que vive de limosnas). <<

[642] Aquí De Marigny hace otro juego de palabras con el término «confidence», que además de «confianza» significa, seguido de «man», «estafador» o «timador». <<

[643] Título original: “The Thing on the Doorstep”, traducido por Francisco Torres Oliver. Escrito en tres días, entre el 21 y el 24 de agosto de 1933. Publicado por vez primera en enero de 1937 en *Weird Tales*, vol. 29, nº 1, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi incluido en *The Dunwich Horror and Others*, basado en una copia mecanografiada que se conserva en la John Hay Library.

Además de ser en cierta manera una repetición de *El caso de Charles Dexter Ward*, el relato parece estar influido por la novela *The Remedy* (1925, publicada en Estados Unidos en 1928 como *The Shadowy Thing*) de Henry Burgess Drake (1894-1963). Por otra parte, la idea del cambio de mentes entre personas de diferente sexo parece inspirada en otra novela inglesa: *An Exchange of Souls* (1811) de Barry Pain (1864-1928), que se encontró en la biblioteca de Lovecraft.

El relato, posiblemente el más complejo del autor en lo referente a sexo y un claro intento de sortear los peligros de la reproducción por vía sexual, tiene la particularidad de contar con el único personaje femenino realmente importante de toda su narrativa: Asenath Waite, que algunos comentaristas creen que se trata de una transposición literaria de su esposa Sonia Greene, aunque parece más razonable considerar, como hace Sprague de Camp en su *Lovecraft: A Biography* [pág 409] que se trata de una combinación de rasgos de todas las mujeres que HPL conoció a lo largo de toda su vida, especialmente su madre. Para otros, como Leonard Wolf, sería más bien una «manifestación del recelo o [...] el miedo que Lovecraft tenía a las mujeres» [véase *Horror. A Connoisseur's Guide to Literature and Film, Facts On File*, Nueva York, 1989, pág. 210]. En cuanto a la relación de Edward Derby con su madre, es obvio que existe un acusado paralelismo con la del propio HPL con la suya.

Cuando lo terminó quedó tan poco satisfecho que no se molestó en mecanografiarlo hasta bien entrado el invierno. A lo largo de 1934 fue dejando que lo leyeran algunos amigos. Pero siguió sin decidirse a enviarlo a alguna revista para su posible publicación y lo retuvo un par de años. Hasta que en el verano de 1936 Julius Schwartz le propuso vender algún relato a Inglaterra y, animado por eso, lo envió a *Weird Tales* junto con “El asiduo de las tinieblas”. Farnsworth Wright aceptó ambos inmediatamente.

La primera vez que el cine se interesó por este relato fue en 1992: el resultado fue *The Thing on the Doorstep* de Jean Paul Ouellette. Diez años más tarde, el alemán Patrick Weber rodó el cortometraje *Maria's Hubris* (2002), una versión bastante libre. Más respetuoso con el original fue el también cortometraje *The Thing on the Doorstep* (2003) de Eric Morgret, director que volvió a insistir con una versión bastante fiel, esta vez a lo grande: el largometraje *Strange Aeons: The Thing on the Doorstep* (2005). En estos momentos Stuart Gordon prepara una nueva adaptación, *Envy (The Thing on the Doorstep)*, escrita por su habitual Dennis Paoli. <<

[644] Esta precocidad de Derby podría estar inspirada en la de Alfred Galpin (1901-1983), amigo de Lovecraft, de quien este comentó en cierta ocasión: «Me cuesta hacerme a la idea de que me separan once años de Galpin, dado lo mucho que coinciden sus puntos de vista con los míos. [...] Ya casi me sobrepasa intelectualmente, y dentro de pocos años me habrá dejado atrás completamente» [carta a Mrs. Anne Tillery Renshaw del 24 de agosto de 1918, en *Selected Letters, 1911-1924*, pág. 72]. <<

[645] Parece una clara referencia a la propia infancia de 1-IPL. Según contó Winfield Townley Scott, en 1892, durante sus vacaciones veraniegas en Dudley (Massachusetts), «Mrs. Lovecraft se negó a cenar en el comedor, para no dejar solo durante una hora a su hijo que dormía un piso más arriba. Cuando la diminuta profesora y amiga Miss Ella Sweeney llevaba a dar un paseo al más bien ágil jovencito cogido de la mano, la madre de Howard le imponía que se inclinara un poco para que no tirase del brazo del muchacho. Cuando Howard pedaleaba su triciclo a lo largo de Angell Street, su madre iba a su lado, con una mano en su espalda para protegerlo» [véase S. T. Joshi, *H. P. Lovecraft: A Life*, pág. 41]. <<

[646] El amigo de Lovecraft Clark Ashton Smith publicó a los diecinueve años un libro de poesía, *The Star-Treader and Other Poems* (1912), que causó sensación en California y fue celebrado por los críticos, comparándolo con Keats, Shelley y Swinburne. <<

[647] Personaje del cuento de Robert E. Howard “The Black Stone”, publicado en *Weird Tales* en noviembre de 1931 [véase su traducción al castellano por Francisco Torres Oliver, “La piedra negra”, en *Cthulhu. Una celebración de los mitos*, págs. 73-90]. <<

[648] Además de en el relato de Howard, Lovecraft podría estar pensando en el celebrado poeta californiano George Sterling (1869-1926), mentor de Clark Ashton Smith y amigo de Ambrose Bierce y Jack London, que se suicidó ingiriendo cianuro en su habitación del Bohemian Club de San Francisco. <<

[649] Éste era el caso de HPL, que en 1936 escribió: «Nadie carece del modo más irritante de los más mínimos rudimentos de iniciativa bien remunerada o aptitud comercial que yo. Sencillamente no sé cómo conseguir dinero en efectivo más que de forma casual o involuntariamente. Cometí el error en mi juventud de no darme cuenta de que el empeño literario no siempre supone ingresos. Debería haberme preparado para algún trabajo rutinario de oficina [...] que me proporcionara un estipendio seguro que me permitiera la suficiente libertad para dedicarme a otras actividades creativas» [*Selected Letters V (1934-1937)*, pág. 363]. <<

[650] Lovecraft alababa el aspecto juvenil de su amigo Frank Belknap Long, pero le ridiculizaba despiadadamente por intentar dejarse bigote. Con ocasión de su primer encuentro en 1922, comentó: «Es un muchacho exquisito de veinte años que apenas aparenta quince. Es moreno y esbelto, de abundante y espeso pelo negro y con un delicado y bello rostro que no sabe todavía lo que es afeitarse» [carta a Maurice W. Moe del 18 de mayo de 1922, en *Selected Letters 1911-1924*, pág. 180]. <<

[651] En “El que susurra en la oscuridad” el narrador Albert N. Wilmarth, catedrático de literatura de la Universidad Miskatonic, vive en el número 118 de Saltonstall Street. <<

[652] Parece una autocensura de su propio aprendizaje literario. En 1929 todavía se lamentaba de que «existen mis obras “poescas” & mis obras “dunsanianas”... pero, ¡ay de mí!, ¿dónde están mis obras *lovecraftianas*?» [carta a Miss Elizabeth Toldridge del 8 de marzo de 1929, en *Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 315]. <<

[653] En mayo de 1917 Lovecraft intentó alistarse en la Guardia Nacional de Rhode Island, pero la intervención de su madre hizo que lo rechazasen por motivos de salud [véanse las cartas a Reinhardt Kleiner y a Maurice W. Moe del 23 y 30 de mayo, 22 de junio y 27 de agosto de 1917, en *Selected Letters 1911-1924*, págs. 45-49]. <<

[654] Plattsburg (hoy en día Plattsburgh) es una ciudad en el nordeste del estado de Nueva York, sede de la Reserva Militar, una de las más antiguas academias militares del país, fundada en 1814. En 1916, por iniciativa del general de división Leonard Wood, Jefe del Estado Mayor del Ejército estadounidense, la base militar se convirtió en uno de los cinco campos de entrenamiento para oficiales con destino a la primera guerra mundial. <<

[655] La madre de HPL murió en 1921, pocos meses antes de que el escritor cumpliera treinta y un años, lo cual supuso una evidente liberación para él. En cierta ocasión le comentó a su esposa que la influencia de su madre había sido «devastadora» [véase Joshi, *H. P. Lovecraft: A Life*, pág. 2571. <<

[656] Su amigo Edward H. Cole (1892-1966), periodista de Massachusetts y director de The Olympian, dio clases en la Chauncey Hall School de Boston [véase la carta a E. Hoffman Price del 4 de mayo de 1936 que se conserva en la John Hay Library]. <<

[657] En “La sombra sobre Innsmouth” se menciona varias veces a la familia Waite y en especial a Louella Waite. <<

[658] Este tipo de comentarios, no tan frecuentes en su obra como se ha pretendido, ha dado pábulo a las acusaciones de misoginia que recayeron sobre el escritor algo injustificadamente. Es cierto que en sus primeras cartas dio ciertas muestras de compartir esos sentimientos discriminatorios respecto a la mujer [por ejemplo en una a Frank Belknap Long del 24 de julio de 1924, véase *Selected Letters I, 1911-1924*, pág. 238], pero posteriormente no sólo cambió de opinión (como en lo relativo a su presunto racismo o incluso sus orientaciones políticas aparentemente conservadoras), sino que demostró plenamente con hechos su plena consideración de la inteligencia femenina, pues no hay que olvidar que se cartegó con bastantes y no dudó en colaborar con algunas, lo cual sería impensable en un misógino. <<

[659] Recuerda la descripción que hace el propio HPL en *Supernatural Horror in Literature* de Helen Vaughan, la misteriosa protagonista del relato de Arthur Machen “El gran dios Pan”: «y finalmente se descubre que frecuenta los peores antros londinenses del vicio, donde incluso los más insensibles degenerados se escandalizan de sus atrocidades» [*Dagon and Other Macabre Tales*, pág. 423]. <<

[660] Otra evocación de un texto macheniano, en este caso “El polvo blanco”, uno de los capítulos de su novela en episodios *Los tres impostores*, en el que un joven recién licenciado ingiere una droga que lo destruye tanto física como mentalmente, por lo que se recluye en su habitación. Su hermana, miss Leicester, que narra la historia, le comenta al doctor Haberdon: «Al detenerme un momento en el borde de la acera para dejar pasar un carromato antes de cruzar a casa, dio la casualidad que miré hacia las ventanas [...] Lo que había visto era la ventana del despacho de mi hermano, y en aquel momento la cortina estaba descorrida y algo que tenía vida se asomaba a la calle. No, no puedo afirmar que viera un rostro, ni nada que pareciese humano; me observaba algo vivo, dos ojos llameantes en medio de algo tan informe como mi miedo, símbolos de la presencia del mal y la más repugnante corrupción» [*El gran dios Pan y otros relatos de terror sobrenatural*, págs. 130-131]. <<

[661] Pueblo aislado en la parte central de Maine, a orillas del lago Chesuncook. <<

[662] Sobre estos seres véase la nota 72 de *En las montañas de la locura*, págs. 893-894. <<

[663] Lovecraft explotó ampliamente esta ciudad del estado de Maine (no confundir con la Portland de Oregón) durante un viaje de dos días que hizo en 1927 [véase carta a Frank Belknap Long del 6 de septiembre de 1927, en *Selected Letters II, 1925-1929*, pág. 163].

<<

[664] Para HPL la escritura constituía un importante indicador de la personalidad, como puede observarse en *El caso de Charles Dexter Ward* o en “La sombra de otro tiempo”. Para más detalles véase el interesante artículo de Peter Cannon “Letters, Diaries, and Manuscripts: The Handwritten Word in Lovecraft”, en David E. Schultz y S. T. Joshi (eds.), *An Epicure in the Terrible: A Centennial Anthology of Essays in Honor of H. P. Lovecraft*, págs. 148-158. <<

[665] Prominente familia de Innsmouth en “La sombra sobre Innsmouth”. En “Los sueños en la Casa de la Bruja”, el protagonista, residente en Arkham, se llama asimismo Walter Gilman. <<

[666] Ciudades hermanadas al sudoeste de Maine, a ambos lados del río Saco. <<

[667] Dos de las ciudades coloniales favoritas de Lovecraft. La primera, en el estado de New Hampshire, la visitó por vez primera en 1922 y, al año siguiente, hablando de sus antigüedades, le comentó entusiasmado a Maurice W. Moe: «Es un sueño... una visión... ¡la experiencia de toda una vida!» [carta del 19 de agosto de 1923, en *Selected Letters, 1911-1924*, pág. 244]. Ese mismo año conoció por vez primera Newburyport y su posterior visita a la ciudad en 1931 le inspiró “La sombra sobre Innsmouth”. <<

[668] Ciudades al sur de Newburyport, mencionadas frecuentemente en “La sombra sobre Innsmouth”. <<

[669] Hay quien ha interpretado este pasaje como una velada referencia a Aleister Crowley (1875-1947), «el más grande, el más inquietante y, posiblemente, el único mago occidental del siglo XX», en palabras de Robert Amadou, estudioso del esoterismo. Se ha afirmado que Lovecraft lo trató en Nueva York, o que al menos lo hizo Sonia Greene antes de casarse con nuestro escritor. Pero nada de eso es cierto. No sólo no lo conoció ni nunca se carteo con él, sino que ni siquiera había leído nada suyo y no sabía de él más que lo que se comentaba en los periódicos, llegando a afirmar en una ocasión que le hacían «demasiada propaganda» [*Selected Letters V: 1934-1937*, pág. 120]. <<

[670] Posible alusión burlona al episodio bíblico en que Asenat [nombre egipcio que significa «pertenece a la diosa Nit»], hija del sacerdote de Heliópolis [On para los judíos] Putifar, se casa en Egipto con José y uno de sus hijos se llama Efraím [*Génesis* 41, 52].

<<

[671] Lovecraft utiliza la palabra en el sentido antiguo del vocablo latino «tributum»: contribución del ciudadano romano a favor del Estado, destinada a los gastos bélicos. En su origen era una tasa igual para todos, pero Servio Tulio introdujo el «tributum ex censu», que se pagaba en proporción al patrimonio poseído. En cierto modo era una especie de préstamo forzoso, pues acabada la guerra el enemigo resarcía los gastos y se les devolvía a los ciudadanos su contribución. En este caso, se trata más bien de chantaje. <<

[672] Adivinar lo que está tratando de decir Edward Derby (dentro del cuerpo de Asenath) es pura conjetura. La interpretación de Joshi es que los tres primeros «glub» son probablemente un intento de pronunciar el nombre de su amigo: «Dan... Dan... Dan», y los dos siguientes una supuesta respuesta a la pregunta de Upton «¿Quién es?»: «Ed-ward... Ed-ward». <<

[673] Este final recuerda un poco al del relato de Poe “The Facts in the Case of M. Valdemar” (1845): «Sobre el lecho, ante todos los presentes, no quedó más que una masa casi líquida de asquerosa... de detestable putridez». <<

[674] Título original: “The Evil Clergyman”, traducido por J. A. Molina Foix. Escrito probablemente a finales de 1933. Publicado por vez primera (con el título alternativo de “The Wicked Clergyman”) en abril de 1939 en *Weird Tales*, vol. 33, nº 4, y recogido posteriormente en 1943 en *Beyond the Wall of Sleep*, Arkham House, Sauk City (Wisconsin), edición de August Derleth y Donald Wandrei. La traducción sigue el texto incluido en *Dagon and Other Macabre Tales*, corregido por Joshi y Schultz a partir de la edición de *Weird Tales*. En realidad no se trata de un cuento propiamente dicho, sino del relato de un sueño descrito por carta a Bernard Austin Dwyer, un colega de Kingston (Nueva York), que fue uno de los protagonistas, con el sobrenombre de Knockout [Fuera de Combate] Bernie, el Lobo Salvaje del Oeste de Shokan [otra ciudad del estado de Nueva York], del singular combate de boxeo (para disputarse el título de los pesos pesados la víspera del cambio de siglo) descrito en la broma literaria “The Battle That Ended the Century”, escrita [en junio de 1934] en colaboración con Robert H. Barlow y publicada por este último a finales de aquel mismo año en forma de folleto a multicopista, que envió a otros *fans* y miembros del círculo de Lovecraft. El propio Lovecraft mencionó a Clark Ashton Smith en una carta fechada el 22 de octubre de 1933 que «hace algunos meses tuve un sueño acerca de un clérigo malvado que vive en un desván lleno de libros prohibidos» [véase *Selected Letters IV 1932-1934*, págs. 289-290]. Después de su muerte, Dwyer hizo un extracto de la carta, escrita probablemente hacia octubre de 1933, y lo envió a *Weird Tales* para su publicación. Aunque el sueño tiene lugar en Inglaterra, algunas de las imágenes y parte de la atmósfera son reminiscencia de “El ceremonial” y el protagonista (y narrador) es, por supuesto, el propio HPL.

En 1987 Charles Band inició el rodaje de *Pulse Pounders*, una película en tres episodios sobre textos de Lovecraft, pero la ruina de

la productora paralizó el proyecto, que no pudo estrenarse hasta 2002. El primer episodio es una adaptación de “El clérigo malvado”. El mismo año 2002 Bill Kelley había filmado el cortometraje (12’) *The Evil Clergymen*, influido también por “Los sueños en la Casa de la Bruja”, que en realidad llegó a las pantallas antes. <<

[675] Sobre estos personajes ver las notas 2 (Borel), 40 (Paracelso), 41 (Hermes Trismegisto), 46 (Alberto Magno), y 50 (Tritemio) de *El caso de Charles Dexter Ward*, págs. 801, 808, 809, 810 y 811-812, respectivamente. <<

[676] Título original: "The Book", traducido por J. A. Molina Foix. Escrito probablemente en octubre de 1933. Publicado por vez primera en el verano de 1938 en *Leaves*, nº II [revista de Robert H. Barlow que apareció un año antes y no tuvo continuación], y recogido posteriormente en 1944 en *Marginalia*, Arkham House, Sauk City (Wisconsin), edición de August Derleth y Donald Wandrei. La traducción sigue el texto incluido en *Dagon and Other Macabre Tales*, corregido por Joshi y Schultz a partir del manuscrito de Lovecraft. Barlow, a quien se le debe el título, fechó este fragmento en 1934, pero HPL escribió a Clark Ashton Smith el 22 de octubre de 1933: «Estoy estancado en cierto modo como escritor... me indigna la mayor parte de mi obra antigua, no estoy seguro de que vaya a mejorar. En las últimas semanas he realizado una enorme cantidad de experimentos en diferentes estilos y objetivos, pero he destruido *la mayor parte* [la cursiva es mía] de los resultados» [véase *Selected Letters IV 1932-1934*, pág. 289]. Este texto fragmentario parece ser un intento de refundir en prosa los tres primeros sonetos de *Fungi from Yuggoth*. El hecho de que no siguiera parece indicar que HPL no halló la forma de transformar el resto del ciclo poético en un relato coherente. Para más detalles véase S. T. Joshi, "On "The Book", en *Nyctalops* 3, nº 4, abril de 1983, págs. 9-13, y Michael Cisco, "The Book of 'The Book'", en *Lovecraft Studies*, nº 42, verano de 2001, págs. 5-21. <<

[677] Ciertas letras, todas mayúsculas y del tamaño de una pulgada [poco más de dos centímetros y medio], que se usaron hasta el siglo VII. <<

[678] Región del Asia Central, conocida hoy en día como Turkestán, que se extiende, de oeste a este, desde el mar Caspio hasta la Mongolia y, de norte a sur, desde Siberia hasta Persia, Afganistán, Pamir, la India y el Tíbet. En los siglos XIII y XIV estuvo bajo control de los mongoles, que a las órdenes de Gengis Jan (1167-1227) extendieron su dominio hasta el Océano Pacífico. Es muy posible, sin embargo, que Lovecraft quiso poner «Tartarus» y no «Tartary», con lo cual se referiría realmente al Tártaro de la mitología griega, la región más profunda del mundo, situada debajo de los mismos infiernos (Hades), con los que poco a poco ha ido confundándose hasta convertirse en el «mundo subterráneo» propiamente dicho, lugar donde los malvados eran castigados, por contraposición a los Campos Elíseos, morada de los bienaventurados. <<

[679] Título original: “The Shadow Out of Time”, traducido por J. A. Molina Foix. Escrito entre el 10 de noviembre de 1934 y el 22 de febrero de 1935. Publicado por vez primera en junio de 1956 en la revista de ciencia-ficción *Astounding Stories*, vol. 17, nº 4, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others* y en *The Dunwich Horror and Others*. La traducción sigue el texto corregido por Joshi y Schultz en *The Shadow Out of Time: The Corrected Text* (Hippocampus Press, Nueva York, 2001), basado en el manuscrito autógrafo descubierto el año 2001, y posteriormente reproducido en *The Dreams in the Witch House and Other Weird Stories* (Penguin, Nueva York, 2004). La apasionante historia del descubrimiento de dicho manuscrito, que durante medio siglo viajó de Providence a Florida, pasando luego a México y a Hawai, para regresar finalmente a la ciudad natal de Lovecraft, la cuenta John Stanley en las páginas 27 y 28 de la citada edición de Hippocampus Press. Cuando HPL visitó a su amigo Robert H. Barlow en De Land (Florida) durante el verano de 1935, este no sólo leyó el relato subrepticamente sino que lo mecanografió. A pesar de las múltiples erratas introducidas por Barlow, el texto circuló entre sus amigos, uno de los cuales, Donald Wandrei, se lo llevó a F. Orlin Tremaine, director de *Astounding Stories*, que acababa de publicar *En las montañas de la locura*. Lo aceptó sin leerlo (pagó 280 dólares), y lo publicó en junio de aquel mismo año, con una ilustración en la cubierta que representaba pasablemente a la Gran Raza de Yith, aunque plagado de errores textuales, sobre todo en lo referente a puntuación, ortografía y división en párrafos. Gracias al feliz descubrimiento del manuscrito original, este relato por fin puede leerse en su integridad.

Esta novela corta de ciencia ficción (lo último que escribió Lovecraft) empezó a gestarse en 1930 a raíz de una discusión con Clark Ashton Smith sobre la verosimilitud de los relatos que tratan de

viajes en el tiempo. Su redacción le creó serios problemas y la versión que finalmente se publicó fue su tercer intento, tras destruir dos anteriores, el primero de los cuales no pasaba de 16 páginas, huyendo deliberadamente de su tendencia a alargarse.

Aunque se ha dicho que la novelita es una extrapolación del relato de H.G. Wells “La máquina del tiempo” (1895), que Lovecraft había leído en 1925, lo cierto es que tienen muy poco en común. Tampoco es cierto, como se ha afirmado, que la detallada descripción de enormes periodos de historia del cosmos se deba al influjo de Olaf Stapledon (1886-1950), el mayor exponente de este tipo de ciencia-ficción, ya que, cuando lo escribió, Lovecraft todavía no lo había leído. Mucho más evidente es la influencia de las casi desconocidas novelas *The Remedy* (1925, publicada en Estados Unidos en 1928 bajo el título *The Shadowy Thing*), del británico Henry B. Drake, cuya huella también puede rastrearse en “El ser del umbral”, y *Lazarus* (1925), del francés Henri Béraud (1885-1928), que HPL leyó en 1928, según le contó a Derleth [véase S. T. Joshi, “Genesis of “The Shadow Out of Time”, en *Lovecraft Studies*, nº 33, otoño de 1995, págs. 24-29]. Pero la mayor fuente de inspiración fue, al parecer, la película de Frank Lloyd *Berkeley Square* (*La Plaza de Berkeley*, 1935, basada en una obra teatral de John L. Balderston), que Lovecraft vio nada más estrenarse [véase Darrell Schweitzer, “Lovecraft’s Favorite Movie”, en *Lovecraft Studies*, nº 19-20, otoño de 1989, págs. 23-27].

Aunque pueda resultar poco creíble que unos seres tan evolucionados como los integrantes de la Gran Raza, «enormes conos rugosos e iridiscentes con la cabeza y los demás órganos adheridos a unas gruesas patas extensibles que desplegaban desde el mismo vértice», o incluso las criaturas que parecen pólipos, vivieran a finales del periodo Precámbrico, cuando todavía no existía ningún vertebrado sobre la Tierra, el relato representa sin duda la cumbre de la madurez creativa de Lovecraft. La evidente dificultad de mostrar convincentemente tales seres quizás explique que hasta

la fecha ningún cineasta se haya atrevido a llevar a la pantalla este relato, posiblemente la mayor narración cósmica del «enigmático príncipe de Providence», como lo llama Stephen King. <<

[680] Al parecer Lovecraft sacó este nombre de una lápida mortuoria del cementerio de Haverhill (Massachusetts), que visitó a finales de agosto de 1934. <<

[681] En esta ciudad de Massachusetts vivía el amigo de Lovecraft Charles W. Smith, director de la revista aficionada *The Tryout*. Para más detalles véase la nota 4 de “Los sueños en la Casa de la Bruja”, págs. 912-913. <<

[682] Como señala acertadamente Joshi [*The Dreams in the Witch House and Other Weird Stories*, pág. 446], la duración de la amnesia de Peaslee coincide casi exactamente con el periodo de enclaustramiento voluntario de Lovecraft después de su salida del colegio (a los dieciocho años) y antes de iniciarse en el periodismo aficionado (a los veintitrés). <<

[683] En esta calle de Arkham, «cerca del campus de la Universidad Miskatonic», es donde la policía captura al «ser innombrable» que «siembra la muerte roja» en “Herbert West, reanimador” [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 331]. <<

[684] Harry Brobst, amigo de HPL, le contó a Bill Murray [“An Interview With Harry K. Brobst”, en *Lovecraft Studies*, nº 22-23, otoño de 1990, pág. 34] que un compañero de colegio del Abuelo tenía unos tics parecidos con los que asustaba terriblemente al resto de la clase. <<

[685] En la novela de Walter de la Mare *The Return* (1910), que Lovecraft elogia en *Supernatural Horror in Literature*, un hombre es poseído por el espíritu de otro del siglo XVIII de tal forma que hasta el rostro de la víctima adopta las facciones del muerto, y su esposa lo rechaza alegando que se trata de otra persona completamente distinta. <<

[686] Cuando su padre murió, HPL tenía casi ocho años. En la entrada 167 de su libro de citas anotó lo siguiente: «Chico criado en una atmósfera de considerable misterio. Cree que su padre ha muerto. De repente le dicen que está a punto de volver. Extraños preparativos-consecuencias» [Commonplace Book, incluido en *Miscellaneous Writings*, pág. 99]. <<

[687] Archipiélago noruego situado en el Océano Glacial Ártico, al norte de la península escandinava, entre los Mares de Barents y Groenlandia. <<

[688] Lovecraft se refiere sin duda a las Endless Caverns que existen en el valle del Shenandoah, cerca de New Market (Virginia), las cuales tuvo ocasión de explorar a conciencia en julio de 1928. La fascinación que le produjeron es bien patente en las impresiones del viaje que le contó por carta a Zealia Brown Reed (Bishop) el 28 de julio de 1928 [*Selected Letters 1925-1929*, págs. 244-246]. <<

[689] En la Grecia antigua el hierofante, «el que lleva las cosas sagradas (hiera)», era el dignatario más importante de Eleusis, el sacerdote del templo de Ceres Eleusina que dirigía las ceremonias de iniciación en los misterios sagrados. El título lo ostentaban también los sacerdotes de los demás templos griegos donde se celebraban los ritos antiguos. Por extensión, el término se aplica hoy en día a los maestros en nociones recónditas. <<

[690] Tanto el libro como su aristocrático autor son invención de Robert Bloch y aparecieron por vez primera en su relato “The Grinning Ghoul” (*Weird Tales*, junio de 1936, traducido al castellano como “La mueca del monstruo” o “El vampiro sonriente”), cuyo manuscrito leyó Lovecraft en noviembre de 1934, justo cuando empezaba a escribir “La sombra más allá del tiempo” [véase *Letters to Robert Bloch*, pág. 55]. Lovecraft solía utilizar este título nobiliario para referirse a August Derleth porque su amigo aseguraba ser descendiente del excéntrico aristócrata francés Paul Henri d’Erlette, que aparece en su relato “The Adventure of the Six Silver Spiders” (1930), que forma parte de la serie detectivesca protagonizada por Solar Pons, pastiche de Sherlock Holmes. Pero en realidad el nombre parece ser una invención del propio HPL, quien en junio de 1933 le escribió a Bloch: «Me alegro de que haya oído usted hablar del noble Auguste-Guillaume, conde d’Erlette» [véase *Letters to Robert Bloch*, pág. 21]. <<

[691] Este personaje, un brujo medieval de origen flamenco que declaraba haber vivido varios siglos y ser el único superviviente de la Novena Cruzada, y que acabó en los calabozos de la Inquisición, donde escribió *De Vermis Mysteriis*, lo inventó también Robert Bloch en 1934 para su relato “The Secret in the Tomb” (*Weird Tales*, mayo de 1935), donde el libro aparece como *Mysteries of the Worm*. Lovecraft leyó el manuscrito poco antes de su publicación y, cuando hizo lo mismo con el de “The Shambler from the Stars” (*Weird Tales*, septiembre de 1935) [véase su traducción al castellano por Francisco Torres Oliver: “El vampiro estelar”, en *Cthulhu. Una celebración de los mitos*, págs. 201-212], transcribió el título al latín e incluso se inventó un conjuro en dicha lengua [véase *Letters to Robert Bloch*, págs. 52 y 65]. <<

[692] Sobre estos dos libros véanse las notas 5 y 6 de “Los sueños en la Casa de la Bruja”, pág. 913. <<

[693] El economista y lógico inglés William Stanley Jevons (1835-1882) fue catedrático de economía política en Manchester y luego en Londres. Su mayor contribución científica se basa principalmente en sus análisis puramente teóricos, en los que desarrolló una teoría comprensiva del valor, del cambio y de la distribución y formuló el concepto de «utilidad marginal». Lovecraft alude aquí a sus trabajos sobre diferentes aspectos de la economía aplicada, como la relación entre las fuerzas naturales y el cambio económico, publicados póstumamente en *Investigations in Currency and Finance* (1884). <<

[694] Sobre la opinión que Lovecraft tenía de Einstein, véase el prólogo, págs. 16 y 17. <<

[695] El terror a los espejos es un motivo recurrente en los relatos de dobles del romanticismo alemán. En la novela de Jean Paul [Johann Paul Friedrich Richter] *Siebenkäs* (1796), que fue donde apareció por vez primera el término, «se llaman dobles a aquellos que se ven a sí mismos». Borges confesó asimismo en “Los espejos velados” (*El Hacedor*, 1960) que «conoció de chico ese horror de una duplicación o multiplicación espectral de la realidad [...] ante los grandes espejos». Y más adelante añadió [en *Siete noches*, 1930]: «Creo que Poe lo sintió también. Hay un trabajo suyo, uno de los menos conocidos, sobre el decorado de las habitaciones. Una de las condiciones que pone es que los espejos estén situados de modo que una persona sentada no se refleje». <<

[696] Género de plantas fósiles con aspecto de equisetos arborescentes que tuvieron un gran desarrollo durante el Carbonífero, llegando a alcanzar hasta veinte metros de altura y un diámetro de tronco de un metro. <<

[697] Árboles o arbustos con aspecto de palmeras, de tallo cilíndrico, flores dioicas y frutos drupáceos. Verdaderas reliquias vivientes, son las plantas de semilla más primitivas que existen, con una antigüedad estimada de más de 300 millones de años (son anteriores a los dinosaurios, de los que fueron una de sus principales fuentes de alimento). <<

[698] Los lepidodendron son pteridófitos fósiles, característicos del Carbonífero, parecidos a helechos, de hasta treinta metros de altura con el tronco cilíndrico cubierto de cicatrices romboidales. Las sigilarias, plantas criptógamas vasculares fósiles, eran también verdaderos árboles de la flora hullera hallados asimismo en terrenos carboníferos. <<

[699] En la entrada 10 de su libro de citas Lovecraft incluye el siguiente comentario que inspiró “Celepha’1’s”: «Sueño de un vuelo por encima de una ciudad» [Commonplace Book, incluido en *Miscellaneous Writings*, pág. 777]. <<

[700] Actualmente se sabe que el Pérmico, último periodo de la Era paleozoica, comenzó hace 286 millones de años, y que el Triásico, primer periodo de la Era mesozoica, que se caracteriza fundamentalmente por la aparición de los grandes dinosaurios, se extendió desde alrededor de 248 a 213 millones de años atrás. En la época de Lovecraft se pensaba que eran mucho más recientes, lo que explica la cifra de ciento cincuenta millones de años. <<

[701] La Era paleozoica, que abarca los periodos Cámbrico, Ordovícico, Silúrico, Devónico, Carbonífero y Pérmico, se inició hace unos 570 millones de años y duró otros 345 millones. La Era mesozoica, que comprende los periodos Triásico, jurásico y Cretáceo (o Cretácico), se inició hace unos 225 millones de años y duró otros 160 millones. <<

[702] Lovecraft utiliza adrede y oportunamente este tecnicismo científico procedente de la geología, que designa a los depósitos minerales formados a partir de soluciones que han ido depositando sus sales alrededor de un núcleo o sobre una superficie, para referirse a un crecimiento por yuxtaposición. <<

[703] E. Hoffmann Price comenta en sus memorias [*Book of the Dead*, Arkham House, Sauk City, 2001, pág. 61] cuánto le impresionó lo mucho que Lovecraft conocía acerca de la teosofía, y que en 1933 se carteó con él en relación con ciertos textos teosóficos. Hoffmann Price consideraba que Madame Blavatsky y HPL tenían el mismo objetivo: reconciliar el mito y el conocimiento antiguo con la ciencia moderna, con la diferencia de que ella creó una nueva filosofía centrada sobre este concepto y él intentó una síntesis novelesca. Para más detalles sobre el tema ver el artículo de Robert M. Price “HPL and HPB: Lovecraft’s Use of Theosophy” en *Crypt of Cthulhu*, nº 5, 1982, págs. 5-9. <<

[704] En esto se anticipó varias décadas a la teoría de los «astronautas antiguos», expuesta por Erich von Däniken en su famoso *best seller Erinnerungen an Die Zukunft (Recuerdos del futuro, 1968)*. Véase el artículo de Charles Garofalo y Robert M. Price “Chariots of the Old Ones?”, *Crypt of Cthulhu*, nº 5, 1982, recogido también en Robert M. Price (ed.), *Black Forbidden Things*, Starmont House, Borgo, 1992. <<

[705] Además de las cuatro lunas descubiertas por Galileo, gracias a los potentes telescopios actuales se han observado otros satélites adicionales (hasta nueve), todos ellos muy pequeños, aunque se cree que en realidad son asteroides capturados por el gran planeta. Recuérdese lo que la entidad extraterrestre que habla por boca de Joe Slater le dice al narrador en "Al otro lado de la barrera del sueño": «Tú y yo hemos sido arrastrados a los mundos que giran en torno a la roja Arturo y hemos vivido en los cuerpos de los filósofos-insecto que se deslizan arrogantemente sobre la cuarta luna de Júpiter» [en el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 125].

<<

[706] Llamado también terciario inferior o edad de los mamíferos, el paleógeno es una subdivisión de la Era Terciaria o cenozoica, que comprende sus estratos más antiguos, es decir, los periodos paleoceno, eoceno y oligoceno. <<

[707] Alusión al reino prehistórico de Valusia poblado por reptiles, que combaten y destronan a su rey Kull, el guerrero bárbaro de la Atlántida, en el relato de Robert E. Howard "The Shadow Kingdom" (Weird Tales, agosto de 1929). <<

[708] Ver la nota 19 de “A través de las puertas de la llave de plata”, págs. 922-923. <<

[709] Pueblo caníbal inventado por August Derleth en su relato (escrito a medias con Mark Schorer) “The Lair of the Star-Spawn” (*Weird Tales*, agosto de 1932), que vivía cerca de la meseta de Leng, aunque aparece en sitios tan remotos como las islas Andamán, Malasia o el Tíbet. <<

[710] Mencionados por vez primera en “Al otro lado de la barrera del sueño”, donde la fecha de su llegada es considerablemente más cercana: el año 3000 [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 125]. Yiang-Li vuelve a aparecer en la novela de Fritz Leiber *The Terror from the Depths* (1976). <<

[711] Este personaje volverá a aparecer en la novela de Phillip O. Marsh *The Worm Shall Ke Fight!* (1994). <<

[712] Alusión a “Polaris”, relato en el que el reino de Lomar es invadido y devastado por los inutos, «diablos amarillos, enjutos e infernales [...] achaparrados [...] hábiles en el arte de la guerra y carentes de los escrúpulos y el honor que distinguían a los hombres de Lomar, altos, de ojos grises e incapaces para la rapiña» [véase el primer tomo de esta *Narrativa completa*, pág. 111]. <<

[713] El nombre parece un guiño a los hermanos Tiberio Sempronio Graco (168-135 a. C.), y Cayo Sempronio Graco (159-121 a. C.), célebres tribunos romanos encargados de repartir las tierras conquistadas y promulgadores de las leyes agrarias o Sempronias, que causaron grandes disturbios en la República por oponerse a ellas el Senado. Bleso es un apellido que Marcial menciona en sus *Epigramas* (Libro VIII, 38). El cuestor era un magistrado romano que tenía funciones de carácter fiscal principalmente. Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.) fue un general romano, vencedor de Mitrídates, que fue sucesivamente cónsul y jefe del partido aristocrático, y el año 82 fue proclamado dictador perpetuo, aunque abdicó tres años después. <<

[714] La XIV dinastía (del Segundo Periodo Intermedio) reinó entre 1778 y 1594 a. C. No se conocen con exactitud ni el número concreto de faraones ni el orden sucesorio, pero Kefnes no figura en la lista de casi una treintena de nombres acreditados. Puede que Lovecraft tuviera en mente a la diosa Keftes, que menciona el *Libro de los muertos*, encargada de la custodia de una de las puertas de la Duat (el Más Allá o País de los Difuntos, llamado también País del Silencio), mundo subterráneo y a la vez celeste, que comprendía doce regiones habitadas por numerosos dioses, espíritus y muertos.

<<

[715] El origen del mito de la Atlántida, que Lovecraft trata de pasada en “El templo” y menciona en “La llamada de Cthulhu” y en “La extraña casa elevada entre la niebla”, lo discute ampliamente en una de sus últimas cartas [*Selected Letters V: 1934-1937*, págs. 267-269]. <<

[716] Yhe es una provincia del continente de Mu, hundido bajo el Océano Pacífico. <<

[717] Bactria era un antiguo reino de Asia Central (más o menos ocupaba lo que hoy en día es Afganistán) que fue conquistado por Alejandro Magno el año 329 a. C. Tras la muerte de éste en el 325 a. C. y la división de su imperio entre sus sucesores (diádocos), se integró en el reino Seléucida. El año 239 a. C. se separó toda la parte oriental de dicho territorio y Diodoto fundó el Reino Greco-Bactriano con capital en Bactra, al sur del río Oxus. Nuevas tribus nómadas procedentes de la estepa comenzaron a presionar sus fronteras septentrionales y el reino se derrumbó definitivamente alrededor del 130 a. C. <<

[718] 1610-1643. <<

[719] Alusión a la saga de Conan el Bárbaro, el famoso héroe creado por Robert E. Howard. Crom, que deriva del gaélico Crom Cruach (Señor del Montículo), era el nombre de un dios de la montaña que veneraban los cimerios. En el relato de Fred L. Pelton “The Sussex Manuscript” (1989), se dice que Crom-Ya adoraba a Tsathoggua. <<

[720] Con sólo dieciséis años Lovecraft ideó varias posibles formas de viajar de la Tierra a la Luna: mediante un proyectil disparado desde un cañón inmenso; interponiendo entre la Tierra y el vehículo una pantalla de un material inmune a la fuerza de la gravedad; o enviando un «proyectil por repulsión eléctrica», opción que él consideraba más plausible, aunque la «repulsión eléctrica», como la antigravedad, estaba todavía por descubrir, y él dudaba de que tal viaje pudiera producirse «en vida de cualquier lector del artículo» [véase “Can the Moon Be Reached by Man?”, en *Pawtuxet Valley Gleaner*, 12 de octubre de 1906; reimpresso en *The Pawtuxet Valley Gleaner*, 2ª edición, Necronomicon Press, West Warwick, 1986, pág. 11]. <<

[721] Los dinosaurios («lagartos terribles») es el nombre aplicado a una variedad de reptiles extintos que poblaron la Tierra desde el Triásico al Cretácico. Los pterodáctilos eran reptiles alados de gran tamaño del género pterosaurios («lagartos con alas») que surcaron los aires desde el jurásico al Cretácico. Los ictiosaurios («lagartos-peces») eran reptiles acuáticos, con doscientos dientes en sus mandíbulas de metro y medio, que prosperaron en aguas poco profundas sembrando el terror en los mares durante la Era Secundaria. Los laberintodontos (así llamados por sus dientes de superficie canaliculada) formaron la subclase más grande de anfibios prehistóricos y fueron los primeros vertebrados que vivieron en la Tierra durante el Devónico, el Carbonífero y el Pérmico. Los ranforrincos eran otro tipo de pterosaurios con dientes agudísimos y cola muy larga que medraron en el Jurásico. Los plesiosaurios («casi lagartos») eran enormes reptiles acuáticos de cuerpo voluminoso en forma de barril, cuello muy largo con cabeza de víbora y cola muy corta y roma, que, junto a los ictiosaurios, dominaron los mares y océanos del Jurásico y Cretácico. <<

[722] Los crinoideos o «lirios de mar» eran unos invertebrados equinodermos (animales de piel espinosa) en forma de flor con un largo tallo, una corona y brazos plumosos, que habitaron los lechos marinos desde el Cámbrico en adelante. Los braquiópodos eran invertebrados marinos moluscoideos provistos de concha bivalva, pedúnculo para fijarse al fondo y brazos aptos para la captura de alimentos, que datan del Cámbrico inferior aunque aún quedan representantes vivos. <<

[723] En febrero de 1933 Lovecraft escribió uno de sus más apasionados artículos sobre teoría política, "Some Repetitions on the Times" [incluido en *Miscellaneous Writings*, págs. 271-290], en el que abogó por una completa reforma social, cuyos fundamentos coinciden bastante con el utópico entramado político-económico-cultural atribuido aquí a la Gran Raza. Para más detalles véase H. P. *Lovecraft: A Life*, págs. 568, 569, 571, 576 y 577. <<

[724] También en esto hay coincidencia con “Some Repetitions on the Times” [véase *Miscellaneous Writings*, págs. 273, 281 y 282]. <<

[725] Probable alusión a la «prole de Cthulhu», «una raza terrestre de seres parecidos a pulpos» que tuvieron que luchar contra los Antiguos por la supremacía de la Tierra [véase *En las montañas de la locura*, cap. VII, pág. 438]. <<

[726] Fenómeno confirmado en chamanes, místicos y médiums, que consiste en la elevación en el espacio de personas, animales u objetos, que flotan libremente sin la intervención de ningún agente físico conocido. <<

[727] Fragmentos de vasijas de barro encontrados en 1882 en unas excavaciones de estratos precarboníferos cerca de Eltdown, en el sur de Inglaterra, que contenían «jeroglíficos prehumanos». Invención de HPL en colaboración con Richard F. Searing para su relato “The Sealed Casket”, aunque finalmente el párrafo en el que aparecían no se incluyó cuando *Weird Tales* publicó el texto en marzo de 1935. Lovecraft se extiende sobre el tema en su parte del relato colectivo “The Challenge from Beyond” (*Fantasy Magazine*, septiembre de 1935), que firmó junto con C. L. Moore, Abraham Merritt, Robert E. Howard y Frank Belknap Long [véase su traducción al castellano por Fernando Corripio, “El desafío del Más Allá”, en *Las mejores historias de horror* (recopiladas por Forrest J. Ackerman), Bruguera, Barcelona, 1969, págs. 629-647]. El nombre de Yith lo acuñó también HPL un poco antes para el largo poema de Duane W. Rimel “Dreams of Yith”, publicado por *Fantasy Fan* en julio y septiembre de 1934. <<

[728] También conocidos por su otra denominación más frecuente de «Ancianos». <<

[729] El escritor norteamericano Edmund Wilson, uno de los mayores detractores de Lovecraft —que sin duda se habrá revuelto en la tumba al comprobar el ingreso de HPL en la selecta y restringida colección de clásicos de Library of America, a la que él no ha tenido acceso hasta ahora—, se burló destempladamente de esta descripción aduciendo que «cuando en una larga historia que se ha ido elaborando de manera prolija, el horror de una estremecedora revelación resulta ser algo así, uno puede echarse a reír o enfadarse, pero no es probable que se sienta aterrorizado; aunque confieso, en honor a la capacidad que posee H. P. Lovecraft, que al menos él, a esa altura de su relato, en relación con los omniscientes caracoles cónicos, me indujo a suspender mi incredulidad. La raza de otro planeta que finalmente los suplantaba, con la que Lovecraft confiaba por lo visto en crear un horror irresistible, fue lo que encontré imposible de tragar: monstruos pulposos que proferían sonidos estridentes y silbantes y derribaban a sus enemigos con vientos tremendos. Tales criaturas estarían muy bien en las cubiertas de las revistas populares, pero no constituyen buena lectura adulta. Y la verdad es que esos relatos eran colaboraciones mercenarias destinadas a publicaciones como *Weird Tales* y *Amazing Stories*, en donde, en mi opinión, deberían haberse quedado» [citado por Sprague de Camp en *Lovecraft: A Biography*, págs. 466-4671. <<

[730] En tiempos de HPL no existía tal revista ni tal sociedad. Existía una *American Psychological Association* que, desde 1946, edita la revista *American Psychologist*. La revista *American Journal of Psychology*, cuyo primer número vio la luz en 1887, no está vinculada a ninguna sociedad científica. <<

[731] Homenaje al navegante, explorador e hidrógrafo inglés William Dampier (1652-1715), que entre 1679 y 1681 tomó parte en varias expediciones de bucaneros contra los establecimientos de la América española. En 1688 visitó New Holland (Australia) como simple sobrecargo y años después (1699-1701) el Gobierno británico le encargó explorar dicha isla así como Nueva Guinea. En 1703-1707 y 1708-1711 realizó sendos viajes de circunnavegación. Entre sus obras cabe destacar *A New Voyage Round the World* (1697) y su continuación *Voyages and Descriptions* (1699), en la que utiliza por vez primera el término «marooned» [«marroneado»] como sinónimo de «hombre abandonado en una isla desierta». Lovecraft admiraba a este singular combinado de pirata y científico, cuyas observaciones sobre historia natural sirvieron de ayuda a Charles Darwin y Alexander von Humboldt, lo mismo que su narración de las andanzas del náufrago Alexander Selkirk, que había formado parte de su tripulación, inspiró a Daniel Defoe su célebre *Robinson Crusoe* (1719). <<

[732] En inglés «blackfellows», nombre con el que se conocía al principio a los primitivos pobladores de Australia. Más tarde, al comprobarse que no eran «negros» ni «indios», la denominación se cambió por «aborígenes australianos». Lovecraft admitía que eran bastante diferentes a los negros, pero los consideraba «igualmente inferiores» e «incapaces de civilizarse» [véase *Selected Letters V: 1934-1937*, págs. 77-78]. <<

[733] Este dato está tomado directamente del artículo sobre «Australia» de la *Enciclopedia Británica* (en su novena edición, que era la que Lovecraft poseía y manejaba). <<

[734] El comandante inglés (luego coronel) Peter Egerton Warburton (1813-1889) fue uno de los primeros exploradores del continente australiano, que atravesó de parte a parte. Partió de Alice Springs el 15 de abril de 1873 con seis hombres y diecisiete camellos y en diciembre de aquel mismo año llegó a Oakover River, siguiendo luego el curso del río hasta alcanzar Perth en la costa noroeste. Las relaciones de sus viajes se contienen en sus obras *Major Warburton's Diary* (1866) y *Journey Across the Western Interior of Australia* (1875). <<

[735] Véase *En las montañas de la locura*. <<

[736] Según contó por carta a Clark Ashton Smith [fecha en enero de 1935 y conservada por un coleccionista particular], en noviembre de 1934, cuando ya había empezado a escribir este relato, llegó a manos de Lovecraft una carta escrita hacia 1853 por el tío abuelo de su amiga recién fallecida Edith Miniter [véanse las notas 8, 16 y 48 de “El horror de Dunwich” y la nota 17 de “La sombra sobre Innsmouth, págs. 851, 853, 859 y 904 respectivamente], llamado George Washington Tupper, prospector en California en la época de la Fiebre del Oro. <<

[737] Nueva referencia bíblica: «Mas como está escrito, el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman» [*Corintios I 2, 9*]. <<

[738] Título original: “The Haunter of the Dark”, traducido por Francisco Torres Oliver. Escrito en cuatro días, entre el 5 y el 9 de noviembre de 1935, poco después de haberse enterado de la venta casi simultánea a *Astounding Stories* de *En las montañas de la locura* y “La sombra de otro tiempo”. Publicado por vez primera en diciembre de 1936 en *Weird Tales*, vol. 28, nº 6, y recogido posteriormente en *The Outsider and Others*. La traducción sigue el texto corregido por S. T. Joshi incluido en *The Dunwich Horror and Others*, basado en una copia mecanografiada que se conserva en la John Hay Library.

Algunos detalles de la trama están tomados directamente del relato del polifacético escritor y guionista alemán Hanns Heinz Ewers (1871-1943) “Die Spinne” (1908) [véase su traducción al castellano por Aurora Nolla Fernández, “La araña”, en *El horror según Lovecraft*, págs. 293-317], que nuestro autor leyó traducido al inglés en la célebre antología de Dashiell Hammett *Creeps by Night* (John Day, Nueva York, 1931).

Pese a tratarse de un excelente colofón a la obra del Abuelo, este relato ha despertado poco interés hasta la fecha en los cineastas. Aparte de una versión teatral de Rob D’Arc, *The Haunter of the Dark* (2003), las pocas adaptaciones cinematográficas se reducen a la producción alemana (100’) *The Haunter of the Dark* (2002) de Alexander Weimer y los anunciados proyectos de Franklin Hummel, Mike Shkolnik y Robert Cappelletto, todos ellos cortometrajes. <<

[739] La génesis de este postrer relato de Lovecraft casi puede decirse que obedeció a un antojo del autor y representa una rara muestra de su sentido del humor. En 1933 había empezado a cartearse con Robert Bloch y dos años más tarde este escribió y le dedicó “The Shambler from the Stars” [véase la nota 13 de “La sombra de otro tiempo”, pág. 937], cuyo narrador, un escritor de relatos de terror, consigue un ejemplar en latín de *De Vermis Mysteriis* y pide ayuda para desentrañarlo a un «místico de Nueva Inglaterra [...] escritor de notable brillantez con una sólida reputación entre los pocos entendidos», que obviamente es un trasunto de HPL. Cuando *Weird Tales* lo publicó en la primavera de 1935, el relato alcanzó un gran éxito, no sólo de público sino de crítica, y un lector animó a Lovecraft a devolverle el cumplido a Bloch, dedicándole otro. Por su parte Bloch rizó el rizo y prolongó la broma, escribiendo en 1951 una secuela titulada “The Shadow from the Steeple” [véase su traducción al castellano por Francisco Torres Oliver: “La sombra que huyó del chapitel”, en *Cthulhu. Una celebración de los mitos*, págs. 237-258], en la que el propio HPL, no una versión encubierta de él, tiene una breve aparición. <<

[740] Poema de Lovecraft, escrito en 1917, «en las siniestras horas crepusculares de la aciaga mañana siguiente a Hallowe'en» [carta a Reinhardt Kleiner del 8 de noviembre de 1917 en *Selected Letters 1911-1924*, pág. 51] y publicado en junio de 1918 en la revista dirigida por su amigo y colega de periodismo aficionado W. Paul Cook, *The Vagrant*, nº 6. <<

[741] Se refiere a la iglesia católica de St. John [no confundir con la iglesia episcopal dedicada al mismo santo, que se menciona en *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 45, véase la nota 17 de dicho relato, pág. 804]. Construida en 1871 en Federal Hill (Atwell's Avenue), desgraciadamente fue demolida en 1992. La iglesia estaba construida sobre alguna elevación del terreno, como se dice en el relato, pero no está rodeada (al menos ahora) por ninguna valla de hierro. <<

[742] Lovecraft le contó a su amigo y colega Duane W. Rimel [carta del 12 de noviembre de 1935, que se conserva en la John Hay Library] que esta iglesia «perdió su aguja el verano pasado durante una tormenta mientras yo estaba fuera [en Florida, visitando a su amigo R. H. Barlow]». La aguja nunca llegó a reconstruirse, las autoridades eclesiásticas se limitaron a ponerle a la torre una linterna cónica [véase la carta a Richard F. Searight del 24 de diciembre de 1935 en *Letters to Richard F. Searight*, Necronomicon Press, West Warwick, 1992, pág. 70]. <<

[743] La John Hay Library, que da a College Street y Prospect Street, se erigió en 1910, en memoria del periodista, escritor, diplomático y estadista John Milton Hay (1838-1905), que en 1858 se había graduado en la Universidad de Brown, y más tarde fue asistente de Abraham Lincoln y Secretario de Estado [ministro de Asuntos Exteriores] en los gobiernos de William McKinley y de Theodore Roosevelt (1898-1905). En su momento fue la única biblioteca de la universidad. En la actualidad alberga libros raros y manuscritos, incluyendo la extensa documentación sobre HPL. <<

[744] Como explicó una vez por carta [*Selected Letters IV (1932-1934)*, pág. 187], Lovecraft suponía que la casa de Samuel B. Mumford, en el número 66 de College Street, había sido construida hacia 1800, pero según Joshi la fecha más probable es hacia 1825. En 1959 el edificio se trasladó al número 65 de Prospect Street [véase S. T. Joshi, *The Call of Cthulhu and Other Weird Stories*, pág. 417]. <<

[745] Se refiere al estilo neoclásico impuesto en el siglo XVIII por el arquitecto escocés Robert Adam (1728-1792) y sus hermanos James (1730-1794) y William (1739-1822) en el diseño de muebles e interiores de casas [véase la nota 128 de *El caso de Charles Dexter Ward*, págs. 823-824]. Entre las muchas casas famosas que diseñaron destacan Kenwood House (1768), en Hampstead, Osterley Park (1780), cerca de Brentford (Middlesex), Charlotte Square y el edificio principal de la Universidad de Edimburgo (1791), y Apsley House (1775) o el teatro Adelphi (1806), en Londres. <<

[746] Los títulos se relacionan de una forma u otra con la obra de Lovecraft y la de su pupilo Robert Bloch. “The Burrowers Beneath” remite a un relato primerizo de Bloch, “The Blasphemy Beneath”, nunca publicado pero cuyo manuscrito leyó HPL en junio de 1933 [véase Robert M. Price, “About ‘The Burrower Beneath’”, en *The Book of Eibon*, Chaosium, 2002, pág. 191].

“The Stairs in the Crypt” parece un cruce entre otros dos relatos de Bloch “The Shambler from the Stars” y “The Secret in the Crypt”.

Según explica el propio HPL un poco más adelante, Shaggai es un planeta, «más allá de Yuggoth», cuya historia y destrucción contaría años después Ramsey Campbell en “The Insects From Shaggai” (1964). Price cree que “Shaggai” representa el tipo de relato que Lovecraft habría revisado con gusto si «Robert Blake» hubiera sido cliente suyo [Robert M. Price Price, “The Works of Robert Blake”, en *Crypt of Cthwhu* 80, vol. 11, nº 2, pág. 30].

“In the Vale of Pnath” alude a varios relatos de Lovecraft, sobre todo a “La búsqueda en sueños de la ignota Kadath” donde dicho valle se menciona varias veces.

“The Feaster from the Stars” es un guiño a “The Shambler from the Stars”, el relato de Bloch cuyo título se lo sugirió el Abuelo y que a su vez le inspiró a este “El Asiduo de las tinieblas”. <<

[747] Así se llama el edificio principal del campus de la Rhode Island School of Design, en Benefit Street, la gran escuela de arte y diseño de EE.UU., que dispone de museo de arte propio y programa interesantes exposiciones durante la temporada. <<

[748] Edificio neogeorgiano, en Main Street número 30, edificado entre 1927 y 1933. <<

[749] Entonces el edificio más alto de Providence, de 26 plantas, en Exchange Street número 55, construido en 1926-1928. <<

[750] Compárese con estos versos del soneto XIII, "Hesperia", de *Fungi from Yuggoth*: «Es la tierra donde florece el sentido de la belleza; /Donde todo recuerdo ilocalizable tiene su origen; / [...] / Los sueños nos acercan... pero el saber antiguo repite / Que el pie humano nunca ha mancillado estas calles». <<

[751] Posible referencia al Signo Mayor mencionado en “El descendiente” y en “La búsqueda en sueños de la ignora Kadath”. Según el *Necronomicon*, se trata de un símbolo críptico para protegerse del mal que se hace con la mano (estirando los dedos índice, corazón y anular y recogiendo los otros dos). Lovecraft lo dibuja [en *Selected Letters 1929-1931*, pág. 216] como una rama frondosa, pero se suele representar como una estrella (o pentágono) con un ojo en el centro. <<

[752] Compárese con estos versos del soneto XXV, “St. Toad’s”, de Fungi from Yuggoth: «... Y cuando, sintiéndome desfallecer, / Me detuve, un tercer anciano gruñó de miedo: / “Cuidado con el carillón cascado de St. Toad”. Espantado, huí / Hasta que de pronto surgió ante mí aquella aguja negra». <<

[753] Cruz ansada: cruz con la forma de la letra T (símbolo de la vida) con un lazo o asa en la parte superior (símbolo de la eternidad). Era un emblema sagrado, cuyo origen se remonta al establecimiento de los cultos de Isis y Osiris durante las primeras dinastías, que simbolizaba la vida eterna entre los antiguos egipcios. <<

[754] Acerca de *Liber Ivonis* y *Unaussprechlichen Kulten* véanse las notas 5 y 6 de “Los sueños en la Casa de la Bruja”, pág. 913. Sobre *Cultes des Goules* y *De Vermis Mysteriis* véanse las notas 12 y 13 de “La sombra de otro tiempo”, págs. 936 y 937. <<

[755] *The Book of Dzyan*, invención de Madame Blavatsky (Helena Petrovna Hahn, 1831-1891), cofundadora en 1875, junto con el Coronel H. S. Olcott, de la Sociedad Teosófica. Presunta traducción al inglés de un libro condenado llegado a la India procedente de Venus, que en siglo XIX el francés Louis Jaccoliot bautizó con el nombre de *Stances de Dzyan (Estancias de Dzyan)*. El término Dzyan es una trascripción fonética al tibetano del sánscrito Jnâna, que significa «conocimiento-sabiduría». El libro, luego utilizado ampliamente en *The Secret Doctrine* (1888), revela secretos de otros planetas y referentes a una historia de cientos de millones de años de antigüedad. Madame Blavatsky dijo haberlo consultado en un monasterio del Tíbet y posteriormente haber recibido un ejemplar procedente de la India, aunque, que se sepa, ella no conocía el sánscrito. La serie de avisos y amenazas que recibió para devolverlo es otra historia, casi tan fascinante como el propio itinerario del libro.

Algunos comentaristas, como Colin Wilson, se han preguntado si este libro no sería la verdadera fuente de inspiración de Lovecraft para su *Necronomicon* [véase *The Necronomicon: The Book of Dead Names*, pág. 45]. Pero en su correspondencia lo desmiente categóricamente: no había oído hablar de *The Book of Dzyan* hasta que E. Hoffman Price se lo mencionó en 1933, y le intrigó tanto que no dudó en incluirlo como referencia en relatos posteriores suyos, como “The Diary of Alonzo Typer” (1935, en colaboración con William Lumley) y el que nos ocupa. Cuando en noviembre de 1936, pocos meses antes de su muerte, Henry Kuttner le envió a Providence otra de las obras de Blavatsky, *Isis Unveiled* (1877), HPL se lo agradeció y le comentó que siempre había querido leer a esa autora, pero nunca tuvo ocasión. <<

[756] Sobre la ubicación de esta isla véase la nota 11 de “A través de las puertas de la llave de plata”, pág. 920.

En 1914 la arqueóloga inglesa Katherine Routledge (1866-1935), casada con el explorador australiano William Scoresby Routledge, llegó a la isla y descubrió unas esculturas de bustos colosales. Durante 17 meses recobró la memoria histórica pascuense y creó brillantes hipótesis sobre el origen de aquellas gigantescas estatuas, que recogió en su libro *The Mystery of Easter Island: The Story of an Expedition* (1919), despertando enorme interés en todo el mundo. Lovecraft vio algunas de ellas en 1929 en una exposición del Smithsonian Museum de Washington: «Terribles supervivientes mudos de una desconocida época antigua cuando las torres de las imponentes ciudades de Lemuria arañaban los cielos donde ahora sólo se agitan las aguas sin rumbo» [“Travels in the Provinces of America”, en *Miscellaneous Writings*, pág. 345].

A principios de 1933 Lovecraft leyó el manuscrito de una novela que su amigo Donald Wandrei había escrito un año antes: *Dead Titans, Waken!*, en la que la escena culminante se sitúa en la isla de Pascua. La versión definitiva se publicó en 1948 bajo el título de *The Web of Easter Island*. <<

[757] Sin duda debe referirse al *Evening Telegram* de Providence, fundado en 1880, que en 1906 se convirtió en el *Evening Tribune and Telegram*, donde HPL publicó sus columnas sobre astronomía en el periodo 1906-1908. <<

[758] Sobre los prototipos literarios de este objeto, que van desde *Las mil y una noches* a “La pirámide resplandeciente” (1923) de Arthur Machen, pasando por “The Crystal Egg” (1899) de H. G. Wells, véase el artículo de Steven J. Mariconda “Some Antecedents of the Shining Trapezohedron” en su libro *On the Emergence of “Cthulhu” and Others Observations*, Necronomicon Press, West Warwick, 1995, págs. 66-71. <<

[759] Cuando Lovecraft escribió este relato el pastor de la iglesia católica de St. John se llamaba Francis J. Feeney. <<

[760] Homenaje a su amigo de Providence, el escritor Clifford M. Eddy (1896-1971), autor de "Walks with H. P. Lovecraft" (incluido en *The Dark Brotherhood and Orher Pieces*), y a quien había revisado cuatro relatos: "Ashes" (*Weird Tales*, marzo de 1924), "The Ghost-Eater" (*Weird Tales*, abril de 1924), "The Loved Dead" (*Weird Tales*, mayo-junio-julio de 1924) y "Deaf, Dumb, and Blind" (*Weird Tales*, abril de 1925). <<

[761] Thomas A. Doyle fue alcalde de Providence en tres ocasiones: 1864-1869, 1870-1881 y 1884-1886. <<

[762] Véase la nota 55 de “El horror de Dunwich”, pág. 861. <<

[763] *Ibíd.* Véase también la nota 29 de “La sombra de otro tiempo”,
pág. 940. <<

[764] «Negro». Nombre antiguo con el que era conocido Egipto, que se corresponde lingüísticamente con el Cam hebreo. En la Biblia [*Salmos* 78, 51] Cam (segundo hijo de Noé, a quien este maldijo por reírse de su borrachera, y del que se consideran herederos tanto los egipcios como los asirios) se utiliza como metáfora poética de Egipto. <<

[765] Véase la nota 146 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 827. <<

[766] Sobre este periódico fundado en 1829, que sigue siendo el de mayor difusión en Providence, véase la nota 21 de *El caso de Charles Dexter Ward*, pág. 804. <<

[767] Se refiere sin duda al *Evening Bulletin*, fundado en 1863. En 1976 se fusionó con el Journal para formar el *Providence Journal-Bulletin*. Lovecraft estuvo suscrito a este periódico la mayor parte de su vida, incluso el periodo que pasó en Nueva York (1924-1926). <<

[768] Iglesia ficticia. <<

[769] Club estudiantil. <<

[770] En tiempos de Lovecraft las fraternidades de la Universidad Brown estaban ubicadas en College Street, cerca de la casa del escritor. <<

[771] Sobre este planeta inventado por Lovecraft véase la nota 21 de “A través de las puertas de la llave de plata”, pág. 923. <<

[772] Dirección real de Robert Bloch en 1935. <<

[773] Esta referencia al protagonista del relato de Poe “La caída de la casa Usher” (1839) tiene que ver con la interpretación que el propio Lovecraft hizo en *Supernatural Horror in Literature*: «[el relato] expone una trinidad de seres anormalmente vinculados al final de una larga y aislada historia familiar: un hermano, su hermana gemela y su casa increíblemente antigua, todos los cuales comparten una única alma y se enfrentan a una disolución común en el mismo momento [*Dagon and Other Macabre Tales*, pág. 399]. Con ello sugiere que en aquel momento Blake y el Asiduo de las tinieblas comparten la misma alma. <<